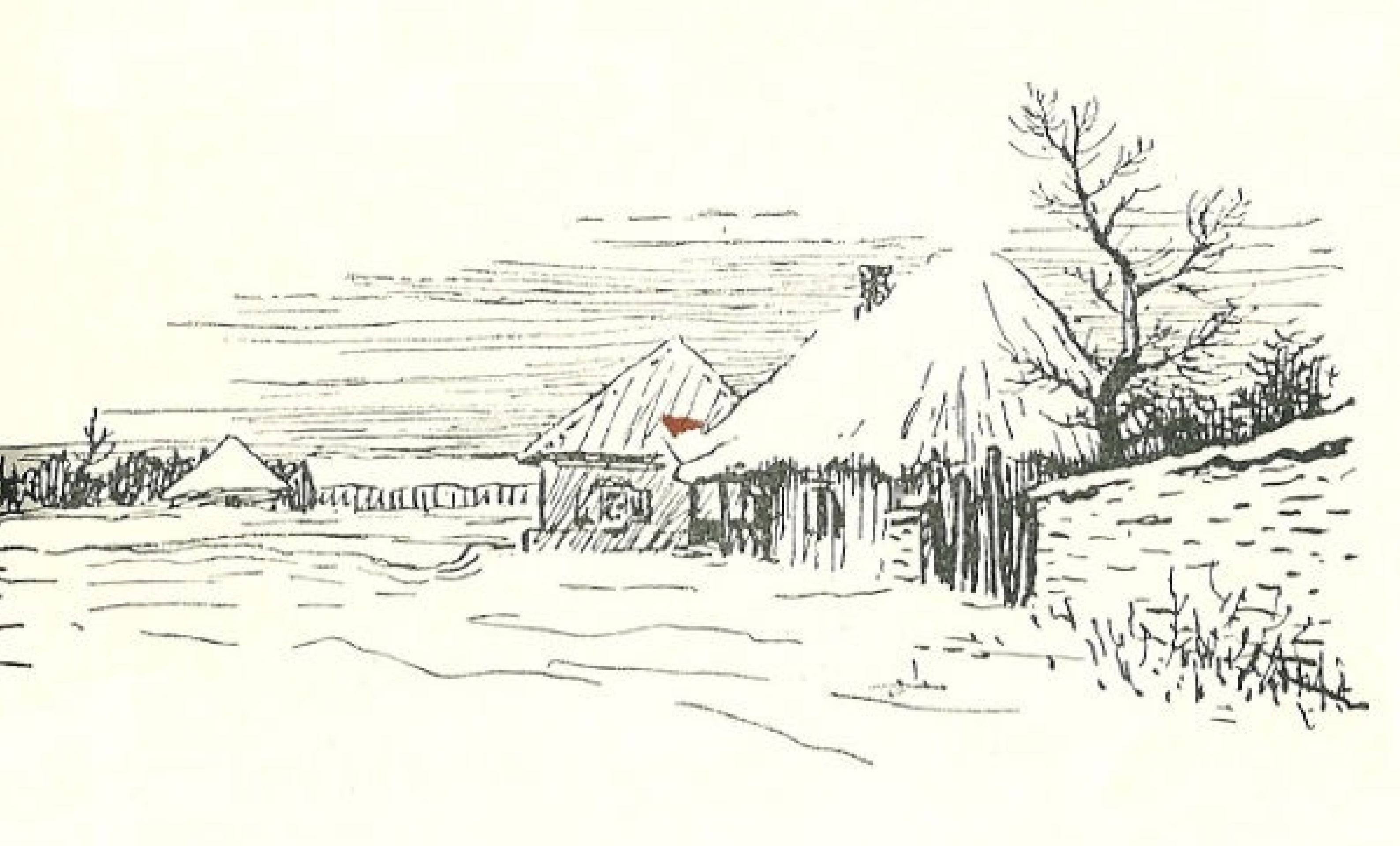


Mijaíl Shólojov

CAMPOS ROTURADOS

Moscú

«Campos roturados» o «Tierras roturadas», según la edición, describe la profunda transformación de una aldea «koljoz», evocando los cambios producidos en la agricultura soviética por las granjas colectivas. Los personajes que intervienen están bien definidos, y el entorno está descrito de manera muy concreta, así, la totalidad del ambiente se entiende y Sholojov es capaz de adentrarnos a la vida campesina con una precisión asombrosa.



Mijaíl Shólojov

Campos roturados

ePub r1.0
Narukei 19.12.13

Título original: *Podnyataya tselina*
Mijaíl Shólojov, 1932-1960 (dos volúmenes)
Traducción: A. Herráiz (Tomo I), José Vento Molina (Tomo II)
Retoque de portada: Narukei

Editor digital: Narukei
ePub base r1.0



TOMO 1

Capítulo I

A fines de Enero, al soplo de los primeros vientecillos templados, ¡qué bien huelen los cerezales! A mediodía, en algún lugar en calma —cuando calienta suavemente el sol—, el nostálgico aroma, apenas perceptible, de las cortezas de los cerezos se mezcla con la insípida humedad de la nieve derretida y el poderoso y viejo hálito de la tierra que asoma bajo la nieve, por entre las muertas hojas secas.

La delicada fragancia de múltiples matices se mantiene pertinaz sobre los huertos hasta los atardeceres azules, hasta el instante en que, a través del ramaje desnudo, se perfila, cubierto de suave verdor, el cuerno de la luna, y las hambrientas liebres dejan, esparcidos sobre el níveo manto, los lunares de sus huellas…

Y luego, el viento trae a los huertos, desde los altozanos de la estepa, el aliento sutilísimo del ajenjo, tocado por los hielos; se apagan los olores y los sonidos diurnos, y por la artemisa, por los abrojos, por la descolorida grama de las rastrojeras, por los ondulados montículos de los campos labrados, silenciosa, como una loba gris, viene de Oriente la noche, marcando por la estepa el rastro de sus sombras crepusculares.

Una noche de Enero de 1930, por el callejón más cercano a la estepa, llegó al caserío de Gremiachi Log un hombre a caballo. Junto al riachuelo detuvo el cansado bruto, cubierto de rizosa escarcha en los ijares, y echó pie a tierra. Sobre la negrura de los jardines, que se extendían a ambos lados del angosto callejón, y sobre los islotes de los anegados álamos ribereños, se alzaba la luna, alta, en cuarto menguante. En el callejón reinaban la oscuridad y el silencio. Allá, al otro lado del riachuelo, aullaba alborotador un perro y amarilleaba una lucecilla. El jinete, dilatando las aletas de la nariz, aspiró con ansia el helado aire, quitóse despacio un guante y encendió un cigarrillo; luego, apretó la cincha, metió los dedos bajo el sudadero y, al percibir el lomo ardiente y mojado del caballo, cargó ágil en la silla su corpachón. Empezó a cruzar el riachuelo, de poco caudal, que no se helaba en invierno. El caballo, repiqueteando sordamente con las herraduras en los guijarros que cubrían el fondo, alargó el cuello, sobre la marcha, para beber, pero el jinete le espoleó apremiante, y el animal, lanzando un ronco hipido, saltó a la orilla opuesta, en leve declive.

Al oír rumor de voces y un chirriar de patines de trineo que venían hacia él, el jinete detuvo de nuevo el caballo. Este irguió alerta las orejas en dirección al ruido. El petral de plata y el alto arzón argentado de la silla de cosaco, al caer bajo los rayos de la luna, rebrillaron de pronto en las tinieblas del callejón, con fulgor blanco, hiriente. El jinete tiró sobre el arzón las riendas, echóse precipitadamente sobre la cabeza la capucha cosaca de pelo de camello, que pendía de sus hombros, tapóse bien el rostro y siguió adelante al trote largo de su cabalgadura. Dejando atrás el trineo, continuó al paso, pero sin quitarse la capucha.

Cuando llegaba ya al caserío, le preguntó a una mujer que encontró en su camino:

—Oye tú, comadre, ¿dónde vive aquí Yákov Ostrovnov?

—¿Yákov Lukich?

—El mismo.

—Ahí, tras ese álamo, está su *kurén*[1]; el del tejado. ¿Lo ve usted?

—Lo veo. Gracias.

Junto al espacioso *kurén* techado con tejas, echó pie a tierra, metió el caballo por el portillo de la empalizada y, golpeando suavemente en la ventana, con el mango de la fusta, llamó:

—¡Eh, amo de la casa! Yákov Lukich, sal un momento.

Sin gorro, la chaqueta sobre los hombros, el dueño salió a la cubierta terracilla. Luego de examinar atentamente al recién llegado, bajó los escalones.

—¿Quién es? ¿Qué vientos le traen por aquí? —inquirió, sonriendo bajo el bigote cano.

—¿No me conoces, Lukich? Permíteme pasar la noche en tu casa. ¿Dónde dejo el caballo a resguardo del frío?

—No, no le conozco, querido camarada. ¿No es usted del Comité Ejecutivo del Distrito? ¿O de la Sección de Agricultura? Algo recuerdo… Su voz me parece conocida…

El forastero, frunciendo en una sonrisa los rasurados labios, echóse hacia atrás la capucha.

—¿Te acuerdas de Pólovtsev?

Y Yákov Lukich, asustado de pronto, miró en derredor, pálido, mientras exclamaba en un susurro:

—¡Excelencia! ¿De dónde viene usted? ¡Señor *esaul*[2]!… En seguida alojaremos al caballito… En la cuadra… ¡Cuántos años han pasado!…

—Bueno, bueno, ¡silencio! Sí, ha pasado mucho tiempo… ¿Tienes alguna manta? ¿No hay gente extraña en tu casa?

El recién llegado le dio las riendas al dueño. El caballo, sometiéndose de mala gana al tirón de la mano ajena, alzando mucho la cabeza sobre el estirado cuello y arrastrando cansino las patas traseras, entró en la cuadra. Golpeteó sonoramente con los cascos en la tarima y resopló al olfatear el habitual olor del caballo ajeno. La mano del hombre extraño se posó sobre su testera; los dedos, hábiles y cuidadosos, liberaron las rozadas encías del insípido hierro del bocado, y el bruto, agradecido, inclinóse hacia el heno.

—Le he aflojado la cincha, que siga ensillado; cuando se refresque un poco, le quitaré la silla —dijo el dueño, echando solicito sobre el caballo la gualdrapa, fría ya. Y, al palpar la ensilladura, ya había determinado, por lo tirante que estaba la cincha y por las correas de los estribos, relajadas hasta el límite, que el huésped venía de muy

lejos y había hecho aquel día un largo recorrido.

—¿Tienes algo de grano, Yákov Lukich?

—Unas miajas. Le daremos de beber y un piensecillo. Bueno, vayamos al *kurén*. No sé cómo hay que llamarle ahora… Al modo antiguo, he perdido ya la costumbre y, además, parece que da reparo… —añadió el dueño, sonriendo en la oscuridad con embarazo, aun a sabiendas de que no se veía.

—Llámame por mi nombre y mi patronímico. ¿No los has olvidado? —repuso el huésped, saliendo el primero de la cuadra.

—¡Cómo los iba a olvidar! Juntos pasamos toda la guerra con Alemania, y ésta también… Le he recordado a menudo, Alexandr Anísimovich. Desde que nos separamos en Novorossiisk[3], no hemos tenido la menor noticia de usted. Yo creía que se había ido en barco, con los cosacos, a Turquía.

Entraron en la bien caldeada cocina. El recién llegado se quitó la capucha y la alba *papaja*[4], de piel de borrego, dejando al descubierto la recia cabezota angulosa, recubierta de ralos cabellos blanquecinos. Gacha la frente, en declive, lobuna, con grandes entradas, recorrió la estancia de una rápida mirada y, entornando sonriente los ojillos azules claros, que brillaban graves en sus profundas cuencas, saludó con una inclinación a las mujeres —el ama de la casa y la nuera—, que estaban sentadas en un banco.

—¡Buenas noches, mujercitas!

—Dios nos las dé buenas —le respondió moderada el ama de la casa, mirando expectante al marido con muda pregunta: «¿Qué clase de hombre es éste que has traído y cómo hay que tratarle?»

—Servid la cena —ordenó conciso el dueño, invitando al huésped a pasar a la habitación contigua para sentarse a la mesa.

El huésped, en tanto comía la sopa de coles con carne de cerdo, habló, en presencia de las mujeres, del tiempo y de los compañeros del servicio. Su mandíbula inferior, enorme, como tallada en piedra, se movía dificultosa; masticaba despacio, con aire de fatiga, igual que un buey cansino en el lecho de paja. Después de cenar, levantóse, rezó las oraciones ante un icono, adornado con polvorientas flores de papel, y, luego de sacudirse las migajas de la blusa tolstoyana, viejecilla y estrecha en los hombros, dijo:

—¡Gracias por la hospitalidad, Yákov Lukich! Ahora, conversemos un rato.

La nuera y el ama de la casa se apresuraron a retirar la vajilla de la mesa y, obedeciendo al movimiento de cejas del dueño, se fueron a la cocina.

Capítulo II

El Secretario del Comité de Distrito del Partido, hombre miope y de indolentes movimientos, sentóse a la mesa escritorio, miró de soslayo a Davídov —entornando los ojos y contrayendo las abultadas arrugas, como bolsitas, que se extendían bajo ellos— y empezó a leer sus documentos.

Fuera, en la calle, silbaba el viento en los hilos del teléfono; por el lomo de un caballo —atado con el cabestro a la empalizada—, por el mismo espinazo, se paseaba de lado una urraca, picoteando algo. El viento le alzaba la cola y le levantaba el ala, empinándola para volar, pero ella volvía a posarse en el lomo del jamelgo, decrépito, indiferente a todo, y miraba triunfante a derecha e izquierda con su ojillo rapaz. Sobre la *stanitsa*[5] flotaban bajos unos jirones de nubes. De vez en cuando, por algún claro, caían oblicuos unos rayos de sol iluminando un retazo de cielo —azul, como en verano—, y entonces, un recodo del Don, visible desde la ventana, el bosque, más allá de él, y la lejana altura, con un diminuto molino de viento en el horizonte, adquirían la conmovedora ternura de un dibujo.

—¿De modo que te has retenido en Rostov a causa de una enfermedad? ¡Qué se le va a hacer!… Los otros ocho, de los veinticinco mil[6], llegaron hace tres días. Se celebró un mitin. Los recibieron los representantes de los koljóses —y el Secretario se mordió los labios, pensativo—. Ahora tenemos una situación especialmente complicada. El porcentaje de colectivización en el distrito es de catorce y ocho décimas. En su mayoría, tenemos SLC[7]. En cuanto al sector de los kulaks acomodados, aún nos queda una deuda en el acopio de grano para el Estado. Necesitamos gente. ¡Nos hace muchísima falta! Los koljóses pidieron cuarenta y tres obreros, y sólo os han enviado a nueve.

Y, por entre los abotagados párpados, miró de un modo nuevo a Davídov, inquiridor, largamente, clavando los ojos en sus pupilas, como si calibrase de qué sería capaz aquel hombre.

—¿De modo, querido camarada, que eres mecánico-ajustador? ¡Muy bien! ¿Y hace mucho que trabajas en la Putílov[8]? Toma, fuma.

—Desde la desmovilización. Nueve años —Davídov tendió la mano hacia el cigarrillo, y el Secretario, al captar con la mirada, junto a la muñeca, un desvaído tatuaje azul, sonrió con las comisuras de sus labios fláccidos.

—¿Para ornato y orgullo, verdad? ¿Estuviste en la Flota?

—Sí.

—Ya veo que llevas ahí un ancla…

—Era joven, ¿comprendes?… Y por inexperiencia y necedad, me la hice… —Davídov, con enojo, tiró de la manga hacia abajo, pensando: «Vaya, buena vista tienes para lo que no hace falta. En cambio, lo del acopio de grano para el Estado, ¡se

te escapó!».

El Secretario calló y, de pronto, pareció arrancarse del rostro, morbosamente hinchado, la intrascendente sonrisa acogedora.

—Tú, camarada, irás hoy mismo, como delegado del Comité de Distrito del Partido, a realizar la colectivización total. ¿Has leído la última directriz del Comarcal? ¿La conoces? Pues bien, irás al Soviet de la aldea de Gremiachi. Descansarás más tarde, ahora no hay tiempo. Tienes que hacer hincapié en la colectivización cien por cien. Allí hay un artel enano, y nosotros tenemos que crear koljóses gigantes. En cuanto organicemos la columna de agitadores, os la mandaremos también allá. Mientras tanto, vete y, a base de reducir a los kulaks con tiento, crea un koljós. Todas las haciendas de los campesinos pobres y medios deben estar en el koljós. Luego, cread también un fondo colectivizado de semillas para toda la superficie de siembra del koljós en el año mil novecientos treinta. Actúa allí con mucho ojo. A los campesinos medios, ¡ni tocarlos! En Gremiachi hay una célula del Partido, de tres comunistas. El Secretario de la célula y el Presidente del Soviet de la aldea son buenos muchachos, antiguos guerrilleros rojos —y después de morderse otra vez los labios, agregó—: con todas las consecuencias que de ello se derivan. ¿Comprendido? Políticamente están poco preparados y pueden cometer pifias. En caso de que surjan dificultades, ven aquí, a la cabeza del distrito. No hay comunicación telefónica, ¡eso es lo malo! ¡Ah!, otra cosa: el Secretario de la célula de allí está condecorado con la Bandera Roja, es bruscote, muy esquinado y… pincha por todas partes.

El Secretario tamborileó con los dedos en el cierre metálico de la cartera y, al ver que Davídov se levantaba, dijo con viveza:

—Aguarda, quiero advertirte otra cosa más: todos los días, con un correo a caballo, mándame los partes; endereza bien a esos muchachos. Ahora ve a ver al encargado de la sección de organización, ¡y en marcha! Diré que te envíen en un trineo del Comité Ejecutivo del Distrito. Así pues, aumenta la colectivización hasta llegar al cien por cien. Precisamente por el porcentaje calificaremos tu trabajo. Crearemos un koljós gigante, abarcando los diez y ocho soviets de aldea del distrito. ¿Te imaginas? Se llamará el artel agrícola «Putílov Rojo» —y satisfecho de la comparación, se sonrió a sí mismo.

—¿Qué me has dicho respecto al tiento con los kulaks? ¿Cómo hay que interpretar eso? —preguntó Davídov.

—De la siguiente manera —repuso el Secretario, sonriendo protector—: hay el kulak que ha cumplido la tarea de entrega de grano para el Estado, y hay el que no la cumple sistemáticamente. Con el segundo, la cosa está clara: se le aplica el artículo ciento siete[9], y sanseacabó. En cuanto al primero, la cuestión es más complicada. ¿Qué harías tú con él, aproximadamente?

Davídov quedó un momento pensativo.

—Yo le daría una nueva tarea…

—¡Buena salida! No, camarada, así no se va a ninguna parte. De ese modo, se quebrantaría toda confianza en nuestras medidas. ¿Y qué diría entonces el campesino medio? Diría lo siguiente: «¡Ahí tienes lo que es el Poder Soviético! Juega con el mujik». Lenin nos enseñó a tener muy en cuenta el estado de ánimo de los campesinos, y tú me sales con una «segunda tarea». Eso, hermano, es infantilismo.

—¿Infantilismo? —Davídov se puso cárdeno—. Por lo visto, según tú… Stalin se equivoca, ¿no es eso?

—¿Qué tiene que ver Stalin en este caso?

—¿Has leído su discurso en la conferencia de esos marxistas, ¿cómo se llaman? … Bueno, de los que se ocupan de la cuestión del campo… ¿Cómo se llaman, demonio? Bueno, agrícolas o algo por el estilo…

—¿Agrarios?

—¡Eso, eso es!

—Bien, ¿y qué?

—Pide la «Pravda»[10] que trae ese discurso.

El administrador trajo la «Pravda». Davídov rebuscó con ansia, girando los ojos.

El Secretario, sonriendo expectante, le miraba con fijeza a la cara.

—Aquí está. ¿Cómo hay que interpretar esto?… «La expropiación de los kulaks no era posible mientras manteníamos el punto de vista de la reducción…» Bueno, y más adelante… mira lo que dice: «¿Y ahora? Ahora es otra cosa. Ahora tenemos ya la posibilidad de llevar a cabo la ofensiva decisiva contra los kulaks, de romper su resistencia, de liquidarlos como clase…» Como clase, ¿te enteras? Entonces, ¿por qué no se puede darle una segunda tarea respecto al grano? ¿Por qué no se puede echarles la zarpa por completo?

El Secretario borróse del rostro la sonrisa y se puso serio.

—Más adelante, se dice ahí que las masas de campesinos pobres y medios que afluyen al koljós expropian a los kulaks. ¿No es así? Lee.

—¡Ay, calamidad!

—Mira, ¡déjate de exclamaciones! —irritóse el Secretario, y hasta le tembló la voz—. ¿Y tú qué es lo que propones? Una sanción administrativa para todos los kulaks sin distinción. Y lo propones en un distrito donde sólo se ha conseguido un catorce por ciento de colectivización y donde los campesinos medios solamente se disponen a ingresar en el koljós. En este asunto se puede estropear todo en un momento. Y viene gente como tú, que no conoce las condiciones locales… —el Secretario se contuvo y prosiguió, ya en voz más baja—: Con tales puntos de vista puedes meter la pata infinidad de veces.

—Eso ya lo veremos…

—¡Estate tranquilo! Si fuese necesaria y oportuna semejante medida, el Comité Comarcal nos ordenaría sin rodeos: «¡Aniquilad al kulak!…» Y nosotros, ¡no faltaría más! Lo haríamos en un dos por tres. Las milicias, todo el aparato estaría a vuestra disposición… Pero por ahora, sólo actuamos parcialmente: a través del tribunal popular, con arreglo al artículo ciento siete, sancionamos al kulak que oculta el grano.

—Entonces, según tú, ¿los braceros, los campesinos pobres y medios están contra la expropiación de los kulaks? ¿A favor de ellos? ¿Hay que conducirlos o no contra los kulaks?

El Secretario chasqueó bruscamente el cierre metálico de la cartera y repuso con sequedad:

—Tu puedes interpretar cada palabra del Jefe como te plazca, pero del distrito responde el Buró del Comité Distrital del Partido, yo personalmente. Procura, allí donde te mandamos, aplicar nuestra línea, y no la inventada por ti. En cuanto a mí, perdona, pero no dispongo de tiempo para discutir contigo. Tengo otras cosas que hacer —y se levantó.

. La sangre volvió a afluir copiosa a las mejillas de Davídov, pero éste supo contenerse y replicó:

—Yo aplicaré la línea del Partido, y a ti, camarada, te diré en la cara, al modo obrero: tu línea es equivocada, políticamente injusta, ¡eso es la pura verdad!

—Yo respondo de mis actos, y en cuanto a eso del «modo obrero», es tan viejo como…

Sonó el timbre del teléfono. El Secretario agarró el auricular. En la habitación empezó a congregarse gente, y Davídov se fue a ver al encargado de la sección de organización.

«Cojea del pie derecho…[11] ¡Eso es la pura verdad! —pensaba al salir del Comité de Distrito del Partido—. Volveré a leer de cabo a rabo el discurso a los agrarios. ¿Será posible que yo esté equivocado? ¡No, hermanete, perdona! Pero, con tu tolerancia en cuestiones de fe, has dado rienda suelta al kulak. Y aun decían en el Comité Comarcal: “es un muchacho capaz”… Sin embargo, los kulaks tienen deudas de grano. Una cosa es reducirlos, y otra arrancarlos de cuajo como saboteadores. ¿Por qué no conduces a las masas contra ellos?» —continuó la mental discusión con el Secretario. Como siempre, los argumentos más convincentes se le ocurrían a posteriori. Allí, en el Comité de Distrito, en su acaloramiento y agitación se había aferrado a la primera objeción que encontrara a mano. Debía haber tenido más calma. Y caminaba quebrando con los pies el hielo de los charcos y tropezando con las boñigas de vaca, endurecidas por el frío, en la plaza del mercado.

—Lástima que hayamos terminado tan pronto; de lo contrario, te habría puesto en un aprieto —afirmó Davídov en voz alta. Y al advertir que una mujer esbozaba una sonrisa al pasar junto a él, calló enojado.

Davídov entró presuroso en la «Casa del Cosaco y del Campesino», tomó su maletín y sonrió al recordar que su equipaje fundamental lo constituían —aparte de dos mudas, unos calcetines y un traje—, destornilladores, alicates, una lima, un cortafrío agudo, un compás de calibres, una llave inglesa y otras herramientas sencillas, de su pertenencia, que había cogido en Leningrado al partir. «¡Maldita la falta que me van a hacer! Creía que tal vez me sirvieran para echar un parche a algún tractorcillo, pero aquí no hay ni tractores. Por consiguiente, tendrás que andar dando tumbos por el distrito, como delegado. Se las regalaré a cualquier herrero koljosiano, ¡que se vayan al cuerno!» —decidió, echando en el trineo su maletín.

Los caballos del Comité Ejecutivo del Distrito, bien cebados con avena, tiraban raudos, fácilmente, del gran trineo tabriano[12] con respaldo pintado de colores chillones. Apenas salieron de la *stanitsa*, Davídov empezó a sentir frío. Se tapó en vano el rostro, levantándose el raído cuello —de piel de cordero— del abrigo y se encasquetó la gorra, pues el viento y la gélida humedad penetraban por el cuello y se metían por las mangas, haciéndole dar tiritones. Sobre todo, se le quedaban helados los pies, calzados con unos zapatos viejecillos de la «Skorojod»[13].

Desde la *stanitsa* hasta Gremiachi Log hay veintiocho kilómetros de altozano desierto. Por la cumbre del altozano va una senda, parda de la bosta que comienza a deshelarse. En derredor, hasta donde la vista abarca, se extienden impolutos los campos nevados. Artemisas y cardos borriqueños inclinan lastimeros sus blancas cabezuelas. Tan sólo desde las vertientes de las cañadas, la tierra mira al mundo con sus arcillosos ojazos; la nieve, barrida por el viento, no se mantiene allí; en cambio, cubre hasta arriba las hondonadas y los anchos barrancos, formando compactos, firmes montones.

Agarrado a un saliente de la delantera, Davídov corrió largo rato, para calentarse los pies; luego, saltó al trineo y, acurrucado, empezó a dormitar. Chirriaban silbantes los patines, de acanaladas llantas; hincábanse en la nieve, con seco crujido, las púas de las herraduras, mientras tintineaba el balancín junto al caballo de diestro. A veces, Davídov, por entre los párpados cubiertos de escarcha, veía fulgurar al sol, como relámpagos violáceos, las alas de los grajos que levantaban impetuosamente el vuelo, apartándose del camino, y de nuevo, un dulce sopor le cerraba los ojos.

Le despertó el frío, que le atenazaba el corazón, y al abrir los ojos, vislumbró, a través de las lagrimillas, que brillaban con irisados destellos, un sol gélido, la majestuosa, inmensa llanura de la estepa en silencio, un cielo gris de plomo en el horizonte y, sobre el albo capirote de un túmulo no lejano, una zorra amarillo-rojiza con reflejos de fuego. La zorra trataba de atrapar un ratón. Alzábase de manos; retorciéndose, daba saltos para caer sobre las patas delanteras y escarbar con ellas envolviéndose en refulgente polvillo de plata, mientras su cola, luego de deslizarse suave y leve, extendíase sobre la nieve como la roja lengua de una llama.

Llegaron a Gremiachi Log al atardecer. En el amplio patio del Soviet de la aldea estaba parado un trineo vacío de dos caballos. Junto a la escalera de la terracilla, fumando, había un compacto grupo de unos siete cosacos. Los caballos, de áspero pelaje apelotonado por el sudor, se detuvieron cerca de la escalerilla.

—¡Buenas tardes, ciudadanos! ¿Dónde está aquí la cuadra?

—¡Salud tengan! —repuso por todos un cosaco, ya entrado en años, llevándose la mano al borde de la*papaja* de piel de liebre—. La cuadra, camarada, es ésa, la techada de cañizo.

—Tira para allá —ordenó Davídov— al cochero y, achaparrado, fornido, saltó del trineo. Restregándose las mejillas con el guante, echó a andar en pos del vehículo.

Los cosacos también se dirigieron hacia la cuadra, sorprendidos de que aquel forastero, con aspecto de funcionario, que hablaba recalcando la «g» al modo ruso, fuese tras el trineo, en vez de entrar en el Soviet.

Por las puertas de la cuadra salía, en tibias nubecillas, el vaho del estiércol. El cochero del CED paró los caballos. Davídov, con seguros movimientos, empezó a liberar el balancín de los nudos corredizos de los tirantes. Los cosacos, agolpados junto a él, se miraron unos a otros. Un abuelo con blanca zamarra de mujer, entornó pícaro los ojos, en tanto se arrancaba los carámbanos del bigote.

—¡Cuidado, camarada, no te vaya a soltar una coz!

Davídov sacó la retranca de debajo de la cola del caballo y volvióse hacia el abuelo, dilatando los ennegrecidos labios en una sonrisa que mostraba la mella de un incisivo.

—Yo, padrecito, fui de ametralladoras, ¡y tuve que entendérmelas con caballitos mucho más bravos que éstos!

—¿Y el diente ese, no te lo sacó, por un casual, alguna yegua? —preguntó un hombre, negrote como un grajo, con una barba rizosa que le llegaba hasta las mismas narices.

Los cosacos rieron sin malicia, mas Davídov, quitando con destreza la collera, replicó chancero:

—No; me quedé sin diente hace mucho, por culpa del vino. Pero mejor es: así las mujeres no temerán que las muerda. ¿No es verdad, abuelo?

La broma fue aceptada, y el viejo meneó la cabeza con fingida aflicción.

—Pues yo, muchacho, ya no muerdo. Hace una porción de años que mi diente mira para abajo…

El cosaco de la barba negra relinchó igual que un potro en una yeguada, abriendo la bocaza de blanca dentadura y sin cesar de agarrarse la faja roja que ceñía fuertemente su *chekmén*[14], como si temiera reventar de risa.

Davídov dio a los cosacos unos cigarrillos, encendió el suyo y encaminóse hacia el Soviet de la aldea.

—Ve, allí, allí está el Presidente. Y el Secretario de nuestro Partido también —decía el abuelo, siguiendo pertinaz a Davídov.

Los cosacos, fumándose los cigarrillos de dos chupadas, iban a su lado. Les había gustado grandemente que el forastero procediese de un modo distinto a como se comportaba de ordinario cualquier jefe de la cabeza del distrito, pues en vez de saltar del trineo, pasar de largo ante la gente y meterse en el Soviet de la aldea, apretando la cartera bajo el brazo, había empezado él mismo a desenganchar los caballos, ayudando al cochero y mostrando un viejo conocimiento y habilidad en el modo de tratar a tales bestias. Mas, al propio tiempo, aquello también les asombraba.

—¿Cómo es, camarada, que no te da reparo en ocuparte tú mismo de los caballos? ¿Acaso corresponde eso a un funcionario? ¿Para qué está el cochero entonces? —inquirió, sin poderse contener, el de la barba negra.

—Eso nos ha dejado pasmados —reconoció sincero el abuelete.

—¡Pero si es un herrero! —exclamó decepcionado un mozuelo cosaco, de amarillo bigote, señalando a las manos de Davídov, encallecidas y plomizas en las palmas, del roce con el metal, y Con viejas hendiduras en las uñas.

—Soy mecánico-ajustador —le enmendó Davídov—. Bueno, ¿y por qué vais vosotros al Soviet?

—Por curiosidad —repuso el abuelo, en nombre de todos, parándose en el peldaño inferior de la escalerilla—. Nos interesa saber para qué has venido. ¿No será otra vez para lo del acopio de grano?…

—Vengo a lo del koljós.

El abuelete lanzó apenado un largo silbido y fue el primero en volverse de la escalerilla.

De la habitación, baja de techo, venía el fuerte y acre olor que exhalaban las zamarras en deshielo y la ceniza de la leña. Ante la mesa, girando el tornillo de la mecha del quinqué, de cara a Davídov, estaba en pie un hombre alto, de pecho erguido. En su guerrera caqui relucía bermeja la Orden de la Bandera Roja. Davídov adivinó que él, precisamente, era el Secretario de la célula del Partido en Gremiachi.

—Soy delegado del Comité de distrito del Partido. ¿Tú, camarada, eres el Secretario de la célula?

—Sí, soy el Secretario de la célula, Nagúlnov. Siéntese, camarada, ahora viene el Presidente del Soviet —Nagúlnov dio con el puño unos golpes en la pared y acercóse a Davídov.

Era ancho de pecho y tenía combadas las piernas, como los de Caballería. Sobre sus amarillentos ojos, de pupilas desmesuradas, endrinas, alzábanse unas grandes cejas negras. Habría sido guapo, de una ruda belleza viril, no muy perceptible, pero impresionante, de no haber tenido una nariz de aletas rapaces, como el pico de un buitre, y una turbia neblina en los ojos.

De la habitación contigua salió un cosaquillo macizo, con *papaja* gris de piel de cabra echada hacia atrás, una cazadora de paño de capote y unos bombachos con franjas en las perneras, remetidas en unos altos calcetines blancos, de lana.

—Este es el Presidente del Soviet, Andréi Razmiótnov.

El Presidente, sonriendo, se atusó el bigote, rubio y rizoso, y tendió con dignidad la mano a Davídov.

—¿Y usted quién es? ¿Un delegado del Comité de distrito del Partido? Deme sus documentos… ¿Los has visto, Makar? ¿Usted, seguramente, vendrá por el asunto del koljós? —miraba a Davídov con ingenua desenvoltura, entornando frecuentemente los ojos, claros como un cielo de verano. Su rostro moreno, sin afeitar hacía tiempo, con una cicatriz azul que le surcaba oblicua toda la frente, reflejaba a las claras la impaciencia de la espera.

Davídov tomó asiento junto a la mesa, habló de las tareas planteadas por el Partido para realizar una campaña de dos meses en pro de la colectivización total y propuso que al día siguiente mismo se celebrase una asamblea de campesinos pobres y de activistas.

Nagúlnov, aclarando la situación, empezó a hablar de la SLC de Gremiachi.

Razmiótnov le escuchaba con igual atención, intercalando de vez en cuando alguna frase y sin apartar la mano de la mejilla, cubierta de un arrebol castaño.

—Aquí tenemos una de esas llamadas sociedades para el laboreo conjunto de la tierra. Y le diré, camarada obrero, que esto no es más que una burla de la colectivización y puras pérdidas para el Poder Soviético —afirmaba Nagúlnov, visiblemente agitado—. De ella forman parte diez y ocho familias, todas de campesinos pobres a más no poder. ¿Y qué es lo que resulta de ello? Tiene que resultar una risión. Se juntaron, y entre sus diez y ocho haciendas, sólo tienen cuatro caballos y un par de bueyes, mientras que las bocas son ciento siete. ¿Cómo van a hacer frente a la vida? Claro que les dan créditos a largo plazo para que compren máquinas y tracción animal. Toman dinero a crédito, pero no podrán pagarlo ni a largo plazo. Ahora le explicaré: si tuvieran un tractor, la cosa variaría, pero no se lo han dado, y arando con los bueyes no se hace uno rico. Además, le diré que llevan una política viciosa, y yo los habría disuelto hace ya tiempo, por haberse pegado al Poder Soviético como el ternero ruin a la vaca; como mamar, maman, pero no crecen. Y entre ellos hay la siguiente opinión: «¡Bah, de todos modos nos darán! Y como no tenemos nada, nada pueden quitarnos para pagar las deudas». De ahí proviene el relajamiento de la disciplina entre ellos, y esa SLC será un cadáver en el mañana. Eso de reunir a todos en un koljós, es una gran idea. ¡Su vida será un verdadero encanto! Pero le diré que los cosacos son gente dura de roer, yesos huesos habrá que quebrarlos…

—¿Alguno de vosotros es miembro de esa sociedad? —preguntó Davídov,

mirando alternativamente a sus interlocutores.

—No —contestó Nagúlnov—. Yo, el año veinte, entré en la comuna. Más tarde, ésta se deshizo, porque cada uno barría para dentro. Yo renuncié a la propiedad. Como estoy contagiado del odio a ella, entregue los aperos y los bueyes a la comuna vecina, a la número seis, que existe hasta la fecha; mi mujer y yo no tenemos nada. Razmiótnov no podía dar tal ejemplo, pues es viudo y no tiene más que a su viejecita madre. De ingresar, no habría escapado de las murmuraciones: «Nos ha endosado a la vieja, que nos hace tanta falta como al gitano la madre, y él mismo no trabaja en el campo». Este asunto es muy delicado. Y el tercer miembro de nuestra célula, que ahora está de viaje, es manco. Una trilladora le arrancó el brazo. Y, claro, le da lacha ingresar en el artel. Ya hay allí, dice, bastantes bocas.

—Sí, esa SLC nuestra es una desgracia —confirmó Razmiótnov—. Su presidente, un tal Arkashka Lósiev, es un mal administrador. ¡A quién han ido a elegir! Hay que reconocer que en este asunto nos hemos colado. No había que haberle permitido ocupar ese cargo.

—¿Por qué? —inquirió Davídov, examinando la relación de bienes de las haciendas de los kulaks.

—Pues porque —repuso Razmiótnov sonriendo— se trata de un enfermo. Nació para negociante. Esa es su enfermedad: cambiar y vender. Ha arruinado la SLC, ¡la ha dejado limpia! Compró un toro de raza, y se le ocurrió cambiado por una motocicleta. Engañó a los miembros de la sociedad, no nos pidió consejo a nosotros, y cuando quisimos damos cuenta, ya traía de la estación la motocicleta. ¡Pusimos el grito en el cielo y nos llevamos las manos a la cabeza! Pues bien, la trajo y nadie sabía conducida. Y además, ¿para qué la necesitaban? Daba risa y pena. La llevó a la *stanitsa*. Y allí, la gente entendida la examinaba y decía: «Es más barato pintarla y tirarla». Le faltaban piezas que sólo pueden hacerse en la fábrica. Debía ser su presidente Yákov Lukich Ostrovnov. ¡Ese sí que tiene meollo! Escribió a Krasnodar para que le mandaran un trigo nuevo, de la especie llamada «mielonopúsnaia», que crece por grande que sea la sequía, sujeta la nieve en los campos y su cosecha es siempre la mejor. Ha criado ganado de raza. Aunque las pía un poco cuando le apretamos con algún impuesto, es un buen administrador de su hacienda y tiene un diploma de honor.

—Es como un ganso silvestre entre los de corral; siempre se mantiene aparte, alejado de los demás —dijo Nagúlnov, meneando dudoso la cabeza.

—¡Qué va! Es uno de los nuestros —manifestó Razmiótnov con convencimiento.

Capítulo III

La noche en que vino a ver a Yákov Lukich Ostrovnov su antiguo jefe de centuria, el *esaul* Pólovtsev, hubo entre ambos una larga conversación. Pese a que Yákov Lukich era tenido en el caserío por hombre de gran inteligencia, con mañas y cautela zorrunas, no supo mantenerse al margen de la lucha que se había desencadenado con furia por los caseríos y que, como un torbellino, le arrastró a los acontecimientos. Desde aquel día, la vida de Yákov Lukich empezó a transcurrir por peligroso camino…

Aquella noche, después de cenar, Yákov Lukich sacó la bolsita del tabaco, sentase en el arcón, abarcando con ambas manos la pierna, ceñida por una gruesa media de lana, y comenzó a verter la amargura que, durante años, se había ido acumulando en su corazón:

—¡Qué le voy a decir, Alexandr Anísimovich! La vida es triste, no da motivos de alegría. Verá usted, los cosaquillos habían empezado a hacerse con un poco de hacienda, a enriquecerse algo. El año veintiséis o el veintisiete, los impuestos, bueno, puede decirse que eran soportables. Pero ahora, vuelve a ocurrir todo lo contrario. Y en su *stanitsa*, ¿qué? ¿Se habla de la colectivización?

—Se habla —repuso conciso el huésped, humedeciendo con saliva el papel del cigarro y mirando de reojo, atentamente, al dueño de la casa.

—Por lo tanto, ¿en todas partes hace llorar esa misma canción? Bueno, le contaré algo de mí: el año veinte volví yo, después del retroceso[15]. Junto al mar Negro se quedaron dos pares de caballos y todos mis bienes. Regresé al *kurén* vacío. Desde entonces he trabajado día y noche. Los camaradas me dieron el primer disgusto con la contingentación: arramblaron con todo mi grano. Luego, perdí ya la cuenta de esos disgustos. Aunque se puede hacerla: me dan un disgusto y un recibito, para que no se me olvide —Yákov Lukich se levantó, metió la mano detrás del espejo y sacó, sonriendo bajo el recortado bigote, un legajo de papeles—. Mire, aquí están los recibitos de lo que yo entregué el año veintiuno: di pan, y carne, y mantequilla, y cuero, y lana, y aves de corral, y llevé toros enteros al centro de acopio. Y éstas son las notificaciones para el pago del impuesto rural único, del reparto vecinal voluntario, y de nuevo, los recibitos del seguro… Pagué por el humo de la chimenea, por que el ganado permanecía vivo en el corral. Pronto tendré un saco lleno de estos papelitos. En pocas palabras, Alexandr Anísimovich, he vivido alimentándome yo de la tierra y alimentando a otros de mí mismo. Y aunque me arrancaron el pellejo más de una vez, supe componérmelas para que me volviera a crecer. Al principio adquirí un par de becerretes, que se hicieron grandes. Uno se lo di al Fisco, para carne. Vendí la máquina de coser de mi mujer y compré otro. Al cabo de algún tiempo, el año veinticinco, vino otro par, de mis vacas. Junté, pues, dos pares de toros y dos vacas.

No me privaron del voto; más tarde, me clasificaron como campesino medio acomodado.

—¿Y tienes caballos? —inquirió el huésped.

—Espere usted un poco, ya hablaré también de los caballos. Le compré a una vecina una potrilla, hija de una yegua del Don, de pura sangre (no quedaba más que ella en todo el caserío). Creció la yegüecilla, ¡pero era muy chiquitina! De poca alzada, ni medio *vershok*[16], y no servía para filas[17]; pero en cuanto a fogosidad, ¡no tenía igual! Por ella, como animal de pura raza, recibí, en la exposición de la vida rural que se celebró en la capital de la comarca, un premio y un diploma. Empecé a prestar oído a los consejos de los agrónomos y a cuidar de la tierra igual que de la mujer cuando está enferma. Mi maíz es el primero del caserío; mi cosecha, la mejor de todas. Sulfataba la simiente y retenía la nieve en los campos. Sembraba el trigo de primavera sólo en la tierra labrada en otoño, sin ararla de nuevo; mis barbechos son siempre los primeros. En resumidas cuentas: me he hecho un dueño de hacienda culto y, testimoniando esto, tengo un diploma de la DA, o sea, de la Dirección de Agricultura. Ahí está, véalo.

El huésped, siguiendo al dedo de Yákov Lukich, lanzó una fugaz mirada a una hoja de cartulina, con un sello en lacre, que, metida en un marco de madera, estaba colgada al lado de los iconos, junto a un retrato de Vorochílov.

—Sí, me mandaron el diploma, y el agrónomo hasta se llevó a Rostov un hacecillo de mi trigo*garnovka*, para enseñárselo a las autoridades —prosiguió, con orgullo Yákov Lukich—. Los primeros años, yo sembraba cinco *desiatinas*[18]; luego, cuando conseguí afianzarme, empecé a doblar el espinazo de firme: sembraba a razón de tres, cinco y hasta siete krugs[19]. ¡Ya ve usted! Trabajábamos yo, mi hijo y mi mujer. Solamente dos veces, en el tiempo de más faena, tomé un jornalero. ¿Qué mandaba en aquellos años el Poder Soviético ¡Siembra todo lo más que puedas! Y yo sembraba tanto, que me quedé sin trasero, ¡lo juro por Cristo! Y ahora, Alexandr Anísimovich, bienhechor mío, créame, ¡tengo miedo! Tengo miedo de que por esos siete krugs sembrados me hagan pasar por el ojo de la aguja, que me declaren kulak. Nuestro Presidente del Soviet, el guerrillero rojo camarada Razmiótnov, o, más llanamente, Andriushka, me tentó a cometer ese pecado, ¡maldita sea su madre…! «Siembra —solía decirme—, Yákov Lukich, la *máxima*, cuanto puedas, échale una mano al Poder Soviético. ¡Ay, ahora el pan le hace muchísima falta!» Yo tenía ya mis dudas, y ahora parece que esa *máxima* me ata los pies al cogote, con nudo corredizo, ¡bien lo sabe Dios!

—¿Se apunta aquí la gente en el koljós? —preguntó el huésped. Estaba en pie, junto a la litera del horno, las manos a la espalda, ancho de pecho, de cabeza grande y cuerpo macizo como un talego, repleto de grano.

—¿En el koljós? Hasta el presente, no nos han dado mucho la lata, pero mañana

habrá una asamblea de campesinos pobres. Han ido por las casas, antes del anochecer, anunciándolo. Vienen pregonando desde la Nochebuena, a grito pelado: «¡Ingresa, anda, ingresa!», pero la gente se niega en redondo, no se ha apuntado nadie. ¿Quién se hace mal a sí mismo? Mañana, deberán ajustar ese casorio. Dicen que esta tarde ha venido un obrero, de la cabeza del distrito, que encorralará a todos en el koljós. Nuestra vida toca a su fin. He estado amontonando, me he llenado las manos de callos, he echado hasta joroba, ¿y ahora, qué?, ¿entrega todos tus bienes al fondo común, el ganado y el pan, las aves de corral y la casa? Viene a resultar: dale la mujer a un amigo y vete tú a…; eso es lo que resulta. Juzgue usted mismo, Alexandr Anísimovich, yo llevaré al koljós un par de bueyes (el otro par tuve tiempo de vendérselo a la Cooperativa de la Carne), la yegua y su potrillo, todos mis aperos y el pan, y otro, la pretina llena de piojos. Nos juntaremos los dos y nos repartiremos las ganancias por igual. ¿Acaso no será ofensivo para mí?… Puede que él se haya pasado toda la vida tumbado a la bartola, en lo alto del horno, pensando en una buena tajada, mientras que yo… Pero, ¿a qué gastar saliva? ¡Estoy hasta aquí! —y Yákov Lukich se pasó por la garganta el canto de la áspera mano—. Bueno, dejemos esto. ¿Qué tal vive usted? ¿Presta servicio en alguna empresa o trabaja en algún oficio?

El huésped acercóse a Yákov Lukich, se sentó en un taburete y empezó de nuevo a liar un cigarro. Miraba concentrado a la bolsita del tabaco, y Yákov Lukich, al estrecho cuello de la viejecilla blusa tolstoyana de Alexandr Anísimovich, que se incrustaba en el pardo pescuezo, congestionado de la opresión y con abultadas venas a ambos lados, bajó la nuez.

—Tú serviste en mi centuria, Lukich… ¿Recuerdas que una vez, en Ekaterinodar[20], me parece que cuando retrocedíamos, tuve una conversación con los cosacos acerca del Poder Soviético? Entonces, ya advertí a los cosacos, ¿te acuerdas? «¡Os equivocáis amargamente, muchachos! Los comunistas os estrujarán, os retorcerán como cuernos de carnero. Recapacitad; luego, será tarde» —calló un instante, en sus ojos azulencos se contrajeron las pupilas, diminutas como cabezas de alfiler, y sonrió sutil—. ¿No ha ocurrido lo que yo decía? De Novorossiisk no me fui con los míos. No pudo ser. Entonces nos hicieron traición, nos abandonaron los voluntarios y los aliados[21]. Yo ingresé en el Ejército Rojo; mandaba un escuadrón, camino del frente polaco… Tenían una comisión depuradora, para comprobar la lealtad de los antiguos oficiales… Aquella comisión me destituyó del cargo, me detuvo y me mandó a un tribunal revolucionario. Y, ni que decir tiene, los camaradas me habrían liquidado o metido en un campo de concentración. ¿Adivinas por qué? Un hijo de perra, un cosaquillo de mi *stanitsa*, denunció que yo había participado en la ejecución de Podtélkov[22]. Cuando me llevaban al tribunal, me escapé… Estuve oculto mucho tiempo, viviendo bajo nombre falso, y el año veintitrés volví a mi *stanitsa*. Me las había arreglado para conservar el documento de que yo había sido

jefe de escuadrón, pues encontré buenos muchachos; en pocas palabras: quedé con vida. Al principio, me llevaban a menudo a la capital de la comarca, al Buró Político de la Cheka del Don. Me zafé como pude y empecé a trabajar de maestro. He estado dando clases hasta hace poco. Pero ahora… Ahora es otra cosa. Voy a Ust-Jopérskaia a unos asuntos, y me he acercado a verte, como antiguo compañero de regimiento que eres.

—¿Ha sido usted maestro? Bien… Usted es hombre instruido, ha dominado la ciencia de los libros. ¿Qué va a pasar en adelante? ¿A dónde nos llevarán los koljóses?

—Al comunismo, hermano. Al comunismo auténtico. Yo he leído también a Carlos Marx y el célebre manifiesto del Partido Comunista. ¿Sabes en qué terminará el asunto de los koljóses? Al principio, el koljós; luego, la comuna, la liquidación absoluta de la propiedad. Te quitarán no sólo los bueyes, sino también los hijos, para que los eduque el Estado. Todo será de todos: los hijos, las mujeres, las tazas, las cucharas. Si tú quieres comerte una sopa de fideos con menudillos de ganso, te quedarás con las ganas; te alimentarán con *kvas*[23]. Serás un siervo de la gleba.

—¿Y si yo no quiero?

—No te preguntarán tu opinión.

—¿Cómo puede ser eso?

—Siendo. Y así, todo.

—¡No está mal pensado!

—¿Y qué te figurabas? Ahora, yo te pregunto a ti: ¿se puede seguir viviendo así?

—No, no es posible.

—Y puesto que no es posible, hay que actuar, que luchar.

—¿Qué dice usted, Alexandr Anísimovich? Ya probamos, ya luchamos… Y no hubo manera. ¡No me cabe en la cabeza!

—Pues prueba a que te quepa —el huésped aproximóse a su interlocutor, miró a la puerta de la cocina, herméticamente cerrada, y, palideciendo de pronto, le comunicó, en un susurro—: Te diré sin rodeos que confío en ti. En nuestra *stanitsa* los cosacos se disponen a sublevarse. Y no vayas a creer que así como así, a lo que salga. Estamos en contacto con Moscú, con generales que ahora sirven en el Ejército Rojo, con ingenieros que trabajan en las fábricas, e incluso tenemos ligazón más lejos: con el extranjero. Sí, sí, la tenemos. Si nos organizamos todos a una y empezamos a actuar precisamente ahora, para la primavera próxima, con ayuda de las potencias extranjeras, el Don estará ya limpio. Y tú podrás hacer la siembra con tu propio grano y para ti solo… Aguarda, luego hablarás. En nuestro distrito hay muchos que simpatizan con nosotros. Es preciso reunirlos y agruparlos. A eso mismo voy a Ust-Jopérskaia. ¿Te incorporas a nosotros? En nuestra organización contamos ya con más de trescientos cosacos sujetos al servicio militar. En Dubrovski, en

Voiskovói, en Tubianski, en Mali Oljovatski y en otros caseríos, tenemos grupos nuestros de combate. Hay que formar un grupo igual aquí, en Gremiachi… Bueno, habla.

—La gente murmura contra los koljóses y contra la entrega de grano…

—¡Aguarda! No se trata de la gente, sino de ti. A ti te pregunto. ¿Qué contestas?

—¿Acaso se puede resolver de golpe un asunto como ése?… Se juega uno la cabeza.

—Piénsalo… A una orden, nos lanzaremos al mismo tiempo desde todos los caseríos. Nos apoderaremos de la *stanitsa*, cabeza de vuestro distrito; a los milicianos y a los comunistas les echaremos el guante en sus casas, uno a uno, y el fuego se extenderá sin necesidad de viento.

—¿Y con qué?

—¡Ya encontraremos! A ti, seguramente, ¿te quedará también algo?

—¡Vaya usted a saber!… Me parece que, por alguna parte, anda tirado un cacharrete… Creo que de tipo austriaco…

—No tenemos más que empezar, y, al cabo de una semana, los barcos extranjeros nos traerán armas y fusiles. Hasta aeroplanos habrá. ¿Qué contestas?

—¡Déjeme pensarlo, señor *esaul*! No me obligue a contestar de repente.

. El huésped, pálido aún el rostro, apoyóse contra la litera del horno y dijo con sorda voz:

—Nosotros no llamamos al koljós, y no obligamos a nadie. Eres libre para decidir, pero no te vayas de la lengua… ¡mucho cuidado, Lukich! Toma seis balas, y la séptima puede ser para ti… —e hizo girar levemente, con el dedo, el tambor del revólver, que chasqueó en el bolsillo.

—Respecto a la lengua, esté usted tranquilo. Pero su empresa es arriesgada. Y no lo oculto: da miedo meterse en un fregado como ése. Mas, por otra parte, el camino de la vida está cortado —e hizo una pausa—. Si no se persiguiese a los ricos, puede que yo fuese hoy, por mi diligencia y celo, la primera figura del caserío. En una vida libre, ¡quizás tuviese ahora hasta automóvil! —exclamó con amargura el dueño, luego de un instante de silencio. Además, ir uno solo a semejante… Me retorcerían el pescuezo en un dos por tres.

—¿Por qué solo? —le interrumpió su huésped con enojo.

—Bueno, es un decir… Pero, ¿y los demás? La gente, el pueblo, ¿qué hará?

—El pueblo es como un rebaño de ovejas. Hay que conducirlo. ¿De modo que te decides?

—Ya le he dicho, Alexandr Anísimovich…

—Necesito saberlo con seguridad: ¿te decides o no?

—Como no me queda otra salida, me decido. Pero, de todos modos, déjeme consultar a la mollera. Mañana le diré mi última palabra.

—Además de eso, tú debes convencer a los cosacos de confianza. Busca a los que tengan algún motivo de disgusto contra el Poder Soviético —dijo Pólovtsev, ordenando ya.

—Con una vida como ésta, cada uno lo tiene.

—¿Y tu hijo, qué?

—¿Se puede separar el dedo de la mano? Adonde vaya yo, irá él.

—¿Qué tal muchacho es, tiene firmeza?

—Es un buen cosaco —repuso el dueño con sereno orgullo.

Al huésped le prepararon un lecho, en la habitación grande, extendiendo junto a la litera del horno una manta gris, con una marca a fuego, y una zamarra. Pólovtsev se quitó las botas altas, pero no se desnudó, y quedóse dormido inmediatamente, apenas hubo rozado su mejilla la fresca almohada, olorosa a plumón.

… Antes del amanecer, Yákov Lukich despertó a su madre, una anciana de ochenta años, que dormía en la habitacioncilla lateral. Le contó brevemente los motivos de la llegada del ex jefe de la centuria. La vieja le escuchó sentada en la litera —colgantes las piernas, de venas negras y articulaciones deformadas por un enfriamiento—, doblando con la mano la amarilla oreja.

—¿Me da usted su bendición, madrecita? —preguntó Yákov Lukich, poniéndose de rodillas.

—¡Ve, ve contra ellos, contra esos enemigos malos, hijito mío! ¡El Señor te bendice! Cierran las iglesias… No dejan vivir a los popes… ¡Ve!…

Por la mañana temprano, Yákov Lukich despertó al huésped.

—¡Ya he decidido! Mande usted.

—Lee y firma —Pólovtsev sacó un papel del bolsillo superior.

—«¡Dios está con nosotros! Yo, cosaco de las gloriosas tropas del Don, ingreso en la “Alianza para la liberación del Don querido” y me comprometo a batirme —hasta verter la última gota de sangre, con todas mis fuerzas, por todos los medios y cumpliendo las órdenes de mis jefes— contra los comunistas-bolcheviques, enemigos jurados de la fe cristiana y opresores del pueblo de toda Rusia. Me comprometo a obedecer incondicionalmente a mis jefes y mandos. Me comprometo a llevar todos mis bienes al altar de la Patria ortodoxa. Y lo suscribo».

Capítulo IV

Treinta y dos personas —campesinos pobres y activistas de Gremiachi— estaban pendientes de sus labios. Y a Davídov, que no era maestro en el arte de pronunciar discursos, se le escuchó al principio con mayor atención que al más ameno de los narradores.

—Yo, camaradas, soy un obrero de la Fábrica Putílov Roja. Me envían aquí nuestro Partido Comunista y la clase obrera, para que os ayude a organizar un koljós y a liquidar al kulak, que nos chupa la sangre a todos nosotros. Seré breve. Todos vosotros debéis uniros en un koljós, colectivizar la tierra, todos vuestros aperos y ganado. ¿Y por qué en un koljós? Pues porque seguir viviendo así… Bueno, ¡es imposible! Hay dificultades con el pan porque el kulak entierra el grano, para que se pudra; hay que sacárselo a tirones, ¡a viva fuerza! Vosotros lo daríais de buena gana, pero no tenéis bastante para vosotros mismos. Con el pan de los campesinos pobres y medios, no se puede alimentar a la Unión Soviética. Hay que sembrar más. ¿Pero cómo vas a sembrar más con el arado de madera o el de una sola reja? Únicamente el tractor puede ayudar. ¡Eso es la pura verdad! Yo no sé cuánto se ara aquí, en el Don, con un arado, durante el otoño, para la siembra de primavera…

—Empuñando la mancera de sol a sol, labras una docena de *desiatinas* antes del invierno.

—¡Oh! ¿Una docena? ¿Y si la tierra es dura?

—¿Qué estáis ahí chamullando? —resonó penetrante una voz de mujer—. Para el arado hacen falta tres, si no cuatro, pares de buenos bueyes, ¿y de dónde los vamos a sacar nosotros? Hay, y no todos lo tienen, algún que otro par que no vale una m… Y se ara, sobre todo, con bueyes de los que tienen tetas. Los ricos son los que van siempre viento en popa.

—¡No se trata de eso! Mejor será que te metas la lengua donde te quepa —la interrumpió una ronca voz de bajo.

—¡Habla con más conocimiento! ¡Y enseña a tu mujer, que a mí no hay por qué darme lecciones!

—¿Y con un tractor?…

Davídov esperó a que se hiciera el silencio, y repuso:

—Con un tractor, aunque sea de la Putílov, y unos tractoristas buenos, que conozcan el asunto, se pueden también arar, en veinticuatro horas y dos turnos, doce *desiatinas*.

Los reunidos lanzaron una exclamación de asombro. A alguien se le escapó:

—¡La p… madre!

—¡Eso sí que está bien! Quien pudiera arar a lomos de un potro de ésos… —y oyóse un silbante suspiro de envidia.

Davídov se pasó la mano por los labios, resecos de la emoción, y prosiguió:

—Y nosotros, en la fábrica, hacemos tractores para vosotros. El campesino pobre y el medio individual no están en condiciones de comprar un tractor: su bolsa es flaca. Por consiguiente, para comprarlo, tienen que juntarse, colectivamente, los braceros, los pobres y los medios. El tractor, ya lo conocéis, es una máquina de tal naturaleza, que, de emplearla, en una pequeña parcela, no da más que pérdidas; necesita ancho campo. Y de los arteles pequeños se saca tanto beneficio como leche de un macho cabrío.

—¡Menos todavía! —atronó contundente otra voz de bajo, en las últimas filas.

—Por consiguiente, ¿qué hacer? —continuó Davídov, sin prestar oído a la réplica —. El Partido prevé la colectivización total para engancharos al tractor y sacaros con él de la pobreza. ¿Qué dijo el camarada Lenin antes de morir? Sólo en el koljós puede el campesino trabajador salvarse de la miseria. De lo contrario, está perdido. El kulak-vampiro le sorberá hasta el tuétano… Vosotros debéis emprender, con entera firmeza, el camino señalado. En alianza con los obreros, los koljosianos acabarán con todos los kulaks y enemigos. Lo que os digo es cierto. Y ahora, pasaré a vuestra sociedad. Es de pequeño calibre, debilucha, y a causa de eso, sus asuntos marchan de mal en peor. Con eso mismo se lleva el agua al molino… En pocas palabras, no es agua lo que da, ¡sino puras pérdidas! Pero nosotros debemos pasar esa sociedad al koljós, convertirla en su osamenta, y en torno a esa osamenta se agrupará el campesino medio…

—Aguarda, ¡voy a interrumpirte un poco! —anunció, levantándose, Diomka Ushakov, un bizco, picado de viruelas, que había sido en un tiempo miembro de la sociedad.

—Pide primero la palabra, y desembucha luego —le aleccionó severo Nagúlnov, que estaba sentado a la mesa junto a Davídov y Andréi Razmiótnov.

—Hablaré sin necesidad de peticiones —repuso Diomka, zafándose de la advertencia y bizcando los ojos de tal modo, que parecía mirar, al mismo tiempo, a la presidencia y a los reunidos—. ¿Por qué razón, y perdonad, se ha llegado a las pérdidas y a poner al Poder Soviético en un brete? ¿Por qué razón, os pregunto yo, hemos vivido como parásitos, pegados a esa sociedad de crédito? ¡Por culpa del queridísimo presidente de la SLC! ¡Por culpa de Arkashka Menok!

—¡Mientes como un elemento! —se alzó de las últimas filas una aflautada voz de gallo. Y Arkashka, a codazos, abrióse paso hacia la mesa de la presidencia.

—¡Lo demostraré! —replicó pálido Diomka, mientras sus ojos se juntaban en el entrecejo. Sin hacer caso de que Razmiótnov golpeaba en la mesa con el huesudo puño, volvióse hacia Arkashka—. ¡No te escabullas! No hemos llevado a la miseria a nuestro koljós porque éramos pocos, sino gracias a tus cambalaches. Y por eso de «elemento», ya me las pagarás con toda severidad. ¿No cambiaste, sin contar con

nadie, el toro de raza por la motocicletita? ¡Lo cambiaste! ¿Y a quién se le ocurrió cambiar las gallinas ponedoras por…

—¡Otra vez estás mintiendo! —defendióse Arkashka sin detenerse.

—¡No fuiste tú el que nos convenciste para que vendiéramos tres carneros castrados y una vaquilla virgen para comprar una *tachanka*[24]? ¡Un negociante del c…! ¡Eso, eso es lo que eres tú! —exclamó triunfante Diomka.

—¡Más decencia! ¿Qué es eso de pelearse como gallos? —trataba de apaciguarlos Nagúlnov, pero un músculo de su mejilla sobresalía ya, convulso, bajo la enrojecida piel.

—Dadme la palabra como corresponde —pidió Arkashka, que había logrado llegar hasta la mesa.

Iba ya a recogerse en el puño la barbita rubia, disponiéndose a hablar, pero Davídov lo apartó:

—Ahora termino, haz el favor de no molestar… Pues como os decía, camaradas, sólo con el koljós se puede…

—¡No nos hagas propaganda! Nosotros con el alma y la vida iremos al koljós —le atajó el guerrillero rojo Pável Liubishkin, que estaba sentado más cerca de la puerta que ninguno.

—¡Estamos de acuerdo con el koljós!

—Con el artel, hasta al pope se le puede pegar bien.

—Pero hay que administrar con cabeza.

Apagó las voces el propio Liubishkin: levantóse de la silla, se quitó la sombría *papaja* negra y, alto, ancho de espaldas, taponó toda la puerta.

—Oye tú, estrafalario, ¿a qué nos haces propaganda del Poder Soviético? Nosotros, en la guerra, lo pusimos en pie, y nosotros mismos arrimamos el hombro para que no se tambaleara. Sabemos lo que es el koljós, e ingresaremos en él. Dadnos máquinas —y tendió la agrietada palma—. El tractor es algo, que no hay palabras para alabarlo, pero vosotros, los obreros, habéis hecho pocos, ¡y por esto sí os censuramos! No tenemos a donde agarramos, ésa es nuestra desgracia. Y arar con bueyes, que es arrear con una mano y enjugarse las lágrimas con la otra, se puede hacer sin necesidad del koljós. Antes del viraje hacia los koljóses, yo mismo quise escribirle una carta a Kalinin para que ayudasen a los labradores a emprender una vida distinta, nueva. Pues en los primeros años era lo mismo que en el antiguo régimen: paga los impuestos, y vive como puedas. ¿Y para qué estaba el PCR[25]? Habíamos conquistado el Poder, ¿y luego qué? Vuelta a lo viejo, marcha tras el arado, si es que tienes algo para engancharlo a él. ¿Y el que no tenga nada, qué? ¿A pedir limosna a la puerta de la iglesia? ¿O a trabajar de remendón, con una aguja de madera, cosiendo cuellos, bajo el arco de un puente, para los negociantes soviéticos, para esos tipos de las cooperativas? Se permitía a los ricos tomar tierras en arriendo;

se les permitía tomar jornaleros. ¿Era eso lo que había mandado la revolución el año diez y ocho? ¡Le habíais tapado los ojos a la revolución! Y cuando uno dice: «¿para qué hemos luchado?», esos empleadillos, que no han olido la pólvora en su vida, se ríen de estas palabras, y les hacen coro, a carcajadas, ¡toda clase de canallas blancos! Mira, ¡no nos vengas con paños calientes! Ya hemos oído muchas palabras bonitas. Danos una máquina a crédito, o a pagar con grano, pero no un cacharro cualquiera, sino, ¡una máquina buena! ¡Danos un tractor como ese de que nos has hablado! ¿Para qué recibí yo esto? —y alzando los pies por encima de las rodillas de los que estaban sentados, empezó a desabrocharse diligente, sobre la marcha, los rotos pantalones bombachos. Al llegar a la mesa, levantóse el faldón de la camisa y lo sujetó apretándolo bajo la barbilla. En el vientre moreno y en la cadera aparecieron sumisas unas terribles cicatrices, que contraían la piel—. ¿Para qué recibí yo estos trozos de metralla, este regalo de los cadetes?

—¡Diablo sinvergüenza! ¡Tú eres capaz de bajarte los pantalones por completo! —gritó indignada, con aguda voz, Anisia, una viuda que estaba sentada al lado de Diomka Ushakov.

—¿Y a ti te gustaría? —inquirió Diomka, lanzándole, de soslayo, una mirada de desprecio.

—¡Calla la boca, tía Anisia! A mí no me da vergüenza enseñarle aquí mis heridas a un trabajador. ¡Que las vea! Además, si vamos a seguir viviendo así, ¡puñeta!, ¡no tendré con qué taparme todas estas zarandajas! Los calzones que llevamos ahora no tienen de tales más que el nombre. Con ellos, no se puede pasar de día delante de las mozas, se morirían del susto.

En las filas de atrás estallaron carcajadas y fuertes murmullos, pero Liubishkin esparció en derredor una severa mirada y volvió a hacerse un silencio en el que se oía el leve chisporroteo de la mecha del quinqué.

—Por lo visto, ¿yo peleé con los cadetes para que los ricos volvieran a vivir mejor que yo. ¿Para qué comieran buenas tajadas, y yo, pan y cebolla? ¿No es eso, camarada obrero? Tú, Makar, ¡no me hagas señas! Yo no hablo más que una vez al año, y tengo derecho a hacerlo.

—Continúa —dijo. Davídov, asintiendo con la cabeza.

—Continuaré. Yo he sembrado este año tres *desiatinas* de trigo. Tengo tres hijos pequeños, una hermana tullida y mi mujer, enferma. ¿Y he cumplido, Razmiótnov, mi plan de entrega de grano?

—Lo has cumplido. Pero no des voces.

—¡Las daré! En cambio, ¡al kulak Frol Rvani habría que sacarle el alma, retorciéndole los c…!

—¡Bueno, bueno! —le atajó Nagúlnov, dando un puñetazo en la mesa.

—¿Ha cumplido Frol Rvani su plan de entrega? ¿No?

—Por eso el tribunal le ha multado, y le han quitado el grano —terció Razmiótnov, centelleantes los enfurecidos ojos, que escuchaba a Liubishkin con manifiesta complacencia.

«¡Aquí quisiera yo verte, mosca muerta!» —pensó Davídov, recordando al Secretario del Comité de Distrito del Partido.

—¡Este año, él será otra vez Frol Ignátievich! ¡Y en la primavera me volverá a tomar de bracero! —y con rabia, tiró a los pies de Davídov la *papaja* negra—. ¿A qué me hablas del koljós? Cortadle las venas al kulak, ¡y entonces ingresaremos! Dadnos sus máquinas, sus bueyes, su fuerza, ¡y entonces tendremos la igualdad! Pero vosotros no hacéis más que darle a la lengua: «hay que liquidar al kulak», y él crece de año en año como la bardana, y no nos deja ver el sol.

—Danos los bienes de Frol, que ya se encargará Arkashka de cambiarlos por un airoplano —intercaló Diomka.

—¡Ja, ja, ja!…

—¡Eso lo haría él en un periquete!

—¡Vosotros sois testigos del insulto!

—¡Huf! ¡Cállate, que no nos dejas oír!

—¿Es que no tenéis freno, malditos?

—¡Ea, silencio!

A duras penas, Davídov consiguió poner fin al alboroto.

—¡En eso precisamente consiste la política de nuestro Partido! ¿A qué llamar a la puerta cuando está abierta? Hay que liquidar a los kulaks como clase y entregar sus bienes a los koljóses. ¡Eso es la pura verdad! Y tú, camarada guerrillero, has hecho mal en tirar el gorro debajo de la mesa, aún te hará falta para la cabeza. ¡Ahora, ya no será posible tomar tierras en arriendo ni braceros! Hemos tolerado al kulak por necesidad, porque daba más pan que los koljóses. Pero ahora, es al contrario. El camarada Stalin ha hecho exactamente esos cálculos aritméticos y ha dicho: ¡hay que apartar de la vida al kulak! Hay que entregar sus bienes a los koljóses… Lloras pidiendo máquinas… Quinientos millones de *tselkovis*[26] se entregan a los koljóses, para que se repongan, ¿qué te parece? ¿Has oído hablar de eso? Entonces, ¿a qué alborotas? Primero, hay que parir el koljós, y luego, preocuparse de las máquinas. Y tú quieres comprar primero la collera, y, con arreglo a ella, mercar luego el caballo. ¿Por qué te ríes? ¡Así es, así es!

—¡Liubishkin ha echado a andar de culo!

—Ji, ji, ji…

—¡Nosotros iremos al koljós con mil amores!

—En eso de la collera… ha estado muy bueno…

—¡Aunque sea esta misma noche!

—¡Apúntanos ahora!

—Conducidnos para aniquilar a los kulaks.

—El que quiera apuntarse en el koljós, que levante la mano —propuso Nagúlnov.

Y al contar las manos alzadas, resultaron treinta y tres. Alguien, en su azoramiento, había levantado una de más.

El sofocante calor obligó a Davídov a quitarse el abrigo y la chaqueta. Se desabrochó el cuello de la camisa y, sonriente, esperó a que se restableciera la calma.

—Tenéis buena conciencia. ¡Eso es la pura verdad! ¿Pero os figuráis que con entrar en el koljós, ya está resuelto todo? ¡No, eso es poco! Vosotros, los campesinos pobres, sois un puntal del Poder Soviético. Vosotros, gente de reaños, debéis ingresar en el koljós y arrastrar tras de vosotros a la figura vacilante del campesino medio.

—¿Y cómo vas a arrastrarlo, si no quiere? ¿Acaso es él un toro para llevarlo atado de los cuernos? —preguntó Arkashka Menok.

—¡Convéncelo! ¿Qué clase de luchador por nuestra verdad eres tú, si no eres capaz de contagiar a otro? Mira, mañana se celebrará la asamblea. Vota tú a favor y convence a tu vecino, campesino medio, para que haga lo mismo. Y ahora, vamos a tratar de la cuestión de los kulaks. ¿Adoptamos una resolución expulsándolos del territorio del Cáucaso del Norte o qué hacemos?

—¡La firmaremos!

—¡Hay que talarlos bien bajo!

—No, mejor será que los arranquemos de raíz —corrigió Davídov. Y añadió dirigiéndose a Razmiótnov—: Lee la lista de los kulaks. Vamos a confirmar su expropiación.

Andréi sacó la lista de una carpeta y se la entregó a Davídov.

—Frol Damáskov. ¿Merece ese castigo proletario?

Las manos alzáronse unánimes. Pero al contarlas, Davídov observó que uno se había abstenido de votar.

—¿No estás de acuerdo? —preguntó arqueando las cejas, cubiertas de sudor.

—Me abstengo —repuso conciso el que no había votado, un cosaco tranquilo en apariencia y de aspecto corriente.

—¿Y por qué? —insistió Davídov.

—Porque él es vecino mío, y me ha hecho mucho bien. Por eso yo no puedo levantar la mano contra él.

—¡Largo de la asamblea ahora mismo! —ordenó Nagúlnov con voz trémula, alzándose como sobre los estribos.

—¡No, camarada Nagúlnov, así no se puede proceder! —le atajó severo Davídov —. ¡No te vayas, ciudadano! Explica tu línea. ¿Damáskov es kulak o no, según tú?

—Yo no entiendo de eso. Soy un analfabeto y pido que se me deje abandonar la asamblea.

—No, explícanos, ten la bondad: ¿qué favores te ha hecho él?

—Siempre me ha ayudado; me dejaba los bueyes, me prestaba semilla… no importa lo que me daba… Pero yo no traiciono al Poder. Yo estoy a favor del Poder…

—¿Te ha pedido ése que lo defiendas? ¿Con qué le ha comprado, con dinero, con pan? ¡Confiésalo sin miedo! —metió baza Razmiótnov—. Venga, dilo: ¿qué es lo que te ha prometido? —y avergonzado por la conducta de aquel hombre y de sus propias preguntas descarnadas, sonrió confuso.

—Puede que nada. ¿Cómo lo sabes tú?

—¡Mientes, Timoféi! Tú eres un vendido y, por lo tanto, ¡un partidario de los kulaks! —gritó alguien en las filas.

—Llamadme lo que os dé la gana, es vuestro derecho…

Davídov le preguntó, como si le pusiera un cuchillo en la garganta:

—¿Tú estás por el Poder Soviético o por el kulak? Mira, ciudadano, no cubras de oprobio a la clase de los campesinos pobres y di sin rodeos, a la asamblea, a favor de quién estás tú.

—¿A qué perder el tiempo con él? —interrumpió indignado Liubishkin—. A ése, por una botella de vodka, se le puede comprar con harapos y todo—. Ay, Timoféi, da asco mirarte, ¡hasta duelen los ojos!

Al fin, el abstenido Timoféi Borschiov repuso con fingida resignación:

—Yo estoy por el Poder. ¿Por qué os metéis conmigo? Mi ignorancia me ha hecho equivocarme… —pero al efectuarse la segunda votación, su mano alzóse con manifiesta mala gana.

Davídov anotó brevemente en su libreta: «Timoféi Borschiov, elemento ofuscado por el enemigo de clase. Hay que trabajarlo».

La asamblea, por unanimidad, aprobó la incautación de otras cuatro haciendas de kulaks.

Mas cuando Davídov dijo:

—Tit Borodín. ¿Quién vota a favor? —la asamblea guardó un angustioso silencio. Nagúlnov, turbado, cambió una mirada con Razmiótnov. Liubishkin empezó a enjugarse con la *papaja* la sudorosa frente.

—¿Por qué calláis? ¿Qué pasa? —inquirió Davídov, observando perplejo las filas de los que permanecían sentados, y al no encontrar los ojos de nadie, volvió los suyos hacia Nagúlnov.

—Verás lo que pasa —empezó a decir éste, indeciso—. Ese Borodín, al que vulgarmente le llamamos Titok, el año diez y ocho fue con nosotros, voluntario, a la Guardia Roja. Como procedía de una familia de campesinos pobres, se batió con firmeza. Tiene unas heridas y una recompensa: un reloj de plata, por sus servicios revolucionarios. Estuvo en el destacamento de Dumenkov. ¿Y tú sabes, camarada obrero, qué puñalada nos dio en el corazón? Cuando volvió a casa, se aferró con los

colmillos a la hacienda, como un perro a la carroña… Y, a pesar de nuestras advertencias, empezó a enriquecerse. Trabajaba día y noche, se cubrió todo de pelo y greñas, igual que una fiera, iba en invierno y en verano con unos pantaloncillos de lino. Se hizo con tres pares de bueyes y con una hernia, de levantar pesos grandes, y todo le parecía poco. Empezó a tomar jornaleros, dos, tres por temporada. Adquirió un molino de viento, y luego, un motor de cinco caballos de fuerza, y comenzó a montar una almazara. Compraba y vendía ganado. El mismo solía comer malamente y mataba de hambre a sus jornaleros, aunque éstos trabajaban veinte horas al día y se levantaban cinco veces por la noche para echar pienso a los caballos y a los bueyes. Le llamamos varias veces a la célula y al Soviet y le abochornamos de firme, diciéndole: «¡Deja esas cosas, Tit, no te interpongas en el camino de nuestro querido Poder Soviético! Pues tú también padeciste por él, peleaste en los frentes, contra los blancos…» —Nagúlnov tomó aliento y abrió los brazos, impotente—. ¿Pero qué se puede hacer cuando un hombre está endemoniado? ¡Vemos que la propiedad se lo come! Le volvemos a llamar, le recordamos los combates y las fatigas que pasamos juntos, tratamos de convencerle, le amenazamos con pisotearle, ya que se cruza en nuestro camino, se está convirtiendo en un burgués y no quiere esperar la llegada de la revolución mundial.

—Abrevia —le pidió Davídov impaciente.

La voz de Nagúlnov tembló y se hizo más queda.

—En este asunto no se puede abreviar. Duele tanto, que mana sangre… Bueno, él, es decir, Titok, nos contesta: «Yo cumplo la orden del Poder Soviético, aumento los sembrados. Y si tengo jornaleros, es con arreglo a la ley, pues mi mujer está mala, enfermedades de mujeres. Yo no era nada y lo soy todo, de todo tengo, y para eso peleé precisamente. Además, dice, el poder Soviético no se apoya en vosotros. Yo, con mis propias manos, le doy qué comer, mientras que vosotros no hacéis más que llevar la cartera bajo el brazo. Os desprecio». Y cuando le hablamos de la guerra y de las calamidades que pasamos juntos, alguna vez que otra le brilla una lágrima en los ojos, pero él no le da legítima suelta: se vuelve, se endurece el corazón y responde: «¡Lo pasado, pasó ya!» Y nosotros le privamos del derecho al voto. El empezó a peregrinar de un lado para otro, a escribir papelitos a la capital de la comarca y a Moscú. Pero yo creo que en las instituciones centrales, en los principales cargos, hay viejos revolucionarios que comprenden así las cosas: puesto que has traicionado, eres un enemigo, ¡y no hay que tener ninguna compasión contigo!

—Tú, de todos modos, sé más breve…

—Ahora termino. Allí no le restablecieron su derecho, y hasta hoy sigue lo mismo, aunque verdad es que ha despedido a los jornaleros…

—Bueno, ¿y qué es lo que pasa? —Davídov miró a Nagúlnov con fijeza, a la cara.

Pero éste, cubriéndose los ojos con las cortas pestañas, quemadas por el sol, contestó:

—Por eso precisamente la asamblea calla. Yo me he limitado a explicar lo que fue en los buenos tiempos pasados Tit Borodín, hoy kulak.

Davídov apretó los labios, su rostro se ensombreció:

—¿A qué nos vienes con cuentos de lástima? Fue guerrillero, honor a él por eso; se ha hecho kulak, se ha convertido en un enemigo, ¡hay que aplastado! ¿Qué dudas puede haber en este caso?

—Yo no lo digo por lástima. ¡Y tú, camarada, no me levantes falsos testimonios!

—¿Quién está a favor de que se expropie a Borodín como kulak? —Davídov paseó la mirada por las filas.

Aunque no a un tiempo ni inmediatamente, las manos se levantaron.

Después de la asamblea, Nagúlnov invitó a Davídov a pasar la noche en su casa.

—Y mañana, ya le encontraremos vivienda —dijo, en tanto salía a tientas del oscuro zaguán del Soviet.

Siguieron juntos, por la crujiente nieve. Nagúlnov, abriéndose la zamarra, empezó a decir, en voz baja:

—Yo, querido camarada obrero, respiro mejor desde que sé que es preciso reconcentrar en el koljós la propiedad campesina. La odio desde niño. Todos los males provienen de ella, bien lo dijeron los sabios camaradas Marx y Engels. Pues incluso bajo el Poder Soviético, la gente, como los marranos ante la gamella, se pelea, gruñe, da empujones, todo por culpa de esa peste maldita. Y antes, bajo el antiguo régimen, ¿qué ocurría? ¡Un verdadero espanto! Mi padre era un cosaco acomodado; tenía cuatro pares de bueyes y cinco caballos. Nuestros sembrados eran enormes: sesenta, setenta y hasta cien *desiatinas*.La familia, numerosa, trabajadora. Nos arreglábamos nosotros mismos. Y yo tenía, fíjese bien, tres hermanos casados. Se me quedó grabado en la memoria el siguiente caso, que hizo que yo me sublevase contra la propiedad. Un día, un cerdo del vecino se metió en nuestro huerto y estropeó varias matas de patatas. Mi madre lo vio, tomó con un cazo agua hirviendo de la olla y me dijo: «Echalo, Makarka, yo esperaré al lado de la puertecilla». Yo tenía entonces doce años. Bueno, eché del huerto, claro está, al malhadado cochino. Y mi madre lo roció de agua hirviendo. ¡Cómo le humeaba el pelo al animal! Era verano, y el cerdo empezó a llenarse de gusanos; luego, se agusanó más, hasta que la espichó. El vecino guardó su rencor, escondido. Al cabo de una semana, en la estepa nos ardieron veintitrés hacinas de trigo. Mi padre sabía de quién era obra aquello, no pudo contenerse y denunció el caso al juzgado. Y entre los dos, surgió una enemistad tan grande, ¡que no se podían ni ver el uno al otro! En cuanto empinaban el codo, ya estaban peleándose. Así siguió la cosa unos cinco años, hasta que ocurrió una desgracia mortal… Un día de Carnaval, al hijo del vecino lo encontraron muerto en

una era. Alguien, con un horcón, le había atravesado el pecho por varias partes. Y yo, por algunos indicios, adiviné que aquello era obra de mis hermanos. Se hicieron diligencias y no se encontró a los asesinos… Levantaron acta de que había muerto de una borrachera. Entonces yo me marché de casa de mi padre, a trabajar de jornalero. Fui a parar a la guerra. Estaba uno cuerpo a tierra y los alemanes te zumbaban con proyectiles pesados que levantaban hacia el cielo nubes de humo negro. Allí, tumbado, pensaba uno: «¿Por quién, por la propiedad de quién paso yo estos miedos y arrostro la muerte?» Y para protegerme de los disparos, le entraban a uno ganas de convertirse en clavo, ¡de clavarse en la tierra hasta la misma cabeza! ¡Ay, madre santa! Respiré gases y me envenené. Ahora, en cuanto empiezo a subir alguna cuesta, me entra la fatiga, me golpea la sangre en la cholla y no llego arriba. En el frente, personas inteligentes me apuntaron ya algo, y volví bolchevique. Y en la guerra civil, ¡oh, corté sin piedad cabezas de reptiles! Cerca de Kastórnaia, recibí una contusión; luego, me empezaron los ataques. Y aquí tengo esta condecoración —Nagúlnov puso la manaza sobre la Orden, y en su voz se percibieron nuevas inflexiones, de una emoción cálida, singular—. Ahora, ella me da afectuoso aliento. Porque yo ahora, querido camarada, me siento como en los días de la guerra civil, como en las posiciones. Aunque haya que atrincherarse en la tierra, hay que llevar a todos al koljós. Llevados cada vez más cerca de la revolución mundial.

—¿Conoces tú bien a Tit Borodín? —le preguntó, Davídov, en tanto caminaba pensativo.

—¡Cómo no lo voy a conocer! Fuimos amigos, pero su extremado apego a la propiedad nos separó. El año veinte, él y yo participamos en el aplastamiento de una sublevación en un distrito de la región del Donetz. Dos escuadrones y una sección especial nos lanzamos al ataque. Muchos *jojoles*[27] quedaron muertos a sablazos más allá del pueblo. Por la noche, Titok se presentó en la vivienda con unos talegos. Los sacudió y esparció por el suelo ocho pies cercenados… «¡La madre que te parió! ¿Te has vuelto loco? —le dijo un camarada—. ¡Lárgate con eso ahora mismo!» Y el Titok le contestó: «¡No se sublevarán más, los m…! Ya a mí estos cuatro pares de botas me harán avío. Calzaré a toda la familia». Los puso sobre el horno y, cuando se hubieron deshelado, se puso a dar tirones para sacar de los pies aquellas botas altas. Tomó el sable y empezó a cortar con él las costuras de las cañas. Llevóse los pies descalzos y los hundió en un almiar. «Ya los he enterrado», dijo. Si entonces hubiéramos sabido, ¡le habríamos fusilado como a un perro! Pero los camaradas no le delataron. Más tarde, le sondeé: «¿Es verdad que hiciste eso?» «Es verdad —me respondió—, yo no podía quitarles las botas, las piernas estaban tiesas, duras de la helada, y les corté los pies a sablazos. Me dolía, como zapatero, que unas botas buenas se pudrieran en la tierra. Pero ahora —confesó—, a mí mismo me da horror. A veces, hasta me despierto por la noche y le pido a la mujer que me deje ponerme al lado de la pared,

pues en el borde de la cama, siento espanto…» Bueno, ya hemos llegado a mi vivienda —Nagúlnov entró en el patio haciendo chasquear el picaporte.

Capítulo V

El año 1913, los vecinos del caserío despidieron a Andréi Razmiótnov, que marchaba al servicio militar. Según las normas establecidas por aquel entonces, debía incorporarse a filas con su caballo. Mas Razmiótnov no tenía dinero, no ya para comprar un caballo, sino ni siquiera para adquirir el equipo correspondiente a un cosaco. De su difunto padre había heredado solamente el sable del abuelo, con la vaina despellejada y deslucida. ¡Jamás olvidaría Andréi la amarga humillación! En la asamblea de la*stanitsa* los ancianos decidieron mandarle al servicio por cuenta de las tropas del Don: le compraron un caballejo barato, alazano, una silla, dos capotes, dos bombachos y un par de botas de caña alta… «Con fondos sociales te equipamos, Andriushka, no olvides nuestra caridad y no dejes mal a la *stanitsa*, sirve bien al zar…», le dijeron los viejos a Andréi.

En cambio, a veces, los hijos de los cosacos ricos, luciendo su flamante ropa, presumían en las carreras montados en caballos de las centurias, procedentes de la Remonta de Korolkov o de sementales de raza de Provalie, con lujosas sillas y arneses con adornos de plata del lote de tierra de Andréi se incautó la administración de la *stanitsa*, y durante todo el tiempo que Razmiótnov anduvo por los frentes defendiendo la riqueza y la holgada vida ajenas, lo entregó en arriendo. Andréi se ganó en la guerra con Alemania tres cruces de San Jorge. El dinero de las «cruces» lo envió a su mujer y a su madre. Con él, en unión de la nuera, vivió la anciana, cuya vejez, salobre de las lágrimas, vino a dulcificar Andréi un poco tarde.

A fines de la guerra, la mujer de Andréi trabajó de jornalera en la trilla, juntó algún dinerillo y marchó al frente, a visitar al marido. Pasó allí contados días (el 11º regimiento de cosacos del Don, en el que servía Andréi, estaba entonces de descanso) y yació sobre el brazo del marido. Aquellas noches pasaron fugaces como relámpagos de verano. Mas, ¿acaso se necesita mucho tiempo para que la avecica cometa su pecadillo, para que la mujer sacie su hambre de dicha? Volvió de allá con los ojos más brillantes y, transcurrido el plazo correspondiente, parió como por azar, sin gritos ni lágrimas, en el mismo campo arado, un niño que era el vivo retrato de Andréi.

El año diez y ocho regresó Razmiótnov, por breve tiempo, a Gremiachi Log. En los pocos días que estuvo en el caserío, arregló los arados, los podridos cabrios de los cobertizos, y labró dos *desiatinas* de tierra. Luego, dedicó un día entero al hijito; lo montaba a cuestas sobre sus hombros, entre los que se hundía el cuello, que exhalaba un acre olor de soldado, corría por la habitación grande, reía, pero su mujer advirtió que en los extremos de sus ojos claros, un poco rencorosos de ordinario, se agolpaban unas lágrimas, y palideció: «¿Te vas otra vez, Andriusha?» —«Mañana. Prepara algo de comida».

Y al día siguiente él, Makar Nagúlnov, el *atamanets*[28] Liubishkin, Tit Borodín y

otros ocho hombres, cosacos del frente, se disponían a emprender la marcha junto a la casa de Andréi. Una vez ensillados, los caballos les llevaron raudos más allá del molino de viento, y durante largo rato, giraron sobre la senda los remolinos del leve polvillo primaveral levantado por los cascos de los brutos, calzados con ligeras herraduras estivales.

Aquel día, sobre Gremiachi Log, sobre las aguas desbordadas y la estepa, sobre todo aquel mundo azul, volaron presurosos de sur a norte bandadas de ánsares de negras alas y de gansos silvestres, hendiendo, sin voces ni gritos, los vírgenes espacios celestiales.

En Kámenskaia, Andréi se rezagó de sus camaradas. Con una de las unidades de Vorochílov, marchó a la línea Morózovskaia-Tsaritsin. Makar Nagúlnov, Liubishkin y los demás fueron a parar a Vorónezh. Y tres meses más tarde, en las inmediaciones de Krivaia Muzgá, Andréi, herido levemente por un casco de granada, se enteró en el puesto de socorro, por un vecino de la *stanitsa* que encontró casualmente, de que en Gremiachi Log —después de la derrota del destacamento de Podtiólkov— unos cosacos blancos del caserío, en venganza de que él se había ido con los rojos, habíanse refocilado brutalmente con su mujer, Evdokía. Aquello llegó a oídos de todo el caserío, y ella, no pudiendo soportar la terrible vergüenza, se suicidó.

… Un día de gran frío. Fines de Diciembre. Gremiachi Log. *kuréns*, cobertizos, empalizadas, árboles, con el blanco plumón de la escarcha. Al otro lado de un lejano otero, se libraba un combate. Oíase el sordo fragor de los cañones del general Gusélschikov. A la caída de la tarde, Andréi, en un caballo cubierto de espuma, llegó al caserío. Y hasta ahora lo recuerda. Le basta cerrar los ojos y lanzar la memoria hacia el pasado en veloz galopada… Rechinó la puertecilla de la cerca. Jadeante, tiró de la rienda y metió en el patio el caballo, que se tambaleaba de cansancio. La madre, sin nada a la cabeza, salió corriendo del zaguán.

¡Oh, cómo le desgarraba los oídos el desgarrador llanto por la difunta!

—¡Hijo de mi alma! ¡Se cerraron para siempre sus ojitos claros!…

Como en un patio ajeno, entró a caballo en el suyo. Razmiótnov, ató las riendas a la baranda de la terracilla y se metió en la casa. Sus ojos hundidos, de muerto, recorrieron la habitación desierta y se posaron en la cuna, también vacía.

—¿Dónde está el niño?

La madre, tapado el rostro con el delantal, meneaba la encanecida cabeza, de ralos cabellos.

Con esfuerzo, le arrancó la respuesta.

—¡Sí, no supe guardar a mi pichoncillo! Una semana después de Dunia…[29] de la gargantita.

—No grites… A mí, ¡a mí me harían falta las lágrimas! ¿Quién forzó a Evdokía?

—Anikéi Deviatkin se la llevó a la fuerza a la era… A mí me dio unos

latigazos… Llamó allí a los mozos. Le golpeó con la vaina del sable sus manecitas blancas. Volvió toda negra… Demacrada, no tenía más que ojos…

—¿Está él ahora en el caserío?

—No, se fue.

—¿Hay alguien de su familia en la casa?

—Su mujer y el viejo. ¡No lo mates, Andriusha! Ellos no tienen la culpa del pecado ajeno…

—¿Y eso me lo dices tú? ¿Tú?… —Andréi se puso cárdeno, se ahogaba. De un tirón, arrancóse los corchetes del capote y desgarróse el cuello de la guerrera y de la camisa.

—Echando sobre la tinaja del agua el pecho desnudo, en el que sobresalían las costillas, bebió con ansia y mordió el borde de la vasija. Luego, enderezóse y, sin alzar los ojos, inquirió:

—¡Madrecita! ¿Qué me dejó mandado antes de morir?

La madre metió la mano en el rincón de los iconos y sacó de la repisa un trozo de papel amarillento. Y resonaron las palabras póstumas, como si oyera la voz de la amada: «¡Andriúshenka, querido mío! Esos malditos me han emporcado, se han burlado de mí y del amor que te tengo. Ya no volveré a verte, ni veré más la luz del día. Mi conciencia no me permite vivir con una enfermedad vergonzosa. ¡Andriúshenka de mi alma, florecita mía! Hace un sinfín de noches que no duermo y que empapo la almohada con mis lágrimas. Recuerdo nuestro amor y lo recordaré en el otro mundo. Y sólo me da pena del niño y de ti, de que nuestra vida, nuestro amor, haya sido tan corto. Si traes a otra a la casa, que sea cariñosa, por amor de Dios, con nuestro hijito. Quiere tú también a mi huerfanillo. Dile a la madre que le dé a mi hermanita mis faldas, mis chales y mis blusas. Ella es ya una muchacha casadera, y le hacen falta…»

Al galope de su caballo, llegó Andréi a la casa de los Deviatkin; echó pie a tierra y, desenvainando el sable, subió corriendo a la terracilla. Al verle, el padre de Anikéi Deviatkin —un viejo alto y canoso— se santiguó y se puso de rodillas, bajo los iconos.

—¡Andréi Stepánich! —exclamó, postrándose a sus plantas, y no dijo ni una palabra más, ni alzó del suelo la cabeza calva, rosácea.

—¡Vas a responderme por tu hijo! ¡Yo me cisco en vuestros dioses, en vuestra cruz!… —con la mano izquierda, agarró al viejo por la barba cana, abrió la puerta de una patada y sacó a Deviatkin a rastras, con estruendo, a la terracilla.

La vieja yacía junto al horno sin conocimiento, pero la nuera de los Deviatkin —Avdotia, mujer de Anikéi— juntó a los chiquillos en apretado haz —eran seis las criaturas— y salió llorando a la terracilla. Andréi, blanco como un hueso oreado por los vientos, encogióse y alzó el sable sobre el cuello del viejo, pero en aquel

momento se echó a sus pies, dando gritos y alaridos, un enjambre de chiquillos mocosos, de diversos calibres.

—¡Mátalos a todos! ¡Todos ellos son cachorrillos, crías de Anikéi! ¡Mátame a mí también! —vociferaba Avdotia, la mujer de Anikéi, avanzando hacia Andréi, desabrochada la camisa rosa, balanceando, como una perra prolífera, los pechos exhaustos, rugosos.

Y entre tanto, a los pies de Andréi, hormigueaban los chicos, a cual más pequeño…

Retrocedió, esparciendo en derredor una mirada de salvaje, envainó el sable y, dando tropezones, aunque el suelo era llano, dirigióse hacia el caballo. Hasta la misma puertecilla de la empalizada, le siguió el viejo, llorando de alegría y del miedo pasado e intentando de continua postrarse para besar los estribos, pero Andréi, torciendo el gesto con repugnancia, retiraba el pie, mientras decía, bronca la voz:

—¡Por suerte para ti!… Estaban los chiquillos…

Tres días seguidos permaneció en casa, atiborrándose de vodka, llorando borracho; la segunda noche, le prendió fuego al pajar por la viga maestra en que se había ahorcado Evdokía, y al cuarto día, hinchado, espantoso, se despidió en silencio de la madre, y ésta, al apretar contra su pecho la cabeza del hijo, vio por vez primera, en el rubio tupé de Andréi, unos cabellos blancos, como hilos de estipa plumosa.

Dos años más tarde, Andréi volvió a Gremiachi desde el frente polaco. Estuvo un año vagando por tierras del Alto Don con una unidad de requisa de productos alimenticios, y luego se dedicó a su hacienda. A los consejos de la madre de que volviera a casarse, respondía siempre con evasivas. Pero un día, ella le pidió insistente una respuesta concreta.

—¡Cásate, Andriusha! Yo ya no tengo fuerzas ni para remover los pucheros. Cualquier moza aceptará con el alma y la vida. ¿A quién vamos a pedir en matrimonio?

—No me casaré, madrecita, ¡déjame en paz!

—¡Siempre me dices lo mismo! Mírate al espejo, ya tienes nieve en la cabeza. ¿A qué esperas? ¿A que se te ponga todo el pelo blanco? Y tu madre, no te importa un bledo. Yo que creía que iba a cuidar de los nietos. Hasta junté lana, de dos cabras, para hacerles unos calcetinillos… Mi obligación debe ser lavarlos, bañarlos. Esa debe ser. Pues me cuesta trabajo ordeñar la vaca, los dedos no me obedecen ya —y pasó a las lágrimas y los lamentos—: ¿A quién habrá salida este cernícalo? Agacha la cabeza, como un toro, y resopla. ¿Por qué callas? ¡Barrabás!

Andréi tomó el gorro y se fue en silencio de la *jata*[30]. Pero la vieja no dio su brazo a torcer: conversaciones con las vecinas, cuchicheos, consejos…

—Después de Evdokía, no traeré a nadie a la *jata* —se mantenía en sus trece, sombrío, Andréi.

Y el rencor de la madre se trasladó a la difunta nuera.

—¡Me lo ha embrujado esa víbora! —decía a las viejas que encontraba en el camino al pastizal o sentada a la puerta de su *jata*, al atardecer—. Ella misma se ha ahorcado y no le dejará vivir. El no quiere casarse con otra. ¿Y te figuras que yo no paso penas? ¡Ay, querida! Nada más ver a los nietos ajenos, se me llenan de lágrimas los ojos, pues otras viejas tienen alegrías, consuelo, mientras que yo estoy sola, como una rata del campo en su madriguera…

Aquel mismo año Andréi se juntó con Marina, viuda de Mijaíl Poiárkov, un suboficial de Caballería muerto en Novocherkassk. Aunque la viuda había cumplida los cuarenta aquel otoño, se conservaba bien; su cuerpo fuerte, de buenas carnes, y su cara morena guardaban una belleza apacible, esteparia.

En Octubre, Andréi le techó la *jata* con cañizo. A la caída de la tarde, ella le llamó a la casa y, después de poner la mesa con prontitud, le sirvió una escudilla de sopa de coles, echó sobre las rodillas de Andréi una limpia toalla bordada y se sentó frente a él, apoyada en la mano la mejilla, de pómulo saliente. Andréi examinaba de reojo su arrogante cabeza, agobiada por un moño de lustrosos cabellos negros. Eran espesos, ásperos en apariencia como las crines de un caballo, pero cerca de las diminutas orejas se ensortijaban, rebeldes y suaves, como los de los niños. Marina le miraba fijamente, a la cara, entornando el ojo, almendrado, negro, un poquitín estrábico.

—¿Te echo más? —preguntó.

—Bueno, echa —accedió Andréi, y enjugóse con la palma de la mano el rubio bigote.

Iba ya a emprenderla otra vez con la sopa de coles —Marina, sentada frente a él, le observaba de nuevo con recelosa y expectante mirada de fiera—, cuando, de pronto, casualmente, vio en su carnoso cuello una vena azul que palpitaba impetuosa, y, turbado por algún motivo ignoto, apartó la cuchara.

—¿Qué te pasa? —inquirió ella, alzando, como negras alas, las cejas.

—Ya estoy harto. Gracias. Mañana temprano vendré a dar remate al techado.

Marina bordeó la mesa. Dejando al descubierto, en lenta sonrisa, los dientes, muy prietos, y apretando contra Andréi sus pechos, grandes y muelles, preguntó en un susurro:

—¿Por qué no te quedas a pasar la noche conmigo?

—Puedo quedarme —no encontró otra respuesta el desconcertado Andréi.

Y Marina, en venganza de las necias palabras inclinó en una reverencia su cuerpo opulento.

—¡Vaya, vaya, gracias, sostén de mi casa! Le haces un favor a una pobre viuda… Y yo, pecadora de mí, que temía y creía que ibas a negarte…

Diligente, apagó el candil de un soplo; a obscuras, preparó el lecho, corrió el

pestillo de la puerta del zaguán y dijo con desprecio y un enojo apenas perceptible:

—No tienes de cosaco más que una miserable gota. A ti te hizo algún hojalatero de Tambov.

—¿Cómo? —ofendióse Andréi, y hasta dejó de quitarse la alta bota.

—Como a otros por el estilo. Por tus ojos pareces arrojado, pero te da vergüenza pedírselo a las mujeres. ¿Por qué te habrán dado esas cruces en la guerra? —sus palabras no eran claras, pues tenía unas horquillas apretadas entre los dientes, mientras se destrenzaba los cabellos—. Mi Misha[31], ¿te acuerdas de él?, tenía menos estatura que yo. Tú eres de mi misma talla, y él era un poco más bajo. Pues bien, yo le quería sólo por su audacia. Cuando estaba en la taberna no cedía ni ante el más pintado; aunque chorrease sangre por las narices, nunca se daba por vencido. Puede ser que muriera por eso mismo. Y él sabía bien por qué le quería yo —concluyó con orgullo.

Andréi recordó los relatos de cosacos del caserío que sirvieran en el mismo regimiento que el marido de Marina y habían sido testigos de su muerte: en una exploración del terreno, lanzó a su sección al ataque contra una patrulla de soldados rojos de Caballería, dos veces superior en número. Estos, con su «Lewis», los pusieron en fuga; derribaron de sus caballos, en plena carrera, a cuatro cosacos e intentaron dar alcance al propio Mijaíl Poiárkov, al que habían aislado de los suyos. Disparando al galope, a quemarropa, Poiárkov mató a tres de los soldados rojos que le perseguían, y como era el mejor jinete del regimiento en el volteo a caballo, empezó a voltear para salvarse de los disparos; habría logrado escapar, pero su potro metió una pata en un bache hondo y, al caer, le rompió una pierna a su amo. Y allí le llegó el fin al bravo suboficial…

Al recordar el relato de la muerte de Poiárkov, Andréi sonrió:

Marina se acostó; con respirar anheloso, aproximóse a Andréi.

Media hora más tarde, continuando la conversación iniciada, ella le susurraba:

—A Misha le quería por su audacia; en cambio, a ti… te quiero porque sí, por nada —y apretó contra el pecho de Andréi su ardiente orejita. Y a él, en la penumbra, le pareció que el ojo de ella se encendía fogoso e indómito como el de una yegua rebelde, sin domar.

Cuando despuntaba ya el alba, ella le preguntó:

—¿Vendrás mañana a terminar de techarme la *jata*!

—Claro, ¡cómo no! —se asombró Andréi.

—No vengas…

—¿Y eso por qué?

—¿Pero qué clase de techador eres tú, alma mía? El abuelo Schukar lo hace mejor que tú —y rió a carcajadas—. ¡Te llamé adrede!… ¿Con qué te iba a atraer si no? ¡Y me has causado perjuicios! Pues, de todos modos, la *jata* hay que volver a techarla de

punta a punta…

Dos días más tarde, el abuelo Schukar techaba la *jata*, maldiciendo, ante la dueña, del pésimo trabajo de Andréi.

Y Andréi, desde entonces, empezó a visitar a Marina todas las noches. Dulce le parecía el amor de aquella mujer que le llevaba diez años, dulce como una manzana silvestre, tocada por las primeras heladas…

Pronto, se enteraron en el caserío de sus relaciones; y cada cual las comentó a su manera. La madre de Andréi lloriqueaba, lamentándose ante las vecinas: «¡Qué vergüenza! Se ha liado con una vieja». Pero luego se resignó y apaciguóse. Niurka, una moza, hija del vecino, con la que Andréi, cuando se presentaba la ocasión, bromeaba y retozaba, estuvo mucho tiempo eludiendo el encuentro con él. Pero una vez, cuando ella iba por el sendero, no cubierto aún de nieve, a cortar ramas secas, tropezó de manos a boca con él y palideció.

—¿Te ha puesto el freno la vieja? —preguntó sonriendo con labios trémulos, sin intentar esconder las lágrimas que brillaban bajo sus pestañas.

—¡No me deja ni respirar! —respondió Andréi, tratando de zafarse con una broma.

—¿Y no has podido encontrar una más joven? —le dijo Niurka, apartándose.

—¿Y yo mismo? Fíjate lo que soy —Andréi quitóse la *papaja* y le mostró sus cabellos veteados de canas.

—Pues yo, tonta de mí, ¡hasta canoso te quería, perro! Bueno, adiós para siempre —y se fue, irguiendo ofendida la cabeza.

Makar Nagúlnov dijo conciso:

—¡No lo apruebo, Andriuja! Esa te hará suboficial de Caballería y pequeño propietario. Bueno, bueno, es una broma, ¿no lo estás viendo?

—Cásate con ella legalmente —se ablandó cierta vez la madre—. Déjala que sea mi nuera.

—¿Para qué? —repuso evasivo Andréi.

Marina parecía haberse quitado veinte años de encima. Recibía por las noches a Andréi, conteniendo el fulgor de sus ojos, un poco estrábicos, le abrazaba con fuerza viril y, hasta el alba, no desaparecía de sus mejillas morenas, de pómulos salientes, el vivo arrebol cereza. ¡Diríase que había vuelto a sus tiempos de soltera! Con retalillos de seda de colores, le hacía a Andréi bordadas bolsitas para el tabaco, captaba devota cada uno de sus gestos y ademanes, se mostraba obsequiosa; luego, con terrible violencia, despertáronse en ella los celos y el temor de perder a Andréi. Empezó a ir a las reuniones, sólo para vigilarle, para ver si flirteaba con las mujeres jóvenes o miraba a alguna. Al principio, a Andréi le agobiaba aquella tutela llegada tan inesperadamente, regañaba a Marina, e incluso le pegó en más de una ocasión, pero luego se fue acostumbrando, y aquella circunstancia hasta llegó a halagar su amor

propio de hombre. Ella, enternecida, le dio toda la ropa del marido. Y Andréi, que hasta entonces iba hecho un andrajoso, empezó a presumir por Gremiachi —sin avergonzarse, en sus derechos de heredero— con los bombachos de paño y las camisas del difunto suboficial, cuyos cuellos y mangas le venían a las claras estrechos y cortas.

El ayudaba a su amor en los trabajos de la hacienda; cuando volvía de caza, le traía alguna liebre o un atado de perdices. Pero Marina nunca hacía abuso de su poder ni mostraba desafecto a la madre de Andréi, aunque guardaba un sentimiento de animosidad hacia ella.

Sin embargo, la propia viuda gobernaba no mal su hacienda y habría podido pasarse fácilmente sin la ayuda de un hombre. Más de una vez, Andréi había observado, con recóndita satisfacción, cómo alzaba en la horquilla una hacina de trigo de tres puds enredado con rosácea correhuela, o cuando, sentada en la segadora, abatía con las chasqueantes aletas las olas de cebada, plena de hermosas espigas. Tenía mucho del vigor y el arranque masculinos. Hasta al caballo lo enganchaba hombruna; apoyando el pie en los extremos de la collera, ceñía la correa de un solo tirón.

Con los años, el amor a Marina fue afianzándose, echando sólidas raíces. De tarde en tarde, Andréi recordaba a su primera mujer, pero el recuerdo no le causaba ya la punzante pena de antaño. Únicamente, cuando encontraba al hijo mayor de Anikéi Deviatkin, que había emigrado a Francia, palidecía: tan grande era el parecido entre el padre y el hijo.

Y después, de nuevo, en el trabajo, en la lucha por el pedazo de pan, en el ajetreo cotidiano, desleíase el rencor e iba desapareciendo aquel dolor sordo, continuo, semejante al que sentía a veces en la cicatriz de la frente, señal que le dejara un día el largo sable de un oficial magiar.

Desde la asamblea de campesinos pobres, Andréi se fue derecho a casa de Marina. Ella hilaba lana, esperándole. En la habitacioncilla, muy caldeada y baja de techo, zumbaba monótona la rueca, incitando al sueño. Un travieso cabritilla, de rizoso pelaje, golpeteaba rítmico con sus diminutas pezuñas en el suelo sin embaldosar, dispuesto a saltar a la cama.

Razmiótnov torció irritado el gesto.

—¡Deja ya de darle a la rueda!

Marina retiró del pedal el pie, calzado con una pantufla de aguda punta, y estiróse con fruición echando hacia atrás la espalda, ancha como la grupa de una yegua.

—¿Qué ha habido en la reunión?

—Mañana empezaremos a destripar kulaks.

—¿De veras?

—Hoy, todos los campesinos pobres de la asamblea han ingresado en el koljós —

Andréi, sin quitarse la chaqueta, se echó en la cama y tomó en brazos al cabritilla, tibio ovillo de lana—. Presenta tú mañana la solicitud.

—¿Qué solicitud? —preguntó asombrada Marina.

—Pidiendo el ingreso en el koljós.

Marina enrojeció de pronto y arrimó la rueca al horno, de un fuerte empujón.

—¿Has perdido la chaveta? ¿Que tengo yo que hacer allí?

—Mira, Marina, no discutas acerca de este asunto. Tú tienes que estar en el koljós. De lo contrario, dirían de mí: «Tira de los otros, y a su Marina la deja a salvo». No tendría tranquila la conciencia.

—¡Pues yo no iré! ¡De todos modos, no iré! —Marina pasó junto a la cama, envolviéndole en el tufillo de su sudor y de su cuerpo ardiente.

—Entonces, ten en cuenta que habrá que liar los bártulos, y si te he visto, no me acuerdo.

—¡Valiente amenaza!

—Yo no amenazo, pero no puedo proceder de otra manera.

—Bueno, ¡pues márchate! Si les llevo mi vaquita, ¿con qué me quedaré yo? ¡Tú mismo vendrías a pedirme de comer!

—La leche será de todos.

—¿Y las mujeres, serán también de todos? ¿Quieres asustarme con eso?

—Debería zurrarte, pero no tengo ganas —Andréi tiró al suelo el cabritilla, alargó la mano para coger el gorro y se anudó al cuello, como un dogal, la bufandilla de lana de angora.

«¡Hay que convencer y suplicar a cada uno de estos diablos! Hasta Marina se pone de manos. ¿Qué ocurrirá mañana en la asamblea general? Si apretamos mucho, nos molerán a palos» —pensaba con rabia, camino de su *jata*. Luego, estuvo mucho rato dando vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño; oyó que su madre se levantaba por dos veces para echar un vistazo a la masa del pan. En el henil, cantaba un gallo, alborotando como un demonio. Andréi pensaba con zozobra en el mañana, en la reorganización de toda la agricultura, en puertas ya. Le asaltó el temor de que Davídov, hombre seco y duro a su parecer, apartase del koljós, con alguna imprudencia, a los campesinos medios. Pero rememoró su figura fornida, recia como un bloque, de anchos hombros y estatura mediana; su rostro, contraído, todo él en tensión, con rígidas arrugas junto a las sienes y unos ojos inteligentes y burlones; recordó también que en la asamblea, Davídov, inclinándose hacia él tras la espalda de Nagúlnov y echándole a la cara el aliento —puro como el de un niño, mas con un acerbo olor a vinillo— de su boca mellada, le había dicho, mientras hablaba Liubishkin: «Ese guerrillero es un buen muchacho, pero le habéis tenido abandonado, no le habéis educado, ¡eso es la pura verdad! Hay que trabajarlo». Hizo memoria de todo y decidió gozoso: «No, éste no nos fallará. ¡Al que hay que tirarle de la rienda es

a Makar! No vaya a ser que, en su acaloramiento, nos haga alguna trastada. Cuando a Makar se le sube la retranca bajo la cola, hace cisco el carro a coces. Luego, no hay quien lo componga…» ¿Y qué no se puede componer? El carro… ¿Qué tiene que ver aquí el carro? Makar… Titok… mañana… El sueño, furtivo, le apagó la razón. Andréi quedóse dormido, y de sus labios, lentamente cómo gotas de rocío de una hoja, fue desprendiéndose una sonrisa.

Capítulo VI

A eso de las siete de la mañana, Davídov, al llegar al Soviet de la aldea, encontró ya allí; congregados, a catorce hombres, campesinos pobres de Gremiachi.

—Le esperamos hace mucho, desde la madrugada —dijo sonriendo Liubishkin, en tanto tomaba en su manaza la de Davídov.

—Estamos impacientes… —le explicó el abuelo Schukar.

Era el mismo que, envuelto en una blanca zamarra de mujer, había cambiado, el día de la llegada de Davídov, unas bromas con él en el patio del Soviet de la aldea. Desde entonces, se consideraba amigo íntimo de Davídov y, a diferencia de los demás, le trataba con amistosa familiaridad. Antes de que llegara, había dicho: «Lo que decidamos Davídov y yo, eso se hará. Anteayer estuvo mucho rato charlando conmigo. Claro que conversamos en serio y en broma, pero de lo que más discutimos fue de los planes, de cómo hay que organizar el koljós. Es un hombre alegre, como yo…»

Davídov reconoció a Schukar por la blanca zamarra y, sin darse cuenta, le ofendió terriblemente:

—¡Ah! ¿eres tú, abuelo? Ya ves, anteayer parecías apenado al saber a qué había venido yo; en cambio hoy, ya eres tú mismo koljosiano. ¡Muy bien!

—No tenía tiempo… no lo tenía, y por eso me marché —barbotó el abuelo, apartándose, de costado, de Davídov.

Acordaron ir, en dos grupos, a desalojar a los kulaks. El primer grupo debía dirigirse a la parte alta del caserío; el segundo, a la baja. Pero Nagúlnov, al que Davídov había propuesto encabezar el primer grupo, se negó en redondo. Turbóse feamente ante las miradas que se cruzaron y llamó aparte a Davídov.

—¿Qué espectáculo es éste que estás dando? —le preguntó Davídov con frialdad.

—Mejor será que vaya, con el segundo grupo, a la parte baja.

—¿Y qué más da?

Nagúlnov se mordió los labios y, volviéndose, repuso:

—De esto sería… Bueno, ¡de todos modos, te enterarás! Mi mujer… Lushka… vive con Timoféi, el hijo del kulak Frol Damáskov. ¡Y no quiero ir! Habría murmuraciones. Iré a la parte baja, y que Razmiótnov vaya con el primero…

—¡Ay, hermano, temes a las murmuraciones!… Pero no insisto. Ven conmigo, con el segundo grupo.

Davídov recordó de pronto que aquel día había visto sobre la ceja de la mujer de Nagúlnov, cuando ésta les servía el desayuno, un viejo cardenal verde-limón. Torciendo el gesto y moviendo el pescuezo como si se le hubiera metido por el cuello una brizna de heno, inquirió:

—¿Fuiste tú el que le hiciste ese moretón? ¿Le pegas?

—No, yo no.

—¿Y quién, entonces?

—El.

—¿Pero quién es «él»?

—Pues Timoshka…[32] el hijo de Frol…

Davídov, perplejo, guardó silencio unos minutos; luego, se enfureció:

—Bueno, ¡vete al cuerno! ¡No comprendo! En marcha, después hablaremos de esto.

Nagúlnov y Davídov, Liubishkin, el abuelo Schukar y otros tres cosacos salieron del Soviet de la aldea.

—¿Por quién empezamos? —Davídov preguntaba sin mirar a Nagúlnov. Los dos, cada uno a su modo, sentían cierto embarazo después de aquella conversación.

—Por Titok.

En silencio, echaron a andar por la calle. Desde las ventanas, las mujeres les miraban curiosas. La chiquillería ya estaba dispuesta a seguirles pegajosa, pero Liubishkin arrancó una vara del seto, y los chicuelos, adivinando la intención, se quedaron atrás. Cuando llegaban a la casa de Titok, Nagúlnov dijo, sin dirigirse a nadie:

—Esta casa hay que ocuparla para la administración del koljós. Es espaciosa. Y de los cobertizos haremos la cuadra koljosiana.

La casa era en efecto espaciosa. Titok la había comprado en el veintidós, año de hambre, por una vaca estéril y tres puds de harina, en el cercano caserío de Tubianskói. Toda la familia de los antiguos propietarios había muerto. Nadie pudo pleitear luego con Titok por la leonina transacción. Trasladó la casa a Gremiachi, la techó de nuevo y edificó unos almacenes y una cuadra, de buenos troncos, construyendo sólidamente, para toda la vida… Desde la cornisa, pintada de ocre, miraba a la calle una inscripción con muchos ringorrangos, obra de un pintor de brocha gorda, en caracteres eslavos: «T. K. Borodín. R. J. 1923».

Davídov examinaba el edificio con curiosidad. Nagúlnov fue el primero en penetrar por la puertecilla del seto. Al chasquido del picaporte, saltó del granero un perrazo guardián, de pelaje de lobo. Se abalanzó sin ladrar, alzóse sobre las patas traseras, brillante el blanco vientre lanoso, y, ahogándose, emitiendo ronquidos, a causa del collar que le apretaba la garganta, gruñó sordamente. Lanzóse varias veces hacia adelante y se tiró de espaldas al suelo, tratando de romper la cadena, pero como no le bastaron las fuerzas para ello, corrió hacia la caballeriza, y sobre él empezó a tintinear sonora la argolla al deslizarse por el alambre tendido hasta la cuadra.

—Como ese barrabás hinque los colmillos, no habrá manera de soltarse —balbuceó el abuelo Schukar mirando de reojo temeroso y manteniéndose, a prevención, lo más cerca posible del seto.

Irrumpieron en tropel en el *kurén*. La mujer de Titok, alta y flaca, estaba dando de beber a un ternero en una cubeta. Con maligno recelo, miró a los inesperados visitantes. A su saludo, respondió mascullando algo semejante a «malos diablos os traen por aquí».

—¿Está Tit en casa? —preguntó Nagúlnov.

—No.

—¿Y dónde está?

—No lo sé —contestó tajante.

—¿Sabes tú, Perfílievna, a qué venimos? Pues venimos… —empezó a decir, enigmático, el abuelo Schukar, pero Nagúlnov le dirigió tal mirada, que el vejete tragó convulso saliva, carraspeó y sentóse en un banco envolviéndose con gravedad en su blanca zamarra sin curtir.

—¿Están aquí los caballos? —inquirió Nagúlnov, como si no hubiera advertido el poco afectuoso recibimiento.

—Aquí están.

—¿Y los bueyes?

—No. ¿A qué venís?

—Contigo no podemos… —metió baza de nuevo el abuelo Schukar, pero esta vez Liubishkin, reculando hacia la puerta, tiró de él agarrándole del faldón, y el abuelo, rápidamente arrastrado al zaguán, no tuvo tiempo de terminar la frase.

—¿Dónde están los bueyes?

—Tit los enganchó al trineo y se fue con ellos.

—¿A dónde?

—¡Ya te he dicho que no lo sé!

Nagúlnov le hizo una seña a Davídov y salió de la habitación. Sin detenerse, le metió por las barbas el puño a Schukar y le aconsejó:

—¡Tú cállate la boca, mientras no te pregunten! —y dirigiéndose a Davídov, comentó—: ¡Mal asunto! Hay que averiguar dónde están metidos los bueyes. Tal vez se haya desembarazado de ellos…

—Nos arreglaremos sin los bueyes…

—¡Cómo! —exclamó alarmado Nagúlnov—. Sus bueyes son los mejores del caserío. No se les llega a los cuernos con la mano. ¿Cómo es posible? Hay que encontrar a Titok y a los bueyes.

Cuchicheó con Liubishkin y ambos se dirigieron al corral; desde allí, al henil y a la era. Al cabo de unos cinco minutos, Liubishkin, armado de una estaca, obligaba al perrazo a retroceder bajo el granero, mientras Nagúlnov sacaba de la cuadra un alto caballo gris, le ponía la cabezada y, agarrándose a las crines, montaba a pelo en él.

—¿Cómo te atreves, Makar, a disponer en corral ajeno sin pedir permiso? —empezó a dar voces la dueña, asomándose en jarras, presurosa, a la terracilla—. ¡En

cuanto venga mi marido, ya le diré yo!… ¡El hablará contigo unas palabritas!

—¡No grites! Que yo mismo ya hablaría con él unas palabritas si estuviera en casa. ¡Camarada Davídov, ven aquí!

Davídov, desconcertado por la conducta de Nagúlnov, se acercó.

Desde la era, van hacia la senda unas huellas recientes de bueyes. Por lo visto, Tit se ha olido algo y se ha ido a venderlos. Pero el trineo sigue en el cobertizo. ¡Miente esa tía! Id, mientras tanto, a liquidar lo de Kóchetov, y yo me acercaré a Tubianskói de una galopada. No ha podido llevarlos a otra parte. Córtame una vara para arrear.

Derecho, a través de la era, partió Nagúlnov hacia la senda. Tras él se alzaban nubes de blanco polvillo que se iba posando lentamente en los setos y en la maleza, refulgente, con cegadores destellos de plata y cristal. Las huellas de bueyes, junto a otras de caballo, llegaban hasta la senda y se perdían allí. Nagúlnov galopó unos doscientos metros en dirección a Tubianskói. Por el camino, sobre los aluviones de nieve, vio de nuevo las mismas huellas, un poco borradas por la baja ventisca, y, tranquilizado de que llevaba buen rumbo, siguió más despacio. Habría recorrido así cosa de versta y media, cuando de pronto, en un nuevo aluvión, observó que ya no había huellas. Volvió grupas bruscamente y saltó del caballo para mirar con atención, no fuera a ser que las hubiese tapado la nieve. La blanca capa estaba intacta, conservando su virginal albura. En su parte más baja se divisaban las crucecillas dejadas por unas patitas de urraca. Soltando ternos y maldiciones, Nagúlnov dio la vuelta y emprendió el regreso, ya al paso,mirando hacia los lados. Pronto, encontró otra vez las huellas. Resultaba que los bueyes habían dejado la senda no lejos del pastizal. Al trote ligero, Nagúlnov no reparó en sus huellas. Y dedujo que Titok se había dirigido al caserío de Voiskovói, a campo traviesa, remontando el otero. «Ha debido ir a casa del algún conocido», pensó, en tanto guiaba el caballo siguiendo aquel rastro y refrenando su carrera. Al otro lado del otero, junto al barranquillo del Muerto, advirtió una boñiga y se detuvo: la boñiga era reciente, tan sólo la cubría una fina película de hielo. Nagúlnov palpó en el bolsillo la fría culata del revólver. Bajó al barranquillo al paso. Cabalgó una media versta más, y únicamente entonces vio cerca de allí, tras unos robles sin hojas, a un hombre a caballo y un par de bueyes, atados de los cuernos por una soga. El jinete, volteando la soga sobre ellos, se inclinaba en la silla. De sus hombros, se alzaba un humillo azul de tabaco, que se desleía viniendo al encuentro.

—¡Da la vuelta!

Titok detuvo la relinchante yegua, miró atrás, escupió el cigarro; despacio, se puso delante de los bueyes y dijo en voz baja:

—¿Qué pasa? ¡Só-o, quietos!

Nagúlnov acercóse. Titok le recibió con una larga mirada.

—¿A dónde vas?

—Quería vender los bueyes, Makar. No me oculto —Titok se sonó. Limpióse cuidadosamente con la manopla los bigotes rojizos, caídos, de mongol.

Estaban parados, sin echar pie a tierra, el uno frente al otro. El caballo y la yegua se olfatearon resonantes. El rostro de Nagúlnov, atezado por los vientos, encendido, tenía una expresión de coraje. Titok, en apariencia, estaba tranquilo y sereno.

—¡Dale la vuelta a los bueyes y llévalos a casa! —le ordenó Nagúlnov, apartándose a un lado.

Durante un minuto, Titok vaciló… Removía las riendas, gacha la cabeza, como amodorrado, entornados los ojos, y con su anguarina gris, de paño casero, y la capucha echada sobre el andrajoso gorro de orejeras, parecía un buitre dormitando. «Si lleva algo bajo la anguarina, ahora mismo se desabrochará», sin quitarle ojo, pensaba Nagúlnov del inmóvil Titok. Pero éste, como si se despertase, volteó la soga. Los bueyes emprendieron el camino de regreso.

—¿Me los vais a quitar? ¿Queréis expropiarme como kulak? —preguntó Titok, después de un largo silencio, tornando hacia Nagúlnov, bajo la capucha, arremangada sobre las cejas, las azules córneas.

—¡A lo que has llegado! ¡Te conduzco como a un reptil prisionero! —gritó Nagúlnov, sin poder contenerse.

Titok encogióse. Y hasta el mismo otero no dijo palabra. Luego, indagó:

—¿A dónde vais a llevarme?

—Te desterraremos. ¿Qué es lo que te abulta ahí, bajo la anguarina?

—Un cachorro —Titok miró de soslayo a Nagúlnov y se desabrochó la anguarina.

Por el amplio bolsillo de la guerrera asomaba, como un hueso blanco, la culata, mal acepillada y grasienta, de un trabuco.

—Dame eso —Nagúlnov tendió la mano, pero Titok se la apartó sereno.

—¡No, no te lo doy! —y sonrió, dejando al descubierto, bajo los bigotes caídos, unos dientes negros, de fumador, mientras miraba a Nagúlnov con ojos penetrantes como los de un hurón, pero alegres—. ¡No te lo doy! Os lleváis los bienes, ¿y queréis quitarme también hasta el trabuco? El kulak debe tener trabuco, así lo describen en los periódicos. Sí, debe tenerlo, forzosamente. Es posible que me busque con él el pan de cada día; ¿No te parece? Yo no necesito para nada los corresponsales rurales de prensa…

Reía, meneando la cabeza, sin retirar las manos del arzón, y Nagúlnov no insistió en que le entregara el arma. «Allí, en el caserío, ya te domaré yo», decidió.

—Seguramente, Makar, pensarás: ¿para qué se marchó con el trabuco? —continuó Titok—. Es un castigo… Lo tengo al maldito desde que me lo traje de la sublevación de los *jojoles*. ¿Recuerdas? Luego, estuvo inactivo y se cubrió de herrumbre. Lo he limpiado y engrasado, con el debido respeto, pensando que tal vez me sirva para defenderme de alguna fiera o de alguna mala persona. Y ayer, me

enteré de que os disponíais a sacudir a los kulaks… Pero no se me ocurrió que ibais a poneros hoy en camino… De lo contrario, me habría largado con los bueyes anoche mismo…

—¿Por quién te enteraste?

—¡Cualquiera sabe! La tierra está llena de rumores. Sí, llena, y anoche, después de consultar a la mujer, resolví dejar los bueyes en buenas manos. Agarré el trabuco porque quería enterrarlo en la estepa, no fueran a encontrarlo en el corral; pero me dio lástima de él, ¡y tú te presentaste de sopetón! ¡Hasta me hormiguearon las piernas! —decía animadamente, moviendo zumbón los ojos y apretando el pecho de su yegua contra el caballo de Nagúlnov.

—¡Deja las bromas para luego, Titok! Y ahora, compórtate con más seriedad.

—¡Ja, ja! Ahorita precisamente es cuando debo bromear. Supe ganarme una vida buena, defendí a un Poder justiciero, y este mismo Poder me agarra del pescuezo… —a Titok se le quebró la voz.

Desde aquel instante, cabalgó en silencio, refrenando la yegua, temeroso de adelantar a Makar, aunque no fuera más que en medio cuerpo, pero éste, también a causa del temor, se rezagaba igualmente. Los bueyes les habían sacado mucha ventaja y caminaban lejos de ellos.

—¡Más de prisa, más de prisa! —apremiaba Nagúlnov, observando atentamente a Titok y apretando el revólver en el bolsillo. ¡Bien conocía él al Titok! Mejor que nadie—. ¡No te quedes atrás! Si piensas disparar, es inútil, no tendrás tiempo.

—¿Te has vuelto cobardón! —Titok sonrió y, fustigando a la yegua, adelantóse al galope.

Capítulo VII

Andréi Razmiótnov y su grupo llegaron a casa de Frol Damáskov cuando éste almorzaba con su familia. Sentados a la mesa, estaban: el propio Frol, vejete pequeño y magro, de puntiaguda barbita y con la aleta izquierda de la nariz desgarrada (siendo niño, se había desfigurado el rostro al caer de un manzano, y a ello debía su apodo de «el Desgarrado»), su mujer, vieja de buenas carnes y majestuosa presencia; el hijo, Timoféi, muchacho de unos veintidós años, y la hija, una moza ya casadera.

Guapo y apuesto, parecido a la madre, Timoféi se levantó de la mesa. Enjugóse con un trapo los labios, relucientes bajo el sedeño bigote juvenil, entornó los descarados ojos saltones y, con la desenvoltura correspondiente al mejor acordeonista del caserío, preferido de todas las mozas, dijo señalando con la mano:

—¡Pasad, sentaos, queridas autoridades!

—No tenemos tiempo para sentarnos —Andréi sacó la lista de la carpeta—. La asamblea de campesinos pobres ha acordado, ciudadano Frol Damáskov, desalojarte de la casa y confiscar todos tus bienes y el ganado. De modo que… acaba de comer y lía tus bártulos. Ahora mismo vamos a hacer el inventario.

—¿Y eso por qué? —Frol tiró la cuchara y levantóse.

—Te liquidamos como clase kulakista —le explicó Diomka Ushakov.

Frol pasó a la habitación grande, haciendo crujir las altas botas de fieltro, buenas, con suelas de cuero, y trajo de allí un papelito.

—Aquí está el certificado. Tú mismo, Razmiótnov, lo firmaste.

—¿Qué certificado?

—El de que he cumplido mis obligaciones de entrega de trigo.

—El trigo no tiene que ver nada en este caso.

—¿Y por qué se me echa de mi casa y se confiscan mis bienes?

—Los campesinos pobres lo han acordado, ya te lo he dicho.

—¡Tales leyes no existen! —gritó con brusquedad Timoféi—. ¡Estáis cometiendo un robo! Padrecito, ahora mismo voy al Comité Ejecutivo del Distrito. ¿Dónde está la silla?

—Si quieres ir al Comité Ejecutivo, vete a patita. Porque, el caballo no te lo daremos —Andréi se sentó junto a una esquina de la mesa y sacó un lapicero y papel…

A Frol se le amorató la desgarrada nariz, su cabeza empezó a temblequear. Y tal como estaba, rígido, se desplomó sobre el suelo, moviendo con dificultad la lengua hinchada y ennegrecida.

—¡Hijos de…! ¡Hijos de perra! ¡Robadme! ¡Degolladme!

—¡Padrecito, levántese, por los clavos de Cristo! —comenzó a llorar la moza, agarrando al padre por debajo de los sobacos.

Frol se repuso un poco, se levantó, tumbóse en un banco y, ya indiferente a todo, oyó que Diomka Ushakov y el larguirucho y tímido Mijaíl Ignatiónok le iban dictando a Razmiótnov:

—Una cama de hierro con bolas blancas, un colchón de plumas, tres almohadas; otras dos camas, de madera…

—Una vitrina, con vajilla. ¿Hay que mencionar también toda la vajilla? ¡Yo la destrozaría a patadas!

—Doce sillas, una de respaldo alto. Un acordeón de tres filas de teclas.

—¡El acordeón no os lo doy! —Timoféi se lo arrancó a Diomka de las manos—. No te metas conmigo, bizco, ¡mira que te espachurro las narices!

—Yo sí que te las voy a espachurrar de tal forma, ¡que ni tu madre te lavará la sangre!

—¡Danos las llaves de los arcones, ama de la casa!

—¡No se las dé, madrecita! ¡Que salten los candados si tienen derecho a ello!

—¿Tenemos derecho a saltarlos? —preguntó, reanimándose, Demid el Callado, famoso porque sólo hablaba en caso de extrema necesidad; el resto del tiempo, trabajaba callado, callado fumaba con los cosacos que se congregaban en el callejón los días de fiesta, callado permanecía en las reuniones, y sólo de vez en cuando solía contestar a las preguntas de su interlocutor, sonriendo lastimero, con aire de culpa.

Aquel mundo, abierto de par en par, parecíale a Demid lleno de demasiado estruendo. El estruendo colmaba la vida; no se apagaba ni durante la noche, impidiendo prestar oído en la calma y turbando ese sabio silencio de que suelen estar plenos el bosque y la estepa en las cercanías del otoño. No le gustaba a Demid el bullicio de las gentes. Vivía apartado, al final del caserío, era laborioso y el más fuerte de toda la comarca. Pero, por ignotas causas, el destino le marcaba con sus agravios, le trataba como a un hijastro… Había trabajado cinco años, de jornalero, con Frol Damáskov; se casó y retiróse a su hacienda, pero apenas hubo construido la *jata*, se le quemó. Un año más tarde, otro incendio únicamente le dejó, en el patio, los arados de madera, oliendo a humo. Al cabo de poco tiempo, se le fue la mujer, luego de decirle: «He vivido dos años contigo y no he oído ni dos palabras. ¡No puedo más, vive tú solo! Incluso en el bosque, con un lobo solitario, estaría más divertida. Aquí, contigo, acabaría una por perder la chaveta. Ya he empezado a hablar conmigo misma…»

Y sin embargo, la mujer de Demid le había tomado apego al marido. Cierto que los primeros meses lloraba y se metía con él: ¡Demídushka![33] Habla conmigo al menos. ¡Anda, dime siquiera alguna palabrita!» Demid se limitaba a sonreír, con apacible sonrisa de chiquillo, rascándose el velludo pecho. Y cuando ya no podía aguantar más los alfilerazos de la mujer, replicaba con una voz de bajo que le salía de las entrañas: «¡Eres talmente una urraca!», y se marchaba. La murmuración, sin

motivo concreto alguno, había calificado a Demid de hombre orgulloso y astuto, de esos que «se guardan todo dentro». Tal vez ello fuese la causa de que él, durante toda su vida, se hubiera aislado de la gente y del mundanal ruido.

Por eso, Andréi irguió la cabeza al oír sobre ella, como un sordo trueno, la voz de Demid.

—¿Derecho? —repitió, mirando al Callado como si lo viese por vez primera—. ¡Sí, lo tenemos!

Con patizambo andar, ensuciando el suelo con sus viejos zapatones mojados, Demid se dirigió hacia la habitación grande. Sonriendo, apartó fácilmente, como a una rama, a Timoféi, que estaba plantado en la puerta, y, pasando frente a la vitrina, cuya vajilla tintineó lastimera a sus recias pisadas, acercóse a un arcón. En cuclillas, dio vuelta con los dedos al pesado candado. Al cabo de un minuto, el candado, con el arquillo roto, yacía sobre el arcón, y Arkashka Menok, mirando al Callado con inocultable asombro, exclamaba entusiasmado:

—¡Con éste me gustaría medir fuerzas!

Andréi no alcanzaba a apuntar. Desde la habitación grande y desde la sala, Diomka Ushakov, Arkashka y la tía Vasilisa —única mujer del grupo de Andréi— gritaban, a cual más fuerte:

—¡Una pelliza de mujer, del Don!

—¡Un *tulup*[34]!

—¡Tres pares de botas altas, nuevas, con chanclos!

—¡Cuatro cortes de paño!

—¡Andréi! ¡Razmiótnov! Aquí, muchachete, ¡hay mercancías para cargar varios carros! Percal, raso negro y toda clase de zarandajas…

Al ir hacia la habitación grande, Andréi oyó en el zaguán lamentos de la moza, gritos del ama de la casa y la voz persuasiva de Ignatiónok. Andréi abrió de par en par la puerta:

—¿Qué os pasa?

Hinchados los ojos del llanto, apoyada contra otra puerta, la chata hija del ama berreaba a moco tendido. Cerca de ella, la madre correteaba cloqueante, mientras Ignatiónok, todo colorado y sonriendo confuso, tiraba de la falda de la moza.

—¡¿Qué haces tú aquí?! —Andréi, sin comprender de qué se trataba, ahogándose de coraje, dio un empellón a Ignatiónok. Este cayó de espaldas, alzando las largas piernas y las destrozadas botas de fieltro—. Por todas partes, ¡política! ¡Ofensiva contra el enemigo! Y mientras tanto, tú… ¡¿palpando mozas por los rincones?! Te llevaré al tribunal, cabronazo…

—Aguarda, ¡para el carro! —Ignatiónok se levantó asustado, de un salto—. ¿Para qué p… me hace falta a mí ésa? ¡Palparla! Mírala, ¡se está poniendo la novena falda! Yo no se lo permito, y tú me empujas encima…

Únicamente entonces advirtió Andréi que la moza —que aprovechando el barullo había sacado de la habitación grande un lío de galas femeninas— habíase puesto ya, en efecto, una porción de trajes de lana. Metida en un rincón, se tiraba de los bajos de las faldas, pesadota, extrañamente gorda por aquel sinfín de ropa que le impedía moverse. A Andréi le parecieron míseros, repugnantes, sus ojos húmedos, rojos como los de un conejo. Dio un portazo y le dijo a Ignatiónok:

—¡No se te ocurra dejarla en cueros vivos! Lo que se haya puesto, que se lo quede y le haga buen provecho, pero el lío recógelo.

El inventario de los bienes hallados en la casa tocaba a su fin.

—Vengan las llaves del granero —exigió Andréi.

Frol, negro como un tizón, agitó la mano.

—¡Yo no tengo llaves!

—Ve y salta el candado —ordenó Andréi a Demid.

Este dirigióse hacia el granero y, de paso, le quitó a la carreta una pezonera.

El macizo candado, de cinco libras de peso, se resistió con furia a los golpes del hacha.

—¡No partas el marco! Ahora el granero es nuestro, cuídalo como dueño. ¡No tan fuerte! ¡No tan fuerte! —aconsejaba Diomka al jadeante Callado.

Empezaron a medir el grano.

—¿Y si lo sembráramos ahora mismo? Ahí, en el arca, hay una criba —propuso Ignatiónok, ebrio de alegría.

Riéronse de él y, durante largo rato, estuvieron gastándole bromas, en tanto echaban en las medidas los gruesos granos de trigo.

—Se podían llevar, además, al almacén de acopios sus buenos doscientos puds —decía Diomka Ushakov, que iba y venía hundido en grano hasta las rodillas. Tiraba con la pala el trigo hasta la compuerta de la cámara, lo cogía a puñados y lo dejaba escapar entre los dedos.

—Por el tiento, debe pesar una enormidad.

—¡Desde luego! Este triguillo es oro de ley, pero se nota que ha estado enterrado. ¿Ves? Ya empieza a echar tallitos.

Arkashka Menok y otro mozo del grupo campaban por sus respetos en el corral. El primero, alisándose la barbita rubia, señaló con el dedo una boñiga de buey, salpicada de granos de maíz, medio digeridos.

—¡Cómo no van a trabajar! Comen grano puro, mientras que nosotros, en la sociedad, ni siquiera tenemos una brizna de heno.

Del granero llegaban alegres voces, carcajadas, el aromoso polvillo del trigo y el restallar de algún taco rotundo… Andréi volvió a la casa. El ama y la hija habían metido en un saco los pucheros y la vajilla. Frol, cruzadas las manos sobre el pecho, como un difunto, yacía en el banco, sin botas ya, con los altos calcetines puestos.

Timoféi, sometido, lanzó una mirada de odio y se volvió hacia la ventana.

En la habitación grande, Andréi vio al Callado en cuclillas. Habíase calzado las botas nuevas —de fieltro, con suelas de cuero— de Frol… Sin ver que entraba Andréi, sacaba con una cuchara miel de un gran bote y, entornando los ojos y chasqueando los labios con fruición, la comía vertiendo sobre la barba sus gotas alargadas y amarillas…

Capítulo VIII

Nagúlnov y Titok regresaron al caserío cuando ya era mediodía. Durante su ausencia, Davídov había hecho el inventario de los bienes en dos haciendas de kulaks y desalojado de ellas a sus dueños; luego, volvió al patio de Titok y, en unión de Liubishkin, midió y pesó el trigo hallado en el cobertizo del *kiziak*[35]. El abuelo Schukar echó de comer a las ovejas en el pesebre y, al ver venir a Titok, se retiró del establo con presteza.

Titok caminaba por el patio con la anguarina toda desabrochada y sin nada a la cabeza. Iba a dirigirse a la era, pero Nagúlnov le gritó:

—¡Vuélvete ahora mismo, o te encierro en el granero!…

Estaba de mal talante, agitado, y su mejilla estremecíase convulsa, más bruscamente que de ordinario… No había visto, pese a su vigilancia, dónde y cuándo había tirado Titok el trabuco. Y solamente al llegar a caballo a la era, preguntó:

—¿Me das el trabuco? De lo contrario, te lo quitaremos.

—¡Déjate de bromas! —Titok sonrió—. Has debido verlo ensueños…

Tampoco apareció bajo la anguarina. Volver atrás a buscarlo no tenía objeto, porque, de todos modos, en la profunda nieve y entre la maleza no lo encontraría. Nagúlnov, enojado consigo mismo, le contó el caso a Davídov, y éste, que había estado todo el tiempo observando con curiosidad a Titok, acercóse a él:

—¡Entrega el arma, ciudadano! Te quedarás más tranquilo.

—¡Yo no tenía armas! Eso es que Nagúlnov está enrabiado conmigo —Titok sonrió, moviendo pícaro los ojos de hurón.

—Bueno, entonces habrá que detenerte y llevarte conducido a la cabeza del distrito.

—¿A mí?

—Sí, a ti. ¿Qué te figurabas? ¿Qué íbamos a tener en cuenta tu pasado? Ocultas el trigo, querías…

—¿A mí?… —repitió Titok con respirar silbante, encogiéndose como para dar un salto.

La fingida alegría, la moderación, el dominio de sí mismo, todo le abandonó en aquel instante. Las palabras de Davídov fueron el impulso para la explosión del furioso coraje acumulado y contenido. Avanzó hacia Davídov, que dio un paso atrás, tropezó con el yugo de los bueyes, tirado en medio del patio, y, agachándose, sacó de un tirón la varilla de hierro. Nagúlnov y Liubishkin se abalanzaron en ayuda de Davídov. El abuelo Schukar echó a correr para salir del patio, pero quiso la mala fortuna que se le enredaron los pies en los larguísimos faldones de su zamarra, y cayó al suelo dando salvajes alaridos:

—¡So-co-rro, buena gente! ¡Que nos matan!

Titok, al que Davídov había agarrado de la muñeca izquierda, tuvo tiempo de asestarle con la mano derecha un varillazo en la cabeza. Davídov vaciló, pero se mantuvo en pie. La sangre de la profunda herida corrió espesa a los ojos, cegándole. Soltó la mano de Titok, y, tambaleándose, se tapó los ojos con la diestra. Un segundo golpe le derribó sobre la nieve. En aquel instante, Liubishkin agarró de través a Titok y lo alzó en vilo. Mas, a pesar de sus muchas fuerzas, no pudo retenerlo. Arrancándose bruscamente de sus brazos, Titok corrió a grandes saltos hacia la era. Nagúlnov le dio alcance junto al portón y le golpeó con la culata del revólver en la nuca, lisa, cubierta de espesos cabellos. La mujer de Titok vino a aumentar el alboroto. Al ver que Liubishkin y Nagúlnov corrían tras su marido, se lanzó al granero y soltó de la cadena al perrazo. Este, tintineante el collar de hierro, dio raudo la vuelta al patio y, atraído por los gritos de espanto del abuelo Schukar y la zamarra extendida sobre la nieve, arremetió contra él… De la blanca zamarra volaron, crujientes, entre polvo, jirones de piel de oveja. Schukar se levantó de un brinco y, coceando con furia al perrazo, intentó arrancar una estaca de la empalizada. Recorrió unos cinco metros llevando sobre sus espaldas al enfurecido can, que se le había aferrado al cuello, y balanceándose de sus poderosos tirones. Por fin, en un esfuerzo supremo, consiguió sacar la estaca. El perrazo, aullando, retrocedió de un salto, pero, sin embargo, tuvo tiempo, como despedida, de desgarrarle al abuelo la zamarra, partiéndola por gala en dos.

—¡Dame el *rivólver*, Makar!… —clamó a voz en cuello, desencajados los ojos, el enrabiado abuelo Schukar—. ¡Dámelo antes de que se me pase el coraje! A ése y a su ama, ¡les quitaré-e la-a vida-a!…

Entre tanto, ayudaron a Davídov a ir al *kurén* y le cortaron los cabellos en torno a la herida, de la que seguía brotando, burbujeante, una sangre negra. En el patio, Libushkin enganchó al trineo dos caballos de Titok. Nagúlnov, sentado a la mesa, escribía a vuela pluma:

«Al camarada Zajárchenko, delegado de la GPU en el distrito. Pongo a su disposición al kulak Borodín, Tit Konstantínovich, como vil elemento contrarrevolucionario. Mientras se hacía el inventario de sus bienes, este kulak atentó oficialmente contra la vida del camarada Davídov, enviado de los veinticinco mil, y logró sacudirle dos veces en la cabeza con la varilla de un yugo de bueyes.

Además, declaro por el presente que vi que Borodín tenía un trabuco de tipo ruso, el cual no se lo pude quitar a causa de las circunstancias, encontrándome en el otero y temiendo un derramamiento de sangre. El trabuco, sin que yo me apercibiera, lo hundió en la nieve. Cuando lo encontremos, se lo enviaremos como prueba de convicción.

M. Nagúlnov,

Secretario de la célula de Gremiachi del PC (b) de la URSS y condecorado con la Orden de la Bandera Roja».

A Titok lo montaron en el trineo. Pidió agua y que llamaran a Nagúlnov. Este, desde la terracilla, gritó:

—¿Qué quieres?

—¡Makar! ¡Recuérdalo! —empezó a dar voces Titok, como un borracho, agitando las atadas manos—. Recuérdalo: ¡Aún nos veremos las caras! Tú me has pisoteado, ya me llegará a mí la vez. De todos modos, te mataré. Ponle la cruz a nuestra amistad.

—¡Vete, contrarrevolucionario! —y Nagúlnov agitó la mano.

Los caballos, impetuosos, partieron del patio.

Capítulo IX

A la caída de la tarde, Andréi Razmiótnov disolvió el grupo de ayuda, integrado por campesinos pobres, que había trabajado con él; desde el patio del expropiado kulak Gáiev, envió el último trineo con bienes confiscados a casa de Titok, adonde se transportaban todos los enseres domésticos de los kulaks, y se encaminó hacia el Soviet de la aldea. Por la mañana había quedado con Davídov en que se verían allí una hora antes de la asamblea general, que debería comenzar al obscurecer.

Andréi, desde el zaguán, vio luz en la habitación de la esquina del Soviet y entró, abriendo la puerta de par en par. Al oír el ruido, Davídov alzó de su libreta la cabeza, vendada con un trapo blanco, y sonrió.

—Ya está aquí Razmiótnov. Siéntate, estamos haciendo la cuenta del trigo hallado a los kulaks. ¿Qué tal han marchado tus cosas?

—Bien... ¿Por qué tienes vendada la cabeza?

Nagúlnov, que confeccionaba en aquel instante una pantalla de papel de periódico, para el quinqué, dijo de mala gana:

—Eso se lo ha hecho Titok. Con una varilla de hierro. Ya lo he mandado a la GPU, a disposición de Zajárchenko.

—Aguarda, ahora le contaremos —Davídov acercó el ábaco a Nagúlnov, deslizándolo por la mesa—. Pon ciento quince. ¿Ya está? Ciento ocho…

—¡Espera! ¡No corras tanto! —barbotó Nagúlnov inquieto, empujando cuidadosamente con el dedo las bolitas del ábaco.

Andréi fijó los ojos en ellas y, trémulos los labios, dijo con voz sorda:

—No trabajaré más.

—¿Cómo que no trabajarás? ¿Dónde? —Nagúlnov apartó el ábaco.

—No iré más a expropiar kulaks. ¿Por qué pones esos ojos saltones? ¿Quieres que te dé el ataque?

—¿Estás borracho? —Davídov, alarmado, examinó atentamente el rostro de Andréi, pleno de maligna resolución—. ¿Qué te pasa? ¿Qué es eso de que no irás más?

Su serena voz de tenor puso frenético a Andréi; tartamudeando de agitación, empezó a vociferar:

—¡Yo no sé! ¡Yo… yo… no sé pelear con chiquillos…! En el frente, ¡era otra cosa! Allí, con el sable, con lo que fuese, a cualquiera… ¡A hacer puñetas todos!… ¡No iré más!

La voz de Andréi, como el vibrar de una tensa cuerda de guitarra, se elevaba cada vez más aguda y parecía que iba a quebrarse de un momento a otro. Pero, luego de un ronco suspiro, convirtióse en grave susurro:

—¿Acaso está bien esto? ¿Qué soy yo? ¿Un verdugo? ¿O es que yo tengo el

corazón de roca? Llevo la guerra muy dentro… —y volvió a los gritos—: ¡Gáiev tiene once hijos! Nada más llegamos, ¡empezaron a berrear que daba espanto! ¡A mí hasta se me pusieron los pelos de punta! Comenzamos a echarlos del *kurén*… Y entonces, ¡cerré los ojos, me tapé los oídos y salí corriendo al patio! Unas mujeres rociaban con agua a la nuera, tiesa como una muerta… y a los niños… Bueno, ¡iros al cuerno y dejadme en paz!

—¡Llora! Eso alivia —le aconsejó Nagúlnov, apretándose con fuerza el convulso músculo de la mejilla, hasta inflamársela y sin apartar de Andréi los centelleantes ojos.

—¡Lloraré! Puede que me acuerde de mi hijito… —Andréi calló de pronto, enseñando los dientes prietos, y volvióse con brusquedad de espaldas a la mesa.

Se hizo el silencio.

Davídov se levantó de la silla lentamente… y con igual lentitud, su mejilla no vendada fue tornándose azulenca, como la de un cadáver, mientras su oreja palidecía. Acercóse a Andréi, lo agarró de los hombros y lo volvió hacia él sin esfuerzo. Luego, empezó a hablar, jadeante, clavado en la cara de Andréi su ojo, enorme ahora.

—Les compadeces… Te da lástima de ellos. ¿Y ellos, se compadecían de nosotros? ¿Lloraban los enemigos al ver las lágrimas de nuestros hijos? ¿Se compadecían de los niños que habían dejado huérfanos? ¿Qué me contestas? A mi padre, después de una huelga, le despidieron de la fábrica y lo deportaron a Siberia… Mi madre quedó con cuatro hijos… Yo, el mayor, tenía entonces nueve años… No había qué comer, y mi madre se echó… ¡Mírame a la cara! Mi madre se echó al arroyo, ¡para que no nos muriéramos de hambre! Traía a nuestro cuartucho, vivíamos en un sótano, a sus huéspedes. No nos quedaba más que una cama… Nosotros nos acostábamos detrás de la cortina… en el suelo… Y yo tenía nueve años… Llegaban con ella borrachos. Y yo les tapaba la boca a mis hermanitas chiquitinas para que no llorasen… ¿Quién limpiaba nuestras lágrimas? ¿Me oyes?… Por las mañanas, cogía yo aquel maldito rublo… —Davídov acercó a la cara de Andréi la encallecida palma de la mano, rechinando dolorosamente los dientes—, aquel rublo ganado por mi madre, e iba por pan… —y de pronto, tomando impulso, descargó sobre la mesa, como una gran taba de plomo, su puño negro, gritando—: ¡¡¡Tú!! ¡¿¡Cómo puedes tú compadecerte?!

Y de nuevo se hizo el silencio. Nagúlnov había hincado sus uñas en el tablero, aferrándose como un milano a su presa. Andréi callaba. Con respirar fatigoso, entrecortado, Davídov estuvo un minuto paseando por la habitación; luego, echó el brazo por los hombros de Andréi, se sentó con él en un banco y dijo con voz trémula:

—¡Ay, qué de sandeces nos has soltado! Llegas, y te pones a vociferar: «no trabajaré más… los niños… la lástima…» ¿Tú te das cuenta de lo que has dicho? Anda, vamos a conversar un rato. ¿Te da lástima de que se eche a las familias kulaks?

¡Valiente cosa! Los echamos para que no nos impidan construir una nueva vida, una vida sin gente como ésta… para que en el futuro no se repita… Tú eres el Poder Soviético en Gremiachi, ¿tengo yo que hacerte propaganda encima? —y con dificultad, esbozó una forzada sonrisa—. Bueno, mandaremos a los kulaks al diablo, los expulsaremos a Solovkí. Pero no se van a morir. Trabajarán, les daremos de comer. Y cuando construyamos, esos hijos no serán ya hijos de kulaks. La clase obrera los reeducará —sacó la cajetilla y, durante largo rato, sus dedos temblorosos no pudieron coger el cigarrillo.

Andréi miraba con fijeza a la cara de Nagúlnov, que iba adquiriendo una rigidez mortal. Cuando menos lo esperaba Davídov, Razmiótnov levantóse rápido, y al instante, saltó Nagúlnov, como impulsado por un trampolín.

—¡Reptil! —masculló en vibrante susurro, apretando los puños—. ¿Así sirves tú a la revolución? ¿Conque te da lástima, eh? Pues mira, yo… ponme delante ahora miles de viejos, niños y mujeres… Dime que es preciso hacerlos polvo… Que es preciso para la revolución… Y yo, con la ametralladora, ¡los segaré a todos ellos! —gritó de pronto Nagúlnov con furia salvaje, mientras en sus pupilas, enormes, dilatadas, danzaba la rabia y hervía la espuma en las comisuras de sus labios.

—¡Pero no grites! ¡Siéntate! —se alarmó Davídov.

Andréi, derribando la silla, avanzó precipitadamente hacia Nagúlnov, pero éste, apoyándose contra la pared, echó hacia atrás la cabeza y, con los ojos en blanco, lanzó un alarido penetrante, prolongado:

—¡Te degüello-o-o! —y caía ya al suelo, de costado, cerrando en el aire la mano izquierda en busca de la vaina y tanteando convulso, con la derecha, la invisible empuñadura del sable.

Andréi tuvo tiempo de sujetarlo en sus brazos, percibiendo que todos los músculos del cuerpo de Makar, más pesado ahora, se ponían espantosamente tensos y que las piernas se estiraban elásticas, como un muelle de acero.

—Le ha dado el ataque… ¡Sujétale las piernas! —alcanzó a gritar Andréi a Davídov.

•••

Cuando llegaron a la escuela, ya estaba abarrotada de la gente que había acudido a la asamblea. En el local no cabían todos. Cosacos, mujeres y mozas permanecían de pie, apretujados en el pasillo y en la terracilla de entrada. Por la boca de la puerta, abierta de par en par, salía un vaho mezclado con humo de tabaco.

Nagúlnov, pálido, coagulada la sangre en los labios partidos, iba el primero por el pasillo. Bajo sus martilleantes pisadas, crujían las cascarillas de las pepitas de girasol. Los cosacos le miraban reservados, apartándose para dejarle paso. Al ver a Davídov, empezaron a cuchichear.

—¿Ese es Davídov? —preguntó en voz alta una moza de floreado chal, señalándole con el pañuelo, repleto de pepitas.

—Lleva abrigo… Y no es alto…

—No es alto, pero sí recio; fíjate qué cuello tiene, ¡como el de un toro robusto! Nos lo mandan de semental —rió una, haciéndole guiñas a Davídov con sus redondos ojos grises.

—Y es ancho de espaldas, este hombre de los veinticinco mil. Debe abrazar bien, mozuelas —dijo, desvergonzada, Natalia la del Soldado, arqueando las pintadas cejas.

Un muchacho, con voz un poco bronca, de fumador, comentó maligno:

—Para nuestra Natalka[36], que a todos se lo da, con que lleve pantalones, no hace falta más.

—¿Le habrán picoteado en la cresta? Tiene la cabeza vendada…

—Le dolerán las muelas…

—No. Ha sido Titok…

—¡Muchachas! ¡Tontainas! ¿Por qué os coméis con los ojos a un forastero? ¿Valgo yo menos que él? —dijo un cosaco bien afeitado, ya maduro, y, riendo a carcajadas, abarcó con los largos brazos a todo un rebaño de mozas y las apretó contra la pared.

Resonaron fuertes chillidos. Los puños de las muchachas repiquetearon en las espaldas del cosaco.

Davídov sudó la gota gorda hasta llegar a la puerta de la clase. La multitud olía a aceite de semillas de girasol, a cebolla, a tabaco fuerte campesino y a eructos de pan de trigo. Las mozas y las mujeres jóvenes exhalaban el intenso aroma de sus galas, guardadas en los arcones largo tiempo, y de las pomadas. Un zumbido de colmena se expandía por la escuela. Y la misma gente, que se removía en bullicioso montón negro, parecía un enjambre desgajado de una colmena.

—Son bravías vuestras mozas —dijo turbado Davídov, cuando subían ya al tablado.

En el tablado, había dos pupitres de escolar, juntos. Davídov y Nagúlnov tomaron asiento. Razmiótnov abrió la sesión. La presidencia fue elegida sin demora alguna.

—Tiene la palabra, para hablar del koljós, el camarada Davídov, delegado del Comité de Distrito del Partido —la voz de Riazmiótnov, calló, y el fragor de las conversaciones rehuyó, como una ola, para extinguirse bruscamente.

Davídov se puso en pie y arreglóse la venda de la cabeza. Durante media hora estuvo hablando, enronquecido al final. La asamblea guardaba silencio. El sofocante calor se sentía cada vez más. A la mortecina luz de dos lámparas, Davídov veía las caras, relucientes de sudor, de los que estaban en las primeras filas; más allá, todo se ocultaba en la penumbra. No le interrumpieron ni una sola vez, pero cuando acabó y

tendió la mano hacia el vaso de agua, llovieron las preguntas:

—¿Hay que colectivizar todo?

—¿Y las casas también?

—¿Esto del koljós es temporal o para siempre?

—¿Y qué se hará con los campesinos individuales?

—¿No se les quitará la tierra?

—¿Y comeremos juntos?

Davídov contestó largo rato y con tino. Cuando se trataba de complicadas cuestiones de la agricultura, le ayudaban Nagúlnov y Andréi. Se dio lectura a los Estatutos tipo, mas, a pesar de ello, las preguntas no cesaron. Por último, de las filas de en medio se levantó un cosaco con un *trieuj*[37] (Antiguo gorro de piel, con orejeras y cogotera. *N. del t.*) de piel de zorra y la negra zamarra toda desabrochada. Pidió la palabra. Una lámpara colgante lanzaba su oblicua luz sobre el gorro, encendiendo sus cerdas rojizas, que parecían humear.

—Yo soy labrador medio, y os diré, ciudadanos, que eso del koljós es una buena cosa, claro está, no hay palabras para elogiarlo. Pero, en este caso, ¡hay que pensarlo muy bien! Esto no es hacer una ensalada de cualquier manera y zampársela a la ligera. El camarada Davídov viene a decirnos: «Con que juntéis simplemente vuestras fuerzas, saldréis ganando. Así, según él, lo ha dicho el propio Lenin». El camarada delegado entiende poco de cosas del campo; debido a su vida obrera, parece que no ha ido nunca detrás del arado y, de seguro, no sabe por qué lado hay que arrimarse a los bueyes. De ahí que se equivoque de medio a medio. A mi entender hay que juntar la gente en los koljóses de la siguiente manera: los que son trabajadores y tienen ganado, en un koljós; los pobres, en otro; los acomodados, también aparte, y los más vagos, al destierro, para que la GPU les enseñe a trabajar. No basta con juntar a la gente en un mismo montón, nada se sacará en limpio con eso, pasará como en el cuento: el cisne mueve las alas y quiere volar, pero el cangrejo le ha agarrado del trasero y tira para atrás, y el lucio mira para el agua queriendo en ella entrar…

La asamblea acogió estas palabras con contenidas risitas. Atrás, una mozuela lanzó un penetrante chillido, y al momento alzóse una voz airada:

—¡Eh, los de la carne flaca! A magrear al patio. ¡Largo de aquí!

El del *trieuj* de piel de zorra enjugóse con un pañuelito la frente y los labios, y prosiguió:

—La gente hay que escogerla como escoge los bueyes un buen amo de hacienda. Pues él elige bueyes que sean iguales por su fuerza y alzada. Y si se uncen diferentes, ¿qué pasará? El más fuerte tirará para adelante, y el débil se quedará atrás, y por su culpa, el fuerte tendrá que detenerse también, a cada paso. ¿Qué labranza resultará con ellos? El camarada nos ha regalado aquí el oído: todo el caserío a un solo koljós, menos los kulaks… y tendremos que pedir: ¡Tit y Afanás, separadnos, que nos vamos

a matar!

Liubishkin se levantó, movió desaprobatorio los negros bigotes, de abundantes guías, y volvióse hacia el que hablaba:

—¡Qué palabritas tan dulces y bonitas dices a veces, Kuzmá! Si yo fuera mujer, me pasaría la vida escuchándote (se oyeron unas risillas, como un susurro de seda). Tratas de seducir a la asamblea como a Palaga Kuzmichiova…

Restalló atronadora una salva de carcajadas. La llama de la lámpara dilatóse fugaz, como una aguda lengua de serpiente. Toda la asamblea había comprendido la indirecta, que debía encerrar algo gracioso y obsceno. Hasta a Nagúlnov le asomó a los ojos una sonrisa. Cuando Davídov iba a preguntarle las causas de aquella hilaridad, Liubishkin apagó con sus gritos el fuerte rumorea:

—La voz es tuya; pero la canción, ¡ajena! A ti te conviene que se elija así a la gente. Por lo que se ve, aprendiste eso cuando estabas con Frol el Desgarrado en la sociedad de maquinaria. El año pasado os quitaron el motor. Y ahora, ¡nosotros hemos desplumado a tu Frol al fuego y al humo! Vosotros os agrupasteis en torno al motor de Frol, también como en un koljós, pero de kulaks. ¿No se te ha olvidado lo que nos llevabais por la trilla? ¿No era un pud por cada ocho? Y ahora puede que quieras hacer lo mismo: arrimarte a los ricos…

Se armó tal escándalo, que Razmiótnov sólo pudo restablecer el orden a duras penas. Y durante largo rato, como una granizada de primavera, desatóse la cólera en indignadas exclamaciones:

—¡Os habéis hecho ricos con ese arte!!

—Solamente los piojos, ¡no los aplastas ni con un tractor!

—¡Los kulaks te han endurecido el corazón!

—¡Zúmbale!

—¡Tu cabezota es buena para machacar girasoles! Pidió la palabra Nikolái Liushniá, un campesino medio de poca hacienda.

—Pero sin discusiones. La cosa está clara —le advirtió Nagúlnov.

—¿Cómo es eso? Tal vez yo desee discutir precisamente. ¿O es que yo no puedo hablar en contra de tu opinión? Yo digo lo siguiente: el koljós es cosa voluntaria; si quieres, entra; si no quieres entrar, quédate a un lado a observar. Y nosotros queremos quedamos a un lado, a observar.

—¿Quiénes son esos «nosotros»? —inquirió Davídov.

—Pues los labradores.

—Tú habla por ti, padrecito. Que cada uno tiene su lengua para hacerlo.

—Puedo hablar por mí. Es decir, precisamente hablo por mí. Yo quiero observar qué tal resulta la vida en el koljós. Si es buena, me apuntaré; si no, ¿para qué voy a meterme allí? No somos peces bobos para meternos solitos en la nasa…

—¡Bien dicho!

—¡Esperemos a ver!

—¡Que tanteen otros la nueva vida!

—¡Arrímate con amor! ¿Se trata de una moza para andar con tientos?

—Tiene la palabra Ajvatkin. Habla.

—Yo, queridos ciudadanos, voy a hablar de mí. Mi hermano Piotr y yo vivimos juntos. ¡Y no nos pudimos entender! Unas veces, las mujeres se enzarzaban, y no se las podía despegar ni con agua caliente; había que tirarles de los pelos para separarlas; otras, Piotr y yo no nos poníamos de acuerdo. ¡Y queréis *arrejuntar* el caserío entero! Será un lío de mil demonios. Cuando vayamos a arar a la estepa, habrá peleas, no fallará. Que si Iván me ha reventado los bueyes, que si yo no he cuidado de sus caballos… Tendrán que quedarse a vivir aquí las milicias, sin remisión. Todo serán murmuraciones. Que si uno trabaja más, que si otro trabaja menos. Nuestras faenas son muy diferentes, esto no es estar en la fábrica al lado de la máquina. Allí, terminas tus ocho horitas, y a la calle, dándole vueltas al bastoncito…

—¿Has estado tú en la fábrica alguna vez?

—Yo, camarada Davídov, no he estado, pero lo sé.

—¡Tú no sabes nada del obrero! Y si no has estado ni lo has visto, ¿por qué le das a la lengua? ¡Eso del obrero y el bastoncito son conversaciones de kulaks!

—Bueno, aunque sea sin bastoncito; terminas de trabajar, y te largas. Mientras que en el campo… Se levanta uno antes de que amanezca, y a labrar. Hasta la noche, sudas a mares, se te hacen ampollas de sangre en los pies, del tamaño de un huevo. Y por la noche, hay que apacentar los bueyes, y no te duermas, porque si el buey no se harta, no tira luego del arado. Yo me afanaré en el koljós, y otro, como nuestro Kolibá, por ejemplo, dormirá en el surco a pierna suelta. ¡Aunque el Poder Soviético dice que entre los campesinos pobres no hay vagos y que eso son invenciones de los kulaks, no es verdad. Kolibá se ha pasado la vida tumbado a la bartola en lo alto del horno. Todo el caserío sabe que, una noche de invierno, estando allí, estiró las piernas hasta la puerta para salir de un aprieto. Y a la mañana siguiente, tenía los pies escarchados y el costado quemado de los ladrillos. Resulta que el hombre se ha vuelto tan gandul, que no puede levantarse del horno ni para hacer sus necesidades. ¿Cómo voy yo a trabajar con hombres como ése ¡No me apuntaré en el koljós!

—Tiene la palabra Kondrat Maidánnikov. Habla.

Durante largo rato, un cosaco con anguarina gris se abrió paso hacia el tablado desde las filas de atrás. Su descolorida *budiónnovka*[38] se balanceaba sobre los gorros de los hombres —*papajas* y *trieujs*— y los multicolores chales y pañuelos de las mujeres.

Llegó, se puso de espaldas a la presidencia y empezó a hurgarse cachazudo en el bolsillo de los bombachos.

—¿Vas a leer el discurso? —le preguntó Diomka Ushakov, sonriendo.

—¡Quítate el casco!

—¡Habla de memoria!

—¡Ese apunta toda su vida en el papel!

—¡Ja-ja! ¡Qué leído y escribido eres!

Maidánnikov sacó una grasienta libreta, y empezó a buscar precipitadamente las hojas surcadas de garrapatos.

—No os riáis tan pronto, ¡que puede que tengáis que llorar!… —dijo enfadado—. Sí, apunto con qué cómo. Y ahora voy a leéroslo. Aquí se han alzado diferentes voces, y todas ellas desatinadas. Poco pensáis acerca de la vida…

Davídov se escamó. En las primeras filas, vislumbráronse unas sonrisas. Por la escuela se expandió ondulante un murmullo.

—Mi hacienda es de campesino medio —comenzó Maidánnikov, sin inmutarse, con firmeza—. El año pasado sembré cinco *desiatinas*. Tengo, como sabéis, un par de bueyes, un caballo, una vaca, la mujer y tres hijos. Brazos para el trabajo, sólo éstos. De lo sembrado, he recogido: noventa puds de trigo, diez y ocho de centeno, y veintitrés de avena. Yo necesito sesenta puds para alimentar a la familia; para las aves de corral, hacen falta unos diez puds; la avena queda para el caballo. ¿Qué le puedo yo vender al Estado? Treinta y ocho puds. A un rublo y diez kopeks cada uno, resultan, en números redondos, cuarenta y un rublos de beneficio líquido. Bueno, venderé aves de corral, llevaré los patos a la *stanitsa*, recibiré unos quince rublos —y, apenados los ojos, alzó la voz—: ¿Puedo yo con ese dinero calzarme, vestirme, comprar petróleo, fósforos y jabón? ¿Y herrar las cuatro patas del caballo no cuesta dinero? ¿Por qué calláis? ¿Puedo yo seguir viviendo así? Cuando hay cosecha, escasa o abundante, es buena cosa. ¿Pero y si, de pronto, no la hay? ¿Qué será de mí? ¡Seré un pordiosero, y nada más! ¿Y qué derecho tenéis vosotros, la madre que os ha parido, a disuadirme de que entre en el koljós, a apartarme de él a empujones? ¿Es que me va a ir peor allí? ¡Mentís! Y a todos los que sois campesinos medios os pasará igual. Ahora os voy a decir por qué os oponéis vosotros mismos y trastornáis la cabeza a los demás.

—¡Sacúdeles a esos hijos de gata, Kondrat! —vociferó entusiasmado Liubishkin.

—¡Les sacudiré, a ver si se espabilan! Estáis contra el koljós porque vuestra vaca, vuestra casita de estorninos no os dejan ver el mundo. Os decís: esto no vale un pimiento, pero es mío. El PC de la URSS os empuja a la nueva vida, y vosotros hacéis como un ternerillo ciego: cuando lo ponen debajo de la teta, cocea y da topetazos. ¡Y el ternero que no mama, no vive! ¡He terminado! Hoy mismo presentaré la solicitud para que me apunten en el koljós, y llamo a los demás a que hagan lo mismo. Y el que no quiera, que no moleste a los otros.

Razmiótnov se levantó.

—¡El asunto está claro, ciudadanos! Nuestras lámparas se apagan, y ya es tarde.

Los que estén por el koljós, que levanten la mano. Votan, únicamente, los dueños de cada hacienda.

De doscientos diez y siete dueños de hacienda presentes en la asamblea, sólo sesenta y siete levantaron la mano.

—¿Quién está en contra?

Ni una sola mano se alzó.

—¿No queréis apuntaros en el koljós? —preguntó Davídov—. Entonces, ¿tenía razón el camarada Maidánnikov?

—No que-re-mos —repuso una voz gangosa de mujer.

—¡Tu Maidánnikov no es ley para nosotros!

—Nuestros padres y abuelos vivían así…

—¡No nos coacciones!

Y cuando ya se habían acallado los gritos, en las últimas filas, en la oscuridad esclarecida por la lumbre de los cigarros, oyóse una voz tardía, preñada de rencor:

—¡A nosotros no se nos encorrala así como así! Titok ya te ha hecho sangre una vez. Pueden hacértela otra…

Fue como si a Davídov le hubieran dado un latigazo. En medio del espantoso silencio, permaneció un minuto en pie, callado, pálido, entreabierta la mellada boca; luego, gritó ronco:

—¡Eh, tú! ¡Voz enemiga! ¡Me han hecho derramar poca sangre! Todavía viviré hasta que aniquilemos a todos los bicharracos como tú. Pero si es preciso, por el Partido… por mi Partido, por la causa de los obreros, ¡daré toda mi sangre! ¿Me oyes, kulak canalla? Toda, ¡hasta la última gota!

—¿Quién ha alborotado ahí? —inquirió Nagúlnov poniéndose en pie.

Razmiótnov se tiró del tablado. En las últimas filas crujió un banco, una veintena de hombres salió al pasillo en fragoroso tropel. En las filas de en medio también empezó a levantarse la gente. Chasqueó tintineante un cristal al hacerse añicos: le habían saltado un ojillo a la ventana. Por el agujero irrumpió una ráfaga de aire puro, que se rizó en volutas de blanco vaho.

—¡Ese ha tenido que ser Timoshka![39] El hijo de Frol el Desgarrado…

—¡Echadlos del caserío!

—No, ha sido un amigo de Akim. Aquí hay unos cosacos de Tubiansk.

—A los perturbadores, un tajo en la vena. ¡A la calle!…

—Muy pasada la medianoche, terminó la asamblea. Hablaron a favor y en contra del koljós hasta enronquecer, hasta que se les nubló la vista. En algunos sitios, e incluso junto al tablado, los enemigos se encontraban y agarrábanse del pecho tratando de demostrar su razón. A Kondrat Maidánnikov le desgarró la camisa, hasta el ombligo, su propio compadre y vecino. Estuvieron a punto de llegar a las manos. Diomka Ushakov iba ya a lanzarse en ayuda de Kondrat, saltando por encima de los

bancos y las cabezas de los que estaban sentados, pero Davídov separó a los compadres. Y el mismo Diomka fue el primero en zaherir a Maidánnikov:

—¡Anda, Kondrat, devánate los sesos y calcula cuántas horas tendrás que arar para comprarte otra camisa!

—Calcula tú cuántos pelos tiene tu mujer en el c…

—¡Bueno, bueno! Si seguís con esas bromas, os expulsaré de la asamblea.

Demid el Callado dormía plácidamente bajo un banco de las últimas filas; como una bestezuela, estaba tumbado con la cabeza expuesta al viento que entraba por debajo de la puerta; para protegerse de superfluos ruidos, se la había tapado con el faldón de la anguarina. Las mujeres ya entradas en años, que habían venido a la asamblea con su calceta a medio hacer, dormitaban como gallinas en el palo, dejando caer los ovillas y las agujas; Muchos se habían marchado ya. Y cuando Arkashka Menok, que había intervenido varias veces, quiso decir algo más en defensa del koljós, escapó de su garganta un sonido semejante al bufar de un ganso enfurecido. Arkashka se llevó la mano a la nuez y la bajo con amargura, pero, a pesar de todo, no pudo contenerse y, al sentarse en su sitio, le mostró a Nikolái Ajvatkin, enemigo acérrimo del koljós, lo que sería de él después de la colectivización total: sobre la uña del pulgar, amarillenta de nicotina, puso la del otro dedo gordo y apretó fuertemente. Nikolái se limitó a escupir con desprecio, soltando un terno por lo bajo.

Capítulo X

Kondrat Maidánnikov salió de la asamblea. Sobre él, en la altura, como una hoguera inextinguible, ardía sin llama la Osa Mayor. Era tan profundo el silencio, que se oía de lejos el crujir de la tierra al abrazo de la helada y el susurrar de la rama atenazada por el frío. Ya en casa, fue al establo de los bueyes y les puso en el pesebre una mísera brazada de heno; pero al recordar que al día siguiente habría de llevarlos al establo común, les echó un montón enorme y dijo en voz alta:

—Bueno, ya ha llegado la hora de separarnos… ¡Apártate, calvo! Cuatro años hemos trabajado juntos, el cosaco para el buey y el buey para el cosaco… Y nada hemos sacado en limpio. Vosotros pasáis hambre y yo lo paso malamente. Por eso mismo os cambio por la vida en común. Oye, ¿por qué aguzas las orejas, como si comprendieras lo que te digo? —empujó con la pierna al buey de la izquierda, apartó con la mano el morro, masticante y baboso, y al encontrarse sus ojos con el liliáceo del animal, recordó de pronto con cuánta ansia le había esperado hacía cinco años. La vieja vaca se había ayuntado entonces con el semental tan sigilosamente, que ni el pastor ni Kondrat lo habían visto. En el otoño, durante mucho tiempo, no se advirtió, por su aspecto, su retozo con el toro. «¡Se ha quedado estéril, la maldita!», se lamentaba Kondrat, frío de espanto al observar a la vaca. Pero a fines de noviembre, comotodas las vacas viejas, empezó a dar señales de preñez un mes antes del parto. ¡Cuántas veces, en lasnoches frías, cuando diciembre tocaba ya a su fin, se despertaba Kondrat, como si le hubiesen zarandeado, y, luego de meter los pies en las botas de fieltro, corría en calzoncillos al templado establo a ver si había parido ya! Los fríos eran terribles, y el ternerillo podía helarse antes de que la madre acabara de lamerle… Cuando la cuaresma del advenimiento tocaba ya a su fin, Kondrat casi no dormía. Una madrugada, Anna, su mujer, llegó toda radiante y anunció solemne:

—La vieja echa ya sangre. Esta noche debe ser…

Kondrat se acostó al anochecer sin desnudarse ni apagar el farol. ¡Siete veces fue a ver a la vaca! Y sólo la octava, al despuntar la aurora, antes de abrir las portezuelas del establo, oyó un mugido profundo y penoso. Entró: la vaca soltaba la placenta mientras un ternerillo diminuto, lameteado ya, de blanco morroy revuelto pelaje, temblaba lastimero buscando la ubre con su frío hociquillo. Kondrat recogió la placenta, que había caído, para que no se la comiera la vaca[40]; luego, tomó al ternerillo en brazos y, caldeándolo con su aliento, se lo llevó presuroso a la *jata*, envuelto en el faldón de su anguarina.

—¡Es un torete! —exclamó gozoso.

Anna se santiguó:

—¡Gracias, Dios mío! ¡El Señor misericordioso se ha apiadado de nuestra necesidad!

Y en cuanto a necesidad, con un solo caballejo, Kondrat tenía de sobra. Creció el torete aquel y trabajó de firme para Kondrat, en verano y en el frío invierno, hollando multitud de veces, con sus hendidas pezuñas, caminos y labrantíos en tanto tiraba de la carreta o del arado.

Kondrat, al mirar al animal, sintió de pronto un nudo en la garganta y un vivo escozor en los ojos. Echóse a llorar y salió ligero del establo, como aliviado por las lágrimas vertidas. El resto de la noche lo pasó en vela, fumando.

…¿Qué iba a ocurrir en el koljós? ¿Se darían cuenta, comprenderían todos, como lo había comprendido él, que aquel camino era el único posible y que no tenía vuelta atrás? Que por mucha lástima que diera llevar el ganado, echar en manos de todos aquellos animales que habían crecido con los hijos en el suelo sin embaldosar de la *jata*, había que llevarlos. Y aquella lástima ruin hacia los propios bienes también era preciso aplastarla, sin dejar que anidase en el corazón… Acerca de ello pensaba Kondrat, acostado junto a su mujer —que roncaba ya—, mirando a la negra sima de las tinieblas, sin ver,con ojos cegados por la oscuridad. Y pensó además: «¿Y a dónde llevaremos los corderitos, los cabritillos? Pues ellos necesitan una *jata* caliente y mucho cuido. ¿Cómo diferenciar a esos diablillos sison todos iguales? Los confundirán sus madres y las personas. ¿Y las vacas? ¿Cómo se acarreará el forraje? ¡Cuánto se perderá! ¿Y si la gente, asustada de las dificultades, se dispersa dentro de una semana? Entonces, a la mina, ¡adiós, Gremiachi, para toda la vida! No habrá ninguna razón para quedarse aquí».

Al rayar el alba, adormecióse. Y también su sueño fue penoso, agobiador. ¡Duro era el koljós para Kondrat! Con sangre y lágrimas, rompía el cordón umbilical que le unía a la propiedad, a los bueyes, al trozo de tierra querido…

Por la mañana, desayunó y, durante largo rato, escribió la solicitud, frunciendo atormentado la frente, que surcaba la obscura franja dejada por los vientos y el sol. Le salió así:

«Al camarada Makar Nagúlnov
Célula del Partido Comunista de Gremiachi

Solicitud

Yo, Kondrat Jristofórov Maidánnikov, campesino medio, pido que se me admita en el koljós con mi mujer, mis hijos y bienes, y con todos los animales. Pido que se me dé entrada en la nueva vida, por estar completamente de acuerdo con ella.

K. Maidánnikov».

—¿Has ingresado? —le preguntó su mujer.

—Sí.

—¿Llevarás el ganado?

—Ahora lo llevo… ¿Pero por qué gritas, tonta de capirote? ¡Con la de saliva que

he gastado para convencerte!… ¿Vuelves a las andadas? ¡Si tú estabas conforme!

—A mí, Kondrasha[41], sólo me da lástima de la vaca… Yo estoy conforme. Pero se me parte el corazón… —repuso ella, sonriendo y limpiándose las lágrimas con el delantal.

Tras la madre, se echó a llorar también Jristishka, la hijita pequeña, de cuatro años.

Kondrat sacó del establo la vaca y los bueyes; después de embridar el caballo, los condujo al riachuelo.

Los abrevó. Los bueyes intentaron volver a casa, pero Kondrat, hirviente de rabia el corazón, se adelantó con el caballo, cerrándoles el paso, y los dirigió hacia el Soviet de la aldea.

Asomadas a las ventanas, las mujeres no le quitaban ojo; los cosacos atisbaban por entre los setos, sin mostrarse en la calle. ¡¡Mal se sentía Kondrat! Pero cerca del Soviet, al doblar una esquina, vio una inmensa multitud de bueyes, caballos y ovejas, agolpados como en una feria. Saliendo del callejón vecino, apareció Liubishkin. Tiraba de una vaca tras la que corría presuroso el ternerillo balanceando la cuerda anudada al cuello.

—¿Quieres que les atemos los rabos y los arreemos juntos? —trató de bromear Liubishkin, pero tenía un aspecto preocupado, severo. Con no poco trabajo había logrado traer la vaca; un reciente arañazo en la mejilla era testimonio de ello.

—¿Quién fe ha arañado?

—No ocultaré el pecado: ¡mi costilla! La maldita se abalanzó a la vaca—. Liubishkin se metió en la boca una guía del bigote y mascullό descontento: Acometió como un tanque. Y se armó tal zipizape junto a la *jata*, que ya no podré mirar a los vecinos a la cara sin sonrojarme de vergüenza. Arremetió con el agarrador de la sartén. ¿No lo crees? ¿Vas a pegar a un guerrillero rojo?, le dije. ¡Nosotros hasta a los generales les zurrábamos la badana! Y la agarré de los pelos. Buen espectáculo para el que viera aquello…

Desde el Soviet de la aldea se pusieron en marcha hacia el patio de Titok. Otros doce campesinos medios, que lo habían pensado bien durante la noche, presentaron sus solicitudes muy de mañana y trajeron también su ganado.

Nagúlnov y dos carpinteros, en el patio de Titok, desbastaban madera de aliso para los pesebres. Para los primeros pesebres colectivos de Gremiachi Log.

Capítulo XI

Kondrat llevaba largo rato golpeteando con una barra de hierro la tierra helada, abriendo hoyos para los pilotes. A su lado, se afanaba Liubishkin. A Pável, bajo la *papaja,* negra como un nubarrón de tormenta, echada sobre los ojos, le corrían goterones de sudor; el rostro le ardía. Abriendo la boca, dejaba caer la barra con fuerza y furia, y las pellas y partículas de tierra helada saltaban, tamborileando en las paredes. Hicieron a la ligera unos pesebres y metieron en el cobertizo veintiocho pares de bueyes ya tasados por la comisión. Nagúlnov, en mangas de camisa caqui que se le pegaba a las sudorosas paletillas, se metió en el cobertizo.

—No has hecho más que mover el hacha, y ya tienes la camisa chorreando, eh? ¡Mal trabajador eres, Makar! —comentó Liubishkin, meneando la cabeza—. ¡Mira cómo trabajo yo! ¡A-hú! La barra de Titok es buena… ¡A-hú!… Pero ponte pronto la zamarra, que como cojas un resfriado, ¡estirarás la pata!

Nagúlnov echóse la zamarra sobre los hombros. De sus mejillas fue desapareciendo, lentamente, el arrebol de unas chapas rojas como la sangre.

—Esto es del esfuerzo. En cuanto trabajo un poco o subo una cuesta, me ahogo y se me desboca el corazón… ¿El último pilote? ¡Muy bien! ¡«Fíjate qué hacienda tenemos! —y Nagúlnov recorrió con ojos febriles la larga fila de bueyes alineados ante los pesebres nuevos, que olían a madera recién acepillada.

Mientras instalaban a las vacas en el corral, llegó Razmiótnov con Diomka Ushakov. Llamó a Nagúlnov aparte y le dijo, agarrándole la mano:

—Makar, amigo, no te enfades por lo de ayer… Oí gritos infantiles, me acordé de mi hijito, y se me apretó el corazón…

—¡A ti sí que había que apretarte, diablo blandengue!

—¡Desde luego! Por tus ojos veo que ya se te ha pasado el enojo conmigo.

—¡Basta ya, boceras! ¿A dónde vas? Hay que acarrear el heno. ¿Dónde está Davídov?

—En el Soviet, examinando con Menok las solicitudes de ingreso en el koljós. Bueno, me voy… Aun me queda una casa de kulak enterita, la de Semión Lapshinov…

—Cuando vuelvas, ¿empezarás de nuevo?… —Nagúlnov sonrió.

—¡No hablemos de eso! ¿A quién me llevo? ¡La que se ha armado, todo anda revuelto, como en un combate! Tiran de las bestias, transportan el heno. Unos han traído ya semilla. Les he mandado volver. Ya nos ocuparemos de la semilla más tarde. ¿A quién tomo de ayudante?

—Ahí tienes a Kondrat Maidánnikov. ¡Kondrat! Ven aquí. Ve con el presidente a expropiar a Lapshinov. ¿No te dará vergüenza? Porque hay algunos tan vergonzosos como Timoféi Borschiov… Adular no le da lacha, pero para tomar lo que ha sido

robado, le remuerde la conciencia…

—¿Y por qué no vaya ir? Iré. Con gusto.

Acercóse Diomka Ushakov. Los tres salieron a la calle. Razmiótnov, observando a Kondrat, le preguntó:

Dime, ¿por qué estás tan fúnebre? Hay que alegrarse; mira cómo se ha animado el caserío, parece un hormiguero en movimiento.

—Es pronto para alegrarse. Pasaremos fatigas —repuso Kondrat secamente.

—¿Cuáles?

—Con la siembra, con el cuido del ganado. ¿Has visto ahí? Tres trabajan, y diez, al pie del seto, echando un cigarro, en cuclillas.

—¡Todos trabajarán! Esto es al principio. Cuando no tengan nada que comer, de seguro que fumarán menos.

En una curva, vieron un trineo volcado. Cerca de él había un montón de heno esparcido y estaban tirados los travesaños rotos de los patines. Los bueyes, desuncidos, comían correhuela, de intenso color verde sobre la nieve. Un mozalbete —hijo de Semión Kuzhenkov, que acababa de ingresar en el koljós— recogía perezoso el heno con un horcón de tres púas.

—Oye tú, ¿por qué te mueves con tanta parsimonia? Yo, a tus años, ¡saltaba como si tuviese muelles! ¿Qué manera de trabajar es ésa? ¡Venga, dame el horcón! —Diomka Ushakov se lo arrancó de las manos al muchacho, que sonreía, y, con recio jadeo, levantó en vilo toda una hacina.

—¿Cómo te has arreglado para volcar? —preguntó Kondrat, examinando el trineo.

—Choqué con el talud, ¿no sabes cómo ocurre?

—Anda, ve en un vuelo por un hacha, pídesela prestada a los Donetskov.

Levantaron el trineo, arreglaron los travesaños y volvieron a ponerlos en su sitio. Diomka colocó cuidadosamente la carga y la peinó con el rastrillo.

¡Kuzhenkov, eh, Kuzhenkov! Habría que zumbarte con una vara verde y no dejarte ni rechistar. ¡Mira cuánto heno han pisoteado los bueyes! Debías haber cogido una brazadita, echársela junto a un seto, y que comieran. ¿A quién se le ocurre dejarlos sueltos?

El muchacho se echó a reír y aguijó a los bueyes.

—Ahora el heno no es nuestro, es del koljós.

—¿Habéis visto qué hijo de perra? —Diomka, extraviados los ojos, miró a Kondrat y a Razmiótnov y soltó una ristra de ajos.

En tanto se hacía el inventario de los bienes de Lapshinov, se reunieron en el patio unas treinta personas. Predominaban las mujeres, vecinas; cosacos había pocos. Cuando a Lapshinov —viejo alto y canoso, de puntiagudas barbas— le propusieron abandonar la casa, oyéronse entre la gente apiñada en el*kurén* murmullos y

comentarios en voz baja.

—¡La que son las cosas! Ha estado amontonando riqueza toda la vida, y ahora, a morir a la estepa, al túmulo.

—Sí, bien triste es…

—¡Debe darle pena! ¿Verdad?

—A cada uno le duele lo suyo.

—De seguro que no le gustará, pero cuando, en el antiguo régimen, arrambló con lo de Trífonov para cobrarse las deudas, no pensaba en que duele.

—Según te portas tú, así se portan contigo…

—¡Se lo merece el barbas de chivo! ¡Le han sacudido debajo del rabo!

—Es un pecado, mujercitas, alegrarse del mal del prójimo. A cada cual le puede pasar igual.

—¡A mí no! ¡Aunque se empeñe el mismo diablo! Yo no tengo más que hambre, y ésa, ¡no se la lleva nadie!

—El verano pasado, por prestarme la segadora por un par de días, me sacó, con suavidad, diez*tselkovis*. ¿Eso es tener conciencia?

Lapshinov era considerado, de antiguo, hombre de dinero. Se sabía que antes de la guerra poseía ya no poca fortuna, pues el viejo no tenía ningún reparo en prestar a terribles réditos y comprar por bajo cuerda lo que otros robaban. Hubo un tiempo en que corrieron insistentes rumores de que en sus establos se guardaban caballos robados. Venían a verle de vez en cuando, sobre todo por las noches, gitanos y tratantes en caballerías. Se aseguraba que de sus nervudas manos iban a parar los caballos, por furtivos caminos de cuatreros, a Tsaritsin, Taganrog y Uriúpinskaia. También sabían en el caserío, con certeza, que en los viejos tiempos, unas tres veces al año, llevaba a la *stanitsa* billetes «catalinos» para cambiarlos por monedas de oro imperiales. El año 1912, incluso habían intentado «aligerarle la bolsa», pero el viejo Lapshinov, fuerte como un roble, rechazó a los salteadores, sin más arma que una estaca, y escapó al golpe. El mismo tampoco se dormía —en varias ocasiones le habían sorprendido en la estepa con gavillas ajenas—, pero eso era de joven; a la vejez, procedía con los bienes del prójimo de un modo más descarado: se llevaba todo lo mal guardado por sus dueños. Era tan avaro, que cuando ponía en la iglesia una vela de un kopek ante la imagen de Nikola[42] Taumaturgo, la apagaba en cuanto ardía un poquito, se santiguaba y se la metía en el bolsillo. De este modo, con una vela le bastaba para el año entero, y a quienes le reprochaban aquella sórdida tacañería y desconsideración para con Dios, les contestaba: «¡Dios es más inteligente que vosotros, imbéciles! El no necesita velas, sino que se le honre. El Señor no tiene interés en que yo haga gastos. El mismo llegó a echar a los mercaderes del templo, ¡a latigazos!»

Lapshinov había recibido con tranquilidad la noticia de su expropiación como

kulak. No tenía nada que temer. Todo lo de valor había sido ya escondido o puesto en buenas manos. El mismo ayudaba a hacer el inventario, dando amenazador patadas en el suelo para que se callara la rezongona vieja, y al cabo de un minuto, decía con humildad:

—No grites, madre, Dios tendrá en cuenta nuestros padecimientos. El Señor misericordioso todo lo ve…

—¿Y no ha visto dónde has metido tú el *tulup* nuevo de piel de oveja? —preguntó Diomka, serio, en tono de amo.

—¿Qué *tulup*?

—El que llevabas el domingo pasado, cuando ibas a la iglesia.

—Yo no llevaba ningún *tulup* nuevo.

—¡Lo llevabas, y ahora estará a salvo en alguna parte!

—¿Qué estás diciendo, Dementi[43]? ¡Te juro por Dios que no!

—¡Dios te va a castigar, abuelo! ¡Te dará en la cabeza!

—Te lo juro delante de Cristo, haces mal en decir eso… Lapshinov se santiguó.

—¡Estás echando un pecado sobre tu conciencia! —Diomka guiñó el ojo a la gente, provocando una sonrisa en las mujeres y en los cosacos.

—No soy culpable ante Dios, ¡palabra!

—¡Has escondido el *tulup*! ¡Responderás por él el día del Juicio Final!

—¿Por mi propio *tulup*!? —exclamó, en su acaloramiento, Lapshinov.

—¡Por haberlo escondido, responderás!

—¿Te figuras que Dios tiene tan poco talento como tú, mentecato? ¡En estos asuntos no se mezclará siquiera! ¡Yo no tengo ningún *tulup*! ¿No te da vergüenza burlarte de un viejo? ¡Deberías avergonzarte ante Dios y ante los hombres!

—¿Ya ti no te dio vergüenza cuando me obligaste a que te entregara tres medidas de mijo, por las dos que me habías prestado para la siembra? —preguntó Kondrat.

Su voz, débil y ronca, apenas se oía en el alboroto general, pero Lapshinov volvióse hacia él con ligereza de chicuelo:

—¡Kondrat! Tu padre era un hombre honrado, y tú… Aunque no fuera más que por respeto a su memoria, ¡no debías pecar! En las Sagradas Escrituras se dice: «No hagas leña del árbol caído», ¿y tú, qué es lo que haces? ¿Cuándo te tomé yo tres medidas por dos? ¿No tienes temor de Dios? ¡Pues él lo ve todo!…

—¡Ese mastuerzo andrajoso hubiera querido que le dieses el mijo de balde! —gritó furiosa la Lapshinija[44].

—¡No des voces, madre! El Señor padeció y nos mandó que padeciéramos. El mismo, el mártir, llevó una corona de espinas y lloró lágrimas de sangre… —Lapshinov se enjugó con la manga una lagrimilla turbia.

El rumoreo de las mujeres acallóse; suspiraron. Razmiótnov, cuando hubo terminado de escribir, dijo:

—Bueno, abuelo Lapshinov, lárgate de aquí con viento fresco. Tus lágrimas no inspiran gran compasión. A mucha gente hiciste daño, y ahora nosotros, sin necesidad de Dios, te damos tu merecido. ¡Marcharos!

Lapshinov tomó de la diestra a su hijo, muchacho tartajoso y bobalicón, le puso el *trieuj* en la cabeza y salió de la casa. La gente les siguió en masa compacta. En el patio, el viejo se hincó de rodillas, luego de tender sobre la nieve el borde de la zamarra. Se santiguó la fruncida frente e inclinóse hacia los cuatro costados, hasta tocar el suelo.

—¡Largo! ¡¡Largo! —le ordenaba Razmiótnov.

Pero la multitud agitóse en sordo rumor; resonaron voces:

—¡Dejadle al menos que se despida de la casa en que nació!

—¡No hagas tonterías, Andréi! El hombre tiene ya un pie en la sepultura, y tú…

—Por su vida, ¡se merecía tener los dos en ella! —gritó Kondrat.

Le interrumpió el viejo Gladilin, guarda de la iglesia:

¿Halagas al Poder, eh? ¡Los tipos como tú se merecen unos buenos garrotazos.

—Como te atice yo uno, majadero, ¡no volverás a casa!

Lapshinov se inclinaba, se persignaba y decía en voz alta y sonora, para que le oyeran todos, conmoviendo el corazón de las mujeres, siempre propenso a la compasión:

—¡Adiós, cristianos ortodoxos! ¡Adiós, queridos míos! Que el Señor os dé mucha salud… Para disfrutar de mis bienes. Vivía yo aquí, trabajaba honradamente…

—¡Comprabas lo que otros robaban! —le apuntó Diomka desde la terracilla.

—…me ganaba, con el sudor de mi frente, el pan de cada día…

—¡Arruinabas a la gente, les cobrabas réditos, tú mismo robabas! ¡Arrepiéntete! ¡Habría que cogerte del cogote, perro descarriado, y estrellarte contra la tierra!

—…el pan de cada día, repito, y ahora, a la vejez…

Las mujeres empezaron a dar sorbetones y a llevarse a los ojos las puntas de los pañuelos. Razmiótnov se disponía a alzar a Lapshinov para retirarle del patio y gritaba ya: «No soliviantes a la gente, mira que…», cuando en la terraza, donde se encontraba Diomka, arrimado a la barandilla, se armó de pronto un gran barullo…

La Lapshinija había salido disparada de la cocina con un cesto de huevos empollados en una mano y una gansa encogida, cegada por la nieve y el sol, en la otra. Diomka le quitó con facilidad el cesto, pero la mujer se aferró a la gansa con ambas manos.

—¡No la toques, maldito! ¡No la toques!

—¡La gansa es ahora del koljós!…-vociferó Diomka, agarrándose insistente al estirado cuello del ánade.

La mujer tenía sujeta al ave por las patas. Y ambos tiraban hacia sí con furia, arrastrándose mutuamente por la terracilla.

—¡Dámela, bisojo!

—¡Yo sí que te voy a dar!

—¡Te digo que la sueltes!

—¡Ella es koljosiana! —gritaba, jadeante, Diomka—. Para la primavera… ¡tendremos gansitos! Apártate, vieja, o te endiño una patada en la espinilla… Nos dará… ¡gansitos!…

A vosotros se os acabó la buena vida…

La Lapshinija, toda desgreñada, daba tirones, afianzándose en un escalón con la bota de fieltro y salpicando saliva. El ave, que al principio emitía desafinados graznidos, callaba ahora —por lo visto, Diomka le había cortado el resuello—, pero seguía agitando las alas con rapidez vertiginosa. El blanco plumón y las plumas revoloteaban sobre la terracilla como copos de nieve. Parecía que, de un momento a otro, Diomka iba a vencer, arrancando la medio muerta ánade de las ganchudas manos de la vieja, mas en aquel instante el feble cuello de la gansa crujió débilmente, por las vértebras, y se rompió. La mujer, alzadas las faldas sobre la cabeza, rodó con estruendo escaleras abajo, contando los peldaños con sordos golpes. Y Diomka, lanzando una exclamación de sorpresa, sólo con la cabeza del ave en las manos, cayó sobre, la cesta, que estaba detrás de él, aplastando los empollados huevos de gansa. La tonante carcajada general desprendió unos carámbanos del tejado. Lapshinov se puso en pie, encasquetóse el gorro, tiró con rabia de la mano del hijo, baboso e indiferente a todo, y, casi corriendo, lo sacó del patio. La Lapshinija se levantó, cárdena de coraje y de dolor luego de sacudirse la falda, tendió las manos hacia la descabezada ave, que se debatía junto a las escalones, pero un galgo amarillo que rondaba la terracilla, al ver el chorro de sangre que brotaba del cuello, dio un salto de pronto, erizados los pelos del lomo, y, ante las mismas narices de la Lapshinija, apoderóse del ánade y la arrastró por el patio entre los silbidos e incitantes gritos de los chiquillos.

Diomka tiró en pos de la Lapshinija la cabeza de la gansa —que seguía mirando al mundo con su ojo anaranjado, sorprendido— y entró en la *jata*. Y durante largo rato, en el patio y el callejón, continuaron resonando, en diversos tonos, atronadoras carcajadas que asustaban a los gorriones, ahuyentándolos de las ramas secas.

Capítulo XII

La vida en Gremiachi Log se había encabritado como un potro fogoso ante un obstáculo difícil de saltar. Por las tardes, los cosacos se reunían en los callejones y *kuréns*, donde discutían y conversaban acerca de los koljóses, perdiéndose en conjeturas. Todas las noches, desde hacía ya cuatro días, celebrábanse reuniones que duraban hasta el canta matinal del gallo.

En aquellos días, Nagúlnov había adelgazado tanto, que parecía haber pasado una larga y grave enfermedad. En cambio Davídov conservaba su aspecto tranquilo, únicamente, sobre sus labios y junto a las sienes, habíanse acentuado las tenaces arrugas. No se sabía cómo había logrado también infundir firmeza a Razmiótnov, que de ordinario se sulfuraba fácilmente y con igual facilidad caía en injustificadas pánicos. Andréi recorría el caserío inspeccionando los establos colectivos con una sonrisa de seguridad en los ajos, un poco malignos. Con frecuencia, aseguraba a Arkashka. Menok, que empuñaba las riendas del poder koljosiano hasta la elección de la administración del koljós:

—¡Les romperemos los cuernos! Todos entrarán en el koljós.

Davídov envió al Comité de Distrito del Partido un correo a caballo con un parte en el que se comunicaba que, hasta el presente, sólo se había logrado atraer al koljós a un treinta y dos por ciento, pero que esa labor continuaba a ritmo de choque.

Los kulaks desalojados de sus *kuréns* se albergaban en las casas de sus parientes e íntimos. Frol el Desgarrado, después de enviar directamente a Timoféi a la capital de la región, para que reclamase ante el Fiscal, se fue a vivir a casa de su amigo Borschiov, el mismo que en la asamblea de campesinos pobres se negara a votar aquella vez. En la angosta *jata* de Borschiov, de dos habitaciones unidas por un zaguán, reuníase el *activo* de los kulaks.

De día, generalmente, a fin de resguardarse de escuchas y vigilantes nocturnos, acudían de uno en uno o por parejas a la vivienda de Borschiov, deslizándose cautelosos por la parte de los huertos y las eras, para no caer bajo la mirada de la gente y no llamar la atención del Soviet. Iban allí David Gáiev y el escaldado pícaro Lapshinov, que después de su expropiación se había convertido en «mendigo iluminado»; de tarde en tarde, se presentaba Yákov Lukich Ostrovnov, a tantear el terreno. Visitaban también el «estado mayor» algunos campesinos medios que se habían sublevado resueltamente contra el koljós, como Nikolái Liushniá y otros. Además de Borschiov, incluso había allí dos campesinos pobres: uno de ellos era Vasili Atamánohukov, cosaco alto y sin cejas, siempre taciturno, todo repelado y afeitado, limpio de pelo, como un huevo, la cabeza, y el otro Nikita Joprov, antiguo artillero de una batería de la Guardia —compañero de armas de Podtíélkov—, que durante la guerra civil eludió de continuo el servicio militar y fue a parar sin

embargo, el año 1919, al destacamento punitivo del coronel calmuco Ashtímov. Esta circunstancia determinó la vida futura de Joprov bajo el Poder Soviético. Tres personas del caserío —Yakov Ostrovnov, su hijo y el viejo Lapshinov— durante la retirada de 1920, le habían visto en Kuschevka, en el destacamento punitivo con la blanca franja de *podjorunzhi*[45] a lo largo de las hombreras; habían presenciado como él, en unión de tres cosacos calmucos, conducía a unos obreros detenidos del depósito de locomotoras al interrogatorio por Ashtímov… lo habían visto… ¡Y cuánta vida perdió Joprov desde que supo, al regresar de Novorossiisk a Gremiachi Log, que los Ostrovnov y Lapshinov habían quedado sanos y salvos! ¡Cuántos miedos hubo de pasar el fornido artillero de la Guardia en los años en que la contrarrevolución era objeto de terribles represalias! El, capaz de sostener a cualquier caballo, sujetándole de los cascos traseros, mientras lo herraban, temblaba como una tardía hoja de roble, muerta de frío, cuando se encontraba a Lapshinov, que sonreía pícaro. Era al que más temía. Y al verle, balbuceaba con ronca voz:

—Abuelo, no dejes que se pierda un alma cosaca, ¡no me delates!

Lapshinov, con estudiada indignación, le tranquilizaba:

—¿Qué estás diciendo; Nikita? ¡Dios me libre! ¿Es que no llevo yo la santa cruz sobre la garganta? ¿Qué nos enseñó el Salvador? «Ama al prójimo como a ti mismo». Ni pensarlo, ¡No diré nada! Aunque me den un tajo, no brotará la sangre. Yo soy así. Pero tú… ayúdame también un poco si es menester… En las asambleas, alguien puede meterse conmigo, o haber algún ataque por parte de las autoridades… Defiéndeme, que a lo mejor, en otra ocasión… Una mano lava a la otra. Mientras que el que a hierro mata, a hierro muere. ¿No es así? Además, quisiera pedirte que me ayudases un poco a labrar mi tierra. Dios me ha dado un hijo algo tocado de la cabeza; él no es capaz, y tomar a un hombre cuesta caro…

Año tras año, venía «ayudando un poco» a Lapshinov Nikita Joprov; de balde, le araba, acarreaba y metía el trigo de Lapshinov en la trilladora de Lapshinov. Y luego, volvía a casa, se sentaba a la mesa y, hundiendo en las manos, pesadas como el hierro, la ancha cara de rojizos bigotes, pensaba: «¿Hasta cuándo durará esto? ¡Lo mataré!».

Yákov Lukich Ostrovnov no le abrumaba con peticiones ni le amenazaba, pues sabía que cuando le pidiese incluso algo grande, no ya una botella de vodka, él no se atrevería a negárselo. Y en cuanto a la vodka, la bebía Yákov Lukich con muchísima frecuencia en casa de Joprov, expresando siempre su reconocimiento con las mismas palabras: «Gracias por el convite».

«¡Ojalá se te atragante!», le deseaba mentalmente Joprov, apretando con odio los enormes puños bajo la mesa.

Pólovtsev continuaba viviendo en casa de Yákov Lukich, en el pequeño cuarto que antes ocupara la vieja madre de Ostrovnov. Esta se había trasladado a lo alto del

horno, y Pólovtsev, en el cuartucho de ella, se pasaba casi el día entero fumando, tumbado en la corta litera y apoyando los nervudos pies descalzos en la piedra caliente. Por las noches, paseaba con frecuencia por la casa dormida, en la que no chirriaba ni una sola puerta, pues sus goznes habían sido cuidadosamente untados de grasa de ganso. A veces, luego de echarse la zamarra sobre los hombros y de apagar el cigarro, iba a ver al caballo, oculto en el cobertizo del salvado. Y el bruto, entumecido de la prolongada quietud, le acogía con un relincho temblante y sofocado, como si comprendiera que no eran tiempos de expresar sus sentimientos en voz alta. El amo lo acariciaba, palpándole las rodillas con sus dedos férreos, inflexibles. Una no. che, singularmente obscura, lo sacó del cobertizo y, fustigándolo, partió al galope por la estepa. Volvió cuando empezaba ya a clarear. El caballo venía todo bañado en sudor, le palpitaban con frecuencia los ijares y estaba estremecido por un temblor penoso, lento. Por la mañana, Pólovtsev le dijo a Yákov Lukich:

—He estado en mi *stanitsa*. Me buscan allá… Los cosacos ya están preparados y sólo esperan la orden…

Por instigación suya, cuando se reunió por segunda vez la asamblea general de los vecinos de Gremiachi, para tratar de la cuestión del koljós, Yákov Lukich hizo un llamamiento a entrar en él, dándole a Davídov un alegrón memorable con su sensata y constructiva intervención, como asimismo con el hecho de que, después de las palabras de Ostrovnov, hombre de prestigio en el caserío, declarando que entraba en el koljós, se presentasen de golpe treinta y una solicitudes de ingreso.

Bien habló del koljós Yákov Lukich, y al día siguiente, recorrió varias casas, convidando, con dinero de Pólovtsev, a campesinos medios de confianza, predispuestos contra el artel agrícola; achispado él mismo, se pronunciaba ya de otra manera:

—¡Qué cosas tienes, hermano! A mí me hace mucha más falta que a ti entrar en el koljós, y no puedo hablar mal de él. Vivía holgadamente, y me pueden declarar kulak, pero tú, ¿qué necesidad tienes de meterte allí? ¿No has visto el yugo? En el koljós, hermano, te uncen con la coyunda de tal manera, ¡que no vuelves a ver la luz del día! —y empezaba a contar en voz queda lo que ya se sabía de memoria, respecto a la próxima sublevación, sobre la colectivización de las mujeres… y cuando el interlocutor resultaba ser hombre propicio, rencorosamente dispuesto a todo, trataba de convencerle, le rogaba, le amenazaba con la represión cuando llegasen del extranjero «los nuestros» y acababa por salirse con la suya: se marchaba llevándose el consentimiento de ingreso en la «Alianza».

Todo marchaba de primera, viento en popa. Había ya reclutado Yákov Lukich cerca de treinta cosacos, advirtiéndoles, del modo más severo, que no le contasen a nadie su ingreso en la «Alianza» ni su conversación con él. Pero cuando se dirigió al «estado mayor» de los kulaks para dar cima al asunto (como en los expropiados y las

personas que se agrupaban en torno a ellos tenían Pólovtsev y él plena confianza, su incorporación se había dejado para lo último, por considerarla empresa fácil, le falló el tiro por vez primera… Yákov Lukich, envuelto en su anguarina, llegó a casa de Borschiov al anochecer. En un deshabitado camaranchón ardía una estufa pequeña y baja. Todos se habían congregado ya. El dueño de la casa, Timoféi Borschiov, de rodillas ante la estufa, metía por la portezuela ramillas secas, muy partidas; en los bancos y sobre unas calabazas, amontonadas en un rincón, de rayas anaranjadas y negras como cintas de cruces de San Jorge, estaban sentados Frol el Desgarrado, Lapshinov, Gáiev, Nikolái Liushniá, Vasili Atamánchukov y el artillero Joprov. En pie, de espaldas a la ventana, se encontraba el hijo de Frol el Desgarrado, Timoféi, que acababa de llegar aquel día de la capital de la región. Contaba lo muy ásperamente que le había recibido el Fiscal y que, en vez de examinar la queja, había querido detenerle y mandarlo de nuevo a la cabeza del distrito. Al entrar Yákov Lukich, Timoféi calló, pero el padre le animó a seguir:

—Es de los nuestros, Timosha. No le temas.

Timoféi terminó su relato; centelleantes los ojos, dijo:

—La vida se ha puesto de tal modo, que si hubiera ahora una banda, ¡montaría a caballo y empezaría a liquidar comunistas!

—Dura se ha vuelto la vida, dura…-confirmó Yákov Lukich.

Y si quedara en esto la cosa, aún habría que darle gracias a Dios…

—¿Qué mayores males cabe esperar? —enfurecióse Frol el Desgarrado—. Como a ti no te han tocado, te sientes tan ricamente, pero a mí empieza a faltarme el pan. En tiempos del zar vivíamos tú y yo casi igual, pero ahora tú vas tan limpito y decente, mientras que a mí me han quitado hasta las últimas botas de fieltro.

—Yo no me refiero a eso; lo que temo es que vaya a ocurrir algo…

—¿Qué puede ocurrir?

—La guerra, por ejemplo…

—¡Dios nos la mande! ¡Ayúdanos, San Jorge Victorioso! ¡Aunque sea ahora mismo! En las Actas de los Apóstoles se dice…

—¡Iríamos con estacas, como los de Vióshenskaia[46] el año diez y nueve!

—Les arrancaría las venas vivos, ¡zas, zas!…

Atamánchukov, herido en la garganta en la *stanitsa* de Filonovskaia, hablaba como si tocase un caramillo: con voz aguda y poco clara:

—La gente está enfurecida, ¡dará dentelladas!…

Yákov Lukich, con tiento, insinuó que en las *stanitsas* vecinas había intranquilidad y que, al parecer, en algún que otro lugar, se estaba ya dando a los comunistas más de una leccioncita, para que aprendiesen a ser más sensatos. Procedíase al modo cosaco, como en la antigüedad con los atamanes indeseables, afectos a Moscú, y la lección era bien sencilla: meterlos de cabeza en un saco, ¡y al

agua con ellos! Hablaba bajo, mesurado, sopesando cada palabra. De pasada, señaló que en la región del Cáucaso del Norte todo andaba revuelto; en las *stanitsa*s del llano ya habían sido colectivizadas las mujeres, y los comunistas eran los primeros en acostarse con las hembras ajenas sin ninguna clase de tapujos. Añadió que, para la primavera, se esperaba un desembarco. Todo aquello, según él, se lo había dicho un oficial conocido suyo, compañero de su antiguo regimiento, que había pasado por Gremiachi hacía una semana. Yákov Lukich tan sólo ocultó un detalle: que el oficial aquél continuaba hasta el presente escondido en su casa.

Nikita Joprov, que había permanecido callado todo el tiempo, inquirió:

—Yákov Lukich, dinos una cosa. Todo eso está muy bien: nosotros nos sublevamos, liquidamos a nuestros comunistas, ¿y luego qué? Con las milicias podremos también, pero, ¿y cuando nos manden, en trenes, las tropas del ejército? ¿Quién nos va a dirigir contra ellos? No hay oficiales, nosotros somos ignorantes, adivinamos por las estrellas el camino a seguir… Y en la guerra, las unidades no se mueven al buen tuntún; ellos buscan el camino en los planos, hacen cartas en los estados mayores… Tendremos manos, pero no cabeza.

—¡También habrá cabeza! —afirmó Yákov Lukich con calor—. Ya aparecerán los oficiales. Ellos son más instruidos que los jefes rojos. Proceden de los antiguos cadetes y dominan las nobles artes de la guerra. Mientras que los rojos, ¿qué jefes tienen? Tomemos, por ejemplo, a nuestro Makar Nagúlnov. Ese sabrá cortar cabezas con el sable, ¿pero acaso puede mandar él una centuria? ¡En la vida! ¿Entiende él mucho de cartas y planos?

—¿Y de dónde van a aparecer los oficiales?

—¡Ya los parirán las mujeres! —se enfadó Yákov Lukich—. ¿Por qué, Nikita, te pegas a mí como la cardencha al rabo de la oveja? «De dónde, de dónde»… ¿Y yo qué sé de dónde?

—Del extranjero vendrán. ¡Vendrán sin falta! —afirmó Frol el Desgarrado, y, saboreando de antemano la gran revuelta y el placer sanguinario de la venganza, aspiró con fruición, a sorbetones, dilatando la única aleta de su nariz, el aire saturado de humazo de tabaco.

Joprov se levantó, dio un puntapié a una calabaza y, atusándose los bigotazos rojizos, dijo aleccionador:

—Puede que sea así… Sólo que ahora los cosacos están ya escarmentados. Les han golpeado de muerte por sublevarse. Ellos no irán. El Kubán no apoyará…

Yákov Lukich, con una risilla burlona bajo el bigote entrecano, afirmó:

—¡Irán, como un solo hombre! También el Kubán se encenderá todo en llamas… Y en la pelea, ya se sabe lo que pasa: ahora, yo estoy debajo, aplastando la tierra con mis espaldas, pero, dentro de algún tiempo, podré estar encima de mi enemigo, pisoteándolo con furia.

—No, hermanos, podéis decir lo que queráis, ¡pero yo no estoy de acuerdo con esto! —replicó Joprov, sintiendo frío ante su propio arranque—. Yo no me alzaré en armas contra el Poder, ni se lo aconsejaré a los demás. Y tú, Yákov Lukich, haces mal en arrastrar a la gente a semejantes bromas… El oficial que ha pasado la noche en tu casa es un hombre ajeno a nosotros, sospechoso. Nos enredará, y luego, él se quedará a un lado y nosotros tendremos otra vez que salir solos del lío. En esta guerra ellos nos empujaron contra el Poder Soviético; a los cosacos les cosieron unos galoncillos en las hombreras y los hicieron oficiales de prisa y corriendo, y ellos se quedaron en la retaguardia, en los estados mayores, a refocilarse con las señoritas de piernas finas… Y cuando llegó la hora del ajuste de cuentas, ¿recuerdas quiénes pagaron? En Novorossiisk, en los muelles, los rojos les cortaban la cabeza a los calmucos, mientras los oficiales y otras «excelencias» se iban en los barcos a países extraños, templados. Todo el Ejército del Don se amontonaba en Novorossiisk como un rebaño de ovejas, ¿y los generales?… ¡Puaf! Y a propósito de esto, yo quería preguntarte si ese «excelencia» que ha pasado la noche contigo no se oculta ahora en tu casa para salvarse de la quema. Un par de veces observé que llevabas una cubeta de agua al cobertizo del salvado… Y me dije: ¿a qué diablo irá a dar de beber allí? Más tarde, oí un relincho de caballo.

Joprov observaba con deleite cómo la cara de Yákov Lukich iba tomando el mismo color grisáceo de su bigote canoso. La turbación y el miedo se habían apoderado de todos. Y una alegría salvaje ensanchaba el pecho de Joprov, que lanzaba sus palabras como desde fuera y oía su voz como si fuese otro el que hablara.

—Yo no tengo en mi casa a ningún oficial —repuso Yákov Lukich con voz sorda—. El relincho era de mi yegua, y yo no llevé agua al cobertizo del salvado; algunas veces llevo las mondas… Tenemos un cerdo allí…

—¡No me engañas, yo conozco bien la voz de tu yegüecita! Aunque, después de todo, ¿a mí qué? Yo no soy participante en vuestros asuntos, arreglaos vosotros…

Joprov se puso la *papaja* y, mirando receloso a los lados, se dirigió hacia la puerta, Lapshinov le cerró el paso. Sus barbas blancas temblaban; agachóse de un modo extraño y le preguntó, abriendo los brazos:

—¿Vas a delatarnos, Judas? ¿Te has vendido? ¿Y si les decimos que tú estuviste en el destacamento punitivo, con los calmucos?

—¡Mira, abuelo, no eches baba! —contestó Joprov con fría rabia, alzando hasta las barbas de Lapshinov su puño macizo—. Primeramente, me denunciaré yo mismo; les diré: estuve en los destacamentos punitivos, fui *podjorunzhi*, juzgarme… ¡Pero vosotros andaos también con ojo! Tú, viejo bribón de la yegua… Y tú… —a Joprov le faltó el aliento, y en su ancho pecho resonó un bronco ronquido, de fuelle de fragua—. ¡Tú me has chupado toda la sangre! Ahora voy a darme el gustazo de vengarme, ¡aunque no sea más que una vez!

Sin tomar impulso, asestó a Lapshinov un puñetazo en la cara, y se marchó dando un portazo, sin mirar al viejo, que había caído junto al umbral. Timoféi Borschov trajo un cubo vacío. Lapshinov incorporóse y se inclinó sobre el cubo, de rodillas. La sangre brotaba negra de sus narices, como de una vena abierta. En el silencio de desconcierto, oíanse tan sólo los sollozos de Lapshinov y el castañeteo de sus dientes, mientras unos chorrillos de sangre se filtraban por sus barbas y caían repiquete ando en las paredes del cubo.

—¡Ahora sí que estamos perdidos! —dijo el expropiado y cargado de hijos Gáiev.

Al instante, se levantó de un salto Nikolái Liushniá y, sin despedirse ni ponerse el gorro, salió disparado de la *jata*. Le siguió, gravemente, Atamáchukov, diciendo al marchar con su vocecilla aguda y cascada:

—Hay que separarse, aquí no nos espera nada bueno.

Durante algunos minutos, Yákov Lukich permaneció sentado en silencio. Su corazón parecía haberse hinchado y subido a la garganta. Le costaba trabajo respirar. La sangre le palpitaba impetuosa en la cabeza y su frente se había cubierto de un sudor frío. Cuando ya se habían marchado muchos, se levantó, apartándose con asco de Lapshinov, que seguía inclinado sobre el cubo, y le susurró al hijo del Desgarrado:

—¡Ven conmigo, Timoféi!

El mozo, sin rechistar, se puso la chaqueta y el gorro. Salieron. En el caserío se iban apagando las últimas luces.

—¿A dónde vamos? —preguntó Timoféi.

—A mi casa.

—¿Para qué?

Luego lo sabrás; anda, date prisa…

Con toda intención, Yákov Lukich pasó frente al Soviet de la aldea; allí no había luz, las ventanas se destacaban en las tinieblas. Entraron en el patio de Yákov Lukich. Este se paró ante los escalones de la terracilla y tocó la manga de la chaqueta de Timoféi.

—Aguarda aquí un momento. Yo te llamaré.

—Bien.

Yákov Lukich dio unos golpecitos en la puerta, la nuera descorrió el cerrojo.

—¿Eres tú, padre?

—Sí —y cerró bien tras él; antes de entrar, llamó a la puerta del cuartucho. Le respondió una bronca voz de bajo:

—¿Quién es?

—Soy yo, Alexandr Anísimovich. ¿Se puede?

—Adelante.

Pólovtsev, sentado a una pequeña mesa, ante la ventana cubierta con un chal negro a guisa de cortina, escribía algo. Tapó con la nervuda manaza la hoja escrita y

volvió la cabeza, de frente grande.

—¿Qué? ¿Cómo va el asunto?

—Mal… ¡Ha ocurrido una desgracia!…

—¿Eh? ¡Habla más aprisa!… —Pólovtsev se levantó bruscamente, metióse en el bolsillo la hoja escrita, se abrochó con precipitación el cuello de la blusa tolstoyana y, poniéndose cárdeno, inyectado de sangre el rostro, se encorvó todo él, como una gran fiera dispuesta a dar el salto.

De forma embrollada, Yákov Lukich empezó a contarle lo ocurrido. Pólovtsev le escuchaba sin decir palabra. Sus ojillos azulencos miraban fijos a Yákov Lukich desde sus profundas cuencas. Se iba enderezando despacio, en tanto apretaba y aflojaba los puños; por último, torció los rasurados labios en espantosa mueca y avanzó hacia Yákov Lukich.

—¡Ca-na-lla! ¿Qué es lo que quieres? ¿buscarme la ruina, viejo asqueroso? ¿Quieres hacer fracasar nuestra empresa? Aunque casi la has hecho ya fracasar con tu falta de cuidado. ¿Qué fue lo que te ordené? ¿Qué fue lo que te or-de-né? ¡Había que tantear previamente, uno a uno, el estado de ánimo de todos! ¿Y tú qué hiciste? ¡Embestir ciego, como un toro furioso!… —su sofocado y bronco barboteo hizo palidecer a Yákov Lukich, aumentando aún más su espanto y confusión—. ¿Y qué vamos a hacer ahora? ¿Lo ha comunicado ya ese Joprov? Di. ¿No? ¡Pero dilo de una vez, pedazo de alcornoque gremiachino! ¿No? ¿A dónde ha ido? ¿Le seguiste?

—No… ¡Ay, Alexandr Anísimovich, bienhechor mío, ahora estamos perdidos! —Yákov Lukich se llevó las manos a la cabeza. Por su mejilla castaña rodó cosquilleante, hasta el bigote gris una lagrimilla.

Pero Pólovtsev se limitó a rechinar los dientes.

—¡Oye tú, marica! Hay que actuar, en vez de…

—¿Está tu hijo en casa?

—No lo sé… pero he traído un hombre conmigo.

—¿A quién?

—Al hijo de Frol el Desgarrado.

—¿Sí, ah? ¿Y para qué lo has traído?

Sus ojos se encontraron, y ambos se comprendieron sin palabras. Yákov Lukich fue el primero en volver la mirada hacia otro lado, y a la pregunta de Pólovtsev: «¿Es de confianza el muchacho?», contestó asintiendo con la cabeza. Pólovtsev, con furia, arrancó del clavo su zamarra, sacó de debajo de la almohada un revólver recién limpiado, hizo girar el tambor, y en sus orificios brilló, en refulgente círculo, el níquel de las puntas de las balas empotradas en sus casquillos. Abrochándose la zamarra, ordenó con nítida voz, de mando, como en un combate:

—Toma el hacha. Llévame por el camino más corto. ¿Cuántos minutos hay que andar?

—No está lejos, unas ocho casas más allá…

—¿Tiene familia?

—Sólo la mujer.

—¿Y vecinos cerca?

—A un lado está la era; al otro, el huerto.

—¿Y el Soviet?

—Está lejos…

—¡Vamos!

En tanto Yákov Lukich iba por el hacha a la leñera, Pólovtsev, apretando con la mano izquierda el brazo de Timoféi, le dijo quedo:

—¡Obedéceme sin rechistar! Vamos allí; tú, muchachito, cambia la voz y di que eres el recadero del Soviet y que le traes un papel. Hace falta que abra la puerta él mismo.

—Tenga cuidado, camarada… no sé cómo llamarle… no le conozco… Ese Joprov es fuerte como un toro, y si no se guarda usted, puede atizarle un puñetazo que… —empezó a decir Timoféi con desenvoltura.

—¡A callar! —le interrumpió Pólovtsev, y tendió la mano hacia Yákov Lukich—; Dame eso. Llévanos.

Metió bajo la zamarra, tras el cinturón de los bombachos, el mango de fresno del hacha, cálido y húmedo de la mano de Yákov Lukich, y se levantó el cuello.

Iban en silencio por el callejón. Junto a la figura maciza y corpulenta de Pólovtsev, Timoféi parecía un adolescente. Caminaba al lado del *esaul*, que avanzaba bamboleándose, mirándole con insistencia a la cara. Pero la oscuridad y el cuello alzado le impedían ver…

Saltando el seto, entraron en la era.

—Pisa donde yo, para que sólo haya unas huellas —le ordenó en un susurro.

Por la impoluta nieve, uno tras otro, como lobos en hilera echaron a andar. Cerca de la puertecilla del patio, Yákov Lukich se llevó la mano al costado izquierdo y murmuró apenado:

—Señor…

Pólovtsev señaló a la puerta de la *jata*.

—¡Llama!… —adivinó, más que oyó, por el movimiento de sus labios, Timoféi.

Empujó levemente, haciendo sonar el picaporte, y al instante oyó que aquel forastero de la *papaja*blanca que estaba plantado a la derecha de la puerta, se desabrochaba la zamarra, arrancándose los corchetes con furiosos tirones. Timoféi volvió a llamar. Yákov Lukich observaba con espanto al perrillo que había salido de su garita, situada en el centro del patio. Pero el helado cachorrete ladró débilmente, empezó a aullar lastimero y se dirigió hacia la cueva, cubierta de juncos.

••

Llegó Joprov a casa agobiado por sus pensamientos; por el camino se había tranquilizado un poco. La mujer le sirvió la cena.

Cenó de mala gana y dijo con tristeza:

—Me comería ahora, María, una raja de sandía salada.

—¿Para quitarte la resaca? —indagó ella, sonriendo.

—No, hoy no he bebido. Mañana, Mashutka[47], les declararé a las autoridades que estuve en los destacamentos punitivos. No tengo fuerzas para seguir viviendo así.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿Por qué estás hoy tan revuelto? No lo comprendo.

Nikita sonrió a su vez, tirándose de los anchos bigotes rojizos.

Y cuando se acostaba ya, volvió a decirle, seriamente:

—Prepárame unas rebanadas de pan tostado o hazme unos bollos ázimos para el camino. Vaya la cárcel.

Y luego, durante largo rato permaneció en el lecho, abierto los ojos sin oír las exhortaciones de su mujer y pensando: «Comunicaré lo mío y lo de Ostrovnov, ¡que encierren también a esos diablos! ¿Qué me puede pasar a mí? No me van a fusilar… Estaré en presidio unos tres añitos, partiré leña en los Urales, y saldré de allí limpio. Nadie me reprochará entonces mi pasado. Ni trabajaré más para nadie por mi pecado viejo. Diré, honradamente, cómo fui a parar a manos de Ashtímov. Así lo declararé: procuré salvarme del frente, ¿a quién le gusta poner la cabeza bajo las balas para que le metan una dentro? Que me juzguen; por los muchos años pasados, me aliviarán la pena. ¡Lo contaré todo! Yo mismo no fusilé gente, pero en lo tocante al látigo… Bueno, ¿y qué? Les aticé latigazos a los cosacos desertores y a alguno que otro por su bolchevismo… Yo era entonces más oscuro que la noche, un ignorante, y no sabía distinguir lo que era malo ni lo que se debía hacer».

Quedóse dormido. Pronto, le sacó del primer sueño una llamada a la puerta. Siguió acostado unos instantes… «¿A quién se le habrá roto alguna tripa?» Se repitió la llamada. Nikita, carraspeando enojado, empezó a levantarse y fue a encender la lamparita, pero María despertóse y murmuró:

—¿Otra vez a una reunión? ¡No enciendas! No nos dejan tranquilos ni de día ni de noche… ¡Se han vuelto locos los malditos!

Nikita, descalzo, salió al zaguán.

—¿Quién llama?

—Soy yo, tío Nikita; vengo del Soviet.

La voz era desconocida, de chiquillo… Una incierta inquietud, semejante a un mal presentimiento, acometió a Nikita, haciéndole preguntar:

—¿Pero quién es? ¿Qué quieres?

—Soy yo, Nikolái Kuzhenkov. Te traigo un papel del Presidente; dice que vayas ahora mismo al Soviet.

—Mételo por debajo de la puerta.

… Un segundo de silencio al otro lado de la puerta… Una mirada amenazadora, apremiante, bajo la blanca *papaja* de piel de cordero, y Timoféi, desconcertado por un instante, encuentra la salida:

—Tienes que firmar el recibí; abre.

Oye los pasos inquietos de Joprov, el roce de sus pies descalzos por el piso sin embaldosar del zaguancilla. Ya ha chasqueado el cerrojo negro. En el cuadrado de la puerta, sobre un fondo lúgubre, aparece la blanca figura de Joprov. En ese mismo momento Pólovtsev pone el pie izquierdo en el umbral, alza el hacha y la descarga sobre Nikita, más arriba del entrecejo.

Como el toro aturdido por el mazazo, antes de ser degollado, cae Nikita de rodillas y se derrumba de espaldas, suavemente.

—¡Entrad! ¡Echad el cerrojo! —ordena Pólovtsev con un hilillo de voz. Palpa la manija, sin soltar de la mano el hacha, y abre de par en par la puerta de la *jata*.

Desde el rincón donde está la cama, llega un susurro de lienzo y una alarmada voz de mujer:

—¿Has tirado algo, Nikita?… ¿Quién anda ahí?…

Pólovtsev deja caer el hacha y, tendidos los brazos hacia adelante, se abalanza hacia el lecho.

—¡Ay, buena gente!… ¿Quién es?… ¡Soco…!

Timoféi, dándose un doloroso golpe en la cabeza contra el dintel, irrumpe en la estancia. Oye unos estertores y un alboroto en el rincón. Pólovtsev ha caído sobre la mujer, le ha apretado la cara con una almohada y le ata las manos enrollándole a ellas una toalla. Sus codos resbalan sobre los movedizos pechos de la mujer, que ceden muelles, mientras bajo él va hundiéndose flexible la caja torácica. Percibe el calor del cuerpo fuerte, de la hembra, que se debate intentando liberarse y el palpitar de su corazón, violento como el de un pájaro atrapado. Y de súbito, le acomete un deseo agudo, quemante, de poseerla; pero sólo dura un segundo; dando un rugido, mete con rabia la mano bajo la almohada y, como a un caballo, le dilata a la mujer la boca. A la presión de su ganchudo dedo, se va estirando el labio, igual que la goma, y acaba por deslizarse suavemente, desgarrado; el dedo está lleno de sangre tibia, pero la mujer no emite ya su grito sordo, prolongado: le ha metido en la boca, hasta la garganta, el retorcido borde de la falda. Pólovtsev deja a Timoféi junto a la atada dueña de la casa y se dirige al zaguancilla con bronco resuello de caballo muermoso.

—¡Una cerilla!

Yákov Lukich la enciende. A su mortecina luz, Pólovtsev se inclina sobre Joprov, que sigue derribado de espaldas. El artillero yace con las piernas torpemente vueltas hacia un lado y apretada la mejilla contra la tierra. Respira; su pecho enorme, abultado, se alza con movimiento irregular, y a cada espiración, el bigote rojizo desciende al charco escarlata. Se apaga la cerilla. Pólovtsev, a tientas, palpa en la

frente de Joprov el lugar del hachazo… Bajo sus dedos, cruje levemente el hueso partido.

—Déjame marchar… Soy débil ante la sangre… —murmura Yákov Lukich.

Está estremecido por un temblor febril, las piernas se le doblan, pero Pólovtsev, sin responder a su ruego, le ordena:

—Trae el hacha. Está allí… junto a la cama. Y agua.

El agua hace recobrar el conocimiento a Joprov. Pólovtsev le aprieta fuertemente el pecho con la rodilla; con silbante susurro, le pregunta:

—¿Nos has delatado, traidor? ¡Habla! ¡Eh, tú, enciende otra cerilla!

La cerilla, por unos segundos, ilumina de nuevo el rostro de Joprov, su ojo medio cerrado. La mano de Yákov Lukich tiembla, y tiembla también la tímida llamita. En el pequeño zaguán por los haces de juncos que cuelgan del techo, danzan unos reflejos amarillos. La cerilla se extingue y quema las uñas de Yákov Lukich, pero él no siente el dolor. Pólovtsev repite por dos veces la pregunta; luego, empieza a retorcerle los dedos a Joprov, que gime, pero de pronto, se vuelve sobre el vientre y con dificultad, se pone a cuatro patas y se levanta. Pólovtsev jadeando del esfuerzo, intenta derribarlo nuevamente de espaldas, más las hercúleas fuerzas del artillero le ayudan a mantenerse en pie. Con la mano izquierda agarra de la faja a Yákov Lukich y con el brazo derecho rodea el cuello de Pólovtsev. Este hunde la cabeza entre los hombros, ocultando la garganta, hacia la que tiende los dedos fríos de Joprov, y grita:

—¡Luz!… ¡Maldito seas! ¡Te digo que luz! —vocifera al no encontrar el hacha en la oscuridad.

Timoféi, asomándose desde la cocina, sin recelar lo que ocurre, aconseja en fuerte susurro:

—¡Ay, calamidades!… Dadle con el filo del hacha en las espinillas, ahí, en las espinillas, ¡y ya veréis como canta!

El hacha está en manos de Pólovtsev; haciendo un supremo esfuerzo, logra desprenderse del abrazo de Joprov y le golpea, ya con el filo, una vez, dos. El artillero se derrumba y, al desplomarse, su cabeza choca contra un banco. Del banco cae un cubo al suelo, con estruendo de cañonazo. Pólovtsev, rechinando los dientes, remata al que yace en tierra; con el pie busca la cabeza, da un hachazo y oye el gorgoteo y el murmullo de la sangre, que brota libre. Luego, a empellones, mete a Yákov Lukich en la*jata*, cierra tras él la puerta y dice a media voz:

—¡Tú, jo…, baboso! Sujeta a la mujer por la cabeza; necesitamos saber si ése ha tenido tiempo de delatamos o no. Y tú, muchacho, ¡agárrale bien las piernas!

Pólovtsev se abate sobre la atada mujer, oprimiéndola con todo su cuerpo. Exhala un acre olor de macho sudoroso. Y le pregunta, articulando despacio cada palabra:

—Tu marido, cuando volvió de la reunión, ¿fue al Soviet o a alguna otra parte?

En la penumbra de la *jata*, ve dos ojos enloquecidos de espanto, hinchados de las

contenidas lágrimas, y un rostro amoratado por la asfixia. Siente gran malestar y un ansia de salir cuanto antes de allí, al aire puro. Con coraje y repugnancia, aprieta los dedos tras las orejas de ella. El terrible dolor la hace retorcerse y perder el conocimiento por unos instantes. Luego, al volver en sí, se saca de pronto, empujándola con la lengua, la mordaza, cálida de la saliva, pero no grita, suplica en entrecortada y queda imploración:

—¡Queriditos!… ¡Tened piedad de mí, queriditos! ¡Lo diré todo!

Reconoce a Yákov Lukich. Pues es su compadre; hace siete años bautizaron juntos al hijo de su hermana. Con dificultad, como una tartamuda, mueve los labios deformes, desgarrados: —¡Compadre!… ¡Querido mío!… ¿Por qué?…

Pólovtsev, asustado, se apresura a taparle la boca con la ancha palma de su manaza. Ella, en un arranque de esperanza, intenta aún besársela, con sus labios sanguinolentos, para inspirarle compasión. ¡Quiere vivir! ¡Siente horror!

—¿Fue tu marido a alguna parte o no?

Ella deniega con la cabeza. Yákov Lukich se aferra a las manos de Pólovtsev:

—Su… Su Excelencia… ¡Alexandr Anísimovich!… No la toque… Si la amenazamos, ¡no hablará!… ¡No hablará jamás!

Pólovtsev le rechaza de un empellón. Por vez primera en estos penosos momentos, se enjuga el rostro con el dorso de la mano y piensa: «¡Mañana mismo nos delatará! Pero es una mujer, una cosaca, ¡qué vergüenza para un oficial!… Bueno, ¡al cuerno!… Le taparé los ojos para que no vea lo último…»

Le enrolla por encima de la cabeza los faldones de la camisa de lienzo. La mirada del macho se detiene por un instante en el hermoso cuerpo de esta hermosa hembra, de treinta años, que no ha parido nunca. Yace de costado, encogida una pierna, como una gran ave blanca abatida… Pólovtsev ve de pronto, en la penumbra, que el surco entre los pechos de la mujer y su vientre moreno empiezan a relucir, perlándose rápidamente de sudor. «Ha comprendido para qué le he tapado la cabeza. Bueno, ¡al cuerno!…» Con un jadeo, descarga el filo del hacha sobre el rostro cubierto por la camisa.

De súbito, Yákov Lukich presiente el largo temblor convulso que agita el cuerpo de su comadre. A su nariz sube el olor dulzón de la sangre fresca… Tambaleándose, Yákov Lukich llega hasta el horno; unas terribles arcadas le estremecen, revolviéndole dolorosamente las entrañas.

… En la terracilla, Pólovtsev dio unos traspiés, como un borracho, e inclinóse sobre la barandilla para sorber con ansia la nieve, reciente y esponjosa, que la cubría. Salieron por la portezuela del seto. Timoféi el Desgarrado quedóse atrás; luego de dar vuelta a la manzana, se dirigió hacia los vibrantes sones de unacordeón que llegaban del lado de la escuela. Ante ella se cantaba y bailaba. Timoféi, pellizcando a las mozas, penetró en el corro y le pidió al acordeonista que le dejase su instrumento.

—¡Anda, Timosha, tócanos la *Gitanilla*, ¡con fIoreos! —rogó una moza.

Timoféi quiso tomar el acordeón que le tendía su dueño, pero lo dejó caer al suelo. Rio por lo bajo, tendió otra vez las manos y lo dejó caer de nuevo sin alcanzar a colgarse, del hombro izquierdo, la correa. Sus dedos no le obedecían. Los movió, echóse a reír y devolvió el instrumento.

—¡Buena la ha agarrado!

—Fijaos, muchachas, ¿verdad que está borrachete?

—¡Hasta se ha vomitado la chaqueta! ¡Cómo se ha puesto!…

Las mozas se apartaron de Timoféi. El dueño del acordeón sopló malhumorado sobre los pliegues del fuelle para quitarles la nieve, y empezó a tocar la *Gitanilla* con inseguridad. Uliana Ajvátkina, la más grandullona de todas las mozas —”buena novia para uno de la guardia», como decían en el caserío— salió a bailar, los brazos en jarras, crujientes las botinas, de bajos tacones. «Hay que quedarse aquí hasta el amanecer —pensó Timoféi, como si se refiriese a otra persona—. Así, en caso de que se hagan pesquisas, nadie averiguará nada». Se levantó e imitando, ya con toda intención, los andares de un beodo, acercóse tambaleante a una muchacha, que estaba sentada en los escalones de la escuela, y descansó la cabeza sobre sus cálidas rodillas:

—¡Búscame los piojos, amor mío!

•••

Entre tanto, Yákov Lukich, verde como una hoja de col, se había derrumbado sobre la cama, apenas entrara en su *kurén*, y no levantaba la cabeza de la almohada. Oyó que Pólovtsev, inclinado sobre la tina, se enjabonaba las manos, chapoteaba en el agua, resoplaba y retirábase después al cuartucho. Cuando era ya medianoche, Pólovtsev despertó al ama de la casa:

—¿Tienes compota fresca, patroncita? Échame un buen vaso, quiero beber…

Bebió (Yákov Lukich, hundida la cabeza en la almohada, le observaba con un ojo), sacó del vaso una blanda pera cocida, la masticó sonoramente y se alejó envuelto en el humo de su cigarro, pasándose la mano por el pecho, abultado y terso como el de una mujer.

… En el cuartucho, Pólovtsev ha tendido los pies descalzos hacia la piedra, que conserva todavía el calor. Le gusta calentárselos por la noche, pues le duelen sordamente, del reuma. Se los enfrió el año 1916 al cruzar a nado, en invierno, el Bug, para servir fielmente, con la fe y la razón, a Su Majestad el Emperador y defender la patria. Desde aquel entonces, el *esaul* Pólovtsev busca el calor y procura calzarse con botas de fieltro, que abrigan bien…

Capítulo XIII

Durante la semana que llevaba en Gremiachi Log, habíanse alzado ante Davídov, como una muralla, multitud de problemas… Por las noches, cuando volvía del Soviet o de la administración del koljós, instalada en la espaciosa casa de Titok, paseaba largo rato por su habitación, fumando; luego, leía la «Pravda» y el «Mólot»[48], traídos por el cartero, y volvía a sumirse en sus meditaciones acerca de las gentes de Gremiachi, del koljós y de los acontecimientos del día transcurrido. Como un lobo acorralado, intentaba escaparse del cerco de pensamientos ligados al koljós; recordaba su taller, a sus amigos, su trabajo anterior. Le entraba un poco de pena al considerar que ahora, muchas cosas habrían cambiado allí, y todas ellas en ausencia suya; que ya no podría pasarse las noches enteras inclinado sobre los diseños del motor *Katerpiller*,tratando de encontrar un procedimiento nuevo para la transformación de la caja de velocidades; que en su caprichosa y exigente máquina estaría trabajando otro, seguramente el engreído de Goldschmidt, y que sin duda, se habrían olvidado ya de él, después de pronunciar tantos buenos discursos, llenos de fuego, al despedir a los hombres de los *veinticinco mil*. Y de súbito, su pensamiento volvía a conectarse con Gremiachi, como si alguien hubiera empujado en su cerebro, con firmeza, una palanca de mando, a fin de hacer cambiar el curso de sus reflexiones. Al partir para el trabajo en el campo, él no era uno de esos ingenuos habitantes de la ciudad que no saben nada del campo, y sin embargo, el giro que iba a tomar la lucha de clases, sus complicados nudos y formas a menudo encubiertas, ocultas, no se los imaginaba tan complejos como los viera desde los primeros días de su llegada a Gremiachi. No acertaba a comprender la tenaz resistencia de la mayoría de los campesinos medios a entrar en el koljós, a pesar de las enormes ventajas de la economía koljosiana. No encontraba la clave para conocer bien a muchas gentes y las relaciones entre ellas. Titok, guerrillero ayer, era hoy un kulak y un enemigo. Timoféi Borschiov, campesino pobre, había tomado abiertamente la defensa de los kulaks. Ostrovnov, labrador culto, buen administrador de su hacienda, que había ingresado conscientemente en el koljós, era tratado con recelo y hostilidad por Nagúlnov. Todos los vecinos de Gremiachi iban desfilando por la imaginación de Davídov…Y muchos aspectos de ellos eran para él enigma, cubiertos por una especie de velo invisible, impalpable. El caserío le parecía un motor complicado, de nuevo tipo, y Davídov procuraba atentamente, con sus cinco sentidos, estudiarlo, conocer todas sus piezas, captar la más leve alteración en el diario palpitar, infatigable e intenso, de aquella ingeniosa máquina…

El enigmático asesinato del campesino pobre Joprov y de su mujer le hizo conjeturar que en la máquina aquella funcionaba algún resorte secreto. Presentía, de un modo confuso, un vínculo causal entre la muerte de Joprov, la colectivización y

todo lo nuevo que irrumpía con ímpetu en la explotación parcelaria, rompiendo sus carcomidos muros. La mañana en que fueron hallados los cadáveres de los Joprov, tuvo una larga conversación con Razmiótnov y Nagúlnov. Estos también se perdían en conjeturas y suposiciones. Joprov era campesino pobre, en el pasado había sido guardia blanco, mostraba pasividad con respecto a la vida social y permanecía como imantado, ignorábase por qué extremo, al kulak Lapshinov. La suposición hecha por alguien de que le habían matado para robarle, era absurda, puesto que no se habían llevado nada, aparte de que en la casa no había nada que llevarse. Razmiótnov se salió por la tangente:

—Debía haber ofendido a algún hombre, por cuestiones de faldas… Tal vez tuviera en sus brazos a la mujer de otro, y eso mismo le costó la vida.

Nagúlnov callaba, pues no era amigo de hablar a la ligera. Pero citando Davídov insinuó que en el asesinato podía haber tomado parte alguno de los kulaks y propuso que se les expulsara del caserío sin tardanza, Nagúlnov le apoyó resueltamente:

—Sí, uno de esa piara ha liquidado a Joprov, ¡no cabe duda! ¡Hay que mandar a esos reptiles a tierras frías!

Razmiótnov rio por lo bajo y encogióse de hombros:

—Desde luego hay que expulsarlos, ni que decir tiene. Impiden a la gente entrar en el koljós. Pero Joprov no ha sido apiolado por tener relación con ellos. No era de los suyos. Sólo es cierto que se había arrimado a Lapshinov, que trabajaba fijo con él, pero eso no sería por tener muy llena la panza. La necesidad le apretaba, y se pegó a Lapshinov. No se puede achacar a los kulaks todo lo que ocurre, ¡dejaos de tonterías, hermanos! No me convenceréis. ¡En este asunto hay alguna mujer por medio!

De la cabeza del distrito llegaron el juez de instrucción y el médico forense. Se hizo la autopsia de los cadáveres, fueron interrogados los vecinos de Joprov y de Lapshinov. Pero el juez no logró hallar el hilo que permitiera descubrir a los autores del crimen y las causas del mismo. Al día siguiente, 4 de febrero, la asamblea general de koljosianos acordó por unanimidad expulsar a las familias kulaks de la región del Cáucaso del Norte. La asamblea confirmó el consejo de administración del koljós, elegido anteriormente por sus mandatarios, del que formaban parte Ostrovnov (cuya candidatura fue calurosamente defendida por Davídov y Razmiótnov, pese a las objeciones de Nagúlnov), Pável Liubishkin, Diomka Ushakov, Arkashka Menok, que pasó con dificultad, y el quinto candidato, Davídov, que fue elegido por unanimidad. A ello contribuyó una notita de la Unión Agrícola del distrito, recibida la víspera, en la que se decía que el Comité Distrital del Partido, de acuerdo con aquella, proponía para el cargo de presidente del consejo de administración del koljós al camarada Davídov, delegado de dicho Comité y obrero de los*veinticinco mil*.

En la asamblea general se discutió largamente el nombre que se debía dar al koljós. Razmiótnov, al final, hizo uso de la palabra:

—Yo rechazo el nombre de «Cosaco Rojo». Ese es un nombre muerto y desacreditado. Antes los obreros asustaban a los niños con el cosaco. Propongo, queridos camaradas, hoy ya koljosianos que se dé a nuestro koljós, a nuestro amado camino que ha de llevarnos hasta el socialismo, el nombre del camarada Stalin.

Andréi estaba visiblemente emocionado, la cicatriz de su frente se iba tornando purpúrea. Durante unos segundos, sus ojos, un poco malignos, se velaron por las lágrimas, pero supo contenerse y añadió, con voz menos trémula:

—¡Hermanos, que nuestro camarada José Vissariónovich viva y dirija muchos años! Y nosotros, llevemos su nombre. Además, voy a daros a conocer un hecho real: cuando defendíamos Tsaritsin, yo, personalmente, vi y escuché al camarada Stalin. El estaba entonces, con Vorochílov, en el Consejo Militar Revolucionario; iba vestido de paisano, ¡pero debo deciros que sabía lo que se traía entre manos! A veces, nos hablaba a los combatientes, acerca de la firmeza.

—Te estás apartando de la cuestión —le interrumpió Davídov.

—¿Me estoy apartando? Si es así, os pido perdón, ¡pero insisto firmemente en lo de su nombre!

—Todo eso lo sabemos: yo también soy partidario de que demos al koljós el nombre de Stalin, pero ese nombre obliga a mucho —indicó Davídov aleccionador—. ¡No se puede deshonrado! Por consiguiente, hay que trabajar de manera que dejemos atrás a todos los del contorno.

—En eso estamos *radicalmente* de acuerdo —dijo el abuelo Schukar.

—¡Se comprende! —repuso Razmiótnov sonriendo—. Yo queridos camaradas, con toda autoridad, como Presidente del Soviet, declaro que no puede haber mejor nombre que el del camarada Stalin. Yo, por ejemplo, tuve ocasión de ver, el año diez y nueve, cerca del caserío de Topolkí, cómo nuestra infantería roja tomaba la presa del riachuelo Tsulim, al lado del molino…

—Otra vez te pierdes en los recuerdos —dijo enojado Davídov. Haz el favor de dirigir la reunión como es menester, ¡somete, concretamente, el asunto a votación!

—Bueno, os pido perdón; votad, ciudadanos, pero cuando recuerda uno la guerra, entra una desazón en el alma, que se quisiera decir unas palabras —manifestó Razmiótnov, sonriendo contrito, y se sentó.

La asamblea, por unanimidad, acordó dar al koljós el nombre de Stalin.

Davídov continuaba viviendo en casa de los Nagúlnov. Dormía sobre un arcón, separado de la cama de los esposos por una cortinilla de percal. El primer cuarto lo ocupaba la patrona, una viuda sin hijos. Davídov se daba cuenta de que molestaba a Makar, pero, en el ajetreo y las inquietudes de los primeros días, no había tenido tiempo para buscar otro alojamiento. Aunque Lushka, la mujer de Nagúlnov, se mostraba siempre afable con Davídov, éste —desde que el propio Makar le

descubriera, en aquella casual conversación, que su mujer andaba liada con Timoféi el Desgarrado— la trataba con una animosidad mal encubierta y soportaba como una carga su provisional convivencia con el matrimonio. Por las mañanas Davídov, sin meter baza en su charla, observaba frecuentemente a Lushka con el rabillo del ojo. Aparentaba no más de veinticinco años. Sus mejillas estaban cubiertas de diminutas pecas, lo que daba a su cara ovalada el aspecto de un huevo de urraca. ¡Pero cuánta belleza atractiva e impura había en sus ojos, negros como el azabache, y en todo su cuerpo esbelto y enjuto! Sus cejas, curvas, acariciadoras, estaban siempre un poquitín alzadas, como si esperase de continuo alguna buena nueva; sus labios brillantes, que no cubrían por completo la herradura compacta de sus dientes, algo saledizos, guardaban en las comisuras una sonrisa dispuesta a asomar a cada instante. Y al andar, movía los hombros, levemente caídos, como si aguardase que, de un momento a otro, alguien fuera a agarrada por detrás, duendo con los brazos su estrecha espalda de doncella. Vestía como todas las cosacas de Gremiachi y era, seguramente, un poco más limpia que ellas.

Una mañana temprano, Davídov, mientras se ponía los zapatos, oyó la voz de Makar, a través de la cortina:

—Ahí, en el bolsillo de mi zamarra, hay unas ligas. ¿Se las encargaste tú a Semión? Ayer volvió de la*stanitsa* y me dijo que te las diera.

—¿De verdad, Makárushka[49]? —la voz de Lushka, cálida, todavía soñolienta, temblaba de gozo.

En camisa, saltó de la cama, corrió hacia la zamarra del marido, colgada de un clavo, y sacó del bolsillo unas ligas, pero no de esas circulares, que aprietan los muslos, sino de ciudad, con tirantes prendidos a una fajilla de seda azul celeste… Davídov la veía reflejada en el espejo: ahora estaba en pie y, alargando el delgado cuello de chiquillo, se probaba la compra en su pierna finamente torneada. Los rayitos de una sonrisa se extendían junto a los encendidos ojos, un tenue arrebol coloreaba sus pecosas mejillas. Recreándose en la contemplación de la pierna, estrechamente ceñida por una media negra, volvióse hacia Davídov —en el descote de su camisa temblaron sus pechos morenos y firmes, que pendían, puntiagudos y divergentes, como tetas de cabra— y al instante, le vio, por entre la cortina; despacio, con la mano izquierda, se cerró el cuello y, sin volverse, entornando los ojos, sonrió incitante. «¡Mira, qué hermosa soy!», decían aquellos ojos, que no denotaban turbación alguna.

Davídov se dejó caer con estrépito sobre el crujiente arcón y, todo colorado, apartóse de la frente un mechón de negros cabellos lustrosos: «¡Maldita sea! A lo mejor se cree que la estaba acechando… ¿Por qué se me habrá ocurrido levantarme? Sólo falta que se figure que yo me intereso por ella…»

—Al menos, delante de un extraño, no debías andar en cueros vivos —rezongó

descontento Makar al oír que Davídov carraspeaba turbado.

—No me ve.

—Sí, te ve.

Davídov tosió tras la cortina.

—Y si me ve, que mire y le haga buen provecho —dijo ella con indiferencia, en tanto se metía la falda por la cabeza—. Y aquí no hay ningún extraño, Makárushka. Hoy es extraño, y mañana, si yo quiero, será mío —echóse a reír y, tomando carrerilla, se tiró sobre la cama—. ¡Qué mansito eres, alma mía! ¡Un cordero! ¡Un corderito! ¡Un ternerillo!…

Después de desayunar, apenas salieron a la calle, Davídov sentenció tajante:

—¡Tu mujer es un pendón!

Eso a ti no te importa… —repuso Nagúlnov en voz baja, sin mirar a Davídov.

—¡Pero, en cambio, te importa a ti! Hoy mismo me voy a otra vivienda, ¡me da asco de ver esto! Un muchacho como tú, ¡y no tener carácter con ella! Pues tú mismo me has dicho que está liada con el hijo del Desgarrado.

—¿Y qué hay que hacer, pegarle?

—Pegarle no, ¡pero actuar sí! Bueno, te lo diré francamente: yo soy comunista, pero en cuanto a eso, tengo los nervios muy delicados, ¡le daría una paliza y la mandaría a paseo! Además, ella te está desacreditando ante las masas, y tú te callas. ¿Dónde pasa toda la noche? Volvemos de las reuniones, ¡y nunca está en casa! Yo no me meto en vuestros asuntos interiores…

—¿Estás casado?

—No. Y ahora que he visto tu vida matrimonial, no me casaré hasta la tumba.

—Para ti la mujer viene a ser como una propiedad…

—¡Vete al diablo, anarquista torcido! ¡La propiedad, la propiedad!… ¿Es que no existe todavía? ¿Quieres tú abolirla? ¿No existe la familia? Y tú… se acuestan con tu mujer… fomentas el libertinaje, la tolerancia de principios. ¡Plantearé la cuestión en la célula!… El campesino debe tomar ejemplo de ti. ¡Buen ejemplo sería el tuyo!

—Entonces, ¡la mataré!

—¡Bonita solución!

—Verás lo que vamos a hacer… No te metas ahora en este asunto —le pidió Makar, parándose en medio de la calle—. Ya lo arreglaré yo solo; de momento, tengo otras cosas que hacer. Si esto hubiera empezado ayer… Pero puesto que he aguantado tanto, aguantaré un poco más, y luego… La quiero con todo el corazón… Si no fuera por eso, hace tiempo que… ¿A dónde vas, al Soviet? —preguntó, cambiando de conversación.

—No, voy a pasarme por casa de Ostrovnov. Tengo ganas de hablar un rato con él allí, en el ambiente de su hacienda. Es un mujik inteligente. Quiero nombrarle

administrador del koljós. ¿Qué te parece? Necesitamos un administrador que haga un rublo de cada kópek koljósiano. Y Ostrovnov, al parecer, es de ésos.

Nagúlnov hizo un ademán de enfado:

—¿Otra vez con el dinero a vueltas? ¡Qué interés os tomáis, tú y Andréi, por Ostrovnov! Y el koljós lo necesita tanto como un arzobispo el c… Yo estoy en contra. ¡Y conseguiré que se le expulse del koljós! Ese reptil acomodado ha pagado dos años el impuesto rural con el tanto por ciento de recargo, antes de la guerra vivía como un kulak, ¿y nosotros le vamos a destacar aún?

—¡El es un labrador culto! Entonces, según tú, yo defiendo a los kulaks, ¿no es eso?

—Si no le hubiéramos cortado las alas, ¡hace tiempo que se habría elevado a la categoría de kulak!

Se separaron sin ponerse de acuerdo, muy descontentos el uno del otro.

Capítulo XIV

Febrero…

El frío oprime, arruga la tierra. El sol se eleva en blanca, helada, incandescencia. Allí donde los vientos han lamido la nieve, la tierra se quiebra con sordo crujido. Los túmulos de la estepa están surcados de grietas serpenteantes, como las sandías demasiado maduras. Pasado el caserío, junto a los campos labrados en el anterior otoño, los aluviones de nieve despiden hirientes destellos cegadores. Los álamos que bordean el riachuelo parecen de plata repujada. Por las mañanas, de las chimeneas de los *kuréns*,como un bosque de alineados árboles, se alzan columnas de humo anaranjado. En las eras, el hielo conserva en la paja de trigo el aroma del agosto azur, del cálido hálito de los vientos secos y del cielo estival…

Vacas, toros y bueyes vagan hasta el alba por los fríos corrales. Al amanecer, no se encontrará en los pesebres ni siquiera una brizna de mala hierba. Los corderitos y los cabritillos nacidos en invierno no los dejan ya en los establos. Mujeres soñolientas se los llevan por las noches a sus madres, y luego los traen de nuevo en sus haldas al humoso calor de los *kuréns*, donde los cabritillos, su rizosa lana, exhalan la primitiva y sutilísima fragancia del aire helado, de diferentes hierbedllas secas y de la dulce leche de cabra. Bajo la dura corteza del hielo, la nieve es granulosa, crujiente, como sal gorda. A medianoche es tan grande el silencio, está tan cuajado del frío el cielo, envuelto en el movedizo polvillo de multitud de estrellas, que parece que el mundo ha sido abandonado por todos los seres vivos. Por la estepa azul, por su níveo manto impoluto, pasa un lobo. Sobre la nieve no quedan las huellas de sus blandas patas, sólo cuando sus uñas rasgan un trocito de la capa de hielo, dejan allí el rutilante arañazo de un nacarado surquillo.

Por la noche, cuando todo está en calma, relincha de pronto una yegua preñada, sintiendo afluir la leche al raso negro de sus mamas, y su relincha se oye en muchas *verstas* a la redonda.

Febrero…

Reina el silencio azul que precede a la amanecida.

La Vía Láctea palidece desierta.

En las obscuras ventanas de las *jatas* flamean purpúreos resplandores de fuego: reflejos de los hornos que se encienden.

Bajo los golpes de una barra de hierro, tintinea el hielo del pequeño río.

Febrero…

Antes del amanecer, Yákov Lukich despertó a su hijo Semión y a las mujeres. Encendieron el horno. El hijo aguzó los cuchillos en una piedra de afilar. El *esaul*

Pólovtsev se lió cuidadosamente los peales a los largos calcetines de lana y calzóse las altas botas de fieltro. Los tres se dirigieron al aprisco… Yákov Lukich tiene diez y siete ovejas y dos cabras. Semión sabe cuál de ellas ha sido cubierta y cuál tiene ya corderillos. Atrapa y elige a tientas los carneros, enteros y castrados, las corderas, y los mete a empellones en el cálido establillo. Pólovtsev, echada sobre la frente la blanca *papaja*, agarra un carnero por la fría espira del retorcido cuerno, lo derriba en tierra, se echa de bruces sobre él, le alza la cabeza y le da con el cuchillo un tajo en el gañote, de donde brota un arroyo de sangre negra.

Yákov Lukich es un buen administrador de su hacienda. No quiere que con la carne de sus ovejas se alimenten, en algún comedor de fábrica, los obreros o los soldados rojos. Estos son soviéticos, y el Poder Soviético ha ofendido a Yákov Lukich, le ha grabado durante diez años, con crecidos impuestos y contribuciones, impidiéndole engrandecer más su hacienda, vivir en la abundancia, ricamente. El Poder Soviético y Yákov Lukiéh son enemigos acérrimos, para siempre. Como un niño que quiere atrapar el fuego, Yákov Lukich ha tendido toda su vida la mano hacia la riqueza. Antes de la revolución, comenzaba ya a prosperar, pensaba mandar al hijo a la escuela militar de Novocherkassk, comprar un molino de aceite, y ya tenía ahorrado el dinerillo, tomar tres jornaleros fijos (ante aquella visión maravillosa, su corazón desfallecía de gozo, ¡qué vida le esperaba!), se proponía abrir un pequeño comercio, comprarle al suboficial de cosacos Zhórov, fracasado terrateniente, su medio abandonado batán… En sus pensamientos, veíase entonces Yákov Lukich no ya con los bombachos de dril, sino luciendo un buen traje de seda cruda y una cadena de oro cruzada sobre el vientre, y no ya con las manos callosas, sino suaves y blancas, después de haber mudado, como las serpientes la piel, las uñas negras de suciedad. El hijo estaría ya hecho todo un coronel y se habría casado con una señorita instruida, y un buen día, Yákov Lukich iría a recibirlos a la estación, no en un carricoche cualquiera, sino en un automóvil propio, como el del terrateniente Novopávlov… ¡Qué soñaría Yákov Lukich, despierto, en aquellos inolvidables tiempos en que la vida crujía reluciente entre sus dedos como un irisado billete «catalino»! Sopló el viento glacial de la revolución, produciendo inauditas conmociones, y la tierra tembló bajo los pies de Yákov Lukich, que, sin embargo, no perdió la cabeza. Con su lucidez y astucia peculiares, había visto de lejos los malos tiempos que llegaban, y, rápidamente, sin que se apercibieran sus vecinos ni los habitantes del caserío, malbarató lo que había acumulado… Vendió el motor de vapor comprado en 1916, metió en una orza y enterró treinta monedas de oro de diez rublos y una bolsa de cuero llena de monedas de plata, procedió a la venta del ganado sobrante y redujo las siembras. Se preparó para aguantar bien. Y la revolución, la guerra, los frentes pasaron sobre él como pasan sobre la hierba los torbellinos de la estepa: encamándola, pero sin troncharla ni estropearla. La tempestad únicamente abate y

arranca de cuajo los álamos y los robles, las matas de verbena sólo se inclinan, se encaman sobre la tierra para elevarse de nuevo. ¡Pero Yákov Lukich— no ha tenido ocasión de «elevarse»! Por eso está en contra del Poder Soviético, por eso vive triste como un toro de raza castrado, incapaz de procrear y de sentir el embriagador gozo de la creación; por eso Pólovtsev le es más entrañable que su misma mujer, más querido que su propio hijo. O ir con él a recobrar aquella vida que brillaba y crujía en sus manos como un irisado billete de cien rublos ¡O renunciar también a ella! Por eso degüella catorce ovejas Yákov Lukich, miembro del consejo de administración del koljós Stalin. «¡Vale más echarle su carne a ese perro negro, que a los pies de Pólovtsev lame con avidez la sangre humeante, que entregarlas vivas al rebaño koljosiano para que allí engorden, se multipliquen y nutran al Poder enemigo! —piensa Yákov, Lukich—. Bien dice el sabio *esaul*Pólovtsev: «¡Hay que degollar el ganado! ¡Hay que quitarles a los bolcheviques hasta la tierra que pisan! Que se mueran los bueyes por falta de cuidado, ¡ya encontraremos otros cuando nos adueñemos del Poder! Nos los enviarán de América y de Suecia. ¡Sitiaremos por hambre a los bolcheviques, los estrangularemos con el caos económico y la insurrección! ¡Y no te dé lástima de tu yegua, Yákov Lukich! Es buena cosa que los caballos sean socializados. Para nosotros, eso resultará cómodo y ventajoso… Cuando nos sublevemos y ocupemos los caseríos, será más fácil sacarlos de las cuadras comunes y ensillarlos que ir corriendo en su busca de casa en casa». ¡Sensatas palabras! La cabeza del*esaul* Pólovtsev es tan segura como sus manos…».

Yákov Lukich se paró un momento ante el henil para ver cómo Pólovtsev y Semión desollaban las pequeñas reses, colgadas de la viga maestra. Un farol iluminaba intensamente la blanca membrana de la piel de oveja. Despellejar y destripar era fácil. Miraba Yákov Lukich a una oveja degollada, que pendía de las patas, con el cuello cortado y la piel vuelta hasta el vientre azul, cuando, al ver la cabeza negra tirada junto al barreño, sintió un estremecimiento, como si le hubieran dado un golpe bajo las rodillas, y palideció.

En el ojo amarillo de la oveja, en su enorme pupila no obscurecida aún, estaba cuajado el horror de la muerte. Yákov Lukich recordó a la mujer de Joprov, su espantoso susurro balbuciente: «¡Compadre!… ¡Querido mío!… ¿Por qué?…» Con repugnancia, miró a la carne liliáceo-rosada de la res, con sus tendones y músculos al aire. Como entonces, el acre olor de la sangre le produjo náuseas y le hizo vacilar. Apresurado, se dispuso a marcharse del henil.

—No puedo soportar la vista de la carne… ¡Dios mío! Ni tampoco el olor.

—¿Y para qué diablos has venido? ¡Nos arreglaremos sin ti, blandengue! —repuso sonriendo Pólovtsev, y con los dedos tintos en sangre, que apestaban a grasa de oveja, empezó a liar un cigarro.

A duras penas, acabaron a la hora justa del desayuno. Colgaron en el granero las

reses desolladas, abiertas en canal. Las mujeres frieron los grasientos rabos. Pólovtsev encerróse en el cuartucho (de día permanecía siempre metido en él). Le llevaron una sopa de repollo con carne de oveja y torreznillos de lardo. Apenas hubo vuelto la nuera con la escudilla, ya vacía, rechinó la portezuela del seto.

—¡Padre! Davídov viene —gritó Semión, que había sido el primero en verlo entrar en el pasillo.

Yákov Lukich, se puso más blanco que la harina cernida. Entre tanto, Davídov se limpiaba ya en el zaguán, con la escobilla, la nieve de los zapatos, tosía ruidosamente y avanzaba con paso firme, seguro.

«¡Estoy perdido! —pensó Yákov Lukich—. ¡Cómo pisa el hijo de perra! ¡Igual que si la tierra entera fuese suya! ¡Entra como en su casa! ¡Ay, estoy perdido! Sin duda, viene a detenerme por lo de Nikita; se ha enterado de todo el maldito».

Unos golpes en la puerta y una fuerte voz de tenor:

—¿Se puede?

—Adelante —contestó Yákov Lukich con una voz que, habiendo querido ser alta, se convirtió en suave murmullo.

Davídov aguardó un momento y abrió la puerta.

Yákov Lukich no se levantó de la mesa (¡no pudo!, y hasta tuvo que alzar los pies, desfallecidos y temblantes, para que no se oyera el tamborileo, en el piso de madera, de los tacones de sus botas).

—¡Buenos días, patrón!

—¡Buenos días, camarada! —respondieron a un tiempo Yákov Lukich y su mujer.

—Fuera está helando…

—Sí, hiela.

—¿Y qué te parece, no se helará el centeno? —Davídov sacó un pañuelito, negro como el hollín, y, ocultándolo en el puño, se sonó.

—Pase usted, camarada, siéntese —le invitó Yákov Lukich.

«¿Por qué se habrá asustado este estrafalario?», se preguntó asombrado Davídov al observar la palidez del dueño de la casa y la dificultad con que movía los trémulos labios.

—Bueno, ¿qué me dices del centeno?

—No, no ha debido helarse… la nieve lo habrá resguardado… Quizás, sólo en los sitios en que el viento la ha barrido.

«Empieza por el centeno, y ahora, seguramente, me va a decir: «¡Anda, lía el petate y vente conmigo!» Puede que alguien haya denunciado lo de Pólovtsev. ¿Hará un registro?», pensaba Yákov Lukich. Poco a poco, iba reponiéndose del susto; la sangre le afluyó de pronto al rostro, el sudor le brotó de todos los poros, corrió por su frente, por los bigotes grises y la erizada barbita.

—Pase a la habitación grande, desayunará con nosotros.

—He venido a hablar un rato contigo. ¿Cuál es tu nombre y patronímico?

—Yákov, hijo de Luká.

—¿Yákov Lukich? Pues bien, Yákov Lukich, tú, en la asamblea, hablaste del koljós con mucho acierto y tino. Tenías razón al decir que necesita una máquina compleja. Pero en cuanto a la organización del trabajo, te equivocaste, ¡eso es la pura verdad! Pensamos designarte para el cargo de administrador. He oído decir que eres un labrador culto…

—¡Pero pase usted; querido camarada! Gasha, prepara el samovar. ¿O preferiría un plato de sopa de repollo? ¿O una raja de sandía saladita? ¡Pase, querido huésped! ¿Qué, nos quiere usted llevar a una vida nueva? —Yákov Lukich no cabía en sí de gozo, parecía que le habían quitado una montaña de encima—. Sí, es verdad lo que dice, he introducido la cultura en mi hacienda.

Quería liberar a nuestros ignorantones de la vieja rutina de sus abuelos… ¡Cómo labran! ¡Saqueando la tierra! Yo tengo un diploma de honor de la Dirección de Agricultura de la Comarca. ¡Semión! Trae el diploma de honor, el del marco. Aunque no hace falta, iremos nosotros mismos.

Yákov Lukich condujo a Davídov a la habitación grande, luego de guiñarle disimuladamente el ojo a Semión. Este comprendió en seguida y salió al pasillo a cerrar la pequeña celda donde permanecía recluído Pólovtsev; asomóse a ella y se asustó: el cuartucho estaba vacío. Entonces, se metió en la sala. Pólovtsev, sin botas, con los largos calcetines de lana, estaba en pie ante la puerta que daba a la habitación grande. Le hizo una señal a Semión para que se fuera y pegó a la puerta su oreja cartilaginosa, erecta como la de una fiera en acecho. «¡No tiene miedo de nada este demonio!», pensó Semión al abandonar la sala.

Durante el invierno, la sala del *kurén* de los Ostrovnov, fría y grande, estaba deshabitada. Cada año, amontonaban en un rincón, sobre el piso de madera pintada, la simiente de cáñamo. Al lado de la puerta había una tina con manzanas en remojo. Pólovtsev se sentó en el borde. Desde allí oía cada palabra de la conversación. Una claridad rosácea, crepuscular, penetraba por las ventanas, cubiertas de escarcha. Pólovtsev tenía ya los pies fríos, pero continuaba sentado, inmóvil, escuchando con odio atenazante la enronquecida voz de tenor de su enemigo, separado de él sólo por la puerta. «¡Se ha quedado ronco, el muy perro, en sus mítines! Si te agarrara… ¡Oh, si pudiera ser ahora mismo!», y Pólovtsev se apretaba contra el pecho los puños, hinchados de la afluencia de sangre, clavándose las uñas en las palmas.

Tras la puerta, oyóse:

—Le diré, nuestro querido dirigente del koljós, ¡que el modo antiguo de llevar la hacienda no nos sirve para nada! Tomemos, por ejemplo, aunque no sea más que el centeno. ¿Por qué razón se hiela y sólo se recogen unos veinte puds por *desiatina*?

Eso en el mejor de los casos, pues muchos no recuperan ni la semilla… En cambio, mis espigas son siempre tan espesas, que no se puede pasar a través de ellas. A veces, voy yo en mi yegua y las espigas se entrelazan por encima del arzón. Además, cada una no me cabe en la mano. Y todo esto se debe a que conservé la nieve y di de beber a la tierra. Hay ciudadanos que cortan el girasol de raíz, por pura avaricia, y dicen: me servirá para combustible. No tuvieron tiempo, esos hijos de perra, de preparar *kisiek*[50] en verano, en el patio de su casita; pues la pereza nació antes que ellos, y les domina; no se les ocurre que, cortando solamente la corola de los girasoles, los tallos retendrán luego la nieve y no dejarán que el viento corra sin obstáculos y la arrastre a los barrancos. En primavera esa tierra será mejor que la sometida a la más profunda labranza hecha en otoño. Y si no se retiene la nieve, se derretirá en vano, convirtiéndose en agua sucia que no dará provecho al hombre ni a la tierra.

—Desde luego, eso es cierto.

—¡Por algo, camarada Davídov, el Poder Soviético, que es nuestro sostén, me ha concedido a mí un diploma de honor! Yo sé por dónde me ando. Los agrónomos también se equivocan en algunas cosas, pero hay mucho de verdad en su ciencia. Verá usted, yo me suscribí a una revista de agricultura, y, en ella, uno de esos hombres muy instruidos que enseñan a los estudiantes escribía que el centeno incluso no se hiela, sino que perece porque la tierra desnuda, no abrigada por la nieve, se cuartea, rompiendo al agrietarse las raíces de las espigas.

—¡Muy interesante! Nunca había oído hablar de ello.

—Y es verdad lo que escribe. Yo estoy de acuerdo con él. Hasta he hecho una prueba para convencerme. Cavo un poco, y veo que todas las raicillas, diminutas y finas como pelillos, las mismas por donde el grano naciente chupa la sangre negra de la tierra y se alimenta de ella, están desgarradas, rotas. El grano no tiene ya de que alimentarse, y muere. Si a una persona se le cortan las venas, ¿podrá vivir en el mundo? Pues lo mismo le pasa al grano.

—Sí, Yákov Lukich, lo que dices es un hecho. Hay que retener la nieve. Déjame esas revistas agronómicas para que les dé un vistazo.

«¡De nada te van a servir! No tendrás tiempo. ¡Pocos son los días que te quedan de vida!», pensó Pólovtsev sonriendo maligno.

—¿O cómo retener la nieve en los campos labrados en otoño? Hacen falta vallas. Y yo ideé un vallador de ramas secas… Hay que combatir las arroyadas, que aquí se nos llevan más de mil *desiatinas*de tierra cada año.

—Todo eso es cierto. Pero, dime, ¿cómo construir los establos para que sean más templados? De manera que resulte barato y eficaz, ¿eh?

—¿Los establos? ¡Todo eso lo haremos! Primeramente, es preciso obligar a las mujeres a que embadurnen los cañizos. Y si no, podemos rellenar de estiércol seco las junturas…

—Sí, está bien… ¿Y en lo referente a la desinfección de las semillas?

Pólovtsev quiso acomodarse mejor en la tina, pero la tapa resbaló bajo él y cayó al suelo con estruendo. Los dientes empezaron a castañetearle al oír que Davídov preguntaba:

—¿Qué se ha caído ahí?

—Han debido tirar algo. Nosotros, en invierno, no vivimos en esa habitación; se gasta mucha leña en calentarla… A propósito, quiero enseñarle una simiente de cáñamo de calidad superior. Nos la enviaron a petición nuestra. Ella inverna en la sala. Entre usted.

Pólovtsev, de un salto, se precipitó hacia la salida al pasillo. La puerta, cuyos goznes habían sido untados con antelación de grasa de ganso, no chirrió, permitiéndole el paso sin ruido alguno…

Davídov se fue de la casa de Yákov Lukich con un paquete de revistas bajo el brazo, satisfecho de su visita y más convencido de la utilidad de Ostrovnov. «Con hombres como él, ¡cambiaríamos por completo la aldea en un año! ¡Qué cabeza la de este diablo de mujik! ¡Cuánto sabe! ¡Y qué bien conoce la economía campesina y la tierra! ¡Buen experto! No comprendo por qué Makar le mira de reojo. Reportará al koljós mucho beneficio, ¡eso es la pura verdad!», pensaba Davídov en tanto se dirigía hacia el Soviet.

Capítulo XV

Siguiendo el ejemplo de Yákov Lukich, todas las noches, en Gremiachi, empezaron a matar ganado. Apenas obscurecía, oíase en algún lugar el balido sofocado y breve de una oveja, rasgaba el silencio el postrer gruñido de un cerdo o el agónico mugido de una ternera. Tanto los campesinos individuales como los que habían ingresado en el koljós daban muerte a sus animales. Degollaban toros, ovejas, cerdos, hasta vacas; sacrificaban todo lo que estaba reservado para la reproducción… En dos noches, el ganado vacuno de Gremiachi quedó reducido a la mitad. Los perros del caserío arrastraban por las calles despojos y tripas, llenábanse de carne cuevas y graneros. En dos días, la tiendecilla de la CUC[51] despachó cerca de doscientos puds de sal, que llevaban año y medio, sin salida, en el almacén. «¡Degüella el ganado, ya no es nuestro! ¡Degolladlo, de todos modos se lo llevará el Estado para acopiar carne! ¡Mátalo, mira que en el koljós no vas ni a probarla!», corría el rumor artero. Y degollaban. Atiborrábanse de carne a más y mejor. A todos —a chicos y grandes— les dolía la barriga de los atracones. En los *kuréns*, a la hora de la comida, combábanse las mesas bajo el peso de asados y guisos. Los comensales, grasientas las bocas, regoldaban como en los banquetes mortuorios, y de la embriaguez de la hartura todos tenían turbios los ojos.

El abuelo fue uno de los primeros en secundar la degollina; finiquitó a su ternera, nacida el año anterior. En unión de su vieja mujer, intentó colgar la res en la viga maestra, para desollarla y abrirla en canal con mayor facilidad; estuvieron pasando fatigas largo rato sin conseguir su objetivo (la ternera, que había engordado considerablemente, ¡pesaba lo suyo!); la vieja hasta se lastimó los riñones al levantar al animal de los cuartos traseros, y durante toda una semana hubo de venir la curandera a ponerle en la espalda pucheros calientes. El abuelo Schukar, a la mañana siguiente, se hizo él mismo la comida, y, fuese por la pena de ver lisiada a la vieja o por su gran glotonería, se metió entre pecho y espalda tal cantidad de ternera cocida, que en el transcurso de varios días no pudo permanecer un minuto en casa y ni aún abrocharse los pantalones de arpillera. A cada momento, a pesar del terrible frío, desaparecía entre los girasoles plantados tras el cobertizo. Y todo el que en aquellos días pasaba frente a su pequeña *jata*,medio derruida, veía a veces el peludo gorro del abuelo asomado inmóvil en medio de los altos tallos de los girasoles; luego, el propio abuelo Schucar salía inopinadamente de su escondrijo y, renqueando, dirigíase hacia la *jata* sin mirar al callejón y sujetándose con ambas manos los desabrochados calzones. Extenuado de aquel ir y venir, arrastrando con dificultad los pies, llegaba hasta la puertecilla, y de pronto, como si se acordara de algún asunto urgente, volvía grupas para meterse otra vez entre los girasoles, al trote cochinero. De nuevo asomaba su gorro, majestuoso e inmóvil, rodeado de los tallos. ¡Y con el frío que

hacía! El viento soplaba bajo en el huerto, arremolinando la nieve, alrededor del abuelo, en blancos y puntiagudos montones…

Al segundo día Razmiótnov, a la caída de la tarde, en cuanto supo que la matanza del ganado tomaba un carácter general, corrió a casa de Davídov.

—¿Estás descansando?

—Leo —Davídov, luego de doblar la página de un librito amarillento, sonrió pensativo—. ¡Y qué libro, hermano! ¡Le deja a uno pasmado! —y echóse a reír mostrando la mella, abiertos los cortos brazos, de manos recias.

—Leyendo novelas, ¿eh? O alguna colección de cancioncillas. Y mientras tanto, en el caserío…

—¡Imbécil! ¡Más que imbécil! ¡Qué canciones ni qué ocho cuartos! —Davídov, soltando la carcajada, hizo sentarse a Andréi frente a él, en un taburete, y le puso el librito en las manos—. Es el informe de Andréiev a los activistas del Partido en Rostov. ¡Vale por diez novelas, hermano! ¡Eso es la pura verdad! Me he puesto a leerlo, y me he olvidado hasta de comer. Lo malo, ¡recristo!, es que ahora todo estará ya frío —el rostro moreno de Davídov reflejó contrariedad y enojo. Levantóse, se estiró los cortos pantalones, con desgana, y, metidas las manos en los bolsillos, se dirigió hacia la cocina.

—¿Pero quieres oírme? —gritó Razmiótnov, montando en cólera.

—¡Cómo no! Claro que sí. En seguida.

Davídov trajo de la cocina una cazuela con sopa de repollo, fría ya. Inmediatamente, de un mordisco, arrancó un gran trozo de pan y empezó a masticar, moviendo mucho los abultados carrillos rosáceos, mientras, silencioso, fijaba en Razmiótnov sus ojos grises, entornados de cansancio. Sobre la sopa, la grasa de la carne de vaca habíase cuajado, formando lustrosos redondeles anaranjados, y un pimiento morrón flotaba resplandeciente como una roja llama.

—¿Tiene carne esa sopa? —inquirió maligno Andréi, señalando a la cazuela con el dedo, amarillo de nicotina.

Davídov, atragantándose y sonriendo con esfuerzo, asintió satisfecho con la cabeza.

—¿Y de dónde es la carne?

—No lo sé. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque en él caserío han matado la mitad del ganado.

—¿Quién? —Davídov dio vuelta entre sus dedos al cacho de pan y lo apartó a un lado.

—¡Los diablos! —la cicatriz de la frente de Razmiótnov se tornó purpúrea—. ¡Vaya un presidente! ¡Buen koljós gigante estás tú organizando! Tus koljosianos son los que degüellan, ¡ellos mismos! Y los campesinos individuales también, ¡Se han vuelto locos! Degüellan a mansalva, ¡hasta, entérate, matan los bueyes!

—Tienes la mala costumbre de… vociferar como en un mitin… —dijo Davídov enojado, emprendiéndola con la sopa—. Dime tranquilamente, sin sulfurarte, quiénes degüellan el ganado y por qué lo hacen.

—¿Acaso lo sé yo?

—Tú siempre empiezas con las voces y los gritos. Cierras los ojos, y ya está aquí otra vez el muy querido añito diez y siete.

Seguramente, ¡tú también vas a poner el grito en el cielo!

Razmiótnov le contó lo que sabía acerca de la matanza del ganado iniciada. Hacia el final del relato, Davídov comía ya casi sin masticar, su expresión burlona había desaparecido como por encanto, las arrugas se habían concentrado junto a los ojos, su rostro parecía haber envejecido.

—Vete ahora mismo y convoca una asamblea general. Dile a Nagúlnov… No, yo mismo iré a verlo.

—Y esa asamblea, ¿para qué?

—¿Cómo que para qué? ¡Prohibiremos degollar el ganado! ¡Expulsaremos del koljós a los culpables y los entregaremos a los tribunales! La cosa tiene enorme importancia, ¡eso es la pura verdad! Otra vez los kulaks nos ponen obstáculos en el camino… Anda, coge un cigarrillo, y lárgate… Por cierto que hasta me he olvidado de jactarme.

Una sonrisa de felicidad expandióse por el rostro de Davídov, iluminándole cálida los ojos. Y por más que se esforzó en apretar los labios, no pudo disimular su gozo.

—He recibido hoy un paquete postal de Leningrado… Sí, me lo envían los muchachos… —agachóse, sacó de debajo de la cama un cajón y, rojo de contento, levantó la tapa.

En el cajón, revuelto todo ello, había cajetillas de cigarrillos, una lata de galletas, libros, una pitillera de madera tallada y algunas cosas más en envoltorios y paquetitos.

—Los compañeros se han acordado de mí y me mandan… Mira, hermano; esto son emboquillados nuestros, de Leningrado… Hasta chocolate, ¿ves? ¿Para qué lo necesito yo? Habrá que dárselo a alguno de los chiquillos… Bueno, lo importante es la acción, ¿verdad? Lo principal es que se hayan acordado de mí… Viene también una carta. Aquí está…

Su voz había adquirido una dulzura extraña. Era la primera vez que Andréi veía al camarada Davídov tan conmovido y dichoso. Aquella emoción, misteriosamente, se transmitió a Razmiótnov, que, deseando decir algo agradable, barbotó:

—Bien hecho. Tú eres un buen muchacho, y, claro, por eso te lo mandan… Fíjate, ¡ya hay cosas ahí! Se han gastado más de un rublo.

—¡Eso es lo de menos! Tú mismo te das cuenta de que yo, ¡maldita sea!, vengo a ser un sin familia ni hogar: no tengo mujer ni a nadie en el mundo. ¡Eso es la pura

verdad!

Y de pronto, izas!, recibo un paquete. El hecho es conmovedor… Mira cuántas firmas trae la carta —Davídov, con una mano, le alargaba una cajetilla de emboquillados y sostenía en la otra la carta, llena de firmas. Las manos le temblaban.

Razimiótnov encendió un emboquillado leningradense y preguntó:

—¿Qué, estás contento con tu nueva vivienda? ¿Es buena la patrona? ¿Cómo te las arreglas para el lavado de ropa? ¿Por qué no se la das a mi madre para que te la lave? O ponte de acuerdo con tu patrona… La camisa que llevas no hay quien la atraviese ni con un sable, y apestas a sudor como un caballo rendido de la carrera.

Davídov fue enrojeciendo hasta ponerse colorado como un tomate.

—Si, algo de eso ocurre… Yo vivía en casa de Nagúlnov, y allí resultaba un poco violento… Los remiendos me los hacía yo solo, y yo mismo me lavaba la ropa, de cualquier manera. Pero desde que llegué no me he bañado todavía, ¡eso es la pura verdad! Y el jersey está también perdido… Aquí no hay jabón en la tienda; ya le he pedido a la patrona que se encargue de la ropa, pero me dice: «Deme usted jabón». Les escribiré a los muchachos para que me manden unos pedazos. En cuanto a la vivienda, no está mal; no hay chiquillos, se puede leer sin que le molesten a uno, y en general…

—Mira, llévate la ropa a mi madre, ella te la lavará. Y no te dé reparo, por favor… Mi vieja es muy buena.

—No te preocupes, ya me arreglaré yo, gracias. Lo que hay que hacer es construir una caseta de baño para el koljós. Y la construiremos, ¡eso es la pura verdad! Bueno, vete a organizar la asamblea.

Razmiótnov acabó de fumarse el emboquillado y se marchó. Davídov, por hacer algo, volvió a colocar los paquetitos en el cajón, suspiró, enderezóse el dilatado cuello del jersey, amarillo parduzco de la suciedad, y luego de alisarse los negros cabellos, peinados hacia atrás, se puso la gorra y el abrigo.

De camino, pasó por casa de Nagúlnov. Este le recibió frunciendo las alzadas cejas y mirando hacia otro lado.

Degüellan el ganado… Les da pena dejar su propiedad. El pequeño burgués anda tan desconcertado, que no se puede explicar con palabras —barbotó, luego de saludar a Davídov. E inmediatamente, volvióse severo hacia su mujer—: Tú, Lushka, vete de aquí ahora mismo. Estate un rato con la patrona… No tengo valor para hablar delante de ti.

Lushka, con aspecto triste, se fue a la cocina. Todos aquellos días, desde que Timoféi el Desgarrado marchara con las demás familias kulaks, estaba muy alicaída. Unas sombras, de un nostálgico azul de lago, se extendían bajo sus hinchados ojos; tenía afilada la nariz, como una muerta. Se notaba que la separación del amado le había causado una gran pena. Cuando en el caserío iban a despedir a los kulaks que

marchaban para las frías tierras polares, ella, sin ocultarse, con descaro, estuvo rondando todo el santo día el patio de los Borschiov, en espera de Timoféi. Y cuando, a la caída de la tarde, partieron de Gremiachi los trineos llevándose a las familias kulaks y sus enseres, Lushka lanzó un grito histérico, estridente, y se derrumbó convulsa sobre la nieve. Timoféi se apartó del trineo para abalanzarse a ella, pero Frol el Desgarrado le hizo retornar con amenazadoras voces. Y el hijo siguió al trineo, a pie, volviendo con frecuencia la cabeza hacia Gremiachi y mordiendo los labios, blancos del candente odio.

Al igual que el susurro de las hojas de los álamos, las dulces palabras de Timoféi se apagaron, se fueron por el sendero; seguramente, Lushka no volvería a oírlas nunca. ¿Cómo no iba a enflaquecer la mujercita, de añorante tristeza? ¿Cómo no iba a consumirse de pena? ¿Quién le diría ahora mirándola con cariño a los ojos: «¡Esa falda verde le sienta a usted admirablemente, Lushka! Con ella está usted más llamativa que la esposa de un oficial del antiguo régimen». O las palabras de aquella cancioncilla para mujeres: «Perdóname, y adiós, hermosa mía. Tu belleza me encanta más cada día». Sólo Timoféi era capaz de conmover, con sus lisonjas e impúdicos requiebros el alma pequeñita de Lushka.

Desde aquel día, el marido fue para ella más que un extraño. Y Makar le habló entonces tranquilo, sin sulfurarse, con una abundancia de palabras desacostumbrada:

—Los pocos días que te quedan de vivir conmigo, pásalos aquí. Después, recoge tus trastos, tus ligas y tus tarros de pomada, y lárgate adonde te parezca. Yo, porque te quería, he aguantado muchas vergüenzas, pero ahora, ¡se me ha acabado la paciencia! Andabas liada con el hijo de un kulak, y yo me callaba. Pero cuando echaste a llorar por él, a lágrima viva, delante de todos los campesinos conscientes y organizados, ¡eso ya no puedo tolerarlo! Contigo, moza, no sólo no duraría yo hasta la revolución mundial, sino que reventaría de un berrinche el día menos pensado. En mi vida tú eres como una carga de más que llevo sobre los lomos. ¡Y ahora vaya quitármela de encima! ¿Comprendes?

—Comprendo —repuso Lushka, y se calló.

Aquella noche Davídov había tenido con Makar una sincera conversación.

—¡Te ha llenado de cieno esa mujer! ¿Con qué cara vas a presentarte ahora ante las masas koljosianas?

—Ya empiezas otra vez…

—¡Eres un alcornoque! ¡Un pingajo! —masculló Davídov, mientras su cuello se ponía cárdeno y se le abultaban las venas de la frente.

—¿Cómo hay que hablar contigo? —preguntó Nagúlnov, en tanto paseaba despacio por la habitación, apretándose los dedos hasta hacerlos crujir y sonriendo—. En cuanto suelta uno alguna casita un poco inconveniente, ya estás arremetiendo: «¡Anarquista! ¡Desviacionista!» ¿Sabes tú mi opinión acerca de las mujeres y por qué

aguantaba yo este choteo indecente? Me parece que ya te lo he dicho: yo no pienso en ella. ¿Has meditado tú alguna vez sobre el rabo de las ovejas?

—No… —contestó Davídov, alargando la palabra, sorprendido del giro que tomaba la perorata de Nagúlnov.

—Pues yo sí. Y me preguntaba: ¿para qué diablos le habrá dado la naturaleza el rabo a la oveja? Al parecer, no le sirve para nada. El caballo o el perro espantan con la cola a las moscas. Pero a la oveja le han colgado en el trasero ocho libras de grasa, y, aunque las mueve, no puede ahuyentar ni una mosca; pasa calor en verano por culpa del rabo, se le pegan a él las cardenchas…

—Bueno, ¿pero qué tienen que ver aquí todos esos rabos y colas? —le interrumpió Davídov, empezando a enfadarse.

Pero Nagúlnov prosiguió imperturbable:

—Yo creo que se lo han puesto para ocultar sus vergüenzas. No es muy cómodo, ¿pero qué harías tú en su lugar? Pues eso es para mí la hembra, es decir, la mujer; la necesito tanto como la oveja el rabo. Yo no tengo más anhelos que la revolución mundial. A ella, a la muy amada, la espero con ansia… Mientras que las hembras, ¡puaf!, para un rato ¡y a otra cosa! Pero tampoco puede uno prescindir de ella, porque hay que tapar las vergüenzas… Yo, aunque esté malo, me siento muy macho y, entre un trabajo y otro, puedo cumplir como es menester. Pero si ella me ha salido débil de entrepiernas, ¡que se vaya al cuerno! Ya se lo dije: «Si tienes ganas de eso, vete a retozar con viento fresco, pero ándate con ojo y no me traigas algún crío o alguna cochina enfermedad, ¡porque te retorceré el pescuezo!» Y tú, camarada Davídov, no comprendes nada de estas cosas. Eres como una regla de acero. Y no prestas oído con tanta ansia como yo a la marcha de la revolución… Bueno, ¿por qué me echas en cara a mí los pecados de mi mujer? Aunque ha cometido tantos, aún le queda amor para mí, pero el que se haya liado con un kulak y llorado a gritos por él, por un enemigo de clase, eso demuestra que es una mala víbora y, pase lo que pase, la echaré de la casa. Para pegarle no tengo valor. Entro en una nueva vida, y no quiero ensuciarme las manos. En cambio, tú le zurrarías, ¿eh? Pero entonces, ¿qué diferencia habría entre ti, un comunista, y un hombre del pasado, pongamos por caso, un funcionario cualquiera? Esos siempre han pegado a sus mujeres. ¡Eso es! No, hermano, no me hables más de Lushka. Ya ajustaré yo las cuentas con ella, en este asunto tú estás de más. ¡La mujer es una cosa muy seria! De ella depende mucho —Nagúlnov sonrió soñador y prosiguió con fuego—: Cuando rompamos todas las fronteras, yo seré el primero en gritar: «¡Hale, casaros con mujeres de otra sangre!» Todos se mezclarán, y no habrá ya en el mundo esta vergüenza de que unos cuerpos sean blancos, otros amarillos, otros negros, y de que los blancos dirijan reproches a los que tienen la piel de otro color y los consideren inferiores a ellos. Todos tendrán unas caritas de un agradable color moreno; y todos serán iguales. En esto también pienso algunas veces,

por las noches…

—¡Vives como en sueños Makar! —dijo Davídov descontento—. Hay en ti muchas cosas que no comprendo. Lo de las diferencias raciales es así, pero lo demás… En las cuestiones de la vida diaria no estoy de acuerdo contigo. En fin, ¡haz lo que te dé la gana! Pero yo, desde luego, no vivo más en tu casa. ¡Eso es la pura verdad!

Davídov sacó de debajo de la mesa su maleta —las herramientas, que yacían inactivas en ella, resonaron sordamente—, y salió de la habitación. Nagúlnov le acompañó a la nueva vivienda, la casa del koljosiano Filimónov, que no tenía hijos. Durante todo el camino fueron hablando de las siembras, pero no volvieron ya a tocar las cuestiones de familia y de la vida diaria. Y la frialdad en sus relaciones dejóse sentir más desde entonces…

… También esta vez acogió Nagúlnov a Davídov mirando de soslayo, los ojos evasivos, pero en cuanto se marchó Lushka, empezó a hablar con más animación.

—¡Degüellan el ganado, los canallas! Prefieren darse las grandes panzadas, antes que entregarlos al koljós. Verás, yo voy a proponer lo siguiente: ¡que, hoy mismo la asamblea pida el fusilamiento de los matarifes más dañinos!

—¿Qué-e?

—¡El fusilamiento, digo! ¿Ante quién hay que gestionar eso? ¿Podrá acordarlo el tribunal popular, eh?Y en cuanto apiolen a un par de asesinos de vacas preñadas, los demás, seguramente, ¡se espabilarán! Ahora hay que proceder con toda severidad.

Davídov tiró la gorra sobre el arcón y empezó a pasear por el cuarto. En su voz se percibía descontento y perplejidad:

—Ya estás desbarrando otra vez. ¡No hay quien haga carrera de ti, Makar! Párate a reflexionar un poco: ¿se puede fusilar a un hombre porque haya matado una vaca? Tales leyes no existen ¡eso es la pura verdad! Hay una disposición del Comité Ejecutivo Central y del Consejo de Comisarios del Pueblo en la que se dice claramente, a este respecto: se les puede condenar a dos años de prisión y privarles de la tierra, y a los más contumaces, expulsarlos de la región. ¡Y tú quieres pedir el fusilamiento! Desde luego, tienes unas rarezas…

—¿Rarezas? ¡Yo no tengo nada! Tú estás todo el tiempo midiendo planes… ¿Y con qué vamos a sembrar? ¿Con qué c… si los que no han entrado en el koljós matan los bueyes?

Makar acercóse a Davídov y le puso las manos sobre sus anchos hombros. Le llevaba casi la cabeza. Mirándole desde arriba, le dijo:

—¡Semión! ¡Calamidad! ¿Por qué eres tan tardo de mollera? —y añadió, casi gritando ya—: Si no podemos hacer las siembras, ¡estamos perdidos! ¿Será posible que no lo comprendas? ¡Hay que fusilar sin falta a dos o tres reptiles de esos que degüellan el ganado! ¡Hay que fusilar a los kulaks! ¡Esto es obra suya! ¡Hay que

pedirlo a las autoridades superiores!

—¡Imbécil!

—Vaya, otra vez resulta que soy un imbécil… —Nagúlnov agachó tristemente la cabeza, pero volvió a alzarse al instante, como el caballo que ha sentido un espolazo, y rugió con voz de trueno—: ¡Lo degollarán todo! Estamos en las posiciones igual que en la guerra civil, el enemigo nos ataca por todas partes, ¡y tú…! Con hombres como tú, ¡se perderá la revolución mundial!… ¡No llegará a madurar por culpa vuestra, cernícalos! Allí, los burgueses torturan al pueblo trabajador, aniquilan a mansalva a los chinos rojos, matan a los negros, ¡y tú andas aquí con blanduras con los enemigos! ¡Qué bochorno! ¡Qué bochorno tan grande! Cuando pienso en nuestros queridos hermanos, con los que se ensañan los burgueses en el extranjero, ¡se me parte el corazón! ¡por eso no puedo ni leer los periódicos!… ¡Se me revuelven las tripas! Y tú… ¿Qué piensas tú de los queridos hermanos que se pudren en las mazmorras del enemigo? ¡No les tienes compasión, no!…

Davídov dio un espantoso resoplido y se alborotó con los crispados dedos los negros cabellos lustrosos.

—¡Maldita sea tu alma! ¿Cómo que no les tengo compasión? Claro que les compadezco, ¡eso es la pura verdad! ¡Y haz el favor de no gritar! ¡Estás loco y vas a volver locos a los demás! ¿Es que yo combatí la contrarrevolución durante la guerra, por los lindos ojos de Lushka? ¿Qué propones tú? ¡Recapacita! De fusilamientos ¡ni hablar! Mejor sería que hicieses un trabajo de masas, que les explicaras nuestra política, ¡pues fusilar es lo más sencillo! ¡Siempre te ocurre igual! En cuanto falla algo, caes en el extremismo, ¡eso es la pura verdad! ¿Y dónde tenías los ojos hasta ahora?

—¡Donde tú!

—¡Eso sí es un hecho real! A todos se nos ha pasado desapercibida esta campaña, y ahora, en vez de hablar de fusilamientos, ¡lo que hace falta es enmendar la cosa! ¡Déjate ya de histerismos! ¡Ponte a trabajar, señorita del diablo! ¡Eres peor que una señorita que se pinta las uñas!

—¡Las mías están pintadas de sangre!

—Como las dé todos los que pelearon sin guantes, ¡eso es la pura verdad!

—Semión, ¿cómo puedes tú llamarme señorita?

—Es un decir.

—Retira esa palabra —le pidió Nagúlnov en voz baja.

Davídov se le quedó mirando en silencio y se echó a reír.

—La retiro. Anda, tranquilízate y vamos a la asamblea. ¡Tenemos que agitar de firme contra la matanza del ganado!

—Ayer me pasé el día entero peregrinando de casa en casa para convencerlos.

—Ese es un buen procedimiento. Hay que seguir haciéndolo, pero todos nosotros.

—Ya estás otra vez… Ayer, al salir de casa de un vecino, me decía yo: «¡Parece que lo he convencido!», y no había aún negado a la calle, cuando oigo: «¡Hi-í, hi-i-i-í!» Ya estaba acuchillando algún lechoncillo. ¡Y yo que me había pasado una hora entera hablándole al propietario canalla de la revolución mundial y del comunismo! ¡Y de qué manera! Hasta se me habían saltado las lágrimas, varias veces, de la emoción. No, es inútil tratar de convencerlos; lo que hace falta es golpearles en la cabezota repitiendo: «¡No hagas caso al kulak, reptil miserable! ¡No aprendas de él a codiciar la propiedad! ¡No degüelles el ganado, canalla!» Cree que degüella un buey, y en realidad, ¡lo que está haciendo es clavarle un cuchillo en la espalda a la revolución mundial!

—A unos hay que golpearles; a otros, enseñarles —insistió tenaz Davídov.

Salieron al patio. Nevaba y hacía viento. Los blandos y acuosos copos cubrían la nieve anterior, derretíanse sobre los tejados. A través de la pizarrosa penumbra, llegaron a la escuela. A la asamblea habían acudido solamente la mitad de los vecinos de Gremiachi. Razmiótnov dio lectura a la disposición del Comité Ejecutivo Central de los Soviets y del Consejo de Comisarios del Pueblo «Sobre las medidas de lucha contra el exterminio criminal del ganado»; luego, hizo uso de la palabra Davídov. Y al final, planteó sin rodeos la cuestión:

—Se han presentado, ciudadanos, veintiséis solicitudes de ingreso en el koljós. En la reunión de mañana las examinaremos, y a todos aquellos que, mordiendo el anzuelo de los kulaks, han degollado el ganado antes de ingresar en el koljós, no los admitiremos. ¡Eso es la pura verdad!

—Y si los que ya son miembros matan ternerillos, ¿que se hará con ellos?

—¡Se les expulsará!

De todas las bocas salió un ¡ah! de asombro, la asamblea agitóse en sordo murmullo.

—Entonces, ¡tendréis que disolver el koljós! ¡Por qué no hay en el pueblo una sola casa donde no se haya matado algún animal! —gritó Borschiov.

Nagúlnov arremetió contra él, agitando los puños:

—¡Cállate la boca, defensor de los kulaks! Y no te metas en los asuntos del koljós, ¡ya nos arreglaremos sin ti! ¿No has degollado tú mismo un novillo de tres años?

—¡Yo mando en mi ganado!

—Mañana mismo te enviaré al destierro, ¡y allí sí que vas a mandar tú!

—¡Eso es demasiado! ¡Apretáis más de la cuenta! —gritó una voz bronca.

Aunque había poca gente, la asamblea fue borrascosa. Los vecinos del caserío se separaron en silencio, y sólo en la calle, reunidos en pequeños grupos, empezaron a cambiar impresiones.

—¡Fue el diablo quien me aconsejó a mí matar dos ovejas! —se lamentaba ante

Liubishkin el koljosiano Semión Kuzhenkov—. Y ahora, vosotros, me vais a sacar esa carne de la garganta…

—Yo también la he hecho buena, muchacho… —confesó Liubishkin, dando un profundo suspiro—. Le he cortado el cuello a una cabra. ¿Y con qué cara me presento yo ahora ante la asamblea? ¡Ah, esa condenada de mi mujer! ¡Ella me obligó a pecar, debía haberle sacudido una patada en la espinilla! Siempre estaba: «Anda, degüéllala, degüéllala». ¡Se le había antojado comer carne a la maldita! ¡Ay, Satanás con faldas! ¡En cuanto llegue a casa le vaya zurrar bien la badana!

—Se lo merece, se lo merece —aleccionaba a Liubishkin su padrino de boda Akin Besjliébnov, un abuelete ya caduco—. Siendo como eres, ahijadito, miembro del koljós, la cosa no es muy agradable para ti…

—¡Justamente! —se lamentó Liubishkin, sacudiéndose del bigote, en la oscuridad, los copos de nieve y tropezando en los terrones.

—¿Y tú, abuelo Akim, no mataste también tu buey salpicado? —preguntó, luego de una tosecilla, Diomka Ushakov, que era vecino de Besjliébnov.

—Lo maté, querido. ¿Y cómo no lo iba a matar? ¡El maldito salpicado se había roto una pata! Algún espíritu maligno le llevó a la cueva, y el animal cayó dentro y se rompió una pata.

—Sí, sí… Al amanecer vi yo cómo tú y tu nuera lo llevabais, a varazos, en aquella dirección…

—¿Qué estás diciendo, qué estás diciendo, Dementi? ¡Santíguate! —exclamó Akin tan asustado, que se paró en medio del callejón, parpadeando en las profundas tinieblas de la noche.

Vamos, vamos, abuelo —le animó Diomka—. ¿Qué haces ahí plantado como una estaca? Tú llevaste el buey a la cueva…

¡El mismo se metió, Dementi! ¡No peques! ¡Oh, estás cometiendo un pecado muy grande!

—Eres listo, pero no más listo que un buey. El buey puede llegar con la lengua hasta debajo de su rabo, mientras que tú, seguramente, no podrás hacer otro tanto, ¿eh? Ya me figuro, te dirías: «Dejo cojo al buey, ¡y quedo limpio de polvo y paja!»

Un viento huracanado, húmedo, desencadenaba sus furias. Corría fragoroso por el riachuelo ululando en los álamos y sauces ribereños. Un manto negro, impenetrable, cubría el caserío. Por los callejones, durante largo rato, resonaron las voces, apagadas por la humedad. Nevaba copiosamente. El invierno se sacudía sus últimos hielos…

Capítulo XVI

Davídov volvía de la asamblea con Razmiótnov. La nieve caía espesa y acuosa. Esparcidas brillaban débilmente en la oscuridad unas lucecillas. Los ladridos de los perros —desgarrados por los embates del viento— resonaban, tristes e incesantes, en el caserío. Davídov recordó las palabras de Yákov Lukich sobre la necesidad de retener la nieve, y suspiró: «No, este año no estamos para eso. ¡Y cuánta habrá arrojado esta ventisca sobre los campos arados! Desde luego, es una lástima, ¡eso es la pura verdad!»

—¿Quieres que nos pasemos por la cuadra? —propuso Andréi—. Echaremos un vistazo a los caballos koljosianos.

—Bueno, vamos para allá.

Torcieron hacia un callejón. Pronto, apareció una lucecita junto al henil de los Lapshinov, transformado en cuadra, había colgado un farol. Entraron en el patio. A la puerta de la cuadra, bajo el sotechado, se encontraban siete u ocho cosacos.

—¿Quién está hoy de guardia? —preguntó Razmiótnov.

Uno de los cosacos apagó el cigarrillo, apretándolo contra la bota, y respondió:

—Kondrat Maidánnikov.

—¿Y por qué hay tanta gente? ¿Qué hacéis aquí? —inquirió Davídov.

—Nada, camarada Davídov… Estamos echando un cigarro…

—Al anochecer trajimos heno de las eras.

—Y nos hemos puesto a fumar y a charlar un rato. Esperamos a que pase la nevasca.

En los compartimentos de la cuadra, oíase el acompasado masticar de los caballos. El olor del sudor, de los orines y excrementos de las bestias se mezclaba con el suave aroma ajenjo que exhalaba el heno de la estepa. Frente a cada compartimiento, había una collera, una retranca o un tirante, colgados de pequeñas estacas. El suelo del pasillo, bien barrido, estaba espolvoreado de amarilla arena de río.

—¡Maidánnikov! —llamó Andréi.

—¡Ahú-u! —respondió una voz desde el fondo de la cuadra. Maidánnikov traía, ensartado en una horquilla, un haz de paja de centeno. Entró en el cuarto compartimiento, contando desde la puerta, empujó con el pie a un caballo negro, obligándole a levantarse y esparció la paja.

—¡Vuélvete, diablo! —gritó malhumorado, amenazando con el palo de la horquilla al adormilado bruto.

Este, asustado, empezó a escarbar y a golpetear con los cascos en el piso de madera, dio un resoplido y alargó el cuello hacia el pesebre, renunciando, por lo visto, a su propósito de tumbarse de nuevo. Kondrat, oliendo todo él a cuadra y paja,

acercóse a Davídov y le tendió su mano áspera y fría.

—¿Qué hay, camarada Maidánnikov?

—Nada de particular, camarada presidente del koljós.

Davídov sonrió.

—«Camarada presidente del koljós»… ¡Muy oficialmente me tratas!…

—Ahora estoy en funciones del servicio.

—¿Por qué se ha reunido tanta gente a la puerta?

—¡Pregúnteselo usted a ellos! —en la voz de Kondrat se percibía un rencoroso enojo—. En cuanto llega la hora del pienso de la noche, ya están aquí esos malditos. No hay manera de que la gente renuncie a la propiedad individual. ¡Todos esos son los antiguos amos! Vienen y preguntan: «¿Le has puesto heno a mi bayo?», «¿Le has preparado el lecho a mi alazano?», «¿Sigue ahí mi yegüecita?» ¿Y dónde va a estar? No me la habré comido yo… No paran de darme la lata: «¡Anda, deja que te eche una mano!» Y cada uno se las arregla para echarle al suyo más heno que a los demás… ¡Una desgracia! Hay que dar una orden para que no se junte aquí gente que no hace ninguna falta.

—¿Has oído? —dijo Andréi, mirando a Davídov y meneando contristado la cabeza.

—¡Échalos a todos! —ordenó Davídov, poniéndose severo—. Y que, aparte del de guardia y de sus ayudantes, ¡no haya aquí nadie! ¿Cuánto heno le das a cada animal? ¿Pesas la ración?

—No. No la peso. La cálculo a ojo; medio pud por cabeza.

—¿Y les haces el lecho a todas las bestias?

—Claro que sí, ¡palabra! —Kondrat agitó con furia la *budiónnovka*, y sobre su cogote moreno y el cuello de su raída anguarina cayeron abundantes briznas de hierba —. Nuestro administrador, Ostrovnov, Yákov Lukich, estuvo hoy al atardecer y me dijo: «Hazles el lecho a los caballos con las sobras del forraje». ¿Es que está bien eso? El demonio del hombre se tiene por el mejor amo de hacienda, ¡y propone ese disparate!

—¿Disparate? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué, Davídov? Esas sobras son puro alimento. Entre ellas, hay ajenjo, muy menudo, comestible, o abrojos… Las ovejas y las cabras, después de elegirlas, se las comerían de muy buena gana, ¡y él manda que se hagan con ellas lechos para los caballos! Yo empecé a decirle que estaba en contra, pero me contestó: «¡Tú no eres nadie para hacerme a mí indicaciones!»

—¡Tienes razón! No emplees en eso los restos del forraje. Y mañana, ¡ya le leeremos la cartilla a Ostrovnov! —prometió Davídov.

—Y otra cosa: se han llevado el heno que estaba hacinado junto al pozo. ¿Para qué?, se pregunta uno.

—Yákov Lukich me dijo que ese heno era peor. Quiere dar el malejo en invierno, y guardar el mejor para el tiempo de la labranza.

—Si es así, bien está —asintió Kondrat—. Pem no deje de decirle lo de las sobras.

—Se lo diré. Toma, fuma un emboquillado leningradense… —Davídov carraspeó —. Me los han enviado los camaradas de la fábrica… ¿Están sanos todos los caballos?

—Muy agradecido. Dame lumbre… Los caballos están bien todos. La noche pasada cayó de pronto enfermo el amblador, el que era de Lapshinov; menos mal que nos dimos cuenta a tiempo. Por lo demás, sin novedad. Sólo hay un diablejo que se empeña en no acostarse. Se pasa en pie las noches enteras, según me dicen. Mañana, les pondremos a todos herraduras nuevas en las patas de delante. El suelo estaba resbaladizo y duro, y el hielo ha desgastado completamente los garfios de las herraduras. Ea, hasta más ver. No he terminado aún de hacerles la cama a todos.

Razmiótnov fue a acompañar un rato a Davídov. Hablando, pasaron una manzana de casas, pero en la esquina del callejón que conducía a la vivienda de Davídov, Razmiótnov se paró en seco frente al patio del campesino individual Luká Chebakov, le tocó en el hombro a su compañero y dijo en un susurro:

—¡Mira!

Cerca de la puertecilla del seto a tres pasos de ellos, negreaba la silueta de un hombre. Razmiótnov echó a correr de pronto y agarró con la mano izquierda al hombre que estaba al otro lado de la puertecilla, mientras, con la derecha, empuñaba la culata de su revólver.

—¿Eres tú, Luká?

—¡Ah!… ¿Usted, Andréi Stepánovich?

—¿Qué tienes, en la mano derecha? ¡Dame eso! ¡Vivo!

—¿Cómo, usted?… ¡Camarada Razmiótnov!

—¡Te digo que me lo des! ¡O te pego un tiro!…

Davídov acercóse adonde se oían las voces, escudriñando con entornados ojos de miope.

—¿Qué es lo que quieres quitarle?

—¡Dámelo, Luká! ¡Mira que disparo!…

—Tómelo usted, ¿por qué se pone como una fiera?

—¡Fíjate con lo que estaba acechando! ¡Ah, canalla! ¿Qué hacías ahí, de noche, con un cuchillo en la mano? ¿A quién esperabas? ¿A Davídov, eh? ¡Te pregunto que para qué estabas ahí agazapado con este cuchillo! ¡Contrarrevolucionario! ¡Querías cometer un asesinato?

Sólo el ojo avezado de un cazador como Andréi podía haber descubierto la blanca hoja del cuchillo en la mano del hombre parado junto a la portezuela. Se había

abalanzado a él para desarmarlo. Y lo consiguió. Pero cuando, jadeante, empezó a interrogar pasmado a Luká, éste abrió la puertecilla y, cambiando de tono, dijo:

—Puesto que usted interpreta así la cosa, ¡no pueda callarme! No, vayan a sospechar de mí lo que no hay… ¡Líbreme Dios, Andréi Stepánovich! Venga conmigo.

—¿A dónde?

—Al establo.

—¿Para qué?

—Eche allí una ojeada, y comprenderá en seguida por qué me asomé yo al callejón con un cuchillo…

—Anda, vamos a ver… —propuso Davídov, entrando el primero en el patio de Luká—. ¿Por dónde hay que ir?

—Síganme.

En el establo, lleno de briquetas caídas de la pila, había un farol encendido sobre un taburete, junto a él, en cuclillas —guapetona, carillena y de finas cejas— estaba la mujer de Luká. Al ver entrar a gente extraña, levantóse asustada y tapó con su cuerpo dos cubetas con agua y una palangana que se encontraban junto a la pared. Tras la mujer, en un rincón, sobre un lecho de paja limpia, recién esparcida al parecer, rebullíase un cerdo bien cebado. Hundida la cabeza en una gran tina, hocicaba ruidoso, comiendo mondas, y desperdicios.

—Verán ustedes qué desgracia… —empezó a decir Luká, todo turbado, incoherente, señalando al cerdo—. Se nos había ocurrido matar el cochino a la chita callando… Mi mujer le estaba dando de comer, y yo me disponía ya a tumbarlo e hincarle el cuchillo, cuando oigo ruido de voces en el callejón. «Hay que asomarse —me dije—, no vaya a ser que alguien nos oiga en mala hora». Y salí a la puertecilla como estaba: arremangado, con el mandil, cuchillo en mano. ¡Y aparecieron ustedes! ¡Lo que han pensado de mí!… ¿Es que sale nadie con mandil y la camisa arremangada a degollar a un hombre? —Luká, quitándose el mandil, sonrió azorado y le gritó a la mujer, con contenida rabia—: ¿Qué haces ahí parada, tomaina? ¡Echa para acá el cochino!

—No lo mates —dijo Razmiótnov un tanto confuso—. Acaba de celebrarse una asamblea en la que se ha decidido no permitir el degüello del ganado.

—Ni pensarlo. Me han quitado ustedes las ganas…

Todo el camino, hasta llegar a su vivienda, Davídov estuvo burlándose de Andréi:

—¡Has impedida un atentado contra la vida del presidente del koljós! ¡Has desarmado a un contrarrevolucionario! Buen guerrero estás tú hecho, ¡eso es la pura verdad! ¡Ja-ja-ja!…

—Pero en cambio, le ha salvado la vida a un cochino —le devolvió la broma Razmiótnov.

Capítulo XVII

Al siguiente día, en una reunión cernida de la célula del Partido en Gremiachi, aoordóse por unanimidad colectivizar todo el ganado, tanto el mayor como el menor, perteneciente a los miembros del koljós Stalin de la localidad. Se decidió socializar también las aves de corral.

Davídov, al principio, se opuso tenazmente a que se socializase el ganado menor y las aves, pero Nagúlnov declaró de modo rotundo que si la asamblea de koljosianos no tomaba la decisión de colectivizar todos los animales, fracasarían las siembras de primavera, ya que todo el ganado sería degollado, sin que escaparan tampoco de la muerte las aves de corral. Le apoyó Razmiótnov, y Davídov, después de unos momentos de vacilación, accedió.

Además se tomó el acuerdo, que constó en acta, de llevar a cabo una intensa campaña de agitación contra el exterminio criminal del ganado, para lo cual, todos los miembros del Partido se comprometieron a visitar las casas de los vecinos aquel mismo día. En cuanto a llevar a los tribunales a los culpables del degüello, se convino no hacerlo de momento con ninguno y esperar los resultados de la campaña de agitación.

—Así las bestias y las aves correrán menos peligro. Pues a este paso, para la primavera no se oiría en el caserío ni el mujido de un buey ni el kikirikí de un gallo —comentó muy satisfecho Nagúlnov, en tanto metía el acta en la carpeta.

La asamblea de koljosianos acordó de buen grado colectivizar todo el ganado, puesto que el de labor y las vacas lecheras ya habían sido socializados y la medida sólo afectaba al lanar, al de cerda, y a los terneros, pero en cuanto a las aves de corral, entablóse una larga discusión. Sobre todo las mujeres se opusieron con energía. Pero su resistencia fue al fin vencida. Nagúlnov contribuyó a ello enormemente. Apretándose con las largas manos la Orden de la Bandera Roja, les decía, llegándoles a lo vivo:

—¡Mujercitas, queridas mías! No os apeguéis de ese modo a las gallinas y a los gansos. Si no os habéis podido mantener en los lomos del caballo, ¿cómo os vais a sostener en la cola? Dejad que las gallinas vivan en koljós. Para la primavera, traeremos una *cubadora* que hará las veces de las chuecas y nos dará polluelos a centenares. Hay una máquina que se llama así, *cubadora*, y saca los polluelos del cascarón que da gloria verlo. ¡No os pongáis testarudas, por favor! Las gallinas seguirán siendo vuestras, sólo que estarán en el corral colectivo. ¡No debe haber propiedad gallinera, queridas comadres! Además, ¿qué provecho os reportan? De todos modos, ahora no ponen. Y en primavera, ¡cuánto quehacer os dan! Tan pronto corre una, una gallina, claro está, al huerto y hace allí un estropicio, como otra, cuando quieres apercibirte, ya ha perdido la condenada un huevo en el granero, o a la

de más allá le ha retorcido un hurón el pescuezo… En fin, ¡nunca se sabe lo que puede pasarles! Y cada mañanita tenéis que meteros en el gallinero, para comprobar cuál va poner un huevo y cuál no. Y salís de allí perdidas de piojos de gallina y de otras porquerías. No os proporcionan más que sobresaltos y disgustos. En cambio en el koljós, ¿cómo vivirán? ¡Pues tan ricamente! Estarán bien atendidas, cuidará de ellas algún viejo viudo, como Akim Besjliébnov, por ejemplo, que no hará en todo el santo día más que tentarlas y subirse a los palos. La ocupación es entretenida y fácil, la más propia para un viejo. En semejante trabajo, nunca se quiebra uno… Vamos, queriditas, dadnos vuestro sí.

Las mujeres rieron, suspiraron, cotorrearon un poco, y acabaron por «dar el sí».

Después de la reunión, Nagúlnov y Davídov fueron inmediatamente a recorrer las casas. Desde la primera manzana, se puso claro que, en efecto, había habido matanza en cada corral… A eso del mediodía entraron en la vivienda del abuelo Schukar.

Es un activista; él mismo dice que hay que cuidar del ganado. Este no degollará —afirmaba Nagúlnov en tanto cruzaban el patio de Schukar.

El «activista» yacía en la cama, patas arriba. Tenía arremangada la camisa hasta la apelotonada barbita. Una olla de barro, de unos seis litros de capacidad, hundía sus amados bordes, vuelta boca abajo, en el vientre flaco y pálido, cubierto de abundantes cerdas grises. De sus costados sobresalían, a modo de sanguijuelas, dos ventosas. El abuelo Schukar no tuvo una mirada para sus visitantes. Sus manos, cruzadas sobre el pecho como las de un muerto, temblaban; sus ojos, desorbitados, enloquecidos de dolor, giraban lentamente. Nagúlnov creyó percibir en la *jata* un hedor a cadáver. La oronda mujer de Schukar estaba en pie ante el horno, y al lado de la cama andaba ajetreada —negra y ligera como un ratón—, la tía Mamíchija, curandera famosa en todo el contorno por el arte con que sabía aplicar ventosas y pucheros calientes, reducir dislocaciones de huesos, realizar sangrías, conjurar hemorragias y provocar abortos con una aguja de hacer calceta. Ella en persona «asistía» ahora al desdichadísimo abuelo Schukar.

Davídov entró y le miró con ojos muy abiertos:

—¡Buenos días, abuelo! ¿Qué tienes en la panza?

—¡Me duele-ee! ¡La barriga-a-a!… —repuso con dificultad en dos veces, el abuelo Schukar. Y al instante, empezó a quejarse con vocecilla aguda, chillando como un gozquecillo—: ¡Quí-i-tame el puchero! ¡Quí-i-tamelo bruja! ¡Ay, me raja la barriga! ¡Ay, queridos míos, liberadme!

—¡Aguanta! ¡Aguanta! Ahora mismo pasará —procuraba convencerle, susurrante, la tía Mamíchija, tratando en vano de arrancar los bordes incrustados en la piel.

Pero, de pronto, el abuelo Schukar dio un alarido salvaje, apartó de una patada a la curandera y, con ambos manos, aferróse a la olla. Entonces Davídov acudió

presuroso en su ayuda: tomó del fogón un rodillo de madera y, retirando a la viejecilla, asestó con él un golpe al fondo de la olla. Esta se rompió y, por sus resquebrajaduras, escapó silbante el aire; oyóse un ruido de tripas, y el abuelo Schukar, aliviado, respirando anheloso, se arrancó sin dificultad las ventosas. Davídov miró de refilón a aquel vientre que asomaba, por entre los cascos de la olla, como un enorme ombligo azulado, y se derrumbó sobre un banco, ahogándose en un furioso ataque de risa. Por sus mejillas corrían las lágrimas, el gorro había caído al suelo, mechones de negros cabellos le tapaban los ojos…

Mas, ¡el abuelo Schukar tenía siete vidas! Apenas empezó a lloriquear la tía Mamíchija sobre los restos de la olla, bajóse la camisa y se incorporó en el lecho.

—¡Qué desgraciado soy, qué triste suerte la mía! —se lamentaba la curandera, llorando a lágrima viva—. ¡Me ha roto el pucherito el condenado! ¡Ese es el pago que me dan, por curarlos, los desgraciados como tú!

—¡Lárgate, tía vieja! ¡Lárgate ahora mismo de aquí! —le ordenó Schukar, señalándole la puerta con el dedo—. ¡No me has matado de milagro! ¡Ese puchero había que habértelo roto en tu cabeza! Lárgate, ¡o puedo cometer un asesinato! Yo, en estas cosas, ¡soy terrible!

—¿De qué te ha venido eso? —preguntó Nagúlnov en cuanto la Mamíchija se hubo marchado dando un portazo.

—¡Ay, hijitos míos, sostén de mi vejez, creedme, he estado a punto de irme al otro barrio! Me he pasado dos días enteros sin salir del patio y con los pantalones en las manos… ¡Qué diarrea me entró, no había manera de parada! Brotaba aquello como de una fuente, salía como del agujero de un ganso ruin: a cada segundo…

—¿Te habías dado un atracón de carne?

—De carne fue…

—¿Mataste la ternera?

—Sí, ya no está en el mundo… Y de poco me ha aprovechado.

… Makar carraspeó y, lanzando una mirada de odio al abuelo, masculló con rabia:

—A ti, viejo del diablo, no era una olla lo que había que haberte puesto en la barriga, ¡sino un caldero de los grandes! Para que te sorbiese entero, con tripas y todo. Como te echemos del koljós, ¡sí que te va a entrar cagalera! ¿Por qué la mataste?

Fue una mala tentación, Makárushka… La vieja empezó a convencerme, y la cuca que canta por la noche, apaga siempre con su voz la de todos los pájaros… Vosotros me perdonaréis… ¡Camarada Davídov!, nosotros hemos sido buenos amigos, no me despida usted del koljós. Bastante he padecido ya…

—¡Es un caso perdido! —sentenció Nagúlnov con ademán de desaliento—. Vámonos, Davídov. Y tú, enfermo, llena un vaso de aceite de fusil, échale sal y bébetelo. Es mano de santo.

El abuelo Schukar frunció ofendido los labios temblones:

—¿Te burlas de mí?

—De verdad te lo digo. En el antiguo ejército nos currábamos con eso la barriga.

—¿Soy yo de hierro o qué? ¿Voy yo a tomarme ese aceite con el que se limpian armas sin alma? ¡No lo tomaré! ¡Prefiero morirme entre los girasoles!

Al día siguiente, el abuelo Schukar, que no había tenido tiempo de morirse, renqueaba ya por el caserío contándole a todo el que encontraba, que Davídov y Nagúlnov le habían hecho una visita para pedirle consejo respecto a la reparación de los aperos, con vistas a la siembra de primavera, y sobre otros asuntos del koljós. Al terminar el relato, el abuelo hacía una larga pausa, liaba un cigarro y suspiraba:

—Yo andaba un poco malucho, y vinieron a verme. Cuando yo falto, sus cosas no marchan. Me propusieron toda clase de medidas. «Cuídate, abuelo —me decían—, pues si llegas a morirte, ¡no lo quiera Dios!, ¿qué sería de nosotros sin ti?» Y es verdad, ¡estarían perdidos! En cuantito ocurre algo, me llaman a la cédula: yo examino el asunto, les doy consejos… Yo hablo poco, pero con tino. ¡Mis palabras siempre dan en el blanco! —y tratando de averiguar la impresión producida por su relato, levantaba hacia su interlocutor los ojillos jubilosos y descoloridos.

Capítulo XVIII

Y de nuevo, tras una breve calma, empezó a agitarse el caserío de Gremiachi Log… Ya no se daba muerte al ganado. Durante dos días, cabras y ovejas de diverso lanaje fueron conducidas a los establos colectivos; las gallinas eran llevadas en sacos. Y en el caserío oíase por doquier un constante clamor, en el que se fundía el balar de las bestias y los graznidos y el cacareo de las aves.

Ciento sesenta haciendas formaban ya parte del koljós. Habíanse organizada tres brigadas. El consejo de administración del koljós había encargado a Yákov Lukich de distribuir entre los campesinos pobres —necesitados de ropa y de calzado— las pellizas, botas de caña alta y otras prendas de los kulaks. Previamente, se hizo una lista. Y resultó que la administración no podía satisfacer las necesidades de todos.

En el patio de Titok, donde Yákov Lukich repartía la ropa confiscada a los kulaks, alzábase hasta el anochecer un continuo rumor de voces. Allí mismo, junto al granero, sobre la nieve, se descalzaba la gente para probarse los buenos zapatos y botas o se ponía ufana los abrigos de pieles, las *poddiovkas*[52], chaquetas y blusas que antes perteneciente a las familias kulaks. Las afortunados a quienes la comisión había acordado entregar ropa o calzado, a cuenta de sus futuras ganancias, se desnudaban a la intemperie en la rampa del granero y, carraspeando contentos, radiantes los ojos, iluminadas las caras morenas por parcas sonrisas temblorosas, enrollaban apresuradamente sus harapos, mil veces recosidos y remendados, y se vestían las prendas nuevas, a través de las cuales no se transparentaba ya el cuerpo. Pero antes de hacer la elección, ¡cuántas conversaciones, cuántos consejos, dudas en voz alta y hasta palabras gruesas había habido!… Davídov dispuso que se entregara a Liubishkin una chaqueta, unos bombachos y unas botas altas. Yákov Lukich, ceñudo, sacó del arca un mantón de ropa y la tiró a los pies de Liubishkin:

—Elige honradamente.

Estremeciéronse los bigotes del *atamanets*, temblaron sus manos… Y estuvo largo rato revuelve que te revuelve, eligiendo una chaqueta, ¡hasta sudar la gota gorda! Mordía el paño para probar su consistencia, la examinaba al trasluz, buscando huellas de polilla, lo estrujaba entre las negros dedos sus buenos diez minutos… Y en derredor suyo, un coro de voces le acoraba, gritando con calor:

—¡Venga, quédate con ésa! Durará para ti y para tus hijos. .

—¿Pero dónde tienes los ojos? ¿No ves que está vuelta?

—¡Mientes!

—¡Carga tú mismo con ella!

—¡Llévatela, Pável!

—¡No te la lleves, pruébate otra!

Liubishkin —la cara roja como un ladrillo—, mordíase los negros mostachos,

lanzaba miradas alrededor, igual que una fiera acorralada, y tendía la mano hacia otra chaqueta. Le echó el ojo a una. ¡Buena prenda! ¡No se le podían poner peros! Metió los largos brazos en las mangas, mas éstas le llegaban solamente hasta los codos, mientras crujían las costuras de los hombros. Y de nuevo, sonriendo confuso, empezó a rebuscar agitado en el montón de ropa. Sus ojos miraban con ansia a todas partes, como los de un niño en la feria ante la abundancia de juguetes; en sus labios había una sonrisa tan infantil y franca, que daban ganas de acariciar paternalmente los cabellos al tremendo *atamanets* Liubishkin. Y así, en medio día, no acabó de elegir. Se puso las botas altas y los pantalones bombachos y, ahogando unsuspiro, le dijo al hosco Yákov Lukich:

—Mañana vendré por lo demás.

Se fue de allí luciendo unos amplios pantalones nuevos, con franjas en las perneras, y unas crujientes botas, rejuvenecido de pronto en diez años. Adrede, tiró por la calle mayor, aunque no era aquél su camino. Se paraba a menudo en las esquinas para encender un cigarrillo o hablar unas palabras con alguno. Tres horas tardó en llegar a casa, en su presumir, y al anochecer, corría ya por todo Gremiachi el siguiente rumor: «¡Han equipado a Liubishkin como para ir al servicio! Se ha pasado el día entero eligiendo ropa… Ha vuelto a casa todo vestido de nuevo, con unos bombachos de domingo. Marchaba como una garza real, de seguro que no sentía la tierra bajo los pies…»

La mujercita de Diomka Ushakov, inclinando el cuerpo sobre el arca, quedó extasiada y hubo que arrancarla a tirones. Se puso una falda fruncida de lana, que un día perteneciera a la mujer de Titok, se calzó unos zapatos nuevos, echóse sobre los hombros un floreado chal, y sólo entonces advirtieron todos que la mujercita de Diomka no tenía nada de fea y que su cuerpo estaba muy bien formado. ¿Y cómo no iba a extasiarse la pobrecilla ante aquellos bienes koljosianos, si en toda su tristísima existencia jamás había comido una buena tajada ni se había puesto una sola blusa nueva? ¿Cómo no iban a palidecer sus labios, descoloridos de las continuas privaciones y la alimentación insuficiente, cuando Yákov Lukich sacaba del arca una brazada de galas femeninas? De año en año paria hijos; envolvía a los críos en podridos pañales e incluso en jirones de piel de oveja. Y ella misma, perdida la belleza, la salud y lozanía de antaño, a causa de las penas y de la eterna miseria, llevaba todo el verano una faldilla desgastada, transparente como un cedazo; en invierno, cuando lavaba su única camisa, llena de piojos, permanecía desnuda encima del horno, en unión de sus chiquillos, porque no tenían nada para mudarse…

—¡Queridos!… ¡Queriditos! Esperad un poco; puede que no me quede con esta falda… Que la cambie por otra cosa… ¿No me daríais algo para los niños?… Para el Misha, para la Dunia… —murmuraba exaltada, aferrándose a la tapa del arca, sin apartar los encandilados ojos del multicolor montón de prendas.

A Davídov, que presenciaba casualmente la escena, se le estremeció el corazón… Abrióse paso hasta el arca e inquirió:

—¿Cuántos hijos tienes, ciudadanita?

—Siete… —repuso en un susurro la mujer de Diomka, sin atreverse a alzar los ojos, embargada de una dulce esperanza.

—¿Tienes ahí ropa de niños? —preguntó Davídov a Yákov Lukich, en voz baja:

—Sí.

—Pues dale a esa mujer, para sus hijos, todo lo que ella te pida.

— ¡Será demasiado!

—¿Demasiado?.. ¡Venga! —Davídov enseñó con rabia los dientes, mostrando la mella, y Yákov Lukich se apresuró a inclinarse sobre el arca.

Diomka Ushakov, parlanchín y mal hablado de ordinario, estaba ahora en pie tras su mujer, callado, pasándose la lengua por los resecos labios y conteniendo la respiración anhelosa. Cuando Davídov pronunció sus últimas palabras, volvió hacia él la mirada… De sus ojos estrábicos brotaron de pronto las lágrimas, como el jugo de una fruta madura. Y al instante se precipitó hacia la salida, apartando a la gente con la mano izquierda y tapándose los ojos con la derecha. Diomka saltó al patio desde la rampa y alejóse avergonzado para que no vieran sus lágrimas. Pero éstas se deslizaban tras la pantalla de la negra palma y corrían por las mejillas, alcanzándose unas a otras, claras y relucientes como gotas de rocío.

Al atardecer, el abuelo Schukar acudió presuroso a la distribución. Irrumpió en el local de la administración del koljós y, jadeante de la carrera, se dirigió a Davídov:

—¡Muy buenas, camarada Davídov! Me alegro mucho de verle.

—Buenas tardes.

—Hágame usted un vale.

—¿Qué vale?

—Uno para que me den ropa.

—¿Y por qué te van a dar a ti ropa? —preguntó Nagúlnov, que estaba sentado cerca de Davídov, alzando las grandes cejas arqueadas—. ¿Por haber matado la ternera?

—¡No hay que recordar las cosas viejas, Makárushka! ¿Cómo que por qué? ¿Quiénes padecieron cuando expropiamos a Titok? El camarada Davídov y yo. A él sólo le hicieron un chirlo en la cabeza, una insignificancia, mientras que a mí, el perrazo aquel. ¿Cómo me dejó la zamarra? ¡Hecha unos zorros! ¿Y resulta que yo, un mártir en defensa del Poder Soviético, no tengo derecho a nada? Habría preferido que el Titok me hubiese hecho cachos la cabeza y dejado entera la zamarra. ¿Es que la prenda no era de mi mujer? Y ella, por esto, puede matarme a mí a disgustos, ¿y entonces qué? ¡Ah!, ¿os calláis? ¡No tenéis nada que contestar!

—Si no hubieras corrido, ahora estaría entera la zamarra.

—¿Y cómo no iba a correr? ¿No sabes tú, Makárushka, lo que hizo la vieja de Titok, esa condenada bruja? Azuzó contra mí el perrazo, diciéndole: «¡Agárralo, Serkó, muérdele! ¡Ese es el más dañino de todos!» Aquí está el camarada Davídov, que puede confirmarlo.

—Aunque eres un viejo, ¡mientes con el mayor descaro!

—¡Confírmelo usted, camarada Davídov!

—Yo no recuerdo bien…

—¡Pongo a Cristo por testigo de que gritaba así! Y yo, claro, eché a correr, con ojos de espanto. Si hubiera sido un perro como los otros, quizás… Pero ese Serkó es un tigre, ¡peor que un tigre todavía!

—¡Eso son invenciones tuyas, nadie te echó el perro!

—¡Tú, Makárushka, halconcillo, no te acuerdas! ¡Cómo te vas a acordar! A ti mismo te entró tal canguelo, que te pusiste más amarillo que la cera… Yo, pecador de mí, hasta llegué a pensar: «¡Ahora mismito, Makar va a salir por pies!» Pero yo sí me acuerdo perfectamente de cómo me arrastró por el patio el perrazo. De no haber sido por él, Titok no habría escapado vivo de mis manos, ¡lo juro por Dios! ¡Yo soy muy temerario!

Nagúlnov torció el gesto, como si le dolieran las muelas, y le dijo a Davídov:

—Hazle el vale en seguida y que se largue con viento fresco.

Pero el abuelo Schukar estaba aquella vez más dispuesto a la conversación que nunca.

—Yo, Makárushka, de mozo, en los pugilatos…

—¡Huf, no nos des la lata, ya te hemos oído bastante! ¿Quieres que te entreguemos un vale para un caldero de veinte litros? Si no, ¿con qué te vas a curar la barriga?

Ofendido profundamente, el abuelo Schukar tomó el papelito en silencio y se marchó sin despedirse. Pero la amplia zamarra de piel curtida que recibió de manos de Yákav Lukich le puso otra vez de excelente humor. Sus ojillos se entornaban satisfechos, relucían jubilosos. Cogiendo con dos dedos, como si pellizcase sal, el faldón de la zamarra, se la arremangaba igual que una mujer la falda al ir a pasar un charco, chasqueaba la lengua y se pavoneaba ante los cosacos:

—¡Mirad qué zamarrita! Bien me la he ganado. Todo el mundo sabe que, cuando estábamos expropiando a Titok, ese kulak se echó sobre Davídov con un hierro en la mano. «¡Está perdido mi amigo!», me dije. Inmediatamente, me abalancé a socorrerle y, como un héroe, rechacé al atacante. De no ser por mí, ¡Davídov estaría a estas horas en el otro barrio!

—Pues, según dicen, tú saliste de estampía, huyendo del perro, te caíste, y él empezó a arrancarte las orejas como a un gorrino —intercaló uno de los oyentes.

—¡Mentira podrida! ¡Esta gente de ahora suelta embustes sin pestañear siquiera!

¿Qué es un perro en fin de cuentas? Un ser necio, miserable. No entiende una palabra… y el abuelo Schukar, hábilmente, cambió de conversación, pasando a otro tema.

Capítulo XIX

Es de noche…

Al Norte de Gremiachi Log, lejos, muy lejos, pasados los altozanos y declives de la estepa, sumidos en las sombras más allá de los anchos barrancos y las largas hondonadas, tras el macizo de los espesos bosques, se encuentra la capital de la Unión Soviética. Sobre ella, una inundación de luces eléctricas. Su trémulo centelleo azul se extiende sobre las altas casas como un silencioso resplandor de incendio, eclipsando la innecesaria luz de las estrellas y de la luna de medianoche.

Separado de Gremiachi Log por mil quinientos kilómetros, Moscú, en su inmovilidad de piedra, continúa viviendo de noche: lanzan las locomotoras sus largas pitadas, como vibrantes llamamientos; los bocinazos de los automóviles evocan los escalonados sones de un gigantesco acordeón, mientras, trepidantes y chirriadores, pasan los tranvías con fragor de hierro. Más allá del Mausoleo de Lenin, tras la muralla del Krernlin, ondea al frío viento, en el iluminado cielo, la bandera roja. Alumbrada desde abajo por un blanco fulgor de luz eléctrica, se enciende con cambiantes reflejos, como riachuelos de sangre escarlata. El viento de las alturas vira cambiando de rumbo, y da vuelta a la bandera, que cuelga pesadamente del asta, por un minuto, para volver a alzarse y tender su extremo ya hacia Oriente, ya hacia Occidente, ardiendo con las llamas purpúreas de las insurrecciones llamando a la lucha…

Hace dos años, una noche, Kondrat Maidánnikov, que había venido entonces a Moscú para asistir al Congreso de los Soviets de toda Rusia, llegó a la Plaza Roja. Al ver el mausoleo y la bandera roja, que resplandecía victoriosa en el cielo, se quitó precipitadamente la budiónnovka. Descubierto, desabrochada la anguarina de confección casera, permaneció inmóvil largo rato…

En Gremiachi Log, un profundo silencio pesa sobre la noche. Refulgen los desiertos oteros del contorno, cubiertos del plumón de cisne que ha dejado la nevada reciente. En hondonadas y barranquillos se extienden por la maleza unas sombras de un azul turquí. La lanza de la Osa Mayor casi toca el horizonte. Junto al Soviet, un álamo piramidal se alza como un cirio negro hacia el cielo alto, sombrío, angustiosamente lejano. Rumorea cantarina, con murmullos de hechicera, el agua de un manantial que afluye al riachuelo. En la corriente del río se ven caer las estrellas que han dejado de alumbrar el mundo. Presta atento oído en el aparente silencio de la noche, y oirás, amigo, a la liebre que mordisquea y roe una ramita con sus dientes amarillos de savia. A la luz de la luna brilla, con tenue fulgor de ámbar, un helado goterón de resina en el tronco de un cerezo. Arráncala y mira: la bolita de resina, como una ciruela madura e intacta, está cubierta de un finísimo velo grisáceo. De vez en cuando cae de una rama una cortecilla de hielo, y la noche envuelve en su silencio

el tintineo de cristal. De las yemas de los cerezos, inmóviles, yertas, penden amentos dentados y grises a los que los chicos llaman «lágrimas de cuclillo»…

Silencio…

Y hasta la aurora, cuando, bajo los nubarrones, llega del Norte el viento moscovita, abarcando la nieve con sus frías alas, no se oyen en Gremiachi Log las voces matinales de la vida: empiezan a susurrar en las riberas tas desnudas ramas de los álamos; asean llamándose unas a otras, las perdices que invernan junto al caserío y vienen de noche a comer a las eras. Luego, levantan el vuelo para ir a pasar el día en las salcedas, en las escarpadas y arenosas vertientes de los barrancos, dejando sobre la nieve, junto a los cobertizos del salvado, las huellas de sus patas —constelaciones de crucecitas— y sus acopios de pajuelas. Mugen los ternerillos, exigiendo que los lleven a sus madres; los gallos colectivizados empiezan a alborotar con furia; sobre el caserío se expande, acre y acerbo, el humillo del *kiziak*.

Mas, mientras la noche yace sobre el caserío, es seguramente Maidánnikov el único que no duerme en Gremiachi. Tiene la boca amarga del tabaco, la cabeza le pesa como si fuera de plomo, siente náuseas del mucho fumar…

Medianoche. Kondrat rememora el jubiloso resplandor de las luces sobre Moscú, ve el tremolar amenazador y enfurecido de la bandera roja, desplegada sobre el Kremlin y un mundo inabarcable, más allá de las fronteras de la Unión Soviética, donde tantas lágrimas vierten trabajadores como él. Recuerda lo que su difunta madre le dijera una vez para calmar su llanto de niño:

—No llores, Kondrat, cariñito mío, no irrites a Dios. Ya hay bastantes pobres en el mundo que lloran cada día y se quejan al Señor de su miseria, de los ricos, que se han apoderado de todas las riquezas de la tierra. Pero Dios ha mandado a los pobres que tengan paciencia. Y acabará por enfadarse de que lospobres y los hambrientos estén siempre llorando, y entonces, recogerá todas las lágrimas, las convertirá en niebla, echará esa niebla sobre los mares azules y envolverá con ella el cielo, para que no lo vean. E inmediatamente, empezarán a vagar los barcos por los mares, perdido su camino; chocarán contra una piedra muy mala, que hay bajo las aguas, y se hundirán. O el Señor hará rocío con las lágrimas. Una noche, ese rocío salado caerá sobre todos los trigos de la tierra, de la nuestra y de las lejanas, y extrañas; las lágrimas amargas quemarán las mieses, y habrá por el mundo muchísima hambre y muerte… Por lotanto, ya sabes, los pobres no deben llorar ni quejarse nunca, para no atraer la desgracia sobre sus cabezas… ¿Has comprendido, hijito mío? —y terminó diciendo, en tono severo—: ¡Rézale a Dios, Kondrat! Tu oración Llegará más pronto al cielo.

—¿Y nosotros, madre, somos pobres? ¿El padre es también pobre? —preguntaba el pequeño Kondrat a su devota madre.

—Sí, hijito.

Kondrat se hincaba de rodillas ante una ennegrecida imagen, de los tiempos de la antigua fe, y rezaba, frotándose los ojos hasta que estuvieran bien secos, para que el irascible Dios aquel no viese sus lagrimillas.

Acostado en el lecho, Kondrat va repasando, como las mallas de una red, las circunstancias de su vida. Cosaco del Don por parte de su padre, es ahora miembro de un koljós. Mucho ha reflexionado durante las noches, numerosas y largas como los caminos de la estepa. Su padre, cuando estuvo en activo en el servido militar, fustigó con el látigo y asestó sablazos, como todos los de su centuria, a los tejedores huelguistas de Ivánovo-Voznesensk, defendiendo así los intereses de los fabricantes. Murió el padre, Kondrat creció, y en 1920 asestó sablazos a los polacos blancos y a los wrangelistas, para defender su propio Poder, el Poder Soviético, el poder de aquellos mismos tejedores de Ivánovo-Voznesensk, frente a la invasión de los fabricantes y de sus mercenarios.

Hace ya mucho tiempo que Kondrat no cree en Dios; cree en el Partido Comunista, que conduce a los trabajadores del mundo entero hacia su emancipación, hacia un futuro sin nubes. Ha llevado a los establos koljosianos todo su ganado, todas sus aves, hasta la última pluma. Es partidario de que solamente el que trabaja tiene derecho a comer el pan y a pisar la hierba. Está adherido con fuerza, indisolublemente soldado, al Poder Soviético. Y sin embargo, Kondrat no puede conciliar el sueño por las noches… Y no puede conciliarlo porque siente todavía una lástima ruin hacia sus bienes, hacia sus bestias, de las que se ha privado voluntariamente… Esa lástima se le enrosca al corazón como una serpiente, le hiela de nostálgica tristeza y tedio…

Antes, estaba el día entero lleno de ocupaciones: Por la mañana, había que dar de comer y de beber a los bueyes, a la vaca, a las ovejas y al caballo; a mediodía, tenía que acarrear de la era paja y heno, con miedo de perder una sola brizna, y al atardecer, arreglar todo de nuevo para la noche. E incluso durante la noche, era preciso ir varias veces al establo a echar un vistazo a los animales, a recoger entre sus patasel heno caído y volver a ponerlo en los pesebres. Sus cuidados de dueño le alegraban el corazón. En cambio ahora, el establo de Kondrat está deshabitado, muerto. No hay animales a quienes visitar. Los pesebres están vacíos; las puertas de ramiza, abiertas de par en par, y ni siquiera se oye en toda la larga noche el canto de un gallo; nada permite determinar qué hora es.

El tedio sólo desaparece cuando Maidánnikov entra de guardia en las cuadras del koljós. Durante el día, cualquier pretexto es bueno para marcharse de casa, con tal de no ver el establo, espantosamente vacío, ni los apenados ojos de su mujer.

Ahora, ella duerme a su lado, con rítmico respirar. En lo alto del horno, Jristishka da vueltas en el lecho, chasquea con fruición los labios y balbucea en sueños: «¡Despacito, padre!… Despacito, despacito…» Seguramente, tiene uno de esos

sueños infantiles, singulares, dichosos; su vida es fácil, sin agobios ni preocupaciones. Con una caja de cerillas vacía, tiene bastante para divertirse. Hará con ella un trineo para su diminuta muñeca de trapo. Ese trineo la entretendrá hasta la noche, y el día siguiente le traerá la sonrisa de una nueva diversión.

Kondrat tiene sus propios pensamientos. Aprisionado en ellos, se debate como un pez en la red… «¿Cuándo vas a dejarme, lástima maldita? ¿Cuándo te morirás, serpiente dañina?.. ¿Por qué me ocurrirá a mí esto? Paso delante de los compartimentos donde están los caballos ajenos, y nada, pero en cuanto llego al del mío y veo su lomo, con una franja negra hasta la misma penca, su oreja marcada, me entra una desazón… En ese momento me parece que lo quiero más que a mi propia mujer. Y siempre procura uno echarle el heno más sabroso, el que tiene más corehuela y es más menudo. Y a los demás les pasa lo mismo: cada cual se afana por el suyo, y a los ajenos, que los parta un rayo. Pero ahora no hay ajenos, todos son nuestros, y sin embargo… No, no quieren cuidar de los bienes comunes; a muchos no les interesan… Ayer estaba de guardia Kuzhenkov, y en vez de llevar él mismo los caballos a beber, mandó a su chico. El mozuelo se montó en uno y condujo toda la caballada al río, a galope tendido. Unos bebieron,otros no alcanzaron, y se los trajo a la cuadra, otra vez al galope. Y no le digas a nadie ni una palabra en contra, porque te enseñarán los dientes: «Cállate la boca, ¡tú siempre pides más que ninguno!» Todo esto proviene de que le ha costado a uno demasiado trabajo ganarlo. A los que nadaban en la abundancia, de seguro que no les da tanta lástima… Que no se me olvide decirle mañana a Davídov cómo abreva los caballos Kuzhenkov. Con ese cuido, para la primavera, no podrán ni tirar de la grada. Mañana, tempranito, tengo que ir a ver cómo tratan a las gallinas; las mujeres andan comadreando que ya se han asfixiado siete, de la estrechez. ¡Cuántas dificultades! ¿Y a qué conduce juntar ahora las aves? Debían haber dejado al menos un gallo en cada corral, para que sirviese de reloj… En la tienda de la CUS no hay nada, y mi Jristishka, con los pies descalzos. Entran ganas de gritar: ¡ella necesita unos zapatitos! Pero da reparo pedírselos a Davídov… Bueno, que la chiquilla pase este invierno en lo alto del horno, y para el verano ya no le harán falta», Kondrat piensa en las privaciones que soporta el país que está llevando a cabo el plan quinquenal, y apretando los puños bajo la pobre manta de borra, apostrofa mentalmente, con odio, a los obreros del Oeste que no apoyan a los comunistas. «¡Nos habéis vendido por la buena soldada que os dan vuestros amos! ¡Nos habéis entregado, falsos hermanos, a cambio de una vida holgada!… ¿Por qué no tenéis todavía el Poder Soviético? ¿Por qué os retrasáis tanto? Si llevaseis una vida perra, ya habríais hecho la revolución, pero por lo visto el gallo de la miseria no os ha picado aún en el trasero. No hacéis más que rascaras el cogote y nunca os acabáis de decidir; andáis cada uno por vuestro lado, renqueando y arrastrando los pies… ¡Pero ya os picará ese gallo! ¡Hasta haceros ronchas!… ¿Es

que no veis, a través de la frontera, las fatigas que estamos pasando para levantar nuestra hacienda? ¿No veis las privaciones que sufrimos y que, medio descalzos, medio desnudos, apretamos los dientes y arrimamos el hombro? ¡Vergüenza os dará luego, falsos hermanos, llegar cuando ya esté la mesa puesta! Si hubiera manera de hacer un poste tan alto, que lo pudierais ver todos, yo treparía hasta la misma punta, ¡para gritaros desde allí lo que os merecéis!…» Kondrat se queda dormido. El cigarro se le cae de los labios y le hace un agujero en la única camisa que tiene. La quemadura le despierta, y se levanta; soltando ternos en voz baja, busca a tientas, en la oscuridad, una aguja para zurcir el redondel, porque si no Anna se estará mañana un par de horas dándole la tabarra por culpa del maldito agujero… Pero la aguja no aparece. Kondrat vuelve a quedarse dormido..

Al amanecer sale al patio, a hacer aguas, y de repente oye un clamor extraño: los gallos colectivizados, que pasan la noche bajo un mismo techo, cantan todos a una, con distintas voces, en potente coro. Kondrat, asombrado, abre los hinchados ojos y presta oído, durante cosa de dos minutos, a aquella algarabía general, que parece no va a tener fin; cuando se extingue el último «kikirikí» rezagado, sonríe soñoliento: «¡Cómo alborotan los hijos de Satanás! Talmente como una charanga. Los que viven cerca de su morada, ¡aviados están! Se acabaron la tranquilidad y el sueño. Mientras que antes, cantaban desperdigados por el caserío, el uno aquí, el otro allá… Todo anda de cabeza… ¡Qué vidita!», y vuelve al lecho, a dormir un poco más.

Por la mañana, después de desayunar, dirigióse al corral colectivo. El abuelo Akim Besjliébnov le recibió malhumorado:

—¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—Vengo a visitarte, y también a las gallinas. ¿Qué tal vives, abuelo?

—Vivía, pero lo que es ahora… ¡Ay, no me hables!…

—¿Que te ocurre?

—¡Este servicio que me han dado está acabando conmigo!

—¿Por qué?

—Pásate aquí un diíta, ¡y verás lo que es bueno! Estos gallos del demonio se pelean todo el santo día; no puedo ya con el alma, de tanto correr tras ellos. ¿Y las gallinas?.. Como son hembras, se agarran del moño, ¡y ya está el zipizape en todo el corral! ¡Al cuerno este servicio indecente! Hoy mismo iré a ver a Davídov para que me licencie y me mande a las colmenas.

—Ya se acostumbrarán los bichos, abuelo.

—Antes de que ellos se acostumbren, estiraré yo la pata. Además, ¿es éste oficio para un hombre? Yo, al fin y al cabo, soy un cosaco, he tomado parte en la campaña de Turquía… Y aquí me tienes, ya puedo estar contento, ¡me han hecho general en jefe de las gallinas! No hace más que dos días que he tomado posesión, y ya no me dejan en paz los chiquillos. Cuando vuelvo a casa, los condenados me tapan la calle

gritando: «¡Ya viene el abuelo Tientagallinas! ¡El abuelo Tientagallinas!» Y yo, un hombre que era respetado por todos, ¿Voy a acabar mis días, a la vejez, con ese mote de Tientagallinas? ¡Quiá, de ninguna manera!

—¡No hagas caso, abuelo Akim! Eso son cosas de los chicos.

—¡Si tontearan sólo los chicos! Pero algunas mujeres empiezan ya a darme matraca. Ayer, a mediodía, iba yo a casa a almorzar. La Nastionka Donetskova estaba sacando agua del pozo. «¿Te las arreglas bien con las gallinas, abuelo?», me pregunta. «Me las arreglo», le contesto. «¿Ponen ya algunas?», «Algunas ponen, madrecita, pero no mucho». Y entonces, esa yegua calmuca se echa a reír, a relinchos. «Pues espabílate —me dice— y procura que, para la labranza, hayan puesto un canasto de huevos, porque si no, ¡te obligaremos a ti a que montes a las gallinas!» A mis años, y tener que escuchar semejantes bromas… ¡Este cargo es una humillación muy grande!

El viejo iba a decir algo más pero en aquel momento, junto al seto, dos gallos entablaron combate cuerpo a cuerpo; de la cresta del uno brotó un chorro de sangre, de la pechuga del otro salió volando un puñado de plumas. Y el abuelo Akim, al trote cochinero, armándose de una vara sobre la marcha, corrió a separar a los contendientes.

A pesar de lo temprano de la hora, la administración del koljós estaba abarrotada de gente. En el patio, ante la escalerilla, un trineo de dos caballos esperaba a Davídov, que se disponía a marchar a la cabeza del distrito. El amblador de Lapshinov, ya ensillado, escarbaba la nieve con un casco; a su lado, Liubishkin le apretaba la cincha. También él iba a partir para Tubianskói, donde debía ponerse de acuerdo con la administración del koljós local sobre la cuestión de la máquina clasificadora de semillas.

Kondrat entró en la primera habitación. El contable, llegado hacía poco de la *stanitsa*, examinaba los libros, abiertos sobre la mesa. Yákov Lukich, que había enflaquecido mucho y andaba taciturno en los últimos tiempos, escribía algo, sentado frente a él. Allí mismo se agolpaban los koljosianos designados para el acarreo del heno. El jefe de la tercera brigada, Agafón Dubtsov, hombre picado de viruelas, y Arkashka Menok discutían en un rincón con Ippolit Shali, único herrero del caserío. En la habitación contigua se oía la voz tajante y alegre de Razmiótnov.

Acababa de llegar, y, con precipitación, riéndose, le contaba a Davídov:

—Muy de mañana, vinieron a verme cuatro viejas, Las capitaneaba Uliana, la madre de Mishka Ignatiónok. ¿La conoces? ¿No? Pues es una vieja que pesará sus ciento quince kilos, con una verruga en la nariz. Se presentaron… La abuela Uliana venía hecha una furia, se ahogaba de coraje, la verruga le bailoteaba. Y nada más llegar, se desbocó: «¡Oye tú, tal y cual, pedazo de esto y de lo otro!…» Yo tenía gente en el Soviet, y ella me estaba poniendo de vuelta y media. Le advertí, severamente,

claro está: «Cierra el pico y déjate de expresiones, o te mando conducida a la *stanitsa*, por insultos a la autoridad. ¿Por qué te pones así?» Y ella me suelta: «¿Qué se os ha ocurrido hacer con las viejas, bribones? ¿Cómo no os da vergüenza burlaras de nuestra vejez?» A duras penas, conseguí enterarme de qué se trataba. Resultó que habían oído decir que a todas las viejas de más de sesenta años, incapaces de trabajar, la administración del koljós las dedicaría en la primavera… —Razmiótnov infló los carrillos, conteniendo la risa, y prosiguió—: A falta de esas máquinas de vapor con que se empollan huevos, en cargarían a las viejas de ese trabajillo… Y se pusieron furiosas. La abuela Uliana empezó a chillar igual que si la estuvieran degollando: «¡Cómo!, ¿van a sentarme a mí sobre los huevos? ¡No hay huevos en el mundo sobre los que me siente yo! ¡Antes os sacudo a todos con el agarrador de la sartén y me tiro al río de cabeza!» Mucho me costó apaciguarlas. «No te tires al río, abuela Uliana, —le dije—, porque, de todos modos, en el nuestro no hay agua bastante para que tú te ahogues. Todo eso son mentiras, cuentos de los kulaks». ¡Ya ves, camarada Davídov, lo que está ocurriendo! Los enemigos difunden patrañas, nos ponen obstáculos en el camino. Empecé a indagar de dónde procedía el rumor, y me enteré. Anteayer llegó de Voiskovói al caserío una monja, que pasó la noche en casa de Timoféi Borschiov. La monjita les contó que el recoger todas las gallinas es para enviarlas a la ciudad, donde harán con ellas sopa de fideos, y que van a fabricar para las viejas unas sillas especiales, con paja y todo, en las que las obligarán a empollar huevos, y a las que se resistan, las atarán a las sillas.

—¿Dónde está ahora la monja esa? —preguntó con viveza Nagúlnov, que presenciaba la conversación.

—Se ha largado. No es tonta: siembra la mentira, ¡Y adivina quién te vio!

—A esas urracas de la cola negra hay que detenerlas y mandarlas adonde les corresponde. ¡Si cayera en mis manos!… Le ataría las faldas sobre la cabeza, y la tundiría a latigazos… ¡Y tú también estás bueno! Eres el Presidente del Soviet, y dejas pasar la noche en el caserío a quien le da la gana. ¡Valiente orden!

—¡Yo no puedo vigilar a todo el mundo, puñeta!

Davídov —que estaba sentado a la mesa, con una zamarra puesta sobre el abrigo, echando la última ojeada al plan de las labores de primavera, aprobado por la asamblea de koljosianos— dijo sin alzar la vista de los papeles:

—La calumnia es un viejo procedimiento del enemigo. El muy parásito quiere desacreditar toda nuestra obra. Y a veces, nosotros mismos le damos el arma para ello, como en el caso de las aves de corral…

—¿El arma? —Nagúlnov dilató las aletas de la nariz.

—Claro, colectivizando las aves.

—¡No es cierto!

—Sí, ¡eso es la pura verdad! No deberíamos perder nuestros esfuerzos en

menudencias. Aún no tenemos acopiadas las semillas, y ya la hemos emprendido con las aves. ¡Qué necedad! Me mordería los puños… En el Comité Distrital del Partido me la voy a ganar por lo del fondo de semillas, ¡eso es la pura verdad! Una verdad muy desagradable…

—Pero dime, ¿por qué no se han de colectivizar las aves? Si la asamblea lo ha aceptado…

—¡No se trata de la asamblea! —Davídov frunció el ceño—. ¿Cómo no comprendes que eso de las aves es una menudencia? Nosotros tenemos que resolver lo principal: fortalecer el koljós, elevar hasta el cien por cien las adhesiones y, por último, hacer la siembra. Verás lo que yo propongo, Makar, y te lo digo muy en serio: políticamente, nos hemos equivocado con las malditas aves; nos hemos equivocado, ¡eso es la pura verdad! Anoche leí algo acerca de la organización de los koljóses, y comprendí en qué consiste nuestro error; aquí teníamos que formar un koljós, es decir, un artel, y lo que estamos haciendo es una comuna. ¿Cierto? Y eso es precisamente una desviación hacia la izquierda. ¡No cabe duda! Párate a pensado. Yo, en tu lugar, puesto que a ti se te ocurrió el asunto y nos empujaste a nosotros, conocería mi equivocación, con valor bolchevique, y daría orden de devolver a la gente las gallinas y todas las demás aves de corral. ¿Qué te parece? Y si tú no lo haces, lo haré yo, bajo mi responsabilidad, en cuanto vuelva. Bueno, me voy, hasta más ver.

Encasquetóse la gorra, se alzó el alto cuello, que apestaba a naftalina, del *tulup* perteneciente ayer a un kulak, y, en tanto ataba las cintas de la carpeta, dijo:

—Andan por ahí sueltas toda clase de monjas, y claro, hablan mal de nosotros, nos ponen en contra a las mujeres y a las viejas. Y esto del koljós es algo tan reciente y tan necesario… ¡Todos deben estar con nosotros! Las viejas y las mujeres, también. Porque la mujer tiene igualmente su papel en el koljós, ¡eso es la pura verdad! —y salió, a grandes pasos, con recias pisadas.

—Vayamos, Makar, a devolver las gallinas a sus gallineros. Davídov tiene razón.

Razníiótnov, esperando la respuesta, estuvo largo rato mirando a Nagúlnov… Este permanecía sentado en la repisa de la ventana, desabrochada la zamarra, dando vueltas al gorro entre las manos, moviendo silencioso los labios. Transcurrieron así unos tres minutos. Luego, Makar alzó bruscamente la cabeza, y Razmiótnov encontró su mirada franca.

—Vamos. Hemos metido la pata. ¡Cierto! Ese diablo mellado de Davídov tiene razón de sobra… —y sonrió, un poco turbado.

Davídov había montado en el trineo. Cerca de él, en pie, estaba Kondrat Maidánnikov. Ambos hablaban animadamente. Kondrat, agitando las manos, relataba algo con calor; el cochero, impaciente, se cambiaba de mano las riendas, enderezando el palo del látigo, remetido bajo el asiento; Davídov escuchaba, mordiéndose los

labios.

Al bajar los escalones de la terracilla, Razmiótnov oyó que Davídov decía:

—No te inquietes. Ten más calma. Todo está en nuestras manos, todo lo arreglaremos, ¡eso es la pura verdad! Estableceremos un sistema de multas, obligaremos a los jefes de las brigadas a que vigilen bien, bajo su responsabilidad personal. Bueno, ¡hasta pronto!

Sobre los lomos de los caballos alzóse chasqueante el látigo. El trineo abrió con sus patines en la nieve dos surcos azules, y desapareció por la puerta grande.

El corral colectivo, cuajado de centenares de gallinas, se asemeja a un guijarral de múltiples colores. El abuelo Akim, vara en mano, anda afanoso de un lado para otro. Un vientecillo suave juguetea con su barba gris y le seca el sudor que perla su frente. Va y viene el «Tientagallinas» apartando a los bichos con sus altas botas de fieltro; un saco, medio lleno de granzas, le cuelga del hombro. El viejo pespuntea la nieve, desde el granero al cobertizo, con el hilillo de las granzas, mientras a sus pies rebullen compactas las gallinas y resuena, precipitado y diligente, un continuo «¡co-co-co… có-oo!»

En la era blanquean las bandadas de gansos, como albas montones de cal, dentro de la cerca. De allí llega, sonoro y neto, al igual que de las aguas desbordadas, en la época de la migración de primavera, el fragoroso batir de las alas y el graznar unísono de las aves. Al lado del cobertizo un nutrido grupo de gente se apretuja en corrillo. Sólo asoman al exterior espaldas y traseros. Las cabezas están agachadas; los ojos, clavados en el círculo que se extiende a los pies.

Razmiótnov se acerca, mira por encima de las espaldas, tratando de ver qué ocurre. El público da sorbetones, cruza palabras a media voz:

—El rojo va a ganar.

—Sí, sí, ¡en seguida! Fíjate, tiene ya la cresta colgando.

—¡Arrea! ¡Cómo le ha sacudido!

—Ya ha abierto el pico, ahora la diña…

Se oye la voz del abuelo Schukar:

—¡No *arrempujes*, no *arrempujes*! ¡Él solito se las apañará! ¡Te digo que te estés quieto!… ¡Como yo te meta un *arrempujón* en el gañote!…

Dos gallos, con las alas desplegadas, dan vueltas en el redondel; el uno, rojo claro; el otro, negro azulenco como ala de cuervo. Tienen las crestas desgarradas y negruzcas, de la sangre seca; a sus patas, revolotean las plumas, negras y rojas. Los combatientes están cansados. Se separan, hacen como que picotean, escarban la nieve medio derretida, pero se acechan mutuamente. Su fingida indiferencia dura poco: de pronto, el negro se despega del suelo y vuela como un tizón de un incendio; el rojo también salta. Y ambos chocan en el aire, una vez, dos…

El abuelo Schukar mira, olvidado de todo lo del mundo. De la punta de su nariz

cuelga un moco temblante, pero él no se da cuenta. Toda su atención está concentrada en el gallo rojo. El rojo debe ganar. El abuelo Schukar ha apostado por él, contra Demid el Callado. Una mano le saca de su embebecimiento: lo agarra rudamente por el cuello de la zamarra y, a tirones, le hace salir del corro. Schukar se revuelve, desfigurado el rostro por una mueca de rabia y, con la misma decisión que el gallo, va a lanzarse contra su ofensor. Pero la expresión de su rostro cambia al momento y se torna amable, afectuosa: la mano es de Nagúlnov. Fruncido el entrecejo, Nagúlnov dispersa a la gente, ahuyenta a los dos bichos y dice sombrío:

—Estáis aquí perdiendo el tiempo con las riñas de gallos, azuzando a los bichos… ¡A trabajar ahora mismo, gandules! Si no tenéis nada que hacer, ir a la cuadra a echar heno. Acarread estiércol a los huertos. Y dos, que vayan por las casas a decirles a las mujeres que vengan a recoger sus gallinas.

—¿Es que se disuelve el koljós gallineril? —pregunta uno de los aficionados a las riñas de gallos, un campesino individual apodado el Bañero, que cubre su cabeza con un *trieuj* de piel de zorro—. Por lo visto, ¡no son todavía lo bastante conscientes para el koljós! Y en el socialismo, ¿los gallos se pelearán o no?

Nagúlnov, con torva mirada, mide de pies a cabeza al que ha hecho la pregunta, y palidece.

—Tú ríete si quieres, ¡pero ten mucho cuidado con qué bromeas! Por el socialismo, ha muerto la flor del género humano, y tú, cagarruta perruna, ¿intentas burlarte de él? Quítate de mi vista inmediatamente, contrarrevolucionario, o te sacudo una que te mando al otro mundo. ¡Lárgate antes de que te deje frío!¡Yo también me sé reír!

Luego, se aparta de los apaciguados cosacos, lanza una última mirada al corral, abarrotado de aves y, lentamente, un poco encorvado, se dirige hacia la puertecilla de la cerca, ahogando un doloroso suspiro.

Capítulo XX

En el Comité Distrital del Partido, el humo del tabaco ascendía en espirales azules, tecleaba una máquina de escribir, una estufa holandesa irradiaba calor. A las dos de la tarde debía celebrarse la reunión del Buró político. El Secretario del Comité —bien afeitado, sudoroso, desabrochado el cuello de la cazadora de paño, a causa del bochorno— tenía mucha prisa. Después de señalar a Davídov una silla, rascóse el cogote, blanco y rollizo, y dijo:

—Dispongo de poco tiempo, tenlo presente. Bueno, ¿qué tal te va por allí? ¿Cuál es el porcentaje de colectivización? ¿Llegarás pronto al cien por cien? Sé breve.

—Llegaremos pronto. Pero no se trata de los tantos por cientos, sino de la situación interna, ¿qué hacer? He traído el plan de las labores de primavera. ¿Quieres darle un vistazo?

—¡No, no! —denegó asustado el Secretario y, entornando con gesto de dolor los abotagados ojos, enjugóse con el pañuelito el sudor de la frente—. Llévaselo a Lupetov, a la Unión Agrícola del Distrito. Él lo verá allí y lo aprobará; yo no tengo tiempo, pues ha venido un camarada del Comarcal y ahora va a haber una reunión del Buró. Pero dime, ¿por qué diablos nos has mandado a los kulaks? Es un tormento contigo… Me parece que te lo advertí bien claramente: «No te apresures en eso, puesto que no tenemos directrices concretas». Y tú, en vez de perseguir a los kulaks y de empezar a expropiarlos antes de haber creado el koljós, mejor habrías hecho en acabar la colectivización total. Oye, ¿y qué te pasa con lo del fondo de semillas? ¿No recibiste, acaso, del Comité Distrital del Partido, la directriz de crearlo lo más pronto posible? ¿Por qué no se ha hecho nada hasta la fecha para cumplir esa directriz? Hoy mismo me veré obligado a plantear en el Buró la cuestión de la actitud tuya y de Nagúlnov. Tendré que insistir en que eso se anote en vuestros expedientes personales. ¡Qué escándalo! ¡Ten cuidado, Davídov! ¡El incumplimiento de una importantísima directriz del Comité Distrital del Partido puede tener para ti consecuencias muy desagradables, de carácter organizativo! ¿Qué cantidad de semillas has reunido según el último parte? Voy a comprobarlo… —el Secretario sacó de un cajón de la mesa una hoja de papel con varias casillas; entornando los ojos, pasó por él la mirada, y al instante se puso cárdeno—. Claro, ¡me lo figuraba! ¡No ha aumentado ni en un solo pud! ¿Por qué callas?

—Si no me dejas hablar… Es cierto que todavía no nos hemos ocupado del fondo de semillas. Hoy, en cuanto vuelva, empezaremos. Pero en todo este tiempo, cada día hemos tenido asambleas, hemos organizado el koljós, su consejo de administración, las brigadas, ¡eso es la pura verdad! Los asuntos son muchos, y no es posible hacer las cosas como tú quieres: un golpe de varita mágica, ¡y ya está el koljós creado, el kulak suprimido y el fondo de semillas formado!… Todo eso se hará, y no te

precipites a poner anotaciones en nuestros expedientes; ya tendrás tiempo para ello.

—¿Cómo que no me precipite? El Comarcal y el Regional me aprietan, ¡no me dejan ni respirar! El fondo de semillas debía estar ya creado para el primero de febrero, y tú…

—Yo lo tendré para el quince, ¡eso es la pura verdad! Pues no vamos a sembrar en febrero, ¿cierto? Hoy he mandado a uno del consejo de administración a Tubianskói, por la clasificadora de semillas. El presidente de aquel koljós, Gnedij, está jugando con nosotros. Le hemos preguntado, por escrito, cuándo va a quedar libre la máquina, y nos contesta al margen: «En el futuro». Desde luego, es un guasón de nacimiento, ¡eso es la pura verdad!

—Tú no me hables de Gnedij, háblame de tu koljós.

—Hemos llevado a cabo una campaña contra el exterminio del ganado. Ahora ya no lo matan. Hace unos días, acordamos colectivizar las aves de corral y el ganado menor, por temor a que lo degollaran todo, y por otras razones generales… Pero hoy le he dicho a Nagúlnov que devuelva las aves…

—¿Por qué?

—Porque considero equivocado socializar el ganado menor y las aves; en el koljós eso no es necesario por ahora.

—¿La asamblea de koljosianos tomó tal decisión?

—La tomó.

—¿Entonces?

—No tenemos gallineros, y los koljosianos han perdido el entusiasmo, ¡eso es la pura verdad! No valía la pena irritarlos más por menudencias… La socialización de las aves de corral no es obligatoria, pues no estamos organizando una comuna, sino un koljós.

—¡Buena teoría! ¿Y para devolver las aves, tenéis motivos? Claro que no era preciso haber empezado la cosa, pero ya que lo habéis hecho, no hay por qué dar marcha atrás. Por lo que veo, allí estáis parados en el mismo sitio, vacilando… ¡Hay que recuperar el tiempo perdido! El fondo de semillas no se ha creado, el cien por cien de colectivización no se ha conseguido, los aperos no han sido reparados…

—Hoy nos hemos puesto de acuerdo con el herrero.

—¿Ves? Lo que yo digo, ¡os falta ritmo! Hay que mandaros, sin falta, la columna de agitadores, ellos os enseñarán a trabajar.

—Mándala. Será magnífico, ¡qué duda cabe!

—Pero en cambio, cuando no hacía falta apresurarse, os pusisteis en movimiento inmediatamente. Fuma —el Secretario le tendió la pitillera—. De pronto, de sopetón, se presentan unos trineos cargados de kulaks. Zajárchenko me telefonea desde la GPU: «¿Dónde meterlos? No tenemos instrucciones del centro Comarcal. Se necesitan trenes para transportarlos. ¿Cómo y a dónde los mandamos?» ¡Ahí tienes

los resultados de tu proceder! Sin previo acuerdo, sin coordinación alguna…

—¿Y qué iba a hacer yo con ellos?

Davídov se enfadó. Y cuando, en su acaloramiento, empezaba a hablar con precipitación, emitía leves silbidos, debido a que la punta de la lengua penetraba en la mella, haciendo sus palabras siseantes y confusas. Lo mismo le pasó esta vez, al decir con vehemencia, alzando su voz de tenor, un poco bronca:

—¿Colgármelos del cuello? Ellos habían matado al campesino pobre Joprov y a su mujer…

—Las diligencias judiciales no lo han probado —le interrumpió el Secretario—. Pudo haber otros motivos.

—No lo han probado porque el juez de instrucción era un mal juez. Y eso de otros motivos… Vamos, ¡sandeces! Ha sido obra de los kulaks, ¡qué duda cabe! Han procurado por todos los medios impedir que organizásemos el koljós, han hecho agitación en contra nuestra, y nosotros, naturalmente, los hemos expulsado del caserío mandándoles al cuerno. Yo no comprendo por qué no haces más que recordarme eso. Parece que te disgusta…

—¡Archinecia suposición! ¡Ten más cuidado con lo que dices! Yo soy enemigo de las iniciativas personales en casos semejantes, cuando el plan, el trabajo planificado, es substituido por acciones de guerrilleros. Y tú te has ingeniado para ser el primero en expulsar a los kulaks de tu caserío, poniéndonos con ello en una situación sumamente difícil. Además, ¿qué localismo es ése? ¿Por qué los mandaste en tus trineos, solamente hasta la cabeza del distrito? ¿Por qué no directamente a la estación, a la capital de la comarca?

—Necesitábamos los trineos.

—Lo que yo digo, ¡localismo! Bueno, basta. Atiende; tu tarea, para los próximos días, es la siguiente: reunir, por completo, el fondo de semillas, reparar los aperos antes de la siembra, conseguir el cien por cien en la colectivización… Tu koljós será independiente. En el aspecto territorial, está muy alejado de las otras poblaciones, y, desgraciadamente, no se le incluirá en el «Gigante». Los del comarcal, ¡mal diablo se los lleve!, me están haciendo un lío: tan pronto piden «gigantes», ¡como dicen que es menester descentralizar! ¡Le vuelven a uno tarumba!

El Secretario agarróse la cabeza con ambas manos, permaneció así unos instantes, en silencio, y, ya con otro tono, dijo:

—Acércate a la Unión Agrícola del Distrito y ponte allí de acuerdo sobre el plan; luego, pásate por el comedor, y si no llegas a tiempo, ve a mi casa, mi mujer te dará de comer. ¡Espera! Escribiré una notita.

Rápidamente, rasgueó unas letras en un volante, se lo deslizó a Davídov y, metiendo la nariz en los papeles, le tendió la mano, fría y sudorosa.

—Vuélvete en seguida al caserío. Qué te vaya bien. La cuestión vuestra la

plantearé en el Buró. Aunque no, no lo haré. Pero trabajad de firme, adelantando. De lo contrario, habrá sanciones de carácter organizativo.

Davídov salió y desdobló la notita. En ella con lápiz azul y amplios rasgos, había escrito:

«Liza: Te encargo, de modo categórico, que des de comer inmediatamente y sin excusas al portador de la presente. G. Korchzhinski».

«No, prefiero quedarme sin comer antes que hacer uso de un mandato semejante», decidió el hambriento Davídov, después de leer aquello, y dirigióse hacia la Unión Agrícola del Distrito.

Capítulo XXI

Aquel año, según el plan, la superficie de labranza de primavera debía ser en Gremiachi Log de 472 hectáreas; entre ellas, 110 de tierras vírgenes. En el otoño se habían labrado, bajo el régimen de cultivo individual, 643 hectáreas y sembrado 210 de centeno de invierno. Se proyectaba dividir la superficie total de siembra de cereales y plantas oleaginosas de la siguiente manera: trigo, 667 hectáreas; centeno, 210; cebada, 108; avena, 50; mijo, 65; maíz, 167; girasol, 45, y cáñamo, 13. En total: 1.325 hectáreas, más 91 de tierras arenosas que se extendían, al sur de Gremiachi Log, hasta el largo barranco de Uzhachina, y se pensaba reservar para sandías y melones.

En la reunión ampliada de producción celebrada el 12 de febrero, a la que asistieron más de cuarenta activistas del koljós, se examinaron las cuestiones de crear el fondo de semillas, de establecer las normas de los trabajos del campo, de reparar los aperos para la siembra y de destinar una parte de las reservas de forraje para el período de las labores primaverales.

Por consejo de Yákov Lukich, Davídov propuso que se sembraran, en números redondos, siete puds de trigo por hectárea, es decir, 4.669 puds en total. E inmediatamente se produjo un alboroto ensordecedor. Cada uno gritaba sin oír a los demás, y el clamoreo aquel hacía retemblar, tintineantes, los cristales del antiguo *kurén* de Titok.

—¡Eso es una enormidad!

—¡Nos va a entrar cagalera!

—¡Nunca se ha sembrado así en tierras grises y arenosas!

—¡Ganas de hacer reír a la gente!

—A razón de cinco puds, todo lo más.

—Pongamos a cinco y medio.

—De tierra buena, como la que hace falta para los siete puds por *desiatina*, ¡no tenemos más que una pizca! ¿Qué es lo que quiere el Poder, que aremos los pastizales?

—Se podían labrar los campos cerca de la barraca de Pániushkin.

—¡Je, jel ¡Arar los sitios de más hierba! ¡Te habrás quedado calvo!…

—¡Habladnos del trigo! ¿Cuántos kilos se necesitan para esa *hectárea*?

—¡No nos marees la cabeza con los kilos! ¡Cuenta por medidas o por puds!

—¡Ciudadanos! ¡Ciudadanos, silencio! ¡La madre que os ha parido, ciudadanos!… ¡So-o-o! ¡Se han vuelto locos los malditos! ¡Dejadme… dos palabras! —se desgañitaba Liubishkin, el jefe de la segunda brigada.

—¿Dos? ¡Te las dejamos todas!

—¡Vaya una gentecita! ¡Mal rayo os parta! Talmente como animales… ¡Ignat!

¿Por qué muges igual que un toro? Estás ya morado de tanto berrear…

—¡Y tú echas espuma por la boca como un perro rabioso!

—¡Que hable Liubishkin!

—¡No puedo más! ¡Estoy ya sordo!

El vocerío era desenfrenado. Cuando, al fin, los más alborotadores se quedaron un poco roncos, Davídov, con una furia inhabitual en él, empezó a gritar:

—¿Es éste modo de celebrar reuniones?… ¿Por qué bramáis de esa manera? Cada uno tiene que hablar cuando le toque, y los demás callarse, ¡eso es la pura verdad! ¡No hay por qué portarse aquí como bandidos! ¡Hay que ser conscientes! —y, ya más bajo, añadió—: Debéis aprender de la clase obrera a celebrar las reuniones de un modo organizado. En nuestra fábrica, por ejemplo, cuando hay alguna reunión en el taller o en el club, siempre transcurre con orden, ¡eso es la pura verdad! Un camarada habla, y los demás escuchan, mientras que vosotros gritáis todos a la vez, ¡y no se entiende una palabra!

Liubishkin se levantó, agitando una gruesa tranca de roble:

—Al primero que interrumpa a otro, le sacudo con ésta un trancazo en el cogote, ¡que lo tumbo patas arriba!

—Pues antes de que acabe la reunión, ¡nos habrás dejado a todos lisiados! —auguró Diomka Ushakov.

Los reunidos rieron, echaron un cigarro y pusiéronse, ya en serio, a examinar la cuestión de las normas de siembra. Y resultó que, en realidad, no había ningún motivo para discutir ni gritar tanto… Yákov Lukich, que fue el primero en hablar, disipó inmediatamente todas las divergencias.

—Os habéis quedado roncos en vano. ¿Por qué el camarada Davídov ha propuesto los siete puds? Pues por la sencilla razón de que se lo hemos aconsejado todos nosotros. ¿Vamos a desinfectar y a limpiar la semilla en la clasificadora? Sí, vamos a hacerlo. ¿Y quedarán residuos? Quedarán. Incluso puede que muchos, porque hay algunos dueños de hacienda, poco cuidadosos, cuyo grano para semilla no se sabe si es grano o granzas. Lo tienen junto con el destinado para harina y lo criban de cualquier manera. Bueno, pero si quedan residuos, ¿no se perderán? No, se los echaremos a los animales y a las aves.

La cifra de siete puds fue aceptada. Peor se puso la cosa cuando se trató de las normas de rendimiento de cada arado. Hubo tal disparidad de opiniones, que Davídov casi se desconcertó.

—¿Cómo me vas a fijar tú, de antemano, el trabajo de cada arado, cuando no sabes qué primavera hará? —gritaba Agafón Dubtsov, el jefe de la tercera brigada, corpulento, picado de viruelas, arremetiendo contra Davídov—. ¿Sabes tú cómo se derretirá la nieve y si la tierra resultará seca ohúmeda debajo de ella? ¿Es que tú ves a través de la tierra?

—¿Y qué propones tú, Dubtsov? —le preguntó Davídov.

—Propongo que no se gaste papel en balde y que no se escriba nada ahora. Esto es hablar de la harina antes de sembrar el trigo…

—¡Tú, un jefe de brigada, y hablas como un inconsciente contra el plan! Según tú, ¿no se necesita, eh?

—No se puede decir de antemano cuánto y qué se va a hacer —apoyó, inesperadamente, Yákov Lukich a Dubtsov—. ¿Cómo es posible establecer la norma? Vosotros, es un suponer, uncís al arado tres pares de buenos bueyes, viejos, expertos, mientras que yo trabajo con unos de tres años, jóvenes sin adiestrar. ¿Podré yo arar con ellos tanto como vosotros? ¡En la vida!

Pero en aquel momento metió baza Maidánnikov:

—Extraña mucho oír en boca de Ostrovnov, administrador del koljós, semejantes cosas. ¿Cómo vas a trabajar tú sin una tarea? ¿Cómo te dé la santa gana? Yo no soltaré la mancera, mientras tú tomas tranquilamente el sol, ¿y luego recibiremos los dos por partes iguales? ¿Estás bien de la cabeza, Yákov Lukich?

—¡Bien, gracias a Dios, Kondrat Jristofórich! ¿Y cómo igualarás tú la fuerza de los bueyes y la calidad de la tierra? La tuya es blanda; la mía, dura; la tuya está en el llano; la mía, en un otero. Explícanos esto, si tan listo eres.

—Para la dura, una tarea; para la blanda, otra. Y la fuerza de los bueyes puede igualarse al uncirlos. Todo se puede tener en cuenta, ¡déjate de fábulas!

—Ushakov quiere hablar.

—¡Que hable!

—Yo, hermanos, propondría que a los animales, como siempre se hace, se les empezara a reforzar el pienso un mes antes de la siembra, con buen heno, maíz y cebada. Pero para esto hay que preguntar: ¿cómo andaremos de piensos? Porque los acopios se han llevado todo el grano sobrante…

—Del ganado se tratará luego. Eso es desviarse del asunto. ¡No cabe duda! Ahora hay que resolver la cuestión de las normas de trabajo diario en la labranza: cuántas hectáreas en tierra dura, cuántas por cada arado, cuántas por cada sembradora.

—¡Las sembradoras también son diferentes! Yo con una sembradora de once tubos no haré lo mismo que con una de diez y siete.

—¡Cierto! Presenta tu proposición. Y usted, ciudadano, ¿por qué está callado todo el tiempo? Figura usted entre los activistas, y todavía no he oído su voz.

Demid el Callado miró a Davídov sorprendido y respondió con su voz de bajo profundo:

—Estoy de acuerdo.

—¿Con qué?

—Con que hay que arar y, por consiguiente, sembrar.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—Ajá.

—Bueno, pues hemos concluido la charla —Davídov, sonriendo, añadió algunas palabras, pero la carcajada general impidió oírlas.

El abuelo Schukar se consideró obligado a dar una explicación.

—A éste, camarada Davídov, le llaman en el caserío el Callado. No abre nunca el pico, sólo lo hace en caso de extrema necesidad; por eso mismo, hasta su mujer le ha dejado. Es un cosaco no tonto, pero parece bobalicón, o, dicho más finamente, que está un poco tocado, como si le hubieran sacudido un talegazo, detrás de una esquina. De chico, yo le recuerdo bien, era un arrapiezo de tres al cuarto, un mocoso que andaba siempre con el culo al aire y en el que no se observaba talento ninguno. Y ahora, ha crecido y no dice esta boca es mía. Por tal motivo, en el antiguo *rígimen*, el pope de Tubianskói hasta lo descomulgó y todo. Un día, cuando lo estaba confesando (era en Cuaresma, la séptima semana, si no me equivoco), le echa sobre la cabeza el manto negro y le pregunta: «¿Robas, hijo mío?» Y el hijo calla. «¿Te entregas a la lujuria?» Y sigue callado. «¿Fumas? ¿Pecas con otras mujeres, faltando a la tuya?» Y ni pío. Cuando le habría bastado al tontaina decir: «Me arrepiento, padre», para que le hubiesen perdonado todos los pecados…

—Y tú, ¡a ver si cierras ya el pico! —resonó atrás una voz, seguida de unas risas.

—…Ahora mismito, ¡en un segundo acabo! Continúo. El no hacía más que dar resoplidos y mirar con ojos saltones, como un carnero delante de un portón nuevo. El pope se desespera; le entra miedo, le tiembla la estola, pero, a pesar de todo, pregunta: «¿Puede ser que hayas deseado alguna vez a la mujer de tu prójimo o el burro del vecino, o algún otro animal ajeno?» Bueno, y diferentes cosas más según el Evangelio…y Demid, ni palabra. ¿Y qué iba a decir él? Aunque hubiera deseado a la mujer de éste o de aquél, habría sido igual: ninguna, ni la última de las últimas, se lo habría dado…

—¡Acaba, abuelo! Eso que estás diciendo no se refiere a la cuestión —le ordenó, severo, Davídov.

—Ahora mismo se referirá, en seguidita voy al grano. Esto es sólo el *priámbulo*. ¡Un segundo más! Me han cortado el hilo… ¿Por dónde iba yo?… ¡Ay, qué j… cabeza la mía! ¡Señor, dame tu memoria!… Porque con esta puñetera que tengo. ¡Ah, ya recuerdo! —el abuelo Schukar se dio una palmada en la calva y soltó, como una ráfaga de ametralladora—: Por consiguiente, para Demid, la mujer del prójimo, ¡ni olerla! ¿Y qué necesidad tenía él de desear el burro o cualquier otro animal sagrado? Bueno, puede que lo desease, porque no tenía caballo en su hacienda, pero en nuestra tierra no se crían borricos, y él no ha visto ninguno en su vida. Y yo os pregunto, queridos ciudadanos, ¿de dónde vamos a sacar nosotros los burros, si aquí no los hay desde que el mundo es mundo? Y lo mismo pasa con el tigre, y con el camello…

—¿Vas a callarte o no? —preguntó Nagúlnov—. Mira que te pongo en la calle inmediatamente…

—Tú, Makárushka, el Primero de Mayo, en la escuela, estuviste hablando de la revolución mundial desde el mediodía hasta que se puso el sol. ¡Y qué tabarra nos diste!… No cabe más, machaca que te machaca con lo mismo… Yo, con disimulo, me acurruqué en un banco y eché un sueñecillo, pero no me atreví a interrumpirte. En cambio tú, me interrumpes…

—Deja al abuelo que acabe. Tenemos tiempo —dijo Razmiótnov, al que le gustaban con delirio los chascarrillos e historietas.

—¿Callaba por eso? Puede ser. Nadie lo sabe. El pope, que estaba asombradísimo, va y mete la cabeza por debajo del manto, se acerca a Demid e indaga: «¿Es que eres mudo?» Y Demid le contesta: «No, ¡es que me tienes harto!» El pope se enfadó terriblemente; se puso verde de coraje y le dijo, bajito, para que no lo oyeran las viejas que estaban cerca: «Entonces, puñetero, ¿por qué callas como un muerto?» Y, ¡zas!, le atizó con un candelero entre ceja y ceja.

El vozarrón tonante de Demid ahogó la carcajada general:

—¡Mientes! No me atizó.

—¿Ah, no? —se sorprendió sobremanera el abuelo Schukar—. Bueno, es igual: de seguro que tuvo buenas ganas de hacerlo… E inmediatamente le descomulgó. Ea, no importa, ciudadanos; si Demid calla, nosotros hablaremos. Y aunque una palabra fácil como la mía es plata, el silencio es oro.

—¡Pues cambia toda tu plata por oro! Así nos dejarías más tranquilos… —le aconsejó Nagúlnov.

La risa tan pronto se encendía restallante, igual que la leña seca, como se apagaba. El relato del abuelo Schukar estaba a punto de alterar el carácter ejecutivo de la reunión, pero Davídov, borrándose del rostro la sonrisa, preguntó:

—¿Qué querías decir sobre la norma de trabajo? ¡Anda, al grano!

—¿Yo?.. —el abuelo Schukar se enjugó con la manga la sudorosa frente y empezó a parpadear—. Yo no quería decir nada… Era para explicar la cuestión de Demid… La norma no tiene nada que ver aquí…

—¡Te privo del uso de la palabra en esta reunión! Hay que ceñirse al tema, las payasadas para luego, ¡eso es la pura verdad!

—Una *desiatina* por arado y por día —propuso el koljosiano Iván Batálschikov, uno de los delegados agrícolas.

Pero Dubtsov exclamó indignado:

—¡Estás loco! ¡Cuéntale eso a tu abuela! ¡Una *desiatina* no se puede arar en un día! Aunque te desriñones.

—Antes yo la labraba. Bueno, puede que sea un poco menos…

—¡Claro que menos!

—Media *desiatina* por arado. En tierra dura.

Después de largas discusiones, se establecieron las siguientes normas diarias de labranza: para las tierras duras, por arado, 0,60 hectáreas; para las blandas, 0,75.

Y en cuanto a la siembra: 3 ¼ hectáreas por sembradora de once tubos; 4 para las de trece, y 4 y ¾para las de diez y siete.

Disponiéndose como se disponía en Gremiachi Log de 184 pares de bueyes y de 73 caballos, el plan de siembra de primavera no requería extraordinario esfuerzo. Así lo manifestó Yákov Lukich:

—Si trabajamos con afán, acabaremos pronto. Corresponden cuatro *desiatinas* y media a cada yunta, en toda la primavera. ¡Eso es fácil, hermanos! Y no hay por qué hablar más.

—Pues en Tubianskói han tocado a ocho por yunta —comunicó Liubishkin.

—¡Que les suden bien las entrepiernas! Nosotros, el otoño pasado, antes de las heladas, labramos ya, mientras que ellos, desde el día de la Intercesión de la Virgen, se estuvieron tocando las narices y rascándose la barriga.

Acordóse reunir el fondo de semillas en tres días. El herrero Ippolit Shali dio una noticia poco grata. Hablaba con voz tajante y sonora, pues era algo tardo de oído, y no hacía más que dar vueltas, entre sus manos ennegrecidas, deformadas por el trabajo, al gorro mugriento del hollín. El numeroso auditorio le impresionaba.

—Se puede reparar todo. Por mí no ha de quedar. Pero en cuanto al hierro, es menester espabilarse, conseguirlo ahora mismo. No hay ni un cacho para las rejas y las cuchillas. No tengo con qué trabajar. Mañana empezaré con las sembradoras. Necesito un ayudante y carbón. ¿Y qué me va a pagar el koljós?

Davídov le explicó con detalle lo relativo al pago y le encargó a Yákov Lukich que al día siguiente mismo fuese a la cabeza del distrito por hierro y carbón. La cuestión de la reserva de forraje se resolvió rápidamente.

Luego, hizo uso de la palabra Yákov Lukich:

—Tenéis que estudiar, hermanos, con sensatez y acierto, cómo, dónde y qué sembrar. Y hay que elegir como dirigente un agricultor que sea hombre instruido y buen conocedor del asunto. Antes de formarse el koljós, teníamos cinco delegados agrícolas, y sin embargo, su labor no se veía por ningún lado. Hay que elegir un agricultor, entre los viejos cosacos, que conozca como es menester todas nuestras tierras, tanto las de aquí como las de aluvión. Mientras no se organice una nueva explotación de la tierra, ¡nos será de suma utilidad! Os diré que hoy día tenemos ya en el koljós a casi todo el caserío. Poco a poco, va ingresando la gente. Sólo quedan unas cincuenta haciendas de campesinos individuales, pero incluso ésos se despertarán, en un mañana muy próximo, convertidos en koljosianos… Por consiguiente, hemos de sembrar con arreglo a la ciencia, según ella indica. Digo esto para que de las doscientas*desiatinas* que tenemos de labrantíos, se dedique la mitad a

barbecho al estilo de Jersón. Esta primavera roturaremos ciento diez *desiatinas* de tierras vírgenes; dejémoslas en barbecho al modo de Jersón.

—¡En la vida hemos oído semejante cosa!

—¿Qué *Jersón* es ése?

—Explícanoslo prácticamente —le pidió Davídov, orgulloso, en su fuero interno, de los múltiples conocimientos de su experto administrador.

—Pues es una variedad de barbecho que también se llama de *bastidores* o a la americana. ¡Es algo muy curioso y muy bien pensado! Vosotros, por ejemplo, sembráis este año maíz o girasol… Y lo sembráis en filas espaciadas, con una separación doble de la ordinaria. Lo cual hará que sólo recojáis el cincuenta por ciento de la cosecha que se obtiene cuando se siembra al modo ordinario, de ahora. Tomad las mazorcas o cortad las corolas de los girasoles, pero dejando los tallos. Y ese mismo otoño sembrad trigo entre ellos, entre esos *bastidores*.

—¿Y cómo sembrarlo? La máquina romperá los tallos —preguntó Kondrat Maidánnikov, que escuchaba ansioso, con la boca abierta.

—¿Por qué los va a romper? Como las filas están espaciadas, la sembradora no los tocará, sus tubos pasarán de largo. Luego, la nieve se mantendrá acumulada entre los tallos. Se irá derritiendo poco a poco y dará más humedad. Y en primavera, cuando el trigo despunta, esos tallos se arrancan, se escarda el terreno. La idea es bastante atractiva. Yo he estado a punto de ponerla en práctica; quería probar este año. El cálculo es exacto, ¡no cabe error!

—¡Eso es algo grande! ¡Yo lo apoyo! —Davídov tocó con el pie a Nagúlnov, por debajo de la mesa, y le susurró en la oreja—: ¿Ves? Y tú estabas siempre contra él…

—Y lo estoy…

—Por testarudez, ¡eso es la pura verdad! Eres más obstinado que un buey…

La reunión aceptó la propuesta de Yákov Lukich. Después, se examinaron y resolvieron multitud de pequeñas cuestiones. La gente empezó a abandonar el local. No habían llegado aún Davídov y Nagúlnov a la casa del Soviet, cuando salió del patio y vino presuroso a su encuentro un muchacho de mediana estatura con cazadora de cuero, abierta, y uniforme de las Juventudes Comunistas de Choque. Sujetándose la gorra a cuadros, de ciudad, y venciendo la resistencia del viento huracanado, se acercaba rápidamente.

—Debe ser alguno del distrito —conjeturó Nagúlnov, entornando los ojos.

Al aproximarse, el muchachito saludó militarmente, llevándose la mano a la visera.

—¿Sois del Soviet?

—¿A quién busca usted?

—Al Secretario de la célula de aquí o al Presidente del Soviet.

—Yo soy el Secretario de la célula, y éste es el Presidente del koljós.

—Muy bien. Pues yo, camaradas, pertenezco a la columna de agitadores. Acabamos de llegar y os estamos esperando en el Soviet.

El muchachito, moreno y chato, lanzó una fugaz mirada al rostro de Davídov y sonrió interrogante:

—¿No eres tú Davídov, camarada?

—Davídov soy.

—Te he reconocido. Hace dos semanas nos vimos en el Comité Comarcal. Yo trabajo en la capital de la comarca, de prensador en la almazara.

Y entonces comprendió Davídov por qué al acercársele el muchacho, había percibido de pronto un intenso y dulce olor a aceite de girasol: su grasienta chaqueta de cuero, estaba toda impregnada de aquel grato tufillo, que el viento era incapaz de disipar.

Capítulo XXII

En la terracilla del Soviet, de espaldas a Davídov, que llegaba ya a ella, estaba en pie un hombre achaparrado, fornido, con un gorro cosaco, negro, de copa baja, en la que se destacaban dos galones blancos, formando cruz, y negra zamarra de piel curtida, fruncida en el talle. Las espaldas del hombre del gorro cosaco eran extraordinariamente anchas, inabarcables, y tapaban por completo la puerta y el dintel. Estaba allí plantado, esparrancadas las piernas, cortas, recias, bajo y vigoroso como un olmo de la estepa. Sus botas altas, de amplias cañas de fuelle y torcidos tacones, parecían soldadas al entarimado de la terracilla, que cedía bajo el peso de aquel corpachón de oso.

—Es el jefe de nuestra columna de agitadores, el camarada Kondratko —dijo el muchachito, que iba junto a Davídov. Y al advertir una sonrisa en los labios de éste, añadió en voz queda—: Nosotros le llamamos en broma «el tío Cuadrado»… Es un tornero de la fábrica de locomotoras de Lugansk… Ya vejete, por sus años, pero, por lo demás, ¡un barbián!

En aquel momento Kondratko, al oír hablar, volvió hacia Davídov el rostro purpúreo, y bajo sus bigotes caídos, castaños, brillaron de pronto, en una sonrisa, sus dientes blancos.

—¡Ah!, ¿vosotros seréis, seguramente, el Poder Soviético? ¡Buenas tardes, hermanitos!

—Buenas tardes, camarada. Yo soy el Presidente del koljós, y éste es el Secretario de la célula del Partido.

—¡Muy bien! Vamos adentro, porque mis valientes están cansados de esperar. Yo, como jefe de la columna de agitadores, voy a hablar con vosotros. Me llamo Kondratko, pero si mis muchachos os dicen que me llamo Cuadrado, haced el favor de no creerlo, pues todos ellos son unos bribones de siete suelas… —hablaba con voz de trueno, en tanto entraba de medio lado.

Osip Kondratko había trabajado en el Sur de Rusia más de veinte años. Al principio, en Taganrog; luego, en Rostov del Don y Mariúpol, y por último, en Lugansk, de donde partió para incorporarse a la Guardia Roja a fin de sostener con sus anchos hombros el joven Poder Soviético. Los años de convivencia con los rusos habían alterado la pureza de su habla ucraniana, pero su aspecto, sus bigotes caídos, como los de Shevchenko, revelaban al hombre de Ucrania. Avanzando hacia Tsaritsin, había atravesado en 1918, con los mineros del Donetz, con Vorochílov, los caseríos cosacos que ardían en el fuego de las insurrecciones contrarrevolucionarias… Y más tarde, cuando en las conversaciones se hablaba de los años —pertenecientes ya al pasado— de la guerra civil, cuyo eco perdura vivo en la memoria y en los corazones de sus participantes, Kondratko decía con recóndito

orgullo: «Nuestro Klíment[53] es también de Lugansk… En un tiempo, nos conocíamos muy bien, ¡ya lo creo!… Y me parece que nos volveremos a ver… Si nos vemos, ¡me reconocerá en seguida! En Tsaritsin, cuando combatíamos contra los blancos, solía decirme en broma: «¿Qué hay, Kondratko, cómo va el negocio? ¿Estás vivo todavía, viejo lobo?» —«Claro que estoy vivo, Klíment Efrémovich, ahora no hay tiempo para morirse, ¡ya ve la de sablazos que les atizamos a los contrarrevolucionarios! ¡Luchamos como leones!» Si nos encontráramos, empezaría en seguida a darme ánimos», terminaba Kondratko, con gran convencimiento.

Después de la guerra, fue a parar otra vez a Lugansk y prestó servicio en los organismos de la Cheka en el transporte; luego, lo mandaron al trabajo del Partido, y de nuevo, a la fábrica. De allí, movilizado por el Partido, marchó para ayudar a la colectivización en el agro. Mucho había engordado Kondratko en los últimos años, ensanchándose a más y mejor… Ahora, sus compañeros de armas no reconocerían a aquel mismo Osip Kondratko que, el año 1918, en las inmediaciones de Tsaritsin, había matado a sablazos a cuatro cosacos y al centurión del Kubán Mamaliga, el cual había recibido de manos del propio Wrángel, en «premio al valor», un sable de plata con incrustaciones de oro. Había entrado ya Osip en la edad madura y empezaba a envejecer; venillas azules y violadas surcaban su rostro… Como el caballo cansado de la rápida carrera se cubre de espuma, así se había cubierto de canas Osip; las pérfidas ni siquiera habían respetado sus lacios bigotes. Pero la voluntad y la fuerza no abandonaban a Osip Kondratko, y en cuanto a la creciente obesidad, desmesurada, aquello no tenía importancia. «Tarás Bulba era todavía más gordo que yo, ¿y le impidió eso pelear contra los polacos? ¡Quiá! Si hay que combatir otra vez, yo sabré hacer, de cualquier oficial, ¡dos de un solo tajo! Y mis cincuenta añitos… ¡Bah, valiente cosa! Mi padre vivió cien bajo el Poder de los zares; yo, bajo el querido Poder nuestro, viviré ciento cincuenta!», decía cuando le recordaban su edad y su gordura cada vez mayor.

Kondratko entró el primero en la habitación del Soviet.

—¡Silencio, muchachos! Haced el favor. Este es el Presidente del koljós, y este otro, el Secretario de la célula. Ahora tenemos que escuchar, para enterarnos de lo que pasa aquí, y entonces sabremos lo que hay que hacer. ¡Hala, sentarsel

Unos quince hombres de la columna de agitadores, sin dejar de hablar, empezaron a tomar asiento. Dos de ellos salieron al patio; sin duda, a echar un vistazo a los caballos. Al pasar la mirada por aquellos desconocidos rostros, Davídov reconoció a tres funcionarios del distrito: al perito agrónomo, al maestro de la escuela secundaria y al médico. Los demás eran enviados de la capital de la comarca; algunos, a juzgar por todas las apariencias, venían de la producción. En tanto se sentaban, arrastrando las sillas y tosiendo, Kondratko le dijo a Davídov en voz baja:

—Ordena que les echen heno a nuestros caballos, y que los carreros no se vayan

por ahí… —y entornó los ojos con picardía—. ¿No encontrarás un poco de avena?

—No, la única que tenemos es para semilla —contestó Davídov, y al instante, sintió un frío interior, aguda desazón y repugnancia de sí mismo.

De avena para piensos les quedaban más de cien puds, pero se había negado porque la avena aquella la guardaban, cuidándola como las niñas de sus ojos, para el comienzo de las labores de primavera, y a Yákov Lukich casi se le saltaban las lágrimas cuando había de dar a los caballos —únicamente a los de la administración del koljós y sólo antes de los viajes largos y penosos— un cubo por cabeza del precioso grano.

«¡Ya está aquí el mezquino espíritu de la pequeña propiedad! A mí también empieza a atenazarme —pensaba Davídov—. Antes no me ocurría nada semejante, ¡eso es la pura verdad! ¿No te da vergüenza?… ¿Qué, le doy la avena? No; ahora ya no estaría bien».

—¿Quizás tengáis cebada?

—Tampoco tenemos.

En realidad, no la había, pero Davídov se puso colorado bajo la irónica y comprensiva mirada de Kondratko.

—No; te lo digo en serio, no tenemos cebada.

—Buen amo serías tú… Y a lo mejor, hasta un buen kulak… —dijo con su vozarrón Kondratko, riéndose para sus adentros, mas al ver que Davídov fruncía el entrecejo, le abrazó, alzándole en vilo—. ¡No te enfades! Era una broma. ¿No tienes? ¡Qué se le va a hacer! Guarda, guarda lo más posible para tus animales… ¡Hala, hermanitos, manos a la obra! Es necesario que haya aquí un silencio sepulcral —y dirigiéndose a Davídov y a Nagúlnov, añadió—: Hemos venido a vuestro caserío para echaros una manita. Supongo que os lo habrán dicho. De modo que, informadnos: ¿cómo andan vuestros asuntos?

Después del circunstanciado informe hecho por Davídov sobre la marcha de la colectivización y de la creación del fondo de semillas, Kondratko decidió:

—Todos nosotros no tenemos nada que hacer aquí —carraspeando, sacó del bolsillo una libreta y un mapa, y pasó el dedo por él—. Iremos a Tubianskói… Está cerquita de vuestro caserío, por lo que veo…Y a vosotros os dejaremos una brigada de cuatro muchachos, para que os echen una mano. En cuanto a la manera de reunir, lo más pronto posible, el fondo de semillas, os aconsejo lo siguiente: tener primero una reunión con los labradores, explicarles bien los motivos y las razones, y sólo entonces podréis desarrollar un trabajo de masas.

Hablaba con detalle, pausadamente. Davídov le escuchaba con gusto. Y aunque a veces no comprendía claramente el sentido de algunas expresiones ucranianas, dichas en un idioma que él entendía sólo a medias, se daba perfecta cuenta de que, en conjunto, Kondratko estaba exponiendo un acertado plan de campaña para reunir el

fondo de semillas. Sin apresuramiento, con igual tono pausado, Kondratko marcó la línea de conducta que se debía seguir respecto a los campesinos individuales y acomodados del caserío si, contra lo que se esperaba, se les ocurría ponerse testarudos y ofrecer resistencia, de uno u otro modo, a las medidas de recogida de grano para semilla; indicó los métodos más eficaces, basados en la experiencia de trabajo de la columna de agitadores en otros soviets rurales. Hablaba siempre con suavidad, sin la más leve muestra de querer dirigir o dar lecciones, pidiendo consejo, en el curso de su intervención, a Davídov, Razmiótnov y Nagúlnov: «Así es como debe hacerse. ¿Y qué opináis vosotros, los de Gremiachi? ¿Conformes? ¡Me lo figuraba!»

Y Davídov, observando sonriente el rostro purpúreo, surcado de venillas, del tornero Kondratko, y el brillo pícaro de sus ojillos hundidos, pensaba: «¡Qué listo es este diablo! No quiere coartar nuestra iniciativa, y hace como que pide consejo. Pero intenta oponerte a su justo planteamiento; y en el acto, con la misma suavidad, te llevará a su terreno. ¡Qué duda cabe! ¡Yo conozco bien a esta clase de pájaros!»

Otro pequeño incidente vino a aumentar su simpatía hacia Kondratko. Este, antes de marchar, llamó aparte al jefe de la brigada que se quedaba en Gremiachi con tres camaradas más, y entre ambos se entabló un breve coloquio.

—¿Por qué te has puesto el revólver sobre la chaqueta? ¡Quítatelo ahora mismo!

—Pero, camarada Kondratko, los kulaks… la lucha de clases…

—¡Déjate de cuentos! ¿Los kulaks?, ¿y qué? Tú has venido aquí a hacer agitación, y si tienes miedo de ellos, toma el revólver, pero no se te ocurra llevado fuera, ¡adoquín! ¡Eres como un niño pequeño! Le han dado un arma y se la cuelga del cinto, tan contento… Métete eso en el bolsillo ahora mismo, para que los defensores de los kulaks no digan: «Mirad, mirad, buena gente, cómo vienen éstos a haceros propaganda, ¡con revólveres!» —y agregó entre dientes—: ¡Ah, bribonazo!…

Al montar en el trineo, llamó a Davídov y, dándole vueltas a un botón de su abrigo, le dijo:

—¡Mis muchachos trabajarán como condenados! Trabajad también vosotros de firme, ¿eh? Para que todo quede terminado cuanto antes. Yo estaré en Tubianskói; si pasa algo, avísame. Llegaremos allí y, seguramente, tendré que dar hoy mismo una función de teatro. ¡No puedes figurarte cómo hago yo el kulak! Tengo una pinta que me permite representar el kulak del natural… ¡Las cosas que tiene que hacer el tío Kondratko a la vejez! Bueno, en lo de la avena, no pienses más; no te guardo rencor por eso —y, sonriendo, derrumbóse sobre el asiento y apoyó las anchísimas espaldas contra el respaldo del trineo.

—¡Qué cabeza! ¡Y qué hombros! ¡Y qué piernas para sostenede! —comentó Razmiótnov, riendo a carcajadas—. ¡Es talmente un tractor!… Si lo enganchas a un arado tirará él solo por tres pares de bueyes. Una cosa me extraña, sin embargo: ¿de

qué material harán a estos hombres tan vigorosos? ¿Qué crees tú, Nagúlnov?

—Creo que empiezas a parecerte al abuelo Schukar: ¡te estás volviendo muy chadatán! —repuso aquél, malhumorado.

Capítulo XXIII

El *esaul* Pólovtsev, que continuaba en casa de Yákov Lukich, preparábase allí activamente para la primavera, para la insurrección. Por las noches, hasta el canto del gallo, permanecía en su cuartucho, escribiendo, trazando planos con lápiz tinta o dedicado a la lectura. A veces, al entrar a verle, Yákov Lukich lo sorprendía leyendo, inclinada la cabeza, de frente grande, sobre la pequeña mesa, mientras sus firmes labios se movían en silencio. Otras, lo encontraba sumido en penosísimas meditaciones. En tales momentos, Pólovtsev, hincados los codos en la mesita, hundía los dedos en los cabellos blanquecinos, ralos y largos. Sus pronunciadas mandíbulas prietas se movían como si masticasen algo, duro de triturar; sus ojos estaban medio cerrados. Sólo después de varias llamadas alzaba la cabeza, y en sus pupilas diminutas, espantosamente inmóviles, fulguraba la ira: «¿Qué quieres?», preguntaba con vozarrón de bajo que parecía un bronco ladrido. En tales instantes, le infundía a Yákov Lukich más miedo aún e involuntario respeto.

Entre las obligaciones de Yákov Lukich figuraba la de comunicar diariamente a Pólovtsev lo que ocurría en el caserío y en el koljós; e informaba a conciencia, pero cada día le traía a Pólovtsev nuevos disgustos, que iban profundizando más sus transversales arrugas.

Desde que habían expulsado de Gremiachi Log a los kulaks, Pólovtsev no pegaba ojo en toda la noche. Sus pasos recios, pero atenuados, resonaban hasta el alba. Una vez, Yákov Lukich, acercándose de puntillas a la puerta del cuartucho, le oyó barbotar, rechinando los dientes:

—¡Nos quitan la tierra de debajo de los pies! Nos privan de todo apoyo… ¡Hay que matarlos! ¡Matarlos! ¡A sablazos, sin compasión!

Callaba, empezaba otra vez a andar, posando suavemente los pies calzados con botas de fieltro, se oía el escarbar de sus uñas por el cuerpo —como de ordinario, se rascaba el pecho— y de nuevo, con sorda voz:

—¡Matarlos! ¡Matarlos!… —y en tono más dulce, con un gorgoteo—: ¡Dios misericordioso, justiciero, que todo lo ves!… ¡Ayúdanos!… ¿Cuándo llegará esa hora?… ¡Apresura tu castigo, Señor!

El alarmado Yákov Lukich, ya al amanecer, acercóse a la puerta y volvió a pegar la oreja al ojo de la cerradura. Pólovtsev musitaba una oración, se ponía de rodillas, jadeando, y se inclinaba reverente. Luego, apagó la luz, acostóse y, ya medio dormido, profirió otra vez, con voz clara: «Matarlos a todos… ¡hasta el último!», y empezó a gemir.

Unos días más tarde, Yákov Lukich oyó de noche llamar al postigo: salió al zaguán.

—¿Quién llama?

—¡Abre, patrón!

—¿Quiénes?

—Vengo a ver a Alexandr Anísimovich —respondieron, en un susurro, al otro lado de la puerta.

—¿A quién? Aquí no vive nadie que se llame así.

—Dile que le traigo una carta del Negro.

Yákov Lukich lo pensó un poco y abrió: «¡Sea lo que Dios quiera!» Entró un hombre bajito, encapuchado con un *bashlik*. Pólovtsev lo condujo a su cuartucho, cerró herméticamente la puerta y, durante hora y media, oyóse el apagado murmullo de una precipitada conversación. Entre tanto, el hijo de Yákov Lukich le daba heno al caballo del mensajero, le aflojaba la cincha, lo desembridaba.

A partir de entonces, casi todos los días empezaron a llegar correos a caballo, pero ya no a la medianoche, sino de madrugada, a eso de las tres o las cuatro. Llegaban, por lo visto, de sitios más lejanos que el primero.

Aquellos días Yákov Lukich llevaba una vida doble, extraña. Por la mañana, iba a la administración del koljós; hablaba con Davídov, con Nagúlnov, con los carpinteros y los jefes de las brigadas. Los múltiples quehaceres que le proporcionaban la construcción de los establos para el ganado, la desinfección del grano, la reparación de los aperos, no le dejaban ni un minuto libre para otros pensamientos. El diligente Yákov Lukich, de un modo imprevisto por él mismo, encontrábase metido en un ambiente de afanosa actividad y continuas preocupaciones, muy grato a su carácter, con la sola diferencia, fundamental, de que ahora andaba ajetreado por el caserío, hacía numerosos viajes y se ocupaba de diversos asuntos no en aras del beneficio personal, sino trabajando para el koljós. Pero incluso de aquello estaba satisfecho, con tal de distraerse de los sombríos pensamientos y ahuyentar las meditaciones… Le atraía el trabajo, sentía siempre el deseo de hacer algo, proyectos de toda índole germinaban en su cabeza. Había emprendido con afán los trabajos para hacer más templados los establos y la construcción de una cuadra central; dirigía el traslado de los graneros socializados y las obras de uno nuevo, koljosiano. Y al anochecer, en cuanto cesaba el ajetreo de la jornada y llegaba la hora de volver a casa, ante la sola idea de que allí, en el cuartucho, estaba Pólovtsev, sombrío y espantoso en su soledad, como un milano sobre un túmulo funerario, Yákov Lukich sentía una opresión en la boca del estómago, las fuerzas le abandonaban y un inmenso cansancio se apoderaba de él… Volvía a casa y, antes de cenar, entraba a verle.

—Cuenta —le decía Pólovtsev, liando un cigarrillo, dispuesto a escucharle con ansia.

Y Yákov Lukich le contaba las novedades de la jornada en el koljós. De ordinario, Pólovtsev le escuchaba en silencio, pero una vez, al informarle Yákov Lukich de la distribución de ropas y calzado de los kulaks entre los campesinos

pobres, su rabia se desbordó; furioso, con un gorgoteo en la garganta, empezó a vociferar:

—¡En primavera, a todos los que han tomado alguna prenda les retorceremos el pescuezo! ¡Haz una lista de todos esos… canallas! ¿Me oyes?

—Ya la he hecho, Alexandr Anísimovich.

—¿La tienes ahí?

—Sí.

—¡Dámela!

Cogió la lista y la copió cuidadosamente, anotando los nombres, patronímicos y apellidos completos, así como las prendas tomadas, y poniendo una crucecita junto a cada uno de los que habían recibido ropa o calzado.

Después de hablar con Pólovtsev, Yákov Lllkich se iba a cenar; pero antes de acostarse pasaba de nuevo por el cuartucho a recibir instrucciones sobre lo que había que hacer al día siguiente.

Por indicación de Pólovtsev, el 8 de febrero, Yákov Lukich dio orden al jefe de la segunda brigada de que reservase cuatro trineos con hombres, para llevar a los establos de los bueyes arena del río. La orden fue cumplida. Entonces Yákov Lukich dispuso que limpiaran bien los suelos de tierra y los enarenasen luego. Cuando estaban terminando el trabajo, Davídov llegó al establo de la segunda brigada.

—¿Qué hacéis con esa arena? —preguntó a Demid el Callado, que había sido nombrado boyero de la brigada.

—La esparramamos.

—¿Para qué?

Silencio.

—Te pregunto que para qué.

—No lo sé.

—¿Quién ha mandado que se eche aquí arena?

—El administrador.

—¿Y qué dijo?

—Dijo: cuidad de la limpieza… ¡inventa, el hijo de perra!

—Pues esto es buena cosa, ¡qué duda cabe! En realidad, estará así más limpio. Porque con el estiércol y la peste que había aquí, los bueyes podían agarrar una enfermedad. A ellos hay que proporcionarles también limpieza, como dicen los veterinarios, ¡eso es la pura verdad! Y tú haces mal en… Bueno, en manifestar tu descontento. Fíjate, ¿eh? hasta da gusto mirar el establo: arenita, curiosidad… ¿Qué te parece?

Pero Davídov no pudo sacarle al Callado una palabra más del cuerpo. Sin despegar los labios, éste se dirigió al cobertizo del salvado, y aquél, aprobando mentalmente la iniciativa de su administrador, se fue a comer.

Al atardecer, Liubishkin vino corriendo a ver a Davídov, y le preguntó enfurecido:

—¿Es que desde hoy les vamos a poner a los bueyes arena, en vez del lecho de paja?

—Sí, arena.

—¿Qué le pasa a ese Ostrovnov? ¿Se… se ha vuelto loco? ¿Dónde se ha visto esto? ¿Y tú, camarada Davídov?… ¿Será posible que apruebes semejante majadería?

—¡Cálmate, Liubishkin! Todo esto es por razones de higiene, y Ostrovnov ha hecho bien. Cuando hay limpieza, disminuye el peligro de las enfermedades.

—¿Higiene? Si eso es higiene, ¡que se la meta en el c…! ¿Dónde deben acostarse los bueyes? ¡Y más con el frío que hace! La paja les da calor, mientras que la arena… Anda, ¡prueba a acostarte sobre ella!

—Bueno, bueno, ¡haz el favor de no poner objeciones! ¡Tenemos que desechar los viejos métodos de cuidar el ganado! Hay que dar a todo una base científica.

—Sí, sí, ¡vaya una base! ¡Maldita sea…! —Liubishkin se dio un sonoro golpe con la *papaja* negra en la caña de la bota y salió disparado, más rojo que la grana.

A la mañana siguiente, veintitrés bueyes no pudieron levantarse del suelo. Durante la noche, la arena, endurecida por el frío, había impedido que se filtrase la orina de los animales, y éstos, descansando sobre la humedad, habían quedado adheridos a la capa de hielo… Algunos se levantaron, dejando sobre la arena petrificada túrdigas de pellejo. A cuatro se les partieron los helados rabos; los demás, del frío, estaban enfermos.

Yákov Lukich había puesto demasiado celo en el cumplimiento del mandato de Pólovtsev, y aquello estuvo a punto de costarle el cargo de administrador. «De ese modo, ¡harás que sus bueyes se hielen! Y los muy tontos creerán que lo has hecho para la limpieza. Pero cuidado con los caballos, ¿eh? . . ¡Necesito que todos ellos, en cualquier momento, estén en condiciones!», le había dicho la víspera Pólovtsev. Y Yákov Lukich había ejecutado la orden.

Por la mañana, Davídov le llamó a su habitación, corrió el pestillo de la puerta y, sin mirarle, le preguntó:

—¿Qué es lo que has hecho?…

—¡Ha sido un error, querido camarada Davídov! Pero yo lo hice con la mejor intención… ¡Dios mío!… Me arrancaría los pelos…

—¡Ah, canalla!… —Davídov se puso lívido y clavó de pronto en Yákov Lukich sus ojos, cuajados de lágrimas de rabia—. ¿Con que nos saboteas?… ¿No sabías tú que la arena no se puede echar en los compartimentos? ¿No sabías que se podían helar los bueyes?

—Yo quería que los bueyes… ¡Dios es testigo de que no lo sabía!

—¡No me vengas con cuentos!… ¡Yo no creeré nunca que tú, un hombre tan

experimentado, ignorabas eso!

Yákov Lukich se echó a llorar. Sonándose, balbuceaba siempre lo mismo:

—Yo quería cuidar de la limpieza… Que no hubiera allí estiércol… No sabía, ni me imaginaba lo que iba a pasar…

—Vete, y entrega todo a Ushakov. Te llevaremos a los tribunales.

—¡Camarada Davídov!…

—¡Te digo que te vayas!

Cuando Yákov Lukich se hubo marchado, Davídov empezó a reflexionar, con más calma, sobre lo ocurrido. Sospechar que Yákov Lukich se dedicase al sabotaje le parecía ahora absurdo. Pues Ostrovnov no era ningún kulak. Y si algunos, a veces, le llamaban eso, era simplemente por motivos de enemistad personal. Sin embargo, un día, poco después del nombramiento de Ostrovnov para el cargo de administrador, Liubishkin había dejado caer la siguiente frase: «¡Ese es un antiguo kulak!» Davídov hizo entonces averiguaciones y comprobó que, en efecto, hacía muchos años, Yákov Lukich había vivido en la abundancia, pero luego las malas cosechas le habían arruinado, reduciéndole a la condición de campesino medio. Después de mucho pensar, Davídov llegó a la conclusión de que Yákov Lukich no era culpable del accidente de los bueyes, y que si había obligado a enarenar los establos, ello se debía al deseo de instaurar allí la limpieza y, posiblemente, en parte, a su continuo afán de innovaciones. «Si fuera un saboteador, no trabajaría con tanto afán. Y además, su par de bueyes también ha sufrido a causa de esto —se decía Davídov—. No, Ostrovnov es un koljosiano fiel a nosotros, y el caso de la arena no es más que una lamentable equivocación, ¡eso es la pura verdad!» Recordó con cuánta solicitud e ingenio trabajaba Yákov Lukich para hacer unos establos cálidos y cómo economizaba el heno; incluso una vez, con motivo de haber enfermado tres caballos koljosianos, se había pasado la noche entera en la cuadra poniendo a los animales lavativas de aceite de cáñamo para curarles el cólico; luego, él fue el primero en proponer que se expulsase del koljós al causante de la enfermedad, el mozo de cuadra de la primera brigada, Kuzhenkov, el cual, según se puso en claro, había alimentado a los caballos, durante una semana, solamente con paja de centeno. En cuanto a los caballos, Davídov había observado lo mucho que Yákov Lukich cuidaba de ellos, más que nadie. Y al recordar todo aquello, Davídov se sintió avergonzado, culpable ante el administrador por su injustificada explosión de cólera. Lamentaba haber tratado tan groseramente a un buen koljosiano, miembro del consejo de administración y respetado por sus convecinos, al que había llegado a acusar de sabotaje, cuando en realidad no había cometido más que una simple imprudencia. ¡«Qué barbaridad!», pensó, revolviéndose los cabellos, y, carraspeando turbado, salió de la habitación. Yákov Lukich, con un manojo de llaves en la mano y un agravio en los labios trémulos, hablaba con el contable.

—Mira, Ostrovnov… No hagas entrega, sigue trabajando, desde luego. Pero como vuelva a ocurrirte algo parecido… Bueno, ya sabes lo que quiero decirte… Llama al veterinario del distrito, y diles a los jefes de brigada que no manden a trabajar a los bueyes con heladuras.

El primer intento de Yákov Lukich de causar daño al koljós había terminado con felicidad, sin contratiempos para él. Pólovtsev liberó temporalmente de sucesivas tareas a Ostrovnov, pues éste estaba ocupado en otros menesteres: a su casa había llegado —de noche como siempre— un nuevo hombre. El viajero despidió el trineo y entró en el *kurén*, e inmediatamente Pólovtsev se lo llevó a su cuartucho y ordenó que nadie penetrase allí. Estuvieron hablando los dos hasta muy tarde, y a la mañana siguiente, Pólovtsev, reanimado y alegre, llamó a Yákov Lukich a su habitacioncilla.

—Aquí tienes, querido Yákov Lukich, a un miembro de nuestra alianza, un compañero de armas, por decido así, el alférez, o *jorunzhi* en cosaco, Vatslav Avgustovich Liatievski. Aprécialo y cuida bien de él. Y éste es mi patrón, un cosaco de pura cepa, pero que ahora está en el koljós, de administrador… Es todo un funcionario soviético, podríamos decir…

El alférez se incorporó en la cama y le tendió a Yákov Lukich la mano, blanca y ancha. Aparentaba unos treinta años y tenía el rostro amarillento y enjuto. Sus cabellos rizosos y negros descendían, peinados hacia atrás, hasta el abotonado cuello de su negra blusa de satén. Sobre los labios, rectos y sonrientes, se ensortijaba un bigotillo ralo. El ojo izquierdo estaba entornado para siempre —sin duda, a causa de alguna contusión—, y bajo él, formando abultados pliegues inertes, se contraía la piel, seca y muerta como una hoja de otoño. Pero aquel ojo entornado, lejos de alterar la alegre y risueña expresión del rostro del ex alférez Liatievski, la acentuaba aún más. Parecía que de un momento a otro iba a guiñar con malicia el ojo castaño, que la piel se desplegaría, para subir hacia la sien en un haz de arruguillas, y el alférez, gozoso de la vida, prorrumpiría en una carcajada jovial y contagiosa. Su ropa, intencionadamente holgada, no entorpecía los bruscos movimientos de Liatievski ni ocultaba su marcial apostura.

Pólovtsev, contra su costumbre, estaba aquel día de buen humor y se mostraba amable hasta con Yákov Lukich. No tardó en poner término a aquella conversación intrascendente; volviéndose hacia Ostrovnov, manifestó:

—El alférez Liatievski se quedará en tu casa un par de semanas, y yo, hoy, en cuanto anochezca, me marcharé. Facilítale a Vatslav Avgustovich todo lo que necesite; cumple todas sus órdenes como si fueran mías. ¿Entendido? ¡Eso tienes que hacer, mi buen Yákov Lukich! —y poniéndole sobre la rodilla su mano de hinchadas venas, añadió, en tono muy significativo—: ¡Pronto empezaremos! Ya nos queda poco que aguantar. Díselo así a nuestros cosacos, para que cobren ánimos. Y ahora, vete, tenemos que hablar aún.

Había ocurrido algo extraordinario, que obligaba a Pólovtsev a ausentarse de Gremiachi Log por dos semanas. Yákov Lukich ardía en deseos de saber qué era aquello. Con este objeto, penetró en la sala, desde donde oyera Pólovtsev aquel día su conversación con Davídov, y pegó la oreja al delgado tabique. A través de él, captó algunas frases sueltas, pronunciadas en el cuartucho:

Liatievski —Tiene usted que ponerse, obligatoriamente, en contacto con Bikadórov… En la entrevista, Su Excelencia le informará desde luego de que los planes… una situación favorable… ¡Eso es magnífico!… En la región de Salsk… un tren blindado… en caso de derrota…

Pólovtsev —¡Chits!…

Liatievski —¿Supongo que no nos oirá nadie?

Pólovtsev —Sin embargo… La más estricta prudencia en todo…

Liatievski (aún más bajo, tanto que Yákov Lukich pierde el hilo de sus palabras) —Derrotas… desde luego… Afganistán… Con su ayuda se podrá pasar…

Pólovtsev —Pero los fondos… la GPU… (y después, un continuo: «bis-bis-bis-s-s…»).

Liatievski —Otra alternativa: pasar la frontera… Minsk… Dejando atrás… Le aseguro que los guardafronteras… En la sección del Estado Mayor, nos recibirán sin duda… El coronel, yo conozco su apellido… el santo y seña… ¡Esto constituye una poderosa ayuda! Una protección semejante… No se trata de un subsidio…

Pólovtsev —¿Y él que opina?

Liatievski —Estoy seguro de que el general repetirá… ¡mucho! Me han ordenado de palabra que… extremadamente grave, aprovechando… no dejar escapar el momento…

Las dos voces se convirtieron en un susurro, y Yákov Lukich, que no había comprendido nada de aquellos retazos de conversación, suspiró desalentado y dirigióse a la administración del koljós, Al llegar a la antigua casa de Titok y recorrer con la mirada, por costumbre, la tabla blanca, fijada sobre la puerta, en que se leía: «Administración del koljós Stalin de Gremiachi», sintió de nuevo aquel habitual desdoblamiento. Luego, recordó al alférez Liatievski y las palabras, dichas con seguridad, de Pólovtsev: «¡Pronto empezaremos!», y pensó, con encono, irritado contra sí mismo: «¡Que sea pronto! Porque si no, ¡yo me desgarraré la piel entre ellos y el koljós, como un buey sobre el hielo!»

Por la noche, Pólovtsev ensilló el caballo, metió en las bolsas de cuero todos sus papeles, tomó las provisiones para el camino y se despidió. Yákov Lukich oyó, frente a las ventanas, el seco y alegre repiqueteo de los cascos del bruto, que, después de la larga quietud, caracoleaba, contento de desentumecerse.

El nuevo pupilo resultó ser hombre muy inquieto y de una rudeza castrense, sin cumplidos. Siempre alegre y sonriente, se pasaba los días enteros vagando por el

kurén, bromeando con las mujeres y molestando de continuo a la vieja abuela, que detestaba el humo del tabaco. Andaba por la casa sin temor a que le viese algún extraño, hasta tal punto, que Yákov Lukich le advirtió:

—Debería tener más cuidado… No vaya a ser que, en mala hora, se presente aquí alguien y vea a usía.

—¿Es que yo llevo escrito en la frente que soy un «usía»?

—No, pero pueden preguntar quién es usted y de dónde ha venido…

—Mira, patrón, yo tengo los bolsillos llenos de documentos falsos. Y si la cosa se pone fea y no me creen, presentaré este salvoconducto… Con él, ¡se puede pasar por todas partes! —y sin abandonar su alegre sonrisa, mirando retador con su ojo inmóvil, escondido en un pliegue de la piel, sacó del pecho una pistola «máuser», que relució débilmente.

La alegría del bravo alférez no le agradaba a Yákov Lukich; sobre todo después de una noche en que, al volver de la administración, oyó en el zaguán unas voces sofocadas, una risa contenida y un ruido como de lucha. Encendió una cerilla y vio en el rincón, tras el arca del salvado, el ojo de Liatievski, que brillaba solitario, y al lado, a su nuera, colorada como un tomate. Toda turbada, se bajaba con precipitación las faldas y se arreglaba el pañuelo de la cabeza, caído sobre la nuca… Yákov Lukich, sin decir palabra, se dirigió hacia la cocina, pero Liatievski le alcanzó, ya en el umbral, y, dándole una palmada en el hombro, le dijo en voz baja:

—Tú, padrecito, punto en boca… No le des un disgusto a tu hijito… Nosotros, los militares, procedemos así. ¡Con rapidez y empuje! ¿Quién no ha pecado de joven alguna vez? ¡Ji, ji!… Anda, toma un cigarrillo y fuma… ¿Y tú, no has hecho nunca nada con la nuera? ¡Ah, viejo granuja!

Yákov Lukich estaba tan desconcertado, que cogió el cigarrillo y no entró en la cocina hasta que no lo hubo encendido con la cerilla que Liatievski le tendía. Este, después de darle fuego al patrón, dijo en tono aleccionador, conteniendo un bostezo:

—Cuando le hacen a uno una fineza, como, por ejemplo, encendiéndole un fósforo, hay que dar las gracias. Mal educado estás, ¡Y eso que eres administrador! Antes, yo no te habría tomado ni de asistente.

«¡Vaya un huésped que me ha mandado el diablo!», pensó Yákov Lukich.

La desvergüenza de Liatievski le había producido un efecto abrumador. Su hijo, Semión, estaba ausente, pues le habían enviado a la cabeza del distrito, en busca del veterinario. Yákov Lukich resolvió no decirle nada; llamó a su nuera al granero, y allí, a la chita callando, la castigó azotándola con una sufra. Mas como los golpes no fueron suministrados en la cara, sino en la espalda y más abajo, no dejaron señales visibles. El propio Semión no advirtió nada. Por la noche, volvió de la *stanitsa*; su mujer le sirvió la cena, y él, al notar que se sentaba en el borde mismo del banco, inquirió sorprendido y bonachón:

—¿Por qué te sientas como si estuvieras en visita?

—Me ha salido… un grano… —contestó la mujercita de Semión, poniéndose toda colorada, y se levantó.

—No tienes más que mascar un poco de cebolla con pan y aplicártelo en el sitio… En seguida, desaparecerá —le aconsejó compasivo Yákov Lukich, que en aquel momento estaba dando cerote a unos hilos, junto al horno.

La nuera le lanzó una mirada fulgurante, pero respondió sumisa:

—Gracias, padre; sin eso se curará…

De tarde en tarde, Liatievski recibía pliegos. Después de enterarse de su contenido, los quemaba en la estufa. Al fin, empezó a entregarse a la bebida, por las noches, y dejó de retozar con la nuera de Yákov Lukich. Estaba taciturno y, cada vez con más frecuencia, mandaba a éste o a Semión por «media botellita», poniéndoles en la mano billetes nuevecitos, crujientes, de diez rublos. Cuando empinaba el codo, le daba por hablar de política y hacía amplias deducciones, de carácter general, enjuiciando la situación a su manera. Una vez, dejó pasmado a Yákov Lukich. Después de llamarle a su cuartucho, le convidó a vodka y, guiñando cínico el ojo, preguntó:

—¿De modo que tú te dedicas a destruir el koljós, eh?

—No, ¿para qué? —repuso Yákov Lukich, fingiendo asombro.

—¿Y qué métodos empleas?

—¿Cómo, qué quiere usted decir?

—Bueno, ¿qué trabajo realizas? Porque tú eres un saboteador… ¿Qué haces allí? ¿Envenenas a los caballos con estricnina, destrozas los instrumentos de producción, o alguna otra cosa más?

—Tengo orden de no tocar a los caballos; incluso me han mandado todo lo contrario… —confesó Yákov Lukich.

Últimamente, casi no bebía; por ello, el vaso de vodka le había aturdido, disponiéndole a la franqueza. Sentía deseos de lamentarse de su suerte, de decir cómo le dolía el alma al tener que edificar y destruir al mismo tiempo la economía socializada del caserío, pero Liatievski no le dejó hablar; luego de beber de nuevo, sin echarle más a Yákov Lukich, inquirió:

—Entonces, tonto de capirote, ¿para qué te has liado con nosotros? ¿Por qué diablos?, cabe preguntar. A Pólovtsev y a mí no nos queda otra salida, y vamos a la muerte… ¡Sí, a la muerte! A no ser que triunfemos; aunque te diré, villano, que las probabilidades de victoria son, desgraciadamente, pocas… ¡El uno por ciento a lo sumo! Pero nosotros somos gente que no tenemos nada que perder, salvo las cadenas, como dicen los comunistas. Mientras que tú… A mi modo de ver, no eres más que una víctima, destinada al sacrificio vespertino. Lo que tú necesitas es vivir, ¡vivir, imbécil!… Yo no creo, desde luego, que unos villanos como tú puedan construir el

socialismo, pero en fin… Deberíais al menos revolver el agua del pantano mundial. Si no, vendrá la sublevación, y a ti, diablo canoso, te apiolarán o, simplemente, serás hecho prisionero y, como elemento inconsciente, facturado al gobierno de Arjánguelsk. Una vez allí, te estarás cortando pinos hasta el segundo advenimiento del comunismo… ¡Ay, pedazo de alcornoque! Yo comprendo por qué hay que sublevarse, ¡pues soy un noble! Mi padre tenía cerca de cinco mil *desiatinas*de tierras labrantías y casi ochocientas de bosques. A mí y a otros como yo nos dolió mucho abandonar nuestro país y tener que ganarnos el pan de cada día, como suele decirse, en tierra extraña, con el sudor de nuestra frente. Pero tú, ¿qué eres tú en realidad? ¡Un destripaterrones y un vago! ¡Un escarabajo pelotero! ¡Todavía no palmaron bastantes de los vuestros en la guerra civil, hijos de perra, cosaquillos despreciables!

—¡Pero así no podemos vivir! —replicó Yákov Lukich—. Nos agobian a impuestos, se llevan nuestros bienes, no hay vida individual. Si no fuera por eso, maldita la falta que nos harían los nobles y todos los de su ralea. ¡En la vida cometería yo tal pecado!

—Los impuestos, ¡valiente cosa! Como si en otros países los campesinos no pagaran impuestos. ¡Y más grandes aún!

—No puede ser.

—¡Te lo aseguro!

—¿Y cómo sabe usted de qué manera se vive allí y lo que se paga?

—Lo sé porque he estado allí.

—Entonces, ¿viene usted del extranjero?

—¿Ya ti qué te importa?

—Me interesa.

—Si quieres saber mucho, pronto te harás viejo. Anda, ve y tráeme más vodkita.

Yákov Lukich mandó a Semión por vodka y, ansioso de soledad, se fue a la era. Sentado al pie del almiar, estuvo un par de horas pensando: «¡Maldito arrugado! Me ha dicho tantas cosas, que me ha puesto la cabeza como un bombo. ¿No será que quiere sondearme, saber si me volveré contra ellos… y luego, cuando regrese Alexandr Anísimovich, irle con el soplo?… Entonces, éste me mataría a hachazos, como a Joprov. O tal vez piense así verdaderamente… Pues lo que dice uno borracho es lo que piensa sereno… ¿No habría sido mejor no meterse en este lío con Pólovtsev y aguantar agazapado en el koljós uno o dos añitos? A lo mejor, el Poder, al ver lo mal que marchan las cosas en los koljóses, los disuelve dentro de un añito. Y si ocurriera eso, yo volvería a vivir como las personas… ¡Ay, Dios mío, Dios mío!… ¿Dónde ir ahora? Está visto que perderé la pelleja… Le des a un mochuelo contra un tronco o a un tronco contra un mochuelo, el resultado será igual: morirá el mochuelo…»

El viento, saltando la cerca, entraba en la era y campaba allí por sus respetos.

Traía al almiar las pajuelas esparcidas junto a la puertecilla, las metía en las cavidades abiertas por los perros, peinaba las desmelenadas esquinas, donde la paja estaba menos apretada, y barría de la cima los cristales de nieve. Fuerte, impetuoso y frío era el viento aquel. Yákov Lukich, durante largo rato, trató de averiguar de qué lado venía, pero no pudo lograrlo. Diríase que rondaba el almiar, llegando, alternativamente, de los cuatro puntos cardinales. Los ratones —alarmados por él— empezaron a rebullir dentro de la paja. Corrían chillando débilmente, por caminos secretos; a veces, muy cerca de la espalda de Yákov Lukich, que estaba recostado sobre el compacto almiar. Arrullado por el viento, el susurro de la paja, los leves chillidos de los ratones y el monótono chirriar del cigoñal del pozo, Yákov Lukich se iba quedando como adormecido: todos los rumores de la noche asemejábanse ahora a una música lejana, singular y triste. Medio cerrados los lacrimosos ojos, miraba al cielo, cuajado de estrellas, y aspiraba el olor de la paja y del viento de la estepa; cuanto le rodeaba le parecía bello y sencillo…

Pero a la medianoche, enviado por Pólovtsev, llegó del caserío de Voiskovói un correo a caballo. Liatievski leyó la carta, cuyo sobre traía la indicación de «Muy urgente», y despertó a Yákov Lukich, que dormía en la cocina.

—Toma, lee.

Yákov Lukich, restregándose los ojos, tomó la misiva, dirigida a Liatievski. En una hoja de libreta había escrito con lápiz tinta, letra clara y resabios de antigua ortografía:

«Señor alférez:

Tenemos noticias fidedignas de que el CC de los bolcheviques está recogiendo trigo entre la población campesina. Dicen que para la siembra de los koljóses, pero en realidad este trigo está destinado a venderse en el extranjero, mientras que los labradores, entre ellos los koljosianos, serán condenados a un hambre espantosa. El poder Soviético, presintiendo su fin cercano e inevitable, vende el último trigo y arruina definitivamente a Rusia. Le ordeno que, inmediatamente, realice entre la población de Gremiachi Log, donde Usted representa actualmente a nuestra alianza, una agitación contra la recogida de ese trigo que se dice es para semilla. Ponga en conocimiento del contenido de la presente a Y. L. y encomiéndele que lleve a cabo con urgencia una labor explicativa. Es de extrema necesidad impedir a toda costa la recogida del grano».

Por la mañana, Yákov Lukich, sin pasar por la administración, fue a ver a Bánnik y a los demás correligionarios que había reclutado e incorporado a la «Alianza para la Liberación del Don».

Capítulo XXIV

La brigadilla de tres hombres dejada en Gremiachi Log por Kondratko, jefe de la columna de agitadores, puso manos a la obra de reunir el fondo de semillas. Había establecido su comandancia en una de las casas vacías de los kulaks. Desde por la mañana temprano, el joven agrónomo Vetiútnev trazaba y concretaba, con ayuda de Yákov Lukich, el plan de las siembras de primavera, respondía a las consultas que le hacían los cosacos sobre cuestiones de agricultura, y el resto del tiempo lo dedicaba a vigilar de continuo la limpia y desinfección de las semillas que entraban en los graneros. De tarde en tarde, salía, como decía él, a «prestar asistencia veterinaria»: a curar alguna vaca u oveja enferma. Por lo general, cobraba la «visita» en «especie», comiendo en casa del dueño del paciente, y a veces, hasta traía a sus camaradas una botija de leche o un puchero de patatas cocidas. Los otros dos —Porfiri Lubnó, mecánico del molino del Estado de la comarca, e Iván Naidiónov, komsomol de la almazara— citaban a la comandancia a los vecinos de Gremiachi, comprobaban, por la lista del encargado del granero, cuánta semilla había entregado cada ciudadano llamado y realizaban agitación en la medida de sus fuerzas y conocimientos.

Desde los primeros días de trabajo, se puso en claro que habría que reunir el fondo de semillas con no pocas dificultades y un gran retraso del plazo señalado. Todas las medidas tomadas por la brigadilla y la célula local para acelerar el ritmo chocaban con la resistencia encarnizada de la mayoría de los koljosianos y de los campesinos individuales. Corrían por el caserío rumores de que se recogía el trigo para enviarlo al extranjero, de que aquel año no habría siembra, de que la guerra estallaría de un momento a otro… Todos los días, Nagúlnov celebraba reuniones; con ayuda de la brigadilla, explicaba las cosas, desmentía los absurdos rumores, amenazaba con los más severos castigos a quienes fuesen sorprendidos haciendo «propaganda antisoviética», pero el grano seguía recibiéndose con extrema lentitud. Los cosacos se las ingeniaban para ausentarse desde el amanecer; tan pronto iban por leña al bosque como por hierbas secas o se metían en casa de un vecino para esperar con él, en algún sitio oculto, a que pasase el día alarmante en que habían sido citados al Soviet o a la comandancia de la brigadilla. Las mujeres habían dejado en absoluto de asistir a las reuniones, y cuando llegaba a la casa el alguacil del Soviet, salían del paso con una respuesta lacónica: «Mi hombre no está, y yo no sé nada».

Era como si una mano poderosa retuviese el trigo…

En la comandancia de la brigadilla se oían habitualmente conversaciones de este género:

—¿Has traído la semilla?

—No.

—¿Por qué?

—No tengo grano.

—¿Cómo que no tienes?

—Muy sencillo… Pensaba guardar para la siembra, pero luego entregué el sobrante al Estado. Y como no tenía nada que llevarme a la boca, pues me lo he zampado.

—¿Entonces es que no pensabas sembrar?

—Sí, pero ahora, ¿con qué?…

Muchos aseguraban que habían entregado al Estado, a más del sobrante, el de semilla. Davídov en la administración y Vaniuska[54] Naidiónov en la comandancia, rebuscaban en las listas, examinaban los recibos del punto de entrega y demostraban al que aducía tenaz tales razones que había dado datos falsos y que le quedaba grano para la siembra. A veces, para llegar a ello, era preciso calcular aproximadamente lo trillado el año veintinueve, restar la cantidad global de grano entregado al Estado y hallar así el remanente. Pero incluso después de probarle que aún tenía trigo, el testarudo campesino no se rendía:

—Me quedó un poco, no lo niego. ¿Pero sabéis vosotros, camaradas, lo que ocurre en una casa? Nosotros estamos acostumbrados a comer pan sin peso ni medida. A mí me dejaron un pud por boca y por mes, y yo, por ejemplo, soy capaz de comerme tres o cuatro libras al día. Y si como tanto pan es porque en casa se guisa poco. De ahí viene ese exceso de gasto. No tengo trigo, ¡registradme si queréis!

Nagúlnov, en la reunión de la célula, propuso que se efectuasen registros en las haciendas de los campesinos más acomodados del caserío que no habían hecho su entrega para el fondo de semillas, pero Davídov, Lubnó, Naidiónov y Razmiótnov se opusieron a ello. Además, en la directriz del Comité Distrital del Partido se prohibía terminantemente tal medida.

A pesar del trabajo realizado por la brigadilla y la administración durante tres días, el sector koljosiano sólo había dado 480 puds, y los campesinos individuales, 35 en total. Los activistas del koljós habían entregado su parte entera. Kondrat Maidánnikov, Liubishkin, Dubtsov, Demid el Callado, el abuelo Schukar, Arkashka Menok, el herrero Shali, Andréi Razmiótnov y otros habían llevado el grano el primer día. Al siguiente, por la mañana, en dos trineos, cuyos caballos marchaban al paso, llegaron ante el granero colectivo Semión y Yákov Lukich. Este entró inmediatamente en la administración, y su hijo empezó a descargar de un trineo costales de trigo. Diomka Ushakov los recibía y pesaba. Semión había ya vaciado cuatro costales, y cuando desató el quinto, Ushakov abatióse sobre él como un gavilán:

—¿Es éste el grano que quiere sembrar tu padre? —y le puso delante de las narices un puñado.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Semión, enrojeciendo—. Con tus ojos bizcos,

habrás tomado el trigo por maíz.

—¡No, no me he equivocado! Yo soy bizco, pero tengo más vista que tú, bribón. ¡Buenos pájaros estáis hechos tú y tu padre! ¡Os conozco bien!… ¿Qué es esto? ¿Grano para semilla? ¡No apartes las narices! ¿Qué es lo que me has echado en el trigo limpio, canalla?

Diomka le metía en la cara la palma de la mano, cubierta de grano sucio, mezclado con tierra y arvejas.

—Ahora mismo llamo a la gente…

—Oye tú, no des voces… —se asustó Semión—. Me he debido equivocar de costal. En seguida me acerco a casa y lo cambio por otro… ¡Qué rarezas tienes! ¡Palabra! ¡Armas más ruido que el caballo de un barrilero! ¿A qué te pones así? Te digo que lo cambiaré… Ha sido una equivocación…

Diomka le desechó seis costales de los catorce que había traído. Y cuando Semión le pidió ayuda para cargarse a la espalda uno de los costales rechazados, se volvió hacia la báscula, como si no le hubiera oído.

—¿Conque no quieres ayudarme, eh? —preguntó Semión, trémula la voz.

—¡Vergüenza debería darte! Seguramente, en casa, te lo cargaste con facilidad… ¿Es que ahora se ha vuelto más pesado? ¡Levántalo tú solo, cabrón!

Congestionado del esfuerzo, rojo como una frambuesa, Semión agarró el costal de través y se lo llevó…

En los dos días siguientes casi no hubo entrada alguna. Reunióse la célula y acordó visitar las casas. Davídov había ido la víspera a la estación seleccionadora del distrito vecino, a fin de conseguir, fuera del plan, un poco de trigo trechel, muy resistente a las largas seguías —que el año anterior había dado en la parcela de experimentación de aquella estación una cosecha magnífica— para sembrar con él aunque no fuera más que unas cuantas hectáreas. Yákov Lukich y el jefe de brigada Agafón Dubtsov habían hablado mucho de aquella nueva variedad, obtenida por la estación seleccionadora cruzando trigo «californiano» importado con el trigo local llamado de «grano blanco», y Davídov, que últimamente, por las noches, se entregaba afanoso a la lectura de las revistas agrotécnicas, decidió hacer aquel viaje.

Regresó el 4 de Marzo. Un día antes de su vuelta había ocurrido lo siguiente: Makar Nagúlnov, incorporado a la segunda brigada, había estado desde por la mañana recorriendo, en unión de Liubishkin, cerca de treinta casas, y al anochecer, cuando se fueron del Soviet Razmiótnov y el secretario, empezó a llamar allí a los dueños de hacienda que no había tenido tiempo de visitar durante el día. Hubo de dejar marchar a cuatro de ellos sin haber conseguido resultados positivos. «No tenemos grano para la siembra. Que lo dé el Estado». Nagúlnov, al principio, trataba de convencerlos con calma, pero luego comenzó a descargar puñetazos sobre la mesa:

—¿Cómo decís que no tenéis trigo? Pues tú, por ejemplo, Konstantín

Gavrílovich, ¡trillaste en el otoño unos trescientos puds!

¿Y diste tú por mí el trigo al Estado?

¿Cuánto entregaste?

—Ciento treinta.

—¿Y el resto, dónde está?

—¿Sabes dónde? ¡En mi barriga!

—¡Mientes! Si te hubieras zampado tanto pan, ¡habrías reventado! Una familia como la tuya, de seis personas, ¿se puede comer todo eso? Tráelo, sin rechistar, ¡O te expulsamos del koljós en un dos por tres!

—Echadme, haced lo que queráis, pero yo no tengo trigo. ¡Lo juro por Cristo! Que el Poder lo dé, aunque sea pagándole réditos…

—Tú le has tomado el gusto a chupar del Poder Soviético. ¿Has devuelto el dinero que pediste a la sociedad de crédito para comprarte una sembradora y una segadora? ¡Claro que no! Te embolsaste el dinerito, y ahora se te antoja el trigo. ¿No es eso?

—De todos modos la segadora y la sembradora han ido a parar al koljós. Yo no las he aprovechado; por lo tanto, ¡no tienes que echarme nada en cara!

—Trae el trigo, ¡o lo pasarás mal! ¡Buen embustero estás hecho! ¡Qué vergüenza!

—Si lo tuviera, con el alma y la vida…

Y por más que batalló Nagúlnov, empleando toda clase de exhortaciones y amenazas, hubo de permitir que se fueran los que no querían dar la semilla.

Salieron y quedáronse unos instantes en el zaguán, cambiando impresiones; luego, crujieron los peldaños de la escalerilla. Poco después entró el campesino individual Grigori Bánnik. Debía ya saber cómo había terminado la conversación con los koljosianos que acababan de salir del Soviet, porque una sonrisa de seguridad retozaba provocadora en las comisuras de sus labios.

Nagúlnov, con manos temblorosas, alisó la lista que estaba sobre la mesa y dijo con voz sorda:

—Siéntate, Grigori Matvéich.

—Gracias por la atención.

Bánnik tomó asiento, muy abiertas las piernas.

—¿Cómo es, Grigori Matvéich, que no traes el grano?

—¿Y para qué lo voy a traer?

—Ese fue el acuerdo de la asamblea general: que tanto los koljosianos como los campesinos individuales trajesen grano para la siembra. ¿Tú tienes?

—¡Claro que tengo!

Nagúlnov echó una ojeada a la lista: al lado del apellido Bánnik, en la casilla «Superficie aproximada de siembra de primavera en 1930», figuraba la cifra 6.

—¿Tú te disponías a sembrar este año seis hectáreas?

—Exactamente.

—Entonces, ¿tienes cuarenta y dos puds de semilla?

—Todos los tengo. Trigo limpio, escogido, ¡parece oro!

—¡Vaya, eres un héroe! —le elogió Nagúlnov, suspirando aliviado—. Tráelo mañana al granero colectivo. Puedes dejarlo en tus propios sacos. A los individuales les admitimos la semilla incluso en sus sacos, si no quieren mezclar su grano con el de los demás. Lo traes y se lo entregas al encargado para que lo pese, él pondrá en tus sacos unos sellos de lacre y te dará un recibo, y en la primavera, tendrás tu trigo enterito. Porque hay muchos que se lamentan de no haberlo guardado, de habérselo comido. Mientras que en el granero estará completamente seguro.

—Mira, camarada Nagúlnov, ¡déjate de pamplinas! —Bánnik sonrió con descaro y se atusó los claros bigotes rubios—. ¡A otro perro con ese hueso! Yo no os daré el trigo.

—¿Y por qué razón? Permíteme que te pregunte…

—Porque en mi casa estará más seguro. En cambio, si os lo doy, no recibirá uno en la primavera ni los sacos vacíos. Ahora, nosotros también hemos aprendido, ¡ya no hay manera de engañarnos!

Nagúlnov frunció las arqueadas cejas y palideció ligeramente.

—¿Cómo puedes tú dudar del Poder Soviético?

Entonces, ¿es que no crees en él?

—¡Claro que no creo! ¡Nos habéis contado tantas mentiras!

—¡Quién las ha contado? ¿Qué mentiras son ésas? —la palidez de su rostro se hizo más visible. Nagúlnov empezó a levantarse lentamente.

Pero Bánnik, como si no hubiera advertido nada, continuaba sonriendo tranquilo, mostrando sus dientes recios, espaciados. Tan sólo su voz tembló, de agravio y ardiente coraje, al decir:

—Recogéis el triguito, y luego lo mandaréis en barcos a tierras extrañas, ¿verdad? Para comprar *atomóviles* y que se paseen en ellos los del Partido, con sus hembras del pelo cortado, ¿eh? ¡Ya sabemos para qué queréis nuestro trigo! ¡A buena igualdad hemos llegado!

—¿Pero te has vuelto loco, diablo? ¿Qué sandeces estás ahí soltando?

—Cuando le agarran a uno por el gañote, ¡no es raro que se vuelva loco! ¡Yo he entregado al Estado ciento diez y seis puds! Y ahora, queréis quitarme el último grano que me queda, el de semilla… para que mis hijos se mueran de hambre…

—¡A callar! ¡Mientes, reptil! —Nagúlnov descargó sobre la mesa un tonante puñetazo.

Saltó al suelo el ábaco, volcóse el tintero, y un chorrillo de espesa tinta violeta corrió reluciente por el papel para ir a caer en los faldones de la zamarra de Bánnik, de buena piel curtida. Este, sacudiéndose la tinta, se puso en pie. Contraídas las

pupilas, con una espuma blanca burbujeando en las comisuras de los labios, dijo con ronca voz y contenida rabia:

—¡No me mandes callar! A tu mujer, a tu Lushka, puedes amenazarla con puñetazos en la mesa. ¡Pero yo no soy tu mujer! Y no estamos en el año veinte, ¿entiendes? En cuanto al trigo, no te lo doy… ¡Vete al c…!

Nagúlnov tendió el cuerpo por encima de la mesa, alargando los brazos hacia él, pero al momento volvió a enderezarse, tambaleante.

—¿De quién son esas… palabras?… ¿Qué estás diciendo ahí, contrarrevolucionario? ¡Te burlas del socialismo, reptil!… Ahora mismo… —no encontraba vocablos adecuados, se ahogaba, mas, dominándose como pudo, se limpió con el reverso de la mano el pegajoso sudor de la cara y añadió—: Escríbeme inmediatamente un papel comprometiéndote a traer mañana el trigo, y mañana mismo te mandaré adonde corresponde. ¡Allí averiguarán dónde has oído tú esas palabras!

—Tú puedes detenerme, pero el papel no lo escribiré, ¡ni daré el trigo!

—¡Te digo que escribas!

—Espera sentado…

—Te lo pido por las buenas…

Bánnik se dirigió hacia la salida, mas debía ser tan hirviente su rabia, que no pudo contenerla y, empuñando ya la manija de la puerta, barbotó:

—¡En cuanto llegue a casa, echaré ese grano a los cerdos! Prefiero que se lo zampen ellos, antes que dároslo a vosotros, ¡parásitos!

—¿A los cerdos? ¡¿El grano de siembra?!

De dos saltos, Nagúlnov se plantó ante la puerta; sacó el revólver del bolsillo y, con la culata, golpeó a Bánnik en la sien. Este vaciló, apoyóse contra la pared y empezó a derrumbarse, rozando la espalda contra el yeso. Cayó. De la herida manaba una sangre negra, que le humedecía los cabellos. Nagúlnov, sin poder ya dominarse, dio unas patadas al caído y se apartó. Bánnik, como un pez fuera del agua, abrió con ansia la boca un par de veces; luego, aferrándose a la pared, comenzó a levantarse. Y apenas se hubo puesto en pie, la sangre volvió a brotar, más abundante. En silencio se las enjugó con la manga, mientras de su blanqueada espalda caía un polvillo de yeso. Nagúlnov bebía a morro, de la garrafa, castañeteando los dientes contra el borde, un agua repugnante, tibia. Miró de reojo a Bánnik y acercóse a él; atenazándolo del brazo, lo empujó hasta la mesa y le puso un lápiz en la mano.

—¡Escribe!

—Escribiré, pero esto llegará a conocimiento del fiscal… Con el cañón de un revólver delante, puede uno escribir lo que sea… En el régimen soviético, no está permitido pegar… ¡Y el Partido tampoco te alabará esto! —masculló con voz ronca Bánnik, dejándose caer sin fuerzas sobre el taburete.

Nagúlnov se puso enfrente de él, con el dedo en el gatillo del revólver.

—¡Ah, contrarrevolucionario canalla! ¿Conque te permites mentar al Poder Soviético y al Partido? Pero te advierto que no te va a juzgar el tribunal popular; te haré justicia yo, e inmediatamente, a mi manera. Si no escribes, te mato como a una alimaña, y luego, ¡estoy dispuesto a pasarme diez años en la cárcel por culpa tuya! ¡No permitiré que insultes al Poder Soviético! Escribe: «Declaración»… ¿Ya está? Sigue: «Yo, el abajo firmante, antiguo guardia blanco activo, soldado del general Mámontov[55], que combatí al Ejército Rojo con las armas en la mano, retiro mis palabras…» ¿Está?… «…mis palabras terriblemente injuriosas para el PC(b) de la URSS». El PC de la URSS con mayúsculas. ¿Ya lo has puesto? «… y para el Poder Soviético, a los que pido perdón, y me comprometo de aquí en adelante, aunque soy un contrarrevolucionario encubierto…»

—¡Yo no escribo eso! ¿Por qué me coaccionas?

—Sí, ¡lo escribirás! ¿Qué te figurabas? ¿Que yo, un herido y desfigurado por los blancos, te perdonaría tus palabras? ¿Que habiéndote burlado del Poder Soviético en presencia mía, iba yo a callarme? Escribe, ¡O te arranco el alma! …

Bánnik se inclinó sobre la mesa, y el lápiz empezó de nuevo a deslizarse lentamente por la hoja de papel. Sin retirar el dedo del gatillo, Nagúlnov dictaba, recalcando las palabras:

—«…aunque soy un contrarrevolucionario encubierto, a no hacer mal ni de palabra, ni por escrito, ni con mis acciones, al Poder Soviético, tan querido por todos los trabajadores y conseguido a costa de tanta sangre del pueblo trabajador. En vez de insultarle y asediarle, esperaré pacientemente la revolución mundial, que nos reducirá a todos nosotros —sus enemigos en escala mundial— a la impotencia absoluta. Me comprometo, además, a no atravesarme en el camino del Poder Soviético, a no entorpecer las siembras y a llevar mañana, 3 de Marzo de 1930, al granero colectivo…»

En aquel momento entró el alguacil, con tres koljosianos.

—¡Aguardad un momento en el zaguán! —gritó Nagúlnov, y, volviendo el rostro hacia Bánnik, continuó—: «… cuarenta y dos puds de grano de siembra, en especie. Y lo suscribo». ¡Firma!

Bánnik, a cuyo rostro había vuelto el color purpúreo, garrapateó su rúbrica y se levantó.

—¡De esto responderás, Makar Nagúlnov!

—Cada uno de nosotros responde de sus actos; pero si mañana no me traes el trigo, ¡te mataré!

Nagúlnov dobló la declaración, se la guardó en el bolsillo superior de la guerrera caqui, tiró el revólver sobre la mesa y acompañó a Bánnik hasta la puerta. El se quedó en el Soviet hasta la medianoche. Ordenó al alguacil que no se fuera, y con su ayuda encerró en un cuarto deshabitado a otros tres koljosianos que se habían negado

a traer las semillas. Pasadas ya las doce, rendido de cansancio y de las emociones del día, quedóse dormido, sentado a la mesa del Soviet, reclinada sobre las largas manos la alborotada cabeza. Hasta el amanecer estuvo soñando Makar que una muchedumbre vestida de fiesta fluía incesante, como el agua primaveral que inunda la estepa en el deshielo. Por los claros entre la multitud, pasaba la caballería. Caballos de diverso pelaje hollaban la blanda tierra de la estepa, pero el martilleo de sus cascos era, no se sabía por qué, vibrante y sonoro, como si los escuadrones marchasen sobre extendidas planchas de hierro. Los instrumentos de la banda de música, que brillaban con fulgores de plata, empezaron a tocar de pronto, muy cerca de Nagúlnov, «La Internacional», y Makar sintió —como sentía siempre al oírla despierto— una emoción que le oprimía el pecho y un ardiente espasmo en la garganta… Al final del escuadrón que desfilaba, vio a su difunto amigo Mitka[56] Lobach, a quien mataron a sablazos los wrangelianos[57] en 1920, durante un combate librado en Kajovka, pero aquello, en vez de asombrarle, le alegró; abriéndose paso entre la gente, a empujones, se abalanzó hacia el escuadrón. «¡Mitia! ¡Mitia! ¡Para!», le llamaba sin oír su propia voz. Mitka se volvió en la silla, miró a Makar con indiferencia, como a un desconocido, igual que a un extraño, y alejóse al trote. Inmediatamente, Nagúlnov vio venir hacia él a su antiguo ordenanza Tiulim, muerto por una bala polaca en Brody[58], también el año 1920. Tiulim galopaba, sonriendo; en la mano derecha empuñaba las riendas del caballo de Makar. Era aquel mismo caballo de patas blancas y estrecha testera, que braceaba rítmico, erguida con orgullo la cabeza, combado en arco el cuello…

El chirriar de los postigos, batidos toda la noche por el viento primaveral, lo tomaba Makar por música, y el ruido de las chapas de la techumbre, por martilleo frecuente de cascos de caballos… Razmiótnov, al llegar al Soviet a las seis de la mañana, encontró a Nagúlnov dormido aún. En su amarillenta mejilla, esclarecida por la liliácea luz de aquel amanecer de Marzo, habíase cuajado una sonrisa anhelosa, expectante, mientras la arqueada ceja se estremecía con leve temblor, alzada en torturante tensión… Razmiótnov le zarandeó, increpándole:

—¡Muy bien! Después de la faena que has hecho, ¿estás durmiendo, eh? Y tus sueños deben ser divertidos, puesto que te ríes todavía… ¿Por qué le pegaste a Bánnik? Hoy, al amanecer, ha traído el trigo. Y en cuanto hizo la entrega, se largó inmediatamente a la cabeza del distrito. Liubishkin ha venido corriendo a mi casa; dice que Bánnik ha ido a denunciarte a las milicias. ¡Te la has ganado! ¿Qué va a decir Davídov cuando vuelva? ¡Ay, Makar, calamidad!…

Nagúlnov se restregó la cara, hinchada del sueño, y sonrió evocador.

—¡Andriushka! ¡Si supieras lo que acabo de soñar!… ¡Algo emocionante!

—¡No me cuentes sueños! Háblame de Bánnik.

—¡De ese reptil venenoso yo no quiero ni hablar! ¿Dices que ha entregado su

parte? Por consiguiente, ha surtido efecto… Cuarenta y dos puds de semilla no es un grano de anís. Si con un culatazo de revólver soltara cada contrarrevolucionario cuarenta y dos puds de trigo, ¡yo no haría otra cosa en mi vida que sacudirles en la cabezota! Y ése, por las palabras que dijo, ¡se merecía algo más de lo que se llevó! ¡Ya puede estar contento de que no le haya descuartizado! —y furioso, centelleantes los ojos, concluyó—: El muy canalla anduvo merodeando con el general Mámontov. No paró de combatirnos hasta que no le echamos al mar Negro. ¡Y por si era poco, ahora también quiere cruzarse en nuestro camino, hacerle daño a la revolución mundial! ¿Sabes tú las cosas que me dijo, aquí mismo, sobre el Poder Soviético y el Partido? ¡Los pelos se me pusieron de punta, del agravio!

—Pero tú, aunque desbarrase, no debiste golpearle. Mejor hubiera sido detenerlo.

—¿Detenerlo? ¡Matarlo era lo que había que haber hecho! —Nagúlnov abrióse de brazos, con ademán de aflicción—. ¿Cómo no lo apiolaría yo? ¡No me cabe en la cabeza! Bien me arrepiento ahora de ello.

—Si te llamo imbécil, te ofenderás. ¡Pero a majadero no hay quien te gane! Cuando venga Davídov, ¡ya te leerá la cartilla!

—Cuando venga Semión, dirá que he hecho bien. ¡El no es tan alcornoque como tú!

Razmiótnov, riendo, dio un papirotazo en la mesa; luego, otro en la frente de Makar, y afirmó:

—¡Suenan lo mismo!

Pero Makar, enfadado, le apartó la mano y empezó a abrocharse la zamarra. Levantando ya el picaporte, barbotó, sin volverse:

—¡Oye tú, sabihondo! Suelta a esos pequeñoburgueses que están en el camaranchón. Y que traigan hoy mismo el trigo. De lo contrario, en cuanto me lave la cara, vuelvo y los encierro otra vez.

Del asombro, a Razmiótnov se le desencajaron los ojos… Lanzóse hacia el cuarto deshabitado donde se guardaba el archivo del Soviet y unas muestras de espigas que habían sido presentadas, el año anterior, en la exposición agrícola del distrito; abrió la puerta y encontró allí a tres koljosianos: Krasnokútov, Antip Grach y el pequeñajo Apolón Pieskovatskov. Habían pasado la noche felizmente echados sobre unas colecciones de periódicos viejos extendidos por el suelo. Al presentarse Razmiótnov, se levantaron inmediatamente.

—Yo, ciudadanos, claro está, debo… —empezó a decir Razmiótnov, pero uno de los detenidos, el viejo cosaco Krasnokútov, le interrumpió con viveza:

—¿A qué hablar del asunto, Andréi Stepánich? Nosotros tenemos la culpa, desde luego… Suéltanos, y traeremos el trigo en un vuelo… Esta noche, aquí, nos hemos consultado los tres, y hemos decidido entregar el grano… La verdad, ¿a qué ocultarlo?, queríamos retener el triguillo…

Razmiótnov, que hacía un momento estaba dispuesto a disculparse ante ellos por la impremeditada acción de Nagúlnov, tuvo en cuenta las circunstancias y cambió de tema, sobre la marcha:

—¿Hace tiempo que debíais haberlo decidido! ¡Para eso sois koljosianos! ¿No os da vergüenza ocultar el trigo?

—Suéltanos, por favor, no hay que recordar lo pasado… —dijo Antip Grach, sonriendo turbado a través de sus barbas de azabache.

Luego de abrir la puerta de par en par, Razmiótnov dirigióse hacia la mesa, pero hay que decir que, en aquel instante, le acometió un mal pensamiento: «Puede que tenga razón Makar… Apretando un poco más, ¡entregarían todo el trigo en un solo día!»

Capítulo XXV

Davídov volvió de su viaje a la estación seleccionadora con doce puds de trigo escogido; venía alegre, contento de su suerte. La patrona, en tanto le servía la comida, le contó que, en su ausencia, Nagúlnov había golpeado a Grigori Bánnik y tenido encerrados en el Soviet, durante toda una noche, a tres koljosianos. Por lo visto, la noticia había corrido ya por todo Gremiachi Log. Davídov comió precipitadamente y, alarmado, fue a la administración. Allí le confirmaron el relato de su patrona, añadiendo detalles. No todos apreciaban la conducta de Nagúlnov de la misma manera: unos la aprobaban, otros la censuraban; algunos callaban su opinión… Liubishkin, por ejemplo, se puso resueltamente de parte de Nagúlnov, mientras que Yákov Lukich, fruncidos los labios, parecía tan ofendido como si él mismo hubiera sido víctima de los procedimientos persuasivos de Nagúlnov. Poco después, llegó a la administración el propio Makar. Tenía un aspecto más severo que de ordinario. Reservado, saludó a Davídov, pero al hacerlo, le dirigió una mirada de expectante inquietud. Cuando se quedaron los dos solos, Davídov, sin poder contenerse, le interrogó con brusquedad:

—¿Qué es lo que has hecho?

—Si lo sabes, ¿para qué lo preguntas?

—¿Con semejantes métodos empiezas tú a hacer propaganda para la recogida de semillas?

—¡Que él no me hubiera dicho esas canalladas! Yo no he hecho nunca promesa de tolerar las burlas del enemigo, ¡de los reptiles blancos!

—¿Y no pensaste en el efecto que eso produciría en los demás? ¿No recapacitaste sobre las consecuencias políticas de tu acción?

—Entonces, yo no tenía tiempo para pensar.

—¡Eso no es una respuesta! ¡Desde luego! Deberías haberlo detenido por insulto al Poder, ¡pero no golpearle! Semejante acción es bochornosa para un comunista. ¡Eso es la pura verdad! Y hoy mismo plantearemos la cuestión en la célula. ¡Nos has hecho un daño enorme! ¡Y nosotros debemos condenar tu proceder! Hablaré del caso en la asamblea del koljós, sin esperar la autorización del comité del distrito. ¡No te quepa duda! Porque si callamos, ¡los koljosianos se figurarán que estamos de común acuerdo contigo y que compartimos en este asunto tu misma falta de principios! ¡No, hermanito! No nos solidarizamos contigo y te condenamos. Tú, un comunista, y has procedido como un gendarme. ¡Qué vergüenza! ¡Maldita sea tu estampa y tu ocurrencia!

Pero Nagúlnov, obstinado como un buey, se mantuvo en sus trece. A todos los argumentos que empleaba Davídov para demostrarle lo inadmisible que era en un comunista semejante acción, y lo perniciosa, desde el punto de vista político,

respondía:

—¡Hice bien en sacudirle! Pero ni siquiera le sacudí, fue sólo un golpecillo. Había que haberle dado más. ¡Déjame en paz! Ya es tarde para reeducarme; yo he sido guerrillero, y sé cómo tengo que defender a mi Partido contra los ataques de toda clase de canallas.

—Yo no digo que ese Bánnik sea de los nuestros. ¡Mal rayo le parta! Lo que digo es que no debías haberle pegado. Y en cuanto a defender de los insultos al Partido, podías haber empleado otro procedimiento. ¡Eso es la pura verdad! Bueno, vete, cálmate un poco, recapacita, y a la noche, cuando vengas a la célula, ya verás como dices que yo tenía razón. ¡Eso es la pura verdad!

Por la noche, antes de empezar la reunión de la célula, apenas hubo entrado el enfurruñado Makar, lo primero que le preguntó Davídov fue:

—¿Has recapacitado?

—Sí.

—¿Y qué?

—Que le zurré poco a ese hijo de perra. Debía haberlo matado.

La brigadilla de la columna de agitadores, en pleno, se puso de parte de Davídov y votó por que se le hiciese a Nagúlnov un severo apercibimiento. Andréi Razmiótnov se abstuvo en la votación y permaneció callado todo el tiempo. Pero cuando iban ya a marcharse, y Nagúlnov barbotó testarudo: «Yo sigo manteniendo mi justa opinión», Razmiótnov se levantó de un salto, escupió con rabia y, soltando tacos, salió precipitadamente de la habitación.

En el oscuro zaguán Davídov encendió un cigarro, y al observar, a la luz de la cerilla, el rostro de Makar, sombrío y demacrado en un solo día, dijo conciliador:

—Haces mal en guardarnos rencor. ¡Eso es la pura verdad!

—Yo no guardo rencor.

—Tú sigues trabajando con los antiguos métodos guerrilleros, y ahora los tiempos son otros, no de ataques bruscos, sino de lucha de posiciones… Todos hemos pasado la enfermedad del guerrillerismo, especialmente nosotros, los de la Flota, y yo también, claro está. Tú andas mal de los nervios, pero de todos modos, querido Makar, hay que saber… refrenarse, ¿no te parece? Fíjate en nuestro relevo; ahí tienes a nuestro komsomol de la columna de agitadores, a Vaniushka Naidiónov. ¡Hace milagros!… De su sector es de donde llega más semilla; ya han entregado casi toda. A primera vista, es un muchacho poco despierto, pecoso, pequeñajo… Pero trabaja mejor que todos vosotros. ¡Ni el diablo sabe cómo se las arregla! Va de casa en casa, bromea, dicen que les cuenta a los mujiks no sé qué cuentos… Y ellos traen el trigo, sin necesidad de andar a golpes ni de meter en «chirona» a nadie. ¡Eso es la pura verdad! —al hablar de Naidiónov, la voz de Davídov tomaba un tono cálido, afectuoso, y Nagúlnov sentía rebullir en su interior una especie de envidia al avispado

komsomol—. Aunque no sea más que por curiosidad, vete mañana con él a recorrer las casas, y observa los procedimientos que emplea para lograr esos resultados —continuó Davídov—. En ello no hay nada humillante para ti, ¡palabra! Nosotros, hermano, a veces tenemos que aprender de los jóvenes. Está surgiendo una juventud que no se parece en nada a nosotros; son más adaptables…

Nagúlnov no respondió, pero a la mañana siguiente, en cuanto se levantó, fue en busca de Vaniushka Naidiónov y, como de pasada, le dijo:

—Hoy estoy libre, y quiero ir contigo, a echarte una mano. ¿Cuánto trigo queda aún por entregar en tu tercera brigada?

—¡Una insignificancia, camarada Nagúlnov! Vamos, ¡los dos juntos será más divertido!

Echaron a andar. Naidiónov caminaba con una ligereza a la que Makar no estaba acostumbrado, y contoneándose, con balanceo de pato. Llevaba desabrochada la cazadora de cuero, que exhalaba un agradable aroma a aceite de girasol, y encasquetada hasta las orejas la gorra a cuadros. Nagúlnov observaba de reojo, escudriñador, la cara —corriente, salpicada de pequillas de chicuelo— de aquel komsomol a quien Davídov, con una ternura inhabitual en él, había llamado «Vaniushka» el día anterior. Tenía aquella cara algo impreciso, que la hacía entrañable y extraordinariamente simpática; tal vez fuesen los ojos, gris azulados, o la barbilla, saliente y tesonera, pero que no había perdido aún su redondez infantil…

Llegaron a casa del abuelo Akim Besjliébnov, el ex Tientagallinas, en el preciso momento en que toda la familia estaba desayunando. El abuelo estaba sentado a la mesa en el rincón de frente a la puerta; junto a él, el hijo, hombre de unos cuarenta años, llamado también Akim y apodado el Pequeño; a la diestra de éste, su mujer y su suegra, una viuda ya viejecilla; al otro extremo, se habían instalado las hijas, dos mozas ya, y a ambos costados de la mesa, numerosos como moscas, estaban pegados los chiquillos.

—¡Buenos días tengáis, patrones! —Naidiónov se quitó la grasienta gorra y alisóse los mechones que se habían alzado rebeldes.

—Y vosotros también, si venís por las buenas —repuso, con una sonrisa apenas perceptible, Akim el Pequeño, hombre llanote y alegre en su trato.

Nagúlnov, en respuesta al saludo burlón, habría fruncido las arqueadas cejas y dicho con la mayor severidad: «No tenemos tiempo de bromas. ¿Por qué no has entregado aún el trigo?», pero Naidiónov, como si no hubiera advertido la frialdad y la reserva en los semblantes de los dueños de la casa, replicó sonriendo:

—¡Buen provecho, amigos!

Antes de que Akim abriera la boca para dar unas lacónicas «gracias», sin invitarles, o contestar, zumbón y grosero: «Buen provecho nos hará, pero no lo catarás», ya estaba diciendo Naidiónov:

—¡Pero no se molesten! ¡No hace falta! Aunque no vendría mal tomar un bocado… Confieso que estoy todavía en ayunas. El camarada Nagúlnov es de aquí, y naturalmente, ya se habrá metido algo en el cuerpo, pero nosotros comemos un día sí y otro no a lo sumo… Vivimos como los pajaritos del cielo…

—Por consiguiente, ¿sin sembrar y sin segar, podéis la panza llenar? —preguntó Akim, echándose a reír.

—Con ella llena o vacía, nunca nos falta alegría —y dichas estas palabras, Naidiónov, en menos que se cuenta, quitóse la cazadora de cuero y, con gran pasmo de Nagúlnov, se sentó a la mesa.

El abuelo Akim, al ver aquella falta de cumplidos del huésped, carraspeó, mientras Akim el Pequeño soltaba la carcajada:

—¡Eso es, cumplimientos entre soldados están excusados! Has tenido suerte en ganarme la mano, pues yo pensaba ya contestarte: «Buen provecho nos hará, pero no lo catarás». ¡Muchachas, dadle una cuchara!

Una de las mozas se levantó con rapidez y, espurreando el delantal al soltar la risa, acercóse al vasar; pero entregó la cuchara ceremoniosamente, como corresponde servir a un hombre, inclinándose ante él. La animación y la alegría reinaban ya en la mesa; Akim el Pequeño invitó también a Nagúlnov, pero éste rehusó y sentóse sobre un arca. La mujer del Pequeño, de claras cejas rubias, le tendió al huésped un pedazo de pan. La moza que le había dado la cuchara corrió a la habitación grande y volvió con una toalla limpia, que extendió sobre las rodillas de Naidiónov. Akim el Pequeño, observando con curiosidad y aprobación mal disimulada la cara pecosa de aquel muchacho, que mostraba una osadía no corriente en el caserío, dijo:

—Ya ves, camarada, le has gustado a mi hija. En la vida le ha traído una toalla limpia a su padre; en cambio a ti, nada más instalarte, ya te la ha puesto. Si me pides a la chica en matrimonio, ¡te la daré en seguida!

La broma del padre puso a la moza toda colorada; tapándose la cara con la mano, se levantó de la mesa, mientras Naidiónov aumentaba el regocijo general devolviendo la broma:

—Ella, seguramente, no querrá casarse con un pecoso. Yo sólo puedo buscar novia cuando anochece; entonces estoy guapo y en condiciones de gustar a las mozas.

Sirvieron la compota. La conversación cesó. Ya no se oía más que el ruido de las bocas que masticaban y de las cucharas de madera que raspaban el fondo del lebrillo. El silencio sólo se interrumpía cuando la cuchara de algún chicuelo comenzaba a describir círculos en el interior del lebrillo, a la busca de una pera cocida. Y entonces, el abuelo Akim, después de haber lamido su cuchara, le daba con ella al infractor un sonoro golpe en la frente, aleccionándole:

—¡No pesques!

—Qué callados estamos todos, como en la iglesia —comentó el ama de la casa.

—En la iglesia no siempre hay silencio —replicó Vaniushka, que se había atracado de gachas y de compota—. Una vez, en la de mi pueblo, en vísperas de Pascua, ocurrió un caso… ¡como para morirse de risa!

El ama de la casa dejó de limpiar la mesa. Akim el Pequeño lió un cigarro y sentóse en un banco, dispuesto a escuchar. Hasta el abuelo Akim, regoldando y santiguándose, prestó oído a las palabras de Naidiónov. Nagúlnov, con evidentes muestras de impaciencia, pensó: «¿Y cuándo empezará a hablar del trigo? Aquí, por lo visto, ¡no tenemos nada que hacer! Estos Akims son los dos muy duros de pelar; a testarudos, no hay quien les gane en todo Gremiachi. ¡Y cualquiera les mete miedo! Pues el Pequeño ha servido en el Ejército Rojo, y, además, es un cosaco nuestro, ¡de pies a cabeza! No, no entregará el trigo, por su apego a la propiedad y por su avaricia. Ese no da ni los buenos días. ¡Yo le conozco bien!»

Entre tanto, luego de esperar, un momento oportuno, Vaniushka Naidiónov continuó:

—Yo soy del distrito de Tatsin, y en la iglesia de nuestro pueblo ocurrió, en vísperas de Pascua, lo que os voy a contar. Se celebraban los oficios vespertinos de Cuaresma. La iglesia estaba de bote en bote; los fieles se apretujaban, apenas podían respirar. El pope y el diácono, cumpliendo su oficio, cantaban sus oraciones, y mientras tanto, los chicos jugueteaban ante la verja. Había en nuestra barriada una vaquilla, de un año y de tan malas pulgas, que en cuanto se la tocaba, embestía dispuesta a cornear. La vaquilla estaba comiendo hierba tranquilamente junto a la verja, pero los chiquillos la pusieron tan furiosa, que arremetió contra uno de ellos. ¡Parecía que lo iba a coger de un momento a otro! El chico se metió a todo correr en el patio, y la vaquilla, detrás; él se lanza al atrio, y ella le sigue. En el pórtico había un sinfín de gente, no cabía ni un alfiler. Y allí, la vaquilla alcanza al fugitivo y le atiza en el trasero un topetazo tremendo. El chico sale disparado y va a caer a los pies de una vieja, tirándola patas arriba. La vieja empieza a chillar como una desesperada: «¡Socorro, buena gente! ¡Ay, que me mareo!…» El marido de la vieja alza la muleta y le sacude al chico un trastazo en la espalda: «¡Mal diablo te lleve, condenado!…» La vaquilla suelta un «mu-u-u» y apunta los cuernos hacia el viejo. ¡La que se armó! El pánico se apoderó de todos… Los que estaban cerca del altar no se habían enterado de lo que pasaba, pero al oír ruido en el pórtico, dejaron de rezar, y, muy inquietos, empezaron a preguntarse unos a otros: «¿Por qué alborotan afuera?», «¿Qué pasa ahí?»

Vaniushka, entusiasmado, imitaba las caras y cuchicheos de sus asustados paisanos con tanta propiedad, que Akim el Pequeño, sin poder contenerse más, fue el primero en soltar el trapo.

—¡Buena la armó la vaquilla!

Mostrando en una sonrisa sus dientes blancos, Vaniushka prosiguió:

—Y entonces, un mozuelo, con ganas de broma, lanza un bulo: «¡Es un perro rabioso! ¡Sálvese el que pueda!» A su lado, había una mujer embarazada. La mujer, muerta de miedo, se pone a dar unos chillidos que retumban en toda la iglesia: «¡A-ay, madrecita mía! ¡Nos va a morder a todos!» Los de atrás empujan a los de delante, y derriban los candeleros, que se apagan echando humo… Todo queda a obscuras. Y en ese momento, alguien empieza a bramar: «¡Fuego!» El zipizape fue de los grandes: «¡Un perro rabioso!», «¡Fuego-o-o!»… «¿Pero qué pasa?…» «¡El fin del mundo»!, «¿Qué-e-e?… ¿El fin del mundo? ¡Mujercita mía, vámonos a casa!» La gente se precipita a las puertas laterales, se atropella; quieren salir todos a un tiempo, y no sale nadie. Vuelcan el tenderete de la venta de velas; ruedan las monedas de cinco kopeks, y el cerero cae al suelo, gritando: «¡Auxilio, que me roban!…» Las mujeres, como un rebaño de ovejas, se empujan hacia el ambón, y el diácono, con el incensario, empieza a repartir golpes en sus cabezas: «¡So-o-o, quietas! ¿Os habéis vuelto locas? … ¿A dónde vais? ¿No sabéis, impuras, que a vosotras os está prohibido subir al altar?» Y el alcalde del pueblo, un gordinflón con una cadena cruzada sobre la barriga, se abre camino, a empellones, hacia la puerta, ordenando severo: «¡Dejadme pasar, malditos! ¡Paso a la primera autoridad!» Pero, ¿cómo le iban a hacer caso si aquello era ya el «fin del mundo»?

Interrumpido por las carcajadas, Vaniushka terminó:

—En nuestra barriada había un cuatrero llamado Arjip Chójov. Todas las semanas se llevaba algún caballo, y nadie podía echarle el guante, de ninguna de las maneras. Arjip estaba también en la iglesia, rezando para que le perdonasen sus pecados. Y cuando comenzaron a gritar: «¡El fin del mundo! ¡Estamos perdidos, hermanos!», se lanzó a una ventana y rompió los cristales, queriendo saltar por ella. Pero la ventana tenía una reja. La gente se amontonaba toda contra las puertas, y Arjip corría de un lado para otro, buscando salida. De pronto se para, junta las manos y dice con aflicción: «Ahora sí que me han cogido. ¡Bien cogido estoy!»

Las mozas, Akim el Pequeño y su mujer reían hasta saltárseles las lágrimas, hasta darles hipo. Incluso el abuelo Akim mostraba en silencio sus desdentadas encías. Únicamente la abuela, que sólo había oído el relato a medias y no se había enterado de nada a causa de su sordera, echóse a llorar de pronto, sin que se supiera el motivo, y, limpiándose los ojos, enrojecidos e hinchados del llanto, farfulló:

—Por consiguiente, ¡prendieron al pobrecito! ¡Ay, Virgen santa! ¿Y qué le hicieron?

—¿A quién, abuela?

—Pues a ese pobre peregrino.

—¿A qué peregrino, abuelita?

—A ése de que hablabas, querido… a ese bendito de Dios.

—¿Pero de qué bendito hablaba yo?

—No lo sé, hijito… Me estoy volviendo un poco sorda; sí, querido, un poco… Y no entiendo todo muy bien…

El diálogo con la abuela provocó una nueva explosión de hilaridad. Akim el Pequeño, enjugándose las lágrimas que le brotaban de la risa, preguntó sus buenas cinco veces:

—¿Cómo dijo el ladronazo? «¿Ahora sí que me han cogido?» Bueno, muchacho, ¡eso que nos has contado tiene la mar de gracia! —y, lleno de ingenuo entusiasmo, le daba palmadas en la espalda.

Pero Vaniushka, pasando con rapidez e inadvertidamente de las bromas a las veras, dijo suspirando:

—La cosa tiene gracia, desde luego… Pero ocurren ahora otras cosas que no tienen gracia ninguna… Hoy, al leer el periódico, me ha dolido el corazón…

—¿Te ha dolido? —inquirió Akim, que esperaba un nuevo relato jocoso.

—Sí, me ha dolido al enterarme de lo bárbaramente que se escarnece y tortura al ser humano en los países capitalistas. Oíd lo que he leído. Había en Rumania dos jóvenes comunistas que se dedicaban a abrirles los ojos a los campesinos, diciéndoles que debían quitarles la tierra a los terratenientes y repartírsela entre ellos. En Rumania, los labradores viven en una miseria muy grande…

—Cierto. Es mucha su pobreza. Lo sé porque lo vi yo mismo cuando estuve con mi regimiento, el año diez y siete, en el frente rumano —confirmó Akim.

—Pues bien, hacían propaganda para derribar el capitalismo y organizar en Rumania el Poder Soviético. Pero los feroces gendarmes les echaron mano. A uno lo golpearon hasta matarlo, al otro lo torturaron terriblemente. Le sacaron los ojos, le arrancaron todos los cabellos. Luego, calentaron al rojo un hierrecillo y se lo clavaron en las uñas…

—¡Ah, malditos! —exclamó la mujer de Akim, juntando las manos—. ¿En las uñas, dices?

—Sí, en las uñas… Le interrogan: «Dinos quiénes son los otros miembros de tu célula y reniega de la Unión de Juventudes Comunistas». «¡No os diré nada, vampiros, no reniego de nada!» —contesta con firmeza el joven comunista. Entonces, los gendarmes, con sus sables, le cortan las orejas y la nariz. «¿Hablarás?», «No —responde—, vuestras manos sanguinarias me darán la muerte, ¡pero no hablaré! ¡Viva el comunismo!» Enfurecidos, le cuelgan del techo, por los brazos, y encienden fuego debajo…

—¡Recristo, qué verdugos hay por el mundo! ¡Es espantoso! —comentó indignado Akim el Pequeño.

—Con el fuego, empiezan a quemarle los pies, y él, sin exhalar una queja, llora lágrimas de sangre, pero no delata a ninguno de sus camaradas de las Juventudes Comunistas. Tan sólo repite: «¡Viva la revolución proletaria y el comunismo!»

—¡Hizo muy bien en no delatar a sus compañeros! ¡Eso es lo que hay que hacer! ¡Muere con honra, pero no entregues a tus amigos! Hasta las Sagradas Escrituras lo dicen: «Darás la vida por el prójimo…» —sentenció el abuelo Akim, descargando un puñetazo sobre la mesa, y apremió al narrador—: ¿Y después, qué pasó después?

—Pues que lo torturan y atormentan de todas las maneras, pero él sigue callado. Y así, desde por la mañana hasta la noche. Cuando pierde el conocimiento, los gendarmes le echan agua fría, y continúan su faena. Al ver que no pueden sacarle nada, detienen a la madre y la traen a su *ojranka*. «Mira —le dicen— lo que hacemos con tu hijo. Aconséjale que se someta; de lo contrario, ¡lo mataremos y echaremos su carne a los perros!» La madre se desmaya. Al volver en sí, se abalanza al hijo, lo abraza y le besa sus manos ensangrentadas…

Vaniushka, pálido, calló un momento. Con una mirada de sus dilatadas pupilas abarcó a sus oyentes: las mozas, cuajados de lágrimas los ojos, escuchaban con la boca abierta; la mujer de Akim se sonaba con el delantal, balbuceando entre sollozos: «¡Dios mío!… ¡Qué dolor de la pobrecita madre… al ver a su hijo!…» Akim el Pequeño carraspeó de pronto y empezó a liar precipitadamente un cigarro; tan sólo Nagúlnov, sentado en el arca, conservaba una calma aparente, pero su mejilla temblaba y la boca se le torcía de un modo sospechoso…

—«…¡Hijo de mi alma! Hazlo por mí, por tu madre, ¡sométete a estos malvados!», le pide la madre. Pero él, al oír su voz, contesta: «No, madre querida, no traicionaré a mis camaradas; moriré por mi idea. No me pidas eso, y bésame… Así será menos dura mi muerte…»

Vaniushka, trémula la voz, terminó su relato sobre la muerte del joven comunista rumano martirizado por sus verdugos, los gendarmes. Durante un minuto se hizo el silencio; luego, el ama de la casa preguntó, toda llorosa:

—¿Y qué edad tenía el pobre mártir?

—Diez y siete años —respondió sin titubear Vaniushka, e inmediatamente se encasquetó la gorra a cuadros—. Sí, ha muerto un héroe de la clase obrera, nuestro querido camarada el joven comunista rumano. Ha muerto para que los trabajadores vivan mejor. Nuestro deber es ayudarles a derrocar el capitalismo y a establecer el Poder de los obreros y de los campesinos, mas para ello es preciso organizar los koljóses, reforzar la economía koljosiana. Pero hay todavía entre nosotros algunos labradores que, por inconsciencia, ayudan a gendarmes como ésos entorpeciendo la organización de los koljóses al no dar el trigo para las siembras… Bueno, patrones, ¡gracias por el desayuno! Y ahora, hablemos del asunto que nos ha traído aquí: es preciso que, inmediatamente, llevéis al fondo de semillas el trigo que os corresponde. Vuestra casa debe entregar setenta y siete puds justos. Conque, ¡hala, patrón, cárgalo ahora mismo!

—Es que… yo no sé… Casi no tenemos… —balbuceó Akim el Pequeño,

sorprendido por un ataque tan inesperado. Pero la mujer, lanzándole una furibunda mirada, le interrumpió bruscamente:

—¡No pongas pretextos! ¡Ve a llenar los sacos y llévalo!

—Pero setenta puds no tengo… Además no está limpio… —se resistía Akim débilmente.

—Anda, Akímushka, llévalo… Si hay que entregarlo, ¿a qué oponerse? —apoyó a la nuera el abuelo Akim.

—Nosotros no somos gente orgullosa, os ayudaremos a limpiarlo —se apresuró a ofrecerse Vaniushka—. ¿Tendréis una criba?

—Tenemos… Pero está un poco estropeada…

—¡Valiente cosa! ¡La arreglaremos! Hala, hala, de prisita, patrón, que ya hemos perdido bastante tiempo hablando…

Media hora más tarde, Akim el Pequeño traía de los establos del koljós dos carretas de bueyes, y Vaniushka, salpicado el rostro de gotas de sudor tan diminutas como sus pequillas y semejantes a abalorios, sacaba del cobertizo del salvado al poyo del granero unos sacos llenos de trigo bien cribado, cuyos gruesos y duros granos tenían rubicundos reflejos de oro puro.

—¿Por qué guardáis el trigo donde el salvado, teniendo como tenéis un granero tan hermoso? —le preguntó a una de las hijas de Akim, guiñando el ojo con picardía —. ¡Eso no es de buenos amos!

—Cosas de mi padre… —respondió turbada la moza.

Cuando Besjliébnov hubo llevado sus setenta y siete puds al granero colectivo y Vaniushka y Nagúlnov, después de despedirse de los dueños de aquella casa, se dirigían hacia otra, Makar, mirando con alegre emoción al rostro fatigado de su compañero, inquirió:

—Bueno, esa historia del joven comunista, ¿te la has inventado tú, verdad?

—No —respondió aquél con aire distraído—, la leí no sé cuándo, hace mucho tiempo, en una revista del Socorro Rojo.

—Pero tú has dicho que la has leído hoy…

—¿Y qué más da? Lo esencial es que el caso ocurrió, ¡desgraciadamente, camarada Nagúlnov!

—Sin embargo, tú… ¿has añadido de tu cosecha para inspirar lástima? —insistió Nagúlnov tenaz.

—¡Eso qué importa! —replicó Vaniushka con enojo. Encogiéndose de frío, abrochóse la cazadora de cuero y añadió—: Lo importante es que la gente sienta odio a los verdugos y al régimen capitalista y simpatía por nuestros luchadores. Lo importante es que traigan la semilla… Además, no he añadido casi nada. En cuanto a la compota de la patrona, estaba dulcecita, ¡riquísima! ¡Has hecho mal, camarada Nagúlnov, en no probarla!

Capítulo XXVI

El 10 de Marzo, a la caída de la tarde, la niebla se abatió sobre Gremiachi Log, y hasta el amanecer, la nieve derretida estuvo cayendo rumorosa de los tejados, mientras del Sur, de los altozanos de la estepa, llegaba en veloces ráfagas un viento templado y húmedo. La noche recibió a la primavera en Gremiachi envuelta en negros cendales de bruma, sumida en el silencio, oreada por los vientos primaverales. Bien entrada la mañana, desvanecióse la niebla rosácea, dejando al descubierto el cielo y el sol, y, del Sur, ya en potente avalancha, irrumpió huracanado el viento; desprendiendo humedad, con sonoro susurro, empezó a asentarse la nieve, de gruesos granos, en tanto los tejados se tornaban pardos y se cubrían los caminos de obscuros manchones. Y al mediodía, por barrancos y cañadas, el agua montañera, transparente como las lágrimas, comenzó a borbotear con furia para lanzarse, en innumerables arroyuelos, hacia las hondonadas, hacia los árboles ribereños y los huertos, bañando las amargas raíces de los cerezos e inundando los juncales que bordeaban el río.

Unos tres días más tarde, estaban ya limpios de nieve los oteros, abiertos a todos los vientos, y en sus laderas, lavadas hasta el mismo pie, relucía húmeda la arcilla. El agua de los ribazos habíase enturbiado y llevaba sobre sus rizosas ondas burbujeantes amarillos penachos de batida espuma, raíces de trigo, hierbas secas de los campos y ramillas de arbustos desgajadas por la avenida.

En Gremiachi Log se había desbordado el río. De lejos, de su curso superior, bajaban flotando bloques de hielo azules, tocados ya por el sol. En los recodos, salíanse del lecho y giraban restregándose unos con otros, como enormes peces en la época del desove. A veces, la corriente los arrojaba contra la escarpada orilla; otras, un témpano, arrastrado por algún torrente que había irrumpido en el río, iba a parar a los huertos, donde flotaba entre los árboles, chocaba crujiente contra los troncos, derribaba los arbolillos jóvenes, dañaba los manzanos y combaba el espeso ramaje de los cerezales.

Más allá del caserío, negreaban los campos labrados en otoño, libres de nieve, llamando al trabajo. Removida por la reja del arado, la compacta tierra negra humeaba en los sitios caldeados. Grande, augusta era la calma que reinaba en la estepa a la hora del mediodía. Sobre los campos labrados, el sol, un vaho blanco lechoso, el conmovedor canto de la primera alondra y el vibrante crotorar de una bandada de grullas que hundía la punta de su cuña en el azul intenso del cielo sin nubes. Un suave calorcillo cubre los túmulos de temblantes tules. El dardo agudo de una brizna de hierba verde empuja el tallo muerto del año anterior, buscando afanoso el sol. Secado por el viento, el centeno que se sembrara en otoño se alza ahora como de puntillas tendiendo sus diminutas hojas hacia los luminosos rayos. Pero hay todavía poca vida en la estepa: aún no se han despertado de su invernal letargo las

marmotas y los musgaños. Los animales salvajes se han internado en el bosque o metido en las quebradas. Solamente, de tarde en tarde, corre una rata de campo por entre la maleza seca, mientras las perdices, en parejas nupciales, vuelan hacia las tierras labradas en otoño.

El 15 de Marzo, en Gremiachi Log, ya estaba reunido por completo el fondo de semillas. Los campesinos individuales habían llevado las suyas a un granero aparte, cuya llave se guardaba en la administración del koljós. Los koljosianos habían llenado hasta el techo los seis graneros colectivos. El grano se limpiaba en la clasificadora combinada, por la noche, a la luz de tres faroles. En la herrería de Ippolit Shali, la bocaza del fuelle respiraba jadeante, hasta el obscurecer, mientras golpeteaba cantarín el mallo, haciendo saltar dorados granos de fuego. Shali apretó de firme, y para el 15 de Marzo ya tenía arreglados todos los rastrillos, gradas, sembradoras y arados que le habían traído para su reparación. Y el 16, al atardecer, en la escuela, Davídov le entregaba como premio, ante los numerosísimos koljosianos allí reunidos, las herramientas que se trajera de Leningrado, y pronunciaba estas palabras:

—A nuestro querido herrero, al camarada Ippolit Sídorovich Shali, por su trabajo, verdaderamente de choque, que todos los demás koljosianos deben tratar de igualar, en nombre de la administración del koljós, le hacemos entrega de las presentes herramientas.

Davídov —que, con motivo del solemne acto en honor del herrero de choque, estaba recién afeitado y con la camiseta limpia— tomó de la mesa las herramientas, extendidas sobre un trozo de tela roja, mientras Razmiótnov empujaba hacia el tablado al purpúreo Shali.

—El camarada Shali ha terminado hoy la reparación, en el cien por cien. ¡Eso, ciudadanos, es la pura verdad! En total, ha arreglado cincuenta y cuatro rejas y puesto en disposición de combate doce sembradoras, catorce rastrillos y otras máquinas. ¡Eso es la pura verdad! Recibe, pues, querido camarada, este regalo fraternal como recompensa a tus esfuerzos, y te deseamos, ¡qué duda cabe!, que en adelante sigas trabajando con igual ímpetu, para que todos los aperos de nuestro koljós se encuentren siempre… ¡de primera! ¡Eso es! Y vosotros, los demás ciudadanos, debéis hacer el mismo trabajo de choque en los campos. Solamente así justificaremos el nombre de nuestro koljós; de lo contrario, nos cubriremos de vergüenza y oprobio ante toda la Unión Soviética. ¡Eso es la pura verdad!

Dichas estas palabras, Davídov envolvió el premio en el retazo de satén rojo, de tres metros, y se lo tendió a Shali. La gente de Gremiachi no había aprendido todavía a expresar su aprobación por medio de aplausos, pero cuando Shali tomó con manos trémulas el envoltorio rojo, un fuerte rumorea alzóse en la escuela:

—¡Se lo merece! ¡Ha trabajado de firme!

—Lo ha dejado todo como nuevo.

—Las herramientas para él, y la tela para que su mujer se haga un vestido.

—¡Ippolit, torazo negro, tienes que convidar!

—¡Hay que darle un manteo, balanceado!

—¡Cállate, condenado! Buenos balanceos se ha dado ya el hombre con el mallo…

Las exclamaciones se fundieron en un griterío general, pero el abuelo Schukar supo ingeniárselas para perforar el ruido con su voz penetrante como la de una mujer:

—¿Por qué estás ahí plantado sin decir ni pío? ¡Habla ya, alma mía! ¡Contesta! Pareces hijo de un poste y una estaca.

La gente apoyó a Schukar. Medio en broma y medio en serio, empezaron a dar voces:

—¡Que hable por él Demid el Callado!

—¡Ippolit! Desembucha pronto, ¡mira que te vas a caer!

—Fijaros, es verdad, ¡le tiemblan las piernas!

—¿Te has tragado la lengua, del alegrón?

—Esto es más difícil que golpear con el martillo, ¿eh?

Pero Andréi Razmiótnov, gran amigo de toda clase de solemnidades y que esta vez dirigía la ceremonia, dominando el ruido, apaciguó a la agitada asamblea:

—¡Calmad un poco vuestros ardores! ¿Por qué os habéis puesto otra vez a vociferar? ¿Es que la primavera se os ha subido a la cabeza? Batid palmas como la gente bien educada, ¡no hay por qué soltar esos berridos! Haced el favor de callar, ¡y dejad al hombre que corresponda con sus palabras! —volviósehacia Ippolit y, metiéndole el puño por el costado, sin que se apercibiera nadie, le aconsejó en un susurro—: Toma todo el aire que puedas, de una bocanada, y desembucha. Pero haz el favor, Sídorovich, de hablar largo y tendido, como un hombre de letras. Tú eres hoy el héroe de la jornada, y tienes que pronunciar un discurso «espacioso», con todas las de la ley.

Ippolit Shali nunca había sido objeto de solicitudes ni atenciones, en la vida había pronunciado «espaciosos» discursos y solamente había recibido, como recompensa de su trabajo, algunos parcos convites a vodka de los vecinos del caserío; por ello, aquel regalo de la administración y las circunstancias solemnes de su entrega le habían hecho perder definitivamente su habitual ecuanimidad. Le temblaban las manos, que apretaban contra el pecho el envoltorio rojo; le temblaban las piernas, las mismas piernas que, de ordinario, se mantenían firmes y seguras, esparrancadas sobre el suelo de la herrería… Sin soltar el envoltorio, se enjugó con la manga una parca lágrima y la cara, roja de lo mucho que se la había refrotado y lavado con motivo de aquel acontecimiento tan extraordinario para él, y dijo con enronquecida voz:

—Las herramientas, claro, le hacen falta a uno… Se agradece… y a la administración, y por todo esto… ¡Gracias, muchas gracias! En cuanto a mí, como le

tengo tanto apego a la herrería, puedo siempre… Y ahora, que soy koljosiano, con el alma y la vida… y el satén, desde luego, le vendrá bien a mi mujer… —perdido el hilo, recorrió con los ojos la abarrotada clase de la escuela buscando a su mujer, con la secreta esperanza de que ella le echaría una mano; pero al no verla, dio un suspiro y terminó su nada «espacioso» discurso—: Por las herramientas que van en el satén, y por el trabajo de uno… a usted, camarada Davídov, y al koljós, ¡mil gracias!

Razmiótnov, al darse cuenta de que el emocionado discurso de Shali tocaba ya a su fin, hacía en vano desesperadas señas al sudoroso herrero para que continuara. Pero éste, sin querer advertidas, saludó con una profunda reverencia y bajó del tablado llevando el envoltorio en los brazos, como a un niño dormido.

Nagúlnov, precipitadamente, se quitó la *papaja* y agitó la mano en el aire; la orquesta, integrada por dos balalaikas y un violín, empezó a tocar «La Internacional».

Todos los días, los jefes de brigada Dubtsov, Liubishkin y Diomka Ushakov iban a caballo a la estepa, a ver si la tierra estaba ya en condiciones para la labranza y la siembra. La primavera avanzaba por las estepas, esparciendo el aliento seco de sus vientos. Como los días eran buenos, la primera brigada disponíase ya a arar las tierras grises y arenosas de su sector.

La brigadilla de la columna de agitadores había sido llamada al caserío de Voiskovói, pero Kondratko, a petición de Nagúlnov, había dejado en Gremiachi a Vaniushka Naidiónov, para la temporada de la siembra.

Al día siguiente de la entrega del premio a Shali, Nagúlnov se divorció de Lushka. Ella se instaló en casa de una tía segunda suya, que vivía en las afueras, y estuvo un par de días sin aparecer por parte alguna. Luego, al encontrar a Davídov, cuando éste iba a la administración del koljós, le detuvo.

—¿Cómo voy a vivir ahora, camarada Davídov? Aconséjeme usted.

—¡Valiente problema! Mira, pensamos organizar una casa-cuna; puedes ir a trabajar allí.

—¡Quiá, no, muchas gracias! Yo no he tenido hijos, ¿y ahora voy a ponerme a cuidar de los niños ajenos? ¡Qué ocurrencia!

—Bueno, entonces vete a trabajar a una brigada.

—Yo no estoy hecha pare el trabajo. Las faenas del campo me dan dolor de cabeza, me marean…

—¡Vaya, que delicada eres! Pues paséate todo lo que quieras, pero pan no tendrás. Entre nosotros, ¡”el que no trabaja no come»!

—Lushka suspiró y, escarbando la húmeda arena con la aguda punta de su zapatito, agachó la cabeza.

—Mi amigo del alma, Timoshka el Desgarrado, me ha escrito una carta… Está en la ciudad de Kotlas, de la región del Norte… Me promete volver pronto.

—¡Que se cree él eso! —dijo Davídov sonriendo—. Y si vuelve, lo mandaremos

más lejos aún.

—Entonces, ¿no habrá perdón para él?

—¡No! Y en vez de esperarle, ganduleando, lo que tienes que hacer es trabajar. ¡Eso es la pura verdad! —respondió Davídov con rudeza. E iba ya a seguir su camino, cuando Lushka, un poco turbada, le retuvo. Arrastrando las palabras, le preguntó, con cierto dejillo burlón y provocativo:

—¿Y por qué no me busca usted algún novio que ande por ahí suelto?

Davídov, mostrando rabioso los dientes, mascculló:

—¡Yo no me dedico a esas cosas! ¡Adiós!

—¡Espere un momentito! ¡Voy a hacerle otra pregunta!

—¿Cuál?

—¿Y usted, no me querría para mujer? —La voz de Lushka era ya francamente provocadora y burlona.

Ahora le tocó turbarse a Davídov. Enrojeciendo hasta la raíz de los cabellos, peinados hacia atrás, movió los labios en silencio.

Míreme usted, camarada Davídov —continuó Lushka afectando humildad—. Soy una mujer guapa de veras, y buena para el amor… Fíjese en que mis ojos son bonitos, lo mismo que mis cejas, mis piernas y todo lo demás… —con la puntita de los dedos se había levantado ligeramente la falda verde de lana y, cimbreándose, giraba ante el atónito Davídov—. ¿Soy fea acaso? Si es así, dígamelo…

Con furioso ademán, Davídov echóse hacia atrás la gorra y contestó:

—Desde luego eres una chica agraciada. ¡Qué duda cabe! Y tus piernas son bonitas… Sólo que, con esas piernas, no vas por donde debieras ir. ¡Eso es la pura verdad!

—¡Yo voy por donde me da la gana! Bueno, por consiguiente, ¿no tengo que confiar en usted?

—Desde luego, mejor será que no confíes.

—No se vaya a creer que me muero de amor por usted o que busco mi bienestar… Lo que ocurre es que me ha dado lástima. Yo me digo: «Un hombre joven como él, y vive tan solo, sin mujer, sin hacer caso de las hembras…» Y al ver los ojos hambrientos con que me miraba, sentí compasión…

—Oye tú, ¿qué estás diciendo ahí?… Bueno, ¡hasta más ver! No tengo tiempo de hablar contigo —y agregó en broma—: Cuando acabemos la siembra puedes acometer si quieres a este antiguo marinero de la Flota. Pero a condición de que le pidas permiso a Makar. ¡Eso es la pura verdad!

Lushka soltó la carcajada y dijo, en pos de él:

—Makar tenía siempre un pretexto para rehuirme: la revolución mundial. Y usted, ahora, la siembra, ¡se lo agradezco! ¡Maldita la falta que a mí me hacen alelados semejantes! Lo que yo necesito es amor, amor ardiente… Y vosotros, con

vuestros asuntos, ¡tenéis la sangre de horchata y un cacharro frío en vez de corazón!

Davídov se dirigió hacia la administración, sonriendo desconcertado. Por un momento, pensó: «A esta mujercita hay que colocarla como sea, porque si no, se apartará del buen camino… Hoy es día de trabajo, y va toda emperejilada; ¡qué palabritas dice…». Pero luego, rechazó aquella idea: «¡Que se vaya al diablo! Después de todo, ya no es ninguna niña y debe comprender. ¿Soy yo acaso una dama burguesa para dedicarme a la beneficencia? Ya le he ofrecido trabajo. ¿No lo quiere?, ¡pues que haga lo que le parezca!»

A Nagúlnov le preguntó conciso:

—¿Te has divorciado?

—¡No me hagas preguntas, por favor! —gruñó Makar, examinando, con demasiada atención, las uñas de sus largos dedos.

—Hombre, no te pongas así…

—¡Yo no me pongo de ningún modo!

—¡Vete al cuerno! No puede uno ni preguntarte siquiera.

—Ya es hora de que la primera brigada salga, y anda remoleando.

—Tienes que poner a Lushka en buen camino, porque si no, ¡es capaz de soltarse el pelo y descarriarse por completo!

—¡Déjame en paz! ¿Soy yo un pope para ocuparme de su salvación? Te estoy diciendo que es preciso que la primera brigada salga mañana para el campo…

—La primera saldrá mañana… ¿Tú te figuras que la cosa es tan sencilla, que no hay más que divorciarse y desentenderse del asunto? ¿Por qué no has educado a esa mujer en el espíritu del comunismo? Desde luego, ¡eres una calamidad!

—Mañana iré yo mismo al campo con la primera brigada… ¿Por qué te pegas a mí como una cardencha? ¡Educar, educar! ¿Cómo diablos la iba a educar si yo mismo soy un ignorante? Bueno, ya me he divorciado. ¿Qué más hace falta? ¡Eres peor que la tiña, Semión!… Tengo encima lo de ese Bánnik… Me basta con mis preocupaciones, y me vienes ahora con lo de mi antigua mujer…

Davídov iba a contestarle, pero en aquel momento resonó en el patio de la administración un bocinazo de automóvil. Balanceándose, surcando con el parachoques un charco que formara la nieve derretida, el Ford del CED se acercaba. Abrióse la portezuela, y por ella salió el Presidente de la Comisión de Control del Distrito, Samojin.

—Ese viene por mi asunto… —dijo Nagúlnov torciendo el gesto y lanzando a Davídov una furibunda mirada—. ¡Cuidado, no vayas a contarle, además, cuentos acerca de mi mujer!… Acabarías de perderme. ¡Tú no conoces a ese Samojin! Inmediatamente arremetería contra mí: «¿Por qué te has divorciado, qué motivos tenías?» Para él, cuando un comunista se divorcia, es como si le dieran una puñalada. No es un inspector de la IOC[59], sino un pope. ¡A ese tío frentudo no lo puedo tragar!

¡Ay, que me ha liado el Bánnik! Si hubiera matado a ese reptil…

Samojin entró en la habitación. Sin soltar su cartera de lona ni saludar, dijo medio en broma:

—¿Qué, Nagúlnov, la has armado buena, eh? Y ahora, por culpa tuya, tengo yo que andar dando tumbos por esos caminos, en pleno deshielo. ¿Quién es este camarada? ¿Davídov, si no me equivoco? Ea, buenos días —estrechó la mano a Nagúlnov y a Davídov, y se sentó a la mesa—. Tú, camarada Davídov, déjanos solos una media horita. Tengo que echar un párrafo con este estrafalario —y señaló a Nagúlnov.

—Bien; les dejo.

Davídov se levantó y, con gran sorpresa suya, oyó que Nagúlnov, que hacía un instante le había pedido no hablar de su divorcio, declaraba imprudente, decidiendo sin duda que «de perdidos, al río»:

—Es verdad que he golpeado a un contrarrevolucionario. Pero eso no es todo, Samojin…

—¿Y qué más has hecho?

—¡He echado a mi mujer de casa!

—¡¿Cómo?!… —inquirió espantado el frentudo y magro Samojin. Y lanzando terribles resoplidos, empezó a rebuscar en la cartera, prietos los labios, haciendo susurrar los papeles…

Capítulo XXVII

Por la noche, entre sueños, Yákov Lukich había oído unos pasos y ruido junto al portillo de la valla, pero por más esfuerzos que hacía, no podía despertarse. Cuando lo consiguió al fin, percibió, ya sin lugar a dudas, el crujir de una tabla bajo el peso de un cuerpo y un sonido metálico. Abalanzóse a la ventana y pegó el rostro a la mirilla. En las profundas sombras precursoras de la amanecida, vislumbró a un hombre que saltaba la valla. El hombre aquel debía ser corpulento y pesado, porque resonó un golpe sordo cuando saltó. Por la *papaja*, que blanqueaba en la noche, reconoció a Pólovtsev. Echóse la chaqueta sobre los hombros, cogió de lo alto del horno las botas de fieltro y salió. Pólovtsev ya había metido el caballo en el patio y cerrado con la tranca el portón. Yákov Lukich tomó de sus manos las riendas. El animal venía bañado en sudor hasta las crines, se tambaleaba con bronco resollar. Pólovtsev, sin responder al saludo de Yákov Lukich, preguntó en un susurro, con enronquecida voz:

—¿Está ahí ese… Liatievski?

—Sí, durmiendo. Es un tormento con él… En todo este tiempo no ha parado de beber vodka…

—¡Maldita sea su estampa! Canalla… Me parece que he reventado el caballo…

La voz de Pólovtsev era muy queda, desconocida. Yákov Lukich le pareció forzada, llena de gran inquietud y cansancio…

Ya en su cuartucho, Pólovtsev se quitó las botas, sacó de la bolsa de la silla de montar unos bombachos azules, de cosaco, con rojas franjas en las perneras, y se los puso. Luego, colgó sobre la litera de junto al horno, para que se secasen, los pantalones que se acababa de quitar, empapados hasta la alta pretina.

Yákov Lukich permanecía ante el umbral, observando los lentos movimientos de su jefe. Este se sentó en la litera, abarcó sus rodillas con ambas manos y, mientras se calentaba las plantas de los pies descalzos, quedó un minuto inmóvil, como adormecido. Aunque, al parecer, se moría de sueño, abrió los ojos con esfuerzo y miró largamente a Liatievski, que, borracho, dormía como un tronco, e inquirió:

—¿Hace mucho que bebe?

—Desde que usted se marchó. ¡Y cómo empina el codo!… Tanto, que ya me da reparo de la gente… Cada día tengo que ir por vodka… Pueden sospechar.

—¡Canalla! —masculló Pólovtsev con inmenso desprecio, prietos los dientes. Y, sentado, se adormeció de nuevo, inclinando una y otra vez la canosa cabeza.

Después de haber cedido unos instantes a la turba oleada de sueño que le invadía, estremecióse sobresaltado, puso los pies en el suelo y abrió los ojos.

—Hace tres días que no duermo… Los ríos se están deshelando. El vuestro, el de Gremiachi, he tenido que pasarlo a nado.

—¿Por qué no se acuesta usted, Alexandr Anísimovich?

—Me acostaré. Dame tabaco. El mío está mojado.

Luego de dar con ansia dos chupadas, se reanimó. La soñolienta neblina desapareció de sus ojos, su voz se hizo más fuerte.

—Bueno, ¿y cómo van las cosas por aquí?

Yákov Lukich le informó con brevedad, y preguntó a su vez:

—¿Y ustedes, qué tal? ¿Será pronto?

—Uno de estos días… o nunca. Mañana por la noche iré contigo a Voiskovói. Hay que empezar la sublevación desde ese caserío. Está más cerca de la *stanitsa*. Allí se encuentra ahora la columna de agitadores. Con ella probaremos nuestras fuerzas. Tú me haces mucha falta en este viaje. Los cosacos de allí te conocen, tu palabra les dará ánimos —Pólovtsev calló. Durante largo rato, estuvo acariciando con su manaza al gato negro que había saltado a sus rodillas; luego, murmuró, con cálidos acentos de ternura, inhabituales en él—: ¡Gatito! ¡Minino! ¡Mo-rron-guito mío! ¡Qué negro eres, lo mismo que un cuervo! ¡Me gustan los gatos, Yákov Lukich! El caballo y el gato son los animales más limpios… Yo tenía en casa uno siberiano, enorme, afelpado… Siempre dormía conmigo… Su pelo era de un color… —Pólovtsev entornó evocador los ojos y sonrió, moviendo los dedos— de un color gris de humo, con manchas blancas. ¡Soberbio gato! ¿Y a ti, Lukich, no te gustan los gatos? En cambio, a los perros no los quiero, ¡los odio! ¿Sabes lo que me ocurrió cuando era pequeño? Yo tendría entonces unos ocho años. Había en nuestra casa un perrillo chiquitín. Una vez, jugando con él, debí lastimarle, porque me agarró el dedo y me mordió hasta hacerme sangre. Enfurecido, cogí una vara y empecé a pegarle. El se escapa, yo lo alcanzo y le sacudo, ¡zas! ¡zas!… con verdadera fruición. Corre a ocultarse bajo el suelo del granero, y yo tras él; se mete bajo los peldaños de la escalerilla, lo saco de allí y sigo dándole varazos, golpe tras golpe. Le pegué tanto, que el perrillo se orinó todo él. ¿Y sabes?, ya no aullaba, gemía, jadeaba… Entonces, lo tomé en brazos… —Pólovtsev sonrió con aire de culpa, confuso, torciendo la boca—. Lo cogí y me eché a llorar a lágrima viva; me daba tanta lástima de él, ¡que se me encogió el corazón! Empecé a sentir convulsiones… Vino mi madre corriendo, y me encontró caído en tierra, ante la cochera, al lado del perrillo, agitando en el aire las piernas… Desde aquel día, detesto a los perros. En cambio, a los gatos los quiero con delirio. Y a los niños también. A los pequeñitos. Los quiero mucho, con un cariño que es hasta morboso. No puedo oír el llanto de los niños… Se me parte el corazón. ¿Y a ti, viejo, no te gustan los gatos?

Pasmado ante aquella efusión de sentimientos humanos, tan sencillos, y las inusitadas palabras de su jefe —viejo oficial endurecido, que en la guerra con Alemania se había distinguido ya por la crueldad con que trataba a los cosacos—, Yákov Lukich denegó con la cabeza. Pólovtsev calló, su rostro volvió a tornarse severo y, ya con sequedad, preguntó en tono ejecutivo:

—¿Hace mucho que no viene el correo?

—Ahora, con el deshielo, hay grandes arroyadas, los caminos están intransitables. Hace ya cosa de una semana y media que no recibimos correspondencia.

—¿Se ha oído algo por el caserío acerca del artículo de Stalin?

—¿De qué artículo?

—Lo han publicado los periódicos. Trata de los koljóses.

—No, no se ha oído nada. Por lo visto, esos periódicos no han llegado aquí. ¿Y qué decía el artículo, Alexandr Anísimovich?

—¡Bah!, vaciedades… A ti no te interesa eso. Bueno, vete a dormir. Dale de beber a mi caballo dentro de unas tres horas. Y para mañana por la noche, consigue un par de caballos del koljós. En cuanto obscurezca, saldremos para Voiskovói. Tú irás montado a pelo, no está lejos de aquí.

Por la mañana, Pólovtsev estuvo hablando largo rato con Liatievski, al que ya se le había pasado la borrachera. Terminada la conversación, Liatievski entró en la cocina, pálido, malhumorado.

—¿Quiere usted beber algo para quitarse la reseca? —le preguntó precavido Yákov Lukich. Pero Liatievski, tendida la vaga mirada en la lejanía, por encima de la cabeza de Ostrovnov; contestó, recalcando las palabras:

—Ahora, ya no necesito nada —y metióse en el cuartucho, donde se echó de bruces sobre la cama.

Aquella noche, en las cuadras del koljós, estaba de guardia uno de los afiliados por Ostrovnov a la «Alianza para la Liberación del Don», Iván Batálschikov, pero ni a él le dijo Yákov Lukich adónde iba ni cuál era el motivo del viaje. «Vamos ahí cerca, a un asunto de nuestra causa», repuso evasivo a la pregunta de Batálschikov. Y ello bastó para que éste, sin vacilar, desatase a dos de los mejores caballos. Por detrás de las eras, los llevó Yákov Lukich a la ribera del río, los dejó allí, atados a unos árboles, y se fue a avisar a Pólovtsev. Al acercarse a la puerta del cuartucho, oyó que Liatievski gritaba: «¡Pero eso significa nuestra derrota, compréndalo!» En respuesta, Pólovtsev barbotó algo, severamente, con su voz de bajo, y Yákov Lukich, angustiado por un mal presentimiento, dio unos suaves golpecitos.

Pólovtsev sacó la silla. Salieron. Tomaron los caballos. Partieron al trote. Cuando hubieron dejado atrás el caserío, vadearon el riachuelo. Durante todo el viaje, Pólovtsev guardó silencio. Había prohibido fumar y dado orden de no ir por el camino, sino a unos cien metros de él.

En Voiskovói les esperaban. En el *kurén* de un cosaco amigo de Yákov Lukich se habían reunido unos veinte hombres del caserío, viejos en su mayoría. Pólovtsev saludó a todos, dándoles la mano; luego, se llevó aparte a uno, junto a la ventana, y estuvo cuchicheando con él unos cinco minutos. Los demás miraban alternativamente a Pólovtsev y a Yákov Lukich. Este, que había tomado asiento cerca del umbral, se

sentía desconcertado, cohibido entre aquellos cosacos extraños, a quienes apenas conocía…

Las ventanas, cubiertas por dentro con esterillas, tenían las maderas herméticamente cerradas; en el patio, el yerno del dueño de la casa vigilaba… Y sin embargo, Pólovtsev empezó a hablar a media voz:

—Bueno, señores cosacos; ¡se acerca la hora! Vuestra esclavitud toca a su fin. Hay que empezar. Nuestra organización de combate está dispuesta. Pasado mañana, por la noche, comenzaremos. A vuestro caserío de Voiskovói llegará media centuria de caballería, y, al primer disparo, debéis lanzaros para cazar en sus madrigueras a todos esos… a todos esos tipos de la columna de agitadores. ¡Que no quede ni uno vivo! Confiero el mando de vuestro grupo al *podjorunzhi* Marin. Antes de entrar en acción, os aconsejo que os prendáis en los gorros cintas blancas, para no confundir en la oscuridad a los vuestros con los enemigos. Cada uno de vosotros deberá tener preparado su caballo, las armas que posea: un sable, un fusil o incluso una escopeta de caza; y víveres para tres días. Cuando hayáis liquidado a la columna de agitadores y a los comunistas del caserío, vuestro grupo se incorporará a la media centuria que vendrá a ayudaros. Asumirá el mando de todos el jefe de ella. Obedeceréis sus órdenes e iréis adonde él os lleve —Pólovtsev aspiró profundamente aire, sacó del cinturón de la blusa tolstoyana los dedazos de la mano izquierda, enjugóse con el reverso el sudor de la frente y prosiguió, en voz más alta—: Ha venido conmigo de Gremiachi Log el cosaco Yákov Lukich Ostrovnov, compañero mío de regimiento, a quien todos conocéis. El os confirmará que la mayoría de sus convecinos están dispuestos a ir con nosotros a la gran empresa de liberar el Don del yugo de los comunistas. ¡Habla, Ostrovnov!

La dura mirada de Pólovtsev alzó a Yákov Lukich del taburete. Levantóse con presteza, aunque sentía gran pesadez en todo el cuerpo y ardor en la reseca garganta. Mas no llegó a hablar, pues se le adelantó uno de los asistentes a la reunión, el cosaco más viejo en apariencia, miembro del consejo eclesiástico y, antes de la guerra, ex tutor inamovible de la escuela parroquial de Voiskovói. Levantóse al mismo tiempo que Yákov Lukich y, sin dejarle pronunciar una palabra, preguntó:

—¿Y usted, señor *esaul* no ha oído usía nada acerca de…? Pues antes de que usted llegara nos hemos estado aconsejando… Incluso apareció un periodiquito muy interesante…

—¿En?.. ¿Qué estás diciendo, abuelo? —inquirió Pólovtsev, ronca la voz.

—Digo que ha llegado un periodiquito de Moscú, y en él hay una carta del Presidente de todo el Partido…

—¡Del Secretario! —le corrigió uno de los que se agrupaban junto al horno.

—Bueno, del Secretario de todo el Partido, del camarada Stalin. Aquí está el periodiquito. Es del día dos del mes corriente —el viejo hablaba pausado, con su

cascada vocecilla aguda, y ya estaba sacando del bolsillo interior de la chaqueta un periódico plegado cuidadosamente en cuatro dobleces. Lo hemos leído en voz alta, reunidos, poco antes de que usted llegara, y… ¡resulta que este periodiquito nos separa de usted! Resulta que nosotros, es decir, los labradores, tenemos otro camino en la vida… Ayer oímos hablar de ese periódico, y esta mañana, monté a caballo y, a pesar de mis años, salí al galope para la*stanitsa*. Tuve que pasar a nado la Barranca del Zurdo. Muchas fatigas me costó, pero la crucé. Encontré al fin el periódico en casa de un amigo mío de la *stanitsa*, y se lo pedí por amor de Dios… Lo compré y pagué… ¡Quince rublitos pagué! El precio no lo vimos hasta después. Está ahí marcado: ¡cinco kopeks! No importa, entre todos me devolverán el dinero, a razón de diez kopeks por familia. Así lo hemos decidido. Pero hay que decir que el periódico vale lo que ha costado… Y hasta puede ser que valga más…

—¿De qué hablas, abuelo? ¿Nos estás contando cuentos del Don y de la mar? ¿Es que chocheas ya? Además, ¿quién te ha autorizado a hablar en nombre de todos los presentes? —preguntó Pólovtsev con voz trémula de coraje.

Entonces, avanzó un cosaco pequeñajo, de unos cuarenta años, con bigotillo dorado y aplastada nariz. Se adelantó de un grupo que estaba arrimado a la pared y dijo desafiante, con rabia:

—Usted, camarada ex oficial, no grite así a nuestros viejos, que ya les ha gritado bastante en otros tiempos. Entonces, erais señores, pero aquello se os acabó, y ahora hay que tratar a la gente con educación, sin grosería. En el régimen soviético hemos perdido la costumbre de ese trato. ¿Entiende usted? Y nuestro viejo ha dicho la verdad. Sí, nos hemos aconsejado y, en vista de ese artículo de la «Pravda»[60], hemos decidido no sublevamos. ¡Nuestro camino y el vuestro se han separado para siempre! El Poder, en nuestro caserío, ha hecho tonterías. A alguno que otro lo han metido en el koljós a la fuerza, a muchos campesinos medios los han expropiado como kulaks, sin necesidad… Y lo que no ha comprendido nuestro Poder en el caserío es que a una moza se la puede forzar, pero no a un pueblo entero. Nuestro Presidente del Soviet nos ha tirado tanto de las riendas, que nadie se atreve a decir en las asambleas ni una sola palabra contra él. ¡Bien nos ha apretado la cincha!, no puede uno ni respirar; mientras que el buen amo de hacienda, cuando lleva el carro por un camino malo, arenoso, le afloja al caballo la sufra, procura aliviarle la marcha… Antes, nosotros creíamos que la orden de sacamos el jugo venía de arriba; nos figurábamos que toda esa propaganda la lanzaba el Comité Central de los comunistas, pues «cuando no hay viento, no giran las aspas del molino», nos decíamos. Por eso decidimos sublevamos y entramos en vuestra «Alianza». ¿Se entera usted? Pero ahora resulta que a esos comunistas locales que metían a la gente en el koljós a la fuerza y cerraban las iglesias sin pedir consejo a nadie, Stalin les sacude a diestro y siniestro y los echa de sus cargos. Resulta que el labrador va a respirar a sus anchas, pues le han aflojado la

cincha. Si quiere, ingresa en el koljós, y si no quiere, continúa viviendo como campesino individual. Por eso hemos decidido separarnos de usted por las buenas… Devuélvanos los papelitos que firmamos por necedad y lárguese adonde le parezca. No le vamos a hacer daño, porque nosotros mismos estamos pringados…

Pólovtsev retrocedió a la ventana, apoyó la espalda contra una jamba y se puso tan pálido, que todos lo advirtieron, pero su voz resonó firme y seca cuando abarcando a todos con la mirada, preguntó:

—¿Qué es esto, cosacos? ¿Una traición?

—Llámelo como quiera —repuso otro viejo—, pero nosotros llevamos ahora distinto camino que usted. Ya que el mismo patrón sale en nuestra defensa, ¿para qué vamos a mantenemos aparte? A mí, por ejemplo, me privaron injustamente del derecho al voto y querían expulsarme del lugar, pero mi hijo está en el Ejército Rojo, y, por lo tanto, conseguiré de nuevo mi derecho a votar. Nosotros no estamos contra el Poder Soviético, sino contra los abusos que se cometen aquí, en el caserío. Mientras que usted quería enfrentarnos con todo el Poder Soviético. ¡No, eso no nos conviene! Devuélvanos los papelitos, por las buenas, antes de que se los pidamos de otra manera…

Después, le tocó el turno a otro cosaco, ya entrado en años. Acariciándose calmoso, con la mano izquierda, la ensortijada barbita, manifestó:

—Nos hemos equivocado, camarada Pólovtsev… ¡Bien sabe Dios que nos hemos equivocado! Mal hicimos en liamos con vosotros. En fin, con probar nada se perdía, y así, de ahora en adelante, andaremos sin más tropezones… La última vez, nos prometió usted el oro y el moro. Y, por eso nos entusiasmamos demasiado, pues sus promesas no eran de mucho peso. Nos dijo que, en caso de sublevación, los aliados nos mandarían en un vuelo armas y todo el material de guerra. Y nosotros no tendríamos que hacer más que matar a los comunistas. Pero después lo pensamos mejor y nos dijimos: Nos traerán armas, cosa bastante barata, pero, ¿no se meterán ellos mismos en nuestra tierra? Y si se meten, ¡luego no habrá manera de quitárnoslos de encima! ¿No tendremos que echarlos de la tierra rusa a metrallazos? Los comunistas, al fin y al cabo, son de nuestra casta, de los nuestros, por así decirlo, naturales de aquí… Mientras que ésos, ni el diablo entiende en que lengua hablan, van siempre muy orgullosos, pero no te dan ni los buenos días, y si caes en sus manos, ¡no esperes compasión! Yo estuve el año veinte en el extranjero, comí el pan de los franceses en Gallípoli, ¡y soñaba con escapar de allí! ¡Su pan es muy amargo! También he visto gente de muchas naciones, y os diré que no hay pueblo de corazón más tierno y más entrañable que el ruso. En Constantinopla y en Atenas, trabajé en el puerto; y vi de cerca a ingleses y franceses. Pasa por tu lado un bicharraco de ésos, limpio, bien planchado, y tuerce el morro porque uno va sin afeitar, sucio como el fango, porque huele a sudor. Y sólo de mirarte, le dan ganas de vomitar. El es como la

yegua de un oficial, que la lavan y la cepillan con la almohaza hasta por debajo de la cola; por eso anda tan orgulloso y nosotros le damos asco. A veces, sus marineros, en las tabernas, se metían con nosotros y, por menos de nada, se liaban a golpes, con su boxeo. Pero nuestros muchachos del Don y del Kubán se han acostumbrado un poquillo a la vida del extranjero, ¡y han empezado también a zumbarles! —el cosaco sonrió, sus dientes relumbraron entre la barba como una cuchilla azulada—. En cuanto uno de los nuestros le atiza un trompazo, a lo ruso, a algún inglés, éste cae patas arriba, se echa las manos a la cabeza y se queda en el suelo casi sin aliento. Son blandos ésos para el puño ruso, y aunque comen bien, tienen pocas chichas. ¡A los aliados esos los conozco yo de primera; ya los he probado! No, gracias. Ya haremos aquí, como sea, las paces con nuestro Poder… Los trapos sucios hay que lavarlos en casa… ¡Y tenga usted la bondad de devolvernos los papelitos!

«Ahora va a saltar por la ventana, ¡y yo me quedaré aquí como un cangrejo en un banco de arena! ¡En la que me he metido! … ¡Ay, madrecita mía, en mala hora me trajiste al mundo! ¿Por qué me liaría yo con este maldito? ¡Algún espíritu maligno me empujó!», pensaba Yákov Lukich, removiéndose en el banco, sin quitar ojo a Pólovtsev. Este, entre tanto, seguía tranquilo en pie junto a la ventana. No era ya la palidez lo que cubría sus mejillas, sino el azul sombrío de la ira y de la resolución. En su frente, se abultaban dos venas transversales; sus manos estaban aferradas al reborde de la ventana.

—Bueno, señores cosacos, sois dueños de hacer lo que os parezca. ¿No queréis ir con nosotros? No os rogaremos, no vamos a mendigar vuestro consentimiento. En cuanto a los papeles, no los devolveré; yo no los tengo, están en el Estado Mayor. Y hacéis mal en inquietaros, pues yo no voy a ir a la GPU a denunciaros…

—Desde luego —asintió uno de los viejos.

—…Pero no es a la GPU a quien tenéis que temer… —Pólovtsev, que hasta aquél momento había hablado lentamente, con voz reposada y baja, gritó de pronto, con toda la fuerza de sus pulmones—: ¡A nosotros es a quien tenéis que temer! ¡Os fusilaremos como traidores!… ¡Paso! ¡Apartaos! ¡A la pared!… —y empuñando el revólver, se dirigió hacia la puerta.

Los cosacos, sobrecogidos, le dejaron paso, mientras Yákov Lukich, adelantándose a Pólovtsev, abría la puerta de un empellón y salía disparado al zaguán, como una piedra lanzada por una honda.

En la oscuridad, desataron a los caballos y partieron del patio al trote. Del *kurén* llegaba un rumor de agitadas voces. Pero nadie salió, ni un solo cosaco intentó detenerlos…

Cuando regresaron a Gremiachi Log y Yákov Lukich llevó los caballos, sudorosos de la carrera, a las cuadras del koljós, Pólovtsev le llamó a su cuartucho.

Sin quitarse la zamarra ni la *papaja*, en cuanto entró, ordenó a Liatievski que se prepara para marchar, leyó una carta, que le habían mandado, antes de su regreso, con un correo a caballo, la quemó en el horno y empezó a meter sus cosas en las bolsas de cuero de la silla.

Yákov Lukich, al entrar en el cuartucho, lo encontró sentado a la mesa. Liatievski, reluciente el ojo, limpiaba su pistola «máuser»; con movimientos rápidos y exactos, iba montando las piezas, untadas de aceite de fusil. Al oír el chirrido de la puerta, Póiovtsev retiró la mano de su frente y volvióse hacia Yákov Lukich, y éste, por vez primera, vio correr por el rostro del *esaul* unas lágrimas que brotaban de sus hundidos ojos enrojecidos y hacían brillar el ancho arranque de la nariz…

—Lloro porque nuestra empresa ha fracasado… esta vez… —dijo Pólovtsev con vibrante voz y, amplio el ademán, se quitó la blanca *papaja* de piel de cordero y enjugóse con ella los ojos—. Pocos buenos cosacos quedan ya en el Don, y abundan los canallas: los traidores y los malvados… Ahora, Yákov Lukich, nos vamos, ¡pero volveremos! He recibido esta carta… En Tubianskói y en mi *stanitsa*,los cosacos también se niegan a sublevarse. Stalin los ha engatusado con su artículo. A ese… si cogiera yo ahora a ese… —en la garganta de Pólovtsev oyóse un estertor, como un gorgoteo, mientras sus mandíbulas se apretaban convulsas y los dedos de sus manazas se doblaban para cerrarse en puños, crispados hasta la hinchazón de las coyunturas. Luego de lanzar un suspiro, ronco y profundo, fue abriendo lentamente las manos y sonrió, torciendo la boca—. ¡Qué gentuza! ¡Canallas!… Imbéciles, ¡malditos de Dios!… No comprenden que ese artículo es una vil añagaza, ¡una maniobra! Y lo creen… como chiquillos. ¡Ah, gusanos miserables! Engañan a esos mentecatos, pescándoles como a siluros inexpertos, con fines de alta política. Les aflojan la cincha, para no asfixiarlos por completo, y ellos toman todo esto por oro de ley… ¡¿Bah? no importa! Ya comprenderán algún día, y se arrepentirán, pero será tarde. Nos vamos, Yákov Lukich. Que Dios te premie por tu hospitalidad, por todo. Escucha mi mandato: no te vayas del koljós, haz todo el daño que puedas. Y a los que pertenecían a nuestra «Alianza» transmíteles mis firmes palabras: por el momento, retrocedemos, pero no estamos derrotados. Volveremos aún, y entonces, ¡ay del que se haya apartado de nosotros, del que haya traicionado a nuestra causa… a la gran causa de liberar a la Patria y al Don del Poder de la judería internacional! Su castigo será la muerte, bajo un sable cosaco. ¡Díselo así!

—Se lo diré —prometió Yákov Lukich en un susurro.

Las palabras y las lágrimas de Pólovtsev le habían conmovido, pero en su fuero interno estaba contentísimo de librarse de aquellos peligrosos huéspedes, de que todo hubiese terminado felizmente y de no tener ya que arriesgar sus bienes y la propia piel en lo sucesivo.

—Se lo diré —repitió. Y atrevióse a preguntar—: ¿Y a dónde va usted, Alexandr

Anísimovich?

—¿Para qué lo quieres saber? —inquirió Pólovtsev, poniéndose en guardia.

—Para nada… A lo mejor, le necesitamos alguna vez o alguien viene a preguntar por usted.

Pólovtsev denegó con la cabeza y se puso en pie.

—No te lo puedo decir. Pero dentro de tres semanas, poco más o menos, espérame. Adiós —y le tendió su mano fría.

Ensilló él mismo el caballo, estirando cuidadosamente el sudadero, y le apretó la cincha al bruto. Liatievski, ya en el patio, despidióse de Yákov Lukich, deslizándole en la mano dos billetes.

—¿Va usted a pie? —le preguntó Yákov Lukich.

—No, esto es sólo por tu patio; en la calle me espera mi automóvil —bromeó el alférez sin perder el ánimo y, cuando Pólovtsev hubo montado a caballo, le cogió el estribo y declamó—: En marcha, príncipe, hacia el campo enemigo lanza tu corcel, que yo, aunque voy a pie, ¡no me rezagaré!

Yákov Lukich acompañó a sus huéspedes hasta la calle. Luego, con una sensación de inmenso alivio, echó la tranca del portón, santiguóse y, preocupado, sacó del bolsillo el dinero que le diera Liatievski. Durante largo rato, en la oscuridad precursora de la amanecida, trató de distinguir el valor de los billetes y de averiguar, por el tacto y el crujido del papel, si eran falsos.

Capítulo XXVIII

El veinte de Mayo por la mañana, el cartero trajo a Gremiachi Log, con retraso a causa de las avenidas, los periódicos con el artículo de Stalin «Los éxitos se nos suben a la cabeza». Los tres ejemplares del «Molot» circularon en un día por todas las casas, y al anochecer estaban convertidos en unos jirones mugrientos y húmedos. Jamás periódico alguno, desde que existía Gremiachi Log, había congregado en torno suyo a tan gran número de lectores. La gente se agrupaba en los *kuréns*, en los callejones, detrás de los establos y a la puerta de los graneros… Uno leía en voz alta, y los demás escuchaban atentos, temerosos de perder una sola palabra, guardando un silencio absoluto. Con motivo del artículo, surgieron por doquier grandes discusiones. Cada cual lo interpretaba a su manera, y la mayoría, con arreglo a sus deseos. En casi todas partes, al aparecer Nagúlnov o Davídov, el periódico pasaba apresuradamente de mano en mano, como un ave blanca, hasta desaparecer en las profundidades de algún bolsillo.

—Lo que es ahora, los koljóses van a estallar por todas las costuras, ¡como los trajes viejos! —fue el primero en pronosticar Bánnik, triunfante.

—El estiércol se lo llevará el agua, y quedará lo de más peso —le replicó Diomka Ushakov.

—A lo mejor, ocurre todo lo contrario —insinuó maligno Bánnik, y apresuróse a ir a otra parte, a decirle al oído a la gente de más confianza: «Apresúrate a salir del koljós, ya que han proclamado la libertad de los siervos!»

—¡El campesino medio está despatarrado! Tiene un pie en el koljós y el otro levantado ya para plantarlo en su hacienda —decía Pável Liubishkin a Menok, señalando a unos koljosianos, campesinos medios, que hablaban animadamente.

Las mujeres, que no acababan de comprender muchas cosas, siguiendo la femenil costumbre, se dedicaban a hacer conjeturas y suposiciones. Y por el caserío corrieron los rumores:

—¡Se disuelven los koljóses!

—De Moscú han dado orden de devolver las vacas.

—Van a traer de nuevo a los kulaks, y los apuntarán en los koljóses.

—Les darán otra vez el voto a los que se lo habían quitado.

—Van a abrir de nuevo la iglesia de Tubianskói, y el trigo recogido para la siembra lo van a repartir entre los koljosianos, para que se alimenten.

Se avecinaban grandes acontecimientos. Todos lo presentían. Por la noche, en la reunión de la célula del Partido, Davídov decía nervioso:

—¡El artículo del camarada Stalin ha sido escrito muy a tiempo! A Makar, por ejemplo, ¡le viene como pedrada en ojo de boticario! Los éxitos se le habían subido a la cabeza, y a las nuestras también se nos habían subido un poco… Hagamos,

camaradas, propuesta sobre qué yerros debemos enmendar. Bueno, las gallinas las devolvimos, nos dimos cuenta a tiempo. ¿Pero qué hacer con las ovejas y con las vacas? ¿Qué hacer?, os pregunto. Si no procedemos con tacto político, no cabe duda de que aquí… vendrá la desbandada… Será como un grito de «¡Sálvese el que pueda! ¡Vámonos del koljós!»; se irán, llevándose todo el ganado, y nos quedaremos a dos velas. ¡La cosa está más clara que el agua!

Nagúlnov, que había llegado el último a la reunión, se levantó clavando en Davídov sus ojos lacrimosos e inyectados en sangre, y Davídov percibió una fuerte tufarada a vodka, que venía de Makar.

—¿Dices que para mí ha sido como una pedrada en un ojo? ¡No, me ha dado en mitad del corazón! ¡Me ha atravesado de parte a parte! Y a mí no se me trastornó la cabeza cuando el koljós; se me ha trastornado ahora, después de este artículo…

—Y sobre todo, después de una botella de vodka —intercaló en voz baja Vaniushka Naidiónov.

Razmiótnov sonrió, asintiendo con un guiño, Davídov inclinó la cabeza sobre la mesa, mientras Makar,dilatadas las pálidas aletas de la nariz, centelleantes de rabia los turbios ojos, respondía:

—Tú, polluelo, ¡eres demasiado joven para hacerme a mí advertencias y darme lecciones! Aún tenías tú el cascarón en el culo, cuando yo me batía ya por el Poder Soviético y estaba en el Partido… ¿Te enteras? Y en cuanto a que he bebido hoy, eso es la pura verdad, como dice nuestro Davídov. Y no una botella, ¡sino dos!

—¡Vaya un motivo para vanagloriarse! Por eso te rezuma la tontería… —le espetó Razmiótnov sombrío.

Makar limitóse a lanzarle una mirada de soslayo, pero bajó de tono y su mano dejó de agitarse inútilmente en el aire para apretarse con fuerza contra el pecho, donde permaneció hasta el final de su incoherente y fogosa perorata…

—¡Mientes, Andriushka, a mí no me rezuma la tontería! He bebido porque, para mí, ese artículo de Stalin ha sido como una bala. Me ha atravesado de parte a parte, y en mis entrañas ha empezado a hervir la sangre ardiente… —la voz de Makar tembló y se hizo aún más queda—. Yo soy aquí el Secretario de la célula, ¿no es eso? He asediado a la gente, y a vosotros también, bribones, para meter las gallinas y los gansos en el koljós, ¿verdad? ¿Y cómo hacía yo la propaganda del koljós? Pues la hacía de la siguiente manera. A algunos de nuestros malhechores, aunque figuran como campesinos medios, les decía sin rodeos: «¿No entras en el koljós? Por consiguiente, ¿estás contra el Poder Soviético? El año diez y nueve combatiste contra nosotros, nos hiciste resistencia, ¿y ahora también estás en contra? Entonces, no esperes compasión de mí. Te voy a sacudir, canalla, de tal manera, ¡qué vas a echar los hígados por la boca!» ¿Hablaba yo así? ¡Hablaba! Y hasta golpeaba en la mesa con el revólver. ¡No lo niego! Verdad es que no a todos, solamente a los más

enrabiados contra nosotros. Y ahora, no estoy borracho, ¡dejaras de sandeces! Ese artículo yo no lo puedo soportar; a causa de él, he bebido por primera vez en medio año. ¿Y qué artículo es ése? Es un artículo que ha escrito nuestro camarada Stalin, y yo, es decir, Makar Nagúlnov, caigo de bruces en el barro, derribado por él, y quedó allí con la cara aplastada contra el cieno, machacado, hundido… ¿No es así? ¡Camaradas, yo estoy de acuerdo en que me desvié hacia la izquierda con lo de las gallinas y demás animales… Pero, hermanos, hermanos míos, ¿por qué me desvié yo? ¿Y por qué me colgáis a Trotski del cuello y me uncís con él? ¿Cuándo he ido yo con él en la misma carreta? Tú, Davídov, siempre me estás echando en cara que soy un trotskista de izquierdas. Pero yo no tengo la instrucción de Trotski, y no estoy adherido al Partido como un pegote científico, sino con mi corazón y con toda mi sangre vertida por el Partido.

—¡Al grano, al grano, Makar! ¿A qué nos vienes con músicas en estos momentos? El tiempo apremia. Haz tus proposiciones sobre la forma de enmendar nuestros yerros comunes. En vez de repetir comoTrotski: «Yo estoy en el Partido, yo y el Partido…»

—¡Dejadme hablar! —rugió Makar, enrojeciendo intensamente y apretándose con más fuerza la diestra contra el pecho—. ¡A Trotski yo lo rechazo! ¡Sería para mí una vergüenza estar ahora a la altura de él! Yo no soy un traidor, y os prevengo una cosa: al primero que me llame trotskista, ¡le rompo la cara! ¡Lo hago papilla! Y si me incliné hacia la izquierda con lo de las gallinas, no fue por Trotski, ¡sino porque tenía prisa en llegar a la revolución mundial! Por eso quería hacer todo lo antes posible, apretarle más las clavijas al propietario, al pequeño burgués. ¡¡Pues todo eso sería un paso más hacia la aniquilación justiciera del capitalismo mundial!! Decidme, ¿por qué calláis? Y ahora, ¿qué soy yo, según el artículo delcamarada Stalin? Oíd lo que está escrito en mitad de este artículo —Makar sacó del bolsillo de la zamarra la «Pravda», la desplegó y empezó a leer lentamente—: «¿A quién pueden favorecer esas deformaciones, esas imposiciones burocráticas, por decreto, del movimiento koljosiano, esas amenazas indignas a los campesinos? ¡A nadie, más que a nuestros enemigos! ¿Qué pueden acarrear esas deformaciones? El fortalecimiento de nuestros enemigos y el descrédito de la idea del movimiento koljosiano. ¿No es evidente que los autores de esas deformaciones, que se creen estar a la «izquierda», lo que en realidad hacen es llevar el agua al molino del oportunismo derechista?» Por lo tanto, resulta que yo soy ante todo un burócrata decretista y autor de deformaciones, que yo he desacreditado a los koljosianos, he proporcionado agua a los oportunistas de derecha y hecho andar su molino. ¡Y todo por unas miserables gallinas y ovejas, que maldita sea la hora en que nacieron! Y además, por haber metido miedo a unos cuantos antiguos guardias blancos que andaban remoloneando, sin ganas de entrar en el koljós. ¡Eso no es justo! Con lo que bregamos para crear nuestro koljós… Y ahora

ese artículo toca a retirada. Yo he mandado un escuadrón contra los polacos y contra Wrángel, y sé que cuando uno se ha lanzado al ataque, ¡no se debe retroceder a mitad de camino!

—Tú te has adelantado al escuadrón precisamente en sus buenos cien metros… —dijo ceñudo Razmiótnov, que en los últimos tiempos venía apoyando a Davídov tenazmente—. Y haz el favor de acabar de una vez, Makar. ¡Hay que ceñirse al asunto! Cuando te elijan Secretario del CC, podrás lanzarte al ataque con toda la furia que te parezca. Pero ahora eres un soldado de filas y tienes que guardar la formación; de lo contrario, ¡te cortaremos los vuelos!

—¡No me interrumpas, Andréi! Yo me someto a todas las órdenes del Partido, y si deseo hablar no es porque me disponga a oponerme a mi querido Partido, ¡sino porque quiero su bien! El camarada Stalin ha escrito que hay que tener en cuenta las condiciones locales, ¿no es eso? ¿Y por qué tú, Davídov, dices que el artículo va contra mí de lleno? ¿Es que se dice en él abiertamente que Makar Nagúlnov es un autor y un burócrata? Tal vez esas palabras no se refieran a mí en absoluto. Pues bien, si el camarada Stalin viniese a Gremiachi Log, yo le preguntaría: «¡Querido José Vissariónovich! Por consiguiente, ¿tú estás en contra de que se amenace a nuestros campesinos medios? ¿Te da lástima de ellos y quieres que les convenzamos con ternezas? Y si ese campesino medio fue en el pasado un cosaco blanco y hasta hoy está apegado, a más no poder, a su propiedad, ¿en qué sitio tengo yo que lamerle para que entre en el koljós y se acerque sin protestar a la revolución mundial? Porque ese campesino medio, ni aun dentro del koljós, puede renunciar a la propiedad; por el contrario, sigue apegado a ella, procura siempre que sus bestias estén mejor alimentadas que las demás. ¡Así es él!» Y si el camarada Stalin, después de ver a esa gentuza, insistiera en que yo he cometido deformaciones y desacreditado a los koljosianos, le diría francamente: «Pues que el diablo los acredite, camarada Stalin, porque yo no tengo ya fuerzas, a causa demi salud, perdida, derrochada en los frentes. Mandadme a la frontera china, que allí podré servir mucho al Partido, y que en Gremiachi se encargue de colectivizar Andriushka Razmiótnov. El tiene el espinazo menos duro, sabe inclinarse de primera ante los antiguos guardias blancos, y hasta verter una lagrimita a tiempo… ¡Eso también sabe hacerlo!»

—No te metas conmigo, mira que yo puedo…

—Bueno, ¡basta! ¡Basta por hoy! —Davídov se levantó, plantóse frente a Makar y, con una frialdad inhabitual en él, le dijo—: La carta de Stalin, camarada Nagúlnov, es la línea del CC. ¿Y tú, qué? ¿No estás de acuerdo con esa carta?

—No.

—¿Y tus errores, los reconoces? Yo, por ejemplo, reconozco los míos. No es posible ir contra los hechos, ni saltar por encima de ciertas cosas. Yo no sólo reconozco que se nos ha ido la mano al socializar el ganado mejor, y los terneros,

sino que enmendaré mis faltas. Nos hemos entusiasmado demasiado con el tanto por ciento de colectivización, aunque en esto, el Comité Distrital tiene también su parte de culpa, y hemos trabajado poco para reforzar efectivamente el koljós. ¿Tú reconoces esto, camarada Nagúlnov?

—Lo reconozco.

—¿Entonces?

—El artículo no es justo.

Davídov estuvo unos instantes alisando con la mano el sucio hule que cubría la mesa y, pese a que el quinqué ardía con moderada luz, bajó la mecha; por lo visto, trataba de dominar su agitación, pero no pudo.

—Pedazo de alcornoque, ¡adoquín del diablo!… Por esas palabritas, dichas en otra parte, ¡te echarían del Partido! ¡Eso es la pura verdad! ¿Es que te has vuelto loco? O dejas ahora mismo de… de hacer oposición, o te mandamos al c… ¡Eso es la pura verdad! Ya hemos aguantado bastante tus manifestaciones. Y si planteas esto en serio, ¡no hay más que hablar! ¡Comunicaremos oficialmente al Comité Distrital tu intervención en contra de la línea del Partido!

—Comunícalo. Yo mismo informaré al Comité Distrital. Responderé a un tiempo de lo de Bánnik y de todo lo demás…

Al oír la voz desconcertada de Nagúlnov, Davídov apaciguóse un poco; sin embargo, no extinguido el coraje aún, repuso, encogiéndose de hombros:

—¿Sabes lo que te digo, Nagúlnov? Anda, vete a dormir, y luego hablaremos como es menester. Porque ahora estamos tú y yo como en el cuento del becerro blanco[61]: «¿No íbamos los dos por el camino?» —«Íbamos». —«¿Encontramos un *tulup*?» —«Lo encontramos». —«Entonces, vamos a repartimos el *tulup*, como convinimos». —«¿Qué *tulup*?»— «Pero, ¿no íbamos los dos por el camino?»— «Íbamos»… Y no se acaba nunca. Dices que reconoces tus errores, y a continuación añades que el artículo no es justo. Entonces, ¿qué errores son los que reconoces, si el artículo, según tú, no es justo? Te has hecho un lío, ¡eso es la pura verdad! Además, ¿de cuándo acá los secretarios de las células vienen a las reuniones en estado de embriaguez? ¿Qué significa esto, Nagúlnov? ¡Esto es una infracción de las normas del Partido! Tú, un viejo militante, un guerrillero rojo, condecorado con la Orden de nuestra bandera, y procedes así… Ahí tienes a Naidiónov, que es komsomol, ¿qué va a pensar al ver tu ejemplo? Por otra parte, si la Comisión de Control se entera de que tú te das a la bebida, y por añadidura en un momento tan serio como éste, de que no solamente has aterrorizado, con las armas en la mano, a los campesinos medios, sino que tu actitud con respecto a tus desviaciones no tiene nada de bolchevique e incluso te pronuncias contra la línea del Partido, ¡lo vas a pasar mal, Nagúlnov! No sólo dejarás de ser Secretario de la célula, sino miembro del Partido, ¡no te quepa duda! Eso te lo aseguro yo —Davídov se alborotó los cabellos e hizo una pausa,

comprendiendo que acababa de herir a Makar en lo más vivo; luego, continuó—: No hay por qué entablar una discusión en torno al artículo. Al Partido no le voy a hacer ir por donde tú quieras; con otros más testarudos que tú ha tropezado, y ha sabido romperles los cuernos y obligarles a que se sometan. ¿Cómo no lo comprendes?

—¡Déjalo, no pierdas más tiempo con él! Ha estado una hora dándonos la tabarra para no decirnos nada. Que se vaya a dormirla. ¡Vete, Makar! ¡Debería darte vergüenza! Mírate al espejo, y te asustarás: la jeta hinchada, unos ojos de perro rabioso… ¿Por qué te has presentado en ese estado? ¡Vete! —Razmiótnov se levantó bruscamente y zarandeó con furia a Makar, pero éste, desmadejado, sin fuerzas, apartó de su hombro la mano y encorvóse aún más…

En el angustioso silencio que se hizo, oyóse el tamborilear de los dedos de Davídov sobre la mesa. Naidiónov, que había estado observando a Makar todo el tiempo con una sonrisa de estupor, pidió:

—Camarada Davídov, acabemos.

—Pues bien, camaradas —dijo Davídov, reanimándose—, yo propongo lo siguiente: que se devuelva a los koljosianos el ganado menor y las vacas. Pero a los que hayan entregado dos vacas, hay que hacerles propaganda para que dejen una en el rebaño colectivo koljosiano. Mañana temprano tenemos que convocar una reunión y explicar la cosa. ¡Lo principal ahora es explicar bien! Yo temo que la gente empiece a marcharse del koljós, precisamente cuando, de un momento a otro, hay que salir a los campos… ¡Ahí tienes, Makar, una ocasión para mostrar tu temple! Convence, sin el revólver, para que no se vayan del koljós. ¡Eso sí que sería una verdadera acción! Entonces, ¿qué? ¿Vamos a votar? ¿Votamos mi proposición? ¿Quién está a favor? ¿Tú te abstienes, Makar? Así constará en acta: «con una abstención…»

Razmiótnov propuso que al día siguiente mismo se emprendiese una lucha contra las ratas del campo. Acordaron movilizar para ello a una parte de los koljosianos, que no estuvieran ocupados en las labores, poner a su disposición varios pares de bueyes para el acarreo del agua y pedir al maestro Shpin, director de la escuela, que fuese al campo con los escolares a ayudar al exterminio de los roedores.

Durante todo aquel tiempo, Davídov había estado dudando en su fuero interno. Se preguntaba si sería preciso apretarle las clavijas a Makar, plantear la cuestión ante el Partido para que se le exigiese responsabilidad por su intervención contra el artículo de Stalin y por su negativa a liquidar las consecuencias de los errores «izquierdistas» cometidos al crear el koljós. Pero cuando la reunión tocaba ya a su fin, al observar el rostro cadavérico y sudoroso de Makar, sus abultadas venas en las sienes, decidió: «¡No, no hace falta! El mismo comprenderá. Que él solo se dé cuenta, sin necesidad depresión. Es un enrédalo todo, pero es de los nuestros, ¡de pies a cabeza! Y además, esa enfermedad… sus ataques. No, ¡hay que echar tierra al asunto!»

En cuanto a Makar, hasta el final de la reunión permaneció en silencio, sin delatar

la emoción que le embargaba. Solamente una vez, Davídov vio correr por sus manos, que yacían inertes sobre las rodillas, las encrespadas ondas de un fuerte temblor…

—Llévate a Nagúlnov a tu casa y que pase allí la noche. Cuida de que no beba más —susurró Davídov, al oído de Razmiótnov, y éste asintió con la cabeza.

Davídov regresó solo a casa. Ante el patio de Lukashka Chebakov, sentados sobre la derribada cerca, había varios cosacos. De allí llegaba el rumoreo de una animada conversación. Davídov iba por el lado opuesto de la calle. Al pasar frente al grupo, oyó que, en la oscuridad, alguien afirmaba con bronca voz y un dejo burlón:

«… por más que se les dé, por más que se les pague, ¡siempre les parece poco!» Y otro agregó: «Ahora le han salido dos alas al Poder Soviético: la derecha y la izquierda. ¡A ver si levanta pronto el vuelo y se va a tomar viento!»

Resonó una carcajada, de múltiples tonos, que, se cortó de pronto, bruscamente.

—¡Chits!… ¡Davídov! —advirtieron en un susurro de alarma.

E inmediatamente, la misma voz de bajo, ya sin él menor acento de ironía, dijo, arrastrando las palabras, fingiendo laborioso afán:

—Cierto…, Si no hay lluvias, acabaremos la siembra en un dos por tres… La tierra se seca en menos que se cuenta… Bueno, ¿qué, hermanos? ¿Nos vamos a dormir? ¡Buenas noches!

Una tos. Unos pasos…

Capítulo XXIX

Al día siguiente, se presentaron veintitrés declaraciones de salida del koljós. Lo abandonaban en su mayoría campesinos medios, que habían sido los últimos en ingresar en él, no intervenían nunca en las reuniones, discutían siempre con los jefes de brigada e iban de mala gana a trabajar. A ellos se refería Nagúlnov cuando decía: «¿Koljosianos ésos? ¡Qué va! Esos no son ni carne ni pescado». Se marchaban los que en realidad constituían un lastre en las brigadas, los que se habían hecho koljosianos por temor a incurrir en las iras del Poder o, simplemente, arrastrados por el poderoso torrente de afluencia en masa que comenzara en enero.

Davídov, al recibir sus declaraciones, trataba de convencerlos, les aconsejaba que lo pensasen bien, que esperaran un poco; pero ellos se mantenían en sus trece. Y Davídov acabó por renunciar a disuadirlos.

—Bueno, marcharos, ciudadanos, pero tened presente una cosa: cuando pidáis la vuelta al koljós, ¡pensaremos muy bien si os admitimos o no!

—¡Es poco probable que lo pidamos! Esperamos arreglamos sin koljós… Porque, ¿sabes, Davídov?, antes no se vivía tan mal sin él, no se moría uno de hambre, era uno mismo el dueño de su hacienda, no venían los extraños a decimos cómo teníamos que arar y sembrar; nadie nos manejaba… Por lo tanto, pensamos seguir viviendo sin el koljós. ¡No lo echaremos de menos! —respondió por todos Iván Batálschikov, koljosiano ayer, sonriendo bajo los bigotes castaños de retorcidas guías.

—¡Y nosotros también nos arreglaremos sin vosotros! No vamos a llorar ni a tiramos de los pelos, ¡eso es la pura verdad! Cuando la mujer baja de la telega[62], la yegua se siente más ligera —sentenció Davídov, tajante.

—Mejor es separarse por las buenas. Cada uno lía su petate y tira por su lado, sin enfados. ¿Nos permitiréis recoger nuestras bestias en las brigadas?

—No. Ese asunto lo decidiremos en la administración. Esperad hasta mañana.

—El tiempo apremia. Vosotros, los del koljós, podéis sembrar si queréis después de la Trinidad, pero nosotros tenemos que ir ya al campo. Esperaremos hasta mañana, pero si mañana no nos devolvéis nuestros animales, ¡los cogeremos nosotros mismos!

Batálschikov hablaba en tono de franca amenaza, y Davídov enrojeció ligeramente, de coraje, al contestarle:

—¡Ya veremos a ver si te atreves a coger algún animal de las cuadras koljosianas sin permiso de la administración! En primer lugar, no te lo datemos, y si lo coges, responderás ante los tribunales.

—¡Cómo! ¿Por unas bestias que son mías?

—Por ahora, son del koljós.

De aquellos ex koljosianos se separó Davídov sin pena alguna, pero lo que le sorprendió dolorosamente fue que Demid el Callado se marchase también. Se

presentó a la caída de la tarde, borracho como una cuba y tan poco locuaz como de ordinario. Sin saludar, tendió un trozo de papel de periódico, con estas palabras garrapateadas a través del texto impreso: «Darme de baja del koljós».

Davídov, dando vueltas en sus manos a la lacónica declaración preguntó descontento y algo sorprendido:

—¿Qué significa esto?

—Que me largo —repuso el Callado con voz tonante.

—¿A dónde? ¿Por qué?

—Me largó del koljós, claro.

—¿Pero por qué te marchas? ¿A dónde vas?

Demid, sin decir palabra, extendió el brazo, en amplio ademán.

—¿Quieres marcharte a correr mundo? —tradujo Razmiótnov el ademán.

—¡Eso es!

—Bueno, pero vamos a ver, ¿tú por qué te vas? —indagó Davídov, asombrado por la marcha de aquel silencioso activista, campesino pobre por añadidura.

—La gente se va… Y yo la sigo.

—¿Y si la gente se tira de cabeza a un barranco, tú te tirarás también? —preguntó Razmiótnov, sonriendo tranquilo.

—¡Eso, hermano, ya no es probable! —y el Callado soltó una carcajada, retumbante y hueca como el estrépito de un tonel vacío.

—Bueno, ¡qué le vamos a hacer! —dijo Davídov, suspirando—. Tu vaca puedes recogerla. A ti, como campesino pobre, te la devolveremos, ¡qué duda cabe! ¿Se la devolvemos, Razmiótnov?

—Sí, hay que dársela —asintió Razmiótnov, pero Demid volvió a reír fragoroso y replicó con su voz de trueno:

—¡A mí la vaca no me hace ninguna falta! Se la regalo al koljós. Es que… voy a convertirme en yerno. ¿Qué os parece? ¿Os quedáis pasmados, eh? —y se fue sin despedirse.

Davídov miró por la ventana: Demid permanecía inmóvil, cerca de los escalones de la terracilla. El purpúreo sol poniente iluminaba pródigo sus espaldas de oso, su robusto pescuezo, cubierto, hasta el cuello de la camisa, de abundantes cabellos dorados y rizosos. El patio de la administración del koljós estaba inundado del agua del deshielo. Un enorme charco se extendía desde la escalerilla hasta el granero. De los escalones partía un senderillo —formado por las pisadas en la blanda nieve y el barro— que bordeaba luego la cerca. Para evitar el charco, la gente pasaba junto a la empalizada, agarrándose a sus estacas. Demid continuó allí parado unos instantes, sumido en sus obtusos y dolorosos pensamientos. Luego, tambaleóse y echó a andar de pronto hacia el granero, por en medio del charco, atravesándolo con indiferencia de borracho y lento balanceo.

Observándole con curiosidad, Davídov vio que el Callado tomaba una barra de hierro, que se alzaba sobre la rampa, y se dirigía hacia el portón.

—¿No se le habrá ocurrido a ese diablo hacemos algún estropicio? —preguntó Razmiótnov, que se había acercado también a la ventana, y echóse a reír. Mostraba siempre afecto y simpatía hacia el Callado, le trataba amistosamente, sintiendo una irresistible admiración por su fortaleza física.

El Callado entreabrió un poco el portón y descargó la barra sobre un montículo de endurecida nieve con tal fuerza, que desprendió al instante un gran bloque de hielo, de unos tres puds de peso. Empezaron a saltar pequeños fragmentos que golpeteaban en el portón, como una granizada, y poco después, por el canalillo que la barra abriera, corría silenciosa el agua, abandonando el patio.

—¡Este volverá al koljós! —pronosticó Razmiótnov, agarrando a Davídov por el hombro para mostrarle al Callado—. Ha visto una deficiencia nuestra, la ha corregido y ha continuado su camino. Por consiguiente, ¡Su corazón se queda en nuestra hacienda! ¿No es verdad lo que digo?

Luego de aparecer en el distrito los periódicos con el artículo de Stalin, el Comité del Partido envió a la célula de Gremiachi una amplia directriz, completamente ininteligible, sobre la forma de liquidar los excesos cometidos. En todo se percibía que en la cabeza del distrito reinaba una desorientación absoluta; ninguno de los dirigentes del mismo aparecía por los koljóses, a las preguntas sobre lo que debía hacerse con los bienes de los que se marchaban del koljós, no contestaban ni el Comité del Partido ni la Unión Agrícola. Y sólo cuando se recibió la disposición del CC «Sobre la lucha contra las deformaciones de la línea del Partido en el movimiento koljosiano», empezó el Comité Distrital a ponerse en acelerada marcha: sobre Gremiachi llovieron las órdenes reclamando el envío urgente de las listas de los expropiados como kulaks, la restitución del ganado menor y de las aves de corral socializados, la revisión de las listas de ciudadanos privados del derecho al voto… Al mismo tiempo, se notificaba oficialmente a Nagúlnov que compareciera ante la reunión conjunta del Buró Político del Comité Distrital del Partido y de la Comisión de Control del Distrito, a las diez de la mañana del 28 de Marzo.

Capítulo XXX

En Gremiachi Log, durante una semana, cerca de cien campesinos abandonaron el koljós. El éxodo mayor se produjo en la segunda brigada, donde solamente quedaron veintinueve haciendas, con la circunstancia de que entre sus dueños figuraban personas que, como decía el jefe de la brigada, Liubishkin, estaban esperando la primera «vacante» para huir.

Los acontecimientos conmovían el caserío. Cada día traía a Davídov nuevos disgustos. A su segunda demanda sobre si había que devolver a los que se marchaban sus bestias de tiro y aperos de labranza inmediatamente o después de la siembra, la Unión Agrícola y el Comité Distrital del Partido respondieron con una amenazadora orden que se reducía a que los de Gremiachi debían impedir, por todos los medios y con todas sus fuerzas, el derrumbamiento del koljós, retener la marcha del mayor número posible de koljosianos y aplazar hasta el otoño la liquidación de cuentas y la devolución de bienes de los que se iban.

Poco después, un día llegó a Gremiachi el jefe de la Sección de Agricultura y miembro del Buró Político del Comité Distrital del Partido, Beglij. Examinó la situación de prisa y corriendo —porque aquel mismo día tenía que visitar varios Soviets rurales— y declaró:

—Ahora no devuelvas, de ninguna manera, el ganado ni los aperos a los que se van. Aguarda hasta el otoño, y entonces ya veremos.

—¡Pero es que la gente nos aprieta el gañote! —trató de objetar Davídov.

Beglij, hombre decidido y firme, limitóse a sonreír:

—Pues aprieta tú también. Claro es que, en realidad, deberíamos devolver todo, pero la orientación del Comité Comarcal es restituir solamente en casos excepcionales y ateniéndose al principio de clase.

—¿Es decir?

—Debes comprender la cosa, ¡sin ningún «es decir»! Devolver a los campesinos pobres, y a los medios, prometerles que para el otoño. ¿Entendido?

—¿Y no ocurrirá, Beglij, como con el cien por cien de colectivización? Pues en el Comité del Distrito la orientación era: «Aprieta hasta conseguir el den por cien, a toda costa y lo antes posible». Y resultó que los éxitos se nos subieron a la cabeza… No devolverle las bestias al campesino medio significa, de hecho, apretarle las clavijas, ¿no es así? ¿Con qué va a arar y a sembrar?

—No te preocupes tanto por él. No pienses en el campesino individual, sino en tu koljós. ¿Con qué vas a trabajar tú si devuelves el ganado? Además, la orientación no es nuestra, sino del Comité Comarcal. Y nosotros, soldados de la revolución, estamos obligados a obedecer incondicionalmente. Pues bien, ¿cómo piensas tú cumplir el plan si la mitad del ganado pasa a manos de los campesinos individuales? ¡No hay

más que hablar! ¡Nada de discusiones! Sujeta el ganado con los dientes y con las manos. Si no cumples el plan de siembra, ¡responderás con la cabeza!

Y al subir a la *tachanka,* soltó, como de pasada:

—En general, ¡la cosa está que arde! Por los excesos, hermanete, habrá que pagar, que sacrificar a alguien… Tal es la costumbre. Nuestra gente de la cabeza del distrito está hecha una fiera contra Nagúlnov. ¿Qué es lo que ha armado aquí? Le ha pegado a un campesino medio, ha hecho detenciones, ha amenazado con el revólver… Me lo ha contado Samojin. Tiene listo todo un expediente contra él. Sí, Nagúlnov se ha destacado como un «izquierdista» de gran envergadura. Y ahora, ¿sabes cuál es el criterio? ¡Pegar de firme, llegando hasta la expulsión del Partido! Ea, que te vaya bien. ¡Cuidado, mucho cuidado con las bestias!

Beglij partió para Voiskovól. Y aún no había borrado el viento las huellas de las ruedas de su*tachanka*, cuando llegó corriendo, muy agitado, Agafón Dubtsov, jefe de la tercera brigada.

—¡Camarada Davídov! Esos que se han ido del koljós me han quitado los bueyes y los caballos. ¡Se los han llevado a la fuerza!

—¿Cómo que se los han llevado? —gritó Davídov, enrojeciendo de coraje.

—Pues muy sencillo, llevándoselos. Han encerrado al boyero en el henil, han desatado a los bueyes y se han largado con ellos a la estepa. Con diez y ocho pares de bueyes y siete caballos. ¿Qué hacemos?

—¿Y tú? ¿Qué hacías tú, papanatas? ¿Dónde estabas? ¿Por qué lo has permitido? ¿Dónde estabas, maldito? ¡Contesta!

En el rostro de Agafón, picado de viruelas, aparecieron unas placas blancas. Y él también alzó el gallo:

—¡Yo no tengo la obligación de pasar la noche en la cuadra o en la boyera! ¡Y no me grite! Si es tan valiente, vaya usted mismo por los bueyes. ¡Puede que le rompan unas estacas en las costillas!

Hasta la caída de la tarde no lograron recuperar los bueyes en el pastizal de la estepa, adonde los condujeran sus dueños bajo una fuerte escolta. Liubishkin, Agafón Dubtsov, en unión de otros seis koljosianos de la tercera brigada, habían montado a caballo y partido al galope para la estepa. Cuando Liubishkin divisó a los bueyes, pastando en la vertiente opuesta del barranco, dividió a su pequeña tropa en dos grupos.

—Agafón, toma tres hombres, cruza el barranco al trote ligero y avanza desde el flanco derecho. Yo los rodearé desde el izquierdo —Pável Liubishkin se atusó los bigotes, negros como ala de cuervo, y dio la voz de mando—: ¡Aflojad las riendas! ¡Al trote, a-de-lan-te!

La cosa no terminó sin lucha. Zajar Liubishkin, primo hermano de Pável, que guardaba los bueyes en unión de otros tres disidentes del koljós, se las ingenió para

agarrar de una pierna a Mishka Ignatiónok, que galopaba hacia los bueyes, y, en menos que se cuenta, lo desmontó del caballo y lo arrastró cruelmente por la tierra, haciéndole un sinfín de cardenales y desgarrándole toda la camisa. En tanto acudía al galope Pável Liubishkin y, sin echar pie a tierra, le atizaba a su primo unos fustazos con el largo y grueso *arápnik*[63], los demás rechazaron a los pastores, apoderándose de los bueyes y los condujeron al trote hacia el caserío…

Davídov ordenó que, durante la noche, se cerrasen con candados las cuadras y las boyeras y puso ante ellas una guardia de koljosianos.

Mas, a pesar de todas las medidas tomadas para la custodia del ganado, los disidentes se las arreglaron para llevarse, durante dos días, siete pares de bueyes y tres caballos a la estepa, hacia los barrancales lejanos. Y a fin de que no se notase la ausencia de los adultos, encomendaron a unos mozalbetes el pastoreo del ganado.

Desde por la mañana hasta la noche, en la administración del koljós y en el Soviet, se amontonaba la gente. La amenaza de que los disidentes se apoderaran de las tierras tomaba ya visos de gran realidad.

—O nos dais tierna inmediatamente, ¡O empezamos a arar las que eran nuestras! —asediaban a Davídov.

—¡Os daremos tierra, estad tranquilos, ciudadanos campesinos individuales! Mañana empezaremos el reparto. Dirigiros a Ostrovnov, él se encargará de este asunto. ¡Os lo aseguro! —trataba de tranquilizarles Davídov…

—¿Y dónde nos la vais a dar? ¿Qué tierra?

—Donde haya disponible.

—Puede que esa disponible esté al final del caserío, ¿y entonces, qué?

—¡Déjate de engaños, camarada Davídov! Todas las tierras cercanas han pasado al koljós. Por lo tanto, ¿a nosotros nos entregaréis las que están donde Cristo dio las tres voces? No nos devolvéis nuestros animales de tiro. Entonces, ¿qué? ¿Vamos a arar y a sembrar tirando nosotros mismos, o con las vacas? Y encima, ¿sólo nos corresponden las tierras lejanas? ¡Esa es la justicia del Poder!

Davídov procuraba convencerles; les explicaba que él no podía distribuir la tierra a gusto de cada cual, porque para ello sería necesario fraccionar la superficie colectivizada, cortarla en franjas y cuñas, desorganizando la ordenación de cultivos planeada en otoño. Los disidentes, después de alborotar un rato, se marchaban, pero al cabo de unos minutos irrumpía un nuevo grupo, que reclamaba desde el umbral:

—¡Dadnos tierra!… ¿Qué significa esto? ¿Con qué derecho retenéis nuestras tierras? ¡Habrase visto, no nos dejáis ni sembrar! Y el camarada Stalin, ¿qué es lo que ha escrito acerca de nosotros? Nosotros también podemos escribirle a él diciéndole que no sólo no nos devuelven nuestras bestias; sino que nos quitan la tierra, todos nuestros derechos y bienes. ¡Y él os arreglará las cuentas!

—Yákov Lukich, dales mañana temprano las tierras que hay más allá del

Estanque de los Cangrejos.

—¿Esas tierras vírgenes? —gritaban los disidentes.

—¡Qué han de ser vírgenes! Son baldíos. Las araron; claro que hace tiempo, unos quince años —explicaba Yákov Lukich.

E inmediatamente, turbulento y airado, se alzaba un clamor:

—¡No queremos tierras duras!

—¿Con qué las vamos a arar?

—¡Dadnos tierras blandas!

—Devolvednos las bestias, ¡entonces labraremos las duras!

—¡Mandaremos emisarios al mismo Moscú, a Stalin!

—¿Por qué no nos dejáis vivir?

Las mujeres estaban furiosas. Los cosacos las apoyaban unánimes, de buen grado. Hacía falta un gran esfuerzo para apaciguar aquel tumulto. Davídov, cuando las entrevistas tocaban ya a su fin, solíaperder los estribos, y empezaba a gritar:

—¿Qué queréis? ¿Que se os dé la mejor tierra? Pues os quedaréis con las ganas, ¡eso es la pura verdad! El Poder Soviético concede todas las ventajas al koljós, y no a los que van contra él. ¡Largo de aquí! ¡A hacer puñetas!…

En algunos sitios, los campesinos individuales habían empezado a arar y cultivar las tierras que les pertenecieran antes y que luego pasaran al koljós. Liubishkin los echó de los campos koljosianos; entre tanto, Yákov Lukich, armado de un doble metro de madera, marchó a la estepa, más allá del Estanque de los Cangrejos, y, en dos días, distribuyó allí parcelas entre los individuales.

La brigada de Diomka Ushakov salió el día 25 a labrar las tierras grises. Davídov eligió a los koljosianos más trabajadores, los puso a disposición de los agricultores expertos y repartió las fuerzas. La mayoría de los viejos se incorporaron de buena gana a las brigadas, en calidad de labradores, rastrilladores y sembradores. Se acordó no efectuar la siembra a voleo. Hasta el viejísimo Akim Besjliébnov, el ex «Tientagallinas», manifestó su deseo de ir a trabajar de sembrador. Davídov nombró a Schukar palafrenero adjunto a la administración del koljós. Todo estaba ya preparado, pero la siembra hubo de demorarse a causa de las largas lluvias que, durante dos días, regaron pródigas los oteros y los campos labrados en otoño, envueltos por las mañanas en el blanco cendal de las evaporaciones.

El éxodo del koljós había terminado. Quedaba en él un núcleo seguro y fuerte. La última baja fue el adorado tormento de Andréi Razmiótnov: Marina Poiárkova. Alguna desavenencia ignota minaba la vida marital de la pareja. Marina había vuelto sus ojos hacia Dios, se había hecho muy devota y observaba rigurosamente toda la Cuaresma, comiendo de vigilia. Desde la tercera semana de la misma, empezó a ir todos los días a rezar a la iglesia de Tubianskói, donde se confesaba y comulgaba. Sumisa y callada, oía los reproches de Andréi, sin contestar a sus insultos, y se

mostraba cada vez más silenciosa, pues no quería «manchar el pan eucarístico». Una noche, Andréi, al llegar tarde a casa, vio que ante los iconos había una lamparilla encendida. Sin pararse a pensarlo, echó el aceite en las palmas de sus manos, se engrasó con él, cuidadosamente, las resecas botas altas y pisoteó la lamparilla hasta hacerla añicos.

—¡Maldita sea! Con la de veces que se les ha dicho a estos imbéciles que esto es opio y obscurecimiento de los cerebros… ¡Y siguen en sus trece! Continúan rezando ante unas tablas de madera, quemando aceite, gastando cera en balde… ¡Ay, Marina, estás pidiendo a voces unos buenos latigazos! Por algo has empezado tú a frecuentar tanto la iglesia…

En efecto, por algo era: Marina, el día 26, presentó una declaración de salida del koljós, basándose en que permanecer en él era «ir contra Dios».

—¿Y acostarte con Andréi en la misma cama, no es ir contra Dios? ¿O ése es un pecado dulce? —le preguntó Liubishkin sonriendo.

Marina calló aquella vez; por lo visto, no sospechaba ni remotamente que unos minutos más tarde su mansedumbre iba a convertirse en impetuoso torbellino y que con sus labios había de manchar «el pan eucarístico».

Andréi, pálido y enfurecido, volvió corriendo del Soviet. Enjugándose con la manga el sudor de la frente, cruzada por la cicatriz, le rogó, delante de Davídov y de Yákov Lukich:

—¡Marisha![64] ¡Querida mía! ¡No me pierdas, no me cubras de vergüenza! ¿Por qué te vas del koljós? ¿Es que yo no te amaba, condenada? ¿No te trataba con cariño? Te hemos devuelto la vaca… ¿Qué más quieres? Y después de esto, ¿cómo voy a poder yo compartir este amor contigo, que corres tras la vida individual? Te hemos devuelto las aves de corral, tus gallinas, tu gallo del pescuezo desplumado… y además, aquel ganso holandés que tantas lágrimas te hizo verter. Todos están de nuevo instalados en tu corral… ¿Qué más te hace falta, reconcho? ¡Retira la declaración!»

—¡No, no y no! —gritaba Marina, contraídos de ira los oblicuos ojos—. Aunque me lo pidas de rodillas, ¡no quiero! ¡No quiero estar en el koljós! ¡No quiero caer con vosotros en el pecado! Devolvedme mi carrito, mi arado y mi rastrillo.

—¡Marina, recapacita! Mira que tendré que dejarte…

—¡Vete con viento fresco, rubio del diablo! ¡Faldero cochino, perro maldito! ¿Parpadeas, espíritu maligno? ¿Se te saltan los ojos rabiosos, eh? ¿Quién estaba anoche en el callejón arrimado a Malashka Ignatiónkova? ¿No eras tú? ¡Ah, charrán, hijo de perra! ¡Déjame, me las arreglaré sin ti! Hace tiempo que pensabas hacerlo, ¡a mí no me la das!

—Marisha, cielo mío, ¿de dónde has sacado eso? ¿Yo con la Malashka? ¡En la vida me he arrimado a ella! ¿Y qué tiene que ver el koljós con esto? —Andréi llevóse

las manos a la cabeza y calló, agotados por lo visto todos los razonamientos…

—¡No te rebajes ante esa víbora! —terció Liubishkin indignado—. No le supliques, ¡ten orgullo de hombre! Un guerrillero rojo como tú, ¿por qué te pones a rogarle, a bailarle el agua? ¡Sacúdele en la cara! Zúrrale bien la badana, ¡y se calmará inmediatamente!

Marina, salpicada la cara de las manchas cereza de un vivo arrebol, dio un respingo, como si la hubieran pinchado, y avanzó hacia Liubishkin sacando el opulento pecho, balanceantes los hombros poderosos, arremangándose igual que un hombre dispuesto a la pelea.

—¿Por qué metes los hocicos donde no te importa, asqueroso? ¡Gitano sietemesino, ídolo negro, feo de Satanás! ¡Yo sí que voy a romperte la cara! ¿Te figuras que te tengo miedo porque eres jefe de brigada? A otros más bragados que tú, los he tirado yo al suelo, ¡patas arriba!

—¡El que te va a tirar soy yo! Y te sacaré todas las mantecas… —rugió Liubishkin, ceñudo, retrocediendo a un rincón y preparándose «para hacer frente a cualquier contingencia desagradable.

Recordaba perfectamente que una vez, en el molino de Tubianskói, Marina se había puesto a luchar con un cosaco del otro lado del Don, hombre muy fuerte en apariencia. Con gran satisfacción de todos los allí presentes, lo había derribado a tierra y abochornado definitivamente con unas mordaces palabras: «Tú, infeliz —le había dicho entonces, jadeante—, no tienes nada que hacer encima de una hembra. Con tus pocas chicha s y tu falta de empuje, no puedes estar más que debajo, babeando». Y dirigióse hacia la báscula, arreglándose los cabellos y el pañuelo de la cabeza, que se le había escurrido durante la refriega. Liubishkin recordaba también el rojo subido que encendiera las mejillas del derribado cosaco, cuando éste se había puesto en pie, todo manchado de estiércol y de la esparcida harina; por ello, adelantando el codo izquierdo, le advirtió:

—No te eches encima, porque te hago polvo, ¡palabra! ¡Apártate! ¡Largo de aquí!

—¿Y tú no has olido nunca esto? —Marina, en un segundo, se levantó las faldas y las sacudió ante las mismas narices de Liubishkin. Rebrillaron las redondeces rosa mate de sus piernas y el amarillo crema de su cuerpo potente y macizo.

Su furor había llegado al límite y se desbordaba hirviente. Y hasta Liubishkin, que los había visto de todas clases, cegado por el poderío y la blancura del cuerpo de Marina, emprendió la retirada, barbotando maravillado:

—¡Vaya una furia! ¡Quieta, condenada! Esto no es una mujer, ¡es un potro salvaje! ¡Apártate, mil veces maldita!… —de medio lado, fue deslizándose frente a la desbocada Marina, que se deshacía en frenéticos alaridos, y salió al zaguán, escupiendo de coraje, soltando rotundos tacos.

Davídov, gacha la cabeza sobre la mesa, entornados los ojos, se moría de risa.

Razmiótnov había salido corriendo en pos de Liubishkin, dando un ensordecedor portazo. Únicamente Yákov Lukich trataba de hacer entrar en razón a la desbridada viuda del suboficial de Caballería:

—¿Pero por qué gritas de esa manera? ¡Qué tía más sinvergüenza! ¿A quién se le ocurre levantarse las faldas? Al menos, delante de mí, de un viejo, debería darte un poco de reparo…

—¡Cállate la boca! —le gritó Marina, en tanto se dirigía hacia la puerta—. ¡Yo te conozco bien, viejo verde! El año pasado, por la Trinidad, cuando acarreábamos el heno, ¿qué fue lo que me propusiste? ¿Se te ha olvidado ya? Todos buscáis lo mismo…

Pasó por el patio como una nube de tormenta. Yákov Lukich la acompañó con la mirada, carraspeando turbado y moviendo la cabeza con aire de reproche.

Y media hora más tarde era testigo de cómo Marina se enganchaba ella misma a su carrito y sacaba fácilmente su rastrillo y su arado del patio de la primera brigada. Diomka Ushakov, que había vuelto del campo a causa de la lluvia, la seguía algo lejos —temeroso sin duda de acercarse a una distancia más corta y peligrosa—, llamándola implorante:

—¡Marina! ¡Eh, tú, ciudadana Poiárkova! ¿Me oyes? ¡Yo no te puedo devolver los aperos, figuran en el inventario!

—¡Ya verás cómo puedes!

—¡Pero comprende, cabeza de chorlito, que son aperos socializados! Haz el favor de volverlos a su sitio y déjate de tonterías. ¿Tú eres una persona o qué? ¿Con que te dedicas a robar, eh? ¡Mira que por esta faena te llevarán a los tribunales! ¡Yo no puedo dar nada sin una orden por escrito de Davídov!

—¡Ya verás cómo puedes! —repetía lacónica Marina.

Diomka, bizcando desconcertado los ojos, apretaba implorante las manos contra el pecho, mientras Marina, sudorosa, encendidas las mejillas, tiraba implacable del carrito, acompañada del lastimero tintineo del rastrillo, sujeto a un travesaño…

«Habría que quitarle el carrito, para que aprendiese a no ser deslenguada. Pero, ¡cualquiera se lo quita! Si te metes con ella, te dejará hecho unos zorros», pensaba Yákov Lukich, en tanto torcía, prudentemente, hacia un callejón…

Al día siguiente, Razmiótnov recogió en casa de Marina sus bártulos, el fusil, la cartuchera, sus papeles, y se los llevó a su vivienda. Aquella ruptura con Marina le atormentaba, haciéndole sufrir cruelmente. Huyendo de la soledad, fue a ver a Nagúlnov, para charlar un rato y «quitarse las penas».

La noche caía sobre Gremiachi Log. La luna nueva, lavada por las lluvias, era como una hendidura luminosa en el confín occidental del cielo. El negro silencio marceño, turbado tan sólo por el murmullo cada vez más leve de los arroyos del deshielo, envolvía el caserío. Chapoteando con los pies en el barro, algo endurecido a

la llegada de la noche, Andréi caminaba despacio, entregado a sus pensamientos. En el aire húmedo percibíanse ya los efluvios de la primavera: la tierra exhalaba un olor impreciso, un poco acre; de las eras venía un tufillo a podrido, un aroma a vino fuerte llenaba los huertos, y la hierba recién brotada junto a los setos expandía una intensa y embriagadora fragancia de juventud.

Andréi aspiraba con avidez los distintos olores de la noche; observaba cómo, bajo sus pies, las estrellas reflejadas en el agua de los charcos se hacían añicos esparciendo brillantes destellos, y al pensar en Marina, sentía que sus ojos se anegaban en ardientes lágrimas de dolor y agravio.

Capítulo XXXI

El abuelo Schukar recibió jubiloso su nombramiento de cochero permanente de la administración del koljós. Al hacerle entrega de dos caballos que pertenecieran antes a unos kulaks y que habían quedado en la administración para los viajes de servicio, Yákov Lukich le dijo:

—¡Cuida de ellos como de las niñas de tus ojos! Para que no pierdan carnes, procura ir despacio, no les hagas correr demasiado. Ese gris, de Titok en otros tiempos, es un semental de raza, y este bayo es también un pura sangre, del Don. Como nuestros viajes no serán muchos, pronto se los echaremos a las yeguas. ¡Tú respondes de ellos!

—¡No faltaba más! —repuso el abuelo Schukar—. ¿Es que yo no sé cómo hay que tratar a los caballos? Por mis manos han pasado una infinidad. Más que pelos tienen algunos en la cabeza…

En realidad, durante toda su vida, a Schukar sólo le «habían pasado por las manos» dos jamelgos. Uno de ellos lo había cambiado por una vaca; en cuanto al otro, tenía toda una historia. Hacía veinte años Schukar, al volver, muy alegrete por cierto, del caserío de Voiskovói, había comprado una yegüecilla a unos gitanos transeúntes, por la suma de treinta rublos. Cuando la examinó para comprarla, la yegua parecía redondita, de un color gris de ratón; tenía las orejas caídas y una nube en un ojo, pero era muy vivaracha. El abuelo Schukar estuvo regateando con el gitano hasta el mediodía. Unas cuarenta veces se dieron la mano para cerrar el trato, y otras tantas se separaron para volver a juntarse.

—¡Esto no es una yegua, es oro puro! Corre como una centella… No tienes más que cerrar los ojos, y ya no ves la tierra. Es más rápida que el pensamiento. ¡Un pájaro! —juraba y perjuraba el gitano, salpicando saliva y agarrando a Schukar, rendido ya de cansancio, por el borde de la chaqueta.

—No le queda casi ninguna muela, es tuerta, tiene los cascos todos resquebrajados y la barriga colgando… ¿Oro esto? ¡Lágrimas amargas! —ponía defectos al animal el abuelo Schukar, deseando en el alma que el gitano rebajase aquel último rublo que les impedía ponerse de acuerdo.

—¿Y qué te importan a ti las muelas? Así comerá menos. La yegüecilla es joven, ¡que me parta un rayo si miento!, y si ha perdido los dientes, ha sido por una enfermedad casual. Y esa nubecilla, ¿qué te molesta? Además, ni siquiera es una nube, se trata de una conchilla insignificante. Los cascos acabarán por arreglarse, quedarán limpios como una patena… Mi yegüita es gris acero; no muy bonita, cierto, pero tú no la compras para acostarte con ella, sino para labrar el campo. ¿No es verdad lo que digo? Mírala bien. ¿Por qué es barriguda? ¡De la misma fuerza! Cuando corre, retiembla la tierra; cuando cae, no se levanta en tres días… ¡Ay,

padrecito! Por lo que veo, tú quieres comprar por treinta rublos un corcel trotador. Vivo no lo comprarás. Y muerto, te darán su carne de balde…

Afortunadamente, el gitano resultó ser hombre de buen corazón: después de mucho discutir, rebajó el rublo regateado, entregó de mano a mano las riendas a Schukar, en prueba de buen acuerdo, y hasta fingió gimotear un poco, enjugándose la bronceada frente con la manga de la larga chaqueta azul clara.

Apenas pasaron las riendas a manos de Schukar, la yegua perdió su tan reciente vivacidad. Echó a andar tras él, sometiéndose de mala gana a los extraordinarios esfuerzos de su nuevo amo y moviendo trabajosamente las combadas patas. Sólo en aquel momento el gitano rompió a reír, mostrando los compactos dientes, blancos como el yeso, y gritó en pos de Schukar:

—¡Eh, padrecito! ¡Eh, cosaco del Don! ¡Recuerda mi bondad! Esa yegüita me ha servido cuarenta años, y te servirá a ti otros tantos; pero no hay que darle de comer más que una vez por semana, porque si no, ¡se pondrá rabiosa!… Mi padre vino de Rumania a lomos de ella, él la había conseguido de los franceses, cuando huían de Moscú. ¡Un animal semejante vale un tesoro!

Gritó algo más en pos de Schukar, que seguía tirando de su adquisición. Cerca de la tienda de campaña, metiéndose por entre las piernas del chalán, alborotaban los gitanillos, bulliciosos y negros como chovas; chillaban y reían a carcajadas las gitanas. Pero el abuelo Schukar, sin hacer caso de nada, continuaba su camino, pensando bonachón: «Ya sé yo la bestia que he comprado. Si hubiera tenido dinero, habría elegido otra, claro está. Y ese gitano es un bromista, un hombre alegre como yo… En fin ya tengo cabalgadura. El domingo, mi mujer y yo, montados en la yegua, iremos al galope al mercado de la*stanitsa*».

Mas no había llegado aún a Tubianskói, cuando al animal empezaron a ocurrirle cosas sorprendentes… Al volver por casualidad la cabeza, Schukar quedóse pasmado de asombro: Tras él, en vez de la yegua panzuda y bien cebada que había comprado, caminaba cansino un jamelgo esquelético, de vientre enjuto e ijares completamente hundidos. En sólo media hora, había perdido la mitad de sus carnes. Schukar hizo la señal de la cruz y, musitando: «¡Santo, santo, santo!», dejó caer las riendas de las manos. Habíase, parado en seco, y sentía que la borrachera se le iba pasando como por encanto. Y hasta que no dio una vuelta alrededor de la yegua, no comprendió la causa de aquel prodigioso adelgazamiento: por debajo de la estropajosa cola —alzada hacia un lado con insólita desvergüenza— salía en silbante bufido un aire pestilente y unos excrementos líquidos, salpicantes. «¡Atiza!», exclamó Schukar, llevándose las manos a la cabeza. Después de lo cual, aferrado a las riendas, volvió a tirar de la bestia con redobladas fuerzas. La erupción volcánica de las equinas entrañas prosiguió hasta el mismo Tubianskói, dejando en el camino vergonzosas huellas. Es posible que Schukar hubiera llegado felizmente a Gremiachi Log, de haber seguido

nevando a la yegua de la brida, pero cuando se aproximaba a la primera casa de Tubianskói, donde vivía su compadre y conocía a muchos cosacos, decidió inmediatamente montar en la recién comprada yegua, para entrar en el caserío cabalgando, aunque fuera al paso, pues siempre sería mejor que presentarse a pie, tirando de la bestia. Se le había despertado de repente un orgullo inaudito, así como el deseo, habitual en él, de jactarse, de demostrar a la gente que también Schukar había salido ahora de la pobreza e iba a lomos de una caballería que, aunque maleja, era de su absoluta pertenencia. «¡So-o-o, maldita! ¡Siempre estás respingando!…», gritó enfurecido Schukar al ver, con el rabillo del ojo, que de la casa frente a la que se había parado salía un cosaco conocido suyo. Pronunciadas estas palabras, tiró de las riendas y empinóse. Su yegua, que seguramente no había respingado ni coceado desde su lejana infancia, en lo que menos pensaba era en retozar. Estaba quieta, tristemente gacha la cabeza, dobladas las patas traseras. «Hay que pasar montado frente a la casa de mi compadre. ¡Que me vea!», se dijo Schukar. Dicho y hecho: dando un salto, echóse de bruces sobre el agudo lomo del animal. Y en aquel preciso momento aconteció un hecho del que, con posterioridad, durante largo tiempo, hablaron los cosacos de Tubianskói: precisamente en aquel lugar fue donde Schukar hubo de sufrir una afrenta inaudita, cuya leyenda se conserva hasta nuestros días y ha de pasar, sin duda, a la generación venidera… Apenas se hubo alzado de la tierra Schukar para quedar atravesado sobre el espinazo de la yegua, con los pies colgando y haciendo esfuerzos para montar a horcajadas, el animal empezó a tambalearse, oyóse en su interior un ruido de tripas y, tal como estaba, se derrumbó sobre el camino, con la cola levantada. Schukar, tendidos los brazos hacia adelante, describió una curva en el aire y fue a caer, despatarrado, sobre el polvoriento llantén que bordeaba el camino. Encorajinado, se puso en pie de un brinco y al advertir que el cosaco había presenciado su vergüenza, trató de enmendar la cosa con unos gritos. «¡No haces más que retozar, bestia de Barrabás!», vociferaba, dando puntapiés a la yegua. Esta se levantó y, como si no hubiera ocurrido nada, alargó el hocico para mordisquear el marchito llantén.

El cosaco que observaba la escena era un guasón de marca mayor. Saltó el seto y acercóse a Schukar. «¡Buenas tardes, amigo! ¿Qué, te has comprado una yegua?» —”Sí, pero me parece que me he equivocado un poco. Tiene resabios la condenada: en cuanto te subes a ella, ¡zas!, se tira al suelo. Por lo visto, es que todavía no la han montado nunca». El cosaco, entornados los ojos, dio dos vueltas alrededor del animal, le miró los dientes de pasada, y dictaminó muy serio: «¡Desde luego, no tiene escuela! Pero se ve que es de sangre azul. A juzgar por la dentadura, tendrá sus buenos cincuenta años, ni uno menos, pero seguramente, por ser de noble raza, nadie ha podido domarla». Schukar, al ver que se interesaba por su suerte, se atrevió a preguntarle: «Dime, Ignati Porffrievich, ¿cómo se explica que haya adelgazado tan

pronto? La traigo de la brida, y se me derrite a ojos vistas; primero, suelta unas ventosidades tremendas; después, excremento a chorros, como de una fuente. Ha dejado huellas por todo el camino». — «¿Y dónde la has comprado? ¿No habrá sido a los gitanos?» —”A ellos mismos, tienen su campamento muy cerquita de aquí». — «Pues entonces, ha adelgazado —explicó el cosaco, que era muy entendido en gitanos y en caballos— porque, antes de vendértela, la habían hinchado. Cuando un jamelgo ha enflaquecido de puro viejo, antes de venderlo, le encajan en el agujero posterior una caña hueca, y, por turno, sopla hacia dentro toda la cuadrilla, hasta que le ensanchan los ijares y lo ponen panzudo y orondo. Luego, cuando terminan de inflarlo como una vejiga de buey, le sacan la caña y, en su lugar, le meten un trapo empapado en alquitrán o una estopa, para que no se escape el aire. Y tú has comprado un animal hinchado de ese modo. El tapón ha debido saltar por el camino, y por eso tu yegua ha empezado a adelgazar… Vuélvete y busca el tapón… En menos que se cuenta, la inflaremos otra vez…» —«¡Mal diablo infle a esos bribones!», gritó Schukar desesperado, y se lanzó hacia el campamento de los gitanos. Mas, cuando subió al altozano, advirtió que ya no había nada junto al río: ni tiendas ni carros. Donde antes estuviera el campamento, se elevaba ahora el azulado humillo de una hoguera no apagada aún. A lo lejos, por la senda, reseca del calor estival, giraba en tenues remolinos y se deshacía en el viento una polvareda gris. Los gitanos habían desaparecido como por arte de magia. Schukar vertió unas lágrimas y emprendió el regreso. El amable Ignati Porfírievich salió otra vez de su *jata* y le propuso: «Yo me pondré debajo, para que no se vuelva a caer de… puro bravía, y tú móntate en ella». Bañado en un sudor de aflicción y vergüenza, Schukar aceptó sus servicios y, arreglándoselas como pudo, consiguió al fin montar. Pero, sin duda, estaba escrito que no terminaran allí sus tribulaciones: la yegua no se cayó esta vez, mas puso de manifiesto que tenía un modo de trotar completamente inverosímil. Avanzaba en alto las patas delanteras, como si fuera a galopar, y coceaba con las de atrás levantándolas más arriba de su espinazo. De esta manera, llevó a Schukar hasta el primer callejón. Durante el furioso bailoteo, el jinetehabía perdido el gorro y, unas cuatro veces, las terribles sacudidas le habían arrancado hipidos del fondo de las entrañas, mientras algo parecía desgarrársele dentro. «¡Dios mío! ¡No es posible continuar así!…», decidió Schukar, y echó pie a tierra en plena carrera. Volvió atrás para recoger su gorro, pero al ver que un tropel de gente venía a su encuentro saliendo de un callejón, apresuróse a retroceder y sacó del caserío a la malhadada yegua, que tan inesperadamente había mostrado sus bríos. La chiquillería le acompañó hasta el molino de viento; luego, quedóse atrás. Sin embargo, Schukar no se atrevió a montarse de nuevo sobre aquel «pensamiento» gitano. Rodeó su caserío a distancia, por el otero, pero, agotadas en él sus fuerzas de tanto tirar de las riendas, decidió dejar que la bestia fuera delante de él. Entonces se dio cuenta de que la caballería que

había comprado con tantos trabajos era ciega. Iba derecha hacia los hoyos y zanjas, y, en vez de saltarlos, caía en ellos; luego, afianzándose en las temblantes patas delanteras, se levantaba, resollando fatigosa, y proseguía su caminar. Avanzaba de un modo extraño, describiendo círculos de continuo… Schukar, desconcertado por aquel nuevo descubrimiento, la dejó en completa libertad y vio que, después de haber trazado un círculo, comenzaba otro, sin parada alguna, siguiendo una invisible espiral. Y al instante, sin ayuda de nadie, Schukar adivinó que la yegua aquella había pasado su larga y penosa vida en una noria, dando allí vueltas y más vueltas hasta hacerse vieja y perder la vista.

Como le daba vergüenza presentarse de día en el caserío, dejó a su yegua pastar en el otero hasta el obscurecer. Cuando se hizo de noche, la llevó a casa. La acogida que le tributó su mujer, hembra de buenas carnes y terrible en sus represalias, y los tormentos que hubo de sufrir el flacucho marido por su desafortunada compra quedaron «envueltos en el misterio», como decía el zapatero Lokatéiev, amigote de Schukar por aquel entonces. Únicamente se sabe que, poco después, el animal cogió un sarnazo, perdió todos sus pelos y, con aquel lamentable aspecto, una noche, al filo de las doce, entregó silenciosamente su alma en el patio de Schukar. Este y su compinche Lokatéiev vendieron la piel y se gastaron el dinero en vodka.

Al afirmar a Yákov Lukich que él había visto en su vida muchos caballos, el abuelo Schukar sabía perfectamente que aquél no podía creerle, pues era su convecino y conocía todos los detalles de su existencia. Pero así era por naturaleza el abuelo Schukar: sin poderlo remediar, tenía siempre que jactarse y mentir. Una fuerza irresistible le obligaba a decir cosas de las que se habría retractado con gusto unos minutos más tarde…

Pues bien, el abuelo Schukar viose convertido en cochero y palafrenero, todo a un tiempo. Y en honor a la verdad, hay que decir que no desempeñaba mal sus poco complejas funciones. De su trabajo, lo único que no le gustaba a Nagúlnov, amigo de ir de prisa, eran sus frecuentes paradas. Apenas salían del patio, ya estaba tirando de las riendas: «¡So, queridos, so-o!» —«¿Por qué te paras?», preguntaba Nagúlnov. «Para que los caballos hagan sus necesidades», respondía Schukar. Y se ponía a silbar quedo, incitante, hasta que Nagúlnov sacaba el látigo de debajo del pescante y fustigaba con fuerza los lomos del bruto.

«Hoy día, no es como en los tiempos del zar, cuando el cochero iba en el pescante, y el viajero, detrás, balanceándose cómodamente en su blando asiento. Ahora, ya veis, yo soy cochero, y sin embargo, voy sentado en el *drozhki*[65] al lado del camarada Davídov. A veces, cuando me entran ganas de fumar, le digo: «Oye tú, ten un poco las riendas que voy a liar un cigarro». —«Con mucho gusto», me contesta. Toma las riendas y, a veces, conduce durante una hora, mientras yo voy como un señor, dándome tono y contemplando el paisaje», se jactaba el abuelo

Schukar ante los cosacos. Tenía un aspecto más grave y hasta se había vuelto menos hablador. A pesar de las heladas primaverales, dormía en la cuadra, para estar más cerca de sus caballos. Pero al cabo de una semana, su mujer le obligó a volver al domicilio conyugal, luego de darle una buena paliza y de insultarle delante de todo el mundo, asegurando que mujeres jóvenes venían a pasar la noche con él. Aquello era una invención de los muchachos, que, para burlarse de la vieja, habían calumniado infamemente al abuelo con aquella falsa acusación. Pero él, sin ponerse a contradecirla, volvió a su casa. Dos veces cada noche, iba a visitar a los caballos, escoltado por su celosa costilla.

Había aprendido a enganchar tan de prisa, que rivalizaba en rapidez con los bomberos de Gremiachi. Al sacar a los caballos, que relinchaban contentos de salir de la prolongada quietud, los apaciguaba gritando fuerte, invariablemente: «¡Quie-to-o! ¡Ya te estás encalabrinando, diablo!… ¿Tomas a tu compañero por una yegua? ¡Pues es de igual género que tú!» y después de engancharlos, instalado ya en el coche, decía con presunción: «Bueno, vamos a dar un paseíto, y me habré ganado mi palote[66].. Esta vidita, hermanos, ¡empieza ya a gustarme!».

El día 27, Davídov decidió ir al campo de la primera brigada para comprobar si efectivamente —en contra de sus indicaciones— se gradaba allí siguiendo la dirección de los surcos. Así se lo había comunicado el herrero Ippolit Shali, el cual, al ir a aquel campo a reparar una sembradora, había visto que las gradas, en vez de marchar en sentido transversal a los surcos, lo hacían a lo largo de ellos. En cuanto regresó al caserío, se personó en la administración y, luego de estrecharle la mano a Davídov, le dijo con tono severo:

—La primera brigada está pasando las gradas a lo largo de los surcos. Esa faena, hecha así, no sirve para nada. Vete para allá y diles que trabajen como es menester. Yo ya se lo he dicho, pero Ushakov, ese bizco del diablo, me ha contestado: «Tú ocúpate de golpear el yunque y de soplar el fuelle, y no metas las narices aquí, ¡si no quieres que te las cortemos con la reja del arado!» Y yo le respondí: «Antes de soplar el fuelle, ¡te voy a soplar a ti, bisojo!» Bueno, y por poco no nos liamos a mamporros.

Davídov llamó a Schukar.

—¡Prepara el coche!

No tuvo paciencia para esperar, y él mismo ayudó a enganchar los caballos. Partieron. El cielo encapotado y un vientecillo húmedo que venía del suroeste presagiaban lluvia. La primera brigada trabajaba en el más alejado sector de las tierras grises. Se encontraba a unos diez kilómetros del caserío, más allá del altozano, junto al Estanque Terrible. La brigada araba, preparando el terreno para la siembra de cereales. Era de extrema necesidad gradar cuidadosamente lo arado para que el agua de las lluvias se mantuviese en el sector bien allanado, en lugar de correr por los surcos hacia la hondonada.

—¡Arrea, abuelo, arrea! —le pedía Davídov, mirando a los nubarrones que se amontonaban espesos.

—Arreando estoy… Fíjese en el Gris, ya se va a cubrir de espuma.

Por el otero, no lejos del camino, iban en fila india los escolares, conducidos por su viejo maestro Shpin. Cuatro carros, cargados de toneles de agua, les seguían.

—Ahí va la gente menuda, a matar ratas del campo —dijo Schukar, señalando con el látigo.

Davídov observaba a la chiquillería, conteniendo una sonrisa. Cuando el *drozhki* llegó frente a los chicos, le pidió a Schukar: «Para». Al recorrerlos con la mirada, sus ojos se fijaron en un chiquillo rublo y descalzo, de unos siete años, y le llamó:

—Ven aquí.

—¿Y para qué voy a ir? —inquirió aquél con aire independiente, echándose hacia atrás la gorra de plato, que era de su padre, con un cerquillo rojo en el que se destacaba la descolorida huella de la escarapela.

—¿Cuántas ratas has matado?

—Catorce.

—¿De quién eres hijo, pequeño?

—Me llamo Fedot Demídich Ushakov.

—Bueno, Fedot Demídich, monta; te pasearé un poco en el coche. Y a ti también, sube —Davídov señaló con el dedo a una niña con un pañuelo a la cabeza. Cuando los pequeños estuvieron instalados, ordenó—: ¡En marcha! —y preguntó al chicuelo —: ¿En qué grado estás?

—En el primero.

—¿En el primero? Entonces, tienes que sonarte los mocos, ¡eso es la pura verdad!

—No se puede. Estoy constipado.

—¿Cómo que no se puede? ¡A ver, trae acá esa nariz! —Davídov limpióse cuidadosamente los dedos en el pantalón y suspiró—. Pásate un día de estos por la administración del koljós. Te daré un bombón, de chocolate. ¿Has comido chocolate alguna vez?

—No-o…

—Pues ven a la administración, a hacerme una visita. Y te convidaré.

—¡Yo no necesito bombones!

—Vaya, vaya. ¿Y por qué no, Fedot Demídich?

—Los dientes se me pican, ya se me han caído unos de abajo, ¡mira! —el chiquillo abrió la sonrosada boca, y en efecto, le faltaban dos dientes de abajo.

—Por lo tanto, Fedot Demídich, ¿resulta que estás mellado?

—¡El mellado lo eres tú!

—¡Oh!… ¡Buena vista tienes!

—A mí me volverán a salir: pero a ti, de seguro, no te saldrán más. Conque,

¡aguántate!…

—¡Te equivocas, amigo! A mí también me saldrán otra vez, ¡eso es la pura verdad!

—¡Qué mentiroso! A los mayores no les salen más. En cambio yo puedo morder con los de arriba, ¡palabra!

—¡Qué has de poder!

—¿No lo crees? ¡Dame el dedo y verás!

Davídov, sonriendo, le tendió el índice, pero al instante, lanzando un ay, lo retiró: sobre la falangeta, el mordisco había dejado unas manchitas azules.

—Bueno, Fedot, ahora me toca a mí. Dame tu dedo para que te lo muerda —le propuso Davídov, pero el chicuelo, después de un momento de duda, saltó del *drozhki* en marcha, como un gran saltamontes gris; brincando a la patita coja, le gritó:

—¿Te gusta morder, eh? ¡Pues esta vez te quedas con las ganas!…

Davídov soltó la carcajada, bajó del coche a la pequeña y, durante largo rato, estuvo mirando a la gorra de Fedot, que rojeaba en el camino. Sonriendo, sentía que un afecto singular le caldeaba el corazón y que los ojos se le humedecían. «Construiremos una buena vida para ellos, ¡eso es la pura verdad! Ahora Fedot corretea con la gorra cosaca de su padre, y dentro de veinte años, removerá estas mismas tierras con un arado eléctrico. Seguramente, él no tendrá que hacer lo que yo, después de la muerte de mi madre: lavar y zurcir la ropa de las hermanas pequeñas, preparar la comida e ir corriendo a la fábrica… Los Fedots serán dichosos, ¡eso es la pura verdad!», pensaba Davídov, en tanto recorría con la mirada la estepa, inmensa, cubierta de suave verdor. Por un momento, prestó oído al canto sonoro de las alondras, y al ver a lo lejos a un labrador encorvado sobre el arado, mientras el conductor de los bueyes caminaba por el surco, tropezando con los terrones, dio un profundo suspiro: «La máquina hará por el hombre todo el trabajo penoso… y la gente de entonces olvidará seguramente hasta cómo huele el sudor… ¡Quién pudiera vivir hasta esos tiempos! ¡Aunque sólo fuera para verlo! Pues si te mueres, ningún Fedot se acordará de ti. ¡Y morirás, hermanete Davídov, como dos y dos son cuatro! En lugar de descendencia, dejarás en el mundo el koljós de Gretniachi. El koljós se convertirá en comuna, y a lo mejor, ¡quién sabe!, puede que luego le pongan el nombre del mecánico ajustador de la Putílov, Semión Davídov…» Ante el alegre giro que tomaban sus pensamientos, sonrió y le preguntó a Schukar:

—¿Llegaremos pronto?

—En un abrir y cerrar de ojos.

—¡Cuánta tierra desaprovechada tenéis aquí, padrecito! ¡Un verdadero espanto! Dentro de dos quinquenios, habremos construido aquí fábricas. Y todas nos pertenecerán, todas estarán en nuestras manos, ¡eso es la pura verdad! Haz un esfuerzo, vive unos diez años más y en lugar de las riendas, empuñarás el volante de

un automóvil, ¡E irás a todo gas, como una centella!

El abuelo Schukar suspiró:

—¡Es un poco tarde! Si hace unos cuarenta años me hubieran hecho obrero, otro gallo me cantaría ahora… En la vida campesina no he tenido suerte. Desde niño, empezó a salirme todo al revés, y así he seguido hasta los últimos tiempos. Para mí, toda la vida ha sido como un viento que me ha estado siempre arrastrando, zarandeando y dándome unos trastazos muy puñeteros, tremendos…

—¿Cómo es eso? —se interesó Davídov.

—Ahora te contaré todo con detalle. Que los caballos sigan al trote su camino, y mientras tanto, yo te abriré mi pecho. Aunque tú eres un hombre sombrío, me comprenderás y compadecerás… Infinidad de veces me han ocurrido casos muy serios. Para empezar, cuando vine al mundo, la comadrona le dijo inmediatamente a mi difunta madrecita: «Tu hijo, cuando crezca, llegará a general. Tiene todo lo que se necesita para ello: la frente estrecha, la cabeza como una calabaza, la barriguita gorda y una voz de bajo profundo. ¡Alégrate, Matriona! Dos semanas más tarde, todo marchaba al revés de lo que había dicho la vieja comadrona… Yo había nacido el día de Santa Evdokía[67], pero aquel día no sólo las gallinas no tenían dónde beber, sino que, según decía mi madrecita, hacía un frío de mil puñetas. ¡Hasta los gorriones se helaban volando! Me llevaron a bautizar a Tubianskói. Tú imagínate qué atrocidad: ¡meter a una criaturita en la pila con aquel frío tan tremendo! Empezaron a calentar el agua. El pope y el sacristán estaban borrachos como cubas. Uno echa en la pila agua hirviendo, el otro, sin mojar siquiera el dedo en ella para probarla, dice: «En nombre de nuestro Señor Jesucristo, yo te bautizo, siervo de Dios», y, ¡cataplum!, me zambulle de cabeza en el agua hirviendo… ¡Me quedé sin pellejo! Cuando me llevaron a casa, estaba todo lleno de ampollas… Y claro, me salió una hernia en el ombligo, de tanto berrear, del dolor, a grito pelado… Desde entonces, fui de mal en peor, ¡era el rigor de las desdichas! Y todo porque me habían traído a un mundo de labradores. Hasta los nueve años, me mordían los perros, los gansos me daban unos picotazos terribles. Una vez, un potrillo me sacudió un par de coces, que me quedé en tierra como muerto. Y desde los nueve años, me empezaron a ocurrir casos cada vez más serios. Acababa de cumplirlos, cuando un día me pescaron al natural, con anzuelo…

—¿Con anzuelo? —se asombró Davídov, que escuchaba el relato del cochero no sin curiosidad.

—Sí, con un anzuelo corriente y moliente, como ésos con los que se pescan peces. Por aquel tiempo había en nuestro caserío, en Gremiachi, un viejo con más años que Matusalén, apodado el Malva. En invierno, cazaba perdices con trampas, y en verano, no se apartaba del río, siempre estaba pescando. Nuestro riachuelo traía entonces más agua, hasta tal punto, que Lapshín tenía allí un molino… En la presa se

criaban carpas y unos lucios así de gordos. Bueno, pues el abuelete se instalaba junto a los saucillos con sus cañas. Tendía hasta siete a un tiempo; en una, ponía de cebo un gusanillo; en otra, miga de pan, pero a los lucios los pescaba con pececillos. Y los chicos nos las arreglábamos para quitarle los anzuelos, de un mordisco. El abuelo era sordo como una tapia; podía uno mearle en la oreja, que no se enteraba…Pues verás, nos juntábamos en la orilla, nos desnudábamos cerca del abuelo, tras los matorrales, y uno de nosotros se metía en el agua despacito, para no levantar oleaje, buceaba hasta llegar debajo de las cañas del abuelo y, ¡cric!, cortaba el hilo con los dientes; luego, volvía nadando bajo el agua para salir a los matorrales de la orilla. El viejo tiraba de la caña, y mascullaba, temblando todo él de coraje: «¡Ay, santa madre de Dios, otra vez lo ha cortado el maldito!» Se figuraba que había sido un lucio y, naturalmente, le desesperaba la pérdida del anzuelo. Sus anzuelos eran de la tienda, y como nosotros no teníamos ni un kopek para comprarlos allí, rondábamos los del viejo… Yo me había agenciado ya uno de esa manera, y me entraron ganas de otro. Veo que el abuelo está ensartando gusanos, y me zambullo. Acababa de encontrar a tientas el sedal y ya me lo llevaba a la boca, cuando, ¡zas!, el viejo da un tirón. El anzuelo se me escapa de los dedos y se me clava en el labio de arriba. Voy a gritar, y la boca se me llena de agua. El abuelo sigue tirando de la caña, empeñado en sacar su pesca. Yo, claro está, del tremendo dolor, empiezo a patalear y a revolverme, hincado en el anzuelo, y siento que el abuelo mete en el agua, debajo mismo de mí, un bichero… Entonces, naturalmente, salgo de un brinco a la superficie, lanzando un alarido horrible. El abuelo se queda helado de espanto; quiere santiguarse, y no puede. Del susto, hasta la cara se le había puesto más negra que el carbón. ¿Y cómo no iba a asustarse? Pensaba pescar un lucio, y, de pronto, ¡saca del agua a un chiquillo! Sigue allí pasmado un momento, y de repente, ¡pies para qué os quiero!… ¡Hasta perdió las chancletas!… Yo volví a casa con el anzuelo en el labio. Mi padre me lo sacó, y después, me dio una somanta que me dejó sin sentido… ¿Por qué? ¡Hay cosas que no se comprenden! El labio se me cerró, pero desde entonces me llaman Schukar[68]. Ese necio mote se me ha quedado para toda la vida… Al año siguiente, en primavera, estoy cuidando de mis gansitos junto al molino de viento. Las aspas dan vueltas, los gansos picotean por allí cerca, y sobre ellos vuela un milano. Mis gansos son amarillitos, apetitosos. Y el milano tiene ganas de echarle las garras a alguno de ellos, pero yo, naturalmente, estoy al tanto, ojo alerta, y, para ahuyentar al bicho, me pongo a gritar: «¡U-u-u-ú!» Pero en esto llegan unos chiquillos, compañeros míos de juegos, y empezamos a colgarnos de las aspas del molino: cada uno se agarra por turno a un aspa y se deja levantar en el aire, cosa de un metro y medio; luego, abre las manos, cae y se pega bien a la tierra para que no le enganche el aspa siguiente. Pero los chiquillos ya se sabe, ¡son verdaderos diablos! Se nosocurrió que el que subiese más alto sería «el zar», y que los demás le llevarían en hombros desde el molino hasta la

era. Todos, naturalmente, queríamos ser «el zar», y yo me dije: «¡Voy a subir más arriba que ninguno!», olvidándome de los gansos por completo. El aspa empieza a elevarme; y en ese momento veo que el milano se abate sobre los gansos y está a punto de agarrar a uno… Me entró un susto de lo más terrible: buena azotaina me esperaba en casa si se lo llevaba… «¡Chicos —empiezo a gritar—, espantad al milano!…». Con aquello se me olvidó que me encontraba en el aspa y seguía sube que te sube. Cuando quise darme cuenta, ¡yo estaba lejos, lejísimos de la tierra! ¿Qué hacer? Saltar abajo daba un miedo tremendo, pero más espantoso todavía era continuar volando hacia arriba. Mientras lo pensaba, el aspa se puso vertical, y yo, agarrado a ella, quedé con los pies por el aire. Cuando empezaba a bajar hacia la tierra, me desprendí… No se sabe cuánto tiempo estaría yo cayendo, pero a mí me pareció una infinidad… Al fin, llegué a la tierra y, naturalmente, me di un porrazo morrocotudo. Me levanto encorajinado, y veo que, junto a la muñeca, me asoman los huesos de la mano, cada uno por su lado. El dolor era tan terrible, que ya no me importaba nada: el milano se había llevado un gansillo, mas a mí me daba igual. La curandera me encajó los huesos en su sitio, pero de poco me sirvió, porque al año siguiente se me volvieron a salir y una guadañadora a poco no me hace picadillo. Después del día de San Piotr[69], mi hermano mayor y yo fuimos a segar centeno. Yo conducía los caballos, y mi hermano iba sacando los haces de la guadañadora. Los tábanos revoloteaban sobre los caballos, el sol picaba de firme y hacía tanto calor, que yo, completamente rendido, amodorrado, me caía del asiento. De pronto, abro los ojos y veo que sobre un surco, a la derecha de mí, hay una avutarda enormísima, tendida como un látigo. Paro los caballos, y mi hermano me dice: «¡La voy a ensartar con la horquilla!» Y yo le propongo: «¿Quieres que yo salte sobre ella y la coja viva?» — «Bueno, ¡salta!», me contesta. Yo salto y agarro de través a la avutarda, que brinca como una condenada, para escapar. Despliega las alas, y me empieza a sacudir con ellas en la cabeza; levanta un poco el vuelo, y tira de mí. Del miedo, que debía ser muy grande, la avutarda hasta se hizo sus necesidades; me puso perdido de excremento líquido y siguió arrastrándome, como un caballo fogoso arrastraría un rastrillo. No sé qué idea le daría al pajarraco de volver para atrás, pero el caso es que se metió entre las patas de los caballos, y éstos, que eran muy asustadizos, saltaron por encima de mí y salieron disparados. Yo me encontré bajo las cuchillas… Mi hermano, instantáneamente, empuña la palanca y las levanta. Yo, arrastrado, ya estoy debajo de un larguero, y la guadañadora tira de mí para despedazarme, me zarandea a diestro y siniestro… A un caballo le había dado ya un tajo que le llegaba hasta el hueso, cortándole los tendones, y a mí me desfiguró tanto, que no me conocía ni mi madre. Mi hermano, como pudo, paró los caballos, desenganchó a uno, me echó igual que un fardo sobre él y me llevó al caserío. Yo estaba sin sentido, lleno de excremento de avutarda, todo manchado de tierra, mientras que la avutarda se había

escapado tranquilamente la muy bribona. Pasé mucho tiempo en cama, y me curé… Seis meses después, venía yo de casa de unos vecinos, cuando aparece el toro padre del caserío y me cierra el paso. Yo trato de esquivarlo, pero él alza el rabo, como un tigre feroz, y dirige sus pitones hacia mí, dispuesto a atravesarme. Como puedes suponer, ¿qué interés tenía yo en dejar mi alma entre sus cuernos? Salí de estampía, pero él me enganchó por una costilla de abajo y me tiró por encima de un seto. La costilla se partió, se fue a hacer puñetas. Si hubiera tenido un centenar, todavía… Pero maldita la gracia que hace perder así, tontamente, una de las pocas que se tienen… Por eso, me dieron inútil para el servicio militar. Desde entonces, he sido una víctima de distintos animales. ¡Los golpes que me han dado no hay quien los cuente! Es como si el diablo me hubiera escogido para eso. Basta que un perro, dondequiera que sea, rompa su cadena, para que se eche sobre mí el muy maldito. Y cuando él no viene a buscarme, yo topo con él casualmente. Me hace trizas la ropa, me destroza a mordiscos los calzones… En fin, ¡ya puedes figurarte el beneficio que yo saco de esto! Los hurones también me han perseguido desde la Barranca de la Culebra hasta el mismo camino del caserío, y en la estepa me han atacado jabalíes. Por culpa de un toro, me dieron una vez de palos y me quedé sin botas. Una noche, iba yo por el caserío, cuando, frente al*kurén* de los Donetskov, vuelvo a encontrarme cara a cara con un torazo. El hace: «¡Mú-u-u-u!», y empieza a menear el rabo. «No quiero nada contigo —me dije—, ¡ya sé yo lo que se saca del trato con vosotros!» Yo me arrimo más a la pared del *kurén*, y el toro me sigue. Pongo pies en polvorosa, y siento en mi espalda sus resoplidos. En el *kurén* había una ventana abierta. Me meto por ella volando, lo mismito que un murciélago; miro alrededor: en la habitación no hay nadie. «No molestaré a la gente —me digo— saldré por donde he entrado». El toro mugió un poco, escarbó con un cuerno el terraplencillo que rodeaba la casa y se fue. Iba yo a saltar ya por la ventana a la calle, cuando me agarran por detrás, de los brazos, y me atizan un golpe en el cogote con algo duro. Era el dueño de la casa, el abuelo Donetskov, que había oído ruido y me había cazado. «¿Qué haces aquí, mocito?» —«He entrado huyendo de un toro». —«¿De un toro?… Tú a mí no me engañas, ¡buenos toretes estáis vosotros hechos! ¿Has venido buscando a mi nuera Oliutka, ¿verdad?». Y empezó a pegarme; primero, como en broma, pero después cada vez más fuerte. El viejo estaba todavía verde, y él mismo retozaba con su nuera. De rabioso que se puso, me rompió una muela. Luego, me preguntó: «¿Volverás a buscar a Oliutka?» —«No, no volveré, ¡pijotero! —le contesté—. Puedes colgarte a tu Oliutka del cuello, en vez de la cruz». — «Bueno —me dijo—, quítate las botas o empiezo de nuevo a sacudirte…» Y tuve que quitarme mis botas altas y dárselas de balde. ¡Maldita la gracia que me hizo, pues no tenía otras! Le tomé tal odio a la Oliutka, que me duró cinco años. ¿Pero qué sacaba yo con eso? Y así sucesivamente me ha venido ocurriendo siempre… No tienes más que tomar un ejemplo: cuando

fuimos a expropiar a Titok, ¿por qué razón, pregunto yo, su perrazo me destrozó la zamarra, a mí precisamente? Tenía muchos más motivos para arremeter contra Makar o contra Liubishkin, pero no, el diablo llevó al perro como una centella, alrededor del patio y lo empujó contra mí. Y menos mal que no me saltó a la garganta, pues con que me hubiera apretado el gañote un par de veces, asunto concluido: ¡le habrían cantado a Schukar el gorigori! Sí, yo conozco bien esos malos agüeros. Y la cosa no pasó de ahí porque yo no tenía *rivolver*. No lo quiso Dios, pues, de haber tenido un *rivolver*, ¿qué habría ocurrido? ¡Una carnicería! Yo, cuando me acaloro, soy muy fiero. En aquel momento, habría matado al perro, a la mujer de Titok, ¡y al propio Titók le habría metido todas las balas en el buche! En una palabra: un crimen, y otra vez habría pagado el pato Schukar, yendo a parar a la cárcel… ¿Y qué se me ha perdido a mí en la cárcel? Yo tengo otras inclinaciones… ¿Con que iba a ser general, eh? Si viviera la comadrona esa, ¡me la comería cruda! ¡Para que no dijese tonterías! ¡Para que no diera mala suerte a los niños recién nacidos!… Bueno, ahí está el campamento de la brigada, ¡hemos llegado!

Capítulo XXXII

Desde el zaguán, mientras se limpiaba con una dura escobilla las pegajosas pellas de barro que se le habían adherido a las botas, Razmiótnov vio un haz de luz que salía oblicuamente por una rendija de la puerta del cuarto de Nagúlnov. «No duerme. ¿Qué será lo que le quita el sueño a Makar?», pensó Andréi al abrir la puerta sin hacer ruido.

El quinqué, cubierto por una chamuscada pantalla de papel de periódico, proyectaba su mortecina luz sobre una esquina de la mesa y un libro abierto. La revuelta cabeza de Makar se inclinaba concentrada sobre la mesa, apoyada la mejilla en la mano derecha, mientras los dedos de la izquierda escarbaban, con encarnizamiento, en los mechones de la frente.

—¡Buenas noches, Makar! ¿Despierto todavía?

Nagúlnov alzó la cabeza y miró a Andréi con descontento.

—¿Qué te trae por aquí?

—Venía a charlar un rato. ¿Te molesto?

—Tanto como molestarme, no… En fin, siéntate; no te voy a poner en la puerta.

—¿Qué, te dedicas a la lectura?

—Sí, he encontrado una ocupación —Makar cubrió el librito con la mano y fijó sus ojos, expectante, en Razmiótnov.

—¿Sabes?, he terminado con Marina. Para siempre… —dijo Andréi, suspirando, y se derrumbó sobre el taburete.

—Hace tiempo que debías haberlo hecho.

—¿Por qué?

—Era para ti un estorbo, y ahora la vida ha tomado un giro, que hay que apartar de uno todo lo que sobre… No son ahora tiempos para que nosotros, los comunistas, nos dejemos dominar por cosas secundarias, ¡sin importancia!

—Pero esto no era cosa sin importancia, puesto que entre los dos existía el amor.

—¿Amor eso? Eso es dogal al cuello, y no amor. Estás dirigiendo una reunión, y ella está allí sentada, sin quitarte ojo, rabiando de celos. Eso hermano no es amor, sino un castigo.

—Entonces, según tú, ¿resulta que los comunistas no podemos ni acercamos a las mujeres? Tiene uno que atársela con una cuerdecita y andar por el mundo como un toro castrado, ¿no es así?

—Así es, ¿qué te habías figurado? Los que hace tiempo cometieron la tontería de casarse, que sigan con sus mujeres hasta el fin de sus días, pero a los jóvenes yo les prohibiría, por decreto, el casarse. ¿Qué revolucionario puede ser el que se acostumbra a estar agarrado a unas faldas? Para nosotros, la mujer es como la miel para una mosca ansiosa. Te quedas pegado a ella inmediatamente. Yo lo sé bien, ¡por

propia experiencia! A veces, se pone uno a leer por las noches, para ilustrarse, y la mujer se acuesta. Lees un poco, te acuestas también, y ella te vuelve la espalda. Se siente uno ofendido por semejante situación, y una de dos: o empiezas a regañar con ella o enciendes un cigarro, rabiando sin decir palabra, y el sueño desaparece. A la mañana siguiente, con la cabeza pesada de no haber dormido lo preciso, cometes algún error político. ¡Es cosa demostrada! Y los que, por añadidura, tienen hijos, ésos están perdidos definitivamente para el Partido. En cuanto aprenden a cuidar del crío, en cuanto se acostumbran a su olor a leche, ¡se acabó! Son malos luchadores, no sirven ya para el trabajo. En tiempos del zarismo, yo instruía a los nuevos reclutas cosacos, y los observaba: los mozos solteros tenían la cara alegre, despierta, pero el que acababa de dejar a la mujer joven en casa, al venir al regimiento, ése, en un instante, se entontecía de añoranza, se volvía un pasmarote, un zoquete completo. Se le cerraba la mollera y no había forma de meterle nada en ella. Le hablabas de las ordenanzas militares, y él ponía los ojos como botones. El muy bribón parecía atenderte, pero, en realidad, estaba mirando para dentro, y no veía más que a su mujercita, el canalla. ¿Acaso sirve eso para algo? No, querido camarada, antes podías vivir como te diera la gana, pero ahora, puesto que estás en el Partido, deja a un lado toda clase de tonterías. Después de la revolución mundial, por mí, si quieres, podrás estirar la pata encima de tu mujer, que a mí me importará un bledo, pero ahora, todo tú ser, todas tus fuerzas deben tender hacia un solo objetivo, hacia esa revolución —Makar se puso en pie, estiróse para enderezar los hombros anchos, bien formados, haciendo crujir los huesos, y, con una sonrisa apenas perceptible, le dio a Razmiótnov una palmada en el hombro—. Tú, seguramente, has venido a quejarte, a compartir tu dolor conmigo, para que yo te diga, compadecido: «Desde luego, tu situación es lamentable, Andréi, te será muy difícil vivir sin una mujer. ¿Cómo vas a soportar, pobrecillo, a sobrellevar esa desgracia?..». ¿No es verdad? Pues te equivocas, Andréi. De mí puedes esperarlo todo, ¡menos eso! Yo hasta me alegro de que hayas tarifado con tu suboficiala. ¡Hace tiempo que se merecía unos buenos palos en su gordo trasero! Fíjate en mi ejemplo, me he separado de Lushka, y me va divinamente. Nadie me molesta, soy ahora como una bayoneta, bien afilada, cuya punta está dirigida contra el kulak y demás enemigos del comunismo. Y ya ves, hasta puedo estudiar e instruirme.

—¿Y qué estudias? ¿Alguna ciencia? —preguntó Razmiótnov, maligno y frío.

En el fondo de su alma, le habían ofendido las palabras de Makar, porque éste, lejos de compartir su dolor, incluso había manifestado alegría y dicho unas cosas acerca del matrimonio que eran completamente absurdas en opinión de Andréi. Y al propio tiempo, al oír los razonamientos de Makar, expuestos con entera seriedad y convicción, había pensado, no sin cierto temor: «Afortunadamente, Dios no le da cuernos a la vaca topadora porque si a Nagúlnov le diesen el Poder, ¿qué cosas no

haría? Con su empuje, ¡pondría toda la vida patas arriba! A lo mejor, ¡se le ocurría castrar a todo el género masculino, para que no se distrajera del socialismo!

—¿Qué estudio? —repitió Makar, y cerró el libro de golpe—. El inglés.

—¿Cómo?..

—El inglés. Este librito sirve para aprenderlo uno solo.

Nagúlnov observó a Andréi con recelo, procurando captar en su rostro alguna expresión burlona, pero Razmiótnov estaba tan atónito de la sorpresa, que Makar sólo advirtió asombro en sus ojos, un poco malignos, muy dilatados.

—¿Y qué… puedes ya leer o hablar en esa lengua?

Con un disimulado sentimiento de orgullo, Nagúlnov respondió:

—No, todavía no puedo hablar, no creas que esto se consigue inmediatamente, pero alguna que otra palabra impresa, ya empiezo a comprenderla… Hace más de tres meses que estudio.

—¿Y es difícil, eh? —preguntó Razmiótnov, luego de tragar saliva, mirando a Makar y al libro con involuntario respeto.

Makar, al ver que Razmiótnov se interesaba vivamente por sus estudios, contestó, ya de buena gana:

—¡Terriblemente difícil! En estos meses, sólo he aprendido de memoria ocho palabras. Pero, en general, esta lengua hasta se parece un poco a la nuestra. Hay muchas palabras que han tomado de nosotros; no han hecho más que cambiar la terminación, a su manera. Por ejemplo, nosotros decimos*proletariat*, y ellos también, lo único que difiere es el final. Lo mismo ocurre con las palabras *revolución*y *comunismo*. Sus terminaciones las pronuncian silbando, como si odiasen estas palabras, ¡pero no se podrán zafar de ellas! Han echado profundas raíces en el mundo entero, y, quieras que no, hay que emplearlas.

—Bien… De modo que estudias… ¿Y para qué, Makar, va a servirte esa lengua? —inquirió al fin Razmiótnov.

Con una sonrisa condescendiente, Nagúlnov repuso:

—¡Qué preguntas tienes, Andriuja! Dejas a uno pasmado con tu falta de comprensión… Yo soy comunista, ¿no es eso? En Inglaterra también se implantará el Poder Soviético, ¿verdad? Asientes con la cabeza, por lo tanto, ¿estás de acuerdo? ¿Y crees que hay muchos comunistas rusos que hablen el inglés? Claro que hay pocos. Y los burgueses de Inglaterra se han adueñado de la India, de casi la mitad del mundo, y oprimen a los negros y a toda clase de gentes de color. ¿Es eso justo acaso?, cabe preguntar. Advendrá allí el Poder Soviético, pero muchos comunistas ingleses no sabrán lo que es el enemigo de clase, sin veladuras, al desnudo, y, por falta de costumbre, ignorarán cómo hay que tratarlo. Entonces, yo pediré que me envíen allí para enseñárselo, y como sabré su lengua, iré inmediatamente al grano: «¿Hay*revolushion* por aquí? ¿*Comunistishion*? ¡Pues hala, muchachos, echadles la

zarpa a los capitalistas y a los generales! Nosotros en Rusia, el año diez y siete, por ingenuidad, dejamos en libertad a esos canallas, y ellos, luego, empezaron a cortarnos las venas. Echadles bien la zarpa, os digo, para no cometer errores, ¡para que todo marche *all right*!» —Makar, dilatadas las aletas de la nariz, guiñó el ojo a Razmiótnov—. Ahí tienes para lo que me servirá su lengua. ¿Has comprendido? Me pasaré las noches en vela, perderé la salud que me queda, pero… —y luego de rechinar los dientes, muy juntos y menudos, concluyó—: ¡aprenderé esa lengua! ¡Le hablaré en inglés, sin blanduras, a la contrarrevolución mundial! ¡Ya pueden echarse a temblar los reptiles! ¡Lo que va a decirles Makar Nagúlnov a esos…! ¡Yo mismo, no un blandengue cualquiera! No les daré cuartel: «¿Les has chupado la sangre a las clases obreras inglesas, a los indios, a todas las demás naciones oprimidas? ¿Has explotado el trabajo ajeno? ¿Verdad? ¡Pues hala, al paredón, canalla sanguinario!» ¡Y se habrá terminado la conversación! Esas son las palabras que voy a aprender primero. Así podré decirlas de un tirón.

Estuvieron media hora más hablando de distintas cosas; luego, Andréi se fue, y Nagúlnov volvió a enfrascarse en el manual. Moviendo lentamente los labios, sudando y frunciendo de la tensión las grandes y alzadas cejas, continuó dedicado al estudio hasta las dos y media de la madrugada.

Al día siguiente, se levantó temprano, bebió dos vasos de leche y dirigióse hacia las cuadras del koljós.

—Elígeme un caballito que sea fogoso —le pidió al que estaba de guardia.

Este le trajo un bayo, de grupa baja, fuerte y de poca alzada, famoso por su brío y vivacidad, e inquirió:

—¿Va usted lejos?

—A la cabeza del distrito. Dile a Davídov que volveré esta misma noche.

—¿Le traigo la silla?

—Sí, tráela.

Makar ensilló el caballo, le quitó el cabestro y le puso un lujoso bridón que había pertenecido a Titok; luego, con certero y habitual movimiento puso el pie en el estribo. El bruto arrancó al trote, caracoleando, pero, al pasar por la puerta cochera, de pronto, dio un tropezón, tocó la tierra con las rodillas y estuvo a punto de caer; al momento, enderezóse de un ágil brinco.

—¡Vuélvete, camarada Nagúlnov, eso es de mal agüero! —vociferó, echándose a un lado, el abuelo Schukar, que se había acercado al portón.

Sin responderle, Makar partió al trote por el caserío y desembocó en la calle mayor. Cerca del Soviet había una veintena de mujeres que, agitadas por algo, rumoreaban alborotadoras.

—¡Apartaos, urracas, que os voy a pisotear con el caballo! —les gritó bromeando Makar.

Las mujeres callaron y le abrieron paso, pero cuando las hubo dejado atrás, oyó que una voz, ronca de coraje, decía:

—¡Ten cuidado no vayan a pisotearte a ti, maldito! A lo mejor, se acaba pronto tu galopar…

La reunión del Buró de la célula del Comité Distrital empezó a las once. Figuraba en el orden del día un informe de Beglij, jefe de la Sección de Agricultura, sobre la marcha de la siembra en los primeros cinco días. Además de los miembros del Buró, asistían a la reunión Samojin, Presidente de la Comisión de Control, y el Fiscal del distrito…

—Tu cuestión se examinará entre los «asuntos varios». Quédate hasta el final —advirtió a Nagúlnov el encargado de la Sección de Organización, Jomutov.

El informe de Beglij, que duró media hora, fue escuchado en medio de un silencio penoso, intenso. En diversos lugares del distrito no se había procedido aún a la siembra, aunque el terreno estaba ya preparado; en algunos Soviets rurales, el fondo de semillas no se había reunido por completo; en el Soviet Voiskovói, los antiguos koljosianos habían arramblado con casi todo el trigo destinado a la siembra; en Oljovatski, la propia administración del koljós había repartido la semilla entre los desertores. El informante se detuvo con detalle en las causas de la insatisfactoria marcha de la siembra, y para terminar, dijo:

—Es indudable, camaradas, que nuestro retraso en la siembra, más que retraso, yo diría estancamiento absoluto, obedece a que, en una serie de Soviets rurales, los koljóses surgieron bajo la presión de los funcionarios del lugar, los cuales, a la caza de elevadas cifras de colectivización, obligaban a los campesinos a entrar en el koljós; en algún que otro caserío, como todos sabéis, incluso amenazándoles con el revólver… Tales koljóses, poco firmes, se están derrumbando en la actualidad, como un muro socavado por las aguas; en ellos precisamente reina el desorden: los koljosianos no quieren ir al campo, y cuando van, trabajan de la peor gana.

El Secretario del Comité Distrital del Partido golpeteó advertidor, con el lápiz, en el tapón de la garrafa:

—¡Ha terminado tu tiempo!

—¡Ahora mismo acabo, camaradas! Permitidme que me detenga en las conclusiones: como ya os he informado, según los datos de la Sección de Agricultura, en los primeros cinco días se han sembrado en el distrito solamente trescientas ochenta y tres hectáreas. Considero necesario movilizar inmediatamente a todos los activistas del distrito y lanzarlos sobre los koljóses. A mi parecer, hay que impedir, la desbandada por todos los medios y encomendar a la administración de los koljóses y a los secretarios de las células que lleven a cabo diariamente, entre los koljosianos, una labor aclaratoria, haciendo especial hincapié en informarles, con amplitud y detalle, de las ventajas que el Estado concede a los koljóses, ya que esto no se ha

explicado lo más mínimo en numerosos lugares. Muchísimos koljosianos no saben hasta la fecha cuáles son los créditos concedidos a los koljóses, y otras cosas por el estilo. Además, hago la siguiente proposición: que sean examinados con urgencia los expedientes instruidos contra quienes cometieron los excesos, contra los que tienen la culpa de que ahora no podamos proceder a la siembra y que, con arreglo a la disposición del CC del 15 de Marzo, deben ser destituidos. Propongo que se examinen con urgencia esos expedientes y que se exija con rigor, a todos los culpables, responsabilidades ante el Partido. He terminado.

—¿Quiere alguien hablar sobre el informe de Beglij? —preguntó el Secretario del Comité Distrital, abarcando con su mirada a los reunidos y rehuyendo, intencionadamente, la de Nagúlnov.

—¿Para qué hablar? La cosa está bien clara —dijo, suspirando, uno de los miembros del Buró, el jefe de las milicias, mozo fornido, macizo, de marcial apostura, siempre sudoroso, con multitud de cicatrices en la reluciente y afeitada cabeza.

—Entonces ¿tomamos como base de nuestra resolución las conclusiones de Beglij? —volvió a preguntar el Secretario.

—Desde luego.

—Ahora, pasemos al caso de Nagúlnov —el Secretario, por vez primera en toda la reunión, posó sus ojos en Makar, durante unos segundos, con la mirada vaga, ausente—. Vosotros sabéis que él, siendo Secretario de la célula de Gremiachi, ha cometido una serie de graves delitos contra el Partido. A pesar de las instrucciones del Comité Distrital, ha mantenido una línea «izquierdista» durante la colectivización y la recogida del fondo de semillas. Ha golpeado con la culata del revólver a un campesino medio individual y metido en un camaranchón a varios koljosianos. El camarada Samojin ha ido personalmente a Gremiachi, para investigar el asunto, y ha descubierto flagrantes infracciones, por parte de Nagúlnov, de la legalidad revolucionaria y perniciosas deformaciones de la línea del Partido. Tiene la palabra el camarada Samojin. Informa al Buró, camarada Samojin, de todo lo que has comprobado con respecto a la actividad criminal de Nagúlnov —el Secretario entornó los ojos, bajando los abotagados párpados, y seacodó pesadamente sobre la mesa.

Desde el momento de su llegada al Comité Distrital del Partido, Nagúlnov se había dado cuenta de que su asunto marchaba mal, y de que no podía esperar indulgencia alguna. El Secretario le había saludado con extraordinaria reserva y, eludiendo manifiestamente la conversación, se había vuelto en seguida hacia el Presidente del Comité Ejecutivo del distrito, a pretexto de hacerle una pregunta.

—¿Cómo va mi asunto, Korchzhinski? —le preguntó Makar, no sin cierta timidez.

—El Buró decidirá —le respondió aquél de mala gana.

También los demás camaradas rehuían la mirada interrogadora de Makar, se apartaban de él. Sin duda, su asunto había sido resuelto entre ellos de antemano; sólo Balabin, el jefe de las milicias, sonrió a Makar con simpatía, estrechándole fuertemente la mano:

—¡No te amilanes, Nagúlnov! ¿Has cometido una pifia? ¿Te has hecho un lío y has metido la pata? Bueno, ¿y qué? Nosotros, en cuestiones políticas, no andamos muy fuertes… ¡Otros de más mollera que tú se equivocan! —movía su redonda cabeza, recia, pulida como un gran guijarro del río, enjugándose el sudor del cuello, corto y rojo, y chasqueando compasivo los abultados labios…

Makar, reanimándose, contemplaba la cara colorada, sanguínea, de Balabin y le sonreía agradecido, consciente de que aquel mocetón le veía de parte a parte, como si fuera de cristal, le comprendía y le compadecía. «Me endosarán un severo apercibimiento, me destituirán del cargo de Secretario», pensaba Makar, observando con zozobra a Samojin. Aquel hombre pequeño y frentudo, que no toleraba los divorcios, le inquietaba más que ninguno. Y cuando Samojin sacó de la cartera una voluminosa carpeta, Nagúlnov sintió una dolorosa punzada de alarma. Su corazón empezó a palpitar desordenadamente, con forzados latidos, la sangre le afluyó a la cabeza, y le ardieron las sienes mientras una angustia de ebrio le subía a la garganta. Siempre que le iba a dar un ataque le pasaba igual. «¡Que no me dé, ahora, sobre todo ahora!…», se dijo, con un estremecimiento interno, en tanto prestaba oído a las palabras que pronunciaba ya Samojin, lentamente.

—Por mandato del Comité Distrital del Partido y de la Comisión de Control, he investigado este asunto. Mediante los interrogatorios hechos al propio Nagúlnov y a los koljosianos y campesinos individuales de Gremiachi Log, víctimas de sus acciones, así como por las declaraciones de los testigos, he podido establecer lo siguiente: el camarada Nagúlnov no ha justificado, sin duda alguna, la confianza del Partido y le ha causado con sus actos enorme daño. Por ejemplo, en el mes de Febrero, en los momentos de la colectivización, iba de casa en casa, amenazando a la gente con su revólver para que entrase en el koljós. Así consiguió «atraer», valga la expresión, a siete campesinos medios. Esto no lo niega ni el propio Nagúlnov…

—¡Son blancos empedernidos! —dijo Nagúlnov con ronca voz, poniéndose en pie.

—No te he concedido la palabra —le interrumpió severo el Secretario—. ¡Te llamo al orden!

—…Luego, cuando se estaba reuniendo el fondo de semillas, golpeó con la culata del revólver a un campesino medio individual, hasta hacerle perder el conocimiento. Y esto lo realizó a presencia de los koljosianos y de los alguaciles del Soviet. Le golpeó porque se había negado a traer inmediatamente su grano para la siembra al fondo de semillas…

—¡Qué vergüenza! —exclamó el Fiscal.

Nagúlnov se frotó la garganta y palideció, pero no dijo nada.

—Esa misma noche, camaradas, procediendo como un comisario cualquiera de policía rural, encerró a tres koljosianos en un frío camarranchón y los tuvo allí hasta la mañana, amenazándoles con el revólver por haberse negado a traer en el acto el grano para la siembra.

—A ésos no les amenacé…

—Yo digo lo que me dijeron, camarada Nagúlnov, ¡y pido que no se me interrumpa! A instancias de él mismo, fue expropiado como kulak y deportado el campesino medio Gáiev, al que no correspondía en absoluto, expropiar, ya que por su posición material no podía ser, en ningún caso, clasificado como kulak. Sin embargo, se le expropió por presiones de Nagúlnov, y todo ello porque el año 1928 había tenido un bracero. ¿Pero qué bracero era aquél? Era, camaradas, una muchacha, del mismo Gremiachi Log, a la que Gáiev había tomado como jornalera por un mes, durante la siega, y lo había hecho porque en el otoño del año anterior su hijo había sido llamado al Ejército Rojo, y él, cargado de familia, no podía arreglarse solo. La legislación soviética no prohibía esta forma de empleo del trabajo asalariado. Gáiev tenía esa jornalera a base de un contrato firmado con el Comité de Braceros y le pagó puntualmente todo su jornal. Este hecho yo lo he comprobado. Además, Nagúlnov lleva una vida sexual desordenada, y ello tampoco deja de tener importancia para caracterizar a un miembro del Partido. Nagúlnov se ha divorciado de su mujer, mejor dicho, no se ha divorciado siquiera, la ha echado a la calle, como a un perro, por la sola razón de que, según se murmuraba, admitía los galanteos de un mozo del lugar. En resumidas cuentas: se ha aprovechado de unos chismorreos para echarla de casa y quedarse con las manos libres. Yo no sé qué vida llevará él ahora, en punto a relaciones sexuales, pero todo hace suponer, camaradas, que se entrega al libertinaje. Si no fuera así, ¿qué necesidad tenía él de echar a su mujer de casa? La patrona de Nagúlnov me ha dicho que éste, todas las noches, vuelve muy tarde a casa y que ella no sabe por dónde anda, pero nosotros, camaradas, ¡sabemos por dónde puede andar él! No somos niños, y estamos muy al corriente de dónde puede encontrarse un hombre que ha echado de casa a su compañera y busca entretenimiento cambiando de mujeres… ¡Lo sabemos bien! Tal es, camaradas, la sucinta enumeración de las heroicas hazañas (al llegar a esta parte de su acusatorio discurso, Samojin sonrió venenoso) que ha logrado realizar, en tan breve lapso de tiempo, el malhadado Secretario de la célula de Gremiachi Log, Nagúlnov. ¿A qué ha conducido todo esto? ¿Y cuáles son las raíces de tales acciones? Hay que decir francamente que aquí no se trata de que los éxitos se han subido a la cabeza, como ha dicho genialmente nuestro Jefe el camarada Stalin, esto es una auténtica desviación «izquierdista», una verdadera ofensiva contra la línea general del Partido. Nagúlnov, por ejemplo, no sólo

se las ingenió para expropiar a los campesinos medios y meterlos en el koljós encañonándolos con el revólver, se las arregló igualmente para que se tomase la decisión de socializar las aves de corral, el ganado menor y las vacas lecheras. También él, según dicen algunos koljosianos, ¡ha intentado implantar en el koljós una disciplina que no se conocía ni en los tiempos de Nicolás el Sanguinario!

—En cuanto a las aves de corral y el ganado, no había instrucciones del Comité Distrital —dijo Nagúlnov en voz baja.

Estaba ya en pie, en toda su talla, apretando convulso la mano izquierda contra el pecho.

—¡Eso no es así, en absoluto! —replicó súbito el Secretario—. El Comité Distrital dio instrucciones. ¡No hay que echar las culpas a otros!… Además, existen los Estatutos del artel agrícola, ¡y tú no eres ningún niño de teta para no saber interpretarlos!

—…En el koljós de Gremiachi se ahoga todo intento de autocrítica —prosiguió Samojin—. Nagúlnov ha impuesto el terror y no deja decir a nadie ni una palabra. En vez de llevar a cabo una labor aclaratoria, grita a los labradores, da patadas en el suelo, amenaza con el arma. Por eso en el koljós de Gremiachi, que lleva el nombre del camarada Stalin, todo anda de cabeza. Allí, tiene lugar ahora una desbandada en masa, la siembra no ha hecho más que empezarse y es seguro que fracasará. La Comisión de Control del Distrito, llamada a depurar el Partido, limpiándolo de toda clase de elementos en descomposición, de oportunistas de toda calaña que nos estorban en nuestra gran edificación, hará, sin duda alguna, las deducciones correspondientes con respecto a Nagúlnov.

—¿Has terminado? —preguntó el Secretario.

—Sí.

—Se concede la palabra a Nagúlnov. Que nos diga cómo ha podido llegar a esto. Habla, Nagúlnov.

El fuego de la ira, terrible, abrasadora, que se apoderara de Nagúlnov cuando el discurso de Samojin tocaba ya a su fin, apagóse de pronto, sin dejar rastro, para dar paso a la incertidumbre y el temor. «¿Qué están haciendo conmigo? ¿Será posible? ¡Quieren hundirme!», pensó desconcertado, en un instante, mientras se acercaba a la mesa. Las airadas réplicas que preparaba durante la intervención de Samojin se habían esfumado por completo. Su cabeza estaba vacía, sin que quedara en su mente ni una sola palabra adecuada. A Makar le ocurría algo insólito…

—Yo, camaradas, desde los tiempos de la revolución, estoy en el Partido… He estado en el Ejército Rojo…

—Todo eso lo sabemos. ¡Al grano, al grano! —le interrumpió impaciente el Secretario.

—Me he batido en todos los frentes contra los blancos… Y en el Primer Ejército

de Caballería… Fui condecorado con la Orden…

—¡Habla de tu asunto!

—¿Y qué estoy haciendo?

—¡No te vayas por las ramas, Nagúlnov! ¡No hay por qué recordarnos ahora tus méritos! —le atajó el Presidente del Comité Ejecutivo del distrito.

—¡Dejad hablar al camarada! ¿A qué le atáis la lengua? —gritó indignado Balabin, y la lustrosa coronilla de su redonda cabeza de guijarro tomó al momento un tinte rojo amoratado, apopléjico.

—¡Que se ciña a la cuestión!

Nagúlnov seguía en pie, sin apartar del pecho la mano izquierda, mientras la derecha ascendía lenta hacia la garganta, paralizada por una sequedad punzante. Lívido, prosiguió con esfuerzo:

—Dejadme hablar. Yo no soy un enemigo, ¿por qué me tratáis así? Fui herido combatiendo en el Ejército… Cerca de Kastórnaia, recibí una contusión… Un proyectil de artillería pesada, lanzado desde la plazuela… —y calló; sus labios ennegrecidos sorbían con ansia el aire.

Balabin, precipitadamente, echó agua de la garrafa en un vaso y se lo tendió a Makar, sin mirarle.

Korchzhinski lanzó una ojeada a Nagúlnov, y apartó la mirada con rapidez: la mano de Makar, que apretaba el vaso, temblaba incontenible.

En medio del silencio, oíase con nitidez el repetido tintineo del cristal al chocar con los dientes de Nagúlnov.

—¡Vamos, cálmate y habla! —apremió con enojo Balabin…

Korchzhinski torció el gesto. La compasión, llamaba importuna a su corazón, pidiendo clemencia, pero él supo sobreponerse. Estaba firmemente convencido de que Nagúlnov era un mal para el Partido y de que no sólo había que destituirle del cargo, sino expulsarle del Partido también, y los demás, excepto Balabin, compartían su opinión.

Makar se bebió de un trago el agua del vaso y, tomando aliento, continuó:

—Reconozco lo que ha dicho Samojin. Sí, he hecho todo eso. Pero no porque quisiera atacar al Partido. Eso no, ¡Samojin miente! Y miente también, como un perro, en lo de mi libertinaje. ¡Son puras invenciones! Yo me aparto de las mujeres, tengo otras cosas que hacer…

—¿Por eso has echado a la tuya de casa? —preguntó maligno Jomutov, el encargado de la sección de organización.

—Sí, por eso precisamente —respondió en serio Makar—. Pero lo he hecho… He querido hacerlopara bien de la revolución. Puede que me haya equivocado… No lo sé. Vosotros sois más instruidos que yo. Habéis estudiado en los cursos, y lo sabréis mejor. Yo no trato de disminuir mi culpa. Juzgad como queráis. Sólo pido que

comprendáis una cosa… —volvió a faltarle el aire y quedó cortado unos instantes; luego, siguió—: Comprended, hermanos, que todo eso no lo he hecho con mala intención contra el Partido. A Bánnik le golpeé porque se burló del Partido y porque quería echar a los cerdos el trigo de siembra…

—¡Dale, dale a la lengua! —intercaló sarcástico Samojin.

—Estoy diciendo lo que pasó. Y hasta hoy lamento no haber matado al Bánnik ese. No tengo nada más que decir.

Korchzhinski enderezó el cuerpo; el sillón gimió bajo su peso. Tenía ganas de despachar cuanto antes aquel penoso asunto, y dijo apresuradamente:

—Bueno, camaradas, todo está claro. El propio Nagúlnov confiesa. Aunque, en las menudencias, procura escabullirse, justificarse, sus disculpas son poco convincentes. Todo el que se ve acorralado procura siempre echar una parte de su culpa o de su responsabilidad a los demás… Yo considero que Nagúlnov, como elemento que ha infringido premeditadamente la línea del Partido en el movimiento koljosiano, como comunista que se ha convertido en un degenerado en su vida privada, ¡debe ser expulsado de las filas del Partido! No vamos a tener en cuenta los méritos anteriores de Nagúlnov, ésa es una etapa pasada. Debemos castigarle, para escarmiento de los demás. Con todos los que intenten desacreditar al Partido y desviarlo hacia la izquierda o hacia la derecha seremos implacables. No podemos andar con blanduras con gente como Nagúlnov y los de su calaña. Bastantes contemplaciones hemos tenido ya con él. El año pasado, durante la organización de las SLC se desviaba ya hacia la izquierda; yo se lo advertí entonces. No me hizo caso, ¡que no culpe a nadie más que a él! ¿Qué, vamos a votar? ¿Quién está a favor de la expulsión de Nagúlnov del Partido? Votan solamente, por supuesto, los miembros del Buró. Contemos… ¿Cuatro, verdad? ¿Tú estás en contra, camarada Balabin?

Balabin descargó una fuerte palmada sobre la mesa. Unas redecillas de venas azules se hincharon en sus sienes.

—No sólo estoy en contra, ¡sino que protesto categóricamente! Es una decisión injusta de cabo a rabo.

—Puedes reservarte tu opinión —dijo con frialdad Korchzhinski.

—De ninguna manera. ¡Déjame hablar!

—Es tarde para hablar, Balabin. La expulsión de Nagúlnov ha sido ya acordada por mayoría de votos.

—¡Eso es proceder con un hombre de un modo burocrático! Yo me opongo, ¡no permitiré que esto quede así! ¡Escribiré al Comité Comarcal! Expulsara un viejo militante del Partido, a un condecorado con la Orden de la Bandera Roja… ¿Habéis perdido la chaveta, camaradas? ¡Como si no hubiera otras sanciones!

—No hay por qué discutir. ¡Ya hemos votado!

—Por una votación así, ¡habría que romperos los morros!… —la voz de Balabin

se alzó en agudo falsete y su tenso cuello hinchóse hasta tal punto, que parecía que bastaría tocarlo levemente, con un dedo, para que la sangre liberada brotase silbante.

—Bueno, eso de los morros, ya será menos… —insinuó avieso Jomutov, el encargado de la sección de organización—. A ti también podemos llamarte al orden. Esto no es la Jefatura de las Milicias, sino el Comité Distrital del Partido.

—¡Ya lo sé, sin que tú me lo digas! ¿Y por qué no me dejáis hablar?

—¡Porque yo lo considero innecesario! —gritó Korchzhinski acalorado, tan cárdeno como Balabin, aferrándose a los brazos del sillón. Yo soy aquí el Secretario del Comité Distrital. Te privo del uso de la palabra, y si tienes ganas de hablar, salte afuera, ¡a la calle!

—Balabin, ¡no te sulfures! ¿Por qué te pones así? Si quieres, escribe al Comité Comarcal diciendo cuál es tu opinión. Nadie te lo impide. Pero, ¿a qué hacer uso del derecho al pataleo, cuando está decidida la cuestión? —trataba de convencer al jefe de las milicias el Presidente del Comité Ejecutivo del distrito.

Agarró a Balabin de la manga de la guerrera y se lo llevó a un rincón, diciéndole algo, en voz baja.

Entre tanto, Korchzhinski, enfurecido por el altercado con Balabin, alzaba hacia Makar los ojillos, que rebrillaban de enojo entre los abotagados párpados, y le decía, sin disimular ya su hostilidad:

—¡Se acabó, Nagúlnov! Por acuerdo del Buró, has sido expulsado de nuestras filas. El Partido no necesita tipos como tú. ¡Deja aquí el carnet! —y dio una palmada en la mesa con su mano cubierta de vello rojizo.

Nagúlnov se puso pálido como un muerto. Un fuerte temblor le estremecía, y su voz era apenas perceptible cuando dijo:

—El carnet del Partido yo no lo doy.

—Te obligaremos a hacerlo.

—¡Ve al Comité Comarcal, Nagúlnov! —le gritó Balabin, desde el rincón. Y cortando su conversación con el Presidente del Comité Ejecutivo, salió, dando un tremendo portazo.

—¡El carnet del Partido yo no te lo doy!… —repitió Makar. Su voz era ya más firme, la palidez azulenca iba desapareciendo de su frente y de sus protuberantes mejillas—. Todavía seré útil al Partido… ¡Yo sin el Partido no puedo vivir! ¡Pero a ti no me someto!… Mira, el carnet lo tengo aquí, en el bolsillo de la guerrera… ¡Anda, prueba a cogerlo! ¡Te retorceré el pescuezo!…

—¡Vaya, empieza la tragedia! —exclamó el Fiscal, encogiéndose de hombros—. Déjate de histerismos…

Makar, sin hacer caso de sus palabras, miraba con fijeza a Korchzhinski y decía lentamente, como reflexionando:

—¿A dónde voy yo sin el Partido? ¿Y para qué? ¡No, el carnet del Partido yo no

lo doy! Toda mi vida… toda entera la he puesto… —y de pronto, mísero, desvalido como un viejo caduco, empezó a moverse torpemente, a palpar la mesa con las manos, mientras farfullaba confuso, trabucándose—: Mejor será que me mandes… ordénaselo a los muchachos… Hay que mandarme fusilar… No me queda nada… Ya no necesito la vida, expulsadme también de ella… Por consiguiente, Serkó mentía… Antes era preciso… Ahora, el caballo es viejo, ¡y al muladar! …

El rostro de Makar estaba inmóvil, como una máscara de escayola; solamente sus labios temblaban. Pero al decir las últimas palabras, de sus ojos estáticos brotaron, por primera vez desde que era hombre, abundantes lágrimas. Corrían bañando pródigas las mejillas, deteniéndose en la dura pelambre de la barba, sin afeitar hacía tiempo, e iban a caer sobre el pecho, cuajando de lunares negros la guerrera.

—Bueno, ¡basta ya! ¡Pues eso no te va a ayudar, camarada! —exclamó el Secretario, con una mueca de malestar.

—¡Tú no eres camarada mío! —vociferó Nagúlnov—. ¡Tú eres un lobo carnicero! ¡Y todos vosotros sois unos reptiles venenosos! ¡Os habéis encumbrado! ¡Habéis aprendido a discursear bien! ¿Y tú, Jomutov, por qué enseñas los dientes como una p…? ¿Te ríes de mis lágrimas? ¿Tú? Tú que el año veintiuno, cuando Fomín y su banda merodeaban por el contorno, viniste al Comité Comarcal… ¿No te acuerdas, rastrero?… Viniste y devolviste el carnet del Partido, diciendo que querías dedicarte a la agricultura… ¡Le tenías miedo a Fomín! Por eso tiraste el carnet… Y luego, te volviste a deslizar en el Partido, ¡como una cochinilla resbaladiza entre las piedras!… Y ahora, ¿votas contra mí? ¿Y te burlas de este dolor que me mata?

—Basta ya, Nagúlnov, haz el favor de no dar más voces. Tenemos que resolver aún otras cuestiones —dijo conciliador, sin alterarse, con la misma sonrisita bajo el bigote negro, el guapo y moreno Jomutov.

—Con vosotros basta, sí. ¡Pero yo lograré que se me haga justicia! ¡Iré al Comité Central!

—¡Ve, ve! ¡Allí lo arreglan todo en un momento! Hace tiempo que te están esperando… —repuso Jomutov sin abandonar su sonrisa.

Makar echó a andar despacio hacia la puerta. Al darse un golpe en la sien, contra una jamba, lanzó un gemido. El último arrebato de cólera le había extenuado por completo. Sin pensamientos, sin sentimientos, llegó al portón de la calle, desató de la cerca al caballo y llevándolo de la brida, emprendió el camino. A la salida de la *stanitsa*, quiso montar, pero no pudo: cuatro veces alzó el pie hacia el estribo, y otras tantas, tambaleándose como un borracho, se desprendió del arzón.

Sentado en el terraplencillo de la última *jata*, había un viejo, animoso, de aspecto juvenil aún. Bajo la desconchada visera de la gorra de cosaco, sus ojos estuvieron observando atentamente cómo Makar intentaba montar a caballo; luego, sonrió alentador.

—¡Buena la has agarrado, aguilucho! Aún no es el mediodía, y ya no puedes ni levantar los pies. ¿Con qué motivo has empinado el codo tan temprano? ¿Es fiesta hoy?

—¡Claro que es fiesta, abuelo Fedot! —le respondió un vecino que estaba mirando a través del seto—. Hoy es Santa Jarana bendita, día de visitar los tabernáculos desde la mañanita.

—Ya lo veo, ya… —sonrió el viejo—. Por consiguiente, ¿la vodka es más fuerte que los mozos de temple? Mira, ¡no le deja subir a la silla! ¡Animo, cosaquillo!

Makar rechinó los dientes y, tocando apenas el estribo con la punta de la bota, saltó a la silla, como un pájaro.

Capítulo XXXIII

Aquel día, por la mañana temprano, veintitrés carros koljosianos del caserío de Yarskói llegaron a Gremiachi Log. Bánnik, que, con un rozal al hombro, iba a la estepa a buscar a su yegua, los encontró cerca del molino. Cuando le alcanzó el primer carro, Bánnik saludó:

—¡Buenos días, ciudadanos cosacos!

—Buenos nos los dé Dios —le contestó un cosacazo de barba negra que guiaba unos caballos colines.

—¿De dónde vienen estos carros?

—De Yarskói.

—¿Y cómo es que vuestros caballos no tienen cola? ¿Por qué les habéis hecho ese estropicio?

—¡SÓ-o-o!¡Quieto, diablo! Le han dejado sin cola, y todavía sigue traveseando… ¿Dices que por qué no tienen cola? Se las hemos cortado para entregárselas al Estado. Las mujeres de la ciudad se espantarán las moscas con ellas… ¿No tienes por ahí un poco de tabaco, buen hombre? Convídame, pues nosotros andamos pobres de eso —y el cosaco saltó de la carreta.

Los carros que venían detrás se detuvieron. Bánnik lamentaba ya haber trabado conversación. Sacó la bolsita de mala gana, al ver que otros cinco hombres acudían desde los carros, cortando sobre la marcha tiras de papel de periódico para liar también un cigarro.

—Me vais a dejar sin mota… —barbotó el tacaño Bánnik.

—Ahora son tiempos de koljós, ¿no lo sabes? Todo debe ser de todos —le advirtió severo el barbudo. Y como si la bolsa fuera suya, sacó un buen pellizco de tabaco campesino.

Se pusieron a fumar. Bánnik se guardó presuroso la bolsita en las profundidades del bolsillo de los bombachos, mientras sonreía, mirando con compasión y repugnancia a los caballos con las colas cortadas casi hasta la misma penca. Las moscas primaverales, ávidas de sangre, se posaban sobre los sudorososflancos y en las desolladuras hechas por las colleras. Los caballos, por costumbre, trataban de sacudirse las moscas, pero las pobres pencas, feas, despojadas de pelo, no surtían efecto alguno.

—¿A dónde señala ése con el resto de la cola? —preguntó Bánnik, sarcástico.

—Allí mismo, al koljós. ¿Y a los vuestros, no se las han cortado?

—Sí, pero unos ocho dedos nada más.

—Esto ha sido cosa de nuestro Presidente del Soviet. A él le han dado un premio, pero cuando vengan los tábanos, ¡los caballos estarán perdidos! Bueno, en marcha. Gracias por el tabaquillo. Hemos echado un cigarro, y se ha aliviado el corazón. Pues

todo el camino hemos venido penando, con unas ganas tremendas de fumar.

—¿A dónde vais?

—A Gremiachi.

—A nuestro caserío entonces. ¿Y a qué?

—Vamos por trigo para la siembra.

—¿Por trigo?… ¿Y cómo es eso?

—Han ordenado de la cabeza del distrito que recojamos cuatrocientos treinta puds de vuestro fondo de semillas. ¡Arre!…

—¡Me lo figuraba! —exclamó Bánnik. Y agitando el ronzal, echó a correr hacia el caserío.

No habían llegado aún los carros a la administración del koljós, cuando medio caserío sabía ya que los de Yarskói habían venido por el trigo destinado a la siembra. Bánnik, sin compadecerse de sus piernas, había trotado de casa en casa, comunicando la noticia.

Primero, se reunieron las mujeres en los callejones y empezaron a alborotar, rumorosas como bandadas de perdices asustadas.

—¡Se nos llevan el trigo, queridas!

—¿Con qué vamos a sembrar?

—¡Ay, que desgracia tan grande!

—Ya nos decía la buena gente que no había que llevarlo al granero común…

—¡Si nos hubieran hecho caso nuestros cosacos!…

—¡Hay que ir a decirles que no entreguen el trigo!

—¡Nosotras mismas no lo permitiremos! ¡Hala, mujercitas, a los graneros! ¡Nos armaremos de estacas y no dejaremos a ésos ni acercarse a los candados!

Luego, aparecieron los cosacos, y entre ellos empezaron también agitadas conversaciones. De callejón en callejón, de calle en calle, fue juntándose una multitud, bastante considerable que se dirigió hacia los graneros.

Entre tanto, Davídov leía la nota del Presidente de la Unión Agrícola del distrito que habían traído los de Yarskói…

«Camarada Davídov —decía Lupétov—: Tú tienes en el almacén 73 quintales métricos de trigo, de los acopios que no habéis entregado aún al Estado. Haz el favor de dar ese trigo (los 73 Qm.) al koljós de Yarskói. Ellos no tienen bastante para la siembra. Ya he arreglado el asunto con la Delegación de la Dirección Central del Trigo, que está de acuerdo».

Davídov, después de leer la nota, ordenó que se entregase el grano. Desde el patio de la administración del koljós, los de Yarskói se dirigieron hacia los graneros. Pero cerca de éstos, la multitud obstruía la calle. Unas doscientas personas, entre mujeres y cosacos, rodearon los carros.

—¿A dónde vais?

—¿A arramblar con nuestro trigo? ¡Malos diablos os traen!

—¡Volveros por donde habéis venido!

—¡No os lo entregaremos!

Diomka Ushakov fue corriendo en busca de Davídov. Este acudió presuroso a los graneros.

—¿Qué ocurre, ciudadanos? ¿Qué significa esta aglomeración?

—¿Por qué les das nuestro trigo a los de Yarskói? ¿Lo trajimos aquí para ellos?

—¿Quién te ha dado ese derecho?

—¿Y con qué vamos a sembrar nosotros?

Davídov se subió a la rampa del granero más próxima y explicó tranquilo que, por orden de la Unión Agrícola del distrito, entregaba el grano no del fondo de semillas, sino del remanente que quedaba de los acopios para el Estado.

—No paséis cuidado, ciudadanos, que nadie tocará nuestro trigo. Y en vez de estar ganduleando y comiendo pepitas de girasol, lo que tenéis que hacer es ir al campo. Tened presente que los jefes de brigada llevan cuenta de los que no van al trabajo. Y el que falte, será multado.

Parte de los cosacos abandonaron la calle. Muchos, tranquilizados por las palabras de Davídov, se dirigieron al campo. El encargado del almacén empezó a dar trigo a los de Yarskói. Davídov se fue a la administración. Pero al cabo de media hora, en el estado de ánimo de las mujeres —que, a pesar de todo, seguían montando guardia al lado de los graneros— se produjo un brusco cambio. Yákov Lukich había contribuido a ello, diciendo al oído a algunos cosacos:

—¡Davídov miente! ¡Se llevan la semilla! El koljós sembrará, pero lo que entregaron los campesinos individuales, eso se lo darán al koljós de Yarskói.

Las mujeres se agitaron. Bánnik, Demid el Callado, el abuelo Donetskov y otros treinta cosacos, después de cambiar impresiones, se acercaron a las básculas.

—¡No daremos el trigo! —declaró Donetskov en nombre de todos.

—¡A ti no te ha pedido nadie permiso! —le respondió tajante Ushakov.

Ambos empezaron a lanzarse palabras gruesas. Los de Yarskói salieron en defensa de Diomka. El mismo cosacazo de barba negra al que Bánnik convidara a tabaco alzóse en la carreta, en toda su talla, y, durante cosa de cinco minutos, estuvo soltando furiosos ajos; luego, se puso a vociferar:

—¡Cómo! ¿No obedecéis las órdenes del Poder? ¿Por qué nos tratáis de tan mala manera? Hemos recorrido cuarenta verstas, dejándolo todo abandonado, en la época de más faena, para venir aquí, ¿y vosotros queréis retener el trigo del Estado? ¡La GPU os está llamando a gritos! ¡A todos, hijos de mala madre habría que mandaros a Solovkí! Sois como el perro del hortelano: ¡ni coméis ni dejáis comer! ¿Por qué no vais a trabajar al campo? ¿Es que hoy es día de fiesta para vosotros?

—¿Y a ti que te pasa? ¿Te molestan las barbas?… ¡Pues te las vamos a peinar en

un dos por tres! —aulló uno de los Besjliébnov, Akim el Pequeño, en tanto avanzaba a empellones hacia la carreta, arremangándose. El barbudo cosacazo se tiró de la carreta y no se arremangó la descolorida camisa marrón, pero acogió a Akim el Pequeño con tan certero y tremendo puñetazo en la mandíbula, que le hizo saltar a varios metros de distancia, empujando a la gente y agitando los brazos lo mismo que un molino sus aspas.

Armóse una pelea descomunal, como no la había visto Gremiachi Log desde hacía muchísimo tiempo. Los de Yarskói recibieron lo suyo. Fundidos, ensangrentados, tiraron los sacos de trigo, montaron en los carros y, atizando latigazos a los caballos, abriéronse paso entre la multitud de chillonas mujeres.

A partir de aquel momento, todo Gremiachi Log, de punta a punta, encrespóse alborotado. Querían quitarle a Diomka Ushakov las llaves de los graneros donde se guardaban las semillas, pero el perspicaz Diomka habíase escabullido a tiempo, durante la refriega, y había corrido a la administración…

—¿Dónde escondemos las llaves, camarada Davídov? Los nuestros les están zurrando a los de Yarskói. ¡Y lo más probable es que vengan en seguida a sacudirnos a nosotros!

—Dámelas —dijo Davídov tranquilo.

Tomó las llaves, se las metió en el bolsillo y se fue a los graneros. Entre tanto, las mujeres habían sacado del Soviet a Andréi Razmiótnov y le exigían a grito pelado:

—¡Abre un mitin ahora mismo!

—¡Mujercitas! ¡Queridas mías! ¡Madrecitas de mi alma! Ahora no es tiempo de mítines. Lo que hay que hacer es sembrar, y no mitinear. ¿Para qué necesitáis un mitin? Para tener derecho a ello, hay que hacer lo que los soldados… Pasarse tres años en las trincheras, padecer en la guerra, criar muchos piojos… Y luego, ya se puede hablar de mítines —trataba Razmiótnov de hacerlas entrar en razón.

Pero ellas no le hacían caso. Aferradas a los bombachos, a las mangas y a los bordes de la guerrera, llevaron al ensombrecido Andréi, a rastras, hasta la escuela, vociferando como desesperadas:

—¡No queremos estar en las trincheras!

—¡No queremos ir a la guerra!

—¡Abre el mitin o lo abrimos nosotras mismas!

—¡Mientes, hijo de perra, al decir que no se puede! ¡Tú eres el Presidente! ¡Tú puedes hacerlo!

Andréi, rechazaba a empujones a las mujeres, tapábase los oídos y les decía, procurando gritar más fuerte que ellas:

—¡Callaros, malditas! ¡Apartaos un poco! ¿Con qué motivo pedís un mitin?

—¡Con motivo del trigo! ¡Queremos hablar del trigo con vosotros!

… Y al fin y a la postre, Razmiótnov hubo de anunciar:

—Se abre la sesión.

—¡Pido la palabra! —exigió la viuda alegre Ekaterina Guliáschaia.

—Desembucha, ¡y que te parta un rayo!

—¡No hables mal, Presidente! Mira que yo también puedo echarte maldiciones… ¿Con permiso de quién os habéis permitido disponer así de nuestro trigo? ¿Quién ha dado la orden de entregárselo a los de Yarskói y para atender a qué necesidades? —y Guliáschaia, en jarras, el busto hacia adelante, esperó la respuesta.

Andréi procuró zafarse de ella, como de una mosca importuna.

—El camarada Davídov ya os lo ha explicado con toda su autoridad. Y si yo he abierto la sesión, no ha sido para oír semejantes tonterías, sino para… —Andréi suspiró— para deciros, estimados ciudadanos, que tenemos que acometer, con todas nuestras fuerzas, a las ratas del campo…

La maniobra de Andréi no tuvo éxito.

—¿Qué ratas ni qué narices?

—¡Nosotros no estamos ahora para ratas!

—¡Dadnos el trigo!…

—¡Pico de oro! ¡Así te pinche un erizo donde más te duela! ¡Nos sale ahora con las ratas!… ¿Y del trigo qué, quién va a hablar del trigo?

—¡De él no hay más que hablar!

—¿Ah, sí? ¡Conque esas tenemos! ¡Devuélvenos nuestro trigo!

Las mujeres, con Guliáschaia a la cabeza, avanzaron hacia el tablado. Andréi estaba en pie, junto a la concha del apuntador. Y aunque observaba a las mujeres con una sonrisilla burlona, en su fuero interno sentía cierta inquietud, pues era demasiado severo el aspecto de los cosacos, que se apiñaban al fondo, tras el campo de margaritas de los blancos pañuelos de las mujeres, numerosos, compactos.

—¡Tú vas con buenas botas altas todo el año, mientras que nosotras no tenemos ni para unos malos zapatos!

—¡Está hecho todo un comisario!

—¿Y hace mucho que ibas con los calzones del difunto de Marina?

—¡Tiene ya una cara como un pan!

—¡Mujeres, vamos a descalzarlo!

Restallaban los gritos como desordenadas descargas de fusilería. Varias decenas de mujeres se agolpaban ya junto al mismo tablado. Andréi hacía esfuerzos para imponer silencio más en vano, porque no se oía en el tumulto.

—¡Quitarle las botas! ¡Vamos, mujeres, todas a una!

En un instante, tendiéronse hacia el tablado multitud de manos. Agarraron a Andréi por la pierna izquierda. El, pálido de coraje, se aferró a la concha del apuntador, pero ya le habían quitado la bota, que había salido lanzada hacia el fondo de la sala. Numerosas manos la atrapaban en el aire y la tiraban aún más lejos, atrás,

mientras resonaban risotadas discordes, malas. Allá, en las últimas filas, se alzaron aprobatorias voces masculinas.

—¡Bien, quitárselas!

—¡Que vaya descalzo!…

—¡Tirad de la otra!…

—¡Hala, mujeres! ¡Duro con ese cerdo castrado!…

Le arrancaron la otra bota a Andréi. El se sacudió los peales, rugiendo:

—¿Y los peales, no los necesitáis? ¡Tomadlos! ¡Puede que a alguien le hagan falta para secarse algo!

Varios muchachos se acercaron rápidamente al tablado. Uno de ellos, el campesino individual Efim Trubachiov —un mozallón de abultados labios y tan corpulento como su padre el *atamanets*— apartando a las mujeres, subió al tablado.

—Nosotros no necesitamos tus peales —dijo sonriendo y respirando fatigoso—. Pero los pantalones te los vamos a quitar, Presidente…

¡Los pantalones sí nos hacen muchísima falta! Porque los campesinos pobres andan sin calzones… No hubo para todos con los de los kulaks —explicó con desenvoltura otro mozo, más joven y de menor talla que el anterior, pero más avispado y al parecer con más aires de cabecilla.

Aquel mozo, apodado el Humillo, tenía el pelo asombrosamente ensortijado. Sus cabellos, semejantes al caracul y de un color rubio ceniciento, estaban tan revueltos como si nunca hubiera pasado el peine por ellos: los rizos asomaban rebeldes, desordenados, bajo el cerquillo de su vieja gorra de cosaco. Al padre del Humillo lo habían matado en la guerra con Alemania; la madre había muerto del tifus. Y el pequeño Humillo había crecido bajo la tutela de su tía. Desde niño empezó a robar pepinos y rábanos en los cercados ajenos, cerezas y manzanas en los huertos; las sandías y los melones se los llevaba por sacos enteros. Cuando se hizo hombre, se dedicó a deshonrar mocitas del caserío, y habíase ganado en este terreno tan mala fama, que no había mujer en Gremiachi Log, madre de una muchacha casadera, que pudiese ver pasar con indiferencia al Humillo, de pequeña estatura, pero bien formado y esbelto como un gavilán. Las madres le echaban una mirada de reojo, y cada una de ellas mascullaba indefectiblemente, luego de escupir con desprecio:

—¡Ya viene ese diablo de los ojos blanquecinos! Siempre anda rondando por el caserío, como un perro salido… —y le decía a la hija—: ¿Por qué le miras de esa manera? ¿Qué haces ahí en la ventana? Como me traigas un crío en el regazo, vas a ver… ¡Lo estrangulo con mis propias manos! ¡Anda, mala pécora, ve por *kisiak* para encender el horno y sal al encuentro de la vaca!

…El Humillo, con sus zapatos rotos, silbando bajito entre dientes, avanza despacio, con blandas pisadas de felino, a lo largo de los setos y las empalizadas. Entornando las combadas pestañas, sus ojos centelleantes escudriñan patios y

ventanas, y en cuanto se vislumbra en cualquier parte el pañuelo de alguna muchacha, el Humillo se transfigura, su aparente pereza y desgarbo desaparecen al instante: con rapidez de gavilán y movimiento breve, preciso, vuelve la cabeza y endereza el cuerpo. Mas no es rapacidad lo que refleja ahora su clara mirada, sino cariño, infinita ternura; hasta sus blanquecinos ojos parecen cambiar de color y se tornan profundamente azules como un cielo de Julio. «¡Fektiushka, encanto mío! En cuanto obscurezca, vendré al trascorral. ¿Dónde vas a dormir esta noche, vidita?» —«¡Oh, déjese usted de tonterías!», contesta la muchacha con aire severo, inaccesible, echando a correr.

Con una sonrisa comprensiva en los labios, el Humillo la sigue, con la mirada hasta que desaparece; luego se va. Y a la puesta del sol, cerca del granero colectivo, toca el acordeón de su deportado amigo Timoféi el Desgarrado. Mas apenas las sombras crepusculares envuelven los huertos y los árboles de la ribera del río, apenas se extinguen las voces de los hombres y los mugidos de las bestias, el Humillo, sin prisas, por una callejuela, se dirige hacia el corral de la casa de Fektiushka, mientras arriba, sobre el melancólico susurro de las copas de los álamos, que rumorean entre sí, sobre el callado caserío, la luna, tan carirredonda y solitaria como el Humillo, sigue también su lento caminar.

Pero no eran las mozas el único consuelo en la vida del Humillo, le gustaba igualmente la vodka, y más aún, el pelear. Donde había una pelea, allí estaba él. Al principio, las manos a la espalda, fuertemente enlazadas, gacha la cabeza, observaba; luego, le empezaban a temblar las rodillas con frecuentes y leves sacudidas; el temblor aquel se hacía irresistible, y el Humillo, incapaz de dominar la pasión que se apoderaba de él, entraba en la liza. A los veinte años, le habían saltado ya media docena de dientes y muelas. En más de una ocasión, le habían golpeado hasta hacerle echar sangre por la boca. Le golpeaban por haber engañado a las mozas, por haberse metido sin que nadie le llamara en esas cuestiones ajenas que suelen ventilarse a puñetazo limpio. El Humillo tosía, escupía sangre, se estaba un mes acostado en lo alto del horno, en casa de su tía, que se pasaba la vida llorando, y luego volvía a aparecer en los esparcimientos, más insaciables los relucientes ojos gris azulados, más ágiles los dedos, que se deslizaban diestros por las dos filas de teclas del acordeón; únicamente su voz, después de cada enfermedad, se tornaba más profunda y ronca, como el resuello del desgastado fuelle del viejecillo acordeón.

Mas desalojar la vida del cuerpo del Humillo no era empresa fácil, pues el mozo se aferraba a la existencia como los gatos. Le habían expulsado del Komsomol y juzgado por actos de golfería y por incendio intencionado. Andréi Razmiótnov lo había detenido más de una vez, por sus escándalos, y encerrado toda la noche en el camaranchón del Soviet. El Humillo le guardaba un rencor grande, reconcentrado desde hacía tiempo, y ahora, considerando el momento propicio, había subido al

tablado para ajustar antiguas cuentas…

Se acercaba cada vez más a Andréi y, como le temblaban las rodillas, parecía que avanzaba bailando.

—Tus pantalones los necesitamos… —hizo una pausa, para aspirar aire con ansia, y añadió—: ¡Venga, quítatelos!…

Un torrente de mujeres inundaba el tablado, una multitud, de numerosos brazos, rodeaba a Andréi echándole el cálido aliento en la cara y en la nuca, aprisionándole en un cerco imposible de romper.

—¡Yo soy el Presidente! —gritó Razmiótnov—. ¡Burlarse de mí es burlarse del Poder Soviético! ¡Atrás! ¡No os permitiré que os llevéis el trigo! ¡Se levanta la sesión!…

—¡Nosotros mismos lo tomaremos!

—¡Ja, ja, ja! ¡Ha levantado la sesión!

—¡Nosotros la abriremos!

—Vamos a buscar a Davídov, ¡le zurraremos también la badana!

—¡Hala, en marcha hacia la administración!

—¡Hay que encerrar a Razmiótnov!

—¡Zumbarle, muchachos!…

—¡Partirle la boca!

—¡Está contra Stalin!

—¡A la cárcel!

Una de las mujeres quitó de la mesa presidencial el tapete de satén rojo y, acercándose por detrás a Razmiótnov, se lo echó encima, cubriéndole la cabeza. Y mientras éste trataba de desembarazarse del tapete, que olía a tinta y a polvo, el Humillo, sin tomar impulso, le atizó un puñetazo en la boca del estómago.

Luego de liberar la cabeza, Andréi, ahogándose, loco de coraje y de dolor, sacó el revólver del bolsillo. Las mujeres se dispersaron dando chillidos, pero el Humillo, Efim Trubachiov y otros dos cosacos que habían subido al tablado le sujetaron los brazos y lo desarmaron.

—¡Quería disparar contra la gente, el hijo de perra! —vociferó triunfante Trubachiov, blandiendo sobre su cabeza el revólver, que por cierto estaba descargado: en su tambor no había ni una sola bala…

Davídov, involuntariamente, aminoró el paso al oír el rugido amenazador y unánime que venía de los graneros. «¡Ay-y-y-y-y!», se alzaba estridente el grito de las mujeres sobre el bronco clamor de los hombres. Se destacaba discordante de aquel coro de múltiples voces, como se destaca en otoño en el bosque, cubierto de las primeras escarchas, el entrecortado ladrido, rabioso, plañidero e incitante, de la perra de caza que sigue con la jauría el rastro reciente de un zorro.

«Hay que llamar a la segunda brigada, pues éstos son capaces de arramblar con el

trigo», pensó Davídov. Y decidió volver a la administración para esconder en algún sitio las llaves de los graneros en que se guardaba el trigo de siembra. Diomka Ushakov, lleno de desconcierto, estaba parado ante el portón.

—Voy a ocultarme, camarada Davídov. De lo contrario, me echarán mano, creyendo que tengo yo las llaves.

—Eso es cosa tuya. ¿Por dónde anda Naidiónov?

—Está en la segunda brigada.

—¿Y no hay aquí nadie de la segunda?

—Sí, Kondrat Maidánnikov.

—¿Dónde está? ¿Qué hace?

—Ha venido por semillas. ¡Mira, ahí lo tienes!

Maidáhnikov se acercaba a ellos presuroso. Desde lejos, agitando el látigo, gritó:

—¡La gente ha detenido a Andréi Razmiótnov! Lo han encerrado en el sótano y ahora van hacia los graneros. Guárdate, camarada Davídov, no vaya a ocurrirte alguna desgracia… ¡La gente está hecha una furia!

—¡No me esconderé! ¿Te has vuelto loco? Toma las llaves, vete en un vuelo a la brigada y dile a Liubishkin que mande ahora mismo unos quince hombres a caballo. Ya ves lo que pasa aquí… empieza el jaleo. No quiero molestar a los de la cabeza del distrito, nosotros mismos nos arreglaremos. ¿Cómo has venido?

—En una carreta.

—Desengancha un caballo, monta en él, ¡y al galope!

—¡Eso lo hago yo en menos que se cuenta! —Maidánnikov se metió las llaves en el bolsillo y echó a correr por el callejón.

Davídov, con calma, se iba acercando a los graneros. La gente, al verle, se apaciguó un poco y quedó expectante. «¡Ahí viene el enemigo malo!», gritó histérica una mujercilla, señalando a Davídov. Pero éste, sin apresurarse, se detuvo, a presencia de todos, para liar un cigarro; volvióse de espaldas al viento y encendió una cerilla.

—¡Ven aquí, ven aquí! Ya tendrás tiempo de fumar.

—¡Sí, en el otro barrio!

—¿Traes las llaves o no?

—¡Claro que las trae! ¡Sabe el gato ladrón que no le espera perdón!

Lanzando bocanadas de humo, las manos en los bolsillos, Davídov se aproximó a las primeras filas. Su aspecto tranquilo, de hombre seguro de sí mismo, produjo en la multitud un doble efecto: unos percibieron que la fuerza y la superioridad estaban de parte de Davídov, a otros les exasperó su aire sereno. Como el granizo en un tejado de zinc, repiquetearon los apóstrofes:

—¡Danos las llaves!

—¡Disuelve el koljós!

—¡Lárgate de aquí! ¿Quién te ha llamado, cabrón?

—¡Devuélvenos las semillas!

—¿Por qué no nos dejas sembrar?

Un suave vientecillo jugueteaba con las puntas de los pañuelos de las mujeres, hacía susurrar los haces de juncos en las techumbres de los graneros, traía de la estepa el insípido olor de la tierra seca y el aroma de la hierba nueva, embriagador como el del mosto. El melifluo perfume de las henchidas yemas de los álamos era tan dulce y empalagoso, que Davídov, cuando empezó a hablar, tuvo la sensación de que los labios se le pegaban; hasta percibió el sabor de la miel al tocar con la lengua el cielo de la boca.

—¿Qué es esto, ciudadanos? ¿No obedecéis las órdenes del Poder Soviético? ¿Por qué no les habéis dado el trigo a los del koljós de Yarskói? ¿No pensáis que tendréis que responder ante los tribunales por haber hecho fracasar la campaña de siembra de primavera? Responderéis, ¡eso es la pura verdad! ¡El Poder Soviético no os lo perdonará!

—¡Tu Poder Soviético está ahora encerrado con llave! ¡Está metido en el sótano, manso como un corderito! —repuso el campesino individual Mirón Dobrodéiev, un cosaco pequeño y cojo, aludiendo a la detención de Razmiótnov.

Alguien soltó la carcajada, pero Bánnik, adelantándose gritó iracundo:

—¡El Poder Soviético no manda esas cosas que vosotros os inventáis! ¡Nosotros no nos sometemos a ese Poder Soviético que habéis inventado entre el Makar Nagúlnov y tú!

¿Dónde se ha visto que a los labradores no se les deje sembrar? ¿Qué es esto? ¡Esto es una deformación del Partido!

—¿No te dejamos a ti sembrar?

—¿Me dejáis acaso?

—¿Trajiste tu semilla al granero colectivo?

—La traje.

—¿Te la han devuelto?

—Me la han devuelto. Bueno, ¿y qué más?

—Entonces, ¿quién te impide sembrar? ¿Qué haces aquí, rondando los graneros?

Bánnik, algo turbado por el giro que tomaba la conversación, intentó escabullirse:

—Yo no lo siento por mí, sino por la gente que se ha marchado del koljós y a la que no le devolvéis su trigo ni sus bienes. Y en cuanto a mí, ¿qué tierra me habéis adjudicado? ¿Por qué me la habéis elegido tan lejos?

—¡Largo de aquí! —exclamó Davídov sin poderse contener—. Luego echaremos un parrafito contigo. ¡Qué duda cabe! Y no metas las narices en los asuntos del koljós, ¡si no quieres que te las cortemos en un dos por tres! ¡Lo que tú haces es soliviantar a la gente! ¡Largo de aquí, te digo!

Bánnik, mascullando amenazas, retrocedió. Las mujeres le reemplazaron, avanzando unánimes. Empezaron a alborotar todas a la vez, sin permitir a Davídov pronunciar una palabra. Este trataba de ganar tiempo, esperando que llegase Liubishkin con la brigada, pero las mujeres le cercaron lanzando ensordecedores gritos, apoyadas por el aquiescente silencio de los cosacos.

Al mirar en derredor, Davídov divisó a Marina Poiárkova. No lejos de allí, cruzados sobre el pecho los poderosos brazos arremangados discutía animadamente con unas comadres, frunciendo las cejas negro-azulencas, que casi se juntaban en el arranque de la nariz. Davídov captó su mirada hostil y, casi al mismo tiempo, vio cerca de ella a Yákov Lukich que, sonriendo agitado y expectante, le susurraba algo al oído a Demid el Callado.

—¡Vengan las llaves! Dánoslas por las buenas, ¿entiendes?

Una de las mujeres agarró a Davídov por un hombro y le metió la mano en el bolsillo del pantalón.

Davídov la rechazó de un fuerte empellón. La mujer reculó y fue a caer de espaldas, chillando con fingido espanto:

—¡Ay, me ha matado, me ha matado! ¡Socorredme, queridos míos!…

—¿Qué es eso? —alzóse trémula en las últimas filas una aguda vocecilla atenorada—. ¿Empieza a pegar y todo? ¡Espachurrarle las narices!…

Davídov se dirigió hacia la mujer con intención de levantarla, pero un puñetazo hizo saltar la gorra de su cabeza; acto seguido, le golpearon varias veces en la cara y en la espalda, sujetándole los brazos. Sacudiendo bruscamente los hombros, consiguió desasirse de las mujeres que le atacaban, pero ellas se aferraron de nuevo a él, lanzando alaridos. Le arrancaron el cuello de la camisa y, en un abrir y cerrar de ojos, le registraron, volviéndole los bolsillos.

—¡No tiene las llaves!

—¿Dónde están?…

—¡Dánoslas! Si no, ¡saltaremos los candados!

Una vieja de majestuosa presencia, la madre de Mishka Ignatiónok, abrióse paso hacia Davídov y, dando sorbetones y jurando como un carretero, le escupió en el rostro.

—¡Toma! ¡Por demonio, por ateo!

Davídov palideció; poniendo en tensión todas sus fuerzas, intentó liberar los brazos, pero no pudo: por lo visto, algunos cosacos habían acudido presurosos a ayudar a las mujeres. Unas manos enormes, ásperas, le sujetaban los codos a la espalda, oprimiéndolos como tenazas. Davídov dejó de ofrecer resistencia. Comprendió que las cosas habían ido demasiado lejos, que ninguno de los allí presentes le defendería, y decidió cambiar de táctica.

—Yo no tengo las llaves de los graneros, ciudadanos. Están en… —Davídov se

mordió la lengua. Iba a decir que las llaves no estaban en su casa, pero al instante cayó en la cuenta de que, en tal caso, la multitud se lanzaría en busca de Diomka Ushakov, lo encontraría sin duda, y entonces, pobre de él: lo matarían. «Voy a decirles —pensó— que las tengo en mi cuarto; una vez allí, haré como que las busco; y luego les diré que las he perdido. Entre tanto, Liubishkin tendrá tiempo de acudir; en cuanto a matarme, no creo que se atrevan… Bueno, después de todo, ¡que se vayan al cuerno!». Guardó silencio un momento, enjugándose con el hombro la sangre que brotaba de su arañada mejilla; después, manifestó—: Las llaves están guardadas en mi vivienda, pero no os las daré. Y si saltáis los candados, caerá sobre vosotros todo el peso de la ley. Tenedlo presente: ¡eso es la pura verdad!

—¡Llévanos a tu casa! Nosotras mismas cogeremos las llaves —insistió porfiada la madre de Ignatiónok.

De la agitación, le temblaban las fláccidas mejillas y la gran verruga de la nariz, por su cara rugosa corrían incesantes chorrillos de sudor. Fue la primera en empujar a Davídov, y éste, de buena gana, aunque despacio, echó a andar hacia su casa.

—¿Pero es seguro que están allí las llaves? ¿No te habrás olvidado de dónde las has puesto? —inquiría Avdotia, la mujer de Bánnik.

—¡Allí están, allí están, comadre! —aseguraba Davídov— bajando la cabeza para ocultar una sonrisa.

Cuatro mujeres le conducían, sujeto por los brazos, otra iba detrás, empuñando una tremenda estaca. A la derecha, toda temblorosa, caminaba con grandes zancadas hombrunas la vieja madre de Ignatiónok, y a la izquierda, dividido en grupos, marchaba el grueso del mujerío. Los cosacos se habían quedado junto a los graneros, esperando las llaves.

—Soltadme los brazos, comadres. No me voy a escapar —pidió Davídov.

—Cualquiera se fía de ti, mala peste. A lo mejor, echas a correr.

—¡Os digo que no!

—Anda, sigue el camino con nosotras. Así vamos más tranquilas.

Llegaron a la casa. Derribando la puertecilla de ramiza y el seto, irrumpieron en el patio.

—Ve por las llaves. Como no las traigas, llamaremos a los cosacos, ¡y te retorcerán el pescuezo en seguidita!

—¡Ay, comadres, qué pronto habéis olvidado al Poder Soviético! ¡Y él no os perdonará esto!

—¡Por mucho malo que se haga, sólo una vez se paga! ¡Lo mismo da acabar ahora, que morirse luego de hambre en el otoño, por no haber tenido qué sembrar! ¡Hala, hala, ve por las llaves!

Davídov entró en su cuarto. Sabiendo que le observaban, hizo como que buscaba con gran afán. Revolvió todo lo que tenía en la maleta y sobre la mesa, sacudió todos

los papeles, metióse debajo de la cama y de la mesa coja…

—No están las llaves —declaró, reapareciendo en la terracilla.

—¿Y dónde están?

—Seguramente, en casa de Nagúlnov.

—¡Pero si él se ha marchado!

—¿Y eso qué tiene que ver? Se puede haber marchado y dejar las llaves. Lo más probable es que las haya dejado. Hoy teníamos que dar grano a la segunda brigada.

Lo condujeron hacia la vivienda de Nagúlnov. Por el camino, empezaron a pegarle. Al principio, se limitaban a darle empujones e insultarle; luego, enfurecidas porque él no cesaba de reír y bromear, se pusieron a golpearle de verdad.

—¡Ciudadanitas! ¡Amorcitos de mi alma! Al menos, no me deis palos —les suplicaba, pellizcando a las más próximas, y agachaba la cabeza, sonriendo con esfuerzo.

Le pegaban sin compasión, haciendo resonar sus anchas espaldas encorvadas, pero él se limitaba exhalar débiles quejidos, movía los hombros y, a pesar del dolor, seguía tratando de chancear.

—¡Abuela! Tienes ya un pie en la sepultura y aún te peleas. ¿Me dejas que te sacuda yo uno nada más, eh?

—¡No siente nada el muy bruto! ¡Es una piedra fría! —se lamentaba la jovencita Nastionka Donetskova, a punto de llorar, en tanto martilleaba afanosa en la espalda de Davídov con sus puñitos, pequeños, pero fuertes—. Me he destrozado las manos, y él. ¡Como si tal cosa!…

—¡Con palos, no! —masculló una sola vez Davídov, severo, prietos los dientes, al tiempo que le arrancaba de las manos a una mujercita una vara de sauce y la partía contra su rodilla.

Tenía una oreja desgarrada, la boca y la nariz turnefactas, chorreando sangre, pero continuaba sonriendo con sus labios hinchados, mostrado la mella, mientras rechazaba a las mujeres que más se ensañaban con él. La vieja madre de Ignatiónok, temblequeante de ira la verruga nasal, mostraba un terrible encarnizamiento. Asestábale dolorosos golpes, procurando con empeño acertarle en el arranque de la nariz o en las sienes. No pegaba como las demás, sino con los salientes nudillos de sus crispados puños. Davídov, sin detenerse, intentaba en vano volverle la espalda. Mas la vieja furia, dando sorbetones, corría hasta ponerse delante de él y apartaba a las mujeres, pidiendo con voz ronca:

—¡Dejadme que le sacuda en la jeta! ¡En la misma jeta!

«Aguarda, sapo de Satanás —pensaba Davídov con fría rabia, mientras esquivaba los golpes—, en cuanto aparezca Liubishkin, ¡te voy a meter un trompazo, que vas a dar más vueltas que un tiovivo!»

Pero Liubishkin y sus jinetes seguían sin aparecer. El tropel llegó a la casa de

Nagúlnov. Esta vez, al mismo tiempo que Davídov, las mujeres entraron en el cuarto. Rebuscaron por todas partes, tirando papeles, libros y ropa por el suelo, e incluso registraron las habitaciones del patrón y de la patrona de Makar, a la busca de las llaves. No las encontraron, por supuesto, y sacaron a empellones a Davídov a la terracilla.

—¿Dónde están las llaves? ¡Te mataremos!

—Ostrovnov las tiene —repuso Davídov, al recordar la sonrisa sarcástica del administrador cuando éste estaba entre la multitud apiñada junto a los graneros.

—¡Mientes! ¡Ya se lo hemos preguntado! ¡Y él dice que tú debes tenerlas!…

¡Ciudadanitas! —Davídov se tocó con los dedos la nariz, monstruosamente hinchada, y sonrió apacible—. ¡Ciudadanitas mías! Habéis perdido lastimosamente el tiempo pegándome… Porque las llaves están en la administración, en mi mesa. ¡Eso es la pura verdad! Ahora lo recuerdo con certeza.

—¡Mentira! ¡Te burlas de nosotros! —aulló Ekaterina Guliáschaia, que había venido de los graneros a todo correr.

—¡Llevadme allí! ¿Qué burlas caben en esto? Pero, por favor, ¡sin pegarme más!

—Davídov bajó de la terracilla. La sed le atormentaba, estaba lleno de un coraje impotente. Le habían golpeado en varias ocasiones, pero era la primera vez que le vapuleaban unas mujeres, y ello le hacía sentir un profundo malestar. «Con tal de que no me caiga… Porque si me ven en el suelo, enfurecidas, me rematarán. Nada hay más probable. Y sería una muerte bien tonta. ¡Eso es la pura verdad!», pensaba tendiendo con esperanza la mirada hacia el otero. Pero en el camino no se divisaban nubecillas de polvo levantadas por cascos de caballos ni jinetes desplegados para el ataque al modo cosaco. Desierto estaba el otero, que se extendía hasta un lejano túmulo perfilado en el horizonte… Las calles también estaban desiertas. Toda la gente se había congregado junto a los graneros, de donde venía el compacto fragor de multitud de voces.

Antes de llegar a la administración, habían golpeado a Davídov de tal forma, que apenas podía tenerse en pie. No bromeaba ya; cada vez con mayor frecuencia, tropezaba, aunque el camino era llano, y se llevaba las manos a la cabeza, pálido, pidiendo con sorda voz:

—¡Basta! Me vais a matar… No me peguéis en la cabeza… ¡Yo no tengo las llaves!… Podéis llevarme de un lado para otro hasta la noche, pero las llaves no aparecerán… ¡No os las daré!…

—¿Conque hasta la noche, eh?.. —vociferaban las mujeres, exasperadas. Y de nuevo, se prendían al desfallecido Davídov como sanguijuelas, le arañaban, le pegaban, hasta le mordían.

Junto al mismo patio de la administración del koljós, Davídov se sentó en la cuneta. Su camisa de lino estaba empapada de sangre, sus cortos pantalones de ciudad

—deshilachados por los bajos de puro viejos— tenían las rodilleras rotas, el desgarrado cuello dejaba al descubierto el pecho, tatuado y moreno. Respiraba anheloso, silbante; su aspecto inspiraba lástima.

—¡Levántate, hijo de perra!… —aullaba la vieja madre de Ignatiónok, pataleando.

—¡Por vosotros, canallas!… —dijo Davídov con voz inesperadamente sonora, mirando en derredor con ojos iluminados de un modo extraño—. ¡Por vosotros hacemos todo esto!… Y en pago, me estáis matando… ¡Ah, canallas! No os daré las llaves. ¿Habéis oído? ¡No os las daré! ¡Eso es la pura verdad! ¿Os enteráis?

—¡Dejadlo!… —gritó una muchacha que había acudido corriendo—. ¡Los cosacos han saltado ya los candados y están repartiendo el trigo!

Las mujeres dejaron a Davídov, maltrecho, cerca de la puerta cochera de la administración, y se lanzaron hacia los graneros.

Haciendo un supremo esfuerzo, Davídov se levantó, entró en el patio, subió a la terracilla una cubeta con agua tibia y bebió con ansia, largo rato; luego, se echó agua en la cabeza. Jadeando, se lavó la sangre del rostro y del cuello, secóse con una manta de caballo que había colgada en la barandilla y se sentó en un escalón.

En el patio no había un alma. Por allí cerca, cloqueaba alarmada una gallina. En el tejado de la casita de los estorninos, echada hacia atrás la cabecilla, cantaba una alondra negra. De la estepa llegaba el silbante chillido de las ratas del campo. Tenues estratos liliáceos ocultaban el sol, y sin embargo, el bochorno era tan sofocante, que hasta los gorriones, casi hundidos en el montón de ceniza que se alzaba en medio del patio, permanecían inmóviles, estirados los cuellecillos, y sólo de vez en cuando agitaban el minúsculo abanico de sus almas abiertas.

Al oír un sordo y blando golpeteo de cascos, Davídov alzó la cabeza: por el portón entró como una centella un bayo de grupa baja, ensillado. Giró en redondo bruscamente, escarbando con las patas traseras, y dio la vuelta al patio con bronco resollar, dejando caer de sus ancas, sobre la tierra cálida, abundantes jirones de blanca espuma. Al llegar a la puerta de la cuadra, se detuvo ante ella, olfateando las tablas.

Traía las riendas colgando y roto el lujoso bridón con adornos de plata, la silla se le había subido hasta las mismas crines, y las saltadas correas del petral caían hasta la tierra rozando los cascos negro-liliáceos. Respiraba fatigoso, con acelerado palpitar de flancos, sus rosáceos ollares se dilataban; en el dorado copete y las revueltas crines habíanse enredado pardas cardenchas del año anterior.

Davídov miraba sorprendido al caballo. En aquel preciso momento, rechinó la puerta del henil y asomó la cabeza del abuelo Schukar. Al cabo de un instante, luego de abrir la puerta, con gran precaución apareció él en persona, mirando medroso alrededor.

Innumerables briznas de heno cubrían la camisa de Schukar, empapada en sudor;

su rala barbita hirsuta estaba erizada de desmenuzadas cabecillas de correhuela, de hierbas y hojas secas, de amarillentas florecillas de meliloto. Su rostro, de un vivo color cereza, reflejaba un descomunal espanto, el sudor le corría por las mejillas, desde las sienes hasta la barba…

—¡Camarada Davídov! —dijo con implorante susurro, acercándose de puntillas a los escalones—. ¡Escóndase, por amor de Dios! Puesto que han empezado a robarnos, quiere decir que de un momento a otro llegarán al asesinato. ¡Cómo le han dejado la cara! ¡No hay quien le conozca!… Yo me puse a salvo, enterrándome en el heno… Se ahoga uno, no se puede aguantar, se suda a chorros, pero el corazón está más tranquilo, ¡palabra! ¿Vamos a escondernos los dos un ratito, mientras pasa esta tremolina, eh? Pues estar uno ahí solo es horrible… ¿Qué interés tenemos nosotros en dejar la vida? ¿Y para qué? ¡Nadie lo sabe! Escuche cómo zumban las mujeres, lo mismito que abejorros, ¡las pijoteras! Y a Nagúlnov lo han debido apiolar. Porque ése es su caballo… En él partió esta mañana para la *stanitsa*. Al salir por la puerta, el animal dio un tropezón. «¡Vuélvete, Makar —le advertí yo—, eso es de mal agüero!» ¿Pero escuchará ése alguna vez a un hombre sensato? ¡En jamás de los jamases! Hacía siempre lo primero que se le venía a la cabeza, y, claro, ¡lo han matado! Si hubiera vuelto, habría podido esconderse tan tranquilamente.

—¿No estará en casa? —insinuó Davídov, dudando.

—¿En casa? Entonces, ¿por qué ha vuelto el caballo sin jinete y por qué resuella como si olfateara la muerte? ¡Estos agüeros los conozco yo muy bien! La cosa está clara: al volver de la cabeza del distrito, ve que están saqueando los graneros. Como es tan vivo de genio, no se puede contener, se opone… y ya está, ¡un hombre menos en el mundo!

Davídov callaba. Cerca de los graneros seguía alzándose un clamor de múltiples voces, oíase el chirriar de las carretas, el traqueteo de las ruedas de los carros.

«Se están llevando el trigo… —pensó Davídov—. Y en realidad, ¿qué habrá sido de Nagúlnov? ¿Será posible que lo hayan matado? ¡Voy a ver!», y se levantó.

El abuelo Schukar, creyendo que Davídov había decidido esconderse con él en el henil, le apremió diligente:

—Hala, hala, apartémonos del mal. No vaya a ser que el diablo mande por aquí a algunos de ésos, nos vean y nos descuarticen. ¡Esos son capaces de hacerla en menos que se cuenta! Y en el henil se está divinamente. El olor del heno es suave, alegra. Yo me habría pasado un mes entero allí, si hubiera tenido qué comer. Pero un maldito macho cabrío me sacó de mi escondrijo… ¡Lo habría matado al muy dañino! Cuando oí que las mujeres estaban saqueando el koljós y que le martirizaban a usted, por lo del trigo, me dije: «Vas a perecer, Schukar, ¡y por menos de un pimiento!» Pues las mujeres saben, todas ellas, que sólo nosotros dos, camarada Davídov, estamos en la plataforma desde el primer día de la revolución, y que fuimos los que montamos el

koljós de Gremiachi y expropiamos a Titok. ¿A quiénes tenían que matar antes que a nadie? ¡A usted y a mí! Bien claro estaba… «Feo se pone nuestro asunto pensé—. Hay que esconderse, porque si matan a Davídov y luego me liquidan a mí, ¿quién va a contarle al juez de instrucción la muerte de Davídov?» En un segundo, me hundí en el heno, de cabeza, buceando, y me quedé allí dentro, quietecito, sin atreverme a respirar más que de tarde en tarde. De pronto, oigo que alguien anda por el heno, encima de mí… Se va metiendo en él, y, naturalmente, estornuda del polvillo. «¡Madrecita mía! —me digo—. Me están buscando, no cabe duda, vienen por mi alma, de seguro». Y el otro, metiéndose cada vez más dentro… Ya me pisa la barriga… Y yo, ¡ni moverme! Del miedo, se me para el corazón, pero sigo quieto, aguardando mi fin. ¿Y qué iba a hacer, si ya no podía esconderme más? De repente, me dan un pisotón en la misma cara, yo alargo la mano y, ¡zas!, atrapo una pezuña, ¡velluda toda ella! Los pelos se me pusieron todos de punta y parecía que la piel se me despegaba del cuerpo… Del susto, ¡estaba sin respiración! ¿Qué me había figurado yo al tentar la pezuña peluda? «¡Es el diablo!» Eso me había figurado yo. En el henil hay una oscuridad de lo más terrible, y a todos los espíritus malignos les gustan las tinieblas «Por consiguiente —pienso—, ahora me va a agarrar y empezará a hacerme cosquillas y toda clase de perrerías, hasta matarme… Más vale que me asesinen las mujeres». ¡Cuántos espantos tuve que soportar! ¡Innumerables! Otro, en mi lugar, algún mozo cobardón la habría diñado en un segundo de un reventón del corazón y de las tripas. Pues de los sustos repentinos, revientan siempre las entrañas. En cambio, yo no sentí más que un ligero escalofrío, y seguí allí quieto. Luego, noto un fuerte olor, apestoso, a macho cabrío… Entonces recuerdo que el macho cabrío del expropiado Titok vive en el henil. ¡Me había olvidado completamente del mil veces maldito! Asomé la cabeza y vi que, en efecto, era el macho cabrío de Titok, que andaba por el heno buscando salvia, mordisqueando tallos de ajenjo… Bueno, me levanté y, como es natural, empecé a amansarlo. Lo arrastré, como a un corderito, tirándole de las barbas, ¡y qué paliza le di! «¡Toma, diablo barbudo, para que no te metas en el heno cuando hay sublevación en el caserío! ¡Para que no andes zascandileando por donde no debes, diablo apestoso!» Estaba tan encorajinado, que quería darle muerte allí mismo… Porque, aunque sea un animal, debe comprender las cosas y saber cuándo se puede hacer un viajecito por el heno y cuándo hay que estarse tranquilo y quieto en casa… ¿Pero a dónde va usted, camarada Davídov?

Sin responderle, Davídov pasó de largo frente al henil y se dirigió hacia el portón de la calle.

—¿A dónde va? —repitió espantado, con un hililloo de voz, el abuelo Schukar.

Mirando por la entornada puertecilla de la cerca, vio que Davídov, como empujado por el viento que soplaba huracanado, a impetuosas ráfagas, iba en dirección a los graneros colectivos con paso vacilante, pero rápido.

Capítulo XXXIV

A un lado del camino, se alza un túmulo. En la cima, lamida por los vientos, se agitan con fúnebre murmullo las desnudas ramillas de ajenjo y meliloto del año anterior; los parduscos cardos y abrojos se inclinan lúgubres hacia la tierra, mientras por las laderas, desde la cumbre hasta la falda, descienden los amarillos penachos de la estipa plumosa. Tristes, sin brillo, descoloridos del sol y del mal tiempo, extienden sobre el viejo y oreado terreno sus fibrosos filamentos. Incluso en primavera, cuando hierbas y plantas están en jubilosa florescencia, tienen un aspecto caduco, de senil abatimiento, y hasta que no llega el otoño, no brillan esplendorosos, con la arrogante blancura de las primeras escarchas. Tan sólo en otoño el túmulo adquiere majestuosa prestancia: vestido con su argentada cota de malla, parece un guerrero guardando la estepa.

En verano, a la hora del véspero, un águila real de la estepa desciende de las nubes para posarse en la cima. Batiendo rilmorosa las alas, cae sobre el túmulo, da torpemente dos o tres saltitos y empieza a limpiar con su pico corvo el abanico castaño de un ala extendida y el buche, cubierto de plumas de un color de herrumbre; luego, queda quieta, como adormecida, echada hacia atrás la ladeada cabeza, fijo en el cielo eternamente azul el ojo de ámbar, engastado en un anillo negro. Inmóvil, como una gran gema pardoamarillenta; el águila real descansa un poco, antes de la caza vespertina luego, se despega fácilmente de la tierra y vuelve a levantar el vuelo. Hasta la puesta del sol, la sombra gris de sus reglas alas surcará más de una vez la estepa.

¿A dónde la llevarán los frescos vientos otoñales? ¿A las montañas azules del Cáucaso? ¿A la estepa de Mugán? ¿A Persia? ¿Al Afganistán?

Y ya en invierno, cuando el túmulo funerario está envuelto en el manto de armiño de la nieve, cada día, entre la bruma gris azulada precursora de la amanecida, se perfila en la cima un viejo zorro rojizo, de cuello y vientre plomizos. Permanece allí estático largo rato, con inmovilidad de muerte, como esculpido en mármol de Carrara con reflejos de fuego. Su cola bermeja descansa sobre la nieve liliácea, mientras el agudo hocico, con negrura de hollín junto a las fauces, se adelanta al encuentro del viento. En estos instantes, sólo su húmeda nariz de ágata vive en el poderoso mundo de múltiples olores entremezclados, captando ávida, con las aletas dilatadas, temblantes, el insípido olor de la nieve que se expande por doquier, el amargor pertinaz del ajenjo, muerto por las heladas, el alegre tufillo a heno que exhalan las boñigas de caballo en el cercano camino y el aroma, apenas perceptible, tentador, incitante, de una nidada de perdices oculta en la maleza de un lindero lejano.

Hay en el olor de esas avecicas tantos matices, sólidamente fundidos, que el zorro, para saciar el olfato, ha de bajar del túmulo y deslizarse luego a un centenar de

metros, sin apartar las patas de la nieve, centelleante con fulgor de estrellas, arrastrando el vientre casi ingrávido, ornado de diminutos carámbanos, por las cabezuelas, de la mala hierba. Solamente entonces penetrar por las negras y abiertas ventanas de la nariz, en odorífero y picante chorrillo, la intensa acidez del excremento reciente y el doble olor del plumaje: la pluma, húmeda de nieve, que ha rozado las hierbas, exhala el amargor del ajenjo y el rancio tufillo de la artemisa, mientras que el azulenco cañón, incrustado en la carne, huele a sangre caliente y salada…

… Los vientos secos erosionan la tierra endurecida, compacta, del túmulo, el sol del mediodía la recalienta, los fuertes aguaceros la derrubian, las heladas de Enero la desgarran, pero el túmulo, indestructible, sigue dominando la estepa como hace muchos siglos, cuando fuera erigido sobre los restos de un príncipe de Polovietsk, muerto en combate y enterrado, con todos los honores, por sus mujeres de brazos morenos, adornados con pulseras, y por sus guerreros, familiares y esclavos…

Se alza el túmulo en el altozano a unas ocho *verstas* de Gremiachi Log. Los cosacos le llaman de antiguo Túmulo de la Muerte. Cuenta la leyenda que al pie de él murió, en tiempos remotos, un cosaco herido, quizá aquél de quien dice la vieja canción.

…Con él filo de su sable, él mismo cortó las ramas para encender una hoguera con ajenjo y con retama.

Tomó agua de un manantial y se puso a calentarla.

Con el agua está lavando sus cinco heridas mortales:

«¡Heridas, heridas mías, me habéis dejado sin sangre, y ya se me desfallece el corazón indomable!…»

… Desde la *stanitsa*, Nagúlnov fue al galope unas veinte verstas y no detuvo al caballo hasta cerca del Túmulo de la Muerte. Allí, echó pie a tierra y limpió con la palma de la mano la jabonosa espuma que cubría el cuello del bruto.

Un calor suave, excepcional en el comienzo de la primavera, expandíase por doquier. El sol caldeaba la tierra como en Mayo. Una tenue neblina ondulaba en el horizonte. El viento traía, de un lejano estanque de la estepa, el graznar de los gansos, el parpar multitónico de los patos silvestres y el plañidero grito de las becadas.

Makar le soltó el freno al caballo, le ató las riendas a una de las patas delanteras y le aflojó la cincha. El animal tendió ávidamente el hocico hacia la hierba nueva, tronchando en su camino las secas matas de correhuela del año anterior.

Sobre el túmulo, con rítmico y tenso silbido, pasó rauda una bandada de lavancos y empezó a descender hacia el estanque. Makar, ausente el pensamiento, la siguió con la mirada y vio cómo caían pesadamente, igual que piedras, agitando en remolinos el agua, cerca de un islote de juncos. De la presa, alzó al instante el vuelo bandada de asustados ánsares de negras alas.

La estepa estaba muerta, solitaria. Makar permaneció largo rato tendido al pie del

túmulo. Primero oyó, no lejos de allí, los resoplidos y pisadas de su caballo y el tintineo de su bocado suelto; luego, el animal bajó al fondo de la barranca, donde la hierba era más abundante, y se hizo en derredor ese silencio intenso, absoluto, que únicamente reina a fines del otoño en la estepa, después de la siega, cuando la han abandonado ya los hombres.

«En cuanto llegue al caserío, me despediré de Andréi y de Davídov, me pondré el capote con el que vine del frente polaco y me levantaré la tapa de los sesos. ¡Ya no me ata nada a la vida! Y la revolución no perderá mucho con ello. ¡Hay tantos que la siguen! ¿Qué importa uno más o uno menos?… —pensaba indiferente Makar, como si se tratase de otro, echado de bruces y mirando con fijeza los enmarañados filamentos de la estipa plumosa—. Puede que Davídov diga al pie de mi tumba: «Aunque Nagúlnov había sido expulsado del Partido, era un buen comunista. El hecho de su suicidio no lo aprobamos, ¡eso es la pura verdad!, pero la causa por la que él ha combatido frente a la contrarrevolución mundial, ¡la defenderemos hasta el fin!» Y con singular nitidez, Makar se imaginó cómo Bánnik, ufano y sonriente, se pasearía entre la multitud atusándose los claros bigotes rubios y diciendo: «Al menos, uno ha estirado ya la pata, ¡gracias a Dios! El que vive como un perro, ¡como un perro muere!»

—¡Pues no, bicharraco de mala sangre! ¡No me mataré! ¡Antes, acabaré con todos los de vuestra ralea! —dijo Makar en voz alta, rechinando los dientes, y se levantó de un brinco, como si le hubiera picado una avispa. Aquellos pensamientos acerca de Bánnik le habían hecho cambiar de decisión; buscando con los ojos al caballo, se decía ya—: «¡Ni hablar! Primeramente, os enterraré a todos, y después, ¡me marcharé tranquilo al otro barrio! ¡No os daré el gustazo de celebrar mi muerte! Y respecto a Korchzhinski, ¿es que su palabra es inapelable? En cuanto terminemos la siembra, iré al Comité Comarcal. ¡Me readmitirán! Iré a la capital de la región, ¡incluso a Moscú!… Y si no lo hacen, como un sin partido, ¡seguiré combatiendo a esos reptiles!»

Con mirada más lúcida, examinó el mundo que se extendía a su alrededor. Y le pareció que su situación no era tan irreparable y desesperada como le pareciera hacía unas horas.

Presuroso, se dirigió a la barranca donde se habla metido su caballo. Una loba recién parida, asustada por sus pasos, surgió de la maleza y subió al borde de la barranca. Estuvo allí unos instantes, baja la frentuda cabeza, observando de hito en hito al hombre; luego, gachas las orejas y con el rabo entre las piernas, corrió medrosa hacia el fondo. Sus negras mamas colgantes se balanceaban fláccidas bajo el hundido vientre.

Apenas empezó Makar a acercarse al caballo, éste sacudió indócil la cabeza. Las riendas atadas a la pata se rompieron.

—¡Só-o-o! ¡Vasiok! ¡Vasiok! ¡só-o-o, quieto! —trataba de convencer le Makar, a media voz, intentando aproximarse por detrás al desenfrenado bruto, para agarrarle por las crines o por un estribo.

El bayo, meneando bruscamente la cabeza, apretó el paso, en tanto miraba de reojo a su jinete peatón. Makar emprendió el trote, pero el caballo no le dejó llegar hasta él; soltó un par de coces y cruzando el camino, partió en dirección al caserío a un galope impetuoso, sonoro.

Makar lanzó un taco rotundo y siguió las huellas de su caballo. Recorrió unas tres verstas, a campo traviesa; hacia unas tierras labradas en otoño que se divisaban cerca del caserío. De los herbazales, levantaban el vuelo los sisones y parejas que perdices; a lo lejos, en la vertiente de un largo barranco, el macho de una avutarda que estaba durmiendo iba y venía junto a ella, velando el reposo de su hembra. Aguijonada por el irrefrenable deseo de la cópula, desplegaba en abanico la corta cola rojiza, con blanquecina cenefa mohosa, y abría las alas arañando la tierra seca, perdiendo las plumas, revestidas junto a los cañones de un plumón rosáceo…

Una inmensa labor fecundante se llevaba a cabo en la estepa: las hierbas crecían exuberantes, los pájaros y los animales se buscaban para la cópula, solamente los campos de labranza, abandonados por el hombre, tendían hacia el cielo su humeante vaho y las grietas de sus surcos estériles, sin sembrar…

Enfurecido, iracundo, Makar caminaba por los secos terrenos. Agachándose rápidamente, cogía un puñado de tierra y lo desmenuzaba entre sus palmas. La tierra negra, atravesada por crujientes filamentos de hierbas muertas, estaba cálida y reseca. ¡La labranza de otoño se perdía! Era preciso, inmediatamente, pasar las gradas tres o cuatro veces por su compacta superficie musgosa, desgarrar con los dientes de hierro el endurecido terreno, y luego, meter por los mullidos surcos las sembradoras, de modo que los dorados granos de trigo cayeran lo más hondo posible.

«¡Nos hemos retrasado! ¡Se desaprovechará la tierra! —pensaba Makar, mirando con ardiente compasión los negros campos yermos, espantosos en su desnudez—. Un par de días más, y no servirá para nada la labranza de otoño. La tierra es como la yegua: cuando está en celo, hay que cubrirla sin tardanza. Porque, pasado el tiempo, ¡maldita la falta que le hace el semental! Lo mismo tiene que proceder el hombre con la tierra… Aparte de nosotros, las personas, todo esto se hace con limpieza y bien: cualquier bestia, el árbol, la tierra saben cuándo es su época de fecundación; en cambio las personas… ¡nosotros somos peores y más sucios que el último de los animales! Estos elementos no van a sembrar porque el instinto de la propiedad se rebela… ¡Ah, malditos! En cuanto llegue, ¡los echo a todos al campo! ¡A todos sin excepción!».

Apretaba de continuo el paso, casi corriendo a trechos. Por debajo del gorro le caía el sudor, tenía la guerrera obscurecida por la espalda y los labios resecos; el

arrebol enfermizo que cubría sus mejillas se iba haciendo cada vez más intenso.

Capítulo XXXV

Llegó al caserío cuando el reparto del trigo de siembra estaba en todo su apogeo. Liubishkin y su brigada seguían en el campo; cerca de los graneros se apretujaba la gente. Los sacos de grano eran arrojados con precipitación sobre la báscula, carros y más carros llegaban de continuo, los cosacos y las mujeres se llevaban el trigo en costales, en sacos, en los delantales, y el grano desparramado cubría la tierra y las escalerillas…

Nagúlnov comprendió inmediatamente lo que ocurría. Dando empellones a los vecinos del caserío, abrióse paso hacia la báscula.

Pesaba y entregaba el trigo el ex koljosiano Iván Batálschikov, ayudado por el pequeñajo Apolón Pieskovatskov. Ni Davídov, ni Razmiótnov, ni ninguno de los jefes de brigada se encontraban allí. Únicamente, entre la multitud apareció fugaz, por un segundo el rostro desconcertado del administrador del koljós Yákov Lukich, pero ocultóse al instante tras el muro de las carretas.

—¿Quién ha dado permiso para repartir el trigo? —gritó Makar, apartando de un empujón a Batálschikov y subiéndose a la báscula.

La multitud guardaba silencio…

—¿Quién te ha autorizado a pesar el trigo? —preguntó Makar a Batálschikov sin bajar el tono.

—El pueblo…

—¿Dónde está Davídov?

—¡Yo qué sé!

—¿Dónde están los miembros de la administración? ¿Ha permitido ella esto?

Demid el Callado, que estaba en pie cerca de la báscula, sonrió y enjugóse el sudor con la manga. Su voz de trueno resonó firme y bonachona:

—Nosotros solos nos lo hemos permitido, sin ella. ¡Nosotros mismos nos lo llevamos!

—¿Vosotros mismos?.. ¿Ah, sí? ¿¡Conque esas tenemos!? —Nagúlnov, de dos saltos, plantóse en la rampa del granero, derribó de un puñetazo al mozo que estaba en el umbral, cerró la puerta con violencia y, apoyando fuertemente la espalda contra ella, vociferó—: ¡Disolveos! ¡No doy el trigo! ¡A todo el que intente meterse en el granero, le declaro enemigo del Poder Soviético!…

—¡Huy qué miedo! —exclamó burlón el Humillo, que ayudaba a uno de los vecinos a cargar trigo en un carro.

Para la mayoría, la aparición de Nagúlnov había sido una sorpresa. Antes de que partiera para la cabeza del distrito, corrían por el caserío insistentes rumores de que Nagúlnov sería juzgado por haber golpeado a Bánnik; le destituirían del cargo y, seguramente, le meterían en la cárcel… Bánnik, enterado muy de mañana de la

partida de Makar, había manifestado:

—¡Nagúlnov no volverá más! ¡El Fiscal en persona me ha dicho que será castigado con toda severidad! ¡Bien va a rascarse el Makarka! Cuando le echen del Partido, sabrá lo que significa pegar a un labrador. ¡Ahora no rigen las leyes de antes!

Por ello, la aparición de Nagúlnov junto a la báscula había sido acogida con aquel silencio de expectación y perplejidad. Pero cuando saltó a la rampa del granero para tapar con su cuerpo la puerta, el estado de ánimo de la mayoría se definió. La exclamación del Humillo desencadenó una lluvia de improperios:

—¡Nosotros tenemos ahora nuestro Poder!

—¡El del pueblo!

—¡Abuchearle, muchachos!

—¡Vete por dónde has venido!

—¡Al c… el mandón!

Contoneándose con bravuconería y volviendo de vez en cuando la cabeza, sonriente, el Humillo fue el primero en dirigirse hada el granero. Varios cosacos más le siguieron, no muy resueltos. Uno de ellos, sobre la marcha, agachóse y cogió una piedra…

Nagúlnov, calmosamente, sacó el revólver del bolsillo de los bombachos, lo amartilló y puso el dedo en el gatillo. El Humillo se detuvo indeciso. Los demás hicieron lo propio. El cosaco que había cogido la gruesa piedra le dio unas vueltas entre las manos y la tiró. Nagúlnov había puesto el dedo en el gatillo, y todo el mundo sabía que, en caso de necesidad, no vacilaría en apretarlo. Makar lo confirmó inmediatamente:

—Antes de que entréis en el granero, me cargaré a siete reptiles. ¿Quién quiere ser el primero? ¡Venga, que se acerque!

No surgió ningún voluntario… Hubo un instante de desconcierto general. El Humillo estaba parado, pensativo, sin atreverse a avanzar hacia el granero. Nagúlnov, encañonando a la gente, gritó:

—¡Disolveos!… ¡Disolveos ahora mismo, o disparo!…

No había terminado aún la frase, cuando, encima mismo de su cabeza, chocó con estrépito contra la puerta una clavija maestra, de hierro. La había lanzado, apuntando a la testa de Makar, el amigote del Humillo, Efim Trubachiov. Pero al ver que el golpe había fallado, agachóse ágilmente, tras la carreta. Nagúlnov tomaba ya decisiones rápidas, como en pleno combate: luego de esquivar una piedra arrojada desde la multitud, disparó al aire y se tiró veloz de la rampa. El gentío retrocedió; empujando a los de atrás, los que estaban delante iniciaron la huída, comenzaron a crujir las varas de carros y carretas. Una mujercita, derribada por los cosacos, prorrumpió en terribles alaridos.,

Bánnik, surgido, no se sabía de dónde alentaba a los fugitivos, tratando de

detenerlos:

—¡No corráis! ¡No le quedan más que seis balas!

Makar volvió al granero, pero en vez de subirse a la rampa, se plantó de espaldas al muro para tener a la vista los demás graneros.

—¡No os acerquéis! —gritó al Humillo, a Trubachiov y otros que avanzaban de nuevo hacia la báscula—. ¡No os acerquéis, muchachos! ¡Los dejo secos a todos!

De la multitud, estacionada a unos cien pasos de los graneros, se destacaron Iyán Batálschikóv, Atamánchukov y otros tres disidentes del koljós. Habían decidido recurrir a la astucia. Cuando llegaron a unos treinta pasos de los graneros, Batálschikov alzó la mano previniendo que iban en son de paz.

—¡Camarada Nagúlnov! Espera un poco, baja el arma.

—¿Qué queréis? ¡Os digo que os disolváis!…

—Ahora mismo nos vamos, pero haces mal en acalorarte de ese modo… Pues el trigo nos lo llevamos con permiso…

—¿Con permiso de quién?

—Ha venido un hombre de la capital de la comarca… Bueno, uno que es del Comité Ejecutivo o algo por el estilo, y nos ha dado permiso.

—¿Y dónde está? ¿Y Davídov? ¿Y Razmiótnov?

—Están reunidos en la administración.

—¡Mientes, vil gusano!… ¡Te digo que te apartes de la báscula! ¿No te vas?… —Nagúlnov dobló el brazo izquierdo y apoyó sobre el cañón del revólver, blanco, perdido el pavón del mucho uso.

Batálschikov, sin asustarse, continuó:

—¿No nos crees? Pues ve allí y lo verás tú mismo, y si no quieres ir, te los traeremos en un vuelo. Deja ya, de amenazar con el arma, camarada Nagiílnov, ¡porque puede acabar mal la cosa! ¿Contra quién vas? ¡Contra el pueblo! ¡Contra todo el caserío!

—¡No te acerques! ¡Ni un paso más! ¡Tú no eres camarada mío! ¡Tú eres un contrarrevolucionario, puesto que robas el trigo del Estado!… No os permitiré pisotear el Poder Soviético.

Batálschikov iba a decir algo más, pero en aquel preciso momento, por una esquina del granero asomó Davídov. Terriblemente apaleado, lleno de cardenales, arañazos y desolladuras, venía tambaleándose, dando traspiés. Al verle, Nagúlnov se abalanzó hacia Batálschikov, gritando con voz ronca: «¡Ah, reptil miserable! ¿Querías engañarnos?… ¿Molemos a palos, eh?…»

Batálschikov y Atamanchukov pusieron pies en polvorosa. Nagúlnov les disparó dos tiros, pero no les acertó. El Humillo, cerca de allí, estaba arrancando una estaca de la empalizada; los demás, sin retroceder, rumoreaban sordamente.

—¡No os permitiré… pisotear…el Poder Soviético! —rugía Nagúlnov, prietos los

dientes, corriendo hacia la multitud…

—¡Zumbarle!…

—¡Si yo tuviera algo, aunque no fueses más que un escopetucho! —se lamentaba en las últimas filas Yákov Lukich, juntando las manos y maldiciendo de la inoportuna desaparición de Pólovtsev.

—¡Cosacos!… ¡Agarrad a ese valentón, por los brazos!… —resonaba, ardiente e iracunda, la voz de Marina Poiárkova. La viuda del suboficial empujaba a los cosacos hacia Makar, que venía a todo correr, y le preguntaba a Demid el Callado, con odio, zarandeándole—: ¿Pero qué cosaco eres tú?… ¿Tienes miedo, calzonazos?

De pronto, la multitud escindióse, se lanzó hacia los lados, desparramada, y en dirección a Makar.

—¡¡¡Las milicias!!! —gritó Nastionka Donetskova, loca de espanto.

Por el otero, desplegados para el ataque, al modo cosaco, descendían unos treinta hombres a caballo, avanzando, al galope hacia el caserío. Los cascos levantaban nubecillas de polvo de primavera, cómo columnas de humo, tenue, transparente…

Cinco minutos más tarde no quedaban en la plaza desierta, junto a los graneros, más que Davídov y Makar. El golpeteo de los cascos se oía cada vez más cercano. Ya asomaban los jinetes por el pastizal. Delante, en el amblador de Lapshinov, venía raudo Pável Liubishkin; a su derecha, armado de un garrote, Agafón Dubtsov, picado de viruelas, terrible en su resolución, y detrás, diseminados, a lomos de caballos de diverso pelaje, los koljosianos de la segunda y de la tercera brigadas…

A la caída de la tarde, llamado por Davídov, llegó de la cabeza del distrito un miliciano. Detuvo en los campos a Iván Batálschikov, Apolón Pieskovatskov, Efim Trubachiov y otros cuantos «activistas» disidentes del koljós. La vieja madre de Ignatiónok fue detenida en su casa. A todos, acompañados de los testigos, se les envió a la cabeza del distrito… El Humillo se presentó él mismo en el Soviet.

—¡Ah! ¿Ya estás aquí, palomito? —preguntó Razmiótnov con aire triunfante.

—Aquí estoy —respondió el Humillo, mirándole burlón—. No hay por qué jugar al escondite, cuando ya se ha perdido por exceso de tantos…

—¿Por exceso de tantos? —inquirió Razmiótnov, frunciendo el ceño.

—Sí, como ocurre con las cartas. A veces, quiere uno hacer veintiún tantos, y se pasa… ¿A dónde me vais a mandar?

—A la cabeza del distrito.

—¿Y dónde está el miliciano?

—Ahora mismo viene, ¡no tendrás que aguardar mucho! El tribunal popular te enseñará a no pegar a los presidentes. ¡El te dará los tantos que te hagan falta!…

—¡De eso no cabe duda! —asintió de buen grado el Humillo y, bostezando, pidió—: Tengo sueño, Razmiótnov. Llévame al almacén, echaré allí una siestecita mientras llega el miliciano. Pero haz el favor de encerrarme con llave, porque, a lo mejor, me

escapo en sueños.

Al día siguiente, se procedió a la recuperación del grano robado. Makar Nagúlnov entraba en las casas de los que habían cogido trigo la víspera y, sin saludar, desviando la mirada, preguntaba reservón:

—¿Te llevaste trigo?

—Me llevé…

—¿Lo devolverás?

—Habrá que devolverlo…

—Pues hazlo —y, sin despedirse, se marchaba del *kurén*.

Muchos de los disidentes del koljós habían cogido más trigo del que entregaran. La distribución se había hecho a base de un simple interrogatorio: «¿;Cuánto trajiste?» —preguntaba impaciente Batálschikov—. «A razón de siete puds por cada hectárea». —«¡Echa los sacos a la báscula!»

Y en realidad, el que recibía el grano había entregado al fondo de semillas de siete a catorce puds menos. Además, las mujeres se habían llevado, sin pesarlo, cerca de cien puds en delantales y capachos.

Al atardecer, ya había sido recuperado todo, a excepción de algunos puds. Sólo faltaban unos veinte de cebada y algunos sacos de maíz. Aquella misma tarde se distribuyó la totalidad de la semilla perteneciente a los campesinos individuales…

Ya había obscurecido cuando comenzó h asamblea general de vecinos de Gremiachi. Davídov, ante una extraordinaria afluencia de gente, congregada en la escuela, decía:

—¿Qué significa, ciudadanos, la acción realizada ayer por quienes hace poco eran koijosianos y por una parte de los campesinos individuales? ¡Eso significa que se han puesto al lado de los kulaks! Al lado de nuestros enemigos. Eso es la pura verdad. Y es un hecho vergonzoso para vosotros, ciudadanos, que saqueaseis ayer el trigo de los graneros, pisotearais el precioso grano y arramblaseis con él hasta en delantales. De entre vosotros, ciudadanos, se alzaron inconscientes voces incitando a las mujeres a que me pegasen… Y ellas lo hicieron con todo lo que encontraron a mano. Hubo una ciudadana que hasta se echó a llorar porque yo no daba muestras de debilidad. ¡A ti me refiero, ciudadanita! —y Davídov señaló a Nastionka Donetskova, que estaba junto a la pared y se había apresurado a taparse el rostro con el pañuelo de la cabeza en cuanto Davídov empezara a hablar—. Sí, tú misma me martilleabas las espaldas con los puños y llorabas de coraje, diciendo: «Le pego, le pego, y el muy bruto, ¡igual que una piedra!»

El tapado rostro de Nastionka ardía de terrible vergüenza. Toda la asamblea miraba, y ella, con la vista baja, llena de confusión y azoramiento, movía solamente los hombros, frotando la convulsa espalda contra la cal de la pared.

—Miradla, se retuerce la maldita como una culebra ensartada en un horcón —

gritó Diomka Ushakov, sin poder contenerse.

—¡Va a quitar con la espalda toda la cal de la pared! —le apoyó el picado de viruelas Agafón Dubtsov.

—¡No te vuelvas, ojos saltones! ¡Ya que supiste pegar, sabe ahora mirar a la asamblea de frente, a la cara! —rugió Liubishkin.

Davídov prosiguió implacable, mas por sus destrozados labios se deslizaba ya una sonrisa cuando dijo:

—…¡Ella hubiera querido que me pusiese de rodillas, que implorara clemencia, que le diese las llaves de los graneros! Pero, ciudadanos, ¡nosotros, los bolcheviques, no somos de una pasta que permita a cualquiera moldearnos a su antojo! En la guerra civil, los cadetes también me golpearon y sin embargo, ¡no pudieron romperme! Los bolcheviques no se han puesto nunca de rodillas ante nadie, ¡ni se pondrán jamás! ¡Eso es la pura verdad!

—¡Bien dicho! —asintió Nagúlnov con toda su alma trémula, ronca de emoción la voz.

—…Somos nosotros, ciudadanos, quienes estamos acostumbrados a poner de rodillas a los enemigos del proletariado. Y los pondremos.

—¡En escala mundial! —metió baza de nuevo Nagúlnov.

—… Lo haremos en escala mundial. Mientras que vosotros, ayer, os pusisteis al lado de esos enemigos, les prestasteis ayuda. ¿Cómo calificar, ciudadanos, vuestras acciones? Habéis saltado los candados de los graneros, me habéis golpeado; a Razmiótnov, primero lo atasteis y lo encerrasteis en el sótano; luego, lo llevasteis conducido al Soviet y, por el camino, queríais colgarle una cruz al cuello. ¡Estas son acciones netamente contrarrevolucionarias! La madre de nuestro koljosiano Mijaíl Ignatiónok, hoy detenida, gritaba cuando conducían a Razmiótnov: «¡Llevan al Anticristo! ¡Al mismísimo Satanás!…» y quería colgarle al cuello, con ayuda de otras mujeres, un cordón con una cruz, pero nuestro camarada Razmiótnov, cual corresponde a un comunista, ¡no podía tolerar semejante escarnio! Y les habló como es menester a las mujeres y a esas viejas dañinas alucinadas por los popes: «¡Ciudadanas! Yo no soy cristiano ortodoxo, ¡soy un comunista! ¡Largaos de aquí con vuestra cruz!» Pero ellas continuaron asediándole hasta que él rompió el cordón con los dientes y empezó a rechazarlas a puntapiés y cabezazos. ¿Eso qué es, ciudadanos? ¡Contrarrevolución pura! Y el tribunal popular castigará severamente a quienes han cometido tales desmanes, como a la madre de ese mismo Mijaíl Ignatiónok.

—¡Yo no respondo por mi madre! Ella tiene su propia voz de ciudadana. ¡Que responda ella misma! —replicó el hijo desde las primeras filas.

—No me refiero a ti. Yo me refiero a esos tiparracos que ponían el grito en el cielo, protestando del cierre de las iglesias. Cuando se cerraban las iglesias, no les

gustaba, pero cuando ellos mismos han querido colgar una cruz, a viva fuerza, del cuello de un comunista, ¡eso no tiene importancia alguna!… ¡Bien han descubierto su hipocresía! Los instigadores de tales desórdenes y los que han tomado parte activa en ellos están ya detenidos. Pero los demás, los que han mordido el anzuelo del kulak, deben recapacitar y comprender que han caído en un error. Y esto os lo digo con motivo… Un ciudadano, que no da su nombre, acaba de pasar a la mesa una notita en la que pregunta: «¿Es verdad que todos los que se han llevado trigo serán deportados y confiscados sus bienes?» ¡No, no es verdad, ciudadanos! Los bolcheviques no se vengan, castigan sin piedad solamente a los enemigos. Pero a vosotros, aunque habéis abandonado el koljós, cediendo a los instigadores de los kulaks, aunque habéis robado el trigo y nos habéis golpeado, no os consideramos como enemigos. Vosotros sois campesinos medios, vacilantes, extraviados temporalmente, y no vamos a aplicaros sanciones administrativas, sino a abriros los ojos a la verdad.

Por la escuela expandióse un rumor de sofocadas voces. Davídov prosiguió:

—Y tú, ciudadanita, no temas, destápate la cara, que nadie te va a hacer nada, aunque ayer me sacudiste más que a una estera. Pero si mañana, cuando vayamos a sembrar, trabajas mal, te zurraré la badana a modo, ¡no te quepa duda! Sólo que yo no te pegaré en la espalda, sino más abajo, ¡para que no puedas sentarte ni tenderte, condenada!

Una tímida risilla corrió por la sala, haciéndose cada vez más fuerte, y al llegar a las últimas filas, estalló en una atronadora carcajada de alivio.

—…Se ha remoloneado, ciudadanos, haciendo trastadas, ¡y basta ya! La labranza de otoño va a perderse; el tiempo pasa y, en vez de hacer el tonto; hay que trabajar, ¡eso es la pura verdad! Cuando acabemos la siembra, podremos damos mamporros y luchar a brazo partido si queréis…Pero ahora, yo planteo la cuestión de un modo tajante: los que estén a favor del Poder Soviético, que vayan mañana al campo; los que estén en contra, pueden quedarse en su casa, comiendo pepitas de girasol. Pero a los que no vayan a sembrar, nosotros, el koljós, ¡les cogeremos la tierra y la sembraremos por nuestra cuenta!

Davídov se retiró de las candilejas y se sentó a la mesa presidencial. Cuando tendía la mano hacia la garrafa, de las filas de atrás, entre las sombras del crepúsculo, levemente esclarecidas por la anaranjada luz de la lámpara, alzóse una voz abaritonada, afectuosa y alegre, que decía conmovida:

—¡Davídov, bribonazo! ¡Te, queremos, Davídov!… Porque no guardas rencor, porque sabes olvidar lo malo… La gente está inquieta… da vergüenza mirarte a la cara, remuerde la conciencia… Y a las mujercitas, un color se les va y otro se les viene… Pero tenemos que vivir juntos… Y agua pasada no mueve molino. ¡Venga, Davídov, borrón y cuenta nueva! ¿De acuerdo?

A la mañana siguiente, cincuenta labradores pidieron ser readmitidos en el koljós. Los campesinos individuales y las tres brigadas del koljós de Gremiachi habían marchado a la estepa al despuntar la aurora.

Liubishkin había propuesto a Davídov dejar una guardia junto a los graneros, pero éste contestó burlón:

—Me parece que ahora ya no hace ninguna falta…

En cuatro días, el koljós sembró casi la mitad de sus campos labrados en otoño. Y el 2 de Abril, la tercera brigada pasaba ya a la labranza de primavera. Durante todo ese tiempo, Davídov no estuvo en la administración más que una vez. Había lanzado al campo a toda la gente apta para el trabajo. Hasta al abuelo Schukar lo había relevado temporalmente de sus funciones de palafrenero para mandarlo a la segunda brigada. El propio Davídov, en cuanto amanecía, iba a los sectores de las brigadas y no regresaba al caserío hasta muy pasada la medianoche, cuando los gallos empezaban ya a despertarse unos a otros con sus sonoros kikirikís.

Capítulo XXXVI

En el patio de la administración del koljós, cubierto ahora de hierba, reinaba igual silencio que en el pastizal de más allá del caserío. Las enmohecidas tejas de la techumbre del granero brillaban con tenue fulgor cálido a la luz del sol de mediodía, pero a la sombra de los cobertizos, en la hollada hierba, pendían aún, grandes y compactas como granos de trigo, las gotas de un rocío gris liliáceo.

Una oveja de raída piel, fea en su delgadez, abiertas las mugrientas patas, estaba en medio del patio, y junto a ella, de rodillas, una cordera, de blancas lanas como la madre, mamaba empujando la ubre con destreza.

Liubishkin entró en el patio a lomos de una pequeña yegua madre. Al pasar frente a un cobertizo, dio con rabia un fustado a un cabritillo que, encaramado en el tejado, le miraba con sus ojos verdes, diabólicos, y masculló:

—¡Siempre te estás subiendo a todas partes, chivo de Satanás! ¡Largo de aquí!

Enfadado y ceñudo venía Liubishkin. Acababa de llegar de la estepa y, sin pasar por casa, se había dirigido a la administración. Tras su yegüita baya, con manchas amarillentas, corría un potrillo fino de remos y de anchas cuartillas, haciendo tintinear el cascabel que pendía de su cuello y balanceando la alzada cola a diestro y siniestro. Para la talla de Liubishkin, la yegua era tan pequeña, que los sueltos estribos colgaban más abajo de las rodillas del animal. Y parecía que, como en cierto cuento, era el encorvado caballero quien llevaba al flaco rocín entre sus piernas de *bogatyr*… Diomka Ushakov, que le estaba observando desde la terracilla, le dijo zumbón:

—Te pareces a Jesucristo entrando en Jerusalén, montado en el borrico…, ¡Te pareces una barbaridad!

—¡El borrico lo eres tú! —respondió con acritud Liubishkin, acercándose a los escalones de la terracilla.

—¡Recoge esas piernas, que vas arando la tierra con los pies!

Liubishkin, sin dignarse a contestar a Diomka, se apeó, enrolló las riendas en la barandilla y preguntó severo:

—¿Está ahí, Davídov?

—Aquí está. Consumiéndose de la pena de no verte. Hace ya tres días que no come ni bebe y no hace más que preguntar: «¿Por dónde andará mi inolvidable amigo Pável Liubishkin? Sin él, yo no puedo vivir, ¡nada en el mundo tiene aliciente para mí!»

—¡Dime una palabra más! ¡Anda, atrévete! ¡Te voy a cerrar la boca con ésta!

Ushakov miró de reojo a la larga fusta y se calló, mientras Liubishkin, con recias pisadas, entraba en la administración.

Davídov y Razmiótnov acababan de examinar, con las delegadas de una asamblea

de mujeres, la cuestión de instalar una casa-cuna. Liubishkin esperó a que se fueran las mujeres; luego, avanzó hacia la mesa. Su camisa de percal, suelta, sin cinturón, polvorienta en la parte de las paletillas, olía a sudor, a sol y a polvo…

—Vengo de la brigada…

—¿Y a qué vienes tú? —inquirió Davídov, frunciendo el entrecejo.

—¡Aquello no marcha! Sólo me quedan veintiocho hombres aptos para el trabajo. Y ésos no quieren dar golpe, hacen el vago… No hay quien los meta en cintura. Ahora, tengo doce arados. A duras penas he conseguido reunir los labradores. Kondrat Maidánnikov es el único que ara como un buey, pero AkimBesjliébnov, Samoja Kuzhenkov, o ese ronco cargante de Atamánchukov y otros muchos son una verdadera calamidad, ¡y no unos labradores! ¡Parece que no han agarrado una mancera en su vida! Aran al buen tuntún. Abren un surco y se sientan a fumar, y no hay quien les mueva ni a empujones.

—¿Cuánto labráis al día?

—Maidánnikov y yo tres cuartos cada uno, pero esos… media hectárea por cabeza, cuando más. Si vamos a seguir labrando así, no sembraremos el maíz ni para el día de la Intercesión.

Davídov, que golpeteaba con el lapicero en la mesa sin decir palabra, preguntó insinuante:

—Bueno, ¿y qué vienes? ¿A qué te limpiemos las lágrimas? —y sus ojos rebrillaron airados.

Liubishkin montó en cólera:

—¡Yo no vengo aquí a lloriquear! Dame hombres y más arados. En cuanto a las bromas, déjalas aparte, ¡que yo también sé bromear, no peor que tú!

—Bromear si sabes, eso es la pura verdad; pero para organizar el trabajo, ¡te falta caletre! ¡Valiente jefe de brigada! ¡No sabe cómo meter en cintura a los gandules! Y está claro que no lo sabrás nunca, ¡puesto que has relajado la disciplina y caído en la tolerancia de principios!

—¡Encuentra tú esa disciplina! —alzó el gallo Liubishkin, sudoroso de la agitación—. El cabecilla de todo es allí Atamánchukov. Me solivianta a la gente, la incita a marcharse del koljós. Y prueba a echarlo… Ese miserable es capaz de llevarse a todos tras él. Dime, Semión Davídov, ¿te estás burlando de mí o qué? No me has dado más que carcamales y enfermos, ¡y aún se te ocurre preguntarme por el trabajo! ¿Qué hago yo con el abuelo Schukar? A ese charlatán del diablo, habría que plantarlo en un huerto, de espantapájaros, y vosotros se lo endosáis a mi brigada, me lo colgáis del cuello, cuando me hace tanta falta como al gitano la madre. ¿Para qué sirve ese trasto? Con el arado, no puede; para boyero, no sirve. Con su voz de gorrión, los bueyes no le toman por un hombre, ¡y no les asusta ni pizca! Se cuelga del yugo el mamarracho ese, y antes de llegar al final del surco, ¡ya se ha caído sus

buenas diez veces! Tan pronto se agacha para atarse un zapato como se tumba, con las patas por alto, para remeterse la hernia. Y las mujeres dejan los bueyes, empiezan a reír y a gritar: «¡Ya se le ha salido a Schukar!» Y llegan a todo correr, las curiosonas, para ver cómo se vuelve a encajar Schukar su hernia en las tripas. En vez de trabajo, ¡aquello es una función de circo! Ayer se acordó, en vista de su hernia, que se encargase de la cocina. ¡Pero ni para eso sirve el maldito! Yo le había dado un cacho de tocino, para que lo echase en las gachas, pero él se lo zampó. Y las gachas estaban saladísimas, con una espuma sospechosa por encima… Entonces, ¿dónde lo pongo yo? —a Liubishkin, bajó los negros bigotes, le temblaron de rabia los labios. Alzó la fusta, descubriendo una obscura mancha redonda de sudor bajo el sobaco de la descolorida y sucia camisa, al tiempo que decía con desesperación—: ¡Quitadme de jefe de brigada, estoy harto de bregar con semejante gentuza! ¡Me tienen atado de pies y manos!

—Oye tú, ¡no te hagas más la víctima! Nosotros sabemos cuándo hay que quitarte, eso es la pura verdad. Y ahora, lárgate al campo, que para la tarde estén aradas doce hectáreas. Si no las aras, ¡no te quejes luego! Dentro de un par de horas, iré yo para allá a comprobarlo. Vete.

Liubishkin salió, dando un tremendo portazo, y bajó corriendo los escalones de la terracilla. La yegua continuaba atada a la baranda, con la cabeza tristemente gacha. En sus ojos violáceos, cuajados de motitas de oro, relucía el sol. Luego de arreglar sobre la recalentada silla la funda de burdo lienzo, Liubishkin montó lentamente. Diomka Ushakov, entornando los ojos, le preguntó socarrón:

—¿Qué, ha labrado mucho tu brigada, camarada Liubishkin?

—Eso a ti no te importa…

—Hombre, hasta cierto punto… Cuando tenga que tomarte a remolque, ¡ya verás si me importa o no!

Liubishkin se revolvió en la silla y, apretando el puño hasta que se tornó azulado, masculló:

—¡Prueba a presentarte allí! ¡Verás cómo te pongo los ojos en su sitio, bizco de Satanás! ¡Y te retorceré el pescuezo de manera que puedas andar de culo sin mirar para atrás!

Diomka escupió con desprecio:

—¡Vaya un curandero que me ha salido! Mejor harías en curar primero a tus labradores, para que arasen con mas brío…

Liubishkin, como si se lanzara al ataque, salió por el portón al galope, hacia la estepa. Aún no se había extinguido el tintineo, cada vez más lejano, del balanceante cascabel del potrillo, cuando Davídov se asomó a la terracilla y le dijo a Diomka, con precipitación:

—Me voy por unos días a la segunda brigada. Te dejo de substituto mío. Ocúpate

de la instalación de la casa-cuna, ayúdales. Y a la tercera brigada no le des avena, ¿me oyes? Si ocurre algo, ve a avisarme en un vuelo. ¿Comprendido? Engancha un caballo al coche y dile a Razmiótnov que vaya a buscarme. Estaré en casa.

—¿Y si yo fuera con mis hombres para ayudar a Liubishkin a roturar el campo? —propuso Diomka, pero Davídov soltó un terno y gritó:

—¡Valiente ocurrencia! ¡Ellos solos deben arreglarse! En cuanto llegue, les haré entrar en vereda, ¡y ya verás cómo no me labran más a razón de media hectárea! Eso es la pura verdad. ¡Anda, engancha!

Razmiótnov llegó a casa de Davídov en el *drozhki* de la administración, tirado por uno de sus caballos. Davídov le esperaba ya junto al portón, con un hatillo bajo el brazo.

—Monta. ¿Qué llevas ahí? ¿Comida? —le preguntó sonriendo Razmiótnov.

—No; ropa.

—¿Ropa? ¿Para qué?

—Sí, una muda.

—¿Pero para qué la necesitas?

—No me des más la lata. ¡En marcha! Llevo una muda para no criar piojos, ¿te enteras? Voy a la brigada, y he decidido quedarme allí hasta que se termine la labranza. Cállate la boca, y arrea.

—¿Andas bien de la cabeza? ¿Qué vas tú a hacer allí hasta el fin de la labranza?

—Arar.

—¿Abandonas la dirección y te vas a arar?.. ¡Qué ocurrencias tienes!

—En marcha, en marcha —repitió Davídov, torciendo el gesto.

—¡No tengas tanta prisa! —Razmiótnov, por lo visto, empezaba a enfadarse—. Explícame la cosa como es menester. ¿Crees que allá no se van a arreglar sin ti? Tu obligación es dirigir, y no empuñar la mancera. Para algo eres el presidente del koljós…

Los ojos de Davídov centellearon de ira.

—¡Lo que faltaba!… ¿Quieres darme lecciones?… Yo, primeramente, soy comunista, ¿te enteras? Y después, presidente del koljós. ¡Eso es la pura verdad! Va a fracasar la labranza, ¿y yo debo estarme aquí mano sobre mano? ¡Te he dicho que arrees!

—Bueno, después de todo, ¿a mí qué? ¡Arre, condenado, espabílate de una vez! —y Razmiótnov dio un latigazo al caballo.

La, inesperada arrancada echó hacia atrás a Davídov, haciendo que se diera un doloroso golpe en el codo contra el respaldo del asiento. Las ruedas empezaron a traquetear suavemente por el camino de verano, en dirección a la estepa.

Al salir del caserío, Razmiótnov puso el caballo al paso y enjugóse la frente, cruzada por la cicatriz.

—¡Vas a cometer una tontería, Davídov! Pon el trabajo en marcha y vuélvete al caserío. Eso de labrar, hermano, no es ninguna cosa del otro jueves. Y te diré que el buen jefe de unidad no debe marchar en las filas, sino mandar a su gente con talento.

—¡Déjate ya de ejemplos, haz el favor! Lo que yo debo es enseñarles a trabajar, y les enseñaré, ¡eso es la pura verdad! ¡Y eso es precisamente dirigir! La primera y la tercera brigadas ya han terminado la siembra de cereales, mientras que allí tengo una brecha. Liubishkin, está claro, es incapaz de taponarla. Y tú me sales con «el buen jefe de unidad» y otras zarandajas… ¿Es que quieres hacerme ver lo blanco negro? ¿Te figuras que yo no he visto nunca buenos jefes de unidad? El bueno es el que, en un momento difícil, arrastra a los demás con su ejemplo. ¡Y eso es lo que debo hacer yo!

—Mejor harías pasándoles un par de arados de la primera brigada.

—¿Y la gente? ¿De dónde la saco? ¡Arrea, arrea, haz el favor!

Hasta el mismo altozano fueron en silencio. Sobre la estepa, ocultando el sol y empinado por el viento, se alzaba en el cenit un nubarrón liliáceo oscuro, de granizada. Sus blancos bordes rizosos brillaban con fulgores de nieve, pero su negra cima erguíase amenazadora en su pesada inmovilidad. Por un desgarrón, orlado de color naranja, el sol desplegaba en abanico, de luminosa cenefa, sus oblicuos rayos. Finos como largas lanzas en la altura del vasto cielo, esparcíanse en torrentes, al aproximarse a la tierra para inundar de luz los lejanos ribazos, alzados sobre el horizonte de la parda estepa, a la que embellecían dándole una juventud maravillosa, radiante.

Obscurecida por la sombra del nubarrón, la estepa, sumisa y callada, esperaba la lluvia. El viento levantaba por el camino nubecillas de polvo gris azulado. Traía ya el aroma de la humedad pluvial. Y un minuto más tarde, parcas y espaciadas, empezaron a caer las gotas. Grandes y frías, penetraban en el polvo del camino, convirtiéndose en minúsculas bolitas de barro. Chillaron alarmadas las ratas campestres, oyóse, más distinto, el rumor de una pelea de codornices, cesó el llamamiento ardiente, apasionado, del sisón. Una ráfaga de viento bajo corrió por los rastrojos del mijo, erizándolos susurrantes. La estepa se llenaba del seco murmullo de la maleza del año anterior. Junto a la misma base del nubarrón, dando bandazos, captando con las desplegadas alas las corrientes de aire, un cuervo bogaba hacia el Oriente. Fulguró albo un relámpago, y el cuervo, lanzando un sonoro y bronco graznido, picó de repente hacia la tierra. Durante un segundo, iluminado por un rayo de sol, refulgió como una llameante antorcha de resina. El viento, atravesando las plumas de sus alas, silbaba con ulular de tempestad, pero al llegar a unos cincuenta metros de la tierra, el pájaro alióse bruscamente, aleteando, y al momento, retumbó un trueno con un estruendo seco, ensordecedor.

Se perfilaba ya sobre el altozano el campamento de la segunda brigada, cuando

Razmiótnov divisó a un hombre que bajaba por la pendiente, hacia ellos. Venía a campo traviesa, saltando las arrolladas y emprendiendo de vez en cuando un cansino trotecillo de viejo. Razmiótnov dirigió hacia él el caballo y, desde lejos, reconoció al abuelo Schukar. Todo su aspecto denotaba que le había ocurrido algún percance… Schukar acercóse al coche. Sus cabellos estaban pegados por la lluvia a su descubierta cabeza, abundantes granos de mijo cocido le salpicaban la mojada barbita y las cejas. Su rostro tenía una lividez de espanto y a Davídov le asaltó un mal presentimiento: «Algo ha ocurrido en la brigada… ¡Se ha armado algún lío!»

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—¡He escapado de la muerte por milagro! —repuso Schukar, luego de tomar aliento—. Me querían asesinar…

—¿Quiénes?

—Liubishkin y los demás.

—¿Por qué?

—Por capricho… Todo empezó por lo de las gachas… Yo que, cuando me pongo a hablar, soy muy temerario, no me pude contener… y entonces, el Liubishkin agarró un cuchillo y echó a correr detrás de mí… De no ser por mi ligereza, ¡a estas horas estaría ya degollado! ¡Me habría dejado allí seco!…

—Anda, vete al caserío; eso lo aclararemos más tarde —le ordenó Davídov, respirando aliviado.

…La historia de lo ocurrido en el campamento, media hora antes, era la siguiente: El abuelo Schukar, que la víspera había echado demasiada sal a las gachas, decidió rehabilitarse ante la brigada. Para ello, al atardecer, se marchó al caserío, pasó la noche en su domicilio y, muy de mañana, tomó un saco vacío y emprendió el regreso a la brigada. Al salir del caserío, torció hacia la era de Krasnokútov, que vivía en la última *jata*, saltó la cerca y se ocultó furtivo tras un montón de salvado. El plan del abuelo Schukar era de una sencillez genial: acechar una gallina, echarle el guante con tiento y decapitaría para hacer con ella unas buenas gachas y ganarse así la estima y el respeto de la brigada. Permaneció escondido cosa de media hora, conteniendo la respiración, pero las gallinas, como adrede, escarbaban al pie del seto, sin pensar ni remotamente en venir a picotear en el montón de salvado. Entonces, el abuelo Schukar empezó a llamarlas bajito: «¡Pitas, pitas, pitas!… ¡Venid, gallinitas!… ¡Bonitas mías! ¡Ti, ti, ti!…», les decía en un susurro, pero agazapado como una fiera en acecho. El viejo Krasnokútov se encontraba casualmente no lejos de la era. Al oír la melosa vocecilla que llamaba a sus gallinas, se acurrucó detrás del seto… Las gallinas se acercaron confiadas al montón de salvado, y en aquel mismo momento, Krasnokútov vio que una mano salía del salvado y agarraba de una pata a una pinta. Schukar la estranguló con la rapidez de un hurón ejercitado. Empezaba ya a meterla en el saco, cuando oyó una pregunta en voz queda: ¿Te dedicas ahora a tentar

gallinitas?, y vio a Krasnokútov, que se alzaba ya tras el seto. El abuelo Schukar se desconcertó de tal manera, que tiró el saco, quitóse el gorro y saludó sin venir a cuento: «¡Buenos días, Afanasi Petróvich! —”Buenos nos los dé Dios —contestó éste —. Pero yo te pregunto si te interesas ahora por las gallinas». —«¡Justamente! Pasaba por aquí, cuando, de pronto, ¿qué es lo que veo? ¡Una gallina pinta! Tenía unas plumas de colores tan sorprendentes, que no me pude contener. ¡Qué ave tan rara!, me digo. Vaya cogerla para mirarla más cerca. ¡En mi vida he visto cosa más curiosa!».

La astucia de Schukar era extemporánea a todas luces, y Krasnokútov la cortó en ciernes: «¡No mientas, viejo penco castrado! ¡Nadie mete las gallinas en los sacos para mirarlas! Confiesa: ¿para qué te la querías llevar?» Y Schukar reconoció su culpa, declarando que deseaba agasajar a los labradores con unas gachas con gallina. Grande fue su asombro cuando Krasnokútov, sin hacer objeción alguna, se limitó a aconsejarle: «Siendo para los labradores, nada hay de malo en ello. Ya que le has retorcido el cuello a una, métela en el saco. Y además, toma, tírale mi muleta a otra. No, a ésa no; a aquella que no pone, a la moñuda… Con una gallina no hay bastante para toda la brigada. Agarra pronto la otra y lárgate en seguida, porque si —¡Dios nos libre!— se presenta mi vieja, ¡nos sacará las tripas a los dos!»

Schukar, contento a más no poder del giro que había tomado el asunto, atrapó la otra gallina y volvió a saltar la cerca. En dos horas, se plantó en el campamento. Y cuando Liubishkin llegó del caserío, el agua hervía ya en un gran caldero y saltaban, cociéndose en ella, los hinchados granos de mijo, mientras las dos gallinas, cortadas en pedazos, dejaban su grasa, dorando el caldo. Las gachas salieron riquísimas. Lo único que temía el abuelo Schukar era que tuviesen cierto regusto a cieno, pues el agua la había sacado de un estanque cercano, cubierto de una fina capa de verdín. Pero sus temores eran injustificados: todo el mundo comió con deleite y colmó de alabanzas al cocinero. El propio jefe de la brigada, Liubishkin, manifestó: «¡En mi vida he comido nada mejor! ¡Te doy las gracias, abuelo, en nombre de toda la brigada!»

El caldero se vaciaba con rapidez. Los más diligentes empezaban ya a extraer del fondo espeso caldo y trozos de gallina. Y en aquel preciso momento ocurrió algo que habría de estropear para siempre la carrera culinaria de Schukar… Liubishkin, que había sacado un pedacito de carne, iba ya a llevárselo a la boca cuando, de pronto, echóse hacia atrás y palideció.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Schukar con aire siniestro, alzando con la punta de los dedos el trocito de carne blanca y cocida.

—Debe ser un alón —contestó tranquilo el abuelo Schukar. Liubishkin se iba poniendo cárdeno, de espantoso furor.

—¿Un alón?.. ¡Acércate y mira bien, cocinero cochino! —rugió.

—¡Ay, queriditas mías! —chilló una de las mujeres—. ¡Pero si tiene garras!…

—¡Figuraciones tuyas, maldita! —arremetió contra ella el abuelo Schukar—. ¿Garras en un alón? ¡Búscatelas más bien debajo de la falda!

Tiró la cuchara sobre el extendido lienzo que hacía de mantel y miró: en la trémula mano de Liubishkin se balanceaba un frágil huesecillo terminado por una patita palmípeda, con diminutas uñas…

—¡Hermanos! —clamó Akim Besjliébnov, muy agitado—. ¡Nos hemos comido una rana!…

Los ánimos se encresparon al instante. Una de las escrupulosas mujercitas lanzó un hipido, levantóse de un brinco y, tapándose la boca con ambas manos, corrió a ocultarse tras la caseta. Kondrat Maidánnikov, al ver los ojos saltones del abuelo Schukar, dilatados de inmenso asombro, cayó de espaldas y empezó a revolcarse de risa, mientras gritaba, entrecortada la voz: «¡Ay, mujercitas, hoy habéis faltado a la vigilia!» Los cosacos que se caracterizaban por tener menos escrúpulos le hicieron coro. «¡Ahora no os darán la comunión!, dijo Kuzhenkov con fingido espanto. Pero Akim Besjliébnov, indignado ante aquella hilaridad, vociferó furioso: «¿Qué motivo hay aquí de risa? ¡Romperle el alma a ese Schukar ya todos los de su ralea!…»

—¡De dónde ha podido caer la rana en el caldero? —insistía Liubishkin tenaz.

—El sacó el agua del estanque; por lo tanto, es que no la vio…

—¡Hijo de perra! ¡Viejo capado!… ¿Qué nos has hecho comer? —puso el grito en el cielo Aniska, la nuera de Donetskov. Y añadió con aullidos de loba—: ¡Yo estoy ahora preñada! ¿Y si mal paro por culpa tuya, charrán?…

E inmediatamente, o ¡zas!, le tiró al abuelo Schukar a la cara las gachas de su escudilla.

El alboroto que se armó fue de los grandes. Las mujeres tendían unánimes sus manos hacia la barba de Schukar sin reparar en los gritos del desconcertado y despavorido abuelo:

—¡Calmaos unas miajas! ¡Eso no es una rana! ¡Os juro por Cristo que no es una rana!

—¿Y qué es entonces? —le asediaba Aniska Donetskova, terrible en su furor.

—¡Una imaginación vuestra! ¡Una visión! —intentaba zafarse astuto Schukar.

Sin embargo, negóse rotundamente a chupar el hueso de aquella «visión», como le proponía Liubishkin. Tal vez la cosa no hubiese pasado a mayores, si Schukar, exasperado hasta el límite por las mujeres, no hubiera tenido la mala ocurrencia de decir:

—¡Meonas! ¡Diablos con faldas! Me metéis las manos en la cara, y no comprendéis que eso no es una rana, ¡sino una ostra!

—¿Una qué?.. —preguntaron asombradas las mujeres.

—Una ostra, ¡os lo estoy diciendo con todas sus letras! La rana es un ser vil,

mientras que la ostra es de sangre azul. Un compadre mío, durante el antiguo *rígemen*, fue ordenanza del general Filimónov, nada menos, ¡y contaba que el general se las zampaba en ayunas a centenares! ¡Completamente crudas! Aún no había salido la ostra de su concha, cuando él la sacaba ya de allí con la punta del tenedor. La atravesaba de parte a parte, ¡y lista! La pobre chillaba lastimera, pero él, sin hacer caso, se la metía en la boca, ¡y hala, adentro! ¿Qué sabéis vosotros? A lo mejor ese bichejo es del mismo género de las ostras. Y puesto que a los generales les gustaban, puede que yo lo haya echado al caldero, para haceros un favor, imbéciles, para que el caldo estuviese más sabroso…

Al llegar Schukar a este punto, Liubishkin no pudo contenerse: empuñó el cucharón de cobre y se levantó, gritando a voz en cuello:

—¿Generales? ¿Para dar grasa al caldo, eh?… A mí, a un guerrillero rojo, ¡¿quieres hacerme comer carne de rana como si yo fuese cualquiera de esos generales cabrones?!

Al abuelo le pareció que en la mano de Liubishkin relumbraba un cuchillo, y puso pies en polvorosa sin volver la cabeza…

De todos estos detalles, Davídov había de enterarse más tarde, a su llegada al campamento. Entre tanto, después de despachar a Schukar, le pidió a Razmiótnov que fustigase al caballo. Al cabo de poco tiempo, estaban ya en el campamento de la brigada. La lluvia continuaba tamborileando en la estepa. Desde Gremiachi Log hasta el estanque lejano un espléndido arco iris alzaba su policroma giba en mitad del cielo. En el campamento no había un alma. Davídov, después de despedirse de Razmiótnov, se dirigió al sector más próximo de los campos de labranza. Cerca de él, pastaban unos bueyes desuncidos; el labrador —Akim Besjliébnov—, que por pereza no había querido ir al campamento, habíase tumbado en un surco y, tapada la cabeza con la anguarina, dormitaba arrullado por el susurro de la lluvia. Davídov le despertó.

—¿Por qué no aras?

Akim se levantó de mala gana, bostezó y sonrió.

—Cuando llueve, no se puede arar, camarada Davídov. ¿No lo sabía usted? Un buey no es un tractor. En cuanto se le moja el pelo del cuello, el yugo le roza hasta hacerle sangre, ¡y ya no sirve el buey para el trabajo! ¡Cierto, cierto! —repitió, al advertir en los ojos de Davídov incredulidad, y le aconsejó—: Mejor sería que fuese usted a separar a esos guerreros… Desde esta mañana, andan liados Kondrat Maidánnikov y Atamánchukov… Mire, ahora están a trompazos en ese sector. El Kondrat le manda que desunza los bueyes, y el Atamánchukov le contesta: «¡Como toques a mi yunta, te rompo la cabeza!» ¡Fíjese, me parece que se están agarrando del pecho!

Davídov miró hacia el final del segundo sector, que se extendía tras un repliegue del terreno, y vio que, efectivamente se había entablado allí una especie de pelea:

Maidánnikov blandía como un sable una varilla de hierro, mientras el alto Atamánchukov le apartaba del yugo con una mano y tenía la otra a la espalda, crispado el puño. No se oían voces. En tanto iba presuroso hacia allá, Davídov gritó desde lejos:

—¿Qué es lo que pasa?

—¿No lo ves, Davídov? Está lloviendo, ¡y éste sigue arando! ¡Les va a desollar el cuello a los bueyes! Yo le digo: «Desúncelos hasta que escampe», y él me insulta y me contesta: «¡Eso a ti no te importa!» Entonces, ¿a quién le importa, hijo de perra? ¿A quién, ronco del diablo? —empezó a dar voces Maidánnikov, dirigiéndose ya a Atamánchukov y amenazándole con la varilla de hierro del yugo…

Por lo visto, ya se habían zurrado de firme: Maidánnikov tenía un ojo como una ciruela negra; Atamánchukov, el cuello de la camisa desgarrado y por su rasurado labio tumefacto se deslizaba la sangre.

—¡No permitiré que se haga daño al koljós! —gritaba Maidánnikov, envalentonado por la llegada de Davídov—. Dice que los bueyes no son suyos, que son del koljós. Bueno, y porque sean del koljós, ¿hay que desollarlos, según tú? ¡Apártate de los bueyes, maldito!

—¡Tú a mí no me mandes! ¿Te enteras? ¡Y no tienes derecho a pegar! ¿Mira, que saco la cuchilla y te desfiguro la cara! ¡Tengo que cumplir mi norma de labranza, y me estás estorbando! —repuso con su voz ronca Atamánchukov, pálido el semblante, tratando de abotonarse el cuello de la camisa con la mano izquierda.

—¿Es que se puede arar con la lluvia? —preguntó Davídov, quitándole a Maidánnikov la varilla de hierro y arrojándola a sus pies.

A Atamánchukov le centellearon los ojos. Torciendo el delgado cuello, masculló con rabia:

—Para un amo, no, ¡pero para el koljós, sí!

—¿Cómo que sí?

—Pues muy sencillo, ¡hay que cumplir el plan! Llueva o no llueva, hay que arar. Porque si no, Liubishkin le está royendo a uno todo el día como al hierro el orín.

—Cuidado con las palabritas… Y ayer, que hacía buen tiempo, ¿cumpliste tu norma?

—¡Aré lo que pude!

Maidánnikov se echó a reír sarcástico.

—¡Un cuarto de hectárea aró! ¡Y fíjate qué bueyes tiene! No les llega a los cuernos con la mano. ¿Y qué ha labrado? Ven, Davídov, y verás —agarró a éste por la mojada manga del abrigo y le condujo a lo largo del surco. Con voz entrecortada de la agitación, barbotaba—: Se había acordado ahondar no menos de quince centímetros y medio. ¿Y esto qué es? ¡Mide tú mismo!

Davídov agachóse y hundió los dedos en el surco blando, pegajoso. Desde su

fondo hasta los bordes, cubiertos de hierba, no había más de siete u ocho centímetros.

—¿Esto es arar? ¡Esto es rascar la tierra, y no ararla! Hoy, por la mañana, me estaban dando ya ganas de sacudirle por el celo que demuestra. Puedes recorrer sus campos, ¡en todas partes ha arado a la misma profundidad!

—¡Oye tú, ven aquí! ¡Te digo que vengas! —gritó Davídov a Atamánchukov, que, de mala gana, estaba desunciendo los bueyes.

Atamánchukov acercóse remolón.

—¿Así labras tú? —le preguntó Davídov en voz baja, mostrando la mella.

—¿Y qué es lo que queréis? ¿Qué se hagan surcos de treinta y cinco centímetros? —Atamánchukov entornó maligno los ojos, quitóse la gorra de la rapada cabeza y se inclinó en irónica reverencia—: ¡Muchas gracias! ¡Probad vosotros mismos a arar más hondo! Todos sabemos darle a la lengua, pero cuando se trata de dar el callo, ¡no aparece nadie!

—¡Lo que queremos nosotros es echarte del koljós, canalla! —gritó Davídov, poniéndose cárdeno—. ¡Y te echaremos!

—¡No necesitáis molestaras! ¡Me iré yo solo! Yo no soy ningún forzado para dejarme aquí la vida por vosotros… ¡No estoy dispuesto a desriñonarme sin saber para qué! —y se fue, silbando, hacia el campamento.

Al anochecer, en cuanto toda la brigada se hubo reunido en el campamento, Davídov dijo:

—Quiero preguntar a la brigada una cosa: ¿Qué hay que hacer con el falso koljosiano que engaña al koljós y al Poder Soviético y, en vez de dar a los surcos quince centímetros de profundidad, estropea la tierra dándole sólo siete? ¿Qué hay que hacer con quien estropea los bueyes haciéndoles arar bajo la lluvia y, cuando el tiempo es bueno, no cumple más que la mitad de la norma?

—¡Echarlo! —repuso Liubishkin.

Las mujeres le apoyaron con singular celo.

—Pues bien, entre vosotros hay uno de esos koljosianos saboteadores. ¡Ahí lo tenéis! —y Davídov señaló a Atamánchukov, que estaba sentado en la lanza de una carreta—. La brigada se encuentra reunida. Someto la cuestión a votación. ¿Quién está a favor de que se expulse al saboteador y vago Atamánchukov?

De los veintisiete presentes, veintitrés votaron por la expulsión. Davídov contó las manos alzadas y dijo a Atamánchukov con sequedad:

—Lárgate. Ya no eres koljosiano, ¡eso es la pura verdad! Dentro de un añito veremos: si te corriges, se te volverá a admitir. Ahora, camaradas, voy a deciros unas breves palabras acerca de algo muy importante. Casi todos trabajáis mal. ¡Muy mal! Nadie, a excepción de Maidánnikov, cumple la norma. ¡Y esto es un hecho vergonzoso, camaradas de la segunda brigada! De seguir así, mancharemos nuestra reputación. Por este camino, podemos ir a parar a la pizarra negra en menos que se

cuenta, y quedarnos en ella para los restos. En un koljós que lleva el nombre de Stalin, y de pronto, ¡semejante escándalo! ¡Hay que cortar esto de raíz!

—¡Es que la norma es demasiado alta! Los bueyes no resisten ese trabajo —alegó Akim Besjliébnov.

—¿Demasiado alta? ¿No resisten los bueyes?… ¡Sandeces! ¿Y por qué pueden entonces los bueyes de Maidánnikov? Yo voy a quedarme en vuestra brigada, tomaré los bueyes de Atamánchukov y os demostraré, prácticamente, cómo se puede labrar una hectárea al día, y hasta una y cuarto…

—¡Qué listo eres, Davídov! ¡No te chupas el dedo, no! —comentó riendo Kuzhenkov, recogida en el puño la corta y abundante barba cana—. Con los bueyes de Atamánchukov, no ya la tierra, ¡se le pueden romper los cuernos al mismo diablo! Con ellos, yo también labraría una hectárea…

—¿Y con los tuyos, no la labras?

—¡En la vida!

—Bueno, ¿quieres que cambiemos? Tú, con los de Atamánchukov, y yo, con los tuyos… ¿De acuerdo?

—Probaremos —repuso Kuzhenkov, prudente y grave, luego de pensarlo un poco.

… Davídov pasó la noche intranquilo. Acostado en la caseta del campamento, se despertó varias veces, ya porque el viento hacía resonar las chapas de hierro del tejado, ya a causa del frío de la medianoche que penetraba bajo su abrigo, mojado aún de la lluvia, o por culpa de las pulgas que poblaban densamente la zamarra, extendida en el suelo, sobre la que él yacía…

Al amanecer le despertó Kondrat. Maidánnikov. Ya había puesto en pie a toda la brigada. Davídov salió presuroso de la caseta. Por Occidente, brillaban todavía las estrellas, con débil fulgor, mientras la luna, en cuarto creciente, era como un arco de oro que adornaba la azulada cota de malla del cielo. En tanto se lavaba Davídov con el agua del estanque, Kondrat, que permanecía en pie junto a él, dijo, mordiéndose enojado una guía del amarillento bigote:

—Una hectárea. y pico por día es mucha faena… ¡Ayer te excediste un poco en tus ofrecimientos, camarada Davídov! ¿No quedaremos mal?…

—Todo está en nuestras manos, todo es nuestro. ¿De qué tienes miedo, estrafalario? —le animó Davídov, pero se dijo para sus adentros—: «¡Aunque reviente en el surco, haré lo que me propongo! Trabajaré hasta de noche, a la luz de un farol, pero araré la hectárea y cuarto. Tengo que hacerlo por fuerza. De lo contrario, sería una vergüenza para toda la clase obrera…»

Mientras Davídov se secaba la cara con el faldón de la blusa tolstoyana, Maidánnikov terminó de uncir sus bueyes y los de aquél y le grito:

—¡Vamos!

Acompañado del chirriar de las ruedas de los arados, Maidánnikov le explicó a Davídov los sencillos principios, establecidos en el decurso de muchos decenios, de la labranza con bueyes.

—Para nosotros, el mejor arado es el Saccov. Tomemos, por ejemplo, el Axays. Es bueno, ni que decir tiene, ¡pero se queda muy atrás del otro! No tiene su calidad. Nosotros hemos decidido labrar de la siguiente manera: le señalamos a cada uno su sector, y que lo trabaje él solo. Al principio, Besjliébnov, Atamánchukov, Kuzhenkov y hasta el propio Liubishkin, que también se sumó a ellos, resolvieron arar en hilera. «Puesto que trabajamos en koljós —decían—, nuestros arados deben ir unos tras otros». Y así fuimos todos. Pero yo vi que la cosa no marchaba… Cuando se paraba el de delante, los demás tenían que pararse también. Y si el que iba en cabeza araba con flojera, los otros, quieras que no, se veían obligados a hacer igual. Y yo me sublevé: «O ponedme a mí delante —les dije— o dadnos a cada uno un sector». Entonces Liubishkin comprendió también que aquel modo de arar no servía. No se veía el trabajo de nadie. Empezamos a labrar por sectores, y yo les saqué a esos diablos diez tantos de ventaja. Cada sector nuestro es de una *desiatina*: trescientos cuarenta metros de largo y treinta y dos de ancho.

—¿Y por qué no se ara el campo a lo ancho? —preguntó Davídov, abarcando con la mirada a un sector labrado.

—Verá por qué: cuando se termina de abrir un surco a lo largo, hay que darles la vuelta a los bueyes, ¿verdad? Pues bien, si ésta es muy cerrada, se les golpea el cuello a las bestias con el yugo, ¡y se acabaron para la labranza! Por eso, se abre el surco a lo largo, y luego se vuelve el arado y se recorren treinta y dos metros con la reja alzada. El tractor vira en redondo fácilmente, hasta echa las ruedas por delante, y tira otra vez en dirección contraria. ¿Pero se puede hacer lo mismo con tres o cuatro pares de bueyes? Ellos tendrían que girar como los soldados en el Ejército, sobre el pie izquierdo, para que no quedase, al dar la vuelta, ningún trozo de tierra sin labrar. Esa es la causa de que en los sectores grandes no se pueden emplear los bueyes. El tractor, cuanto más largo es el camino, va mejor, pero con los bueyes labro los trescientos cuarenta metros a lo largo, y luego mi arado va de vacío, con la reja levantada. Se lo voy a dibujar —y Kondrat, deteniéndose, trazó en la tierra un rectángulo con la afilada punta de la cuchilla—. Supongamos que aquí hay cuatro *desiatinas*. Trescientos cuarenta metros de largo y ciento veintiocho de ancho. Pues bien, yo abro el primer surco lateral, fíjese: si labro una *desiatina*, tendré que recorrer de vacío, al dar la vuelta, treinta y dos metros, pero si son cuatro *desiatinas*, serán ya ciento veintiocho metros. ¿Verdad que eso no conviene? ¿Lo comprende? Se pierde mucho tiempo…

—Lo comprendo, me lo has demostrado prácticamente.

—¿Ha labrado usted alguna vez?

—No, hermano; nunca he tenido ocasión. El arado lo conozco aproximadamente, pero no sé ponerlo en marcha. Enséñame, yo no soy cerrado de mollera.

—Voy a ponerle su arado a punto; abriré con usted un par de surcos, y luego, arrégleselas solo.

Kondrat reguló el arado de Davídov; cambió de lugar el gancho de la cadena de elevación, marcó una profundidad de quince centímetros y medio y, pasando inadvertidamente al tuteo, le explicó a Davídov, sobre la marcha:

—Empecemos a arar y tú mismo irás viendo lo que hay que hacer. Si los bueyes van muy agobiados, dale una vuelta o vuelta y media a esa pieza. Nosotros la llamamos el «tonelete». ¿Lo ves? Está ahí, sobre la cadena móvil; la que regula el surco es fija. Le das vuelta al «tonelete», y la reja se ladea un poco; inclinada, cortará la tierra no con toda su anchura de ocho pulgadas, sino con seis. Y para los bueyes será menos penoso tirar. Bueno, ¡en marcha! ¡Arre, Calvo! ¡Arre!… ¡No tengas miedo, Davídov, a perder la barriga!

El boyero de Davídov, un mozalbete, restalló el *arápnik*, y los bueyes delanteros tiraron a un tiempo. Davídov, con cierta emoción, empuñó la mancera y echó a andar tras el arado, viendo cómo las negras capas de tierra grasienta, cortadas por la cuchilla, se alzaban de la reja, ascendían por la lustrosa vertedera y caían luego de lado, semejantes a grandes peces dormidos.

Al final del surco, cuando había que dar la vuelta, Maidánnikov llegó corriendo y aleccionó a Davídov:

—Vira el arado hacia la izquierda, a fin de que vaya a ras de tierra. Y para que no tengas que limpiar tú mismo la vertedera, ¡mira! —echó el cuerpo sobre el brazo derecho de la mancera, puso el arado «de costado», y los terrones que se deslizaron prensados y oblicuos, por la vertedera, le quitaron el compacto barro pegado a ella, como si la lamieran, hasta dejarla limpia—. ¡Así hay que hacer! —Kondrat volcó el arado y sonrió—. ¡Esto tiene también su técnica! Y si no lo pones «de costado», has de limpiar tú mismo la suciedad de la vertedera, mientras los bueyes van a lo ancho del campo. Ahora tienes el arado como si lo acabaras de lavar y, sobre la marcha, puedes echar un cigarro para alegrar el alma. ¡Toma!

Le tendió a Davídov la enrollada bolsa del tabaco, lió un cigarrillo y dijo, señalando hacia sus bueyes con la cabeza:

—¡Mira cómo trabaja mi costilla! El arado está a punto, no salta más que de tarde en tarde, y ella puede labrar sola.

—¿Llevas a tu mujer de boyero? —preguntó Davídov.

—Sí. Con ella se entiende uno mejor. Aunque le suelte alguna palabrota de vez en cuando, no se enfada, y si se enfada, le dura sólo hasta la noche. Por la noche, siempre se hacen las paces. Al fin y al cabo, es la mujer de uno…

Kondrat sonrió y, a pasos largos, balanceante el cuerpo, echó a andar por el

campo.

Antes del primer descanso para almorzar, Davídov había labrado cerca de un cuarto de hectárea… Sin ganas, tomó unas gachas, esperó a que terminasen de comer los bueyes y le hizo una seña a Kondrat:

—¿Seguimos?

—Yo estoy listo. ¡Aniutka, trae los bueyes!

Y de nuevo —surco tras surco—, cortada por la cuchilla, hendida por la reja, va abriéndose la tierra compacta, prensada por los siglos, mientras las hierbas tienden hacia el cielo sus raíces, muertas, retorcidas, y se derrumban las musgosas crestas del surco para ocultárse en la negrura del fondo. La tierra de las laderillas se desmorona, removiéndose ondulante, como si flotase. Dulce, vivificante es el olor impreciso de la tierra negra. El sol aún está alto, y el buey de la derecha ya tiene obscurecida por el sudor la raída piel…

Al atardecer, Davídov sentía un fuerte dolor en los pies, rozados por los zapatos, y en los riñones. Tropezando a cada paso, midió su sector, y una sonrisa dilató sus labios agrietados, ennegrecidos por el polvo: durante la jornada, había labrado una hectárea.

—¿Qué, cuánto has hecho? —inquirió maligno Kuzhenkov, sonriendo casi imperceptiblemente, cuando Davídov, caminando a duras penas, llegó al campamento…

—¿Cuanto crees?

—¿Una media hectárea, verdad?

—Maldita sea tu estampa… ¡Una hectárea y diez áreas!

Kuzhenkov, ocupado en untarse con grasa de marmota las cortaduras que le habían hecho en un pie los dientes de una grada, carraspeó y dirigióse hacia el sector de Davídov para medir… Al cabo de una media hora, cuando las sombras del crepúsculo eran ya densas, volvió y se sentó lejos del fuego.

—¿Por qué estás tan callado, Kuzhenkov? —le preguntó Davídov.

—Es que me duele el pie… ¿Y qué voy a decir? Has labrado una hectárea… ¡Valiente cosa! —repuso de mala gana y se tumbó, más cerca de la lumbre, cubriéndose con la anguarina la cabeza.

—¿Te han tapado la boca, eh? ¡Ya no ladras! —comentó Kondrat, soltando la carcajada, pero Kuzhenkov calló, como si no le hubiera oído.

Davídov se echó junto a la caseta y cerró los ojos. De la hoguera llegaba el olor de la ceniza caliente. Le ardían las plantas de los pies, rendidos de la caminata, sentía dolorosos pinchazos en las pesadas piernas y, como quiera que las colocase, siempre estaba incómodo y deseoso de cambiar de postura… Apenas se hubo echado, vio vagar ante sus ojos la gleba negra, removida: la hoja blanca de la reja resbalaba silenciosa, mientras la masa obscura de la tierra se deslizaba por un lado, cambiando

de contornos, semejante a alquitrán hirviendo… Al sentir un leve mareo, acompañado de náuseas, Davídov abrió los ojos y llamó a Kondrat.

—¿Qué, no puedes dormirte? —le preguntó éste.

—No, la cabeza me da vueltas… Veo correr la tierra, bajo el arado…

—Eso ocurre siempre —y en la voz de Kondrat se percibía cierta ironía compasiva—. Después de pasarse uno el día entero mirando hacia abajo, se tienen mareos, es natural. Además, el olor de la tierra es endiablado, puro, hasta emborracha. Tú, Davídov, no mires mañana tanto a tus pies, interésate más por lo que pasa a los lados…

Durante la noche, Davídov no notó las picaduras de las pulgas, ni oyó el relinchar de los caballos ni el graznar de una tardía bandada de gansos silvestres que pernoctaba en la cumbre del altozano: dormía como un tronco. Cuando ya despuntaba el alba, se despertó y vio a Kondrat, que venía hacia la caseta envuelto en su anguarina.

—¿Dónde has estado? —indagó Davídov, medio dormido, alzando la cabeza.

—Cuidando de tus bueyes y de los míos… Han comido de primera. Los he llevado al barranquillo, allí la hierba es buena…

La voz, un poco ronca, de Kondrat empezó a alejarse con rapidez y se apagó… Davídov no oyó el final de la frase: el sueño le hizo echar de nuevo la cabeza sobre la zamarra, húmeda del rocío, sumiéndole en la inconsciencia.

Al atardecer de aquel día, Davídov había labrado una hectárea y veinte áreas; Liubishkin, una hectárea justa; Kuzhenkov, poco menos de una. E inesperadamente para todos, ocupó el primer puesto Antip Grach, que hasta entonces se encontraba en el grupo de los rezagados, llamado en broma por Davídov el «equipo de los débiles». Antip, que trabajaba con los enflaquecidos bueyes de Titok, no había dicho a la hora del almuerzo cuánto había arado; después de almorzar, su mujer, que trabajaba con él de boyera, dio a los animales en su halda las diez libras de pienso concentrado que les correspondían de ración. Antip hasta recogió de la arpillera las migas de pan que quedaran del almuerzo y se las echó a su mujer en la falda para que se las diera a las bestias. Liubishkin, al observarlo, sonrió burlón:

—¿Quieres adelantarnos a la chita callando, Antip?

—¡Y os adelantaré! ¡Los de mi casta nunca se quedan atrás! —le repuso Grach, desafiante, aún más ennegrecido el rostro por el sol primaveral.

Cumplió su palabra: al atardecer, resultó que había labrado una hectárea y cuarto. Mas, cuando ya había anochecido y Davídov le preguntó a Kondrat Maidánnikov, que llevaba los bueyes al campamento: «¿Cuánto has hecho?», éste le contestó con voz enronquecida: «Me han faltado diez áreas para la hectárea y media. Déme tabaco… No he fumado desde mediodía…», y le miró con ojos entornados de cansancio, pero triunfantes.

Después de la cena, Davídov hizo el balance:

—La emulación socialista, camaradas de la segunda brigada, ¡marcha, ya aquí de primera! El ritmo de labranza que se ha tomado es muy decente… ¡En nombre de la administración del koljós, expreso a la brigada nuestro agradecimiento bolchevique! Estamos taponando la brecha, queridos camaradas, ¡eso es la pura verdad! ¿Y cómo no la vamos a taponar si se ha demostrado, con los hechos, que la norma señalada se puede cumplir? Ahora, hay que volcarse en lo del gradeo. ¡Y gradar, sin falta, en fila de tres! Le damos especialmente las gracias a Maidánnikov, ¡pues ha demostrado ser un auténtico trabajador de choqué!

Las mujeres fregaron los cacharros, los labradores se acostaron, los bueyes fueron llevados a pastar. Dormitaba ya Kondrat, cuando su mujer se deslizó en el lecho, bajo la anguarina. Dándole con el codo, inquirió:

—Oye, Kondrasha, Davídov te ha llamado… como para elogiarte… trabajador de choque. ¿Qué es eso?

Aunque Kondrat había oído muchas veces aquella denominación, era incapaz de explicarla. «¡Debía haberle preguntado a Davídov!», pensó con cierto enojo. Pero tenía que dar respuesta; pues de lo contrario, desmerecería grandemente ante los ojos de su mujer, y explicó cómo pudo:

—¿Trabajador de choque? ¡Qué tonta eres, mujer! ¿Trabajador de choque? Hum… ¿Cómo explicártelo para que lo entiendas mejor? Lo haré con un ejemplo. Hay en el fusil una pieza que choca contra el cebo, haciéndolo detonar. En el fusil, esa pieza es la principal; sin ella no se puede disparar… Pues lo mismo ocurre en el koljós: el trabajador de choque es la figura principal. ¿Has comprendido? Bueno, y ahora, ¡duérmete y no te arrimes tanto!

Capítulo XXXVII

Para el 15 de Mayo, en todo el distrito, la siembra de cereales estaba ya terminada en lo fundamental. El koljós Stalin de Gremiachi Log había cumplido íntegramente su plan con anterioridad. El 10, al mediodía, en cuanto la tercera brigada acabó de sembrar las ocho hectáreas de maíz y girasol que quedaban, Davídov mandó un correo a caballo al Comité Distrital del Partido con un parte en el que se le comunicaba el fin de la siembra.

El trigo temprano alegraba la vista con sus tallos. Pero en el sector de la segunda brigada se encontraban cerca de cien hectáreas de trigo del Kubán que no se habían sembrado hasta los primeros días de Mayo, y Davídov temía que aquel retraso impidiese al trigo brotar bien. Liubishkin compartía sus temores. Yákov Lukich manifestó rotundamente:

—¡No brotará! ¡De ninguna manera! ¿Queréis sembrar durante el año entero y que salga algo? Los libros dicen que en Egipto se siembra y se recoge dos veces al año. Pero Gremiachi Log, camarada Davídov, no es Egipto, ¡aquí hay que sembrar muy a su tiempo!

—Oye tú, ¿qué oportunismo andas propagando? —le reprochó Davídov enfadado—. ¡Nuestro trigo tiene que salir! Y si hacen falta dos cosechas al año, las recogeremos. La tierra es nuestra, nos pertenece, y sacaremos de ella lo que queramos, ¡eso es la pura verdad!

—Habla usted como un niño.

—Ya lo veremos. Pero tú, ciudadano Ostrovnov, muestras en tus palabras una desviación derechista, cosa que en el Partido es indeseable y dañina… Esa desviación ha sido condenada suficientemente. Que no se te olvide…

—Yo no hablo de desviaciones, sino de la tierra. De las desviaciones de ustedes yo no entiendo.

A Davídov, aunque confiaba en el poder germinativo del trigo del Kubán, no dejaba de atormentarle la duda. Todos los días ensillaba un caballo de la administración y se iba a ver los campos, calcinados por el sol, preparados ya, pero cubiertos de una negrura fúnebre, siniestra.

La tierra se secaba rápidamente. El grano, mal nutrido, no tenía fuerzas para lanzar el germen a la superficie. El agudo dardo del tallo, tierno y débil, yacía mustio bajo los desmenuzados terrones, recalentados, olorosos del sol, esforzándose por salir a la luz, sin poder atravesar aquella endurecida corteza, carente de humedad. Davídov se apeaba del caballo; de rodillas, escarbaba la tierra con la mano y al examinar en la palma el granillo mísero, en el que despuntaba apenas un fino tallito, sentía una amarga compasión hacia aquellos millones de granos enterrados, ansiosos de sol y casi condenados ya a muerte. La conciencia de que era impotente para evitarlo, lo

ponía furioso. Si lloviese, el trigo del Kubán extendería por el campo su terciopelo verde. Pero no llovía, y el terreno estaba ya cubierto de mala hierba que, poco exigente, crecía espesa y vigorosa.

Un atardecer, llegó a casa de Davídov una delegación de viejos.

—Venimos a hacerle un humilde ruego —dijo Akim el Tientagallinas, después de saludar, buscando en vano con la mirada algún icono ante el que poder santiguarse.

—¿Qué ruego?.. No busques, abuelo, aquí no hay iconos.

—¿No hay? Bueno, no importa… Nos arreglaremos sin ellos… Pues, en nombre de los viejos, queríamos hacerle una petición.

—¿Cuál?

—El triguillo de la segunda brigada, por lo que se ve, no crece.

—Todavía no se ve nada, abuelo.

—No se ve, pero así parece.

—¿Y qué?

—Que hace falta que llueva.

—Cierto, hace falta.

—Entonces, ¿nos permite usted que llamemos al pope? Rezaría unas plegarias, en procesión.

¿Para qué? —inquirió Davídov, enrojeciendo ligeramente…

—¡Vaya una pregunta! Para que Dios nos mande lluvia.

—Mira, abuelo, eso ya es demasiado… Vete y no hables más del asunto.

—¿Cómo que no hable? ¿No es nuestro el triguillo?

—Es del koljós.

—¿Y nosotros qué somos? ¡Koljosianos!

—Y yo soy el presidente del koljós.

—Ya lo sabemos, camarada. Usted no cree en Dios, y no le pedimos que vaya a la procesión, pero déjenos ir a nosotros, que somos creyentes.

—No lo permito. ¿Os ha mandado la asamblea de koljosianos?

—No. La verdad es que lo hemos decidido los viejos solos.

—¿Lo veis? Vosotros sois pocos, y la asamblea, de todos modos, no os habría autorizado. La hacienda, abuelo, hay que gobernarla con ayuda de la ciencia, y no de los popes.

Davídov estuvo hablándoles largo rato y con prudencia, procurando no herir sus sentimientos religiosos. Los abueletes callaban. Cuando la entrevista tocaba ya a su fin, se presentó Makar Nagúlnov. Había oído decir que unos viejos —una delegación de creyentes— habían ido a pedirle permiso a Davídov para salir en procesión a hacer unas preces, y acudió presuroso.

—Entonces, ¿no se puede? —suspiró el abuelo Akim el Tientagallinas.

—Ni se puede ni tiene objeto. Lloverá. Sin necesidad de eso.

Los abuelos salieron. Nagúlnov les siguió al zaguán. Después de cerrar bien la puerta del cuarto de Davídov, les dijo en un susurro:.

—¡Oídme, carcamales! Yo os conozco perfectamente: vosotros, diablos testarudos, no pensáis más que en vivir a vuestro modo. Os pasaríais todo el tiempo organizando fiestas religiosas, llevando en procesión iconos por la estepa, pisoteando el trigo… Si por vuestra cuenta y riesgo llamáis al pope y lo lleváis al campo, me planto allí en el acto con el equipo de bomberos y os riego con las mangas hasta poneros como sopas. ¿Comprendido? Y al pope más le valdría no asomar ni las orejas. Porque si se presenta, a ese semental melenudo lo pelo yo, delante de todo el mundo, con unas tijeras de esquilar carneros. Lo esquilo, para vergüenza suya, y luego lo suelto. ¿Comprendido? —volvió a la habitación de Davídov y, ceñudo, malhumorado, se sentó en el arcón.

—¿Qué estabas cuchicheando ahí con los viejos? —indagó Davídov, lleno de sospechas.

—Hablábamos del tiempo —respondió Makar, sin pestañear siquiera.

—¿Y qué?

—Pues que han decidido firmemente dejarse de procesiones.

—¿Y qué dicen ellos? —preguntó Davídov, volviéndose para ocultar una sonrisa.

—Dicen que han comprendido que la religión es opio… ¿Pero por qué me das tanto la lata, Semión? ¡Eres peor que la tiña! Te pegas a uno, ¡y no hay manera de desprenderse de ti! «¿De qué hablabas? ¿Qué les has dicho?»… Lo que he dicho, dicho está. Tú estás fomentando aquí el democratismo; tratas de convencer, suplicas… Y con esos viejos no hay que hablar así, en absoluto. Todos ellos tienen el mismo espíritu dañino, están completamente intoxicados por ese opio… Por consiguiente. ¿a qué gastar con ellos saliva en balde? Un par de palabritas certeras, ¡y a otra cosa!

Davídov echóse a reír y le dejó por imposible: ¡Decididamente, Makar no tenía cura!

Dos semanas llevaba Nagúlnov fuera del Partido. Entre tanto, en el Comité Distrital la dirección había sido cambiada: a Korchzhinski y Jomutov les habían destituido de sus cargos.

El nuevo Secretario del Comité Distrital, que había recibido de la Comisión de Control la apelación de Nagúlnov, envió a Gremiachi Log a un miembro del Buró para investigar por segunda vez el asunto. Después de lo cual, el Buró acordó revocar su decisión anterior de expulsar del Partido a Nagúlnov. El nuevo acuerdo se basaba en que la sanción, por su severidad, no estaba en consonancia con la falta cometida. Además, varias acusaciones formuladas contra Nagúlnov, como «relajamiento moral» y «libertinaje sexual» fueron desechadas a raíz de la segunda investigación. Se hizo a Makar una amonestación por escrito, y en eso quedó la cosa.

Davídov, que desempeñaba temporalmente las funciones de Secretario de la célula, al hacer entrega de los asuntos a Nagúlnov, le preguntó:

—¿Qué, has aprendido? ¿No volverás a exagerar la nota?

—Sí, he aprendido, y mucho. Pero lo que hace falta es averiguar quién ha exagerado la nota: el Comité Distrital o yo.

—El Comité Distrital y tú. Cada uno un poco.

—Pues yo considero que el Comité Comarcal también está cometiendo excesos.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Los siguientes: ¿Por qué no se ha dado orden de devolver el ganado a los que se fueron? ¿No es eso, acaso, una colectividad forzosa? ¡Qué duda cabe! La gente se va del koljós y no se les da nada: ni ganado ni aperos de labranza. Y claro, como no tienen con qué vivir ni saben qué hacer, vuelven al koljós. Las pían, pero vuelven.

—¡Ten presente que el ganado y los aperos forman parte del fondo indivisible del koljós!

—¿Y para qué diablos se necesita ese fondo si vuelven al koljós a la fuerza? ¡Habría que tirarles sus bienes a la cara!… Y decirles: «Tomad vuestros aperos, ¡coméroslos, y ojalá se os atraganten!» Yo no les dejaría ni acercarse al koljós. En cambio, tú has vuelto a admitir a todo un centenar de camaleones de esos. Y a lo mejor, te figuras que vas a hacer de ellos koljosianos conscientes… ¡Estás listo! Esos individuos, por mucho que estén en el koljós, tenderán siempre el hocico hacia la vida individual, hasta la misma tumba… ¡Yo los conozco perfectamente! El que no se les haya devuelto el ganado y los aperos de labranza es una desviación a la izquierda, y el que tú les hayas admitido de nuevo es una desviación a la derecha. Ahora, hermano, yo también entiendo mucho de política, ¡ya no me apabullas!

—¡Qué has de entender tú! ¡Cuando ni siquiera comprendes que el arreglo de cuentas con los que se marchan no es posible hacerla inmediatamente, sino hasta que termine el año económico!…

—Eso sí lo comprendo.

—¡Ay, Makar, Makar! No puedes vivir sin botaratadas. Con frecuencia se te trastorna la mollera, ¡eso es la pura verdad!

Estuvieron discutiendo largo rato, hasta que acabaron por enfadarse, y Davídov se marchó.

Durante aquellas dos semanas, habían ocurrido muchos cambios en Gremiachi Log: Con gran asombro de todo el caserío, Marina Poiárkova había tomado como marido a Demid el Callado. Este se fue a vivir a la *jata* de ella; una noche, enganchóse él mismo al carro y trasladó allí sus míseros enseres, después de condenar las puertas y ventanas de su casucha.

«La Marina ha encontrado su pareja. ¡Entre los dos podrán más que un tractor!», decían en Gremiachi.

Andréi Razmiótnov, terriblemente herido por el casorio de la que fuera largos años su adorado tormento, al principio se hizo el fuerte, pero luego no pudo resistir el golpe y, ocultándose de Davídov, se entregó a la bebida. Sin embargo, Davídov se dio cuenta y le advirtió:

—Deja eso, Andréi. No está nada de bien.

—Lo dejaré. Pero me duele en el alma, Semión, ¡cómo no te puedes imaginar! ¡Por quién ha ido a dejarme esa perra! ¡Por quién!…

—Eso es cosa suya.

—Sí, pero a mí tiene que dolerme, ¿verdad?

—Será doloroso si quieres, pero no bebas. No es tiempo de borracheras. Pronto empezaremos la escarda.

Y Marina, como si lo hiciera adrede, se mostraba cada vez más a menudo ante los ojos de Andréi. Parecía satisfecha, dichosa.

Demid el Callado trabajaba en la minúscula hacienda de Marina como un buey de buena raza. En unos días, había arreglado todas las dependencias auxiliares; en veinticuatro horas, cavó una cueva de tres metros y pico de profundidad; llevaba sobre sus espaldas montones de heno de diez puds, cargaba con los arados… Marina lavaba la ropa, le hacía prendas de vestir, le remendaba y zurcía las mudas y no se cansaba de alabar ante las vecinas la capacidad de trabajo de Demid.

—Un hombre así, mujercitas, era el que yo necesitaba en mi hacienda. Tiene unas fuerzas de oso. Todo lo hace en un vuelo. Y el que sea callado, ¿qué importa?… Así regañaremos menos…

Y Andréi, a cuyos oídos llegaban rumores de que Marina estaba contenta de su nuevo marido, se decía nostálgico:

—¡Ay, Marisha! ¿Es que yo no podía haberte arreglado el cobertizo y hecho una cueva? ¡Me has destrozado la vida en mi juventud!

A Gremiachi Log volvió del destierro el expropiado Gáiev. La comisión electoral de la región le había reintegrado en sus derechos de ciudadano. En cuanto el cargado de hijos Gáiev llegó al caserío, Davídov le llamó a la administración del koljós.

—¿Cómo piensas vivir ciudadano Gáiev? ¿Cómo campesino individual o en el koljós?

—Como sea —repuso Gáiev, que aún guardaba rencor por su expropiación ilegal.

—De todos modos, ¿algo habrás decidido?

—Por lo visto, no tendré más remedio que entrar en el koljós.

—Presenta la solicitud.

—¿Y mis bienes?

—Tu ganado está en el koljós; tus aperos también. Lo demás se ha repartido, y la cosa será más complicada. Sin embargo, te devolveremos algo, y por el resto recibirás dinero.

—¿Y qué pan voy a comer? Pues mi trigo os lo llevasteis todo, hasta el último grano…

—Eso tiene fácil solución. Vete a ver al administrador, él le dirá al encargado del almacén que te entregue unos diez puds de harina, para empezar.

—¡Están abriendo a todo Cristo las puertas del koljós! —se alborotó Nagúlnov al enterarse de que Davídov estaba dispuesto a admitir a Gáiev—. Sólo falta que Davídov ponga un anuncio en el Molotdeclarando que todos los deportados que han cumplido la condena serán admitidos en el koljós… —le decía a Andréi Razmiótnov.

Después de la terminación de la siembra, la célula de Gremiachi Log había duplicadó sus efectivos: Pável Liubishkin, que había sido bracero de Titok durante tres años, Néstor Loschilin, koljosiano de la tercera brigada, y Diomka Ushakoveran ya candidatos a miembro del Partido. El día en que iba a reunirse la célula para dar ingreso a Liubishkin y a los demás, Nagúlnov le había propuesto a Kondrat Maidánnikov:

—Ingresa en el Partido, Kondrat. Yo te avalaré de buena gana. Tú serviste, bajo mi mando, en el escuadrón, y lo mismo que entonces eras un heroico soldado rojo de Caballería, hoy eres un koljosiano de primera. ¿Cómo se explica que no hayas entrado aún en el Partido? Las cosas han llegado a tal punto, que la revolución mundial puede estallar de un momento a otro. Quizás tengamos que servir los dos otra vez en el mismo escuadrón para defender el Poder Soviético, y resultará que, después de tanto tiempo, tú seguirás siendo un sin partido como antes. ¡Eso no está nada de bien! ¡Ingresa!

Kondrat dio un suspiro y confesó su secreto:

—No, camarada Nagúlnov, mi conciencia no me permite ingresar por ahora en el Partido… Yo iré de nuevo, si es preciso, a luchar por el Poder Soviético y trabajaré en el koljós honradamente, pero en el Partido no puedo apuntarme…

—¿Por qué? —inquirió Makar, frunciendo el ceño.

—Porque incluso ahora, estando en el koljós, peno por mis bienes… —los labios de Kondrat temblaron, su voz se convirtió en un susurro—. Cuando pienso en mis bueyes, se me parte el corazón… Me dan lástima… No los cuidan como debieran… Akim Besjliébnov tiene la culpa de que mi caballo se haya desollado el cuello con la collera, durante el gradeo; cuando lo vi, me pasé el día entero sin comer… ¿A quién se le ocurre ponerle a un caballo pequeño una collera tan enorme? Por eso, no puedo hacerlo. Puesto que no he renegado aún de la propiedad, mi conciencia no me permite entrar en el Partido. Yo así lo entiendo.

Nagúlnov reflexionó un instante y dijo:

—Tienes razón, no ingreses, espera todavía un poco. Lucharemos implacablemente contra todo lo que no marche bien en la hacienda koljosiana; cada caballo tendrá su collera a la medida. Pero si ves en sueños a tus bueyes, está claro

que tú no puedes entrar en el Partido. Al Partido sólo se puede ir cuando ya no se echa de menos la propiedad. Al Partido hay que ir limpio, sin mancha alguna, y con un solo pensamiento: llegar a la revolución mundial. Mi padre vivía con desahogo y, desde que yo era niño, se empeñaba en enseñarme a gobernar la hacienda. Pero a mí no me tiraba nada de aquello, la hacienda me importaba un pito. Renuncié a la vida de abundancia, y a los cuatro pares de bueyes, y me fui a conocer la miseria, a trabajar de jornalero… Por consiguiente, no ingreses de momento, hasta que no te libres de esa cochina sarna de la propiedad.

El rumor de que Liubishkin, Ushakov y Loschilin ingresaban en el Partido se difundió ampliamente por Gremiachi Log. Uno de los cosacos le dijo en broma al abuelo Schukar:

—¿A qué esperas para presentar tu solicitud? Tú eres del activo, ¡preséntala! Te darán un cargo, te comprarás una cartera de cuero y te pasearás con ella bajo el brazo.

Schukar meditó la cosa, y al atardecer, apenas hubo obscurecido, se presentó en la vivienda de Nagúlnov.

—¡Muy buenas tardes, Makárushka!

—Buenas tardes. ¿A qué vienes?

—La gente entra en el Partido…

—¿Y qué?

—No me atosigues, déjame hablar.

—Sigue.

—Seguiré. Y a lo mejor, yo también quiero entrar. No voy a pasarme, hermano, toda la vida junto a los caballos. No estoy casado con ellos.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Bien claramente te lo he dicho: quiero entrar en el Partido. A eso vengo, a saber qué cargo me vas a dar; bueno, y los demás detalles… Anda, dime lo que hay que escribir…

—¿Pero tú qué te has creído?… ¿Que se viene al Partido a buscar cargos?

—Aquí, todos los del Partido tienen alguno.

Makar, conteniendo sus ímpetus, cambió de conversación:

—¿Fue el pope a tu casa en la Pascua?

—Claro que fue.

—¿Y le diste algo?

—¡Cómo no! Un par de huevecitos y, naturalmente, un pedazo de tocino, de una media libra.

—Por consiguiente, ¿sigues creyendo en Dios hasta hoy día?

—Desde luego. Claro que no mucho, pero cuando me pongo malo, cuando tengo algún disgusto o, por ejemplo, caen rayos y centellas, entonces sí; rezo y, naturalmente, recurro a Dios.

Makar hubiera querido terminar cortésmente la entrevista con el abuelo Schukar. Limitándose a explicarle por qué no se le podía admitir en el Partido, pero como al entablar aquella conversación inopinada no había tenido tiempo de hacer acopio de paciencia, le soltó inmediatamente un par de coces:

—¡Vete al cuerno, animal de bellota! Les das huevos a los popes, haces Jordanes en el hielo, sueñas con tener cargos, cuando en realidad ni siquiera eres capaz de preparar un mal pienso para los caballos. ¿Para qué diablos necesita el Partido una vieja carraca como tú? ¿Te estás burlando de mí? ¿Te figuras que en el Partido se admite toda clase de basura? Tú sólo sirves para darle a la lengua sin tino, para hacer el payaso y decir mentiras. Ahueca el ala y no me sulfures; mira que yo ando mal de los nervios… Mi salud no me permite conversar tranquilamente contigo. ¡Rala, lárgate! ¿Me oyes?

«¡He elegido mala hora! Debía haber venido después de comer», se lamentaba el abuelo Schukar al cerrar, precipitada y ruidosamente, la puertecilla de la cerca.

La última noticia que produjo gran emoción en Gremiachi Log, sobre todo entre las mozas, fue la de la muerte del Humillo.

Efim Trubachiov y Batálschikov, condenados por el tribunal popular, habían escrito una carta diciendo que, camino de la estación, el Humillo había sentido el ansia de la libertad y la nostalgia de Gremiachi Log e intentado huir.

El miliciano que conducía el grupo de detenidos le dio el alto tres veces. Pero el Humillo, agachado, siguió corriendo a campo traviesa en dirección al bosque. No le quedaban más que unos treinta metros para llegar a los matorrales, cuando el miliciano hincó la rodilla en tierra, se echó el fusil a la cara y, al tercer disparo, abatió al Humillo para siempre.

Aparte de su tía, nadie de la familia quedaba para llorar al Humillo. Las muchachas a quienes él iniciara en el nada difícil arte del amor, si tuvieron alguna pena, se consolaron pronto.

«El muerto al hoyo, y el vivo al bollo»… Las lágrimas de las muchachas son como el rocío a la salida del sol…

Capítulo XXXVIII

El año 1930 desapareció por vez primera la «estación muerta». En los años pasados, cuando la gente vivía a la antigua, aquellos dos meses se llamaban, con sobrados motivos, la «estación muerta». Terminada la siembra, los dueños de las haciendas se preparaban sin prisas para la siega. Los bueyes y los caballos reposaban en los pastizales, acumulando fuerzas, mientras los cosacos, despaciosos, construían rastrillos, reparaban las carretas y las guadañadoras… Muy contados eran los que iban a labrar los barbechos de Mayo. Los caseríos estaban sumidos en agobiante silencio. Al mediodía, no se encontraba un alma por las calles muertas. Los cosacos, si no estaban de viaje, descansaban en sus*kuréns* o manejaban el hacha con desgana; las adormiladas mujeres, instaladas en algún lugar fresco, se buscaban unas a otras los piojos. El vacío y una soñolienta calma reinaban en los caseríos.

Pero el primer año de vida koljosiana vino a alterar la «estación muerta» en Gremiachi Log. Apenas brotaron los trigos, empezó la escarda.

—Escardaremos tres veces, ¡para que no quede en los campos koljosianos ni una mala hierba! —declaró Davídov en la asamblea.

Yákov Lukich Ostrovnov se sentía a sus anchas, en su elemento. A él, hombre dinámico e inquieto, le gustaba sobremanera aquel modo de llevar una explotación agrícola: todo el caserío estaba en movimiento, dedicado al trabajo, en afanoso trajinar. «Muy alto está volando el Poder Soviético, ¿no se dará el batacazo? Quiere escardar los trigales, labrar los barbechos, alimentar bien el ganado, reparar los aperos… Pero, y la gente, ¿querrá trabajar? ¿Se podrá obligar a las mujeres a que escarden? ¡Pues esto es algo nunca visto! Antes, en toda la región de los cosacos del Don, no se escardaban jamás los trigales. Y mal hecho, porque la cosecha habría sido más abundante. Yo también, viejo necio, tenía que haber escardado. De todos modos, las malditas mujeres se pasaban el verano entero ganduleando», pensaba, lamentando en el alma no haber escardado sus trigales cuando, siendo campesino individual, procuraba engrandecer su hacienda.

Hablando con el propio Davídov, le decía:

—Este añito tendremos una enormidad de trigo, camarada Davídov. En cambio, antes, el campesino echaba la semilla y se limitaba a esperar lo que saliera. Junto con el trigo crecía la correhuela y la cerraja, la ballueca, el euforbio y toda clase de mala hierba. Llegaba la trilla, y el grano parecía bueno; pero cuando se pesaba, apenas resultaban cuarenta puds por hectárea, y hasta menos aún.

A raíz de que los gremiachinos arramblaran con las semillas guardadas en los graneros koljosianos, Davídov había querido destituir a Ostrovnov del cargo de administrador. Graves sospechas asaltaban a Davídov… Recordaba que cuando le viera entre la multitud agolpada junto a los graneros, el rostro del viejo tenía no sólo

una expresión de desconcierto, sino una sonrisa en los labios, maligna, expectante… Al menos, así le había parecido entonces.

Al día siguiente, Davídov llamó a Yákov Lukich a su habitación y mandó salir a los que se encontraban en ella. Entre ambos, tuvo lugar una conversación a media voz.

—¿Qué hacías tú ayer junto a los graneros?

—Trataba de convencer a la gente, camarada Davídov. Les decía a nuestros enemigos que se recobrasen y no cogieran por su cuenta y riesgo el trigo koljosiano —repuso Yákov Lukich sin inmutarse.

—Y a las mujeres… ¿Por qué les dijiste tú a las mujeres que yo debía tener las llaves de los graneros?

—¿Cómo? ¿A quién le he dicho yo eso? ¡Dios mío!… En la vida…

—Las mismas mujeres me lo repitieron cuando me llevaban detenido…

—¡Mentiras! Se lo juro. Calumnias… Eso es porque me tienen rabia.

Y Davídov empezó a dudar de la justeza de su decisión. Por añadidura, poco después, Yákov Lukich desplegaba una actividad tan intensa para preparar los trabajos de escarda y organizar el abastecimiento de víveres, hacía llover sobre el Consejo de administración tal cantidad de proyectos de explotación racional, que Davídov quedó de nuevo subyugado por la energía de su administrador.

Yákov Lukich propuso al Consejo de administración construir en los sectores de las brigadas varios nuevos estanques. Hasta señaló los barrancos donde sería más fácil embalsar el agua del deshielo. Según su proyecto, la construcción de los nuevos estanques debía hacerse de manera que el ganado no tuviera que recorrer más de medio kilómetro para ir al abrevadero. Y tanto Davídov como todos los miembros del Consejo hubieron de reconocer el valor de la propuesta de Ostrovnov, ya que los antiguos embalses se habían hecho sin tener en cuenta las necesidades de la hacienda koljosiana. Estaban esparcidos sin orden ni concierto por la estepa, y en primavera, el ganado de las brigadas había que llevarlo a beber a dos kilómetros y medio o tres de distancia. La pérdida de tiempo era enorme. Los bueyes se cansaban; para ir al abrevadero y regresar al campamento se necesitaban casi dos horas, en cuyo tiempo se habría podido arar o gradar más de una hectárea. El Consejo de administración dio su conformidad para la construcción de los nuevos embalses, y Yákov Lukich, aprovechando una pausa en las labores, procedió, con autorización de Davídov, al acopio de madera para las presas.

Además, Yákov Lukich hizo la propuesta de construir una fábrica de ladrillos y demostró fácilmente a Arkashka Menok, dudoso del rendimiento de la empresa, que era muchísimo más económico tener cerca sus propios ladrillos para la edificación de la cuadra y la boyera de mampostería que acarreados desde la cabeza del distrito, situada a veintiocho kilómetros del caserío, y pagar encima cuatro rublos y cincuenta

kopeks por cada centenar. También fue Yákov Lukich quien convenció a los koljosianos de la tercera brigada para que cegasen la Barranca Mala, cuyas arrolladas se llevaban todos los años las fértiles tierras cercanas al caserío, en las que crecía magníficamente el mijo y se criaban unas sandías de enorme tamaño y gran dulzura. Bajo su dirección, la barranca fue entibada con maderos, la rellenaron de estiércol, ramaje y piedras y plantaron en sus laderas álamos y salces para que sus raíces sujetasen y afianzaran el movedizo terreno. De este modo, una considerable superficie de tierra quedó protegida de los derrublos.

Todas aquellas circunstancias, reunidas, reforzaron la vacilante situación de Yákov Lukich en el koljós. Davídov decidió con firmeza no desprenderse de ninguna manera de su administrador y apoyar por todos los medios su continua iniciativa, verdaderamente inagotable. Hasta Nagúlnov había suavizado un poco su actividad con respecto a Yákov Lukich.

—Aunque, por su espíritu, es persona ajena a nosotros, sabe bien cómo hay que llevar una hacienda. Mientras no formemos un hombre nuestro, tan entendido como él en estas cosas, mantendremos a Ostrovnov en el cargo de administrador del koljós. Nuestro Partido tiene enorme talento. Cuenta con millones de cerebros, de ahí proviene su gran agudeza. Hay más de un ingeniero que es un reptil y un contrarrevolucionario en el fondo; por su espíritu, había que haberlo mandado al paredón hace ya tiempo, pero no se le manda, sino que se le da trabajo y se le dice: «¡Tú eres un hombre de ciencia! Toma dinero, llénate la panza hasta que no puedas más, cómprale a tu querida medias de seda para que se consuele, pero devánate los sesos, haz obras de ingeniería, ¡para bien de la revolución mundial!» Y las hace. Tiende el hocico hacia la vida de otros tiempos, pero las hace. Y si lo fusilas, ¿qué provecho sacarás de ello? Quedarán unos pantalones con brillo en las culeras. Quizá un reloj con dije, y nada más. Mientras que así da beneficios de muchos miles de rublos. Lo mismo ocurre con Ostrovnov: que tape barrancas, que haga embalses… ¡Todo eso va en provecho del Poder Soviético y acerca la hora de la revolución mundial! —dijo en una reunión de la célula.

La vida de Yákov Lukich había vuelto a adquirir cierto equilibrio. Ostrovnov comprendía que las fuerzas que respaldaban a Pólovtsev y dirigían los preparativos de la insurrección habían perdido la partida por aquella vez; tenía el profundo convencimiento de que ahora no habría ya sublevación, pues se había dejado escapar el momento y en el estado de ánimo de los cosacos, hasta en los más hostiles al Poder Soviético, habíase producido algún cambio. «Por lo que se ve, Pólovtsev y Líatievski han debido cruzar la frontera», pensaba Yákov Lukich. Y a la gran pena de que el Poder Soviético no hubiese sido derribado, se unía una gran alegría sosegadora, un sentimiento de satisfacción: en adelante nada amenazaría ya la plácida existencia de Yákov Lukich. Ahora, cuando veía llegar a Gremiachi Log al miliciano del sector, no

se sentía desfallecer de miedo, mientras que antes, con sólo vislumbrar su capote negro, le entraban unos temblores de indescriptible espanto.

—¿Qué, terminará pronto el Poder de los infieles? ¿Vendrán pronto los nuestros? —le preguntaba a Ostrovnov su vieja madre, cuando se quedaban a solas.

Y Yákov Lukich, exasperado por aquella pregunta inoportuna, le contestaba con amarga irritación:

—¿A usted qué le importa eso, madrecita?

—¡No me va a importar! Han cerrado las iglesias, han desposeído a los popes… ¿Es eso justo?

—Tiene usted ya muchos años, ocúpese de rezarle a Dios… Y no se meta en los asuntos terrenos. ¡Qué cargante es usted, madrecita!

—¿Y a dónde se han ido los oficiales? Ese mala cabeza, el tuerto, el que siempre estaba fumando, ¿a dónde ha volado ese pájaro? ¡Y tú también estás bueno!… No hace mucho me pedías la bendición, ¡y ahora sirves de nuevo a este Poder! —insistía terca la vieja, sin acertar a comprender por qué razón su Yákov no quería ya «cambiar de régimen».

—¡Ay, madrecita, me está usted quemando la sangre! ¡Déjese de una vez de decir tonterías! ¿A qué viene recordar eso? Y es usted capaz de soltarlo todo delante de la gente… Va a conseguir que me corten la cabeza, madrecita. Usted misma decía: «Todo lo que Dios hace, bien hecho está». ¿Verdad? Pues viva tranquila. Cállese la boca y métase la lengua donde le quepa… Nadie le niega un cacho de pan… ¿Qué más necesita usted, santo Dios?

Después de aquellas conversaciones, Yákov Lukich salía raudo del cuartucho, como gato escaldado, y durante largo rato no podía recobrar la calma. Con la mayor severidad, ordenaba a Semión y a las mujeres:

—¡Ojo con la abuela, mucho ojo! ¡Acabará por perderme! En cuanto se acerque a la puerta algún extraño, encerradla en el cuartucho.

A partir de entonces, la vieja permanecía día y noche encerrada con candado. Pero los domingos la dejaban en libertad. Y ella se iba a ver a sus amigas, de su misma edad avanzada, para contarles sus cuitas, llorando a lágrima viva:

—¡Ay, amigas mías, queridas! Mi Yákov y su mujer me tienen siempre encerrada con candado… No como ya más que pan seco y sólo bebo mis lágrimas. En cambio antes, durante la Cuaresma, cuando vivían con nosotros los oficiales, el jefe de Yákov y su amigo, medaban buena sopita de coles y, a veces, un vaso de compota… Pero ahora están enfurecidos conmigo, si supierais… Los dos, el hijo y la nuera… ¡Ay, qué dolor tan grande!… Lo que he llegado a ver, queridas: mi propio hijo está hecho una fiera conmigo, ¡cómo me trata! ¿Y todo esto por qué? Yo misma no lo sé. No hace mucho, vino a pedirme la bendición para destruir este poder de los infieles. Y ahora, en cuanto digo una palabra en contra de ellos, me insulta, me pone de vuelta y

media…

…Sin embargo, aquella apacible existencia de Yákov Lukich, ensombrecida tan sólo por las conversaciones con la madre, acabó pronto, de un modo inesperado…

Capítulo XXXIX

En la época de la siembra, Lushka Nagúlnova casquivana, libertina y separada del marido, se había puesto ya a trabajar en el campo. La habían destinado a la tercera brigada y, de buena gana, se instaló en la caseta de la misma. Durante el día, conducía los bueyes de Afanasi Krasnokútov, y por las noches, junto a la roja caseta donde vivía, oíanse hasta el alba los vibrantes sones de la balalaika y las notas, graves como suspiros o agudas como parloteos, del acordeón, mientras las mozas y los mozos cantaban y bailaban. Todo aquel jolgorio lo dirigía Lushka.

Para ella, el mundo siempre había sido luminoso y simple. Ni una sola arruga de preocupación o inquietud surcaba la carita de Lushka, jamás abrumada por los pensamientos. Leve y firme el paso, iba por el camino de la vida, alzadas las cejas con gesto acariciante, como si esperase de un momento a otro el advenimiento de una nueva alegría. Al día siguiente mismo de su divorcio, había dejado ya de pensar en Makar Nagúlnov. Timoféi el Desgarrado estaba lejos, muy lejos, pero no era Lushka de esas mujeres que penan por la pérdida de sus allegados… «¡Nunca me faltarán a mí garañones de esos!», decía con aire desdeñoso a las mozas ya las comadres, cuando le recordaban que no era ni casada ni viuda.

Y, verdaderamente, no sólo no le faltaban, sino que le sobraban. Los mozos y los casados jóvenes de la tercera brigada disputábanse el amor de Lushka. Por las noches, en el campamento, cerca de la caseta, a la pálida luz azulada de la luna, los cosacos perdían las crujientes suelas de sus zapatos o sus botas altas, bailando «cracovianas» o «polonesas taconeadas». Mas, con frecuencia, entre los labradores, sembradores y rastrilladores que danzaban y pretendían la intimidad con Lushka estallaban disputas, pródigamente adobadas con ajos y tacos, que se convertían en encarnizadas peleas. Y todo por culpa de Lushka. Pues parecía muy amiga de hacer favores. Además, el caserío entero conocía sus obscenas relaciones con Timoféi el Desgarrado, y a cada cual le habría halagado grandemente ocupar la vacante dejada muy a pesar suyo por Timoféi y de muy buena gana por Nagúlnov.

Agafón Dubtsov intentó convencer a Lushka, pero su fracaso fue rotundo.

—Yo cumplo en el trabajo, y en cuanto al baile y al amor, nadie tiene derecho a prohibírmelos. De modo, tío Agafón, que no te sulfures; tápate bien con la anguarina y duerme. Y si te da envidia y quieres tomar parte en nuestras diversiones, ven a ellas. Admitimos también a los picados de viruelas. ¡Dicen que sois muy ardientes para el amor! —rio Lushka a carcajadas, burlándose de él.

Entonces Agafón, en el primer viaje que hizo a Gremiachi, recurrió a Davídov:

—¡Vaya un modo que tiene usted de organizar las cosas, camarada Davídov! —se lamentó indignado—. A Liubishkin le endosa usted en la brigada al abuelo Schukar, y a mí, a la Lushka Nagúlnova… ¿Nos los manda para que saboteen o para qué? Pásese

cualquier noche por el campamento y verá lo que ocurre allí. La Lushka me ha alborotado a todos los muchachos. Reparte a todos sonrisas, como prometiendo favores, y los mozos se pelean por ella igual que gallitos. Bailan hasta las tantas, armando un jaleo de mil demonios. ¡Da lástima verles romperse los talones golpeando la tierra, como locos! Cerca de la caseta han apisonado el terreno de tal modo, que le han dejado como una era. Hasta después de apagarse las estrellas, sigue una algarabía en el campamento, que parece que está uno en plena feria… Durante la guerra con Alemania, a mí me hirieron, y estuve una temporada en el hospital de Járkov. Pues, bueno, cuando nos reponíamos, las damas enfermeras nos llevaban a la ópera… ¡El zipizape que allí se armaba! Unos cantaban dando unos alaridos como si los estuvieran degollando, otros bailaban, otrosrascaban el violín con furia, como el que sierra un leño. ¡No comprendía uno nada! ¡Aquella música le ponía a uno la cabeza como un bombo! Pues lo mismo pasa en nuestro campamento: berrean canciones, alborota la charanga, bailan, gritan… En fin, ¡talmente una coyunda de perros y perras! Se están de juerga hasta la madrugada, y luego, ¿qué trabajo van a hacer? Se duermen de pie, se caen de sueño al lado de los bueyes… Camarada Davídov, una de dos: o echa usted de la brigada a esa peste de Lushka, ole dice que se porte como corresponde a una mujer casada.

—¿Pero por quién me has tomado a mí? —se enfureció Davídov—. ¿Es que yo soy su preceptor?.. Mira, ¡veté a hacer puñetas!… Acudís a mí con toda clase de porquerías… ¿Qué quieres? ¿Que la enseñe a ser pudorosa? Si trabaja mal, échala de la brigada, ¡y se acabó! Habéis tomado la mala costumbre de venir a la administración por la menor cosa: «¡Camarada Davídov, se ha roto un arado!» «¡Camarada Davídov, se ha puesto mala una yegua!» Y ahora: «Allí hay una mujer que menea las caderas». ¿Y qué? ¿Según tú, yo tengo que enseñarla a ser decente? ¡Iros al cuerno! Los arados rotos, ¡al herrero! Las yeguas y los caballos enfermos, ¡al veterinario! ¿Cuándo aprenderéis a tener iniciativa propia? ¿Hasta cuándo voy a tener yo que llevaros de la mano? ¡Anda, lárgate!

Agafón se fue, muy descontento de Davídov. Este, cuando se quedó solo, fumóse dos emboquillados, uno tras otro, cerró la puerta con estrépito y corrió el pestillo.

El relato de Dubtsov le había impresionado. Mas su furia y sus gritos anteriores no eran porque los jefes de brigada, sin comprender sus obligaciones, le asediaban verdaderamente, pidiéndole que resolviera toda clase de cuestiones menudas de la hacienda koljosiana, sino porque Lushka, según palabras de Dubtsov, repartía «a todos sonrisas, como prometiendo favores».

A partir de aquellas bromas cruzadas con Lushka, cuando la encontró cerca de la administración, y ella, con la vista baja, ocultando una sonrisa tras las pestañas, después de pedirle que le buscase «algún novio» que anduviese «por ahí suelto», se le ofreciera como mujer, Davídov, sin advertirlo el mismo, había ido cambiando de

actitud con respecto a ella. Últimamente, cada vez con mayor frecuencia, aquella individua —en realidad, absurda y casquivana como pocas— venía siendo objeto de sus pensamientos. Si antes le inspiraba indiferencia y una leve compasión desdeñosa, ahora sus sentimientos eran muy distintos… Y el hecho de que Dubtsov hubiera venido con sus necias quejas por la conducta de Lushka sirvió a Davídov de puro pretexto para desfogar su ira.

Sentíase atraído por Lushka en tiempo muy inoportuno, en plena siembra, precisamente cuando se requería el máximo esfuerzo. Al surgimiento de aquella nueva pasión había contribuido sin duda la circunstancia de que Davídov había pasado el invierno en «castidad arzobispal», como le decía bromeando Andréi Razmiótnov y, quizás, también la primavera, que ejercía su imperio sobre la carne flaca del intachable presidente del koljós de Gremiachi Lag, que había sabido salir airoso de todas las campañas económicas y políticas.

Cada vez con mayor frecuencia, despertábase por las noches sin motivo y se ponía a fumar, contraído el rostro en dolorosa mueca ascética, prestando oído a los gorjeos y trinos de los ruiseñores; luego, cerraba con rabia el ventanillo, tapábase la cabeza con la manta de borra y permanecía en el lecho hasta los primeros resplandores de la aurora, sin pegar ojo, apretado contra la almohada el ancho pecho tatuado.

Y la primavera de 1930 —impetuosa y prematura— había poblado los huertos y los árboles ribereños de multitud de ruiseñores que llenaban con su sonoro canto el oscuro vacío de la noche y no se apaciguaban ni con la luz del día. Las cortas noches primaverales no bastaban para calmar sus amorosos ardores. «¡Cantan dos turnos seguidos los muy bribones!», murmuraba al amanecer Davídov, atormentado por aquel fastidioso deseo y luchando bravamente contra el insomnio.

Lushka Nagúlnova estuvo en la brigada hasta el final de la siembra, pero apenas terminaron los trabajos de escarda, se marchó del campo y, aquella misma noche, fue a ver a Davídov.

Este, después de cenar, se había echado en la cama y leía la *Pravda*. En el zaguán, alguien arañó suavemente la puerta, como un ratoncillo; luego, oyóse una dulce voz femenina:

—¿Se puede?

—Adelante —Davídov se tiró de la cama y se puso la chaqueta precipitadamente.

Lushka entró y cerró tras de sí la puerta sin hacer ruido. Una pañoleta negra cubría su cabeza, envejeciendo el rostro, más moreno, atezado por el viento. En sus mejillas, tostadas por el sol, se destacaban las pecas, menudas y abundantes. Pero los ojos, bajo el oscuro dosel de la pañoleta, chispeaban reidores, más relucientes que nunca.

—Vengo a hacerte una visita.

—Pasa, siéntate.

Davídov, asombrado y contento de su llegada, le acercó un taburete, abotonóse la chaqueta y se sentó en el borde del lecho.

Callaba expectante, sintiéndose desazonado y cohibido. En cambio, Lushka se aproximó a la mesa con desenvoltura, recogióse la falda con hábil e imperceptible movimiento, para no arrugarla, y se sentó tranquila.

—¿Qué tal vives, presidente del koljós?

—Vamos viviendo.

—¿No te aburres?

—No tengo tiempo ni motivo.

—¿Y no me echas de menos?

Davídov, que nunca se desconcertaba, enrojeció ligeramente y frunció el entrecejo. Lushka, con fingido recato, bajó la mirada, pero en las comisuras de sus labios retozaba, incontenible, una sonrisa.

—¡Qué ocurrencias tienes! —repuso él, algo vacilante.

—¿De modo que no me echas de menos?

—No, ¡eso es la pura verdad! ¿Vienes a algún asunto?

—Sí… ¿Qué dicen de nuevo los periódicos? ¿Qué se habla de la revolución mundial? —Lushka se acodó sobre la mesa y dio a su rostro una expresión seria, a tono con el tema de la conversación. En sus labios no quedaba ya ni huella de la diabólica sonrisa de hacía un momento.

—Dicen muchas cosas… Bueno, ¿qué es lo que querías? —apremió Davídov, haciéndose fuerte.

Era muy probable que su conversación la estuviese escuchando la patrona. Davídov se sentía como sobre ascuas. Su situación era violentísima, ¡completamente insostenible! Al día siguiente, la patrona esparciría por todo Gremiachi la noticia de que la ex mujer de Nagúlnov venía por las noches a ver a su pupilo, ¡y allí acabaría para siempre la intachable reputación de Davídov! A vidas de chismes, las comadres empezarían a murmurar sin descanso en los callejones y junto a los pozos; los koljosianos, al cruzarse con él, le dirigirían irónicas sonrisas comprensivas. Razmiótnov se burlaría sarcástico del camarada caído en las redes de Lushka; la cosa llegaría a la cabeza del distrito, y lo más seguro era que en la Unión Agrícola del mismo, le abriesen un expediente, pues dirían: «Si no terminó la siembra hasta el día 10, fue porque recibía mujeres en su casa. ¡Por lo visto, se ha dedicado más a los escarceos amorosos que a las siembras!» No en vano, el Secretario del Comité Comarcal había dicho, antes de repartir por los distritos el grupo de los veinticinco mil: «Hay que mantener muy alto en el campo el prestigio de la clase obrera, vanguardia de la revolución. Tenéis que comportaros, camaradas, con sumo cuidado. Sin hablar ya de las cosas grandes, hasta en las pequeñas cuestiones de la vida diaria

debéis andar con mucha prudencia. En la aldea, te gastas un kopek en vodka y te lo convierten inmediatamente, en sus murmuraciones, en cien rublos políticos…»

A Davídov le entraban sudores con sólo pensar en todas las posibles consecuencias de la visita de Lushka y de una libre conversación con ella. El peligro de comprometerse era manifiesto. Pero Lushka no advertía en absoluto las emociones que torturaban el alma de Davídov. Este, con voz ligeramente enronquecida por la agitación, le preguntó; ya en tono severo:

—En fin ¿qué te trae por aquí? Dilo y lárgate. Yo no tengo tiempo para hablar de vaciedades contigo. ¡Eso es la pura verdad!

—¿Recuerdas lo que me dijiste entonces?… Yo no le he pedido permiso a Makar, pero sé que estará en contra…

Davídov se levantó de un salto y agitó las manos:

—¡No tengo tiempo! ¡Después! ¡Más tarde!

En aquel momento estaba dispuesto hasta a taparle la reidora boca, con tal de que se callara.

Ella lo comprendió y arqueó las cejas desdeñosa.

—¡Ay, calamidad! Y todavía… Bueno, deme un periódico que sea interesante. Aparte de eso, no tengo nada que decirle. Perdone por la molestia…

Se fue, y Davídov lanzó un suspiro de alivio. Pero al cabo de un minuto, sentado a la mesa, se tiraba ya de los pelos con encarnizamiento, pensando: «¡Qué zoquete soy! ¡A más no poder! Si hablan, ¿a mí qué? ¡Valiente cosa! ¿Es que ni siquiera voy a tener derecho a recibir a una mujer en mi cuarto? Después de todo, ¡no soy ningún fraile! Eso no le importa a nadie. Si me gusta, puedo pasar con ella todo el tiempo que me dé la gana… Siempre que no vaya en perjuicio del trabajo, ¡lo demás me tiene sin cuidado! Pero ahora, ya no vendrá más, ¡eso es la pura verdad! He estado muy grosero con ella; además, se ha dado cuenta de que yo tenía un poco de miedo… Maldita sea mi estampa, ¡bien he hecho el imbécil!»

Mas sus temores eran vanos: Lushka no pertenecía a esa clase de mujeres que abandonan la partida. Entre sus planes, figuraba el de conquistar a Davídov. Al fin y al cabo, ella no iba a ligar su suerte a la de cualquier mozo de Gremiachi. ¿Para qué? ¿Para derrengarse en la estepa conduciendo bueyes durante la labranza y consumirse hasta la vejez junto al horno? Davídov, al menos, era un muchacho sencillote, ancho de espaldas, agradable… No se parecía en nada a Makar, enfrascado de continuo en sus asuntos y esperando siempre la revolución mundial. Tampoco se parecía a Timoféi… Verdad era que tenía un pequeño defecto: una mella —y además, en el sitio más visible, en medio de la boca— pero Lushka se resignaba a aquella insuficiencia externa de su elegido. Su vida breve, pero rica en experiencia amorosa, le había enseñado que los dientes no son lo principal para apreciar a un hombre en su justo valor…

Al día siguiente, al obscurecer, se presentó de nuevo; esta vez muy emperifollada y más provocativa aún. El pretexto de su visita eran los periódicos.

—Vengo a devolverle el periódico… ¿Puede darme otros? ¿Y no tendría usted libritos? Déjeme alguno atrayente, de amor…

—Toma los periódicos, pero libros no tengo. Yo no soy ninguna biblioteca rural.

Lushka, sin esperar a que la invitasen, tomó asiento y se puso a hablar muy seriamente de la siembra en la tercera brigada y de las anormalidades que había observado en la granja lechera organizada en Gremiachi Log. Con candorosa inocencia, se adaptaba a Davídov, interesándose por las cosas que, a su juicio, debían apasionarle más.

Davídov, al principio, la escuchaba incrédulo, pero luego, entusiasmado con la conversación, le habló de sus planes para mejorar la granja, comunicándole de paso los novísimos adelantos técnicos conseguidos en el extranjero respecto al tratamiento de la leche. Por último, no sin amargura, dijo:

—Necesitamos un montón de dinero. Hay que comprar terneras procedentes de vacas que den mucha leche, hay que adquirir un toro de buena raza… Y todo esto es preciso hacerlo lo antes posible, ¡Pues una acertada instalación de la granja reportaría enormes beneficios! No cabe duda de que con ello el koljós reforzaría considerablemente sus ingresos. ¿Y qué es lo que tienen allí ahora? Una desnatadora del año de la nana, que no vale ni un kopek y no puede cubrir en absoluto las necesidades del ordeño de primavera. Y para de contar. En cuanto a bidones, ni uno; siguen vertiendo la leche al modo antiguo, en cántaros de barro. ¿Está bien eso? Tú dices que la leche se les agria. ¿Y sabes por qué? Pues, seguramente, porque la echan en las cántaros sucios.

—Los cántaros se secan mal en el horno. Por eso se les corta la leche.

—Es lo que yo digo. No tienen las vasijas como es debido. Ocúpate tú de ese asunto y ponlo en orden. Haz todo lo que haga falta, la administración te ayudará siempre. Porque, de lo contrario, ¿qué va a suceder? La leche se perderá continuamente, si no se cuida de las vasijas y las mujeres siguen ordeñando como yo he visto hace poco: se sienta una ordeñadora junto a la vaca, no le lava las ubres, los pezones están llenos de mugre, de estiércol… y las manos de la ordeñadora no están tampoco muy limpias que digamos. ¡Vete a saber lo que ha tocado ella antes!… Y con las manos sucias, agarra las tetas de la vaca. Yo no he tenido tiempo hasta ahora de ocuparme de este asunto. Pero me ocuparé de él, ¡desde luego! Y tú, en lugar de empolvarte tanto la cara para ponerte más guapa, deberías poner orden en la granja. ¿No te parece? Te nombraremos encargada de la granja, irás a hacer unos cursos, aprenderás a dirigirla de un modo científico y serás una mujer calificada profesionalmente.

—¡Ah, no, que la dirijan sin mí! —suspiró Lushka—. Ya tienen bastante gente

para poner las cosas en orden. Yo no quiero ser encargada, ni ir a hacer ningunos cursos. Sería mucho ajetreo… Lo que a mí me gusta es un trabajito ligero, para poder vivir a mis anchas, mientras que allí, ¿qué me esperaría?… No, no. ¡El trabajo para los tontos!

—¡Ya estás diciendo otra vez sandeces! —lamentóse Davídov con despecho, pero no se puso a convencerla.

Poco después, Lushka se levantó para marcharse. Davídov la acompañó. Fueron los dos juntos por el oscuro callejón sin pronunciar palabra durante largo rato. Luego, Lushka, que había sabido captar con extraordinaria rapidez todas las inquietudes de Davídov, le preguntó:

—¿Has ido hoy a ver el trigo del Kubán?

—Sí.

—¿Y qué?

—¡Va mal! Si no llueve esta semana… temo que no salga. ¿Y tú te das cuenta de lo que va a pasar entonces? ¡Maldita sea! Los vejetes que vinieron a pedirme permiso para salir en procesión, a hacer plegarias, se regocijarán venenosos. ¡Eso es la pura verdad! «Bien empleado le está —dirán—. No nos dejó hacer los rezos, ¡y Dios no ha mandado la lluvia!» Cuando Dios no tiene nada que ver en esto, es el barómetro el que se ha empeñado en marcar «tiempo variable». ¡Pero vete a explicarles a ellos, seguirán con sus estúpidas creencias! De todos modos, es una verdadera desgracia, ¡qué duda cabe! Y nosotros mismos tenemos parte de culpa… En vez de prestar tanta atención a las sandías, el girasol y demás, deberíamos haber sembrado antes el trigo del Kubán. ¡Ese fue nuestro error! Y con el trigo *melionopus*,lo mismo… Bien le demostré a ese alcornoque de Liubishkin que, en nuestras condiciones y según todos los datos agronómicos, esa especie es la más conveniente —Davídov había vuelto a entusiasmarse, y hubiera seguido hablando con pasión, largamente, de su tema favorito, de no haberle interrumpido Lushka con manifiesta impaciencia:

—Mira, ¡déjate ya de trigos! Mejor será que nos sentemos ahí un ratito —y señaló al borde de una zanja azulada por la luz de la luna.

Se acercaron. Lushka se arremangó la falda y, cuidadosa de la ropa, le propuso:

—¿Por qué no extiendes la chaqueta sobre la hierba? Temo mancharme la falda; es la de los días de fiesta…

Y cuando se hubieron sentado, muy juntos, sobre la extendida chaqueta, ella, aproximando a la cara burlona de Davídov su rostro, que se había tornado grave y mucho más bello, le dijo:

—¡Basta ya de trigo y de koljós! No es ahora momento de hablar de eso… ¿Notas cómo huelen las hojitas nuevas de los álamos?…

…Y allí se acabaron las vacilaciones de Davídov, que deseaba a Lushka y temía al propio tiempo las consecuencias que el liarse con ella tendría para su prestigio…

Más tarde, cuando él se levantó y a sus pies rodaron hacia el fondo de la zanja unos terroncillos de arcilla seca, Lushka continuaba tendida boca arriba, abiertos los brazos; cerrados los ojos de cansancio. Permanecieron callados unos instantes. Luego, ella se incorporó con inesperada viveza, abarcó sus rodillas con las manos y estremecióse toda en un acceso de irrefrenable risa. Reía como si la hicieran cosquillas.

—¿Qué te pasa? —inquirió Davídov, perplejo y ofendido.

Pero Lushka dejó de reír tan súbitamente como había empezado, estiró las piernas y, acariciándose las caderas y el vientre, exclamó soñadora, con voz un poco ronca, dichosa:

—¡Qué ligera me siento ahora!…

—¿Sólo te falta plumas para volar? —repuso Davídov irritado.

—Haces mal en enfadarte. Muy mal… Es que me siento tan ligera, ¿sabes? Como vacía… Por eso me entró risa. ¿Qué querías, estrafalario, que llorase? Anda, siéntate, ¿por qué te has levantado tan de prisa?

Davídov obedeció a pesar suyo. «¿Qué hacer ahora? Habrá que formalizar esto de alguna manera. Porque será violento ante Nagúlnov, y en general… ¡Cuando menos se espera, el diablo te enreda!»; pensaba Davídov, mirando a la cara de Lushka, cetrina a la luz de la luna. Ella, sin tocar la tierra con las manos, se levantó ágilmente y, sonriendo, entornados los ojos, le preguntó:

—¿Soy buena mujer, eh?

—No sé qué te diga… —contestó Davídov impreciso, estrechando los frágiles hombros de Lushka.

Capítulo XL

Veinticuatro horas después de la lluvia torrencial que cayera sobre Gremiachi Log, Yákov Lukich iba a caballo al Robledal Rojo. Tenía que marcar con su propia mano los robles que debían ser talados, porque al día siguiente casi toda la tercera brigada tendría que ir allí a hacer acopio de madera para la construcción de las presas.

Yákov Lukich había salido muy de mañana. Su caballo, meneando la cola, cuidadosamente trenzada, marchaba despacio. Los cascos delanteros, desherrados, resbalaban de continuo en el pegajoso barro. Pero Ostrovnov no levantó ni una sola vez la fusta, pues no tenía prisa alguna. Había echado las riendas sobre el arzón y fumaba, observando la estepa que se extendía alrededor de Gremiachi Log, donde cada barranco, cada cañada y madriguera de marmotas le eran conocidas desde la infancia y cercanas a su corazón. Se recreaba contemplando la mullida tierra de los campos, henchidos de humedad y los trigos lavados e inclinados por el aguacero, mas pensaba con gran despecho y amargura: «¡Se han cumplido las profecías de ese diablo mellado! Ya ha llovido. ¡Saldrá el trigo del Kubán! ¡Parece que hasta el mismo Dios está por este maldito Poder! Antes, las cosechas siempre eran malas o se perdían; en cambio, desde 1921, ¡son espléndidas! Toda la Naturaleza se pone de parte del Poder Soviético, y así, podemos esperar sentados su caída. Si los aliados no nos ayudan a echar a los comunistas, nosotros solos no haremos nada. No habrá Pólovtsev que valga, por mucho talento que tenga. La fuerza rompe hasta las peñas, y no hay manera de ir contra ella. Y además, la maldita gente se ha vuelto mala. Se denuncian unos a otros, venden hasta a su padre. Cada cual se preocupa de vivir él, y todo lo demás le importa un pimiento al hijo de perra. Malos tiempos vivimos. Y los que vengan, dentro de un año o dos, ni Cristo sabe cómo serán… Pero yo he debido nacer con buena estrella; de lo contrario, mi asunto con Pólovtsev no habría terminado tan felizmente. A estas horas, me habrían echado ya el lazo. Pero, gracias a Dios, he salido limpio de polvo y paja. Veremos a ver lo que pasa más adelante. Por esta vez, no ha habido ocasión de separarse del Poder Soviético, ¡tal vez la próxima comience algo más serio!»,

En los canutillos de hierba que se desplegaban al sol y en los vigorosos brotes del trigo, temblaban, como abalorios engarzados, las gotas de rocío. El viento del Oeste las sacudía, haciéndolas desprenderse para caer, con irisados destellos, sobre la tierra, adorable, acariciante, olorosa de la lluvia.

El agua, no absorbida aún por el terreno, permanecía estancada en los carriles del camino, pero sobre Gremiachi Log, encima de los álamos, flotaban ya las rosáceas neblinas de la aurora, mientras, en el azul mate del cielo, la luna de plata, como lavada por la torrencial lluvia reciente, palidecía sorprendida por el amanecer.

Fino y suave, como cincelado, el gajo de la luna presagiaba copiosos aguaceros, y

Yákov Lukich, al observarlo, se reafirmó en su idea: «¡Habrá buena cosecha!»

Llegó al robledal cerca del mediodía. Trabó las patas al caballo y lo dejó pastar. Luego, sacó del cinto una pequeña hacha de carpintero y se puso a marcar los robles de la sección que había destinado para el koljós de Gremiachi el inspector forestal.

Haciendo un corte en la base de los troncos, marcó cinco o seis robles y acercóse al siguiente. Era soberbio, alto como el mástil de un navío, y se erguía orgulloso, con una rectitud poco frecuente, sobre los achaparrados olmillos enanos y los añosos olmos. En su misma copa, sobre el lustroso follaje verde, negreaba un nido de cornejas. A juzgar por el grosor de su tronco, el roble aquel era casi de la misma edad que Yákov Lukich, y éste, después de escupirse en las palmas, miró con compasión y pena al árbol condenado a muerte.

Dio unos tajos y escribió con lápiz tinta en la superficie liberada de la corteza: «KG.» Después de apartar con el pie las húmedas astillas, que rezumaban savia, se sentó a echar un cigarro. «¡Cuántos años has vivido, hermano, sin que nadie te abatiera! Y ya ves, te ha llegado la hora de morir. Te derribarán, te harán pedazos, despojándote con el hacha de tus galas —tus ramas y retoños— para llevarte al embalse, donde, hincado en tierra, servirás de pilote de la presa… —pensaba Yákov Lukich, mirando desde abajo a la fastuosa copa del roble—. Y permanecerás en el embalse koljosiano hasta que te pudras por completo. Luego, una primavera, el agua desbordada te arrastrará a algún barranco, ¡y allí terminarás tus días!»

Aquellos pensamientos embargaron de pronto a Yákov Lukich de una tristeza y una zozobra extrañas. Se sentía desazonado. «¿Qué, te perdono la vida? ¿Te dejo en pie? No todo ha de ir al koljós, a perecer en él… —y, con una gozosa sensación de alivio, decidió—: ¡Vive! ¡Crece! ¡Disfruta de tu hermosura! ¿Qué te impide vivir? Para ti no hay impuestos ni contribuciones, tú no tienes que ingresar en el koljós… ¡Vive, pues, como te ha mandado Dios!»

Se levantó diligente, tomó un puñado de arcilloso barro y embadurnó con cuidado la marca que hiciera. Alejóse del tronco, satisfecho, más tranquila el alma…

Luego de marcar los sesenta y siete robles, el emocionado Yákov Lukich montó a caballo y partió, bordeando la linde del bosque.

—¡Yákov Lukich, aguarda un poco! —le gritó una voz al cruzar el lindero.

E inmediatamente, de detrás de un espino albar, surgió un hombre con gorro de astracán negro y desabrochada cazadora de paño de capote. Tenía el rostro curtido por los vientos, descarnados los pómulos hundidos los ojos en sus cuencas. Sobre los pálidos labios cuarteados, se destacaba un crecido bigote, suave y negro, como trazado con carboncillo…

—¿No sabes quién soy?

El hombre aquel se quitó el gorro; miró receloso en derredor y salió al calvero. Sólo entonces Yakóv Lukich reconoció a Timoféi el Desgarrado.

—¿De dónde vienes? —preguntó, asombrado de aquel encuentro y de todo el aspecto de Timoféi, tan terriblemente enflaquecido, que parecía otro.

—De donde no se vuelve nunca… Del destierro… De Kotlas.

—¿Cómo? ¿Te has evadido?

—Me he evadido… ¿Llevas algo de comer, tío Yákov? ¿Un poco de pan?

—Sí.

—¡Dame un cacho, por amor de Dios! —demandó, mientras su garganta se estremecía con gorgoteo convulso—. Hace cuatro días… que no como más que acerolas podridas…

Le temblaban los labios, sus ojos relucían como los de un lobo en tanto observaba cómo la mano de Yákov Lukich sacaba del pecho un gran pedazo de pan.

Se abalanzó a él con tal furia, que Yákov Lukich se quedó mirándole, pasmado. Timoféi mordía voraz la dura corteza tostada, desgarraba la miga con sus dedos ganchudos y tragaba con ansia, casi sin masticar, moviendo con esfuerzo la saliente nuez. Y hasta dar fin al último bocado, no levantó, hacia Yákov Lukich sus ojos de ebrio, que habían perdido ya el brillo febril de hacía unos instantes.

—Buena gazuza tienes, muchacho… —dijo Yákov Lukich compasivo.

—Ya te he dicho que llevo cuatro días sin comer más que acerolas podridas o algunas majuelas secas del año pasado… Estoy en los huesos.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí?

—A pie, desde la estación. Caminando por las noches —respondió Timoféi con voz cansada.

Palidecía a ojos vistas, diríase que había gastado en comer sus últimas fuerzas. Un hipo incontenible le sacudía todo, contrayéndole el rostro en una mueca de dolor.

—¿Y tu padre, vive? ¿Está bien la familia? —prosiguió Yákov Lukich, atento, pero sin apearse del caballo y mirando de vez en cuando a los lados, lleno de inquietud.

—Mi padre murió de una inflamación de las entrañas, mi madre y mi hermanilla se han quedado allá… ¿Qué hay de nuevo por el caserío? ¿Sigue viviendo allí Lushka Nagúlnova?

—Lushka, muchacho, se ha separado del marido…

—¿Y dónde está ahora? —indagó Timoféi, reanimándose.

—Vive con su tía, de pupila.

—Mira, tío Yákov… Cuando vuelvas, dile que me traiga hoy mismo comida. Sin falta, ¿eh? Estoy completamente agotado, no puedo andar más; tengo que reponer fuerzas, descansar un diíta. La caminata me ha reventado. ¿Tú sabes lo que es recorrer ciento setenta *verstas* de noche, por lugares desconocidos? Va uno a tientas… Sí, que me traiga comida. Y en cuanto me reponga un poco, iré al caserío… ¡Echo mucho de menos el terruño! Me muero sin él —y sonrió con aire de culpa.

—¿Y cómo piensas vivir en adelante? —inquirió Yákov Lukich, desagradablemente impresionado por aquel encuentro.

Timoféi, endurecido el semblante, repuso:

—¿No lo sabes? Yo ahora soy igual que un lobo solitario. Apenas descanse unas miajas, me llegaré de noche al caserío y desenterraré el fusil… Lo tengo enterrado en la era… ¡Y empezaré a buscarme la vida! Mi camino ya está trazado. Puesto que me matan, mataré yo también. A más de uno le alojaré una bala en el cuerpo… ¡para que sepa lo que es bueno! Luego, me refugiaré en el robledal, hasta el otoño. Y cuando lleguen las primeras heladas, me largaré al Kubán o a alguna otra parte. El mundo es grande… Y habrá más de un centenar de hombres como yo…

—Parece que la Lushka de Makar se ha empezado a entender con el presidente del koljós —le informó indeciso Yákov Lukich, que había visto más de una vez a Lushka entrar en casa de Davídov.

Timoféi se dejó caer al pie de unos arbustos. Un terrible dolor de estómago le había derribado. Pero, aunque con pausas, barbotó:

—A Davídov, a ese enemigo, será al primero que me cargue… Cuéntalo ya entre los muertos… Pero Lushka me es fiel… Los viejos amores no se olvidan… No es como un favor cualquiera… Siempre encontraré el camino de su corazón… No se habrá cerrado para mí… Me has matado, tío Yákov, con tu pan… se me desgarra el vientre… Bueno, dile a Lushka… que me traiga tocino y pan… ¡Mucho pan!

Yákov Lukich le advirtió a Timoféi que al día siguiente empezaría la tala en el robledal. Cuando salió del bosque, dirigióse a los campos de la segunda brigada, para ver el sector sembrado de trigo del Kubán. Sobre toda la superficie de la tierra labrada, negra como el carbón hacía poco, extendíase ahora el sutilísimo encaje verde de los tallos, brotados al fin…

Lukich no volvió al caserío hasta la noche. Desde la cuadra koljosiana se encaminó a casa, bajo la penosa impresión, que no le había abandonado todo el día, de su encuentro con Timoféi el Desgarrado. Y en su casa le esperaba un disgusto muchísimo, más grande…

Apenas hubo entrado en el zaguán, su nuera salió presurosa de la cocina y le previno en un susurro:

—Padre, tenemos huéspedes…

—¿Quiénes?

—Pólovtsev y ese… tuerto. Llegaron al obscurecer… cuando la madre y yo estábamos ordeñando las vacas… Están en el cuartucho. Pólovtsev trae una melopea tremenda, y el otro, no sabe una… Los dos vienen hechos unos andrajosos… Llenos de piojos… ¡Les corren hasta por encima de la ropa!

…En el cuartucho se oía una conversación. Liatievski, entre carraspeos, decía mordaz y burlón:

—… ¡Desde luego! ¿Quién es vuesa merced? Le pregunto quién es usted, respetabilísimo señor Pólovtsev. ¿Quiere que se lo diga yo?.. ¡Pues escuche! Es usted un patriota sin patria, un gran capitán sin ejércitos, y si estas comparaciones le parecen demasiado elevadas y abstractas, un jugador sin blanca en el bolsillo.

Al oír la sorda voz de bajo de Pólovtsev, Yákov Lukich, desfallecido, apoyó la espalda contra la pared y llevóse las manos a la cabeza…

El pasado volvía a comenzar.

TOMO 2

Capítulo I

La tierra estaba henchida del agua de las lluvias y, cuando el viento desgarraba el toldo de las nubes, se sumía en dulce laxitud, acariciada por el sol radiante, y exhalaba un azulado vaho. Por las mañanas, del riachuelo y los enaguazados hondones pantanosos se alzaban nieblas. En anubarradas olas se arrastraban a través de Gremiachi Log hacia los oteros de la estepa y allí se desvanecían, invisibles, en un tenue cendal turquesa, y en las hojas de los árboles, en las techumbres de juncos de las casas y cobertizos, en todas partes, yacían, cual perdigones esparcidos, abundantes gotas de rocío, que, grávidas como el plomo, encarnaban la hierba hasta el mediodía.

En la estepa, la correhuela llegaba hasta más arriba de la rodilla. Pasados los pastizales, florecía el meliloto. A la caída de la tarde, su olor a miel se expandía por todo el caserío, despertando una dulce inquietud en los corazones de las mozas. El trigo sembrado en otoño se alzaba en compacto muro verdinegro, que iba a perderse en el horizonte, mientras los cereales de primavera alegraban la vista con sus brotes, tupidos como en los mejores años. Los espesos dardos del maíz joven erizaban las grises tierras arenosas.

A mediados de junio, dejó de llover, ni una sola nube empañaba ya el cielo, y la estepa, lavada por la lluvia, extendía al sol su policromo manto de flores. Recordaba una madre joven: singularmente bella, tranquila, un poco cansada y resplandeciente por la maravillosa sonrisa, feliz y pura, de la maternidad.

Todas las mañanas, antes de que saliera el sol, Yákov Lukich Ostrovnov se echaba sobre los hombros el viejo impermeable de lona y salía del caserío a contemplar los trigales. Permanecía largo rato parado junto al nacimiento de los surcos, donde comenzaba la riada esmeraldina, chispeante de rocío, del trigo sembrado en otoño. Inmóvil, gacha la cabeza, como un viejo y cansado matalón, se decía: «Si al madurar el grano no sopla el *kalmik*[1] si al trigo no lo agosta la sequía, se abarrotarán los graneros del koljós, ¡Dios lo maldiga y confunda! ¡Tiene suerte el maldito Poder soviético! Cuando cada uno tenía su hacienda, ¡cuántos años no llovía a su tiempo! Ahora, en cambio, el agua ha caído a mares… Y si hay una buena cosecha, a los koljosianos les tocará mucho trigo por los *trudodiéns*[2]. ¿Acaso será entonces posible volverlos por las buenas contra el Poder soviético? ¡En la vida! Hambriento, el hombre es como el lobo en el bosque, va a donde sea; pero ahíto es como el cerdo junto a la gamella: no hay quien lo mueva de su sitio. No sé qué piensa el señor Pólovtsev. ¿Qué espera? Es el momento más oportuno para meterle el empujón al Poder soviético, y él no se da ninguna prisa…»

Yákov Lukich, cansado de esperar la sublevación prometida por Pólovtsev, razonaba así movido por su enojo, naturalmente. Sabía muy bien que Pólovtsev no estaba mano sobre mano y que aguardaba algo, no sin razones para ello. Casi todas

las noches, por el barranco que bajaba desde la montaña hasta el mismo huerto de Ostrovnov, acudían mensajeros de lejanos caseríos y de otras *stanitsas*[3]. A la casa llegaban a pie: por lo visto dejaban los caballos en lo alto del barranco, donde había bosque. A una señal convenida —unos leves golpes—, Yákov Lukich les abría la puerta, sin encender el quinqué, y les conducía a la habitación en que se encontraba Pólovtsev. Allí las dos ventanas que daban al patio tenían las maderas cerradas día y noche; por dentro, las cubrían completamente unas telas de burda lona gris. Incluso en los días de sol estaba la habitación oscura como una cueva, y como una cueva olía a moho y a humedad; el aire, renovado muy de tarde en tarde, era hediondo, irrespirable. Durante el día, ni Pólovtsev ni Liatievski salían de casa; un cubo de zinc, dispuesto bajo una tabla desclavada del piso, servía de retrete a aquellos presos voluntarios.

A todos los que llegaban por las noches, furtivos como ladrones, los examinaba Yákov Lukich de una ojeada, encendiendo una cerilla en el zaguán, pero ni una sola vez vio una cara conocida; todos eran gente extraña y, por lo visto, de lejanos lugares. En cierta ocasión, Yákov Lukich se atrevió a preguntar en voz baja a uno de los enlaces:

—¿De dónde vienes, *staníshnik*[4]?

La oscilante llamita de la cerilla iluminó, bajo el *barlak*[5], el rostro barbudo y bondadoso de un cosaco ya entrado en años, y Yákov Lukich vio, unos ojos entornados y unos dientes brillantes, que una sonrisa burlona dejaba al descubierto.

—¡Del otro mundo, *staníshnik*! —le respondió, el llegado, también en un susurro, y agregó autoritario: —Llévame pronto adonde está el jefe en persóna, ¡y no seas tan curioso!

Al cabo dedos días, el barbudo llegó de nuevo, acompañado de otro cosaco más joven. Pisando con cuidado, casi sin hacer ruido, metieron en el zaguán algo de mucho peso. Yákov Lukich encendió una cerilla y vio que el barbudo llevaba en las manos dos sillas de montar, de oficial, y unas bridas con adornos de plata colgadas del hombro; el otro sostenía también en el hombro un objeto alargado y disforme, envuelto en un capote caucasiano, negro y peludo.

El barbudo le guiñó el ojo a Yákov Lukich, como a un viejo conocido, y preguntó:

—¿Se halla en su habitación? ¿Están los dos en casa? —y sin esperar respuesta, entró en el cuarto.

La cerilla se consumió, quemándole los dedos a Yákov Lukich. En la oscuridad, el barbudo tropezó con algo y soltó un taco a media voz.

—Aguarda, ahora enciendo —dijo Yákov Lukich, sacando una cerilla con dificultad, pues los dedos no le obedecían.

Pólovtsev en persona abrió la puerta y dijo en voz baja:

—Pasen ustedes. ¡Pero pasen!, ¿qué hacen ahí? Entra tú también, Yákov Lukich, te necesito. No hagan ruido, ahora alumbro una luz.

Y encendió un farol, pero le echó la cazadora por encima, dejando tan sólo una estrecha franja de luz, que caía oblicuamente sobre las tablas del suelo, pintado con almagre.

Los recién llegados saludaron con respeto y dejaron junto a la puerta lo que traían. El barbudo dio dos pasos al frente, hizo chocar sus tacones y se sacó una carta del pecho. Pólovtsev rasgó el sobre, ojeó rápido la misiva, acercándola al farol, y dijo:

—Denle las gracias a Sedói. No habrá respuesta. Espero sus noticias el doce, a más tardar. Pueden retirarse. ¿No les amanecerá en el camino?

—No. Llegaremos en un vuelo. Tenemos buenos caballos —repuso el barbudo.

—Está bien, váyanse. Les agradezco el buen servicio.

—¡A sus órdenes!

Los dos dieron media vuelta a un tiempo, como uno solo, entre chocaron los tacones, y salieron. Yákov Lukich pensó admirado: «¡Qué destreza! ¡Bien se ve que aprendieron la instrucción en el viejo ejército! Pero, ¿por qué no le llamarán nunca por su nombre y patronímico?…»

Pólovtsev se acercó a él y le puso la manaza en el hombro. Automáticamente, Yákov Lukich se cuadró, abombando el pecho y pegando los brazos al cuerpo.

—¿Has visto qué águilas? —Pólovtsev rió quedamente—. Esos no nos harán ninguna jugada. Irán conmigo al mismo infierno; no son como algunos canallas y descreídos del caserío de Voiskovói. Bueno, vamos a ver qué nos han traído…

Hincada una rodilla en el suelo, Pólovtsev desató con prontitud y habilidad las correas que fajaban apretadamente el capote caucasiano y, desenrollándolo, sacó las piezas de un fusil ametrallador desmontado y cuatro discos, de un brillo mate, envueltos en una grasienta arpillera. A continuación, extrajo cuidadosamente dos sables. Uno de ellos era sencillo, de cosaco, y estaba metido en una vaina despellejada, testigo de cien combates; el otro era de oficial, y su larga empuñadura de plata la adornaba un cordón, ya desteñido, con los colores de San Jorge; la vaina, con incrustaciones de plata nielada, pendía de un negro biricú caucasiano.

Pólovtsev, hincadas ya ambas rodillas en el suelo, sostenía el sable sobre las palmas de las manos, tendidas adelante, y, la cabeza echada hacia atrás, parecía contemplar los débiles fulgores de la plata; luego, estrechó el arma contra su pecho y dijo con voz trémula:

—¡Hermoso, querido mío! ¡Mi viejo fiel! ¡Aún me has de prestar leal servicio!

La maciza mandíbula inferior le temblequeaba, unas lágrimas de furia y arrebato hervían en sus ojos, pero logró recobrarse, con gran esfuerzo, y, volviendo hacia Yákov Lukich su rostro pálido, demudado, preguntó con voz recia:

—¿Lo reconoces, Lukich?…

Yákov Lukich tragó saliva convulso y asintió en silencio. Conocía el sable aquel: lo había visto por vez primera el año 1915, en manos del joven y bizarro alférez de cosacos Pólovtsev, en el frente austriaco…

Liatievski, que yacía callado, con aire indiferente, se sentó en la cama y se estiró con un crujir de huesos; su único ojo centelleaba sombrío.

—¡Emocionante encuentro! —exclamó con ronca voz—. Un idilio de sublevados, por decirlo así. ¡No me gustan estas escenas sentimentales aderezadas con un patetismo chabacano!

—¡Basta, cállese! —dijo Pólovtsev con rudeza.

Liatievski se encogió de hombros:

—¿Qué es lo que basta? ¿Por qué debo callarme?

—¡Le ruego que se calle! —profirió muy bajo Pólovtsev, poniéndose en pie, y despacio, como si evitara hacer ruido, se dirigió hacia la cama.

En la mano izquierda, estremecida por fuertes sacudidas, empuñaba el sable; con la derecha se desabrochaba, se desgarraba el cuello de su camisa tolstoyana gris. Yákov Lukich vio con espanto que los ojos de Pólovtsev casi se juntaban de ira, convergiendo en el entrecejo, mientras su rostro abotargado se tornaba del color de la camisa.

Tranquilo, calmoso, Liatievski se acostó en la cama y cruzó las manos bajo la nuca.

—¡Muy teatral! —dijo, sonriendo burlón y mirando al techo con su único ojo—. Todo eso ya se lo he visto más de una vez a malas compañías de provincias. ¡Y estoy harto de ello!

Pólovtsev se detuvo a dos pasos de él, alzó la mano lentamente, con gran cansancio, y se enjugó el sudor de la frente; luego, la mano cayó débil, como si todos sus músculos se hubieran aflojado.

—Nervios… —pronunció confusamente, con lengua torpe, como un paralítico, mientras su rostro se torcía en larga y convulsiva, mueca semejante a una sonrisa.

—Esto también lo he oído más de una vez. ¡Basta ya de aspavientos mujeriles, Pólovtsev! Repórtese.

—Nervios… —mugió Pólovtsev—. Bromas de los nervios... Yo también estoy harto de esta oscuridad, de esta tumba…

—La oscuridad es amiga de los sabios. Propicia las divagaciones filosóficas acerca de la vida, y los nervios son, únicamente, para las señoritas anémicas y granujosas y para las matronas que padecen jaquecas e incontinencia verbal. Para un oficial, los nervios son una vergüenza y un deshonor. Pero lo de usted no es más que fingimiento, Pólovtsev, usted no tiene nervios en absoluto, ¡puro camelo! ¡No le creo! ¡Palabra de oficial que no le creo!

—Usted no es un oficial, ¡es un cerdo!

—Eso también se lo he oído a usted más de una vez; pero, de todos modos, no le desafiaré a un duelo, ¡váyase al diablo! Eso está ya anticuado y es inoportuno, hay asuntos más importantes. Además, como usted sabe, respetabilísimo señor mío, los caballeros se baten únicamente a espada y no con sabluchos de guardia urbano como el que usted, con tanta emoción y ternura, acaba de estrechar contra su pecho. Como viejo artillero, desprecio esos abrelatas. Además, hay otra razón para que no le desafíe: usted, por su origen y sangre, es un plebeyo, mientras que yo soy un noble polaco de una de las más viejas familias que…

—¡Oye, tú, noblecillo polaco de mi…! —le interrumpió groseramente Pólovtsev, y su voz adquirió de pronto su habitual firmeza y su timbre metálico, de mando—. ¿¡Te burlas de un arma con los colores de San Jorge!? Si dices una sola palabra más ¡te mato de un sablazo, como a un perro!

Liatievski se incorporó en el lecho, en sus labios no quedaba ya ni asomo de la reciente sonrisa irónica. Serio, se limitó a decir:

—¡Esto sí lo creo! Su voz delata los sinceros y buenos propósitos que le animan, por eso me callo.

El polaco se volvió a echar, cubriéndose hasta la barbilla con la vieja manta de muletón.

—De todos modos, te mataré —repitió testarudo Pólovtsev, en pie ante el lecho, gacha la cabeza como un toro dispuesto a embestir—. Con esta misma hoja de acero, haré, de un ilustrísimo cerdo polaco, dos cerdos, ¿y sabes cuándo será? ¡En cuanto derribemos en el Don el Poder soviético!

—En este caso, puedo vivir tranquilo hasta la más avanzada vejez o quizás eternamente —repuso Liatievski, sonriendo sarcástico, y, soltando un terno rotundo, se volvió de cara a la pared.

Yákov Lukich permanecía junto a la puerta, inquieto, como sobre ascuas. Varias veces había querido escabullirse, pero Pólovtsev lo había detenido con un ademán. Al fin, no pudiendo soportar aquello por más tiempo, suplicó:

—¡Permítame retirarme, déjeme que me vaya, usía! Pronto amanecerá, y yo tengo que ir temprano al campo…

Pólovtsev se sentó en una silla, puso sobre sus rodillas el sable y, apoyadas en él las manos, profundamente encorvado, guardó silencio largo rato. Tan sólo se oía su fatigoso y ronco respirar y el tictac de su gran reloj de bolsillo sobre la mesa. Yákov Lukich creyó que Pólovtsev dormitaba, pero el oficial levantó del asiento su cuerpo macizo, pesado, y dijo:

—Coge, Lukich, las sillas de montar; yo llevaré lo demás. Vamos a esconder todo esto en sitio seguro y seco. Puede que en… ¿cómo se llama?, ¡maldita sea!… Bueno en el cobertizo donde tienes recogido el*kisiak*[6], ¿qué te parece?

—El sitio es apropiado, vamos —asintió Yákov Lukich de buen grado, ansioso de escapar de la habitación aquella.

Iba ya a coger una silla de montar, pero, en aquel preciso momento, Liatievski saltó de la cama como si le hubieran escaldado, centelleante de rabia el único ojo, y mascullo con voz silbante:

—¿Qué va usted a hacer? Le pregunto, ¿qué se permite usted hacer?

Pólovtsev, que estaba inclinado sobre el capote caucasiano, se enderezó, preguntando con frialdad:

—¿Qué ocurre? ¿Qué mosca le ha picado?

—¿Cómo no comprende usted? Esconda, si quiere, las sillas y esa chatarra, ¡pero el fusil ametrallador y los discos déjelos aquí! No vive usted en la casa de campo de un amigo, y el fusil ametrallador nos puede hacer falta en cualquier momento. Confío en que esto lo comprenderá.

Después de un instante de meditación, Pólovtsev accedió:

—Tal vez tenga usted razón, engendro de Radziwill. Entonces, que quede todo aquí. Vete, Lukich, a dormir, estás libre.

¡Cuán firmemente se conservaba la solera militar! Antes de que Yákov Lukich tuviese tiempo de pensar nada, ya habían girado solos sus pies descalzos, dando «media vuelta a la izquierda», y chocado secamente sus fatigados talones, con ruido apenas perceptible. Al observarlo, Pólovtsev esbozó una sonrisa, y Yákov Lukich, apenas hubo cerrado la puerta tras sí, comprendió su coladura, carraspeó avergonzado y se dijo: «¡Con su traza de militar, ese barbudo del diablo me ha trastornado la cabeza!»

Hasta el amanecer no pegó ojo. Las esperanzas en el éxito de la sublevación alternaban con los temores de su fracaso y con un arrepentimiento tardío por haber ligado su destino, con excesiva precipitación, al de gente de tantas conchas como Pólovtsev y Liatievski. «¡Ay, me he ido de ligero, me he metido en el asunto a tontas y a locas! —pensaba contristado Yákov Lukich—. Lo que debía haber hecho, imbécil de mí, era esperar al margen, no dar ninguna respuesta, de momento, a Alexandr Anísimovich. Si les ganaban a los comunistas, yo podría arrimarme a ellos y sacar tajada, mientras que así, lo más probable es que me lleven, como a un burro del ronzal, a la ruina… Pero si yo me quedo al margen, y el otro hace lo mismo, y el de más allá también, ¿qué ocurrirá? ¿Llevaremos toda la vida sobre el lomo al Poder soviético? ¡Tampoco nos conviene eso! Y por las buenas, no se apeará él solo, ¡no se apeará, no! Ojalá llegue cuanto antes el fin que sea… Alexandr Anísimovich promete un desembarco del extranjero y ayuda de los del Kubán. Promete mucho, pero ¿qué saldrá? ¡Sólo el Señor misericordioso lo sabe! ¿Y si los aliados se rajan en lo del desembarco, qué pasará? Nos mandarán, como en el 19, unos capotes ingleses, se quedarán en casita tomando café y retozando con sus mujeres y, entonces, ¿qué

vamos a hacer nosotros con sus capotes nada más? ¡Limpiamos con los faldones la sangre de las narices, y sanseacabó! Nos zurrarán los bolcheviques, ¡vive Dios que nos zurrarán! Para ellos, eso no es cosa nueva. Y entonces, todos los que nos hayamos levantado contra su poder, pereceremos. ¡Se cubrirán de humo las tierras del Don!»

Estos pensamientos pusieron triste a Yákov Lukich; sentía tanta lástima de sí mismo, que estaba a punto de llorar. Pasó largo rato carraspeando, gimiendo, persignándose, susurrando oraciones; luego le acometieron de nuevo fastidiosos pensamientos terrenos: «¿Y por qué: Alexandr Anísimovich no parte peras con el tuerto polaco? ¿Por qué andan siempre a la greña? En vísperas de una empresa tan grande, viven como dos perros furiosos en una misma garita. Y ese tuerto ladrador es el que arremete más; tan pronto dice una cosa como otra. Mal bicho, no me fío de él ni un tanto así. No en balde dice el refrán: "No te fíes de los tuertos, ni de los jorobados, ni de tu mujer". Lo matará Alexandr Anísimovich, ¡como hay Dios que lo matará! Bueno, que el Señor lo ampare, al fin y al cabo no es de nuestra misma religión».

Arrullado por este pensamiento tranquilizador, Yákov Lukich se hundió en un sueño breve y angustioso.

Capítulo II

Yákov Lukich se despertó cuando ya había salido el sol. En cosa de una hora se las había arreglado para tener multitud de sueños, a cual más absurdo e indecente.

Soñó, entre otras cosas, que se hallaba en la iglesia ante el atril, joven, engalanado con traje de novio, y junto a él, con largo vestido de novia y envuelto, como por una nube blanca, en un velo nupcial, zapateaba briosamente Liatievski, lanzándole miradas entre lascivas y burlonas y guiñándole a cada instante el ojo de un modo provocador y desvergonzado. Yákov Lukich le dijo: «Vaclav Avgustovic, tú y yo no podemos casamos, pues, aunque flojillo, eres un hombre al fin y al cabo. ¿Dónde se ha visto cosa igual? Además, yo estoy casado. Vamos a decírselo todo al pope, ¡antes de que eche la bendición y nos convierta en el hazmerreír de la gente!» Pero Liatievski tomó con su mano fría la de Yákov Lukich e, inclinándose hacia él, le deslizó confidencialmente al oído: «¡No le digas a nadie que eres casado! ¡De mí, querido Yákov, saldrá una esposa que te dejará pasmado!» «¡Vete al diablo, tuerto imbécil!» —quiso gritar Yákov Lukich, intentando arrancar su mano de la de Liatievski, pero sin conseguirlo: Liatievski tenía los dedos fríos, duros como el acero, y la voz de Yákov Lukich, ¡cosa extraña!, no se oía, y sus labios parecían como hechos de algodón… Yákov Lukich lanzó un escupitajo de rabia y se despertó: fina saliva espesa, pegajosa, manchaba su barba y la funda de la almohada…

Apenas si había hecho la señal de la cruz y susurrado «santo, santo», ya estaba soñando de nuevo que su hijo Semión, Agafón Dubtsov, otros hombres del caserío y él vagaban por una inmensa plantación, recogiendo tomates, vigilados por unas capataces jóvenes, vestidas de blanco. Tanto el propio Yákov como todos los cosacos que le rodeaban iban en cueros vivos, pero nadie, de no ser él, se avergonzaba de su desnudez. Dubtsov, que se hallaba de espaldas, se inclinaba sobre una mata de tomates, y Yákov Lukich, ahogándose de risa e indignación, le decía: «¡Oye, no te agaches tanto, capón con pintas! Al menos, ¡te debía dar vergüenza de las mujeres!»

¡Turbado, Yákov Lukich recogía también tomates, en cuclillas, con una sola mano, con la derecha, pues la otra la tenía donde suelen ponérsela los bañistas desnudos al entrar en el agua…

Cuando se hubo despertado, Yákov Lukich permaneció largo rato sentado en el lecho, ausente la mirada, atónito, los ojos reflejando espanto. «Estos puercos sueños no auguran nada bueno. ¡Me ocurrirá una desgracia!» —decidió para su coleto, sintiendo en el corazón un peso desagradable y escupiendo de asco, ya bien despierto, ante el solo recuerdo de lo que acababa de ver en sueños.

Abatido por los más sombríos pensamientos, se vistió y ofendió de obra al gato, que se le había acercado cariñoso; mientras desayunaba, llamó sin motivo alguno «imbécil» a su mujer, y a la nuera, que se había mezclado inoportunamente en una

conversación sobre asuntos domésticos, llegó a amenazarla con la cuchara, como si en vez de una mujer hecha y derecha fuese una niña pequeña. La irascibilidad del padre regocijó a su hijo Semión; poniendo cara de tonto asustado, guiñó el ojo a su mujer, que se agitó toda a impulsos de la risa contenida. Esto acabó de sacar de sus casillas a Yákov Lukich: tiró la cuchara sobre la mesa y gritó con voz que la ira quebraba:

—¡Reíos, reíos, puede que pronto tengáis que llorar!

En señal de protesta intentó levantarse de la mesa, sin haber terminado de desayunar, pero con tan mala fortuna que apoyó la mano en el borde de la escudilla y se vertió sobre los pantalones la caliente sopa de coles que en ella quedaba. La nuera se tapó la cara con las manos y salió disparada al zaguán. Semión continuó sentado a la mesa, la cabeza abatida sobre los brazos; pero su musculosa espalda se estremecía y sus omoplatos de acero subían y bajaban de la risa. Hasta la mujer de Yákov Lukich, eternamente seria, dejó escapar la carcajada.

—¿Qué te pasa hoy, padre? —preguntó riendo—. ¿Te has levantado con el pie izquierdo o has tenido algún mal sueño?

—¿De dónde lo sabes tú, vieja bruja? —gritó Yákov Lukich, fuera de sí, y se levantó de la mesa como impelido por un resorte.

En la puerta de la cocina se enganchó en un clavo que sobresalía de una jamba y se desgarró hasta el codo la camisa nueva de satén. Volvió a su habitación y se puso a buscar en el arca otra camisa, pero la tapa, mal apoyada contra la pared, cayó y, grávida, le dio un sonoro golpe en la coronilla.

—¡Maldita sea! ¡Vaya día! —exclamó furioso Yákov Lukich, dejándose caer, sin fuerzas, sobre un taburete y palpando con cuidado el morrocotudo chichón que le había salido.

Se mudó de ropa en un periquete, cambió por otros los pantalones empapados de sopa de coles y la desgarrada camisa, pero, como estaba nervioso y se daba mucha prisa, se le olvidó abrocharse la bragueta. Con aspecto tan poco presentable llegó Yákov Lukich a las inmediaciones de la administración del koljós, maravillándose para sus adentros de que todas las mujeres que encontraba en su camino sonrieran de un modo enigmático al saludarle y volvieran rápidamente la cabeza hacia otro lado. Su asombro fue disipado, sin ceremonias, por el abuelo Schukar, que iba a su encuentro a pasito corto.

—¿Qué, te estás haciendo viejo, querido Yákov Lukich? —le preguntó compasivo, deteniéndose.

—¿Y tú qué, te vuelves joven? ¡Pues no se te nota! Tienes los ojos colorados como un conejo, y llenos de lágrimas.

—Los ojos me lloran de la letura nocturna. A mis años, leo y adquiero diversa instrucción superior, pero voy con decencia; en cambió tú te has vuelto olvidadizo,

talmente como un viejo…

—¿De qué me olvido yo?

—Te has olvidado de cerrar la puerta de tu corral. Se te va a escapar el ganado…

—Semión la cerrará —repuso Yákov Lukich distraído.

—Esa puerta no te la cerrará Semión…

Acometido por un desagradable barrunto, Yákov Lukich bajó los ojos y lanzó una exclamación de sorpresa; sus dedos se movieron diligentes. Como remate de todas las desgracias y males que se abatieron sobre él en aquella malhadada mañana, al llegar al patio de la administración, Yákov Lukich pisó una patata dejada caer por alguien, la aplastó, dio un resbalón y cayó cuan largo era.

¡Aquello era ya demasiado, y nada ocurría por casualidad, no! El supersticioso Yákov Lukich estaba profundamente convencido de que le acechaba una gran desgracia. Pálido, trémulos los labios, entró en el despacho de Davídov y dijo:

—Me he puesto enfermo, camarada Davídov; permítame que hoy falte al trabajo. El encargado del almacén me sustituirá.

—Mala cara tienes, Lukich —le respondió Davídov con lástima—. Vete y descansa. ¿Irás tú mismo a ver al practicante o te lo mando a casa?

Yákov Lukich hizo un ademán de desaliento:

—Lo que tengo no me lo puede quitar el practicante; me curaré yo solo…

Ya en casa, mandó cerrar las maderas de las ventanas, desnudóse y se metió en la cama a la paciente espera de la desgracia que había de venir… «¡Y todo por culpa de este maldito Poder! —gruñía para sus adentros—. ¡Ni de día ni de noche me deja tranquilo! Por las noches tengo unos sueños idiotas, que jamás vi en los viejos tiempos; durante el día, las desgracias se suceden como salchichas enristradas… Con este Poder no viviré yo los días que me ha señalado el Señor. ¡Hincaré el pico antes de tiempo!»

Sin embargo, los angustiosos temores de Yákov Lukich fueron vanos aquel día: la gran desgracia se entretuvo en alguna parte y no llegó hasta dos días más tarde, y por donde menos la esperaba él…

Antes de acostarse, Yákov Lukich se metió en el cuerpo, para darse ánimos, un vaso de vodka; aquella noche durmió tranquilo, sin sueños, y por la mañana, sintiéndose de buen ánimo, pensó jubiloso: «¡Ya ha pasado el peligro!» El día aquel transcurrió en el afanoso ajetreo cotidiano, pero al siguiente, que era domingo, observó antes de cenar que su mujer estaba alarmada por algo, y le preguntó:

—¿Qué te pasa, madre? Te encuentro un poco trastornada… ¿Se ha puesto mala la vaca? Ayer yo también me di cuenta de que estaba tristona, cuando volvía del pastizal.

El ama de la casa se dirigió al hijo:

—Semión, vete por una hora; tu padre y yo tenemos que hablar…

Peinándose ante el espejo, Semión rezongó descontento:

—¿Qué secretos son esos que os traéis todos? En la habitación grande, esos amigos del padre, que el diablo nos ha colgado del cuello, están cuchicheando día y noche; aquí, vosotros… Pronto, con vuestros secretos, no se podrá vivir en esta casa. Esto, en vez de casa, es un convento de monjas: no se oyen más que bisbiseos y murmullos.

—¡Eso a ti no te importa, cabeza de chorlito! —montó en cólera Yákov Lukich —. ¿Te han dicho que te vayas?, ¡pues vete! Muy charlatán te estás volviendo… Ten cuidado y no muevas la lengua, ¡que es muy fácil hacer que te la muerdas!

Semión enrojeció al punto, volvióse hacia su padre y dijo con voz sorda:

—Usted, padrecito, ¡no amenace tanto! En la familia no hay gente miedosa ni niños pequeños. No vaya a ser que, si empezamos por amenazarnos unos a otros, acabemos todos mal…

Y se fue, dando un portazo.

—Ahí tienes a tu hijito, ¡recréate! ¡Vaya un valiente que nos ha salido el hijo de perra! —exclamó colérico Yákov Lukich.

La mujer, que nunca había entrado en disputas con el marido, le dijo moderada:

—Todo depende, Lukich, de cómo se consideren las cosas. A nosotros, esos parásitos de tus pupilos tampoco nos regocijan gran cosa. Estamos siempre tan en vilo, con tanto temor, que es imposible aguantarlo. Cuando menos se piense, pueden hacernos un registro las autoridades del caserío, ¡Y, entonces, estamos perdidos! Esto no es vida, es un continuo sobresalto; nos asusta el menor ruido, temblamos cada vez que llaman a la puerta. ¡A nadie le dé el Señor una vida como ésta! Cuando pienso en ti y en Semión, me duele el alma. Como se sepa lo de nuestros inquilinos, los prenderán y se os llevarán a vosotros también. Y entonces, ¿qué vamos a hacer solas nosotras, las mujeres? ¿Pedir limosna por esos mundos?

—¡Basta! —la interrumpió Yákov Lukich—. No necesito tus consejos ni los de Semión, yo sé lo que me hago. ¿De qué querías hablarme? ¡Desembucha!

Cerró herméticamente las dos puertas y se sentó muy cerca de su mujer. Al principio, la escuchó sin denotar la inquietud que le embargaba, pero cuando ella daba ya fin a su relato, perdido el dominio de sí mismo, se levantó del banco de un salto y se puso a andar agitadamente por la cocina, murmurando desconcertado:

—¡Estamos perdidos! ¡Me ha buscado la ruina mi propia madrecita! ¡Me ha dejado sin cabeza!

Algo más tranquilo, se bebió, uno tras otro, dos jarrillos de agua y, sumido en tristes pensamientos, se derrumbó sobre el banco.

—¿Qué vas a hacer ahora, padre?

Yákov Lukich no respondió a la pregunta de su mujer. Ni la había oído siquiera…

Por el relato de su mujer se había enterado de que poco atrás se habían presentado

cuatro viejas, rogando con insistencia que les dejasen ver a los señores oficiales. Las viejas estaban impacientes por saber cuándo los oficiales, con la ayuda de Yákov Lukich, su protector, y otros cosacos de Gremiachi Log, darían comienzo a la sublevación y derribarían al impío Poder soviético. En vano les aseguró la mujer de Yákov Lukich que en la casa no había habido ni había oficial alguno. En respuesta, la abuela Loschílina, jorobada y maligna, le soltó iracunda: «¡Muy joven eres tú, madrecita, para decirme mentiras a mí! Tu misma suegra nos ha asegurado que unos oficiales viven con vosotros, desde el invierno, en la habitación grande. Sabemos que se esconden de la gente, pero nosotras no hablaremos a nadie de ellos. ¡Llévanos a donde está el jefe, ese que se llama Alexandr Anísimovich!»

…Al entrar a ver a Pólovtsev, Yákov Lukich sentía aquel estremecimiento de temor que tan bien conocía ya. Seguro de que Pólovtsev, al enterarse de lo que ocurría, se pondría furioso y se le irían las manos, esperaba el castigo, sumiso y tembloroso como un perro. Pero cuando le hubo referido, a trompicones por la emoción, mas sin ocultar nada, todo lo que había oído de labios de su mujer, Pólovtsev se limitó a sonreír irónico.

—¡Vaya, buenos conspiradores estáis hechos!… En fin, era de esperar. ¿Quiere decir, Lukich, que nos la ha jugado tu madrecita? ¿Qué crees que debemos hacer ahora?

—¡Tienen ustedes que marcharse de mi casa, Alexandr Anísimovich! —dijo Yákov Lukich con decisión, animado por la acogida.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes, mejor. No hay que pensado mucho.

—Eso no hace falta que me lo digas. ¿Y a dónde?

—No lo sé. ¿Y dónde está el camarada…? ¡Perdone, por favor, la equivocación! ¿Dónde está el señor Vaclav Avgustovic?

—Ha salido. Vendrá mañana por la noche; lo esperarás cerca del huerto. ¿Atamánchukov vive también en la linde del caserío? Pues allí pasaré unos cuantos días, contados… ¡Llévame!

Llegaron, ocultándose sigilosos, y, antes de separarse, Pólovtsev le dijo a Yákov Lukich:

—Bueno, ¡que sigas bien, Lukich! Piensa con respecto a tu madrecita… Puede echar a rodar todo nuestro asunto. .. Piensa en ella… Espera a Liatievski y dile dónde me encuentro ahora.

Abrazó a Yákov Lukich, le rozó con sus labios resecos la mejilla, áspera, cubierta de pelambre, y, confundiéndose con la pared de la casa, sin enjalbegar hacía tiempo, se desvaneció…

Yákov Lukich volvió a casa y, cuando se hubo acostado, empujó a la mujer hacia la pared, con rudeza desacostumbrada, y le dijo:

—Oye, tú… no le des más de comer a la madre… ni agua tampoco… De todos modos, si no hoy, mañana, se tiene que morir…

La mujer de Yákov Lukich, que había pasado con él largos años de una vida muy azarosa, exclamó horrorizada:

—¡Yákov! ¡Lukich! ¡Pero si tú eres su hijo!

Y entonces Yákov Lukich, por vez primera en su cordial vida en común, dio un fuerte revés a su mujer, diciéndole con voz sofocada y ronca:

—¡A callar! ¡Bien cara nos va a salir! ¡A callar! ¿Quieres ir al destierro?

Yákov Lukich se levantó pesadamente, le quitó al arca el candado, no muy grande, salió con sigilo al cálido zaguán y cerró la puerta de la habitación de su madre.

La vieja había oído sus pasos. Desde hacía ya mucho tiempo, estaba acostumbrada a reconocerle por ellos. ¿Cómo no iba a haber aprendido a distinguir, incluso a distancia, las pisadas del hijo? Hacía más de cincuenta años, ella, a la sazón cosaca joven y guapa, prestaba atención, con jubilosa sonrisa, interrumpiendo los quehaceres de la casa o de la cocina, al ruido que hacían al deslizarse inseguros y con pausas, por el suelo de la habitación contigua, los piececillos desnudos de su primogénito, de su querido hijito Yáshenka, que poco antes andaba todavía a gatas. Más tarde oía el golpeteo de los piececitos de Yáshenka, que repiqueteaban saltarines en los escalones de la terracilla cuando el pequeño volvía de la escuela. Entonces era alegre y vivaracho como un cabritillo. No recordaba haberle visto nunca andar a aquella edad, corría tan sólo, pero no como los demás, sino dando brincos, como un cabritillo precisamente… Uno tras otro transcurrieron años de vida, de una vida igual que la de todos —rica en largos pesares, pobre en breves alegrías—, y hete aquí que la madre, ya de edad madura, prestaba oído descontenta, por las noches, a las leves y quedas pisadas del hijo, de Yasha, mozo garrido y despierto, de quien ella se enorgullecía en secreto. Cuando volvía tarde de rondas y bailes, parecía que sus plantas no tocaban las tablas del piso, ¡tan alado y rápido era su juvenil andar! Sin que ella se apercibiera, el hijo se hizo hombre y cabeza de familia. Su andar se tornó más pesado y seguro. Hacía ya tiempo que resonaban por la casa los pasos del amo y marido, hombre ya maduro, casi un viejo, mas para ella continuaba siendo Yáshenka y, con frecuencia, le veía en sueños chiquitín, despabilado, de rubios cabellos claros…

Aquella vez, al oír sus pasos, preguntó con voz sorda y cascada:

—Yasha, ¿eres tú?

El hijo no respondió. Estuvo unos instantes parado ante la puerta y salió presuroso al patio. Entre sueños, la vieja pensó: «¡Buen cosaco he parido y buen amo he criado, gracias a Dios! Mientras todos duermen, él sale al corral, se cuida de la hacienda». Y una sonrisa de orgullo maternal retozó en sus labios descoloridos,

resecos…

A partir de la noche aquella, en la casa empezaron malas jornadas…

Extenuada, sin fuerzas, la vieja vivía aún; suplicaba que le dieran aunque no fuese más que un pedazo de pan y un sorbo de agua, y Yákov Lukich, al pasar por el zaguán, sigiloso como un ladrón, oía su ahogado susurro, casi imperceptible ya:

—¡Yáshenka! ¡Hijo mío querido! ¿Qué he hecho yo para merecer esto? ¡Dadme un poco de agua siquiera!

…Todos rehuían permanecer en la espaciosa vivienda. Semión y su mujer pasaban el día y la noche en el patio, y la mujer de Yákov Lukich, cuando los quehaceres domésticos la obligaban a entrar en la casa, salía de ella agitada por convulsivos sollozos. Al segundo día por la noche, cuando estaban sentados a la mesa, cenando, Yákov Lukich, luego de un largo silencio, dijo: «Vivamos, mientras dure esto, en la cocina de verano». Semión, todo él estremecido, levantóse de la mesa y, tambaleándose como si le hubieran dado un empellón, se alejó…

…Al cuarto día, se hizo el silencio en la casa. Yákov Lukich quitó con mano trémula el candado y, en unión de su mujer, entró en la habitación donde viviera su madre. La anciana yacía en el suelo, junto al umbral; una manopla de cuero, olvidada en invierno en el sobradillo del horno, aparecía triturada por sus desdentadas encías… El agua, a juzgar por todas las apariencias, no le había faltado del todo: la hallaba en el alféizar, donde, por unas rendijas de las maderas, penetraba la lluvia —tan menuda, que era casi imperceptible a la vista y al oído— y tal vez se depositasen gotas del rocío de aquel brumoso verano…

Las amigas de la difunta lavaron su cuerpo magro y arrugado, la amortajaron y vertieron abundantes lágrimas, pero no hubo en el entierro persona alguna que llorase con tanta amargura y desconsuelo como Yákov Lukich. El dolor, el arrepentimiento, el peso de la terrible pérdida, todo, como un espantoso fardo, le abrumaba aquel día, oprimiéndole el corazón…

Capítulo III

La añoranza del trabajo manual abatía a Davídov. Todo su cuerpo, sano y fuerte, pedía con ansia trabajo, un trabajo que le hiciera sentir al atardecer una pesada y dulce fatiga en todos los músculos, y, por la noche, al llegar el deseado descanso, le sumiese de golpe en un sueño agradable, sin visión alguna.

Un día, Davídov pasó por la fragua a ver cómo iba la reparación de unas segadoras colectivizadas. El olor agriamargo del hierro al rojo y del carbón calcinado, el cantarín sonido del yunque, y los suspiros roncos, seniles y quejumbrosos del vetusto fuelle hicieron palpitar con fuerza su corazón. Durante unos minutos permaneció callado en la fragua en penumbra, beatíficamente cerrados los ojos, aspirando con fruición aquellos olores conocidos desde la infancia, tan conocidos, que causaba dolor recordarlos; luego, sin poder resistir la tentación, empuñó el martillo… Dos días estuvo trabajando de sol a sol, sin salir de la herrería. La comida se la traía la patrona. ¿Pero qué trabajo era aquél ni qué diablos? Cada media hora le distraían de su faena, se enfriaba el hierro en las tenazas, gruñía el viejo herrero Sídorovich, y el chiquillo de la fragua sonreía burlón, sin rebozo alguno, al ver que la mano de Davídov, cansada del esfuerzo, dejaba caer una y otra vez el lápiz en el piso de tierra y trazaba en los papeles que le traían, en lugar de letras claras, unos torpes y torcidos garabatos.

Maldijo Davídov aquellas condiciones de trabajo y, para no estorbar a Sídorovich, se marchó de la fragua, soltando para su coleto más ajos y tacos que un contramaestre de barco; sombrío, malhumorado, se encerró en la administración del koljós.

En realidad, se le iban los días enteros resolviendo sencillos, pero necesarios asuntos administrativos: comprobando las cuentas y los innumerables estadillos que le presentaba el contador, escuchando los informes de los jefes de las brigadas, examinando las solicitudes de los koljosianos, asistiendo a reuniones de producción; es decir, el tiempo se le escapaba en todas esas cuestiones sin las que sería imposible la existencia de una gran hacienda colectiva, pero que eran lo que menos le gustaba a Davídov de todo su trabajo.

Dormía mal por las noches; por las mañanas se despertaba siempre con dolor de cabeza, comía cuando y como se terciaba y hasta el anochecer no le abandonaba una sensación de incomprensible malestar, desconocida hasta entonces. De un modo imperceptible para él mismo, Davídov se había vuelto un poco abandonado y se irritaba sin motivo, cosa que no le ocurría antes; además, distaba mucho de ser el mozo gallardo y lucido de los primeros días de su llegada a Gremiachi Log. Y por si algo faltaba, aquella mujer, Lushka Nagúlnova, y sus pensamientos, de toda índole, en torno a ella… ¡En mala hora se había cruzado en su camino la muy condenada!

Mirando burlón con los ojos entornados el chupado rostro de Davídov,

Razmiótnov le dijo una vez:

—¿Sigues adelgazando, Semión? Tienes la misma pinta de un toro viejo después de un mal invierno: pronto se te doblaran las piernas, y estás todo deslucido, desmadejado. ¿Es que estás pelechando? No mires tanto a nuestras mozas y sobre todo a las mujeres divorciadas. Eso es terriblemente malo para tu salud…

—¡Vete al diablo con tus consejos idiotas!

—No te sulfures. Te lo digo porque te aprecio.

—Siempre estás inventando estupideces, ¡eso es la pura verdad!

Lenta, pero intensamente, Davídov se iba poniendo colorado. Incapaz de dominar su turbación, empezó a hablar con desatino de otras cosas. Pero Razmiótnov no cejaba:

—¿Dónde te enseñaron a enrojecer de esa manera, en la flota o en la fabrica? No sólo te arde la cara, el cuello también se te pone encendido. ¿No tendrás colorado todo el cuerpo?… ¡Anda, quítate la camisa!

Al ver que en los turbios ojos de Davídov fulguraban unas chispas que no auguraban nada bueno, Razmiótnov cambió en seguida de conversación; bostezando de aburrimiento, se puso a hablar de la siega de la hierba, mirando a través de los entornados párpados con fingida somnolencia, pero la pícara sonrisa, bien porque no pudiera o porque, simplemente, no quisiera ocultarla bajo el blanquecino bigote, continuaba aflorando a sus labios.

¿Se sospechaba Razmiótnov las relaciones entre Davídov y Lushka o conocía la cosa a ciencia cierta? Lo más probable era lo último. Sí, desde luego, ¡estaba enterada de todo! ¿Cómo era posible mantener en secreto las relaciones aquellas, cuando la desvergonzada Lushka, en vez de ocultarlas, hacía alarde de ellas con toda intención? Por lo visto, el barato amor propio de Lushka se sentía halagado por la circunstancia de que ella, mujer repudiada del secretario de la célula del Partido, se había arrimado, sin que la rechazasen, no a un simple koljosiano, sino al presidente del koljós en persona.

Varias veces había salido de la administración del koljós en compañía de Davídov y, en contra de las severas costumbres del caserío, le había cogido del brazo y hasta había apretado ligeramente el hombro contra él. Davídov miraba en derredor como un animal acosado, temeros o de ver a Makar, pero no retiraba el brazo y caminaba a paso, corto, como un caballo trabado, acompasando su andar al de Lushka y tropezando a menudo en terreno llano… Los descarados chiquillos del caserío —cruel azote de enamorados— corrían en pos, haciendo toda clase de muecas y gritando con sus agudas vocecillas:

¡El novio y su amada
son de pasta agriada!

Se ejercitaban con verdadero arrebato en la declamación del absurdo dístico,

variándolo sin cesar, y en tanto Davídov, bañado en sudor, recorría en unión de Lushka dos manzanas de casas, maldiciendo en su fuero interno a los chiquillos, a Lushka y su propia debilidad de carácter, la «pasta agriada» se convertía sucesivamente en espesa, insípida, mantecosa, dulce, etcétera, etcétera. Por fin, a Davídov se le agotaba la paciencia; con suavidad, aflojaba los dedos morenos de Lushka, aferrados a su codo, decía: «Perdona, pero no tengo tiempo, debo darme prisa», y se adelantaba a grandes zancadas. Pero no era tan fácil librarse de la persecución de los pegajosos chiquillos. Se dividían en dos grupos: unos se quedaban fastidiando a Lushka, y los otros escoltaban tenazmente a Davídov. Tan sólo había un medio eficaz para escapar del acoso. Davídov se acercaba al seto más próximo y hacía como que arrancaba una vara; al instante, los chiquillos desaparecían como si se los hubiera llevada el viento. Y únicamente entonces, el presidente del koljós quedaba pleno dueño de la calle y sus inmediaciones…

No hacía mucho, una medianoche oscura, Davídov y Lushka se habían tropezado con el guarda de un molino de viento que se encontraba fuera del caserío, en plena estepa. El guarda —un koljosiano muy viejo, llamado Vershinin— yacía en tierra, tapado con su zamarra, al pie de un montículo, antigua madriguera de unas marmotas. Al ver a la pareja que venía derecha hacia él, se levantó de pronto, en toda su talla, y gritó conminativo, al modo militar:

—¡Alto! ¿Quién vive? —y aprestó la escopeta, que, además de ser vieja, no estaba cargada.

—Gente de paz. ¡Soy yo, Vershinin! —contestó Davídov de mala gana.

Viró en redondo, arrastrando tras sí a Lushka, pero Vershinin les dio alcance, y dijo suplicante:

—¿No tendría usted, camarada Davídov, un poco de tabaco, aunque no sea más que para un cigarro? Cuando no fumo, estoy perdido, ¡rabio como si me dolieran las muelas!

Lushka no se volvió de espaldas, ni se apartó a un lado, ni se tapó la cara con el pañuelo. Estuvo observando tranquilamente cómo Davídov, precipitado, vertía tabaco de su bolsita, e, imperturbable, dijo:

—Vamos, Semión. Y tú, tío Nikolái, mejor será que vigiles a los ladrones, en vez de a los que en la estepa dan pasto a su amor. No toda la gente que pasea de noche es mala…

El tío Nikolái soltó una risita y, con familiaridad, dio unas palmadas a Lushka en el hombro:

—¿Sabes, querida Lushka?… los asuntos nocturnos son oscuros: unos dan pasto a su amor, y otros roban lo ajeno a más y mejor. Yo no soy más que guarda, y mi obligación es echar el alto a todo el mundo, guardar el molino, porque en él hay trigo koljosiano, y no estiércol. Bueno, se agradece el tabaco. ¡Que les vaya bien! Y que

tengan suerte…

—¿A qué diablos te has puesto a hablar con él? Deberías haberte apartada, quizás no te hubiese reconocido —dijo Davídov, con manifiesta irritación, cuando se hubieron quedado solos.

—No tengo diez y seis años, ni soy una mocita virgen para que me dé vergüenza del primer viejo tonto que encuentre —repuso Lushka con sequedad.

—Pero, de todos modos…

—De todos modos, ¿qué?

—¿Qué necesidad tienes de exhibir todo esto como en una exposición?

—¿Acaso es él mi padre o mi suegro?

—No te entiendo…

—Pues haz un esfuerzo y entiéndeme.

Davídov no veía en la oscuridad, pero, por el tono de su voz, adivinó que Lushka se sonreía. Enojado por lo poco que preocupaba a la mujer su propia reputación y por su pleno desprecio a las normas de la decencia, exclamó con calor:

—¡Pero comprende, tontuela, que me preocupo por ti!

. Lushka le repuso, aún con mayor sequedad:

—No te esfuerces, que ya me las arreglaré solita. Preocúpate de ti.

—De mí también me preocupo.

Lushka se detuvo de pronto y se pegó a Davídov. En su voz había un maligno dejo de triunfo:

—¡Por ahí podías haber empezado, alma mía! Tan sólo te preocupas de ti, y te disgusta que te hayan visto de noche, a ti precisamente, con una mujer en la estepa. En cuanto al tío Nikolái, le importa un comino con quién te revuelcas por las noches.

—¿Qué es eso de «te revuelcas»? —se alborotó Davídov.

—¿Y qué otra cosa va a ser? El tío Nikolái conoce la vida, y sabe que no has venido aquí conmigo, en plena noche, a coger zarzamoras. A ti te da espanto lo que puedan pensar las buenas gentes, los honrados koljosianos de Gremiachi, ¿no es eso? ¡Yo te importo un pito! Si no fuera conmigo, vendrías al campo a refocilarte con otra. Pero quieres pecar de tapadillo, en la sombra, para que nadie se entere de tus andanzas. ¡Vaya un pájaro que estás hecho! Pero ten en cuenta, alma mía, que en la vida no siempre se pueden hacer las cosas de tapadillo. ¿No te da vergüenza? ¡Vaya un marinero! ¡A lo que hemos llegada! Yo no tengo miedo y tú lo tienes. Resulta que yo soy el hombre y tú eres la mujer, ¿no es así?

Lushka se inclinaba más a la broma que a la pelea, pero se veía que estaba muy dolida de la conducta de su amante. Luego de permanecer callada unos instantes, mirándole de soslayo con desprecio, se quitó rápidamente la falda de satén negra y dijo en tono de mandato:

—¡Desnúdate!

—¿Te has vuelto laca? ¿Para qué?

—Para que te pongas mi falda y yo me ponga tus pantalones. ¡Eso será lo justo! Según se comporta uno en esta perra vida, así debe ir vestido. ¡Venga, vivo!

Davídov se echó a reír, aunque se había ofendido por las palabras de Lushka y el cambio que se le proponía. Conteniendo a duras penas la ira acumulada en su pecho, repuso en voz baja:

—¡Déjate de travesuras, Lushkal Vístete y vámonos.

De mala gana, como con pereza, Lushka se puso la falda, se arregló los cabellos que habían escapado del pañuelo, y, de pronto, dijo con inesperada y profunda tristeza:

—¡Me aburro contigo, marinero sin chichas!

Fueron hasta el caserío sin pronunciar palabra. Se despidieron, también en silencio, en media del callejón. Davídov, mesurado, hizo una reverencia. Lushka inclinó apenas la cabeza y desapareció tras la puertecilla de la cerca como si se hubiera diluido en la tupida sombra del viejo arce…

Estuvieron sin verse varios días, y luego, una buena mañana, Lushka entró en la administración del koljós y esperó pacientemente en el zaguán hasta que se hubo marchado el último visitante. Davídov iba ya a cerrar la puerta de su despacho, pero vio a Lushka, La falda ceñida a las redondas rodillas, estaba sentada en el banco con las piernas muy abiertas, como un hombre, comía pepitas de girasol y sonreía plácidamente,

—¿Quieres pepitas, presidente? —preguntó con voz reidora y profunda. Sus finas cejas se movían levemente; sus ojos miraban con franca picardía.

—¿Por qué no estás en la escarda?

—Ahora mismo me encamino allá; ya ves, voy de trapillo. Me he acercado un momento para decirte… Ve hoy al pastizal en cuanto anochezca… Te esperaré junta a la era de los Leónov, ¿sabes dónde está?

—Lo sé.

—¿Vendrás?

Davídov asintió en silencio y cerró bien la puerta.

Estuvo largo rato sentado a la mesa en sombría meditación, apoyadas las mejillas en los puños, fija la mirada en un punto. ¡Tenía en qué pensar!

Antes del primer disgusto con ella Lushka, entre dos luces, había estado un par de veces en su casa; después de permanecer allí un rato, había dicho en voz alta:

—¡Acompáñame, Semión! Empieza a oscurecer y me da miedo ir sola. ¡Me da mucho miedo! Desde niña soy terriblemente asustadiza, desde pequeña me espanta la oscuridad…

Davídov tarda el gesto, señalando con los ojos hacia el tabique de tablas, tras el que la patrona —mujer devota y vieja— gruñía descontenta, bufanda como un gato y

haciendo ruido con la vajilla, mientras preparaba la cena para el marido y Davídov. El fino y avezado oído de Lushka percibía con claridad el silbante murmullo de la patrona:

—¡Que tiene miedo! ¡Es el mismo Satanás, y no una mujer! Será capaz de encontrar a tientas, en las tinieblas del otro mundo, a un diablo joven, sin esperar a que él venga a buscarla. ¡Perdóname, Señor, mi gran pecado! ¡Miedosa ella! ¡Como que tú te asustas de oscuridades, mala pécora! Sí, sí…

Al oír aquellas palabras tan poca halagüeñas para su persona, Lushka se limitó a sonreír, ¡No era ella mujer que perdiese el humor por la mala lengua de cualquier vieja beata! ¡A ella se le daba un bledo de aquella casta y babosa santurrona! En su breve vida de casada, la intrépida Lushka se había visto en situaciones mucho más difíciles y había tenido que sostener batallas mucho más encarnizadas con las mujeres de Gremiachi. Oía nítidamente cómo murmuraba la patrona al otro lado de la puerta, llamándola libertina y amiga de hacer favores. ¡Santo Dios!, ¿qué eran aquellas palabras, relativamente inofensivas, en comparación con las que había tenido que oír, y aún más decir, en las grescas con las mujeres ofendidas por ella, cuando buscaban pelea y la acometían con los más escogidos insultos de su repertorio, suponiendo, en su ciega ingenuidad, que sólo ellas podían amar a sus maridos? En todas las ocasiones, Lushka sabía defenderse y siempre daba a sus enemigas la debida respuesta. Nunca, cualesquiera que fuesen las circunstancias, se arredraba, siempre tenía en la punta de la lengua una palabra mordaz, y huelga decir que no había en el caserío celosa alguna capaz de avergonzarla ante la gente, arrancándole el pañuelo de la cabeza… A pesar de todo, decidió darle una lección a la vieja, sencillamente para poner las cosas en su sitio, ateniéndose a un precepto de su vida: ser ella quien dijese la última palabra.

El día de su segunda visita se detuvo un momento en la habitación de la patrona —por la que había que pasar forzosamente—, dejando que Davídov siguiera adelante, y cuando éste hubo salido al zaguán y bajado de prisa la crujiente escalera de la terracilla, Lushka, con el aire más inocente del mundo, volvió su rostro hacia la anciana. Sus cálculos resultaran exactos. La vieja Filimónija se pasó la lengua por los labios, ya de por sí húmedos, y, sin tomar aliento, le espetó:

—¡Pero qué sinvergüenza eres, Lushka, en la vida he visto una como tú!

Lushka bajó los ojos con la mayor modestia, y se detuvo en media de la estancia como abatida por el arrepentimiento y abismada en la meditación. Tenía unas pestañas muy largas, negras, que parecían pintadas, y cuando las dejó caer, una profunda sombra se extendió por sus pálidas mejillas.

Engañada por aquella fingida humildad, la Filimónija dijo quedo, ya más conciliadora:

—Compréndelo tú misma, ¿acaso está bien que tú, una mujer casada, bueno,

aunque sea divorciada, te presentes en el cuarto de un hombre soltero, y además de noche? ¡Qué desfachatez se necesita para hacer estas cosas a la vista de la gente! Recapacita y ten decoro, ¡por los clavos de Cristo!

Tan bajito y con tanta melosidad como la patrona, Lushka repuso:

—Cuando Dios Nuestro Señor, todopoderoso salvador… —Lushka calló expectante, y unos segundos después alzó los ojos, que centellearon malignes en la penumbra.

La devota patrona, al oír el nombre de Dios, inclinó piadosamente la cabeza y se puso a santiguarse con rapidez. Y entonces fue cuando Lushka continuó triunfante, pero ya con voz hombruna, grosera y ruda:

—Cuando Dios repartió la vergüenza entre la gente, yo no estaba en casa; andaba de jarana, divirtiéndome con los mozos, dándoles besos y abrazos. Y no me tocó en el reparto ni tanto así de vergüenza, ¿te enteras? ¿Por qué has abierto tanta la boca que no puedes cerrarla? Y ahora, oye mi mandato: hasta que tu pupilo no vuelva a casa, mientras esté sufriendo conmigo, reza por nosotros, pecadores, ¡vieja yegua!

Lushka salió majestuosa, sin dignarse dirigir a la patrona —pasmada, muda de asombro, apabullada por completo— ni una mirada de desprecio. Davídov, que la esperaba al pie de la terracilla, inquirió con recelo:

—¿De qué hablabais, Lushka?

—De Dios, sobre todo —repuso Lushka, riendo por lo baja y apretándose contra Davídov: había aprendido de su antiguo marido a zafarse con una broma de las conversaciones que no deseaba.

—No, en serio, ¿qué era lo que murmuraba la vieja? ¿No te ha ofendido?

—Esa no es capaz de ofenderme a mí, le faltan *posebilidades* para eso. Y si rezonga es porque esta celosa: tiene celos de mí, porque te quiere, ¡picadillo de viruelas mío! —volvió a bromear Lushka.

—Sospecha de nosotros, ¡eso es la pura verdad! —Davídov, desolado, meneó la cabeza—. No debías haber venido, ¡ésa es la cuestión!

—¿Te da miedo de la vieja?

—¿Por qué me lo va a dar?

—Bueno, si eres un mozo tan templado, ¡no vale la pena gastar más saliva en el asunto!

Difícil era convencer de algo a la caprichosa y extravagante Lushka. Y Davídov, deslumbrado, como por un relámpago, por aquel gran sentimiento que le había acometido de pronto, había pensada más de una vez, en serio, que era preciso confesarlo toda a Makar y casarse con Lushka para salir al fin de aquella equívoca situación que él mismo se había creado y terminar con todos los chismes que pudiesen surgir en torno a su persona. «¡Yo la reeducaré! ¡La ataré corto y dejará de hacer tonterías! La incorporaré a las actividades sociales, la convenceré de que debe

estudiar, y si hace falta sabré obligarla. Llegara a ser una mujer de provecho, ¡eso es la pura verdad! No es tonta, y sus arrebatos se le pasarán, yo la enseñaré a no desmandarse. Yo no soy Makar, ella y Makar no podían entenderse, chocaban como guadaña y piedra, pero yo tengo otro carácter, yo sabré entrarle» —pensaba vanidoso Davídov, exagerando sus posibilidades y las de Lushka.

El día en que habían quedado en verse junto a la era de los Leónov, Davídov, después de comer, empezó ya a mirar el reloj. Grande fue su asombro, y al instante, su cólera, cuando, una hora antes de la convenida para la cita, oyó y reconoció los ligeros pasos de Lushka por la terracilla y luego su voz sonora:

—¿Está en su cuarto el camarada Davídov?

Ni la patrona ni su viejo marido, que en aquel momento se encontraban en casa, contestaran nada. Davídov cogió la gorra con rapidez, se lanzó hacia la puerta y se dio de manos a boca con la sonriente Lushka. Ella se apartó. En silencio, salieron a la calle.

—¡No me gustan estos caprichos! —manifestó Davídov con rudeza e incluso apretó los puños, ahogándose de rabia—. ¿Para qué has venido aquí? ¿Dónde habíamos quedado en vernos? Contesta, ¡así te lleve el diablo!

—¿Por qué me gritas? ¿Es que yo soy tu mujer o tu cochero? —preguntó a su vez Lushka, sin perder el aplomo.

—¡Déjate de tonterías! Yo no grito, pregunto. Lushka se encogió de hombros y dijo con una calma que sacaba de quicio:

—Bueno, si preguntas sin gritos, eso ya es otra cosa. Te echaba de menos y he venido antes de la hora. Tú, seguramente, te alegrarás, estarás contento…

—¡Qué diablos voy a estar contento! Ahora, mi patrona se pondrá a cotillear por todo el caserío. ¿Qué le dijiste el otro día que ni siquiera me mira, no hace más que refunfuñar y me da de comer porquerías en lugar de la habitual sopa de coles? ¿Conque hablasteis de Dios, eh? Buena conversación divina sería, si en cuanto se te mienta, le entra hipo y se pone azul como una ahogada. ¡Eso es la pura verdad, te lo digo yo!

Lushka se echó a reír a carcajadas, y era su risa tan juvenil y desbordante, que a Davídov se le ablandó el corazón. Pero esta vez no estaba para bromas, y cuando ella, mirándole con ojos rientes, humedecidos por las lágrimas, volvió a preguntarle:

—¿Dices que le entra hipo y se pone azul? ¡Se lo merece la beatona! Que no meta las narices donde no le importa. ¡Imagínate, como si le pagaran por seguir todos mis pasos!

Davídov la interrumpió con frialdad:

—¿A ti te da lo mismo lo que pueda propalar por el caserío acerca de nosotros?

—Que lo haga, si es que le sirve de provecho —repuso Lushka despreocupada.

—Pues si a ti te da igual, a mí no me da lo mismo ni mucho menos, ¡eso es la

pura verdad! ¡Basta ya de hacer tonterías y alardear de nuestras relaciones! Si quieres, mañana mismo hablo con Makar y nos casamos, o nos separamos y cada uno tira por su lado. Yo no puedo vivir así, permitir que me señalen con el dedo: ahí va el presidente, el galán de Lushka. Y tú, con tu descaro, estás minando mi autoridad, ¿te enteras?

Roja de ira, Lushka apartó a Davídov de un fuerte empellón y dijo, mordiendo las palabras;

—¡Vaya un novio que me ha salido! ¿Para qué diablos necesito yo a un cobardón baboso como tú? ¡Como que voy a casarme contigo! ¡Estás listo! Le da vergüenza ir conmigo por el caserío, y aún dice: «¡Vamos a casarnos!» Tiene miedo de todo, mira a todos asustado, hasta de los chiquillos escapa como un loco. Vete con tu autoridad al pastizal, detrás de la era de los Leónov, y revuélcate allí en la hierba tú solo, ¡*katsap*[7] desgraciada! Creía que eras un hombre como es menester, y eres parecido a mi Makar: el uno no tiene más que la revolución mundial en la cabeza, el otro, la autoridad. Con vosotros, cualquier mujer se morirá de aburrimiento.

Lushka calló unos instantes, y de pronto dijo con una voz inesperadamente cariñosa, trémula de emoción:

—¡Adiós, Semión mío!

Estuvo parada unos segundos, como indecisa; luego, se volvió con rapidez y se alejó de prisa por el callejón.

—¡Lushka! —la llamó Davídov con voz ahogada.

Tras la esquina, como una chispa, brilló por un instante el blanco pañuelo de Lushka, y se apagó en la oscuridad. Pasándose la mano por el rostro, que le ardía, Davídov permaneció inmóvil, sonriendo desconcertado y pensando: «Vaya un momento que has ido a elegir para proponerle el matrimonio. ¿No querías casarte? Pues toma casorio, pedazo de alcornoque, ¡eso es la pura verdad!»

El disgusto iba en serio. En realidad, aquello no era un disgusto, ni siquiera una riña, sino algo parecido a una ruptura. Lushka evitaba tenazmente encontrarse con Davídov. Pronto él se mudó de casa, pero ni aun este hecho, que indudablemente llegó a conocimiento de Lushka, la impulsó a la reconciliación.

«Bueno, ¡que se vaya al diablo, ya que es tan psicológica!» —pensaba Davídov con rencor, perdidas definitivamente las esperanzas de ver a solas a su amada. Pero una gran amargura le oprimía el corazón, y su alma estaba sombría, anubarrada, como un lluvioso día de octubre. Por lo vista, en poca tiempo, Lushka había sabido hallar la senda que conducía al sencillo corazón de Davídov, no curtido en lides de amor…

Cierto que en la ruptura que se vislumbraba había también sus lados positivos: en

primer lugar, ya no sería preciso tener una penosa explicación con Makar Nagúlnov, y en segundo lugar, a partir de entonces, nada amenazaría la férrea autoridad de Davídov, alga quebrantada por su conducta, inmoral hasta cierto punto. Sin embargo, todas estas venturosas consideraciones reportaban al desdichado Davídov bien poco consuelo.

En cuanto se quedaba a solas consigo mismo, se ponía, sin darse cuenta de ello, a escudriñar el pasado con ojos que no veían y sonreía, con soñadora añoranza, al recordar el grato aroma de los labios de Lushka, siempre secos y trémulos, y sus ojos ardientes, que cambiaban sin cesar de expresión.

¡Maravillosos eran los ojos de Lushka Nagúlnova! Cuando miraba con la cabeza un poco gacha, algo conmovedor, de infantil desamparo, se traslucía en su mirada, y en tales momentos, más bien parecía una muchachita que una mujer con gran experiencia de la vida y los placeres del amor. Pero un minuto más tarde, después de arreglarse con leve roce de los dedos el impoluto pañuelo, pasado por azulete, echaba hacia atrás la cabeza, mirando burlona, y sus ojos malignos, de un brillo mate, eran ya francamente cínicos y parecían saberlo toda.

Aquella facultad de momentánea transformación no era en Lushka un dominio absoluta de todos los secretos de la coquetería, sino, sencillamente, un don de la naturaleza. Al menos así le parecía a Davídov. En su ceguera amorosa, no veía que la prenda de su corazón era mujer muy pagada de su persona, quizás más de la cuenta, e, indudablemente, enamorada de sí misma. Muchas eran las cosas que no veía Davídov.

Una vez, en un arrebato de lírica amor, al besar las mejillas de Lushka, ligeramente untadas de crema, dijo:

—¡Lushka mía, eres como una flor! Hasta tus pecas huelen bien, ¡eso es la pura verdad! ¿Sabes a qué huelen?

—¿A qué? —preguntó ella intrigada, mientras se incorporaba un poco, apoyándose en un codo.

—A algo fresco y lozano; bueno, a rocío o cosa así… Bueno, como las campanillas, con olor apenas perceptible, pera aromosa.

—Así tiene que ser —aseguró Lushka con dignidad y muy en serio.

Davídov calló unos instantes, desagradablemente sorprendido por aquella presunción sin recato, y luego preguntó:

—¿Y por qué tiene que ser así?

—Porque soy guapa.

—Según tú, ¿todas las guapas huelen bien?

—No diré que todas, no lo sé. Yo no me he puesto a olfatearlas. ¡A mí qué me importan las demás!, yo hablo de mí misma, tonto, No todas las guapas tienen pequitas como las que yo tengo, que huelen a campanillas blancas.

—Eres una presuntuosa, ¡eso es la pura verdad! —repuso Davídov con pena—. Para que te enteres, te diré que tu cara no huele a campanillas blancas, sino a rábano con cebolla y aceite.

—Si es así, ¿por qué la besuqueas?

—Me gusta el rábano con cebolla…

—Dices, Semión, toda clase de vaciedades, como un chiquillo —replicó Lushka descontenta.

—Con los listos hay que proceder con listeza, ¿entiendes?

—El listo, inclusa cuando esta con un tonto, es listo, mientras que el tonto, incluso estando con un listo, continúa siendo tonto —le devolvió Lushka la pelota.

Entonces, sin motivo alguno, regañaron también, pero aquélla fue una riña pasajera, que terminó, unos minutos más tarde, con la más plena reconciliación. Otra cosa era lo de ahora. Todos los instantes vividos con Lushka le parecían magníficos, pero pertenecientes a un pasado lejano que no habría de volver jamás. Perdida la esperanza de verla a solas para tener una explicación con ella y aclarar el cariz que habían tomado sus relaciones, Davídov se apenó seriamente. Encomendó a Razmiótnov que se ocupara de los asuntos del koljós, en sustitución suya, y se dispuso a incorporarse por tiempo indefinido a la segunda brigada, que ponía en cultivo las barbecheras de mayo en uno de los más alejados sectores de las tierras koljosianas.

No era aquél un viaje motivado por necesidades del trabajo, sino la vergonzosa fuga de un hombre que quería y temía al propio tiempo el inminente desenlace de sus amoríos. Davídov se daba perfecta cuenta de todo esto, al observarse, de vez en cuando, como un espectador imparcial, pero tenía los nervios de punta y prefirió marcharse del caserío, considerando que sería aquello lo mejor para él, aunque sólo fuese por la simple razón de que así no vería a Lushka y podría vivir algunos días con relativa tranquilidad.

Capítulo IV

A principios de junio llovía con frecuencia, de un modo impropio del verano; el agua caía serena como en otoño, sin tormentas ni vendavales. Por las mañanas se arrastraba desde Poniente, remontando los lejanos oteros, un nubarrón gris azulenco. El nubarrón crecía, se ensanchaba, ocupaba medio cielo, sus oscuros bordes blanqueando siniestros, y luego descendía hasta que sus hilachosos bajos, con transparencias de tul, se enganchaban en el tejado del molino de viento que se alzaba sobre un túmulo en la estepa; allá arriba, con voz de bajo profundo, apenas perceptible, rezongaba bonachón el trueno, y bajaba pródiga la lluvia.

Tibias, como salpicaduras de leche recién ordeñada, las gotas caían verticales sobre la tierra, envuelta en nebuloso silencio, y unas burbujas blancas surgían en los charcos cubiertos de espuma; tan apacible y serena era aquella ligera lluvia de verano, que ni siquiera las flores inclinaban sus cabecitas, ni siquiera las gallinas se escondían. Afanosas y diligentes, escarbaban junto a pajares y setos, húmedos y ennegrecidos, buscando alimento, mientras los gallos, mojados, algo perdida su majestuosa prestancia, lanzaban uno tras otro, a pesar de la lluvia, prolongados kikirikís, y sus animosas voces se fundían con la algarabía de los gorriones, que se bañaban frívolos en los charcos, y el piar de las golondrinas, que parecían abatirse raudas sobre la tierra, aromosa de lluvia y polvo, atrayente y cariñosa.

Los gallos de Gremiachi Log eran excepcionales, dejaban a uno pasmado con la diversidad de sus voces. A partir de la medianoche, iniciaba los kikirikís el gallo de los Liubishkin, el más madrugador de todos. Cantaba alegre, con voz atenorada y gorjeante, como un jefe de compañía, joven y cumplidor en el servicio; grave, con abaritonado timbre de coronel, le respondía el gallo del corral de Agafón Dubtsov; luego, durante unos cinco minutos, sobre el caserío se expandía compacto y continuo el canto de todos ellos, y por último, rezongando soñoliento y aleteando con fuerza en el palo, el orondo y rojizo galio de los Maidánnikov, el más viejo del caserío, dejaba oír su bronca voz de general, tomada, enronquecida del mando, que resonaba atronadora.

A excepción de los enamorados y los enfermos graves, que en opinión de Makar Nagúlnov eran casi la misma cosa, quien más tarde se dormía de todo el caserío era él. Seguía estudiando inglés, con aplicación, aprovechando las horas de ocio que le proporcionaba la noche. Del respaldo de una silla, en su cuarto, colgaba una toalla de lienzo; en un rincón había una jarra con agua fría del pozo. ¡Con qué grandes fatigas adquiría Makar el saber! Desabrochado el cuello de la camisa, todo el pelo revuelto, sudoroso, estaba sentado a la mesa, junto a la ventana, abierta de par en par; se limpiaba con la toalla el sudor de la frente, de los sobacos, del pecho y de la espalda y, de vez en cuando, sacando medio cuerpo fuera del alféizar, se echaba sobre la

cabeza agua de la jarra y lanzaba leves rugidos de satisfacción.

Ardía el quinqué con luz mortecina, las mariposas nocturnas chocaban contra la pantalla de papel de periódico, al otro lado de la pared roncaba beatífica la vieja patrona, y Makar, palabra por palabra, iba dominando un idioma que le era terriblemente difícil y endiabladamente necesario… Una vez, a eso de la medianoche, se sentó en el alféizar para descansar y fumarse un cigarrillo y, por vez primera, oyó de verdad el coro de los gallos. Luego de escuchar atentamente, Makar, pasmado, exclamó con entusiasmo: «¡Igual que en una parada, como en la revista de una división, ni más ni menos!»

A partir de entonces, cada noche esperaba la diana de los gallos y prestaba oído con placer a las voces de mando de los cantores nocturnos, desdeñando en su fuero interno los líricos gorjeos y trinos de los ruiseñores. Gustábale en particular la generalesca voz de bajo del gallo de Maidánnikov, que era en el coro aquel a modo de un acorde final. Pero, una vez, el orden de los gritos de llamada, a que estaba ya acostumbrado Makar y que aprobaba mentalmente, fue alterado de la manera más inesperada y cínica: después del potente bajo profundo del gallo, de pronto, a dos pasos de allí, tras el cobertizo, en el corral del vecino, Arkashka Menok, alzó su voz atiplada de arrapiezo descarado un gallejo ruin, seguramente de los jovenzuelos, y después estuvo largo rato cacareando como una gallina y emitiendo inmundos regüeldos. En el silencio que se hizo a continuación, Makar percibió con nitidez cómo se debatía el miserable bicho en el gallinero, agitando las alas, temeroso sin duda de caerse del palo a consecuencia de su propio grito.

Aquella perrería era una clara infracción de la disciplina y un desprecio completo a la subordinación. A juicio de Makar, era hasta cierto punto como si, después de un auténtico general, enmendándole la plana, hubiera empezado a hablar de pronto algún oficialillo, jefe de una sección cualquiera y tartamudo por añadidura. Indignado hasta lo más profundo de su alma, Makar no pudo consentir aquel escándalo y gritó en la oscuridad: «¡Silencio!…» Luego cerró furioso la ventana, soltando tacos a media voz.

A la noche siguiente se repitió el caso, y a la otra, ocurrió lo mismo. Y por dos veces más, Makar hubo de gritar en la oscuridad: «¡Silencio!», sobresaltando con su grito a la patrona. La perfecta armonía de los kikirikís nocturnos, en la que las voces y el tiempo parecían estar fijados con arreglo a la graduación, había sido alterada irremediablemente. Ahora, en cuanto daban las doce, Makar se acostaba… Ya no podía seguir estudiando hasta más tarde ni recordar las enrevesadas palabras. Sus pensamientos giraban en torno al descarado gallo, y se figuraba con rabia que el animalejo aquel tenía que ser sin duda tan vano y necio como su amo. Mentalmente, insultaba a la inocente ave, tachándola de bribona, parasita y advenediza. El gallo del vecino, que había osado alzar su voz después del de Maidánnikov, sacó de quicio a Makar: sus progresos en el estudio de la lengua inglesa descendieron de modo

vertiginoso, su humor empeoraba de día en día… ¡Ya era hora de poner fin a semejante escándalo!

Al cuarto día, por la mañana, Makar entró en el corral de Arkashka Menok, saludó con frialdad y pidió:

—Oye, enséñame tu gallo.

—¿Para qué lo necesitas?

—Me interesa ver qué aspecto tiene.

—¿Y para qué diablos te hace falta ver su aspecto?

—¡Anda, enséñamelo! ¡No tengo tiempo para comadrear contigo! —dijo Makar irritado.

Mientras Nagúlnov liaba un cigarro, Arkashka, empuñando una vara, hizo salir con dificultad de debajo del granero una policroma bandada de gallinas de vistoso plumaje. ¡Lo que se figuraba! Las suposiciones de Makar se confirmaron plenamente: entre unas doce frívolas y coquetas gallinas de chillona pluma rebullía inquieto un gallito pequeñajo, feo, picoteado, con plumas de color gris de ratón. Makar le examinó con ojos rebosantes de franco desdén y, dirigiéndose a Arkashka, le aconsejó:

—¡Córtale el cuello a ese sietemesino!

—¿Para qué se lo voy a cortar?

—Para hacer una sopa de fideos —le respondió Makar conciso.

—¿A santo de qué? No tengo otro y es voluntarioso para las gallinas.

Makar sonrió irónico, torciendo los labios:

—¿Y su único mérito es ser voluntariosa para las gallinas? ¡Valiente cosa! Eso sabe hacerlo cualquier tonto.

—Pues no se le exige nada más. Yo no me dispongo a arar con él el huerto, no podría arrastrar ni un arado sencillo…

—Oye, tú ¡sin bromitas, que yo también sé bromear cuando hace falta!…

—¿Y qué daño te ha hecho mi gallo? —preguntó Menok, ya con cierta impaciencia—. ¿Se ha cruzado en tu camino?

—Es un imbécil, no sabe lo que es el orden establecido.

—¿Y qué orden establecido es ése? ¿Se mete en el huerto de tu patrona o qué?

—En huerto no se mete, lo digo en general…

A Makar le daba vergüenza explicar a qué orden de casas se refería. Durante un momento permaneció plantado en silencio, muy abiertas las piernas, lanzando al gallo fulminantes miradas: luego, se le ocurrió una idea, y dijo animada:

—¿Sabes lo que te digo, vecino?, ¿por qué no me cambias el gallo?

—¿Y cómo de tu hacienda, que no tiene ni un mal pienso, vas a sacar un gallo? —preguntó Menok intrigado.

—Ya lo encontraremos, ¡y no tan picoteado como ése!

—Bien, tráelo y te lo cambiaré, si es que me conviene. No me empeñaré en quedarme con el mío.

Al cabo de media hora, como de paso, Makar entró en el corral de Akim Biesjliébnov, en cuya hacienda había buen número de gallinas. En tanto hablaba de unas cosas y otras, Makar lanzaba escudriñadoras miradas a las gallinas que vagaban por el patio y escuchaba el canto de los gallos. Los cinco gallos de Biesjliébnov, grandes y de un colorido impresionante, eran a cual mejor y, lo principal, todos ellos tenían la suficiente voz y mucho empaque. Antes de despedirse, Makar propuso:

—Hombre, a propósito, ¿por qué no me vendes un gallo?

—Perdona, camarada Nagúlnov, pero la gallina hace mejor caldo, elige la que quieras, mi mujer tiene una infinidad.

—No; lo que necesito es un gallo. Préstame un saco para meterlo.

Poca después, Makar estaba ya en el corral de Arkashka Menok, desatando el saco. Arkashka, célebre por su afición a los cambios, se frotaba satisfecho las manos, saboreando anticipadamente el trueque que se avecinaba, y decía:

—Vamos a ver qué alhaja me traes, pues a lo mejor exijo que me des algo encima. Desátalo más de prisa, ¿a qué remoloneas? Ahora mismo atrapo al mío y los echaremos a pelear; el dueño del gallo que gane tendrá derecho a exigir la convidada. De otra manera, yo no cambio, ¡palabra! Dime, ¿qué estampa tiene el tuyo? ¿Es de buena talla?

—¡Como un granadero de la Guardia! —barbotó Makar conciso, desatando con los dientes el apretado nudo del saco.

Arkashka se lanzó al trote hacia el gallinero, sujetándose los pantalones, que se le caían al correr. Un minuto más tarde oyéronse allí desaforados gritos de gallo. Pero cuando regresó, apretando contra su pecho al palpitante animalejo, agitado por un susto mortal, Makar estaba inclinado sobre el abierto saco, rascándose preocupada el cogote: el «granadero» yacía con las alas abiertas, caídas pesadamente sobre el fondo del saco; las agonías de la muerte ponían en blanca sus redondos ojos anaranjados.

—¿Qué le pasa? —preguntó Arkashka asombrado.

—¡Falló el tiro!

—¿.Resulta que esta malo?

—Te digo que falló el tiro.

—¿Cómo puede un gallo fallar un tiro? ¡Qué cosas dices!

—No es él quien falló el tiro, tontaina, he sida yo. Lo traía para acá, y a él se le ocurrió soltar un kikirikí dentro del saco, abochornarme delante de la gente, pues fue al pasar junto a la administración; bueno, yo le volví la cabeza hacia otro lado, un poquitín nada más… ¿Comprendes?, un poquitín, y ya ves lo que ha resultada. Trae pronto el hacha, antes de que se muera sin provecho alguno.

Makar tiró por encima del seto el gallo decapitada y le gritó a su patrona, que

andaba atareada cerca de la terracilla.

—¡Eh, abuela! ¡Desplúmalo antes de que se enfríe y haz mañana con él una sopa de fideos!

Sin decir palabra a Arkashka, se dirigió de nuevo a casa de Biesjliébnov. Este, al principio, se puso testarudo: «Si sigues así, me vas a dejar viudas a todas las gallinas», pero acabó por venderle otro gallo. El cambio se efectuó, y, unos minutos más tarde, el gallo de Arkhashka, ya sin cabeza, volaba por encima de la cerca acompañado de las voces de Makar, que, reventando de gozo, le gritaba a su patrona:

—¿Toma esa porquería, abuela! Despluma a ese indisciplinado del diablo, ¡y a la cazuela con él!

Salió Makar a la calle con el empaque del hombre que ha hecho una obra grande y necesaria. La mujer de Arkashka le siguió con la mirada, meneando la cabeza con triste compasión, asombrada a más no poder ante aquella sangrienta represión contra los gallos que Makar había organizado en su corral. En respuesta a la muda pregunta de la mujer, Arkashka se llevó el índice a la sien y le dio vueltas, mientras decía en un susurro:

—¡Esta tocado! Un hombre tan bueno, y está tocado. Se ha vuelto loco sin remedio, ¡eso es! ¡La de noches que se habrá pasado en claro el pobrecillo! Esas lenguas inglesas, ¡malditas sean mil veces!, han sido su perdición.

A partir de entonces, Makar, que soportaba valientemente su soledad, pudo escuchar sin obstáculo, por las noches, el canto de los gallos. Se pasaba los días enteros escardando, en unión de mujeres y chiquillos, los campos de cereales, y por las noches, después de cenar una sopa de coles sin carne y un tazón de leche, se sentaba ante el manual de lengua inglesa y esperaba pacientemente las doce.

Pronto se le incorporó el abuelo Schukar. Una noche, llamó suavemente a la puerta y preguntó:

—¿Da usted su permiso?

—Pasa. ¿Qué quieres? —le recibió Makar, no muy afablemente.

—Verás, ¿cómo decirte?… —se cortó el abuelo Schukar—. Puede que te eche de menos, Makárushka. Vi la luz y pensé: entraré un momento a visitarlo.

—¿Acaso eres una mujer para echarme de menos?

—A veces, un viejo echa más de menos que las mujeres. Y mi trabajo es una aburrición: siempre con los potros, día y noche con ellos. ¡Estoy harto de seres que no hablan! Tú, es un suponer, te diriges a uno con buenas palabras, y él come la cebada y calla, meneando la cola. ¿Y qué adelanto yo con eso? Y por si faltaba algo, ese macho cabrío, ¡maldito sea el condenado! ¿Cuando dormirá ese bicho, Makárushka? Por la noche, en cuanto cierro los ojos, el muy diablo no para. ¡La de pisotones que me habrá dada con sus pezuñas mientras yo estaba dormido! Me mete unos sustos de muerte, y, cuando yo me asusto, ¡se ha concluido, ya no me duermo ni aunque me

maten! Es un bicho tan maldito y dañino, que no me deja vivir. Se pasa la noche entera husmeando por la cuadra, se mete en el henil, ¿Por qué no lo degollamos, Makárushka?

—¡Fuera de aquí con esas conversaciones! Yo no tengo nada que ver con los machos cabríos de la administración, quien manda en ellos es Davídov, dirígete a él.

—Dios me libre, yo no vengo a hablar del macho cabrío, sino a verte y nada más. Dame algún librito que sea entretenido y estaré sentado a tu vera tan quietecito como el ratón en su agujero. Para ti será más distraído y para mí también. ¡No te molestaré ni pizca!

Makar lo pensó un poco y accedió. Dándole un grueso diccionario de la lengua rusa, le dijo:

—Está bien, quédate conmigo y lee, pero para ti, y no chasquees los labios, no tosas ni estornudes: en resumidas cuentas, ¡que no haya aquí ni un ruido! Fumaremos cuando yo lo mande. ¿Está claro el asunto?

—Por mi parte, de acuerdo con todo, pero, ¿qué hacer con los estornudos? ¿Y si de pronto, maldita sea, le entran a uno ganas de estornudar? Por mi cargo, tengo siempre las narices llenas de polvo de heno. A veces, hasta en sueños estornudo… ¿Qué voy a hacer entonces?

—¡Salir como una bala para el zaguán!

—¡Ay, Makárushka, yo soy una bala fulera, oxidada! En tanto que llego al zaguán, tengo tiempo de estornudar diez veces y de sonarme cinco.

—¡Tú date prisa, abuelo!

—Una moza tenía prisa por casarse, pera no encontraba novio. Apareció un hombre de buen corazón y le ayudó en su desgracia. ¿Y sabes en qué se convirtió la moza sin necesidad de bodas? ¡En una buena hembra! Esa mismo me puede pasar a mí: que, por darme prisa, cometa en la carrera un pecado, y entonces tú me pondrás en la calle inmediatamente, ¡lo veo más claro que el agua!

Makar se echó a reír y dijo:

—Corre con cuidada y aseo, pues uno no debe arriesgar su autoridad. En resumen: estáte callado y no me distraigas, lee y hazte un viejo culto.

—¿Se te puede hacer otra preguntita? Pero no te enfurruñes, Makárushka, es la última.

—¡Venga! ¡Vivo!

El abuelo Schukar se removió turbado en el banco y masculló:

—Verás de qué se trata… No es ninguna cosa de gran importancia, pero, sin embargo, mi vieja se ofende mucho por ello: me dice: «¡No me dejas dormir!» ¿Y qué culpa tengo yo?, se pregunta uno.

—¡Al grano!

—Al grano voy. Yo, de la hernia, o puede que de alguna otra dolencia, tengo a

veces unos ruidos de tripas espantosos, ¡es como si me retumbara un trueno en la barriga! ¿Qué hacemos entonces? ¿Esta distraerá también de los estudios?

—¡Al zaguán, y que aquí no haya ni truenos ni relámpagos de ningún género! ¿Está claro el asunto?

Schukar asintió con la cabeza, lanzó un penoso suspiro y abrió el diccionario. A medianoche, bajo la dirección de Makar y atendiendo sus explicaciones, oyó por vez primera, de verdad, el canto de los gallos, y al cabo de tres días, ambos, juntos ya, hombro con hombro, estaban asomados a la ventana, reclinados sobre el poyo, sacado medio cuerpo fuera; el abuelo Schukar murmuraba arrobado:

—¡Dios mío, Dios mío! Me he pasado la vida entera al lado de los gallos, me han salido los dientes entre las gallinas, sin que nunca pudiera imaginarme que hubiese tanta belleza en sus cantos. ¡Pero ahora veo lo que es eso, Makárushka! ¡Cómo entona ese diablo, el de Maidánnikov! ¿Eh? ¡Talmente como el general Brusílov, ni más ni menos!

Makar frunció el ceño, pero repuso moderado, en un susurro:

—¡Valiente cosa! Si tú hubieras oído, abuelo, a nuestros generales… ¡ésas sí que son voces, nuestras, de oro de ley! ¿Quién es tu Brusílov? En primer lugar, un antiguo general zarista: por consiguiente, una persona sospechosa para mí: y en segundo lugar, un intelectual con gafas. Seguramente, su voz debía ser como la del difunto gallo de Arkashka, que buen provecho nos haga. Las voces hay también que examinarlas desde el punto de vista político. Te pondré un ejemplo; teníamos en la división un bajo con un vozarrón famoso en todo el ejército. Resultó ser un canalla: se pasó al enemigo. ¿Y crees que para mí sigue siendo un bajo? ¡Ni pensarlo! Para mí, ahora, ¡es un falsete vendido, y no un bajo!

—Yo creo que la política no tiene nada que ver con los gallos, ¿verdad, Makárushka? —preguntó con timidez el abuelo Schukar.

—¡También tiene que ver! ¡Si en lugar del gallo de Maidánnikov, cantara alguno de un kulak, no escucharía yo en mi vida al parasito! ¡Maldita la falta que me hace a mí oír al engendro de un kulak!… ¡Bueno, basta de conversaciones! Siéntate ante tu libro, yo me sentaré ante el mío, y no me vengas con preguntas tontas. De lo contrario, ¡te echo a la calle sin compasión!

El abuelo Schukar se convirtió en un ferviente partidario y admirador del canto de los gallos. Fue él quien convenció a Makar para que fuesen a ver al gallo de Maidánnikov. Entraron en el corral, como si fueran a algún asunto. Kondrat Maidánnikov se encontraba en el campo, labrando las tierras que habían estado en barbecho hasta mayo. Makar habló con la mujer de Kondrat, y mientras le preguntaba, como de pasada, por qué no había ido a escardar, observaba atentamente al gallo, que se paseaba con gran prosopopeya por el corral. Tenía un aspecto muy respetable y digno, con su fastuoso plumaje rojizo. Makar quedó contento de su

examen. Al salir a la calle, atrás ya la puertecilla de la cerca, le dio un codazo a Schukar, que no había abierto el pico, y le pregunto:

—¿Qué te parece?

—Su estampa corresponde a la voz. ¡Eso es un arzobispo, y no un gallo!

A Makar no le gustó nada la comparación, pero no dijo ni palabra. Casi llegaban ya a la administración, cuando Schukar, desorbitados los ojos de espanto, agarró a Makar por la manga de la guerrera.

—Makárushka, ¡pueden degollar…!

—¿A quién?

—A mí no, Dios me libre, ¡al gallo! ¡Lo degollaran, sin más ni más! ¡Ay, lo degollaran!

—¿Por qué lo van a degollar? ¿A santo de qué? No te comprendo, ¡Qué sandeces estás ensartando!

—¿.Qué es lo que no comprendes? El animal es más viejo que la tos: es de mi misma edad, si es que no tiene más años. ¡A ese gallo lo conozco yo desde niño!

—¡No mientas, abuelo! Los gallos no viven hasta los setenta años, nada se dice de eso en las leyes de la naturaleza. ¿Está claro?

—De todos modos, es viejo, tiene ya blancas todas las plumas de la barba, ¿o es que no te has dado cuenta? —objetó Schukar con calor.

Makar giró en redondo sobre los talones. Caminaba a paso rápido y largo, con tan grandes zancadas, que Schukar, apresurándose en su seguimiento, tenía que pasar de vez en cuando a un trotecillo perruno. Al cabo de unos minutos, estaban de nuevo en el corral de Maidánnikov. Makar se enjugaba el sudor de la frente con el pañuelito de encaje que le quedaba como recuerdo de Lushka; el abuelo Schukar, muy abierta la boca, respiraba jadeante, como un perro de caza que hubiese estado medio día persiguiendo a una zorra. De su lengua amoratada caían sobre la barbita unas pequeñas gotas de saliva clara.

La mujer de Kondrat acercóse a ellos, sonriendo afectuosa.

—¿Se les ha olvidado algo?

—Me olvidé decirte, Prójorovna, que no se te ocurra matar a tu gallo.

El abuelo Schukar se encorvó, como un signo de interrogación, tendió la mano hacia adelante y, agitando el sucio índice, profirió con esfuerzo, entre jadeos:

—¡Líbrete Dios!…

Makar, descontento, le lanzó una mirada de reojo y prosiguió:

—Lo queremos para la reproducción en el koljós, te lo compraremos o cambiaremos por otro, pues, a juzgar por su estampa, debe ser de buena raza y pura sangre, puede que sus abuelos fuesen traídos de Inglaterra o algo por el estilo, tal vez de Holanda, para reproducir en nuestra tierra una nueva raza. ¿No hay gansos holandeses que tienen un bultito en el pico? Los hay. Puede que este gallo sea

también de nacionalidad holandesa, ¿tú qué sabes? Yo tampoco lo sé y, por consiguiente, no se le puede cortar el cuello de ninguna de las maneras.

—Ya no sirve para la reproducción, está hecho un carcamal el pobre, queríamos matarlo para el día de la Trinidad y hacernos con uno joven.

Esta vez fue el viejo Schukar quien le dio el codazo a Makar, como advirtiéndole: ¿no te lo decía yo?; pero Makar, sin hacerle caso, continuó tratando de convencer a la dueña de la casa.

—Lo de la vejez no es ningún impedimento; a nosotros nos servirá para la reproducción; lo alimentaremos como es debido, con trigo bien remojado en vodka, ¡y empezará a hacer la rueda a las gallinas con más furia que un torbellino! En resumidas cuentas, que a este valioso gallo no se lo puede liquidar. ¿Está claro el asunto? ¡Me alegro! Y en cuanto al gallito joven, hoy mismo te traerá uno el abuelo Schukar.

Aquel mismo día, Makar le compró a buen precio a la mujer de Diomka Ushakov un gallo que le sobraba y se lo mandó a la de Maidánnikov con el abuelo Schukar.

Al parecer, el último obstáculo ya había sido superado, pero de súbito empezó a circular por el caserío el jocoso rumor de que Makar Nagúlnov, no se sabía con qué fines, compraba gallos al por mayor y al por menor, pagando por ellos cantidades exorbitantes. ¿Y cómo Razmiótnov, tan amigo de alegres bromas, iba a permanecer indiferente ante aquella? Al enterarse de la singular extravagancia de su amigo, decidió comprobar todo personalmente y, bien entrada la noche, se presentó en la vivienda de Nagúlnov.

Makar y el abuelo Schukar, abismados en gruesos libracos, estaban sentados a la mesa. Humeaba el quinqué, a causa del exceso de mecha. En la habitación flotaban partículas de hollín, la malparada pantalla de papel, colocada directamente sobre el tubo de cristal, olía a chamusquina, y reinaba ese silencio que solamente se observa en el primer grado de las escuelas primarias durante la clase de caligrafía. Razmiótnov, que había entrado sin llamar, carraspeó, parado junto al umbral, pero ninguno de los aplicados lectores fijó en él su atención. Entonces, conteniendo a duras penas una sonrisa, preguntó en voz alta:

—¿Vive aquí el camarada Nagúlnov?

Makar alzó la cabeza y miró fijamente a Razmiótnov. No, el visitante nocturno no estaba borracho, pero el incontenible deseo de dar suelta a la carcajada pugnaba por despegarle los labios. Los ojos de Makar brillaron mortecinos y se entornaron. Repuso tranquilo:

—Mira, Andréi, vete a echar el palique con las muchachas, pues yo, ya lo estás viendo, no puedo perder el tiempo contigo.

Al ver que Makar no estaba dispuesto en modo alguno a compartir con él su buen humor, Razmiótnov se sentó en el banco y, después de encender un cigarrillo,

preguntó, ya en serio:

—Bueno, y en realidad, ¿para qué los has comprado?

—Para hacer sopa de fideos y de coles. ¿Te creías que para hacer helado con que obsequiar a las señoritas del caserío?

—Lo del helado, naturalmente, no se me ocurrió pensarlo, pero estaba maravillado: ¿para qué querrá tantos gallos?, me decía, ¿y por qué han de ser gallos precisamente?

Makar sonrió:

—Me gusta la sopa de fideos con crestas de gallo, eso es todo. A ti te maravillan mis compras; en cambio a mí, Andréi, me maravilla por qué no te dignas ir a la escarda.

—¿Y qué quieres que haga allí? ¿Vigilar a las mujeres? Para eso ya hay jefes de brigada.

—No vigilar, sino escardar tú mismo.

Razmiótnov, denegando con las manos, se echó a reír muy divertido:

—¿Quieres que arranque colzas con ellas? ¡Perdona, hermano! Eso no es cosa de hombres; además, yo no soy un cualquiera, sino el presidente del Soviet de la aldea.

—¡Vaya un personaje! ¿Qué te parece el señor? ¿Por qué puedo yo arrancar igual que ellas colzas y otros hierbajos y tú no puedes hacerlo?

Razmiótnov se encogió de hombros.

—No es que no pueda, lo que pasa es que, sencillamente, no quiero cubrirme de vergüenza delante de los cosacos.

—Davídov no le hace ascos a ningún trabajo, yo tampoco, ¿y por qué andas tú con la gorrita ladeada y te pasas los días enteros sentado en tu Soviet o te metes bajo el brazo tu cochina cartera de papeles y corres por el caserío de un lado para otro como un alma en penar ¿Es que tu secretario no es capaz de extender un simple certificado de si una persona es casada o soltera? Mira, Andréi, ¡déjate de pamplinas! Incorpórate mañana mismo a la primera brigada, ¡Y enséñales a las mujeres cómo saben trabajar los héroes de la guerra civil!

—¿Te has vuelto loco o bromeas? ¡No iré aunque me mates! —exclamó Razmiótnov, tirando con rabia la colilla y levantándose del banco con ímpetu—. ¡No quiero ser el hazmerreír de la gente! ¡Eso de escardar no es cosa de hombres! ¡A lo mejor me mandas también a mullir el patatar!

Golpeteando en la mesa con un cabo de lápiz, Makar repuso tranquilo:

—Lo que es de hombres es ir adonde manda el Partido. Supongamos que a mí me dicen: Nagúlnov, ve a cortarles la cabeza a los contrarrevolucionarios, ¡iré con alegría! Si me dicen: ve a mullir el patatar, iré sin alegría, pero iré. Si me mandan: ve a ordeñar vacas, rechinaré los dientes, ¡pero iré de todos modos! Le tiraré a la pobre vaquita de los pezones a diestro y siniestro, como mejor pueda, ¡pero la ordeñaré a la

condenada!

Razmiótnov, pasado un poco el acaloramiento, recobró el humor:

—Con esas manazas que tienes, eres el más a propósito para ordeñar; un par de meneos, y tirarás a la vaca al suelo.

—Si la tiro, la levantaré otra vez, y seguiré ordeñando hasta la victoria final, hasta que le saque la última gota de leche. ¿Comprendido? —y sin esperar respuesta continuó, pensativo—: Reflexiona sobre el particular, Andréi, y no te enorgullezcas demasiado de tu hombría y carácter cosaco. Nuestro honor de miembros del Partido no consiste en eso, tal es mi parecer. Verás, hace unos días iba camino de la cabeza del distrito, a presentarme al nuevo secretario, cuando me encuentro a Filónov, el secretario de la célula de Tubianskói, que me preguntó: «¿Qué rumbo llevas, vas al Comité de distrito del Partido?» Al Comité voy, le contesto. «¿A ver al nuevo secretario?» A verlo, le respondo. «Pues da la vuelta y tira para ese prado nuestro donde están segando la hierba, allí lo tienes». Y me señala con la fusta hacia la izquierda del camino. Miro y veo que están segando a todo meter, con seis máquinas. ¿Os habéis vuelto locos?, le pregunto. ¿Cómo es que empezáis a segar tan pronto? Y él me dice: «Lo que hay allí no es hierba, sino cardos y demás maleza, y hemos decidida segarla y ensilarla». Yo le pregunto: ¿eso se os ha ocurrido a vosotros solos? Y él me responde : «No; el secretario llegó ayer, estuvo viendo todos nuestros campos, topó con esta maleza y nos preguntó qué pensábamos hacer con ella. Nosotros le dijimos que la enterraríamos al labrar los barbechos, pero él se echó a reír y contestó: para enterrarla al labrar, no hace falta mucho meollo; en cambio, segarla y ensilarla sería más inteligente».

Makar calló un instante, fija en Razmiótnov su escudriñadora mirada.

—¿Y le viste? —preguntó Razmiótnov impaciente.

—¡Cómo no! Tiré para allá, recorrí un par de kilómetros y encontré dos cochecillos parados; un vejete estaba haciendo unas gachas en una hoguera; un mocetón, fuerte como un toro, con una carota grande, estaba tumbado baja uno de los carricoches, rascándose los talones y espantando las moscas con una ramita. No tenía pinta de secretario: estaba tumbado, descalzo, y su cara era redonda como un cedazo. Pregunté por el secretario, y el mocetón sonrió con sorna. «Desde por la mañana temprano trabaja por mí en la segadora, ahí lo tienes corriendo por la estepa, derribando hierbajos». Me apeé, até el caballo al coche y eché a andar hacia los que segaban. Pasó la primera segadora; iba en ella un abuelete con sombrero de paja, una camisa rota y resudada y unos calzones de lienzo, manchados de grasa. La cosa estaba clara: aquél tampoco era el secretario. En la segunda iba un muchacho con el pelo al rape y sin camisa. El cuerpo reluciente del sudor, como si le hubieran untado de aceite, brillaba al sol como un sable. Está claro, me dije, que no es el secretario, pues él no va a ir sin camisa en la segadora. Miro a todos conforme van pasando, ¡y

los demás tampoco llevan camisa! ¡Vaya un aprieto!, ¡adivina quién de ellos es el secretario! Pensé que, por su aspecto de intelectual, lo conocería, y aguardé a que pasasen todos delante de mí; pero, ¡maldita sea mi estampa!, no lo averigüé. Todos iban desnudos hasta la cintura, todos eran idénticos, como las monedas de cobre de cinco kopeks, y ninguno llevaba escrito en la frente: yo soy el secretario. ¡Fíate del aspecto de intelectual! Resultaba que todos eran intelectuales. Córtale el pelo al rape al pope más melenudo y mételo en el local donde se están bañando unos soldados, ¿encontrarás tú al pope? Pues eso mismo pasaba allí.

—Tú, Makárushka, no te metas con los *dinatarios* de la Iglesia, ¡es pecado! —pidió tímidamente Schukar, que había guardado hasta entonces un silencio absoluto.

Makar le lanzó una iracunda mirada y prosiguió:

—Volví adonde estaban los cochecillos y le pregunté al mocetón: ¿quién de los segadores es el secretario? Y el muy imbécil me contesta, con su cara de luna, que el secretario es uno que no lleva camisa. Yo le digo: límpiate los ojos, que los tienes cagados de moscas; en las segadoras, menos el abuelo, todos van sin camisa. Salió de debajo del coche, se restregó las dos rendijas de los ojillos, ¡y qué carcajada soltó! Yo miré y también me eché a reír: mientras yo regresaba al coche, el abuelo también se había quitada la camisa y el sombrero e iba delante de todos sin más ropa que los calzones, segando a todo meter; la calva le relucía, y el viento le echaba a la espalda las barbas blancas. Flotaba por la maleza, talmente como un cisne. Vaya, vaya, pensé: ¡qué moda urbana les ha traído el secretario del Comité de distrito! Correr en cueros vivos por la estepa, de un lado para otro, e incluso ha arrastrado a esta indecencia a un viejo carcamal… El mocetón con cara de luna me acompañó y me mostró quién era el secretario. Yo me acerqué a él por un costado de la segadora, me presenté y le dije que iba al Comité de distrito para conocerle; se echó a reír, hizo que pararan las bestias y me dijo: «Sube y conduce los caballos; segaremos y, al mismo tiempo, trabaremos conocimiento, camarada Nagúlnov». Eché del sillín al mozalbete que conducía, me senté en su sitio y arreé los caballos. Bueno, mientras dábamos cuatro vueltas al campo, nos conocimos… ¡Magnífica muchacho! Nunca hemos tenido un secretario semejante, «¡Ya os enseñaré yo, dijo, cómo se trabaja en Stávropol! Vosotros, llevaréis franjas en los pantalones, pero lo que es a segar, no nos ganáis», y se rió. Eso, le contesté yo, aún está por ver: al freír será el reír. Me preguntó un poco de todo, y luego me dijo: «Vuélvete a casa, camarada Nagúlnov, pronto iré a visitaros».

—¿Y qué más dijo? —inquirió Razmiótnov con vivo interés.

—Nada más de particular. ¡Ah, sí! Preguntó también por Joprov, si era o no activista. ¡Qué iba a serlo!, le dije, era un calamidad y no un activista.

—¿Y él qué dijo?

—Me preguntó: «Entonces, ¿por qué los mataron a él y a su mujer?» Yo le

contesté: los kulaks pueden matar por muchas cosas, No les complacía, y lo mataron.

—¿.Qué respondió a eso?

—Chasqueó los labios, como si se hubiera comido una manzana agria, y no sé si observó algo o si carraspeó: «ejem, ejem», pero no dijo nada inteligible.

—¿De dónde sabía lo del matrimonio Joprov?

—¡Vete a saber! Seguramente, se lo han debido comunicar en la GPU del distrito.

Razmiótnov se fumó en silencio otro cigarrillo. Estaba tan embebido en sus pensamientos, que hasta se había olvidado del motivo que le trajera a casa de Nagúlnov. Al despedirse, miró a Makar de frente, a la cara, y le dijo sonriendo:

—Bueno, ¡ya está todo en su sitio dentro de mi cabeza! Mañana, en cuanto amanezca, me incorporaré a la primera brigada. No pases cuidado, Makar, que no me dará lástima doblar el espinazo para arrancar mala hierba. Y tú, por tu parte, me convidarás el domingo a media litro de vodka, ¡tenlo presente!

—Te convidaré y nos lo beberemos juntos, si escardas como es debido. Pero, mañana, lárgate para allá lo antes posible, da ejemplo a las mujeres de cómo hay que salir al trabajo. ¡Ea, buena suerte! —le deseó Makar, y abismóse de nuevo en la lectura.

Cerca de medianoche, en el silencio absoluto en que estaba sumido el caserío, oyeron Nagúlnov y el abuelo Schukar los primeros kikirikís, entusiasmándose, cada uno a su modo, con el armonioso canto de los gallos.

—¡Como en la catedral! —exclamó arrobado Schukar, farfulloso por lo intenso de la emoción.

—¡Como en una revista de caballería! —dijo Makar, mirando con ojos soñadores el ahumado cristal del quinqué.

Así surgió en Makar aquella extraña y singular afición, que estuvo a punto de costarle la vida.

Capítulo V

Razmiótnov fue el único que despidió a Davídov cuando partió para incorporarse a la brigada. Aprovechó Semión para el viaje el carro que llevaba a los aradores la pitanza sacada del almacén del koljós y las mudas y otra ropilla que les enviaban sus familiares.

Davídov iba en el carro con las piernas metidas en unas botas altas, todas despellejadas y desteñidas, colgando sobre el camino; encorvado como un viejo, miraba indiferente a los lados. Bajo la chaqueta, echada sobre los hombros, sobresalían los angulosos omoplatos; hacía tiempo que no se había cortado el pelo, y unos grandes rizos negros escapaban de la gorra, echada sobre la nuca, para cubrir su robusto pescuezo, tastado por el sol, y el mugriento cuello de la chaqueta. Había en su aspecto algo desagradable y a la vez lastimoso…

Contraído el rostro, como atormentado por un fuerte dolor, Razmiótnov le miraba, pensando: «¡Ay, cómo lo ha dejado la Lushka! ¡Maldita sea la zorrona esa! ¡Lo que ha hecho del muchacho! ¡Y de qué muchacho! ¡Da pena verlo! Ahí tienes a lo que nos lleva el amor: era un hombre, y ahora está más mustio que un troncho de col».

Quizás otros lo ignorasen, pero Razmiótnov sabía a ciencia cierta «a dónde llevaba el amor». Recordó a Marina Poiárkova y otros episodios de su vida, y suspiró con pena, pero al momento sonrió alegremente y encaminó sus pasos al Soviet del lugar. A mitad del camino se encontró con Makar Nagúlnov. Como siempre enjuto, muy erguido, alardeando un poco de su impecable porte marcial, tendió la mano a Razmiótnov y señaló con la cabeza hacia el carro, que se alejaba ya a lo largo de la calle:

—¿Has visto qué traza tiene el camarada Davídov?

—Me parece que ha adelgazado —contestó Razmiótnov evasivo.

—Yo, cuando estaba en su misma situación, también adelgazaba de día en día. Y él, ni que decir tiene, es debilucho. ¡Esta ya como para administrarle la extremaunción y meterlo en la caja! Vivió en mi casa, pudo ver lo perra que era, en su presencia combatí más de una vez contra ese elemento contrarrevolucionario familiar, y ahí tienes, ha caído. ¡Y cómo ha caído! Le estaba hoy observando y, puedes creerme, se me partía el corazón: flaco, mirando a los lados, como si fuera culpable de algo ante todos, y los pantalones, ¡palabra de honor, no sé dónde se le sujetan al pobre! ¡El muchacho se pierde a ojos vistas! A esa que fue mi esposa había que haberle metido ya mano en el invierno, cuando se expropió a los kulaks, y mandarla con su Timoféi el Desgarrado a tierras frías. Puede que allí se le hubieran calmado los ardores.

—Yo creí a que tú no estabas enterado…

—¡Je, je! «¡No estabas enterado!» Todo el mundo lo sabe, ¿y yo no lo voy a

saber? ¿Es que tengo telarañas en los ojos? A mí me importa un pito con quien ande ella liada… ¡Pero que esa tía canalla no me toque a Davídov, que no pierda a mi querido camarada! ¡Así está planteada la cuestión en el momento actual!

—Hubieras debido advertirle. ¿Por qué callabas?

—¡A mí me era violento advertírselo! Habría podido pensar que yo trataba de disuadirle por celos o algo por el estilo. Pero tú, persona ajena al asunto, ¿por qué callabas? ¿Por qué no le hiciste una seria advertencia?

—¿Una amonestación oficial? —sonrió Razmiótnov.

—La amonestación se la ganará en otro sitio, si no sabe sujetarse. Pero tú y yo, Andréi, tenemos que cuidar de él, como camaradas, no se puede esperar más tiempo. Lushka es una víbora tan maligna, que, con ella, no sólo no llegara a ver la revolución mundial, sino que puede muy bien estirar la pata del todo. Sí, puede agarrar el día menos pensado una tisis galopante o pescar un sifilazo o algo parecido. Cuando yo me libré de ella, fue como si volviera a nacer: ya no temo que me peguen enfermedades venéreas de ningún género, estudio magníficamente el inglés, y mucho he conseguido en este aspecto con mi propia cabeza, sin maestros de ninguna clase; los asuntos del Partido los tengo en orden, y en los demás trabajos tampoco escurro el hombro. En resumen, en mi estado de soltero me veo libre de pies y manos y tengo la cabeza despejada. En cambio, cuando vivía con ella, aunque no bebía vodka, siempre estaba como después de una borrachera. Para nosotros, los revolucionarios, hermano mío, las mujeres son el opio de los pueblos. Yo escribiría esa sentencia en los Estatutos del Partido, con letras bien grandes, para que cada miembro del Partido, cada verdadero comunista y cada simpatizante leyese tres veces esa gran sentencia antes de acostarse y por las mañanas, en ayunas. Entonces, ningún infeliz se vería en tan malos trances como ahora nuestro querido Davídov. Además, recuerda tú mismo, Andréi, ¿cuántos buenos hombres han padecido a causa de esa mala semilla que son las mujeres? ¡Pierde uno la cuenta! ¿Cuántos desfalcos ha habido por culpa de ellas, cuántos hombres se han hecho unos borrachines, cuántos buenos muchachos se han ganado amonestaciones del Partido, cuánta gente está en la cárcel por culpa de ellas? ¡Un horror, un espanto!

Razmiótnov quedó pensativo. Anduvieron algún tiempo en silencio, recordando el pasado lejano y reciente, las mujeres que habían encontrado en su vida. Makar Nagúlnov, dilatando las aletas de la nariz, muy prietos los labios, marchaba como en una formación, abombado el pecho, marcando con fuerza el paso. Y todo su aspecto denotaba la absoluta inexpugnabilidad de su persona. Razmiótnov, por el contrario, tan pronto sonreía como hacía un ademán de hombre calavera o se retorcía el claro y rizoso bigote, entornando los ojos como un gato satisfecho: a veces, cuando el recuerdo de alguna mujer era singularmente vivo, se limitaba a carraspear, como si se hubiera echado al coleto un buen copazo de vodka, y, entre largas pausas, barbotaba:

—¡Menuda era! ¡Vaya mujer! ¡Cómo estaba la maldita!…

Atrás quedó, oculto tras un altozano, Gremiachi Log, y la estepa, ancha, inabarcable con la mirada, se tragó a Davídov. Aspirando a pleno pulmón los embriagadores aromas de la hierba y de la tierra negra, húmeda aún, Davídov estuvo largo rato mirando la cadena de túmulos funerarios que se alzaban en lontananza. Aquellos túmulos que azuleaban a lo lejos tenían un algo de las encrespadas olas del Mar Báltico en los días de temporal, y, sin fuerzas para dominar la dulce tristeza que invadía su corazón, lanzó un penosa suspiro y apartó de allí los ojos, humedecidos de pronto… Luego, su mirada errante y distraída captó en el cielo un punto apenas visible. Un águila negra de la estepa —habitante de los túmulos funerarios— majestuosa en su soledad, planeaba en el aire frío, perdiendo altura despacio, de modo casi imperceptible, en cada una de sus vueltas. Sus anchas alas, de puntas romas, extendidas e inmóviles, la sostenían con facilidad, allá, bajo las altas nubes, y el viento, que soplaba en dirección contraria, lamía con ansia y pegaba al cuerpo poderoso y huesudo el negro plumaje, de un brillo mate. Cuando el águila, inclinándose un poco en las vueltas, se lanzaba veloz hacia Levante, los rayos del sol la iluminaban por abajo y de frente, y entonces a Davídov le parecía que por el envés blanquecino de las alas corrían albas chispas, que tan pronto brotaban como se extinguían.

… La estepa, infinita, ilimitada. Antiguos túmulos en la neblina azul. Un águila negra en el cielo. El suave susurro de la hierba que se encamaba al soplo del viento… Contemplando nostálgico la estepa, abrumadora en su inmensidad, Davídov se sentía pequeño y como perdido en aquellos inabarcables espacios. Insignificantes y mezquinos le parecían en aquellos instantes su amor a Lushka, el dolor de laseparación y el incumplido deseo de verla a solas… Una sensación de soledad, de desgajamiento de todo el mundo de los vivos, le embargó agobiadora. Algo así experimentaba, en tiempos lejanos, cuando tenía que permanecer por las noches de vigía en la proa del barco. ¡Cuán terriblemente lejos estaba aquello! Era ya como un sueño casi olvidado…

El sol calentaba cada vez más. Soplaba con mayor fuerza el viento del Sur. Sin que él mismo se diera cuenta, Davídov inclinó la cabeza y quedó adormecido, balanceándose suavemente en los baches y desniveles del abandonado camino de la estepa.

Le habían tocado unos caballejos flacos y un carrera —Ivan Arzhánov, koljosiano ya entrado en años— callado y, según opinión general del caserío, algo simplote. Cuidaba mucho de los caballos —se los habían confiada hacía poco—, y por ello los animales hicieron casi todo el viaje al campamento de la brigada de cultivo a un paso tan cansino y lento, que Davídov, al despertarse de su leve sueño, a mitad de camino, no pudo contenerse y preguntó severo:

—Oye, tío Iván, ¿es que llevas pucheros a la feria? ¿Temes que se te rompan? ¿Por qué vamos al paso todo el tiempo?

Arzhánov volvió la cara y estuvo callado largo rato; luego, repuso con voz cascada:

—Yo ya sé qué «puchero» llevo, pero aunque seas el presidente del koljós, no me obligarás a galopar sin ton ni son, ¡pierdes el tiempo, hermano!

—¿Quién habla de «sin ton ni son»? Pero, al menos cuesta abajo, podías ponerlos al trote. No llevas mucha carga, puedes considerar que vas de vacío, ¡eso es la pura verdad!

Después de un prolongado silencio, Arzhánov dijo de mala gana:

—Los propios animales saben cuándo tienen que ir al paso y cuándo tienen que correr al trote.

Davídov se enfadó en serio. Sin ocultar ya su indignación, exclamó:

—¡Tiene gracia la cosa! ¿Y para qué vas tú ahí? ¿Para qué te han puesto las riendas en las manos? ¿Para qué ocupas sitio en el carro? ¡Venga, dame las riendas!

Arzhánov respondió, visiblemente de mejor gana:

—Las riendas me las han puesto en las manos para guiar los caballos, para que vayan adonde deben ir y no adonde no deben ir. Y si no te gusta que vaya a tu lado y que ocupe sitio, puedo bajarme e ir a pie junto al carro; pero las riendas no te las daré, ¡pierdes el tiempo, hermano!

—¿Por qué no me las das? —preguntó Davídov, tratando inútilmente de mirar a la cara del carrero, que rehuía tenaz su mirada.

—¿Y tú me darías tus riendas?

—¿Qué riendas? —inquirió Davídov, sin comprender al pronto.

—¡Las que tienes! Tú tienes en tus manos las riendas del koljós, la gente te ha confiado guiar toda la hacienda. ¿Me darías tú esas riendas? No; seguramente, dirías: «¡Pierdes el tiempo, tío Iván!» Eso mismo hago yo: no te pido tus riendas, ¿verdad? ¡Pues no me pidas tú las mías!

Davídov día un resoplido, aguantando la risa. De su mal humor no quedaba ya ni rastro.

—Bueno, y si, es un suponer, estalla un incendio en el caserío, ¿llevaras la cuba de agua a este ritmo vergonzoso? —preguntó, aguardando, ya con interés, la respuesta.

—A los incendios no mandan con cubas a gente como yo…

En aquel momento, al mirar de reojo a Arzhánov, Davídov vio por vez primera, bajo el escamoso pómulo curtido por el viento, las pequeñas arruguillas de una risa contenida.

—¿Y a quienes mandan, según tú?

—A gente como tú y Makar Nagúlnov.

—¿Y eso por qué?

—Porque vosotros sois los dos únicos del caserío que vais de prisa y vivís al galope…

Davídov rió con toda su alma, dándose palmadas en las rodillas y echando hacia atrás la cabeza. Sin haber recobrado el aliento, preguntó:

—Quiere decirse que, si en realidad estalla un incendio, ¿sólo Makar y yo iremos a apagarlo?

—No, ¿por qué? Makar y tú no haréis más que llevar agua en el carro, con los caballos a galope tendido y salpicando espuma a diestro y siniestro, y nosotros, los koljosianos, apagaremos el fuego, unos con cubos, otros con bicheros, otros con hachas… Y las órdenes las dará Razmiótnov, y nadie más que él…

«¡Vaya con el tío “simplote”!», pensó Davídov con sincero asombro, y luego de un instante de silencio, volvió a preguntar:

—¿Por qué has designado precisamente a Razmiótnov jefe del servicio de incendios?

—Eres un muchacho listo, pero poco perspicaz —replicó Arzhánov, riendo ya francamente—. Según vive cada uno, así debe ser el cargo que se le dé en caso de incendio; de acuerdo con su carácter, en pocas palabras. Por ejemplo, tú y Makar vivís al galope, no tenéis tranquilidad ni de día ni de noche, ni dejáis a los demás que la tengan: por lo tanto, ¿quién, si no vosotros, los más prestos y veloces, puede llevar el agua sin retraso? Sin agua no se apaga el fuego, ¿no es verdad lo que digo? Andréi Razmiótnov… ése vive al trote cochinero, no corre ni da un paso de más mientras que no le enseñan el látigo… Por lo tanto, ¿qué le queda qué hacer con su graduación de atamán? Ponerse en jarras, dar órdenes y voces, armar barullo, molestar a los que trabajan. Y nosotros es decir, la gente del pueblo, por ahora vivimos despacito, por ahora vamos al paso, y lo que necesitamos es hacer nuestro trabajo sin prisas ni alborotos, apagar el fuego…

Davídov le dio a Arzhánov una palmada en la espalda, lo volvió hacia él y vio de cerca sus ojos, que reían pícaros, y el rostro barbudo y bondadoso. Sonriendo, Davídov dijo:

—¡Ay, tío Iván, resulta que eres un pájaro de cuenta!

—Y tú también lo eres, Davídov, ¡y no de los más bobos! —replicó alegremente el carrero.

Continuaban al paso, pero Davídov, convencido de que todos sus esfuerzos serían estériles, ya no metía prisa a Arzhánov.

Este, tan pronto saltaba a tierra y seguía a pie junto al carro, como volvía a montar en él. Hablando de los asuntos del koljós y de toda un poco, Davídov se iba convenciendo cada vez más de que su carrera no tenía un pelo de tonto: razonaba con sensatez y tino, pero cada hecho lo enjuiciaba y calibraba de un modo original, muy

propio, nada común.

Cuando ya se perfilaba el campamento en la lejanía y junta a él, como un fino mechón de cabellos sueltos, ondulaba el humillo de la cocina de la brigada, Davídov inquirió:

—Oye, tío Iván, te lo pregunto en serio, ¿vas toda la vida al paso?

—Así voy.

—Pues podías haberme dicho antes esta afición tuya. No habría ido contigo, ¡eso es la pura verdad!

—¿Y para qué iba a jactarme antes de tiempo? Tú mismo has podido ver cómo voy. Has viajado conmigo una vez y no te quedaran ganas para otra.

—¿Y de dónde te viene esta costumbre? —dijo Davídov sonriendo.

En vez de contestar directamente, Arzhánov respondió evasivo:

—Tuve yo en los viejos tiempos un vecino que era carpintero, un hombre muy borrachín. Tenía unas manos de oro, pero era un borracho empedernido. Se aguantaba un día, otro, pero luego, en cuanto olía una copa, ¡la liaba por un mes entero! ¡Se bebía, querido, hasta la camisa que llevaba puesta!

—¿Y qué?

—Pues que su hijo ni lo cata.

—Déjate de parábolas, más claro.

—Más claridad no cabe, querido. Mi difunto padre fue bravo cazador y aún mejor jinete. Cuando estaba en el servicio militar, en el regimiento, siempre se ganaba los primeros premios en las carreras, en los concursos de *rubka*[8] y *dzhiguitovka*[9]. Volvió del servicio, y en las carreras de caballos de la *stanitsa* se llevaba cada año los premios. Aunque padre mío, no era buena persona, ¡Dios le tenga en su gloria! Era un cosaco presuntuoso y fanfarrón… Por las mañanas, calentaba en el horno un clavo y se retorcía con él las guías del bigote. Le gustaba presumir delante de la gente, sobre toda de las mujeres… ¡Y cómo montaba a caballo! ¡No quiera Dios ni permita nada semejante! Tenía, es un suponer, que ir a la *stanitsa* a algún asunto, sacaba de la cuadra su caballo del servicio militar, lo ensillaba, ¡y partía a galope! Pasaba por el patio como una centella, saltaba el seto, y tras de él se alzaba un torbellino de polvo. Jamás en la vida fue al paso ni al trote. Las veinticuatro verstas hasta la *stanitsa*se las tragaba a galope, y a la vuelta, la misma historia. Le gustaba perseguir liebres a caballo, a galope tendido. ¡Fíjate, no lobos, sino liebres! Hacía salir de entre la maleza a alguna liebrecilla, la acosaba y la mataba con el *arapnik*[10] o la aplastaba con los cascos del caballo. ¡Cuántas veces no se caería en plena carrera! Se lastimaba, pero no dejaba su distracción. ¡La de caballos que destrozó! Que yo recuerde, acabó con seis: unos los reventó corriendo, otros quedaran que no podían tenerse en pie. ¡Nos arruinó por completo! En un solo invierno, dos caballos murieron bajo él. Tropezaban cuando iban a todo correr, se golpeaban contra la tierra helada, ¡y listos!

De pronto veíamos venir al padre a pie, con la silla al hombro. La madre solía llorar a voz en cuello la muerte del animal, y el padre, ¡como si tal cosa! Se estaba en la cama dos o tres días, rechinando los dientes, y antes de que se le quitasen los cardenales que tenía en el cuerpo, ya estaba preparándose para otra cacería…

—¿Cómo es que los caballos se mataban de los batacazos y él escapaba con vida?

—El caballo es una bestia de mucho peso. Cuando va a galope y se cae, da dos o tres vueltas, antes de quedar sobre la tierra, ¿Y qué hacía mi padre? Soltaba los estribos y salía volando del caballo como una golondrina. Bueno, se daba el golpetazo, yacía sin conocimiento hasta que volvía en sí y luego se levantaba y se dirigía apatita hacia casa. ¡Arrojado era el diablo! Y tenía unos huesos de hierro remachado.

—¡Fuerte era el mozo! —exclamó Davídov con admiración.

—Sí, era fuerte, pera hubo otra fuerza que pudo más…

—¿Qué ocurrió?

—Le mataren unos cosacos de nuestro caserío.

—¿Por qué? —preguntó Davídov intrigada, encendiendo un cigarrillo.

—Dame un cigarrillo, querido.

—Pero si tú no fumas, tío Iván…

—En serio, no fumo, pero, a veces, me entretengo con el cigarro. Y ahora, al recordar esta vieja historia, se me ha quedado la boca seca y salada… ¿Preguntas por qué lo mataron? Pues porque se lo mereció…

—Sin embargo…

—Lo mataran por una mujer, por su querida. Ella estaba casada… Bueno, el marido se enteró del asunto. Le dio miedo enfrentarse él solo con mi padre: aunque no era de mucha estatura, tenía una fuerza tremenda; entonces, el marido de la querida convenció a dos hermanos que tenía. La cosa ocurrió en las carnestolendas. Los tres, de noche, acecharon a mi padre junto al río… ¡La paliza que le dieron, santo Dios! Le golpearon con estacas y con una barra… Cuando por la mañana trajeron a mi padre a casa, estaba sin conocimiento y más negro que el hierro fundido. Había estada la noche entera tirado en el hielo, sin sentido. ¿No debió de haberle ido muy bien, eh? ¡En el hielo!, ¿te das cuenta? Al cabo de una semana, comenzó a hablar y a comprender lo que le decían. En una palabra, recuperó el conocimiento; pero estuvo dos meses sin levantarse de la cama, vomitaba sangre y hablaba muy bajito. Tenía destrozadas todas las entrañas. Sus amigos venían a visitarle, e indagaban: «¿Quién te pegó, Fiódor? Dilo, que nosotros…» Pero él callaba y se sonreía curvando apenas los labios; miraba en derredor y, cuando mi madre salía del cuarto, susurraba: «No recuerdo, hermanos. Muchos son los maridos ante quienes estoy en culpa».

Cuántas veces mi madre se hincaba de rodillas ante él, y le pedía: «Fiódor, querido mío, dime, al menos a mí, quién te pegó. Dímelo, por los clavos de Cristo,

que yo sepa para quién tengo que pedir la muerte en mis rezos». Pero el padre le ponía la mano sobre la cabeza, como a una niña, le acariciaba el pelo y decía: «No sé quién fue. Era de noche, no lo pude adivinar. Me golpearon en la cabeza por la espalda, me derribaron y no tuve tiempo de ver quién me acariciaba tan amorosamente sobre el hielo…» O sonriendo, como siempre, con leve sonrisa, le decía: ¿Que ganas tienes, querida, de recordar cosas viejas? Mía es la culpa, y yo soy quien debe responder…» Llamaron al pope para que lo confesara, pero al pope tampoco le dijo nada. ¡Era un hombre de una firmeza tremenda!

—¿Y cómo sabes tú que no le dijo nada al pope?

—Yo estaba echado debajo de la cama, escuchando. Mi madre me había mandado: «Métete debajo de la cama, Vaniatka, y escucha, puede que le diga al sacerdote los nombres de sus asesinos». Pero mi padre no dijo ni palabra. Unas cinco veces, a las preguntas del pope, respondió: «Soy pecador, padre»; luego, preguntó: «Diga, padre Mitri, ¿hay caballos en el otro mundo?» El pope, por lo visto muy asustado, le respondió presuroso: «¿Qué estás diciendo, qué estás diciendo, Fiódor, siervo del Señor? ¿Qué caballos puede haber allí? ¡Piensa en la salvación de tu alma!» Estuvo mucho rato haciéndole reproches y tratando de convencerle, pero mi padre continuaba callado; luego, pregunto: «¿Dices que no hay allí caballos? ¡Es una lástima! Si los hubiera, me colocaría de potrero… Pero como no los hay, nada tengo que hacer en el otro mundo. No me moriré. Es todo lo que tengo que decirte». El pope le administró los sacramentos precipitadamente y se marchó muy descontento, muy enfadado. Yo le conté a mi madre todo lo que había oído; ella se echó a llorar y dijo: «¡Ha vivido como un pecador y como un pecador morirá nuestro único sostén!»

En primavera —se había derretido ya la nieve—, mi padre se levantó, anduvo un par de días por la casa, y, al tercero, veo que se pone la chaqueta guateada y la *papaja*[11] y me dice: «Ve, Vaniatka, y ensíllame la yegua», Por aquel tiempo, en la hacienda no nos quedaba más que una yegua de tres años. Mi madre oyó lo que decía y se echó a llorar: «Pero, Fiódor, ¿estás ahora para montar? ¡si apenas te tienes de pie! Ya que no te compadeces de ti mismo ¡compadécete al menos de mí y de los chicos!» Pero él se echó a reír y contestó: «Madre, yo en mi vida he ido nunca al paso. Déjame que, siquiera antes de morir, dé una vueltecita al paso por el patio. No daré más que una vuelta o dos por el patio, y a la casa otra vez».

Salí, ensillé la yegua y la llevé junto a la terracilla, Mi madre sacó a mi padre del brazo. Hacía dos meses que no se afeitaba, y en nuestra oscura casucha no se veía lo mucho que había cambiado… Al mirarle a la luz del solecillo, sentí que me abrasaban unas lágrimas de fuego. Dos meses atrás mi padre era moreno, negro como un enervo, mientras que ahora tenía canosa la mitad de la barba y los bigotes; también en las sienes se le había puesto el pelo más blanco que la nieve… Si él no se hubiera sonreído con sonrisa que era como una mueca de dolor, quizás yo no hubiese llorado,

pero no me pude contener, por más que hice… Tomó de mis manos las riendas y se agarró a las crines. El brazo izquierdo lo tenía roto, hacía muy poco que se le había juntado el hueso. Yo le quise sujetar, pera él no me dejó. ¡Era un hombre de un orgullo tremendo! Hasta le daba vergüenza de su debilidad. Estaba clara que quería saltar a la silla volando como un pájaro, lo mismo que antes, más no lo consiguió… Se subió al estribo, pero la mano izquierda le falló, sus dedos se aflojaron, y se cayó hacia atrás, dando con sus espaldas sobre la tierra… Entre mi madre y yo le llevamos a la casa. Si antes sólo escupía sangre al toser, ahora le salía de la garganta a borbotones. La madre estuvo hasta el anochecer junto a la artesa sin dar abasto a lavar las toallas todas rojas, Llamaron al pope. Por la noche le administró los santos óleos, pero mi padre era un hombre de una fortaleza tremenda. Sólo al tercer día después de la extremaunción, a la caída de la tarde, le entró angustia y empezó a rebullir en la cama; luego, se incorporó de un salto, miró a mi madre con ojos turbios, pero alegres, y dijo: «Dicen que después de la extremaunción no se puede estar de pie, descalzo, sobre la tierra, pero yo lo haré, aunque no sea más que un ratillo… Mucho he ido a pie y a caballo por esta tierra y mucha pena me da marcharme de ella… Madre, dame tu manecita, que tanta ha trabajado en esta vida…»

Mi madre se acercó y le tomó la mano. El se echó boca arriba, estuvo callado unos instantes y prosiguió, con un hilillo de voz: «Y no pocas lágrimas ha tenido que enjugar por culpa mía…» —se volvió de cara a la pared y murió, se fue al otro mundo a cuidar las yeguadas del bendito San Blas…

Abrumado sin duda por sus recuerdos, Arzhánov calló largo rato. Davídov carraspeó y le preguntó:

—Dime, tío Iván, ¿y cómo sabes que a tu padre le golpearon el marido de esa… bueno, en pocas palabras, de esa mujer y sus hermanos? ¿Son suposiciones? ¿Conjeturas tuyas?

—¡Qué han de ser conjeturas! Mi mismo padre me lo dijo un día antes de su muerte.

Davídov, intrigado, se incorporó levemente en el carro:

—¿Cómo que te lo dijo?

—Pues muy sencillo. Por la mañana, mi madre fue a ordeñar la vaca, yo me quedé sentado a la mesa repasando las lecciones antes de ir a la escuela y oí que mi padre me llamaba con voz queda: «Vaniatka, ven aquí». Me acerqué. El susurró: «Inclínate más hacia mí». Me incliné. Me dijo bajito: «Mira, hijo mío, ya vas camino de los trece años y cuando yo me muera harás de amo de la casa. Recuerda lo que te digo: me golpearon Averián Arjípov y sus dos hermanos, Afanasi y Serguéi el Bizco. Si me hubieran matado en seguida, mi corazón no les guardada rencor. Así se lo pedí en el río antes de perder el conocimiento. Pero Averián me dijo: “¡No tendrás una muerte fácil, miserable! Vive tullido una temporada, trágate tu propia sangre, cuanto

quieras, a placer, ¡Y revienta luego!” Por eso es por lo que le guardo rencor a Averián. Tengo ya la muerte encima de mi cabeza, y el rencor sigue dentro de mi corazón. Ahora eres pequeño, pero ya crecerás y serás mayor, ¡recuerda mis sufrimientos y mata a Averián! Esto que te digo no se lo cuentes a nadie, ni a la madre ni a nadie en el mundo. Jura que no lo contarás». Yo juré, tenía los ojos secos, y besé la cruz que mi padre llevaba sobre el pecho…

—¡Ay, diablo, talmente como los montañeses del Cáucaso en los viejos tiempos! —exclamó Davídov, emocionada por el relato de Arzhánov.

—Los montañeses tienen corazón, ¿y los rusos qué?, ¿tienen acaso una piedra en vez de corazón? Los hombres, querido, son todos iguales.

—¿Y qué más pasó? —preguntó Davídov impaciente.

—Enterramos al padre. Volví del cementerio y, en la habitación, pegué la espalda al marco de la puerta y tracé en la jamba, con un lápiz, una rayita sobre mi cabeza. Todos los meses iba allí a medir mi estatura y marcaba una raya, ardía en deseos de ser mayor cuanto antes para matar a Averián… Pues bien, me convertí en el amo de la casa; yo era entonces un chico de doce años y, además de mí, la madre tenía otros siete hijos, a cual más pequeño. La madre, después de la muerte del padre, enfermaba con frecuencia, y nosotros… ¡Santo Dios, las necesidades y penas que tuvimos que pasar! Por muy mala cabeza que fuera, el padre, no sólo sabía divertirse; sabía también ganarse la vida. Para otros, podía ser un mal sujeto, pero para nosotros, los hijos y la madre, era una persona querida, entrañable: él nos daba de comer, nos vestía y calzaba, por nosotros se deslomaba en el campo desde la primavera hasta el otoño… Estrechas eran entonces mis espaldas y blando mi espinazo, pero tuve que cargar con todo el peso de la hacienda y trabajar como un cosaco mayor. En vida del padre, cuatro íbamos a la escuela; después de su muerte, todos tuvimos que dejar el estudio. A Niurka, una hermanita mía de diez años, la encargué de ordeñar la vaca y de cocinar, para aliviar un poco a la madre, y mis hermanillos pequeños me ayudaban en los trabajos de la hacienda. Pero yo no olvidaba de medirme todos los meses en la jamba de la puerta. Sin embargo, lo que crecí aquel año fue poco, las penas y la miseria no me dejaban crecer como era debido. Y a Averián lo acechaba, como un lobezno a unos pájaros ocultos entre los juncos. Conocía todos sus pasos, sabía a dónde iba, a dónde se marchaba de viaje, toda lo sabía…

Los domingos, los chicos de mi edad solían organizar juegos de toda clase, pero yo no tenía tiempo, era el mayor de la casa. Los días laborables ellos iban a la escuela, y yo al establo, a cuidar del ganado… Dolorosa era para mí aquella vida amarga, ¡el agravio me hacía verter lágrimas! Y empecé a apartarme poco a poco de mis amigos, los chicos de mi edad, me volví huraño, callado como una piedra, no quería estar con la gente… Entonces, en el caserío, comenzaron a decir que Iván Arzhánov se había vuelto medio bobo, estaba un poco tocado. «¡Malditos! —pensaba

yo—. Si estuvierais en mi pelleja y llevaseis mi vida, ¿os volveríais más listos? Y desde aquel momento les tomé odio a los de mi caserío, ¡no podía ver a ninguno! Dame, querido, otro cigarro.

Arzhánov tomo torpemente el cigarrillo. Con dedos temblorosos estuvo largo rato encendiéndolo en el de Davídov, cerrados los ojos, fruncidos graciosamente los labios, que chasqueaban sonoros.

—¿Y Averián qué hacía?

—¿Averian? Vivía como le daba la gana. No podía perdonar a su mujer que hubiera tenido amores con mi padre, le daba unas palizas de muerte, y la mandó en un año a la sepultura. Antes del otoño, se casó con otra, con una muchacha joven de nuestro caserío. «Bueno, Averián —me dije—, no vivirás mucho con tu joven mujer…»

A escondidas de mi madre, empecé a ahorrar dinerillo, y en otoño, en lugar de ir al almacén más cercano, me marché yo solo con el carro de trigo a Kalach, vendí la carga en el mercado y compré allí una escopeta con diez cartuchos. A la vuelta la probé y me quedé sin tres cartuchos. Maleja era la escopetilla, el percutor no funcionaba bien; de tres veces que apreté el gatillo, dos falló el tiro, sólo al tercer cartucho disparó. Guardé el arma en casa bajo el alero del cobertizo, y de mi compra no le dije a nadie ni una palabra. Y me puse al acecho de Averián… Durante mucho tiempo no conseguí nada. Ya me estorbaba la presencia de la gente, ya alguna otra causa me impedía que le disparase. Pero, de todos modos, ¡me salí con la mía! Lo principal era que no quería matarlo en el caserío, ¡ésa era la madre del cordero! El primer día de las fiestas de la Intercesión, Averián partió para la feria de la *stanitsa,* se fue sin su mujer. Cuando me enteré de que iba solo, di gracias a Dios, santiguándome, pues, de lo contrario, habría tenido que matar a los dos. Un día y medio estuve sin tomar bocado, beber agua ni pegar ojo, apostado en un barranquillo junto al camino. Ardientemente y mucho recé en aquel barranquillo, pidiéndole a Dios que Averián volviese solo de la *stanitsa* y no en compañía de los cosacos del caserío. ¡Y el Señor misericordioso escuchó lo que le rogaba yo, un chiquillo! A la caída de la tarde siguiente vi que Averián venía solo. Antes de esto, cuántos carros no habrían pasado, cuántas veces no habría latido mi corazón con fuerza cuando me parecía, desde lejos, que los caballos que venían eran los de Averián… Cuando llegó a mi altura, salté del barranquillo y le dije: «¡Baja, tío Averián, y reza a Dios por tu alma!» El se quedó más blanco que la pared y paró los caballos. Aunque era un cosaco corpulento, fortachón, ¿qué podía hacer contra mí? Yo tenía en las manos una escopeta. Me gritó: «¿Qué haces, viborilla, qué ocurrencia es ésta?» Y yo le contesté: «¡Baja y ponte de rodillas! Ahora sabrás qué es lo que se me ha ocurrido». ¡Valiente era el maldito! Saltó del carro y se abalanzó sobre mí con las manos vacías… Yo le dejé acercarse, a la distancia de esa mata, y le disparé a bocajarro…

—¿Y si te hubiera fallado el tiro?

Arzhánov sonrió:

—Pues entonces me habría enviado de zagal con mi padre, a cuidar las yeguadas en el otro mundo.

—¿Y qué más pasó?

—Los caballos, asustados por el disparo, huyeron con el carro, y yo me quedé allí plantado. Las piernas no me obedecían, temblaba todo, como una hoja agitada por el viento. Averián yacía muy cerca, y yo no podía dar ni un paso hacia él, alzaba un poco el pie y lo volvía a posar en tierra, temeroso de caerme. ¡Fíjate cómo temblaría! … Bueno, me recobré, por fin, un poco, avancé hacia él, le escupí en la cara y luego le registré los bolsillos del pantalón y de la chaqueta. Saqué su monedero. Había en él veintiocho rublos en billetes, una moneda de oro de cinco rublos y dos o tres rublos en calderilla. Los conté después en casa. El resto del dinero se lo debía de haber gastado en regalos para su joven mujer… Tiré el monedero vacío allí mismo, en el camino, salté al barranquillo, ¡y adivina quién te dio! Fue eso hace mucho, pero lo recuerdo en sus menores detalles, como si me hubiera ocurrido ayer. La escopeta y los cartuchos los enterré en el barranquillo. Una noche, cuando ya había caído la primera nieve, desenterré mis bienes, me los llevé al caserío y escondí la escopeta en un huerto ajeno, en el tronco hueco de un viejo sauce.

—¿Por qué cogiste el dinero? —preguntó Davídov con brusquedad y enfado.

—¿Y qué?

—¡Te pregunto que por qué lo cogiste!

—Lo necesitaba —contestó Arzhánov escueto—. Por aquel tiempo, la miseria nos comía con más saña que los piojos.

Davídov saltó del carro y anduvo largo rato en silencio. Arzhánov también callaba. Luego, Davídov preguntó:

—¿Y eso es todo?

—No, querido, no es todo. Vinieron los de la policía, empezaron a buscar e indagar… Y se fueron como habían venido. ¿Quién iba a sospechar de mí? Pronto, en una tala del bosque, uno de los hermanos de Averián, Serguéi el Bizco, cogió frío, enfermó y se murió, había agarrado una pulmonía. Entonces yo me alarmé mucho, pensando: «A lo mejor, Afanasi se muere también de muerte natural y no se abatirá sobre él la mano que mi padre bendijo para castigar a sus enemigos». Y me apresuré…

—Aguarda —le interrumpió Davídov—. Tu padre no te habló más que de Averián, ¿cómo alzaste la mano contra los tres?

—¡Qué importa lo que me mandase mi padre! Mi padre tenía su voluntad, y yo, la mía. Pues bien, entonces me apresuré… A Afanasi lo maté por la ventana, cuando estaba cenando. Aquella noche me medí en la jamba de la puerta por última vez;

luego, borré todas las rayas con un trapo. La escopeta y los cartuchos los arrojé al río; ya no los necesitaba… La voluntad de mi padre y la mía se habían cumplido. Poco después, mi madre se dispuso a abandonar este mundo. Me llamó por la noche y me preguntó: «¿Fuiste tú quien los mató, hijito?» Le confesé: «Sí, madrecita». No me dijo nada, sólo cogió mi mano derecha y se la puso sobre el corazón…

Arzhánov sacudió las riendas, los caballos apretaron el paso, y él, mirando a Davídov con sus ojos grises, claros como los de un niño, preguntó:

—¿Y ahora, no volverás a preguntarme por qué no hago correr a los caballos?

—Todo está claro —repuso Davídov—. Lo que tú necesitas, tío Iván, es una carreta de bueyes, ser aguador, ¡eso es la pura verdad!

—No sé la de veces que se lo he pedido a Yákov Lukich, pero no consiente. Quiere reírse de mí hasta el fin…

—¿Por qué?

—Cuando era yo un chiquillo, trabajé de bracero para él durante año y medio.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes, querido. ¿Tú no sabías que, durante toda su vida, Ostrovnov tuvo braceros en su hacienda? —Arzhánov entornó los ojos con picardía: —Pues los tuvo, querido, los tuvo… Hace cuatro años escondió las uñas, cuando empezaron a apretarle con los impuestos, se enroscó como una víbora presta a morder. Pero si no hubiera koljóses y fueran menos los impuestos, Yákov Lukich haría ver quién es, puedes estar bien seguro. Es un kulak de lo más feroz, y vosotros abrigáis a esa víbora en vuestro pecho…

Davídov, después de un largo silencio, dijo:

—Eso ya lo arreglaremos, con Ostrovnov pondremos las cosas en claro como es menester; pero, de todos modos, tú, tío Iván, eres un hombre con rarezas.

Arzhánov sonrió, mirando pensativo a la lejanía:

—Sí, pero las rarezas, ¿cómo te diría yo?.. Verás, crece un cerezo y en él hay muchas ramas distintas. Yo me acerco y corto una rama para hacer un mango para el látigo —las varas de cerezo son muy fuertes—; la rama ha crecido bonita, pero con sus rarezas, con sus nudos, sus hojas y su belleza, la desbasté, la pulí y aquí la tienes… —Arzhánov sacó de debajo del asiento el látigo y le enseñó a Davídov el mango de cerezo, pardo, con la corteza reseca y cuarteada—. ¡Y aquí la tienes! ¡No hay nada que contemplar! Así es el hombre: sin rarezas queda tan desnudo y mísero como el mango de este látigo. Tomemos a Nagúlnov, estudia no sé qué lengua extranjera, eso es una rareza; el abuelo Kramskov colecciona desde hace veinte años diferentes cajas de cerillas, eso es otra rareza; tú andas liado con Lushka Nagúlnova, otra rareza más; un borracho cualquiera va por la calle, dando traspiés y limpiando con la espalda los setos, también es una rareza. Pues bien, presidente, querido, si le quitas a cualquier hombre sus rarezas, se quedará tan desnudo y triste como este

mango.

Arzhánov le tendió a Davídov el látigo y dijo pensativo, con la misma sonrisa:

—Sosténlo y piensa, puede que se te despeje la cabeza…

Davídov apartó enojado la mano de Arzhánov.

—¡Vete al diablo! ¡No lo necesito para pensar y verlo todo claro!

…Luego, todo el camino, hasta el mismo campamento, fueron en silencio…

Capítulo VI

En la brigada estaban comiendo. A la larga mesa, toscamente montada, estaban sentados, muy estrechos, todos los aradores y los boyeros. Comían cambiando de vez en cuando fuertes bromas de hombres del campo y comentando la calidad de las gachas que había preparado la cocinera.

—¡Siempre les echa poca sal! ¡Es una calamidad, y no una cocinera!

—No vas a morirte porque les falte sal, toma una poca y echa.

—¿No ves que Vasia y yo comemos en una misma escudilla? A él le gustan poco saladas, y a mí lo contrario. ¿Cómo vamos a dividir la comida en una sola escudilla? ¡Aconséjanos, tú que eres tan listo!

—Mañana haremos una cerca de ramas y dividiremos vuestra escudilla en dos partes, ¡vaya un problema! ¡Qué tonto eres! ¿Cómo no se te ha ocurrido una cosa tan sencilla?

—Pues tú, hermano, tienes tanto seso como el buey con que aras, ¡ni una pizca más!

Y hubieran estado largo rato regañando y lanzándose pullas y cuchufletas, de no haber percibido a lo lejos un carro. El arador Priánishnikov, que era quien tenía mejor vista, se protegió los ojos con la mano, a guisa de pantalla, y lanzó un ligero silbido de asombro.

—Ahí vienen el chiflado de Iván Arzhánov y Davídov.

Las cucharas golpearon discordes al ser dejadas sobre la mesa, y todas las miradas se volvieron impacientes hacia la quebrada en la que, por un instante, había desaparecido el carro.

—¡A lo que hemos llegado! Otra vez viene a tomarnos a remolque —dijo con indignación contenida Agafón Dubtsov—. ¡A lo que hemos llegado! ¡No, yo no puedo más! Ahora parpadead de vergüenza vosotros, que yo estoy harto, ¡me da tal bochorno, que no quiero verle!

A Davídov le emocionó la unanimidad con que se levantaron los comensales para saludarle. Se acercó a grandes zancadas, y a su encuentro se tendían ya las manos; las sonrisas pusieron radiantes los rostros de los hombres, negros por el sol, y las caras de las chicas y las mujeres, con su ligero bronceado mate. Las mujeres nunca se tostaban de verdad, pues mientras trabajaban la tierra se envolvían la cabeza en unos pañuelos blancos que únicamente dejaban unas estrechas rendijas para los ojos. Davídov sonreía, ojeando, al acercarse, los rostros conocidos. Ya le habían tomado gran cariño, estaban contentísimos de su llegada y le acogían como a uno de la familia. En un instante, aquello llegó a la conciencia de Davídov, colmó su corazón de intensa alegría y puso su voz emocionada y un poco ronca cuando dijo:

—¡Buenos días, trabajadores rezagados! ¿Daréis de comer a un recién llegado?

—Si viene para largo, sí, pero si va a pasar aquí una hora, de visita, no le daremos de comer y nos despediremos de él con profundas reverencias. ¿No es así, cuadrillejo? —respondió Priánishnikov, acompañado de la risa general.

—Seguramente me quedaré con vosotros bastante tiempo —sonrió Davídov.

Dubtsov berreó con su atronador vozarrón:

—¡Listero! ¡Apúntalo a pensión completa desde el día de hoy, y tú, cocinera, échale tantas gachas como admita su panza!

Davídov dio la vuelta a la mesa, estrechando a todos la mano. Los hombres cambiaban con él, como de costumbre, un fuerte apretón, pero las mujeres, al mirarle a la cara, se azoraban y le tendían la diestra abarquillándola: sus cosacos, los hombres del lugar, rara vez les mostraban tanta diferencia y casi nunca, al encontrarse con una mujer, le daban la mano como a un igual.

Dubtsov hizo que Davídov se sentara a su lado y dejó caer sobre su rodilla una manaza pesada y tibia.

—¡Nos alegra que hayas venido, querido Davídov!

—Lo veo, y lo agradezco.

—Lo único que te pido es que no empieces ahora mismo a meterte con nosotros…

—No pienso hacerlo ni ahora ni luego.

—¡Qué va! No podrás aguantarte, no podrás pasarte sin ello; además, a nosotros no nos harán ningún daño algunas palabras fuertes. Pero ahora calla. Cuando la gente come, no hay que estropearle el apetito.

—Se puede esperar —sonrió Davídov—. No evitaremos una conversación áspera, pero no empezaremos de sobremesa, esperaremos un poquito, ¿eh?

—¡Hay que esperar obligatoriamente! —declaró rotundo Dubtsov, coreado por las carcajadas de todos los presentes, y fue el primero en echar mano de la cuchara.

Davídov comía muy reconcentrado, en silencio, sin levantar la cabeza de la escudilla. Casi no prestaba oído a lo que decían a media voz los campesinos que le acompañaban, pero sentía que alguien le estaba mirando fijamente. Cuando hubo dado fin a las gachas, lanzó un suspiro de alivio: era la primera vez enmuchos días que se sentía de verdad ahíto. Relamiendo como un niño la cuchara de madera, levantó la cabeza. Del otro lado de la mesa le miraban atentos, como encandilados, los ojos grises de una muchacha, y había en ellos un amor mudo tan encendido, tanta esperanza y sumisión, que Davídov se desconcertó por un instante. Ya antes había visto con frecuencia en el caserío, en las reuniones o en la calle, a aquella jovencita de diecisiete años, de manos grandes, espigada y bonita, que al verle le sonreía cariñosa y turbada, con una expresión de desconcierto en su rostro arrebolado; pero ahora su mirada era la de una persona seria, madura…

«¿Qué viento te trae a mí y qué falta puedes hacerme, niñita querida? ¿Qué falta

puedo hacerte yo a ti? Con la de mozos que andan siempre en torno tuyo, y tú me miras a mí, ¡ay, niñita ciega! Podía ser padre tuyo, estoy acribillado a balazos, soy feo, tengo la cara picada de viruelas, y tú no ves nada… ¡No, Variuja, no eres tú la mujer que yo necesito! Crece sin mí, querida», pensó Davídov, mirando distraídamente al encendido rostro de la jovencita.

Al cruzarse su mirada con la de Davídov, Varia volvió ligeramente la cabeza y bajó los ojos. Sus pestañas se estremecían, y sus dedos, grandes y endurecidos, temblaban visiblemente al juguetear con los pliegues de la blusa, vieja y sucia. Era tan ingenua y sincera en su amor, y lo ocultaba tan mal, debido a su pueril sencillez, que sólo un ciego podía no advertirlo.

Kondrat Maidánnikov rió, dirigiéndose a Davídov:

—No mires a Varia, ¿no ves que toda la sangre se le ha subido a la cara? Anda, Varia, lávate, puede que se te pase un poquillo el sofoco. Pero, ¿cómo va a ir? Ahora tiene las piernas paralizadas… Trabaja conmigo y no me deja dar un paso sin preguntarme cuándo vas a venir. «¿Cómo puedo saber yo —le digo— cuándo va a venir?, ¡déjame en paz!» Pero ella me martillea de la mañana a la noche con la misma pregunta, igual que el pájaro carpintero martillea los árboles secos.

Como si lo hiciera para desmentir la conjetura de que se le habían paralizado las piernas, Varia Jarlámova se volvió de costado y, doblando ligeramente las rodillas, saltó de golpe por encima del banco en que estaba sentada y se dirigió hacia la caseta, lanzando furibundas ojeadas a Maidánnikov y murmurando con labios pálidos. Al llegar junto a la caseta se detuvo y, volviéndose hacia la mesa, gritó con voz quebrada:

—¡Tú, tío Kondrat… tú, tío… estás mintiendo!

Le respondió una carcajada general.

—Se explica a distancia —rió Dubtsov—. De lejos es más fácil.

—¿Por qué has turbado así a la chica? ¡No está bien eso! —censuró descontento Davídov.

—Tú no la conoces aún —dijo condescendiente Maidánnikov—. Cuando tú estás, parece muy mansita, pero, cuando no estás puede mordernos el gañote, sin titubear, a cualquiera de nosotros. ¡Tiene buenos dientes! ¡Es fuego puro! ¿Has visto cómo ha saltado? ¡Como una cabra montés!…

Sí, no halagaba el amor propio de Davídov aquel ingenuo y pueril amor que hacía ya mucho conocía toda la brigada y del que él oía hablar por vez primera. Si otros ojos le miraran, aunque sólo fuera una vez, con tan abnegada fidelidad y tanto amor, otra cosa sería… Para poner fin a la enojosa conversación, Davídov bromeó:

—¡Ea, muchas gracias a la cocinera y a la cuchara de madera! Me han atiborrado.

—Da las gracias, presidente, por su gran aplicación, a tu mano derecha y a tu ancha boca, y no a la cocinera y a la cuchara. ¿Quieres más? —preguntó,

levantándose de la mesa, la cocinera, una mujerona imponente, gruesa como una cuba.

Davídov miró con manifiesto asombro sus poderosas formas, sus anchos hombros e inabarcable cintura.

—¿De dónde habéis sacado esa mole? —preguntó a media voz Davídov a Dubtsov.

—La han hecho por encargo nuestro en la fábrica metalúrgica de Taganrog —respondió el listero, un joven con mucho desparpajo.

—¿Cómo es que no te he visto antes? —dijo Davídov, que no podía salir de su asombro—. Con las dimensiones que tienes, y no te he visto nunca, madrecita.

—¡Vaya un hijito que me ha salido! —replicó con un bufido la cocinera—. ¿Qué madrecita tuya puedo ser yo cuando no tengo más que cuarenta y siete? Y si no me has visto, es porque en invierno no salgo de casa. Con mi gordura y mis piernas, tan cortas, no valgo para andar por la nieve: puedo hundirme en ella incluso en terreno llano. El invierno me lo paso metida en casa, hilando lana, haciendo toquillas, en pocas palabras, ganándome la pitanza de un modo u otro. Por el barro tampoco puedo caminar: lo mismo que un camello, temo resbalar y que se me desgarre el pellejo; pero ahora, como el suelo está seco, me he ofrecido para hacer de cocinera. ¡Ya sabes, pues, presidente, que no valgo para madrecita tuya! Si quieres vivir en paz conmigo, llámame Daria Kupriánovna y nunca estarás hambriento mientras te encuentres en la brigada.

—Estoy muy de acuerdo en vivir en paz contigo, Daria Kupriánovna —dijo sonriente Davídov y, levantándose, hizo una profunda reverencia con aires de mucha seriedad.

—Así será mejor para los dos, y ahora dame tu escudilla y te echaré un poco de leche agria —dijo la cocinera, indeciblemente satisfecha por la cortesía de Davídov.

La mujer echó con mano generosa en la escudilla todo un litro de leche desnatada, muy agria, y se la pasó, devolviéndole la reverencia.

—¿Por qué estás de cocinera y no trabajas en la tierra? —preguntó Davídov—. Con tu peso, te bastaría con apretar un poco en las manceras para que la reja se hundiera a medio metro. ¡Eso es la pura verdad!

—¡Estoy enferma del corazón! Los médicos dicen que me funciona mal a causa de la grasa. Aun trabajar de cocinera me es duro, pues en cuanto friego más de la cuenta, el corazón empieza a latirme en la garganta. ¡No, camarada Davídov, no valgo para arar! ¡Ese baile no casa con mí música!

—No hace más que quejarse del corazón, y ha enterrado a tres maridos. Ha sobrevivido a tres cosacos y ahora anda a la busca del cuarto, pero no encuentra ningún voluntario, pues todos temen casarse con ella; ¡una mujerona así puede matarle a uno de una cabalgada! —dijo Dubtsov.

—¡No digas mentiras, cara de rallo! —gritó muy enfadada la cocinera—. ¡Qué culpa tengo yo de que de los tres cosacos no me tocara en suerte ninguno con fibra ni de que los tres fueran enclenques y enfermizos! Si Dios no les dio mucha vida, ¿qué culpa tengo yo?

—Tú les ayudaste a morir —volvió a la carga Dubtsov.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Ya se sabe…

—¡Tú habla claro!

Para mí bien claro está…

¡No; tú habla claro, en vez de darle en vano sin hueso!

—Bien se sabe cómo les ayudaste, con tu amor —dijo muy cauto Dubtsov, con risita de conejo.

—¡Tonto de capirote! —gritó furiosa la cocinera, ahogando las carcajadas, al tiempo que agarraba con ambas manos la mitad de la vajilla que había en la mesa.

Mas no era nada fácil poner fuera de combate al imperturbable Dubtsov. Acabó cachazudo con la leche agria, se pasó la mano por los bigotes y dijo:

—Puede que yo sea un tonto, puede que lo sea de capirote, pero en esos asuntos, zagalona, soy un gran entendido.

La cocinera dirigió a Dubtsov tal improperio, que las carcajadas estallaron con fuerza inusitada, y Davídov, bermejo el rostro de la risa y la turbación, apenas si pudo pronunciar:

—¿Hermanos, qué es esto? ¡No he oído nada semejante ni en la marina!…

Pero Dubtsov, sin perder su seriedad, gritó con fingido apasionamiento:

—¡Lo juraré si hace falta! ¡Besaré la cruz! Pero me mantendré en mis trece, Daria; ¡tu amor envió al otro mundo a tus tres maridos! ¡Tres maridos! ¡Fijaos bien, tres maridos!… Y el año pasado, ¿de qué murió Volodia Grachov? El solía visitarte…

Dubtsov se agachó rápidamente, sin haber terminado la frase: sobre su cabeza pasó silbando, como un casco de metralla, un pesado cazo de madera. Con la agilidad propia de un rapazuelo, Dubtsov echó las piernas al otro lado del banco, y se hallaba ya a unos diez pasos de la mesa cuando tuvo que saltar hacia un lado, escurriendo el bulto. Junto a él pasó, con siniestro zumbido, salpicando leche agria en todas direcciones, una cazuela metálica que, describiendo una curva, cayó lejos, en medio de la estepa. Muy espatarrado, blandiendo el puño, Dubtsov gritó:

—¡Cálmate, Daria! ¡Tira lo que quieras, menos cacharros de barro! ¡Por la vajilla rota te descontarétrudodiéns, vive Cristo! ¡Vete, como Varia, tras la caseta, desde allí te será más fácil dar explicaciones! Pero yo, de todos modos, me mantengo en lo mío: has matado a tres maridos y ahora desfogas tu rabia conmigo…

Gran trabajo le costó a Davídov restablecer el orden. Se sentaron a echar un cigarrillo cerca de la caseta, y Kondrat Maidánnnikov, tartamudeando de risa, dijo:

Todos los días, bien a la hora de la comida o bien a la de la cena, tenemos el mismo espectáculo.Agafón llevó una semana entera un cardenal que le cubría toda la mejilla, pues la Daria le largó un puñetazo, pero no deja de burlarse de ella. No volverás a casa, Agafón, sano y salvo: o te saltará un ojo o te torcerá un pie; ése será el fin de tus bromas…

—¡Es un tractor «Fordson», y no una mujer! —exclamó admirado Dubtsov, mirando con el rabillo del ojo a la cocinera, que pasaba, contoneándose como una pava, por delante de ellos, y, fingiendo que no la veía, dijo, ya más alto:

—Sí, hermanos, a qué ocultarlo, si no estuviera casado ya, me juntaría con la Daria, pero sólo por una semana, y luego me batiría en retirada. A pesar de mi fuerza, no podría resistir más. Sí, por ahora, no tengo ganas de morir. ¿A santo de qué voy a condenarme a una muerte cierta? Combatí durante toda la guerra civil y quedé vivo. ¡Sería una necedad morir por causa de una mujer!… ¡Sí, aunque tonto de capirote, soy terriblemente pillo! Una semanita la aguantaría mal que bien con la Daria, pero después, una buena noche, me dejaría caer con sigilo de la cama, me arrastraría hasta la puerta como se arrastran en el frente los de infantería y, desde allí, saltaría al corral y llegaría en un vuelo a casa… Créeme, Davídov, te juro por Dios verdadero que no falto a la verdad; ahí está Priánishnikov, que no me dejará mentir: en cierta ocasión se nos ocurrió a los dos abrazar a la Daria por su arte culinario; él la acometió por delante, y yo por detrás, y nos cogimos de la mano, pero no pudimos abarcarla, ¡tiene mucho contorno! Pedimos una vez al listero para que nos ayudara, pero como es joven y algo medrosillo, le dio temor acercarse a la Daria, que quedará por los siglos de los siglos sin verse abrazada como Dios manda…

—No creas al maldito, camarada Davídov —rió, ya calmada, la cocinera—. Si no miente, revienta. No dice más que trolas, ¡es así de nacimiento!

Una vez que hubieron dado fin al cigarrillo, Davídov preguntó:

—¿Cuánto queda por arar?

—¡Medio mundo! —respondió con desgana Dubtsov—. Más de ciento cincuenta hectáreas. Ayer quedaban ciento cincuenta y ocho.

—¡Bien trabajáis, es la pura verdad! —dijo fríamente Davídov—. ¿Qué habéis hecho hasta ahora? ¿Dar funciones con la cocinera, con la Kupriánovna?

—¡Vaya hombre, no exageres!

—¿Por qué la primera brigada y la tercera han terminado de arar hace tiempo y vosotros no acabáis?

—Mira, Davídov, esta tarde nos reuniremos todos y lo discutiremos a fondo, pero ahora vamos a arar —propuso Dubtsov.

La propuesta era sensata, y Davídov la aceptó, tras breve reflexión.

—¿Qué bueyes pensáis darme?

—Coge los míos —le aconsejó Kondrat Maidánnikov—. Están hechos al trabajo

y son buenos animales; ahora tenemos dos pares de bueyes jóvenes en el balneario.

—¿En el balneario? —se asombró Davídov.

Sonriendo, Dubtsov aclaró:

—Son flojillos y se echan en los surcos, por eso los hemos desenganchado para que pasten cerca del estanque. Allí la hierba es buena, alimenticia ¡Que se repongan un poco, de todas maneras no rinden ninguna utilidad! Quedaron muy flacos después del invierno, y como aquí trabajan todos los días, se pusieron muy mustios, ¡no tiran del arado aunque los mates! Hemos probado a aparearlos con bueyes viejos, y tres cuartos de lo mismo, no resulta la cosa. Ara con los bueyes de Kondrat, el consejo que te da es acertado.

—¿Y él qué va a hacer?

—Le he dado dos días para que los pase en casa. Tiene en cama a su mujer, la pobre ni siquiera ha podido mandarle una muda con Iván Arzhánov y ha pedido que Kondrat vaya al caserío.

—Eso es otra cosa. Yo creí que también querías enviarlo a algún balneario. Veo que el ambiente aquí es de balneario…

Dubtsov guiñó un ojo a los demás, sin que Davídov se diera cuenta, y todos se levantaron para uncir los bueyes.

Capítulo VII

El sol se ponía ya cuando Davídov desenganchó los bueyes en un extremo del campo y los dejó en libertad. Luego, se sentó junto al último surco, sobre la hierba, se enjugó con la manga de la chaqueta el sudor que bañaba su frente, lió un cigarrillo con dedos trémulos y sólo entonces se dio cuenta de lo muy cansado que estaba: le dolía la espalda, tenía agujetas en las piernas, y las manos le temblaban como a un viejo.

—¿Encontraremos los bueyes al amanecer? —preguntó Davídov a Varia.

La joven se hallaba frente a él, en medio del campo. Sus piececitos, calzados con unas grandes y destrozadas abarcas, se hundían hasta los tobillos en la mullida tierra que el arado acababa de voltear. Apartándose de la cara el pañuelo, gris del polvo, Varia respondió:

—Los encontraremos; por la noche no se alejan mucho.

Davídov fumaba con ansia, cerrados los ojos. No quería mirar a la joven. Pero ella, iluminado el rostro por una sonrisa feliz y cansada, dijo quedamente:

—Me has dejado rendida, y a los bueyes también. Descansas muy rara vez.

—Yo también estoy muerto de cansancio —respondió tosco Davídov.

—Hay que descansar más a menudo. El tío Kondrat descansa con frecuencia, deja que los bueyes se tomen un respiro, y siempre ara más que los otros. Tú te has cansado tanto por la falta de costumbre…

Varia iba a añadir «querido», pero, asustada, apretó con fuerza los labios.

—Sí, tienes razón, aún no me he acostumbrado.

Davídov se levantó trabajosamente y, arrastrando los pies con dificultad, se dirigió, a lo largo del surco, hacia el campamento. Al principio, Varia le seguía a corta distancia, pero después apretó el paso y se puso a su lado. Davídov llevaba en la mano izquierda su camiseta rayada de marinero, rota y descolorida. Por la mañana, al inclinarse para arreglar el arado, se le había enganchado el cuello de la camiseta en la mancera, y cuando se enderezó bruscamente, la desgarró de arriba abajo. El día era lo bastante caluroso y hubiera podido pasarse magníficamente sin ella, pero, ¡cómo ir desnudo de cintura para arriba tras el arado en presencia de una muchacha! Mientras juntaba turbado los faldones de la camiseta, preguntó a la joven si tenía un imperdible. Varia le contestó que, desgraciadamente, no lo tenía. Davídov miró con tristeza en dirección al campamento. Les separaban de él unos dos kilómetros, por lo menos. «Quieras que no, tendré que ir», se dijo Davídov, y, carraspeando de despecho, soltó a media voz un terno rotundo y dijo.

—Mira, Variuja, espérame un poco que yo tengo que ir al campamento.

—¿Para qué?

—Para quitarme estos andrajos y ponerme la chaqueta.

—La chaqueta te dará mucho calor.

—De todos modos, voy por ella —dijo tozudo Davídov.

¡Qué diablos, no podía de ningún modo ir sin la camiseta! No faltaría más que aquella simpática e inocente mocita viera lo que llevaba dibujado en el pecho y en el vientre. Cierto que el tatuaje que Davídov ostentaba en el pecho era modesto y un tanto sentimental: un artista de la flota había dibujado allí dos palomas. Al menor movimiento, las dos palomas cobraban vida, y cuando se encogía de hombros, las aves juntaban sus picos, como besándose. Eso era todo. Pero en el vientre… Aquel dibujo venía ocasionándole desde hacía mucho graves sufrimientos morales. Durante la guerra civil, el marino Davídov, que tenía a la sazón veinte años, agarró en cierta ocasión una borrachera de espanto. En la cabina del torpedero le dieron, por si era poco lo que había bebido, un vaso de alcohol puro. El joven yacía en calzoncillos, sin conocimiento, en una de las literas inferiores, y dos amigos de un cazaminas anclado cerca, que estaban también borrachos, virtuosos del tatuaje, se pusieron a adornarle el vientre, ejercitando en la indecencia su desenfrenada y ebria fantasía. Después de aquel lance, Davídov dejó de ir a la casa de baños, y cuando había reconocimiento médico exigía categóricamente que lo vieran hombres, sólo hombres.

Después de ser desmovilizado, en el primer año de trabajo en la fábrica. Davídov se hizo el ánimo de ir a bañarse. Tapándose el vientre con ambas manos, buscó un barreño vacío, se enjabonó espesamente la cabeza y casi al instante oyó cerca, a la altura de su barriga, una queda risita. Davídov se aclaró la cara y vio a un hombre calvo, ya maduro, que muy inclinado, apoyándose con ambas manos en el banco, examinaba con toda desvergüenza y mucha fijeza el dibujo que llevaba en el vientre y, entusiasmado, lanzaba quedas risitas de conejo. Davídov vertió el agua sin apresurarse y descargó el pesado barreño de roble sobre la calva de aquel ciudadano excesivamente curioso. El hombre cerró los ojos sin haber terminado de examinar el dibujo y se desplomó dulcemente. Davídov se acabó de lavar con la misma pachorra, vertió sobre el calvo aquel todo un barreño de agua fría como el hielo y, cuando vio que empezaba a parpadear, se fue a vestir. Desde entonces, se despidió para siempre del placer de darse verdaderos baños de vapor al estilo ruso y optó por bañarse en casa.

El solo pensamiento de que Varia pudiera ver, aunque no fuese más que fugazmente, su decorado vientre, subía los colores a Davídov, que se ajustó más todavía los faldones de la camiseta.

—Desunce los bueyes y deja que pasten; yo me voy al campamento —dijo, suspirando, Davídov.

No le hacía ninguna gracia tener que bordear el sembradío o meterse en el cuerpo tres kilómetros, dando tropezones por el campo, a causa de aquel necio percance.

Pero Varia entendió a su manera lo que movía a Davídov: «A mi Davídov le da

vergüenza trabajar sin camiseta a mi lado», se dijo la joven, muy agradecida de que él se hubiera compadecido de su pudor, y se quitó con aire muy resuelto las abarcas.

—Yo iré más de prisa.

Antes de que Davídov pudiera objetar, Varia volaba ya como un pajarillo hacia el campamento. Sobre el fondo negro de la tierra removida destacaban sus bronceadas piernas en rápido movimiento; las puntas del blanco pañuelo se agitaban a su espalda, sacudidas por el viento. Corría ligeramente inclinada adelante, prietos los puños contra los turgentes senos, abismada en un solo pensamiento: «Iré en un vuelo y le traeré la chaqueta… Iré en un dos por tres, eso le será grato, y, aun que no sea más que una vez en todo este tiempo, me mirará con cariño y quizás me diga: ¡Gracias, Varia!»

Davídov acompañó largamente a Varia con la mirada luego, desunció los bueyes y salió del sembradío. Cerca de allí encontró un fino y flexible tallo enredado en la maleza del año anterior, le quitó las hojas y, con él acordonó apretadamente el desgarrón de la camiseta, se tendió de espaldas y se quedó dormido, como si se hubiera hundido en algo negro y mullido, con olor de tierra…

Le despertó algo que se arrastraba por su frente: debía de ser una araña o un gusanillo. Haciendo una mueca, se pasó la mano por la cara y de nuevo se amodorró, pero volvió a sentir que algo se deslizaba por su mejilla, resbalaba por su labio superior y le cosquilleaba en la nariz. Davídov estornudó y abrió los ojos. Ante él, sentada en cuclillas, se encontraba Varia, estremecida por la risa que contenía a duras penas. La joven pasaba por el rostro de Davídov una brizna de hierba seca, y cuando él abrió los ojos, no le dio tiempo a retirar la mano. Los dedos del hombre se ciñeron a la fina muñeca de la joven, que no hizo nada por soltarse y se dejó caer sobre una rodilla, al tiempo que su riente carita tomaba una expresión asustada, expectante y sumisa.

—Te he traído la chaqueta, levántate —musitó Varia con un hilo de voz, haciendo un débil intento de soltar la mano.

Davídov abrió los dedos. La mano de Varia, grande, tostada por el sol, cayó sobre su rodilla. La muchacha cerró los ojos y oyó los golpes sonoros y tumultuosos de su corazón. Seguía aguardando, llena de esperanza… Pero Davídov callaba. Su pecho se alzaba y descendía acompasado, en su rostro no se alteró ni un músculo. Después se incorporó, se sentó cómodamente sobre la pierna derecha y, con perezoso movimiento se metió la mano en el bolsillo, en busca de la petaca. Ahora sus cabezas casi se rozaban. Davídov dilató las aletas de la nariz y percibió el aroma fino y ligeramente dulzón del pelo de Varia. Toda ella olía a sol de mediodía, a hierba caliente por el bochorno y a ese aroma fresco, encantador y sin igual de la juventud, ese aroma que nadie ha podido aún, que nadie ha sabido aún describir con palabras…

«¡Qué bonita es!», se dijo Davídov, y dejó escapar un suspiro. Se pusieron de pie

casi simultáneamente, y durante unos segundos se miraron en silencio a los ojos; luego, Davídov tomó de manos de ella la chaqueta y, con una sonrisa cariñosa en las pupilas, dijo:

—¡Gracias, Varia!

Sí, la había llamado «Varia», y no «Variuja». En fin de cuentas se había realizado lo que ella pensara cuando corría en busca de la chaqueta. Pero, ¿por qué, entonces, afluyeron a sus ojos grises unas lágrimas y temblaron convulsas sus tupidas pestañas negras al querer contenerlas? ¿Por qué lloraba la preciosa mocita? Varia lloraba en silencio, con muda y pueril impotencia, la cabeza caída sobre el pecho. Pero Davídov no veía nada: liaba cuidadosamente un cigarrillo, esforzándose por que no le cayera al suelo ni una brizna de tabaco. Los pitillos se le habían terminado, el tabaco tocaba también a su fin, y por eso economizaba liando cortos y finos cigarrillos, que no daban para más de cinco o seis buenas chupadas.

Varia permaneció inmóvil unos instantes, esforzándose en vano por sobreponerse, y luego, dando media vuelta con brusco movimiento, se dirigió hacia los bueyes, dejando caer:

—Voy a traer los animales.

Pero esta vez tampoco percibió Davídov el profundo pesar de su trémula voz. Asintió con la cabeza y encendió el cigarrillo, pensando reconcentradamente en los días que iba a necesitar la brigada para arar todo el barbecho de mayo con sus propios medios y si no sería mejor llevar allí algunos arados de la tercera brigada, que era más fuerte.

A Varia le era más fácil llorar ahora que Davídov no podía ver sus lágrimas. Y lloraba con verdadero deleite; las lágrimas rodaban por sus broncíneas mejillas, y ella se las enjugaba, sin dejar de andar, con las puntas del pañuelo…

Su primer y puro amor, ese primer amor de la juventud, había tropezado con la indiferencia de Davídov. En general, Davídov era algo cegato en cuestiones amorosas y muchas cosas no llegaban a su conciencia, y, si llegaban, hacíanlo demasiado tarde, a veces irremediablemente tarde…

Al uncir los bueyes, vio en las mejillas de Varia unas huellas grises, las de las lágrimas que la joven acababa de verter y que él no había visto. Su voz tuvo una nota de reproche cuando dijo:

—¡Ay, Variuja, Variuja! ¿Es que no te has lavado hoy la cara?

—¿De dónde sacas eso?

—Tienes unos churretes en la cara. Hay que lavarse todos los días —respondió Davídov con tono aleccionador.

…El sol se había puesto, y ellos todavía caminaban, rendidos, en dirección al campamento. El crepúsculo caía sobre la estepa. La niebla envolvía la Barranca de los Espinos. Las nubes, azul oscuro, casi negras, iban cambiando de matiz allá en

Occidente: al principio su borde inferior se cubrió de un color púrpura opaco, y después un resplandor rojo sangriento .las atravesó de parte a parte, ascendió impetuoso y abarcó todo el cielo en amplio semicírculo. «¡No me querrá!…», pensaba llena de tristeza Varia, apretando con gran pesadumbre sus carnosos labios. «Mañana el viento será fuerte, la tierra quedará muy seca y los bueyes las pasarán negras», se dijo disgustado Davídov, mirando la llameante puesta de sol…

Varia deseaba todo el tiempo decir algo, pero una fuerza incierta la refrenaba. Cuando se hallaban ya cerca del campamento, la joven se hizo el ánimo:

—Dame tu camiseta —balbuceó, y temiendo que él se negara, añadió implorante: —¡Te lo pido por favor!

—¿Para qué? —preguntó sorprendido Davídov.

—La coseré, la coseré con tanto esmero que no notarás la costura. Y luego la lavaré.

Davídov rió:

—Está toda pasada por el sudor. No vale la pena remendarla, se deshace entre las manos. No, querida Variuja, esta prenda ya ha prestado su servicio, y ahora se la daremos a la Kupriánovna para que friegue con ella el piso de la caseta.

—Deja que la cosa y ya verás —insistió la joven.

—Haz lo que quieras, sólo que tu trabajo se perderá en vano.

Como no le parecía bien presentarse en el campamento llevando en sus manos la rayada camiseta de Davídov —suscitaría multitud de comentarios y bromas de mal gusto—, Varia, mirando de reojo a su acompañante y avanzando el hombro para que él no lo viera, apretó en un puño la tibia prenda y la ocultó en su seno.

Extraña, desconocida y embriagadora fue la sensación que le produjo la polvorienta camiseta de Davídov al rozar la carne de sus pechos: fue como si el calor ardiente del fuerte cuerpo del hombre se hubiera vertido en ella, llenándola toda, colmándola… Se le secaron los labios, su estrecha y blanca frente se perló de sudor, y su andar se hizo cauteloso, inseguro. Pero Davídov no advertía nada, nada veía. Un minuto después, olvidado ya de que le había dado la camiseta sucia, decía alegre a la joven:

—¡Mira, Variuja, cómo honran a los vencedores! Es el listero quien nos saluda agitando la gorra: quiere decir que tú y yo hemos trabajado a conciencia. ¡Eso es la pura verdad!

Después de la cena, los hombres encendieron una hoguera cerca de la caseta y se sentaron en torno a echar un cigarrillo.

—¡Ea, vamos a hablar ahora con toda franqueza! ¿Por qué habéis trabajado mal? ¿Por qué tardáis tanto en arar el campo? —preguntó Davídov.

—En las otras brigadas tienen más bueyes —replicó el joven Biesjliébnov.

—¿Cuántos más?

—¿Es que no lo sabes? En la tercera ocho pares más, y, quieras que no, eso quiere decir cuatro arados. En la primera tienen dos arados más, así es que también nos llevan ventaja.

—Y nuestro plan es mayor —terció Priánishnikov.

Davídov sonrió irónico y dijo:

—¿Mucho mayor?

—Aunque no sea más que en treinta hectáreas, lo es. No podemos ararlas con la nariz.

—¿No aprobasteis vosotros mismos ese plan en marzo? ¿A santo de qué lloráis ahora? Partimos de la cantidad de tierra que tenía cada brigada, ¿no es así?

Dubtsov dijo muy calmoso:

—Nadie llora, Davídov, no es ése el asunto. Los bueyes de nuestra brigada quedaron muy débiles después del invierno. Cuando colectivizamos el ganado y el forraje, a nosotros nos tocaron menos heno y menos paja. Tú lo sabes perfectamente y no tienes razón para meterte con nosotros. Sí, tardamos mucho en arar el campo, la mayoría de nuestros bueyes son de poca fuerza, pero el forraje se debió distribuir como corresponde, y no como se os ocurrió a ti y a Ostrovnov. Resolvisteis alimentar el ganado con lo aportado por cada hacienda privada. Y ahora resulta que unos han acabado de arar y preparan ya el ganado para la siega de las hierbas y nosotros seguimos peleando con los barbechos.

—Entonces, vamos a ayudaros. Lubishkin os echará una mano —propuso Davídov.

—Nosotros no renunciamos a la ayuda —declaró Dubtsov, apoyado por el tácito asentimiento de todos los demás—. No somos gente orgullosa.

—Todo está claro —dijo pensativo Davídov—. Está claro que la administración y todos nosotros hemos metido la pata: en invierno distribuimos el forraje siguiendo el principio territorial, por decirlo así, y eso fue una equivocación. ¡Otra la cometimos al distribuir la mano de obra y el ganado de labor! Pero, ¿quién diablos tiene la culpa? Nosotros nos equivocamos y nosotros debemos enmendar nuestro error. Por lo que aráis, me refiero a lo que aráis cada día, los resultados no son malos, pero en conjunto resulta una miseria. Vamos a pensar cuántos arados hay que traer para salir del atolladero, vamos a pensarlo y apuntarlo todo, y en la siega de la hierba tendremos en cuenta nuestras equivocaciones y distribuiremos mejor las fuerzas. ¿Hasta cuándo vamos a equivocarnos?

Unas dos horas estuvieron sentados en torno a la hoguera, discutiendo, calculando, intercambiando algún que otro improperio. Quizás fuera Atamánchukov quien más hablara. Exponía su opinión con mucho calor y hacía propuestas inteligentes, pero, al mirarle, cuando Biesjliébnov se metía muy cáusticamente con

Dubtsov, Davídov percibió en sus ojos un odio tan frío, que enarcó las cejas asombrado. Atamánchukov bajó rápido la mirada, se llevó los dedos a la nuez, cubierta de una pelambrera castaña, y cuando, al cabo de un instante, volvió a levantar la cabeza y su mirada se cruzó otra vez con la de Davídov, en sus ojos lucía ya una cordialidad fingida y cada arruguilla de su rostro expresaba campechana despreocupación. «¡Qué artista! —se dijo Davídov—, pero, ¿por qué me miraba con esos ojos de demonio? Seguramente me guarda rencor porque quise echarlo del koljós la primavera pasada».

Davídov no sabía, no podía saber, que, en aquella primavera, Pólovtsev, cuando se enteró de que querían expulsar del koljós a Atamánchukov, lo llamó por la noche y, apretando sus desarrolladas mandíbulas, le dijo entre dientes: «¿Qué es lo que estás haciendo, papanatas? Yo necesito qué seas un koljosiano ejemplar, y no un imbécil tan celoso que puede hundirse por cualquier tontería y hundirnos a todos los demás y la causa misma cuando lo interroguen en la GPU. En la asamblea del koljós te hincas de rodillas si hace falta, hijo de perra, pero consigue que la asamblea no apruebe el acuerdo de la brigada. Hasta que no hayamos comenzado, sobre nuestra gente no debe recaer la menor sospecha».

Atamánchukov no tuvo necesidad de hincarse de rodillas: aguijoneados por la orden de Pólovtsev, Yákov Lukich y todos sus satélites se manifestaron unánimes en defensa suya, y la asamblea no aprobó el acuerdo de la brigada. Atamánchukov escapó muy bien librado: únicamente se llevó un voto de censura. Desde entonces apenas si se le oía, se portaba bien y hasta era un ejemplo de actitud consciente en el trabajo para los que no acababan de sacudirse la pereza. Pero el odio a Davídov y a la vida koljosiana no podía ocultarlo honda y firmemente, y a veces, en contra de su voluntad, se exteriorizaba en una palabra imprudente, en una sonrisa escéptica, en las llamaradas que se encendían por un instante en sus ojos azul oscuro, como el acero pavonado.

Era ya medianoche cuando acordaron por fin qué ayuda era la que se necesitaba y en qué plazo iban a terminar la labranza. Allí mismo, junto a la hoguera, escribió Davídov una nota a Razmiótnov, y Dubtsov se ofreció para llevarla inmediatamente, sin esperar a que amaneciera, al caserío, a fin de que a la hora de la comida estuviesen ya allí los bueyes y los arados de la tercera brigada y elegir, con Liubishkin, a los labradores más laboriosos. Fumaron en silencio un último cigarrillo junto a la agonizante hoguera y se marcharon a dormir.

Mientras, se desarrollaba junto a la caseta la siguiente conversación. Varia lavaba amorosamente la camiseta de Davídov en una palangana; la cocinera se encontraba a su lado y decía con voz muy profunda, casi masculina:

—¿Por qué lloras, tontuela?

—Huele a sal…

—¿Y qué tiene de particular? Las camisetas de los hombres que trabajan siempre huelen a sudor y a sal, y no a esencia o jabón de olor. ¿Por qué berreas? ¿Acaso te ha ofendido?

—No, ¡qué cosas tienes, tía!

—¿A qué, entonces, esas lágrimas, so tonta?

—No es la camiseta de un ajeno, sino la del hombre que quiero… —respondió Varia, inclinando la cabeza sobre la palangana y ahogando sus sollozos.

Después de un largo silencio, la cocinera se puso en jarras y exclamó enojada:

—¡Ea, basta ya! ¡Varia, levanta ahora mismo la cabeza!

¡Pobre mocita de diecisiete abriles! Levantó la cabeza, y unos ojos llorosos, pero radiantes con esa dicha de las jóvenes enamoradas que no conocen todavía el sabor de un beso, miraron a la cocinera.

—Yo tengo cariño hasta a la sal de su camiseta…

La risa sacudió convulsivamente el opulento pecho de Daria Kupriánovna.

—Ahora veo, Varia, que ya eres una moza de verdad.

—¿Es que antes no lo era?

—¿Antes? Antes eras viento y nada más, y ahora eres ya una moza. Hasta que no se pega con otro por la moza a la que quiere, ningún joven es un mozo de verdad, sino un mocoso. La joven que no hace más que reírse y echar miraditas no es todavía una moza, sino viento con faldas. Pero cuando el amor le pone los ojos húmedos y su almohada está toda la noche mojada por las lágrimas, se convierte en una moza de verdad. ¿Comprendes, tontuela?

Davídov yacía en la caseta, las manos cruzadas tras la nuca, pero no podía conciliar el sueño. «No conozco a la gente del koljós, no sé cómo respira —pensaba amargado—. Primero, la expropiación de los kulaks, después, la organización del koljós, luego, el trabajo en la administración, y me ha faltado el tiempo para fijarme en la gente, para conocerla de cerca. ¿Qué dirigente ni qué diablos soy yo, cuando no conozco a la gente, ni he encontrado tiempo para estudiarla? Y hay que conocerlos a todos, pues, en fin de cuentas, no son tantos. Pero eso no es tan fácil… ¡Fíjate por dónde me ha salido Arzhánov! Todos le creen un simplón, pero no lo es, ¡vive Dios que no es un simplón! Ni el diablo es capaz de calar de buenas a primeras a ese barbudo: está metido en su cascarón desde chico y se ha cerrado herméticamente; anda y prueba a penetrar en su alma, ¡como que te va a dejar entrar! Yákov Lukich también es un candado con mecanismo secreto. No hay que perderlo de vista, hay que fijarse bien en su persona. Está claro que ha sido kulak, pero ahora trabaja honradamente; por lo visto, teme que se le pueda echar en cara su pasado… Sin embargo, tendremos que quitarlo de intendente; que trabaje de simple koljosiano. A Atamánchukov tampoco lo comprendo, me mira como el verdugo a un condenado. ¿Por qué será eso? Es un campesino medio típico; cierto que ha estado con los

blancos, ¿pero quién de ellos no ha estado? La clave no es ésa. Debo pensar en todo profundamente, basta ya de dirigir a ciegas, sin saber en quién puede uno apoyarse de verdad, confiar de verdad. ¡Ay, marinero, marinero! ¡Si supieran los muchachos del taller cómo diriges el koljós, no te iban a dejar hueso sano!»

Cerca de la caseta, al raso, se acostaron las mujeres que ayudaban a los aradores. Con la sordina de su somnolencia, oyó Davídov la fina voz de Varia y la voz de barítono de la Kupriánovna.

—¿Por qué te aprietas contra mí como un ternerillo contra la vaca? —decía, ahogándose de risa, la cocinera—. Deja de abrazarme, ¿me oyes, Varia? ¡Apártate, por Dios te lo pido, que despides tanto calor como un horno! ¿No oyes lo que te estoy diciendo? ¿Por qué se me habrá ocurrido acostarme a tu lado?… Estás que ardes, ¿no te habrás puesto enferma?

La queda risa de Varia parecía el zureo de una tórtola.

Con una sonrisa soñolienta en los labios, Davídov se imaginó a las dos mujeres acostadas la una al lado de la otra, y pensó, sumiéndose ya en el sueño: «Qué mocita más preciosa: ya es grandecita, está en edad de merecer, pero tiene el entendimiento de una criatura. ¡Sé feliz, Variuja!»

Davídov se despertó cuando amanecía. En la caseta no había nadie, y del exterior no llegaban voces masculinas; todos los hombres se encontraban ya en el campo, y Davídov era el único que yacía en los espaciosos camastros. Se incorporó ágilmente, se puso los peales y las botas, y en aquel mismo instante vio junto a la cabecera la camiseta de marino, lavada y remendada con mucho arte —la costura apenas si se notaba— y su limpia camisa de lienzo. «¿Cómo está aquí mi camisa? Vine sin nada, de eso me acuerdo perfectamente; ¿cómo ha podido llegar aquí la camisa? ¿Qué brujería es ésta?», se preguntó asombrado Davídov, y, para convencerse definitivamente de que no estaba soñando, palpó el fresco lienzo de la prenda.

Cuando, después de ponerse la camiseta, salió afuera, lo comprendió todo en seguida: Varia, vistiendo una bonita blusa azul y una falda negra impecablemente planchada, se estaba lavando los pies junto a la cuba del agua; rosada, fresca como la mañana, le sonreía con labios coralinos, y sus ojos grises, muy distanciados el uno del otro, resplandecían como el día anterior, reflejando una alegría incontenible.

—¿Perdiste todas tus fuerzas ayer, presidente? ¿Se te han pegado las sábanas? —preguntó reidora con su fina y alta voz.

—¿Dónde has estado esta noche?

—He ido al caserío.

—¿Cuándo has vuelto?

—Acabo de llegar.

—¿Eres tú quien me ha traído la camisa?

Varia asintió con la cabeza, y en sus ojos apareció, fugaz, una sombra de alarma.

—¿Puede que no haya hecho bien? ¿Quizás no hubiera debido ir a tu casa? Pensé que tu camiseta rayada no aguantaría mucho…

—¡Eres un tesoro, Variuja! Gracias por todo. Pero, dime: ¿a santo de qué te has emperifollado así? ¡Dios mío, pero si incluso lleva un anillo!

Dando vueltas, muy turbada, al modesto anillo de plata que llevaba en el anular, la joven musitó:

—Tenía muy sucia la ropa. Fui a ver a mi madre y a mudarme… — Venciendo su turbación, con un fueguecillo travieso en los ojos, añadió: —Quería, además, ponerme los zapatos de tacón para que me miraras aunque sólo fuera una vez en todo el día, pero con los tacones no se puede andar mucho rato por el campo, arreando los bueyes.

Davídov rió:

—¡Ahora no pienso quitarte ojo, gacela mía! Anda y unce los bueyes, que yo iré en cuanto me lave.

Aquel día, Davídov apenas si trabajó. No había terminado aún de lavarse, cuando llegó Kondrat Maidánnikov.

—¡Pero si habías pedido dos días de permiso!, ¿cómo es que has vuelto tan pronto? —le preguntó, sonriendo, Davídov.

Kondrat se encogió de hombros y dijo:

—Me aburro allí. La mujer ya se ha levantado, tuvo unas fiebres; ¿qué iba a hacer yo allí? Di media vuelta y me vine para acá. ¿Dónde está la Varia?

—Ha ido a uncir los bueyes.

—Pues mira, yo iré a arar y tú espera a las visitas. Liubishkin en persona viene con ocho arados. Les di alcance a mitad de camino, y Agafón, como si fuera Kutúzov, va delante de todos, montado en una yegua blanca. Sí, hay otra novedad: anoche dispararon contra Nagúlnov.

—¿Dispararon contra Nagúlnov? ¿Pero cómo?

—Muy sencillamente, con un fusil. No sé quién diablos le soltó un tiro. Nagúlnov estaba sentado a la ventana, con la luz encendida, e hicieron fuego contra él. La bala le pasó rozando la sien, le ha chamuscado la piel, y eso ha sido todo. Tiene un tic nervioso en la cabeza, pero no sé si es porque ha sufrido una contusión o de la rabia que le ha dado; por lo demás, está sano y salvo. Han venido al caserío los de la milicia del distrito, andan de un lado para otro, ventean, pero no creo que pongan nada en claro…

—Mañana tendré que despedirme de vosotros e ir al caserío —resolvió Davídov —. El enemigo levanta la cabeza, ¿eh, Kondrat?

—¿Y qué? Eso no es malo, que la levante. Si la levanta, nos será más fácil cortársela —dijo muy tranquilo Maidánnikov, y se puso a mudarse el calzado.

Capítulo VIII

Después de medianoche, el cielo, tachonado de estrellas, lo encapotaron, sin dejar un claro, espesas nubes que bogaban apiñadas, hombro con hombro. Comenzó una lluvia menuda, tediosa, como las de otoño, y al poco la estepa se ponía oscura, silenciosa y fría lo mismo que una bodega profunda y húmeda.

Una hora antes de amanecer se levantó viento, las nubes, apretujándose, aceleraron su movimiento. La lluvia, vertical hasta entonces, sesgó su cortina —desde la falda de los nubarrones hasta la tierra misma—, se inclinó hacia Levante y luego cesó tan inesperadamente como había comenzado.

Antes de que saliera el sol llegó un jinete a la caseta de la brigada. Se apeó mesurado, ató las riendas a un matorral de espino que crecía allí al lado y, desentumeciéndose con parsimonia, se acercó a la cocinera, afanada junto a un pequeño fogón cavado en la tierra, y la saludó quedamente. La Kupriánovna no contestó. De rodillas, apoyados en la tierra los codos y el opulento pecho, la cabeza ladeada, soplaba los tizones con todas sus fuerzas, intentando, en vano, avivar el fuego. Mojada por la lluvia y el abundante rocío, la leña no quería arder; tufaradas de humo y grises copos de ceniza daban a la mujer en el rostro, congestionado por el esfuerzo.

—¡Huf, maldito sea mil veces este oficio! —gruñó con enfado, ahogándose de la tos y el humo.

La Kupriánovna se echó para atrás, levantó la cabeza y las manos, para recluir las greñas bajo el pañuelo, y en aquel mismo instante vio al recién llegado.

—Las astillas hay que guardarlas por la noche en la caseta, madre de los hambrientos. No tienes bastante aire en los pulmones para hacer que arda la leña mojada. Venga déjame que te ayude —dijo el hombre, apartándola suavemente.

—Muchos consejeros andáis vagando por la estepa. Anda, prueba a encender, y yo miraré a ver si tú tienes mucho aire en los pulmones —rezongó la Kupriánovna, y haciéndose a un lado se puso a observar atentamente al desconocido.

Era bajito y feo. Vestía una zamarra de paño burdo, muy usada, que le sentaba muy bien, ceñida con un cinto de soldado. Los pantalones caqui, cuidadosamente remendados y zurcidos, y las botas altas, todas cubiertas de barro seco, también tenían aire de haber prestado larguísimo servicio a su propietario. Con este pobre atavío ofrecía un contraste de lo más inesperado su elegante gorro cosaco de magnífico karakul plateado, que llevaba calado sombríamente hasta las cejas. Pero el atezado semblante del hombre aquel era bondadoso, su chata nariz se arrugaba cómicamente cuando sonreía, y sus ojos castaños contemplaban el mundo con indulgente y sabia ironía.

Se puso en cuclillas y sacó del bolsillo interior de la zamarra un mechero y un

frasco grande y plano, con tapón de vidrio esmerilado. Un minuto después, las astillas, generosamente rociadas de gasolina, chisporroteaban alegres.

—Así hay que hacer, madrecita —dijo el forastero, dando una palmada a la Kupriánovna en uno de sus carnosos hombros—. El frasquito, bueno, te lo regalo para que guardes de mí memoria eterna. Si se te mojan las astillas, les echas un poco, y asunto concluido. Toma el regalo, pero en cuanto hagas las gachas, convídame; una escudilla repleta, y de lo más espeso.

La Kupriánovna se guardó el frasco en el regazo y le dio las gracias con melosa zalamería.

—Gracias por el regalito, buen hombre. Procuraré que te agrade el guiso. Pero, dime, ¿para qué llevas encima esta botellita? ¿No serás veterinario, curandero de vacas?

—No, no soy doctor vacuno —respondió evasivo el forastero—. ¿Dónde están los labradores? ¿Será posible que duerman todavía?

—Algunos han ido al estanque por los bueyes, otros están ya doblando el lomo en el campo, allá lejos.

—¿Y Davídov?

—En la caseta. Duerme, el pobrecillo. Ayer se fatigó mucho, trabajó sin descanso y se acostó a las tantas.

—¿Qué estuvo haciendo hasta tan tarde?

—¡Qué sé yo! El caso es que volvió tarde de arar, y luego se le ocurrió ir a echar un vistazo al trigo otoñal sembrado antes de que existiera el koljós. Fue hasta el final de la vaguada.

—¿A quién se le ocurre echar un vistazo a los trigales en las tinieblas? —sonrió el forastero, frunciendo la nariz y contemplando con curiosidad la redonda y lustrosa cara de la cocinera.

—Hazte la cuenta de que llegó al lugar antes de la anochecida, pero tardó mucho en volver. El diablo sabe lo que le distrajo, a lo mejor estuvo escuchando a los ruiseñores. ¡Hay que ver cómo se desgañitan en la Quebrada de los Espinos! ¡Parece increíble! Cantan y gorjean que es un primor, y no hay forma de dormirse. ¡Los muy malditos privan a la gente de todo sosiego! Algunas veces, oyéndolos por las noches, me pongo hecha un mar de lágrimas.

—¿Y a qué viene eso?

—¿A qué? Recuerdo mi juventud, lances que me sucedieron cuando era joven… A las mujeres, querido, nos hace falta muy poco para que se nos salten las lágrimas.

—Y Davídov, ¿fue solo a ver los trigos?

—Por ahora se las arregla sin lazarillos, no está ciego, gracias a Dios. Pero, ¿quién eres tú? ¿Para qué has venido? —púsose de pronto en guardia la Kupriánovna y, adusta, apretó los labios.

—Tengo un asuntillo que tratar con el camarada Davídov —volvió a eludir la respuesta el forastero—. Pero no llevo prisa, esperaré a que se despierte. Dejemos que duerma a placer este trabajador infatigable. Y mientras prende bien la leña, tú y yo charlaremos de las cosas de la vida.

—¿Cuándo terminaré de pelar las patatas para esta caterva si pego la hebra contigo? —preguntó la Kupriánovna.

Pero el desenvuelto desconocido también tuvo respuesta para esto. Sacó del bolsillo una pequeña navaja y, después de probar el filo en la uña del pulgar, dijo:

—Tráelas, te ayudaré a mondadas. Estoy dispuesto a ser toda la vida pinche de una cocinera tan atractiva como tú, con tal de que me sonrías por las noches… Aunque tan sólo sea como ahora.

La Kupriánovna, subidos los colores por el placer, movió la cabeza con fingida lástima.

—Eres muy poquita cosa, pobrecito mío. Demasiado flacucho para mí. Aunque te sonriese alguna noche, ni lo verías ni te darías cuenta…

El hombre se acomodó en un tajo de roble y entornó los párpados, mirando a la cocinera, que reía.

—Yo veo de noche, como las lechuzas.

—No lo digo por eso. Es que tus ojitos zalameros se llenarían de lágrimas…

—Fíjate por dónde me has salido —rió sin perder la compostura el forastero—. Ten cuidado, gordinflona, no vayas a ser la primera en llorar. Yo sólo soy bueno de día, pero por las noches no doy cuartel a las gordas como tú. ¡Aunque me lo imploren llorando a lágrima viva!

La Kupriánovna soltó una carcajada, pero miró con disimulada aprobación a su atrevido interlocutor.

—Cuidado, querido, que quien mucho se alaba, llorando acaba.

—Por la mañana ya sacaremos en limpio quién ha tenido que llorar y quién se ha solazado a sus anchas. Trae las patatas, hurraca, basta de haraganear.

Contoneándose, la Kupriánovna sacó de la caseta un cubo de patatas y, sin dejar de sónreír, se sentó en un taburete frente al forastero. Luego, al ver cómo por entre sus dedos, ágiles y curtidos, salía en espiral la fina piel de las patatas, dijo satisfecha:

—Sabes darle a las manos tan bien como a la lengua. ¡Buen pinche, no puedo quejarme!

El forastero siguió manejando rápidamente la navaja, y al cabo de unos instantes preguntó:

—Y Davídov, ¿qué tal? ¿Ha hecho buenas migas con los cosacos, o no?

—No malas. Es un mozo bravo y sencillo, como tú. A nuestra gente le agradan los que no son tiesos de cogote.

—¿Sencillo, dices?

—Mucho.

—Vamos, que es un poco tonto, ¿no? —dijo el forastero, mirando malicioso a la cocinera.

—¿Te tienes tú por tonto? —replicó socarrona la Kupriánovna.

—No diría yo eso.

—Entonces, ¿por qué tomas por tonto a Davídov? Os parecéis mucho…

El volvió a callarse, sonriendo para sus adentros y mirando de vez en cuando a la parlanchina cocinera.

Por Levante iba ensanchándose la franja escarlata de la alborada, cubierta por una nube. Tendiendo sus alas, el viento, dormido durante la noche, trajo desde la Quebrada de los Espinos los sonoros gorjeos de los escandalosos ruiseñores. El forastero limpió la navaja en los pantalones y dijo:

—Anda, despierta a Davídov. En invierno dormirá cuanto le venga en gana.

Davídov salió descalzo de la caseta. Estaba soñoliento y sombrío. Miró fugazmente al forastero y preguntó con voz ronca:

—¿Un sobre del Comité de distrito? Dámelo.

—Vengo del Comité, pero sin sobre. Cálzate, camarada Davídov, tenemos que hablar.

Rascándose el pecho, cubierto de tatuajes, Davídov contempló indulgente al forastero.

—El corazón me dice que eres un delegado del Comité de distrito… Espera, camarada, ahora voy contigo.

Se vistió rápido, se calzó sin peales las botas altas, echóse presuroso a la cara unas almorzadas de agua con olor al barril de roble y, saludando ceremonioso, se presentó:

—Semión Davídov, presidente del koljós Stalin.

El otro se le acercó y abrazó sus anchas espaldas.

—Con qué protocolo te presentas. Pues yo soy Iván Nesterenko, el secretario del Comité de distrito. Y ahora que ya nos conocemos, vamos a pasear un rato y a conversar con el corazón en la mano, camarada presidente. ¿Qué, os queda mucho por labrar?

—Bastante…

—Por consiguiente, el dueño tuvo algún descuido… —dijo Nesterenko y, tomando del brazo a Semión, se encaminó a los campos labrados.

—Me equivoqué —respondió conciso Davídov, mirándole de reojo, y, de pronto, impensadamente, se acaloró: —Pero comprende, querido secretario, que yo en cuestiones de agricultura soy un zote. No es que me justifique, pero no me equivoqué yo solo… Esto es nuevo para todos…

—Lo veo y lo comprendo, tranquilízate…

—No fui el único en equivocarme, todos los compañeros en los que me apoyo se equivocaron también. No distribuí bien las fuerzas, ¿comprendes?

—Comprendo. Y la cosa no es tan terrible. Lo rectificaréis sobre la marcha. ¿Has recibido ya refuerzos en hombres y en yuntas? Eso está bien. En cuanto a la distribución de las fuerzas, a su adecuado reparto entre las brigadas, tenía presente para el futuro, para la siega de la hierba y, sobre todo, la recolección del grano. Hay que pensado todo debidamente, con tiempo.

—Está claro, ¡eso es la pura verdad!

—Y ahora, vamos, enséñame dónde has estado arando, muéstrame tu obrada. Quiero ver cómo se las apaña la clase obrera de Leningrado en las tierras del Don… ¿No tendré que escribir al secretario del Partido de la fábrica Putílov quejándome de tu trabajo?

—Eso, tú juzgarás.

Nesterenko le apretó el codo con su mano pequeña y vigorosa. Mirando de soslayo el rostro sencillo y franco del secretario, Davídov se sintió de pronto tan aliviado y satisfecho, que una sonrisa afloró a sus labios. Hacía mucho tiempo que nadie de la dirección del Partido le hablaba con tan amistosa sencillez y tan humana cordialidad…

—¿Quieres comprobar si sé arar, camarada Nesterenko? ¿Va en serio la cosa?

—¡Quita, quita! Sencillamente, quiero ver, curiosear de lo que es capaz la clase obrera cuando no está al pie del torno en la fábrica o del banco en la carpintería, sino trabajando la tierra. Yo, para que lo sepas, soy un antiguo labrador de Stávropol, y tengo curiosidad por saber qué te han enseñado los cosacos. ¿Quizás alguna cosaco te haya enseñado a arar sin gran esmero? Mira, no te sometas a la dañina influencia de los cosacos de Gremiachi Lag. Las hay que incluso a ti, un viejo lobo de mar, pueden enseñarte latín y griego… Te apartan del buen camino por menos de nada. ¿No te habrá apartado ya alguna?

Nesterenko hablaba con alegre naturalidad, como si no eligiese las palabras, pero Davídov captó en seguida la insinuación disimulada con bromas y se puso en guardia. «¿Sabrá lo de Lushka o habrá echado el anzuelo al azar?», se preguntó inquieto. Sin embargo, mantuvo el tono jovial de la conversación.

—Si las mujeres pierden el camino, si se extravían, gritan pidiendo socorro. Pero los hombres, los hombres hechos y derechos, lo buscan en silencio, ¡la pura verdad!

—Y tú, claro, eres un hombre hecho y derecho.

—¿Qué te pensabas, camarada secretario?

—Pues yo pienso así: los hombres de verdad me gustan más que los chillones… Y si tú, Davídov, te despistas sin querer, dímelo bajito al oído, sin armar ruido. Te ayudaré a ganar terreno firme. ¿De acuerdo?

—Te agradezco el ofrecimiento —dijo ya en serio Davídov, al tiempo que

pensaba: «Vaya un hijo de Satanás, todo lo ha olisqueado…», y para no subrayar la seriedad de su última frase, agregó—: Tenemos un secretario que es un portento de bondad, como él hay pocos.

Nesterenko se paró en seco, se volvió a él, y, echándose hacia atrás su magnífico gorro cosaco, dijo, arrugando la nariz al sonreír:

—Soy bondadoso porque de joven no siempre anduve por el camino recto… A veces iba bien, marcando el paso como en un desfile, luego perdía el compás, torcía el diablo sabe para dónde y tiraba a campo traviesa por entre los cardos, hasta que la buena gente volvía a sacarme, tonto de mí, al buen camino. ¿Comprendes ahora, marinerito, de dónde me viene la bondad? Pero no soy bueno con todos, sin hacer diferencias…

—Dicen que el caballo, aunque tiene cuatro patas, también da tropezones —aventuró cautelosamente Davídov.

Nesterenko le miró con frialdad y replicó:

—Si un buen caballo tropieza alguna que otra vez, puede perdonársele, pero los hay que tropiezan a cada paso. Por más que lo adiestres y sudes con él, se empeña en dar con el morro en cada terrón. ¿Para qué tener en la cuadra a semejante jamelgo? ¡Fuera!

Davídov, sonriendo imperceptiblemente, no contestó. La metáfora era tan transparente, que no hacían falta explicaciones…

Los dos hombres se acercaban despacio a las tierras de labor, y el sol, con la misma lentitud, se iba alzando a su espalda, oculto tras una enorme nube violácea.

—Ahí tienes mi tajo —señaló Davídov con fingida displicencia el uniforme campo labrado, que se perdía a lo lejos.

Echándose el gorro sobre las cejas con un leve movimiento de cabeza, Nesterenko tomó diagonalmente, bamboleándose, por el campo recién arado. Davídov le seguía a unos pasos de distancia. Al ver que el secretario, aparentando sacarse de la bota un hierbajo, medía, no una ni dos, sino varias veces, la profundidad de los surcos, no pudo contenerse y le gritó:

—¡Mide sin disimulo! ¿A qué vienen conmigo esas diplomacias?

—Podías haber hecho la vista gorda —contestó Nesterenko sin detenerse.

Al llegar al otro lado del tajo se detuvo y observó con vejatoria condescendencia:

—En términos generales, no está mal, pero la aradura es irregular, como si la hubiera hecho un mozalbete; en unos sitios más hondo, en otros menos, y en algunos, demasiado profundo. Seguramente por falta de costumbre, o quizás porque te agarraste de mal talante a la mancera. Ten presente, Davídov, que la rabia tan sólo en la guerra sirve para algo, allí ayuda a pelear. En cambio, cuando se ara, hay que ser bondadoso, porque a la tierra le gusta que la traten con cariño, sin brusquedades. Así solía decirme mi difunto padre… Bueno, ¿en qué estás pensando, marinero de agua

dulce? —gritó de pronto Nesterenko, retador, y dio a Davídov, un fuerte empellón en el hombro.

Davídov se tambaleó, sin comprender al principió que el otro estaba incitándole a probar sus fuerzas. Pero cuando Nestereriko, riendo, volvió a darle otro empellón, se plantó con las piernas muy separadas y un poco agachado hacia adelante. Entonces se enzarzaron, tratando de agarrarse por el cinto.

—¿Por los cinturones, o cómo? —preguntó Nesterenko, conteniendo la respiración.

—Como quieras, pero sin tonterías, sin zancadillas.

—Y sin voltear por la cabeza —profirió Nesterenko, un poco jadeante ya por el esfuerzo que hacía para derribar a su adversario.

Davídov abarcó el cuerpo recio y musculoso de Nesterenko y, por la destreza que éste acusaba, comprendió en el acto que tenía que habérselas con un luchador experimentado. El era más fuerte, quizás, pero Nesterenko le aventajaba en rapidez y maña. Dos veces, cuando sus caras casi se juntaron, Davídov vio una mejilla tersa y morena; un ojo chispeante de travesura, y oyó el sofocado cuchicheo: «¡Venga, venga, clase obrera! ¿Qué haces ahí, sin moverte del sitio?»

Durante unos ocho minutos bregaron en pleno labrantío. Después, agotado, Davídov dijo con voz ronca:

—Salgamos a la hierba, que aquí vamos a reventar…

—Terminaremos donde hemos comenzado —resopló fatigosamente Nesterenko.

Reuniendo sus últimas energías, Davídov logró empujar a su contrincante a terreno duro, y entonces se terminó el combate: cayeron juntos, pero Davídov consiguió darle la vuelta a Nesterenko y quedar encima. Separando las piernas, presionando a su adversario contra la tierra con todo su peso, resolló a duras penas:

—¿Qué tal, secretario?

—Para qué hablar, me entrego… Eres fuerte, clase obrera… No es fácil ganarme, tengo afición a la lucha desde niño…

Davídov se levantó y tendió magnánimo la mano al vencido, pero éste saltó como un resorte y le volvió la espalda:

—Sacúdeme el barro.

¡Con qué viril ternura las manazas de Davídov le quitaron cuidadosamente las pellas de barro y las briznas de hierba seca del año anterior! Luego, los dos se miraron y rompieron a reír.

—Ya podías haber cedido, aunque sólo fuese por respeto a mi cargo en el Partido. ¿Qué te costaba? Vaya, vaya, oso de Leningrado. No tienes ni pizca de urbanidad ni de respeto a las jerarquías… ¡Qué manera de sonreír, en cambio! De oreja a oreja, y con una cara tan resplandeciente como la de un recién casado.

Davídov, en efecto, sonreía anchamente.

—La próxima vez lo tendré en cuenta, ¡eso es la pura verdad! Pero tú no te resistas tanto, que te hundiste hasta las rodillas, no querías darte por vencido. ¡Ay, Nesterenko, Nesterenko! Eres un desdichado campesino medio de Stávropol y un pequeño propietario, como dice nuestro Makar Nagúlnov. Como secretario, debes comprender que la clase obrera ha de estar encima en todas las cosas, eso está demostrado históricamente, ¡eso es la pura verdad!

Nesterenko silbó irónico y meneó la cabeza. El gorro se le deslizó a la nuca, manteniéndose allí de milagro.

—La próxima vez —dijo, riéndose, el secretario— te tumbaré sin falta. Veremos entonces qué explicación marxista encuentras. Lo malo es que la cocinera nos ha visto peleándonos como chiquillos. ¿Qué pensará de nosotros? Seguro que estos tíos se han vuelto locos, dirá la mujer.

Davídov se encogió de hombros despreocupadamente:

—Alegaremos nuestra juventud, sabrá comprender y perdonar… Bueno, hablemos, camarada Nesterenko, que el tiempo pasa, ¡eso es la pura verdad!

—Elige un sitio seco para sentarnos.

Se instalaron en un pequeño túmulo arcilloso, sobre una madriguera abandonada por unas marmotas, y Nesterenko, sin apresurarse, comenzó:

—Antes de venir aquí estuve en Gremiachi Lag. He conocido a Razmiótnov y a todos los activistas que encontré en el caserío. A Nagúlnov le conocía ya, nos habíamos visto, estuvo en nuestro Comité de distrito. Ya les he dicho a él y a Razmiótnov, y te lo repito a ti: lleváis mal el trabajo para atraer al Partido a los koljosianos de buena ley, a los hombres fieles a nuestra causa. Muy mal. Y en el koljós hay buenos compañeros, ¿estás de acuerdo?

—Completamente.

—¿Qué sucede, pues?

—Que los buenos aguardan también…

—¿Y a qué aguardan?

—A ver qué tal marchan las cosas en el koljós… Mientras tanto, se dedican, sobre todo, a sus huertos.

—Hay que moverlos, sacudirles su pereza mental.

—Algo los movemos, pero con poco éxito. Creo que para el otoño crecerá nuestra célula, ¡eso es la pura verdad!

—¿Y os vais a estar hasta el otoño con los brazos cruzados?

—No, ¿por qué? Actuaremos, pero sin coaccionar.

—Yo no hablo de coaccionar a nadie. Sencillamente, no hay que desaprovechar ninguna oportunidad de ganarse a los que destacan en el trabajo y de explicarles en lenguaje comprensible la política del Partido.

—Así actuamos, camarada Nesterenko —aseguró Davídov.

—Actuáis, pero la célula no crece. Eso, más que acción, parece inacción… Bueno, esperaremos. Veremos qué tal os van las cosas en adelante. Y ahora, hablemos de otro asunto. Quiero señalarte algunos defectos de otro género. He venido a que nos conozcamos, a que nos olisqueemos, como suele decirse, y conversemos con toda franqueza. Eres un compañero despierto, y no vas a excusarte en serio alegando ser joven; tu juventud se ha marchado, y está ya tan lejos que no podrás alcanzarla ni hacerla volver. No esperes de mí concesiones a tu origen proletario, a tu inexperiencia y demás, pero no esperes tampoco esa rigurosidad implacable de que gustan alardear ciertos dirigentes del Partido. —Nesterenko prosiguió, exaltándose más y más a medida que hablaba: —A juicio mío, en nuestra vida de partido han arraigado procedimientos torpes y expresiones a ellos correspondientes: «sacarle a uno virutas», «fregarlo con arena», «frotarlo con lija», y otras por el estilo. Como si no se tratase de personas, sino de tochos oxidados. ¿Qué significa eso, en realidad? Fíjate, además, en que esas expresiones las usan, sobre todo, gentes que en su vida han sacado virutas ni al metal ni a la madera y, desde luego, jamás han tenido en la mano un bruñidor. Pero el hombre es cosa delicada, con él hay que tener muchísimo tacto.

Te contaré una historia. El año 18 había en nuestro destacamento un orden y una disciplina que ni con candil los habrías encontrado peores. No parecíamos un destacamento de la Guardia Roja, sino un cacho de la banda de Majnó, palabra de honor. Y he aquí que, a principios del año 19, nos enviaron un comisario. Era comunista, un minero de la cuenca del Donetz. Un hombre entrado en años, cargado de espaldas, de bigote negro y lacio, como Tarás Shevchenko. Desde que llegó, cambiaron las cosas. Por aquel entonces, la unidad había sido transformada en regimiento del Ejército Rojo. Los hombres eran los mismos y ya eran otros, como si hubiesen vuelto a nacer. Ni una medida disciplinaria, sin hablar ya de consejos de guerra ante el Tribunal Revolucionario. Y eso, al mes escaso de llegar al regimiento el comisario minero. ¿Cómo nos ganaba? Con el alma, con eso nos conquistaba el muy pillo. Hablaba con cada soldado rojo, para cada cual encontraba una palabra cariñosa. Al que se acobardaba antes del combate, le daba ánimos, llevándoselo aparte, sin que nadie lo viera. Al temerario le tiraba de las riendas de modo que ni le pasaba por la imaginación subirse a la parra, ofenderse. «No te juegues la vida inútilmente, so tonto —le decía al oído—. Te matan y ¿qué hacemos? Sin ti, toda la sección, ¡qué digo la sección!, toda la compañía se pierde por menos de nada». A nuestro héroe, claro está, le halagaba muchísimo que el comisario le tuviese tan gran estima y, en lo sucesivo, combatía sin hacer alardes, con sentido común… Una sola debilidad tenía nuestro comisario: en cuanto ocupábamos un pueblo grande o una *stanitsa* cosaco, se ponía a merodear…

Sorprendido, Davídov se volvió hacia Nesterenko tan bruscamente, que estuvo a

punto de caerse del montículo, cortado, como a pico, por los vientos. Resbalando, apoyándose en el barro con los dedos de la mano derecha, exclamó:

—¿Cómo a merodear? ¿Qué tonterías dices?

Nesterenko se echó a reír:

—No es esa la palabra. No era merodear, sino escarbar en las bibliotecas de los comerciantes ricos, de los terratenientes, de todos, en fin, cuantos podían entonces comprar libros. Apartaba los que le hacían falta y los confiscaba sin contemplaciones. No lo querrás creer: cuatro carretas de libros llevaba consigo, toda una biblioteca sobre ruedas, y se preocupaba de ellos lo mismo que de las municiones. Cada carreta con su toldo de lona, los libros colocados en hileras, lomo con lomo, y un lecho de paja por debajo. Cuando hacíamos un alto, en las treguas entre combate y combate, en cada momento de calma, repartía libros a los soldados, les ordenaba que los leyeran, y luego comprobaba si le habían obedecido o no…

Yo, muy joven a la sazón, me interesaba más por las zagalas, y he de reconocer que huía de la lectura… Era casi analfabeto y tonto como un leño. Una vez descubrió que no había leído el libro que me había dado. Aún hoy recuerdo el autor y el título… A los dos días quiso que le hablase de qué trataba, y no pude contarle nada. Entonces va y me dice —en tales ocasiones siempre te hablaba a solas, para no abochornarte ante los demás—: «¿Te has propuesto vivir en el mundo como Iván el Bobo[12]? Anoche te vi rondando a una moza. Pues bien, acuérdate de lo que te digo: a una chica lista no le hace falta un lerdo como tú, a los cinco minutos le aburre tu compañía. A una tonta, menos. Contigo no echará luces; porque tú no las tienes todavía. Por otra parte, los mozos cultos reúnen las mismas virtudes masculinas que los incultos, así que la ventaja siempre estará de parte del que sabe más. ¿Has comprendido, zopenco?»

Dime, ¿qué podía contestar yo?

Estuvo medio mes dándome la matraca y tomándome el pelo hasta casi hacerme llorar, pero me habituó a la lectura. Después me aficioné de tal manera a los libros, que no los soltaba ni a tres tirones. Incluso hoy le guardo gratitud y, en conciencia, no sé a quién he de agradecer más mis conocimientos y mi educación: si a mi difunto padre o a mi comisario.

Nesterenko permaneció callado y pensativo algunos instantes, como si le hubiera embargado una tristeza súbita, pero luego, conteniendo a duras penas una sonrisa burlona, disparó una andanada de preguntas:

—Y tú, ¿lees en los ratos libres? Seguro que sólo hojeas los periódicos, ¿a que sí? Tienes poco tiempo disponible, claro. A propósito, ¿hay libros interesantes en vuestra isba-sala de lectura?[13] ¿No sabes? ¡Qué vergüenza, hermanote! Pero, ¿has estado allí alguna vez siquiera? ¿Dos, en total? Querido, eso no tiene perdón. Tenía mejor concepto de ti, representante de la clase obrera leningradense. Voy a escribir a tu

fábrica. Pero no te asustes. Les escribiré así, en tu nombre: «Semión Davídov, de los 25.000[14], ex obrero de vuestra fábrica y ahora presidente del koljós Stalin, y los koljosianos que dirige necesitan apremiantemente libros. Les hacen muchísima falta obras de divulgación política y económica, libros de agronomía, de ganadería y, en general, de agricultura. También sería deseable una selección de literatura clásica y moderna. Haced el favor de remitirnos gratis, a título de padrinos, una pequeña biblioteca, de unos trescientos volúmenes, a tales y tales señas». ¿Vale? ¿Lo escribo? ¿No quieres? Haces bien. Entonces tómate la molestia de adquirir tú mismo, con fondos del koljós, una biblioteca de doscientos o trescientos libros, como mínimo. ¿Vas a decirme que no tenéis dinero? Tonterías. Lo encontraréis. Vende un par de bueyes viejos, ¡no os arruinaréis, qué demonios! Así tendrás biblioteca, ¡y qué biblioteca! Ayer estuve echando cuentas en la administración del koljós y resulta bien claro que para la tierra de que disponéis os sobra ganado de labor. ¿Para qué gastáis piensos sin necesidad? Quitáoslo de encima. ¿Sabes cuántos bueyes de más de diez años tenéis?.. ¿No? Es lástima, pero te puedo sacar del apuro: nueve parejas de vejestorios, con diez años o más. Los buenos amos no tienen en sus establos cutrales como ésos: los ceban y los venden. ¿Comprendido?

—Comprendido, pero habíamos resuelto vender en otoño todo el ganado defectuoso, incluyendo los bueyes viejos. Me lo aconsejaron hombres de experiencia.

—Y ahora ¿tenéis ese ganado en los pastizales?

—No. Los bueyes viejos, por lo menos, están trabajando, lo sé de fijo.

—¿Quiénes son esos hombres de experiencia que te han aconsejado vender en otoño?

—Nuestro intendente Ostrovnov y alguien más, no recuerdo.

—¡Hum, es curioso! Antes de la colectivización, a tu intendente le faltaba un pelo para ser kulak y, por lo tanto, sabe lo que se trae entre manos en cosas de éstas. ¿Cómo ha podido aconsejarte semejante estupidez? ¡Vender en otoño los bueyes y hasta entonces no quitarles el yugo! Pues sólo podréis vender la piel y los huesos. Yo te aconsejaría otra cosa: poner a pastar ahora todo el ganado que vayas a vender, cebarlo luego a base de piensos concentrados y venderlo en verano, cuando en el mercado hay pocas reses y la carne está más cara. En otoño habrá carne de sobra y bajarán los precios. Tenéis excedente de cereales. ¿Por qué no hacerlo? Por lo demás, vosotros veréis, no pienso meterme en vuestros asuntos. Pero, de todos modos, piénsalo… En todo caso, podéis cebar una yunta de vacas y venderla en seguida. El dinero no será para vino, sino para libros. Resumiendo: que dentro de dos meses tengáis biblioteca. Ese es el primer punto. Que la isba-sala de lectura la trasladéis inmediatamente de la casucha derruida donde ahora la tenéis a una casa buena de los kulaks. Elige la mejor. Ese es el segundo punto. El bibliotecario os lo mandaré yo mismo, un mozo avispado, y le encargaré que todas las tardes organice lecturas a viva

voz. Y éste es el tercer punto.

—Aguarda un poco a puntualizar —imploró Davídov, a quien la turbación había sacado los colores—. Te digo, para que lo entiendas, que habrá biblioteca, ya puedes quitar un punto. Mañana mismo mudaré la «isba de lectura» a una casa en condiciones, quita el segundo punto. En cambio, con el tercer punto hay un engorro… Le tengo echado el ojo para bibliotecario a un mozo estupendo, un agitador de primera. Pero trabaja en una fábrica, ésta es la dificultad… Creo que el Comité regional del Komsomol nos ayudará y podré traérmelo.

Nesterenko le escuchó atento, asintiendo impenetrable con la cabeza, reidores los ojos.

—Me encantan los jefes enérgicos, que adoptan rápidamente decisiones justas… Pero déjame que termine de hablarte de tu «isba de lectura». Ayer estuve allí. Te diré que la visita no fue nada agradable… Vacío, abandono, guarrería. Polvo en las ventanas. Los suelos, sin fregar hace un siglo. Olía a moho y a no sé qué demonios. Como en una tumba, te lo juro. Pero lo peor es que los libros pueden contarse con los dedos de una mano y, además, son viejísimos. En uno de los estantes encontré un rollo amarillento. Lo despliego, miro los dibujos y leo:

Al pasar la formación,
en las mozas qué emoción.
Dicen las viejas sin dientes
y los padres: «¡Eh, valientes,
zumbad al vil enemigo!»
Labrador, está contigo,
te protege a toda hora,
la fuerza trabajadora.

¡Atiza —pensé—, pero si es un antiguo conocido! Este cartel lo vi por primera vez, y todavía me acuerdo, en el frente de Wránguel. Los versos de Demián Biedny no han perdido su valor, pero convendrás conmigo que para 1930 es menester algo más nuevo, relacionado con los tiempos que corren, con la colectivización, por lo menos…

—Tienes vista de lince, calas en todo —murmuró Davídov; no repuesto aún de su desconcierto, con más aprobación que disgusto.

—Mi obligación es ver las deficiencias y ayudar a corregidas, y lo hago con mil amores, querido Semión… Pero esto no es más que el preámbulo, hay cosas más importantes. Te has venido aquí, a la brigada, y has dejado el koljós y confiando todos los asuntos a Razmiótnov. Sabes que le es difícil arreglárselas solo en estos momentos, que no da abasto. Y, sin embargo, lo has hecho.

—¡Pero si tú mismo estuviste trabajando en los campos de Tubianskói con una trilladora!… ¿O es que niegas la fuerza del ejemplo?

Nesterenko hizo un gesto de irritación:

—En Tubianskói trabajé unas horas para familiarizarme con la gente, y eso es otra cosa. Tú te has venido a la brigada por disgustos personales. ¿Verdad que hay diferencia? Me está dando en la nariz que has huido de Lushka Nagúlnova… ¿Tal vez me equivoque?

Davídov se quedó lívido. Volvió la cara y, jugueteando maquinalmente con unos tallos de hierba, dijo con voz sorda:

—Continúa. Te escucho…

Nesterenko le puso delicada y cariñosamente la mano sobre el hombro y, atrayéndolo hacia sí, le rogó:

—Pero no te molestes. ¿Creías que medía tus surcos por casualidad? En algunos sitios has arado más hondo que un tractor. Desahogas tu furor en la tierra y haces pagar tu enfado a los bueyes… Por lo que dicen los que te conocen, parece que tus relaciones con Lushka están terminando. ¿Es cierto?

—Así parece.

—Pues lo único que cabe es alegrarse con toda el alma. Acaba con ese lío cuanto antes, querido Semión. La gente te aprecia, pero lo malo es que té compadece, ¿comprendes? Sí, sí, te compadece por ese mal apaño. El que los rusos, como tienen por costumbre, se compadezcan de los huérfanos y los desvalidos, es natural. Pero cuando empiecen a tener lástima de un mozo listo, que además es su dirigente, ¿cabe algo más bochornoso y terrible para ese hombre? Y lo principal es que tu necia pasión por una mujerzuela que, además, era hasta hace poco la mujer de un camarada tuyo, constituye, en mi opinión, un estorbo para todo. ¿Cómo explicar, si no, los fallos imperdonables en tu trabajo y en el de Nagúlnov? Os habéis hecho un lío endiablado, y si no lo deshacéis vosotros, tendrá que desenredado el Comité de distrito. Ya lo sabes.

—¿No será mejor que me vaya de Gremiachi Log? —preguntó indeciso Davídov.

—No digas tonterías —le cortó rotundo Nesterenko—. Si uno empuerca algo, debe comenzar por limpiado. Sólo después cabe hablar de marcharse. Más vale que me digas si conoces a Egórova, la maestra komsomola.

—Sí, nos hemos visto —y Davídov sonrió inoportuno al recordar aquel día de invierno en el que, cuando expropiaban a los kulaks, viera a la joven maestra, tímida hasta la exageración.

Al saludarle, le tendió azorada su manecita fría y sudorosa, se puso como la grana y, a punto de saltársele las lágrimas, balbuceó: «Liuda Egórova, maestra». Entonces, Davídov le propuso a Nagúlnov: «Inclúyela en tu grupo. Es joven, que aprenda lo que es la lucha de clases». Pero Nagúlnov, mirándose sombrío las manos, largas y cetrinas, contestó: «Llévatela tú, a mí no me hace falta. Da clase a los párvulos, y cuando tiene que poner una mala nota a algún chicuelo, se echa a llorar como él, a moco tendido. ¿Quién admitiría a esta moza en el Komsomol? ¿Acaso una joven

comunista debe ser así? ¡Parece un sauce llorón con faldas!…»

Nesterenko frunció por primera vez el entrecejo y miró reprobatorio a Davídov.

—¿De qué te ríes, si puede saberse? ¿Qué tiene de chistoso lo que he dicho?

Davídov hizo una torpe tentativa de explicar la causa de su inoportuna hilaridad.

—¡Oh, nada de particular! Me he acordado de una fruslería a propósito de esa maestra… Es muy paradita, la pobre…

—¡Fruslerías! Pues sí que has encontrado un momento para distraerte —gritó Nesterenko, sin poder disimular su irritación—. Más te valdría recordar que esa maestrita tan parada es el único miembro del Komsomol en vuestro caserío. Un caserío tan grande y sin célula del Komsomol. Eso no son fruslerías. ¿Quién debe responder? Nagúlnov, en primer lugar, y tú, y yo… Pero tú te sonríes. No viene a cuento esa sonrisa, Davídov. ¡Y no me salgas invocando asuntos urgentes, pues lo son todos los que el Partido nos ha encomendado! Otra cosa es si sabemos o no ingeniárnoslas para atenderlos.

Davídov ya comenzaba a enojarse, pero, conteniéndose, dijo:

—Has estado un solo día en Gremiachi Lag, camarada Nesterenko, y te ha dado tiempo para encontrar un montón de faltas y defectos en nuestro trabajo, hasta mi conducta ha salido a relucir… ¿Qué sería si hubieses vivido aquí desde enero? Haría falta toda una semana para escuchar tus observaciones. ¡Eso es la pura verdad!

La última frase puso de mejor talante a Nesterenko. Entornó maliciosamente los ojos, y dijo, dando un codazo a Davídov:

—Tú, Semión, ¿no admites que si, en vez de «estar» simplemente en Gremiachi Log, hubiese trabajado con vosotros, tal vez los fallos serían menos?

—Claro, pero los habría de todas maneras. Tú tampoco eres infalible, y te habrías equivocado como cada cual, ¡eso es la pura verdad! Debo decirte que con frecuencia me doy cuenta de que fallo, pero no todo lo sé corregir. En eso estriba mi desgracia, ¡la pura verdad! Esta primavera me encontré un día a los chicos de la escuela, que iban con el director —Shipin se llama— al campo, a dar una batida a los roedores de la estepa. Pasé de largo, sin detenerme a conversar; no me enteré de cómo vive ese viejo maestro, y sigo sin saberlo. Es más, en invierno me mandó una nota pidiéndome un carro para que le trajesen leña. ¿Crees que se lo envié? Se me olvidó. Otros asuntos me quitaron el tiempo y no tuve bastante corazón para ocuparme del viejo… Incluso ahora me da vergüenza cada vez que me acuerdo. Y en lo del Komsomol tienes razón. Hemos descuidado un problema importante, y también en ello me cabe mucha culpa, ¡eso es la pura verdad!

A Nesterenko no era tan fácil ablandarle con expresiones de arrepentimiento.

—Todo eso está muy bien, reconoces tus equivocaciones y, al parecer, aún te queda alguna vergüenza. Sin embargo, eso no ha hecho que el Komsomol crezca en vuestro caserío ni que el maestro disponga de leña… Hay que actuar, querido

Semión, y no sólo arrepentirse.

—Todo será corregido y hecho, te doy mi palabra. Pero ayudadnos a organizar la célula juvenil, es decir, que nos ayude el Comité de distrito. Mandad acá uno o dos muchachos y una muchacha, aunque sólo sea provisionalmente. Egórova, te lo digo en serio, como organizadora no vale nada. Si hasta pisar la tierra le da vergüenza, ¿cómo se va a entender con la gente joven, particularmente con la nuestra?

Por fin, Nesterenko se dió por satisfecho:

—Eso ya es harina de otro costal. En lo del Komsomol os ayudaremos. Te lo prometo. Y ahora, déjame que agregue un poco a tu declaración autocrítica. ¿No te pidió el encargado de la cooperativa, en vísperas del Primero de Mayo, que dos carros fuesen por mercancías a la *stanitsa*?

—Sí.

—¿Y no se los diste?

—No pudo ser. Estábamos arando y sembrando, las dos cosas de golpe. ¿Quién podía pensar entonces en el comercio?

—¿Y no pudiste prescindir de dos yuntas? ¡Tonterías! ¡Absurdo! Claro que sí, y sin gran detrimento para las faenas. Pero no lo hiciste, no quisiste, no pensaste: «¿Cómo repercutirá esto en el ánimo de los koljosianos?» El resultado fue que las mujeres de Gremiachi Log tuvieron que ir a pie a la *stanitsa* por lo más indispensable —jabón, sal, cerillas, kerosén—, y en vísperas de la fiesta, por añadidura. ¿Qué dirían luego de nuestro Poder soviético? ¿O es que te da lo mismo? Ni tú ni yo combatimos para que se insulte a nuestro querido Poder soviético, ni muchísimo menos —gritó Nesterenko con voz inesperadamente chillona, y terminó diciendo muy quedo: —¿Será posible que no te quepa en la cabeza una verdad tan sencilla, Semión? Recapacita, querido camarada, despierta…

Davídov aplastó entre los dedos la colilla apagada; con la mirada fija en la tierra, permaneció silencioso largo rato. Toda la vida había sido lo más parco posible en efusiones y nadie podría acusarle de sentimentalismo, pero ahora una fuerza desconocida le hizo abrazar vigorosamente a Nesterenko y rozar incluso con los labios su mejilla hirsuta. La voz le temblaba de emoción cuando dijo:

—Gracias, querido Nesterenko, muchas gracias. Eres un buen compañero y contigo se podrá trabajar mejor que con Korchzhinski. Me has dicho cosas amargas, pero justísimas, ¡eso es la pura verdad! Sólo que, por el amor de Dios, no vayas a creerme un caso perdido. Haré lo que sea menester, todos procuraremos hacerlo. Habré de revisar muchas cosas, tendré que reflexionar mucho… Créeme, camarada Nesterenko.

Nesterenko no estaba menos emocionado, mas, para disimularlo, tosía entornando sus ojos castaños, de los que había desaparecido la alegría. Tras un instante de silencio, se estremeció, como aterido, y dijo reposadamente:

—Creo en ti y en los demás muchachos y confío en vosotros como en mí mismo. Recuérdalo bien, Semión. No nos dejéis mal al Comité ni a mí, no nos defraudéis. Nosotros, los comunistas, como soldados de una misma compañía, no debemos perder nunca el sentido de la camaradería. Tú lo sabes perfectamente. y que no volvamos a tener conversaciones desagradables, ¡qué diablos! No me gustan, aunque a veces son imprescindibles. Cuando uno discute así, cuando le ladra a un buen amiguete como tú, luego se pasa la noche en claro, le duele el corazón…

Al estrechar con vigor la ardorosa mano de Nesterenko, Davídov se fijó en su semblante y se quedó atónito. Ya no tenía a su lado al risueño, locuaz y desenvuelto camarada dispuesto a bromear y a medir las fuerzas, sino a un hombre viejo y fatigado. Sus ojos habían envejecido de pronto, profundas arrugas enmarcaban las comisuras de los labios, e incluso sus atezadas mejillas, antes tan rubicundas, parecían descoloridas, macilentas. Se hubiera dicho que en unos minutos lo habían cambiado.

—Tengo que marcharme, me he entretenido demasiado contigo —dijo levantándose trabajosamente.

—¿No irás a ponerte enfermo? —preguntó Davídov alarmado—. Parece como si te hubieras desinflado de repente.

—Lo has adivinado —replicó melancólico Nesterenko—. Me está empezando un ataque de paludismo. Pillé las fiebres hace mucho, en el Asia Central, y no consigo librarme de las malditas.

—¿Y qué hacías en el Asia Central? ¿Qué se te había perdido allí?

—¿Crees, acaso, que fui allí por melocotones? Estuve liquidando a los basmaches[15], pero mis fiebres no las puedo liquidar. Los doctores no lograron curarme y aquí me tienes con ellas. Pero esto es secundario. Antes de irme quiero decirte otra cosa: los contras están moviéndose en nuestra comarca y también en la región vecina, la de Stalingrado. ¡En algo confían aún esos mentecatos! Pero, como dice la canción, «Nos querían derrotar, querían vencernos…»

—«Pero estábamos alerta y no lo consiguieron» —concluyó Davídov.

—Eso es. No obstante, hay que estar bien alerta. —Nesterenko se rascó pensativo una ceja y carraspeó con enfado: —Bueno, qué se le va a hacer, tendré que desprenderme de una joya… Ya que hemos hecho amistad, te regalo este juguete, te servirá en caso de apuro. A Nagúlnov le han hecho una advertencia, y tú ándate con cuidado, no te vayan a hacer algo peor…

Sacando del bolsillo de la zamarra una «Browning», que brilló con apagado fulgor, se la puso en la palma de la mano a Semión.

—Para defenderse, este juguete es mejor que la herramienta de un ajustador.

Davídov le apretó la mano y balbuceó conmovido:

—Gracias por tu atención, ¿cómo decirlo?… pues, ¡eso es la pura verdad!, por

esta prueba de amistad. ¡Muchas gracias!

—Que te aproveche —bromeó Nesterenko—. Sólo que no la pierdas. Con los años, los viejos combatientes se vuelven distraídos…

—No la perderé mientras viva. Si la pierdo, será junto con la cabeza —aseguró Davídov, metiéndose la «Browning» en el bolsillo trasero del pantalón.

Pero instantáneamente volvió a sacada y se puso a mirar desconcertado la pistola y a Nesterenko.

—No está bien… ¿Cómo vas a quedarte tú sin arma? Tómala, a mí no me hace falta.

Nesterenko le apartó suavemente la mano.

—No te preocupes, tengo otra de repuesto. Esta era de diario, la otra la conservo como oro en paño, me la dieron de premio, lleva grabado mi nombre. ¿O es que crees que serví cinco años en el ejército y combatí en vano?

Al pronunciar estas palabras, Nesterenko hizo un guiño e intentó sonreír, pero la sonrisa le salió doliente, forzada. Tuvo otro escalofrío, movió los hombros tratando de dominar el temblor, y fue diciendo entre pausas:

—Ayer Shali me mostró, muy ufano, el regalo que le hiciste. Estuve en su casa, me convidó a té con miel; estábamos hablando de la vida y, en esto, se fue al baúl, sacó tus herramientas de ajustador y me dijo: «He recibido en toda mi vida dos regalos: una bolsa de tabaco, de mi vieja, cuando era moza y andaba enamorada de mí, joven herrero, y estas herramientas, del camarada Davídov, que me las entregó en persona por mi trabajo de choque en la fragua. Dos regalos en toda mi larga vida. El hierro que han acariciado mis manos en esta vida tiznada de hollín, no hay quien lo calcule. Por eso, hazte cuenta que estos dos regalos no los guardo en el baúl, sino en las mismísimas entretelas del corazón». Es un viejo magnífico. Ha vivido una vida hermosa, de trabajo, ¡y qué fuego pone en todo! Como suele decirse, Dios quiera que todos reporten a la gente tanto provecho como el viejo herrero con sus manazas. Así que, como ves, tu regalo vale mucho más que el mío.

Iban a buen paso hacia la caseta. Fuertes tiritones sacudían ya a Nesterenko.

Por Poniente volvía la lluvia. Desgarrones de nubes volaban bajo, anunciando tormenta. La hierba nueva y la tierra negra, húmeda, exhalaban un olor embriagante. El sol, después de mostrarse brevemente, se había escondido detrás de una nube, y dos águilas de la estepa, recogiendo el fresco viento con sus anchas alas, se remontaban ya hacia ignotas alturas del espacio. El silencio precedente a la lluvia envolvió la estepa como con blando algodón. Solamente se oían los agudos y alarmados silbos de los lirones, anunciando un aguacero prolongado.

—Te tumbas en nuestra caseta hasta que se te pase, y luego te marchas. Si no, te va a sorprender la lluvia en el camino. Te pondrás hecho una sopa y tendrás que guardar cama —aconsejó insistente Davídov.

Nesterenko se negó en redondo:

—No puedo. A las tres se reúne el Buró. La lluvia no me alcanzará. El caballo es bueno.

Las manos le temblaban como a un viejo decrépito mientras desataba las riendas y apretaba la cincha. Después de abrazar rápidamente a Davídov, saltó con sorprendente facilidad a lomos de su impaciente montura y gritó, antes de partir al galope:

—Por el camino entraré en calor.

Al oír el blando repiqueteo de los cascos, la Kupriánovna salió de la caseta, desparramándose lo mismo que la masa cuando desborda la artesa, y levantó los brazos con desconsuelo:

—¿Se ha marchado? Pero, ¿cómo se ha atrevido a irse sin desayunar?

—Se ha puesto enfermo —contestó Davídov, siguiendo con la vista al secretario.

—¡Pobrecito mío! —exclamó atribulada la Kupriánovna—. ¡Un hombre tan requetebueno, y no le hemos dado de comer! Aunque debe de ser un empleado, no ha tenido a menos mondar patatas conmigo mientras tú dormías, presidente. No es como nuestros cosacos, no se le puede comparar. ¿Ayudarme ellos? No faltaba más. Sólo saben comer a dos carrillos y darle a la lengua. Ayudar a la cocinera, ni pensarlo. Y qué palabras tan cariñosas me ha dicho este forastero. Tan cariñosas y tan salidas del corazón, que a otro cualquiera no se le ocurren en la vida —se jactó la Kupriánovna, frunciendo afectadamente sus rojos labios y mirando de soslayo a Davídov, para ver qué impresión le producía.

Davídov no la escuchaba porque estaba dando vueltas en su cabeza a la conversación que acababa de tener con Nesterenko. Pero a la Kupriánovna, cuando abría la espita, le era difícil pararse, y prosiguió:

—¡Y tú, Davídov, así te lleve la peste, también eres bueno! Ya podías haberme avisado de que iba a marcharse. Yo, tonta de remate, no me di cuenta, ¡qué pena! Ahora creerá que la cocinera se escondió adrede en la caseta para no verle, cuando yo le hubiera atendido con mil amores…

Davídov seguía callado, y la Kupriánovna podía despacharse a su gusto:

—¡Fíjate con qué gracia monta! Como si hubiese nacido debajo de un caballo y se hubiese criado montado en él. Y no se mueve en la silla, el muy simpático, no se bandea. Vamos, un cosaco auténtico, de los de solera —salmodiaba con embeleso, mirando encandilada al jinete, cada vez más distante.

—No es cosaco, es ucraniano —dijo distraídamente Davídov, y suspiró, apenado por la marcha de Nesterenko.

La Kupriánovna, al oírle, se inflamó como pólvora seca:

—Vete con esos cuentos a tu abuela y no a mí. Te digo y te repito que es un cosaco a carta cabal. ¿Acaso tienes telarañas en los ojos? De lejos se le conoce por la

planta, y de cerca por el aspecto, por las trazas, por el trato con las mujeres. Se ve que es un cosaco de pura cepa, de los que no se asustan de nada —dijo muy significativa.

—Bueno, como quieras. ¿Cosaco dices? Pues que sea cosaco. A mí eso ni me va ni me viene —admitió complaciente Davídov—. ¡Pero qué gran muchacho!, ¿verdad? ¿Qué te ha parecido? Porque, antes de despertarme, habrás hablado con él a tus anchas…

Ahora le tocó suspirar a la Kupriánovna, y lo hizo con todo su robusto pecho, tan hondamente, que la blusa, muy usada ya, le reventó por las sobaqueras a lo largo de la costura.

—Un hombre como hay pocos —respondió con vehemencia, después de un silencio, y la emprendió furiosamente con los cacharros, cambiándolos de sitio en la mesa sin necesidad; mejor dicho, no cambiándolos de sitio, sino dándoles manotazos a diestro y siniestro…

Capítulo IX

Davídov caminaba a grandes, pero lentas zancadas. Una vez que hubo llegado a lo alto de la loma, se detuvo para otear el campamento de la brigada, desierto a aquella hora, y el campo recién arado, que se extendía por la vertiente opuesta casi hasta el mismo horizonte. Sí, en todos aquellos días no había escatimado esfuerzo, y ni la boyera Varia ni los bueyes de Kondrat debían estar enfadados con él por el exceso de trabajo… Sería interesante contemplar en octubre el inmenso campo: seguramente, lo cubrirían de confín a confín los verdes y tupidos brotes del trigo de otoño; las heladas matinales lo embellecerían con la plata de la escarcha, y al mediodía, cuando calentara el sol —muy bajo en el pálido azul—, las esmeraldinas matitas destellarían con todos los colores del arco iris, como después de un buen chaparrón, y cada gotita reflejaría el frío cielo del otoño, las esponjosas nubes, blancas como la espuma de mar, y el pálido sol…

Desde allí, desde lejos, el sembradío, en el verde marco de la hierba, parecía una enorme pieza de tercio pelo negro ampliamente extendida. Sólo en el extremo mismo, en la ladera norte, donde la capa superior del suelo era de arcilla, veíase un irregular y rojizo festón con manchas parduscas. A lo largo de los surcos brillaba con fulgor mate la tierra negra removida por los arados; sobre ella revoloteaban los grajos y, lo mismo que una solitaria florecilla, destacaba sobre el oscuro sembradío una manchita azul: Varia Jarlámova, abandonando el trabajo, que ya no encerraba para ella ningún interés, se encaminaba lentamente, gacha la cabeza, hacia el campamento. Mientras, Kondrat Maidánnikov fumaba, sentado en un surco. ¿Qué otra cosa podía hacer sin la boyera, cuando no había forma de meter en cintura a los animales, rodeados de nubes de tábanos?

Al ver a Davídov en lo alto de la loma, Varia se detuvo, para quitarse rápida el pañuelo que cubría su cabeza y agitarlo con dulce movimiento. La llamada, muda y tímida, arrancó a Davídov una sonrisa. Respondió agitando la gorra y siguió su camino sin volver la cabeza.

Davídov iba pensando: «¡Qué testaruda nos ha salido la niña! Como guapa, lo es de veras, pero también es caprichosa y testaruda. ¿Habrá alguna muchacha que no sea caprichosa? ¿Habrá alguna que no sea coqueta? La verdad es que en toda mi vida no he visto una así, ni tan siquiera en sueños… Cuando una de esas chicas guapas cumple los dieciséis o los diecisiete, empieza a acicalarse, a emperifollarse a su antojo, y, poco a poco, va queriendo mandar en los hombres. ¡Eso es la pura verdad! A Varia también se le ha metido en la cabeza domesticarme a mí, mostrar su carácter. Pero no se saldrá con la suya: los del Báltico somos pájaros fogueados. ¿Por qué irá a la caseta? Camina sin prisa, contoneándose; está visto que no va allí porque se lo haya mandado Kondrat, sino por su propio deseo, obedeciendo a alguno de sus necios

caprichos de mocita. ¿No será porque yo me he marchado de la brigada? Si es así, estamos en presencia de una desvergüenza imperdonable y de una infracción absoluta de la disciplina de trabajo. Si va a la caseta con causa justificada, no hay nada que decir, pero si es por capricho… En la primera reunión de la brigada le daremos un buen repaso sin paramos a considerar que es tan joven y tan preciosa. La labranza no es una fiesta dominical —pensó irritado Davídov— y hay que trabajar como es debido».

En aquel instante embargaba a Davídov un extraño y complejo sentimiento: de una parte, se indignaba contra Varia por su indisciplina, y, de otra, la suposición de que la joven hubiera abandonado el trabajo por causa suya, halagaba su amor propio de hombre…

Recordó que uno de sus amigos de Leningrado, que también había servido en la flota, cuando empezaba a cortejar a alguna muchacha lo llamaba aparte y, aparentando mucha seriedad, le decía con tono de conspirador: «Semión, voy a avanzar hacia el enemigo en orden de aproximación. En caso de que empiece a desmayar, apóyame por los flancos, y, si me derrotan, haz el favor de cubrir mi vergonzosa retirada».

Davídov sonrió al recordar el pasado lejano y se dijo: «No, yo no debo “avanzar en orden de aproximación” hacia este “enemigo”, hacia Varia. Es demasiado joven para mí, no es tripulante para mi barco… Además, en cuanto empiece a hacerle la rosca, los koljosianos van a creer que soy un castigadorimpenitente. Pero, ¡qué castigador, ni qué diablos soy yo cuando no sé cómo sacudirme de encima a Lushka! Sí, a esa preciosa de Varia únicamente se la puede querer en serio; la conciencia no me permite pasar simplemente el tiempo con ella. Es tan pura como el amanecer de un día sin nubes, y me mira con unos ojos tan claros… Ya que no he aprendido aún a querer en serio, ya que no he penetrado en esa ciencia, no debo marear a la chica. ¡Desatraca, marinero Davídov, desatraca sin pérdida de tiempo! En general, debo mantenerme a distancia. Hay que hablar con ella con mucho tacto, para que no se moleste, y mantenerse a distancia».

Davídov lanzó un suspiro. Reflexionó acerca de su vida, que no había tomado muy buen giro en Gremiachi Log, y acerca de las tareas que le había planteado el nuevo secretario del Comité de distrito del Partido, pero su pensamiento volvió de nuevo a Lushka: «¿Cómo voy a desatar sin estropicios este nudo marino? Me parece que Makar tiene razón: lo que no puede desatarse ni con las manos ni con los dientes, ¡hay que cortarlo! ¿Qué embrujo es éste? Me va a ser muy difícil dejarla para siempre. Pero, ¿por qué? ¿Por qué a Makar le fue tan fácil y a mí me resulta tan penoso? ¿Será por falta de carácter? Nunca creí que adoleciera de eso. ¿No le sería también difícil a Makar y quizás no lo dejase traslucir? Lo más seguro es que así fuese, pero Makar supo ocultar sus sufrimientos, y yo no sé, no puedo. ¡Esa es la

cuestión!»

Davídov había recorrido un buen trecho sin darse cuenta. Se tendió a la sombra de un espino albar, que se alzaba junto al camino, para descansar y fumarse un cigarrillo, mientras pensaba quién podía haber disparado contra Nagúlnov, pero pronto desechó todas sus conjeturas, diciéndose: «Antes del disparo sabíamos ya que en el caserío, después de la expropiación de los kulaks, habían quedado algunos canallas. Hablaré con Makar, me enteraré de todos los detalles y quizás entonces logre poner las cosas en claro. De momento, es tonto devanarse los sesos».

Atajando, salió del camino y se dirigió a campo traviesa, por tierra sin roturar, pero no habría andado ni medio kilómetro cuando, como si hubiera cruzado una frontera invisible, se vio en un mundo distinto: ya no susurraba al rozar las cañas de las botas el espigoso centeno, habían desaparecido las manchas de color que las flores ponían en el paisaje, los aromas dulzones de las opulentas hierbas en flor se habían desvanecido, se habían evaporado, y ante él se extendía, hasta muy lejos, la estepa desnuda, gris, sombría.

Era tan triste aquella tierra baldía y como arrasada por un incendio reciente, que Davídov sintió un escalofrío. Al mirar en torno comprendió que había llegado a la Quebrada de los Lobos, a aquella estéril tierra virgen de la que Yákov Lukich había dicho en una reunión de la junta del koljós: «En el Cáucaso, Dios Nuestro Señor alzó montañas, hizo a la tierra absurdos chichones, de modo que no hay quien ande por allí ni a pie ni a caballo. Sin embargo, no puedo comprender por qué nos ha castigado a nosotros, los cosacos de Gremiachi Log. He echado tanta sal en casi quinientas desiatinas de buena tierra, que, desde que el mundo es mundo, no se puede ni ararla ni sembrar nada en ella. En la primavera se aprovecha como pastizal, y eso por poco tiempo; pero después hay que marcharse de esa tierra maldita, para no asomar por allí las narices hasta que no llega otra vez la primavera. Ese es todo el provecho que se saca de ella: durante medio mes da de comer malamente a las ovejas del caserío y después sólo figura como nuestra en los registros del catastro; en realidad, sólo sirve de morada a lagartijas y serpientes de toda clase».

Davídov aminoró el paso, bordeando anchas hoyas de tierra salina y salvando profundas huellas circulares dejadas por las pezuñas de las vacas y las ovejas y lamidas por sus ásperas lenguas hasta sacarles brillo. La amarga y salada tierra de aquellas cavidades parecía mármol gris veteado.

En una superficie de cinco kilómetros, hasta la Barranca Mojada, se extendía aquella estepa sombría en la que blanqueaban aquí y allá los espectrales penachos de la estepa y las calvas de tierra salina, resquebrajada por el calor. La triste extensión respiraba en ardientes bocanadas el bochorno del mediodía, y sobre toda ella flotaba una neblina inquieta, temblequeante. Pero también allí, en aquella tierra tan pobre, latía imperecedera la vida: a cada paso alzaban el vuelo con seco crujido saltamontes

de rojas alas; se deslizaban, silenciosas, lagartijas grises, del color de la tierra; silbaban alarmados los lirones; fundiéndose con la estepa y meciéndose en cada viraje, planeaba, casi a ras de tierra, un busardo: las confiadas alondras dejaban sin temor que Davídov se acercase y, luego, alzando el vuelo como con desgana, tomaban altura para sumirse en el azul blanquecino del cielo sin nubes, de donde apagados, pero más agradables al oído llegaban sus trinos sin fin.

En la primavera temprana, en cuanto aparecían las primeras manchas de tierra en la sábana de la nieve, las alondras acudían a aquella tierra triste, mas, por una u otra razón, para ellas grata; con la muerta hierba del año anterior hacían nidos en los que criaban a sus polluelos, y hasta muy entrado el otoño alegraban la estepa con su canción, tan sencilla, pero tan familiar y entrañable para el hombre desde la infancia misma. Davídov estuvo a punto de pisar un nido hábilmente oculto en el hoyo dejado por el casco de un caballo. Asustado, retiró el pie y se inclinó para contemplar el nido. Estaba abandonado. Junto a él se veían diminutas plumillas, que la lluvia había apelotonado, y pedacitos de cascarones.

«La madre se ha llevado de aquí a sus hijitos. Me gustaría ver los polluelos de la alondra. No recuerdo haberlos visto nunca en la infancia —se dijo Davídov y sonrió tristemente—. Cada pájaro, por pequeño que sea, hace su nido y cría su descendencia, pero yo llevo ya casi cuarenta años andando por el mundo sin perro que me ladre y no sé si alguna vez tendré hijos… ¿No deberé casarme, ahora que voy para viejo?»

Davídov soltó una risotada, imaginándose por un instante hombre casado y serio, acompañado de una mujer metida en carnes, como la Kupriánovna, y un montón de hijos de todas las tallas. Más de una vez había visto familias así en los escaparates de las fotografías de las ciudades de provincias. La idea de casarse, que tan de repente le había venido a la cabeza, parecióle tan ridícula y absurda, que se encogió de hombros y apretó el paso en dirección al caserío.

Sin pasar por casa, Davídov se dirigió a la administración del koljós. Estaba impaciente por preguntar a Nagúlnov todos los detalles de lo ocurrido.

El espacioso patio de la administración del koljós, tapizado de rizada hierba, aparecía desierto: junto a la cuadra, las gallinas de los vecinos escarbaban perezosas en el estiércol y bajo el cobertizo hallábase inmóvil, sumido en senil meditación, un macho cabrío al que habían dado el nombre de Trofim. Al ver al hombre, el macho cabrío pareció despertar, sacudió desafiante las barbas y, después de escarbar la tierra, se dirigió a su encuentro trotando rápidamente. A mitad de camino agachó la cabeza, levantó belicoso la desmochada escobilla de su rabo y se lanzó a galope. Sus intenciones eran tan manifiestas, que Davídov, sonriendo, se detuvo para hacer frente al ataque del barbudo camorrista.

—¿Así es como saludas al presidente del koljós? ¡Acércate, hijo de Satanás, y ya verás qué patada te sacudo! —rió Davídov y, con ágil movimiento, agarró al macho

cabrío de uno de sus retorcidos y aristados cuernos—. ¡Ahora vamos a la oficina y allí te ajustaré las cuentas, compadre de Schukar, holgazán, camorrista!

Trofim se mostró muy sumiso: obedeciendo a Davídov, echó a andar mansamente a su lado, sacudiendo de cuando en cuando la cabeza, con mucha cortesía, para soltar su cuerno. Pero, al llegar al pie de la terracilla, paró en seco, muy decidido, apoyando en el suelo sus cuatro patas, y, cuando Davídov se detuvo, se acercó confiado a él y se puso a olisquearle un bolsillo, moviendo cómicamente sus grises labios.

Davídov empezó a reñirle, meneando desaprobatorio la cabeza y esforzándose por hacer muy expresiya su voz.

—¿Cómo no te da vergüenza, Trofim? Puede decirse que eres ya un viejo, un koljosiano pensionista, y no dejas de hacer locuras: quieres pelearte con todo el mundo y, cuando ves que no puedes salirte con la tuya, te pones a mendigar un cacho de pan. Lo que haces no está nada bien, es hasta vergonzoso. ¡Eso es la pura verdad! ¿Qué has olisqueado en mi bolsillo?

Davídov palpó bajo la bolsa del tabaco y las cerillas un olvidado mendrugo de pan, lo limpió del tabaco que se había pegado a él y, maquinalmente, antes de ofrecer el modesto regalo al goloso Trofim, lo olió él mismo. Trofim, agachada la cabeza con aire obsequioso e implorante, miraba a Davídov con sus profundos ojos de viejo sátiro, pero, apenas olisqueó el pan, dio un bufido desdeñoso y descendió muy digno de la terracilla.

—No tienes mucha hambre —dijo con enfado Davídov—. Tú no has sido soldado, diablo sarnoso, pues de lo contrario te hubieras engullido el pan de muy buena gana. ¿Qué puede importar que huela un poco a tabaco? Seguramente, llevarás en tus venas mucha sangre azul, granujón; eres la mar de delicado, ¡eso es la pura verdad!

Davídov arrojó al suelo el mendrugo de pan, entró en el fresco zaguán de la administración, tomó un jarrillo de agua del caldero y lo apuró con ansia. Hasta entonces no se había dado cuenta del gran cansancio que le habían producido el calor y la caminata.

En la administración no había más que dos personas: Razmiótnov y el contador. Al ver a Davídov, Razmiótnov dijo, sonriendo:

—¿Ya estás aquí, amigo? ¡Menudo peso me quito de encima! Eso de gobernar el koljós es un mareo. No quiera Dios que me toque en suerte. Unas veces no hay carbón en la herrería, otras en la plantación se rompe la noria, unos vienen a pedir una cosa, otros otra… Este trabajo tan nervioso no casa con mi carácter. Si tuviera que continuar aquí una semana más, me volvería epiléptico y daría risa verme.

—¿Qué tal está Makar?

—Vivo.

—Ya sé que está vivo, pero, ¿y la contusión?

—¿Qué contusión quieres que deje una bala? —dijo Razmiótnov torciendo el gesto—. No le dispararon con un cañón. Volvió un poco la cabeza para un lado y para otro, se lavó el arañazo con vodka, se metió entre pecho y espalda lo que quedó en la botella de medio litro, después de hacerse una compresa, y ahí terminó la cosa.

—¿Dónde está ahora?

—En la brigada.

—¿Cómo ocurrió todo eso?

—Pues muy sencillamente. Estaba Makar por la noche sentado a la ventana, y nuestro nuevo tragalibros, el abuelo Schukar, al otro lado de la mesa. Alguien soltó a Makar un tiro. Sólo la noche oscura sabe quién disparó. Pero una cosa está clara: el fusil lo empuñaba un zopenco.

—¿Por qué piensas así?

Muy asombrado, Razmiótnov arqueó las cejas.

—¿Cómo que por qué? ¿Hubieras fallado tú el tiro a treinta pasos? Por la mañana encontramos el sitio de donde había disparado. Lo encontramos por la vaina. Yo mismo medí la distancia: del seto a la ventana hay exactamente veintiocho pasos.

—De noche se puede fallar incluso a treinta pasos.

—No me digas a mí eso —objetó Razmiótnov con calor—. Yo no hubiera fallado. Si quieres podemos probar: dame un fusil y siéntate por la noche donde estaba sentado Makar. Me bastará una bala para hacerte un agujero entre ceja y ceja. Por lo tanto, está claro que tiró un pipiolo, y no un verdadero soldado.

—Cuéntalo con mayor detalle.

—Te lo contaré todo desde el principio mismo. A eso de la medianoche oí tiros en el caserío: uno de fusil, después dos más sordos, como de pistola, y de nuevo otro más seco, de fusil. Por el sonido se podía determinar. Cogí el revólver de debajo de la almohada, me puse los pantalones en un santiamén y salí a la calle. Acudí en un vuelo a casa de Makar, porque me pareció que los tiros venían de allí. Creí, pecador de mí, que Makar estaba haciendo alguna tontería…

Llegué en menos que se cuenta. Llamé a la puerta. Estaba cerrada, pero se oían en la casa unos gemidos lastimeros. Empujé unas dos veces con el hombro, muy fuerte, me cargué el picaporte, entré y encendí una cerilla. En la cocina vi que por debajo de la cama asomaban las piernas de una persona. Me agarré a ellas y tiré. ¡Dios mío! Tenías que haber oído cómo aquella persona chillaba bajo la cama, ¡lo mismo que un lechón! Me quedé estupefacto, pero seguí tirando. Saqué a la persona aquella a mitad de la cocina y resultó que no era una persona, es decir, no era un hombre, sino la vieja patrona de Makar. Le pregunté dónde estaba Makar, pero, tenía un susto tan grande, que no pudo decir palabra.

Me precipité al cuartucho de Makar, tropecé en algo blando y me caí, me levanté de un salto y pensé con angustia: «Han matado a Makar, ahí está tendido». Encendí a

duras penas una cerilla y a su luz pude ver que el abuelo Schukar, tendido en el suelo, me miraba con un ojo. El otro lo tenía cerrado. La frente y la mejilla del abuelo aparecían manchadas de sangre. Le pregunté: «¿Estás vivo? ¿Dónde está Makar?» A su vez, el abuelo me preguntó a mí: «Dime, Andriusha, por el amor de Dios, ¿estoy vivo o no?» La voz del viejo sonaba tan tierna y fina como si en realidad estuviera ya en las últimas… Para tranquilizarle, le dije: «Si hablas, es porque estás aún vivo, pero ya hueles a cadáver…» Se echó a llorar amargamente y me dijo: «Sin duda, el alma está abandonando mi cuerpo, y por eso el aire es tan espeso. Pero si estoy vivo aún, no he de tardar mucho en morir, porque tengo una bala metida en la cabeza».

—¡Qué diablos me estás contando! —interrumpió con impaciencia Davídov a su amigo—. ¿Por qué tenía la cara ensangrentada? No entiendo nada. ¿Es que también está herido?

Razmiótnov continuó, riendo:

—No hay ningún herido, todo ha terminado bien. Bueno, cerré las maderas, por si las moscas, y encendí el quinqué. Schukar seguía tumbado boca arriba, muy quietecito, pero había cerrado el otro ojo y tenía las manos cruzadas sobre el vientre. Yacía como en un ataúd, sin moverse; en fin, parecía un difunto de verdad. Con una vocecilla muy débil y cortés me pidió: «Ve, por el amor de Dios, a llamar a mi vieja. Quiero despedirme de ella antes de morir».

—Me incliné sobre él, lo alumbré con la lámpara. —Al llegar aquí, Razmiótnov resopló, conteniendo con dificultad la risa que pugnaba por escapar de sus labios—. A la luz del quinqué pude ver que Schukar tenía clavada en la frente una astilla de madera de pino… Resultó que la bala había arrancado del marco de la ventana la astilla y se le había hincado a Schukar en la frente, desgarrándole la piel, pero el muy tonto creyó que era una bala y se desplomó en el suelo. El viejo se moría ante mis ojos sin que hubiera venido por él la muerte, y yo me desriñonaba de tanto reír. Le saqué la astilla, claro está, y le dije: «Ya te he extraído la bala; ahora levántate, que no tienes por qué estar tumbado, y dime qué ha sido de Makar».

Vi que el abuelo Schukar se había puesto más alegre, pero por alguna razón le daba vergüenza levantarse en mi presencia, pues se removía en el suelo y no se ponía de pie… Sin embargo, el embustero del demonio, continuó soltando mentiras, sin levantarse del suelo: «Cuando los enemigos dispararon contra mí y la bala me dio en la frente —me dijo—, caí como segado y perdí el conocimiento; mientras, Makar apagó el quinqué, saltó por la ventana y desapareció no sé dónde. Fíjate —dijo el viejo— ¡vaya un amigo! Yo caí al suelo malherido, casi muerto, y él me dejó abandonado a merced del enemigo y huyó del susto. Muéstrame, Andriusha, esa bala que ha estado a punto de matarme. Si Dios quiere que escape de ésta con vida, la guardaré bajo los iconos de mi vieja para memoria eterna».

«No —le dije—, no puedo mostrarte la bala por que está toda ensangrentada y

temo que, al verla, vuelvas a desmayarte. Mandaremos esta famosa bala a Rostov para que la guarden en el museo». Al oír estas palabras, el viejo se animó aún más, se volvió ágilmente de costado y me dijo: «¿Qué te parece, Andriusha, no me darán los jefes de arriba una medalla por mi heroica herida, por haber aguantado ese ataque de los enemigos?» Me sacó de quicio, le puse la astilla en la mano y le dije: «Ahí tienes tu “bala”; cómo ves, no vale para el museo. Ponla bajo los iconos y guárdala, y ahora, lárgate al pozo, lávate tu heroicidad y aséate un poco, que hueles a perros muertos»

Schukar salió para el corral rápido como el viento, y al poco se presentó Makar. Respiraba como un caballo reventado de una carrera, y, sin decir palabra, se sentó junto a la mesa. Después de recobrar el aliento, me dijo: «No le he dado al canalla. Disparé dos veces. Está la noche tan oscura, que no se ve el punto de mira: metí una bala en un tronco y la otra la fallé también. El se detuvo y me disparó otra vez. Me pareció como si alguien me hubiese tirado de la guerrera». Makar se estiró el faldón de la guerrera, y vi que, en efecto, la bala le había hecho un agujero más arriba de la cintura. Le pregunté si no sospechaba quién había sido. Sonrió torcidamente y me dijo: «No tengo ojos de lechuza. Sólo sé que es joven, porque corre como un gamo. Un viejo no puede volar así. Quise darle alcance, ¡pero qué va! Ni a caballo hay quien le gane». «¿Cómo —le dije— has arriesgado tanto? ¿Por qué emprendiste la persecución sin saber cuántos eran? ¿Qué habría ocurrido si tras el seto se hubiesen apostado dos tipos más? Incluso él solo hubiera podido dejar que te acercases y meterte un trabucazo a bocajarro». Pero, ¿acaso Makar atiende a razones? «¿Qué crees —me dijo— que hubiera debido hacer? ¿Apagar el quinqué y meterme debajo de la cama?» Así es como ha ocurrido todo. El disparo únicamente le ha producido a Makar un catarro nasal.

—¿Un catarro nasal? ¿Por qué?

—Qué sé yo. Es lo que dice él. Yo mismo me asombro. ¿De qué te ríes? Es verdad que después del tiro ese tiene un catarro terrible. Los mocos le caen a chorro y estornuda por ráfagas, como si tirara con una ametralladora.

—Eso es todo incultura —gruñó el contador, un cosaco entrado en años que había sido escribiente en un regimiento, y, subiéndose a la frente las gafas con montura de plata, ennegrecida por el tiempo, repitió seco: —El camarada Nagúlnov da muestras de su incultura, y nada más.

—Ahora suelen ser los incultos los que tienen que jugársela —dijo Razmiótnov con torcida sonrisa—. Tú eres muy sabido, te pasas el día chasqueando las bolas del ábaco, dibujas cada letrita con todos sus rabitos, pero por algo han disparado contra Nagúlnov, y no contra ti…

Dirigiéndose a Davídov, Razmiótnov continuó:

—Por la mañana temprano entré a verle, y tenía con el practicante una agarrada que ni el mismísimo diablo hubiera podido entenderlos. El practicante decía que

Makar padecía su catarro porque se había resfriado cuando estaba sentado por la noche junto a la ventana, expuesto a las corrientes de aire, pero Makar afirmaba que se debía a que la bala le había interesado un nervio de la nariz. El practicante le preguntó: «¿Cómo ha podido la bala interesarle un nervio de la nariz cuando le ha pasado por encima de la oreja y le ha chamuscado la sien?» Makar le respondió: «Cómo me ha interesado el nervio no es cosa que a ti te importe, el hecho es que me lo ha interesado, y tu obligación es curarme este catarro debido al nervio y no ponerte a discutir cosas que no sabes».

Makar es de lo más cabezudo, pero ese vejestorio del practicante le da tres y raya. «No quiera usted meterme esas sandeces suyas en la cabeza —dijo el viejo—. Los tics nerviosos se observan en un párpado, en una mejilla, pero nunca en los dos párpados o en las dos mejillas a la vez. ¿Por qué, si es como usted dice, no le chorrea una fosa nasal, sino que le chorrean las dos? Está claro que se trata de un resfriado».

Makar guardó silencio unos segundos y después le preguntó: «Dime, médico de compañía, ¿te han dado alguna vez un puñetazo en una oreja?»

Para evitar mayores males, me senté cerca de Makar, con el fin de sujetarle a tiempo, si llegaba el caso, y el practicante hizo todo lo contrario: se apartó poco a poco, mirando de reojo a la puerta, y dijo con voz poco firme: «No, el Señor me ha librado de eso. ¿Por qué me lo pregunta?»

Makar volvió a la carga: «Si te doy un puñetazo en la oreja izquierda, ¿crees que sólo ella te va a zumbar? Puedes estar seguro que te zumbarán las dos, lo mismo que cuando repican todas las campanas en los días de Pascua»

El practicante se levantó y, de medio lado, fue aproximándose a la puerta, pero Makar le dijo: «No te pongas nervioso, siéntate, que yo no tengo el propósito de pegarte; te digo eso como ejemplo, ¿está claro?»

Y en realidad, ¿a santo de qué iba a ponerse nervioso el practicante? Por temor se había ido acercando a la puerta, pero después de las palabras de Makar, se sentó en el borde de la silla; sin embargo, de cuando en cuando miraba de reojo hacia la salida… Makar apretó el puño, se puso a contemplarlo por todos los lados, como si no lo hubiera visto jamás en su vida, y de nuevo preguntó: «¿Qué pasará si te agasajo por segunda vez?» El practicante volvió a levantarse, retirándose hacia la salida. Ya con la mano en el picaporte, dijo: «Está usted diciendo necedades. Sus puños no guardan ninguna relación ni con la medicina ni con los nervios». «La guardan, y muy directa», lo objetó Makar y de nuevo le rogó, muy cortés, que se sentara en la silla. El practicante empezó de pronto a sudar la gota gorda y dijo que tenía mucha prisa y debía marcharse inmediatamente a visitar a unos enfermos. Pero Makar le replicó categóricamente que los enfermos podían aguardar unos minutos; la discusión sobre aquel tema de medicina debía continuar y estaba dispuesto a dejarle chico en aquella ciencia.

Davídov sonrió con aire de cansancio, el contador rió con su apagada risita de vieja, tapándose la boca con la mano, pero Razmiótnov, conservando toda su seriedad, prosiguió:

—«Pues bien —le dijo Makar—, si te doy por segunda vez en ese mismo sitio, no creas que sólo verterá lágrimas tu ojo izquierdo. Brotarán de los dos con la fuerza con que sale el jugo de un tomate maduro cuando se le estruja, ¡eso te lo puedo garantizar! Y lo mismo pasa cuando se tiene catarro nasal a causa de un nervio: si chorrea de la fosa izquierda, también debe chorrear de la derecha. ¿Está claro?» Pero el practicante se envalentonó y dijo: «Ya que no entiende usted nada de medicina, no me venga con invenciones y tome las gotas que voy a recetarle». ¡Si hubieras visto el salto que dio Makar! Casi se golpeó contra el techo y vociferó como un energúmeno: «¿Que yo no entiendo de medicina? ¡Cállate, lavativa podrida! En la guerra contra los alemanes estuve herido cuatro veces, sufrí dos contusiones y una intoxicación de gases, y en la guerra civil tuve tres heridas; he pasado por treinta lazaretos, hospitales y clínicas, y tú me dices que no entiendo de medicina. ¿Sabes tú, sal de higuera, qué médicos y doctores me han curado? Ni en sueños, viejo idiota, has visto gente como ésa». El practicante se amoscó —no sé de dónde sacó la valentía— y gritó a Makar: «Aunque le haya curado gente muy sabia, usted mismo, estimado señor, es un zoquete en cuestiones de medicina». Makar le replicó: «Pues tú eres en medicina una nulidad completa. Para lo único que vales es para cortarles el ombligo a los recién nacidos y para arreglar las hernias a los viejos, pero de nervios entiendes lo que un borrego de la Biblia. ¡En la ciencia de los nervios no has calado ni tanto así!»

En fin, una palabra tras otra, se pusieron como hoja de perejil, y el practicante salió del cuartucho de Makar rodando como una pelota. Cuando Makar se tranquilizó un poco, me dijo: «Vete a la oficina que yo me curaré con remedios sencillos, me frotaré la nariz con sebo y en seguida iré por allí». ¡Si hubieras visto, Davídov, la cara que traía cuando se presentó una hora después! Su nariz, enorme y morada como una berenjena, estaba toda torcida. Seguramente, se la había puesto así cuando se la frotó. Además, Makar, es decir, su nariz, despedía un olor tan fuerte a sebo de carnero, que no se podía parar en la oficina. Aquel tratamiento era idea suya… Le miré y, puedes creerme, estuve a punto de reventar de risa. ¡Era un verdadero adefesio! Quise preguntarle cómo había hecho aquello, pero la risa no me dejaba respirar. El, muy enfadado, me preguntó: «¿De qué te ríes, so tonto, es que has encontrado un confite en el camino? ¿De qué te alegras, hijo de Trofim? ¡Tienes el mismo caletre que Trofim, nuestro macho cabrío, y encima te ríes de la gente de bien!»

Makar se dirigió a la cuadra, y yo le seguí. Descolgó la silla, se la ajustó al bayo y sacó el animal a la calle, todo eso sin decir palabra. Estaba claro que mi risa lo había puesto de un humor de perros. Le pregunté: «¿A dónde vas?» Más sombrío que un nublado, me respondió: «¡A la quinta puñeta, a buscar una vara para medirte las

costillas!» «¿Qué te he hecho yo?», le pregunté. No me respondió. Yo fui a acompañarle y llegamos hasta su casa sin haber cruzado palabra en todo el camino. Junto a la puertecilla me largó las riendas y se metió en la casa. Al poco le vi salir con el revólver, metido en la funda, terciado sobre el pecho, como Dios manda, y con una toalla en las manos…

—¿Con una toalla? —dijo muy asombrado Davídov—. ¿Por qué con una toalla?

—Ya te he dicho que tiene un catarrazo de espanto, no hay pañuelo que baste para lo que sale de sus narices, y a él, incluso en la estepa, le da vergüenza sonarse con los dedos y sacudir los mocos al suelo con toda sencillez, como lo hacemos nosotros —Razmiótnov sonrió irónico—. No creas que el niño es cualquier cosa, está estudiando el inglés y no puede, de ninguna manera, aparecer como un hombre inculto… Por eso cogió una toalla a guisa de pañuelo. Yo le dije: «Deberías, Makar, vendarte la cabeza, tapar la herida». Pero él se puso como una fiera y me gritó: «¡Qué herida es ésta, así te lleve el diablo! ¿Te has vuelto ciego, no ves que es un arañazo, y no una herida? ¡Esos mimos de señorita no están hechos para mí! Me voy a la brigada, el viento la secará, el polvo la curará, y cicatrizará como cicatrizan los cortes en la piel de un perro viejo. Y tú no te metas donde no te llaman y lárgate de aquí con tus necios consejos».

Vi que después de la escaramuza con el practicante y de mis risas estaba de muy mal humor y, con mucho tiento, le aconsejé que no llevara el revólver tan a la vista. ¡Pero qué va! Me mentó a mi progenitora y me dijo: «¿A mí puede dispararme cualquier canalla y yo debo ir por ahí con un tirador de los que usan los chicos? Ocho años he llevado el revólver escondido, he agujereado tantos bolsillos que he perdido la cuenta, pero ¡basta! Desde hoy, lo llevaré a la vista. No lo he robado, me lo gané con mi sangre. ¿Crees que nuestro querido camarada Frunze me lo regaló, con mi nombre grabado en la culata, por mi linda cara? Te equivocas, amigo, y otra vez no metas las narices en asuntos ajenos». Dichas estas palabras, saltó a la silla y espoleó el caballo. Hasta que no salió del caserío, pude oír cómo se sonaba con la toalla. Parecía que alguien tocaba el trombón. Tú, Semión, dile que se guarde el revólver. A la gente no le parecerá bien. A ti te hará caso.

Las palabras de Razmiótnov no llegaban ya a la conciencia de Davídov. Acodado sobre la mesa, apoyadas las mejillas en las manos, miraba las arañadas tablas, con manchas de tinta, y, recordando lo que le había dicho Arzhánov, pensaba: «Bien, supongamos que Yákov Lukich sea un kulak, pero, ¿por qué debo sospechar de él? Yákov Lukich es demasiado viejo y demasiado listo para echar mano de la escopeta, y Makar dice que contra él disparó un hombre joven y ligero de piernas. Pero, ¿y si el hijo de Lukich actúa de acuerdo con su padre? De todos modos, si no hay pruebas irrebatibles, no se puede quitar a Yákov Lukich de su puesto de intendente, pues lo único que conseguiremos con eso es ponerle en guardia, si es que anda mezclado en

algún complot, y espantar a los demás. Por cierto, Lukich nunca se lanzaría solo a una aventura de ésas. El viejo diablo es listo y, sin ayuda de otros, jamás se arriesgaría en una empresa así: por lo tanto, hay que tratarle como si nada hubiera pasado, y no darle a entender, ni por asomo, que se sospecha de él, pues, entonces, todo se echaría a perder. Pero la partida empieza jugando cartas mayores… Hay que ir cuanto antes a la cabeza del distrito para hablar con el secretario del Comité del Partido y con el jefe de la GPU. Nuestra GPU está pensando en las musarañas, y aquí ya empiezan a disparar tiros de fusil por las noches. Hoy ha sido contra Makar, mañana será contra mí, o contra Razmiótnov. Así no se va a ninguna parte. Si no tomamos medidas, cualquier hijo de perra puede damos el pasaporte a todos en cosa de tres días. Sin embargo, no creo que Yákov Lukich se meta en aventuras contrarrevolucionarias. Es demasiado calculador, ¡eso es la pura verdad! Además, ¿qué beneficio puede reportarle? Trabaja de intendente, es de la administración, y vive bien, con holgura. No; no creo que le tire lo viejo. Debe de comprender que los viejos tiempos han pasado para siempre. Otra cosa sería si estuviésemos en guerra con algún país vecino: entonces, quizás se moviera, pero, ahora, no creo que se haya decidido a ello».

Razmiótnov interrumpió las meditaciones de Davídov. Estuvo largo rato observando en silencio el chupado rostro de su amigo y luego le preguntó:

—¿Has almorzado?

—¿Si he almorzado? ¿Por qué lo preguntas? —respondió distraídamente Davídov.

—¡Porque da miedo ver lo flaco que estás! No tienes más que pómulos y, además, quemados por el sol.

—¿Otra vez vuelves a lo mismo?

—Te estoy hablando en serio, créeme.

—No he desayunado, me ha faltado el tiempo; pero no tengo apetito, ¡hace tanto calor desde por la mañana!

—Pues yo estoy hambriento. Vente conmigo, Semión, y tomaremos un bocado.

Davídov accedió de mala gana. Salieron juntos al patio, y el viento de la estepa, saturado del olor del ajenjo, les echó al rostro su aliento seco y abrasador.

Al lado de la puertecilla de la cerca, Davídov se detuvo y preguntó:

—¿De quién sospechas tú, Andréi?

Razmiótnov se encogió de hombros, al tiempo que respondía:

—¡Pues no sé! He pensado en eso muchas veces sin llegar a nada concreto. He ido pasando revista a todos los cosacos del caserío y no encuentro a qué agarrarme. El diablo ese que disparó nos ha planteado un rompecabezas, y tendremos que devanamos los sesos. Estuvo aquí un camarada de la GPU del distrito, dio unas vueltas en torno a la casita de Makar, habló con él, con el abuelo Schukar, con la

patrona y conmigo, y luego examinó el casquillo que encontramos, pero como no está marcado… Se marchó como había venido, diciendo antes: «Es seguro que ha aparecido aquí un enemigo». Makar le preguntó: «¿Es que los amigos han disparado contra ti alguna vez, sabio? ¡Lárgate de aquí a la quinta puñeta, que ya nos arreglaremos sin ti!» El tipo aquel se calló, dio un bufido, montó a caballo y partió sin más…

—Dime, ¿crees a Ostrovnov capaz de una canallada semejante? —preguntó cauteloso Davídov.

Razmiótnov, que se disponía a levantar el picaporte de la puertecilla, dejó caer la mano, de la sorpresa, y rió:

—¿Te has vuelto loco? ¿Yákov Lukich? ¿A santo de qué va a meterse en tales cosas? Le da miedo el chirrido de los carros, ¡Y a ti se te ocurre decir esas tonterías! ¡Me apuesto la cabeza a que no es capaz de hacer eso! Puede haber sido cualquier otro, pero no él.

—¿Y su hijo?

—Tampoco has dado en el blanco. Si te pones a señalar con el dedo al buen tuntún, puedes también apuntarme a mí. No, el rompecabezas es más complejo… Como un candado con resorte secreto.

Razmiótnov sacó la petaca y lió un cigarrillo, pero recordó que días atrás él mismo había firmado una disposición que prohibía terminantemente a las amas de casa encender los hornos durante el día y a los hombres fumar en la calle y, muy disgustado, estrujó el cigarrillo. A la mirada de asombro que le dirigiera Davídov respondió distraídamente, como si hablara de un extraño, y no de sí mismo:

—¡Firman las disposiciones más absurdas! No se puede fumar en los patios. Vamos a mi casa y allí fumaremos.

Para desayuno, la anciana madre de Razmiótnov les sirvió aquellas aguadas gachas de mijo que tan harto tenían a Davídov, aderezadas, debido a su pobreza, con un poco de grasa de cerdo. Pero, cuando trajo del huerto un lebrillo con pepinos frescos, Davídov sintió que se le abría el apetito. Se comió con gran placer dos pepinos, que exhalaban un sabroso olor a tierra y a sol, los roció con un jarrillo de compota y se levantó de la mesa.

—Gracias, madre, ya no puedo más. Muchas gracias, sobre todo por los pepinos. Es la primera vez que los como frescos este año. Hay que decir que están riquísimos. ¡Eso es la pura verdad!

La locuaz y cariñosa anciana apoyó la mejilla en la mano, con aire de pesadumbre:

—¿De dónde vas a tener tú, pobrecillo, pepinos frescos? Como no tienes mujer…

—Sí, de momento no la tengo, me falta tiempo para casarme —sonrió Davídov.

—Si no tienes tiempo para casarte, no esperes pepinillos tempranos. ¡No vas a ocuparte tú mismo de criar las matas ni de plantadas! Mi Andréi también se ha quedado sin mujer. Si no tuviera madre, ya habría estirado la pata, de hambre. La madre, de cuando en cuando, le da de comer. Os miro y me entra una pena… Mi Andréi está el pobre soltero, y tú y Makar, lo mismo. ¿Cómo no os da vergüenza a los tres? Andáis sueltos por el caserío tres torazos que reventáis de salud y no tenéis suerte con las mujeres. ¿Será posible que ninguno de los tres se case? ¡Es bochornoso, bochornoso!

Razmiótnov observó chancero:

—Nadie quiere casarse con nosotros, madre.

Sí, como viváis solteros cinco años más, ninguna querrá, eso de seguro. ¿Para qué diablos os van a necesitar las mujeres, cuando seáis unos vejestorios? Y no digo ya las chicas, porque ya no estáis en edad de solicitar mozuelas.

—Tú misma dices que estamos ya aviejados y que las chicas no se casarán con nosotros, y viudas no queremos. ¿Para qué, para dar de comer a hijos de otros? Maldita la falta que eso nos hace —bromeó Razmiótnov.

Por lo visto, no era la primera vez que Andréi sostenía tales conversaciones con la madre, pero Davídov callaba y se sentía violento.

Después de dar las gracias a los hospitalarios dueños de la casa y de despedirse de ellos, encaminó sus pasos a la herrería. Antes de que llegara la comisión que debía hacerse cargo de los aperos, quería comprobar personalmente, a fondo, cómo habían reparado las segadoras y los rastrillos, máxime cuando en todo ello había parte de su propio trabajo.

Capítulo X

La vieja herrería, que se alzaba en la linde misma del caserío, le recibió con sus familiares olores y sonidos: como siempre, sonaba en las manos de Ippolit Sídorovich el martillo, obediente a cada movimiento de su dueño; desde lejos se percibía el asmático respirar del fuelle, que ya pedía a gritos el relevo, y por la puerta, abierta de par en par, salía, como siempre, el olor acre del carbón calcinado y el delicioso e inolvidable tufillo del hierro a medio enfriar.

En torno a la solitaria herrería no se veía un alma. Del trillado camino que se extendía en las cercanías llegaba el olor del polvo recalentado por el sol y del armuelle. En la alabeada techumbre de la herrería, hecha de ramas y recubierta de pedazos de tierra con césped, crecían unas matas de cáñamo silvestre y maleza. En ella escarbaban multitud de gorriones. Los pajaritos aquellos vivían siempre, incluso en invierno, en el alero de la vieja herrería, y su infatigable piar parecía hacer coro al animado y sonoro parloteo del martillo y el yunque.

Shali recibió a Davídov como a un viejo amigo. Le aburría pasar un día tras otro en la única compañía del chicuelo que atendía el fuelle, y la llegada de Davídov le alegró visiblemente; tendiéndole su mano, tosca y dura como el hierro, dijo contento, con su grueso vozarrón:

—¡Dichosos los ojos, presidente! Te olvidas del proletariado y no te pasas a echar un parrafete con él; por lo visto, muchacho, te has vuelto muy orgulloso. ¿Qué, vas a decirme que has venido a verme? No me lo creo. Has venido a ver las segadoras. Tú a mí, muchacho, no me la das. ¡Ea, vamos a vedas! Las he puesto en fila, como en una parada, como a cosacos en una revista militar. Vamos, vamos a verlas, y no les pongas muchos peros. Tú mismo me has ayudado a repararlas y, por lo tanto, no tienes derecho a hacer reclamaciones.

Davídov se puso a revisar meticulosa y largamente cada segadora. Pero, por más que buscó, no halló ninguna falta, a excepción de dos o tres defectillos sin importancia; sin embargo, su riguroso examen puso fuera de sí al viejo herrero. Shali seguía a Davídov, que pasaba de una segadora a otra, y, enjugándose con el mandil de cuero el sudor que bañaba su bermejo rostro, decía descontento:

—¡Muy exigente eres, señor amo! Y tu afán de buscar peros está muy fuera de lugar… ¿Qué olisqueas? ¿Qué buscas, te pregunto? ¿Soy acaso un gitano? ¿Soy yo de esos que dan unos golpes con el martillo, hacen las cosas de cualquier manera, se meten luego en su carro, arrean a los caballos y si te he visto no me acuerdo? No, muchacho, todo ha sido hecho a conciencia, como si fuera para mí mismo, y no hay por qué andar olisqueando ni buscando peros.

—¿De dónde has sacado, Sídorovich, que estoy buscando peros?

—Si no fuera así, hace tiempo que habrías terminado, y tú no haces más que dar

vueltas y más vueltas a cada segadora, olfateándola, palpándola…

—Esa es mi misión, creer lo que ven los ojos, pero palpado todo con las manos —bromeó Davídov.

Pero cuando el presidente se puso a revisar con especial rigurosidad la vieja y maltrecha segadora que antes de la colectivización perteneciera a Antip Grach, el herrero se alegró y todo su mal humor pareció desvanecerse como por encanto. Agarrándose la barba con la mano, haciendo guiños y sonriendo socarrón, decía con mucha sorna:

—¡Túmbate, tiéndete en el suelo, Davídov! ¿Por qué andas dándole vueltas como un gallo a una gallina? Túmbate panza abajo y prueba con los dientes la cuchilla. ¿Por qué la palpas como si fuera una moza? ¡Pruébala con los dientes, con los dientes! ¡Ay, herrero de mala muerte! ¿Será posible que no conozcas tu trabajo? ¡Esta segadora la has reparado tú en persona, y toda enterita! Te digo categóricamente, muchacho, que todo el trabajo ha sido tuyo, pero tú ni te das cuenta, ni lo sospechas. Mucho me temo que te cases a la anochecida y a la mañana siguiente no reconozcas a tu joven mujer…

Muy contento de su broma, Shali soltó una carcajada atronadora, pero le dio un golpe de tos y se puso a manotear en el aire. Davídov, sin molestarse lo más mínimo, respondió:

—No sé de qué te ríes, Sídorovich. He reconocido en seguida esta pequeña segadora de campesino medio, y lo mismo te digo de mi trabajo. Y si lo compruebo con toda rigurosidad, es para no tener que avergonzarme luego a la hora de la siega. Si se estropea este montón de chatarra, tú serás el primero que digas, incluso antes que los segadores: «Le confié a Davídov el martillo y las tenazas y fíjate la chapuza que le ha salido». ¿No tengo razón?

—Pues claro, así sería. El que la hace, la paga.

—Y tú me sales con eso de «no la has conocido». La he conocido a la pobrecilla, pero conmigo mismo debo ser más exigente todavía.

—Entonces, ¿no te fías de ti mismo?

—A veces, no…

—Eso, muchacho, es lo mejor —aprobó el herrero, que se había puesto de pronto muy serio—. Los que trabajamos con el hierro tenemos mucha responsabilidad, y nuestro oficio no es de los que se aprenden en un dos por tres… Por algo los herreros tenemos un refrán que dice: «Confía en el yunque, en el brazo y en el martillo, pero no confíes en tu juicio cuando eres joven». Lo mismo en las grandes fábricas que en las pequeñas herrerías, nuestro oficio es de mucha responsabilidad, te lo digo categóricamente. ¿Sabes?, el año pasado alojaron en mi casa al jefe de la oficina de acopio de pieles, lo mandaron de delegado a nuestro caserío. La vieja y yo lo acogimos muy cordiales, como si fuera hijo nuestro, pero él no hablaba ni con la vieja

ni conmigo, porque lo tenía a menos. Se sentaba a la mesa sin decir palabra, se levantaba y tampoco abría la boca, regresaba del Soviet del caserío y no decía nada, se marchaba y tres cuartos de lo mismo. Si le hacía alguna pregunta acerca de política o sobre las cosas del campo, gruñía: «¡Eso no es cosa tuya, viejo!» y ésa era toda la conversación. Vivió en nuestra casa ese pupilo tres días sin decir ni pío, muy calladito y tranquilo, pero al cuarto día empezó a hablar… Por la mañana me soltó con mucho orgullo: «Dile a tu vieja que no me traiga las patatas en la sartén, sino en un plato, y que en vez de una rodilla ponga en la mesa una servilleta. Yo soy una persona culta y, además, un alto funcionario del distrito, y no me gusta que me traten con poca fineza»

Me enfadé con él categóricamente y le dije: «¡Lo que eres tú es una liendre pestilente, y no un hombre culto! Si eres un hombre culto, come en lo que te sirven, y límpiate con lo que te dan, pues en mi casa no hemos tenido servilletas desde que nacimos y la vieja ha hecho cisco todos los platos. Yo no te cobro nada, la vieja no sabe qué hacer para complacerte, te sienta en la mejor silla, te acuesta en el colchón más mullido, y tú te hinchas como un pavo: “¡Yo soy un alto funcionario!” ¿Qué clase de alto funcionario eres tú? —le pregunté—. Todo tu trabajo consiste en sacudir pieles de liebre y de marmota, y ésa es toda tu responsabilidad. ¡No tienes ninguna, y yo sí que la tengo! Después del presidente y del secretario de la célula, soy la primera figura en el caserío, porque sin mí no se puede ni arar los campos ni segar las mieses. Yo tengo que ver con el hierro, y tú sólo con pellejos. ¿Qué trabajo es más importante? Tú te consideras un funcionario con un cargo de mucha responsabilidad, y yo también. ¿Cómo vamos a poder vivir los dos, tan responsables, bajo un mismo techo? ¡No podremos! ¡Hala, coge tu cartera, buen hombre, y lárgate con viento fresco, que a mí no me hace categóricamente ninguna falta tener en casa un tipo tan orgulloso como tú!»

Davídov entornó tanto los ojos, que apenas si se le veían por las estrechas rendijas entre los párpados. Con voz que la risa hacía temblar, preguntó quedamente:

—¿Lo echaste a la calle?

—Categóricamente. ¡Al instante! Se marchó y ni siquiera dio las gracias por nuestra hospitalidad ese responsable hijo de perra.

—¡Eres un valiente, Sídorovich!

—No veo en ello mucha valentía; simplemente, me dolía tener en casa tal pupilo.

Cuando acabaron de fumar, Davídov se puso de nuevo a revisar los aperos y terminó después del mediodía. Al despedirse de Shali le dio las gracias muy sentidamente, por su buen trabajo, y preguntó:

—¿Cuántos *trudodiéns* te han apuntado por la reparación?

El viejo herrero frunció el ceño y apartó la mirada.

—¡Como que va a apuntar mucho Yákov Lukich! Espera sentado…

—¿Qué tiene que ver aquí Yákov Lukich?

—¿Qué tiene que ver? Él es quien dicta sus leyes al listero. El listero apunta lo que él dice.

—Pero, de todos modos, ¿cuántos te han apuntado?

—Casi nada, muchacho, una miseria…

—¿Pero cómo es eso? ¿Por qué?

El herrero, muy bonachón de ordinario, miró a Davídov con tanta rabia, como si en su lugar estuviera viendo a Yákov Lukich.

—Pues porque no quieren tomar en consideración mi trabajo. Me paso el día entero en la herrería y me apuntan un solo *trudodién*. Y si he estado trabajando o fumando, sin hacer nada, les da lo mismo. En la reparación de los aperos puede que en un día haya cumplido cinco *trudodiéns*, pero de todos modos no me apuntan más que uno. Aunque me pase la jornada doblado sobre el yunque, no me apuntan más. En fin, muchacho, con lo que tú me pagas, no hay forma de engordar mucho; ¡vivir, vive uno, pero no siente ganas de casarse!

—Eso no es lo que yo pago —replicó brusco Davídov—. Eso no es lo que paga el koljós. ¿Por qué no me has hablado antes de esas marranadas?

Shali titubeó y dijo de mala gana:

—¿Qué quieres que te diga, muchacho? Pues porque me daba vergüenza… Tenía reparo, ¿sabes? Quise quejarme categóricamente, pero después pensé que dirías: «¡Fíjate qué ansioso es, todo le parece poco!…» Por eso me callé. Pero ahora te lo digo y te diré aún más: sus señorías me cuentan el trabajo que salta a la vista: la reparación de los arados, de los rastrillos, pongamos por caso; en una palabra, de los aperos visibles; en cuanto a las cosas pequeñas, el herrar los caballos, pongamos por caso, o el hacer alguna herradura, mayales, armellas para los candados de los graneros, bisagras y demás pequeñeces, ellos no lo cuentan y no quieren ni oír hablar de eso. Pero yo considero que no es justo, pues en esas cosas se gasta mucho tiempo.

—¡Vuelta otra vez a «ellos»! ¿Quiénes son «ellos»? El listero es el único que lleva la cuenta y responde ante la administración —dijo enfadado Davídov.

—El listero lleva la cuenta, y Lukich la corrige. Tú me estás diciendo lo que debe ser, y yo te digo lo que ocurre en realidad.

—Pues está muy mal, si en realidad es así.

—Eso no es culpa mía, muchacho, sino tuya.

—Lo sé, sin que tengas que decírmelo. Hay que tomar medidas, y cuanto antes. Mañana mismo reuniré a la administración y pediremos cuentas a Yákov Lukich… ¡Hablaremos con él muy seriamente! —prometió Davídov. Shali se limitó a ocultar en la barba una maliciosa sonrisa.

—No es con él con quien hay que hablar…

—Pues, ¿con quién? ¿Con el listero?

—Contigo.

—¿Conmigo? Hum… ¡Venga, habla!

Shali miró a Davídov de abajo arriba, como calibrando su aguante, y dijo, expeliendo lentamente las palabras:

—¡Prepárate, muchacho! Voy a decirte palabras muy duras… No hubiera querido, pero hay que decírtelas. Temo que otros no se atrevan.

—¡Venga, venga de ahí! —le incitó Davídov, presintiendo que la conversación sería desagradable y temeroso, sobre todo, de que Shali se pusiera a hablarle de sus relaciones con Lushka.

Pero, contra lo que esperaba, el herrero empezó por otras cosas:

—A primera vista pareces un presidente de verdad, pero si se escarba más adentro, resulta que tú no eres en el koljós el presidente, sino un figurón, como suele decirse.

—¡Vaya, hombre, eso me gusta! —exclamó Davídov con regocijo un tanto fingido.

—No debería gustarte —replicó con dureza el herrero—. En ello no hay nada que pueda agradar, eso te lo digo categóricamente. Tú te metes debajo de las segadoras, compruebas su estado, como corresponde a un buen amo, vives en el campo, y tú mismo aras, pero de lo que pasa en la administración no sabes ni una pijotera palabra. Si en vez de pasar tanto tiempo en el campo, estuvieras más en el caserío, marcharían mejor las cosas. Tú eres y labrador, y herrero… En fin, como dice la copla: «Quien quiere ser flautista y labrador, hace las dos cosas a cual peor», y Ostrovnov es quien, por ti, mangonea en el koljós. Has dejado que el poder se te escape de las manos, Ostrovnov lo ha recogido…

—Sigue soltando lo que llevas dentro… —dijo ásperamente Davídov—. Sigue, no te dé reparo.

—Si quieres, puedo seguir —accedió gustoso Shali.

El herrero se acomodó a sus anchas en la segadora, invitó con un gesto a Davídov a que se sentara a su lado y, al ver en la puerta de la herrería al aprendiz, escuchando la conversación, dio una patada en el suelo y le gritó con voz penetrante:

—¡Largo de aquí, diablejo! ¿Es que no encuentras ocupación? ¡Si te dejaran, te pasarías el día entero escuchando lo que dicen los mayores, hijo de cerda! ¡Como me quite la correa, verás lo que es bueno, te voy a poner las posaderas como un tomate! ¡De la paliza te vas a quedar sordo! ¡Hay que ver lo sinvergüenza que es el chico este!.

El chico, todo sucio, chispeantes sus ojos reidores, se metió, ágil como un ratoncillo, en la oscura herrería, donde al poco jadeó ronco el fuelle y resplandeció, escapando por la boca de la fragua, una llama purpúrea. Shali dijo, sonriendo bondadoso:

—Enseño el oficio a un huerfanito. Ningún mozo quiere trabajar en la herrería. ¡El Poder soviético los tiene categóricamente mimados! Unos quieren ser médicos, otros, agrónomos o ingenieros, y yo pregunto: cuando nos muramos los viejos, ¿quién va a hacer botas, coser pantalones y herrar caballos para el pueblo? Lo mismo pasa con mi oficio: no hay forma de conseguir que alguien venga a trabajar a la herrería; huyen del humo de la fragua como el diablo del agua bendita. Por eso he tenido que aceptar a Vaniatka. El diablejo es muy listo, pero me tiene tiranizado; no acabaría nunca de contar sus travesuras. Unas veces se mete en huerto ajeno y yo tengo que sacar cara por él; otras, abandona la herrería y se larga a pescar o bien se le ocurre cualquier diablura. Su tía, con la que vive, no puede meterle en cintura, y soy yo quien tiene que aguantar y sufrir su tiranía. Pero yo me limito a reñirle, no puedo pegarle a un huerfanito. Así son las cosas, muchacho. Es difícil enseñar a hijos de otros, sobre todo, si son huérfanos. Sin embargo, en lo que llevo de vida he enseñado el oficio a unos diez y te digo categóricamente que he hecho de ellos buenos herreros, y, ahora, en los caseríos de Tubianskói, de Voiskovói y otros forjan en las herrerías hombres de mi escuela; uno de ellos trabaja en Rostov, en una fábrica. Eso no es cosa de broma, muchacho, tú mismo has trabajado en una fábrica y sabes que en ellas no admiten a cualquiera. Y yo estoy orgulloso de que, si me muero, pasarán de diez los herederos de mi arte que queden bajo la capa del cielo. ¿Tengo razón o no?

—Vamos al grano. ¿Qué otros defectos encuentras en mi trabajo?

—Sólo encuentro uno: en las reuniones, el presidente eres tú, y en el trabajo cotidiano, Ostrovnov. De ahí parte el mal. Yo comprendo que al llegar la primavera debías vivir con los labradores, darles ejemplo de cómo hay que trabajar en la hacienda colectiva y aprender tú mismo a arar, cosa nada perjudicial para el presidente de un koljós. Pero, por qué te pasas ahora los días enteros en el campo, es cosa que, categóricamente, no alcanzo a comprender. ¿Acaso en la fábrica en que trabajabas el director se pasaba el día al pie de un torno? ¡No creo que fuera así!

Shali habló largamente de las deficiencias del koljós, de lo que escapaba a la mirada de Davídov, de lo que le ocultaban celosamente Yákov Lukich, el contador y el almacenero. Según el herrero, resultaba que la cabeza de todas las negras maquinaciones que venían haciéndose desde la fundación del koljós había sido y era Yákov Lukich, aquel hombre de apariencia tan inofensiva.

—¿Por qué no has hablado en ninguna reunión? ¿Acaso no te importan las cosas del koljós? Y aún dices: «¡Yo soy un proletario!» ¿Qué proletario ni qué diablos eres tú, si no sabes más que murmurar en voz baja y en las reuniones hay que buscarte con un candil?

Shali agachó la cabeza y guardó silencio largo rato, dando vueltas entre sus dedos a una hierbecita que había arrancado; y era tal el contraste entre aquella débil e ingrávida hierbecita y sus negros e indóciles dedazos, que Davídov no pudo evitar

una sonrisa. Pero Shali seguía con los ojos fijos en el suelo, como si estuviera examinando algo caído entre sus pies y de ese examen dependiera la respuesta. Después de una larga pausa, preguntó:

—¿Propusiste tú en la reunión que tuvimos esta primavera que se expulsara del koljós a Atamánchukov?

—Sí, planteé esa cuestión. Bueno, ¿y qué?

—¿Lo expulsaron?

—No. Pero fue una lástima, hubiéramos debido expulsarlo.

—Sí, fue una lástima, pero no es eso lo importante…

—¿Y qué lo es?

—Tú recuerda quién se manifestó en contra. ¿No te acuerdas? Pues yo te refrescaré la memoria: Ostrovnov, el almacenero Afonka, Liushniá y unos veinte más. Ellos fueron los que hicieron que la reunión no prestara oído a tu buen consejo, ellos pusieron a la gente en contra de ti. Por consiguiente, Ostrovnov no está solo en sus manejos. ¿Comprendes?

—Sigue.

—Puedo seguir. ¿Por qué, entonces, te extraña mi silencio en las reuniones? Si me manifiesto dos veces, no podré hacerlo la tercera: me largarán un golpe en esta misma herrería, con algún tocho recién calentado por mí y acariciado por mis manos, y ahí terminarán mis intervenciones en las asambleas. Sí, muchacho, yo estoy ya demasiado viejo para hablar en las reuniones, hablad vosotros mismos, que yo quiero seguir oliendo en la herrería el tufillo del metal recalentado.

—Tú, viejo, exageras el peligro, ¡eso es la pura verdad! —dijo inseguro Davídov, muy impresionado por el relato del herrero.

Pero Shali miró al presidente con sus negros ojos saltones, irónicamente entornados, y replicó:

—Es posible que, por ser viejo y tener poca vista, exagere, como tú dices; pero tú, muchacho, ni siquiera ves el peligro que significan ésos. El ajetreo de la juventud te ha tapado los ojos, ¡eso te lo digo categóricamente!

Davídov guardó silencio. Ahora era él quien meditaba, y su meditación fue larga; como antes hiciera el herrero con la brizna de hierba, daba vueltas en sus manos a un tornillo herrumbroso que había levantado del suelo… Mucha es la gente que en los momentos de reflexión siente esa inexplicable necesidad de dar vueltas en sus manos o de estrujar entre sus dedos lo primero que encuentra…

Hacía ya mucho que había pasado el mediodía. Las sombras se habían desplazado, y los ardientes rayos del sol, que se proyectaban oblicuos, abrasaban la alabeada techumbre de la herrería, recubierta de césped y poblada de maleza, las segadoras alineadas allí cerca y la polvorienta hierba junto al camino. En Gremiachi Log reinaba ese sordo silencio de los mediodía calurosos. Las casas tenían cerradas

las maderas, en las calles no se veía un alma; incluso los terneros, que de buena mañana ya vagabundeaban ociosos por las callejas, se habían marchado al río para recogerse a la densa sombra de los sauces. Pero Davídov y Shali continuaban sentados en la solanera.

—Vamos a la herrería, a la sombra, que yo no estoy acostumbrado a este solazo —dijo Shali sin poder aguantar el calor, mientras se enjugaba el sudor que bañaba su rostro y su monda cabeza—. Un viejo herrero viene a ser lo mismo que una señorona entrada en años: ambos pasan toda su vida en la sombra, refrescándose, cada uno a su manera…

Pasaron a la sombra y se sentaron en el tibio suelo, en la parte norte de la herrería. Acercándose mucho a Davídov, Shali zumbó como un abejorro enredado en la hierba:

—A Joprov y a su mujer, ¿los mataron? Los mataron. ¿Y por qué los mataron? ¿En una borrachera? No, muchacho, ésa es la cuestión… Ahí hay gato encerrado. Nadie va a matar a otro sin más ni más. Yo razono así, con mi tonta cabeza de viejo: si él no hubiera sido grato al Poder soviético, lo habrían detenido y luego ejecutado, en cumplimiento de una sentencia, y no a escondidas; pero si lo mataron a la chita callando, como lo hacen los ladrones, aprovechando la noche, y con él asesinaron a su mujer, es porque no era grato a los enemigos del Poder soviético. ¡No puede ser de otro modo! Pero, yo te pregunto: ¿Por qué mataron a su mujer? Pues para que no denunciara a los asesinos, a los que conocía muy bien. Los muertos no hablan, no dan que hacer, muchacho… No pudo ser de otro modo, te lo digo categóricamente.

—Supongamos que así ha sido. Todo eso lo sabemos sin necesidad de que tú tengas que decírnoslo, lo sospechamos, pero nadie sabe en realidad quién los mató. —Davídov guardó silencio por un instante y, con mucha astucia, aventuró: —¡Y nadie lo sabrá jamás!

Shali aparentó no haber oído las últimas palabras. Apresándose en su manaza la barba, tocada por la nieve de las canas, dilató el rostro en ancha sonrisa.

—¡Qué bien se está a la sombra! En los viejos tiempos, muchacho, me ocurrió el siguiente caso. En cierta ocasión, antes de que empezara la siega de las mieses, puse nuevas llantas a dos trenes de ruedas de un ricachón ucraniano. Se presentó el hombre a llevarse sus trenes de ruedas en un día de trabajo; recuerdo muy bien que era un día de ayuno, no sé si miércoles o viernes. Me pagó, alabó mi buen trabajo y plantó en la mesa una botella, convidando también a sus criados, que estaban enganchando los caballos. Nos la bebimos y después convidé yo. Nos soplamos también mi botella. Aquel ucraniano era rico, pero, cosa rara entre la gente de su clase, tenía un corazón que no le cabía en el pecho. Pues bien, muchacho, se le ocurrió al ucraniano armarla. Pero yo tenía muchísimo trabajo, un montón de encargos. Y le dije: «Tú, Trofim Denísovich, bebe con tus criados, continúala, pero a mí déjame que me retire, muchacho, pues es mucho lo que debo hacer y no puedo seguir bebiendo». El hombre

accedió. Ellos siguieron soplando vodka y yo me metí en la herrería. La cabeza me zumbaba, pero me tenía firmemente de pie y las manos no me temblaban; sin embargo, muchacho, estaba categóricamente como una cuba. Y quiso el diablo que en aquel preciso momento llegara a la herrería un carruaje tirado por tres caballos con cascabeles. Salí. En su carruaje de mimbre vi, bajo una sombrilla, al terrateniente Selivánov, famoso en toda la comarca, hombre terriblemente orgulloso y un mal bicho como no los hay bajo la capa del cielo… Su cochero estaba más blanco que la pared, y las manos le temblaban al desenganchar el jaco de la izquierda. El hombre se había descuidado, y la bestia había perdido una herradura por el camino. El señorón aquel le decía: «Eres un hijo de tal y cual, te voy a tirar a la calle, te meteré en la cárcel; por culpa tuya puedo llegar tarde al tren», etc., etc. Pero aquí en el Don, muchacho, los cosacos no éramos muy aficionados a inclinar la testa ante los terratenientes ni en tiempo de los zares. Y eso es lo que me pasó a mí con Selivánov. Aquel tipo no me importaba ni un comino, aunque era el terrateniente más rico del contorno. Pues bien, salí muy alegre por la vodka y me planté junto a la puerta, escuchando cómo soltaba al cochero mil perrerías. Yo, muchacho, fui montando en cólera categóricamente, poniéndome a punto de estallar. Me vio Selivánov y se puso a gritarme: «¡Eh, herrero, ven aquí!» Tuve la intención de decirle: «Ven tú aquí, si necesitas algo», pero se me ocurrió algo mejor: me acerqué sonriéndole como si fuera uno de mi familia, me llegué al carruaje y, tendiéndole la mano, le dije: «¡Salud, hermanote! ¿Qué tal esa vida?» Del asombro, los lentes con montura de oro le cayeron de la nariz, y si no los hubiera llevado sujetos a un cordoncillo negro, se le habrían hecho cisco. Volvió el hombre los lentes a su sitio y yo seguí tendiéndole la mano, negra como el hollín y sucia hasta más no poder. Pero él aparentaba no verla, y, con el rostro crispado, como si acabara de meterse un buen trago, me soltó entre dientes: «¿Estás borracho? ¿Sabes a quién tiendes tu zarpa, cara sucia?» «¿Cómo que no le sé? ¡Sé muy bien quién eres! Tú y yo somos como hermanos: tú te ocultas del sol bajo la sombrilla y yo en la herrería, bajo mi techumbre de tierra; estoy bebido en día de trabajo, tienes razón, pero, seguramente, tampoco tú bebes sólo los domingos, como la gente trabajadora tienes la naricita roja… Así es que los dos somos de noble linaje, a diferencia de otros… y si tienes a menos darme la mano, porque la tuya está blanca y la mía negra, allá tú con tu conciencia. Cuando nos llegue la muerte, los dos nos pondremos igual de blancos».

Selivánov callaba, mordiéndose los labios y con el semblante demudado. «¿Qué quieres —le pregunté—, que le ponga una herradura al caballo? Puedo hacerlo en un dos por tres. Pero no está bien que insultes al cochero. Se ve que el hombre es muy sumiso. Mejor será que me insultes a mí. Vamos, hermanete, a la herrería, cerraremos bien la puerta y prueba a insultarme allí. Me gustan los hombres arriscados».

Selivánov callaba, y se iba poniendo de todos los colores. Unas veces blanco,

otras rojo, pero callaba. Herré el caballo y me acerqué al carruaje. El, como si no me viera, le alargó un rublo en plata al cochero y le dijo: «Dáselo a ese granuja». Tomé el rublo de manos del cochero y se lo tiré a los pies a Selivánov, que no se había apeado; lo hice sonriendo como asombrado, al tiempo que le decía: «¡Qué cosas tienes, hermanote! ¿Acaso se puede cobrar a los parientes tal pequeñez? Te lo regalo para remediar tu pobreza; ve a la taberna y echa un traguillo a mi salud». Al oír estas palabras, mi terrateniente se puso, no ya blanco ni rojo, sino morado, y me chilló con voz de ratón: «¿A tu salud? ¡Así revientes, canalla, granuja,*sucilista,* maldita sea la madre que te parió! ¡Me quejaré de ti al atamán de la *stanitsa*! ¡Haré que te pudras en la cárcel!»

Davídov soltó tan estruendosa carcajada, que una bandada de gorriones, espantada, levantó el vuelo del tejado de la herrería. Riéndose a través de la barba, Shali se puso a liar un cigarrillo.

—Así, pues, ¿no pudiste entenderte con tu «hermanete?» —preguntó Davídov, a quien ahogaba la risa.

—No.

—¿Y el dinero? ¿Lo tiró del carruaje?

—Que hubiera probado… Se largó con su rublo. Pero lo gracioso del caso, muchacho, no estuvo en el dinero…

—¿En qué pues?

Davídov reía tan jovial y contagiosamente, que comunicó a Shali su buen humor. El herrero manoteó en el aire y dijo entre carcajadas:

—Metí un tanto la pata…

—Cuenta, Sídorovich, cuenta, ¿a qué esperas?

Davídov miraba a Shali con los ojos húmedos de lágrimas, pero el herrero, sin dejar de manotear, muy abiertas sus barbadas fauces, reía con risa cavernosa, atronadora.

—¡Cuenta, hombre, cuenta, no me hagas sufrir más! —imploró Davídov, que había olvidado en aquel momento la seria conversación que venían manteniendo y se había entregado por completo a aquel irresistible acceso de loca hilaridad.

—¿Qué quieres que te cuente?.. ¿Vale acaso la pena? El Selivánov, muchacho, me llamó granuja y canalla, y no sé cuántas cosas más, pero al final se le atragantaron los insultos y se puso a patalear en el carruaje, voceando: «¡*Sucilista*, hijo de perra! ¡Te voy a meter en la cárcel!» En aquel entonces yo no sabía aún lo que era *sucilista*… Revolución sí sabía lo que significaba, pero *sucilista*, no lo sabía y pensé que era el peor y más escogido de los insultos… y por eso le respondí: «¡Tú mismo eres un*sucilista*, hijo de perra, y lárgate de aquí antes de que te muela los huesos!»

Un nuevo ataque de risa derribó a Davídov. Shali dejó que se riera bien a gusto y concluyó:

—A los dos días me llevaron a presencia del atamán de la *stanitsa*. Me preguntó cómo había sido la cosa, se rió como tú ahora y me dejó marchar sin meterme en el calabozo de la *stanitsa*. El atamán era un oficialillo, hijo de una familia pobre, y le agradó que un simple herrero hubiera podido burlarse así de un rico terrateniente. Pero antes de dejarme marchar, me aconsejó: «Tú, cosaco, lleva cuidado, no tengas tan suelta la lengua, pues los tiempos son tales, que hoy tú pones herraduras, pero mañana pueden herrarte a ti las cuatro patas para que llegues por etapas a Siberia sin resbalar en todo el camino. ¿Comprendes?» —«Lo comprendo, señoría», le dije. «Anda, vete a casa y que no vuelva a verte por aquí. A Selivánov le diré que te he desollado vivo». Ya ves, muchacho, las cosas que entonces pasaban…

Davídov se levantó para despedirse del locuaz herrero, pero éste le tiró de la manga de la camisa, le hizo sentarse otra vez a su lado y le preguntó de sopetón:

—¿Dices que nunca se sabrá quién mató a los Joprov? Estás equivocado, muchacho. Eso llegará a saberse. Se sabrá categóricamente, ya lo verás con el tiempo.

Era evidente que el viejo sabía algo, y Davídov preguntó sin rodeos, mirando muy fijo los negros ojos bovinos del herrero:

—¿De quién sospechas tú, Sídorovich?

El herrero le devolvió la mirada y respondió evasivo:

—En esas cosas, muchacho, es muy fácil equivocarse…

—¿De quién sospechas?

Sin titubear más, Shali dejó caer su mano sobre la rodilla de Davídov y dijo:

—Mira, aprendiz mío, vamos a quedar en una cosa: pase lo que pase, tú no has de mentarme. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Pues bien, eso no ocurrió sin que tuviera Lukich parte. Te lo digo categóricamente.

—¡Pero hermano…! —silabeó, desencantado, Davídov.

—Yo era «hermano» de Selivánov, pero puedo ser tu padre —replicó enojado el herrero—. Yo no aseguro que Yákov Lukich en persona matara a hachazos a los Joprov, pero sí te digo que tuvo que ver en el asunto; eso, muchacho, debes comprenderlo, si es que Dios te ha dado entendederas.

—¿Tienes pruebas?

—¿Eres un juez de instrucción? —chanceó Shali.

—Ya que has empezado a hablar, Sídorovich, déjate de bromas y suelta lo que sabes. No debemos jugar al escondite.

—Eres un mal juez de instrucción, muchacho —dijo muy convencido el herrero —. No tengas tanta prisa, maldito sea tu padre, que todo te lo diré, te lo diré categóricamente, y tú te quedarás boquiabierto… Tú, de la forma más tonta, te has liado con la Lushka, ¿para qué diablos has hecho eso? ¿Es que no has podido

encontrar mejor mujer que esa zorrona?

—Eso a ti no debe importarte —le atajó Davídov.

—Te equivocas, muchacho, eso no sólo me importa a mí, le importa a todo el koljós.

—¿Por qué?

—Pues porque desde que te has liado con esa perra, capaz de acostarse con un regimiento, trabajas peor. Te has vuelto ciego… Y tú dices que no debe importarme. Esa desgracia, muchacho, no es sólo tuya, sino de todo el koljós. Seguramente, crees que tus andanzas con la Lushka nadie las conoce, cuando en el caserío se sabe todo punto por punto. A veces nos reunimos los viejos y nos ponemos a pensar entre todos qué hacer para separarte de esa Lushka, malas fiebres se la lleven. ¿Por qué? Porque las mujeres como la Lushka no empujan a los hombres al trabajo, sino que los apartan de él, y nosotros estamos preocupados por ti… Eres un buen muchacho, tranquilote, no bebes, en una palabra, no eres de los que escandalizan, y ella, la muy perra, se aprovecha de eso: se te ha montado a caballo y te clava las espuelas. Tú mismo sabes, muchacho, cómo se las arregla para eso; y encima, se jacta delante de todos: «¡Fijaos qué potros me domo yo!» ¡Ay, Davídov, Davídov, no es ésa la mujer que tú necesitas! … Un domingo estábamos los viejos sentados en el banco de Biesjliébnov y tú pasaste de largo. El abuelo Biesjliébnov te siguió con la mirada y dijo: «Habría que pesar a nuestro Davídov en la balanza para ver lo que tiraba antes de juntarse con la Lushka y lo que tira ahora. De seguro que le ha hecho perder la mitad de su peso, parece como si lo hubiera pasado por un cedazo. No está bien eso, amigos: ella se lleva la harina y a nosotros nos deja el salvado…» Cree, muchacho, que al oír esas palabras me dio vergüenza de ti. Tómalo como quieras, pero me dio vergüenza. Si trabajaras de oficial en la herrería, nadie en el caserío diría una palabra, pero tú eres la cabeza de toda nuestra hacienda… Y la cabeza es una gran cosa, muchacho. Por algo en los viejos tiempos, cuando en la *stanitsa* se azotaba públicamente a algún cosaco que había incurrido en culpa, solía decirse: «No importa que se le ponga el c… como un tomate, con tal de que la cabeza piense con arte». Pues bien, en nuestro koljós, la cabeza no piensa con mucho arte, que digamos, la han enturbiado un poquito… Ha descansado esa cabeza al lado de la Lushka y se ha nublado… Si hubieras encontrado alguna chica que valiese la pena, o alguna viuda, nadie te diría palabra, pero tú… ¡Ay, Davídov, Davídov, te has cegado! Yo creo que no has enflaquecido por tu amor a la Lushka, sino porque la conciencia te remuerde: eso te lo digo categóricamente.

Davídov miraba el camino que se extendía cerca de la herrería y a los gorriones que se bañaban en el polvo. Tenía el rostro lívido, y en sus pómulos, un tanto pelados por el sol, aparecieron unas manchas violáceas.

—¡Acaba de una vez! —barbotó Davídov y se volvió hacia Shali—. ¡Sin

necesidad de tus palabras, ya me dan arcadas, viejo!

—Cuando le dan a uno arcadas después de una borrachera, siente cierto alivio —replicó, como de pasada, Shali.

Cuando se hubo recobrado un poco de su turbación, Davídov dijo con sequedad:

—Tú dame pruebas de que Ostrovnov es culpable. Sin pruebas ni hechos, eso parece una calumnia. Ostrovnov te ha perjudicado y tú insinúas, ¡eso es la pura verdad! ¿Qué pruebas tienes? Habla.

—Estás diciendo tonterías, muchacho —respondió gravemente Shali—. ¿Qué puedo tener yo contra Lukich? ¿Lo del pago de mi trabajo? De todos modos, no perderé lo mío, lo recibiré íntegro. Y pruebas no tengo, pues no estuve bajo la cama de los Joprov cuando mataron a su mujer y mi comadre.

El viejo aguzó el oído a un rumor que se oyó tras la pared, y, con insospechada ligereza, levantó del suelo su poderoso y achaparrado cuerpo. Permaneció plantado por un instante, aguzando el oído, después se quitó perezosamente el sucio mandil de cuero y dijo:

—Mira, muchacho, vamos a mi casa a tomarnos una jarra de leche fría y allí, al fresco, terminaremos la conversación. Te diré en secreto… —El viejo se inclinó hacia Davídov, y, sin duda, su atronador cuchicheo se oyó en las próximas casas del lugar: —De seguro que ese diablejo mío está escuchando… Es como un clavo que entra en cualquier agujero, y no me deja hablar con la gente, pues en seguida apresta las orejas. ¡Dios mío, su tiranía no tiene fin! Es desobediente, perezoso y travieso hasta lo indecible, pero muy capaz para el oficio. ¡Eso te lo aseguro categóricamente! ¡Cualquier cosa que se ponga a forjar, le sale bien! Además, es huérfano. Por eso aguanto su tiranía, pues quiero hacer de él un hombre de provecho, un heredero de mi arte.

Shali entró en la herrería, dejó el mandil sobre un banco de trabajo, renegrido por el humo, y, diciendo a Davídov: «¡Vamos!», echó a andar hacia la casa.

Davídov hubiera deseado quedarse solo para meditar en todo lo que le había dicho Shali, pero, como la conversación relativa al asesinato de los Joprov no había terminada, siguió al herrero, que andaba braceando mucho y pisando como un oso.

Por no callar durante todo el camino, Davídov preguntó:

—¿Qué familia tienes, Sídorovich?

—Mi vieja, que está sorda, y yo somos toda la familia.

—¿No habéis tenido hijos?

—De jóvenes tuvimos dos, pero no prendieron en este mundo, se murieron. El tercero nació muerto, y desde entonces dejó mi mujer de parir. Era joven, sanota, pero le pasó no sé qué y sanseacabó. Por más que hicimos y nos esforzamos, todo fue en vano. En aquellos años, mi mujer fue en peregrinación a un monasterio de Kíev, a pedirle a Dios un hijo, pero tampoco eso dio resultado. Antes de que se marchara, le

dije: «Tráeme de allí en el faldón aunque sea un chiquitín ucraniano» —. Shali rió entrecortadamente y dijo: —Me llamó tanto tiznado, se santiguó ante los iconos y se puso en camino. Estuvo andando de la primavera al otoño, pero toda fue en vano. Desde entonces que vengo criando a chicos huérfanos y enseñándoles el oficio. Me gustan los niños un horror, pero Dios no ha querido que pueda alegrarme criando a los míos. Así es la vida, muchacho…

La fresca, silenciosa y aseada habitación estaba sumida en penumbra. Por las rendijas de las cerradas maderas se filtraba la luz amarilla del sol. El piso, recién fregado, olía ligeramente a ajenjo y otras hierbas de la estepa. Shali sacó de la bodega una empañada olla con leche fría, puso dos jarrillos en la mesa y dijo con un suspiro:

—Mi ama ha ido al huerto; a esa peste de mi vieja no le hace efecto el calor. Así pues, ¿preguntabas qué pruebas tengo? Te lo diré categóricamente: por la mañana, cuando mataron a los Joprov, fui a ver los cadáveres, pues la difunta, quieras que no, era mi comadre. Pero no dejaban entrar a nadie en la casa, había un miliciano a la puerta, esperando a que llegara el juez de instrucción. Yo me quedé aguardando junto a la terracilla… y vi allí unas huellas conocidas… En la terracilla había muchas pisadas, pero a un lado, junto a la barandilla, vi unas huellas solitarias.

—¿Por qué te parecieron conocidas? —preguntó, muy intrigado, Davídov.

—Por las herraduras en los tacones. Las huellas eran recientes, de aquella misma noche, se distinguían con toda claridad, y las herraduras eran conocidas… Nadie en el caserío, a excepción de una persona, llevaba herraduras como aquéllas. Y yo no podía equivocarme, porque las herraduras eran mías.

Impaciente, Davídov apartó el jarrillo sin haber terminado de beber la leche.

—No te he entendido, habla más claro.

—Pues bien poco es lo que hay que entender, muchacho. Hace unos dos años, cuando aún teníamos haciendas privadas, se llegó en la primavera temprana a la herrería Yákov Lukich pidiéndome que le pusiera llantas nuevas a su tílburi. «Tráelo —le dije— ahora que tengo poco trabajo». Lo trajo y estuvo cosa de media hora en la herrería, charlando conmigo de esto y de lo de más allá. Se levantó para marcharse, pero se interesó por la chatarra que tenía yo junto al horno y se puso a hurgar en aquellos trastos viejos. Encontró dos herraduras de unas botas inglesas, unas herraduras que cubrían todo el tacón —las tenía ahí yo desde la guerra civil—, y me dijo: «Sídorovich, voy a llevarme estas herraduras y se las pondré a las botas, pues se ve que me voy haciendo viejo y piso mucho con el talón; no doy abasto a ponerles tacones ni a las botas altas ni a los zapatos». Le dije: «Llévatelas, para un buen hombre no me duele esa mierda, Lukich. Son de acero y, si no las pierdes, te durarán hasta que te mueras». Se las metió en el bolsillo y se marchó. El se olvidó de eso, pero yo lo recuerdo perfectamente. Pues bien, esas mismas herraduras son las que vi en las huellas… Y sentí sospechas. ¿Por qué están ahí esas huellas?, me dije.

—¿Y qué más? —acució Davídov al cachazudo herrero.

—Luego pensé: «Voy a acercarme a donde está Lukich y veré qué rastro deja su calzado». Lo busqué como si fuera a pedirle hierro para las rejas de los arados, me fijé en sus pies y vi que llevaba botas de fieltro. Entonces hacía frío. Como de pasada, le dije: «¿Has visto, Lukich, a los muertos?» «No —me dijo—, no puedo ver cadáveres, sobre todo si los han asesinado. Mi corazón no aguanta esas cosas, pero, de todos modos, tendré que acercarme por allí». Yo le pregunté, también como de pasada: «¿Hace mucho que viste al muerto?» «Sí, hace bastante —me respondió—, la semana pasada. ¡Fíjate —me dijo— qué criminales viven entre nosotros! Matar a un hombretón como ése. ¿Y por qué? Era muy pacífico, en toda su vida no molestó a nadie. ¡Así se les sequen las manos a los malditos!»

¡Sentí que se me encendía la sangre! Dijo aquellas palabras el muy Judas y a mí me empezaron a temblar las piernas. Pensé: «Tú, perro, has estado allí por la noche, y si no eres tú mismo quien dio el hachazo a Joprov, llevaste contigo a alguien hecho a matar». Pero supe disimular lo que pensaba, y, sin más, nos separamos. Sin embargo, la idea de comprobar sus huellas quedó clavada en mi cabeza como un clavo en una herradura. ¿Habrían perdido o no sus botas las herraduras que yo le regalé? Estuve esperando unas dos semanas a que se quitara las botas de fieltro y se pusiera las de cuero. Por fin mejoró el tiempo, la nieve empezó a derretirse, y yo dejé el trabajo en la herrería y me dirigí a la administración. ¡Lukich estaba allí y llevaba puestas sus botas de cuero! Al poco salió a la calle. Yo le seguí. Torció del senderillo hacia el granero. Miré sus huellas y vi que mis herraduras quedaban marcadas en la nieve, ¡no se habían desprendido en dos años!

—¿Por qué, maldito viejo, no dijiste nada entonces? ¿Por qué no diste cuenta donde era menester? —A Davídov se le agolpó la sangre en la cabeza. Furioso, encolerizado, descargó un puñetazo sobre la mesa.

Pero Shali le dirigió una mirada que tenía muy poco de cariñosa y le preguntó:

—¿Crees, muchacho, que yo soy más tonto que tú? Pensé en ello antes que tú lo hicieras… Supongamos que yo hubiera dado parte al juez de instrucción a las tres semanas del asesinato, ¿quién hubiera podido encontrar entonces las huellas en la terracilla? Habría quedado como un idiota.

—¡Debiste dar cuenta aquel mismo día! Eres un cobarde asqueroso, simplemente le tomaste miedo a Ostrovnov. ¡Eso es la pura verdad!

—Algo de eso hubo —reconoció Shali—. Indisponerse con Ostrovnov es peligroso, muchacho… Hace unos diez años, cuando él era más joven, tuvo unas palabras con Antip Grach por causa del heno, llegaron a las manos y Antip le dio una soberana paliza. Pero, un mes después, por la noche, empezó a arder la cocina de verano en casa de Antip. La cocina se encontraba cerca de la casa, y el viento aquella noche era propicio, pues soplaba precisamente de la cocina a la casa, que también se

prendió fuego. Toda la hacienda ardió como una tea, y los graneros también los tragó el fuego. Antes tenía Antip una buena casa y ahora vive en una choza de paja y arcilla. Así ocurre cuando uno se indispone con Lukich. No perdona las ofensas viejas y, menos aún, las que hoy le hacen. Pero no es eso lo importante, muchacho. No me hice el ánimo de comunicar entonces al miliciano mis sospechas: me apoqué, y, además, no estaba categóricamente seguro de que Yákov Lukich fuera el único que llevaba tales herraduras. Debía comprobarlo antes, pues durante la guerra civil la mitad de los vecinos del caserío usaban botas inglesas. Por añadidura, en la terracilla de los Joprov había a la media hora tantas pisadas, que hubiera sido imposible distinguir allí las huellas de un jaco de las de un camello. En fin, ya ves que, pensándolo bien, la cosa no era tan fácil. Y si hoy te he llamado no ha sido para que vieses las segadoras, sino para hablar contigo con el corazón en la mano.

—Tarde se te ha ocurrido, alcornoque… —dijo Davídov con tono de reproche.

—Aún no es tarde, pero si tú no abres los ojos pronto, sí, lo será; eso te lo digo categóricamente.

Davídov calló unos instantes y respondió luego, escogiendo, una por una, las palabras:

—En cuanto a mí, Sídorovich, en cuanto a mi labor, me has dicho muchas verdades, y te lo agradezco. Debo trabajar de otro modo. ¡Eso es la pura verdad! Pero ¿quién diablos sabe, de repente, hacer bien una cosa nueva?

—En eso tienes razón —asintió Shali.

—Y en cuanto al pago de tu trabajo, lo revisaremos y pondremos remedio a la cosa. A Ostrovnov habrá que vigilarlo de cerca, ya que no lo atrapamos entonces con las manos en la masa. Eso requiere tiempo. Por ahora, ni una palabra a nadie de nuestra conversación. ¿Me oyes?

—¡Seré una tumba! —aseguró Shali.

—¿Tienes algo más que decirme? Si no, me voy a la escuela, he de tratar un asunto con el director.

—Sí que tengo que decirte. ¡Deja a Lushka categóricamente! Esa, muchacho, te hará acabar mal…

—¡Así te lleve el diablo! —exclamó irritado Davídov—. Ya hemos hablado de ella, y basta. Creí que ibas a decirme algo de interés antes de que me marchara, y tú vuelves otra vez a lo mismo…

—No te enfades y escucha con atención lo que te dice un viejo. No voy a mentirte, y debes saber que en los últimos tiempos no está liada sólo contigo… Y si no quieres que te metan un balazo en la cabeza, ¡deja categóricamente a esa perra!

—¿Quién va a meterme un balazo?

Una sonrisa leve e incrédula asomó a los firmes labios de Davídov, pero Shali la advirtió y se puso furioso:

—¿De qué te ríes? ¡Da gracias a Dios de que todavía vives, ciego! No comprendo por qué él disparó contra Makar, y no contra ti.

—¿Quién es «él»?

—¡Timoféi el Desgarrado, te enteras! Por qué disparó contra Makar es cosa que no entiendo. Te llamé especialmente para advertirte, y tú te ríes como si fueras un chiquillo, por el estilo de mi Vaniatka.

Davídov se llevó automáticamente la mano al bolsillo y reclinó el cuerpo sobre la mesa.

—¿Timoféi? ¿De dónde ha salido?

—Debe de andar huido.

—¿Le has visto? —preguntó Davídov muy quedo.

—¿Hoy es miércoles?

—Sí.

—Pues entonces fue el sábado cuando lo vi con tu Lushka. Aquella tarde nuestra vaca no regresó con el rebaño, y yo salí a buscarla a la muy pijotera. A eso de la medianoche, arreaba ya para casa a la maldita, cuando me tropecé con ellos cerca del caserío.

—¿No te habrás equivocado?

—¿Crees que confundí a Timoféi contigo? —Shali sonrió irónico—. No, muchacho, aunque soy viejo, tengo buena vista. A lo que parece, ellos supusieron que el animal andaba solo en la oscuridad; yo iba un poco rezagado, y de buenas a primeras no me vieron. Lushka dijo: «¡Buf, maldita! Es una vaca, Timoféi, y yo creí que era una persona». Y en eso aparecí yo. Lushka se levantó la primera, y Timoféi la imitó al instante. Oí que hacía chasquear el cerrojo del fusil, pero no abrió la boca. Yo les dije muy tranquilo: «¡No se asusten, no se asusten, buena gente! Yo no pienso estorbarles, voy a casa con mi vaca, que se desmandó del rebaño…»

—Ahora todo está claro —concluyó Davídov, más bien para sus adentros que dirigiéndose a Shali, y, levantándose pesadamente del banco, pasó el brazo izquierdo por los hombros del herrero; al tiempo que con la mano derecha le apretaba con fuerza el codo, le dijo: —¡Muchas gracias por todo, querido Ippolit Sídorovich!

Por la tarde, Davídov comunicó a Makar Nagúlnov y a Razmiótnov la conversación que había tenido con Shali y propuso dar cuenta inmediatamente a la GPU del distrito de que Timoféi el Desgarrado había aparecido en el caserío, pero Nagúlnov, que había acogido la nueva con una tranquilidad absoluta, objetó:

—No hay que dar cuenta en ninguna parte. No harán más que echarlo todo a perder. Timoféi no es tonto, no va a vivir en el caserío, y, en cuanto se presente uno de la GPU, se enterará en seguida y se largará de aquí.

—¿Cómo va a enterarse si los de la GPU vienen en secreto, de noche? —preguntó Razmiótnov.

Nagúlnov le miró con indulgente ironía, y le dijo:

—Tienes la inteligencia de un niño de pecho, Andréi. El lobo siempre ve primero al cazador, y luego, el cazador al lobo.

—¿Y qué es lo que tú propones? —inquirió Davídov.

—Dadme cinco o seis días de plazo y os presentaré a Timoféi vivo o muerto. Por las noches, tú y Andréi tened cuidado: no salgáis tarde de casa y no encendáis luz. Eso es todo lo que se requiere de vosotros. Lo demás corre de mi cuenta.

Nagúlnov se negó rotundamente a hablar con detalle de sus planes.

—Bien, pon manos a la obra —consintió Davídov—. Pero no te duermas, pues, si dejas escapar a Timoféi, pondrá tanta tierra de por medio, que ya no daremos con él en toda la vida.

—No te preocupes, no se escapará —aseguró Nagúlnov con ligera sonrisa y cerró los oscuros párpados, apagando el repentino fulgor que se había encendido en sus ojos.

Capítulo XI

Lushka seguía viviendo con su tía. La pequeña y vetusta casucha con techumbre de espadaña, desvencijadas contraventanas amarillas y paredes vencidas, medio enterradas en el suelo, se alzaba en el borde mismo de la escarpada orilla del río. El patio, muy pequeño, lo habían invadido las hierbas y la maleza. Toda la hacienda de Alexéievna, que así se llamaba la tía de Lushka, la componían una vaca y un pequeño huerto. En el bajo seto que rodeaba la casa por el lado del río había un boquete. Por él salía la vieja ama de la casa cuando iba al río por agua o a regar las coles, los pepinos y los tomates.

Cerca del boquete se alzaban orgullosas las flores purpúreas y violadas del cardo borriquero y crecía tupido el cáñamo silvestre; por el seto, entre las estacas, serpenteaban los tallos rastreros de las calabazas, adornándolo con el oro de sus campanillas; por las mañanas brillaban allí, como gotas de rocío azul, las florecillas de la correhuela, y desde lejos parecía aquello un tapiz caprichosamente bordado. Era aquél un lugar solitario, y en él detuvo Nagúlnov su elección cuando, al día siguiente, pasó, muy de mañana, por delante de la casa de Alexéievna, bordeando el río.

Nagúlnov permaneció dos días inactivo, en espera de que se le curara el catarro nasal, pero al tercer día, apenas cayó la noche, se puso una chaqueta guateada, salió con sigilo a la calle y bajó al río. Toda la noche —negra, sin luna— la pasó tendido en el cáñamo, al pie del seto, pero nadie apareció en el boquete. Al amanecer regresó a casa, durmió unas horas, se dirigió a caballo por el día al lugar en que la primera brigada había empezado a segar la hierba y, en cuanto oscureció, ya se hallaba otra vez oculto entre el cáñamo.

A eso de la medianoche chirrió ligeramente la puerta de la casa. Makar vio por entre las ramas de la cerca que una silueta femenina, envuelta en un mantón oscuro, salía a la terracilla. Makar adivinó que era Lushka.

La mujer descendió lentamente de la terracilla, permaneció parada unos instantes, salió luego del patio y torció por la calleja. Makar, pisando sigiloso, la siguió a unos diez pasos de distancia. Lushka no sospechaba nada y se dirigió hacia el prado sin volver la cabeza. Ya habían salido del caserío cuando el maldito catarro jugó a Makar una mala pasada: dejó escapar un estornudo atronador y tuvo que echarse de bruces al suelo como si lo hubiera fulminado un rayo. Lushka se volvió rápida. Cosa de un minuto permaneció inmóvil, como petrificada, las manos apretadas contra el pecho, jadeante del sobresalto. Le pareció que el corpiño se le había vuelto repentinamente estrecho, y la sangre se le agolpó en las sienes. Sobreponiéndose a su desconcierto, se acercó a Makar, temerosa, a pequeños pasitos. El yacía apoyado en los codos, mirando de reojo a la mujer. Ella se detuvo a unos tres pasos y preguntó con voz ahogada:

—¿Quién está ahí?

Makar, ya a cuatro pies, no dijo palabra y se cubrió la cabeza con la chaqueta guateada: no quería que su ex mujer lo reconociera.

—¡Dios mío! —musitó asustada Lushka, y echó a correr hacia el caserío.

… Makar despertó a Razmiótnov antes del amanecer y dijo sombrío, sentándose en el banco:

—¡No solté más que un estornudo, pero lo he echado todo a perder!… ¡Ayúdame, Andréi, que, de lo contrario, Timoféi se nos escapará!

Media hora más tarde, ambos llegaban a casa de Alexéievna en un carro tirado por dos caballos. Razmiótnov ató los animales al seto, subió el primero a la terracilla y llamó a la desvencijada puerta.

—¿Quién es? —preguntó el ama con voz soñolienta—. ¿A quién buscan?

—Levántate, Alexéievna, que si no el rebaño se va a marchar sin tu vaca —respondió Razmiótnov con acento jovial.

—¿Quién eres?

—Soy yo, Razmiótnov, el presidente del Soviet.

—¿Qué diablos te trae por aquí a estas horas? —gruñó enfadada la mujer.

—Tengo un asunto que tratar contigo, ¡abre!

Se oyó el chasquido del picaporte, y Razmiótnov y Nagúlnov entraron en la cocina. La mujer se vistió de prisa y corriendo y, sin decir palabra, encendió un quinqué.

—Tu pupila, ¿está en casa? —Razmiótnov señaló con la mirada la puerta de la alcoba.

—Sí, está en casa. ¿Qué falta puede hacerte tan de madrugada?

Razmiótnov, sin responderle, llamó a la puerta y dijo muy alto:

¡Eh, Lushka! ¡Levántate y vístete de prisa! ¡Te doy cinco minutos, como en el ejército!

Lushka salió descalza, con un pañuelo sobre los desnudos hombros. El brillo mate de sus tostadas pantorrillas realzaba la impoluta blancura de la enagua con puntilla.

—Vístete —le ordenó Razmiótnov, meneando la cabeza con aire de reconvención—. Ponte, por lo menos, la falda… ¡Qué desvergonzada eres, mujer!

Lushka miró atenta e interrogante a los dos hombres y sonrió con sonrisa cegadora.

—¡Pero si todos sois de casa!, ¿de quién voy a tener vergüenza?

Incluso recién levantada de la cama tenía la maldita Lushka la lozanía y la hermosura de una jovenzuela. Razmiótnov, sonriente, sin ocultar su admiración, se deleitaba contemplándola. Makar miraba a Alexéievna, que se había recostado en el horno, con mirada pesada y fija, sin parpadear.

—¿Qué os ha traído aquí, queridos amigos? —preguntó Lushka, recogiendo

coquetón movimiento el pañuelo, que había resbalado de sus hombros—. ¿No buscáis a Davídov, por un casual?

Lushka sonreía ya insolente y triunfadora, entornando sus ojos atrevidos y radiantes, que buscaban los de su ex marido. Pero Makar, volviéndose hacia ella, le dirigió una mirada dura y tranquila, y dejando caer las palabras con la misma dureza y tranquilidad, respondió:

—No hemos venido a tu casa en busca de Davídov, sino en busca de Timoféi el Desgarrado.

—Pues no es aquí donde hay que buscarlo —respondió Lushka con mucho desparpajo, pero sus hombros tuvieron un estremecimiento—. Hay que buscarle en las tierras frías, a donde vosotros llevasteis a mi halcón…

—Déjate de fingimientos —dijo Makar con calma, sin perder los estribos.

Por lo visto, la fría serenidad de Makar, tan inesperada para ella, sacó de sí a Lushka, que pasó a la ofensiva:

—¿No serías tú, maridito, quien me iba pisando los talones esta noche cuando salí del caserío?

—¿Me conociste? —una sonrisa apenas perceptible afloró a los labios de Makar.

—No, en la oscuridad no te conocí, y me diste, queridito, un susto de muerte. Después, cuando ya estaba en el caserío, adiviné que habías sido tú.

—¿Cómo tú, una perra tan valiente, pudiste asustarte? —preguntó groseramente Razmiótnov, para desvanecer con su intencionada brutalidad el encanto de la provocativa belleza de Lushka.

La mujer, los brazos en jarras, le lanzó una mirada fulminante.

—¡A mí no me des tú ese nombre! ¡Anda y dáselo a tu Marinka! Puede que Demid el Callado te sacuda en los hocicos como es debido. A mí es fácil insultarme, porque no tengo aquí quien me defienda…

—Tienes más defensores de los necesarios —sonrió Razmiótnov.

Pero Lushka, sin prestarle la menor atención, preguntó a Makar:

—¿Por qué me seguiste? ¿Qué quieres de mí? Soy un pajarillo libre y vuelo a donde quiero. ¡Si hubiera ido conmigo mi amiguito Davídov, no te habría agradecido que fueras siguiéndonos el rastro!

El rostro de Makar se crispó, y sus pómulos palidecieron, pero haciendo un gran esfuerzo de voluntad se sobrepuso y no dijo palabra. En la cocina se oyó crujir sus dedos cuando apretó los puños. Razmiótnov se apresuró a cortar la conversación, que empezaba a tomar un giro peligroso.

—¡Basta ya de charlar! Tú, Lushka, y tú, Alexéievna, vestíos. Quedáis detenidas y vamos a llevaros en seguida a la cabeza del distrito.

—¿Por qué? —preguntó Lushka.

—Allí te lo dirán.

—¿Y si no quiero ir?

—Te amarraremos como a una oveja y te llevaremos de todos modos. No te dejaremos pernear. ¡Hala, vivo!

Durante unos segundos, Lushka permaneció indecisa, pero luego retrocedió unos pasos y, con movimiento imperceptible, se deslizó por la puerta y la cerró, tratando de echar el picaporte. Pero Makar tiró sin gran esfuerzo de la puerta, entró en la alcoba y dijo, alzando la voz:

—¡No estamos para bromas! Vístete y no intentes escaparte. No pienso correr detrás de ti; te dará alcance una bala, so tonta. ¿Está claro?

Lushka se sentó en la cama, respirando fatigosamente.

—Sal y me vestiré.

—Vístete. Y no te dé vergüenza: yo te he visto de todas las maneras.

—Haz lo que te dé la gana —dijo Luchka con cansancio, rindiéndose.

La mujer se quitó el camisón de dormir y la falda, se acercó al baúl, desnuda, encantadora en su armónica y juvenil belleza, y lo abrió. Makar no la miraba: indiferente, como petrificado, tenía los ojos puestos en la ventana…

Cinco minutos después, Lushka, ataviada con un modesto vestidito de percal, dijo:

—Ya estoy lista, Makárushka —alzó hacia él sus ojos sumisos y un tanto apenados.

Alexéievna, que esperaba ya vestida en la cocina, salmodió:

—¿Quién va a cuidar de mi casa? ¿Quién ordeñará la vaca? ¿Quién atenderá el huerto?

—De eso nos preocuparemos nosotros, buena mujer; cuando vuelvas, todo estará lo mismo que ahora —dijo tranquilizador Razmiotnov.

Salieron al patio y montaron en el carro. Razmiótnov empuñó las riendas, hizo restallar furiosamente el látigo, y los caballos partieron al trote largo. Detuvo a los animales frente al Soviet y saltó del vehículo.

—¡Apeaos, mujeres! —Razmiótnov entró el primero en el zaguán, encendió una cerilla y abrió la puerta de un oscuro cuartucho—. Pasad y acomodaos.

Lushka preguntó:

—¿Cuándo vais a llevamos a la cabeza del distrito?

—Al atardecer os llevaremos.

—Entonces, ¿para qué nos habéis traído aquí en el carro, y no a pie? —insistió Lushka.

—Para presumir —respondió Razmiótnov, sonriendo en la oscuridad.

Naturalmente, no podía explicar a las curiosas mujeres que las habían llevado allí en el carro porque no querían que las viera nadie camino del Soviet del caserío.

—Hubiéramos podido venir a pie —dijo Alexéievna y, persignándose, entró en el

cuartucho.

Lushka la siguió en silencio, suspirando abatida. Razmiótnov echó el candado y luego dijo en voz alta:

—Escucha, Lushka: os daremos de comer y de beber; en el rincón, a la izquierda de la puerta, tenéis un bacín para vuestras necesidades. Os ruego que estéis quietecitas, que no alborotéis ni deis golpes en la puerta, si no os juro por Dios verdadero que os amarraremos y os pondremos una mordaza. La cosa no va en broma. ¡Hasta luego! Antes del mediodía pasaré a veros.

Razmiótnov puso otro candado en la puerta del Soviet, y, con voz en la que había un dejo de súplica, comunicó a Nagúlnov, que le aguardaba en la terracilla:

—Las tendré aquí tres días; más no puedo. Makar, tú dirás lo que quieras, pero, si se entera Davídov, lo vamos a pasar mal.

—No se enterará. Lleva a la cuadra los caballos y después trae algo de comer a las detenidas. Bueno, gracias, yo me voy a casa…

… Sí, no era el bizarro y airoso Makar Nagúlnov de siempre el que iba, en medio de la azulosa penumbra del amanecer, por las desiertas callejas de Gremiachi Log… Caminaba ligeramente encorvado, abatida tristemente la cabeza, llevándose de cuando en cuando su grande y ancha mano al lado izquierdo del pecho…

A fin de que Davídov no le viera, Nagúlnov se pasaba el día segando y no regresaba al caserío hasta después del crepúsculo. A la segunda noche, antes de dirigirse a preparar la emboscada, se llegó a casa de Razmiótnov e inquirió:

—¿No ha preguntado por mí Davídov?

—No. Yo apenas si le he visto. Llevamos dos días tendiendo un puente sobre el río, y no tengo tiempo más que para ir a las obras y echar un vistazo a las detenidas.

—¿Qué tal están?

—Ayer al mediodía, la Luchka se puso hecha una fiera. Me acerqué a la puerta y me puso como no quieras saber. ¡La maldita jura como un cosaco borracho! ¿Dónde habrá aprendido esa ciencia? Me costó lo indecible que se calmara. Hoy está más tranquila. Llora.

—Deja que llore. Pronto tendrá que plañir por el muerto.

—No creo que Timoféi acuda —dijo Razmiótnov.

—¡Acudirá! —Nagúlnov descargó el puño sobre su rodilla; los ojos, inflamados por las noches de insomnio le fulguraron—. ¿Cómo va a dejar a su Lushka? ¡Acudirá!

… Y Timoféi acudió. Olvidando toda prudencia, al tercer día, a eso de las dos de la madrugada, apareció junto al seto. ¿Lo habrían llevado al caserío los celos? ¿No sería el hambre? Quizás fuera lo uno y lo otro; el caso es que no pudo resistir más y acudió…

Silencioso, como una fiera, avanzaba furtivo por la senda que subía desde el río. Makar no oyó ni el susurro de la arcilla bajo sus pies ni el crujido de la maleza seca, y cuando, a unos cinco pasos de distancia, surgió repentinamente la silueta de un hombre, un tanto inclinado adelante, la sorpresa le hizo estremecerse.

El fusil en la mano derecha, inmóvil, Timoféi escuchaba atento. Makar yacía entre el cáñamo, conteniendo la respiración. Por un segundo, su corazón se alteró, pero después siguió latiendo acompasadamente; sin embargo, se le secó la boca y le quedó en ella un sabor amargo.

Junto al río gritó con voz carrasposa un rascón. En el otro extremo del caserío mugió una vaca. En el prado de la margen contraria dejó oír su voz tableteante una codorniz.

Makar estaba en situación ventajosa para disparar: Timoféi le presentaba el costado izquierdo, pues se había vuelto ligeramente hacia la derecha, aguzando el oído.

Makar apoyó en el codo izquierdo el revólver, sin hacer ruido alguno. La manga de la chaqueta guateada estaba húmeda del rocío. Makar aguardó un instante. Sí, él, Makar Nagúlnov, no era ningún kulak, no era un canalla que pudiera disparar a traición contra el enemigo. Y, sin cambiar de posición, dijo:

—¡Vuélvete de cara a la muerte, canalla!

Timoféi saltó adelante y hacia un lado, como impelido por un trampolín, y se echó el fusil a la cara, pero Makar le ganó la mano. En la húmeda y callada noche, el disparo restalló sordamente, con poca fuerza.

Timoféi dejó caer el fusil y, doblando las rodillas, se desplomó, según le pareció a Makar, lentamente. Makar oyó el sordo y pesado golpe de su cabeza contra el duro suelo de la vereda.

Makar siguió tendido unos quince minutos, sin mover ni un dedo. «La gente no suele acudir en tropel a refocilarse con una sola mujer, pero puede que sus amigos se hayan ocultado cerca del río y estén esperándole», se dijo, aguzando al máximo el oído. Pero en torno reinaba un silencio absoluto. El rascón, que al oír el disparo había enmudecido, de nuevo empezó su carraspeo, tímidamente, con intervalos. El amanecer se aproximaba raudo. Se agrandaba, ensanchándose, la purpúrea cenefa del confín oriental del cielo, azul oscuro. Ya se dibujaban nítidamente los grupos de los sauces ribereños. Makar se levantó y se acercó a Timoféi. Yacía de espaldas, el brazo derecho muy separado del cuerpo. Tenía muy abiertos sus inmóviles ojos, que no habían perdido aún el brillo de la vida. Parecía que aquellos ojos muertos admiraban con extasiado y mudo embeleso las pálidas estrellas que se iban apagando, la nubecilla opalina ribeteada de plata que se desvanecía allá en el horizonte, y el infinito océano celeste, cubierto por una tenue y transparente neblina.

Makar empujó al muerto con la punta de la bota y preguntó quedamente:

—¿Qué, maldito, han terminado tus andanzas?

Incluso muerto era guapo aquel hombre mimado y querido por las mujeres. Sobre la frente despejada y blanca, sin la huella cobriza del sol, le caía un oscuro mechón; el carnoso rostro no había perdido aún su ligero arrebol; el prominente labio superior, enmarcado por un bigote sedoso y negro, aparecía un poco levantado, dejando ver los húmedos dientes, y una leve sonrisa de asombro retozaba en los jugosos labios que tan pocos días atrás besaran ansiosos a Lushka. «¡Bien cebado estás, muchacho!», dijo para sus adentros Makar.

Ahora, Makar examinaba al muerto tranquilamente, sin sentir ni su reciente furia ni satisfacción, nada que no fuera un cansancio agobiante. La muerte de Timoféi había hecho que se marchara muy lejos, para no volver más, todo lo que durante largos días y años le inquietara, todo lo que hacía agolparse en su corazón la sangre ardiente, oprimiéndolo con las tenazas de la rabia, los celos y el dolor.

Makar levantó el fusil y, con una mueca de repugnancia, registró la ropa del muerto. En el bolsillo izquierdo de la chaqueta palpó el aristado cuerpo de una bomba de mano; en el derecho no había más que cuatro peines de cartuchos de fusil. Timoféi no llevaba ningún documento.

Antes de marcharse, Makar miró por vez última al muerto y se dio cuenta de que su camisa con bordados aparecía recién lavada y sus pantalones caqui estaban meticulosamente zurcidos en las rodillas, sin duda por mano femenina. «¡Se ve que te alimentaba y cuidaba bien!», pensó amargamente Makar, haciendo pasar con trabajo, con mucho trabajo, una pierna al otro lado del hueco en el seto.

A pesar de lo temprano que era, Razmiótnov esperaba a Makar junto a la puertecilla de la cerca, tomó de sus manos el fusil, los cartuchos y la granada y dijo satisfecho:

—¿Le has metido un balazo? Era un mozo valiente, no conocía el miedo… Oí tu disparo, me levanté y me vestí. Quería ir para allá, pero vi que ya venías. Se me quitó un peso de encima…

—Dame las llaves del Soviet —pidió Makar.

Razmiótnov, aunque había adivinado para qué las pedía, preguntó:

—¿Quieres soltar a Lushka?

—Sí.

—¡Haces mal!

—Cállate —dijo sordamente Makar—. Pese a todo, la quiero a esa víbora…

Makar tomó las llaves, dio media vuelta sin decir palabra y, arrastrando los pies, se encaminó hacia el Soviet…

En la oscuridad del zaguán, Makar tardó bastante en acertar con la llave en el candado. Una vez que hubo abierto la puerta del cuartucho, llamó en voz baja:

—¡Lushka, sal un momento!

Se oyó en el rincón el susurro de la paja. Lushka apareció sin decir palabra en el umbral y, con ademán perezoso, se arregló el blanco pañuelo que llevaba en la cabeza.

—Sal a la terracilla —dijo Makar, y se apartó, dejando paso a la mujer.

En la terracilla, Lushka, sin decir palabra, se llevó las manos a la espalda y se apoyó en la barandilla. ¿Lo habría hecho buscando apoyo? Esperaba en silencio. Lo mismo que Razmiótnov, no había dormido en toda la noche y había oído el sordo disparo al amanecer. Por lo visto, adivinaba lo que iba a decirle Makar. Su rostro estaba pálido, y sus ojos, secos, muy hundidos en las oscuras órbitas, tenían una expresión que Makar nunca había visto en ellos.

—He matado a Timoféi —dijo Makar, mirándola a los negros ojos, llenos de sufrimiento; luego, pasó la mirada a las amargas arruguillas que, con sorprendente rapidez, tan sólo en dos días, habían hecho su nido en las comisuras de los caprichosos y sensuales labios—. Vete a casa en seguida, lía el petate y márchate para siempre del caserío, si no, lo vas a pasar mal… Te procesarán.

Lushka no dijo palabra. Makar rebulló torpemente, buscando algo en sus bolsillos. Después le tendió, sobre la palma de la mano, un pañuelito de encaje, todo estrujado, gris, sucio, sin lavar desde hacía mucho tiempo.

—Es tuyo. Lo dejaste en casa cuando te fuiste… Tómalo; ahora ya no lo necesito…

Con dedos fríos, Lushka ocultó el pañuelo en la manga de su arrugado vestido. Makar respiró profundamente y dijo:

—Si quieres despedirte de él, está junto a vuestra casa, al pie del seto..

Se separaron en silencio para no volver a verse nunca más. Al bajar de la terracilla, Makar se despidió inclinándose displicente, y Lushka, siguiéndole con una larga mirada, respondió a la despedida abatiendo su orgullosa cabeza. Quizás en aquel último encuentro le pareciera otro aquel hombre siempre adusto y un poco insociable. ¡Quién sabe!…

Capítulo XII

Unos días espléndidos, calurosos, aceleraron el espigado de la hierba en los valles, y, por fin, se sumó a la siega en la estepa la tercera y última brigada del koljós de Gremiachi Log. Sus guadañeros salieron al campo el viernes por la mañana, y el sábado por la tarde Nagúlnov se personó en casa de Davídov. Tomó asiento y, encorvado, permaneció largo rato en silencio. Iba sin afeitar y parecía haber envejecido durante los últimos días. En su prominente mentón, cubierto de oscura pelambre, notó por primera vez Davídov la chispeante escarcha de las canas.

Ambos estuvieron unos diez minutos fumando, y en todo ese tiempo ninguno profirió una sola palabra, ninguno quiso ser el primero en iniciar la conversación. Pero, ya a punto de marcharse, Nagúlnov preguntó:

—Parece que los de Liubishkin han salido todos a segar, ¿no lo has comprobado?

—Los designados han salido. ¿Qué pasa?

—Mañana, a primera hora, deberías largarte a su brigada a ver cómo le van las cosas.

—¿Acaban de salir y ya hay que comprobar? ¿No es demasiado pronto?

—Mañana es domingo.

—¿Y qué?

A los finos labios de Nagúlnov asomó una sonrisa apenas perceptible:

—Casi todos los de su brigada son devotos, aficionados al opio de la iglesia, en especial las faldas. Es verdad que han salido, pero en día festivo no segarán ni un pijo. Descúidate y verás cómo algunas mujeres se te van a la iglesia de Tubianskói. Y el tiempo apremia; además, puede empezar a llover, y en vez de heno recogeríamos cuatro hierbajos.

—Bueno, saldré temprano y lo comprobaré. Está claro que no permitiré a nadie que falte al trabajo. Gracias por habérmelo advertido. ¿Por qué sólo los de Liubishkin son casi todos devotos, según dices?

—También los hay de sobra en las otras brigadas, pero en la tercera abundan más.

—Entendido. ¿Y tú, qué piensas hacer mañana? ¿Por qué no vas a la primera brigada?

Nagúlnov contestó de mala gana:

No iré a ninguna parte, quiero estar unos días en casa. Estoy derrengado… Como si me hubieran molido a palos…

En la célula de Gremiachi Log era ley que durante las faenas del campo cada comunista estuviese en el tajo. Por lo común salían para allá mucho antes de que se recibiesen instrucciones del Comité de distrito. Esta vez la presencia de Nagúlnov en alguna de las brigadas era también imprescindible, pero Davídov comprendía perfectamente el estado de ánimo de su camarada, y por eso le dijo:

—Bueno, quédate en casa, Makar. Sí, incluso será mejor: alguno de los dirigentes debe encontrarse en el caserío, por si ocurre algo.

Si Davídov agregó la última frase, fue porque no quiso expresar abiertamente a Makar su condolencia. Nagúlnov, como si sólo hubiera ido a verle para aquello, se marchó sin despedirse.

Pero a los pocos momentos volvió a entrar en la habitación y sonrió, excusándose:

—Tengo la memoria como un bolsillo agujereado, hasta se me olvidó despedirme de ti. Cuando vuelvas de ver a Liubishkin, pásate por mi casa, me contarás cómo viven los devotos y a dónde miran: si a las patas de los caballos o a la cruz de la iglesia de Tubianskói. Diles a esos papanatas bautizados que Jesucristo envió el maná desde el cielo a los hombres de la antigüedad en un año de hambre, y eso una sola vez en la vida, pero que a los cosacos no les segará el heno para el invierno, así que no confíen en él. En pocas palabras, haz allí propaganda antirreligiosa a todo meter. Ya sabes, sin necesidad de que te lo expliquen, lo que hay que decir en esos casos. Lástima que no vaya contigo, pues podría prestarte gran ayuda. Puede que no sea buen orador, pero en cambio, amigo, tengo unos puños que valen para cualquier debate. Al primer puñetazo, mi contrincante ya no me hace objeciones, porque éstas valen mientras se está de pie, pero una vez tumbado, ¿qué objeciones va a tener? Las objeciones de los tumbados no se toman en cuenta.

Animado de pronto y con un brillo alegre en los ojos, Nagúlnov propuso:

—Oye, Semión, ¿y si voy contigo? Puede que, en mala hora, tengas un lío con las mujeres por alguna incomprensión religiosa, y entonces puedo serte muy útil. Ya conoces a nuestras mujeres: si esta primavera no te descuartizaron por ser la primera vez, la próxima te harán picadillo. Yendo conmigo no te pasará nada. Yo sé cómo hay que tratar a esas hijas de Satanás.

Reprimiendo la risa a duras penas, Davídov denegó con las manos, asustado:

—¡No, no! ¡Ni hablar! No necesito para nada tu ayuda, me las arreglaré solo. ¿No serán tus temores totalmente infundados? La gente es ahora mucho más consciente, si se compara con los primeros meses de la colectivización, ¡eso es la pura verdad! Y tú, Makar, sigues midiéndola por el viejo rasero, ¡la pura verdad!

—Como quieras, puedo ir o quedarme. Pensé que tal vez pudiera ayudarte, pero, si eres tan orgulloso, allá te las compongas.

—No te enojes, Makar —repuso conciliador Davídov—. Tú no vales para combatir los prejuicios religiosos, pero, en cambio, puedes hacer un daño tremendo en este asunto, tremendo.

—No quiero discutir contigo sobre este punto —replicó áspero Nagúlnov—. ¡Ten cuidado, no te equivoques! Tú acostumbras a gastar contemplaciones con esos propietarios de ayer, mientras que yo les hago la propaganda como me dicta mi

conciencia de guerrillero. Bueno, me voy. Que te vaya bien.

Como si fueran a separarse por mucho tiempo, cambiaron un fuerte apretón de manos. Los dedos de Nagúlnov eran duros y fríos, como de piedra; sus ojos habían perdido el brillo que poco antes los animara y a ellos asomaba de nuevo un dolor mudo y profundo. «Pasa momentos difíciles…», pensó Davídov, sofocando con esfuerzo su inoportuna compasión.

Con la mano ya en el picaporte, Nagúlnov se volvió hacia Davídov, pero, rehuyendo mirarle, puso la vista en un rincón, y su voz sonó ronca, cuando dijo:

—Mi ex mujer, tu amante, se ha marchado del caserío. ¿Lo sabías?

Davídov, ignorante aún de que, pocos días atrás, la Lushka se había despedido para siempre de Gremiachi Log y de los lugares tan entrañables y evocadores para ella, quedó sorprendido y dijo muy seguro de que estaba en lo cierto:

—No puede ser. ¿A dónde va a ir sin documentación? Estará, sin duda, en casa de su tía, esperando a que deje de hablarse de Timoféi. Es natural que le resulte violento aparecer ahora por el caserío. Mal le salieron las cosas con Timoféi…

Makar sonrió torcidamente y estuvo tentado de decir: «¿Es que le salieron mejor conmigo y contigo?», pero, en vez de eso, explicó:

—Tiene su pasaporte, y se marchó del caserío el miércoles, eso lo sé a ciencia cierta. Yo mismo vi cómo se ponía en camino de madrugada —en la mano llevaba un hatillo, seguramente de ropa—, permaneció un rato en el otero, contemplando el caserío, y desapareció, la muy condenada. Pregunté a su tía que adónde había ido Lushka, pero la mujer no sabía nada. Lushka le dijo que se iba por esos mundos de Dios. Esto es todo. Tanto llevó el cántaro a la fuente, la maldita, que acabó quebrándolo…

Davídov callaba. La vergüenza y el embarazo que ya otras veces sintiera ante Makar lo invadieron con renovada fuerza. Aparentando indiferencia y apartando también la mirada, dijo quedo:

—¡Bah, puente de plata! Nadie se compadecerá de ella.

—Nunca ha necesitado la compasión de nadie, pero en lo tocante a los amores, Timoféi nos dio tres y raya a los dos, amigo. ¡Eso es la pura verdad!, como tú sueles decir. ¿Por qué tuerces el hocico? ¿No te gusta? A mí tampoco me gusta mucho el asunto, pero lo cierto, cierto es. Tú y yo nos quedamos sin la Lushka con mucha facilidad. ¿Por qué? Pues porque no es una mujer, sino el mismísimo demonio. ¿Crees que espera con ansia la revolución mundial? Nada de eso. Le importan un bledo los koljóses, los sovjóses, el propio Poder soviético. Solo le gusta andar de jarana, trabajar lo menos posible y retozar a más y mejor: ése es todo su programa de hembra sin partido. Si quieres retener a tu lado a una mujer así, tienes que untarte las manos de brea, agarrarte a su falda, cerrar los ojos y olvidarte de todo en el mundo, y aún así, en cuanto te adormiles un poco, se sale de su falda como la culebra de la piel,

y en cueros vivos, cual la parió su madre se te va de parranda. Así es esa Lucha, maldita de Dios y de toda la corte celestial. Por eso se encaprichó del Timoféi. El Desgarrado se pasaba semanas enteras ganduleando por el caserío con su acordeón, rondaba mi casa, y Lushka, en cuanto le oía, se encendía toda por dentro y soñaba, la pobre, con que yo me marchara a algún sitio. ¿Con qué podíamos nosotros retener a una mujer tan casquivana? ¿Es que íbamos a renunciar por ella a la revolución al trabajo diario del Poder soviético? ¿O juntar dinero para comprar entre los dos un acordeón? Eso hubiera sido el acabóse. El acabóse y la degeneración burguesa. No, Semión, más vale que ella se ahorque tres veces en el primer árbol que encuentre, a que nosotros renunciemos por una zorra así a nuestros ideales de partido.

Nagúlnov volvió a animarse, se enderezó. Sus pómulos se arrebolaron. Se apoyó en el quicio de la puerta, lió un cigarrillo, lo encendió, y a las dos o tres chupadas largas, dijo ya más reposado, en voz baja, susurrante a veces:

—Debo confesarlo, Semión; temía que mi ex mujer empezara a llorar a grito pelado cuando viese muerto a Timoféi… Pues, no. Su tía me contó que se le acercó sin lágrimas, sin un solo grito, se arrodilló ante él, y dijo bajito: «Volabas hacia mí, aguilucho mío, y encontraste la muerte… Perdóname por no haber podido evitar que perecieras». Luego se quitó el pañuelo de la cabeza, se sacó la peineta y peinó a Timoféi, le arregló el mechón, le besó en los labios, y se fue. No se volvió ni una sola vez.

Tras breve pausa, Makar volvió a elevar el tono, y en su ronquera Davídov captó, inesperadamente, unas notas de orgullo mal disimulado:

—Esa fue toda su despedida. ¿Verdad que es tremendo? ¡Duro tiene el corazón esa maldita! Bueno, me voy. Que te vaya bien.

Ya estaba claro para qué había ido allí Makar… Davídov le acompañó hasta la cancela, volvió a su oscura alcoba y se tendió en la cama sin desnudarse. No quería recordar ni pensar; deseaba, únicamente, abismarse en el sueño. Pero el sueño no acudía.

¡Cuántas veces se había maldecido mentalmente por sus irreflexivas e imprudentes relaciones con Lushka! En ellas no había ni pizca de amor… Bastó que apareciera Timoféi para que Lushka, sin vacilar, rompiera con él y volviera a juntarse con el hombre que amaba, sin importarle nada. Por lo visto era verdad que el primer amor no se olvidaba… Se había ido del caserío sin decirle una palabra de despedida. En realidad, ¿para qué lo necesitaba? Se había despedido del que incluso muerto le era querido, y ¿qué pintaba aquí él? Todo había seguido su curso natural. Y aquellas relaciones tan bajas con Lushka habían sido como una mala carta sin terminar, interrumpida a mitad de palabra. Eso había sido todo.

Davídov se revolvía en el angosto camastro, carraspeaba, se levantó dos veces a fumar, y amanecía ya cuando logró conciliar el sueño. Sin embargo, no tardó en

despertarse. El corto sueño no le despejó, ni mucho menos. Se levantó como después de una gran borrachera: le angustiaba la sed, le dolía insoportablemente la cabeza, tenía la boca seca y de vez en cuando le daban arcadas. Arrodillándose con dificultad, buscó largo tiempo las botas, tanteando con las manos debajo de la cama y de la mesa y mirando perplejo a los rincones del cuarto vacío. Al enderezarse, vio que las llevaba puestas, carraspeó enojado y murmuró:

A lo que has llegado, marinero. Enhorabuena. Imposible ir más lejos, ¡eso es la pura verdad! Maldita Lushka. Hace cuatro días que falta del caserío, y aún sigue conmigo…

Junto al pozo se desnudó hasta la cintura, entre ayes y gemidos se echó un cubo de agua helada sobre la caliente y sudorosa espalda, se mojó la cabeza, y pronto, sintiendo cierto alivio, se encaminó a la cuadra del koljós.

Capítulo XIII

Una hora más tarde estaba ya cerca del campamento de la tercera brigada; antes de llegar observó que allí ocurría algo anormal: más de la mitad de las segadoras estaban paradas; por la estepa, aquí y allá, pacían maniatados los caballos; nadie rastrillaba las cambas de heno seco y hasta el mismo horizonte no se veía ni un solo almiar…

Ante la caseta de la brigada, seis cosacos jugaban a las cartas sobre un saco extendido, uno remendaba sus albarcas y otro, cómodamente instalado al fresco junto a una rueda trasera de la caseta, dormía con el rostro hundido en un impermeable de lona arrugado y sucio. Al ver a Davídov, los jugadores se levantaron perezosamente, excepto uno. Medio tendido, apoyado en un codo y, al parecer, rememorando mohíno la partida que acababa de perder, el hombre aquel barajaba pensativo y calmoso las cartas.

Pálido de rabia, Davídov galopó hacia los jugadores, y les gritó con voz entrecortada:

—¿A esto lo llamáis trabajar? ¿Por qué no segáis? ¿Dónde está Liubishkin?

—Es que hoy es domingo —contestó indeciso uno de los jugadores.

—¿Acaso el tiempo va a esperaros? ¿Y si se pone a llover?

Davídov tiró con tanta fuerza de las bridas, que el caballo, haciendo extraños, pisó la arpillera y, asustado al sentir bajo las patas un suelo tan deshabitual, se encabritó y dio un gran bote. Davídov se tambaleó y estuvo a punto de perder los estribos, pero consiguió mantenerse en la silla. Se echó hacia atrás, tiró de las riendas todo lo que pudo y, cuando se hizo por fin con el caballo, que rebullía inquieto, gritó aún más fuerte:

—¿Dónde está Liubishkin, os pregunto?

—Allí está segando, la segunda máquina a la izquierda del altozano. ¿Y tú, presidente, por qué alborotas? Ten cuidado, no te vayas a desgañitar… —observó mordaz Ustin Rikalin, un cosaco entrado en años, achaparrado, de poblado entrecejo albino y cara de luna, cuajada de pecas.

—¿Por qué hacéis el vago? ¡Os lo pregunto a todos! —Davídov se atragantó por la indignación y los gritos.

Tras un breve silencio, el enfermizo y sosegado Alexandr Necháiev, que vivía en el caserío junto a Davídov, contestó:

—No hay quien arree los caballos, eso es lo que pasa. Las mujeres y algunas mozas se han ido a misa, y nosotros, aun sin quererlo, tenemos que estar ociosos… Les pedimos a las condenadas que no hicieran eso, pero no atendieron a razones, por más cariñosos que procuramos ser. No fue posible retenerlas de ninguna forma. Se lo rogamos así y asá, pero no pudimos convencerlas, créenos, camarada Davídov.

—Supongamos que os creo. Pero vosotros, los hombres, ¿por qué no trabajáis? —inquirió Davídov con más compostura, pero todavía con tono excesivamente airado.

El caballo no quería calmarse, se acortaba y amusgaba medroso las orejas; un temblor frecuente estremecía su piel. Davídov, haciéndole tascar el freno, le acariciaba el sedoso y cálido cuello, esperando con paciencia la respuesta de los cosacos, pero el silencio se prolongaba…

—Pues, porque no hay con quién trabajar. ¿No te digo que no hay mujeres? —explicó, de mala gana, Necháiev, mirando a los demás y esperando, por lo visto, que le apoyasen.

—¿Cómo que no hay con quién? Aquí estáis ocho hombres sin dar golpe. ¿Hubierais podido poner en marcha cuatro segadoras? Sin duda. Pero os gusta más jugar a las cartas. No esperaba de vosotros esta actitud hacia las cosas del koljós, no la esperaba, ¡la pura verdad!

—¿Y tú qué te creías?, ¿que no somos personas, sino bestias de labor? —preguntó provocador Ustín.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Tienen días de descanso los obreros?

—Sí, pero las fábricas no se paran los domingos, y los obreros no juegan a las cartas en los talleres, como vosotros aquí. ¿Entendido?

—Allí, seguramente, los domingos trabajan otros turnos, mientras que aquí nosotros estamos solos, como malditos. Desde el lunes hasta el sábado llevamos puesta la collera, y el domingo no podemos quitárnosla, ¿qué vida es ésta? ¿Acaso lo dicta así el Poder soviético? El Poder dice que no debe haber diferencia entre los trabajadores, pero vosotros trabucáis las leyes y procuráis volverlas a vuestro favor.

—¿Cómo puedes decir tales burradas? ¿Cómo puedes? —exclamó irritado Davídov—. Quiero que tengan heno para el invierno todo el ganado del koljós y todas vuestras vacas. ¿Te enteras? ¿Es que eso va a mi favor? ¿O es para mí beneficio personal? ¿Cómo puedes decir necedades tan grandes, so charlatán?

Ustín hizo un ademán despectivo.

—Vosotros lo único que queréis es cumplir el plan a tiempo, y después venga lo que venga. ¡Como que voy a creerme yo que os preocupa nuestro ganado! Antes de la primavera, cuando llevaron a Voiskovói sencillas desde la estación, ¿cuántos bueyes la diñaron en el camino? Un montón. Y tú nos vienes ahora contándonos cuentos.

—Los bueyes del koljós de Voiskovói murieron en el camino porque unos tipos de tu calaña habían enterrado el cereal. Ingresaron en el koljós, pero ocultaron el trigo. Y como había que sembrar, se tuvo que arrear los bueyes, en busca de las semillas, por un camino intransitable, por eso la diñaron, ¡eso es la pura verdad! ¿Es que tú no lo sabes?

—Vosotros lo único que queréis es cumplir el plan, por eso te preocupa lo del

heno —rezongó obstinado Ustín.

—¿Es que me lo voy a comer yo? Si me preocupo, es por el bien común. ¿Qué tiene que ver aquí el plan? —gritó Davídov exasperado.

—No alborotes, presidente, que a mí no me asustas con truenos, he servido en artillería. Bueno, supongamos que te preocupas por el bien común, pero, ¿por qué deslomas a la gente, obligándola a trabajar día y noche? ¿Dices que el plan no tiene que ver aquí? Pues sí que tiene. Tú quieres hacer méritos ante los jefes del distrito, éstos ante los de la región, y nosotros somos los que pagamos el pato. ¿Crees que la gente no ve nada? ¿Crees que el pueblo está ciego? El lo ve, pero ¿adónde va a escapar de gentes tan celosas de su cargo? A ti, por ejemplo, y a otros como tú, ¿podemos quitaros del puesto que ocupáis? No, no podemos. Por eso hacéis lo que se os antoja, y como Moscú está lejos, no se entera de las jugarretas que hacéis aquí vosotros…

Contrariamente a lo que suponía Nagúlnov, no fue con las mujeres con quienes tuvo que enfrentarse Davídov. Pero no por ello resultó más fácil la cosa. El tirante silencio de los cosacos le dio a entender que los gritos no servirían de nada y más bien serían perjudiciales. Había que armarse de paciencia y actuar con el medio más seguro: la persuasión. Miró atentamente el rostro colérico de Ustín, y pensó con alivio: «Menos mal que no me he traído a Makar. Si llega a estar aquí, ya teníamos mamporros y pelea…»

Para ganar tiempo y planear la inminente contienda con Ustín y, quizá, con los que pensaran apoyarle, Davídov preguntó:

—Cuando me eligieron presidente, ¿tú votaste por mí, Ustín Mijáilovich?

—No, me abstuve. ¿A santo de qué iba a votarte? A ti te trajeron como a gato en saco…

—Vine yo mismo.

—Es igual, viniste como gato en saco, ¿cómo iba a votar por ti, sin saber quién eras?

—¿Y ahora, estás contra mí?

—¿Cómo no voy a estarlo? Naturalmente.

—Pues entonces plantea en la asamblea general del koljós que me sustituyan. Lo que decida la asamblea, así será. Pero argumenta tu proposición como es debido, si no, fracasarás.

—No fracasaré, no te preocupes, y aún tengo tiempo para eso, no corre prisa. Pero mientras eres el presidente, dinos: ¿Qué has hecho de nuestros días de descanso?

Contestar a esta pregunta hubiera sido sencillísimo, pero Ustín no le dejó abrir la boca:

—¿Por qué en el distrito, es decir, en la *stanitsa*, las señoritas empleadas, al llegar el domingo, se pintan los morros, se empolvan y andan de paseo todo el santo día y

por la noche van al baile o al cine, mientras que nuestras mujeres y nuestras mozas han de sudar la gota gorda incluso los domingos?

—Durante las faenas agrícolas, en el verano…

—Nosotros siempre tenemos faena; en invierno y en verano, todo el año de faena.

—Quiero decir…

—No parlotees en balde. No tienes nada que decir.

Davídov levantó la mano en señal de advertencia:

—¡Para, Ustín!

Pero éste le interrumpió, escupiendo frenético las palabras:

—Aquí estoy, parado y de pie, como un criado, y tú a caballo, como un señor.

—Espera un momento, te lo pido por favor.

—No tengo nada que esperar. Por mucho que espere, no oiré de ti ni una cochina palabra verdadera.

—¿Me vas a dejar hablar? —gritó Davídov, poniéndose bermejo.

—A mí no me grites. No soy Lushka Nagúlnova. —Ustín, jadeante, aspiró el aire, muy dilatadas las aletas de la nariz, y prosiguió con voz cascada, gritona y rápida: —De todos modos, aquí no te dejaremos despotricar sin ton ni son. En las reuniones mueve cuanto quieras la sin hueso, aquí somos nosotros los que tenemos la palabra. Y tú, presidente, no nos eches en cara lo de las cartas. En el koljós mandamos nosotros: si queremos, trabajamos, si no, descansamos; pero no nos harás trabajar a la fuerza los días festivos, te faltan redaños.

—¿Has terminado? —inquirió Davídov, conteniéndose muy a duras penas.

—No, no he terminado. Te diré, para terminar, lo siguiente: si no te gusta nuestro modo de ser, vete al cuerno, por donde viniste. Nadie te pidió que vinieses al caserío, y sin ti, Dios mediante, nos las arreglaremos. ¡Puñetera la falta que nos haces!

Era una provocación en toda regla. Davídov comprendía perfectamente las intenciones de Ustín, pero ya no podía dominarse. Se le nubló la vista y, durante unos instantes, miró, sin ver apenas, las pobladas cejas de Ustín y su cara redonda, de pronto inexplicablemente borrosa; tuvo la vaga sensación de que la mano derecha, con la que asía vigorosamente el látigo, se inyectaba en sangre e iba haciéndose pesada, hasta producirle un agudo y punzante dolor en las articulaciones de los dedos.

Ustín permanecía frente a él, las manos despectivamente metidas en los bolsillos del pantalón, muy abiertas las piernas… Había recobrado en el acto su pachorra, y ahora, tácitamente respaldado por los otros cosacos, seguro de su superioridad, sonreía tranquilo y burlón, entornando sus ojos zarcos, muy hundidos en las órbitas. Entretanto, Davídov palidecía más y más, movía los labios lívidos, incapaz de pronunciar ni una palabra. En porfiada lucha consigo mismo, tensaba toda su voluntad para refrenar la ira ciega e irreflexiva que lo invadía, para no estallar. La voz de Ustín pareció llegarle de muy lejos, pero captaba netamente el sentido de lo que

decía y su entonación burlona y mordaz…

—¿Qué haces ahí, presidente, boqueando como un pez y callado como un muerto? ¿Te has tragado la lengua o es que no tienes nada que decir? Antes querías hablar, y ahora parece como si te hubieras llenado la boca de agua… Sí, amigo, está visto que no se puede ir contra la verdad. Más vale, presidente, que no te metas con nosotros ni te acalores por naderías. Mejor será que te apees tranquilamente del caballo y juegues una partida con nosotros. Esto, amigo, requiere talento, no es como dirigir un koljós…

Uno de los cosacos que se hallaban detrás de Ustín dejó escapar una risita, pero la cortó en seco. Por un instante se hizo junto a la caseta un silencio tenso que nada bueno auguraba. Sólo se oía la agitada respiración de Davídov, el lejano chirrido de las segadoras y el sedante y despreocupado canto de las invisibles alondras, que se desgañitaban en el cielo azul. A las avecillas les era indiferente lo que estaba sucediendo entre aquellos hombres que, excitados, se agolpaban junto a la caseta…

Davídov levantó despacio el látigo y rozó al caballo con los tacones. En aquel mismo instante, Ustín avanzó rápido, asió con la siniestra las riendas y dio un paso hacia la derecha, apretándose a la pierna de Davídov.

—¿Quieres pegarme? Anda, a ver si te atreves —dijo amenazante, muy queda la voz.

En su rostro se acusaron de repente los pómulos, y los ojos le relumbraron con un fulgor alegre y desafiante, que acusaba la impaciencia con que esperaba el golpe.

Pero Davídov descargó con fuerza el látigo sobre la caña de su bota rojiza, miró de arriba abajo a Ustín, intentando sonreír sin conseguirlo, y dijo:

—No, no te voy a pegar, Ustín. No te hagas ilusiones, blanco asqueroso. Si hubiera topado contigo hace diez años, otro gallo te cantaría… Entonces te habría quitado ya para siempre las ganas de hablar, contrarrevolucionario.

Empujando levemente a Ustín con la pierna, Davídov se apeó del caballo.

—Bueno, Ustín Mijáilovich, ya que has empuñado las riendas, lleva el caballo y átalo. ¿Dices que juegue a las cartas con vosotros? Con mucho gusto. Venga, echad.

La discusión cobraba un sesgo harto inesperado… Los cosacos se miraron, remolonearon un poco y se fueron sentando silenciosos en torno al saco. Ustín ató el caballo a una rueda de la caseta, se sentó en cuclillas frente a Davídov y, de vez en cuando, le echaba fugaces ojeadas. Estaba lejos de considerarse derrotado en la disputa con Davídov, y por eso decidió continuar la conversación.

—No has dicho nada de los días de descanso, presidente. Le has dado carpetazo al asunto…

—Tú y yo aún hemos de hablar —prometió Davídov con un tono que decía mucho.

—¿Cómo entender esto?, ¿es que me amenazas?

—¿Te amenazo? ¡Nada de eso! Si nos hemos sentado a jugar a las cartas quiere decir que no vamos a ocuparnos de ninguna otra cosa. Ya tendremos ocasión de hablar…

Pero, a medida que Davídov se tranquilizaba, más y más nervioso se ponía Ustín. Sin terminar la partida, arrojó con enojo las cartas sobre el saco extendido en el suelo y se abrazó las rodillas.

—Qué juego ni qué demonios, más vale que hablemos de los días de descanso. ¿Crees, presidente, que sólo la gente piensa en ellos? Ni mucho menos. Ayer, muy de mañana, fui a enganchar los caballos, y la yegua alazana suspiró de pena y me dijo, como si fuera una persona: «¡Ay, Ustín, Ustín!, ¿qué vida es ésta que llevamos en el koljós? Los días laborables me hacen trabajar, no me quitan la collera ni de día ni de noche, y en las fiestas tampoco me desenganchan. Antes era otra cosa-a-a. Los domingos no me hacían trabajar, sólo íbamos de visita o de boda. Antes, mi vida era incomparablemente mejor».

Los cosacos se echaron a reír, no muy fuerte, pero todos a una. Al parecer, estaban con Ustín. Pero enmudecieron expectantes cuando Davídov, acariciándose la nuez, dijo sin levantar la voz:

—¿De quién era antes del koljós esa yegua tan interesante?

—Ustín entornó ladinamente los ojos e hizo un ligero guiño a Davídov.

—¿Crees que era mía, que repetía mis palabras? No, presidente, esta vez te has equivocado. La yegua era de Titok, es una yegua deskulakizada. Cuando vivía en la hacienda de su amo, se alimentaba mucho mejor que en el koljós: en el invierno, nada de sobras, se le desgastaron los dientes de comer nada más que avena. Se daba la gran vida.

—O sea, la yegua es vieja, ya que no tiene dientes —dedujo Davídov, como quien no quiere la cosa.

—Sí, es vieja, antañona —asintió de buen grado Ustín, que no esperaba ninguna treta de su adversario.

—En tal caso, pierdes el tiempo al escuchar a esa yegua tan habladora —afirmó rotundo Davídov.

—¿Por qué pierdo el tiempo?

—Porque las yeguas de los kulaks hablan como sus amos.

—¡Pero si ahora es koljosiana!…

—En apariencia también tú eres koljosiano, pero, en realidad, eres un acólito de los kulaks.

—Oye, presidente, en esto te has pasado de la raya…

—¡Qué voy a pasarme! Los hechos, hechos son. Y, además, si la yegua es vieja, ¿qué necesidad tenías de escucharla? De vieja que es, ha perdido el seso. Si fuera más joven y más inteligente, no hubiera hablado así contigo.

—¿Cómo pues? —demandó Ustín, poniéndose en guardia.

—Hubiera debido decirte: «Ay, Ustín, Ustín, lacayo de los kulaks. En el invierno, hijo de perra, no diste golpe; en la primavera no trabajaste, simulando estar enfermo, y ahora tampoco quieres trabajar como es debido. ¿Con qué me vas a alimentar durante el invierno? ¿Qué vas a comer tú mismo? Nos moriremos de hambre los dos, como sigamos trabajando así». Eso debió decirte.

Una carcajada general rubricó las últimas palabras de Davídov. Necháiev reía como una moza, conocidos de ratón. Guerásim Ziáblov se puso en pie de un salto y reía con denso vozarrón, agachándose cómicamente y dándose palmadas en las cañas de las botas, como en una danza. Y el más viejo de todos, Tijon Osetrov, agarrándose con toda la mano su barba entrecana, berreó:

—¡Túmbate boca abajo, Ustín, y no levantes la cabeza! Davídov te ha chafado.

Cuál no sería el asombro de Davídov al ver que el propio Ustín reía también como si tal cosa y sin el menor fingimiento.

Cuando, poco a poco, se hizo el silencio, Ustín fue el primero en decir:

—Me has hecho cisco, presidente… No creí que fueras a zafarte de mí con tanta maña. En cuanto a lo de lacayo de los kulaks, eso no es verdad, y tampoco lo es que esta primavera simulase estar enfermo. En esto, presidente, perdóname, pero mientes.

—Demuéstralo.

—¿Con qué?

—Con hechos.

—¿Qué hechos quieres, cuando hablamos en broma? —inquirió Ustín, sonriendo sin su anterior aplomo y ya un tanto en serio.

—¡No te hagas el tonto! —replicó irritado Davídov—. Nuestra conversación no va en broma, y lo que tú te traes entre manos, tampoco. En cuanto a los hechos, a la vista están: apenas trabajas en el koljós, intentas arrastrar a los elementos poco conscientes, dices cosas peligrosas para ti, y hoy, por ejemplo, has conseguido impedir que se trabaje: media brigada no está segando por culpa tuya. ¿Qué diablo de bromas son éstas?

Las cejas de Ustín, cómicamente enarcadas, volvieron a juntarse en el entrecejo, formando una línea recta y hosca:

—¿Basta que uno mencione los días de descanso, para que lo tilden de lacayo de los kulaks y los contrarrevolucionarios? ¿Resulta que sólo puedes hablar tú, y a nosotros no nos queda más que callar y limpiarnos los morros con la manga?

—No sólo por eso —objetó acaloradamente Davídov—. Toda tu conducta es deshonesta, ¡la pura verdad! ¿A qué hablas tanto de los días de descanso, cuando en el invierno tuviste veinte cada mes? Y no sólo tú, sino todos los que estáis ahora aquí. ¿Qué hacíais en invierno, aparte de cuidar el ganado y sortear las semillas? Absolutamente nada. Os pasabais el día tumbados en los hornos, bien calentitos.

¿Qué derecho tenéis, pues, a tomaros descanso en la época más ajetreada, cuando cada hora cuenta, cuando está en peligro la siega? Decídmelo con toda honradez.

Sin pronunciar palabra, Ustín miró a Davídov fijamente, sin pestañear. Y fue Tijon Osetrov quien respondió:

—Aquí, cosacos del Don, no debemos cuchichear a hurtadillas. Davídov tiene razón. La falta ha sido nuestra, y nosotros debemos corregirla. Así es nuestro trabajo, no siempre podemos guardar las fiestas y en la mayoría de los casos nos las tomamos, efectivamente, en invierno. Antes, cuando las haciendas eran individuales, ocurría lo mismo. ¿Quién de nosotros acababa las labores antes de la Intercesión? Apenas terminábamos de recoger el cereal, ya teníamos que labrar los barbechos. Davídov dice verdad, y hemos hecho mal dejando que las mujeres se fueran hoy a la iglesia; no hablo ya de nosotros, que nos hemos puesto a festejar el domingo en el campamento… Resumiendo, somos culpables. Lo único que hemos hecho es quedar mal ante nosotros mismos. Y todo por ti, Ustín, tú nos liaste, diablo enredador.

Ustín se inflamó como la pólvora. Sus ojos azules se oscurecieron y fulguraron aviesos:

—¿Y tú, idiota con barbas, llevas el meollo dentro de la cabeza o lo has olvidado en casa?

—Eso es lo malo, que por lo visto lo he olvidado…

—Anda, date una carrera hasta el caserío, tráetelo.

Necháiev se tapó la boca con su estrecha mano, para que no se le viera sonreír, y con una vocecilla aguda y temblona preguntó a Osetrov, que estaba algo turbado:

—¿Lo has guardado bien, Tijon Gordéich?

—¿Qué diantres te importa?

—Es que hoy es domingo…

—¿Y qué más da?

—No, lo digo porque tu nuera habrá barrido el suelo esta mañana, y si tú escondiste el meollo debajo de un banco o del horno, lo arrastrará sin falta con la escoba y lo echará al corral. Allí las gallinas se lo zamparán en un santiamén… No vayas a tener que vivir sin meollo el resto de tus días, Tijon, eso es lo que me preocupa…

Todos se echaron a reír, comprendido Davídov, pero la risa de los cosacos no era muy alegre… Sin embargo, la reciente tirantez había desaparecido. Como suele ocurrir en casos semejantes, una broma oportuna evitó una querella a punto de estallar. Osetrov, ofendido, esperó a calmarse un poco y dijo a Necháiev:

—Tú, Alexandr, por lo que veo, no tienes qué olvidar en casa, ni tampoco llevas el meollo contigo. ¿Acaso has sido más listo que yo? Tu mujer también mide a estas horas el camino de Tubianskói, y tú no dijiste que no cuando nos pusimos a jugar a las cartas.

—Pecador de mí, pecador de mí —bromeó Necháiev, para salir del paso.

Pero Davídov no estaba satisfecho del desenlace de la conversación. Quería acorralar de verdad a Ustín, y dijo, mirándole fijamente:

—Venga, vamos a terminar de una vez por todas con lo de los días festivos. ¿Trabajaste mucho en el invierno, Ustín Mijáilovich?

—Lo que hizo falta.

—¿Cuánto?

—No lo conté.

—¿Cuántos *trudodiéns* llevas ganados?

—No lo recuerdo. ¿Por qué la has tomado conmigo? Ponte a contarlos, si es que estás aburrido y no tienes nada que hacer.

—No necesito contarlos. Si tú lo has olvidado, yo, como presidente del koljós, no puedo olvidarlo.

Esta vez le fue utilísima su voluminosa libreta de apuntes, de la que casi nunca se separaba. La excitación reciente hacía que le temblaran todavía los dedos cuando pasaba con premura las sobadas hojas.

—Aquí está tu apellido, laborioso. Y lo que has ganado: en enero, febrero, marzo, abril y mayo, en total, ahora voy a decírtelo, veintinueve *trudodiéns*. ¿Qué tal? ¿Te has hinchado de trabajar?

—No son muchos, que digamos, Rikalin —apuntó compasivo y zahiriente uno de los cosacos, mirando a Ustín.

Pero éste no quería darse por vencido:

—Aún me queda medio año por delante, y las gallinas se cuentan en el otoño.

—Las gallinas sí, pero lo que se gana se cuenta cada día —replicó con dureza Davídov—. Tú, Ustín, ten bien presente que en el koljós no toleraremos a los holgazanes. Echaremos a patadas a todos los saboteadores. En el koljós no queremos parásitos. Mejor será que pienses a dónde vas y hacia dónde tuerces. Osetrov tiene casi doscientos *trudodiéns*, y los demás de vuestra brigada arriba de cien; incluso los enfermos, como Necháiev, tienen cerca de un centenar, y tú, veintinueve. ¡Es una vergüenza!

—Mi parienta está enferma, con cosas de mujeres, y se pasa en cama semanas enteras. Además, tengo seis hijos —agregó sombrío Ustín.

—¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Por qué no trabajas a pleno rendimiento?

El sofoco encendió de nuevo los pómulos de Ustín, y en sus ojos zarcos, que el furor entornaba, centellearon unas chispas perversas.

—¿Por qué no me quitas la vista de encima y no haces más que mirarme a los ojos y a la cara? —gritó blandiendo el puño izquierdo, mientras en su redondo y corto

cuello se hinchaban, azules, las venas—. ¿Te has creído que soy Lushka Nagúlnova o Varia Jarlámova, que se consume por ti? Mira mis manos, y luego exígeme que trabaje.

Ustín adelantó furioso ambas manos. Y Davídov advirtió por primera vez que en la mutilada diestra de Ustín se destacaba solitario el dedo índice; en el lugar de los otros había unas manchas pardas y arrugadas.

—¡Atiza!… ¿Dónde has perdido los dedos? —inquirió Davídov, rascándose meditabundo el entrecejo.

—En Crimea, en el frente de Wrángel. Tú me has llamado blanco, pero soy rosado, como una sandia: estuve con los blancos, me pasé dos semanas compadreando con los verdes, y estuve también con los rojos. Cuando serví con los blancos, combatía de mala gana, la mayor parte del tiempo me la pasaba zascandileando por la retaguardia, pero cuando peleé contra los blancos, ya ves, perdí los dedos. La mano que da de beber, pues con ella se coge la copa, está entera —Ustín movió los cortos y gruesos dedos de la mano izquierda—. Pero la que da de comer, ya lo ves, sin agarraderas…

—¿Fue la metralla?

—Una bomba de mano.

—¿Cómo salvaste el índice?

—Lo tenía en la anilla del seguro, por eso se salvó. Ese día maté a dos soldados de Wrángel. Había que pagarlo. Dios se enfadó conmigo por la sangre vertida, y tuve que ofrendarle cuatro dedos. Considero que salí bien librado. De darle la tonta, hubiera podido exigirme media cabeza…

La calma de Davídov iba transmitiéndosele gradualmente. Hablaban ya en tono pacífico, y el impulsivo Ustín se aplacaba poco a poco: en sus labios había reaparecido su acostumbrada sonrisa irónica.

—Haberle ofrendado también el último dedo, ¿para qué lo quieres?

—¡Con qué ligereza, presidente, dispones de los bienes ajenos! A mí, aunque sea uno solo, me hace mucha falta.

—¿Para qué? —preguntó Davídov, conteniendo una sonrisa.

—Para muchas cosas… Por la noche amenazo con él a mi mujer si no me complace en alguna cosa, y por el día me hurgo los dientes, y engaño a la gente. Con lo pobre que soy, sólo una vez al año tenemos carne en la sopa, y ahí me tienes que cada día, después de comer, voy por la calle hurgándome los dientes con este dedo y escupiendo, y la gente seguro que piensa: «Qué bien vive ese condenado de Ustín. Todos los días come carne, y nunca se le acaba». ¿Y tú me preguntas para qué me hace falta este dedo?.. Hace su servicio. Deja que la gente me tome por rico. Al fin y al cabo, eso me halaga.

—Vaya pico que tienes —repuso Davídov, sonriendo involuntariamente—. ¿Vas a

segar hoy?

—Después de una conversación tan agradable, claro que sí.

Davídov se volvió hacia Osetrov. Se dirigió a él, como al de más edad.

—¿Hace mucho que marcharon vuestras mujeres para Tubianskói?

—¿Cómo decirte?, hará una hora, no más.

—¿Eran muchas?

—Unas doce. Estas mujeres son como las ovejas: a donde va una, allá van todas en manada. A veces, una mala oveja se lleva detrás todo el rebaño… También nosotros nos hemos dejado arrastrar por Ustín y hemos querido hacer fiesta en plena siega, así lo mate una fiebre.

Ustín sonrió bonachón:

—¿Otra vez tengo yo la culpa? Oye, barbas, no me cargues las faltas de otros. ¿Qué tengo yo que ver con que las mujeres se hayan ido a rezar? Fueron la Atamánchukova y otra vieja de nuestro caserío las que las apartaron del buen camino. Era aún de madrugada cuando se presentaron en el campamento a agitarlas, diciendo: «Hoy es la fiesta de la Santa Glikeria mártir, y vosotras, mujercitas, pensáis poneros a segar, no teméis el pecado…» Y las desconcertaron. Yo pregunté a las viejas: ¿quién es esa Glikeria? ¿No será Lushka Nagúlnova? ¡Esta sí que es una mártir! Toda la vida ha estado sufriendo con el primero que se le ponía por delante… Si hubierais visto cómo se pusieron las viejas; se lanzaron contra mí. La Atamánchukova llegó a levantar la muleta y quiso golpearme; menos mal que me escabullí a tiempo, si no, tendría un chichón en la frente, como un ganso holandés. En esto, nuestras mujeres se agarraron a mí como cardos al rabo de un perro, y a duras penas conseguí desasirme… ¿Por qué soy tan desgraciado? Hoy tengo la negra. Fijaos, buena gente, en una sola mañana he reñido con las viejas, con las mujeres, con el presidente y con el barbirrucio de Gordéich. Eso no sabe hacerlo cualquiera.

—Tú sí lo sabes. Eso no tienes que aprenderlo del vecino. Desde pequeño, Ustín, te enzarzas con todos, como un gallo peleón. Pero los gallos peleones, ten presentes mis palabras, siempre andan con la cresta en carne viva… —previno Osetrov.

Ustín aparentó no haberle oído. Fijando en Davídov sus ojos ladinos, de mirada impávida, continuó:

—En cambio, hoy tenemos suerte con los agitadores: vienen a vemos a pie y a caballo… Si el ferrocarril estuviera más cerca, vendrían en locomotoras. Ahora que tú, presidente, tienes que aprender a agitar de nuestras viejas… Tienen más edad que tú, son más pillas, y su experiencia es mayor. Hablan bajito, convencen a uno tiernamente, con toda cortesía; y por eso se salen con la suya. No les falla nunca. ¿Y tú, cómo actúas? Aún no has llegado al campamento, y ya gritas que se te oye en toda la estepa: «¿Por qué no trabajáis?» ¿Quién trata así a la gente en nuestros días? Con el Poder soviético, el pueblo ha sacado del arca su orgullo, y no aguanta que se le

grite. En una palabra, no le gusta que le busquen las cosquillas, presidente. Por cierto, antes, en tiempos del zar, los atamanes tampoco les levantaban mucho la voz a los cosacos, temían ofender a los viejos. ¿Sabes?, ya va siendo hora de que tú y Nagúlnov comprendáis que hoy vivimos en otros tiempos y que hay que abandonar las viejas querencias… ¿Crees que yo habría aceptado segar hoy, si no te hubieses puesto más en razón? Ni pensarlo. Pero te amansaste un poco, te pusiste a buenas, accediste a jugar a las cartas con nosotros, hablaste como es debido, y aquí me tienes, dispuesto a lo que sea. Puedes hacer de mí lo que quieras, estoy de acuerdo con todo: ¿jugar a las cartas? Venga. ¿Hacinar el heno? También.

Davídov, escuchándole atentamente, sentías e disgustado, es más, furioso consigo mismo. Quizás tuviera razón en algo aquel cosaco tan osado. Sí, al menos tenía razón en que, al presentarse en la brigada, no debía haberse puesto a soltar improperios y gritos. Por eso, como insinuara Ustín, al principio falló el tiro. ¿Cómo no había sabido contenerse? Y Davídov, francamente, hubo de confesarse que, sin darse cuenta, había hecho suya la rudeza de Nagúlnov en el trato con la gente, se había desbocado, como diría Andréi Razmiótnov, y a la vista estaban las consecuencias: mordazmente le aconsejaban que tomase ejemplo de unas viejucas que, obrando con cautela y astucia, se salían siempre con la suya. Estaba más claro que el agua. También él debía haberse acercado tranquilamente al campamento, hablar con calma y convencer a la gente de que era inoportuno pensar en fiestas, pero lo que hizo fue chillarles a todos, y hubo un momento en el que le faltó muy poco para recurrir al látigo. En un abrir y cerrar de ojos hubiera podido dar al traste con todo su trabajo de creación del koljós, y después, incluso, tener que dejar el carnet del Partido sobre la mesa del Comité de distrito… Eso habría sido una catástrofe verdaderamente tremenda en su vida.

Sólo de pensar en lo que hubiera podido ocurrirle de no haberse contenido a tiempo, hundió la cabeza entre los hombros, temblorosos, y sintió un escalofrío en la espalda…

Absorto en aquellas desagradables reflexiones, clavaba la mirada en las cartas diseminadas sobre el saco, y recordó de pronto que durante la guerra civil jugaba apasionadamente a la veintiuna: «Me he pasado. Tenía dieciséis y he pedido lo menos diez. ¡Eso es la pura verdad!» No le hacía mucha gracia reconocer que había perdido los estribos, pero halló en sí valor suficiente y dijo:

—En realidad, no debía haberme puesto a dar voces, en eso tienes razón, Ustín. Pero me dio rabia ver que no trabajabais, ¿qué te crees? Además, tú tampoco hablabas con un hilo de voz, que digamos. Claro que podíamos habernos puesto de acuerdo sin insultos. Bueno, eso se acabó. Anda, engancha a la carreta los caballos más veloces, y tú, Necháiev, busca para este carricoche otro buen par.

—¿Vas a dar alcance a las mujeres? —inquirió Ustín, sin ocultar su asombro.

—Sí. Voy a ver si las convenzo para que trabajen hoy.

—¿Crees que te obedecerán?

—Ya lo veremos. Persuadir no es ordenar.

—Pues que te ayuden Dios Nuestro Señor y la Virgen de Chenstojov. Oye, presidente, ¿por qué no me llevas contigo, eh?

Davídov aceptó sin titubeos:

—Vamos. Pero ¿me ayudarás a convencerlas?

Ustín sonrió frunciendo los labios, agrietados por el calor.

—Te ayudará mi ayudante, lo llevaré sin falta.

—¿Qué ayudante? —Davídov miró atónito a Ustín.

Este, sin decir palabra, despaciosamente, se acercó a la caseta y sacó de entre un montón de capotes un largo y flamante látigo, con vistosos flecos de cuero en la empuñadura.

—Aquí está mi ayudante. ¿Verdad que es bueno? Y si vieras lo convincente que es… ¡algo maravilloso! En cuanto silba, las persuade y las deja como un guante. No te preocupe el que sea zurdo.

Davídov frunció el ceño.

—¡Que no se te ocurra! ¡No te permitiré que pongas un dedo encima a las mujeres, pero en tus costillas probaría con gusto ese ayudante!

Ustín entornó los ojos socarrón y dijo chancero:

—Un abuelo quiso regalarse con pastelillos, pero el perro se le había zampado el requesón… Como mutilado de la guerra civil, tengo bula, y las mujeres, si las azotas, lo único que hacen es engordar y amansarse; lo sé por la mía. ¿A quién hay que azotar? Está claro: a las mujeres. ¿Y tú, por qué te achicas? Con que las zurres bien a dos o tres, las demás correrán a la carreta como si las llevara el viento.

Dando por terminada la conversación, Ustín cogió unas bridas que había debajo de la caseta y se encaminó hacia el altozano a atrapar los caballos. Le siguieron, rápidos, Necháiev y los demás cosacos, excepto Osetrov.

—¿Y tú, Tijon Gordéich, por qué no vas a segar? —preguntó Davídov.

—Quisiera decirte unas palabras en favor de Ustín. ¿Se puede?

—Venga.

—Por el amor de Dios, no te irrites con ese majadero. Se vuelve tonto de remate cuando la retranca le aprieta debajo de la cola —dijo suplicante Osetrov. Pero Davídov le atajó:

—No tiene pelo de tonto, es un enemigo descarado de la vida koljosiana. Contra la gente como él, hemos luchado y seguiremos luchando sin tregua.

—¿Enemigo dices? —se asombró Osetrov—. Ya te he dicho que se pone fuera de sí cuando se enfada, eso es todo. Le conozco desde pequeño y, por lo que recuerdo, siempre ha sido así de arisco. Antes de la Revolución, nuestros viejos le hicieron

azotar infinidad de veces a la vista de todo el caserío, por su rebeldía. Le zurraban tanto que ni sentarse podía, ¡pero él, como si tal cosa!

Se pasaba una semana con el trasero en pompa, y volvía a las andadas; no daba cuartel a nadie, a todos les buscaba los defectos, ¡y con qué celo! Puede decirse que como el perro las pulgas. ¿Por qué ha de ser enemigo del koljós? Los ricos nunca pudieron tragarle, ¡y si vieras cómo vive! La casucha ladeada y a punto de hundirse, sólo posee una vaqueja y una par de ovejas tiñosas, nunca en su vida ha tenido dinero. Como dice el refrán: «En un bolsillo, una pulga amarrada, y en el otro, un piojo encadenado». Esa es toda su riqueza. Agrega a esto, la mujer enferma, la carga de los hijos, la miseria que se los come… Quizá por eso enseña los dientes a todos. Y tú dices que es un enemigo. Simplemente, es un bocaza.

—¿Es pariente tuyo? ¿Por qué lo defiendes?

—Sí, ahí está, es sobrino mío.

—¿Por eso pones tanto empeño?

—¿Cómo no, camarada Davídov? Con seis chicos a cuestas, a cual más pequeño, y, además, con una lengua que es una navaja de afeitar… Cuántas veces le tengo dicho: «Muérdete la lengua, Ustín, no te vaya a dar un disgusto de los gordos. Un mal día te acaloras, dices cualquier barbaridad y vas a parar en el acto a Siberia; entonces empezarás a tirarte de los pelos, pero será tarde». Y él me contesta: «¿Es que en Siberia la gente anda a gatas? A mí tampoco me hará daño el aire de allí, estoy templado». ¿Qué carrera puedes hacer con un tonto así? ¿Y qué culpa tienen sus hijos? Criarlos es difícil, pero en los tiempos que corren, se puede dejarlos huérfanos en un dos por tres…

Davídov cerró los ojos y quedó largo rato pensativo. ¿No estaría recordando su sombría y amarga niñez?

—No te irrites con él por sus necias palabras —repitió Osetrov.

Davídov se pasó la mano por la cara y pareció salir de su ensimismamiento.

—Mira, Tijon Gordéich —dijo desgranando lento las palabras—. Por ahora le dejaré en paz. Que trabaje en el koljós en la medida de sus fuerzas, no le daremos trabajos pesados, que haga lo que pueda. Si al terminar el año tiene pocos *trudodiéns*, le ayudaremos: destinaremos trigo del fondo koljosiano para sus hijos. ¿Entendido? Pero dile en secreto, de mi parte, que si vuelve a ocurrírsele alborotar el agua en la brigada e instigar a la gente a hacer una u otra perrería, verá lo que es bueno. Que lo piense bien, antes de que sea tarde. No vaya bromear más con él, se lo dices así. Me dan lástima los niños, no Ustín.

—Gracias por tus nobles palabras, camarada Davídov. Gracias también por no guardarle rencor en tu corazón.

Osetrov hizo una reverencia a Davídov, que gritó, inesperadamente enfurecido:

—¿Qué es eso de hacerme reverencias? ¡No soy un icono! ¡No las necesito para

hacer lo que he dicho!

—Entre nosotros es costumbre de antiguo: si quieres dar las gracias, haces una reverencia —contestó con dignidad Osetrov.

—Bueno, viejo, dime, ¿cómo andan de ropa los chicos de Ustín?, ¿cuántos van a la escuela?

—El invierno se lo pasan sentados en el horno, porque no tienen con qué salir a la calle, y en el verano corretean en harapos. Les ha tocado algo de lo confiscado a los kulaks, pero eso no basta para tapar sus desnudeces. Este invierno, Ustín sacó de la escuela al último de los chicos: no tenía con qué vestirlo ni calzarlo. El muchacho es ya mayorcito, tiene doce años, y le da vergüenza ir astroso como un gitano…

Davídov se rascó furibundo la nuca y, súbitamente, volvió la espalda, diciendo al viejo con voz sorda y desagradable:

—Vete a segar.

Osetrov miró atentamente la abatida figura de Davídov, hizo otra profunda reverencia y echó a andar despacio hacia los segadores.

Un tanto más tranquilo, Davídov le siguió largo rato con la mirada, y pensó: «¡No hay quien entienda a estos cosacos! ¡Adivina qué clase de elemento es este Ustín! ¿Un enemigo jurado o simplemente un charlatán y un pendenciero, que dice todo lo que piensa? Cada día me traen nuevos quebraderos de cabeza… ¡Averigua lo que hay dentro de cada uno, el diablo se los lleve! Pues bien, lo he de averiguar. Si hace falta, comeré con ellos, no ya una arroba de sal en sopas, sino un saco entero, pero de una u otra forma, lo averiguaré, ¡eso es la pura verdad!»

Ustín vino a interrumpir sus cavilaciones. Llegó a galope, trayendo de la brida otro caballo.

—¿Para qué demonios vamos a enganchar el carricoche, presidente? Mejor será que enganchemos otra carreta. Si las mujeres aceptan regresar, no temas, que no se morirán por más que salten en los baches.

—Te he dicho que enganches el carricoche —insistió Davídov.

Ya lo tenía pensado todo, y sabía para qué podría servirle el carricoche si tenía suerte.

Transcurridos unos cuarenta minutos de marcha rápida, divisaron a lo lejos un abigarrado tropel de mujeres endomingadas, que subían despacio por un camino de verano la vertiente frontera de una vaguada.

Ustín emparejó con Davídov.

—Ya puedes agarrarte bien, presidente. Las mujeres son capaces de armarte otro zipizape…

—Veremos, dijo un ciego —repuso animoso Davídov, tirando de las riendas.

—¿No te amilanas?

—¿Por qué? Si sólo son doce o poco más.

—¿Y si las ayudo yo? —sonrió Ustín enigmático. Davídov se le quedó mirando y no pudo precisar si hablaba en serio o en broma.

—¿Qué resultará? —volvió a preguntar Ustín, ya sin sonreír.

Davídov paró en seco sus caballos, se bajó de la carreta y se acercó al carricoche. Metió la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta, sacó una pistola —el regalo de Nesterenko— y la puso sobre las rodillas de Ustín.

—Toma este juguete y guárdalo bien, que no me tiente. Si te sumases a las mujeres, temo que no resistiría la tentación y serías el primero a quien agujerearía la cabeza.

Luego quitó sin esfuerzo a Ustín el látigo que éste empuñaba en su mano sudorosa y lo arrojó con fuerza lejos del camino.

—Ahora, vamos. Arreando, Ustín Mijáilovich, y fíjate bien en el sitio donde ha caído tu látigo. Al volver lo recogeremos, ¡eso es la pura verdad! Y la pistola me la devuelves cuando lleguemos al campamento. ¡Arre!

Después de dar alcance a las mujeres, Davídov las adelantó veloz y atravesó la carreta en el camino. Ustín detuvo cerca sus caballos.

—¡Salud, guapetonas! —dijo Davídov a las beatas, con fingida alegría.

—¡Salud, si no es guasa! —respondió por todas la más vivaracha.

Davídov saltó de la carreta, se quitó la gorra e hizo una reverencia.

—En nombre de la administración del koljós os ruego que volváis al trabajo. Vuestros maridos me han enviado a buscaros. Ellos ya están segando.

—Vamos a misa, y no de jarana —gritó, acalorada, una mujer ya entrada en años, encarnado y brillante de sudor el rostro.

Davídov apretó contra el pecho, con ambas manos, su maltrecha gorrilla.

—Después de la siega podéis rezar cuanto queráis, pero ahora no es el momento. Mirad, ahí vienen unos nubarrones, y no habéis apilado ningún almiar. Se va a perder el heno. Todo se pudrirá. Y si se pierde el heno, aviadas estarán las vacas en el invierno. ¡Pero si vosotras lo sabéis mejor que yo!

—¿Dónde has visto tú esos nubarrones? —preguntó burlona una mocita—. El cielo está como si lo hubieran lavado.

—El barómetro marca lluvia, y si no hay nubes… eso no quiere decir nada —se escabulló Davídov—. Pronto lloverá, seguro. Vamos, queridas mujercitas, y el próximo domingo iréis a rezar. ¿Qué más os da? Subid y os llevaré volando. Subid, queridas mías, que el tiempo apremia.

Davídov no escatimaba palabras cariñosas para convencer a sus koljosianas; éstas, indecisas, empezaron a cuchichear entre sí. Inesperadamente para Davídov, Ustín acudió en su ayuda en aquel preciso instante, se acercó sigiloso por detrás a la talluda y gruesa mujer de Necháiev, la levantó en vilo en un abrir y cerrar de ojos, y

sin reparar lo más mínimo en los golpes que ella, riéndose, le prodigaba, la llevó en volandas a la carreta y la sentó cuidadosamente en la trasera. Entre risas y chillidos, las otras mujeres echaron a correr en distintas direcciones.

—Ya estáis subiendo a la carreta, si no queréis que coja el látigo —vociferó Ustín, con ojos feroces, y prorrumpió en carcajadas—. ¡Subid, no os haré nada, pero corriendo, diablos rabilargos!

Erguida en la carreta, arreglándose el chal, que se le había caído de la cabeza, la mujer de Necháiev gritó:

—Venga, mujeres, subid de prisa. ¿Es que voy a estar esperándoos? Fijaos qué honor: ha venido a buscamos el presidente en persona.

Las mujeres se acercaron por tres lados y, empujándose unas a otras, cambiando risotadas y lanzando a Davídov miradas fugaces, se encaramaron a la carreta sin más ceremonias. En el camino sólo quedaron dos viejas.

—¿Y nosotras, es que vamos a ir solas a Tubianskói, pedazo de hereje? —dijo la Atamánchukova y barrenó a Davídov con una mirada de odio.

Pero éste, apelando a toda su pasada galantería marinera, hizo una reverencia y se cuadró con sonoro taconazo.

—¿Para qué van a ir a pie, abuelas? Aquí tienen un coche especial para ustedes; suban y vayan a rezar cuanto quieran. Las llevará Ustín Mijáilovich. Esperará a que termine la misa, y después las conducirá al caserío.

Era precioso cada minuto, y no iban a esperar la conformidad de las viejas. Davídov las tomó del brazo y las llevó hacia el carricoche. La Atamánchukova se resistía con todas sus fuerzas, pero Ustín la empujaba por detrás ligera y respetuosamente. Por fin consiguieron sentarlas, y Ustín, mientras desenredaba las riendas, dijo quedo, muy quedo:

—¡Eres astuto, Davídov, como el diablo!

Por vez primera había llamado a su presidente por el apellido. Davídov reparó en ello y se sonrió mustio: la noche sin dormir y las emociones del día hacían su efecto, y ya le vencía, inexorablemente, el sueño.

Capítulo XIV

—Buen año de hierba. Si no nos la estropean las lluvias y conseguimos segarla seca, tendremos heno de sobra —dijo Agafón Dubtsov al entrar en el modesto despacho de Davídov y se sentó fatigado en el banco, carraspeando como un viejo.

En cuanto se acomodó, puso a un lado su gorra descolorida por el sol, se enjugó con la manga de la camisa el sudor del rostro, virolento y atezado, y se dirigió sonriente a Davídov, al contable y a Yákov Lukich, que estaban sentados junto a aquél:

—Salud, presidente, y también a vosotros, ratas de oficina.

—¡Aquí está Dubtsov, el labrador! —refunfuñó el contable—. Fíjese en ese tío, camarada Davídov. Di, Agafón, ¿eres, acaso, un labrador?

—¿Y qué soy, según tú? —Dubtsov se encaró retador con el contable.

—Lo que quieras, menos labrador.

—Pero, ¿qué?

—Hasta resulta molesto decirlo.

Dubtsov frunció el ceño, se ensombreció, y su rostro atezado pareció oscurecerse aún más. Con visible impaciencia, exclamó:

—No me vengas con romances, suelta en seguida por quién me tienes. Y si se te ha atragantado la palabra, te daré un golpecito en el lomo, y verás cómo hablas.

—Eres un verdadero gitano —dijo convencido el contable.

—¿Cómo que soy un gitano? ¿Por qué?

—Muy sencillo.

—Ni siquiera la pulga pica sencillamente, sino con intención. Así que ya estás explicándome con qué intención me has dicho esa palabra ofensiva.

El contable se quitó las gafas y se rascó con el lápiz detrás de la oreja.

—No te enfades, Agafón, rumia bien mis palabras. Los labradores trabajan en el campo, ¿no es cierto? Y los gitanos van por los caseríos pidiendo, y roban lo que pueden… Tú haces lo mismo: ¿Para qué has venido al caserío? Claro que no a robar. Por lo tanto, algo quieres pedir. ¿No es así?

—¿Obligatoriamente a pedir?.. —repuso indeciso Dubtsov—. ¿Es que no puedo venir a veros? ¿Acaso no puedo venir sin más ni más, o por algún asunto? ¿Me lo vas a prohibir tú, rata con gafas?

—Pero, bueno, ¿a qué has venido? —inquirió Davídov sonriendo.

Dubtsov aparentó no oír la pregunta. Escudriñó la habitación en penumbra y suspiró con envidia:

—¡Vaya vida la de algunos, que así los pinche un erizo! Los postigos cerrados, el suelo rociado con agua fría; silencio, penumbra, frescor; ni una sola mosca, no zumba ningún mosquito… En la estepa, maldita sea su madre, el sol te derrite las mantecas

de la mañana a la tarde, por el día los tábanos te acribillan hasta hacerte sangre, como al ganado, cualquier mosca de mierda se te pega igual que una esposa cargante, y por la noche los mosquitos no te dejan un instante de sosiego. ¡Y qué mosquitos! No de los corrientes, sino como cabos de gastadores. No me querréis creer, hermanos, pero cada mosquito es casi del tamaño de un gorrión, y cuando se atiborran de sangre, incluso mayores, ¡os lo juro! Tienen una pinta terrible, son amarillos, y el pico les mide, lo menos, un palmo. Te meten la estocada estos demonios a través del abrigo, y del primer picotazo llegan a la molla, ¡os lo juro! Nos causan tanto sufrimiento todos esos malditos voladores, vertemos tanta sangre, que, os lo aseguro, más no se derramó en la guerra civil.

—¡Hay que ver cómo mientes, Agafón! —exclamó Yákov Lukich, sonriendo admirado—. Pronto aventajarás al abuelo Schukar.

—¿Por qué voy a mentir? Tú estás aquí sentado a la fresca, pero vete a la estepa y lo verás —replicó agresivo Dubtsov, aunque en sus ojos astutos, entornados, tardó en extinguirse la sonrisa.

Agafón habría continuado con fingida tristeza su relato sobre las necesidades y tribulaciones de la brigada, de no haberle atajado Davídov:

—Basta. No seas pillo, deja de llorar y no nos vengas con cuentos. Di sin rodeos: ¿a qué has venido? ¿A pedir ayuda?

—No nos vendría mal…

—¿Qué te falta, huérfano: el padre o la madre?

—Eres muy bromista, Davídov, pero a nosotros tampoco nos engendraron con lágrimas, sino con risas.

—Te lo pregunto en serió: ¿Qué os falta? ¿Gente?

—Gente también. En las vertientes de la Quebrada de los Espinos, tú mismo lo has visto, la hierba es muy buena, pero no vas a meter máquinas segadoras en las pendientes y breñales, y en la brigada hay pocos guadañadores. Es una verdadera lástima que se pierda tontamente una hierba como ésa.

—¿Y si te enviásemos dos o tres segadoras mecánicas, por ejemplo, de la primera brigada? —insinuó Davídov.

Dubtsov suspiró, dirigiendo a Davídov una larga mirada, triste y penetrante. Hizo una pausa, volvió a suspirar y dijo:

—No lo rechazo. La solterona no rechaza al pretendiente, aunque sea tuerto… Yo razono así: nuestro trabajo en el koljós es cooperativo, va en beneficio de todos, y no me parece vergonzoso aceptar la ayuda de otra brigada. ¿No es así?

—Razonas bien. Pero, ¿y segar dos días con caballos ajenos, no es vergonzoso?

—¿Caballos ajenos? —en la voz de Dubtsov resonó un asombro tan sincero, que a Davídov le costó mantener la seriedad.

—Como si no lo supieras. ¿Quién se llevó dos pares de caballos de Liubishkin,

cuando estaban pastando, no lo sabes? Nuestro contable no anda descaminado. Hay en ti algo de gitano: te gusta pedir, y no eres indiferente a los caballos ajenos…

Dubtsov apartó la mirada y escupió despectivo:

—A cualquier cosa la llamáis caballos. Esos jamelgos se extraviaron y vinieron solos a nuestra brigada, nadie los robó, y, además, ¿cómo van a ser ajenos, si pertenecen a nuestro koljós?

—¿Por qué no enviaste en seguida esos jamelgos a la tercera brigada, en vez de esperar a que fueran los dueños a desengancharlos de las segadoras?

Dubtsov se echó a reír:

—¡Valientes dueños! En su sector no pudieron encontrarlos durante dos días. ¿Qué dueños son esos? Unos papanatas. Pero esto es agua pasada, y Liubishkin y yo ya hemos hecho las paces, así que no hay por qué recordar lo viejo. No he venido aquí en busca de ayuda, sino por algo muy importante. ¿Podía yoabandonar la siega sin alguna razón de peso? En el peor de los casos, saldremos adelante sin ninguna ayuda y nos arreglaremos con nuestras fuerzas. A esta vieja rata de Mijéich, el contable, le ha faltado el tiempo para llamarme gitano. Eso me parece injusto. Si pedimos ayuda, es por un apuro grande, y eso, a regañadientes, pues nuestro orgullo no nos permite proceder de otra manera… Pero ¿qué entiende de agricultura este desgraciado de Mijéich? Nació sobre las bolas del ábaco, y sobre ellas morirá. Mándamelo una semana a la brigada. Le pondré en una segadora a arrojar la hierba, y yo mismo conduciré los caballos. Le enseñaré cómo se trabaja. No estaría de más que, al menos una vez en la vida, el sudor le empañase las gafas.

La conversación, entre bromas y veras, amenazaba con derivar en una querella, pero Davídov la evitó preguntando apresuradamente:

—¿Qué asunto importante es ése que te traes, Agafón?

—Eso es según… Para nosotros, naturalmente, es importante, pero no tenemos la menor idea de lo que es parecerá a vosotros… En resumidas cuentas, he traído solicitudes, naturalmente, escritas con tinta. Le pedimos a nuestro listero un cacho de lápiz tinta, disolvimos la mina en agua caliente, y escribimos, todos con las mismas palabras, nuestras solicitudes.

Davídov, que ya se disponía a dar un buen rapapolvo a Dubtsov por su «inclinación a la gorronería», preguntó curioso:

—¿Qué solicitudes?

Sin prestar atención a su pregunta, Dubtsov continuó:

—Comprendo que había que entregárselas a Nagúlnov, pero no le encontré en casa, está con la primera brigada, así que resolví entregarte a ti estos papeles. No voy a volverme con ellos.

—¿De qué son esas solicitudes? —inquirió Davídov impaciente.

En el rostro de Dubtsov no quedaba ni sombra de su reciente jocosidad.

Parsimoniosamente sacó del bolsillo del pecho un resto de peine, se alisó el pelo, apelmazado del sudor, compuso la figura, y sólo entonces, conteniendo la emoción y eligiendo con cuidado las palabras, dijo:

—Todos nosotros, es decir, los tres que nos hemos decidido, queremos ingresar en el Partido. Y pedimos a nuestra célula de Gremiachi Log que nos admita en nuestro Partido Bolchevique. Nos hemos pasado muchas veces hasta las tantas de la noche haciendo cábalas, discutíamos entre nosotros, pero hemos resuelto unánimemente ingresar. Antes de acostarnos, salíamos a la estepa y empezábamos a criticarnos unos a otros, pero, a pesar de todo, hemos decidido cada uno que los otros valen para el Partido, y que lo que resolváis entre vosotros, así será. Uno de nosotros insistía en que había servido con los blancos, y yo le decía: «Tú serviste a la fuerza cinco meses con los blancos, como soldado raso, y te pasaste voluntariamente al Ejército Rojo y serviste dos años como jefe de sección, es decir, que tu último servicio pesa más que el primero, y eres válido para el Partido». El segundo decía que tú, Davídov, le habías invitado hace tiempo a ingresar en el Partido, pero que entonces no aceptó por su apego a los bueyes que habían sido suyos. Ahora, en cambio, dice: «¿Qué apego ni qué diablos, cuando los hijos de los kulaks empuñan las armas y quieren que las cosas vuelvan a estar como antes? Renuncio sinceramente a toda pena por mis antiguos bueyes y aves de corral y me inscribo en el Partido para, como hace diez años, defender el Poder soviético en las mismas filas que los comunistas». Yo opino igual, y por eso hemos escrito las solicitudes. A decir verdad, no están muy bien escritas, pero… —al llegar aquí, Dubtsov miró de reojo a Mijéich y concluyó—: Pero nosotros no hemos estudiado para contables ni escribientes. En cambio, todo lo que hemos garabateado es la pura verdad.

Dubtsov enmudeció, se enjugó otra vez con la palma de la mano el sudor que perlaba su frente e, inclinándose un poco a la izquierda, sacó con cuidado del bolsillo derecho del pantalón las solicitudes, envueltas en un periódico.

Todo aquello era tan inesperado que, por unos instantes, en la habitación se hizo el silencio. Ninguno de los presentes profirió una palabra, pero cada cual acogió a su manera lo dicho por Dubtsov: el contable suspendiendo la confección de un nuevo estadillo, se subió las gafas a la frente y, sin pestañear, clavó atónito en él sus ojos cegatos; Yákov Lukich, incapaz de ocultar una sonrisa hosca y despectiva, se volvió hacia la ventana; Davídov, iluminado por una alegre sonrisa, se recostó en el respaldo de la silla con tal fuerza que ésta crujió lastimera, a punto de desencolarse.

—Toma nuestros papeles, camarada Davídov. —Dubtsov desenvolvió el periódico y le entregó varias hojas de cuaderno escolar, escritas con letras grandes y desiguales.

—¿Quién ha escrito las solicitudes? —preguntó con voz clara Davídov.

—Biesjliébnov el pequeño, Kondrat Maidánnikov y yo.

Al tomar las solicitudes, Davídov dijo, conteniendo la emoción:

—Este es un hecho enternecedor y un gran acontecimiento para vosotros, camaradas Dubtsov, Maidánnikov y Biesjliébnov, y para nosotros, los miembros de la célula de Gremiachi Log. Hoy entregaré vuestras solicitudes a Nagúlnov, y ahora vete a la brigada y avisa a los camaradas que el domingo por la tarde las examinaremos en reunión abierta del Partido. Empezaremos a las ocho en la escuela. No debe haber ningún retraso, llegad a la hora. Por cierto, tú velarás por esto. Después de comer, enganchad los mejores caballos, y al caserío. Otra cosa: además de carretas, ¿tenéis algún otro transporte en el campamento?

—Una calesa.

—Pues venid montados en ella —Davídov tuvo otra vez una sonrisa radiante y un tanto infantil y añadió, haciendo un guiño a Dubtsov: —¡Que vengáis a la reunión vestidos como novios! ¡Esto, hermano, sólo ocurre una vez en la vida! ¡Qué acontecimiento!… Es, querido, como la juventud: no se da más que una vez…

Como, por lo visto, le faltaban palabras, enmudeció, visiblemente emocionado; luego, con súbita inquietud, preguntó:

—¿Tiene aspecto decente la calesa de marras?

—¿Decente? Es de cuatro ruedas y vale para transportar estiércol, pero no gente en pleno día, da vergüenza; sólo se puede de noche, en la oscuridad. Está toda arañada, cochambrosa, y por la edad creo que es de mis años, pero Kondrat asegura que los cosacos de nuestro caserío se la arrebataron a Napoleón en las cercanías de Moscú…

—¡No vale! —declaró categórico Davídov—. Os mandaré al abuelo Schukar con coche de ballestas. Ya te he dicho que esto ocurre una vez en la vida.

Quería celebrar con la mayor solemnidad el ingreso en el Partido de hombres a los que quería, en los que tenía fe, y se puso a pensar en qué más se podría hacer para solemnizar aquel día memorable.

—De aquí al domingo hay que revocar y enjalbegar la escuela, dejarla como nueva —dijo por último, mirando distraídamente a Ostrovnov—. Hay que barrer la calle y echar arena en la cancha de juegos y en el patio. ¿Me oyes, Lukich? Y dentro, fregar suelos y pupitres, limpiar techos, ventilar las habitaciones, en dos palabras, asearlo todo.

—Y si viene tanta gente que no caben todos en la escuela, ¿qué hacer? —preguntó Yákov Lukich.

—Habría que construir un club, ¡eso sí que sería estupendo! —musitó soñador Davídov, en vez de responder a Yákov Lukich, pero, inmediatamente, volvió a la realidad—: No dejéis entrar a los niños y a los adolescentes, así cabrán todos. Y a la escuela, de todas formas, hay que darle un…, como decirlo, un aire de fiesta.

—¿Y de dónde vamos a sacar los avales? ¿Quién va a responder de nosotros? —

preguntó Dubtsov, antes de marcharse.

Davídov le estrechó vigorosamente la mano, y sonrió:

—¿Quién va a responder? No te preocupes. Esta noche estarán listos los avales, ¡la pura verdad! ¡Ea, buen viaje! Transmite un saludo de nuestra parte a todos los guadañadores y pídeles que no dejen que se pudra la hierba ni que se seque mucho el heno en los hondos. ¿Podemos confiar en la segunda brigada?

—En nosotros siempre puedes confiar, Davídov —contestó Dubtsov con seriedad desusada en él y, despidiéndose con una inclinación, salió.

Al día siguiente, muy temprano, el marido de la patrona despertó a Davídov:

—Levántate, inquilino, que ha venido a verte un enlace a caballo, del campo de batalla… Ustín el «Sin Dedos» ha venido montado a pelo desde la tercera brigada, un poco magullado y con el uniforme no muy en regla…

El hombre sonreía de oreja a oreja. Davídov, adormilado, no comprendió al principio de qué se trataba; levantó la cabeza de la almohada y farfulló maquinalmente:

—¿Qué quieres?

—Que ha venido a verte un enlace, molido a golpes; seguro que en busca de refuerzos…

Por fin, Davídov se percató de lo que le decían y se vistió precipitadamente. En el zaguán, se lavoteó la cara con desagradable agua tibia, que la noche no había logrado refrescar, y salió a la terracilla.

Junto al último peldaño, las riendas en una mano, y amagando con la otra a la potranca, excitada por la carrera, se hallaba Ustín Rikalin. Su camisa de percal azul, descolorida por el sol, estaba desgarrada en varios sitios hasta los faldones y se sostenía de milagro sobre los hombros. La mejilla izquierda de Ustín era desde el pómulo hasta el mentón una oscura sombra azul; tenía el ojo izquierdo tumescente y cárdeno, pero el derecho le brillaba exaltado y colérico.

—¿Dónde te han puesto así? —preguntó con viveza Davídov, descendiendo de la terracilla y olvidándose hasta de saludarle.

—¡Un saqueo, camarada Davídov! ¡Un saqueo, un pillaje, y nada más! —gritó con voz ronca Ustín—. ¡Si serán hijos de perra, para hacer cosa semejante!, ¿eh? ¡Quieta, condenada! —Ustín volvió a amagar furioso a la potranca, que había estado a punto de pisarle un pie.

—Habla claro.

—Bien claro está. ¡Y aún se llaman vecinos! ¡Así ardan vivos! ¡Malas fiebres se los coman! ¡Parásitos! ¿Qué te parece?, los de Tubianskói, nuestros vecinos, ¡así se les atragante la vara de un carro!, se presentaron esta noche, como ladrones, en el Rincón del Sauquillo, y se nos llevaron, por lo menos, treinta barcinas de heno. Al

amanecer vi que estaban cargando en las dos últimas carretas heno nuestro y muy nuestro, y que en derredor todo estaba ya limpio y no se veía ni una barcina. Monté de un salto y galopé hacia ellos: «¿Qué estáis haciendo, hijos de Satanás? ¿Con qué derecho os lleváis nuestro heno?» Uno de ellos, el que estaba en la carreta más próxima, se echó a reír, el muy bandido: «Era vuestro, y ahora es nuestro. No seguéis en tierra ajena». «¿Cómo ajena? ¡Estás ciego!, ¿no ves, acaso, el poste de la linde?» Y él va, y me dice: «Abre bien los ojos y verás que el poste lo tienes a tu espalda. Esta tierra es nuestra, de Tubianskói, desde hace siglos. Gracias a Dios que no habéis sido perezosos y nos habéis segado el heno». ¿Conque esas tenemos? ¿Trampas con los postes? Le agarré de una pierna, lo tiré de la carreta y le sacudí un golpe con mi muñón, entre ceja y ceja, para que aguzara la vista y no confundiera la tierra ajena con la suya… Le di un buen metido, y lo tumbé patas arriba, resultó de poco aguante. En esto, acudieron corriendo los otros tres. A uno más le hice morder el polvo, y ya no me dio tiempo de seguirles pegando, porque los cuatro la emprendieron conmigo. ¿Cómo podía resistir contra cuatro? Mientras llegaron los nuestros, me pusieron como un huevo de Pascua y me dejaron la camisa hecha unos zorros. ¿Habráse visto mayores bichos? ¿Cómo me presento a mi mujer? Pase lo de que me pegasen, pero, ¿qué necesidad había de agarrarme del pecho y arrancarme la camisa de los hombros? ¿Qué voy a hacer ahora con ella? Ni un espantapájaros la querrá, le dará vergüenza llevar estos andrajos, y si hago cintas para las mozas, no las llevarán: la tela no vale… ¡Si me encuentro a solas en la estepa con alguno de ésos de Tubianskói, su mujer le verá llegar lleno de cardenales, como yo!

Davídov abrazó a Ustín y se echó a reír:

—No te aflijas, lo de la camisa tiene arreglo, y el cardenal se curará antes de la boda.[16]

—¿Antes de tu boda? —interpeló malicioso Ustín.

—Antes de la primera que haya en el caserío. Yo, por ahora, no he pedido relaciones a ninguna. ¿Te acuerdas de lo que te dijo tu tío el domingo? «El gallo pendenciero tiene siempre la cresta en carne viva».

Davídov sonreía, y pensaba para sus adentros: «Es magnífico que tú, mi querido Ustín, te hayas peleado no por heno tuyo, de tu exclusiva propiedad, sino por el heno del koljós. Es emocionante de veras».

Pero Ustín se apartó ofendido:

—Tú ríete, Davídov, pero a mí me duelen todas las costillas. Con risas no sales del paso; anda, monta a caballo y vete a Tubianskói a recobrar el heno. Esas dos carretas las hemos recobrado, pero ¿cuántas se llevaron durante la noche? Por habernos robado, que nos traigan nuestro heno hasta el mismo caserío, eso será lo justo. —Ustín sonrió trabajosamente con sus labios hinchados, llenos de sangre—. Ya verás cómo el heno lo traen las mujeres; a sus cosacos les dará miedo visitarnos, pero

a robar fueron sólo hombres, unos mocetones tan corpulentos que cuando empezaron a acariciarme a puñetazos, creí que me iban a sacar el alma del cuerpo… No me dejaban que llegara al suelo, que me cayera, ¡como para echarse a llorar! Me estuvieron pasando de mano en mano hasta que llegaron los nuestros. Yo también prodigué mi muñón, pero la fuerza, como suele decirse, todo lo puede.

Ustín quiso sonreír otra vez, pero le salió una mueca.

—Si hubieras visto, camarada Davídov, a nuestro Liubishkin, te habrías partido de risa: daba vueltas a nuestro alrededor, se acuclillaba como un perro cuando va a saltar una valla, y gritaba a voz en cuello: «¡Duro con ellos, muchachos, hasta hacerlos trizas! ¡Duro, que aguantan bien los chichones, los conozco!» Pero no se metía en la pelea, se contenía. Mi tío, Osetrov, le chilló fuera de sí: «Ayúdanos, calzonazos. ¿O es que tienes granos en la espalda?» Liubishkin, casi llorando, le respondía a voces. «No puedo. Soy del Partido y, además, jefe de brigada. ¡Sacudidles hasta hacerlos trizas, que yo me aguantaré!» Y no hacía más que dar vueltas en torno a nosotros, agachándose y rechinando los dientes de la fuerza que hacía para contenerse… Bueno, no hay que perder tiempo, vete cuanto antes a desayunar, y yo, mientras tanto, te agenciaré algún caballejo, lo ensillaré e iremos juntos hasta la brigada. Nuestros viejos me han dicho que no me atreva a presentarme sin ti. ¡No estamos dispuestos a regalarles nuestro heno, tan sudado, a esos parásitos!

Dando por resuelto lo del viaje a Tubianskói, Ustín ató la potranca a la baranda de la terracilla y se dirigió al patio de la administración. «Hay que ver a Polianitsa —se dijo Davídov—. Si el heno se lo han llevado con su autorización, tendré que pelearme con él. Es testarudo como un borrico, pero, sea como fuere, hay que ir».

Davídov se bebió de un trago un jarrillo de leche recién ordeñada, terminó de masticar un trozo de pan duro y vio que Ustín, vistiendo una camisa nueva y diligente como nunca, llegaba al galope, montado en el caballo bayo de Nagúlnov.

Capítulo XV

Aunque sólo se habían visto en el Comité de distrito unas cuantas veces y se conocían más bien de oídas, el presidente del koljós «El Rayo Rojo» de Tubianskói, Nikífor Polianitsa, ex tornero de una fábrica metalúrgica de Dniepropetrovsk, uno de «los veinticinco mil», recibió a Davídov, en la administración del koljós, como a un viejo amigo:

—¡Aaah…, querido camarada Davídov! ¡El marino del Báltico! ¿Qué aires te han traído a nuestro atrasado koljós? Pasa, siéntate, me alegro muchísimo de verte.

El ancho rostro de Polianitsa, salpicado de pecas, resplandecía con una sonrisa afectada y astuta; sus ojuelos negros brillaban con fingida cordialidad. Aquella acogida, sospechosamente afable, puso en guardia a Davídov, que, saludando muy seco, se sentó ante la mesa y paseó la vista en derredor.

A su juicio, el despacho del presidente del koljós ofrecía un extraño aspecto: la espaciosa habitación estaba llena de plantas polvorientas, que crecían en cubas y macetas pintadas de amarillo; entre ellas se hacinaban, huérfanas, unas vetustas sillas curvadas y sucios taburetes; a la entrada había un extravagante y cochambroso diván, al desnudo los oxidados muelles; las paredes aparecían salpicadas de chillonas estampas de la revista Niva y litografías baratas que representaban el bautismo de la Rus de Kiev[17], el sitio de Sebastopol, la batalla de Shipka y el ataque de la infantería japonesa en Lisoyán, durante la guerra de 1904.

En la pared cercana a la mesa del presidente colgaba un retrato amarillento de Stalin, y en la frontera, un anuncio en colores de las hilaturas Morózov, picado de moscas: un bravo torero de chaquetilla carmesí había aprisionado con un lazo de hilo los cuernos del toro enfurecido y contenía a la bestia con una mano, apoyando displicente la otra en el estoque. A los pies del torero yacía un enorme carrete de hilo blanco, desenrollado hasta la mitad y con la etiqueta: «N. 40».

Un baúl enorme con flejes de hojalata se recogía en un ángulo, completando el moblaje del despacho. Con toda probabilidad, hacía las veces de cofre fuerte. Las dimensiones, a tono con el baúl, del enorme y reluciente candado, denotaban que allí se guardaban documentos de primordial importancia.

Davídov no pudo reprimir una sonrisa al echar un vistazo al despacho de Polianitsa, pero éste la interpretó a su manera.

—Como ves, me he instalado con toda comodidad —dijo jactancioso—. He dejado la habitación, todo su aspecto externo, como la tenía su dueño, un kulak, excepto la cama con su colchón y las almohadas, que mandé trasladar al cuarto de la mujer de la limpieza; pero, en general, he conservado el confort, tenía en cuenta. ¡Nada de burocratismo! ¡Nada de cosa oficial! He de reconocer que a mí también me gusta el ambiente casero, y quiero que la gente, cuando viene a verme, se sienta a sus

anchas, como en su casa. ¿Es justo lo que digo?

Davídov se encogió de hombros, rehuyendo la respuesta, y fue derecho al asunto:

—Vamos a tener una conversación desagradable, vecino.

Los pícaros ojuelos de Polianitsa se hundieron del todo en los adiposos pliegues de la piel y fulguraron siniestros desde allí, cual diminutos trozos de antracita; sus tupidas cejas negras se enarcaron.

—¿Qué conversaciones desagradables puede haber entre buenos vecinos? Me asustas, Davídov. Siempre hemos vivido en paz y concordia, y de repente, ¡zas!: conversaciones desagradables. No puedo creerlo. Tómalo como quieras, pero no lo creo.

Davídov le miró fijamente a los ojos, pero no pudo captar su expresión. Su cara seguía bonachona e impenetrable, y en sus labios había cuajado una sonrisa cordial y tranquila. Por lo visto, el presidente del koljós «El Rayo Rojo» era un actor innato, sabía dominarse y hacía su papel con gran habilidad.

—El heno, nuestro heno, ¿se lo han llevando esta noche por orden tuya? —preguntó Davídov sin rodeos.

Las cejas de Polianitsa se enarcaron más aún:

—¿Qué heno, amigo?

—Heno corriente, de la estepa.

—Es la primera vez que lo oigo. ¿Dices que se lo han llevado? ¿Gente nuestra, de Tubianskói? No puede ser. No lo creo. Aunque me pegues un tiro, aunque me mates. Ten en cuenta, amigo Semión, que los koljosianos de «El Rayo Rojo» son honradísimos trabajadores de nuestros campos socialistas, y tus sospechas les ofenden no sólo a ellos, sino a mí como presidente del koljós. Te ruego, amigo, que lo tengas en cuenta seriamente.

Ocultando su enojo, Davídov dijo tranquilo:

—Mira, amigo de pega, ni yo soy Litvínov ni tú eres Chamberlain, y no tenemos por qué jugar a la diplomacia. ¿Cogieron el heno por orden tuya?

—Y dale, amigo, ¿de qué heno hablas?

—¡Esto va resultando el cuento de nunca acabar! —exclamó irritado Davídov.

—Ten en cuenta, amigo, que te lo pregunto en serio: ¿de qué heno me estás hablando?

—Del que había en el Rincón del Sauquillo. Nuestros prados están contiguos, y vosotros, sencillamente, habéis robado nuestro heno, ¡eso es la pura verdad!

Polianitsa, como si se alegrase de que el malentendido se hubiese aclarado tan felizmente, se dio unas sonoras palmadas en ambos muslos y rompió a reír a carcajadas:

—Por ahí podías haber empezado, amigo. No hacías más que repetir: el heno, el heno, pero ¿qué heno?, ésa es la cuestión. En el Rincón del Sauquillo, vosotros

segasteis, por error o adrede, en nuestra tierra. Nosotros hemos cogido ese heno con pleno y legítimo fundamento. ¿Está claro, amigo?

—No, amigo de pega, no está claro. Si era vuestro, ¿por qué os lo llevasteis por la noche, como unos ladrones?

—Eso es cosa del jefe de la brigada. De noche, el ganado y los hombres trabajan mejor, hace más fresco, seguramente por eso lo cargaron de noche. ¿Acaso en vuestro koljós no trabajan de noche? Hacen mal. Por la noche, sobre todo si es clara, es mucho más agradable trabajar que de día, con el calorazo.

Davídov se sonrió:

—Ahora, precisamente, las noches son oscuras, ¡eso es la pura verdad!

—Bueno, ¿sabes lo que te digo? Que de noche, aun que sea oscura, la cuchara igual va a parar a la boca.

—Sobre todo si en la cuchara hay comida ajena…

—¡Alto ahí, amigo! Ten en cuenta que tus insinuaciones son una grave ofensa para los koljosianos de «El Rayo Rojo», que son de lo más consciente, y para mí como presidente del koljós. Somos trabajadores y no ladrones, tenlo en cuenta.

Los ojos de Davídov centellearon, pero, conteniéndose aún, dijo:

—Tu déjate de soltar palabras ampulosas, amigo de pega, y hablemos concretamente. ¿Sabes que en la primavera de este año alguien cambió de lugar tres portes indicadores en el Rincón del Sauquillo, a ambos lados de la vaguada? Lo hicieron tus honrados koljosianos, rectificaron la línea divisoria y nos quitaron cuatro o cinco hectáreas de tierra, lo menos. ¿Lo sabías?

—¡Amigo! ¿De dónde has sacado eso? Tus sospechas, tenlo en cuenta, son una grave ofensa para inocentes…

—¡Basta de palabrería y fingimiento! —le cortó Davídov, acalorándose a pesar suyo—. ¿Me has tomado por bobo o qué? Te estoy hablando en serio, y tú me haces comedias y te das aires de virtud ofendida. Antes de venir, he estado en el Rincón del Sauquillo y he comprobado lo que me habían dicho los koljosianos: tu gente se ha llevado el heno y ha corrido los postes, ¡eso es la pura verdad! Y de esa verdad no escapas.

—Yo no me propongo escapar de nada. Aquí me tienes, enterito, agárrame si puedes, pero… antes úntate las manos de resina. Úntalas bien, amigo, porque ten en cuenta que me escurro como una anguila…

—Lo que han hecho los de Tubianskói es una depredación, y de ello responderás tú, Polianitsa.

—Lo de los postes indicadores hay que probarlo. Eso, amigo, es una afirmación gratuita, y nada más. Y tu heno no está marcado.

—El lobo se lleva también la oveja marcada.

Polianitsa sonrió casi imperceptiblemente y movió la cabeza en son de reproche:

—¡Ay-ay-ay! Ya nos comparas con lobos. Di lo que quieras, pero yo no creo que nadie haya podido desenterrar los postes y cambiarlos de sitio.

—Pues ve tú mismo y compruébalo. Han quedado las huellas donde estaban antes los postes. En ese sitio, la tierra está más blanda, la hierba es más baja, y las señales de los hoyos redondos se ven como en la palma de la mano, ¡eso es la pura verdad! ¿Qué dices a esto? Si quieres, vamos juntos allí. ¿De acuerdo? No, camarada Polianitsa, de mí no te escapas. ¿Qué, vamos o no?

Davídov fumaba callado, esperando respuesta; Polianitsa callaba también y sonreía imperturbable. En la habitación, llena de flores, se respiraba con dificultad. Las moscas chocaban en los turbios cristales de las ventanas y zumbaban monótonas. Por entre las brillantes y pesadas hojas de un gomero, Davídov vio salir a la terracilla una mujer joven, prematuramente obesa, pero aún guapa, que vestía una faldita muy usada y, embutido en ella, un camisón de manga corta. La mujer miraba a lo largo de la calle, poniéndose la mano ante los ojos, a guisa de pantalla; de pronto, se irguió, gritando con voz chillona, estridente:

—Fenka, hija maldita, saca el ternero. ¿No ves que la vaca ya ha venido del rebaño?

Polianitsa también miró por la ventana. Al ver el brazo de la mujer, desnudo hasta el hombro, rollizo y blanco como la leche, y la mata de pelo rubio que le asomaba por debajo de la pañoleta, agitándose al viento, se relamió los labios y exhaló un suspiro.

—La mujer de la limpieza vive aquí, en la administración, y cuida de que todo esté en orden. No es mala, pero chilla mucho; no puedo conseguir que deje de gritar… No tengo por qué ir al campo, Davídov… Tú ya has estado allí, lo has visto, y basta. El heno no te lo devuelvo, no te lo devuelvo y sanseacabó. El asunto es discutible: el catastro se hizo aquí hace cinco años, y no somos tú y yo los llamados a dirimir este pleito entre los de Tubianskói y los de Gremiachi Log.

—¿Entonces, quién?

—Las organizaciones del distrito.

—Bueno, de acuerdo contigo. Pero las discusiones catastrales son una cosa, y el heno, otra. Devuélvenoslo. Lo hemos segado, y nos pertenece.

Al parecer, Polianitsa decidió poner fin a aquella conversación, que juzgaba estéril. Ya no sonreía. Los dedos de su mano derecha, que yacía inerte sobre la mesa, se movieron ligeramente y, poco a poco, hicieron la higa. Señalando hacia ella con los ojos, Polianitsa profirió rápido en ucraniano, su idioma vernáculo:

—¿Ves esto? Es una higa. Ahí tienes mi respuesta. Y ahora, hasta la vista, tengo que trabajar. Que te vaya bien.

Davídov sonrió sarcástico:

—Eres un polemista original, por lo que veo… ¿Acaso te faltan palabras, que me enseñas la higa como una verdulera? Eso, amiguete, no es una demostración. ¿Qué,

quieres que te demande en el juzgado por ese desdichado heno?

—Quéjate donde quieras, anda. Si quieres, en el juzgado; o si no, en el Comité del Partido, pero el heno no te lo devuelvo y la tierra no te la doy, ¡te enteras! —contestó Polianitsa, volviendo a hablar en ruso.

Como no había más que decir, Davídov se levantó y contempló pensativo a su interlocutor:

—Te miro, camarada Polianitsa, y me asombro: ¿Cómo es posible que tú, un obrero, un bolchevique, te hayas hundido tan pronto, hasta las orejas, en el pantano de la pequeña propiedad? Al comienzo, ufanándote de los muebles de un kulak, dijiste que habías conservado el aspecto externo de esta habitación, pero me parece que no sólo has conservado lo externo de la casa del kulak, sino también su mezquino espíritu interno, ¡eso es la pura verdad! En medio año, tú mismo te has impregnado de ese espíritu. Si hubieses nacido veinte años antes, de ti hubiera salido un kulak de tomo y lomo, ¡eso es la pura verdad!

Polianitsa se encogió de hombros y volvió a hundir entre los pliegues de la piel sus fulgurantes ojuelos.

—No sé si de mí hubiera salido un kulak o no, pero lo que es de ti, Davídov, ten en cuenta que hubiera salido seguramente, si no un pope, al menos un sacristán.

—¿Por qué? —sorprendióse Davídov.

—Pues porque tú, antiguo marinerito, te has hundido hasta las mismas orejas en los prejuicios religiosos. Ten en cuenta que si yo fuera el secretario del Comité de distrito, te hacía dejar sobre mi mesa tu carnet del Partido por tus jugarretas.

—¿Qué jugarretas? ¿De qué hablas? —Davídov se encogió de hombros estupefacto.

—Déjate de disimulas. De sobra sabes a qué me refiero. Aquí, toda nuestra célula lucha contra la religión, hemos planteado dos veces en la asamblea del koljós y en la del caserío el cierre de la iglesia, ¿y tú, qué haces? Ten en cuenta que nos estás echando la zancadilla, a eso es a lo que te dedicas.

—Sigue desembuchando, es interesante saber qué zancadillas te echo yo.

—¿Pues qué es lo que haces? —continuó Polianitsa, ya visiblemente acalorado—. Con los caballos del koljós, llevas los domingos a las viejas a la iglesia, eso es lo que haces. Y nuestras mujeres, tenlo en cuenta, me lo echan en cara: «Tú, dicen, hijo de perra, quieres cerrar la iglesia y montar en ella un club; en cambio, el presidente de Gremiachi Log tiene muchísimo respeto a las mujeres creyentes e incluso las lleva en coche a la iglesia en las fiestas de guardar».

Davídov soltó el trapo:

—Acabáramos. ¿Esos son los prejuicios religiosos de que soy culpable? No es cosa muy temible.

—Para ti quizá no, pero para nosotros, tenlo en cuenta, no puede ser peor —se

encalabrinó Polianitsa—. Quieres dártelas de buenazo ante los koljosianos, ser simpático a todos, y socavas nuestra labor antirreligiosa. ¡Valiente comunista, ni que decir tiene! Acusas a otros de espíritu pequeñoburgués, cuando el diablo sabe a qué te dedicas. ¿Dónde está tu conciencia política? ¿Dónde tu ideología bolchevique y tu intransigencia frente a la religión?

—Espera, boceras ideológico. Cuidado con lo que dices… ¿Qué es eso de «dártelas de buenazo»? ¿Sabes por qué envié a las viejas en coche? ¿Sabes lo que me proponía?

—Me tienen completamente sin cuidado tus propósitos. Proponte lo que quieras, pero no embrolles nuestros propósitos de lucha contra los prejuicios religiosos. Puedes pensar lo que quieras, pero yo voy a plantear ante el Comité de distrito tu comportamiento, tenlo en cuenta.

—Confieso, Polianitsa, que te creía más inteligente —deploró Davídov, y salió sin despedirse.

Capítulo XVI

De regreso para Gremiachi Lag, Davídov decidió no plantear en el juzgado del distrito la usurpación de tierras y el hurto del heno por los de Tubianskói. Tampoco quería apelar al Comité del Partido. Ante todo había que establecer con toda exactitud a quién pertenecía antes la tierra en litigio, y luego, cuando las cosas estuviesen claras, obrar en consecuencia.

Recordando con un resquemor amargo la conversación con Polianitsa, Davídov pensaba: «Vaya un tipo ese aficionado a las plantas y al confort casero. No puede decirse, de ningún modo, que tenga mucho seso, es un pillo, con esa picardía simplota de la mayoría de los imbéciles. Pero a la gente así no le mete uno el dedo en la boca… Está claro que el heno se lo llevaron con su consentimiento, pero lo principal no es eso, sino lo de los postes. No puede ser que los corrieran por orden suya. No se atrevería a eso, es arriesgado. Pero, ¿y si lo sabía y se hizo el ciego? Esto sería algo que no tiene nombre. El koljós sólo existe medio año, y si empiezan apoderándose de tierras ajenas y robando, esto acabará de corromper a los koljosianos. Sería empujarlos a la vida de antaño, a sus viejos hábitos: no desdeñar ningún procedimiento, con tal de echar la zarpa a la mayor tajada. No, eso sí que no. Si pongo en claro que la tierra es nuestra verdaderamente, iré al Comité de distrito, y que allí nos den un rapapolvo: a mí, por las viejas, y a Polianitsa, por educar nocivamente a los koljosianos».

El acompasado trote del caballo dio sueño a Davídov, y, de pronto, en la confusa bruma de su duermevela acudió netamente a su imaginación la gordinflona que viera en Tubianskói en la terracilla y torció los labios con gesto desdeñoso, pensando soñoliento:

«¡La de grasa y carne superfluas que lleva colgando!… Con este calorazo, seguro que chorrea sudor por todas partes, ¡eso es la pura verdad!» Y al instante, su memoria, servicial en exceso, le dibujó claramente, como para que comparase, la esbelta y juvenil figura de Lushka, su paso ingrávido y los movimientos —llenos de inenarrable encanto— de sus finas manos cuando se arreglaba el pelo, mirando de soslayo con sus ojos acariciadores, burlones, enterados de todo… Davídov se estremeció, como si le hubieran dado un empujón inesperadamente: se enderezó en la silla y, enfoscándose, como si sintiera un dolor atroz, fustigó airado el caballo y lo puso al galope…

Todos aquellos días le gastaba pesadas bromas su perversa memoria, resucitando siempre inoportunamente —durante una conversación en el trabajo, en un momento de meditación, o en sueños— la imagen de Lushka, a quien se esforzaba en vano por olvidar…

Llegó a Gremiachi Lag al mediodía. Ostrovnov y el contable estaban hablando

animadamente de algo, pero, en cuanto Davídov abrió la puerta, en la habitación, como obedeciendo a una señal convenida, se hizo el silencio.

Cansado del calor y del camino, Davídov se sentó a la mesa y preguntó:

—¿Qué discutíais? ¿No ha estado por aquí Nagúlnov?

—No, no ha estado —contestó Ostovnov tras una pausa, y echó una mirada fugaz al contable—. No discutíamos, camarada Davídov, eso le ha parecido a usted; hablábamos de esto y de lo de más allá, principalmente de cosas del koljós. ¿Qué, nos dan el heno los de Tubianskói?

— Piden que les preparemos más… ¿Qué opinas, Lukich, de quién es esa tierra?

Ostrovnov se encogió de hombros:

—Quién sabe, camarada Davídov, es un asunto oscuro. Al principio, esta tierra se la recortaron al caserío de Tubianskói, esto fue antes de la Revolución; luego, con el Poder soviético, la parte alta del Rincón del Sauquillo pasó a nosotros. Al hacerse el nuevo reparto de tierras, en el año veintiséis, a los de Tubianskói los estrecharon más aún, y yo no sé por dónde pasaba la línea divisoria, porque mi parcela estaba en otro lado. Hace dos años allí segaba la hierba Titok. No puedo decir si la segaba sin derecho o si había comprado a la chita callando esa punta de tierra a algún campesino pobre, no lo sé. Lo más sencillo es invitar al agrimensor del distrito, el camarada Shportnói. Con los antiguos planos aclarará en seguida por dónde pasaba la divisoria. En el año veintiséis, él hizo aquí el catastro, ¿quién va a saber esas cosas mejor?

Davídov se frotó las manos de contento, y dijo, ya de buen humor:

—¡Estupendo! Claro que Shportnói debe saber a quién pertenece esa tierra. Yo creía que el catastro lo había hecho algún grupo de agrimensores venido de fuera. Busca ahora mismo a Schukar y le dices que enganche en seguida los potros al carricoche y vaya a la *stanitsa* a recoger a Shportnói. Voy a escribirle una nota.

Ostrovnov salió, pero regresó a los cinco minutos, sonriendo bajo los bigotes, y llamó con el dedo a Davídov:

—Vamos al henil, verá un prodigio…

En el patio de la administración, como en todo el caserío, reinaba esa quietud muerta que reina al mediodía en las jornadas más calurosas del verano. Olía a hierba mustia por el sol, de la cuadra llegaba el tufo del estiércol seco, y cuando Davídov se acercó al henil, percibió un aroma tan penetrante a hierba segada, en flor, ligeramente seca, que por un momento creyó hallarse en plena estepa, junto a un fragante almiar de heno recién apilado.

Yákov Lukich abrió despacito una hoja de la puerta, se apartó, dejó pasar a Davídov y dijo a media voz:

—Contemple a esos palomos. Nadie diría que hace una hora estaban peleándose a vida o muerte. Por lo visto, hacen una tregua cuando duermen…

En los primeros momentos, hasta que los ojos se acostumbraron a la oscuridad,

Davídov no vio más que un rayo de sol que penetraba por un agujero del techo y se clavaba en la cúspide del heno, negligentemente apilado en medio del cobertizo; luego distinguió la figura del abuelo Schukar, que dormía en el heno, y, junto a él, a Trofim, hecho un ovillo.

—El abuelo se ha pasado toda la mañana corriendo con el látigo detrás del macho cabrío, y ahora, ya lo ve, duermen juntos —dijo, en voz alta, Yákov Lukich.

El abuelo Schukar se despertó. Mas apenas se hubo incorporado sobre un codo, cuando Trofim saltó a tierra como impelido por un resorte, agachó la cabeza y sacudió belicoso la barba, prometiendo pelea.

—¿Han visto, buenas gentes, al diablo con cuernos? —preguntó Schukar con voz débil y desvaída, señalando a Trofim, que se aprestaba al combate—. Toda la noche, sin pausa, ha estado triscando por el heno, escarbando, estornudando y rechinando los dientes. No me ha dejado dormir ni un segundo, el condenado. De madrugada, qué sé yo las veces que me habré batido con él, y luego, toma, el demonio lo trajo a mi costado y se acomodó a dormir junto a mí; pero en cuanto lo han despertado al maldito, ya se prepara para la pelea. ¿Cómo puedo vivir con semejante persecución? Esto huele a asesinato: o yo lo mato alguna vez, o él me quita el resuello de un testarazo, y ¡adiós el abuelo Schukar! En una palabra, esto no va a acabar bien, con este diablo cornudo, en este patio ha de haber algún muerto…

En la mano de Schukar apareció inesperadamente un látigo, pero antes de que lo blandiera, Trofim, en dos saltos, se plantó en el rincón oscuro y, golpeando retador con sus pezuñas, dirigió desde allí a Schukar su mirada fosforescente y penetrante. El viejo dejó a un lado el látigo y meneó apenado la cabeza.

—¿Han visto qué insecto tan asqueroso? Sólo me libro de él a latigazos, y eso no siempre, porque el maldito de Dios me acecha donde menos te lo esperas. Así me estoy el día entero sin soltar el látigo de las manos. Este animal no me deja moverme. Por impropio que sea el sitio donde vaya, allí se presenta. Por ejemplo, lo que hizo ayer: necesitaba yo ir a un rincón alejado, tras el cobertizo, por una necesidad grande e inaplazable; miré alrededor y no le vi. «Menos mal, pensé, que el diablo de Trofim descansa a la fresca en algún sitio o está paciendo fuera del corral, mordisqueando la hierba». Me fui tan campante tras el cobertizo, y no había hecho más que acomodarme como es debido, cuando el maldito apareció en ese preciso momento, avanzó hacia mí a pasos menudos, ladeó la cabeza y ya estaba queriendo toparme en un costado. Quieras que no, tuve que levantarme… Lo ahuyenté con el látigo, pero en cuanto volví a colocarme, asomó de detrás de la esquina… ¡La de veces que intentó embestirme! Y me quitó las ganas. ¿Qué vida es ésta? Tengo *réuma* en las piernas y no soy un jovencito para andar agachándome y levantándome tantas veces, como si fuera un soldado haciendo la instrucción. Me entra tembleque en las piernas y me dan punzadas en la cintura. Por culpa de este Trofim, puede decirse que estoy perdiendo

lo que me queda de salud, y es muy posible que me muera en algún lugar retirado. Cuando era mozo, podía estarme acuclillado tranquilamente mediodía, pero ahora poco me falta para que pida a alguien que me sostenga por los sobacos… A qué extremos de vergüenza me ha llevado ese endemoniado de Trofim. ¡Puah!

Schukar escupió furioso y, tanteando el heno, estuvo largo rato refunfuñando y mentando al diablo.

—Abuelo, hay que vivir como la gente culta, usar el retrete, y no andar rodando por detrás de los cobertizos —aconsejó Davídov, riendo.

Schukar lo miró triste y sacudió la mano, con gesto desesperanzado.

—No puedo. No me lo admite el alma. Yo no soy hombre de ciudad. Estoy acostumbrado toda la vida a hacer mis necesidades al aire libre, para que el airecillo me ventile por todas partes. En invierno, aunque haga un frío atroz, no hay quien me meta en la garita, y en cuanto entro en vuestro retrete, me mareo del mal olor y, si me descuido, me caigo.

—En eso no te sabré ayudar. Compóntelas como puedas. Y ahora, engancha los potros al carricoche y vete a la *stanitsa* por el agrimensor. Nos hace muchísima falta. Lukich, ¿sabes dónde vive Shportnói?

Al no recibir respuesta, Davídov miró en derredor, pero Ostrovnov había desaparecido: sabedor por experiencia de lo largos que eran los preparativos de Schukar, se había ido a la cuadra a enganchar los potros.

—Me planto en la *stanitsa* en un segundo, para mí eso es coser y cantar —aseguró el abuelo Schukar—. Pero tú explícame una cosa, camarada Davídov: ¿por qué todos los animales que pertenecieron a los kulaks, todos ellos, tienen el mismo carácter de sus amos, es decir, son tremendamente dañinos y taimados a más no poder? Ahí tienes a ese renegado de Trofim: ¿por qué no le ha embestido nunca por debajo de la rabadilla, por ejemplo, a Yákov Lukich, y se ejercita sobre todo conmigo? Pues, porque ha olido que es de la familia de los kulaks, por eso a él no le toca y descarga en mí toda su rabia.

O tomemos cualquier vaca de los kulaks: jamás dará tanta leche a una ordeñadora koljosiana como le daba a su querida dueña deskulakizada. Hay que decir que esto es justo: la dueña la regalaba con remolacha, sobras y otras frutas, mientras la ordeñadora le echa una brazada de heno seco, del año pasado, y espera sentada, dormitando bajo las ubres, que dé leche.

O toma cualquier perro de los kulaks: ¿por qué sólo se lanza contra los campesinos pobres, que van andrajosos? Contra mí, por ejemplo. La cosa es seria. Se lo pregunté a Makar, y me dijo: «Es la lucha de clases». Pero no me explicó qué es la lucha de clases, se sonrió y se fue a sus quehaceres. ¿Para qué diablos me sirve esa lucha de clases, si cuando voy por el caserío he de mirar con temor a todos los chuchos? No llevan escrito en la frente si son perros honestos o si pertenecen al

estamento deskulakizado. Y si el perro de un kulak, según explica Makar, es mi enemigo de clase, ¿qué debo hacer? ¡Deskulakizado! Y dime, ¿cómo lo harías tú? ¿Despellejándolo vivo? No es posible. Antes te despelleja él a ti en un santiamén. De manera que la cosa está clara: primero hay que empalar al enemigo de clase, y luego despellejado. Hace unos días se lo propuse a Makar, y me dijo: «Tú, viejo tonto, eres capaz de colgar a la mitad de los perros del caserío». Lo que aún está por saber es quién es más tonto. A mí parecer, es Makar quien está un poco chiflado, y no yo… ¿Admiten los centros de acopio las pieles de perro para tundirlas? Ya lo creo que las admiten. ¿Y cuántos perros deskulakizados vagan sin dueño y abandonados por todo el país? ¡Millones! Pues si los desollamos a todos, curtimos la piel y con el pelo tejemos medias, ¿qué resultará? Pues que media Rusia podrá andar con botas de piel estupenda, y el que calce medias de pelo de perro se curará para siempre del reuma. De este remedio le oí hablar a mi abuela; si quieres que te diga, no hay nada mejor en el mundo. Pero para qué hablar, si yo mismo sufro del reuma, y sólo me curan esas medias. Sin ellas, hace tiempo que andaría a rastras.

—Abuelo, ¿piensas ir hoya la *stanitsa*? —se interesó Davídov.

—Claro que sí, pero no me interrumpas y sigue escuchando. Pues como te decía, cuando se me ocurrió esa gran idea de curtir las pieles de perro, estuve dos días seguidos sin poder dormir, dándole vueltas en la sesera, pensando en cuánto dinero obtendría el Estado con esta idea mía y, sobre todo, lo que me tocaría a mí. Si no tuviera este tembleque en las manos, yo mismo escribiría a las autoridades, y ya verías cómo esto cuajaba y sacaba algo por mi celo *intelectual*. Luego decidí contárselo todo a Makar. No soy ambicioso. Fui a verle, le expuse las cosas tal como eran, y le dije: «Makárushka, yo soy viejo, y no me hacen falta capitales ni condecoraciones, lo único que quiero es hacerte feliz para toda la vida: escribe al Poder central contándole mi idea, y recibirás una orden como la que te dieron en la guerra. Y si, además, te dan dinero, nos lo partiremos, como buenos amigos. Si quieres, tú pide la orden, que a mí con que me toque dinero para una vaca primeriza o siquiera para una ternera, me conformo».

Otro, en su lugar, me hubiera dado las gracias y hecho reverencias. Pero, sí, sí, no quieras saber cómo me lo agradeció Makárushka… ¡Cómo saltó de la silla! ¡Cómo me asustó, metiéndose con mi difunta madre! «Cuanto más viejo, más tonto eres —me chillaba—. En vez de cabeza, tienes un puchero vacío sobre los hombros». Y detrás de cada palabra, un insulto va y otro viene, sin la menor pausa. ¿Y ése me llamó tonto? Más le valdría callarse. ¡Valiente sabio que nos ha salido! Es como el perro del hortelano. Yo esperaba sentado a que se le secara la boca, pensando: «Déjale que despotrique, verás cómo pone en la silla la misma parte del cuerpo que antes».

Por lo visto, mi Makárushka se cansó de reñirme, se sentó y me preguntó:

«¿Tienes bastante?» Aquí fui yo el que me enfadé con él, aunque somos amigos nocturnos y le solté: «Si te has sofocado, descansa y empieza de nuevo, esperaré, no tengo prisa. Pero, ¿por qué juras como un tonto, Makáruska? Deseo tu bien. Por esa idea te sacarán en los periódicos de toda Rusia». Entonces salió disparado, dando un portazo, como si le hubiera echado agua hirviendo en los pantalones.

Por la tarde fui a ver al maestro Shpin en busca de consejo, pues, en fin de cuentas, es hombre instruido. Se lo conté todo y me quejé de Makar. Pero esas gentes instruidas me parece que están tocadas, yo diría que muy tocadas. ¿Sabes lo que me contestó? Se sonrió con sonrisa de conejo y me explicó: «Todos los grandes hombres sufrieron persecuciones por sus ideas, súfrelas también tú, abuelo». ¡Valiente consuelo! Es un viva la virgen, y no un maestro. ¿Qué gano yo con sufrir? La vaca era ya casi mía, y ni siquiera he podido verle la cola… Todo por el necio carácter de Makar. Y aún dice que es mi amigo, ¡así reviente! Por culpa suya, en mi casa todo son disgustos… Le había dicho a mi vieja, fanfarroneando, que a lo mejor Dios Nuestro Señor nos mandaba una vaca, por mi mucho celo*intelectual*. ¡Ahora puedo esperar sentado! Y mi vieja me da la tabarra: «¿Dónde está tu vaca? ¿Otra vez has mentido?» No tengo más remedio que sufrir también sus persecuciones. Si esos grandes hombres sufrieron, de Dios es que sufra yo también… Así se perdió mi buena idea por menos de nada… ¿Qué vas a hacer? No vas a saltar por encima de ciertas cosas…

Davídov, recostado en el quicio de la puerta, se reía silencioso. Schukar, algo más tranquilo, empezó a calzarse con mucha parsimonia y, sin hacerle caso, continuó, embalado, su relato:

Las medias de perro son un remedio infalible para el reuma. Las he llevado todo el invierno, sin quitármelas, y aunque al llegar la primavera tenía los pies como un queso florecido, aunque mi vieja me echó varias veces de casa por causa del olor a perro, me curé y un mes entero anduve pisando con el brío del gallo joven que ronda a la gallina. ¿Qué conseguí con eso? Nada. Porque, por mi mala cabeza, en la primavera volví a mojarme los pies, y listo. Pero esto no durará mucho; esta enfermedad no me asusta gran cosa. En cuanto eche mano a un perro manso y lanudo, lo esquilo y me quito el reuma como por ensalmo. ¿Ves cómo ando? Parezco un caballo empachado de avena, pero en cuanto lleve las medias curativas, otra vez podré bailar como un mozo. Lo malo es que mi vieja se niega a hilar la lana perruna y a tejerme con ella medias. Ese olor le da mareos y empieza a atragantársele la saliva. Primero le entra hipo, luego se ahoga y, por último, se pone tan mala que lo devuelve todo y tira hasta la primera papilla que le dio su madre. Así que, Dios la ampare, yo no la obligo a hacer ese trabajo. Yo mismo lavé la lana, la puse a secar al sol, la hilé y tejí las medias. La necesidad, hermano, obliga a aprender cualquier porquería…

Pero eso no es lo peor, sino que mi vieja es un áspid, un basilisco. El verano

antepasado, el dolor horrible en las piernas me tenía frito. ¿Qué hacer? Me acordé de las medias de perro. Una mañana llevé al zaguán, engañándola con pan seco, a la perrita del vecino, y la esquilé por completo, como un barbero consumado. Sólo le dejé un mechón en cada oreja, para que hiciese bonito, y una borla en el rabo para que tuviese con que espantarse las moscas. No te lo creerás: saqué casi ocho kilos de lana.

Davídov se tapó la cara con las manos y gimió, asfixiándose de risa:

—¿No será mucho?

Pero semejantes preguntas, y aún otras más escabrosas, jamás ponían en un aprieto al abuelo Schukar. Se encogió de hombros como si tal cosa y concedió magnánimo:

—Bueno, quizá un poquitín menos, diez o doce libras, no la pesé en la báscula. Te digo que era una perra tan lanuda como un merino. Creí que con su lana tendría para medias hasta el fin de mis días. Pues no. Sólo me dio tiempo a hacerme un par. El resto lo encontró mi vieja y lo quemó en el corral hasta el último hilo. ¡Es una *tigra* feroz, y no una vieja! En maldad no tiene nada que envidiar a este maldito chivo. Ella y Trofim son dos buenas patas para un banco, te juro por Dios que no miento. Resumiendo, quemó todas mis reservas y me arruinó por completo. Y eso que yo, para que la perrilla se estuviese quieta mientras la esquilaba, tuve que gastar una bolsa enorme de pan seco, fíjate…

La perrilla tampoco tuvo suerte. Se me escapó después de esquilarla y parecía contenta de verse aligerada de la lana sobrante; hasta meneaba de placer la borla del rabo. Luego echó a correr hacia el riacho como una flecha, y en cuanto se miró en el agua, empezó a aullar del bochorno… La gente me dijo después que iba y venía por la orilla del río, tengo para mí que quería suicidarse de vergüenza. Pero en nuestro río, el agua les llega a los gorriones por la rodilla, y no se le ocurrió tirarse a un pozo, le faltó meollo. ¿Qué le vas a pedir? Quieras o no, es un animal o, por mejor decir, una *insecta*: tiene el caletre romo, no es lo mismo que una persona…

Tres días seguidos se pasó aullando metida bajo el granero del vecino; me ponía enfermo con sus aullidos, pero no salía de allí. Sentía reparos de conciencia, le avergonzaba mostrarse de aquella guisa. Acabó la cosa con que huyó del caserío sin que nadie la viera y no dio señales de vida hasta el otoño, pero en cuanto le creció la lana, se presentó a su amo. Era una perrilla con más vergüenza que algunas mujeres, ¡no te miento, vive Dios!

Desde entonces resolví: como tenga que volver a esquilar a un chucho, no tocaré a las perras, no las dejaré en paños menores para no sublevar su pudor femenino. Elegiré un perro cualquiera, son una cofradía sin pizca de vergüenza, no se apocan aunque les rapes hasta el último pelo con la navaja barbera.

—¿Acabarás de una vez con tus fábulas? —le interrumpió Davídov—. Tienes que

irte. Date prisa.

—Ahora mismo. En seguida me calzo y ya estoy listo. Sólo que no me interrumpas, por los clavos de Cristo; si no, el pensamiento se me va y olvido de qué hablábamos. Pues, como te iba diciendo: Makar me toma por tonto y está muy equivocado. A mi lado es un niño, cala poco y se le ve venir a la legua. Yo, en cambio, soy perro viejo, a mí no me dan gato por liebre así como así. Makar saldría ganando si me pidiera que le prestase un poco de mollera. Eso es.

El abuelo Schukar sufría uno de sus accesos de locuacidad. «Tenía cuerda para rato», como decía Razmiótnov, y ya era difícil, casi imposible, pararle. Davídov trataba siempre al desdichado viejo con bondadosa deferencia, rayana en la compasión, pero esta vez se decidió a cortar su verborrea:

—¡Espera, abuelo, repórtate! Tienes que marcharte en seguida a la *stanitsa* y volver con Shportnói, el agrimensor. ¿Le conoces?

—No sólo a tu Shportnói, sino a todos los perros de la *stanitsa*, uno por uno.

—En perros eres especialista, ¡eso es la pura verdad! Pero a quien necesito es a Shportnói. ¿Estamos?

—Te lo traeré, te he dicho, te lo traeré como llevan una novia al altar, y sanseacabó. Pero no me interrumpas, ¡qué mala costumbre tienes! Tú, Davídov, te estás volviendo peor que Makar, te lo juro. Nagúlnov, por lo menos, mató de un tiro a Timoféi, es un cosaco heroico. Puede interrumpirme si es su gusto, que yo le respeto lo mismo. Pero tú, ¿qué heroicidades has hecho? ¿Por qué te voy a respetar? ¡Absolutamente por nada! Coge tu revolver y cárgate a ese chivo de los diablos, que me ha envenenado la vida, y hasta que me muera rezaré a Dios por ti y te respetaré lo mismo que a Makar. ¿Sabes?, ¡Makar es un héroe! No hay ciencia que se le resista. Ahora estudia el inglés, se lo sabe por las puntas de los dedos. Entiende de todo tanto como yo, y en lo tocante al cantar de los gallos, no hay quien sepa como él. Tuvo cabeza bastante para echar a Lushka, a la que tú, en cambio, cobijaste como un bobalicón, y dejó seco de un tiro al canalla ese de Timoféi…

—¡Pero cálzate pronto! ¿Qué estás haciendo? —se impacientó Davídov.

El abuelo Schukar, jadeando y revolviéndose en el heno, barbotó:

—Estoy atándome las abarcas, ¿no lo ves? ¡En estas tinieblas, ni el diablo acertaría!

—¡Pero sal a la luz, hombre!

—Ya me las compondré aquí. Sí-i-i-i, así es mi Makárushka. No sólo estudia él, sino que, además, se esfuerza por enseñarme…

—¿Qué te enseña? —sonrió Davídov.

—Distintas ciencias —respondió evasivo el abuelo Schukar.

Era evidente que no quería entrar en detalles, y repitió reluctante:

—Distintas ciencias, te digo. ¿Entiendes? Ahora estoy metido de lleno en las

palabras extranjeras. ¿Qué te parece?

—No entiendo nada. ¿Qué palabras extranjeras?

—Si tan zoquete eres, vale más que no preguntes —murmuró, enfadado ya, el abuelo, y resopló para expresar su disgusto por tan enojoso interrogatorio.

—Las palabras extranjeras te hacen a ti tanta falta como una cataplasma a un difunto. Muévete más ligero, que no acabas de aviarte —le rogó Davídov sin dejar de sonreír.

Schukar bufó como gato enfadado:

—«Muévete más ligero». ¡Dices cada cosa! La ligereza es necesaria para cazarse las pulgas o para correr de noche cuando un marido burlado te persigue, pisándote los talones… No encuentro el látigo ni a la de tres, ¡maldito sea! Lo tenía en las manos ahora mismo, ¡y como si se lo hubiera tragado la tierra! Sin él no me atrevo a dar un paso por causa del chivo… ¡Aquí está, gracias a Dios! ¿Y la gorra? ¿Tú no has visto mi gorra, camarada Davídov? Pero si la tenía bajo la cabeza… ¡Ay, qué memoria la mía, la tengo como un cedazo, llena de agujeros!… ¡Vaya, bendito sea Dios, ya apareció la gorra! Sólo me falta el abrigo y ya estoy listo. ¡Uf! Seguro que el demonio de Trofim me lo ha pateado entre el heno. Ahora se nos hará de noche buscándolo… ¡No, ya me acordé! Lo he dejado en casa… ¿Qué falta me hace con este calor, para qué lo iba a traer?

Davídov vio por la puerta que Ostrovnov igualaba las riendas de los potros enganchados al carricoche y hablaba a los brutos en voz baja, acariciándoles el lomo.

—Yákov Lukich ha enganchado ya, y tú todavía no estás listo. ¿Cuándo vas a terminar, viejo remolón? —gritó con enfado Davídov.

El abuelo Schukar soltó un taco kilométrico:

—El día se las trae, ¡me c… en su alma! En realidad, no debía ir a la *stanitsa*. ¡Las señas son fatales! ¡Fíjate, no hago más que encontrar la gorra, y ahora se me extravía la bolsa del tabaco! ¿Es buena señal eso? Claro que no. Seguro que me ocurre alguna desgracia en el camino… ¡Qué mala pata, no encuentro la bolsa, y se acabó! ¿No se la habrá zampado Trofim? Vaya, gracias a Dios, apareció la bolsita. Ahora puedo marcharme… Aunque, ¿y si lo dejáramos para mañana? Los augurios son bien malos… Por algo en las Sagradas Escrituras —se me ha olvidado qué capítulo de San Mateo es, pero lo mismo da, el diablo se lo lleve—, se dice: «Caminante, si vas a hacer un viaje y ves malas señales, quédate en casita y no se te ocurra asomar la nariz a la calle». Ahora, tú, camarada Davídov, decide con entera responsabilidad: ¿voy o no?

—¡Vete ahora mismo, abuelo! —ordenó muy serio Davídov.

Tras un suspiro, pero sin rezongar, el viejo se deslizó del montón de heno y renqueó hacia la puerta, arrastrando el látigo y lanzando temerosas miradas al macho cabrío, que se había escondido en un rincón oscuro.

Capítulo XVII

Después de haber puesto tan difícilmente en camino al abuelo Schukar, Davídov decidió ir a la escuela con el fin de ver allí mismo qué podía hacerse para que el local estuviese bonito y acogedor el domingo. Además, quería acordar con el director qué materiales se necesitaban para arreglar la escuela y en qué fecha podrían iniciarse las obras, para darles fin, sin prisas y a conciencia, antes del comienzo del año escolar.

Sólo en los últimos días se había dado perfecta cuenta de que se acercaba el período de mayor trabajo desde que llegara a Gremiachi Log. Aún no habían acabado de segar la hierba y ya se echaba encima la recolección de los cereales: el centeno otoñal sazonaba a ojos vistas, y otro tanto sucedía con la cebada. Los campos koljosianos de girasoles y de maíz, inmensos en comparación con las parcelas individuales, se cubrían de maleza y pedían a gritos una escarda. Ya estaba al caer la siega del trigo.

Antes de recoger la cosecha quedaba mucho por hacer: llevar al caserío la mayor cantidad de heno posible, preparar las eras para la trilla, juntar en un mismo sitio los graneros que habían pertenecido a los kulaks y reparar la única trilladora de vapor que tenía el koljós. Además, pesaba sobre Davídov un sinnúmero de preocupaciones, grandes y pequeñas, cada una de las cuales exigía una atención permanente e insomne.

Haciendo crujir los viejos peldaños de madera, Davídov subió a la ancha terracilla de la escuela. Una niña de unos diez años, descalza, llenita como un rollo de manteca, se apartó de la puerta para dejarle paso.

—¿Estudias aquí, querida? —le preguntó cariñoso Davídov.

—Sí —contestó ella bajito, mirándole de pies a cabeza sin azorarse.

—¿Dónde vive el director?

—No está en casa. Ha ido con su mujer a la otra parte del río, a regar las coles de su huerto.

—¡Qué mala suerte!… Y en la escuela, ¿hay alguien?

—Nuestra maestra, Liudmila Serguéievna.

—¿Qué hace aquí a estas horas?

La niña sonrió:

—Está con los chicos atrasados. Todos los días se ocupa con ellos después de comer.

—Vaya, que les echa una mano.

La niña asintió con la cabeza.

—Eso está bien —aprobó Davídov y entró en el vestíbulo en penumbra.

Desde el fondo del largo pasillo llegaban voces infantiles. Sin apresurarse, fue inspeccionando las aulas vacías. En la última, por la puerta entreabierta, vio a una

decena de chicos sentados con holgura en la primera fila de pupitres, y junto a ellos, a la joven maestra, que, bajita, menuda y delgada, con el pelo rubio, rizado y muy corto, más bien parecía una niña muy espigadita.

Llevaba Davídov mucho tiempo sin cruzar el umbral de una escuela, y, ahora, junto a la puerta del aula, estrujando en la mano izquierda la gorra descolorida por el sol, experimentó una sensación extraña. El instantáneo recuerdo de los lejanos años de infancia despertó en su alma el antiguo respeto por la escuela, una imprecisa y dulce emoción…

Empujó la puerta con timidez, carraspeó, no porque le picase la garganta, y se dirigió en voz baja a la maestra:

—¿Se puede?

—Adelante —le respondió una vocecita fina, juvenil.

La maestra se volvió hacia él, enarcó las cejas con asombro, pero, al reconocerle, dijo confusa:

—Pase, por favor.

Davídov hizo una torpe inclinación.

—Buenas tardes. Perdone que la moleste, sólo es un momento… Quería ver también el aula, se trata de la reparación de la escuela. Puedo esperar.

Los niños se pusieron en pie y contestaron embarulladamente al saludo de Davídov, que, mirando a la muchacha, pensó: «Parezco uno de aquellos ricachones del patronato escolar que tan estirados se ponían cuando iban de inspección… He asustado a la maestra, se ruboriza. ¿Para qué me habré dejado caer por aquí a esta hora?»

La muchacha se aproximó:

Pase, camarada Davídov, tenga la bondad. Dentro de unos minutos termino la clase. Siéntese. ¿O prefiere que llame a Iván Nikoláievich?

—¿Quién es Iván Nikoláievich?

—Nuestro director, Iván Nikoláievich Shpin. ¿No le conoce usted?

—Sí, le conozco. No se preocupe, esperaré. ¿Puedo estar aquí mientras les toma la lección?

—Por supuesto. Siéntese, camarada Davídov.

La joven lo miraba, hablaba con él, pero no lograba sobreponerse a su turbación. Estaba tan violenta, que el rubor le cubría incluso todo el cuello y le ponía como la grana las orejas.

¡Aquello no podía soportarlo Davídov! Y no lo podía soportar por la simple razón de que en cuanto una mujer enrojecía en su presencia, le salían también los colores, y ello le hacía sentirse todavía más turbado y molesto.

Tomó asiento en la silla que le ofrecieron, junto a una mesita, y la muchacha retrocedió hacia la ventana y se puso a dictar, silabeando:

—Ma-má gui-sa… ¿Habéis terminado, niños? Gui-sa la co-mi-da. Después de «comida», punto. Repito…

Cuando hubieron escrito la frase por segunda vez, los chiquillos, curiosos, pusieron la vista en Davídov. Este se pasó con fingido empaque la mano por el labio superior, atusándose unos imaginarios bigotes, e hizo un guiño amistoso a los chicos. Ellos sonrieron. Empezaban a entablarse buenas relaciones, pero la maestra dictó otra frase, silabeando como de costumbre, y los niños se inclinaron sobre sus cuadernos.

En el aula olía a sol y a polvo, a ese aire viciado de los locales que se ventilan poco. Las lilas y las acacias que se apretujaban junto a las ventanas no daban frescor. El viento movía las hojas. Unas manchas de sol se deslizaban por las tablas del piso, que estaban sin pintar.

Davídov, fruncido el entrecejo, echaba cuentas: «Se necesitan, como mínimo, dos metros cúbicos de tablas de pino para arreglar el piso. Los marcos de las ventanas son buenos. Hay que ver en qué estado se encuentran las contravidrieras, si es que las hay. Comprar un cajón de cristales. Seguro que no tienen ni una hoja de reserva, y es imposible que los chicos no rompan cristales, ¡la pura verdad! Estaría bien conseguir albayalde: ¿cuánto hará falta para pintar techos, jambas, ventanas y puertas? Concretar con los carpinteros. La terracilla hay que entarimarla de nuevo. Podemos hacerlo con madera nuestra, se sierran dos sauces, y listo. Las obras nos costarán un pico… La leñera, techarla otra vez con paja. Mucho es lo que hay que hacer, ¡eso es la pura verdad! En cuanto terminemos con los graneros, enviaré aquí a toda la brigada de carpinteros. No estaría de más repintar el tejado… Pero, ¿de dónde sacar el dinero? Para la escuela lo conseguiré, aunque me cueste la cabeza. ¡La pura verdad! Pero no habrá necesidad de eso: vendemos una pareja de bueyes defectuosos, y dinero al canto. Lo que ocurre es que tendré que librar una batalla por esos bueyes con el Soviet del distrito, de lo contrario, no hay nada que hacer… Y no lo pasaré muy bien si los vendo por debajo de cuerda. De todas maneras, me arriesgaré. ¿Será posible que Nesterenko no me apoye?»

Sacó el cuaderno de notas y escribió: «Escuela. Tablas, clavos, un cajón de cristales, pintura verde para el tejado. Albayalde. Aceite de linaza…»

Estaba acabando de escribir la última palabra, fruncido el ceño, cuando una bolita de papel mascado, disparada a través de un canuto, se le pegó a la frente con suave chasquido. Davídov dio un respingo. En aquel instante, uno de los niños sofocó una risotada, tapándose la boca con el puño. Una risita retozó por los bancos.

—¿Qué pasa? —inquirió severa la maestra.

Un silencio compacto fue la contestación.

Después de despegarse la bolita, Davídov, sonriendo, lanzó una fugaz ojeada a los niños: cabecitas rubias, castañas, morenas, se inclinaban sobre los pupitres, pero ninguna manita atezada se movía para trazar una letra…

—¿Habéis terminado? Vamos con la frase siguiente…

Davídov aguardaba con impaciencia, sin apartar de las agachadas cabecitas los ojos reidores. Uno de los chicos levantó despacito, furtivamente, la cabeza, y Davídov vio que tenía frente a sí a un viejo conocido: era Fedotka Ushakov, al que había encontrado una vez en el campo, en primavera. El chico le miraba con sus estrechos ojuelos, curvando los labios en amplia e irrefrenable sonrisa. Al ver la pícara expresión de su rostro, Davídov estuvo a punto de soltar la carcajada, pero se contuvo, arrancó presuroso una hoja limpia de su cuaderno de notas, se la metió en la boca y se puso a mascarla, sin perder de vista a la maestra y haciéndole un travieso guiño a Fedotka. Este le devoraba con la vista, mas, para ocultar su sonrisa, se tapaba la boca con la mano.

Recreándose con la ansiedad del chico, Davídov amasó con meticulosidad y lentitud una bolita de papel, se la puso sobre la uña del pulgar de la siniestra y cerró el ojo izquierdo para tomar puntería. Fedotka abultó los carrillos y escondió medroso la cabeza entre los hombros: la bolita aquella era de respetables dimensiones… Cuando Davídov, aprovechando un momento propicio, se la tiró, con ligera pulgarada, Fedotka se agachó tan impetuoso que dio un ruidoso testarazo en el pupitre. Acto seguido se irguió, clavó en la maestra los ojillos, muy abiertos, asustados, y se frotó la frente, enrojecida. Davídov, estremeciéndose de silenciosa risa, apartó la mirada y, como era su costumbre, se tapó la cara con las manos.

Por supuesto, era aquello una chiquillada imperdonable. Debía tener presente dónde se encontraba. Cuando recobró la serenidad, miró de reojo, con sonrisa culpable, a la maestra, pero vio que también ella, vuelta hacia la ventana, intentaba disimular la risa: sus hombros delgaditos temblaban, y la mano con que apretaba el pañuelo acudía en auxilio de los ojos, para enjugar las lágrimas.

«Vaya un grave inspector que estoy hecho… —pensó Davídov—. He estropeado toda la clase. Hay que largarse de aquí».

Puso una cara muy seria y miró a Fedotka. El niño, inquieto como el azogue, rebullía impaciente, le mostró con un dedo la boca y separó los labios. Donde había tenido una mella asomaban dos paletas blanquísimas, nacaradas, todavía en crecimiento, con unas sierrecitas tan simpáticas en los bordes, que Davídov sonrió sin querer.

Era un descanso para él contemplar los rostros infantiles y las cabecitas inclinadas sobre los pupitres. Inconscientemente, recordó que hacía mucho, muchísimo tiempo, lo mismo que el vecino de banco de Fedotka, tenía la costumbre de agachar mucho la cabeza cuando escribía o dibujaba y de sacar la lengua como si quisiera ayudarse con ello en el arduo trabajo. Y de nuevo, igual que le había sucedido en la primavera, cuando entabló conocimiento con Fedotka, pensó suspirando: «Vosotros viviréis mejor, pajarillos, ya ahora vivís mejor. ¿Para qué he luchado yo, si no para eso? Para

que no paséis las calamidades que tuve que pasar yo de pequeño».

El propio Fedotka le sacó de su ensueño. Moviéndose en el banco como si tuviera charnelas, llamó la atención de Davídov y, por medio de insistentes gestos, le preguntó por su propio diente. Davídov esperó a que la maestra estuviese de espaldas y, abriendo los brazos con abatimiento, le mostró la encía. Al ver la misma mella de siempre, Fedotka sofocó una risotada con la mano y luego sonrió jactancioso. Todo su porte de triunfador decía con más elocuencia que cualquier discurso: «¿Ves cómo te he ganado? A mí me han salido los dientes, y a ti, no».

Pero al cabo de unos instantes sucedió algo que Davídov, incluso mucho después, no podía recordar sin estremecerse. Fedotka, embalado en las travesuras, quiso hacer que Davídov se fijase otra vez en él y dio un golpecito en el pupitre. Cuando Davídov le miró distraídamente, el niño se echó hacia atrás con aires de importancia, metió la mano derecha en el bolsillo del pantalón y sacó, para volver a esconderla en seguida, una granada de mano. Todo fue tan rápido, que, en el primer momento, Davídov no hizo sino parpadear atónito: lívido se puso después…

«¿Dónde la habrá encontrado? ¿Y si tiene puesto el detonador? Un simple golpe contra el asiento, y entonces… ¡Oh, diablo!, ¿qué hacer?» —pensó horrorizado, cerrando los ojos y sin darse cuenta de que un sudor frío le perlaba la frente, la barbilla y el cuello.

Había que hacer algo inmediatamente, pero, ¿qué? ¿Levantarse y tratar de quitarle por la fuerza la granada? ¿Y si el niño se asustaba, intentaba zafarse y se le ocurría lanzarla, sin saber que aquello sería su muerte y la muerte de otros?… No, no debía proceder así. Davídov desechó sin vacilar esta variante. Con los ojos todavía cerrados se torturaba buscando una salida, espoleaba su pensamiento, pero la imaginación, siempre despierta, le pintaba, a despecho de su voluntad, el llamarazo amarillo de la explosión, un alarido espeluznante, los cuerpos infantiles destrozados…

Sólo entonces notó que las gotas de sudor se deslizaban con lentitud por su frente, le bordeaban los párpados y le producían cosquillas en los ojos. Al ir a sacar el pañuelo del bolsillo, su mano tropezó con un cortaplumas que le regalara, muchos años antes, un viejo amigo suyo. Davídov vio el cielo abierto: con la mano derecha sacó el cortaplumas, con la izquierda se enjugó el copioso sudor que bañaba su frente, y luego se puso a dar vueltas a la navajita y a contemplada como si no la hubiese visto nunca. Al propio tiempo, miraba a Fedotka con el rabillo del ojo.

La navajita era vieja y estaba gastada; en cambio, sus cachas de nácar brillaban opacas al sol y, además de dos hojas, destornillador y sacacorchos, tenía unas tijeritas magníficas. Davídov exhibió uno tras otro todos aquellos tesoros, al tiempo que lanzaba breves miradas a Fedotka. Este se había quedado embelesado. Aquello no era un cortaplumas, sino una verdadera maravilla. Y cuando Davídov arrancó una hojita de su cuaderno de notas y recortó en un momento con las tijeras una cabeza de

caballo, el entusiasmo del niño no tuvo límites.

La clase no tardó en terminar. Davídov se acercó a Fedotka y le preguntó con un susurro:

—¿Has visto la navajita?

Fedotka tragó saliva y asintió con la cabeza. Davídov se agachó y dijo en voz baja:

—¿Quieres que cambiemos?

—¿Qué vamos a cambiar? —bisbiseó Fedotka.

—La navaja por el cacho de hierro que tienes en el bolsillo.

El chico aceptó con tan rotundos movimientos de cabeza, que Davídov hubo de sujetarle por la barbilla. Le puso en la mano el cortaplumas y tomó con suma precaución la granada. Esta no tenía detonador, y Davídov, jadeante de emoción, se irguió.

—¿Qué secretos se traen ustedes? —sonrió, al pasar junto a ellos, la maestra.

—Somos viejos amigos y llevábamos mucho sin vernos. Excúsenos, Liudmila Serguéievna —dijo con respeto Davídov.

—Me ha gustado que asistiera a una de mis clases —pronunció ruborosa la joven.

Sin notar su turbación, Davídov le rogó:

—Dígale al camarada Shpin que esta tarde venga a verme a la administración y que antes calcule qué obras necesita la escuela y piense en el presupuesto. ¿De acuerdo?

—Está bien, se lo diré. ¿No volverá usted por aquí?

—Cuando tenga un momento libre, me acercaré sin falta, ¡eso es la pura verdad! —prometió Davídov, y, sin aparente nexo con lo que hablaban, le preguntó: —¿Dónde se aloja usted?

—En casa de la abuela Agafia Gavrílovna. ¿Sabe quién es?

—Sí. ¿Qué familia tiene usted?

—Mi madre y dos hermanitos. Viven en Novocherkassk. Pero, ¿por qué me pregunta todo esto?

—Debo conocer algo de su vida, ¿no es cierto? Pero no tema, no le preguntaré por sus secretillos —bromeó Davídov para eludir una respuesta.

Junto a la terracilla, los chicos se agolpaban alrededor de Fedotka para ver la navaja. Davídov llamó aparte al feliz propietario e inquirió:

—¿Dónde encontraste tu juguete, Fedot Demídovich, en qué sitio?

—¿Quieres que te lo enseñe, tío?

—¡Pues claro!

—Vamos. Pero ahora mismo, porque después no tendré tiempo —propuso muy serio Fedotka.

Cogió por un dedo a Davídov y, muy orgulloso de servir de guía no a un tío

cualquiera, sino al mismísimo presidente del koljós, echó a andar con aires de persona mayor calle adelante, volviendo de vez en cuando la cabeza hacia sus amiguitos.

Iban los dos sin mucha prisa, cruzando cortas frases.

—¿No te volverás atrás? —preguntó Fedotka, adelantándose un poco y mirándole a los ojos con inquietud.

—¡Qué va! Lo hecho, hecho está —le tranquilizó Davídov.

Durante unos cinco minutos anduvieron muy serios y callados, como cuadra a los hombres, pero Fedotka no pudo aguantar el silencio, y, sin soltar el dedo, volvió a adelantarse y dijo comprensivo, al tiempo que miraba a Davídov de abajo arriba:

—¿No te da lástima quedarte sin la navaja? ¿No te duele el cambio?

—¡Ni chispa! —respondió categórico Davídov.

Prosiguieron su camino silenciosos. Mas, al parecer, algún gusanillo roía el pequeño corazón de Fedotka. Por lo visto, el chico consideraba que el trueque era muy desventajoso para Davídov, pues, tras una larga pausa, le dijo:

—¿Quieres que te dé de propina mi honda? ¿La quieres?

Con un desinterés absurdo y sorprendente para Fedotka, Davídov rehusó:

—No, ¿para qué? Quédatela tú. Hemos cambiado pelo a pelo, ¡la pura verdad!

—¿Cómo «pelo a pelo»?

—Bueno, pieza por pieza, ¿entendido?

No, Fedotka no entendía bien del todo. Una ligereza como la que aquel tío mayor había evidenciado en el trueque le asombraba muchísimo, hasta le daba que pensar… Un cortaplumas hermoso, que brillaba al sol, por un hierro redondo que no valía para nada… ¡Allí había gato encerrado!

Pasaron unos instantes, y Fedotka, movido por su espíritu práctico, hizo, sin detenerse, una nueva oferta:

—¿No quieres la honda? Está bien. ¿Y si te doy, además, las tabas, qué? ¿Sabes qué tabas tengo? Casi nuevas, míralas.

—Tampoco me hacen falta tus tabas —rehusó Davídov entre un suspiro y una sonrisa—. Si me quitasen veinte años y pico de las costillas, no les diría que no, amiguito. Yo mismo te las hubiera sacado lindamente, pero ahora no te preocupes, Fedot Demídovich. ¿Qué te desazona? La navaja es tuya por los siglos de los siglos, ¡la pura verdad!

Otro silencio. Y a la vuelta de unos minutos, otra pregunta:

—Tío, y esa bola de hierro que te he dado, ¿de qué es? ¿De una aventadora?

—¿Dónde la encontraste?

—En el pajar adónde vamos, debajo de una aventadora. Hay allí una aventadora vieja, volcada, toda rota, y el hierro ese estaba debajo. Jugábamos al escondite, y me metí allí, vi la bola y la cogí.

—Entonces es una pieza de la aventadora. ¿No viste un palito de hierro por allí cerca?

—No, no había nada más.

«Gracias a Dios —pensó Davídov—, porque habrías armado tal revoltijo, que ni en el otro mundo lo desenredaban»

—Esa pieza de la aventadora, ¿te hace mucha falta? —se interesó Fedotka.

—Muchísima.

—¿Para la hacienda, para otra aventadora?

—Pues claro.

Tras breve pausa, Fedotka sentenció con voz grave:

—Si hace falta en la hacienda, no te duela, has hecho un buen cambio. Ya te comprarás otra navaja.

Al llegar a esta conclusión, Fedotka, tan sensato para sus pocos años, sonrió tranquilo. La conciencia, por lo visto, había dejado de remorderle.

Ese fue, en suma, todo el diálogo que sostuvieron por el camino. Pero con él culminó la operación del canje de valores…

Davídov se había percatado ya, con certeza absoluta, de adónde le llevaba Fedotka, y cuando a la izquierda de una calleja se vislumbraron las dependencias que habían pertenecido al padre de Timoféi el Desgarrado, preguntó señalando un cobertizo con techo de cañas.

—¿Allí lo encontraste?

—¡Qué bien lo has adivinado, tío! —exclamó admirado Fedotka, y le soltó el dedo—. Ahora sabrás llegar tú solo. Yo me voy corriendo. Tengo mucha prisa.

Davídov le estrechó la manita al despedirse, como si fuera una persona mayor, y le dijo:

—Gracias, Fedot Demídovich, por haberme traído hasta aquí. Ven a casa, déjate ver, si no, te echaré de menos. Vivo solo, ¿sabes?…

—Está bien. Ya me acercaré algún rato —prometió condescendiente Fedotka.

Girando sobre un pie, el chico se metió dos dedos en la boca emitió un silbido estridente, por lo visto para llamar a sus amigos, y echó a correr con tal velocidad, que sus negros talones apenas si se entreveían en la nube de polvo del camino.

Sin entrar en casa de los Damáskov, Davídov se fue a la administración del koljós. En la habitación donde solía reunirse la Directiva, Yákov Lukich y el almacenero jugaban, medio a oscuras, a las damas. Davídov se sentó en la mesa y escribió en una hojita de su cuaderno de notas: «A Ostrovnov Ya. L., intendente del koljós: Despache a la maestra L. Egórova, a cuenta de mis *trudodiéns*, 32 kg de harina de trigo, 8 kg de mijo y 5 kg de tocino». Después de firmar, apoyó en el puño la barbilla, de recio contorno, y se quedó pensativo. Luego preguntó a Ostrovnov:

—¿Qué tal vive la joven esa, la maestra Liudmila Egórova?

—. Bastante mal —dijo escueto Ostrovnov, y avanzó una pieza.

—Acabo de estar en la escuela para lo de las obras. He visto también a la maestrita… Está delgada, se transparenta como las hojas de otoño. Come mal, de seguro. Que hoy mismo se le envíe a su patrona todo lo que he apuntado. ¡Sin falta! Mañana lo comprobaré, ¿oyes?

Dejando la nota sobre la mesa, se fue todo derecho a casa de Shali.

En cuanto hubo salido, Yákov Lukich revolvió las piezas en el tablero y, sin volver la cabeza, señaló con el dedo hacia la puerta, por encima del hombro:

—¿Habráse visto qué garañón? Empezó con Lushka Nagúlnova, después se lió con Varia Jarlámova, y ahora ya anda con la maestra. Y a todas sus zorras las mantiene a costa del koljós… Acabará arruinándonos, todo se lo llevarán las mujeres…

—A la Jarlámova no le ha dado ningún vale, y lo de la maestra es de su bolsillo —objetó el almacenero.

Pero Yákov Lukich sonrió displicente:

—A la Varia puede que le dé dinero, pero lo que reciba la maestra, eso tendrá que pagarlo el koljós. ¿Cuánta comida no he tenido que llevarle yo de tapadillo a la Lushka por orden suya? ¡Sí, amigo, así!

Hasta el mismo día en que muriera Timoféi el Desgarrado, Yákov Lukich estuvo aprovisionándoles en abundancia a Lushka y a él de los almacenes del koljós. Para ello había dicho al almacenero:

—Davídov me ha ordenado a rajatabla que despachemos a Lushka todos los víveres que se le antojen, y me ha dicho: «Si a ti o al encargado del almacén se os escapa una palabra siquiera, no hay quien os salve de ir a Siberia». Así que tú, querido, punto en boca y ya estás dándome tocino, miel y harina sin molestarte en pesarlo. No es cosa nuestra juzgar lo que hacen los jefes.

Desde entonces, el almacenero había proporcionado cuanto exigía Ostrovnov y, por consejo de éste, engañaba en el peso a los jefes de las brigadas, para ocultar los hurtos.

¿Por qué ahora iba a desaprovechar Yákov Lukich ocasión tan propicia para difamar a Davídov una vez más?

Cansados de no hacer nada, Ostrovnov y el almacenero estuvieron largo rato despellejando a Davídov, Nagúlnov y Razmiótnov.

Entretanto, Davídov y Shali habían puesto ya manos a la obra en el pajar de Frol el Desgarrado. Para que hubiese más luz, Davídov se subió al tejado y quitó, con un bieldo, la paja de dos carreras.

—¿Qué, viejo —preguntó—, se ve mejor ahora?

—No estropees más el tejado —contestó desde dentro Shali—. Ahora hay tanta

luz como en la calle.

Davídov dio algunos pasos por una de las vigas y saltó ágilmente al suelo de tierra, blando y mantilloso.

—¿Por dónde empezamos, Sídorovich?

—Los buenos bailarines siempre salen al corro desde el horno[18] pero tú y yo vamos a empezar las pesquisas desde la pared —repuso con su vozarrón el viejo herrero.

Provistos de unas gruesas barras de hierro con la punta aguzada, amañadas de prisa y corriendo en la herrería, comenzaron a buscar los dos a lo largo de un muro, hundiendo con fuerza las barras aquellas en el suelo y avanzando despacio hacia la aventadora, que yacía junto a la pared de enfrente. Unos pasos antes de llegar a la aventadora, la barra de Davídov se hundió blandamente casi hasta la empuñadura y tropezó, con sonido apagado, contra algo metálico.

—Hemos encontrado el tesoro que decías —sonrió irónico Shali, agarrando una pala.

Davídov se la quitó, diciendo:

—Deja que empiece, Sídorovich, para eso soy más joven.

A un metro de profundidad quitó la tierra en torno a un voluminoso paquete. Era una ametralladora «Maxim» cuidadosamente envuelta en una lona engrasada. La sacaron del hoyo entre los dos, desenvolvieron la lona en silencio, se miraron en silencio, y en silencio liaron sendos cigarros.

Después de dar dos chupadas, Shali dijo:

—Los Desgarrados querían dar un buen metido al Poder soviético…

—Y fíjate con qué esmero habían guardado la «Maxim»: ni pizca de herrumbre, ni una manchita, como para ponerle una cinta y empezar a disparar ahora mismo. Bueno, voy a seguir buscando en el hoyo, a lo mejor damos con algo más…

Media hora después, Davídov depositaba con cuidado al borde del hoyo cuatro cajas de zinc con cintas de ametralladora, un fusil, un cajón empezado de cartuchos de fusil y ocho granadas de mano, con los detonadores, envueltas en un trozo de hule corroído por la humedad. En la cavidad, que continuaba bajo el muro de mampostería, encontraron también una funda vacía, de confección casera. A juzgar por su longitud, había servido para guardar un fusil.

Antes del ocaso, Davídov y Shali desarmaron en la herrería la ametralladora y la limpiaron y engrasaron con todo esmero. Y cuando sobrevino el crepúsculo, en la dulce quietud de la tarde, la ametralladora tableteó sobre Gremiachi Lag, belicosa y terrible. Una ráfaga larga, dos cortas, otra larga, y la tranquilidad volvió a señorear en el caserío, en la estepa, que descansaba del calor diurno, emanando la dulzona fragancia de la hierba marchita y la tierra negra recalentada.

Davídov se levantó y dijo en voz baja:

—La maquinita es buena, estupenda.

El vozarrón de Shali le respondió iracundo:

—Ahora mismo vamos a casa de Ostrovnov, cogemos las barras y rebuscamos en el corral y en todas las dependencias. En su casa también haremos un registro a fondo. ¡Basta ya de contemplaciones con él!

—Te has vuelto loco, viejo —replicó fríamente Davídov—. ¿Quién nos ha autorizado para hacer registros por nuestra cuenta y para soliviantar a todo el caserío? Sí, sencillamente te has vuelto loco, ¡eso es la pura verdad!

—¡Sí en casa del Desgarrado hemos encontrado una ametralladora, en la de Ostrovnov debe haber un cañón enterrado en el pajar! ¡No soy yo quien se ha vuelto loco, sino tú, tonto de puro listo, te lo digo con toda franqueza! Espera y ya verás como un buen día Lukich desentierra su cañón y lo dispara a cero contra tu casa. Entonces me dirás: «¡Eso es la pura verdad!»,

Davídov se echó a reír a carcajadas y quiso abrazarle, pero el viejo dio media vuelta, escupió muy indignado y, sin despedirse, echando sapos y culebras, se marchó al caserío.

Capítulo XVIII

Hacía algún tiempo que al abuelo Schukar —por cierto, así había sucedido durante toda su vida—, nada le salía bien, pero aquel día había sido el colmo, con sus innumerables disgustos, grandes y pequeños, y sus infortunios. Por ello cuando la jornada tocaba ya a su fin, el anciano, abrumado por las desdichas que sobre él se abatían tan abundantemente, se hallaba, como nunca, dominado por las supersticiones… Sí, desde luego había hecho muy mal en aceptar irreflexivamente la orden de Davídov y en atreverse a ir a la *stanitsa*, teniendo desde por la mañana todos los augurios en contra…

Al salir de la cuadra, Schukar llevó los potros al paso como cosa de dos manzanas. Luego detuvo el carricoche en mitad del camino y, sin apearse, acurrucado, lleno de abatimiento, se sumió en profundas reflexiones… La cosa no era para menos. «Antes de amanecer soñé que un lobo con pintas me perseguía. ¿Por qué con pintas? ¿Y por qué le dio por perseguirme a mí precisamente? Como si aparte de un servidor hubiera poca gente en el mundo. Que hubiese perseguido a otro cualquiera, a un mozo joven y de buenas piernas. Yo lo habría visto desde sitio seguro, pero no, ¡hasta en sueños tengo que pagar el pato por los demás! Esas bromas no se han hecho para mí. Cuando me desperté, el corazón me daba tales golpes que estuvo a punto de salírseme del pecho; menudo placer son estos sueños agradables, mal rayo los parta. Bueno, y si me paro a pensar, ¿por qué era un lobo definitivamente con pintas, y no gris como Dios manda? ¿Es un buen augurio? Pues ahí está la cosa, que no lo es. Es mala señal, y el viaje me va a salir torcido, algún mal paso no hay quien me lo quite. Pues, ¿y una vez despierto? No encontraba la gorra, ni la bolsa del tabaco, ni el abrigo… Tampoco estas señales son muy buenas, que digamos… No debí obedecer a Davídov ni moverme del sitio» —se compungía el abuelo Schukar mientras contemplaba distraído la calle desierta, los terneros que sesteaban al fresco, a la sombra de las empalizadas, y los gorriones que rebullían en el polvo.

Estaba ya a punto de volver atrás, pero se acordó de un reciente choque con Davídov y cambió de propósito. En aquella ocasión, lo mismo que ahora, abrumado por los malos presentimientos, se negó de plano a ir a la primera brigada, alegando que había tenido una pesadilla escalofriante, pero, de pronto, los ojos risueños e incluso cariñosos de Davídov se oscurecieron, mirándole fríos y punzantes. Schukar se asustó y, parpadeando implorante, le dijo: «¡Semión, corazón mío! Déjate de echar chispas por los ojos. Se te han vuelto furiosos y afilados como los de un perro de presa. Y a sabes lo poco que me gustan esos insectos malditos que, atados a sus cadenas, gruñen y ladran a la buena gente. ¿A santo de qué vamos a indisponernos tú y yo? Iremos, diablo, ya que eres tan *indino* y tan cargante. Pero te advierto que si

nos ocurre alguna desgracia en el camino, no respondo».

Davídov se echó a reír, y su mirada recobró en el acto su expresión bondadosa y alegre. Dio con su manaza al abuelo Schukar una sonora palmada en la enjuta espalda y contestó: «Eso es hablar, ¡eso es la pura verdad! En marcha, viejo. Yo respondo ante tu mujer por tu plena integridad, y de mí no te preocupes».

Al recordar todo esto, el abuelo Schukar sonrió y, ya sin vacilaciones, arreó con las riendas a los potros. «Me voy a la *stanitsa*. ¡Me cisco en los agüeros esos! Si sucede algo, que Davídov responda, yo no pienso responder por las puercas desdichas que puedan ocurrirme en el camino. Además, Davídov es un mozo que se porta bien conmigo y no debo enfadarle».

Sobre el caserío, después de los guisos matinales, todavía flotaba una leve humareda con acre tufo a boñigas quemadas; un suave vientecillo esparcía sobre la carretera la parca fragancia del armuelle en flor, y al pasar junto a los establos, el viejo Schukar percibía el olor familiar del estiércol de vaca y de la leche recién ordeñada. Entornados los ojos miopes, atusándose con maquinal gesto su apelmazada y rala barbita, contemplaba con deleite el cuadro de la sencilla vida del lugarejo. Sacudiéndose la pereza, llegó incluso a espantar con el látigo a unos gorriones que habían entablado reñida pelea bajo las ruedas del carricoche, pero, al pasar frente al patio de Antip Grach, aspiró el perfume del pan caliente y los incitantes efluvios de las hojas de col en que las mujeres de Gremiachi Log solían meterlo en el horno, y, al recordar que llevaba casi un día sin probar bocado, sintió tal hambre, que su boca desdentada se le hizo agua y el estómago le pidió pitanza con angustioso y molesto hormigueo.

El abuelo Schukar hizo torcer a los potros por una calleja y tiró hacia su casa, con el propósito de comer algo antes de ir a la *stanitsa*. Ya desde lejos vio que la chimenea no echaba humo y sonrió, contento y satisfecho: «Mi vieja ya tiene preparada la comida, estará descansando. Vive conmigo como una gran duquesa, sin duelos ni demás quebrantos por el estilo…»

Necesitaba muy poco el abuelo Schukar para, de golpe y porrazo, pasar del descontento y las reflexiones melancólicas a un estado de bonachona complacencia. ¡Tal era la ingenua puerilidad de su carácter! Mientras tiraba perezoso de las riendas, iba meditando: «¿Y por qué vive sin preocupaciones, como una avecica de los cielos? La cosa está clara: gracias a mí. No hice mal en matar la ternera este invierno, bien la sabe Dios. Sin la ternera, mi vieja vive que es un primor. Apenas ha hecho el guiso, ¡a dormir se ha dicho! Si no llego a matarla, la ternera sería ya vaca: levántate entre dos luces, ordeña a la maldita y llévala al rebaño, para que a mediodía se desmande, le dé por huir de los tábanos y se presente en casa como dos y dos son cuatro. Vuelve a llevada a la vacada, prepárale forraje para el invierno, límpiale el establo, cúbrelo de cañas o de paja… ¡Una aburrición! Y lo de quitar de en medio todas las ovejas estuvo

aún mejor. Llévalas a pastar y ten el corazón en un puño por lo que les pueda ocurrir a las condenadas: si se descarriarán, si se las comerá el lobo. No me da la gana de pasar malos ratos por semejante inmundicia. Ya he sufrido bastante en mi larga vida: debo tener el corazón lleno de agujeros, como un peal viejo. ¿Que no tenemos un lechón?, pues muy bien. ¿Para qué diablos lo quiero? En primer lugar, cuando como demasiado tocino me da ardor y, además, ¿con qué lo iba a mantener ahora si no me quedan ni dos puñados de harina? Estaría muriéndose de hambre y sacándome de quicio con sus chillidos… Además, el cerdo es un animal muy enclenque: o te lo tumba la peste o se le pega cualquier otro sarpullido. El que cría un cochino ya sabe que se le morirá en cuanto se descuide. Y no hablemos de lo que hieden, no hay quien pare en casa, no se puede ni respirar. Ahora, como despaché al lechón, todo es aire puro a mí alrededor, huele a hierbecita, a hortalizas, a cáñamo silvestre y otras plantas por el estilo. Me gusta, pecador de mí, el aire puro. ¡Maldito sea mil veces el lechón ese o cualquier cerdo! ¡Qué necesidad tengo de atormentarme como un mártir por culpa suya! En nuestro corral se pasean dos gallinitas limpitas y un gallo muy cuidadoso. Mi vieja y yo, para lo que nos queda de vivir, tenemos de sobra con esos animales. Que la gente joven se enriquezca, a nosotros la riqueza no nos hace falta. Y Makar aprueba mi conducta: «Abuelo —me dijo—, ahora eres un *prolitariado* puro, has hecho muy bien renunciando a la pequeña propiedad». A lo que yo le contesté con un suspiro que me salió del alma: «Quizá sea muy agradable figurar como *prolitariado*, pero no estoy conforme con pasarme la vida a pan y cebolla. Vaya con Dios el *prolitariado*, pero si por los *trudodiéns* no dan carne o, por ejemplo, tocino, para alegrar la olla, puede ocurrirme muy sencillamente que estire la pata este invierno. ¿De qué me servirá entonces el título de *prolitario*? Aguardaré al otoño para ver lo que reporta el trudodién, y si no me convence, me volveré pequeño propietario en menos que canta un gallo».

El abuelo Schukar entornó los ojos, pensativo, y prosiguió en voz alta:

—¿Por qué pecados mortales nos ha tocado una vida tan aperreada? Todo marcha de modo nuevo, dando botes incomprensibles, haciendo piruetas como un buen bailarín…

Ató los potros a la empalizada, abrió la vetusta puertecilla y avanzó hacia la casa por el sendero cubierto de maleza, con paso lento y parsimonioso, como un verdadero hacendado.

La cocina se hallaba en penumbra, y la puerta del dormitorio estaba cerrada. El abuelo Schukar dejó sobre un banco su grasienta gorra, aplastada como una oblea, y el látigo, del que por culpa de Trofim no se separaba ni un instante, miró en derredor y, por si acaso, gritó:

—¡Vieja! ¿Estás viva?

Una voz desmayada le contestó desde el dormitorio:

—Apenas… Estoy en cama desde ayer sin levantar cabeza. Me duele todo, no tengo fuerzas, y no hago más que tiritar, no entro en calor ni con la pelliza encima… Seguro que me han dado unas fiebres… y tú, ¿a qué vienes, viejo?

Schukar abrió la puerta de par en par y se detuvo en el umbral.

—Me marcho ahora mismo a la *stanitsa*, he venido a tomar antes un bocado.

—¿Qué vas a hacer allí?

Schukar, dándose importancia, se ordeñó la barbita y, como quien no quiere la cosa, respondió:

—Me espera una comisión muy seria, voy por el agrimensor. El camarada Davídov me ha dicho: «Si no lo traes tú, abuelo, no lo trae nadie». Es el único agrimensor en todo el distrito, Shportnói se llama. Nos conocemos y, tratándose de mí, vendrá sin falta.

Después de estas explicaciones, el abuelo adoptó un tono de lo más prosaico para decir:

—Dame algo de comer, que el tiempo apremia.

La vieja arreció en sus lamentos:

—¡Pobrecito mío! ¿Qué te voy a dar? Hoy no he hecho comida, ni encendido el horno. Anda, cógete unos pepinitos en el huerto, y en el sótano tienes leche agria. Ayer me la trajo la vecina.

El abuelo Schukar escuchó a su fiel esposa con manifiesto desdén y acabó por soltar un bufido de indignación:

—¿Pepinos frescos y encima leche agria? ¡Tú estás mal de la cabeza, vieja *astrolabia*! ¿Quieres que pierda toda mi autoridad? Ya sabes que ando muy mal del vientre, y con esa comida, en el camino me darán definitivamente retortijones. ¿Qué voy a hacer entonces en la *stanitsa*? ¿Llevar los pantalones bajo el brazo? Y como no me puedo separar ni un paso de los caballos, ¿qué salida tengo? ¿Perder los restos de mi autoridad en medio de la calle? ¡Muy agradecido! Cómete tus pepinos y rocíalos con leche agria, que yo no me arriesgo. Mi cargo no admite bromas, soy el cochero del mismísimo camarada Davídov y no debo rebajarme a arriesgar con tus pepinillos. ¿Comprendes, vieja *potecaria*?

La vetusta cama de madera en que yacía la anciana crujió sospechosamente, y el abuelo Schukar se puso en guardia por instinto. Antes de que él terminara su filípica, se operó en la mujer una transformación asombrosa. Saltó de la cama, se puso en jarras, llena de indignación y energía, y su voz, tan desmayada poco antes, adquirió un sonido casi metálico cuando, ladeándose con garbo el arrugado pañuelo que le cubría la cabeza, pasó a la ofensiva:

—¿Y qué querías tú, viejo tarugo? ¿Qué te sirviese unas sopas con carne? ¿O se te han antojado unos pastelitos de hojaldre? ¿De dónde voy a sacarlo, si en la despensa no hay más que ratones y aun ellos se mueren de hambre? Y, ¿hasta cuándo

me vas a estar insultando con palabrotas raras? ¿Quién te ha dicho que soy una *astrolabia* y una *potecaria*? Makar Nagúlnov te ha enseñado a leer librejos indecentes, y tú, imbécil, tan contento. Soy una mujer honesta, me he portado honradamente contigo toda mi vida, moco verde, y ahora, a la vejez, ¿no sabes cómo llamarme?

Como las cosas tomaban un sesgo inesperado y peligroso para él, Schukar optó por replegarse hacia la cocina y, mientras reculaba velozmente, dijo conciliador:

—Bueno, bueno, no te enfades, vieja. No son insultos, son palabras cariñosas a lo científico. Lo mismo da «vidita mía» que *astrolabia*. En el habla corriente se dice: «querida mía», y a lo libresco resulta*potecaria*. Vive Dios que no miento, así lo pone en un libraco que me ha endilgado Makar, lo he leído con mis propios ojos. Y tú no sé qué diablos has pensado. ¡Ahí tienes la liquidación completa del analfabetismo! Te hace falta estudiar como yo lo hago, y entonces podrás también soltar de tu cuerpo cualquier palabra, ¡la pura verdad!

Había tanta fuerza de convicción en su voz, que a la vieja se le pasó el berrinche, pero, mirando todavía con recelo a su marido, suspiró:

—Ya no estoy en edad de estudiar, y no tiene sentido. Y tú, viejo hurón, a ver si hablas en tu lengua, que la gente te toma por tonto y se te ríe en las barbas.

—La risa va por barrios —replicó amostazado el abuelo Schukar, pero dejó la discusión.

Desmenuzó con lentitud y meticulosidad un cacho de pan duro en un tazón de leche agria y se puso a comer despacio, con buen apetito, mirando al mismo tiempo por la ventana. «¿Para qué diantre voy a ir corriendo a la *stanitsa*? Las prisas hay que dejarlas para cuando se está muriendo alguien y es menester administrarle el santo óleo. Shportnói es agrimensor y no pope, y Davídov no piensa en morirse ni por lo más remoto, ¿para qué, pues, voy a darme la gran prisa? Al otro mundo todos llegaremos a tiempo, nadie ha tenido que hacer cola para diñarla… Así que ahora salgo del caserío, me meto por alguna quebrada para que no me vea ni un alma, me hincho de dormir, y que los potros se distraigan mordisqueando la hierba. Al caer la tarde me presento en la brigada de Dubtsov, la Kupriánovna me dará de cenar sin falta, y, luego, con la fresca, anochecido, me planto en la *stanitsa*. Si Davídov se entera —no lo quiera Dios—, le soltaré cuatro verdades bien dichas: «Exterminad a ese maldito chivo vuestro, a Trofim, y entonces no me dormiré en el camino. Se pasa toda la noche haciendo cabriolas en el heno, a mi lado mismo. ¿Cómo voy a descansar? Lo único que hago es ponerme malo».

Alegre ante la grata perspectiva de visitar la brigada de Dubtsov, el abuelo Schukar se sonrió, pero la vieja se las ingenió para ponerle de mal humor.

—¿Qué haces ahí rumiando como un paralítico? Si te han dicho que vayas, vete cuanto antes y no remolonees, que pareces un escarabajo pelotero escarbando en el

estiércol. ¡Y olvida esas necias palabras de los libros y no me las vuelvas a decir, porque te voy a medir las costillas con una vara, viejo chocho!

—El palo es un arma de dos filos —murmuró nebuloso el abuelo Schukar.

Pero, al observar las arrugas que la cólera ponía en el rostro de su ama y señora, apuró la leche de golpe y dijo a guisa de despedida:

—Acuéstate, amor mío, no te levantes sin necesidad y que te hagan buen provecho las calenturas. Bueno, yo me voy.

—Anda con Dios —le dijo bastante desabrida la vieja, y le volvió la espalda.

Desde el caserío hasta el comienzo de la Barranca Bermeja —unos seis kilómetros—, el abuelo Schukar llevó los potros al paso. Dormitaba plácidamente, dando alguna cabezada que otra, y, rendido por el calor del mediodía, una vez estuvo a punto de caerse del carricoche. «Eh, amigo, te vas a partir el bautismo», pensó asustado, y torció hacia la barranca.

Poblaba la barranca una hierba de intensa fragancia, que llegaba hasta la cintura. De la parte alta serpenteaba por el lecho arcilloso el agua de un manantial. Era tan transparente y estaba tan fría, que incluso los potros la bebieron a pequeños y espaciados sorbos, dejándola pasar con cautela por entre los dientes. Junto al arroyuelo, la vegetación, umbrosa, esparcía su hálito fresco, y el sol, muy alto, no lograba caldear el agradable paraje. «¡Qué bendición!», murmuró Schukar, y desenganchó los caballos. Luego los trabó, los puso a pastar, extendió sobre el suelo, a la sombra de un endrino, su vetusto abriguillo, se tumbó de espaldas y, fijando en el pálido cielo azul, desteñido por el calor, sus ojuelos, igualmente azules y descoloridos por la vejez, se entregó a estos prosaicos pensamientos:

«Hasta la tarde no me sacan a mí de este hermoso sitio ni con una lezna. Dormiré a placer, calentaré al sol mis pobres huesecitos y, luego, iré a ver a Dubtsov y a probar sus gachas. Diré que no pude desayunar en casa y me darán de cenar, ¡como si lo estuviera viendo! Y, ya puestos, ¿por qué han de tener hoy en la brigada gachas sin carne o a lo sumo con alguna piltrafilla indecente y perseguida a cucharazos por todo el caldero? Sí, Dubtsov es un mozo de los que no ayunan en la siega. De fijo que ese zorro picado de viruelas no pasa ni un día sin carne. Aunque tenga que robar una oveja de cualquier rebaño ajeno, lo hará, con tal de poner bien de comer a sus segadores… Y, vamos, que no estaría mal zamparse unas cuatro libras de carne de cordero. Sobre todo, frita, con mucha grasa, o, en el peor de los casos, huevos con tocino hasta hincharse… Los *varéniki*[19] con crema de leche son también comida santa, mejor que cualquier comunión, sobre todo cuando te ponen muchos en el plato y luego te vuelven a echar hasta que parece aquello una montaña y menean tiernamente el plato para que la crema llegue hasta el fondo y cada *varénik* se empape de pies a cabeza. Y mejor aún, si en vez de un plato te los sirven en un cacharro hondo, para que la cuchara tenga dónde moverse»…

El abuelo Schukar nunca había sido glotón; sencillamente, tenía hambre. Rara vez había conseguido saciarla en su vida, larga y sin alegrías, y sólo en sueños se recreaba con los manjares que le parecían más suculentos. Unas veces soñaba con una buena ración de callos, otras se zampaba una enorme y esponjosa torta de harina, previamente enrollada y empapada en nata; o bien, quemándose los labios con la prisa, engullía, sin cansarse, una espesa sopa de fideos con menudillos de ganso… ¡Con qué no soñaría el pobre en esas noches interminables de los hambrientos! Por cierto, cada vez se despertaba triste, y en ocasiones incluso furioso. Solía decirse: «¿Por qué tendrá uno sueños tan disparatados, carne y más carne? Esta vida es burla. Dormido —ríete si quieres—, me atiborro de fideos hasta más no poder y el plato nunca se acaba. Despierto, la vieja me mete en los hocicos unas sopas de pan, mal rayo las parta a las malditas».

Después de estas razones se relamía los labios resecos hasta la hora del desayuno. Y durante éste, frugalísimo, suspiraba mustio y, manejando con desgana la cuchara mellada, sacaba distraídamente a flote los trocitos de patata que nadaban en la escudilla.

Tumbado bajo el endrino, aún estuvo cavilando largo rato qué le pondrían de comer en la brigada. Luego rememoró, intempestivamente, el atracón que se había dado cuando el entierro de la madre de Yákov Lukich, y desazonado del todo por el recuerdo de aquella comilona, volvió a sentir tales cornadas de hambre, que la somnolencia se le esfumó como por encanto, escupió de rabia, se limpió la barba, se acarició el vientre vacío y dijo:

—Un cachejo de pan y un jarrillo de leche agria. ¿Es eso alimento para un verdadero *produtor* como yo? Eso es aire, y no comida. Hace una hora tenía la barriga tirante como pandero de gitano. ¿Y ahora? Ahora se me ha pegado al espinazo. ¡Ay, Dios mío! Siempre pensando en el pan nuestro de cada día, en la forma de llenar la andorga; así se le escapa a uno la vida como el agua por entre los dedos y, cuando quieres darte cuenta, se te echa el fin encima… Parece que fue ayer la última vez que pasé por esta barranca. Los endrinos florecían a más y mejor, todo lo cubrían con sus matitas, blancas como la espuma. Cuando soplaba el viento, las florecitas, blancas y perfumadas, revoloteaban por la barranca como los copos de nieve en los días de ventisca. Abajo, el camino también se ponía blanco y olía mejor que esos untos que gastan las mujeres. Ahora, aquel color de la primavera ha desaparecido, ha muerto sin remedio. Así me ocurre a mí: a la vejez, de puro aperreada, mi vida se ha vuelto negra, y el pobre Schukar no tardará en estirar sus desgastados cascos. ¡No hay mas cáscaras, amigo…

Aquí terminaron las meditaciones lírico-filosóficas del abuelo. Apiadado de sí mismo, gimoteó un poco, se sonó las narices, se restregó con la manga de la camisa los ojos llorosos y se quedó transpuesto. Los pensamientos tristes siempre le daban

sueño.

Fiel a su carácter, al dormirse sonrió de placer y entornó beatíficamente los ojos, pensando entre sueños: «Me da el corazón que en la brigada de Dubtsov habrá cordero fresco para la comida. Bueno, cuatro libras de una sentada no me comeré, se me calentó la boca al hacer el cálculo. Pero tres y hasta un poco más, ¡vaya si las despacho, sin respirar siquiera! ¡Saquen ustedes cordero a la mesa, que, seguramente, Schukar sabrá llevárselo a la boca sin fallar ni una sola vez, pierdan cuidado!»

A eso de las tres de la tarde, el calor llegó al colmo. Traído de Levante por un viento seco y abrasador, el bochorno invadió la Barranca Bermeja, y pronto no quedó ni rastro de su reciente frescor. Por añadidura, el sol, al desplazarse hacia Poniente, parecía perseguir al abuelo Schukar. Este dormía boca abajo, con la cabeza hundida en el abriguillo que, doblado, le servía de almohada. En cuanto los rayos solares comenzaron a cosquillear y luego ya a quemarle de firme la huesuda espalda, a través de su camisa llena de agujeros, se hizo a un lado, entre sueños, buscando la sombra. Al cabo de unos minutos, el enfadoso astro volvió a achicharrarlo sin piedad, y nuevamente tuvo que mudarse de sitio, arrastrándose sobre el vientre. En tres horas, sin llegar a despertarse, casi dio la vuelta, reptando como los soldados en la guerra, al arbusto aquel. Al fin, muerto de calor, con la cara hinchada y sudando a mares, se despertó, se sentó, miró al sol, protegiéndose los ojos con la mano, y pensó mohíno: «¡Vaya con el Ojo de Dios! ¡El me perdone, ni entre los matorrales te deja tranquilo! Me ha tenido mediodía dando vueltas alrededor de este arbusto, lo mismo que una liebre. Esto no ha sido sueño, sino puro suplicio. Debí acostarme debajo del carricoche, pero allí también me habría hallado el Ojo de Dios. ¡Ni el diablo se esconde de El en plena estepa!»

Entre carraspeos y suspiros, se quitó con mucha calma las abarcas, usadas hasta más no poder, se arremangó los pantalones y contempló sus flacas piernas, sonriendo sardónicamente y meneando compungido la cabeza. Luego se fue al arroyo para lavarse, para refrescarse la cara. Y desde aquel instante, amargas tribulaciones se abatieron en cadena sobre él…

No había hecho más que dar dos pasos, levantando mucho los pies, por el esparganio de la orilla, para llegar al centro del arroyo, donde el agua era más limpia, cuando notó que pisaba con el pie izquierdo algo escurridizo y frío. En el acto sintió un ligero pinchazo encima del tobillo. El abuelo sacó rápido del agua la pierna izquierda, sosteniéndose sobre la derecha, como una grulla en medio de un pantano. Pero al ver que a su lado se movían las hierbas y que en ellas se marcaba veloz un rastro zigzagueante, el rostro se le puso tan verde como las matas del esparganio, y los ojos casi se le salieron de las órbitas…

¿De dónde sacaría el viejo aquella agilidad? Fue como si de golpe recobrase su juventud, hacía tanto ida: en dos brincos se plantó en la orilla y, sentándose en una

prominencia de tierra arcillosa, se puso a mirarse dos minúsculas motitas rojas que tenía en la pierna, ojeando medroso, de vez en cuando, el infausto arroyuelo.

Cuando se le pasó el primer susto, fue recobrando gradualmente el raciocinio, y entonces murmuró:

—Ya está, Dios mío, ya empieza esto… Todo es por los malditos signos de mal agüero. Ya le dije a ese cabezota de Davídov que no debía arriesgarme a ir hoy a la *stanitsa*. Pues que si quieres, se empeñó el hombre en que fuera en seguida. Y aquí estoy hecho la santísima. «Soy de la clase obrera», suele decir. Pero, ¿por qué será la clase obrera tan testaruda? ¡Cuando se le mete algo en la mollera, no te deja vivir hasta salirse con la suya! Te has salido con la tuya, hijo de perra, pero ¿qué hago yo ahora?

En aquel mismo instante tuvo el abuelo Schukar una idea salvadora: «Debo chuparme sin pérdida de tiempo la sangre de la herida. Lo que me ha picado es una víbora, no hay más que ver cómo se escurrió por la hierba. Un bicho decente, digamos una culebra, se arrastra despacito, sin apresurarse. La víbora, en cambio, lo mismo que un relámpago: ¡ris-ras! ¡Claro, se asustó al verme! Aunque, si bien se mira, ¿quién se ha asustado más, ella o yo?»

No era cuestión de ponerse a dilucidar el peliagudo asunto, la cosa urgía, y el abuelo, sin más dilación, se dobló, sentado como estaba, para aplicar los labios a la herida. En vista de que no llegaba, se agarró el pie con ambas manos y dio tal tirón, que el tobillo le crujió. Fue tan tremendo el dolor, que el viejo se desplomó de espaldas. Permaneció inerte unos cinco minutos. Luego se sobrepuso y probó con muchísimo cuidado a mover los dedos del pie izquierdo, «La picadura —se dijo desconcertado por completo— ha sido el comienzo, y esto es la continuación… En mi vida he visto que nadie se tuerza un pie por su voluntad. Si le cuento a alguien esta ocurrencia, no se lo creerá. «Trolas del abuelo Schukar», dirá. Ahora se ve a qué conduce despreciar los augurios… ¡Mal rayo le parta a Davídov! Se lo dije por las buenas, y nada. ¿Qué hago ahora? ¿Cómo engancho los potros?»

No había tiempo que perder. Schukar se incorporó poco a poco y probó a descansar sobre el pie izquierdo. Grande fue su alegría al comprobar que el dolor no era muy fuerte y que podía moverse, si bien con cierta dificultad. Cogió una pella de barro, la deshizo en la palma de la mano, la mezcló con saliva, se embadurnó esmeradamente la heridita y, renqueando, evitando descargar todo su peso en el pie mordido, se encaminó hacia donde pacían los animales. Pero de súbito, en la otra orilla del arroyuelo, a unos cuatro metros de donde él estaba, vio algo que hizo llamear sus ojos y temblar de furor sus labios: una pequeña culebra dormía plácidamente, enroscada, sobre un montoncillo de barro. Una culebra, no cabía duda. En su cabeza brillaban con pacífico fulgor las «gafas» color anaranjado…

El abuelo montó en cólera. Jamás fue su lenguaje tan patético y vehemente como

en esta ocasión. Adelantó la pierna dolorida, extendió solemne una mano y salmodió con voz temblona:

—¡Gusano maldito! ¡Canalla de sangre de hielo! ¡Peste con gafas amarillas! ¿De modo que tú, insectadañina, te has atrevido a dar un susto de muerte a un productor de mis méritos? Yo, imbécil de mí, pensé que había sido una víbora decente. ¿Quién eres tú, vamos a ver? ¡Una porquería que se arrastra por el suelo, y nada más! Si te piso otra vez, te pulverizo, no dejo ni rastro. Y eso es lo que haría, monstrua, tenlo por seguro, si no me hubiese desconcertado el pie por tu culpa.

El abuelo Schukar hizo un alto para tomar aliento y tragó saliva. La culebra, erguida su marmórea cabeza negra, parecía escuchar atentamente el discurso que por primera vez se le dirigía. Tras breve pausa, el viejo prosiguió:

—¿Qué haces ahí mirándome sin pestañear, con los ojos como dos platos, espíritu maligno? ¿Crees que esto va a quedar así? No, querida, ahora mismo voy a pagarte, hasta el último kopek, lo que te corresponde por tu *trudodién* de hoy. Vamos con la *adaptación* que nos ha salido. Te voy a dar tal trastazo que no van a quedar de ti más que las colunatas, ¡eso es la pura verdad!

El abuelo Schukar dirigió al suelo su mirada iracunda y, entre las piedrecillas arrastradas por las aguas vernales desde la cresta de la Barranca Bermeja, vio un pedrusco liso y redondo. Sin acordarse de lo de la pierna, dio audazmente un paso. Un intenso dolor en el tobillo le hizo caer de costado, vomitando maldiciones, pero no soltó el pedrusco.

Cuando se levantó entre gemidos y jadeos, la culebra había desaparecido. Como si no hubiese existido jamás. Como si se la hubiese tragado la tierra. Schukar soltó la piedra y se encogió de hombros estupefacto:

—¡Qué brujería! Es para volverse tarumba. ¿Dónde se habrá metido esa *anticrista*? Para mí que se ha vuelto al agua. La mala suerte viene por rachas. Y me parece que la cosa no terminará aquí. No debí, tonto de mí, ponerme a platicar con ella; debí agarrar el pedrusco y chafarle la cabeza al primer golpe. Precisamente la cabeza, porque no hay otra forma de matar a este bicho; además, el segundo golpe podía fallarlo, ¡eso es la pura verdad! Pero, ¿a quién voy a zumbar ahora, si esa creatura del infierno se ha desvanecido? Esa es la cuestión…

El abuelo permaneció todavía un rato junto al arroyo, rascándose el cogote, y, luego, se encogió desesperado de hombros y fue cojeando a enganchar los potros. Hasta que no estuvo a bastante distancia, volvió la cabeza varias veces, como el que no quiere la cosa…

…Soplaba el viento, y la estepa respiraba poderosa y acompasadamente, con toda la fuerza de sus anchos pulmones, el aroma embriagador y siempre tristón de la hierba segada. Los robledales que bordeaban el camino respiraban frescor y la fragancia sin vida, pero enervante, de la hojarasca. En cambio, las hojas viejas de los

fresnos olían a juventud, a primavera y quizá un poco a violetas. Esta combinación de olores hace siempre que el hombre corriente sienta cierta tristeza y hasta miedo, sobre todo cuando se encuentra a solas con sus pensamientos… Pero el abuelo Schukar no era de ésos. Con la pierna enferma, bien acomodada en el abrigo, doblado especialmente para el caso, y la otra colgando fuera del carricoche, sonreía de oreja a oreja con su boca sin dientes, entornaba satisfecho sus ojuelos, descoloridos por la edad, y su naricilla, despellejada y roja, se dilataba sin cesar, aspirando con avidez los aromas entrañables de la estepa madre.

¿Por qué no iba a estar contento de la vida? El dolor de la pierna se le estaba pasando, una nube traída del remoto Levante por el viento había tapado para rato el sol, y por la llanura, los oteros, los túmulos y las barrancas se extendía una densa sombra lilácea, se respiraba mejor, y en perspectiva tenía el anciano una opípara cena… Podréis decir lo que queráis, mas, por el momento, el abuelo Schukar no vivía tan mal…

En la cresta de la colina, apenas se divisaron a lo lejos la caseta y el campamento de la segunda brigada, Schukar detuvo a los potros, que trotaban cansinos, y se apeó del carricoche. Seguía notando en el tobillo un dolor sordo y persistente, pero podía mantenerse más o menos bien sobre ambos pies, y resolvió: «Voy a hacerles ver que no es un aguador quien llega, sino nada menos que el cochero de la administración del koljós. Ya que llevo en mi coche al camarada Davídov, a Makar y a otros jefes importantes, debo guiar de manera que aun a distancia se mueran de envidia».

Entre palabrotas y lamentos, paró los potros, que barruntaban próximo el descanso nocturno, se puso de pie en el vehículo, sacando el pecho, las piernas muy abiertas, tiró de las riendas y arreó con bizarros gritos a las bestias. Los potros arrancaron al trote largo. Al bajar la cuesta redoblaron su brío, y pronto el viento infló como una vela la camisa del abuelo, pero éste continuaba pidiéndoles velocidad y, con el rostro crispado por el dolor que sentía en la pierna, blandía el látigo gallardamente y gritaba con aguda vocecilla: «¡Hala, valientes, no perdáis el tipo!»

El primero en verle fue Agafón Dubtsov, que se encontraba junto al campamento.

—No sé quién diablos viene ahí guiando de pie, como los de Táurida. Mira tú, Priánishnikov, quién viene a vernos.

Priánishnikov, desde lo alto del almiar que estaban formando, gritó alegre:

—La brigada de agitación y propaganda: el abuelo Schukar.

—Nos llega muy a punto —sonrió contento Dubtsov—. Ya nos estábamos consumiendo de aburrimiento. El viejo cenará con nosotros, y quedamos en esto, hermanos: hasta que amanezca, no sale de aquí…

Con estas palabras sacó su zurrón de debajo de la caseta, lo abrió y se guardó en el bolsillo un cuartillo de vodka ya empezado.

Capítulo XIX

Cuando hubo vaciado la segunda escudilla de líquidas gachas de mijo con unas chispas de tocino, el abuelo Schukar se sintió en un estado de absoluta beatitud y leve somnolencia. Miró agradecido a la generosa cocinera y dijo:

—Muchas gracias a todos por la cena y por la vodka, y a ti, Kupriánovna, mi más profunda reverencia. Si quieres que te lo diga, no eres una mujer, sino un baúl de oro, ¡eso es la pura verdad! Con tu talento para hacer las gachas, debías guisar para Mijaíl Ivánovich Kalinin y no para unos zoquetes como nosotros. Me juego la cabeza a que al cabo de un año lucirías en los pechos alguna medalla por tu excelente aplicación, o a lo mejor te ponía una sardineta en la bocamanga, y no creas que te miento, ¡eso es la pura verdad! Yo sé al dedillo qué es lo más importante en la vida…

—¿Sí? —preguntó con viveza Dubtsov, que estaba sentado junto a él—. ¿Y qué es, abuelo, lo más importante, según tu parecer?

—¡El condumio! Te digo efectivamente que el condumio, ¡no hay nada más importante!

—Te equivocas, abuelo —dijo con tristeza Dubtsov, mirando de soslayo con sus ojos de gitano a los demás y sin perder ni un ápice de su seriedad—. Te equivocas de medio a medio, y todo porque a la vejez la mollera se te ha puesto lo mismo que estas gachas que has comido. Se te han aguado los sesos. Por eso te equivocas…

El abuelo Schukar sonrió indulgente:

—Por ahora no se sabe quién tiene el caletre más espeso, tú o yo. ¿Qué es para ti lo principal en la vida?

—El amor —suspiró, más bien que dijo, Dubtsov, y puso los ojos en blanco con expresión tan soñadora, que la Kupriánovna, al mirar su cara morena y virolenta, no pudo contenerse. Dio un resoplido, como el caballo al ventear la lluvia, y, estremeciéndose de risa, se tapó la cara, toda congestionada, con una manga de la blusa.

—¡Puah! ¡El amor! —sonrió despectivo Schukar—. ¿Para qué te vale el amor sin una buena pitanza? ¡Para nada! Una semanita que estuvieras sin comer, y no ya la Kupriánovna, hasta tu propia mujer te mandaría a paseo.

—Eso habría que verlo —se obstinó Dubtsov.

—Bien visto está. Yo lo sé todo con anticipación —dijo categórico el abuelo, y alzó con grave empaque el dedo índice—. Os voy a contar un sucedido, y todo quedará en claro, sin necesidad de más discusiones.

Pocas veces había encontrado el abuelo Schukar oyentes tan atentos. Una treintena de personas congregadas al amor de la lumbre le escuchaban boquiabiertas. Así, al menos, se lo parecía. Y, ¿quién tendría valor para censurárselo? En las reuniones nunca le concedían la palabra. Davídov, cuando viajaba con él, no hablaba,

engolfado en sus propios pensamientos. Su mujer jamás se había distinguido, ni de joven, por su locuacidad. ¿Con quién podía desahogarse el pobre viejo? Por eso, al verse rodeado de un auditorio benévolo y hallándose él mismo, después de la cena, en óptima disposición de ánimo, decidió hablar cuanto le viniera en gana. Sentóse cómodo, plegó las piernas, se atusó la barbita, y estaba a punto de empezar con toda parsimonia su relato cuando, sin dejarle abrir la boca, Dubtsov le dijo con fingida severidad:

—Cuenta, abuelo, pero no sueltes mentiras. En nuestra brigada tenemos la costumbre de azotar con las riendas a los mentirosos.

El abuelo Schukar exhaló un hondo suspiro y se pasó la palma de la mano por el pie izquierdo.

—No me asustes, Agafón, que hoy ya me llevé un susto de muerte… Bueno, a lo que íbamos. Esta primavera me llama Davídov y me dice: «Abuelo, vete al almacén y allí te darán dos sacos de avena y algo de comida para ti. Luego, te vas derechito, con los potros, a la Barranca Seca. Allí, al final, tenemos pastando a nuestras yeguas, de modo que serás bien recibido con tus pretendientes. La yeguada la cuida Vasili Babkin, el Sordo. Hacéis dos reatas, él se encarga de una, y tú de la otra. Pero de los *produtores*te pediré cuentas a ti y serás tú quien les eche la avena». Os lo confieso, no sabía lo que era *produtor*, no había oído nunca esa palabra. Ahí tenéis un problema planteado. Potro sé lo que es, yegua, lo mismo, y capón, ni que decir tiene. Por eso le pregunté: «¿Qué es *produtor*?» El va y me contesta: «*Produtor* es quien produce descendencia». Yo, vuelta a preguntar: «Y a un toro, ¿se le puede llamar *produtor*?» El hizo una mueca: «Por supuesto». Seguí preguntando: «Y tú y yo ¿somos también *produtores*?» El se echó a reír y me contestó: «En lo tocante a eso, abuelo, cada uno de nosotros que responda de su persona». Total, que seas un gorrión, un animalucho cualquiera o una persona, con que seas macho ya eres un*produtor* de cabo a rabo, sin trampa ni cartón. «Bueno es saberlo», pensé. Pero se me ocurrió una duda. «¿Y el que produce trigo qué? ¿Es *produtor* o no?» El dio un suspiro: «Eres un atrasado, abuelo». Entonces le planté: «Tú sí que eres un atrasado, Semión, porque yo nací cuarenta años antes que tú, de modo que ya ves la delantera que te llevo». Y en eso quedamos.

La Kupriánovna, queda y silbante la voz, le preguntó:

—¿Resulta, abuelo, que tú también eres un *produtor*?

—Pues, ¿qué te habías creído? —replicó muy digno el abuelo Schukar..

—¡Oh, Dios mío! —gimió la cocinera. Y ya no pudo seguir, porque hundió la cara en el delantal y sólo se oyeron, en medio del silencio, sus ahogados resoplidos.

—Abuelo, no le hagas caso y sigue con lo tuyo —dijo cariñosamente Kondrat Maidánnikov, y se volvió de espaldas a la hoguera.

—No he hecho caso en mi vida a las mujeres. Si no fuera por eso, ¡qué carajo iba

a haber vivido hasta mi antigüedad! —contestó muy convencido Schukar, y continuó: —Así que llegué a la yeguada, miré a mi alrededor y no quiero deciros qué alegría me entró. Había tal *agiotaje* que me dieron ganas de quedarme allí para siempre: las florecitas azules de la estepa, la hierbecita tierna, las yegüecitas paciendo, el sol con sus rayitos. Lo que os digo, un *agiotaje* completo.

—¿Qué palabra has dicho? —inquirió Biesjliébnov.

—¿*Agiotaje*? Sí, hombre, cuando todo lo que te rodea es una hermosura. *Agi* significa agítate, goza del mundo sin penas ni lamentaciones. Es una palabra científica —repuso imperturbable Schukar.

—¿Dónde has aprendido tú esas palabras? —siguió indagando Biesjliébnov.

—En casa de Nagúlnov. Somos grandísimos amigos. El estudia por la noche la lengua *inglés* y yo le hago compañía. Me ha dejado un libro tan gordo como la Kupriánovna, *dicionario* se llama. No un abecedario de esos que aprenden los niños, sino un *dicionario* para gente de edad. «Estudia, abuelo —me dijo al dármelo—, te será útil a la vejez». Y voy estudiando poquito a poco. Sólo que no me interrumpas, Akim, porque pierdo el hilo en seguida. Luego os hablaré de ese *dicionario*. Os estaba diciendo que llegué al punto de destino con mis *produtores*, pero no sacamos nada en limpio ni de ellos ni del agiotaje… Fijaos bien lo que os digo, buenas gentes: el que no conozca de cerca a Vasili el Sordo, alargará su vida diez años.

Es un tarugo tan grande, que Demid el Callado, si se le compara con él, resulta el hombre más parlanchín de Gremiachi Log. No podéis imaginaros lo que me hizo sufrir en la estepa con su silencio. ¿Con quién iba yo a hablar, con las yeguas? Vasili se pasaba días enteros sin decir esta boca es mía, sólo hacía ruido al comer, y el resto del tiempo dormía en silencio o se tumbaba como un tronco podrido, sin soltar palabra. Parpadeaba alguna que otra vez, y vuelta a callar. ¡Ahí tenéis el problema que se planteó, imposible de solucionar! Total, que estuve allí tres días como en un cementerio entre los difuntos, hasta que me daba ya por hablar solo. «No —pensé—, esto no va conmigo. Es como para hacer perder el juicio a un hombre tan sociable como yo».

Cuidado con lo que me joroba mi amigo Nagúlnov cuando en las fiestas grandes del año, es decir, el 1º de Mayo y el 7 de Noviembre, nos echa sus largos discursos sobre la revolución mundial y empieza a soltar palabras incomprensibles. Pues bien, en aquel momento me habría pasado días enteros escuchándole como si fuese un ruiseñor en un jardín o el canto de los gallos a medianoche. Por cierto, ¿qué os parece, ciudadanos, el canto de los gallos? Es, hermanos, tan hermoso como en la iglesia, cuando entonan un réquiem o cualquier otra puñeta conmovedora…

—Háblanos del amor sin condumio, y no del canto de los gallos —le interrumpió, impaciente, el listero de la brigada.

—No os alborotéis, ciudadanos, ya llegaremos a todos los amoríos y etcéteras que

queráis, eso no es problema. Como os iba diciendo de Vasili el Sordo, si fuese cazurro únicamente, mal que bien le habría soportado, pero resultó, además, un tragantón tan exagerado que no había manera de vivir con él. Hacíamos gachas o bolitas de harina cocidas, y ¿qué diréis que sucedía? Mientras yo metía una vez la cuchara en la cazuela, él la sacaba cinco. Manejaba su enorme cucharón como una locomotora sus varas: de allá para acá, de allá para acá, de la cazuela a la boca, de la boca a la cazuela. Y en cuanto uno quería darse cuenta, las gachas ya estaban diciendo adiós. Yo me levantaba hambriento, él se hinchaba como una vejiga de buey, se acostaba panza arriba y largaba unos erutos que se oían en toda la estepa. Dos horas se tiraba erutando el hijo de Satanás, y luego se ponía a roncar. Y roncaba el muy maldito de tal manera que hasta las yeguas que andaban junto a la cabaña se asustaban y huían como alma que lleva el diablo. Dormía Vasili, sin parar, hasta la noche, dormía como las marmotas en invierno.

Así de amarga era allí mi vida. Hambriento como perro sin amo, aburrido, con ganas de hablar y sin tener con quién… Al segundo día me senté al lado de Vasili, hice bocina con las manos y le grité al oído con toda la fuerza de mis pulmones: «¿De qué estás sordo, de la guerra, o es que tuviste la tiricia de pequeño?» El me gritó más fuerte todavía: «¡De la guerra! El año 19 un tren blindado de los rojos dejó caer una bala de cañón a mi lado. Me mataron el caballo. Desde entonces me quedé contuso y sordo como una tapia». «¿Y por qué comes, Vasili, como si, vive Dios, quisieras reventar? ¿También eso es de la contusión?», seguí preguntándole. Pero me respondió: «Por allí parece que se nubla. Eso está bien. Mucha falta hace que llueva». Prueba a conversar con un semejante *baldaquín*…

—¿Cuándo empiezas a contamos lo del amor? —se impacientó Dubtsov.

Schukar arrugó enojado la nariz:

—¡Vaya murga que estáis dándome con el amor, maldito sea mil veces! Toda mi vida estuve huyendo de él. Si mi difunto padre no me llega a obligar, no me hubiera casado nunca, y ahora, ¡anda, habla del amor! Pues sí que es un tema de conversación… Pero, en fin, si queréis saberlo, ahí va lo que resultó entonces del amor sin condumio…

Llegué a mi destino, dividimos la yeguada en dos reatas, pero los pretendientes que yo había llevado conmigo ni tan siquiera miraban a las yeguas, no hacían más que ejercitar los dientes en la hierba sin tomarse un respiro… Y a las novias ni pizca de atención. Estamos apañados, pensé. Mis *produtores* me han puesto en evidencia. Yo atiborrándoles de avena y ellos, ni por esas, no quieren saber nada de las yeguas.

Eso fue el primer día. El segundo, lo mismo. Me daba ya no sé qué acercarme a las pobres yeguas. Cuando pasaba por su lado, volvía la cara de vergüenza, no tenía valor para mirarlas a los ojos, y sanseacabó. Nunca me había puesto colorado, y allí aprendí a ponerme. En cuanto me arrimaba a la recua para llevarla a abrevar en el

estanque, no lo querréis creer, me sonrojaba como una mozuela…

¡Dios mío de mi vida, la vergüenza que hube de pasar aquellos tres días con mis *produtores* es incontable! El problema no tenía solución. Al tercer día vi con mis propios ojos este cuadro: una yegua joven estaba haciéndole la rosca a uno de mis *produtores* —«Tsvietok»[20] le llamo—, ese alazán con una estrella en la frente y calzado del pie izquierdo. La potranca, venga a dar vueltas a su alrededor como una peonza, por aquí, por allí, pellizcándole cariñosa con los dientes, demostrándole su amor de mil maneras. Él le puso la cabeza en la grupa, cerró los ojos y empezó a suspirar lastimero… Y eso es todo lo que dio de sí «Tsvietok»: peor no pudo quedar. Yo temblaba de rabia y me decía: ¿Qué pensarán de mí nuestras yegüecitas? Estarán diciendo, de seguro: «Este viejo del diablo nos ha traído a unos pánfilos que no hay quien los mueva», o quizá algo peor…

A la pobre yegua se le agotó la paciencia. Le volvió el trasero y le atizó un par de coces en un ijar con tanta fuerza, que sonó como si le hubiese roto algo por dentro. Eché a correr hacia él llorando de indignación, me puse a acariciarle el lomo a latigazos y le grité: «¡Si te las das de *produtor*, no tienes por qué cubrirte de vergüenza y abochornarme a mí, con los años que tengo!»

El pobrecito mártir se apartó a la carrera a unos veinte metros, se paró y dio un relincho tan lastimero que me llegó al alma, y me puse a llorar, esta vez de compasión. Tiré el látigo, le pasé la mano por la grupa, y él, con la cabeza apoyada en mi hombro, se puso a suspirar…

Lo agarré por las crines y lo llevé a la cabaña, diciéndole: «Vámonos a casa, “Tsvietok” mío, ¿qué necesidad tenemos de estar aquí haciendo el vago y de avergonzarnos?…» Y sin más, enganché mis potros y me fui al caserío. Al despedirnos, Vasili el Sordo *rilinchaba* como un caballo: «Ven dentro de un año, abuelo, viviremos en la estepa, comeremos gachas. Para entonces, si no la diñan antes, tus potros se habrán despabilado».

Llegué al caserío, le informé de todo a Davídov. El se llevó las manos a la cabeza y me gritó: «¡Los has cuidado mal!» Pero yo le canté: «Yo los he cuidado mal, pero vosotros los habéis cansado demasiado bien. Unas veces tú, señor mío, otras Makar, otras Andréi Razmiótnov. No se les ha quitado la collera ni un momento y, en cambio, ni aun poniéndose de rodillas le saca uno avena para ellos a tu Yákov Lukich. Además, ¿qué es eso de usar los potros para tirar de un carro? Puesto que son *produtores*, lo suyo es comer y no trabajar, porque de otra forma el problema no tendrá solución». Y menos mal que de la*stanitsa* nos enviaron un par de *produtores*, como recordaréis, y el problema de las yeguas se arregló de modo natural. Ahí tenéis a lo que conduce el amor sin el pienso correspondiente. ¿Habéis comprendido, bobalicones? Y no sé a qué viene el reírse, siendo tan seria la conversación.

Después de pasear una mirada triunfal por el auditorio, el abuelo Schukar

continuó:

—¿Qué entendéis de la vida, si os la pasáis hurgando la tierra, como escarabajos en el estiércol? Yo, al menos, voy una vez por semana, e incluso más a menudo, a la *stanitsa*. Dime tú, Kupriánovna, ¿has oído alguna vez cómo habla la radio?

—¿De dónde voy a oírla, si no he estado en la *stanitsa* desde hace diez años?

—¿Lo veis? Pues yo, siempre que voy, la escucho cuanto me viene en gana. Y es una cosa mala, os lo aseguro —Schukar movió la cabeza y rió silenciosamente—. Cabalito enfrente del Comité del Partido hay una trompa negra colgada de un poste. ¡Cómo grita, Dios mío! Pone los pelos de punta y, aunque haga calor, uno siente escalofríos en la espalda. Desengancho a mis luceros junto a la trompa, escucho con mucho agrado lo que dice de los koljóses, de la clase obrera y otras cosas por el estilo, y luego se arma tal ruido, que dan ganas de meter la cabeza en el morral. Desde Moscú sale un tío *rilinchando*como un potro: «Echa más vino, por Dios, que tengo una sed atroz». Y no me creeréis, buenas gentes, pero me entran tales ganas de trincar, que no puedo resistirlas. Yo, pecador de mí, en cuanto me mandan a la *stanitsa*, le birlo a mi vieja una docenita de huevos o los que se tercien y, nada más llego, ¡al mercado! Los vendo, y derechito al comedor. Allí, bebiendo vodka y oyendo las canciones de la trompa, puedo esperar a mi camarada Davídov un día entero, si es preciso. Y si no consigo birlar unos huevecitos en casa, porque mi vieja ha tomado la costumbre de vigilarme cuando me disponga a salir de viaje, me voy al Comité del Partido y le pido por lo bajo a mi camarada Davídov: «Semión, tesoro mío, dame para un cuartillo, que me aburro de esperarte sin hacer nada». El, como es muy cariñoso, nunca me dice que no. Yo, entonces, al comedor en el acto a echar un traguillo, y luego me duermo al sol como un bendito o pido a alguien que eche un vistazo a mis *produtores* y me doy una vuelta por la *stanitsa*, para arreglar mis asuntos *insolucionables*.

—¿Qué asuntos puedes tener tú en la *stanitsa*? —preguntó Akim Biesjliébnov.

El abuelo Schukar suspiró:

—No son asuntos lo que le falta a un cabeza de familia. Que si comprar una botella de kerosén, que si dos o tres cajas de fósforos… O esto, por ejemplo. Me habéis preguntado por mis palabras científicas, por el *dicionario*. Veréis cómo está escrito. Cada palabra científica, con letras gordas, que puedo leer sin gafas, y enfrente, con letras menuditas, la *esclaración*, es decir, lo que significan. No comprendo el sentido de muchas palabras sin leer las *esclaraciones*. Por ejemplo, ¿qué significa «monopolio»? Está claro, taberna[21]. «Adaptador» quiere decir mastuerzo, miserable, ni más ni menos. «Acuarela» imagino yo que es una buena moza, y «festón» todo lo contrario, no es otra cosa que pendón. Tener revueltos los «entresuelos» es, precisamente amor, eso que a ti, Agafón, te tiene un poco chiflado, y así sucesivamente. En fin, que me hacían falta unas gafas. Llegamos a la *stanitsa* en

cierta ocasión Davídov y yo, y se me metió en la cabeza el comprarlas. La vieja, por tratarse de asunto tan importante, me había dado el dinero necesario.

Entré en la clínica, pero resultó que no era una clínica, sino una casa de maternidad; en una habitación, las mujeres hacían fuerza y gritaban, a cual mejor, y en otra, las criaturitas maullaban como gatitos. Aquí, pensé, no encontraré yo gafas, me he equivocado de puerta. Me fui a otra clínica. En el porche había dos *endeviduos* jugando a las damas. «¿Aquí venden gafas?», pregunté después de saludarles. Ellos se pusieron a *rilinchar* a coro. Luego uno me dijo: «Aquí, abuelo, te ponen unas gafas que ves las estrellas en pleno día. Esto es un dispensario venéreo, y ya te estás largando más que a paso si no quieres que te curen por la fuerza».

Naturalmente, me llevé un susto de muerte y salí de aquella clínica al galope, ¡pies para que os quiero! Pero ellos, aquellos idiotas malditos, salieron detrás de mí y, mientras uno silbaba con todas sus fuerzas, el otro gritaba a voz en cuello: «¡Corre, viejo pendón, que te pillan!» Yo, al oírlo, volé como un caballo de carreras. ¿Quién sabe, me dije, qué bromas gasta el diablo cuando Dios duerme, pueden darme alcance sin pararse a pensar, y luego, ¡anda y convence a esos *dotores*!

Llegué a la farmacia con la lengua fuera. Tampoco tenía gafas. «Vete a Míllerovo o a Rostov, abuelo —me dijeron— y que un oculista te haga una receta». No, pensé, ¿qué diantre se me ha perdido allí?… Y aquí me tenéis adivinando lo que pone el *dicionario*, porque el problema de las gafas también ha resultado *insolucionable* del todo. Y es que en la *stanitsa* me han sucedido tantas peripecias, que sería cosa de nunca acabar…

—Tú, abuelo, cuéntanoslo todo por orden, pues brincas de rama en rama como un gorrión y no hay forma de saber cuál es el principio y cuál el fin —le pidió Dubtsov.

—Yo os lo cuento por orden. Lo principal es que no me interrumpas. Si me interrumpes otra vez, pierdo el hilo definitivamente y me armaré tal lío que entre todos no lograréis entender lo que os cuente. Bueno. Iba yo una vez por la *stanitsa* cuando veo que viene hacia mí una moza joven y guapa, como una cabritilla, vestida a la moda de la ciudad, con un bolso en la mano. Llevaba tacones altos, que al andar sonaban «toc-toc, toc-toc», como las pezuñas de una cabritilla. Yo a la vejez me he vuelto tan aficionado a todo género de novedades, que es algo terrible. Con deciros, hermanos, que hasta he probado a montar en bicicleta. Iba un mozalbete en uno de esos cacharros y le dije: «Nietecito, querido, déjame dar una vueltecita». El aceptó tan contento, me ayudó a encaramarme en el armatoste y me sostuvo mientras yo pataleaba con todas mis fuerzas echando el bofe. Luego le dije: «No me sujetes, por el amor de Dios, quiero ir solo». Pero apenas me soltó, el manillar se me escapó de las manos y di con los huesos en el suelo al pie de una acacia. ¡La de pinchos que me clavé en todos los sitios propios e impropios! ¡No hubierais podido contarlos! Tantos, que tardé una semana en quitármelos y, además, los pantalones se me rasgaron contra

un tocón.

—Tú, abuelo, cuenta lo de la moza, y no nos hables de tus pantalones —le cortó muy serio Dubtsov—. Piensa tú mismo, ¿qué interés puede tener para nosotros?

—Ya estás interrumpiéndome otra vez —replicó, apesadumbrado el abuelo Schukar, pero decidió proseguir—. Como os iba diciendo, al ver a aquella cabritilla tan requeté preciosa moviendo el bracete con garbo, como un soldadito, yo, pecador de mí, pensé: «¿Cómo arreglármelas para llevarla un ratito agarrada del brazo?» En mis días, jamás he ido del brazo con una moza, pero en la *stanitsa* he visto muchas veces que la gente joven tiene esa costumbre: él la lleva del brazo a ella, o al revés. Y os pregunto, ciudadanos, ¿dónde podía darme yo ese placer? En nuestro caserío eso no se acostumbra, la gente se burlaría de mi. ¿Dónde hacerlo, pues?

Y ya tenéis el problema planteado: ¿cómo darme un paseíto con aquella preciosidad? Discurrí una treta. Me encorvé hasta casi tocar el suelo con la frente, y di unos alaridos que se oían en toda la calle. Ella corrió hacia mí: «¿Qué le pasa, abuelito?» Le contesté: «Me he puesto malo, querida, no tengo fuerzas ni para llegar al hospital, siento unas punzadas terribles en la espalda…» Ella me dijo: «Yo le llevaré, apóyese en mí». La agarré del brazo con todo atrevimiento y echamos a andar. Aquello era la mar de agradable. Según íbamos llegando a la abacería, me enderezaba poco a poco y, antes de que pudiera darse cuenta, la planté un beso en un carrillo y troté hacia la tienda, aunque no tenía nada que hacer allí. La moza echaba chispas por los ojos. «¡Abuelo, es usted un sinvergüenza y un farsante!», me gritó conforme yo corría. Entonces me paré: «Encanto mío, la necesidad lo empuja a uno a cosas aún peores. Ten presente que nunca había llevado del brazo a una preciosidad como tú, y que me voy a morir cualquier día». Y me fui hacia la tienda, por si se le ocurría llamar al miliciano. Pero no, soltó una carcajada y siguió su camino, taconeando que era un primor. Entré en la tienda todo sofocado, sin aliento. «¿Vienes de algún incendio, abuelo?» —me preguntó el dependiente—. Ahogándome como estaba, le contesté: «Peor aún. Dame una cajita de cerillas».

Por su gusto, el abuelo Schukar habría prolongado su interminable narración, pero los oyentes, cansados después del trabajo, empezaron a marcharse. En vano el abuelo les rogó que escuchasen unos cuantos relatos más: pronto junto a la hoguera apagada ya no quedaba nadie.

Profundamente ofendido y amargado, Schukar se fue a los pesebres, se tumbó en ellos y se tapó friolento con el abriguillo. Hacia la medianoche cayó el rocío, y el viejo se despertó aterido, dando diente con diente. «Me meteré en la caseta con los cosacos —resolvió—. Aquí pasaría más frío que un perrillo chiquitín».

La cadena de sus tribulaciones seguía desarrollándose lenta, pero inexorablemente… El viejo recordaba que en primavera, durante la labranza, los hombres dormían dentro y las mujeres fuera. Como estaba adormilado, no se le

ocurrió que en dos meses podían haber cambiado las cosas. Entró despacito, a gatas, en la caseta, se quitó las abarcas y se acostó junto al umbral. Confortado por el tibio calor de los cuerpos humanos se durmió en el acto, mas al cabo de un rato se despertó porque se asfixiaba. Palpándose, notó que alguien le había pasado una pierna sobre el pecho, y pensó enfadadísimo: «¡Qué manera más desvergonzada de dormir tiene el asqueroso! Echa la pierna como si estuviese montando a caballo».

Pero cuál no sería su espanto cuando, al tratar de quitarse aquel peso de encima, descubrió de pronto que no era la pierna de un hombre, sino un brazo desnudo de la Kupriánovna, y percibió en la mejilla la poderosa respiración de la cocinera. En la caseta sólo dormían las mujeres…

Anonadado, el abuelo Schukar permaneció sin moverse unos instantes, sudando del susto. Después cogió las abarcas, salió arrastrándose con sigilo de la caseta, como un gato ladrón, y se dirigió hacia el carricoche a toda prisa, cojeando. Nunca había enganchado los potros con tan inaudita celeridad. Arreándolos sin compasión con el látigo, los hizo lanzarse al trote largo, volviéndose a cada instante para mirar la caseta, siniestro manchón oscuro en el rosicler del cielo.

«Menos mal que me desperté a tiempo. Pero, ¿y si llego a tardar y las mujeres hubiesen visto que dormía junto a la Kupriánovna y que la condenada de ella me abrazaba con uno de sus jamones?… ¡Virgen santa, ampárame! Se habrían estado riendo de mí hasta que me muriese, e incluso después».

Era un impetuoso amanecer de verano. Schukar ya no veía la caseta. Pero al otro lado de la cresta le acechaba un nuevo sobresalto. Mirándose los pies por puro azar, descubrió que en el derecho llevaba una abarca de mujer casi nueva, con vistosos pespuntes y un coquetón lacito de piel. A juzgar por el tamaño, sólo podía ser de la Kupriánovna…

Despavorido, Schukar elevó una plegaria al Altísimo: «Señor misericordioso, ¿por qué me castigas así? Quiere decirse que en la oscuridad me he confundido de abarcas. Pero, ¿cómo me presento a la vieja con una mía y otra de mujer? ¡Ya tenemos otro problema *insolucionable*!»

Sin embargo, el problema tuvo solución. Schukar hizo que los potros giraran en redondo hacia el caserío, pensando con razón que no podía aparecer en la *stanitsa* ni descalzo ni con calzado dispar. «¡Anda y que se lleve el diablo al agrimensor, se pasarán sin él! En todas partes hay Poder soviético, en todas partes hay koljóses. ¿Qué más da que un koljós le pellizque a otro un cacho de prado?», meditaba tristemente, al regresar a Gremiachi Log.

A unos dos kilómetros del caserío, en el lugar donde una abrupta hondonada desembocaba en la carretera, tomó otra decisión no menos intrépida. Quitóse las abarcas, miró furtivamente a los lados, y las tiró al barranco, rezongando a modo de despedida:

—¡No voy a perecer por culpa vuestra, malditas!

Ya más alegre, satisfecho de lo estupendamente que se había desembarazado del cuerpo del delito, el abuelo se sonrió pensando en el asombro de la Kupriánovna cuando notase por la mañana la enigmática desaparición de su abarca.

Sin embargo, su regocijo era prematuro: en casa le esperaban los dos últimos golpes, más terribles y aplastantes…

Se hallaba ya cerca de su morada cuando vio a la puerta una multitud de mujeres que parecían muy alteradas. «¿No se habrá muerto mi vieja?», pensó inquieto. Pero cuando, apartando sin decir palabra a las mujeres, que se sonreían maliciosas, entró en la cocina y miró presuroso a su alrededor, sintió que le flaqueaban las piernas y, haciendo la señal de la cruz, murmuró a duras penas: «¿Qué es esto?».

Su anciana mujer, toda llorosa, mecía en los brazos a una criatura envuelta en trapajos, que berreaba hasta desgañitarse.

—¿Qué ocurre aquí? —barbotó un poco más fuerte, sobrecogido de horror.

La vieja, colérica, llameantes los ojos, hinchados de tanto llorar, le gritó:

—¡Un hijo tuyo que han dejado a nuestra puerta, eso es! ¡Sabiondo maldito! ¡Lee ese papel que hay en la mesa!

A Schukar se le nublaba la vista por momentos. Sin embargo, consiguió deletrear estas palabras, garrapateadas en un trozo de papel de estraza:

«Abuelo: Como usted es el padre de este niño, se lo dejo para que lo críe y lo eduque».

….

Al anochecer, Schukar, ronco de tantas emociones y de tantos gritos, casi había convencido a su mujer de que no tenía nada que ver con el nacimiento de la criatura aquella. Pero en aquel preciso instante apareció en el umbral de la cocina un zagalillo de unos ocho años, el hijo de Lubishkin, y, sorbiéndose los mocos, dijo:

—Abuelo, estaba yo con las ovejas y vi cómo se le caían al barranco las abarcas. Las he encontrado y se las he traído. Tenga usted —y le entregó las malhadadas abarcas…

Lo que ocurriera después quedó «cubierto de tinieblas desconocidas», como solía decir en otros tiempos el zapatero Lokatéiev, gran amigo de Schukar. Sólo se sabe que el abuelo anduvo una semana con la cara vendada y con un ojo hinchado. Cuando, sonriendo zumbonamente, le preguntaban por qué se había vendado un carrillo, él, volviéndose para otro lado, contestaba que le dolía mucho la única muela que conservaba en toda la boca. Tanto, que no podía hablar siquiera…

Capítulo XX

Aquella mañana, Andréi Razmiótnov llegó temprano al Soviet para firmar y enviar al Comité Ejecutivo del distrito un parte acerca de la siega del heno y los preparativos de la recolección. Pero, antes de que hubiera podido leer los partes de las brigadas, alguien llamó enérgicamente a la puerta.

¡Adelante! —gritó Razmiótnov sin levantar la vista de los papeles. Entraron en la habitación dos desconocidos, y pareció como si de pronto la hubieran llenado por completo. Uno de ellos, achaparrado, grueso y de vulgar cara redonda, recién afeitada, vestía un flamante impermeable. Se acercó sonriendo a la mesa y le alargó a Razmiótnov una mano dura como la piedra:

—Soy Polikarp Petróvich Boiko, agente de compras de la Sección de Abastecimiento Obrero de Shajti —dijo, y señalando con el dedo pulgar, sin volverse, hacia su compañero, que se había quedado junto a la puerta, continuó—: Este es mi ayudante, Jizhniak.

Por el aspecto, el aludido podía ser un manadero o un tratante en ganado. Toda su indumentaria delataba su profesión: el mugriento impermeable de lona, con capucha; las botazas de cuero de becerro, anchas de caña; la gorra gris, chafada; el historiado látigo con dos flecos de cuero. Sin embargo, la cara de Jizhniak desentonaba extrañamente de su atuendo. La expresión de los ojos, escrutadora, inteligente, el irónico gesto que vagaba en la comisura de sus finos labios, la manera de enarcar la ceja izquierda como si algo llamase su atención, el aire *intelectual* que emanaba de su figura: todo ello denotaba claramente para un buen observador que aquel hombre distaba mucho de traficar en ganado o de estar dedicado a la agricultura. De pasada, Razmiótnov tomó nota de esta circunstancia. Por cierto que no se detuvo mucho en el rostro de Jizhniak, pues inmediatamente fijó la vista en sus hombros, desmesuradamente anchos, y, sin poder evitar una sonrisa, pensó: «Vaya tratantes los de ahora, ni que los buscasen a propósito con esas trazas de bandido… Mejor que traficando, me los imagino apostados de noche debajo de un puente y atracando a los comerciantes soviéticos, planchándoles con estacas el cuello de la camisa…» Esforzándose por mantener la seriedad, preguntó:

—¿Qué les trae por aquí?

—Compramos a los koljosianos reses de su propiedad personal: ganado de cuerna, mayor y menor, y cerdos también. Las aves, de momento, no nos interesan. En invierno, quizá. Entonces es otra cosa. Por ahora, no. Precios, los cooperativos, con una bonificación según la calidad de los animales. Ya comprenderá usted, camarada presidente, que el trabajo en la mina es duro y que debemos alimentar a nuestros mineros como corresponde, y no de cualquier manera.

—Documentación —requirió Razmiótnov, dando una leve palmada en la mesa.

Ambos tratantes depositaron sobre ella sus credenciales. Todo —el membrete, las firmas y los sellos— estaba en regla, pero Razmiótnov examinó detenida y meticulosamente los papeles y no percibió el guiño que Boiko hacía a su ayudante ni que ambos sonrieron fugazmente.

—¿Cree que son falsos? —sonriendo ya francamente preguntó Boiko y, sin esperar a que lo invitaran, tomó asiento en la silla que había junto a la ventana.

—No, no creo que sus papeles sean falsos… Pero, ¿por qué han venido precisamente a nuestro koljós? —dijo Razmiótnov muy serio, desechando el tono jovial del otro.

—¿Por qué precisamente al vuestro? Pensamos visitar también otros koljóses. Hemos estado ya en los seis vecinos y comprado medio centenar de reses, entre ellas tres pares de bueyes viejos y defectuosos, terneros, vacas poco lecheras, ovejas y unos treinta cerdos…

—Treinta y siete —rectificó a su jefe, desde la puerta, el tratante membrudo.

—Eso es, hemos adquirido treinta y siete cerdos a precio bastante módico. Cuando acabemos aquí, iremos a otros caseríos.

—¿Pago al contado? —se interesó Razmiótnov.

—¡En el acto! No llevamos mucho dinero encima, es verdad: los tiempos, camarada Razmiótnov, ya sabe usted, andan revueltos, puede verse uno en un mal paso cuando menos se lo piensa… De modo que, previniéndolo, llevamos también una carta de crédito.

Razmiótnov, echándose hacia atrás, sobre el respaldo de la silla, lanzó una carcajada:

—¿Tenéis miedo, acaso, de que os desvalijen? ¡Pero si vosotros mismos podéis vaciar los bolsillos al más pintado y desnudarlo por añadidura!

Boiko sonrió discretamente. En sus mofletes sonrosados, como en los de una mujer, aparecieron unos hoyuelos. Jizhniak conservaba toda su indiferencia y miró distraído por la ventana. Sólo entonces, cuando se volvió de cara a la ventana, vio Razmiótnov que una cicatriz larga y profunda le cruzaba la mejilla izquierda desde el mentón hasta el lóbulo de la oreja.

—¿Es un recuerdo de la guerra eso que llevas en la mejilla? —preguntó.

Jizhniak se volvió vivamente hacia él con escueta sonrisa:

—¡Qué va a ser de la guerra! Me lo gané después…

—Ya me parecía a mí que no era un sablazo. ¿Te arañó tu mujer?

—No, es muy tranquila. Es un navajazo que me dio un amigo. Bebimos unas copas de más…

—Eres mozo bien plantado, por eso creí que había sido tu mujer, pero si no fue ella, de todos modos habrá sido por asuntos de faldas, por alguna galana —continuó Razmiótnov sus simples razones, conteniendo la risa y atusándose los bigotes.

—Eres un lince, presidente —replicó Jizhniak con ironía.

—El cargo obliga… Y te diré que tu cicatriz es de un sablazo, yo entiendo de eso, y no de un navajazo, y que tú eres tan agente de compras como yo obispo… Tu jeta no es de hombre sencillo, y tus manos también te delatan, son muy finas: se ve que jamás han agarrado a un toro por los cuernos… Grandes sí son, no lo niego, pero las tienes muy blancas. Si al menos las hubieses puesto al sol para que se tostasen y las hubieras ensuciado de estiércol, me habrías hecho creer que eres un tratante. El que lleves un látigo no te salva, ¡con eso no me engañas!

—Eres un lince, presidente —repitió Jizhniak, pero esta vez sin reírse—. Pero sólo para algunas cosas. Mi cicatriz, en efecto, es de un sablazo, no quería confesarlo. Serví con los blancos y fue entonces cuando me hicieron esta señal. ¿A quién le agrada recordar tales asuntos? En cuanto a las manos, ten en cuenta que no soy un arriero, sino un tratante en ganado. Mi misión es contar el dinero y no retorcer el rabo a los terneros. ¿Te extraña mi aspecto, camarada Razmiótnov? ¿Sabes?, hace poco que soy agente comercial. Antes era agrónomo, pero me echaron del trabajo por una borrachera y he tenido que mudar de profesión… ¿Comprendes ahora, camarada presidente? Me has obligado a sincerarme, a confesarme contigo…

—Maldita la falta que me hacen tus confesiones. Que te confiesen y te den la comunión en la GPU, eso no es cosa mía —respondió Razmiótnov y, sin cambiar de postura, gritó—: ¡María, ven aquí!

La muchacha que estaba de servicio en el Soviet salió tímidamente de la habitación contigua.

—Corre en busca de Nagúlnov. Dile que venga volando para un asunto urgente —ordenó Razmiótnov, mirando con fijeza primero a Jizhniak y después a Boiko.

Jizhniak, perplejo y como ofendido, encogió sus enormes hombros, se sentó en un banco y miró a un lado. Boiko, todo estremecido por la risa que a duras penas ahogaba, gritó con voz de falsete:

—¡Eso es vigilancia! ¡Así me gusta! ¿Has caído, camarada Jizhniak? ¡Te han cazado como a un conejo!

Se daba palmadas en sus gruesas rodillas y se reía, doblado en dos, con tan natural sinceridad, que Razmiótnov le miró sin ocultar su asombro.

—Y tú, gordo, ¿de qué te ríes? A ver si os toca llorar a los dos en la *stanitsa*. Os incomode o no, voy a enviaros a la cabeza del distrito para que os identifiquen. Me parecéis sospechosos, camaradas tratantes.

Enjugándose las lágrimas provocadas por la hilaridad, torcidos todavía por la risa los carnosos labios, Boiko preguntó:

—¿Y los documentos? ¿No los has comprobado, dándolos por buenos?

—Los documentos son una cosa, y la pinta, otra —repuso huraño Razmiótnov, y se puso a liar con toda cachaza un pitillo.

Makar Nagúlnov llegó unos instantes después. Entró sin saludar y, señalando a los tratantes con la cabeza, preguntó a Razmiótnov:

—¿Qué gente es ésta?

—Pregúntaselo.

Nagúlnov cambió unas frases con los agentes de compras, examinó sus carnets de identidad y demandó a Razmiótnov:

—¿Qué pasa, pues? ¿Para qué me has llamado? Han venido a comprar reses, que las compren.

Razmiótnov se sulfuró, pero dijo con bastante calma:

—No, no comprarán nada mientras yo no haya comprobado quiénes son. Estos individuos no me gustan, ¿sabes? Ahora mismo los mando a la *stanitsa*. Que allí aclaren quiénes son, y, luego, si quieren, que compren ganado.

Boiko dijo entonces, sin alzar la voz:

—Camarada Razmiótnov, di a tu recadera que salga de la casa. Tenemos que hablar.

—¿Qué secretos puede haber entre nosotros?

—Haz lo que te han dicho —insistió Boiko con la misma calma, pero ya con el tono de quien da una orden.

Y Razmiótnov obedeció. Cuando se hubieron quedado solos en toda la casa, Boiko sacó del bolsillo un carné rojo y se lo tendió, sonriendo:

—¡Lee, diablo zahorí! Ya que nuestro carnaval ha fallado, pondremos las cartas boca arriba. Se trata de lo siguiente, camaradas. Somos de la Dirección Territorial de la GPU y venimos en busca de un enemigo político peligroso, de un conspirador, rabioso contrarrevolucionario. Para no llamar la atención, nos hemos transformado en agentes de compras. Así nos es más fácil trabajar. Entramos en las casas, hablamos con la gente y esperamos dar, tarde o temprano, con la pista de ese «contra».

—Pero ¿por qué no me han dicho ustedes en seguida quiénes eran, camarada Glújov? Así no habría habido ninguna confusión —exclamó Razmiótnov.

—¡Las reglas de conspiración, querido! Te lo decimos a ti, se lo decimos a Davídov y a Nagúlnov, y al cabo de una semana todo Gremiachi Log sabe quiénes somos. No os ofendáis, por Dios, no es que no nos fiemos de vosotros, pero, por desgracia, a veces ocurre eso, y no tenemos derecho a poner en peligro una operación que encierra para nosotros muchísima importancia —explicó indulgente Boiko-Glújov, guardándose en el bolsillo el carné rojo, después de enseñárselo también a Nagúlnov.

—¿Se puede saber a quién buscáis? —preguntó Makar.

Boiko-Glújov abrió en silencio su voluminosa cartera y colocó con cuidado sobre la palma de su mano regordeta una fotografía tamaño pasaporte.

Razmiótnov y Nagúlnov se inclinaron sobre la mesa. Desde aquel rectángulo de

cartulina les miraba un hombre ya maduro, de sonrisa bonachona, hombros cuadrados y cuello de toro. Pero su sonrisa, afectadamente bondadosa, discordaba tanto con el corte lobuno de la frente, la hosca expresión de los ojos, muy hundidos, y la pesadez del cuadrado mentón, que Nagúlnov sonrió torcidamente y Razmiótnov, meneando la cabeza, murmuró:

—Sí-i-i-i-i, se ve que el fulano es de armas tomar…

—Pues este «fulano» es el que estamos buscando —murmuró pensativo Boiko-Glújov, envolviendo con el mismo esmero la fotografía en una hoja de papel blanco, con los bordes rozados, y metiéndola en la cartera—. Se llama Pólovtsev, Alexandr Anísimovich. Ex capitán de cosacos del ejército blanco, mandaba un escuadrón punitivo, participó en la ejecución del destacamento de Podtiólkov y Krivoshlíkov[22]. Últimamente trabajó de maestro bajo nombre supuesto. Después vivió cierto tiempo en su *stanitsa*. Ahora ha pasado a la clandestinidad. Es un elemento activo de la sublevación que se prepara contra el Poder soviético. Según informes de nuestros agentes, se oculta en algún lugar de vuestro distrito. Eso es todo cuanto se puede decir de este pájaro. Podéis informar de nuestra conversación a Davídov, y ni una palabra a nadie más… Confío en vosotros, camaradas. Y ahora, nos despedimos. No debemos vemos más que, naturalmente, en caso de necesidad. Si tenéis algo de interés, llamadme al Soviet de día, únicamente de día, para evitar toda sospecha de los habitantes del caserío. Por último, tened cuidado. De noche, es mejor que no andéis de un lado para otro. Pólovtsev no se lanzará a un acto terrorista, pues eso podría descubrirle, pero la precaución no está de más. En general, lo mejor es que no os mováis de noche y, si os es indispensable, no salgáis uno solo. Id siempre armados, aunque, seguramente, no os separáis de los revólveres. Al menos, tú, camarada Razmiótnov, mientras hablabas con Jizhniak hiciste girar dos puntos el tambor del revólver que llevas en el bolsillo del pantalón, ¿a que sí?

Razmiótnov entornó los ojos y desvió la mirada, como si no hubiese oído la pregunta. Nagúlnov le sacó del apuro:

—Desde que dispararon contra mí, nos hemos preparado para la defensa.

Sonriendo levemente, Boiko-Glújov dijo:

—Para la defensa y, por lo visto, para el ataque… A propósito, Timoféi Damáskov, alias El Desgarrado, el individuo a quien tú mataste, camarada Nagúlnov, estuvo algún tiempo en la organización de Pólovtsev. Y en vuestro caserío hay miembros de esa organización —dejó caer como de pasada el omnisciente «tratante»—. Después, por causas desconocidas, Timoféi se desligó. No te disparó por orden de Pólovtsev. Mas bien lo hizo por móviles de índole personal…

Nagúlnov asintió con la cabeza. Boiko-Glújov, pausado y tranquilo, como si estuviese leyendo una conferencia, prosiguió:

—La prueba de que Timoféi Damáskov rompió por algún motivo con el grupo de

Pólovtsev, convirtiéndose en un simple bandido solitario, es que no entregó a los secuaces de Pólovtsev la ametralladora que tenía enterrada en su pajar desde la guerra civil, y que luego encontró Davídov. Pero no se trata de eso. Os diré unas palabras sobre nuestra misión: consiste en capturar a Pólovtsev, a él solo, y capturarlo vivo. Inexcusablemente vivo. Muerto, por ahora no nos hace falta. A los de filas los neutralizaremos después. He de añadir que Pólovtsev no es más que un eslabón de una larga cadena, pero no un eslabón cualquiera. Por eso se nos ha confiado a nosotros, y no a los agentes de la sección distrital, su busca y captura.

Para que no quedéis enfadados con nosotros, camaradas, os advierto que sólo el jefe de la GPU de vuestro distrito sabe que nos hallamos aquí. Ni siquiera Nesterenko lo sabe. El es el secretario del Comité de distrito del Partido y, en fin de cuentas, ¿qué le importan unos insignificantes agentes de compras de ganado? Que dirija el trabajo del Partido en su distrito, y nosotros nos ocuparemos de lo nuestro… Hay que decir que en los koljóses en que hemos estado hasta ahora nos han tomado, sin la menos sospecha, por quienes decimos ser. Únicamente tú, Razmiótnov, has recelado que ni Jizhniak ni yo éramos tratantes de verdad. Eso hace honor a tu sagacidad. Aunque, de todos modos, dentro de un par de días hubiésemos tenido que descubriros quiénes somos en realidad, y os diré por qué. Mi olfato profesional me hace intuir que Pólovtsev anda por el caserío… Procuraremos localizar a quienes sirvieron con él en la guerra contra Alemania y en la guerra civil. Sabemos en qué unidades estuvo el señor Pólovtsev, y lo más probable es que se haya pegado a un compañero de regimiento. Eso es todo, en pocas palabras. Antes de que nos marchemos, volveremos a vernos. Entretanto, ¡hasta otra!

Ya en el umbral, Boiko-Glújov se quedó mirando a Nagúlnov:

—¿No te interesas por la suerte de tu esposa?

A Makar se le encendieron los pómulos y oscurecieron los ojos. Aclarándose la garganta, preguntó a media voz:

—¿Sabéis dónde está?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la ciudad de Shajti.

—¿Qué hace allí? En Shajti no tiene a nadie, ni familiares ni conocidos.

—Tu esposa trabaja.

—¿Qué cargo tiene? —sonrió con amargura Makar.

—Está de vagonera en una mina. Agentes nuestros le ayudaron a colocarse, pero ella no lo sabe, por supuesto… Y hay que decir que trabaja muy bien, yo hasta diría que magníficamente. Se comporta con mucha modestia, no hace nuevas amistades y, por ahora, no la visita nadie de sus antiguos conocidos.

—¿Quién la podría visitar? —murmuró Nagúlnov.

Makar parecía muy tranquilo; sólo le temblaba levemente el párpado del ojo izquierdo.

—Hombre, cualquiera sabe… Algún amigo de Timoféi. ¿O es que lo excluyes en absoluto? Sin embargo, me parece que la mujer ha cambiado de vida, ha reflexionado; de modo, camarada Nagúlnov, que no te inquietes por ella.

—¿De dónde sacas tú que me inquieto por ella? —preguntó en voz más baja todavía Nagúlnov, y se levantó, inclinándose un poco hacia adelante y apoyando las palmas de sus largas manos en el borde de la mesa. Se había puesto pálido como un muerto. Un tic nervioso le crispaba las mandíbulas. Eligiendo las palabras, dijo con más lentitud de lo que solía:

—Tú, camarada sacamuelas, ¿has venido a trabajar? ¡Pues lárgate y dedícate a lo tuyo, y no me vengas con consuelos, no me hacen ninguna falta! Tampoco necesitamos de tus advertencias: si debemos salir de día o de noche, eso es cosa nuestra. Ya nos apañaremos sin consejos necios y sin nodrizas forasteras, ¿entiendes? Y ahora, lárgate. ¿Sabes?, hablas demasiado, muestras hasta las entrañas. ¡Valiente chequista! No sé ya si eres realmente un funcionario responsable de la Dirección Territorial de la GPU o un tratante en ganado, un chalán dado a soltar la tarabilla.

El taciturno Jizhniak miró con sarcasmo a su jefe, que se había quedado un tanto cortado. Nagúlnov se arregló el cinturón que le ceñía la guerrera y salió, recto, erguido como siempre, presumiendo quizás un poco de su marcial apostura.

En la estancia reinó durante casi un minuto un tirante silencio.

—Tal vez haya hecho mal en hablarle de su mujer —dijo Boiko-Glújov, rascándose el entrecejo con el dedo meñique—. Por lo visto, aún le duele que ella se marchara…

—Sí, no hubieras debido hacerlo —asintió Razmiótnov—. Nuestro Makar es arisco, y no le gusta que nadie se meta con las botas sucias en su limpio corazón…

—Bueno, qué se le va a hacer, ya le pasará —terció, conciliatorio, Jizhniak, agarrando el tirador de la puerta.

Para disipar aquella embarazosa tirantez, Razmiótnov preguntó:

—Camarada Glújov, explícame: ¿Cómo hacéis con el ganado? ¿.Lo compráis de verdad, o sólo andáis de casa en casa, regateando?

La ingenua pregunta devolvió el buen humor a Boiko Glújov, y los hoyuelos reaparecieron en sus prietos mofletes.

—¡Qué pronto se conoce al buen administrador! Sí, hombre, compramos reses y pagamos hasta el último kopek. Y no te preocupes por nuestras compras: el ganado lo enviaremos a Shajti y los mineros se lo comerán encantados. Se lo comerán y no nos darán las gracias, porque no sabrán qué importante institución les ha suministrado reses bien cebadas. ¡Así son las cosas, hermanete!

Una vez que los visitantes se hubieron marchado, Razmiótnov caviló largo rato,

los codos, muy separados, sobre la mesa y los pómulos descansando en los puños. Un pensamiento no le daba punto de reposo: «¿Quién de nuestro caserío se habrá podido juntar a ese maldito oficialejo?» Fue recordando, uno por uno, a todos los cosacos adultos de Gremiachi Log, pero nadie le infundía verdaderos recelos…

Andréi se levantó para desentumecer las piernas, dio tres paseos de la puerta a la ventana y, de pronto, se detuvo en medio de la habitación, como si hubiese chocado con un obstáculo invisible, y pensó lleno de inquietud: «El gordinflón ese le ha puesto a Makar el dedo en la llaga. ¿Quién diablos le mandó mentar a la Lushka? ¿Y si a Makar le entran pesares y se marcha a Shajti para verla? Anda muy sombrío este tiempo atrás, disimula, pero se me da que por las noches bebe, solo, a la chita callando…»

Varios días vivió Razmiótnov en una angustiosa espera. ¿Qué haría Makar? Y cuando el sábado por la noche Nagúlnov dijo en presencia de Davídov que, con el permiso del Comité de distrito del Partido, pensaba ir a la *stanitsa* de Martínovskaia para ver cómo funcionaba una de las primeras estaciones de máquinas y tractores organizadas en la región del Don, Razmiótnov suspiró para sus adentros: «¡Makar está perdido! Lo que quiere es ver a la Lushka. ¿Dónde ha ido a parar su orgullo de hombre macho?»

Capítulo XXI

Al llegar la primavera, cuando incluso en la parte norte de la empalizada la última nieve comenzó a derretirse, con llanto de cristal, una pareja de palomas torcaces eligió, para hacer su nido, el corral de Razmiótnov. Estuvieron mucho tiempo dando vueltas, cada vez más bajas, sobre la casa. Luego descendieron a ras de tierra junto a la cueva e, ingrávidas, volvieron a tomar altura para posarse en el tejado. Allí permanecieron un buen rato, volviendo recelosas sus cabecitas en todas direcciones, mirando a su alrededor, habituándose a su nuevo hogar. Después, el palomo, levantando mucho, con aire jactancioso, sus moradas patas se paseó por el yeso sucio derramado en torno a la chimenea, encogió el cuello, levantó un poco la cabeza, y emitió unos inseguros zureos, el abultado buche reluciendo con irisado brillo mate. La paloma se deslizó abajo, batió sonoramente las alas dos veces en pleno vuelo y, tras describir un semicírculo, se posó en el saliente de la ventana de Razmiótnov. ¿Qué podía significar aquel doble batir de alas sino una invitación a su amiguito para que la siguiese?

Al mediodía, Razmiótnov fue a comer y desde la cancilla vio a las palomas junto al umbral de la casa. La hembra, moviendo diligente sus vistosas patitas, bordeaba un charco de aguanieve y picoteaba el suelo sin detenerse. El macho la perseguía a saltitos, se paraba un poco, hacía la rueda, se inclinaba hasta casi rozar la tierra con el pico y, con el buche muy bajo, zureaba frenético. Luego reanudaba la persecución, la cola desplegada en abanico, rasando, bamboleante, la tierra, húmeda, fría, invernalmente inhóspita; manteníase, tenaz, a la izquierda, procurando apartar del charco a su compañera.

Razmiótnov pasó, de puntillas, muy cerca de las palomas, que se apartaron un poco, sin levantar el vuelo. Ya en la puerta, a punto de entrar, Andréi se dijo con exaltada alegría infantil: «No vienen de paso, vienen a quedarse». Y murmuró o pensó con amarga sonrisa: «Seguro que me han de traer una felicidad tardía…»

Andréi tomó en la despensa un puñado de trigo y lo esparció frente a la ventana.

Desde la mañana estaba enfurruñado y hosco: los preparativos de la siembra y el sorteo de la simiente no marchaban bien; aquel día habían avisado a Davídov para que se presentara en la *stanitsa*; Nagúlnov se había ido a caballo al campo para comprobar qué terrenos se podían sembrar, y antes del mediodía había tenido broncas mayúsculas, con dos jefes de brigada y con el encargado del almacén. Pero cuando, en casa, Andréi se sentó a la mesa y se abstrajo en la contemplación de las palomas, olvidándose de que en la escudilla se le quedaba fría la sopa de coles, su rostro curtido por los vientos vernales se iluminó, pero el corazón se le encogió dolorosamente…

Empañados los ojos, tristona la sonrisa, vio con qué avidez picoteaba el trigo la

linda palomita, mientras el arrogante palomo le hacía la rueda con incansable tenacidad, sin pararse a picar ni un solo grano.

Veinte años atrás, también él, joven y arrogante como un palomo, había hecho la rueda a su novia. Luego la boda, el servicio militar, la guerra… ¡Con qué terrible, con qué injusta premura había pasado la vida! Al acordarse de su esposa y de su hijo, Razmiótnov se dijo con tristeza: «Raramente nos veíamos cuando vivíais, queridos míos; raramente os visito ahora…»

El palomo no estaba para comer en aquel día de abril, deslumbrante de sol. Tampoco Andréi Razmiótnov pensaba en la comida. No ya nublados, sino arrasados de lágrimas los ojos, miraba por la ventana sin ver ni las palomas ni el tierno azul de la primavera, y su memoria evocaba la imagen dolorosa de la única mujer que amara en su existencia, más que a la propia vida, y de la cual le había separado la tenebrosa muerte[23], quizás en un día de tan radiante primavera…

Muy agachado sobre la escudilla, Razmiótnov masticaba un pedazo de pan. No quería que su madre viera las lágrimas que le surcaban, lentas, las mejillas, acentuando el exceso de sal de las sopas. Dos veces levantó la cuchara y las dos se le escapó de la mano, extrañamente débil y temblona.

Ocurre en la vida que no sólo la felicidad humana, sino también la efímera dicha de las aves despierta en algunas almas heridas, no envidias ni sonrisas burlonas, sino penosos recuerdos colmados de una amargura y una angustia inconsolables… Razmiótnov se levantó resueltamente de la mesa, se puso el chaquetón guateado, volviéndose de espaldas a su madre, y estrujó con ambas manos el alto gorro de piel.

—Dios nos ampare, madre, no sé por qué, hoy no tengo muchas ganas de comer.

—Si no te apetece la sopa de coles, ¿quieres que te ponga unas gachas con leche agria?

—No, no quiero, déjalo.

—¿Estás apenado por algo? —preguntó cautelosa la madre.

—¿Qué pena voy a tener? Ninguna. Las que tuve, pasaron.

—Eres muy callado desde chico, Andriushka… Nunca dices nada a tu madre, nunca le cuentas tus penas… Debes de tener un hueso dentro del corazón…

—Tú me trajiste al mundo, madre, no culpes a nadie.

Como me hiciste, soy, y así hay que tomarme.

—Dios te tenga de su mano —contestó la madre, apretando, dolida, sus labios marchitos.

Al salir del corral, Razmiótnov no torció a mano derecha, hacia el Soviet, sino a mano izquierda, hacia la estepa. A paso largo, pero mesurado, tiró a campo traviesa, al otro Gremiachi Lag, donde, de antiguo, moraban los muertos, en pacífica estrechez. Nada cercaba el cementerio. En aquellos años difíciles, los vivos no se ocupaban mucho de los difuntos… Las cruces, viejas, ennegrecidas por el tiempo,

aparecían torcidas, y algunas yacían en tierra, de bruces o de espaldas. Ninguna sepultura estaba cuidada, y el viento agitaba tristemente los hierbajos del año anterior sobre los montoncillos de tierra arcillosa y peinaba con ternura, como finos dedos de mujer, las guedejas descoloridas y lacias del ajenjo. Un olor promiscuo a materia corrupta, a hierba podrida y a tierra negra deshelada flotaba, penetrante, sobre las tumbas.

En el cementerio el vivo se siente pesaroso en cualquier estación del año, pero al comienzo de la primavera y al final del otoño reina allí una tristeza singular, lacerante, aguda.

Siguiendo una trocha abierta por los terneros, Razmiótnov salió del cementerio hacia el Norte y llegó al lugar donde antes se enterraba a los suicidas. Allí se detuvo junto a la conocida tumba de bordes desprendidos y, descubriéndose, inclinó profundamente su cabeza gris. Sólo las alondras turbaban la absorta quietud de aquel rincón olvidado de los hombres.

¿Por qué fue Andréi al cementerio aquel día de primavera, inundado de sol y rebosante del despertar de la vida? ¿Para contemplar, entrelazados los dedos vigorosos y cortos, prietos los dientes y entornados los ojos, el festón nebuloso del horizonte, como si quisiera divisar entre la vaporosa neblina su inolvidable juventud, su efímera ventura? Tal vez fuera así. Porque el pasado, porque lo que ya murió, pero que el corazón sigue amando, siempre se ve bien desde el cementerio o desde las tinieblas mudas de las noches de insomnio…

Desde entonces tomó bajo su tutela insomne a la pareja de palomas que se había instalado en su casa. Dos veces al día echaba al pie de la ventana un puñado de trigo y montaba la guardia, ahuyentando a las desfachatadas gallinas, hasta que las palomas quedaban ahítas. Por las mañanas, desde muy temprano, solía permanecer sentado largo rato en el peldaño del granero y, fumando, observaba en silencio cómo los nuevos inquilinos llevaban a las molduras de la ventana pajas, ramitas y, de la empalizada, vellones de una descolorida piel de buey. El nido, de tosca factura, no tardó en estar listo, y Razmiótnov exhaló un suspiro de alivio: «Ya tienen su casita. Ya no se irán.»

Pasadas dos semanas, la paloma no acudió al pienso. «Se ha puesto a incubar —sonrió Razmiótnov—. La cosa marcha».

Desde que habían llegado las palomas, tenía más preocupaciones: había que echarles a tiempo la comida y cambiarles el agua, ya que el charco ante el umbral no tardó en secarse. Además, una extrema necesidad le obligaba a estar ojo avizor para proteger a las pobres aves indefensas.

En cierta ocasión, al ir a entrar en casa, de vuelta del campo, vio que la vieja gata, a la que tanto cariño tenía su madre, se arrastraba por la techumbre de paja y, luego, saltaba ligera al postigo, entreabierto, y se ponía a mover el rabo, aprestándose al

ataque. La paloma estaba inmóvil en el nido, de espaldas a la gata y, al parecer, no se daba cuenta del peligro. Sólo unos cuarenta centímetros la separaban de la muerte.

Razmiótnov echó a correr de puntillas y sacó el revólver de un tirón, conteniendo el aliento y sin apartar la vista de la gata, los ojos casi cerrados por la emoción. Y cuando el animal recoló unas pulgadas, moviendo convulsivamente las patas delanteras, restalló una detonación y el postigo osciló levemente. La paloma alzó el vuelo, y la gata, atravesada por una bala, se desplomó de cabeza, como un saco, al banco de tierra.

La madre de Andréi salió presurosa al oír el disparo.

—¿Dónde tenemos la pala, madre? —inquirió diligente Razmiótnov, como si no hubiera ocurrido nada, aunque, haciendo muecas de asco, sostenía por el rabo la gata muerta.

La anciana palmoteó indignada y se puso a llorar, gritando:

—¡Asesino maldito! No tienes compasión de nada vivo. A Makar y a ti lo mismo os da matar a una persona que a un gato. El caso es matar. Le habéis tomado el gusto, verdugos condenados, y la vida sin muertes es para vosotros tan insoportable como sin tabaco.

—Bueno, basta ya —la interrumpió adusto Andréi—. Ahora despídase de los gatos para siempre. Y no se meta con Makar ni conmigo. Tomamos muy a pecho que se nos pongan motes. Precisamente por compasión es por lo que atizamos sin marrar golpe a los bichos de dos o de cuatro patas que no dejan vivir a los demás. ¿Comprende usted, madre? Pues váyase dentro. Alborote en casa, pero, como presidente del Soviet, le prohíbo categóricamente alborotar e insultarme en el corral.

Ella estuvo una semana sin hablarle, y su silencio le vino al hijo de perlas: en aquella semana mató a tiros a todos los gatos y gatas de la vecindad y aseguró un largo respiro a sus palomas. Un día entró Davídov en el Soviet y le preguntó:

—¿Qué tiroteo es ese que armas en los alrededores? No hago más que oír disparos de revólver. ¿Para qué soliviantas a la gente? Si necesitas ejercitarte, vete a la estepa y dispara allí, pero lo que haces no está bien, Andréi, ¡eso es la pura verdad!

—Estoy despachando los gatos poquito a poco —respondió Razmiótnov sombrío —. No dejan vivir a nadie los malditos, ¿entiendes?

El otro enarcó atónito las cejas, descoloridas por el sol.

—¿Qué gatos?

—Todos. Jaspeados, negros o alistados. Lo mismo da. El que se me pone por delante, es mío.

A Davídov empezó a temblequearle el labio superior, primer síntoma de que luchaba a brazo partido con un irrefrenable acceso de hilaridad. Razmiótnov, que ya lo sabía, frunció el ceño y levantó la mano, previsor y asustado.

—No tengas prisa en reírte, marinerito. Entérate antes del motivo.

—¿Qué motivo? —preguntó Davídov haciendo visajes para contenerse, a punto de llorar de risa—. ¿No ha cumplido el plan la Dirección General de Peletería? ¿Va despacio el acopio de pieles y… has querido echarles una mano? ¿Sí? ¡Oh, Andréi, no puedo más!… Explícate en seguida o me voy a morir ahora mismo en tu despacho…

Davídov abatió la cabeza sobre los brazos, y sus anchos omoplatos se movieron estremecidos por la risa. Al verlo, Razmiótnov saltó como si le hubiese picado una avispa, y gritó:

—¡Tonto! ¡Campesino de pega! Mis palomas están empollando, pronto saldrán los pichones, y tú me vienes con que si «Dirección de Peletería» y «echarles una mano». ¡Puñetera la falta que me hace a mí esa oficina de pieles y pezuñas! Unas palomas han anidado en mi casa, y las protejo como es de ley. Y ahora, si quieres, puedes reírte hasta reventar.

Dispuesto a afrontar nuevas chuflas, Razmiótnov no esperaba la impresión que sus palabras causaron a Davídov, que, enjugándose los ojos, llenos de lágrimas, inquirió con viveza:

—¿Qué palomas? ¿De dónde las has sacado?

—Qué palomas, qué gatos, de dónde… ¿Qué diablos te pasa, Semión? —indignóse Razmiótnov—, ¿a qué vienes hoy con preguntas tan bobas? Pues palomas corrientes y molientes, con dos patas, dos alas, una cabeza y, en la otra punta, una cola cada una; las dos llevan traje de plumas, no tienen zapatos, y son tan pobres que hasta en invierno van descalzas. ¿Estás satisfecho?

—No es eso, pregunto si son de raza o no. Cuando era chico, también yo crié palomas, ¡eso es la pura verdad! Por eso me interesa saber de qué raza son: zoritas o buchonas, monjiles o torcaces. ¿Dónde las has conseguido?

Ahora el que sonreía era Razmiótnov, atusándose el bigote.

—Vinieron de un corral ajeno, de modo que son «corralizas». Y como se presentaron sin invitación, puede llamárseles también, por ejemplo, «arrimadas» o «intrusas», porque viven a costa mía y no se buscan el sustento… En una palabra, puede afiliarlas a cualquier raza, a la que más te agrade.

—¿De qué color son? —insistió, ya en serio, Davídov.

—Corriente, color de paloma.

—¿Es decir?

—Como una ciruela madura cuando aún no la ha tocado nadie, entre azules y grises.

—¡Aah, torcaces! —exclamó decepcionado Davídov. Pero en seguida se frotó jovialmente las manos—. Aunque hay algunas torcaces, hermanete, que son un portento. Debo verlas. Me interesa mucho, ¡la pura verdad!

—Ven cuando quieras, serás bien recibido.

Varios días después de esta conversación, un enjambre de chiquillos paró a Razmiótnov en la calle. El más atrevido, manteniéndose a prudente distancia, le preguntó con chillona vocecita:

—Tío Andréi, ¿es verdad que hace acopio de gatos?

—¿Quéee?

Andréi se fue hacia ellos amenazador.

Los chicuelos se esparcieron como una bandada de gorriones, pero al instante volvieron a juntarse.

—¿Quién os ha dicho lo de los gatos? —les apremió Razmiótnov, con mal reprimida indignación.

Los chicos, silenciosos y cabizbajos, mirábanse a hurtadillas y trazaban con los pies descalzos líneas caprichosas en el frío polvo, que, por primera vez, tras el invierno, cubría el camino.

Por fin, el chico que había roto el fuego se hizo el ánimo. Escondiendo la cabeza entre sus finos hombros, gorjeó:

—Mi madre dice que los mata usted a tiros.

—Los mato, sí, pero no hago acopio; son dos cosas diferentes, querido.

—Pues ella lo dijo: «Nuestro presidente los mata como si estuviese haciendo acopio. Ya podía matar al nuestro también, que nos está dejando sin palomas».

—Hijito, eso es completamente distinto —exclamó Razmiótnov con visible animación—. ¿De modo que vuestro gato se zampa las palomas? ¿De quién eres tú, mozo? ¿Cómo te llamas?

—Mi padre es Eroféi Vasílich Chebakov, y yo me llamo Timoshka.

—Anda, Timoshka, llévame a tu casa. Ahora mismo vamos a zumbarle a tu morrongo, máxime cuando es tu madre misma quien lo desea.

El noble propósito de salvar a las palomas de los Chebakov no reportó a Razmiótnov ni éxito ni nuevos lauros. Antes al contrario… En compañía de un tropel de chiquillos que parloteaban a más y mejor, se encaminó sin apresurarse a casa de Eroféi Chebakov. No tenía ni la más remota noción de que allí le aguardaba una gran contrariedad. Apenas hubo doblado la esquina de la calleja, arrastrando las suelas con cuidado, pues temía pisar el piececillo desnudo de alguno de su tropel de acompañantes, una vieja salió a la terracilla de la casa de Chebakov. Era la madre de Eroféi.

Alta, gruesa, majestuosa, se plantó, con cara de pocos amigos, frente a la comitiva, apretando contra su pecho un gatazo rojizo, hinchado de tanto comer.

—Salud, abuela —dijo amable Razmiótnov por respeto a su edad, dándose un toquecito en el alto gorro gris.

—Dios nos la conserve. ¿Qué te trae por aquí, atamán del caserío? Habla —contestóle la vieja, con hombruno vozarron.

—Pues vengo por lo del gato. Los chicos dicen que mata los pichones. Dámelo y ahora mismo le organizo el proceso a ese criminal. Así lo haremos constar: «La sentencia es definitiva e inapelable».

—¿Con qué derecho? ¿Ha salido alguna ley del Poder soviético para matar a los gatos?

Razmiótnov sonrió:

—¿Para qué diablos te hace falta una ley? Puesto que el gato hace tales desaguisados, puesto que es un bandido y un exterminador de aves, hay que condenarle a la última pena, y sanseacabó. Para los bandidos sólo tenemos una ley: «guiándose por la conciencia jurídica revolucionaria», y ¡basta! Nada, no hay que darle muchas vueltas al asunto, trae aquí el gato, abuela, que le diré unas palabritas…

—¿Quién nos va a cazar los ratones en el granero? ¿A lo mejor te contratamos a ti para ese cargo?

—Ya tengo un cargo, pero tú, para entretenerte, podías dedicarte a cazar ratones, en vez de perder el tiempo rezándole a Dios y doblando el espinazo ante los iconos.

—Eres joven para enseñarme qué debo hacer —alborotó la vieja—. ¿Cómo habrán elegido nuestros cosacos para presidente a un tiñoso como tú? ¿No sabes que en los viejos tiempos no hubo en el caserío ningún atamán que pudiese taparme la boca ni meterme en cintura? Y a ti te voy a echar de mi corral tan deprisa, que sólo te darás cuenta cuando ya estés en la calleja.

A la tonante voz de la vieja salió de debajo del granero un perrillo barcino y prorrumpió en ladridos ensordecedores. Razmiótnov, plantado ante la terracilla, liaba con toda pachorra un cigarrillo, cuyas dimensiones —una buena cuarta de largo y grueso como el dedo índice— no denotaba premura por despejar el campo. Lo destinaba a una prolija conversación. Pero las cosas no tomaron ese derrotero…

Circunspecto y calmoso, Razmiótnov manifestó:

—Llevas razón, abuela. Los cosacos me eligieron presidente porque son tontos. Por algo se dice: «La mollera la tiene el cosaco en la trasera». Tampoco yo tuve mucho seso cuando acepté semejante engorro… Pero no te aflijas. Pronto dimitiré.

—Ya era hora.

—Eso mismo digo yo, pero, de momento, abuela, despídete del gato y ponlo en mis presidenciales manos.

—Ya has fusilado a todos los del caserío. Dentro de nada habrá tantos ratones, que nos roerán las uñas por la noche. Y a ti, el primero.

—Ni hablar —replicó enérgico Razmiótnov—. Las tengo tan duras, que incluso tu gozquecillo se rompería los dientes. Bueno, y venga el gato, que no tengo tiempo para estarme aquí regateando contigo. Bendícelo y dámelo por las buenas, de mano a mano.

Con los dedos sarmentosos y azafranados de la mano derecha, la vieja formó una

higa imponente, y con la izquierda oprimió al gato contra su pecho con tal vehemencia, que el animal maulló como si lo degollaran y se puso a arañar a su ama y a bufar rabiosamente. Los chicuelos, que se mantenían apiñados detrás de Razmiótnov, dejaron escapar unas risitas malignas. Sus simpatías, sin duda alguna, estaban con Andréi. Pero se callaron como por encanto cuando la vieja, después de tranquilizar al enfurecido felino, vociferó:

—¡Largo de aquí ahora mismo, espíritu del mal, hereje maldito! ¡Márchate por las buenas, si no quieres cobrar!

Razmiótnov pasó lenta y concienzudamente la punta de la lengua por el borde del áspero papel de periódico, para pegar su cigarro, al tiempo que, malicioso, miraba de reojo a la belicosa vieja y sonreía con desenfado. Hemos de confesar que le proporcionaban gran satisfacción e incluso le deleitaban las trifulcas verbales con todas las viejas del caserío, excepto con su madre. A pesar de su edad, todavía fermentaba en él la travesura propia de los jóvenes cosacos, una chispa jovial un tanto bastota que conservaba, por extraño que pudiera parecer, contra viento y marea. También esta vez fue fiel a su mala costumbre. Después de encender el cigarro y de dar dos chupadas seguidas, dijo afable y como contento:

—¡Qué vocecita más preciosa tienes, abuela Ignátievna! No me cansaría jamás de escuchada. Sería capaz de no comer ni beber con tal de lograr que gritases de la mañana a la noche… ¡No hay quien le ponga un pero, es una voz estupenda! Gruesa, retumbante, vamos, como la del antiguo diácono de la*stanitsa* o como la de «Tsvietok», un potro que tenemos en el koljós. Desde hoy, no te llamo más «abuela Ignátievna», sino «abuela Tsvietok». Y vamos a convenir lo siguiente: Cuando haga falta convocar una asamblea, sales a la plaza y sueltas dos berridos a voz en cuello. Por ese servicio, el koljós te pagará dos*trudodiéns*…

No le dio tiempo a terminar la frase. Llena de furor, la vieja agarró al gato por el pescuezo y lo lanzó con fuerza y mañas de hombre. Razmiótnov se apartó, asustado, de un salto. El gato, muy extendidas las cuatro zarpas, dándole vueltas los ojos verdosos, pasó volando junto a él con un desgarrador aullido, aterrizó elástico y, recto el enorme rabo, como si fuese una zorra, escapó velozmente al huerto. El perrillo, chillando histérico y sacudiendo las orejas, se lanzó tras él. Los chicos le siguieron entre desaforados alaridos… El gato saltó la empalizada como impulsado por el viento; el perrillo, incapaz de remontar tan tremendo obstáculo, dio un rodeo a toda velocidad, en busca de la brecha que usaba para tales casos, pero la chiquillería se encaramó toda a una a la vetusta cerca y la derrumbó en el acto, con un crujir de maderas.

El gato fulguraba como un rayo rojizo por entre las ringeleras de pepinos, tomates y coles. Razmiótnov, exultante, se agachaba, se palmoteaba las rodillas, gritaba:

—¡Agarradlo! ¡Que se escapa! ¡Sujetadlo bien, que conozco sus tretas!

Cuál no sería su asombro cuando, al volverse casualmente hacia la terracilla, vio que la abuela Ignátievna, sujetándose con ambas manos el opulento y alborotado pecho, reía a carcajadas, sin poder detenerse. La vieja estuvo largo rato frotándose los ojos con los picos del pañuelo que llevaba a la cabeza y luego, estremeciéndose aún de risa, dijo con voz sorda:

—¡Andréi Razmiótnov! Los daños me los pagareis, tú o el Soviet, lo mismo da. Esta tarde haré la cuenta de todo lo que han pisoteado los bandoleros que venían contigo y tendrás que aflojar la bolsa.

Andréi se acercó a la terracilla y, con ojos implorantes, miró desde abajo a la anciana.

—Abuela, te pagaré hasta el último kopek, de mi sueldo de presidente o de lo que en otoño recojamos en nuestro huerto. Pero tú dame los pichones a los que dejó huérfanos el gato. Los míos van a tener prole, y con la pareja que tú me des, tendré ya un palomar de verdad.

—Llévatelos, por el amor de Dios, todos si quieres. Lo único que saco de ellos es que roban a mis gallinas y las dejan sin comer.

Volviéndose hacia el huerto, Razmiótnov gritó:

—¡Muchachos! ¡En retirada!

Diez minutos más tarde regresaba a su casa, pero no por las callejas del pueblo, sino por abajo, por la senda del río, para no llamar la atención de las fisgonas comadres de Gremiachi Lag… Soplaba un Norte fresco, incluso frío. Razmiótnov metió en el gorro de piel la pareja de pichones, tibios, de pesado buche, los tapó con los bajos del chaquetón guateado y, lanzando furtivas miradas en derredor, sonrió azorado. El viento, el frío viento del Norte, agitaba su entrecano mechón.

Capítulo XXII

Dos días antes de que se reuniera la célula de Gremiachi Lag, seis koljosianas se presentaron en casa de Nagúlnov. Era muy de mañana y les daba reparo entrar en tropel. Se sentaron con mucha parsimonia en los peldaños de la terracilla y en el banco de tierra pegado a la casa, y la mujer de Kondrat Maidánnikov, componiéndose su limpio pañuelo, con un espeso viso de azulete, preguntó:

—¿Qué, entro yo a verlo, comadres?

—Entra tú, ya que te ofreces a ello —repuso por todas la mujer de Agafón Dubtsov, sentada en el escalón más bajo.

Makar se estaba afeitando en su reducida habitación, sentado incómodamente ante un pedazuelo de espejo apoyado en una maceta. La navaja, vieja y roma, iba limpiando la negra y dura pelambre de sus atezadas mejillas, emitiendo sonidos que parecían descargas eléctricas, mientras él hacía visajes de dolor, carraspeaba y a veces producía sordos bramidos, enjugándose de vez en cuando con la manga de la camiseta las lágrimas que asomaban a sus ojos. Se las había ingeniado para darse varios cortes, y la clara espuma de jabón que cubría sus mejillas ya no era blanca, sino de un color rosa más o menos subido. El rostro de Makar, reflejado en el turbio espejillo, iba expresando sentimientos cambiantes: tan pronto ciega sumisión al destino, como un dolor reprimido o furiosa exasperación; a veces, su desesperado gesto recordaba el de un hombre dispuesto a quitarse la vida, a toda costa, con una navaja barbera.

Al entrar, la mujer de Maidánnikov saludó quedamente. Makar volvió hacia ella con rapidez su ensangrentado rostro ceñudo y crispado de dolor; la pobre mujer, asustada, lanzó un grito y retrocedió hacia el umbral:

—¡Huy, el Señor sea contigo! ¿Cómo te has puesto así? Ve al menos a lavarte, que echas sangre como un gorrino degollado.

—No te asustes, tonta del diablo, siéntate —la saludó Makar, sonriendo afable—. Es que la navaja se ha embotado, y por eso me he metido unos cortes. Debí haberla tirado hace tiempo, pero me da lástima: estoy acostumbrado a torturarme con la maldita. Ha hecho conmigo dos guerras, lleva quince años poniéndome bonito, ¿cómo voy a separarme de ella? Pero tú siéntate, en un instante me avío.

—¿Dices que se ha embotado? —preguntó la mujer, por no estar callada, y se sentó cohibida en el banco, esforzándose por no mirar a Makar.

—¡Algo de miedo! Como la punta de… —a Makar se le atragantó la palabra, tosió dos veces y concluyó atropelladamente—. Es como para vendarse los ojos y raparse a ciegas. Pero tú ¿a qué has venido tan de mañana? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Se ha quedado paralítico Kondrat?

—No, está sano. No he venido sola, somos seis mujeres las que queremos verte.

—¿Para qué?

—Pasado mañana vas a dar ingreso en el Partido a nuestros maridos, y nosotros querríamos arreglar la escuela para ese día.

—¿Se os ha ocurrido a vosotras mismas o son ellos quienes os lo han dado a entender?

—¿Es que nosotras no tenemos nuestro meollo o qué? En poco nos tienes, camarada Nagúlnov.

—Si se os ha ocurrido a vosotras, de primera.

—Queremos revocarla y enjalbegarla por dentro y por fuera.

—Muy buena idea. La apruebo plenamente, pero tened en cuenta que no os apuntaremos *trudodiéns*por esto. Es trabajo social.

—¿Quién habla de *trudodiéns*, si lo hacemos por nuestro gusto? Lo único, dile al jefe de la brigada que no nos mande a otro trabajo. Somos seis, apunta los apellidos en un papel.

—Se lo diré, pero no tengo que escribir nada; sin vosotras, sobra burocratismo y papeleo.

La mujer se puso en pie, miró de soslayo a Makar, sonriendo levemente, y dijo:

—Mi marido es tan raro o más que tú… Me han dicho que ahora cada día se afeita en el campo, y cuando viene a casa se prueba todas sus camisas. Sólo tiene tres, y no hace más que darles vueltas; se pone una, luego otra, y no sabe cuál será mejor para ingresar en el Partido el domingo… Yo le digo en broma: «Pareces una moza en vísperas de la boda». No quieras saber cómo se enfada, pero lo disimula; sólo que a veces, cuando me pongo a burlarme de él, arruga los ojos, y como ya sé que va a liarse a soltar ajos, me marcho corriendo, porque no quiero sacarle de quicio…

Makar sonrió, y su mirada se hizo más dulce.

—Para tu marido, amiga, eso es más importante que el casarse para una moza. Una boda es cosa corriente. Te echan las bendiciones y a casita, que llueve, como suele decirse. Pero el Partido, ése es otro cantar… Cómo decírtelo, un cantar… Tú no entenderías ni pizca en estas discusiones y conceptos del Partido: nadarías en ellos como una cucaracha en un plato de sopa. ¿Para qué voy a estar hablando contigo sin ton ni son, gastando saliva en balde? En resumidas cuentas, el Partido es una gran cosa, ésta es mi última palabra. ¿Está claro?

—Lo está, Makar, pero no te olvides de decir que nos traigan unas diez carretadas de arcilla.

—Lo diré.

—Y cal para blanquear las paredes.

—Lo diré.

—Y un par de caballos y unos chicos para amasar la arcilla.

—¿Y no quieres, además, que haga venir de Rostov unos diez estuquistas? —

preguntó sarcástico Makar, apartando de su rostro la navaja y volviéndose hacia la mujer sin mover la cabeza, como hacen los lobos.

—Nosotras mismas enluciremos las paredes, pero danos los caballos, pues sin ellos no podremos terminar para el domingo.

Makar suspiró:

—Cómo sabéis las mujeres montaros a caballo de la buena gente… Bueno, os daremos las bestias, pondremos todo a vuestra disposición, pero márchate, por Dios te lo pido. Por culpa tuya me he dado otros dos tajos. Dos minutos más de conversación contigo, y no me quedará sitio sano. ¿Está claro?

La voz varonil de Makar sonaba con acento tan implorante, que la mujer dio rápidamente media vuelta, dijo «Adiós» y salió. Pero al instante volvió a entreabrir la puerta:

—Perdona, Makar…

—¿Qué más quieres? —la voz de Makar expresaba ya franco enojo.

—Me había olvidado de darte las gracias.

La puerta se cerró ruidosa. Makar soltó un respingo y volvió a clavarse muy hondo la navaja.

—A ti, mejor dicho, a vosotras es a quien hay que daros las gracias, tonta del diablo, ¿por qué a mí? —gritó como si ella pudiese oírle, y se estuvo riendo largo rato para sus adentros.

Este pequeño detalle alegró tanto a Makar, por lo común tan adusto, que, recordando la visita de la mujer de Kondrat y sus «gracias», dadas tan a despropósito, se estuvo sonriendo hasta la noche.

Los días eran espléndidos, soleados y calmosos. El sábado por la tarde, los muros de la escuela resplandecían, irreprochablemente enjalbegados, y en el interior, el piso, fregado y restregado luego con polvo de ladrillo, aparecía tan impecablemente limpio, que todos, al entrar, se sentían movidos a andar de puntillas.

La reunión abierta del Partido había sido fijada para las seis de la tarde, pero a las cuatro se habían ya congregado en la escuela más de ciento cincuenta personas. Aunque ventanas y puertas estaban abiertas de par en par, en seguida se expandió por todas las aulas un amargo y penetrante olor a tabacazo, a sudor varonil, fuerte como el aguardiente, y a pomadas y jabones baratos de las mozas y mujeres que, vestidas de fiesta, conversaban en apiñado grupo.

Era la primera vez que en Gremiachi Log se celebraba una reunión abierta del Partido para dar ingreso a nuevos militantes. Además, se trataba de convecinos; por eso, a las seis, todo el caserío, excepto los niños y los enfermos que guardaban cama, se hallaba en la escuela o junto a ella. En la estepa, en los campamentos, no había quedado un alma. Todos se presentaron en el caserío, y hasta el abuelo Aguéi dejó el rebaño al cuidado del zagal y acudió a la escuela, después de cambiarse de ropa, bien

peinada la barba, con sus viejas y gastadas botas de combada caña. Era tan desusado su aspecto, con las botas, pulcramente vestido, sin látigo ni zurrón, que muchos de los cosacos viejos no le reconocieron a primera vista y le saludaron como a un desconocido.

A las seis en punto, Makar Nagúlnov se levantó, tras la mesa cubierta de satén rojo, y recorrió con la mirada las compactas filas de koljosianos, hacinados en los pupitres o de pie en los pasillos. Seguía oyéndose el sordo rumor de las voces y la risa chillona de una mujer sentada en la última fila. Makar levantó la mano:

—Bueno, calmaos un poco los más gritones, y sobre todo las mujeres. Ruego observar todo el silencio que se pueda y declaro abierta la reunión de la célula de Gremiachi Log del Partido Comunista Bolchevique de la Unión Soviética. Tiene la palabra el camarada Nagúlnov, es decir, yo. El orden del día comprende un solo punto: el ingreso en el Partido de nuevos militantes. Hemos recibido varias solicitudes, entre ellas las de nuestro convecino Kondrat Maidánnikov, al que todos conocéis como si lo hubierais parido. Pero el reglamento y los Estatutos del Partido exigen que cada caso sea examinado. Ruego a todos, tanto a los del Partido como a los demás camaradas y a los ciudadanos en general, que den su opinión sobre Kondrat, diciendo cada uno lo que piense, hablando en su favor o, tal vez, en contra. Las opiniones contrarias se llaman recusación. Supongamos que alguien dice: «Yo recuso al camarada Maidánnikov»; pues en el acto tiene que aportar hechos demostrando por qué no es digno de estar en el Partido. Pero hechos graves, los únicos que podemos tomar en consideración, porque no está bien hablar por hablar, chismorrear de una persona sin fundamento. No haremos ni caso de esas habladurías. Pero dejadme que os lea primero la breve solicitud de Kondrat Maidánnikov, después él os contará su biografía, es decir, hablará de su vida pasada y presente y de lo que piensa hacer en el futuro, y luego que cada cual suelte lo que le venga en gana acerca de nuestro camarada Maidánnikov. Está claro, ¿verdad? Paso, pues, a obrar en consecuencia, es decir, a leer la solicitud.

Nagúlnov la leyó, alisó la hoja de papel sobre la mesa y puso encima su larga y pesada manaza. ¡La de noches en vela y las dolorosas cavilaciones que le había costado a Kondrat aquella hoja arrancada de un cuaderno!… Y ahora, al mirar de vez en cuando con una timidez inusitada en él a los comunistas que presidían la reunión o a sus vecinos de pupitre, se emocionaba tanto, que por su frente rodaban gruesas gotas de sudor y su rostro parecía como salpicado por la lluvia.

Contó su vida en pocas palabras, halladas con dificultad, haciendo largas pausas, frunciendo el ceño, impresa en los labios una sonrisa forzada, dolorosa. Liubishkin no pudo contenerse y exclamó:

—¿Por qué has de avergonzarte de tu vida? ¿Por qué te sientes como caballo trabado? ¡Venga, Kondrat, no te apoques, tu vida es honrada!

—Lo he dicho todo —contestó en voz baja Maidánnikov sentándose y estremeciéndose como si hiciera frío.

Sentíase Kondrat como si hubiese salido, sin abrigarse, de una casa caliente a la calle en pleno invierno…

Tras breve silencio se levantó Davídov. Habló poco, pero con calor, de Maidánnikov, diciendo que con su trabajo estimulaba a los demás koljosianos, lo puso como ejemplo y acabó afirmando convencido:

—Es plenamente digno de estar en las filas de nuestro Partido, ¡eso es la pura verdad!

Otros hablaron también con afecto y simpatía de Maidánnikov. Con frecuencia les interrumpían gritos de aprobación:

—¡Bien dicho!

—¡Es muy hacendoso!

—Sabe guardar los intereses del koljós.

—Ese no tirará por la ventana ni un kopek del koljós, y si lo tira, recogerá dos.

—¡Aunque alguien mintiese, hablando mal de él, nadie lo creería!

Kondrat, pálido de emoción, escuchó muchas palabras halagüeñas, y la opinión de los reunidos parecía unánime. Pero, de pronto, se levantó de un brinco el abuelo Schukar y comenzó:

—¡Queridos ciudadanos y viejas! Yo *ricurso* de plano a Kondrat. Yo no soy como otros, para mí la amistad es la amistad, pero que cada cual fume su tabaco. Así soy yo. Aquí se ha pintado a Kondrat con unos colores, que más bien parece un santo varón que un hombre. Y yo os pregunto, ciudadanos: ¿Cómo puede salir de él un santo, si es tan pecador como nosotros, los demás mortales?

—Está liando las cosas, abuelo, como siempre. No es en el paraíso donde vamos a admitirle, sino en el Partido —le corrigió Nagúlnov sin perder todavía la compostura.

Pero el abuelo Schukar no era de los que se callan o conturban a la primera réplica. Se volvió hacia Nagúlnov, centelleante de rabia un ojo, pues tenía el otro tapado con un pañuelo rojo muy sucio.

—¡No eres tú nadie, Makárushka, apretando a la gente! Servirías para prensa de almazara, para estrujar girasol y sacar aceite… ¿Por qué me tapas la boca y no me dejas hablar? No estoy hablando de ti, no es a ti a quien *ricurso*. Más vale que te calles, porque el Partido dice que hay que cultivar con todas las fuerzas la crítica y la autocrítica. ¿Y qué es la autocrítica? Hablando en plata, es criticar según a uno se le antoja. ¿Y qué quiere decir esto? Pues que se debe pellizcar a la gente como y donde se quiera, con tal de que le duela sin falta. ¡Pellízcale al hijo de perra hasta que un sudor salado le empape de la cabeza a los pies! Así es como entiendo yo lo que significa la palabra autocrítica.

—¡Alto, abuelo! —le cortó resuelto Nagúlnov—. No trabuques las palabras a tu

antojo. Autocrítica significa criticarse a sí mismo, para que te enteres. Cuando intervengas en la asamblea del koljós, entonces date los pellizcos que te parezca y donde quieras, pero ahora cálmate y estate tranquilo.

—¡Tú eres quien debe calmarse y no me metas en el buche mi crítica! —chilló el abuelo, enfurruñado, con voz de falsete—. ¡Qué listo eres, Makárushka! ¿Por qué regla de tres voy a decir nada contra mí? ¿A santo de qué voy a hablar mal de mí mismo? Los tontos han desaparecido desde que vino el Poder soviético… Bueno, han desaparecido los que había, pero han nacido tantos nuevos que resulta imposible contados. Tampoco ahora los siembran, pero crecen en todas partes, como simiente que lleva el viento, y no hay límites a esta cosecha. Tú, por ejemplo, Makárushka…

—A mí déjame en paz, aquí no se trata de mí —replicó adusto Nagúlnov—. ¡Al grano! Habla de Kondrat Maidánnikov, y si no tienes nada que decir, cállate y estate tranquilo como las personas decentes.

—¿De manera que tú eres decente, y yo no? —preguntó triste el abuelo Schukar.

Desde las últimas filas terció una voz de bajo:

—Mejor harías, viejo decente, si hablaras de ti, si contaras a quién le has hecho un hijo a tus años y por qué tienes un ojo sano y el otro a la funerala. A los demás les pones de vuelta y media, alborotando como un gallo subido a una cerca, pero de ti no dices nada, so granuja.

En la escuela retumbaron sonoras carcajadas, pero se extinguieron en cuanto se levantó Davídov. Sombrío el rostro, dijo con voz indignada:

—Esto, camaradas, no es un espectáculo de risa, sino una reunión del Partido, ¡eso es la pura verdad! El que quiera divertirse, que se vaya de tertulia. Y usted, abuelo, ¿va a hablar de lo que estamos tratando aquí o desea seguir de chanza?

Era la primera vez que Davídov le trataba con tan apabullante cortesía, y ello, por lo visto, acabó de sacar de quicio al abuelo Schukar. Dio un salto tras el pupitre, como un gallo joven antes de lanzarse al ataque, y hasta la barbita se le estremeció de furia.

—¿Quién está aquí de chanza? ¿Yo o ese idiota, de la última fila que me hace preguntas estúpidas? ¿Qué reunión abierta es ésta, si no le dejáis a uno decir palabra abiertamente? ¿Por quién me habéis tomado? ¿Es que no tengo derecho a voto? Yo os hablo del caso de Kondrat, os digo que lo *ricurso*.Gentes así no nos hacen falta en el Partido, eso es todo lo que quería decir.

—¿Por qué, abuelo? —preguntó Razmiótnov, ahogándose de risa.

—Porque no es *ditno* de estar en el Partido. ¿De qué te ríes, ojiblanco? ¿Es que has encontrado un botón en el suelo y te regocijas pensando que para algo te servirá? Si no comprendes por qué Kondrat no es *ditno* para el Partido, te lo aclararé categóricamente y dejarás de sonreír como un caballo a la vista de la avena… Os ponéis a dar lecciones a los demás, pero ¿y vosotros? Tú, presidente del Soviet,

persona importante, de quien deben tomar ejemplo viejos y jóvenes, ¿cómo te portas? Te hinchas de reír en la reunión como un tonto, y te amoratas como un pavo. ¡Vaya un presidente! ¿A quién se le ocurre reírse cuando se está meciendo en la balanza la suerte de Kondrat? Piensa a ver quién de los dos es más serio, tú o yo. Es una pena, mozo, que Makárushka me haya prohibido mezclar en la conversación las palabras extranjeras que he aprendido de memoria en su *dicionario*, pues te dispararía una andanada, que ni en toda tu vida serías capaz de entender lo que te decía. Estoy contra el ingreso de Kondrat en el Partido porque es un pequeño propietario y de él no sacaréis más, aunque lo estrujéis con una prensa. Saldrá una torta de orujo, como se dice en términos científicos, pero ¿un comunista? por nada del mundo.

—¿Por qué, abuelo, no saldrá de mí un comunista? —preguntó Kondrat ofendido, con voz temblorosa.

Schukar entornó malicioso el ojo:

—¿Es que no lo sabes?

—Pues no lo sé, explícanos como es debido a mí y a los demás ciudadanos por qué no soy digno. Pero no digas más que la pura verdad, sin ninguno de tus cuentos.

—¿He mentido yo alguna vez? ¿O he inventado, por ejemplo, algún cuento? —Schukar lanzó un suspiro que se oyó en toda la escuela, y meneó la cabeza afligido—. Toda mi vida he dicho la pura verdad en la cara a la gente, y por eso, Kondrátushka, soy para algunos de este mundo un *ilimento* poco grato. Tu difunto padre solía decir: «Si Schukar miente, ¿quién dice la verdad entonces?» Ya ves cuánto me estimaba el difunto. Lástima que se murió, si no confirmaría ahora sus palabras, ¡que Dios le tenga en la gloria!

Schukar se santiguó y quiso soltar unas lagrimitas, pero lo pensó mejor.

—Tú habla de mí, que mi padre no tiene nada que ver con esto. ¿Qué me reprochas? —insistió Maidánnikov.

El rumor de desaprobación que, a juzgar por algunas exclamaciones, suscitaba precisamente su persona, no inmutó lo más mínimo al abuelo. Como experto apicultor, acostumbrado al zumbido de la colmena cuando se la sobresalta, conservó toda su grave serenidad. Haciendo un suave ademán para que la gente se tranquilizase, dijo:

—Ahora mismo voy a decirlo tal como es. Y vosotros, ciudadanos y queridas viejas, guardaos el ruido, porque no conseguiréis desviarme del cauce de mi pensamiento. Aquí detrás alguien ha dicho cuchicheando, silbando como una serpiente: «Cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo…», y otras porquerías contra mí. Pero yo sé de quién era ese silbido de culebra. Queridos ciudadanos y viejas, era Agafón Dubtsov el que me silbaba como una terrible sierpe del *enfierno*. Quiere aturrullarme, para que se me vaya de la cabeza lo que pienso y no diga nada de él. Pero que no lo espere, ha pinchado en hueso. Agafón también quiere colarse en

el Partido, como la culebra en la fresquera, para hincharse de leche, pero ahora le voy a dar un *ricurso* más fuerte que a Kondrat; sé de él unas cosas que os quedaréis boquiabiertos cuando las conozcáis, y es posible que a alguno le dé un patatús.

Nagúlnov golpeó con el lápiz en un vaso vacío, y dijo malhumorado:

—¡Acaba de una vez, viejo, que ya te has enredado en tus confusos pensamientos! Tú solo ocupas todo el tiempo de la reunión, hay que tener un poco de vergüenza.

—¿Otra vez me tapas la boca, Makárushka? —chilló el abuelo Schukar con voz lloriqueante—. ¿Piensas que por ser el *secletario* de la célula puedes taparme la boca? ¡Narices! En los Estatutos del Partido no hay ningún punto que prohíba hablar a los viejos, lo sé de buena tinta. ¿Cómo te has atrevido a decirme que no tengo vergüenza? Más te valdría haberle enseñado una poca a tu Lushka, antes de que te dejase plantado y se fuese a otras tierras; a mí ni siquiera mi vieja me ha llamado nunca sinvergüenza. Me has ofendido, Makárushka, a más no poder.

Schukar acabó vertiendo la deseada lágrima y se secó el ojo con la manga de la camisa, pero prosiguió con el mismo arrebato:

—Yo no me callo ante nadie, y en la reunión cerrada del Partido ya te ajustaré también a ti las cuentas, Makárushka; no te escaparás, no me conoces bien todavía. Cuando me sacan de mis casillas, no temo nada; eso tú debes saberlo y comprenderlo mejor que nadie, pues somos amigos noturnos, todo el caserío lo sabe. Y viejos amigos, así que ten mucho cuidado conmigo y con mi crítica y autocrítica. No le doy cuartel a nadie, así que tenedlo en cuenta los que queréis ensuciar el Partido.

Enarcando la ceja izquierda, Nagúlnov se volvió hacia Davídov y le dijo al oído:

—¿Le echamos? Este se carga la reunión. ¿Cómo no se te ocurrió mandarlo hoy a algún sitio? Cuando al viejo le pica la mosca, no hay quien lo pare…

Pero Davídov se tapaba la cara con un periódico y con la mano derecha se enjugaba las lágrimas. La risa no le dejaba pronunciar palabra y no hacía más que denegar con la cabeza. Nagúlnov, muy contrariado, se encogió de hombros y volvió a fulminar con la mirada al abuelo Schukar, que seguía, tan campante, prodigando las palabras:

—Ya que estamos en una reunión abierta, debes decirnos también abiertamente, Kondrat, si lloraste cuando ibas a entregar tu yunta de bueyes para ingresar en el koljós.

—Eso no viene a cuento —gritó Diomka Ushakov.

—¡Sandeces! ¿Para qué traes aquí esas pijoterías? —le apoyó Ustín Rikalin.

—No, no son sandeces, no son pijoterías, lo que yo pregunto sí que viene a cuento. Y vosotros, bienhechores, a callar —chilló Schukar, colorado como un tomate, esforzándose por dominar el griterío.

Cuando se hizo el silencio, añadió con voz suave e insinuante:

—Es posible que tú no te acuerdes, Kondrátushka, pero yo recuerdo perfectamente cómo llevaste por la mañana los bueyes al patio del koljós, con unos ojos como puños, rojos como los de un conejo o los de un perro viejo adormilado. Contesta, como si estuvieras confesándote: ¿fue así o no?

Maidánnikov se puso en pie, se estiró la camisa todo confuso, miró fugazmente al abuelo Schukar con ojos turbios, pero contestó con reposada firmeza:

—Así fue. No lo oculto, lloré. Me daba lástima deshacerme de ellos. Esos bueyes no los había heredado, los conseguí con mi propio sudor, a fuerza de doblar el espinazo. No me fue fácil hacerme con ellos. Pero eso ya pasó, abuelo. ¿Qué puede haber de malo para el Partido en aquellas lágrimas mías?

—¿Cómo? ¿Qué puede haber de malo? —indignóse Schukar—. ¿A dónde ibas con tus bueyes? Al*sucilismo*, amigo. ¿Y después, qué vendrá? El pleno comunismo, eso es lo que vendrá, para que lo sepas. Puede decirse que no salgo de casa de Makárushka Nagúlnov; todos los que estáis aquí sentados sabéis que somos grandes amigos, que saco de él, a manos llenas, conocimientos de toda clase, por las noches suelo leer unos libraco s gordos, seriotes, sin estampas, y un *dicionario*, afanándome por aprender palabras sabias, pero mi vejez, ¡maldita sea!, me juega malas pasadas. Tengo una memoria como unos pantalones con los bolsillos agujereados: cualquier cosa que metes, se cae, y listo. Pero si me toca algún folleto delgado, no lo suelto. Me acuerdo de todo. Ya veis cómo soy cuando me destapo y me pongo a leer esto y lo de más allá. He leído un montón de folletos y puedo discutir con quien sea hasta que canten los gallos, pues sé exactamente que después del *sucilismo* vendrá el comunismo, os lo digo categóricamente. Y aquí no puedo vencer las dudas, Kondrátushka… En el *sucilismo* has entrado bañado en lágrimas, ¿cómo te presentarás en el comunismo? Anegado en lágrimas hasta la rodilla, como hay Dios. Así te ocurrirá, me parece estar viéndolo. Y yo os pregunto, ciudadanos y queridas viejas, ¿qué falta hace en el Partido un lloricón así?

El abuelo emitió una risita alegre y se tapó con la mano la desdentada boca.

—Me revienta insoportablemente la gente seria, y en el Partido más todavía. ¿Para qué carajo hacen falta esos nubarrones? ¿Para amurriar a las buenas gentes y trabucar y estropear con su solo aspecto los Estatutos del Partido? En ese caso yo os pregunto: ¿por qué no admitís en el Partido a Demid el Callado? El sí que traería un aburrimiento mortal a vuestras filas. En mi vida he visto hombre más serio. A mi entender, hay que admitir en el Partido a gente alegre, llena de vida, como yo, por ejemplo, pero sólo reclutan a tíos serios, estirados, ¿y qué provecho se saca de ellos? Tomemos, por ejemplo, a Makárushka. Desde el año dieciocho, en que se puso estirado como si se hubiese tragado el molinillo, sigue tan serio, tan tieso, tan encopetado, como la grulla en el pantano. No le oiréis ni una broma, ni una palabra alegre, es el aburrimiento en calzoncillos, y nada más.

—¡Abuelo, déjame en paz y no te metas conmigo, si no quieres que tome medidas! —advirtió riguroso Nagúlnov.

Pero el viejo, sonriendo beatíficamente, incapaz de sobreponerse a la comezón oratoria, continuó con ardor:

—Contigo no me meto ni pizca. Volviendo a lo de Kondrat —quien lo quiera que cargue con él—, no da un paso sin su lápiz: todo lo anota y lo cuenta, como si fuera el único para hacerlo. No sé para qué se devana los sesos, cuando en Moscú seguro que hay gente inteligente que hace tiempo ha copiado y recopiado todo en limpio. Lo suyo es cuidar de los bueyes, pero el muy tonto quiere colarse donde aspira a estar la gente muy culta en Moscú… A mi modo de ver, ciudadanos y queridas viejecitas mías, esto lo hace por su tremenda *encociencia* de entendederas. Nuestro Kondrat aún no tiene desarrollo político, y si no lo tienes, si no lo has alcanzado, más vale que te quedes en casa; desarróllate poco a poco, sin prisas, y no te metas aún en el Partido. Aunque Kondrat reviente de rabia, estoy categóricamente contra él y le doy un *ricurso* total.

En esto, Davídov oyó en el aula contigua la vocecita trémula de Varia Jarlámova. Hacía tiempo que no la veía, que no escuchaba su adorable soprano…

—¿Me permiten unas palabras?

—Sal aquí, que todos te vean —propuso Nagúlnov.

Abriéndose paso resuelta entre la densa muchedumbre, Varia se acercó a la mesa y se arregló el pelo en la nuca con un toque de sus manos morenas.

Davídov la miró con recatado asombro y sonrió, sin poder dar crédito a sus ojos. ¡Cómo había cambiado en unos meses! Ya no era una adolescente angulosa, sino una esbelta muchacha, de porte arrogante, recogido en un pañuelo azul su pesado moño. Medio vuelta hacia la mesa, aguardaba a que se hiciera silencio y, entornados sus hermosos ojos, resplandecientes de juventud, miraba como si avizorase la lejanía de la estepa por encima de las cabezas de la gente que allí se apretujaba. «¡Qué guapa se ha puesto desde la primavera!», pensó Davídov.

Los ojos de Varia brillaban excitados, y brillaba también, bañado en sudor, su sonrosado rostro, que jamás había conocido los afeites. Al notar tantas miradas fijas en ella, se sintió apocada; sus manos, grandes, estrujaban nerviosas un pañuelito de encaje; un intenso rubor encendía sus mejillas, y la emoción quebraba su vocecita cuando empezó a hablar, dirigiéndose a Schukar:

—No es verdad lo que dice, abuelo. Habla usted mal del camarada Maidánnikov, pero aquí nadie creerá que no es digno de estar en el Partido. Desde la primavera trabajé con él en el campo, y araba más y mejor que todos. Entrega todas sus fuerzas al koljós, y usted va contra él… Parece mentira que a sus años razone usted como un niño.

—¡Duro con él, Varia, que parece el cencerro de un ternero y no deja hablar a los

demás! —dijo, sin levantar mucho su denso vozarrón, Pável Liubishkin.

—Varia tiene razón. Kondrat tiene más *trudodiéns* que nadie en el koljós. Es un cosaco muy trabajador —agregó el viejo Biesjliébnov.

Desde el zaguán gritó una gangosa voz atenorada:

—Si a la gente como Kondrat no se la admite en el Partido, dad ingreso al abuelo Schukar, y ya veréis cómo el koljós marcha en seguida viento en popa…

Pero Schukar se limitó a ocultar una indulgente sonrisa en su rala y desaliñada barbita y siguió como clavado tras el pupitre, sin volverse siquiera cuando hablaban. Al hacerse el silencio, dijo tan tranquilo:

—Varia ni siquiera debería estar aquí, porque es menor de edad. La muy urraca, en lugar de estar jugando a las muñecas en algún cobertizo, ha venido a enseñar a viejos tan sabios como yo. ¡Esta vida es una irrisión! ¡El huevo enseñando a la gallina!… Y los demás también se han lucido: uno ha hablado de los *trudodiéns*, diciendo que los de Kondrat no caben en una carreta… Y yo os pregunto: ¿qué tienen que ver aquí los *trudodiéns*? Eso también es la codicia, pues los pequeños propietarios son siempre codiciosos; si queréis os diré que Makárushka me lo ha explicado más de una vez. Aun ha salido otro bobalicón diciendo: aceptad a Schukar en el Partido, y en el koljós todo marchará en seguida… No sé de qué os reís, sólo los chiflados pueden reírse y pitórrearse de esto. ¿Acaso soy analfabeto? Leo lo que queráis y sé echar la firma. ¿Comparto los Estatutos del Partido? Ya lo creo. ¿Estoy de acuerdo con el programa? Lo estoy y no tengo nada contra él. Del *sucilismo* al comunismo puedo ir no sólo al paso, sino a galope, claro que con arreglo a mis posibilidades, no muy de prisa, pues soy viejo y puedo sofocarme. Hace tiempo que prosperaría en el Partido y andaría ya con mi cartera bajo el brazo, pero, queridos ciudadanos y queridas viejecitas, debo deciros, como si estuviera ante Dios Nuestro Señor, que tampoco yo soy aún *ditno* de nuestro Partido… ¿Por qué, os pregunto? Pues porque tengo la *lerigión* metida en los tuétanos, ¡maldita sea! En cuanto retumba algún trueno sobre mi cabeza, ya estoy susurrando: «¡Dios mío, perdona a este pecador!» y en seguida hago la señal de la cruz, rezo el Credo, la Salve y todas las oraciones que me vienen a la cabeza, rezo sin parar, y hasta me siento en cuclillas al oír ese desagradable estrépito…

Impresionado por su propio relato, el abuelo Schukar quiso santiguarse allí mismo e incluso se llevó la mano a la frente, pero recapacitó a tiempo, se rascó la cabeza y emitió unas risitas, lleno de turbación:

—Hombre, cómo decirlo… El miedo me nubla la cabeza, y pienso: «Quién sabe lo que puede ocurrírsele al profeta Elías. Para distraerse es capaz de sacudirme un rayo en la calva, y… ¡listo, Schukar, estira los cascos! Pero eso no me hace ninguna falta. Aún quiero llegar al comunismo, a la buena vida, y por ello, cuando me veo en esos trances, rezo y le doy unas monedas al pope, veinte kopeks a lo sumo, para que

Dios se calme. A uno se le antoja que así es más seguro, pero el diablo sabe cómo saldrá la cosa, cara o cruz… Uno cree como un pánfilo que el pope reza por su salud, pero, si te fijas bien, le haces tanta falta como a un muerto una pendona, o, dicho científicamente, como una bordura, que*sinifica* lo mismo. El maldito pope lo que quiere es beber vodka a costa tuya, y no rezar a Dios… Y yo os digo: ¿Cómo voy a meterme en el Partido con mi maldita *lerigión*? ¿Cómo voy a tergiversar al Partido, a mí mismo, al programa? ¡Oh, no, libradme de semejante pecado! Eso no me hace ninguna falta, os lo digo categóricamente.

—Otra vez te has descarrilado, abuelo —gritó Razmiótnov—. Vuelve al camino, no vayas haciendo eses por las cunetas.

Como respuesta, Schukar levantó la mano en señal de advertencia:

—Ahora mismo acabo, Andriúshenka. No me hagas perder el hilo con tus gritos estúpidos, pues así no llegaré nunca al fin. Estate quieto y escucha tranquilito palabras sabias, y no las olvides, pues te serán útiles en la vida. Jamás he hablado sin ton ni son, eso a mí no me ocurre, pero tú y Makárushka no hacéis más que darme voces, uno tras otro, como diáconos desde el púlpito, y, naturalmente, sin querer me embrollo la corriente de mis pensamientos. Como os decía: aunque no sea del Partido, he de llegar al comunismo, y no como ese Kondrat, hecho un mar de lágrimas, sino bailando de contento, porque soy un*prolitario* puro y no un pequeño propietario, os lo digo sin rodeos. Y el *prolitariado*, eso lo he leído en algún sitio, no tiene nada que perder, más que sus cadenas. Claro que yo no tengo ninguna cadena, fuera de una vieja con la que solía atar al perro cuando era rico, pero tengo en cambio mujer, y eso es peor que todas las cadenas y los grilletes de los forzados… Ahora, que tampoco estoy dispuesto a quedarme sin ella, que viva pegada a mí, qué le vamos a hacer, pero si me pone obstáculos y se cruza en mi camino recto hacia el comunismo, pasaré sorteándola a tal velocidad, que no le dará tiempo ni a abrir la boca. Podéis estar seguros. Cuando me destapo soy terrible, y pobre del que me cierre el paso. O lo pisoteo, dejándolo patitieso, o cruzo a su lado como una centella, sin que tenga tiempo ni de pestañear.

—Acaba, abuelo, te retiro la palabra —declaró resuelto Nagúlnov, dando palmadas en la mesa.

—Ahora mismo acabo, Makárushka. No pegues tan fuerte, que te vas a hacer daño. ¿Qué es lo que estoy diciéndoos?.. Ya que todos estáis a favor de Kondrat, no me opongo, allá vosotros, admitidle en nuestro Partido. Es un mozo respetuoso y trabajador, siempre lo he dicho. Mirándolo bien, calando en todos los detalles, Kondrat tiene que estar sin falta en nuestro Partido, os lo digo categóricamente. En una palabra, Kondrat es plenamente *ditno* de ser del Partido. Eso es todo.

—¿Empezaste tocando a muerto y acabas con repiques de gloria? —preguntó Razmiótnov.

Pero la hilaridad reinante hizo que casi nadie le oyera. Schukar, satisfecho a más no poder de su intervención, se desplomó cansadamente en el banco, se enjugó con la manga la calva sudorosa y preguntó a Antip Grach, que tenía a su lado:

—¿Qué me dices de mi… crítica?

—Tú, abuelo, debías meterte a artista —le aconsejó en voz baja Antip.

Schukar le miró de reojo, incrédulo, y, sin advertir la sonrisa que el otro escondía en su barba, negra como la pez, preguntó:

—¿A santo de qué?

—Ganarás dinero a espuertas; más aún, a carretadas. Para ti será eso coser y cantar. Divierte a la gente con cuentos alegres, miente todo lo que puedas, haz el payaso a más y mejor, ése es todo el trabajo. Poco polvo y mucho dinero.

Schukar se animó visiblemente, rebulló en el banco y sonrió:

—Querido Antípushka, ten presente que Schukar no se pierde en ninguna parte. Sus palabras dan sin falta en el blanco, no es de los que marran el tiro. Y tú, ¿qué piensas? Si vienen mal dadas, cuando la vejez me agobie definitivamente, puedo meterme a artista. De joven se me daban muy bien todas esas andanzas, y ahora tanto más. Eso es para mí sencillísimo.

El viejo chasqueó con su boca desdentada y, tras breve reflexión, dijo:

—¿No has oído por un casual cuánto pagan por ahí a los artistas? ¿A destajo o cómo? En pocas palabras, ¿a cuánto tocan por barba? A espuertas no están mal ni siquiera los kopeks, pero a mí no me hacen ninguna falta, aunque para el avaro incluso un kopek es dinero.

—Según se porten ante el público, por sus salidas y desparpajo —susurró Antip, con aires de conspirador—. Cuanto más fresco y chistoso seas, más te tocará. Esa gente, amigo, no hace más que comer y beber, y andar de ciudad en ciudad. Menuda vida se pegan, viven libres como las avecicas.

—Vamos al patio a echar un cigarro, Antípushka —propuso Schukar, perdido de repente todo interés por la reunión.

Salieron del aula, abriéndose paso, a duras penas, por entre el gentío. Se sentaron junto a la cerca, en la tierra caldeada por el sol, y se pusieron a fumar.

—Dime, Antípushka, ¿has tenido ocasión alguna vez de ver a esos artistas?

—¡Anda, todas las que quieras! Cuando hice el servicio militar en Grodno, me hinché de verlos.

—¿Y cómo son?

—Pues como todo el mundo.

—¿Bien nutridos?

—Como cerdos cebados.

Schukar suspiró:

—¿Quiere decirse que les echan de comer en invierno y en verano?

—Hasta hartarse.

—¿A dónde hay que ir para juntarse con ellos?

—Lo menos a Rostov, más cerca no los hay.

—No es muy lejos… ¿Cómo no me hablaste antes de esa industria tan fácil? A lo mejor me hubiera colocado en ese cargo hace tiempo. Ya sabes que soy terriblemente capaz para el trabajo fácil, aunque sea de artista; la hernia no me permite hacer el duro trabajo del campo. Por tu culpa he perdido un bocado sabroso. Eres un leño, calamidad —gruñó Schukar, enormemente contrariado.

—Es que no se terció —justificóse Antip.

—Hace tiempo que debías habérmelo aconsejado; ya estaría entre los artistas, sin dar golpe. ¿Que venía a ver a me vieja? ¡Zas!, medio litro de vodka para ti, por tu buen consejo. Yo harto, y tú borracho, ya ves qué encanto. ¡Ay, Antip, Antip!… Hemos dejado escapar una bicoca. Hoy mismo consultaré con mi vieja, y puede que en el invierno salga por ahí a ganarme la vida. Davídov me dejará ir, y el dinero que ahorre me vendrá de perilla para la hacienda: compraré una vaca, una docena de ovejitas, un cerdito, y mis asuntos marcharán a pedir de boca —exclamó en voz alta el abuelo Schukar, dando rienda suelta a su imaginación, y, alentado por el silencio aquiescente de Antip, prosiguió—: Te confieso que estoy harto de los potros, y eso de andar con el carro en invierno no es para mí. Estoy hecho migas, me he vuelto friolero; en pocas palabras, tengo la salud arruinada. Basta que esté una hora sentado en el trineo para que del frío se me peguen las tripas. Sin darme cuenta, puedo tener un cólico miserere, si se me pegan todas las entrañas, o coger una inflamación de la rabadilla, como el difunto Jaritón. Eso no me hace maldita lo gracia. Aún he de dar mucha guerra y, aunque reviente, llegaré al comunismo.

Cansado de divertirse a costa del cándido viejo, Antip decidió poner fin a la broma:

—Piénsalo bien, abuelo, antes de meterte a artista…

—No hay nada que pensar —declaró Schukar con aire de suficiencia—. Como en ese oficio no cuesta nada ganar el dinero, allí me tienes en el invierno. Divertir a la gente y contarle cualquier cosa no es tan difícil…

—A veces no lo harías por todo el oro del mundo.

—¿Y eso, por qué?

—Pues porque a los artistas les pegan…

—¿Les pe-e-gan? ¿Quién?

—El público, el que paga por las entradas.

—¿Con qué motivo?

—Hombre, si el artista no ha acertado en alguna palabra, si no le gusta al público o si sus chistes le parecen aburridos, le sacuden.

—Oye… ¿Le zumban de verdad o sólo en broma, para asustarle?

—¿En broma? ¡Qué va! ¡A veces le sacuden tan fuerte al pobrecito, que de la función se lo llevan derecho al hospital, y a veces al cementerio. En tiempos del zar yo mismo vi que a un artista de circo le arrancaban una oreja de un mordisco y le torcían la pata trasera. Así marchó a su casa el desgraciado…

—Aguarda un momento. ¿Cómo es eso de la pata trasera? ¿Andaba a gatas, o qué?

—Como los tienen para divertir a la gente, entre ellos hay de todo. Pero me he equivocado, quise decir la pierna izquierda, la delantera; bueno, que le torcieron completamente la pierna izquierda y así echó a andar al revés, sin que pudiera saberse hacia qué lado caminaba. ¡Cómo berreaba el pobre! Se le oía en toda la ciudad. Resoplaba como una locomotora. A mí hasta se me pusieron los pelos de punta.

Schukar miró larga e inquisitivamente a Antip, serio y un tanto sombrío, tal vez por los desagradables recuerdos, y, al fin, creyéndole a pies juntillas, preguntó indignado:

—¿Y dónde estaba la policía, maldita sea? ¿Qué hacía sin meterse en el asunto?

—La policía también participó en la batalla. Yo mismo vi cómo un policía que llevaba un silbato en la mano izquierda se ponía a dar pitidos, mientras con la otra le zumbaba al artista en el cogote.

—Bueno, bajo el zar podían ocurrir esas cosas, pero, con el Poder soviético, la milicia tiene prohibido pegar a la gente.

—Claro que a los ciudadanos corrientes no los toca, pero a los artistas, sí; tiene autorización para ello. Así está establecido desde que el mundo es mundo, y no hay nada que hacer.

Schukar, incrédulo, entornó un ojo:

—¡Pero qué mentiroso eres! No te creo ni palabra de lo que dices… ¿De dónde puedes saber que ahora les zumban a los artistas? Hace treinta años que no has estado en la ciudad, no asomas la nariz más allá del caserío, ¿de dónde puedes saberlo todo?

—Tengo un sobrino en Novocherkassk, y en sus cartas me cuenta la vida de la ciudad —aseguró Antip.

—¿Un sobrino, dices?.. —el abuelo Schukar, titubeante, suspiró pesaroso, y su rostro se ensombreció—. Ya ves qué contratiempo, Antip… Resulta que eso de ser artista es arriesgado. Y la verdad, si allí el público llega al asesinato, eso no se ha hecho para mí. ¡Al cuerno esa vida alegre!

—Te lo advierto por si acaso. Antes de colocarte, consulta con tu vieja.

—¿Qué pinta aquí mi vieja? —repuso secamente Schukar—. Si pasa algo, no es a ella a quien le van a tundir las costillas. ¿A santo de qué voy a consultar con ella?

—Entonces, decídelo tú solo —Antip se levantó del suelo y pisoteó la colilla.

—No corre prisa, el invierno está aún lejos, y si quieres que te diga la verdad, me da lástima separarme de los potros; además, la vieja se aburriría sola… No, Antip,

deja que los artistas se las compongan sin mí. ¡Maldito sea ese dinero fácil! Aunque no lo es tanto, pensándolo bien. Si cada día te muelen a golpes con lo que tienen a mano, y la milicia, en lugar de protegerte, también te mide las costillas, ¡muchas gracias! ¡A otro perro con ese hueso! Desde pequeño, todos se meten conmigo. Los gansos, los bueyes, los chuchos, la de cosas que me han sucedido. Hasta me han dejado en casa un crío. ¿Crees que eso puede gustarle a alguien? Que a la vejez me matasen por ser artista o me retorciesen cualquier órgano del cuerpo, ¡muchas gracias! ¡No me da la gana, ea! Mejor será que volvamos a lareunión, Antip, eso es más seguro, más alegre, y deja a los artistas que piensen en sí mismos. A lo que se ve, los muy condenados son todos jóvenes, sanotes. Los muelen a palos y les sienta estupendamente, engordan. Yo ya soy viejo. ¿De qué me sirve que allí se coma bien? Si me vapulean a conciencia dos veces, entrego mi alma a Dios. ¿Para qué diablos me harán falta entonces tan sabrosos bocados? Esos idiotas que zumban a los pobres artistas me los sacarán enteritos de la garganta. No quiero meterme a artista, y no me vuelvas a seducir, negro del diablo, no me soliviantes del todo. Ahora mismo has contado de pasada cómo un chiflado, un idiota, le arrancó a un artista una oreja de un mordisco y otros le torcieron una pierna y le zurraron, y ya me están doliendo las orejas y las piernas, ya me crujen todos los huesos, como si hubiera sido a mí a quien zurraron, mordieron la oreja y arrastraron como les dio la gana… Esos relatos tan feroces me ponen terriblemente nervioso, como si estuviera contuso. Así que vuelve solo a la reunión, por lo que más quieras, que yo me quedo a descansar una miaja, y cuando me tranquilice y calme mis nervios, iré a ricursar a Dubtsov. Ahora no puedo intervenir, Antip, noto un hormigueo en la espalda, y en las rodillas tengo un temblor, una tiritona, maldita sea, que no me deja tenerme de pie…

Schukar se puso a liar otro cigarro. Y, efectivamente, sus manos temblaban; del cucurucho hecho con un trozo de periódico se le caía el tabaco casero, de gruesa picadura, y su rostro se contrajo como si fuese a llorar. Antip le miró con fingida compasión:

—De haber sabido, abuelo, que eras tan sensible, no te hubiese contado la amarga vida de los artistas… Sí, abuelete, tú no vales para artista. Quédate tumbado en tu horno y no corras en busca de dinero fácil. Además, tampoco estaría bien que dejases sola a tu vieja mucho tiempo, hay que tener en cuenta sus años…

—Lo contenta que se va a poner cuando le diga que por ella no he querido meterme a artista. ¡Va a estar dándome las gracias hasta el juicio final!

El abuelo Schukar sonrió enternecido y meneó la cabeza, saboreando de antemano el placer que le produciría comunicarle a su vieja tan grata noticia y el contento de la buena mujer. Pero la tormenta ya se cernía sobre él…

No sabía el anciano que su fiel amigo Makar Nagúlnov había enviado media hora antes a un mozo en busca de su vieja, con la orden terminante de que se presentara en

el acto en la escuela y se llevara de allí al abuelo so cualquier pretexto.

—El lobo está en la conseja —dijo Antip Grach, sonriendo ya sin rebozo, y carraspeó satisfecho.

Schukar levantó la cabeza. Pareció como si alguien hubiera borrado con una esponja mojada la sonrisa beatífica que retozaba en los labios del anciano. Hacia él avanzaba derecha su mujer, hosca, resuelta, llena de rigurosa autoridad.

—Así reviente… —balbuceó desconcertado el abuelo Schukar—. ¿De dónde sale la condenada? Estaba enferma, no podía levantar la cabeza de la almohada, y; ¡anda, ahí la tienes en persona! ¿Para qué pestes la habrá traído el diablo?

—Vamos a casa, abuelo —ordenó la mujer a su fiel esposo, con tono inapelable.

Schukar, sentado en tierra, la miraba como hechizado, de abajo arriba, igual que el conejo a la boa.

—Aún no ha terminado la reunión, queridita, y tengo que intervenir. Los jefes del caserío me han pedido encarecidamente que hable —dijo por fin, muy quedo, y le entró hipo.

—Ya se arreglarán sin ti. ¡Vamos! En casa hay mucho que hacer.

La vieja llevaba a su marido casi la cabeza y pesaba el doble que él. Imperiosa, lo cogió del brazo y lo puso en pie de un tirón. El abuelo Schukar logró recobrarse y dio una colérica patada en el suelo.

—¡No me da la gana de ir! No tienes ningún derecho a privarme de voz. ¿Te has creído que estamos en el antiguo régimen?

La vieja, sin decir palabra, giró sobre sus talones y, a grandes zancadas, se encaminó hacia su casa; arrastrado por ella, el abuelo Schukar iba a su lado a trotecillo perruno, intentando detenerse de vez en cuando. Todo su aspecto denotaba ciega sumisión al destino.

Antip le siguió con la mirada, sonriendo en silencio. Pero al subir los escalones de la terracilla, pensó: «El día que se nos muera el viejo, no lo quiera Dios, nos vamos a aburrir en el caserío.»

Capítulo XXIII

En cuanto el abuelo Schukar hubo salido de la escuela, el carácter de la reunión cambió por completo. Los koljosianos intervenían sin verse interrumpidos por súbitos estallidos de hilaridad, discutiendo seriamente la candidatura de Dubtsov, y cuando, inesperadamente para todos, habló Ippolit Shali, el herrero, en la reunión se instauró por vez primera, prolongándose unos minutos, esa calma que precede a las tempestades…

Ya se habían examinado a fondo todas las peticiones de ingreso en el Partido, ya habían sido admitidos por unanimidad como candidatos a miembros del Partido, con un período de prueba de seis meses, los tres solicitantes, cuando el viejo Shali pidió la palabra. Se levantó de un pupitre junto a la ventana, arrimó su ancha espalda al marco y preguntó:

—¿Puedo hacer una preguntita a nuestro intendente Yákov Lukich?

—Y dos también —autorizó Makai— Nagúlnov, barruntando que iba a pasar un buen rato.

Yákov Lukich se volvió hacia Shali de mala gana, cuajada en el rostro una expresión tensa, expectante.

—La gente ingresa en el Partido, no se conforma con vivir junto a él, quiere estar en él, compartir con él las penas y las alegrías —dijo Shali amortiguando su vozarrón y sin apartar de Yákov Lukich sus saltones ojos negros—. ¿Y tú, Lukich, por qué no pides entrar en el Partido? Quiero preguntártelo con todas las de la ley: ¿Por qué te mantienes a un lado? ¿Es que te importa un comino que el Partido entregue todas sus fuerzas para llevarnos a una vida mejor? Y tú, ¿qué? Te buscas un sitio a la fresca, lejos de la brega, esperas a que otros te consigan el bocado y te lo metan en la boca bien masticadito, ¿verdad? ¿Cómo te las compones? Es interesante y hasta muy instructivo para la gente… ¡Para todo el caserío, si lo quieres saber!

—Yo mismo me gano el bocado y todavía no te he pedido que me mantengas —replicó vivamente Yákov Lukich.

Pero Shali hizo un ademán imperioso, como rechazando aquel argumento inservible, y dijo:

—El pan puede uno ganárselo de muchas maneras: échate un zurrón a la espalda, dedícate a pordiosear y no te morirás de hambre. Yo no hablo de eso, y no trates de escurrirte como una anguila, Lukich, que ya sabes a lo que voy. Antes, cuando cada cual vivía para sí, eras una fiera para el trabajo, te agarrabas como un lobo a cualquier cosa, con tal de sacar un kopek de más; ahora trabajas de mala manera, como para cubrir las apariencias… Bueno, dejemos eso, no te ha llegado aún el momento de dar cuenta al pueblo de tu liviano trabajo y de tu tuerta vida. Cuando llegue, la darás. Ahora, di: ¿Por qué no pides ingresar?

—No soy tan docto como para estar en el Partido —respondió Ostrovnov en voz baja, tan baja que, menos sus vecinos de asiento, nadie en la escuela oyó lo que había dicho.

De lo hondo del aula, una voz gritó exigente:

—¡Habla más fuerte! No se oye lo que estás mascullando ahí. ¡Repítelo!

Yákov Lukich permaneció callado largo rato, como si no oyese lo que le pedían. En medio de un expectante silencio se percibió el discorde, pero animado croar de las ranas en el riacho oscuro y dormido; a lo lejos, seguramente en el viejo molino de viento, más allá del caserío, ayeaba tristemente un búho, y entre la verde fronda de las acacias se desgañitaban en la noche los jilgueros.

Seguir callado era violento, y Ostrovnov repitió más alto:

—No soy lo bastante docto para el Partido.

—¿Para intendente lo eres y para el Partido no? —volvió a la carga Shali.

—Una cosa es la hacienda y otra la política. Si tú no ves la diferencia, yo sí —dijo clara y sonoramente Yákov Lukich, repuesto ya de la sorpresa.

Pero Shali no cejaba, y dijo con torcida sonrisa:

—Nuestros comunistas se ocupan de la hacienda y de la política y, fíjate qué cosa más rara, lo hacen bien. Parece que lo uno no estorba a lo otro. Estás mintiendo, Lukich, no dices lo que sientes… Quieres rehuir la verdad, por eso das vueltas.

—No tengo por qué mentir —contestó Ostrovnov con voz sorda.

—Sí, mientes. Tienes pensamientos ocultos y por eso no quieres ingresar en el Partido… ¡Y si estoy equivocado, desmiente lo que digo, desmiénteme!

La reunión duraba ya más de cuatro horas. En la escuela, pese al frescor de la noche, hacía un calor insoportable. En el pasillo y en las aulas lucían, mortecinos, varios quinqués, pero su luz aumentaba la sensación de ahogo. Sin embargo, los campesinos, empapados de sudor, no se movían, escuchaban en tenso silencio aquel inesperado duelo verbal entre el viejo herrero y Ostrovnov, dándose cuenta de que tras todo aquello se ocultaba algo, penoso y oscuro…

—¿Qué pensamientos ocultos puedo yo tener? Puesto que todo lo ves, dilo —propuso Ostrovnov, pasando de la defensa al ataque, recobrada ya la serenidad.

—Dilo tú mismo, Lukich, hazte el ánimo y háblanos de ti. ¿Por qué y para qué voy a hablar en tu nombre?

—¡No tengo nada que hablar contigo!

—Si no conmigo, habla con la gente… ¡Con la gente!

—Aparte de ti, nadie me hace preguntas.

—Basta con que yo te las haga. ¿De modo que no quieres hablar? No importa, esperaremos; si no hoy, ¡mañana hablarás!

—¿Por qué la has tomado conmigo, Ippolit? ¿Y tú, por qué no entras en el Partido? Habla por ti y no quieras confesarme, que no eres pope.

—¿Quién te ha dicho que yo no entro en el Partido? —preguntó Shali sin cambiar de postura, lentamente, recalcando las palabras.

—No eres del Partido: quiere decirse que no has entrado en él.

A estas palabras, Shali carraspeó, se apartó del marco de la ventana y, por entre los aldeanos, que le abrían paso sin apresuramiento, avanzó bamboleante hacia la mesa, al tiempo que decía:

—Antes no entré, es cierto, pero ahora voy a entrar. Si tú no entras, Yákov Lukich, debo entrar yo. Pero si tú ahora hubieses entregado una solicitud, yo me habría abstenido de presentar la mía. ¡Tú y yo no cabemos en un mismo partido! Somos de partidos distintos…

Ostrovnov guardó silencio y esbozó una sonrisa indefinible. Shali se llegó a la mesa, captó la mirada —resplandeciente y agradecida— de Davídov y, alargando a éste la petición de ingreso, garrapateada en un trozo de papel viejo y amarillento, dijo:

—Lo que no tengo es quién me avale. A ver cómo salimos de este apuro… ¿Quién de vosotros, muchachos, responde por mí? ¡Vamos, escribid!

Pero Davídov ya estaba escribiéndole el aval, con letra grande y apresurada. Luego le cogió la pluma Nagúlnov.

Ippolit Shali fue admitido también, por unanimidad, como candidato a miembro del Partido. Después de la votación, los comunistas de la célula de Gremiachi Log se levantaron y aplaudieron al viejo herrero; siguiendo su ejemplo, se pusieron en pie todos los presentes, y resonaron espaciadas y torpes, las palmadas de sus manos callosas, endurecidas por el trabajo.

Shali seguía de pie, parpadeando conmovido. Era como si viese por primera vez, con ojos húmedos, los rostros, tan familiares para él, de los habitantes del caserío. Mas cuando Razmiótnov le susurró al oído: «Tío Ippolit, di algo a la gente, algo que le llegue al corazón…», el viejo denegó con la cabeza:

—¡Nada de palabras al viento! Además, no tengo yo palabras de ésas en la buhardilla… ¿Ves cómo aplauden? Quiere decir que lo comprenden todo sin que yo les diga nada.

No era, sin embargo, el semblante de ninguno de los admitidos aquel día en el Partido, sino el de Nagúlnov, el del mismísimo secretario de la célula, el que había experimentado en aquellos instantes un cambio pasmoso. Davídov jamás le había visto así: Makar sonreía franca, abiertamente. De pie tras la mesa, se ajustaba con dedos nerviosos la guerrera, tocaba la hebilla de su cinto de soldado, rebullía inquieto y sonreía, sonreía dejando ver los menudos y juntos dientes. Sus labios, siempre prietos, le habían temblequeado en las comisuras para dilatarse de pronto en una sonrisa conmovedora como la de un niño. y era tan extraordinaria aquella sonrisa en el ascético rostro de Makar, que Ustín Rikalin no pudo contenerse y exclamó, con el

mayor asombro:

—¡Mirad, buenas gentes! Parece que nuestro Makar se sonríe. ¡Es la primera vez en mi vida que veo tal cosa!

Nagúlnov, sin ocultar la sonrisa, replicó:

—¡Qué hombre más listo! ¡Se ha dado cuenta! ¿Y por qué no voy a sonreír? Estoy contento y sonrío. La sonrisa es libre. ¿Quién me lo va a prohibir? Queridos ciudadanos, convecinos, la reunión abierta del Partido queda clausurada. Hemos agotado el orden del día.

Luego, irguiéndose aún más, ensanchando sus recios hombros, se adelantó y dijo con voz sonora:

—Como secretario de la célula, ruego que se acerquen los queridos camaradas admitidos en nuestro gran Partido Comunista. Quiero felicitaros por este gran honor. —Y apretados ya los labios, recobrada su habitual compostura, lanzó, sin elevar mucho la voz, pero con imperioso tono de mando:

—¡Venid!

El primero que se acercó fue Kondrat Maidánnikov. Los que estaban detrás vieron que la camisa, empapada en sudor, se le había pegado a la espalda. «Pobrecito mío, igual que si hubiera segado una desiatina» —farfulló compasiva una vieja. Y alguien rió quedamente: «Menudo sofocón que le han hecho pasar».

Inclinando la cabeza, Nagúlnov tomó la mano de Kondrat entre las suyas, largas, húmedas de emoción, la apretó con toda su fuerza y dijo solemne, con un ligero temblor en la voz:

—¡Camarada! ¡Hermano! Te felicito. Todos nosotros, los comunistas, esperamos que seas un bolchevique ejemplar. Pero, ¿qué digo? ¡Tú no puedes ser de otra manera!

Cuando se acercó, con sus andares de oso, Ippolit Shali, el último, y, riendo ahogadamente, azorado por la atención general, le alargó desde lejos su manaza negra, machacada por el trabajo, Nagúlnov le salió al encuentro y abrazó con vigor los anchos y encorvados hombros del viejo herrero.

—Ya ves, tío Ippolit, qué bien ha resultado. Te felicito de todo corazón. Te felicitan también los muchachos del Partido. Consérvate sano y fuerte, maneja tu martillo otros cien años para bien del Poder soviético y de nuestro koljós. ¡Qué vivas mucho, viejo, eso es lo que te digo! Porque tu larga vida sólo puede proporcionar a la gente satisfacción, te lo digo de veras.

Agolpándose, los cuatro nuevos militantes cambiaban apretones de manos con los demás comunistas, y la gente se apiñaba ya junto a la puerta de salida, conversando animadamente, cuando Davídov gritó:

—¡Ciudadanos, un momento! Permitidme decir unas palabras.

—¡Habla, presidente, pero sé breve, que nos asamos! Hace aquí un calorazo y un

sofoco que ni en un buen baño —previno alguien, riéndose.

Los koljosianos volvieron a sentarse, cada cual en su sitio. Durante unos instantes se oyó en la escuela un rumor de voces contenidas y luego todos enmudecieron.

—¡Ciudadanos koljosianos y, en particular, las koljosianas! Hoy, como nunca, están reunidos todos los miembros de nuestro koljós, sin faltar uno… —empezó Davídov, pero inmediatamente le interrumpió Dimka Ushakov, gritando desde el pasillo:

—Tú, Davídov, empiezas como el abuelo Schukar. El dice «queridos ciudadanos y viejas». Y tú, por el estilo. Arrancas a bailar desde el mismo sitio.

—Schukar y Davídov aprenden el uno del otro —añadió el viejo Obnízov—. Schukar te endilga a cada paso «¡la pura verdad!», imitándole. Y Davídov no tardará en decir: «¡Queridos ciudadanos y estimadas viejas!»

En la escuela estalló una carcajada benévola, pero tan estentórea, que las llamas de los quinqués se agitaron, y una de ellas se apagó. También reía Davídov, tapándose como de costumbre, con la ancha palma de la mano, la boca mellada. Nagúlnov fue el único en gritar, indignado:

—¿Pero qué es esto? No hay la menor seriedad en esta reunión. ¿Dónde la habéis olvidado? ¿O es que se os ha evaporado con el calor?

Mas lo que hizo con su reproche fue echar leña al fuego, y las risotadas estallaron y se extendieron por todas las aulas y por el pasillo con más fuerza. Makar se encogió de hombros, dejando la cosa por imposible, y se volvió hacia la ventana con cara de aburrido.

Pero, a juzgar por la contracción de sus pronunciados músculos faciales y los temblores de su ceja izquierda, le costaba un gran esfuerzo mantener aquella fingida indiferencia.

Un momento después, renacida ya la calma, saltaba de la silla como si le hubiera picado una avispa, pues desde los últimos bancos llegó de nuevo la cascada y chillona vocecilla del abuelo Schukar:

—Pues yo os pregunto, queridos ciudadanos y viejas: ¿por qué os llamo así?

Sin darle tiempo a terminar la frase, retumbó, como un cañonazo, un estallido de risas, apagando otros dos quinqués. En la semioscuridad, alguien rompió sin querer el tubo de uno de ellos y soltó un rotundo taco. Una mujer le amonestó:

—¡Eh, tú, refrénate! ¿Crees que si estamos a oscuras y no se te ve puedes despacharte a tu gusto, zopenco?

Las risas fueron amainando y en la penumbra volvió a oírse la voz, temblona e irritada, del abuelo Schukar.

—Un tonto suelta tacos a oscuras y otros se ríen sin saber por qué… Esto no es vida, sino un pitorreo. ¡Como para no venir a las reuniones! Os voy a explicar por qué causa suelo decir «queridos ciudadanos y viejas». Y la causa está en que las

viejas son cosa comprobada y segura. Tomad a cualquiera de ellas: vive sin trampa ni cartón, lo mismo que el Banco del Estado. De ellas no espero ninguna trastada en mi vida de vejestorio. En cambio, a las mujeres jóvenes y a las mozas no las puedo ver ni en pintura. ¿Por qué?, os pregunto. Pues porque no fue una respetable vieja quien dejó en mi puerta al recién nacido; eso no lo hacen las viejas. Ninguna, ni la más arriscada, tiene jijas para traer una criatura al mundo. Alguna moza lagartona es quien me hizo ese favor y me alistó por su cuenta en la cofradía de los padres. Por eso no puedo ni ver a ésas ni a semejantes picaronas con faldas y no quiero ni mirarlas a la cara después de semejante *encidente*. Me dan arcadas, como después de una borrachera, si me fijo, sin querer, en alguna guapetona. ¡Ya veis lo que han hecho conmigo las malditas!… ¿Cómo voy a decirles, después del*encidente* de la criatura, «queridas mujercitas mías y vírgenes sin mancha» u ofrecerles otras ternuras semejantes en bandeja? ¡Por nada del mundo!

Nagúlnov, amostazado, enarcó las cejas y preguntó con asombro:

—¿De dónde sales, abuelo? ¡Si tu vieja te llevó a casa! ¿Cómo apareces otra vez por aquí?

—Me llevó ¿y qué? —replicó engallado Schukar—. ¿A ti qué te importa? Es asunto nuestro, de familia, no de Partido. ¿Está claro?

—Ni pizca. Si te llevó, por algo sería, y deberías estar en casa.

—Estuve y me largué, Makárushka. Y no debo nada a nadie, ni a ti ni a mi propia vieja, el *antecristo*os confunda. ¡Dejadme en paz, por Dios!

—¿Cómo te has apañado para escaparte de casa, abuelo? —inquirió Davídov, esforzándose por contener la risa.

En el último tiempo no podía, de ningún modo, mantener la seriedad debida en presencia de Schukar. Era incapaz de mirarle sin sonreírse y ahora esperaba la respuesta entornando los ojos y tapándose previsoramente la boca con la mano. Por cierto, Nagúlnov, cuando se quedaban solos, le decía con manifiesto disgusto: «¿Qué te pasa, Semión? Siempre te estás riendo como una moza cuando le hacen cosquillas, no pareces un hombre».

Animado por la pregunta de Davídov, Schukar se adelantó impetuoso y, apartando a codazos y empujones a los campesinos que se agolpaban entre los bancos, pugnó por abrirse paso hacia la mesa.

—¡Abuelo! —le gritó Nagúlnov—. ¿Por qué atropellas a la gente? Habla desde ahí, te autorizamos, pero sé breve.

El abuelo Schukar se detuvo a mitad de camino y respondió a gritos, encolerizado:

—¡Enséñale a tu abuela desde dónde debe hablar, yo sé cuál es mi puesto! Tú, Makárushka, siempre te subes a la tribuna o razonas desde la *prisidencia*, diciendo desde ella mil tonterías. ¿Por qué, pues, yo debo hablar con la gente desde atrás, en la

oscuridad? Desde allí no veo ni una cara, solamente cogotes, espaldas y eso otro que las buenas gentes usan para sentarse en los bancos. ¿Con quién he de hablar, según tú, a quién dirigirme? ¿A los cogotes, espaldas y demás? Ven tú mismo aquí atrás y discursea, queyo quiero ver la cara a la gente cuando hablo. ¿Está claro el problema? Bueno, y cállate un poco, no me hagas perder el hilo. Tienes la mala costumbre de cortarme en cuanto quiero hablar. Aún no he abierto el pico y ya estás disparándome ojeciones, como si las tirases con honda. ¡No, hermanete, así no marcharemos bien!

Una vez ya junto a la mesa, fijando un ojo en Makar, Schukar le preguntó:

—¿Has visto alguna vez en tu vida, Makárushka, que una mujer aparte a un hombre de un asunto importante por verdadera necesidad? Contéstame en conciencia…

—Pocas, pero sí algunas: en caso de incendio, digamos, o de cualquier otra desgracia. Sólo que no alargues la reunión, viejo, deja hablar a Davídov y, cuando terminemos, te vienes a casa y estaremos de conversación hasta que amanezca, si quieres.

Nagúlnov, el inflexible Nagúlnov, hacía evidentemente, concesiones para engatusar al anciano e impedirle que entretuviese neciamente a los reunidos, pero obtuvo un efecto inesperado, porque el abuelo Schukar estalló en sollozos, se pasó la manga por el ojo y farfulló entre lágrimas no fingidas:

—Lo mismo me da pasar la noche en tu compañía que en la cuadra con los potros; lo que no puedo es asomarme hoy por casa, porque mi vieja me va a armar tal batalla turca, que puedo estirar la pata nada más entrar y largarme al carajo en un dos por tres.

Volvió hacia Davídov su carilla, llena de arrugas como una manzana asada, y continuó con voz repentinamente firme:

—Preguntas tú, Siómushka de mis pecados, cómo es que estuve en casa y me largué. ¿Crees que es cosa sencilla? Debo aclarar a la reunión, en un *enstante*, sin alargar la cosa, lo de mi dañina vieja, porque necesito la simpatía de la gente, y si no me la dais, entonces ¡tiéndete, Schukar, en la tierra fría, y que Dios Nuestro Señor se te lleve al carajo! Ya veis lo fea que se pone mi perra vida. Hace una hora o así, se presentó aquí mi parienta. Estaba yo con Antípushka Grach en el patio, echando un traguillo de humo y hablando de los artistas y de los tiempos que corren. En esto llega la maldita, me agarra del brazo y me arrastra con la misma facilidad con que un caballo bien cebado tira de un rastrillo vuelto del revés. Me llevaba en volandas, sin jadear ni tomar aliento, aunque yo me resistía con todas mis fuerzas.

Si lo queréis saber, mi vieja puede tirar de un arado o de un carro con su carga, de modo que llevarme a rastras a cualquier sitio es para ella coser y cantar, ¡si será fuerte la condenada! Algo terrible, como una bestia de tiro. ¡Dios por testigo de que no miento! Otros no sé, pero yo conozco muy bien la fuerza que tiene, mis pobres lomos

lo pueden decir…

De modo que me llevaba a rastrones, como os iba diciendo. ¿Qué iba a hacer yo? El viento dobla la hierba. Trotando en pos suyo, le pregunté: «¿Para qué me arrancas de la reunión, lo mismo que a un recién nacido de los pechos de su madre? ¿No sabes que allí tengo que hacer?» Ella va y me dice: «Vamos, viejo, en una de las ventanas de casa se ha soltado un postigo, sujétalo como es debido, que si no, Dios no lo quiera, el viento puede soplar esta noche y rompernos los cristales». ¿Qué os parece el truco? ¡Primer número! —pensé—. «¿Acaso mañana no habrá tiempo para arreglarlo? ¡Tú estás mal de la cabeza, troncho de col!» Y ella: «Estoy enferma, me pongo triste sola con mis achaques, no te pasará nada si me haces compañía». Esto fue el segundo número. «Llama a alguna vieja —respondí— y que se esté contigo mientras yo vuelvo a la reunión y le doy el *ricurso* a Agafón Dubtsov». Pero ella, ni hablar: «Sólo quiero compartir la tristeza contigo y no necesito viejas». Y éste fue el tercer número, o sea, la tercera marranada que me soltó.

¿Qué os parece? ¿Era cosa de aguantar por gusto semejante *escarnicio* o de evacuarse en el acto ante tan rematada tontería? Y eso hice, es decir, me evacué voluntariamente. Entramos en casa, y yo, sin pensarlo mucho, ¡zas!, me escapé al zaguán, luego a la terracilla, eché el cerrojo a la puerta y me vine trotando a la escuela. Los ventanucos de la casa son pequeños y estrechos, y mi vieja, ya lo sabéis, es enorme, como una vaca. No pasa por una ventana ni a tres tirones, se atascaría como un gorrino cebado en el agujero de un seto, está comprobado, le ha ocurrido más de una vez. Y allí la tenéis a la pobrecilla encerrada y sin poder salir de la casa, lo mismo que aquel diablo de antes de la revolución, que se cayó en un aguamanil. El que quiera, que vaya y la libre del cautiverio, yo no puedo asomar la nariz por allí de ninguna manera, me iré a vivir con alguien un par de días, hasta que se apacigüe una miaja y se le apague la furia contra mí. No soy tan tonto como para jugarme la vida, y maldita la falta que me hacen sus distintas batallas y demás combates. Me quita la vida en un pronto, y luego, ¿qué? Luego el fiscal escribirá «Sin novedad en el Shipka»[24] y asunto concluido. No, muchísimas gracias, a otro perro con ese hueso. El que sea listo comprenderá todo sin explicaciones, y los tontos, lo mismo si se les explica que si no, seguirán tontos hasta la sepultura.

—¿Has terminado, abuelo? —preguntó tranquilamente Razmiótnov.

—Con vosotros tiene uno que terminar aunque no quiera. He hecho tarde para *ricursar* a Agafón, de todos modos le habéis admitido en nuestro Partido y quizá más valga así, quizá esté yo de acuerdo con vosotros. Lo de la vieja os lo he explicado como ha sido, y por vuestros ojos veo que todos estáis muy conmigo. No necesito más. He hablado a placer, no me voy a pasar la vida charlando con los potros, ¿verdad? Aunque de caletre no andáis muy sobrados, tenéis más que mis potros de todas maneras…

—Siéntate, viejo, que ya empiezas a desbarrar otra vez —ordenó Nagúlnov.

Defraudando a los reunidos, Schukar se fue en silencio a su sitio, sin discutir como tenía por costumbre. Al contrario, sonreía tan contento de sí mismo, el ojo le brillaba tan triunfante, que cualquiera debía ver a la legua que no había salido derrotado, sino vencedor. Sonrisas de simpatía le acompañaron. En el fondo, todos en Gremiachi Lag querían mucho al viejo.

Sólo Agafón Dubtsov se las ingenió para aguarle la fiesta. Cuando Schukar pasó por su lado con grave empaque, Agafón, crispado el rostro virolento, le deslizó al oído, con siniestra entonación:

—¡Te la has buscado, viejo!… Deja que me despida de ti.

Schukar se quedó de una pieza, estuvo unos segundos sin pronunciar palabra, chasqueando los labios, y luego, haciendo un esfuerzo, preguntó con voz trémula:

—¿A santo… a santo de qué tengo que despedirme de ti?

—Porque te queda muy poco de vivir en este mundo: lo suficiente para echar dos ojeadas y cuatro suspiros. En lo que se hace las trenzas una pelona, te habrán clavado la tapa del ataúd…

—Pero… ¿Por qué, Agafón?

—Muy sencillo. Te van a matar.

—¿Quién? —musitó a duras penas el abuelo Schukar.

—¿Quién va a ser? Kondrat Maidánnikov y su mujer. Ya ha mandado a casa por el hacha.

A Schukar se le aflojaron las piernas y se desplomó junto a Dubtsov, que se había apartado, muy atento, para dejarle sitio.

—¿Por qué me quiere quitar la vida?

—¿No lo adivinas?

—¿Por el *ricurso*?

—¡Has dado en el clavo! A los que critican se les mata siempre: unas veces con hacha y otras con escopeta. ¿A ti qué te gusta más, morir de un tiro o de un hachazo?

—«¡Me gusta!» ¡Qué cosas dices! ¿A quién puede gustarle semejante acontecimiento? —se exasperó el abuelo—. Más vale que me digas lo que debo hacer. ¿Cómo defenderme de un tonto tan imbécil?

—Díselo a los jefes mientras estás con vida. Eso es todo.

—No hay otra salida —asintió Schukar después de pensarlo un poco—. Ahora mismo voy a quejarme a Makárushka. Pero ¿cómo no le da miedo a ese condenado de Kondrashka ir a presidio por mí?

—El dice así: «Por cargarme a Schukar no me echarán más de un año, dos a lo sumo. Y un año o dos ni los notaré, se me pasarán volando… Por liquidar a vejestorios como él no condenan a mucho. Por cascajos así las penas son insignificantes».

—¡Qué se lo ha creído el hijo de perra! ¡Le echarán diez años como diez soles, lo sé de buena tinta! —chilló furioso Schukar.

En el acto fue severamente amonestado por Nagúlnov:

—¡Viejo! En cuanto vuelvas a gritar como un chivo a medio degollar, te expulsamos inmediatamente de la reunión.

—No armes jaleo, abuelo, yo te acompañaré cuando salgamos, no dejaré que te despachen —le prometió Dubtsov, hablándole al oído.

Pero Schukar no le contestó. Había apoyado los codos sobre las rodillas, muy abatida la cabeza. Pensaba y pensaba con tenacidad, muy reconcentrado, la frente arrugada como por un fuerte dolor, hasta que saltó de pronto de su asiento y, apartando a la gente a codazos, corrió con su trotecillo perruno a la mesa. Dubtsov vio cómo se agachaba junto a Nagúlnov y le hablaba al oído, señalando hacia él y hacia Kondrat Maidánnikov.

Era difícil, casi imposible hacer reír a Nagúlnov, pero esta vez no resistió. Sonrió con las comisuras de los labios, miró a Dubtsov, movió reprobatorio la cabeza, hizo sentarse a Schukar a su lado y le dijo muy quedo: «Estate aquí y no te muevas, que te va a dar un patatús con tanto ajetreo».

Al poco rato, Shukar, tranquilizado y triunfante, captó la mirada de Maidánnikov y le hizo la higa con maligna alegría, tapándola con el codo izquierdo. Kondrat, estupefacto, enarcó las cejas, pero el abuelo, sintiéndose en plena seguridad junto a Makar, le enseñaba ya dos higas a un tiempo.

—¿Por qué te hace higas el viejo? —preguntó a Maidánnikov Antip Grach, que estaba a su lado.

—El diablo sabrá qué ventolera le ha dado —respondió molesto Kondrat—. Tengo para mí que empieza a perder el juicio. Y es natural, con los muchos años y con lo que le ha tocado sufrir al pobre. Siempre nos hemos llevado bien, pero ahora, por lo que se ve, me tiene tirria. Tendré que preguntarle por qué está enfadado conmigo.

Por pura casualidad, Kondrat se fijó en donde había estado sentado el abuelo Schukar, y, riéndose muy bajo, dio un codazo a Antip:

—Ha estado al lado de Agafón, ahora está todo claro. El demonio ese de Agafón le habrá dicho algo de mí, se habrá inventado cualquier majadería. Y ahí le tienes al viejo bufando, y yo sin saber qué mosca le ha picado. Es ya como una criatura, se cree todo lo que le dicen.

Davídov, de pie junto a la mesa, aguardaba pacientemente a que los campesinos, siempre tan cachazudos, se acomodasen y a que cesase el ruido.

—¡Venga, Davídov! ¡Suéltalo ya! —gritó Diomka Ushakov, que tenía poca paciencia para esperar.

Después de cambiar unas palabras con Razmiótnov en voz baja, Davídov

comenzó a toda prisa:

—No os entretendré mucho, ¡eso es la pura verdad! Me dirijo en particular a las koljosianas, porque el problema que os voy a plantear se refiere más a las mujeres. Hoy todo el koljós asiste a nuestra reunión del Partido, y los comunistas, después de cambiar impresiones, queremos proponeros lo siguiente: en las fábricas hace ya mucho que se han organizado guarderías y casas-cuna, donde los críos pequeños son atendidos de la mañana a la noche por niñeras y educadoras con experiencia; allí comen y juegan. ¡Eso es la pura verdad, camaradas! Mientras tanto, sus madres trabajan, sin tener que estar pendientes de sus hijos. Tienen las manos libres, están descargadas de preocupaciones. ¿Por qué no organizamos una guardería de ésas en nuestro koljós? Tenemos vacías dos casas que fueron de los kulaks. El koljós dispone de leche, cereales, carne, mijo y otras cosas más, ¡la pura verdad! Nuestros pequeños ciudadanos tendrán plenamente asegurada la comida, los cuidados también. ¿Qué nos lo impide entonces, demonio? La recolección está al caer, y la salida de las mujeres del koljós al trabajo no marcha muy bien que digamos; hablando con franqueza, marcha mal, ya lo sabéis. Así, pues, queridas koljosianas, ¿aceptáis nuestra proposición? Vamos a votar, y si la mayoría está de acuerdo, lo decidiremos ahora mismo para no tener que hacer otra reunión. Los que estén conformes, que levanten la mano.

—¿Quién va a estar en contra de tan buena cosa? —gritó la mujer de Turilin, que tenía un montón de hijos, y, mirando a las vecinas, alzó la primera su mano, de angosta muñeca.

Un tupido valladar de brazos surgió sobre las cabezas de los koljosianos y las koljosianas que llenaban el aula y se agolpaban en los pasillos. Nadie votó en contra. Davídov, frotándose las manos, sonrió satisfecho.

—¡La propuesta de organizar una guardería ha sido aprobada por unanimidad! Esta unanimidad, queridos camaradas y ciudadanos, es muy agradable, ¡la pura verdad! Significa que hemos dado en el blanco. Mañana pondremos manos a la obra. Las madres podéis venir a la administración del koljós, para apuntar a los críos, de buena mañana, a partir de las seis, en cuanto hayáis terminado de preparar el condumio. Aconsejaos entre vosotras, camaradas mujeres, y elegid una cocinera que sea limpia y sepa guisar bien, y otras dos o tres koljosianas pulcras, aseadas y que les gusten los chiquillos, para hacer de niñeras. Pediremos en el distrito una directora instruida, que pueda llevar las cuentas. Hemos hecho cálculos y acordado que a las niñeras y a la cocinera les apuntaremos un *trudodién* por día. A la directora tendremos que ponerle un sueldo según las tarifas del Estado. No nos arruinaremos, ¡eso es la pura verdad! Y en esto no hay que roñosear; los gastos los resarcirá la salida de las mujeres al trabajo, eso os lo demostraré después prácticamente. Admitiremos niños de dos a siete años de edad. ¿No hay preguntas?

—¿No será demasiado un *trudodién* al día? Ocuparse de los críos no es tan pesado como eso, no es lo mismo que manejar el bieldo en el campo —reflexionó dubitativo, en voz alta, Efim Krivoshéiev, uno de los últimos campesinos que habían ingresado en el koljós.

Pero inmediatamente se desencadenó a su alrededor tal tempestad de indignadas voces femeninas, que Efim, ensordecido, al principio torció el gesto y se puso a manotear, sacudiéndose de encima a las mujeres que lo acosaban, como si fuesen avispas, pero luego, viendo que el asunto tomaba mal cariz, saltó a un pupitre y vociferó, chancero:

—¡Aplacaos, muñequitas mías, aplacaos por los clavos de Cristo! Lo he dicho por equivocación, se me ha escapado sin querer, por tonto. Dejadme salir y no me pongáis vuestros preciosos puños en la jeta. ¡Camarada Davídov! ¡Auxilia a este nuevo koljosiano! ¡No lo dejes morir como un héroe! ¡Ya conoces a nuestras aldeanitas!

Las mujeres gritaban a porfía:

—Tú, hijo de perra, ¿has cuidado niños alguna vez?

—¡Que haga de cocinera el verraco ese!

—¡De niñera!

—¡Ni con dos *trudodiéns* se paga el guerrear con ellos todo el santo día, y este tiñoso de mierda quiere regatear!

—¡Démosle una lección, comadres, para que aprenda a no pasarse de raya!

Tal vez todo habría terminado en paz y buena armonía, pero la chanza de Efim fue como una señal para abrir la espita de la tirantez, y las cosas tomaron un giro totalmente inesperado para él: entre risotadas y chillidos, las mujeres lo bajaron a tirones del pupitre, una mano morena se asió a su castaña barba, y su camisa de satén, nuevecita, crujió sonoramente, rajándose por todas las costuras y por otras partes. De nada sirvió que Nagúlnov se desgañitase llamando al orden a las mujeres. El alboroto continuó y, poco después, Efim, congestionado de risa y de turbación, salía despedido al pasillo por la fuerza unida de las mujeres. Pero las mangas de su camisa, arrancadas de cuajo, quedaron en el suelo del aula, y la camisa misma, sin un botón, aparecía rasgada en muchos sitios, desde el cuello hasta los faldones.

Sofocándose de risa, entre las carcajadas de los cosacos que le rodeaban, Efim decía:

—¡Qué fuerza tienen hoy nuestras malditas mujeres! ¡Es una calamidad! La primera vez que les llevo la contraria, y ya veis con qué mala pata…

Tapándose pudoroso el negruzco vientre con los jirones de la camisa, Efim rezongó:

—¿Cómo me presento ahora a mi mujer con estos encajes? ¡Me echará de casa cuando vea el estropicio! Tendré que buscarme, con el abuelo Schukar, alguna viuda

que nos aloje por el momento. ¡No tenemos otra salida!

Capítulo XXIV

Salieron de la escuela mucho después de la medianoche. La gente se iba dispersando calmosa por todas las calles y callejas, en animada conversación; chirriaban las puertecillas de los corrales, y en el silencio de la noche se oía el seco chasquido de los cerrojos; aquí y allá resonaban risas, y los perros, soliviantados por la inusitada tremolina a hora tan avanzada, prorrumpieron en frenéticos ladridos en todo Gremiachi Log.

Davídov fue de los últimos en salir de la escuela. Después de la atmósfera viciada y sofocante que se espesaba en todo el edificio, el aire de la calle se le antojó frío, de embriagante frescor. Lo aspiraba con avidez y hasta le pareció percibir en el ligero vientecillo el olor del vino casero.

Dos personas caminaban delante de él. Al oír sus voces, sonrió maquinalmente.

El abuelo Schukar iba diciendo muy acalorado:

—…Y yo, como un tonto, me lo creí cuando ese trapalón del diablo me dijo que Kondrat quería matarme en serio, por mi crítica y autocrítica. Me llevé un susto de muerte y me dije para mi capote: «Un hacha en manos de Kondrat no es cosa de broma. Aunque parezca un mozo tranquilo, cualquiera se fía… ¡Me larga un hachazo en un pronto y me raja la cabeza en dos como una sandía!» ¿Cómo he podido dar crédito a ese barrabás de Agafoshka? ¡Pero si no da un paso sin hacerme alguna trastada! ¡Pero si toda la vida su lengua se mueve como el badajo de una campana! Es él, ese maldito, quien ha enseñado a Trofim a embestirme y a soltarme cornadas en cualquier parte, sin reparar en que tengo una hernia. ¡Lo sé de buena tinta! Yo mismo he visto cómo le enseñaba esa ciencia feroz, sólo que entonces ni se me ocurrió que lo estuviera azuzando contra mí para acortarme la vida.

—Tú no le hagas caso. No te creas nada de lo que te diga, ponlo siempre en la mayor duda. Agafón es muy aficionado a las bromas, se burla de todos, es cuestión de carácter —sonó tranquilizadora la voz de barítono de Nagúlnov, ligeramente ronca.

Los dos entraron por la puertecilla del corral de Nagúlnov, prosiguiendo aquella conversación iniciada, seguramente, en la escuela. Davídov iba a seguirlos, pero cambió de parecer. Torció por la primera calleja y, a los pocos pasos, vio a Varia Jarlámova apoyada en un seto. Ella salió a su encuentro.

La luna menguante apenas alumbraba, pero Davídov notó en los labios de la joven una sonrisa turbada y triste.

—Le esperaba… Sé que va siempre a casa por aquí. Hace mucho que no le veo, camarada Davídov…

—Sí, hace mucho que no nos veíamos, Variuja —dijo contento Davídov—. Estás hecha toda una mujer, y muy guapa, ¡eso es la pura verdad! ¿Dónde andabas metida?

—Unas veces que si la escarda, otras que si la siega, otras que si la casa… Usted no ha sido para venir a verme ni una sola vez, ni siquiera se habrá acordado de mí…

—¡Qué quisquillosa eres, bonita mía! No me regañes. Todo es por el trajín, no me queda tiempo para nada. Nos afeitamos una vez por semana, hacemos una sola comida al día, ya ves cómo andamos de atareados en vísperas de la recolección. Bueno, ¿para qué me aguardabas? ¿Tienes algo que decirme? No entiendo, te noto así como triste. ¿O estoy equivocado?

Davídov oprimió suavemente el prieto brazo de la muchacha y la miró cariñoso a los ojos:

—¿No tendrás alguna pena? ¡Cuéntame!

—¿Va usted a casa?

—¿A dónde más puedo ir a tan altas horas?

—Pues sí que le faltan sitios; usted tiene abiertas todas las puertas del caserío… Si va a casa, llevamos el mismo camino. ¿Me acompaña?

—¡No faltaría más! ¡Tienes cada cosa! ¿Dónde se ha visto que un marino, aunque ya no navegue, se niegue a acompañar a una chica guapa? —dijo Davídov, cómico y teatral, y la agarró del brazo: —Vamos, al compás. ¡Un-dos, un-dos! Anda, dime, ¿qué pesar es el tuyo? Dímelo todo, con sinceridad. El presidente debe saberlo todo, ¡eso es la pura verdad! Hasta lo más íntimo.

De pronto notó Davídov que el brazo de Varia temblaba entre sus dedos, el paso de la joven perdió firmeza, como si hubiera dado un traspiés, y oyó un breve sollozo.

—¡Pero si estás llorando, Variuja! ¿Qué te sucede? —preguntó en voz baja, asustado, dejando el tono jocoso, y se detuvo, tratando de mirarla a los ojos.

Varia, el rostro bañado en lágrimas, se apretó contra su ancho pecho. El no se movía, y ya arrugaba el ceño, ya enarcaba, asombrado, sus requemadas cejas. Y apenas si oyó, entre ahogados sollozos:

—Me quieren casar… Con Vanka Obnízov… Mi madre me repite a todas horas: «¡Cásate con él! ¡Su familia vive bien!»

De repente, todo el amargo dolor que durante muchos días había ido acumulándose en el corazón de la moza estalló en un grito de angustia:

—¿Qué debo hacer, Dios mío?

Durante un segundo, su mano se apoyó en el hombro de Davídov, e inmediatamente se deslizó, pendiendo sin fuerzas.

Davídov jamás se había imaginado que aquella noticia pudiera sumirle en la más absoluta confusión. Desconcertado, atónito por la sorpresa, transido de dolor, apretó en silencio los brazos de Varia. Retrocedió un poco y sin saber qué decir, miró su cara, inclinada, llorosa. Sólo entonces advirtió, por fin, que, sin atreverse a confesárselo a sí mismo, la quería, quizás desde hacía mucho, con un amor puro, incomprensible, nuevo para él, hombre fogueado, y que ya tenía enfrente,

amenazándole a bocajarro, a las dos tristes amigas y compañeras de casi todos los amores verdaderos: la separación y la pérdida…

Serenándose a duras penas, preguntó con voz enronquecida:

—¿Y tú? ¿Qué dices tú, gacela mía?

—¡No quiero casarme con él! ¿Entiendes? ¡No quiero!

Varia levantó hacia Davídov los ojos, arrasados en lágrimas. Sus labios, hinchados, temblequeaban lastimera, conmovedoramente. Y al unísono temblaba, en respuesta, el corazón de él. Seca la boca, tragando con dificultad la saliva, que parecía tener pinchos. Davídov exclamó:

—¡Pues no te cases! Nadie te va a obligar, ¡eso es la pura verdad!

—Pero comprende que somos seis hermanos, yo soy la mayor, y mi madre está enferma. No puedo mantener a toda esa caterva aunque reviente a trabajar. ¿Cómo no lo comprendes, queridito mío?

—Y si te casas, ¿qué? ¿Te ayudará el marido?

—¡Hasta la camisa empeñará con tal de ayudar a los míos! Trabajará sin respiro. ¿Sabes cómo me quiere? ¡con locura! Pero no necesito ni su ayuda ni su cariño. ¡No le quiero ni pizca! ¡Le tengo un asco de muerte! Cuando me coge las manos con las suyas, pringosas del sudor, siento náuseas. Más me valdría… Pero, ¿para qué hablar? Si mi padre viviese, ni pensaría en eso, tal vez estaría terminando ya los estudios en la escuela media…

Davídov seguía contemplando fijamente la cara llorosa de la muchacha, pálida a la luz de la luna. Un rictus de amargura marcaba las comisuras de los hinchados labios de Variuja, y sus ojos, puestos en el suelo, casi los cerraban los párpados, oscuros, azulosos. Estrujando su pañuelito, la joven callaba también.

—¿Y si se ayudase a tu familia? —preguntó indeciso Davídov tras breve reflexión.

Pero antes de que acabara la frase, en los ojos de Varia, que parecieron secarse repentinamente, dejaron de brillar las lágrimas y se encendieron unos llamarazos de cólera. Dilatadas las aletas de la nariz, exclamó con viril rudeza, enronquecida, restallante la voz:

—¡Podéis iros al diablo, tú y tu ayuda! ¿Entiendes?

Nuevamente sobrevino un silencio. Después, Davídov, un tanto desconcertado por la sorpresa, inquirió:

—Eso, ¿por qué?

—¡Porque sí!

—Pero vamos a ver…

—¡No necesito tu ayuda!

—Pero si no se trata de mi ayuda. Será el koljós el que ayude a tu madre, por ser una viuda con muchos hijos. ¿Comprendes? Hablaré en la administración del koljós y

lo acordaremos. ¿Te percatas, Variuja?

—¡No me hace falta la ayuda del koljós!

Davídov se encogió de hombros, enfadado.

—Eres una personita muy rara, ¡eso es la pura verdad! Que si necesita ayuda y está dispuesta a casarse con el primer mozo que encuentre; que si no necesita ayuda de nadie… ¡No te entiendo! Una de dos, o yo estoy mal de la sesera o lo estás tú, ¡eso es la pura verdad! ¿Qué es lo que quieres? ¡Dilo de una vez!

El tono impasible y frío de Davídov —a ella le pareció así— desesperó por completo a Varia. La joven rompió a llorar a lágrima viva, se llevó las manos a la cara y, volviéndose de espaldas, se alejó lentamente unos pasos, y luego echó a correr por la callejuela, inclinándose hacia adelante, sin apartar del rostro las manos, mojadas de llanto.

Davídov le dio alcance en la esquina, la sujetó por los hombros y profirió iracundo:

—¡Eh, Variuja, sin tonterías! Te lo pregunto en serio: ¿qué te pasa?

Fue entonces cuando la pobre Varia dio rienda suelta a su vehemente desesperación, a su honda amargura:

—¡Ciego tonto! ¡Ciego maldito! ¡No ves nada! ¡Te quiero, te quiero desde la primavera, y tú… tú, como si llevases los ojos vendados! Todas las amigas se ríen de mí, toda la gente quizá. ¿Vas a decirme que no estás ciego? La de lloreras que me tengo dadas por ti, maldito…, la de noches que no he pegado ojo, y tú, sin ver nada. ¿Acaso, queriéndote, puedo aceptar tu ayuda o una limosna del koljós? ¿Cómo has tenido el valor de ofrecérmelo, maldito? Antes reviento de hambre que acepto nada de vosotros. Bueno, ya te lo he dicho todo. ¿Te has salido con la tuya? ¿Estás contento? Y ahora, vete con tus Lushkas, a mí no me haces falta, ¡ni regalado quiero un pedazo de piedra fría y sin ojos como tú, alma ciega!

Luego intentó soltarse de un tirón, pero Davídov la tenía bien sujeta. Sí, la sujetaba con fuerza, firmemente, mas sin decir nada. Y permanecieron en silencio unos instantes, hasta que Varia se frotó los ojos con un pico de la pañoleta y dijo con voz sorda, inexpresiva, cansada:

—Suelta. Me voy.

—Habla más bajo, no te vayan a oír —le rogó Davídov.

—Bajo estoy hablando.

—Eres imprudente…

—¡Basta! He tenido prudencia medio año y ya no puedo más. Anda, suéltame. Pronto amanecerá, y yo tengo que ordeñar la vaca, ¿oyes?

Davídov callaba cabizbajo. Con el brazo derecho continuaba oprimiendo los suaves hombros de Varia; notaba el calor de su cuerpo joven y aspiraba la fragancia de su pelo. Extrañas eran, sin embargo, las sensaciones que experimentaba en aquel

momento: no sentía emoción, ni hervor en la sangre, ni deseo. Una leve tristeza envolvía, como neblina, su corazón, y, sin que supiera por qué le costaba trabajo respirar…

Sobreponiéndose, acarició con la mano izquierda la redonda barbilla de la joven, le levantó dulcemente la cabeza y sonrió.

—Gracias, querida, mi querida Variuja.

—¿Por qué? —musitó ella.

—Por la felicidad que me ofreces, por haberme imprecado, por haberme dicho que estoy ciego. Pero no creas que mi ceguera es sin remedio. ¿Sabes? A veces he pensado, solía ocurrírseme, que la felicidad, mi felicidad personal, se había quedado a popa, que era cosa pasada, quiero decir… Aunque mi felicidad pasada fue bien exigua…

—Pues la mía aún lo ha sido más —murmuró Varia, y ya con voz más clara le pidió—: Bésame, presidente mío, por primera y última vez, y vámonos cada cual a su casa, que está amaneciendo. No estaría bien que nos viesen juntos, me daría vergüenza.

Se puso de puntillas como una niña y, echando la cabeza hacia atrás, le brindó los labios. Pero Davídov la besó con frialdad en la frente, como a una criatura, y dijo con firmeza:

—No te aflijas, Varia, todo se arreglará. No te acompaño más allá, no hace falta, ¡la pura verdad!, pero mañana nos veremos. ¡Menudo rompecabezas me has planteado!… Pero, antes de que amanezca, habré dado con la solución, ¡de verdad que daré con ella! Y a tu madre dile a la mañana que por la tarde no salga de casa, iré a veros a la puesta del sol, tenemos que hablar, así que tú quédate también en casa. ¡Hasta luego, gacela mía! No te ofendas de que me vaya así… Necesito pensar en tu destino y en el mío. ¿No es cierto lo que digo?

No esperó respuesta. Dio media vuelta en silencio y se alejó a su paso habitual, acompasado y lento.

Y se habrían separado así, sin ser novios y sin haber regañado. Pero Varia le llamó con un hilito de voz. Davídov se detuvo con desgana y preguntó a media voz:

—¿Qué quieres?

Al verla acercarse rápidamente sintió cierta inquietud: «¿Qué otra decisión habrá tomado, si acabamos de despedirnos? La pena puede empujarla a cualquier cosa, ¡eso es la pura verdad!»

Varia llegó corriendo, se le abrazó y, confundiendo su aliento con el de Semión, balbuceó con febril arrebato:

—¡Queridito mío, no vengas a vemos, no hables con mi madre! ¿Quieres que viva contigo como… como… bueno, como Lushka? Pasaremos un año juntos, y luego me dejas. Me casaré con Vanka. El me aceptará de todos modos, aun después de haber

sido tuya. Anteayer me lo dijo: «Te querré, hagas lo que hagas». ¿Quieres?

Davídov la rechazó bruscamente y le dijo con desprecio:

—¡Estúpida! ¡Mocosa! ¡Necia! ¿Te das cuenta de lo que dices? ¡Te has vuelto loca! ¡Eso es la pura verdad! Serénate y márchate a casa, a dormir. ¿Me oyes? Por la tarde iré a veros, y no se te ocurra esconderte. ¡Te encontraré donde sea!

Si Varia se hubiera marchado ofendida, en silencio, así se habrían separado, pero ella le preguntó muy quedo, con voz desfallecida:

—¿Qué he de hacer entonces, Semión, queridito mío?

Y por segunda vez aquella noche, a Davídov le dio un vuelco el corazón, pero ya no era de lástima. Abrazó a Varia, acarició su cabeza inclinada y le rogó:

—Perdona, me he acalorado… ¡Pero tú también eres buena! ¡Mira qué sacrificios se le ocurren!… Vete, de verdad, querida Variuja, duerme un poco, y a la tarde nos veremos. ¿De acuerdo?

De acuerdo —respondió sumisa, y, apartándose bruscamente de Davídov, exclamó asustada: —¡Dios Santo! Si ya es de día. ¡Pobre de mí!…

El alba se les había echado encima imperceptiblemente, y Davídov, como si despertara de un sueño, vio, nítidas, las siluetas de las casas, de los cobertizos y las techumbres, el manchón azul oscuro que formaban las copas de los árboles en los huertos silenciosos y, por Oriente, la turbia y estrecha franja escarlata de la aurora.

Por algo se le había escapado a Davídov, cuando hablaba con Varia, lo de que su felicidad «había quedado a popa». Pero, ¿había conocido la felicidad en su azarosa vida? Seguramente, no.

Hasta muy entrada la mañana estuvo sentado junto a la abierta ventana de su cuarto, fumando un cigarrillo tras otro y rememorando sus amoríos, pero no encontró nada que pudiera ser recordado con gratitud, con tristeza o, por último, con remordimiento… Todas sus relaciones con las mujeres habían sido breves, ocasionales, de esas que no obligan a nada. Se entendían con facilidad, se separaban sin pesar, sin dolor ni lamentos, y al cabo de una semana volvían a encontrarse como extraños, y sólo para guardar las formas cruzaban frías sonrisas y unas cuantas palabras intrascendentes. ¡Amores de conejo! Al pobre Davídov le daba vergüenza recordarlos y, al viajar con la imaginación por su pasado amoroso y tropezar con esos episodios, hacía una mueca de asco y trataba de olvidarlos, pues embellecían su vida pasada lo mismo que, por ejemplo, embellece un chafarrinón de mazut el limpio uniforme de un marinero. Para olvidar aquellos desagradables lances, encendía atropelladamente, lleno de turbación, otro cigarrillo. «Para qué se me ocurre hacer el balance —pensaba—. ¡Sólo me salen tonterías y basura! ¡La pura verdad! Un cero como una casa: éste es tu resultado, marinero. ¡Vaya, hombre, has vivido con las mujeres como lo hubiera hecho cualquier perro!»

A eso de las ocho de la mañana, resolvió: «Nada, me caso con la Varia. Ya es hora

de poner fin a la soltería, marinero. Creo que será lo mejor. Haré que ingrese en una escuela agrícola, dentro de dos años, el koljós tendrá su propio agrónomo y arrimaremos el hombro juntos. Y después, ya se verá».

Cuando adoptaba una decisión, Davídov no tenía por costumbre dar largas al asunto, aplazar su cumplimiento. Por ello se lavó y se fue a ver a los Jarlámov.

Encontró en el corral a la madre de Varia y la saludó con respeto:

—Buenos días, madre, ¿qué tal vives?

—Buenos los tengas, presidente. Vamos tirando. ¿Qué deseas, qué te trae por aquí tan temprano?

—¿Está la Varia en casa?

—Está durmiendo. ¿No ves que esas reuniones vuestras duran hasta el amanecer?

—Vamos adentro. Y despiértala. Tenemos que hablar.

—Pasa; me alegra verte en mi casa.

Entraron en la cocina. La mujer, mirándole recelosa dijo:

—Siéntate. Ahora mismo llamo a la Varia.

Varia salió en seguida de su habitación. Seguramente tampoco había podido conciliar el sueño. Tenía los ojos hinchandos de tanto llorar, pero su cara, con esa lozanía que da la juventud, resplandecía como si reflejase una suave luz interior. Al entrar miró con el rabillo del ojo a Semión, inquisitiva y expectante, y le dijo:

—Buenos días, camarada Davídov. ¿Nos viene a visitar de buena mañana?

Davídov se sentó en un banco, echó una ojeada a los niños, que dormían amontonados en un pobre camastro, y respondió:

—No vengo de visita, sino a tratar un asunto muy serio. Escucha, madre…

Enmudeció Semión un instante, buscando las palabras y mirando con ojos fatigados a la mujer, ya entrada en años.

La madre de Varia, plantada junto al horno, alisaba nerviosa los pliegues de su ajada bata sobre el pecho hundido.

—Escucha, madre —repitió Davídov—. Varia me quiere, y yo la quiero a ella. Hemos decidido que me la llevo al centro comarcal para que estudie agronomía, allí hay una escuela de ésas. Dentro de dos años será agrónomo y vendrá a trabajar aquí, a Gremiachi Log, y este otoño, en cuanto terminemos las faenas del campo, celebraremos la boda. Sé que han estado a pedírtela de parte de Obnízov; no fuerces a la moza, ella misma elegirá su suerte, ¡eso es la pura verdad!

Adoptando una expresión muy adusta, la mujer se volvió hacia su hija:

—¡Varia!

—Madrecita… —balbuceó la joven, y, acercándose rápida a la madre, llorando de alegría, le cubrió de besos las manos cuajadas de arrugas y endurecidas por largos años de incesante trabajo.

Davídov, que se había vuelto hacia la ventana, la oyó susurrar entre sollozos:

—¡Madrecita, querida, si es preciso iré con él hasta el fin del mundo! Haré lo que él diga. Estudiaré, trabajaré, haré lo que sea. Pero no me obligues a casarme con Vanka Obnízov, eso sería mi perdición…

Hubo un breve silencio. Luego Davídov oyó la voz temblorosa de la madre de Varia:

—Por lo que veo, os habéis puesto de acuerdo sin contar conmigo, con la madre. En fin, que Dios os juzgue. No quiero que Varia sea desgraciada, pero tú, marinero, no hagas burla de la moza. Tengo puestas en ella todas mis esperanzas. Ya ves que es la mayor de casa, ella la sostiene, pues yo, con las penas, los críos, las privaciones… ¿ves cómo estoy? Me he vuelto vieja antes de tiempo. Durante la guerra, pude ver cómo sois los marineros… ¡No desgracies nuestra familia!

Davídov se volvió bruscamente y la miró a la cara:

—Tú, madrecita, no te metas con los marinos. Algún día se escribirá con qué coraje combatimos y les pegamos a vuestros cosaquejos, ¡eso es la pura verdad! En lo tocante al honor y al querer, hemos sabido y sabemos ser honrados y fieles, mucho más que algunos canallas que nunca han ido de uniforme. Por Varia no te preocupes, yo nunca la ofenderé. En cuanto a lo que vamos a hacer, quiero rogarte una cosa: si estás de acuerdo en que ella y yo nos unamos, mañana la llevaré a Míllerovo, la dejaré colocada en la escuela de agronomía, y yo, hasta que nos casemos, me vendré a vivir con vosotros. Estaré más a gusto que en casa ajena, y, además, ¿no debo ahora mantener vuestra familia, ayudaros? Tú, con los chicos y sin Varia, te derrengarías. Así que yo tomaré sobre mis espaldas el cuidado de todos vosotros. Las tengo bien anchas, no te preocupes, lo soportarán, ¡eso es la pura verdad! Marcharemos de primera. ¿Qué, estamos de acuerdo?

De una zancada se plantó junto a ella y abrazó sus hombros, angostos, enjutos, y cuando notó en la mejilla el contacto de los labios de su futura suegra, húmedos de llanto, dijo con disgusto:

—¡La de lágrimas que lloráis las mujeres! Podéis ablandar al tío más duro. ¡Ea, tranquilízate, vieja! ¿Qué, saldremos adelante? Yo te digo que sí, ¡eso es la pura verdad!

Davídov sacó apresuradamente del bolsillo un arrugado fajo de billetes, lo metió debajo del humilde tapete que cubría la mesa y, sonriendo cohibido, barbotó:

—Esto es de mis viejos ahorros, de cuando era obrero. Gasto sólo en tabaco… Bebo muy rara vez, y, en cambio, a vosotras el dinero os hará falta: habrá que comprar algo a Varia para el camino, o para los chicos… Bueno, eso es todo. Me marcho, todavía tengo que ir hoy al distrito. Volveré por la tarde y traeré mi maleta. Tú, Varia, prepárate. Mañana, al salir el sol, nos iremos al centro comarcal. Bueno, hasta luego, queridas mías.

Dicho esto, juntó en un mismo abrazo a Varia, que se había arrimado a él, y a su

madre, giró resueltamente sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta.

Su paso era firme y mesurado, con el leve bandeo marinero de siempre, pero si alguien que le conociera bien le hubiese visto, habría notado en su andar algo nuevo…

Al día siguiente, Davídov fue al Comité de distrito del Partido y volvió con la autorización de Nesterenko para dirigirse al Comité comarcal.

—Sólo que no te entretengas allí —le previno Nesterenko.

—Ni una hora más de lo preciso, con tal de que telefonees al secretario del Comarcal para que me reciba y me ayude a matricular a Jarlámova en la escuela de agricultura.

Nesterenko entornó los ojos con malicia:

—¿No me estarás embaucando, marinero? Mira, allá te las compongas si me dejas mal y no te casas con la chica esa. Por segunda vez no te perdonaremos tu donjuanismo. Lo de Lushka Nagúlnova no tenía tal importancia, en fin de cuentas se trataba de una mujer separada del marido, pero esto es muy distinto…

Davídov le miró colérico y, sin escucharle hasta el final, le interrumpió:

—¿Cómo diablos puedes, secretario, pensar tan mal de mí?, ¡eso es la pura verdad! He hablado con su madre, le he pedido en toda regla la hija en matrimonio. ¿Qué quieres? ¿Por qué no me crees?

Nesterenko dijo quedamente:

—Una última pregunta, Semión: ¿No has hecho vida con la chica? Y si la has hecho, ¿por qué no quieres formalizar el casamiento antes de que se marche a estudiar? ¿No esperas a nadie de Leningrado? ¿Otra mujer que hayas tenido, por ejemplo? Comprende, ceporro del demonio, que me preocupo por tu bien, vaya, como un hermano, y que para mí sería muy amargo llevarme un desengaño, dejar de considerarte un hombre decente… No buceo en tu alma por simple curiosidad… No te ofendas, ¿oyes? Bueno, y para terminar: ¿no querrás poner a estudiar a la Jarlámova para quedarte con las manos sueltas, para librarte de su presencia?… ¡Ten cuidado, hermano!

Davídov, doblando con fatiga las piernas, entumecidas por la rápida cabalgada, se dejó caer pesadamente en una vieja silla, puso una inexpresiva mirada en los maltrechos brazos de mimbre del barato sillón del secretario, escuchó la incesante algarabía de los gorriones en las acacias y, después de lanzar una ojeada al rostro amarillo de Nesterenko y a su vieja guerrera, con las mangas pulcramente remendadas, dijo:

—Hice mal en jurarte amistad cuando esta primavera nos conocimos en el campo… Mal, porque tú, como veo, tienes la costumbre de no fiarte de nadie… ¡Así te lleve el diablo, secretario! Por lo visto, sólo confías en ti, y eso, los días de fiesta. A todos los demás, incluso a los que haces protestas de amistad, los miras siempre con

un recelo estúpido. ¿Cómo puedes dirigir la organización distrital del Partido teniendo ese carácter? ¡Comienza por confiar en ti mismo como es debido, y luego sospecha, si quieres, de los demás!

Nesterenko sonrió con penoso esfuerzo:

—¿De modo que te has molestado, aunque te rogué que no te ofendieras?

—¡Sí!

—¡Pues no vales un comino!

Davídov, más fatigado aún, se levantó:

—Me voy, porque vamos a regañar.

—Yo no querría —contestó Nesterenko.

—Ni yo tampoco.

—Entonces quédate otros cinco o diez minutos y zanjaremos la discusión.

—Bueno.

Davídov volvía a sentarse y dijo:

—No he hecho nada malo a la muchacha, ¡eso es la pura verdad! Necesita estudiar. Tiene una familia muy grande, ella es la mayor, lleva toda la casa… ¿Comprendes?

—Comprendo —respondió Nesterenko, pero seguía mirándole con severidad y retraimiento.

—Pienso casarme con ella cuando quede arreglado definitivamente lo de sus estudios y yo dé fin a las labores de otoño. Resumiendo, será una boda campesina, después de la recolección —sonrió tristemente Davídov, y viendo que Nesterenko suavizaba el gesto y escuchaba con más atención, prosiguió de mejor gana, sin el enojo ni el retraimiento de antes: —No he estado casado ni en Leningrado ni en ninguna otra parte. Con Variuja corro por primera vez ese riesgo. Y ya es hora. Pronto cumpliré los cuarenta.

—¿Desde los treinta cuentas cada año por diez? —sonrió Nesterenko.

—¿Y la guerra civil? Yo contaría por diez cada año pasado en ella.

—Mucho me parece.

—Pues mírate al espejo y me darás la razón.

Nesterenko se levantó, dio una vuelta por el despacho, frotándose, friolento, las manos, y contestó inseguro:

—Eso, según… Por lo demás, ahora no hablamos de eso, Semión. Me alegro de haber aclarado que esta vez no darás un mal paso, como entonces con Lushka Nagúlnova; esta vez parece que lo has tomado en serio. En fin, apoyo tu buena iniciativa y te deseo que seas feliz.

—¿Vendrás en otoño a la boda? —le preguntó, ya cordial, Davídov.

—¡El primer invitado! —replicó Nesterenko, y su sonrisa, como en otras ocasiones, expresó una alegría infingida, que encendió en sus turbios ojos las

conocidas chispitas de niño travieso—. El primero, no en importancia, sino porque seré el primero en presentarme en cuanto oiga de la boda.

—Bueno, salud. Telefonea al secretario del Comarcal.

—Hoy mismo. Vete, y no te entretengas allí.

—¡Volveré en un dos por tres!

Cambiaron un fuerte apretón de manos.

Al salir a la calle, polvorienta, caldeada por el sol, Davídov pensó: «Algo debe de ocurrirle para que haya cambiado tanto. Está muy enfermo: ese color amarillo, las mejillas hundidas, como un cadáver, los ojos turbios… ¿No me hablaría así por eso?…»

Se hallaba ya Davídov a un paso del caballo, cuando Nesterenko, asomándose a la ventana, le llamó sin levantar la voz:

—Vuelve un momento, Semión.

Davídov subió de mala gana los peldaños de la terracilla del Comité.

Nesterenko, más encorvado aún, con todo el cuerpo desmadejado, le miró y le dijo:

—Quizá he sido demasiado duro contigo, pero excúsame, hermano, tengo un disgusto muy grande. Además del paludismo, he cogido, no sé dónde, la tuberculosis, y ahora me está consumiendo el organismo, se trata de un proceso abierto, y bien abierto. Tengo cavernas en los dos pulmones. Mañana me voy a un sanatorio, me envía el Comité Comarcal. No quisiera ausentarme del distrito antes de la recolección, pero no hay más remedio, no voy por mi gusto. Procuraré regresar a tiempo para tu boda. No vayas a creer que te he llamado para llorar mis penas. Sencillamente, he querido que, como amigo mío, conozcas la desgracia que me ha caído encima tan de sopetón…

Davídov dio la vuelta a la mesa, le abrazó vigorosamente, en silencio, le besó en la mejilla, caliente y húmeda, y luego dijo:

—¡Vete, amigo, cúrate! De eso únicamente se muere la gente joven. A ti y a mí no hay enfermedad que nos tumbe.

—Gracias —musitó muy bajo Nesterenko.

Davídov salió presuroso a la calle, montó el caballo y, por vez primera, le sacudió un latigazo y salió al galope por la calle de la *stanitsa*, murmurando rabioso entre dientes.

—¡Te pasarías la vida durmiendo, hijo de tu madre!

Regresó Davídov al caserío después del mediodía y se fue derecho a casa de los Jarlámov. Se apeó junto a la puertecilla del corral y entró sin precipitarse. Seguramente le habían visto llegar, pues cuando se acercaba a la terracilla, muy espatarrado y haciendo muecas de dolor, por las rozaduras que le había producido tan larga cabalgada, su futura suegra le recibió en el umbral muy amablemente, como si

en medio día se hubiese habituado a él.

—¿Te has lastimado, hijito querido? Qué pronto has vuelto. ¡Con la tira que hay de aquí a la *stanitsa*!—salmodió con afectada conmiseración al ver el inseguro y renqueante andar con que Davídov se aproximaba al umbral y, sin duda, burlándose bonachona de su futuro yerno, que agitaba bizarro la fusta, cuando apenas si podía con su alma… Como vieja cosaca, sabía muy bien qué clase de jinetes eran los «rusos»…

Maldiciendo para sus adentros aquella compasión, Davídov dijo con aspereza:

—No es para tanto, madre. ¿Dónde está Varia?

—Ha ido en busca de una costurera. Tiene que recoser algún trapillo viejo, ¿no? ¡Ay, mozo, vaya novia que te has echado! Aunque reventaras de tanto buscar, en la casa no encontrarías más que una falda vieja. ¿Dónde tenías los ojos?

—Esta mañana vine a pedirte tu hija, y no una falda —respondió Davídov pasándose la lengua por los labios resecos—. ¿No tendrás un poco de agua fresca? Las faldas ya las compraremos, podemos esperar. ¿Cuándo vendrá Varia?

—Sabe Dios. Pasa adentro. ¿Qué?, ¿has arreglado con tus jefes lo de los estudios de Varia?

—Claro que sí. Mañana nos vamos al centro comarcal, prepara a tu hija para un viaje largo. ¿Qué, piensas ponerte a llorar? Ya es tarde.

La madre, en efecto, rompió a llorar amarga, desconsoladamente, pero no tardó en sobreponerse a su debilidad, se enjugó los ojos con el delantal, no muy limpio, y dijo disgustada, entre espaciados sollozos:

—¡Pero entra en la casa, hombre de Dios! ¿O es que vamos a tratar de cosas tan serias en medio del corral?

Davídov entró, se sentó en un banco y tiró debajo la fusta.

—¿De qué quieres que hablemos, madre? Todo está claro y resuelto. Hagamos así; me he cansado mucho estos días, dame agua, después dormiré una horita, aquí mismo, y cuando me despierte, hablaremos. El caballo que lo lleve uno de los chicos a las cuadras del koljós.

La mujer, ya de mejor talante, le dijo:

—Del caballo no te preocupes, los chicos lo llevarán. Y tú, espera un poco, te daré leche fría. Ahora mismo te la traigo de la fresquera.

El cansancio y las noches de vigilia habían rendido a Davídov, que no tuvo fuerzas para esperar la leche; cuando la dueña de la casa volvió, sosteniendo con ambas manos una jarra de leche, toda empañada, dormía ya en el banco, con el brazo derecho colgando y la boca entreabierta. La mujer no quiso despertarlo; le levantó cuidadosamente la cabeza y le puso debajo una pequeña almohada, de funda azul.

Narcotizado por el calor de la casa y el cansancio, Davídov durmió dos horas de un tirón. Le despertaron un rumor de voces infantiles y las caricias de unas tibias

manos de mujer. Abrió los ojos y vio a Varia, sentada a su lado, sonriendo cariñosa, y a cinco rapazuelos que se apiñaban junto a él. Eran todos los vástagos de la cepa de los Jarlámov.

El más pequeño, y, por lo visto, también el más valiente, tomó confiado entre sus deditos la manaza de Davídov, se abrazó a él y le preguntó tímidamente:

—Tío Semión, ¿es verdad que vas a vivir con nosotros?

Davídov bajó las piernas del banco y sonrió soñoliento al pequeño:

—Verdad es, hijito. Claro que sí. Varia se va a estudiar, ¿quién os va a dar de comer, a vestir y calzar? Ahora tendré que hacerlo yo, ¡la pura verdad!

Semión descansó paternalmente su mano sobre la tibia y alborotada pelambrera del niño.

Capítulo XXV

Al día siguiente, mucho antes del amanecer, Davídov despertó al abuelo Schukar, que dormía en el henil, le ayudó a enganchar los potros y se encaminó a casa de los Jarlámov. Como los postigos estaban entornados, vio luz en la cocina.

La madre de Varia estaba guisando, los chicos dormían atravesados en una ancha cama de madera, y Varia, compuesta para el viaje, sentada en un banco, no parecía ya hallarse en su propia casa, sino de vIsita y por muy poco tiempo.

La muchacha acogió a Davídov con una sonrisa feliz y agradecida.

—Te esperaba, presidente mío, hace mucho que estoy lista.

Su madre, después de saludar a Semión, agregó:

—Empezó a aviarse en cuanto cantaron los gallos. La impaciencia de la juventud, es todavía una mocosuela; ¡y tonta, por añadidura, huelga decirlo!… Ahora mismo estará el desayuno. Pasa y siéntate, camarada Davídov.

Los tres comieron apresuradamente sopa de coles del día anterior y patatas fritas, rociándolo todo con leche. Al levantarse, Davídov dio las gracias a la dueña de la casa y dijo:

—Ya es hora, Varia. Despídete de tu madre, pero rápido. Y sin llantos, que no es para siempre. Cada vez que vaya a la ciudad, madre, te llevaré conmigo para que veas a tu hija… Te espero junto al carro —dijo a Varia, y, ya desde el umbral, le preguntó: —¿Llevas ropa de abrigo?

Ella contesó un tanto confusa.

—Tengo una chaquetilla guateada, pero está muy vieja…

—Vale para el caso, no vas al baile, ¡eso es la pura verdad!

Al cabo de una hora estaban ya lejos del caserío. Davídov iba sentado junto a Schukar, y Varia, al otro lado del carricoche. De vez en cuando oprimía la joven la mano de Davídov y volvía a sumirse en sus pensamientos. En su corta vida jamás había salido del caserío para mucho tiempo; sólo había ido unas cuantas veces a la *stanitsa*, aún no había visto el ferrocarril, y aquel primer viaje a la ciudad la llenaba de gozo y de turbación, haciendo latir con fuerza su corazoncito. En fin de cuentas, separarse de la familia y de las amigas resultaba duro, y por ello unas lagrimitas empañaban sus ojos de vez en cuando.

Atravesaron el Don en una balsadera, y cuando los potros empezaban a subir al paso el repecho ribereño, Davídov se apeó y echó a andar junto al coche, al lado de Varia, sacudiendo con sus botas el abundante rocío de las pequeñas matas de ajenjo que bordeaban el camino, aún incoloro antes de la salida del sol, sin esos destellos que adquiere ya entrada la mañana, cuando, a la luz del astro del día, refulge con todos los colores del arco iris. Miraba Davídov a Varia, le sonreía, dándole ánimos, y le decía bajito:

—Vamos, Variuja, sécate las lágrimas. Ya eres mayorcita, y las personas mayores no lloran, repórtate, alma mía.

Varia, toda llorosa, se secó dócilmente las mejillas con un pico de su pañuelo azul y le devolvió una sonrisa tímida y sumisa. La niebla se extendía sobre las gibosas y blancuzcas estribaciones de los montes del Don, y la cresta del alcor, cubierta por su tupido cendal, era todavía invisible.

En aquella hora temprana, ni el llantén de la estepa, ni las abatidas ramas del meliloto amarillo, ni el centeno que asomaba en el collado, cerca del camino, esparcían sus aromas diurnos. Hasta el ajenjo había perdido su penetrante fragancia; todos los aromas habían sido absorbidos por el rocío, que cubría hierbas y mieses tan copiosamente como si hubiera caído un aguacero estival. Por eso, en aquella tranquila hora matinal dominaban plenamente en la estepa dos sencillos olores: el del rocío y el del polvo del camino, ligeramente humedecido.

Enfundado en su viejo impermeable de lona, ceñido con una faja de tela roja todavía más vieja, el abuelo Schukar se había encogido de frío y guardaba un silencio extraño en él. El anciano sacudía de vez en cuando el látigo y, chasqueando los labios, arreaba a los potros, que, sin necesidad de todo ello, iban a buen trote.

Pero cuando salió el sol, el abuelo, más animado, preguntó:

—Por el caserío corre la voz, Siómushka, de que piensas casarte con Varia. ¿Es verdad?

—Lo es, abuelo.

—Qué le vas a hacer, por muchas vueltas que se le dé, tarde o temprano no hay quien se escape del casorio, me refiero a los hombres, claro —filosofó el viejo, y añadió al punto: —También a mí me casaron mis difuntos padres, cuando acababa de cumplir dieciocho añitos. Ya entonces sabía yo más que aceite de tienda y no ignoraba que eso del casorio es un espanto… Lo rehuía como nadie en el mundo. Sabía muy requetebién que «el que se casa, por todo pasa». ¡Qué no intenté, Siómushka, corazón mío! Me hice el loco, el enfermo, el epiléptico. Por hacerme el loco, mi padre, hombre de muy malas pulgas, me dio de latigazos dos horas largas, y no hubiese parado de no haber roto el mango en mis espaldas. Por fingirme epiléptico, me zurró con unas riendas. Y cuando me hice el enfermo y me puse a gritar con voz lastimera, diciendo que estaba podrido por dentro, salió al patio sin decir palabra y volvió con una vara del trineo. No le dio pereza al condenado salir al cobertizo, arrancar la vara y dejar arruinado el trineo. Ya ves cómo era el difunto, que Dios lo tenga en la gloria. Como te decía, vino con aquella vara y, la mar de cariñoso, me habló así: «Levántate, hijito, que te voy a curar…» Yo pensé: «¡Huy!, si se ha tomado el trabajo de desmontar la vara, tampoco vacilará en sacarme el resuello con su medicina». Se me encogió el ombligo al verle empuñando la vara. ¡La cosa no iba en broma! De pequeño había notado ya que mi padre estaba algo mal de la cabeza…

Salté de la cama como si me hubieran echado agua hirviendo. Y me casé. ¿Qué podía hacer yo con un loco como él? Y desde entonces mi vida anduvo de través, de costado y patas arriba. Si ahora mi vieja pesa sus buenos ocho puds, a los diecinueve años pesaba… —el viejo se mordió pensativo los labios, alzó la vista y terminó resuelto— lo menos quince, vive Dios.

Davídov, ahogándose de risa, preguntó a duras penas:

—¿No te parecen muchos?

A lo que el abuelo Schukar objetó con muchísima razón:

—¿Y a ti qué más te da? Pud más o menos, ¿qué puede importarte? Los sufrimientos y batallas con ella no han sido para ti, sino para mí. En pocas palabras, el matrimonio me fue como para colgarse. Pero ella no sabía con quién había topado. Cuando me arranco, soy de miedo. Y en plena desesperación, pensé: cuélgate tú primero, que yo lo haré después…

El abuelo Schukar meneó la cabeza alegremente, emitió unas risitas, entregado, por lo visto, a sus recuerdos, y, al ver que le escuchaban con sostenida atención, prosiguió:

—¡Eh, queridos ciudadanos y… tú, Varia! Cuando mi vieja y yo éramos jóvenes, nuestro amor era*frenético*. Pero yo os pregunto: ¿por qué *frenético*? Pues porque toda la vida fue iracundo y *frenesí* e ira es lo mismo, según he leído en un *dicionario* muy gordo que tiene Makárushka.

Cuando me despertaba por las noches y veía a mi mujer llorando unas veces y riendo otras, decía yo para mis adentros: «Llora, queridita, que las lágrimas de mujer son rocío divino; mi vida contigo tampoco es miel, pero yo no lloro».

Llevábamos más de cuatro años casados, cuando sucedió lo siguiente: nuestro vecino Polikarp volvió del servicio militar. Había servido en un regimiento de la Guardia, en el del Atamán. Allí le enseñaron al muy bobo a retorcerse los bigotes, y en el caserío empezó a hacerlo delante de mi mujer. Una noche los vi que estaban junto a la cerca, mi mujer a este lado, y él al otro. Entré en casa, haciendo la vista gorda. A la noche siguiente, lo mismo. Vaya bromita, me dije. Al tercer día, me marché de casa aposta. Volví anochecido, ¡Y allí estaban otra vez! Aquello pasaba ya de castaño oscuro. Tenía que hacer algo. Y veréis lo que se me ocurrió: envolví en una toalla una pesa de tres libras, me metí callandito en el corral de Polikarp, descalzo para que no me oyera, y, mientras estaba retorciéndose los bigotes, le sacudí en el colodrillo con toda mi alma. Quedó tendido al pie del seto, como un tronco.

A los pocos días me lo encontré con la cabeza vendada. Me dijo avinagrado: «Imbécil. Podías haberme matado». Y yo a él: «Está aún por ver quién de los dos es el imbécil: el que quedó tendido junto al seto, o el que se tuvo de pie»

Desde aquel momento, ¡mano de santo! Dejaron de plantarse junto a la cerca. Sólo que a mi mujer le dio por rechinar los dientes durante la noche. Me despertaba

aquel ruido, y le preguntaba: «¿Es que te duelen las muelas, queridita?» Y ella me contestaba: «¡Déjame en paz, imbécil!» Yo pensaba: «Está aún por ver quién es más imbécil de los dos: el que rechina los dientes, o el que duerme callado y tranquilito, como una criaturita en su cuna.

Varia y Semión no habrían la boca, temiendo disgustarle. Varia se estremecía de risa, en silencio; Davídov se volvió de espaldas a Schukar, se tapó la cara con las manos y tosía, muy sospechosamente, con harta frecuencia. Schukar, sin advertirlo, proseguía, ya embalado:

—Ya veis cómo es a veces el amor *frenético*. En pocas palabras, que es raro cuando sale algo bueno de esos casamientos, así pienso yo, con mi caletre de viejo. O tomemos, por ejemplo, el siguiente caso: en tiempos del zar vivía en nuestro caserío un maestro joven. Tenía novia, la hija de un comerciante, también del lugar. Iba ese maestro tan elegante, tan bonito —me refiero al vestir—, como un gallo joven, y casi siempre andaba en bicicleta, pocas veces se le veía a pie. Entonces las bicicletas no habían hecho más que aparecer, y si a todos los del caserío aquella primera bicicleta los tenía pasmados, excuso decir lo que era para los perros. En cuanto el maestro salía a la calle, con su bicicleta de ruedas relucientes, los malditos chuchos se volvían locos. El apretaba de firme para escapar, se agachaba cuanto podía sobre la máquina y le daba a las piernas tan de prisa, que no se le veían. ¡La de gozquejos que atropelló! Pero los chuchos le jugaron una mala pasada.

Una mañana atravesaba yo la plaza para salir a la estepa, en busca de la yegua, cuando, ¡zas!, me topo con una boda perruna. Delante corría una perrita, y tras ella, como es de rigor, un ristra de perros, lo menos treinta. Entonces nuestros convecinos, malditos sean, habían criado tantos perros, que uno perdía la cuenta. En cada casa tenían dos o tres ¡Y qué perrazos! Cualquiera de ellos, peor que un tigre feroz, y grandes como chotos. Todos querían tener bien guardados sus baúles y bodegas. Pero, ¿de qué les valió? La guerra se lo llevó todo al diablo… Pues, como os decía, me topé con los perros aquellos. Yo, que no era tonto, solté las bridas y, como el gato más atrevido, me subí en un santiamén a un poste del telégrafo, lo engarfié con las piernas y me puse a esperar. Pero quiso el azar puñetero que en aquel mismo instante apareciera el maestro con su máquina, relucientes las ruedas y el manillar. Y, claro, los chuchos lo acosaron. El arrojó la bicicleta y quedó clavado en el sitio; yo le grité: «Súbete al poste, bobo, si no quieres que te hagan trizas». El pobre empezó a trepar, pero se retrasó un poco: no había hecho más que agarrarse al poste, cuando le quitaron en un abrir y cerrar de ojos sus pantalones de tela *digonal*,nuevecitos, la chaqueta de uniforme, con botones dorados, y toda la ropa interior. Los perros más feroces incluso le pellizcaron la carne desnuda en cierta parte del cuerpo.

Después de solazarse con él cuanto les vino en gana, siguieron su camino. El maestro se quedó subido al poste, y su único consuelo era haber conservado la gorra

con su escarapela, aunque, por cierto, había roto la visera al trepar.

Bajamos de nuestro refugio, primero él, y yo detrás, pues estaba más alto, junto a las mismas jícaras por donde pasan los cables. Saltamos por orden, él, desnudo como estaba, y yo, con una simple camisa y mis pantalones de arpillera. «Buen hombre —me pidió—, cédeme por un momento tus pantalones, dentro de media hora te los devuelvo». Yo le dije: «Amigo, ¿cómo voy a cedértelos, si no llevo calzoncillos? Tú te largas en tu máquina, ¿y yo qué? ¿Quieres que me quede, sin pantalones, dando vueltas alrededor del poste, en pleno día? Te puedo dejar la camisa, pero los pantalones no, perdona». Se puso mi camisa, metiendo las piernas en las mangas, y se fue el pobre muy despacito. Tenía motivos más que sobrados para salir al trote, pero cómo iba a hacerlo si, incluso al paso, andaba como un caballo trabado. Bueno, pues su novia, la hija del comerciante, le vio con mi camisa, y ese día se acabó su amor. Tuvo que trasladarse *urgientemente* a otra escuela. Y a la semana de este *encidente*, entre la vergüenza, el miedo a los perros, el abandono de la novia y el hundimiento de su amor al puñetero cuerno, le entró al mozo una tisis galopante y se murió. Pero yo no creo que fuera de lo último, más bien sería del miedo y la vergüenza. Ahí tenéis a lo que lleva ese maldito amor, sin hablar ya de los *destintos* casorios y bodas. Y tú, Siómushka de mis pecados, piénsalo cien veces antes de casarte con la Varia. Todas ellas están cortadas por el mismo patrón; por algo Makárushka y yo las odiamos que no podemos verlas.

—Bueno, abuelo, aún lo pensaré —le tranquilizó Davídov, y aprovechando que Schukar estaba encendiendo un cigarro, abrazó rápidamente a Varia y la besó en la sien, en un suave rizo agitado por el viento.

Fatigado por su relato y quizá por los recuerdos, el abuelo Schukar pronto empezó a dar cabezadas, y Davídov tomó las riendas de sus débiles manos. Vencido por el sopor, el viejo balbuceó:

—Gracias, corazón, arrea los potros con el látigo, mientras yo duermo una horita. ¡Maldita vejez! En cuanto calienta el sol, el sueño te amodorra… Y en invierno, cuanto más frío hace, más quieres dormir, pero hay que tener cuidado, uno puede quedarse fiambre sin darse cuenta.

Pequeñajo y esmirriado, se tendió, tieso como un látigo, a lo largo del vehículo, entre Varia y Davídov, y un instante después emitía débiles y aflautados ronquidos.

La estepa, caldeada por el sol, emanaba ya los aromas de todas sus hierbas; a la fragancia del heno se mezclaba el insípido olor del tibio polvo caminero; hundida en la caliginosa neblina, azuleaba imprecisa la línea sinuosa del horizonte, y Varia contemplaba con ávida mirada la estepa de la margen opuesta del Don, desconocida, pero también infinitamente cercana y entrañable.

Pasaron la noche junto a un almiar, tras de haber recorrido más de cien kilómetros. Cenaron con parte de las modestas provisiones que traían de casa y

estuvieron un rato sentados junto al carricoche, mirando silenciosos el cielo, tachonado de estrellas. Davídov dijo:

—Mañana hay que madrugar otra vez, así que, ¡a dormir se ha dicho! Tú, Variuja, échate en el carricoche y te tapas con mi abrigo; el abuelo y yo nos refugiaremos al pie del almiar.

—Eso está muy puesto en razón, Siómushka —aprobó encantado Schukar, muy satisfecho de que Davídov se acostase precisamente a su lado.

Hemos de confesar que al viejo le daba miedo pasar la noche solo en medio de la estepa, extraña, desierta.

Davídov, tendido de espaldas, las manos cruzadas tras la nuca, contemplaba el abismo azul pálido del firmamento. Encontró la Osa Mayor, suspiró y quedó sorprendido al notar que sonreía inconscientemente.

Hasta la medianoche no se enfrió la tierra, caldeada por el sol, ni se sintió verdadero fresco. No lejos de allí, seguramente en alguna hondonada, debía haber un estanque o un quieto remánso que olía a légamo, a juncos. A poquísima distancia dejó oír su voz una codorniz. Croaron inseguras unas ranas. «¡Duermo, duermo!», ayeaba soñoliento en la noche un mochuelo.

Davídov estaba ya durmiéndose, cuando en el heno se movió un ratón. El abuelo Schukar pegó un brinco con tremenda agilidad, sacudió a Davídov y dijo:

—¿Oyes, Sioma? ¡Vaya un sitio que hemos elegido, maldito sea! Seguro que este almiar está lleno de culebras y serpientes. ¿Oyes cómo se arrastran las condenadas? Y encima gritan las lechuzas, como en un cementerio… ¡Vámonos a otro sitio, escapemos de este lugar maldito!

—Duerme y déjate de historias —contestó, adormilado, Davídov.

Schukar volvió a tumbarse, estuvo largo rato dando vueltas, se arrebujó en el capote y rezongó:

—Ya te dije que debíamos ir en la carreta, pero tú, ni por ésas, quisiste lucirte en el carricoche. Y ahora, toma. Antes de salir hubiéramos extendido por toda la carreta heno del nuestro, natural, iríamos tan tranquilos y estaríamos durmiendo los tres arriba, pero, ahora, ¡anda, duerme al pie de este almiar ajeno, como perro vagabundo! La Varia no puede quejarse, durmiendo en lo alto, resguardada, como una señorita, pero aquí… Ruidos en la cabecera, ruidos por los costados, ruidos junto a los pies, ¡y el diablo sabrá quién los hace!… Te duermes, y se acerca una víbora, te pica en el sitio más *éntimo*, y ya puedes despedirte de las mujeres. Depende del sitio en que te pique la condenada, puedes hasta estirar los cascos. Entonces tu Varia llorará a mares, pero ¿de qué le valdrá? A mí no me picará ninguna víbora, pues tengo la carne vieja y correosa, y además huelo a chotuno, porque Trofim suele dormir junto a mí en el henil, y a las víboras no les gusta el olor a chotuno. No cabe duda, te morderá a ti, y no a mí… Venga, vámonos de aquí.

—¿Vas a calmarte de una vez, abuelo? —gruñó irritado Davídov—. ¿Dónde quieres que vayamos a las tantas de la noche?

El abuelo Schukar repuso lastimero:

—Me has buscado la perdición; si lo llego a saber, me hubiera despedido de mi vieja, pero me he ido como si no estuviera casado por la iglesia. ¿Conque no estás dispuesto a moverte, corazón mío?

—Te he dicho que no. Duerme, viejo.

Schukar suspiró muy hondo, se santiguó y dijo:

—Eso quisiera yo, Siómushka, pero tengo un miedo espantoso. Tan pronto el corazón me ripiquitea de miedo en el pecho, como esa maldita lechuza se despepita, ¡así reviente…!

El monótono salmodiar del anciano sumió a Davídov en profundo sueño.

Se despertó a la salida del sol. Recostada a su lado en el almiar, recogidas las piernas, Varia le desenredaba los mechones de la frente, y era tan suave, tan cuidadoso el roce de sus dedos, que Davídov, ya despierto, casi no lo sentía. En el carricoche, tapado con el abrigo de Davídov, dormía a pierna suelta el abuelo Schukar.

Lozana y sonrosada como la aurora, Varia dijo con un hilo de voz:

—Ya he estado en el estanque, lavándome. Despierta al abuelo, y en marcha —rozando con sus labios la mejilla hirsuta de Davídov, se puso en pie como movida por un resorte y añadió—: ¿Vas a lavarte, Sioma? Ven que te enseñe el camino del estanque.

El contestó, con la voz ronca de sueño:

—Me quedo sin lavarme, por dormilón, Variuja; me lavaré en el camino. ¿Hace mucho que te despertó ese viejo ratón?

—¡Si no me despertó! Abrí los ojos al amanecer y le vi sentado junto a ti, abrazadas las rodillas, fumándose un cigarro. «¿Cómo es que no duermes, abuelo?» —le pregunté. Y me contestó: «Llevo toda la noche en vela, querida; esto está plagado de serpientes. Vete a dar una vuelta por la estepa, y yo dormiré tranquilo en tu sitio siquiera una horita». Me levanté y fui a lavarme al estanque.

Aquella misma mañana llegaron a Míllerovo. En media hora Davídov arregló los asuntos en el Comité comarcal y salió a la calle, alegre, sonriendo satisfecho:

—El secretario lo ha resuelto todo, como debe hacerse en el Comité Comarcal, rápido y bien; las chicas del Comarcal del Komsomol se cuidarán de ti, Variuja de mi alma, y ahora vamos a la escuela de agronomía, a instalarte en tu nueve domicilio. Ya lo tengo apalabrado con el subdirector. Hasta los exámenes de ingreso te darán clase los profesores, y para el otoño estarás estupendamente preparada. Las muchachas del Comarcal vendrán a verte, nos hemos puesto de acuerdo por teléfono —Davídov, según su costumbre, se frotó animadamente las manos y preguntó—: ¿Sabes, Variuja,

a quién nos mandan al caserío como secretario del Komsomol? ¿A quién crees? A Iván Naidiónov, el muchacho que estuvo el invierno con los agitadores. Es un chico muy inteligente y me alegra muchísimo que venga. Estoy seguro de que van a marchar bien los asuntos del Komsomol, ¡eso es la pura verdad!

En dos horas todo quedó resuelto también en la escuela. Llegó el momento de la despedida. Davídov dijo con toda serenidad:

—Hasta la próxima, querida Variuja, no te aburras y estudia bien, que en casa procuraremos salir adelante.

Por vez primera la besó en los labios. Echó a andar por el pasillo. Al llegar a la puerta, volvió la cabeza y sintió de pronto una pena tan grande, que el corazón se le oprimió dolorosamente y tuvo la impresión de que el burdo piso de madera oscilaba bajo sus pies, como la cubierta de un barco. Hundido el rostro entre las manos, Varia apoyaba la frente contra la pared, el pañuelo azul había caído sobre sus hombros, y había en su silueta tanto desmayo, un dolor tan impropio de sus años, que Davídov carraspeó y se apresuró a salir al patio.

Al terminar el tercer día estaba ya de vuelta en el caserío.

A pesar de lo avanzado de la hora, en la administración del koljós estaban esperándole Nagúlnov y Razmiótnov. Makar le saludó foscamente y le dijo huraño:

—¿Cómo es que los últimos días no apareces por casa, Semión? Te has ido a la *stanitsa* y luego al centro comarcal… ¿Qué diablos tenías que hacer en Míllerovo?

—De todo os informaré a su debido tiempo. ¿Qué novedades hay en el caserío?

En vez de contestarle, Razmiótnov preguntó:

—¿Has visto las mieses por el camino? ¿Han sazonado ya?

—La avena se puede segar en algunas partes, escogiéndola, y el centeno también. Creo que el centeno estaba pidiendo la hoz, pero, no sé por qué, nuestros vecinos no se dan prisa.

Razmiótnov reflexionó en voz alta:

—Entonces nosotros tampoco nos la daremos. Cuando aún está un poquitín verde se le puede segar si hace buen tiempo, pues incluso segado sazona, pero si llueve, despídete de él.

Nagúlnov asintió:

—Podemos esperar unos tres días, pero luego tendremos que emprender la siega con uñas y dientes, Semión, si no quieres que el Comité de distrito te coma vivo, y se nos zampe a Andréi y a mí para hacer boca… Yo también tengo una novedad. En el sovjós trabaja un amigo, hicimos juntos el servicio militar, y ayer fui a verle. Me había invitado hace mucho, pero nunca encontraba el momento; hasta que ayer me decidí. Me hice el siguiente cálculo: me acercaré a pasar un día, le visitaré y de paso veré cómo trabajan los tractores. Nunca había tenido ocasión y mi curiosidad era muy grande. Están arando los barbechos y me pasé en el campo todo el día. He de deciros,

hermanos, que ese «Fordson» es cosa seria. Ara al trote, pero en cuanto topa con tierra virgen en alguna revuelta, le faltan fuerzas al pobre. Se encabrita como un caballo repropio ante un obstáculo, se queda parado unos momentos, y luego golpea con las ruedas en el suelo y se apresura a volver a los barbechos, pues no puede con la tierra virgen… Pero yo pensaba, y aún no paro de pensar, que no nos vendría nada mal en el koljós un par de caballejos de ésos. Bueno es tener en la hacienda un trasto así. Me entusiasmé tanto, que ni siquiera tuve tiempo de echar un trago con mi amigo. Del campo me vine derecho a casa.

—¿No habías pensado ir a la EMT de Martínovskaia? —preguntó Razmiótnov.

—Qué más da. Allí hay tractores, y en el sovjós, también. Además, la EMT queda bastante lejos, y la siega está al caer.

Razmiótnov entornó los ojos con picardía:

—Si te digo la verdad, Makar, pensé mal de ti; creí que, de camino a Martínovskaia, te pasarías por Shajti para ver a la Lushka…

—Ni se me ocurrió siquiera —dijo resuelto Nagúlnov—. Tú sí que hubieras ido; te conozco, peliblanco.

Razmiótnov suspiré:

—Si se hubiera tratado de mi ex mujer, me hubiera acercado sin falta a verla, y además me habría quedado en su casa lo menos una semana —y agregó bromeando—: No soy tan seco como tú, que pareces un cacho de madera.

—Te conozco —repitió Nagúlnov, y agregó después de pensarlo—: ¡Calaverón! Yo no ando como tú a la caza de faldas.

Razmiótnov se encogió de hombros.

—Va para trece años que estoy viudo. ¿Qué quieres de mí?

—Por eso eres tan mariposón.

Tras breve silencio, Razmiótnov dijo ya completamente en serio, en voz baja:

—A lo mejor, todo ese tiempo no he querido más que a una mujer, ¿qué sabes tú?

—¡Como que voy a creerte!

—¡A una sola!

—¿No será Marina Poiárkova?

—Eso no es cosa tuya, y no metas las narices en alma ajena. Quizás alguna vez, después de unas copas, te hubiese dicho a quién quise y sigo queriendo, pero… Eres muy frío, Makar, contigo no hay manera de sincerarse. ¿En qué mes naciste?

—En diciembre.

—Ya me parecía. Seguro que tu madre te trajo el mundo junto a un boquete abierto en el hielo del río; iría por agua, y por un azar dio a luz sobre el hielo; por eso toda tu vida despides frío. ¿Cómo va uno a abrirte el corazón?

—Pues tú debiste de nacer sobre una parrilla.

Razmiótnov asintió de buen grado:

—¡Así parece! Por eso despido calor, como el viento de la estepa. Tú eres todo lo contrario.

Nagúlnov se amostazó:

—¡Ya estoy harto de que hablemos de nosotros y de mujeres! Más vale que veamos a qué brigada debe ir cada uno para la recolección.

—No —se opuso Razmiótnov—, terminemos primero la conversación, y ya tendremos tiempo de resolver a qué brigada ir. Cálmate y reflexiona, Makar; me has llamado mariposón, pero ¡qué mariposón ni qué niño muerto, si pronto voy a invitaros a la boda!…

—¿A qué boda? —inquirió adusto Nagúlnov.

—A la mía. Mi madre está ya muy vieja y no puede con la casa, me obliga a casarme.

—¿Y le haces caso, viejo tonto? —Nagúlnov no pudo ocultar su enorme indignación.

Fingiendo mansedumbre, Razmiótnov contestó:

—¿Qué quieres que haga, amigo?

—Tonto de remate —Nagúlnov se rascó pensativo el entrecejo, y concluyó—: Vamos a tener que alquilar un cuarto, Semión, y ponemos a vivir juntos para no aburrirnos tanto. Y en la puerta escribiremos: «Sólo para solteros»

Davídov no demoró la respuesta:

—Va a ser imposible, Makar: tengo novia, y por eso he ido a Míllerovo.

Nagúlnov pasó una penetrante mirada por los rostros de sus amigos, queriendo adivinar si hablaban en broma o en serio, y luego se levantó despacio, dilatadas las aletas de la nariz, pálido de emoción.

—¿Os habéis vuelto locos, o qué? Os pregunto por última vez: ¿habláis en serio o me estáis tomando el pelo?

Antes de que pudieran responderle, Makar escupió al suelo con rabia y salió sin despedirse.

Capítulo XXVI

Pólovtsev y Liatievski seguían días y noches en la pequeña habitación de Yákov Lukich, atontados de tedio, cada día más embrutecidos por la inactividad forzosa.

Últimamente, los mensajeros los visitaban con menor frecuencia, y las alentadoras promesas del centro territorial de la sublevación, que solían llegarles en sobres sencillos, pero bien cerrados, habían perdido, hacía ya mucho tiempo, todo valor para ellos…

Pólovtsev soportaba mejor la prolongada reclusión y hasta parecía más equilibrado, pero Liatievski perdía alguna que otra vez los estribos: tan pronto se estaba días enteros callado, mirando a la pared con su ojo sin brillo, como empezaba a hablar por los codos y no había quien lo parase; entonces Pólovtsev, a pesar del calor, se tapaba la cabeza con el capote caucasiano y, en ocasiones, sentía deseos casi irresistibles de levantarse, desenvainar el sable y descargarlo sobre la bien peinada cabeza del polaco. Una tarde, al oscurecer, Liatievski desapareció sin que Pólovtsev lo advirtiera y regresó a la amanecida, con una brazada de flores húmedas.

Inquieto por su ausencia, Pólovtsev no había pegado ojo en toda la noche y, muy alarmado, aguzaba el oído al menor rumor de la calle. Liatievski, oliendo al frescor de la noche, excitado por el paseo, alegre, trajo del zaguán un cubo de agua y, amorosamente, puso en él las flores. En el aire viciado de la habitación se expandió de súbito el aroma embriagador de las petunias, el tabaco, las violetas y otras flores que Pólovtsev no conocía. De pronto ocurrió algo inesperado: al aspirar a pleno pulmón aquellas fragancias casi olvidadas, Pólovtsev, el capitán con nervios de hierro, se echó a llorar… Tendido en su hediondo camastro, a la luz incierta del amanecer, apretaba la cara a sus manos sudorosas, y cuando los sollozos le cortaron la respiración, se volvió de golpe hacia la pared y mordió con fuerza una punta de la almohada.

Liatievski, pisando silenciosamente con sus pies descalzos, iba y venía por el tibio piso entarimado. Se había despertado en él una gran delicadeza y silboteaba muy bajito arias de opereta, aparentando no oír ni advertir nada…

A eso de las once de la mañana, Pólovtsev despertó de su corto, pero angustioso sueño y quiso censurar duramente a Liatievski por haberse ausentado sin permiso, pero se limitó a decir:

—Habría que cambiar el agua del cubo…, no vayan a marchitarse.

Liatievski contestó risueño:

—Será cumplido en el acto.

Trajo un jarro de agua fría, del pozo, y vertió en el suelo la del cubo, ya tibia.

—¿De dónde ha sacado las flores? —preguntó Pólovtsev.

Se sentía violento por su flaqueza, avergonzado de las lágrimas vertidas la noche

anterior, y esquivó la mirada.

Liatievski se encogió de hombros.

—Eso de «sacado» es excesivamente suave, señor Pólovtsev. «Robado» será más crudo, pero más exacto. Paseando junto a la escuela, mi olfato percibió un aroma divino, salté al jardincillo del maestro Shpin y dejé medio pelados dos arriates para embellecer esta repugnante vida nuestra. Le prometo seguir abasteciéndole de flores frescas.

—Perdone, pero mejor será que no lo haga.

—Veo que usted no ha perdido del todo algunos sentimientos humanos —insinuó Liatievski, mirándole con fijeza.

Pólovtsev no dijo nada, aparentando no haberlo oído…

Cada cual mataba el tiempo a su manera: Pólovtsev se pasaba horas enteras sentado a la mesa, haciendo solitarios, barajando con repugnancia las gruesas y mugrientas cartas, mientras Liatievski, sin levantarse de la cama, leía por vigésima vez, saboreando cada palabra, *Quo vadis*, de Sienkiewicz, el único libro de que disponía.

A veces, Pólovtsev dejaba los naipes, se acuclillaba en el suelo, extendía una lona y se ponía a desmontar y a limpiar el fusil ametrallador, aunque estaba idealmente limpio; frotaba cada pieza, la engrasaba con aceite de armero, tibio del olor de la habitación, volvía a montar despacito el arma, y la contemplaba arrobado, ladeando su cabeza, de abultada frente. Luego, exhalaba un hondo suspiro, envolvía el fusil ametrallador en la misma lona, lo metía con cuidado debajo de la cama, engrasaba los discos, los cargaba y, sentándose a la mesa, sacaba de debajo del jergón su sable de oficial, probaba el filo en la uña del dedo gordo y pasaba por la hoja, que brillaba apagadamente, la seca piedra de afilar.

«¡Como una navaja barbera!» mascullaba satisfecho.

En esos momentos, Liatievski solía dejar el libro, en tornaba su único ojo y sonreía sarcástico:

—Me asombra, me asombra infinito su necio sentimentalismo. En cuanto toma en sus manos ese abrelatas, se pone como un tonto en vísperas. No olvide que estamos en el año treinta, y el siglo del sable, la pica, la alabarda y demás chatarra hace tiempo que pasó. Fue la artillería, señor mío, y no los soldaditos de a caballo o de a pie, lo que resolvió todo en la guerra pasada; ella decidirá también las batallas y guerras futuras. Como viejo artillero, se lo aseguro terminantemente.

Según su costumbre, Pólovtsev le miró de soslayo y dijo entre dientes:

—¿Piensa usted empezar la sublevación apoyándose inmediatamente en el fuego de baterías de abuses o en los soldaditos con sables? Deme, para comenzar, siquiera una batería del siete y medio, y dejaré muy a gusto el sable al cuidado de la mujer de Ostrovnov, pero, entretanto, cállese, excelentísimo señor sacamuelas. Su faramalla

me produce náuseas. Eso del papel de la artillería en la guerra pasada se lo cuenta usted a las señoritas polacas, pero a mí no. Y, además, quiero decirle que hace mal al hablarme siempre en tono despectivo, representante de la Gran Polonia. Su tono y sus necedades apestan. Por cierto, de su país, de esa potencia, se decía en los años veinte: «Polonia aún no ha muerto, pero ya huele mal»…

Liatievski exclamó patético:

—¡Dios mío, qué indigencia de espíritu! Naipes y el sable, el sable y naipes… En medio año no ha leído ni una palabra impresa. ¡Cómo se ha embrutecido! ¡Y pensar que ha sido maestro de escuela!

—Por necesidad, señor mío, por amarga necesidad.

—Me parece que pertenece a su Chéjov el siguiente cuento de cosacos: en un caserío vivía un terrateniente cosaco inculto y obtuso; sus dos hijos mayores eran unos zopencos cuya única ocupación consistía en que uno lanzaba al aire los gallitos del corral, y el otro disparaba contra ellos. Así un día y otro, sin libros, sin inquietudes espirituales, sin el menor interés *intelectual*… A veces me parece que usted es uno de aquellos hijos… ¿Me equivoco, quizá?

Sin responder, Pólovtsev echó el vaho del aliento al frío acero del sable, contempló cómo se extendía y luego se disipaba lentamente la sombra azulada, limpió la hoja con el faldón de su camisa gris y, con sumo cuidado, amorosamente, la enfundó sin el menor ruido en la despellejada vaina.

Pero no siempre acababan tan apaciblemente sus repentinas conversaciones y sus breves duelos verbales. En la habitación, rara vez aireada, se respiraba mal. El comienzo de los calores hizo todavía más penosa su triste existencia en la casa de los Ostrovnov. Y era cada vez más frecuente que Pólovtsev, saltando de la cama, húmeda y hedionda de sudor, rugiera con voz sorda: «¡Esto es una cárcel! ¡Me voy a volver loco en esta cárcel!» Incluso por las noches, en sueños, solía repetir esta hiriente palabra, hasta que Liatievki, sacado de quicio, no le dijo:

—Señor Pólovtsev, estoy por pensar que en su léxico, siempre tan pobre, sólo le queda un vocablo: «cárcel». Si tanto añora ese pío establecimiento, puedo darle un buen consejo: preséntese hoy a la GPU del distrito y pida que le encarcelen por unos veinte añitos. ¡Le aseguro que su petición será atendida!

—¿Cómo se llama eso? ¿Gracia a la polaca? —preguntó Pólovtsev con aviesa sonrisa.

Liatievski se encogió de hombros:

—¿Encuentra usted insulsas mis ocurrencias?

—Es usted una bestia, y nada más —replicó indiferente Pólovtsev.

Liatievski volvió a encogerse de hombros y sonrió sarcástico:

—Tal vez. Vivo hace tanto con usted, que no tendría nada de extraño haber

perdido la semejanza humana.

Después de esta agarrada permanecieron tres días sin cruzar palabra. Pero al cuarto no tuvieron más remedio que hacerlo…

Muy temprano, antes de que Yákov Lukich se hubiese marchado al trabajo, entraron en el patio dos desconocidos. Uno vestía un flamante abrigo impermeable, y el otro, un embarrado chubasquero con capuchón. El primero sostenía debajo del brazo una abultada cartera; el otro llevaba colgado del hombro un látigo con vistosos flecos de cuero. En cuanto vio por la ventana a los intrusos, Yákov Lukich, conforme lo tenían convenido, salió rápidamente al zaguán, dio dos espaciados golpes en la puerta de la habitación que ocupaban Pólovtsev y Liatievski y salió parsimonioso a la terracilla, atusándose los bigotes:

—¿Vienen en busca mía, buenas gentes? ¿Necesitan algo de los graneros del koljós? ¿Quiénes son ustedes? ¿Forasteros?

El de la cartera, fornido y achaparrado, sonrió afable, mostrando los femeninos hoyuelos de sus gruesas mejillas, y se llevó la mano a la visera de su vieja gorra.

—¿Es usted el amo de la casa? —dijo—. Buenos días, Yákov Lukich. Nos han mostrado la casa sus vecinos. Somos tratantes, trabajamos para los mineros, compramos reses para su cotidiano sustento, como suele decirse. Pagamos bien, más que el Estado. Y pagamos más porque a los mineros hay que alimentarlos con cosas sólidas cada día. Usted, como intendente del koljós, debe comprender nuestro apuro… Pero no necesitamos nada de los graneros del koljós. Compramos ganado de propiedad personal de los koljosianos, y también a los campesinos individuales. Nos han dicho que usted tiene una ternera. ¿Nos la vendería? Por el precio no vamos a discutir, con tal de que esté lustrosa.

Yákov Lukich se rascó pensativo una ceja, calculando que a unos tratantes tan rumbosos podría sacarles un pico sin necesidad de andar por los mercados. Y respondió como responden la mayoría de los campesinos que saben regatear:

—No tengo ninguna ternera para vender.

—¿Y si la vemos y nos arreglamos? Le repito que estamos dispuestos a pagar de más.

Después de unos instantes de silencio, Yákov Lukich, acariciándose el bigote, respondió sin prisa, para darse importancia, como si hablara consigo mismo:

—Bueno, una ternera sí tengo, y bien cebada, reluciente de puro gorda. Pero la necesito: la vaca está vieja, tengo que cambiarla, y la ternera es de una raza muy buena, que da una leche muy grasa. No, camaradas compradores, no la vendo.

El tratante de la cartera suspiró defraudado:

—Usted verá… Discúlpenos, ya buscaremos qué comprar en otra parte.

Y llevándose desmañadamente la mano a la visera, como al entrar, salió del patio.

Le siguió el membrudo mayoral, de anchísimas espaldas, jugueteando con el

látigo, mientras pasaba una mirada distraída por el patio, las dependencias, las ventanas de la casa, la portezuela de la buhardilla, herméticamente cerrada…

El corazón del hacendoso Yákov Lukich no pudo resistir más. Cuando los forasteros llegaban a la puertecilla, gritó al achaparrado:

—¡Eh, tú, camarada tratante, espera un momento! ¿A cómo pagáis el kilo en vivo?

—A como cerremos el trato. Ya te he dicho que no hacemos cuestión del precio, y disponemos del dinero nosotros mismos. Lo tenemos contado, pero no medido —se ufanó el achaparrado, que esperaba junto a la puerta, dando palmaditas con su mano regordeta a la abultada cartera, a ver en qué terminaba el chalaneo.

Yákov Lukich descendió de la terracilla sin pensarlo más:

—Vamos a ver la ternera, antes de que se la lleven a la vacada, pero no creáis que os la voy a dar barata; sólo os la vendo porque os estimo, porque se ve que sois unos mozos simpáticos y, además, no muy agarrados. ¡Comerciantes avaros no los quiero ver ni a diez leguas de mi casa!

Ambos compradores examinaron y palparon la ternera meticulosa, escrupulosamente; luego el achaparrado empezó un interminable tira y afloja, mientras el del látigo, silbando aburrido, recorría las dependencias y el corral, escudriñando en el gallinero, en la cuadra vacía, en todas partes donde no tenía por qué… Y de repente a Yákov Lukich le pasó por la cabeza: «¡Huy, estos compradores me dan muy mala espina!»

Rebajó de golpe el precio en setenta y cinco rublos, ni más ni menos, y dijo:

—Bueno, la doy perdiendo dinero, por ser para los camaradas mineros, pero perdonadme, tengo que ir a la administración, no puedo seguir aquí con vosotros. ¿Os la vais a llevar ahora? ¡Pues dinero al canto!

A la entrada del pajar, el achaparrado se humedeció los dedos con saliva y contó largo rato los billetes, agregó otros quince rublos sobre el precio convenido, estrechó la mano a Yákov Lukich, que se había amohinado, y le hizo un guiño:

—¿Lo mojamos con una botellita, Yákov Lukich? Con este oficio nuestro, siempre tiene uno que ir preparado.

El hombre sacó sin prisa del bolsillo una botella de vodka, que brilló turbiamente a la luz del sol matinal.

Con fingida alegría, Yákov Lukich contestó:

—A la noche, queridos compadres, a la noche. Tendré mucho gusto en recibiros y beber con vosotros. En la casa encontraremos un poquillo de sol embotellado como el que tú me enseñas, pues aún no somos tan pobres; pero ahora excusadme: mi salud no me permite beber vodka por la mañana y, además, tengo que ir a mi trabajo en el koljós. Venid a verme a la puesta del sol y mojaremos la venta de mi ternerilla.

—Haznos pasar al menos, invítanos a leche de la madre de la ternera —dijo el

achaparrado con la sonrisa más bonachona, muy marcados los hoyuelos en su carrilludo semblante, y le tomó del codo persuasivamente.

Pero el inflexible Yákov Lukich ya había concentrado su voluntad en un haz, tensándola al máximo, y replicó sonriendo, un tanto despectivo:

—Entre los cosacos, muy señores míos, se va de convite no cuando a uno se le antoja, sino cuando llama el dueño de la casa. ¿Puede que entre ustedes se estile otra cosa? No importa, aquí nos atendremos a las costumbres del caserío: ¿hemos quedado en vernos a la noche? Pues no hablemos en balde por la mañana. ¡Hasta luego!

Volviendo la espalda a los compradores, sin mirar siquiera a la ternera, a la que el fornido mayoral ceñía pausadamente una cuerda, Yákov Lukich llegó hasta la terracilla con indolente contoneo. Carraspeando y simulando unos ares, la mano izquierda puesta en la cintura, subió el último escalón, y una vez en el zaguán, abandonando todo disimulo, se apretó el pecho con la mano, estuvo parado unos momentos, cerrados los ojos, y masculló, pálidos los labios: «¡Malditos seáis todos!» Pronto se le pasaron el punzante dolor en el corazón y el leve mareo que sentía. Esperó un poco más y luego llamó, respetuoso, pero con insistencia, a la puerta de Pólovtsev.

Al trasponer el umbral, apenas tuvo tiempo para decir: «Usías, una desgracia…» De repente, como en una noche de tormenta, a la luz de un relámpago, vio el cañón del revólver que lo apuntaba, el prominente mentón de Pólovtsev, su mirada tensa, clavada en él, y a Liatievski, sentado indolente en la cama, de espaldas contra la pared, con el fusil ametrallador en las rodillas, ligeramente alzadas, apuntando también a la puerta, exactamente a la altura del pecho… En aquel instante de cegadora visión percibió Yákov Lukich todo aquello, incluso la sonrisa de Liatievski y el brillo febril de su único ojo, y oyó, como de lejos, que le preguntaban:

—¿A quiénes has traído al patio, querido patrón?

Yákov Lukich estaba tan trastornado, que no reconoció la voz, pareciéndole que otra persona, a la que no veía, le había hecho la pregunta aquella con un susurro silbante y entrecortado. Pero una fuerza irresistible obligó al viejo a transfigurarse por poco tiempo: los brazos, pegados al cuerpo, se le aflojaron, y todo él quedó encorvado y como fofo. Y aunque habló sin ilación y con pausas, su tono no era el de antes:

—Yo no he traído a nadie, se presentaron ellos mismos. ¿Hasta cuándo, señores míos, van a darme voces y a tratarme a cada instante como si fuera un chiquillo? Esto me ofende. Les doy gratis de comer y beber, y hago todo lo posible por complacerles. Nuestras mujeres les lavan la ropa y les guisan de todo, sin cobrarles nada… Aunque me maten ahora mismo, he de decirles que su presencia en la casa ha hecho de mi vida una carga agobiante. Y si he malvendido la ternera, es porque con algo hay que mantenerles. Sus señorías no se conforman con cualquier sopicaldo, tiene que ser con

carnecita. Continuamente me están pidiendo vodka… Ya les advertí, cuando esos visitantes importunos se presentaron en el patio, y sólo después caí en la cuenta de que no eran lo que aparentaban y di marcha atrás: «¡Por Dios, llevaos la ternerilla aunque sea gratis, pero largaos cuanto antes!» Y ustedes, señores míos… ¡Bah!, ¿para qué darles más explicaciones? —Yákov Lukich se encogió de hombros, apoyó el pecho en la jamba de la puerta y ocultó el rostro entre las manos.

Con la extraña indiferencia que se había apoderado de él hacía ya mucho tiempo, Pólovtsev dijo, la voz asombrosamente apagada:

—El viejo tiene razón, señor Liatievski. Huele a chamusquina y tenemos que largarnos de aquí, antes de que sea tarde. ¿Qué opina?

—Hay que irse hoy mismo —opinó resuelto Liatievski, depositando cuidadosamente el fusil ametrallador en la cama revuelta.

—¿Y el enlace?

—Eso más tarde — Liatievski indicó con la cabeza a Yákov Lukich y dijo con rudeza: —¡Basta ya, Lukich, de gimotear como una mujer! Díganos de qué habló con los compradores. ¿Le pagaron todo el importe? ¿No vendrán por aquí otra vez?

Yákov Lukich dio unos sorbetones como un niño, se sonó con los faldones de la camisa, se secó con la palma de la mano los ojos, el bigote y la barba, y, brevemente, sin alzar la vista, contó su conversación con los tratantes y describió la sospechosa conducta del mayoral, sin olvidarse de recordar que al anochecer volverían a beber con él unas botellas para festejar el trato.

Al oír esto, Pólovtsev y Liatievski cambiaron una mirada.

—Una delicia —sonrió nervioso Liatievski—. ¿No se te ha ocurrido nada mejor que invitarlos a tu casa? ¡Tonto del diablo, idiota rematado!

—Yo no los invité, ellos mismos se invitaron y se empeñaron en entrar en casa; a duras penas les convencí de que esperasen hasta la noche. Y su señoría, o como le titulen, hace mal en faltarme, en creerme tonto… ¿Para qué diablos, Dios me perdone, iba a llamarles a mi casa, estando ustedes aquí? ¿Para qué nos rebanen la cabeza a todos?

Los húmedos ojos de Yákov Lukich brillaron aviesos, y terminó ya con manifiesta rabia:

—Ustedes, señores oficiales, hasta el año diecisiete creían que eran los únicos inteligentes, y que todos los soldados y los simples cosacos éramos unos zotes. Los rojos les dieron una lección, pero, por lo que veo, no han aprendido nada… No les han servido ni la ciencia ni el palizón que recibieron.

Pólovtsev hizo un guiño a Liatievski. Este, mordiéndose los labios, se volvió en silencio hacia la ventana, tapada por la cortina, mientras Pólovtsev se acercaba a Ostrovnov; le ponía la mano en el hombro y sonreía conciliador:

—¡Cómo te pones por nada, Lukich! Pues anda, ¿qué no puede decir una persona

cuando se acalora? No todo hay que tomarlo a mal. En una cosa llevas razón: los compradores de tu ternera tienen de tratantes lo que yo de obispo. Los dos son chequistas. A uno de ellos lo reconoció Liatievski. ¿Entendido? Nos andan buscando, pero todavía a ciegas, tanteando; por eso se fingen tratantes. Y ahora, escucha: antes de la hora de comer, tenemos que irnos de aquí, por separado. Vete donde tus compradores y entretenles, como quieras y puedas, dos o tres horas. Llévales a casa de algún conocido, de los nuestros, bebéis con ellos vodka y charláis, pero Dios os libre al dueño de la casa y a ti de emborracharos e iros de la lengua. Como me entere, os mato a los dos. Recuérdalo bien. Y mientras los entretienes bebiendo, nosotros saldremos a la estepa sin ser vistos, por la barranca que da a tu patio trasero, y una vez allí, que nos echen un galgo. Encarga a tu hijo que ahora mismo esconda bien en la pila de estiércol seco mi sable, el fusil ametrallador, los discos y nuestros dos fusiles.

—Esconda si quiere su fusil, que yo me llevo el mío —terció Liatievski.

Pólovtsev le miró en silencio, y continuó:

—Que lo envuelva todo en una tela y lo lleve al pajar con todo sigilo, cerciorándose antes de que nadie lo ve. No se te ocurra esconder nada en casa. Otro ruego, mejor dicho, una orden: hazte cargo de los sobres que lleguen a mi nombre, y en cuanto los recibas, ponlos debajo de la muela que hay junto al granero. Por las noches nos dejaremos caer por aquí alguna vez. ¿Lo has entendido todo?

Yákov Lukich susurró:

—Todo.

—Pues anda, y no quites el ojo a esos endemoniados tratantes. Llévatelos lo más lejos posible, y dentro de dos horas ya no estaremos aquí. Al anochecer puedes invitarlos a tu casa. Esconde las camas en el desván y ventila la habitación. Para disimular mejor, mete aquí unos trastos viejos, y si te lo piden, enséñales toda la casa… Seguro que con cualquier pretexto querrán escudriñarla de arriba abajo… Estaremos fuera una semana y luego volveremos. Y no nos eches en cara el habernos dado de comer. En cuanto triunfe nuestra causa, se te pagará con creces todo lo que has gastado con nosotros. Pero tenemos que volver, porque pienso comenzar la sublevación en mi sector desde aquí, desde Gremiachi Lag. ¡La hora está ya próxima! —terminó solemne Pólovtsev, y dio un breve abrazo a Yákov Lukich—. ¡Anda, viejo, vete con Dios!

Apenas si se hubo cerrado la puerta al salir Ostrovnov, Pólovtsev se sentó a la mesa y preguntó:

—¿Dónde se encontró usted con ese chequista? ¿Está seguro de no haberse equivocado?

Liatievski arrimó el taburete, se inclinó hacia Pólovtsev, y quizá por primera vez

desde que se conocían, dijo sin ironía ni bufonadas:

—¡Jesús, María y José! ¿Cómo voy a equivocarme? A ese hombre lo recordaré hasta el fin de mis días. ¿Ha visto la cicatriz que tiene en la mejilla? Se la hice con un puñal, cuando me detuvieron. Y mi ojo izquierdo me lo saltó él durante un interrogatorio. ¿Ha reparado usted qué puños tiene? Fue hace cuatro años, en Krasnodar. Me delató una mujer, que ya no está entre los vivos, a Dios gracias. Yo me encontraba aún en la cárcel cuando se logró establecer su culpabilidad. Al segundo día de mi fuga, dejó de existir. Era una zorrona muy joven y guapa, una cosaca del Kubán, mejor dicho, una perra del Kubán. Verá lo que pasó… ¿Sabe cómo me fugué de la cárcel? —Liatievski sonrió satisfecho y se frotó las manos, pequeñas y flacas—. De todas maneras me hubieran fusilado. No tenía nada que perder y me decidí a correr un riesgo desesperado e incluso a cometer cierta vileza… Mientras mareaba al juez de instrucción y simulaba ser un simple peón en el juego, me tuvieron rigurosamente incomunicado. Entonces resolví emplear un recurso extremo para salvarme: entregué en el interrogatorio a un pobre cosaco de la *stanitsa* Korienóvskaia. Pertenecía a nuestra organización y en él terminaba un eslabón de la cadena: sólo podía delatar a otros tres convecinos, no conocía a ninguno de los nuestros. Yo pensé: «Que fusilen o deporten a esos cuatro idiotas, pero yo me salvaré. Mi vida es incomparablemente más preciosa para la organización que la de esos cuatro cabestros». Debo decirle que yo desempeñaba un papel importante en la organización del Kubán. Puede usted juzgar de lo que yo representaba para la causa, si le digo que desde el año veintidós había cruzado la frontera cinco veces, y otras tantas me había entrevistado en París con Kutiépov. Así que entregué a esos cuatro comparsas, pero con ello ablandé al juez: me autorizó a pasear por el patio interior, junto con los demás presos. No tenía tiempo que perder, ¿comprende? Y una tarde, paseando entre aquella chusma del Kubán, condenada a morir, ya en la primera vuelta por el patio advertí una escalera de mano que conducía al henil; debían haberla colocado allí recientemente. Era la época de la siega, y durante el día los de la GPU acarreaban heno para sus caballos. Di otra vuelta, las manos a la espalda, como corresponde, y al desfilar por tercera vez, me acerqué tan campante a la escalera y, sin mirar a los lados, empecé a subir por ella como si estuviera en la pista de un circo. Seguía con las manos a la espalda… ¡No me equivoqué, señor Pólovtsev! Contaba con el efecto psicológico. Los vigilantes, pasmados por mi increíble audacia, me dejaron subir unos ocho peldaños, y sólo entonces uno de ellos gritó a voz en cuello: «¡Alto!», pero yo, subiendo los peldaños de dos en dos, agachándome, llegué hasta arriba y, como una cabra, salté al tejado. Tiroteo desordenado, gritos, improperios. En dos saltos estaba ya en el borde del tejado, otro salto más, y me vi en una callejuela. Eso es todo. Por la mañana me encontraba ya en Maikop, en una casa de confianza… Ese gigantón que me desgració se llama Jizhniak. Acaba de tener usted ocasión de

ver a esa esfinge escítica con pantalones. ¿Y qué quiere ahora, que le deje escapar vivo? ¡Qué va!, por mi ojo saltado, le cerraré los dos. ¡Por un ojo, dos!

—Se ha vuelto usted loco —exclamó Pólovtsev indignado—. ¿Por una venganza personal quiere echado todo a perder?

—No se preocupe. A Jizhniak y a su amigo no los mataré aquí; los acecharé fuera del caserío, lejos de Gremiachi Log. Simularé un atraco a esos tratantes, y nadie se enterará. Me apoderaré de su dinero. Les ha salido mal el negocio, son malos comerciantes. Guarde su fusil; yo llevaré el mío bajo el impermeable. No se le ocurra disuadirme. ¿Me oye? Mi decisión es irrevocable. Yo saldré ahora, y usted más tarde. Nos veremos el sábado, al ponerse el sol, en el bosque de Tubianskói, junto al manantial, donde la última vez. Hasta la vista, y por Dios, no se enfade conmigo, señor Pólovtsev. Aquí habíamos llegado ya al límite, me refiero a los nervios, y he de reconocer que no siempre me he portado dignamente.

—Basta, ya… Podemos prescindir de ternezas en nuestra situación —masculló turbado Pólovtsev, mas, no obstante, abrazó a Liatievski y besó paternalmente su pálida y abombada frente.

Conmovido por aquella inesperada manifestación de camaradería, pero no queriendo delatar su emoción, Liatievski, vuelto de espaldas a Pólovtsev y ya con la mano en el picaporte, dijo:

—Llevaré conmigo a Maxim Jaritónov, de Tubianskói. Tiene fusil y es de esos hombres con los que se puede contar en los trances difíciles. ¿No está en contra?

Sin apresurarse, Pólovtsev contestó:

—Jaritónov fue sargento de mi centuria. Su elección es acertada. Llévelo. Es un tirador excelente, o al menos lo fue. Comprendo sus sentimientos. Actúe, pero de ninguna manera cerca de Gremiachi Log ni en el caserío, sino en la estepa…

—¡A sus órdenes! ¡Hasta más ver!

—Buena suerte.

Liatievski salió al zaguán, se echó sobre los hombros el abrigo viejo de Ostrovnov y, por la rendija de la puerta, escrutó la calleja, que estaba desierta. Un minuto más tarde cruzaba calmoso el corral, apretando la carabina contra el costado izquierdo, y con la misma parsimonia desapareció tras la esquina del cobertizo. Pero en cuanto saltó a la barranca, se transfiguró: se puso el abrigo, empuñó la carabina, le quitó el seguro, y furtivo, sigiloso, con pisadas de felino, tomó por la hondonada hacia el monte, mirando vigilante a los lados, atento a cada ruido, volviendo de vez en cuando la cabeza para mirar al caserío, sumergido, allá abajo, en la neblina lilácea de la mañana naciente.

A los dos días, el viernes por la mañana, entre los caseríos de Tubianskói y Voiskovói, en un camino que pasaba a unos sesenta metros del Barranco de los Arces,

fueron asesinados dos tratantes y muerto uno de los caballos de su coche. En el segundo, cortándole los tirantes, pudo llegar hasta Voiskovói el cosaco de Tubianskói que los conducía. El informó en el Soviet de lo ocurrido.

Personados en el lugar del suceso, el miliciano de la zona, el presidente del Soviet rural, el cochero y dos testigos establecieron lo siguiente: los bandidos, apostados en el bosque, hicieron unos diez disparos de fusil. El primero dio muerte al membrudo mayoral, que cayó del carricoche y quedó de bruces en el camino. La bala le había atravesado el corazón. El tratante achaparrado gritó al cochero con voz descompuesta: «¡Arrea!», y arrebatándole el látigo de las manos lo alzó para golpear al caballo de la derecha, pero no llegó a hacerlo: el segundo disparo lo dejó tendido. La bala le había dado en la cabeza, encima del oído izquierdo. Los caballos se desbocaron. El muerto cayó del carricoche a unos veinte metros del mayoral. Siguieron varios disparos. Tiraban dos fusiles a un tiempo. En plena marcha, dando una voltereta, cayó segado por una bala el caballo izquierdo, rompiendo la lanza y volcando el carricoche. El cochero cortó los tirantes del caballo sobreviviente y escapó a galope tendido. Dispararon varias veces contra él, más bien para asustarle que para matarlo, pues las balas, según el hombre, silbaban altas.

A los dos muertos les habían vuelto los bolsillos. No se les halló documento alguno. En la hierba del borde del camino estaba tirada, vacía, la cartera del tratante. Al mayoral, después de registrarle, los bandidos le habían puesto boca arriba, machacándole el ojo izquierdo de un taconazo, a juzgar por la marca dejada en la piel.

—Fíjate, Luká Nazárich, algún miserable se ensañó con él, ya muerto. ¿Alguna enemistad personal o qué? ¿O se disputaban una mujer? Los bandidos corrientes no hacen tales salvajadas… —le dijo al miliciano el presidente del Soviet, un cosaco fogueado, que había hecho dos guerras, y esforzándose por no mirar la cárdena órbita vacía del cadáver ni los cuajarones de sangre que cubrían su mejilla, le tapó el rostro con su pañuelo, se enderezó y suspiró: —¡Qué bestias! Por lo visto, esos malos bichos seguían el rastro a los comerciantes y les quitaron todo el dinero, seguramente varios miles… ¡Malditos! Mira que matar por el dinero a unos mozarrones como éstos…

El mismo día, cuando llegó a Gremiachi Log la noticia del asesinato de Jizhniak y Boiko-Glújov, Nagúlnov, al quedarse a solas con Davídov en la administración del koljós, le preguntó:

—¿Te das cuenta, Semión, del sesgo que toman las cosas?

—Tan bien como tú. Se ve la mano de Pólovtsev o de sus secuaces, ¡eso es la pura verdad!

—No hay duda. Lo único que no comprendo es cómo pudieron averiguar quiénes eran, ésta es la cuestión. ¿Quién pudo hacerlo?

—No lo vamos a descifrar nosotros. Es una ecuación con dos incógnitas, y no estamos fuertes en aritmética ni en álgebra. ¿No te parece?

Nagúlnov permaneció largo rato en silencio, cruzadas las piernas, la mirada, ausente, puesta en la puntera de la bota, polvorienta. Luego dijo:

—Yo conozco una de esas incógnitas.

—¿Cuál?

—El lobo no mata ovejas cerca de su cubil.

—¿Y qué?

—Que ha sido gente venida de lejos, estoy seguro de que no era de Tubianskói ni de Voiskovói.

—¿Crees que venía de Shajti o Rostov?

—No es obligado. Quizá sea de nuestro caserío, vete a saber.

—No está excluido —dijo Davídov, después de pensarlo—. ¿Qué propones, Makar?

—Que los comunistas andemos con ojo. Que durmamos menos por las noches y recorramos el caserío sin que nos vean, a escondidas, aguzando la mirada. A lo mejor tenemos la suerte de encontrar en el caserío o fuera de él al mismísimo Pólovtsev o a algún desconocido sospechoso. Los lobos merodean por la noche.

—¿Es que nos comparas con lobos? —sonrió Davídov casi imperceptiblemente.

Pero Nagúlnov no le devolvió la sonrisa, sino qué frunció sus pobladas cejas y dijo:

—Los lobos son ellos, y nosotros, los cazadores. ¡Hay que entender las cosas!

—No te enfades. Estoy conforme contigo, ¡eso es la pura verdad! Vamos a reunir ahora mismo a todos los comunistas.

Ahora no, más tarde, cuando la gente se acueste.

—También es justo —asintió Davídov—. Pero no debemos patrullar por el caserío, pues pondríamos en guardia en seguida a los cosacos; hay que montar varias emboscadas.

—¿En dónde? ¿Donde se tercie? Eso no tiene ni pies ni cabeza. A Timoféi me fue fácil acecharlo: ¿a dónde iba a ir? No tenía otro camino que buscar a Lushka. Pero, ¿en dónde esperar a ésos? El mundo es grande, y en el caserío hay muchas casas. No vamos a apostamos junto a cada una.

—Ni falta que hace.

—¿Cómo elegir?

—Hay que saber a quiénes compraron ganado los tratantes y vigilar esos corrales precisamente. Nuestros camaradas asesinados rondaban casi todo el tiempo alrededor de los sospechosos y les compraban ganado… Los bandidos deben de ocultarse donde alguno de ellos… ¿Entendido?

—Eres hombre de luces —dijo convencido Nagúlnov—. A veces se te ocurren

muy buenas ideas.

Capítulo XXVII

Hacía ya cuatro días que Pólovtsev y Liatievski habían regresado a casa de Ostrovnov. Llegaron al amanecer, media hora después de que Razmiótnov, que vigilaba la casa desde el huerto vecino, se levantara, tras un último bostezo, y se fuera calmosamente a su casa, rezongando para sus adentros: «¡Qué majaderías se le ocurren a este Semión! ¡La de días que llevamos metiéndonos por las cercas de corrales ajenos, ocultándonos como cuatreros o como vulgares ladrones, pasándonos las noches en claro, y todo para nada! ¿Dónde están los bandidos? Acechamos nuestra propia sombra… Voy a darme prisa, no sea que cualquier comadre madrugadora se levante a ordeñar la vaca, me vea, y se corra por todo el caserío lo mismo que la ola se extiende en el río: “El amanecer ha hecho salir a Razmiótnov de cama ajena. ¿Qué cachondona se habrá refocilado con él, que sólo ha podido recobrarse al despuntar el día?” Y comenzarán a darle a la lengua y a rebajar mi autoridad. Hay que terminar con este asunto. Que la GPU atrape a los bandidos, nosotros no tenemos por qué hacer de chequistas. Yo, por ejemplo, he pasado toda la noche tumbado en un huerto, desojándome, ¿cómo voy a trabajar por el día? ¿Voy a ponerme a dormir en mi despacho del Soviet, a mirar a la gente con los ojos como tomates? Entonces dirán: «Se ha pasado toda la noche de juerga el sinvergüenza, y ahora bosteza como un perro tendido a la solana». En fin, otra vez puede verse socavada completamente mi autoridad…»

Atormentado por las dudas, fatigado de la noche en vela, casi persuadido de que era inútil montar vigilancia, Razmiótnov entró sigilosamente en su corral. En el umbral de la casa se dio de manos a boca con su madre, que salía del zaguán.

—Soy yo, madre —dijo Andréi cohibido, tratando de colarse sin más explicaciones.

Pero la vieja le cerró el paso y replicó adusta:

—Ya veo que eres tú, no estoy ciega… ¿No es hora ya, Andriushka, de que te dejes de juergas y de zascandileos todas las noches? No eres un mozalbete, ya no tienes edad de andar rondando. ¿Cuándo vas a sentir vergüenza por mí, que soy tu madre, y por lo que pensará la gente? ¡Cásate y sienta la cabeza de una vez, ya está bien!

—¿Me caso ahora mismo o espero a que salga sol? —preguntó Andréi malhumorado.

—Por mí, que salga y se ponga tres veces, pero a la cuarta cásate, yo no te meto prisa —contestó con toda seriedad la madre, rechazando la malévola réplica de Andréi—. Ten compasión de mi vejez. Con mis achaques, me resulta muy duro ordeñar la vaca, guisar, lavar la ropa, cuidar el huerto, llevar todas las cosas de la casa… ¿Cómo no lo comprendes, hijito? ¡Pero si tú no das golpe aquí! ¿En qué me

ayudas? Ni siquiera traes el agua. Comes, y a la oficina, como un huésped cualquiera, como si fueses ajeno en la casa… Sólo te ocupas de las palomas, te entretienes con ellas como un chico pequeño. ¿Acaso es eso ocupación de hombres? Debía darte reparo por la gente, te entretienes con cosas de niños. Si Niurka no me echase una mano, hace tiempo que me habría derrumbada. ¿Te has quedado ciego, no ves que la pobrecilla viene por aquí todos los días, que ordeña nuestra vaca, escarda el huerto, lo riega y me ayuda todo lo que puede? Es una moza tan cariñosa y tan buena, que no hay otra como ella en el caserío. Se mira en tus ojos, y tú ni lo ves, te has vuelto ciego de tanto juerguearte. Anda, dime, ¿dónde has estado metido? Mira cómo vienes, lleno de abrojos, como perro vagabundo. ¡Agacha la cabeza, tormento de mi alma! ¿Dónde te han revolcado, dónde te han puesto así?

La anciana puso una mano en el hombro del hijo, le hizo agacharse, con una leve presión, y cuando Andréi inclinó la cabeza, desenredó con dificultad de su entrecano mechón un gurullo de abrojos secos.

Andréi se irguió y sonrió sarcástico al ver el mohín de repugnancia que crispaba el rostro de su madre.

—No piense mal de mí, madrecita. Si me he revolcado en los abrojos no ha sido por pasatiempo, sino por necesidad. Usted todavía no comprende el motivo, ya lo comprenderá cuando llegue el momento de que lo sepa todo. En lo tocante al casorio, los tres días que me da de plazo son demasiados. Mañana mismo le traigo a Niurka a casa. Sólo que tenga en cuenta, madre: ya que usted misma se ha elegido la nuera, sepa congeniar con ella, que no haya escándalos entre las dos. Por lo que a mí toca, ya me conoce usted, soy capaz de convivir hasta con tres mujeres bajo un mismo techo, ya sabe que soy de buena pasta mientras no me pisan los callos… Y ahora, déjeme pasar, voy a echarme una horita, por lo menos, antes de irme al trabajo.

La anciana se apartó, santiguándose:

—Vaya, menos mal que Dios Nuestro Señor te ha movido a compadecerte de mi vejez. Anda, querido, hijito mío, vete a dormir, yo te prepararé unas tortas de harina para el almuerzo. Te tengo guardado un poco de crema. ¡No sé cómo obsequiarte por esta alegría!

Andréi había cerrado ya la puerta de su cuarto, pero la vieja, tan bajito como si le tuviese a su lado aún, dijo—, rompiendo a llorar:

—¿No ves que eres lo único que me queda en el mundo?

En distintos rincones del caserío se acostaron a una misma hora, al amanecer, Andréi Razmiótnov, Davídov —que se había pasado toda la noche apostado detrás de un pajar, en el corral de Atamánchukov—, Nagúlnov —que no perdía de vista el corral de Bánnik—, y Pólovtsev y Liatievski, que se habían introducido sin ser vistos en casa de Ostrovnov.

Seguramente, aquella tranquila mañana estival, ligeramente neblinosa, aquellos

hombres, tan distintos por sus convicciones y por su carácter, soñarían cosas diferentes, pero todos se quedaron dormidos a la misma hora…

El primero en despertarse fue Andréi Razmiótnov. Se afeitó con el máximo esmero, hasta dejarse azules las mejillas, se lavó la cabeza, se puso una camisa limpia y los pantalones de paño heredados del difunto marido de Marina Poiárkova, escupió abundantemente sobre las botas y las lustró después con un trozo del faldón de un capote viejo. Se preparaba a conciencia, sin excesiva premura.

La madre adivinó el porqué de tantos preparativos, pero no preguntó nada, temiendo estropear con una palabra inoportuna la solemne predisposición del hijo. Mirábale de vez en cuando y se entretuvo junto al horno más de lo habitual. Almorzaron en silencio.

—No me espere antes de que anochezca, madre —la previno Razmiótnov con tono oficial.

—¡Que Dios te ayude! —le deseó la madre.

—Apañado estoy si Dios me tiene que ayudar —repuso escéptico Razmiótnov.

A diferencia de Davídov solventó lo del casamiento en un dos por tres, invirtiendo en ello diez minutos, a lo sumo. No obstante, al entrar en casa de los padres de Niurka, rindió tributo a las conveniencias: durante un par de minutos fumó en silencio, cruzó con el padre de la joven unas palabras acerca de las perspectivas de la cosecha, hablaron del tiempo, y acto seguido, como si se tratara de algo sabido y resuelto, anunció:

—Mañana me llevo a Niurka.

El padre de la novia, que no carecía de humor, preguntó:

—¿A dónde? ¿De recadera al Soviet del caserío?

—Peor. La tomo por esposa.

—Eso lo que ella diga…

Razmiótnov se volvió hacia la novia —roja como la grana, sin una sombra de sonrisa en los labios, habitualmente tan reidores— y le demandó:

—¿Estás de acuerdo?

—Hace diez años que lo estoy —contestó resueltamente la muchacha, sin apartar de Andréi los redondos ojos, valientes y enamorados.

—No hay más que hablar —resumió satisfecho Razmiótnov.

Por respeto a las viejas costumbres, los padres querían hacerse un poco de rogar, pero él, después de fumarse otro cigarro, cortó por lo sano sus tentativas.

—Yo no os pido ni dote ni nada, y vosotros, ¿qué podéis sacarme a mí? ¿El humo del tabaco? Aviad a la moza. Iremos a la *stanitsa*, nos inscribiremos en el registro civil, volveremos hoy mismo y mañana celebraremos la boda, ¡ea!

—¿A qué vienen tantas prisas? Corres como si estuvieras ardiendo —observó disgustada la madre.

Pero Razmiótnov la miró con frialdad y respondió:

—Ardí hace doce años, ardí y me cubrí de ceniza. Si vengo con prisas, es porque la recolección nos aprieta el gañote, y en casa, bien lo sabéis, mi vieja está ya pidiendo la absoluta. Por consiguiente, vamos a hacer así: el vodka lo traeré yo de la *stanitsa*, no más de diez litros. Con arreglo al vodka, preparad la manducatoria y convidad a la gente. Por mi parte habrá tres invitados: mi madre, Davídov y Shali.

—¿Y Nagúlnov? —se interesó el amo de la casa.

—Se ha puesto enfermo —inventó Andréi, profundamente persuadido de que Makar no asistiría a la boda por nada del mundo.

—¿Matamos un borreguito, Andréi Stepánovich?

—Eso es cosa de ustedes, sólo que no juerguearemos mucho. Yo no puedo: me echarían del cargo y podrían ponerme, por vía de partido, un voto de censura tan caliente, que me pasaría un año soplándome los dedos con los que sostenga la copa.

Volvióse hacia la novia y le hizo un jacarandoso guiño, pero su sonrisa fue parca.

—Dentro de media hora —le dijo— estaré aquí. Mientras tanto, Niura, acicálate como corresponde. Te casas con el presidente del Soviet, no con un cualquiera.

Fue una boda triste, sin canciones, sin danzas, sin esas bromas y esas alocuciones a los recién casados típicas de las bodas cosacas, que algunas veces son desenfadadas y otras sencillamente indecorosas… Razmiótnov dio la tónica. Estuvo intempestivamente serio, reservado, circunspecto. Apenas tomaba parte en las conversaciones, permaneció callado casi todo el tiempo, y cuando los invitados, un poco bebidos, gritaban ocasionalmente: «¡Que se besen los novios!», volvía la cabeza hacia su rubicunda esposa, la besaba como de mala gana, con labios fríos, y sus ojos, tan vivarachos siempre, no miraban a la desposada ni a los invitados, sino a la lejanía, como si contemplasen un pasado remoto, muy remoto y muy triste.

Capítulo XXVIII

En Gremiachi Log y sobre él la vida avanzaba al paso majestuoso y reposado de siempre: lo mismo que siempre bogaban sobre el caserío las nubes, unas veces blancas, con visos plateados, como de escarcha; otras veces su color y matices cambiaban, pasando del tono cárdeno de los nubarrones de tormenta a la transparencia más absoluta. En ocasiones, ardiendo mortecina o vivamente al ponerse el sol, presagiaban viento para el siguiente día, y en tales casos las mujeres y los niños de todo Gremiachi Log oían decir a los cabezas de familia, o a quienes se aprestaban a serlo, frases calmas y concisas, pronunciadas en tono de irrebatible convicción, también eterna, inmutable. «¿Quién va a apilar o acarrear el heno con este viento?» Alguno de los que tenían sentados a su lado —un viejo de la familia, un vecino—, respondía al cabo de unos instantes: «Ni pensado. Se lo llevaría el vendaval». En aquellas horas de furioso solano en lo alto y de forzosa inactividad de los hombres abajo, en las trescientas casas del lugar se repetía un mismo relato: un vecino de Gremiachi Log, Iván Ivánovich Degtiariov, muerto hacía mucho, había querido transportar el trigo del campo a la era cuando soplaba el solano. Al ver que el ventarrón le llevaba de los carros los haces y gavillas de cereal maduro, harto de luchar contra los elementos, levantó con la horquilla un enorme montón de espigas de trigo y, mirando hacia Oriente, gritó furioso: «¡Tómalo también, ya que eres tan fuerte! ¡Llévatelo, maldito!» Después de la cual, volcó una carreta cargada de mieses y regresó de vacío a su casa, echando sapos y culebras.

La vida avanzaba en Gremiachi Log sin apretar su lento paso, y cada día y cada noche llevaban a alguna de las trescientas casas del caserío grandes y pequeñas alegrías, disgustos, emociones, dolores que no se extinguían de repente… Un lunes, al amanecer, murió en el pastizal el abuelo Aguéi, antiquísimo pastor del lugar. Echó a correr para alcanzar a una retozona vaquilla primeriza y reintegrarla al rebaño, pero no duró mucho su trotecillo senil: se detuvo de pronto, apretando el látigo contra el corazón, se tambaleó unos instantes, flojas las piernas, y haciendo eses como un borracho, dejando caer el látigo, retrocedió con paso lento y vacilante. La nuera de Biesjliébnov, que había salido a sacar su vaca, se le acercó en un vuelo, le agarró por las manos, que se le estaban quedando frías, y, jadeante, echándole la cálida respiración a los ojos vidriosos, le preguntó:

—¿Abuelo, querido, te sientes mal?

Y rompió a llorar:

—¡Pobrecito mío! ¿Qué puedo hacer yo por ti?

El abuelo Aguéi balbuceó agonizante:

—No te asustes, golondrinita mía… Cógeme del brazo, que me caigo…

Y cayó, primero sobre la rodilla derecha y después sobre un costado. Y expiró.

Eso fue todo. Y a la hora de la comida, casi a un tiempo, dieron a luz dos koljosianas jóvenes. Una de ellas tuvo un parto muy difícil. Davídov hubo de enviar sin pérdida de tiempo a Voiskovói por el practicante el primer carro que encontró. Acababa de volver de la desamparada casa del abuelo Aguéi, adonde había ido para decir su último adiós al difunto, cuando se le presentó en la administración el joven koljosiano Mijéi Kuznetsov. Pálido, emocionado, comenzó a explicarle su cuita desde el umbral:

—Querido camarada Davídov, sácame del apuro, por el amor de Dios. Mi mujer lleva dos días sufriendo y no acaba de dar a luz. Tengo, además, dos niños, y me da muchísima lástima de la pobrecilla. Préstame unos caballos, hay que llamar al practicante, nuestras comadres no saben ya qué hacer…

—¡Vamos! —dijo Davídov, y salió al patio.

El abuelo Schukar había ido por heno a la estepa. No quedaba ningún caballo en la cuadra.

—Vamos para tu casa; el primer carro que encontremos, lo enviamos a Voiskovói. Tú ve a tranquilizar a tu mujer. Yo pararé a cualquiera y lo mandaré a la *stanitsa*.

Davídov sabía perfectamente que un hombre no debe andar dando vueltas por donde está alumbrando una mujer, pero se puso a medir con largas zancadas la baja empalizada de la casita de Kuznetsov, mientras sus ojos recorrían de punta a punta la desierta calle. Al oír las ahogadas quejas y los alaridos de la mujer, bramaba él mismo, conmovido por el sufrimiento de la maternidad, y soltaba en voz baja los más atroces tacos marineros. De pronto vio que se acercaba lentamente por la calle el carro de Andréi Akímov, un mozalbete de dieciséis años, aguador de una de las brigadas, y corrió como un chicuelo a su encuentro. Luego tiró con esfuerzo del vehículo la cuba llena de agua, y, ahogándose, exclamó:

—Mira, muchacho, aquí hay una mujer en un mal trance. Tus caballos son buenos, arrea al galope a Voiskovói y tráeme al practicante, vivo o muerto. Si revientan los caballos, yo respondo, ¡eso es la pura verdad!

En el denso silencio del mediodía volvió a sonar, quebrándose de repente, el grito sofocado y profundo de la mujer en lucha con la muerte. Davídov miró fijamente al muchacho y le preguntó:

—¿Oyes? ¡Arreando!

El mocito se puso de pie en el carro y respondió a Davídov con una mirada de hombre que entiende a otro:

—Tío Semión, comprendo lo que pasa, no se preocupe por los animales.

Los caballos partieron a galope. El muchacho, de pie, los animaba, garboso, a silbos y latigazos, y Davídov, mirando la nube de polvo levantada por las ruedas, hizo un desesperado ademán y se fue a la administración del koljós. Por el camino oyó una vez más el espeluznante alarido de la mujer, se encogió, como acometido por un dolor súbito, y rezongó irritado, cuando había ya dejado atrás dos manzanas de casas:

—¡Vaya, se le ocurre parir y no sabe hacerlo como es debido! ¡Eso es la pura verdad!

No le había dado tiempo a examinar en la administración eso que solían denominar «asuntos del día», cuando llegó un joven, el hijo del viejo koljosiano Abrámov, y muy turbado, lleno de agitación, le anunció cohibido:

—Camarada Davídov, hoy me caso, toda la familia le invita. No estaría bien que faltase usted a la hora de sentarse a la mesa.

Davídov no pudo aguantar más. Se levantó de un salto y exclamó:

—Pero, ¿habéis perdido la chaveta en este caserío? Morirse, parir y casarse en un mismo día. ¿Os habéis puesto de acuerdo, o qué?

Calmado ya, preguntó, riéndose mentalmente de su estallido:

—¿Qué prisa te corre? Podrías casarte en otoño. Es la mejor época para las bodas.

El muchacho, como sobre ascuas, contestó:

—Las cosas no aconsejan esperar hasta el otoño.

—¿Qué cosas?

—Usted mismo debe comprenderlo, camarada Davídov…

—Ah, ya… Esas cosas, hijito, siempre hay que pensarlas antes —observó sentencioso, pero acto seguido sonrió, pensando: «Ni a mí me cuadra dar estos consejos, ni está él para escucharlos».

Tras un silencio, Davídov agregó:

—Bueno, puedes marcharte. Esta tarde nos pasaremos por allí un momento. Todos iremos. ¿Se lo has dicho a Nagúlnov y a Razmiótnov?

—Ya los he invitado.

—Pues nos pasaremos por allí los tres, estaremos un rato. No podemos beber mucho, no es el momento, así que no os ofendáis por eso. Bueno, vete, te deseo que seáis felices. Aunque eso ya te lo diremos luego… Y ella, ¿qué? ¿Está muy gorda?

—No mucho, pero ya se ve…

—Cuando las cosas están a la vista, siempre es mejor —volvió a observar Davídov con tono un tanto edificante, y otra vez sonrió al percibir alguna que otra nota falsa en sus razones.

Una hora más tarde, cuando estaba firmando Semión el informe que de la marcha del trabajo enviaban al Comité del distrito, se presentó el feliz padre Mijéi Kuznetsov, le estrujó entre sus brazos y le dijo de un tirón, muy conmovido:

—Que Dios te lo pague, presidente nuestro. Andréi vino con el practicante, y no pudieron llegar más a tiempo. Mi mujer estaba ya a punto de morir, pero con su ayuda, me ha soltado un hijo que parece un ternero: pesa tanto, que se me cae de las manos. El practicante dice que no venía al mundo como es de rigor. Por mí, que viniese como le diera la gana, el caso es que ya tenemos un mozo en la familia. ¡Tú serás el padrino, camarada Davídov!

Pasándose la mano por la frente, Davídov respondió:

—Seré el padrino, y me alegro muchísimo de que tu mujer haya dado a luz sin novedad. Si necesitas algo, pídeselo mañana a Ostrovnov, ya tendrá orden de atenderte, ¡eso es la pura verdad! Lo de que el mozo no viniese a este mundo como es debido, no tiene importancia. Ten en cuenta que los mozos, los mozos de verdad, rara vez vienen como es debido…

Esta vez ni siquiera se sonrió, no percibió en su voz aquel tonillo sentencioso del que acababa de burlarse.

Por lo visto, el marinero se había vuelto sentimental, pues al ver la alegría del otro y enterarse del dichoso desenlace de los sufrimientos de la madre, se le empañaron los ojos. Y al notárselos llenos de lágrimas, se los tapó con la ancha palma de la mano y concluyó un tanto rudo:

—Márchate, tu mujer te aguarda. Si te hace falta algo, ven, pero ahora, vete, no tengo tiempo, ¿comprendes? Hago mucho trabajo.

Aquel mismo día, hacia el atardecer, sobrevino un acontecimiento inusitado, nada pequeño para Gremiachi Log, del que muy pocos se enteraron. A eso de las siete llegó a la casa de Ostrovnov un elegante cabriolé tirado por un par de buenos caballos. Junto a la puerta del corral descendió del vehículo un hombre de estatura más bien baja, con chaqueta y pantalones de lino. Después de sacudirse con senil petulancia los bajos de los polvorientos pantalones, subió con juvenil premura a la terracilla de la casa de Ostrovnov y entró sin titubear en el zaguán, donde ya le esperaba Yákov Lukich, alarmado por aquella visita. Brillaron un instante sus dientes en negrecidos por el tabaco, su mano, pequeña y reseca, apretó con vigor el codo de Yákov Lukich, y sus labios preguntaron con amable sonrisa:

—¿Está Alexandr Anísimovich? En seguida se advierte que eres el dueño. Yákov Lukich, ¿verdad?

La marcial apostura del recién llegado y su propio olfato de soldado veterano dijeron a Yákov Lukich que el hombre aquel era un alto jefe; por ello hizo chocar dócilmente sus desgastadas abarcas y respondió aturrullado:

—¡Excelencia! ¿Es usted? ¡Dios mío, cómo le estaban esperando!

—Guíame.

Con una prontitud impropia de su manera de ser, Yákov Lukich abrió servilmente, de par en par, la puerta del cuarto en que vivían Pólovtsev y Liatievski.

—Alexandr Anísimovich, perdone que entre sin llamar. Tenemos una visita muy preciada.

El forastero entró en la habitación abriendo teatralmente los brazos.

—Le saludo, queridos enclaustrados. ¿Se puede hablar aquí en voz alta?

Pólovtsev, que estaba sentado a la mesa, y Liatievski, que, según su costumbre, se hallaba indolentemente tumbado en la cama, se levantaron de un salto, como si

hubiesen oído la voz de «¡firmes!»

El recién llegado abrazó a Pólovtsev y, después de apretar contra su pecho a Liatievski con el brazo izquierdo, dijo:

—Les ruego que se sienten, señores oficiales. Soy el coronel Sedói, el que les enviaba las órdenes escritas. Ahora, por un capricho de la suerte, agrónomo de la Dirección Territorial de Agricultura. Como ven ustedes, vengo en viaje de inspección. Tengo muy poco tiempo. Debo informarles de la situación.

Una vez que hubo invitado a los oficiales a sentarse, continuó con fingida amabilidad, mostrando, sonriente todo el tiempo, sus negros dientes de fumador:

—Mal viven ustedes; al parecer, ni siquiera tienen con qué invitarme… Pero no se trata de eso, comeré en otro sitio. Les ruego que hagan pasar a mi cochero y aseguren nuestra protección, montando, por lo menos, un puesto de vigilancia.

Pólovtsev se precipitó servicialmente hacia la puerta, pero por ella entraba ya el cochero del señor coronel, un mozo apuesto y bien parecido, que dijo, tendiéndole la mano:

—A sus órdenes, capitán. No es costumbre rusa saludarse en el umbral…

Dirigiéndose al coronel, preguntó respetuoso:

—¿Me permite asistir? Ya he asegurado la vigilancia.

El primero de los forasteros seguía sonriendo a Pólovtsev y a Liatievski con sus ojos grises, muy hundidos:

—Permítanme que les presente, señores oficiales: el capitán de caballería Kazántsev. Bueno, y a los anfitriones ya los conoce usted, señor Kazántsev. Ahora, señores, al asunto. Sentémonos a su mesa de solteros.

Pólovtsev inquirió tímidamente:

—Mi coronel, ¿nos permite que les invitemos? Sin pretensiones. Lo que tenemos, se lo ofrecemos de todo corazón.

El coronel respondió con sequedad:

—Gracias, no es necesario. Vayamos en seguida al grano, tengo el tiempo tasado. Capitán, deme el plano.

El capitán Kazántsev sacó de uno de los bolsillos interiores de la chaqueta un mapa a escala 1:10.000 de la zona del Azov y del Mar Negro y lo extendió sobre la mesa. Los cuatro hombres se inclinaron sobre él.

El coronel se arregló el cuello de la guerrera de lino, que llevaba desabrochada, sacó del bolsillo un lapicero azul, dio con él unos golpecitos en la mesa, y dijo:

—Como ustedes adivinan, no me llamo Sedói… sino Nikolski. Coronel del Estado Mayor Central del ejército imperial. El mapa es de uso corriente, pero ustedes no necesitan un plano más detallado para las operaciones militares. Su misión es la siguiente: después de exterminar a los comunistas de la localidad, pero sin enzarzarse, por nada del mundo, en escaramuzas pequeñas ni prolongadas,

marcharán, en columna, con las doscientas bayonetas o sables de que disponen, sobre el sovjós «Aurora Roja», cortando por el camino las comunicaciones. Allí harán ustedes lo oportuno y obtendrán unos cuarenta fusiles con las municiones correspondientes. Lo principal es progresar sobre Míllerovo a marchas forzadas, conservando intactos los fusiles ametralladores y las ametralladoras pesadas de que disponen, y apoderándose en el sovjós de unos treinta camiones. Y otra cosa principal… Ya ven ustedes cuántas misiones principales les encomiendo… Es indispensable, se lo ordeno, señor capitán, sorprender, sin dejarle que despliegue, al regimiento estacionado en Míllerovo, derrotarlo sobre la marcha, desarmarlo, tomar su armamento y a los soldados rojos de ese mismo regimiento que se unan a usted, y, juntos, en camiones, avanzar hacia Rostov. Sólo le indico la misión en líneas generales, pero de ella dependen muchas cosas. Si, contrariamente a lo que esperamos, su avance sobre Míllerovo encuentra resistencia, flanquee la ciudad y diríjase a Kámensk por esta ruta.

El coronel trazó con cansino ademán una recta azul en el mapa y añadió:

—En Kámensk le esperaré yo con mi destacamento, señor capitán.

Hizo una pausa y agregó:

—Por el Norte, probablemente le apoye a usted el teniente coronel Savatéiev. Pero no confíe mucho en eso y actúe con iniciativa. Del éxito de su operación dependen muchas cosas, compréndalo bien. Me refiero a lo de desarmar al regimiento de Míllerovo y utilizar su armamento. Quiérase o no, tienen una batería que nos vendría de perlas. Luego, desde Kámensk entablaremos el combate por Rostov, esperando que vengan a auxiliarnos nuestras fuerzas del Kubán y del Térek. Después, la ayuda de los aliados, y hétenos dueños del Sur. Les ruego tengan en cuenta, señores oficiales, que la operación que hemos concebido es arriesgada, pero no hay otra salida. Si no aprovechamos las posibilidades que nos brinda la historia en 1930, despídanse del imperio y dedíquense a pequeños actos de terrorismo… Esto es todo lo que tengo que decirles. Capitán Pólovtsev, diga en pocas palabras su opinión. Tenga presente que todavía he de pasarme por el Soviet, registrar mi hoja de comisión de servicios y volver al distrito. Soy, por decirlo así, un funcionario, el agrónomo de la Dirección de Agricultura. Por eso, exponga sus consideraciones con la máxima brevedad.

Pólovtsev, sin mirarle, dijo con voz sorda:

—Mi coronel, me plantea usted una misión general, sin concretarla en absoluto. El sovjós lo tomaré, pero yo pensaba que después iríamos a sublevar a los cosacos, y usted me envía a entablar combate con un regimiento regular del Ejército Rojo. ¿No le parece que esto es una misión irrealizable con mis posibilidades y fuerzas, y que si tan sólo un batallón me sale al paso… me condena usted a un desastre seguro?

El coronel Nikolski tamborileó en la mesa con los nudillos y sonrió sarcástico:

—Creo que hicieron mal en concederle el grado de capitán. Si en un momento difícil vacila y no tiene fe en el éxito de nuestra empresa, no vale usted nada como oficial del ejército ruso. No se le ocurra fantasear y hacer planes por su cuenta. ¿Cómo hay que interpretar sus palabras? ¿Actuará o habrá que prescindir de usted?

Pólovtsev se irguió e, inclinando su abombada frente, respondió en voz baja:

—Actuaré, mi coronel. Sólo que…, sólo que por el fracaso de la operación responderá usted, y no yo.

—¡Oh, por eso no se preocupe, señor capitán! —sonrió sombríamente el coronel Nikolski, y se levantó.

Inmediatamente se levantó también el capitán Kazántsev.

Abrazando a Pólovtsev, Nikolski dijo:

—¡Valor, y siempre valor! ¡Eso es lo que le falta al cuerpo de oficiales del bueno y viejo ejército imperial! Se han apoltronado ustedes trabajando de maestros de escuela y de agrónomos. ¿Y las tradiciones? ¿Han olvidado ustedes las gloriosas tradiciones del ejército ruso? En fin, no importa. Limítense a comenzar por orden de quienes piensan por ustedes, y después… después, el apetito se abre comiendo. Capitán, espero verle aún con las insignias de general mayor, en Novorossiisk, o, digamos, en Moscú. A juzgar por su aspecto, tan huraño, no es usted de los que se paran en barras. Hasta la vista en Kámensk. Una última cosa: la orden de comenzar, simultáneamente en todas partes donde tenemos puntos de resistencia, será dada en su momento, como ustedes comprenderán. Adiós, hasta la vista en Kámensk.

Pólovtsev abrazó fríamente a los forasteros, abrió la puerta para que salieran y su mirada tropezó con la de Yákov Lukich, que aguardaba tembloroso en el zaguán. Luego no se sentó, sino que se desplomó en el catre. Al cabo de un rato preguntó a Liatievski, que se hallaba de espaldas a la ventana:

—¿Qué le ha parecido ese fulano?

El otro hizo un gesto despectivo y respondió:

—¡Jesús, María y José! ¿Qué esperaba usted de la oficialidad rusa? Más vale que me pregunte a mí, señor Pólovtsev, para qué diablos me habré juntado con ustedes.

Aquel día acaeció otro suceso trágico: Trofim, el macho cabrío, se ahogó en un pozo. Como era de un carácter muy inconstante y se pasaba las noches correteando por el caserío, seguramente tropezó con alguna jauría de perros vagabundos y, al verse perseguido, trató de saltar por encima del pozo que había junto a la administración del koljós. La tapadera, por senil descuido del abuelo Schukar, se había quedado sin poner aquella tarde, y el viejo barbón, asustado por los canes, por su ensañado acoso, quiso saltar el brocal, mas, por los visto, sus desgastadas pezuñas resbalaron, y cayó al fondo, ahogándose.

Cuando al anochecer regresó el abuelo Schukar con un carro de heno y quiso abrevar a sus potros, notó que el cubo chocaba con una cosa blanda. Fue inútil que

tratase de sacar agua moviendo a un lado y a otro la cuerda. El anciano, alarmado por una terrible conjetura, recorrió con ojos desconsolados el patio, esperando ver a su eterno enemigo en la techumbre del pajar, pero fue inútil: Trofim no aparecía por ningún sitio. Schukar se encaminó con premura al henil y se dio un trotecillo hasta la calle. Trofim no estaba allí tampoco… Entonces, lloroso y lastimero, agobiado por la pena, entró en el despacho de Davídov y se dejó caer en un banco:

—Sioma, corazón mío, ha ocurrido otra desgracia. Seguro que nuestro Trofim se ha ahogado en el pozo. Vamos, hay que buscar una rebañadera para sacarlo.

—¿Y te da pena? —le preguntó Davídov sonriendo—. Pero si siempre estabas pidiendo que lo matásemos.

—¡Qué importa lo que yo pidiera! —gritó iracundo el abuelo Schukar—. No lo matasteis, y estuvo muy bien. Y ahora, ¿cómo voy a vivir sin él? Me tenía en vilo todo el santo día, no podía separarme del látigo desde la mañana a la noche, para defenderme, y ahora, ¿qué vida va a ser la mía? ¡Una aburrición! Como para coger y tirarme yo también de cabeza al pozo… ¿Qué amistad teníamos él y yo? ¡Ninguna! Sólo nos juntábamos para librar batallas. Muchas veces lo atrapaba, lo cogía por los cuernos y le decía: «Trofim, hijo de tu madre, ya no eres un cabrito joven, ¿de dónde sacas tanta maldad? ¿De dónde te viene tanta farruquería, que no me dejas tranquilo ni un segundo? Te pasas la vida al acecho para toparme por atrás o por algún costado. Comprende que soy un hombre enfermo y debes tenerme compasión…» El me miraba de hito en hito, pero en sus ojos no se notaba nada de humano. En ellos no se veía ni la menor compasión. Entonces le sacudía un latigazo en el lomo y le insultaba: «¡Corre, requeté maldito, viejo malvado! ¡Contigo no hay forma de entenderse!» El muy hijo de Satanás reculaba, se alejaba de mí unos diez pasos y se ponía a mordisquear la hierba para pasar el rato, como si estuviese hambriento, el condenado. Pero me miraba con sus ojos fijos, seguramente pensando en embestirme otra vez. Aquella vida nuestra era un pitorreo. Porque no había manera de ponerse de acuerdo con un idiota tan imbécil, o si quieres que te lo diga más sencillo, con un tonto como él. Pero mira por dónde, ahora se ha ahogado, y me da lástima del pobre, y toda mi vida se ha arruinado…

El abuelo Schukar rompió a gimotear desconsoladamente, limpiándose las lágrimas con la manga de su sucia camisa de percal.

En el corral contiguo les dieron una rebañadera y, entre los dos, sacaron a Trofim, que ya estaba un poco hinchado. Davídov, volviendo la vista a otro lado para no ver la cara que ponía Schukar, le preguntó:

—Bueno, ¿qué hacemos ahora?

Sin dejar de gimotear, limpiándose el ojo lacrimoso, el abuelo Schukar respondió:

—Tú, Siómushka, vete a tus asuntos de Estado, que yo mismo le daré sepultura. Esto no es para jóvenes como tú, es cosa de viejos. Lo enterraré al muy bandido con

todos los honores, me sentaré un poco junto a la tumba para llorarlo… Dios te bendiga por haberme ayudado a sacarlo, yo solo no habría podido: este potro con cuernos debe pesar no menos de tres puds. Se puso como un cerdo, de tantocomer gratis, por eso se ha ahogado el muy imbécil. Si hubiera pesado menos, habría saltado el pozo con toda facilidad. No me cabe duda que los perros lo acosaron de tal modo, que ya no estaba en su sano juicio cuando quiso saltado. Pero, ¿qué juicio podía pedírsele al viejo tonto? Ahora que tú, Siómushka, corazón mío, dame para un cuartillo de vodka y me lo beberé esta tarde en el henil por su descanso eterno. No tengo por qué ir a casa, a ver a la vieja. ¿Qué sacaría con ello? Solamente estropear todos mis sistemas nerviosos. ¿Tener otra batalla? A mis años no me conviene lo más mínimo. De modo que me beberé el cuartillo poquito a poco, en memoria del difunto, abrevaré los potros, y a dormir, ¡eso es la pura verdad!

Reprimiendo con gran esfuerzo una sonrisa, Davídov le dio diez rublos y le abrazó los escuálidos hombros.

—No te aflijas mucho, abuelo. En último extremo, te compraremos otro macho cabrío.

Moviendo apenado la cabeza, Schukar contestó:

—Como él no lo encontraréis, por más dinero que os gastéis. No ha habido ni hay cabrones semejantes en el mundo. Además, mi pena no hay quien me la quite.

El anciano se fue en busca de una pala, encorvado, lastimero, conmovedoramente ridículo en su sincero dolor.

Así acabó en Gremiachi Lag un día colmado de acontecimientos grandes y pequeños.

Capítulo XXIX

Después de cenar, Davídov se metió en su cuarto, pero no había hecho más que sentarse a la mesa para hojear los periódicos que le habían traído hacía poco de la estafeta de correos, cuando oyó unos golpecitos en el marco de la ventana y la entreabrió. Nagúlnov, con un pie apoyado en el banco de tierra pegado al muro, le dijo en voz baja:

—¡Prepárate, que va a haber jaleo! Hazte a un lado, déjame pasar y te contaré…

Su rostro cetrino estaba pálido y reconcentrado. Saltó con agilidad por la ventana, se sentó en un taburete y se dio un puñetazo en la rodilla:

—En fin, lo que te decía, Semión, ha salido como pensábamos. He logrado echar el ojo a uno, pese a todo. Llevaba ya dos horas largas tumbado junto a la casa de Ostrovnov, cuando veo que se acerca un fulano no muy alto, con cautela, aguzando el oído. Por consiguiente, uno de ellos, uno de esos mismísimos sujetos. Y eso que hoy me aposté tarde en mi escondrijo, ya había oscurecido. Me retrasé, estuve en el campo. Puede que antes haya entrado algún otro. Resumiendo: vamos, recogeremos por el camino a Razmiótnov. No hay que esperar más. Les echaremos el guante, vivitos y coleando, allí mismo, en casa de Lukich. Y si no, por lo menos atraparemos a ese que yo he visto.

Davídov metió la mano debajo de la almohada y sacó de allí la pistola.

—¿Cómo los vamos a coger? Puntualicemos bien la cosa…

Nagúlnov, que estaba encendiendo un cigarrillo, esbozó una leve sonrisa.

—Tengo experiencia, no es la primera vez. Escúchame: ese fulano bajito no llamó a la puerta, sino, como acabo de llamarte yo a ti, a la ventana. Yákov Lukich tiene un cuarto con un ventanuco que da al patio. Pues bien; este bandido, que llevaba un capotón o un impermeable —estaba muy oscuro y no pude distinguir—, llamó a la ventana. Alguien, no sé si fue Lukich o su hijito Semión, entreabrió la puerta, y él entró en la casa. Cuando subía los escalones miró a todos los lados, y cuando cruzó la puerta, volvió a mirar otra vez. Yo estaba tendido junto a la empalizada y lo veía todo. Ten en cuenta, Semión, que la gente de bien no anda así, con ese recelo de lobo. Te propongo el siguiente plan de acción: tú y yo llamamos, y Andréi se tumba en el patio junto a la ventana. Veremos quién nos abre, pero yo recuerdo que la puerta de ese cuarto es la primera a mano derecha según entras en el zaguán. Mira, si está cerrada, tendremos que echarla abajo sobre la marcha. Nos metemos los dos, y si alguno salta por la ventana, Andréi le zumbará. Atraparemos vivos a esos visitantes nocturnos con toda la facilidad del mundo. Yo saltaré la puerta, tú vienes detrás, a mi lado, y si la cosa se pone difícil, disparas a bulto contra quienes haya en el cuarto, sin más explicaciones.

Makar entornó ligeramente los ojos y no miró a Davídov. Una sonrisa casi

imperceptible volvió a asomar a sus labios, de trazo duro, enérgico…

—No haces más que dar vueltas en las manos a ese juguete, y lo que tienes que hacer es comprobar el cargador y meter una bala en la recámara ahora mismo. Saldremos de aquí por la ventana, entornaremos el postigo.

Nagúlnov se ajustó el cinto de la guerrera, tiró al suelo la colilla, se miró las punteras y las cañas de las botas, cubiertas de polvo, y volvió a sonreír.

—Por culpa de unos miserables canallas me he revolcado en el polvo lo mismo que un cachorro, tuve que tumbarme boca abajo y qué sé yo de cuántas maneras, esperando a los queridos huéspedes… Por fin asomó uno… Pero creo que debe haber dos o tres, no más. Porque no serán una sección, ¿verdad?

Davídov montó la pistola, se la guardó en el bolsillo de la chaqueta y dijo:

—¿Qué te pasa hoy, Makar, que estás tan alegre? Llevas aquí cinco minutos y te has sonreído ya tres veces…

—Vamos a un asunto divertido, Sioma, por eso me sonrío.

Salieron por la ventana, entornaron las maderas y permanecieron inmóviles junto a la casa unos instantes. La noche era tibia. De abajo llegaba la humedad del río. El caserío dormía. Habían terminado los tranquilos afanes del día. Berreó un ternero. Ladraron los perros en la otra punta del lugar. Por allí cerca, perdida la cuenta de las horas, cantó a destiempo un gallo, atontado de sueño. Makar y Davídov se acercaron, sin cruzar palabra, a la casa de Razmiótnov. Makar golpeó levemente con el nudillo del índice en el marco de la ventana, y cuando tras corta espera vio en la penumbra el rostro de Andréi, le hizo señas de que saliera y le mostró el revólver.

Davídov oyó la voz de Andréi, diciendo desde la casa, con tono mesurado y serio:

—Comprendido. Ahora mismo salgo.

Casi inmediatamente apareció en la terracilla. Al entornar la puerta, dijo disgustado:

—Todo lo quieres saber, Niura. Me llaman al Soviet para un asunto. ¡No es para ir de jarana, caramba! Duérmete y no suspires. En seguida vuelvo.

Los tres amigos se juntaron. Razmiótnov preguntó alborozado:

—¿Será posible que hayáis dado con ellos?

Nagúlnov le cuchicheó lo sucedido.

…Entraron en silencio en el patio de Yákov Lukich. Razmiótnov se agazapó, apretando la espalda contra los tibios cimientos de la casa, y apoyó cautelosamente sobre una rodilla el cañón de su revólver. No quería sobrecargar sin necesidad la mano derecha.

Nagúlnov fue el primero en subir los peldaños de la terracilla, se acercó a la puerta, y movió sonoramente el picaporte.

Un silencio profundo reinaba en el patio y en la casa de Ostrovnov. Pero aquella siniestra quietud no duró mucho tiempo. En el zaguán resonó —inesperadamente

fuerte— la voz de Yákov Lukich:

—¿Quién diablos anda por aquí a estas horas?

Nagúlnov contestó:

—Lukich, perdona que te despierte tan tarde, verás lo que sucede; tú y yo tenemos que ir ahora mismo al sovjós. Con toda urgencia.

Sobrevino un instante de embarazoso silencio.

Impacientado ya, Nagúlnov exigió:

—¿En qué estás pensando? ¡Abre la puerta!

—Querido camarada Nagóluov, vaya unas horitas, estoy a oscuras, no doy con los cerrojos, pase…

Oyóse dentro el metálico ruido del grueso pasador. La maciza puerta se entreabrió…

Aprestando toda su fuerza, Nagúlnov la empujó con el hombro izquierdo, echó a Yákov Lukich contra la pared y entró de una zancada en el zaguán, volviendo un instante la cabeza, para gritar a Davídov:

—¡Si se mueve, le zumbas!

Un tibio olor a recinto habitado y a lúpulo fresco le dio a Makar en la nariz, pero no tenía tiempo para analizar olores ni sensaciones. Presto el revólver en la mano derecha, palpó rápidamente con la izquierda la puerta del cuarto, y la derribó de un puntapié, haciendo saltar el ligero cerrojo.

—¿Quién hay ahí? ¡Alto o disparo!

Pero no llegó a disparar. Apagando su grito, tronó en el umbral la explosión restallante de una granada de mano y —terrible en el silencio nocturno— tableteó bronco un fusil ametrallador. Luego, ruido de cristales rotos, un disparo en el patio, un gemido…

Fulminado, destrozado por los cascos de la granada, Nagúlnov murió en el acto. Davídov, que había penetrado de un salto en la habitación y pudo hacer fuego dos veces en la oscuridad, recibió de lleno la ráfaga del fusil ametrallador.

Desvaneciéndose, cayó de espaldas, con la cabeza echada hacia atrás, apretando en la mano izquierda una astilla arrancada del dintel de la puerta por una bala.

¡Oh, con qué dificultad abandonaba la vida el ancho pecho de Davídov, atravesado, oblicuamente, por cuatro balazos!… No había recobrado ni por un instante el conocimiento desde que, por la noche, en silencio, dando traspiés en medio de las tinieblas, pero procurando no zarandear al herido, sus amigos lo habían llevado en brazos a casa, y ya duraba más de quince horas su penosa lucha con la muerte…

Al amanecer llegó en un carricoche tirado por caballos cubiertos de espuma el cirujano del distrito, un joven de una seriedad impropia de sus años. Estuvo cosa de diez minutos en el cuarto donde yacía Davídov, y en ese tiempo, los comunistas de la

célula de Gremiachi Log y los numerosos koljosianos sin partido que querían a su presidente y aguardaban silenciosos en la cocina sólo una vez oyeron en la habitación un gemido sordo y apagado, como proferido en sueños. El médico salió a la cocina, secándose las manos con una toalla, las mangas subidas, pálido, pero exteriormente tranquilo. A la tácita pregunta de los amigos de Davídov, respondió:

—No hay esperanza alguna. Mi presencia es innecesaria. Pero ¡qué asombrosa vitalidad! No se les ocurra cambiarle de sitio; en general, no hay que moverle. Si en el caserío se encontrase hielo… aunque, no hace falta. Sólo pido que siempre haya alguien con el herido.

Tras el médico aparecieron en la cocina Razmiótnov y Maidánnikov. A Razmiótnov le temblaban los labios, su mirada, ausente, vagaba por la cocina, sin ver a los campesinos, que se agolpaban en desorden. Maidánnikov había salido de la habitación cabizbajo, con las venas de las sienes terriblemente abultadas; sobre el puente de su nariz se marcaban las profundas arrugas transversales, rojeando como cicatrices. Todos, a excepción de Maidánnikov, salieron en tropel a la terracilla y se dispersaron por el patio. Razmiótnov, gacha la cabeza, se apoyó en la puerta del corral y quedó inmóvil; sólo sus omoplatos se estremecían, de llanto ahogado; el viejo Shali se acercó a la empalizada y, presa de ciega e insensata furia, se puso a zarandear un puntal de roble, clavado en la tierra; Diomka Ushakov, arrimado a la pared del granero con el aire de un colegial castigado, hurgaba con la uña la arcilla del estuco, reblandecida por las lluvias, y dejaba correr las lágrimas por sus mejillas. Cada uno sentía a su manera la pérdida del amigo, pero era uno mismo el inmenso dolor que se había abatido sobre todos aquellos hombres.

Davídov murió por la noche. Antes de expirar recobró el conocimiento. Lanzó una mirada fugaz al abuelo Schukar, que velaba junto a la cabecera de la cama, y, ahogándose, le dijo:

—¿Por qué lloras, viejo?

Una espuma sanguinolenta emanó, burbujeante, de su boca, y sólo después de hacer convulsivos esfuerzos para despejar la garganta, hundiendo en la almohada la mejilla, que parecía de cera, terminó a duras penas la frase:

—No llores…

Intentó sonreír, pero se estiró penosamente, con un gemido prolongado, y quedó inmóvil.

…Los ruiseñores del Don dejaran de cantar a Davídov y a Nagúlnov, tan caros a mi corazón; dejó de susurrarles el trigo a punto de sazonar; dejó de rumorearles, resbalando por las piedras, el riachuelo sin nombre que baja de lo alto de la barranca de Gremiachi Lag… ¡Y eso es todo!

Pasaron dos meses. Por el alto cielo de Gremiachi Lag, desteñido por el caliente sol estival, seguían bogando blancas nubes, esponjadas como siempre en otoño, pero

una tenue capa de oro rojizo había ya cubierto las hojas de los álamos que bordeaban el riachuelo del lugar, cuyas aguas se habían tornado más transparentes y frías, y en las tumbas de Davídov y Nagúlnov, enterrados en la plaza del caserío, cerca de la escuela, había brotado una hierbecilla paliducha y enclenque, acariciada por el parco sol otoñal. Una florecilla esteparia sin nombre, apretándose contra los listones de la valla, intentaba tardíamente afianzar su precaria vida. En cambio, tres tallos de girasol, que después de las lluvias de agosto habían crecido no lejos de las tumbas, se las ingeniaron para crecer dos cuartas, y ya se bamboleaban suavemente cuando en la plaza soplaba el viento.

Mucha agua pasó por el riachuelo de Gremiachi Lag durante aquellos dos meses. Muchas cosas cambiaron en el caserío. Después de enterrar a sus amigos, desmejoró a ojos vistas y cambió extraordinariamente el abuelo Schukar: hízose huraño, taciturno, más lagrimoso aún… Cuatro días estuvo sin levantarse de la cama después del entierro, y, cuando se levantó, la vieja se dio cuenta, sin ocultar su espanto, que tenía ligeramente torcida la boca y como ladeada toda la parte izquierda del rostro.

—¿Qué te pasa? —exclamó asustada, echándose las manos a la cabeza.

Muy tranquilo, aunque con la lengua un poco trabada, el abuelo Schukar respondió, enjugándose con la palma de la mano la saliva que le rezumaba por la comisura izquierda de los labios:

—Nada de particular. Ya ves qué galanes reposan en la tierra. Y yo hace ya mucho tiempo que debía descansar allí. ¿Está claro el problema?

Pero cuando se fue acercando lentamente a la mesa, resultó que arrastraba la pierna izquierda. Se puso a liar un cigarro y apenas si pudo levantar el brazo izquierdo…

—Por todas las trazas, vieja, me ha dado una parálisis, ¡mal rayo la parta! No me noto yo el mismo de hace poco —dijo Schukar, contemplándose con asombro la mano, que no le obedecía.

Al cabo de una semana se repuso un tanto, era ya más seguro su andar, podía mover el brazo izquierdo sin grandes esfuerzos. Pero se negó rotundamente a seguir de cochero. Fue a la administración del koljós y le dijo sin rodeos a Kondrat Maidánnikov, el nuevo presidente.

—Para mí se acabaron los viajes, querido Kondrátushka, no me siento con fuerzas para cuidar de los potros.

—Razmiótnov y yo hemos pensado ya qué hacer contigo, abuelito —le contestó Maidánnikov—. ¿Y si vigilases la tienda por las noches? Para el invierno te haremos una garita bien abrigada, pondremos allí una estufa y un catre, te daremos una zamarra, un buen capote de piel, unas botas de fieltro. ¿Acaso estarás mal? Cobrarás tu sueldo, tendrás un trabajo descansado y, lo que es más importante, harás algo de provecho. ¿Qué, estás conforme?

—Dios te lo pague, eso me conviene. Os agradezco mucho que no os olvidéis de este viejo. De todas maneras, por las noches apenas duermo, a veces no pego ojo. Echo mucho de menos a nuestros amigos, Kondrátushka, y el sueño me rehúye… Bueno, me marcho. Voy a despedirme de los potros, y a casita. ¿A quién se los vais a encargar?

—Al viejo Biesjliébnov.

—El es un viejo fuerte, y yo estoy ya muy gastado, me han tronchado Makárushka y Davídov, me han quitado la vida… Con ellos, aún habría podido tirar, a lo mejor, uno o dos años, pero sin ellos me da no se qué seguir estorbando en este mundo… —murmuró tristemente el abuelo Schukar, secándose los ojos con su vieja gorra cosaco.

Aquella misma noche se puso a hacer de vigilante.

Las tumbas de Davídov y Nagúlnov, rodeadas por una pequeña valla, quedaban cerca, enfrente de la tiendecita de la cooperativa, y, al día siguiente, el abuelo Schukar, provisto de un hacha y una sierra, se hizo un banquito junto a la valla. Allí se pasaba las noches.

—Lo que más me tira es estar junto a mis queridos amigos… —decía a Razmiótnov—. Ellos se sentirán alegres y yo acorto las noches más a gusto estando a su lado. Nunca he tenido hijos, Andriúshenka, y ahora es como si me hubiese quedado sin dos, de repente… El corazón, maldito, me duele día y noche y no me deja descansar.

Razmiótnov, que era ahora el secretario de la célula, hacía a Maidánnikov partícipe de sus temores:

—¿Te fijas, Kondrat, que de un tiempo a esta parte nuestro abuelo Schukar ha envejecido terriblemente? Se consume de pena por los muchachos, no parece el mismo. Se ve que pronto le llegará su hora al viejo… Ya le tiembla la cabeza y se le han empezado a poner negras las manos. ¡Nos va a dar un disgusto, te lo juro! Estamos muy acostumbrados a él y a sus ocurrencias, y, como se nos muera,dejará un hueco en el caserío.

Los días hacíanse más cortos, y el aire, más diáfano. No era ya el amargo aroma del ajenjo estepario lo que el viento llevaba a las tumbas, sino la fragancia de la mies recién trillada en las eras, detrás del caserío.

Mientras duró la trilla, el abuelo Schukar se sintió más alegre: hasta muy tarde, las aventadoras bordoneaban en las eras, los rodillos retumbaban sordamente en la tierra apisonada, oíanse las voces de los campesinos, arreando a las bestias, y los relinchos de las caballerías. Después, todo se aquietó. Las noches eran más largas y más oscuras, y ya eran otras las voces que rompían el silencio nocturno: los gemidos de las grullas en el firmamento, negro como una pizarra, el melancólico reclamo de los carracos, los apagados graznidos de los gansos y el silbante aleteo de los ánades.

—Se marchan los pájaros a tierras calientes —suspiraba en su soledad el abuelo Schukar al escuchar la algarabía de las aves, que descendía, como invitando a seguirles, de lo alto del cielo.

Una noche se acercó quedamente al viejo una mujer tocada con un pañuelo negro y se detuvo en silencio ante él.

—¿A quién trae Dios por aquí? —preguntó el anciano, haciendo vanos esfuerzos por ver quién era.

—Soy yo, abuelito, soy Varia…

El abuelo Schukar se levantó del banco con toda la agilidad de que aún era capaz.

—¡Golondrinita mía, has venido, por fin! Yo pensaba que te habías olvidado de nosotros… ¡Ay, Variuja, qué solos nos ha dejado a los dos! Pasa, querida, aquí está la puerta, su sepultura es aquella de allí… Quédate un rato con él, yo voy a darme una vuelta por la tienda, a comprobar los candados… Tengo muchas ocupaciones, hago de vigilante, no me faltan quehaceres a la vejez… No me faltan, alma de Dios.

El anciano cruzó renqueando la plaza y no volvió hasta pasada una hora. Varia estaba arrodillada junto a la cabecera de la tumba de Davídov, pero al oír la delicada tosecilla con que el abuelo Schukar anunció su presencia, se levantó, salió por la puertecilla, se tambaleó y, asustada, apoyó una mano en la valla. Permaneció allí en silencio. El viejo también callaba. Luego, Varia musitó:

—Gracias, abuelito, por haberme dejado a solas con él…

—No hay de qué. ¿Qué piensas hacer ahora, queridita?

—He venido para quedarme en el pueblo. Llegué esta mañana y si me he acercado tan tarde es porque no quería que me viese la gente…

—¿Y los estudios?

—Los he dejado. Sin mi ayuda, nuestra casa no sale adelante.

—Nuestro Sioma se habría llevado un disgusto, me parece a mí.

—¿Y qué quieres que haga, abuelito, querido? —tembló la voz de Varia.

—No soy nadie para darte consejos, queridita mía, tú verás. Pero no le disgustes, ya sabes que te quería, ¡eso es la pura verdad!

Varia dio la vuelta rápidamente y cruzó corriendo la plaza, ahogada en llanto, sin ánimos siquiera para despedirse del viejo.

Hasta el amanecer resonaron en la impenetrable oscuridad del cielo las quejumbrosas llamadas de las grullas. Y hasta el amanecer estuvo acurrucado en su banco, sin pegar ojo, el abuelo Schukar: suspiraba, se santiguaba, lloraba…

Gradualmente, día tras día, se fue deshaciendo el ovillo de la conjura contrarrevolucionaria y del alzamiento que se preparaba en el Don.

Los agentes de la Dirección Territorial de la GPU llegados de Rostov a Gremiachi Lag dos días después de la muerte de Davídov identificaron sin dificultad al individuo a quien Razmiótnov había matado en el patio de Ostrovnov: era un criminal

a quien buscaban hacía mucho tiempo, el ex teniente Liatievski, del Ejército Voluntario.

Tres semanas más tarde, en un sovjós próximo a Tashkent, un hombre insignificante, vestido de paisano, se acercó al contable, un tal Kaláshnikov, que llevaba poco tiempo trabajando allí, se inclinó sobre la mesa y le dijo con voz mesurada:

—Se ha instalado usted con todo confort, señor Pólovtsev… ¡Quieto! Salgamos de aquí por un momento, usted delante.

En la terracilla les esperaba otro agente de paisano, de patillas grises. Este no fue tan impecablemente cortés y circunspecto como su joven camarada: al ver a Pólovtsev, se adelantó, parpadeando nervioso, y, pálido de odio, exclamó:

—¡Víbora! Lejos te has arrastrado. ¿Creías que no daríamos contigo en esta madriguera? Espera, que ya hablaremos en Rostov. Vas a bailar lo tuyo antes de morir…

—¡Huy, qué espanto! ¡Huy, qué miedo me ha entrado! ¡Estoy temblando todo, de pavor, como hoja de árbol! —exclamó sarcástico Pólovtsev, parándose a encender un cigarrillo de los baratos, mientras miraba al chequista de soslayo, con expresión de burla y de odio en los ojos.

Allí mismo lo cachearon, y él, dando la vuelta dócilmente, les dijo:

—¡Hacedme caso, no os molestéis en balde! No llevo armas encima: ¿para qué? En mi cuarto tengo escondida una máuser. ¡Vamos!

Mientras iban a su domicilio, les habló tranquilo y sentencioso, dirigiéndose al chequista de patillas grises:

—¿Con qué piensas intimidarme, alma de cántaro? ¿Con torturas? No lo conseguirás, estoy dispuesto a todo y aguantaré lo que sea, pero, además, torturarme no tiene sentido, porque, sin ocultar nada ni andarme con astucias, diré todo, absolutamente todo lo que sé. ¡Palabra de oficial! Dos veces no me matarás, y hace mucho que estoy dispuesto a morir. Hemos perdido, y para mí la vida no tiene ya sentido. No lo digo por hacer frases, no soy un comediante ni un petimetre. Eso es una amarga verdad para todos nosotros. Ante todo, la deuda de honor: el que pierde, paga. Y yo estoy dispuesto a pagar con mi vida. No me da miedo, lo juro.

—Deja de calzar el coturno y calla, que por pagar no quedará la cosa —le aconsejó el destinatario de aquella afectada palabrería.

En su cuarto no encontraron nada comprometedor, aparte de la máuser. La maleta de madera no ocultaba ningún papel. Pero sobre la mesa vieron, cuidadosamente ordenados, los veinticinco tomos de las obras completas de Lenin.

—¿Son suyos? —le preguntaron a Pólovtsev.

—Sí.

—¿Para qué quería usted estos libros?

Pólovtsev sonrió con descaro:

—Para batir al enemigo, hace falta conocer sus armas…

Mantuvo su palabra: al ser interrogado en Rostov, delató al coronel Sedói-Nikolski y al capitán Kazántsev, y enumeró de memoria a todos los que integraban su organización en Gremiachi Log y en los caseríos del contorno. Nikolski delató a los demás.

Una vasta ola de detenciones se extendió por la zona del Mar de Azov y del Mar Negro. Más de seiscientos cosacos, simples participantes del complot, entre ellos Ostrovnov y su hijo, fueron condenados por un tribunal especial a distintas penas de cárcel. Sólo se fusiló a los que habían tenido participación directa en actos terroristas. Pólovtsev, Nikolski, Kazántsev, el teniente coronel Savatéiev, de la región de Stalingrado, y sus dos ayudantes, así como otros nueve oficiales y generales blancos que vivían en Moscú bajo nombre supuesto, fueron condenados a muerte y fusilados. Entre los nueve detenidos en Moscú y sus alrededores había un teniente general de cosacos bastante conocido en los medios del ejército de Denikin. Era él quien dirigía el complot y mantenía contacto con las organizaciones militares de la emigración. Tan sólo cuatro individuos del centro dirigente de la conjura lograron escapar a la detención en Moscú y cruzar la frontera por distintos medios.

Notas

[1] (Casa rústica en el Kubán y en la cuenca del Don. *N. de la t.*) <<



[2] (Grado militar en las tropas zaristas y guardias blancos, correspondiente al de capitán. *N. de la t.*) <<



[3] (A. Novorossíisk huyeron, en 1920, los restos de las tropas de guardias blancos, derrotados por el Ejército Rojo. *N. de la t.*) <<

[4] (Gorro alto de piel. *N. de la t.*) <<

[5] (Pueblo cosaco. *N. de la t.*) <<

[6] (Obreros de Moscú, Leningrado, Kíev y otras ciudades, enviados en número de 25.000, por acuerdo del Pleno del CC del PC(b) de la URSS de Noviembre de 1929, a trabajar en el campo. Las decenas de miles de haciendas colectivas que se creaban en el país, requerían dirigentes expertos, con buena preparación política. Los veinticinco mil obreros desempeñaron un importante papel en el reforzamiento de los koljóses. *N. del t.*) <<

[7] (sociedad para el laboreo conjunto de la tierra, forma más simple de la hacienda colectiva, en que se realiza el cultivo social de aquélla, perteneciente al Estado, pero sin colectivizar los instrumentos de producción. En el artel agrícola (koljós) son colectivizados también los instrumentos fundamentales de producción. Al hacerlo, los koljosianos conservan su hacienda personal —la parcela aneja a la vivienda, la vaca, las aves de corral y el ganado menor— que tiene un carácter auxiliar. *N. del t.*) <<



[8] (Antigua fábrica de Leningrado, famosa por sus tradiciones revolucionarias, que actualmente lleva el nombre de S. M. Kírov. *N. del t.*) <<

[9] (En respuesta al sabotaje de los kulaks, que llevaban a cabo una especulación desenfrenada y eludían intencionadamente la entrega al Estado de los sobrantes de trigo, el Poder Soviético aplicaba a aquéllos el artículo 107 del Código Penal, que castigaba a los enemigos del Estado soviético. *N. del t.*) <<

[10] (En el periódico «Pravda» del 29 de diciembre de 1929 se publicó el discurso del camarada Stalin «Sobre las cuestiones de la política agraria en la URSS», pronunciado por él en la Conferencia de marxistas-agrarios celebrada el 27 de Diciembre del mismo año.*N. del t.*) <<

[11] (Esto se decía de los oportunistas de derecha. *N. de la t.*) <<

[12] (De Tabria, antigua denominación de Crimen. *N. de la t.*) <<

[13] (Fábrica leningradense de calzado. *N. de la t.*) <<

[14] (Caftán de cosaco. *N. de la t.*) <<



[15] (Se refiere a la derrota y retirada de los ejércitos de guardias blancos de Denikin en 1920. *N. del t.*) <<

[16] (Antigua medida rusa de longitud equivalente a 4,4 cm. *N. del t.*)<<

[17] (Antes de la revolución, el caballo de filas con que el cosaco debía hacer el servicio militar era admitido a condición de que su alzada no fuese inferior a 2 *arshinas*(1,42 metros) y 1/2 *vershok* (2,2 cm.). *N. del t.*) <<

[18] (1,09 hectáreas. *N. de la t.*) <<

[19] (cuatro hectáreas. *N. de la t.*) <<

[20] (Actualmente, Krasnodar, centro comarcal del Kubán. *N. de la t.*) <<

[21] (Voluntarios: guardias blancos del llamado ejército voluntario de Denikin. Aliados: Estados imperialistas que ayudaron a los guardias blancos en la lucha contra la joven República Soviética. *N. del t.*) <<

[22] (Fiódor Ivánovich Podtiólkov: revolucionario cosaco de la *stanitsa* de Ust-Jopérskaia. Fue Presidente del Comité Militar Revolucionario, comisario y General en Jefe del Ejército Soviético del Don.*N. del t.*) <<

[23] (Bebida refrescante, hecha con fermento de pan de centeno. *N. del t.*) <<

[24] (Carro ligero. *N. de la t.*) <<

[25] (Partido Comunista de Rusia (de los bolcheviques): así se llamaba el Partido Comunista de la Unión Soviética hasta Diciembre de 1925 (XIV Congreso del PCUS). *N. del t.*) <<

[26] (Rublos = plata. *N. de la t.*) <<

[27] (Denominación despectiva que se daba a los ucranianos. *N. de la t.*) <<

[28] (Cosaco de la Guardia, del regimiento del atamán.*N. de la t.*) <<

[29] (Diminutivo de Evdokía. *N. de la t.*) <<

[30] (Casa campesina en Ucrania y el Sur de Rusia. *N. de la t.*) <<

[31] (Diminutivo de Mijaíl. *N. de la t.*)<<

[32] (Diminutivo de Timoféi. *N. de la t.*) <<

[33] (Diminutivo de Demid, en sentido cariñoso. *N. de la t.*) <<

[34] (Especie de capote forrado de pieles. *N. de la t.*) <<



[35] (Estiércol prensado y cortado que se utilizaba como combustible en las regiones de la estepa. *N. de la t.*) <<

[36] (Diminutivo de Natalia. *N. del t.*) <<

[37] (Antiguo gorro de piel, con orejeras y cogotera. *N. del t.*) <<



[38] (Puntiagudo casco de fieltro que empezaron a llevar, durante la guerra civil, los soldados del 1er Ejército de Caballería, mandado por S. Budionny. *N. del t.*)<<

[39] (Diminutivo de Timoféi, en sentido despectivo. *N. del t.*) <<



[40] (En el Alto Don estaba muy difundida la creencia de que si la vaca se comía la placenta, no se podría utilizar su leche durante doce días. N. de M. Shólojov.) <<

[41] (Diminutivo de Kondrat. *N. del t.*) <<

[42] (San Nicolás. *N. del t.*) <<

[43] (Diomka. *N. del t.*) <<

[44] (Mujer de Lapshinov. *N. del t.*) <<



[45] (Grado inferior en las tropas cosacas y en el ejército de guardias blancos, correspondiente al de podporúchik (subteniente). *N. del t.*) <<

[46] (*Stanitsa* cosaca. *N. del t.*) <<

[47] (Diminutivo de María, en sentido cariñoso. *N. del t.*) <<



[48] («El Martillo», periódico que se publica hasta la fecha en Rostov del Don. *N. del t.*) <<

[49] (Diminutivo cariñoso de Makar. *N. del t.*) <<



[50] (Estiércol prensado y cortado que se urilizaba como combustible en las regiones de la estepa. *N. del t.*) <<

[51] (Cooperativa Única de Consumo. *N. del t.*)<<

[52] (Especie de abrigo ruso, con talle ceñido y pliegues a la espalda. *N. del t.*) <<

[53] (Clíment Efrémovich Vorochílov. *N. del t.*) <<

[54] (Diminutivo de Iván. *N. del t.*) <<



[55] (Estas tropas, de caballería, distinguíanse por su monstruosa crueldad con respecto a la población de espíritu revolucionario. *N. del t.*) <<

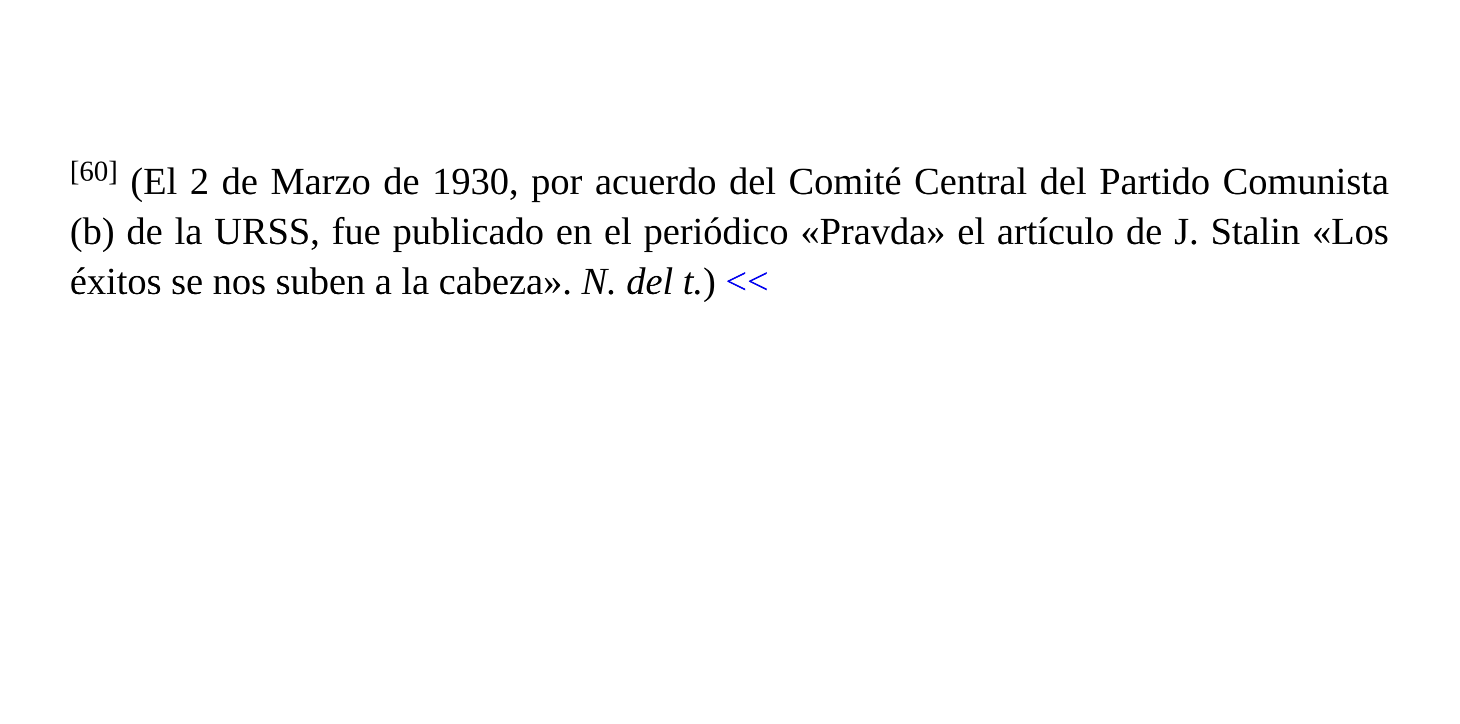
[56] (Mitia. *N. del t.*) <<

[57] (Pertenecientes al ejército de guardias blancos del general Wrángel. *N. del t.*) <<



[58] (Ciudad de la región de Lvov y lugar de combates con los polacos blancos en los años de la guerra civil. *N. del t.*) <<

[59] (Inspección Obrera y Campesina. *N. del t.*) <<



[60] (El 2 de Marzo de 1930, por acuerdo del Comité Central del Partido Comunista (b) de la URSS, fue publicado en el periódico «Pravda» el artículo de J. Stalin «Los éxitos se nos suben a la cabeza». *N. del t.*) <<

[61] (Cuento popular ruso, semejante al de la buena pipa o de nunca acabar. *N. del t.*)
<<

[62] (Carro ruso. N. del T) <<

[63] (Larga fusta de caza, de mango corto. *N. del t.*) <<

[64] (Diminutivo cariñoso de Marina. *N. del t.*) <<

[65] (Coche ruso de cuatro ruedas. *N. del t.*) <<



[66] (En 1930, la jornada de trabajo era apuntada, generalmente, con un palote en las notas del jefe de la brigada. *Nota de M. Shólojov.*) <<



[67] (Ese día (l de Marzo) las gallinas, según un proverbio ruso, deben beber ya agua en los charcos del deshielo. *N. del t.*) <<

[68] (De la palabra rusa*schuka*—lucio. *N. del t.*) <<

[69] (Pedro. *N. del t.*) <<

[1] (Viento del Sureste. *N. del autor.*) <<



[2] (Unidad de medida del trabajo de los koljosianos, teniendo en cuenta la norma diaria de trabajo y la calidad del mismo. *N. del t.*) <<

[3] (Pueblo cosaco.*N. del t.*) <<

[4] (Vecino de una *stanitsa*. *N. del t.*) <<

[5] (Capuchón circasiano que también usaban los militares. *N. del t.*) <<



[6] (Estiércol prensado y cortado que se utilizaba como combustible en las regiones de la estepa. *N. del t.*) <<

[7] (Denominación despectiva que se daba a los rusos. *N. del T.*) <<



[8] (Prueba de equitación en que el jinete, a galope su caballo, debe asestar certeros sablazos a una estaca hincada en tierra. *N. del T.*) <<



[9] (Concurso de hábiles jinetes, con pruebas de volteo a caballo, saltos sobre la silla, etc. *N. del T.*) <<

[10] (Larga fusta de caza, de mango corto. *N. del T.*) <<

[11] (Gorra alto de piel. *N. del T.*) <<

[12] (Personaje de los cuentos populares rusos. *N. del t.*) <<

[13] (Sala de lectura y hogar cultural en los pueblos. *N. del t.*) <<



[14] (Para desarrollar el movimiento koljosiano, el Partido Comunista envió al Campo 25.000 activistas voluntarios, obreros de las ciudades en su mayoría.*N. del t.*) <<

[15] (Bandas contrarrevolucionarias. *N. del t.*) <<

[16] (Refrán ruso, que quiere decir que un mal no durará mucho. *N. del t.*) <<

[17] (La Rus de Kíev adoptó oficialmente el cristianismo el año 988. *N. del t.*) <<



[18] (Expresión rusa que significa que se debe empezar por lo más importante. *N. del t.*) <<

[19] (Especie de ravioles. *N. del t.*) <<

[20] (Florecilla. *N. del t.*) <<



[21] (Bajo el zarismo, la venta de vodka era un monopolio oficial. Por eso Schukar liga las ideas de monopolio y borrachería. *N. del t.*) <<

[22] (Dirigentes bolcheviques del Don, asesinados por los blancos. *N. del t.*) <<



[23] (En el primer tomo, la mujer y el hijo de Razmiótnov son asesinados por los blancos. *N. de t.*) <<



[24] (Frase que se hizo proverbial durante la guerra de liberación de Bulgaria contra el yugo turco. *N. del t.*) <<